

CHUSÉ L. BOLEA



ALMUGÁVARES

VIA SUS!

Lectulandia

Estudio comparativo de los mercenarios aragoneses y catalanes a través de la documentación y de las crónicas aragonesas, catalanas, griegas y francesas.

Surgidos de entre las boiras de las altas cumbres, los almugávares lograron sobreponerse a la necesidad más extrema en medio de un mundo oscuro que solo les ofrecía dos caminos: sobrevivir o desaparecer. Sobrevivieron. Y lo hicieron convirtiendo las puntas de sus lanzas y espadas en una prolongación de sus brazos. Comprendieron como nadie que el destino no les había dado la oportunidad de desarrollar otra habilidad para subsistir que no fuese matar.

De la unión de bandas de desheredados aparecieron compañías organizadas de mercenarios sin otra virtud ni otro fin que lograr, por medio de la sangre, el sustento para ellos y para los suyos.

Es cierta su falta absoluta de humanidad y de respeto hacia la vida de sus congéneres, pero no lo es menos que el mundo en el que vivieron estaba a su mismo nivel. Mataron, robaron, secuestraron y violaron. Actos que por sí solos, hoy en día, les sacarían de la clasificación como seres humanos.

Pero ocho siglos atrás, siendo los más excluidos entre los excluidos, y siendo manejados por reyes, emperadores y papas que usaban de esos mismo crímenes para ejercer el poder, quizás la perspectiva cambie, al menos en parte.

Lectulandia

Chusé Bolea Robres

Almugávares, vía sus!

ePub r1.0
minicaja 23.10.14

Título original: *Almugávares, vía sus!*
Chusé Bolea Robres, 2010
Asesoramiento histórico: Raquel Cuartero Arina

Editor digital: minicaja
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



En defensa de una cultura libre y universal, esta obra está protegida bajo una licencia Creative Commons.

Se permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original, mencionando siempre el nombre de la obra y el de su autor.



Free Cultural Works

Ta Raquel, Leyre y Lorient: as enchaquias de tot.

Prólogo.

La odisea olvidada

En la historia de Aragón, como en la de otros territorios históricos, la memoria de los acontecimientos acumulados durante siglos se hace interminable y su importancia, o mejor dicho, la importancia con la que estos hechos históricos han llegado a nosotros, ha sufrido, con toda certeza, la embestida de múltiples avatares a lo largo de los años. En gran parte de las ocasiones, son alterados por cuestiones ajenas al propio acontecimiento, como la repercusión que éste tendrá en sucesos futuros del territorio en cuestión, o del rango de los personajes a los que afectan, entre otros muchos factores. Pero también son determinados por la utilización, interesada o no, que de esos sucesos y de esas historias grandes o pequeñas, se ha hecho a lo largo de la Historia por sus gobernantes; por el grado de la memoria popular o de la transmisión oral que haya perdurado en el tiempo; y por supuesto, por el estudio histórico que de ellos se haya llevado a cabo. Lo que no queda recogido en los libros, en el cine, en la prensa, en los estudios, lo que no perdura en el tiempo gracias a la tradición popular transmitida de padres a hijos, simplemente, no ha existido.

Podríamos decir que esto es lo que ha sucedido con la historia de los almugávares en Aragón. Es imposible no creer, o al menos no considerar como una explicación factible, que ese «olvido» no haya sido promovido o impuesto desde determinados ámbitos a los que quizás no les encajaba en sus planteamientos políticos y de recreación histórico-nacional el hecho de que hubiesen existido hazañas del relieve de las de estos mercenarios, protagonizadas por individuos que no respondían al patrón que durante siglos se ha impuesto como parte de un imaginario y glorioso pasado hispano medieval. Los almugávares, y especialmente una parte de ellos a los que se les conocería con el nombre de la «Compañía», a pesar de las glorias que se les puede atribuir por sus victorias ante árabes, turcos, bizantinos o francos —aunque algunas de ellas no fueron tan espectaculares como las cantaron los cronistas—, con mucho esfuerzo podrían encajar en el ideal caballeresco o heroico de la época. En todo caso, su devenir estará más plagado de crímenes, venganzas y traiciones que de nobles gestas o de vehementes combates patrióticos; es decir, nada fuera de lo habitual en el

caso de un ejército de mercenarios en busca de botín en plena Edad Media. Sin embargo, ejemplos no faltan de como las circunstancias mencionadas pueden no ser obstáculo para la conformación del mito. Basta recordar en este momento el caso del cantado Cid de Vivar. El Cid, poseedor de las mismas «cualidades» que los almugávares, luchó también como soldado mercenario. Bajo su espada perecieron tanto árabes como cristianos, dependiendo de quien era el que mejor pagaba. No obstante, se impondría como el héroe con mayúsculas de la conquista castellana y, por extensión, española.

Llegados a este punto, y viendo que no son las acciones, por degradadas que sean, la razón que impide crear la leyenda, ya que éstas pueden ser ocultadas o deformadas hasta el modelo deseado, parece razonable buscar por otro camino el motivo de que la historia de los almugávares haya sido sistemáticamente ninguneada. Y por supuesto, existe esa clave.

Así como a personajes como el Cid se les pudo transformar, olvidando algunos de sus pasajes, en idealizados caballeros medievales protagonistas de la reconquista cristiana, el pueblo que formaban los almugávares difícilmente encajaría dentro de un escenario ceñido a objetivos políticos o de sumisión a un determinado rey o a una determinada causa, por muy elevada que ésta fuera. El espíritu de independencia del almugávar que, pese a considerarse a sí mismo súbdito de los reyes de la Corona de Aragón, no obedecía ni se sometía a ningún tipo de poder real o de lealtad a ningún reino, convirtió a estos individuos en figuras poco moldeables a los caprichos y manipulaciones políticas e históricas. Aunque, se debe señalar, que hubo quien superó estas dificultades y logró crear escenarios para fantasías nacionales con los almugávares como protagonistas. El resto de la clave que explicaría la disipación de los mercenarios aragonesocatalanes en las brumas del tiempo responde, sin lugar a dudas, a su filiación dentro de la Corona de Aragón. Su memoria correría la misma suerte que las naciones a las que estaban unidos sus destinos, y la paulatina pérdida de relevancia política de estos territorios marcará su olvido posterior.

Tras un somero vistazo a este periodo tan emocionante de la Baja Edad Media aragonesa y mediterránea, esta historia se debería haber convertido por derecho propio en una parte fundamental del pasado de la Corona de Aragón. Sin embargo, será durante siglos, y en una rutina que durará hasta nuestros días, incomprensiblemente olvidada por los aragoneses.

Sin detenerse a profundizar en la aventura de estos mercenarios, es imposible llegar a alcanzar una comprensión completa de nuestro pasado medieval, tanto en la parte que se refiere a la dominación de la Corona en el Mediterráneo, como en la propia expansión peninsular aragonesa. Estas piezas del tablero aragonés y mediterráneo, que fueron los almugávares, son la llave que da muchas de las explicaciones sobre cual era el poder militar de la antigua Corona; además de protagonizar muchos de los grandes acontecimientos políticos en la Europa meridional de los siglos XIII y XIV, muestran como eran una parte de nuestros

antepasados más humildes, aquellos que sin tener nada material que perder, se lanzaron a la conquista del Mediterráneo. También ayudan a comprender quienes eran y como pensaban los capitanes que los dirigían, señores de nobles casas aragonesas y catalanas; y revelan la impronta que estos rudos montañeses de Riglos, de la Sierra de Santo Domingo, de los valles pirenaicos o de las sierras turolenses, entre otros muchos lugares aragoneses y catalanes, dejaron en tierras tan exóticas y tan lejanas de sus hogares como eran Anatolia o Constantinopla. Su historia, la de los almugávares, es, al fin y al cabo, y al menos en parte, la de los aragoneses de hoy.

El porqué del olvido de los historiadores aragoneses en este tema no es fácil de entender. Quizás la utilización, en muchas ocasiones manipulada, desde ámbitos culturales y políticos catalanes o españoles de esta parte de nuestra historia común, cuando no, directamente de la apropiación de ella por éstos mismos, ha podido influir de una forma determinante en la falta de interés de los investigadores aragoneses. Se debe tener en cuenta que, frente al desdén y el olvido propiciado desde Aragón, nuestra vecina y compañera en el viaje de la Historia, Cataluña, ha venido reclamando para sí, profundizando y realizando numerosos estudios y trabajos sobre ellos y su expedición mediterránea desde el siglo XIX.

De entre los historiadores aragoneses, únicamente resalta en este campo el gran Zurita. Él será el referente solitario que encontraremos en nuestro viaje por Aragón en busca de noticias acerca de los almugávares. Más sorprendente si cabe, es ver como el cronista y autor de los *Anales de Aragón* ha sido durante siglos el maestro y la brújula que ha guiado a la inmensa mayoría de los investigadores en sus estudios. Pero el resultado final de la mayor parte de ellos, además de sufrir manipulaciones según convenía, olvidará el nombre del cronista aragonés.

Pero no hablamos de una desidia actual, y ya en sus *Anales* escritos en el siglo XVI se lamentaba Zurita de que las guerras y las victorias de la Compañía habían caído en el saco del olvido aragonés. Y de esta forma afirmaba el cronista:

[...] y las victorias que hubieron en Asia y en las provincias de la Tracia y Tesalia, Macedonia y en Grecia, fueron tan señaladas, que de pocos sucesos tan notables de aquellos tiempos se sabe que hayan quedado en tanto olvido. La guerra que hicieron aquellos capitanes con la gente que llevaban, que era de nuestra nación, comenzó dentro de las tierras de sus enemigos, y de manera que aún apenas podían permanecer en ella quedando vencedores, siendo muy pocos y extranjeros y tan desfavorecidos que de ninguna parte tuvieron cierto el socorro.

[...] el tiempo fue confundiendo y consumiendo la memoria de aquellas hazañas, de suerte que lo que merecía ser muy celebrado y encarecido por los autores de aquellos tiempos vino a ser no solamente olvidado, pero condenado por algunos, por no tener cierta y verdadera noticia de las causas y principios de aquella guerra y de sus sucesos, infamándolos como gente que

se sustentaba de la sangre y despojo de otros^[1].

Por otra parte, no resulta sencillo encontrar información rigurosa sobre la gesta de los almugávares en las librerías actualmente y, únicamente a través de librerías de viejo o de ediciones catalanas antiguas, lograremos hallar publicaciones que traten el tema. Como ejemplo de esta falta de interés manifiesta, que es especialmente grave en lo que al ámbito aragonés respecta por su participación directa en los hechos, podemos encontrarnos con las nulas o muy deficientes referencias sobre ellos, o de sus campañas, que aparecen en libros de historia o en enciclopedias. Buscando, por elegir un caso, en la *Gran Enciclopedia Aragonesa* el término *almogávares*, encontramos la siguiente definición:

Almogávares. (1303-1319). Compañías de mercenarios utilizados en la campaña aragonesa de Sicilia y que posteriormente, al mando de Roger de Flor, se extendieron por Grecia y Asia Menor, defendiendo Constantinopla de los turcos.

Escueta reseña, además de errónea por las fechas que indica, para explicar uno de los capítulos fundamentales de la milicia y de la expansión de Aragón y, posteriormente, de la Corona que llevó su nombre. Dos líneas en donde se diluye su participación en la toma de Zaragoza, pasando por las largas campañas de Valencia, en el norte de África o la guerra de Sicilia, hasta, por supuesto, el dominio de los ducados de Grecia.

Con estas herramientas didácticas tan limitadas, difícilmente se puede llegar a conocer un periodo tan vibrante de nuestro pasado y, seguramente, se pierda definitivamente la posibilidad de que los aragoneses de hoy y de mañana conozcan que una vez, hace 700 años, y durante casi un siglo, nuestros antepasados dominaron en la práctica buena parte de las tierras de la mítica Grecia; que la bandera con las barras de Aragón ondeó durante décadas en lo alto de la Acrópolis ateniense; que el sagrado Partenón griego se convirtió en ese tiempo en la catedral de Santa María de Cetines; o que el país donde había surgido siglos antes la fuente de la cultura y la democracia occidental moderna, se rigió en el siglo XIV —para bien o para mal— por los *Fueros* de Aragón y por los *Usatges* de Barcelona.

Posiblemente también, el hecho de que las principales fuentes históricas con las que contamos, especialmente la *Crónica* de Ramón Muntaner, de la que más adelante hablaremos en profundidad ya que será una de las espinas dorsales de este libro y del conocimiento en general que tenemos de los almugávares, estén escritas en catalán medieval y que sus autores, especialmente Muntaner, reflejen un fuerte sentimiento de orgullo «catalanista» que desplaza hacia éstos el protagonismo de las narraciones de la gesta, manteniendo la participación de los aragoneses en un segundo plano, ha

inclinado determinantemente la balanza en este sentido.

De cualquier manera, dejando a un lado los matices que Muntaner imprime a su obra, nos encontramos en esta *Crónica* frente a la descripción de una aventura compartida de igual a igual entre aragoneses y catalanes, peleando, conquistando territorios y buscando las riquezas de Oriente, pero eso sí, siempre bajo el «senyal» físico o emocional de la Casa de Aragón.

El objetivo de esta obra está dirigido esencialmente al estudio de los almugávares pertenecientes, primero al Reino, y posteriormente a la Corona de Aragón. Como veremos a lo largo de estas páginas, existieron otros colectivos de bandidos y mercenarios, tanto castellanos como árabes, que compartieron con aquellos el mismo nombre, aunque la documentación existente evidencia las diferencias entre ellos, diferencias que fueron tanto étnicas como referentes a su propia naturaleza militar.

Como aclaración sobre los fragmentos de las crónicas contemporáneas de los hechos que aparecen en este libro, se debe advertir que en aquellas en las que sus originales están escritos en aragonés o en catalán medieval, éstos han sido respetados y solo en algunos casos traducidos al castellano. Las razones son que, por una parte, son, con algo de atención, perfectamente comprensibles para el lector en castellano, y por otro lado, su lectura en la lengua original en la que se escribieron enriquece enormemente su sentido. Además, y corrigiendo trabajos literarios aparecidos en los últimos años, se debe recordar que estos mercenarios hablaban y se comunicaban exclusivamente en aragonés y en catalán. De ninguna manera, lo hicieron en castellano, lengua en ese tiempo extraña para ellos y que no se usaría popularmente en la Corona de Aragón hasta siglos después, como así lo atestiguan documentos como los transmitidos por Johan Ferrández de Heredia o la corte de Pedro IV.

Confío en que la lectura de estas páginas sirva como una aproximación amena, a la vez que rigurosa, a la historia de los almugávares. Que sea éste un libro que aclare dudas, que corrija equívocos y que sea estímulo —quizás para corregir los posibles errores— de posteriores investigaciones históricas, las cuales deberían seguir profundizando con detalle en la inmensa cantidad de información guardada en el Archivo de la Corona de Aragón de Barcelona, corrigiendo y ampliando los trabajos recogidos por Rubio i Lluch en su *Diplomatari*, así como en el *Acta Aragonensia* de Heinrich Finke; para continuar con los archivos de Venecia, Sicilia y del Vaticano. Este será el único modo de perpetuar dignamente su memoria entre los aragoneses y entre todo aquel que se sienta atraído hacia este capítulo tan excitante de nuestra historia.

En definitiva, este trabajo representa un estudio comparativo entre las fuentes aragonesas y las fuentes griegas, lo que ha supuesto un esfuerzo que muy pocas veces se ha llevado a cabo en la inmensa mayoría de obras realizadas sobre el tema desde principios del siglo xx hasta nuestros días. Estudiando buena parte de los textos publicados durante décadas comprobamos que, excepto brillantes excepciones, lo que cae en nuestras manos son repeticiones de errores heredados de autores de siglos

anteriores, cuando no, la aceptación como verídicas de algunas épicas descripciones de los cronistas medievales. Este libro intentará en lo posible escapar de esa cadencia y buscar algo de luz a través, no de lo que hasta ahora se ha dado por cierto, sino de lo que podamos destilar del contraste entre versiones opuestas y enfrentadas. Muntaner será un referente, pero para lograr separar lo que realmente sucedió de lo que su pluma dejó escrito, pondremos frente a su crónica los textos de los cronistas griegos. Además, gran cantidad de informaciones, algunas de ellas inéditas en el estudio de los almugávares, como las cartas del patriarca Atanasio o la *Crónica de San Juan de la Peña*, así como otras como la *Crónica de Galaxidi*, la *Crónica de la Morea* o la correspondencia de Marino Sanudo, ayudarán a desentrañar el misterio que les rodeó.

1 . Los orígenes

Estas gentes que tienen por nombre almugávares son gentes que no viven sino del oficio de las armas, no habitan en villas ni en ciudades, sino en las montañas y en los bosques; y guerrean todos los días contra los sarracenos, y entran en la tierra de los sarracenos una jornada o dos, robando y secuestrando muchos sarracenos, y de lo que les pertenece; y de eso viven; y sufren muchas penalidades que el resto de los hombres no podrían soportar; que pasan a veces dos días sin comer si es necesario; y comen hierbas del campo que nadie más coge. Y los adalides que los guían conocen las tierras y caminos. Y no llevan más que una gonella o un camisa, sea verano o invierno; y en las piernas llevan unas calzas de cuero, y en los pies unas abarcas de cuero. Y llevan buen cuchillo y buena correa, y un chisquero en el cinto. Y lleva cada uno una lanza y dos dardos, y un morral de cuero en el que llevan su comida. Y son muy fuertes y muy ligeros para huir y para perseguir. Y son catalanes y aragoneses y sarracenos^[2].

Es inevitable comenzar con la descripción que Bernat Desclot, funcionario catalán al servicio de la corte aragonesa del siglo XIV, y uno de los cronistas contemporáneos de la época, hace de los almugávares. A través de estas pocas líneas transmite de forma gráfica cómo eran y que tipo de vida tenían estos soldados mercenarios de frontera.

Poco se puede asegurar a ciencia cierta sobre el origen y la procedencia de los almugávares pertenecientes primero al Reino y posteriormente a la Corona de Aragón. Con posterioridad aparecerán réplicas en otras emergentes naciones peninsulares pero siempre con importantes diferencias en cuanto a su carácter militar.

A pesar de que existen teorías enfrentadas sobre este aspecto, la opinión generalizada y la más contrastada, es la que situaría el origen de los primeros almugávares aragoneses en los territorios fronterizos del Reino de Aragón con los señoríos árabes durante la dominación peninsular de estos últimos, y más concretamente, en las montañas del Pirineo y Prepirineo aragonés, probablemente a

partir de finales del siglo XI.

Sin embargo, el origen anterior a la aparición de estas bandas aragonesas se halla entre la población árabe que desde algunos siglos antes ocupaba la península. Una de las muestras más esclarecedoras de ello se encuentra en la *Crónica del moro Rasis*^[3]. Esta crónica, escrita entre los años 887 y 955, representa la primera referencia a la existencia de almugávares en el territorio que después sería Aragón, en concreto, en la ciudad de Zaragoza, poco después del año 900:

Et la cibdad de Zaragoza fue mui grand tiempo camara de los Almojarifes, et fue escogida de los guerreadores. Et quando combatian la cibdad de Zaragoza, y se combatian todos los alcalles et Almogavares, et para si la escogian^[4].

Así pues, es evidente que el origen, primero de las bandas, y después de las compañías de los mercenarios aragonesocatalanes conocidos como almugávares, se encontraría en antepasados árabes que se hallaban extendidos por la casi totalidad del territorio peninsular y que, al igual que éstos, se dedicarían a practicar incursiones armadas conocidas como «algaradas», lo que en definitiva no eran sino lo que después se conocerá como «guerra de guerrillas», es decir, ataques por sorpresa perpetrados por pequeños grupos de individuos. Lo que harán los aragoneses no será otra cosa que imitar el modo de vida y de guerrear de sus homólogos árabes, de tal modo que terminarían siendo conocidos por el mismo nombre.

A principios de la década de los setenta José M^o Moreno Echevarría publicó un libro titulado *Los almogávares* en el que aportaba una de las pocas explicaciones sobre esta cuestión realizadas hasta la fecha, al menos en lo que respecta a la cuestión del origen de éstos, ya que en el resto de su narración se dejará llevar en exceso de las obras de sus antecesores, sin comprobar la exactitud de algunas afirmaciones, a lo que debemos sumar un grado de vehemencia que en ocasiones le conduce a entrar directamente en el terreno de la novela histórica.

Antoni Rubió i Lluch fue, con toda seguridad, el mayor investigador sobre los hechos de la Compañía almugávar que ha existido pero, sorprendentemente, y a pesar de contar con decenas de rigurosas publicaciones sobre el tema, apenas se ocupó de la cuestión del origen.

Siendo mal pensados se podría creer que su empeño por convertir este argumento en un símbolo del espíritu catalanista de la «Renaixença» a finales del siglo XIX y principios del XX, pudiera tener algo que ver en este olvido, más que más, siendo uno de los mayores conocedores y defensores del trabajo de Zurita y, según él propio Rubió, después de haber estudiado y aprovechado en profundidad el legado del cronista aragonés:

Para que una investigación de este tipo dé algún resultado, hay que recoger con paciencia y laboriosidad las obras de Muntaner, Zurita, y de muchos documentos del Archivo de Venecia y de otros que hablan de los hechos de la Expedición [...] [5].

No obstante, su estudio sobre los almugávares se inicia ya a partir del siglo XIII, cuando la Casa de Barcelona hacía ya tiempo que había pasado a constituir parte fundamental de la Corona de Aragón, y no profundizará en las épocas anteriores a esta unión, silenciando directamente el periodo de los más de cien años anteriores en el que sabemos que los almugávares formaban ya parte de las tropas del rey de Aragón.

El monje cisterciense nacido en Zaragoza, Guadalberto Fabricio de Vagad, al que se reconoce como el primer cronista de Aragón, en su *Coronica de Aragón* escrita en 1499, es quien les dará un origen más antiguo, vinculándolos al antiguo reino. El cronista relaciona el temperamento guerrero de los primeros reyes de Aragón con la actitud de los almugávares, aunque lo cierto es que no narra ninguna situación concreta en la que aparezcan éstos:

[...] si tal ver pudiera, no dormía el buen príncipe; no como rey ni delicado caudillo, más como alalid y almogávar [6].

Será en la *Crónica de San Juan de la Peña* [7] cuando aparezcan descritos y en acción por primera vez los almugávares en el bando cristiano. El lugar son los montes del Castellar, en la ribera del Ebro frente a Zaragoza, tras la toma de Ejea y de Tauste, dando inicio al sitio de la dicha ciudad de Zaragoza en el año 1110 o 1111, bajo las órdenes de Alfonso I, aunque, como ya hemos referido con anterioridad, sus orígenes sería lógico situarlos tiempo atrás, eso sí, con otras características muy diferentes en cuanto a su naturaleza militar.

En seguida pobló el Castellar de ciertos hombres que vulgarmente dicen Almugávares; cuyo lugar, habia sido ya poblado por su padre. El mismo año puso sitio á Zaragoza con sus aragoneses y navarros, y con Centulo de Bearne y sus gascones que hicieron maravillas, y con el conde de Alperche que había venido de Francia á su servicio y al de Dios.

Y del mismo modo aparece la misma cita en la versión latina:

Et post hæc statim populavit locum de Castellario, qui est super Cesaraugustam de quibusdam hominibus, vulgo dictis Almugauares, qui locus per patrem suum fuit populatus [8].

Es curioso que, no existiendo ninguna referencia escrita anterior a ésta que esté documentada hasta la fecha, los investigadores catalanes sencillamente no la tienen en cuenta o, como en el caso del historiador Ferrán Soldevila, que su libro *Els Almogàvers*^[9], pretenden fijar unas teorías demasiado rígidas, cuando en realidad carece, como él mismo reconoce, de información suficiente:

La veritat és, però, que no hem sabut trobar cap notícia d'almogàvers en aquella època.

Lo que no le hace dudar, sin embargo, a la hora de intentar demostrar unos argumentos que avalarían los posicionamientos que defienden un origen de los almugávares unido a Cataluña:

La impressió que tenim és que els almogàvers es desenrotllen en aquest segle (XIII): concretament, en temps de Jaume I el Conqueridor^[10].

De este modo, su historia ha comenzado siempre para los historiadores tras la unión del Condado de Barcelona y del Reino de Aragón, ya en plena campaña de Mallorca, donde aparecen como una compañía al mando de un noble aragonés, Pedro de Maça, sobre el año 1229, es decir, más de cien años después de su primera aparición documentada frente a Zaragoza. La documentación de la *Crónica del moro Rasis*, la de Zurita y la de la *Crónica de San Juan de la Peña* no son tenidas en cuenta, o simplemente son encubiertas habitualmente por los investigadores, con la única y reciente excepción del profesor Ernest Marcos, quien en su libro *Almogàvers. La historia*^[11] recoge parte de estos testimonios, aunque después insiste en considerar como fecha de su aparición la de la conquista mallorquina.

En cualquier caso, todos los argumentos ahondarían en la idea de que se produjo una vinculación directa de los almugávares con los ejércitos aragoneses antes que con los de cualquier otro reino o condado. Bajo esta premisa, la única teoría que mantiene ciertos visos de certidumbre con la información que poseemos, es la que se inclina por el origen aragonés de estos clanes, que más tarde se extenderían al resto de los territorios de la Corona aragonesa, aunque también es cierto que desde la primera aparición sobre los montes del Castellar, junto a la actual Juslibol^[12], no se conocen referencias de ellos hasta una mención de Zurita que los coloca de nuevo en el sitio de Lleida en 1149^[13].

Se pueden apoyar también estas evidencias en otros argumentos históricos y sociales que afectaban en aquella época a Aragón, como eran la necesidad de repoblación y de ocupación del que nació como un pequeño reino, y que ahora se extendía rápidamente hacia el Sur.

Paralelamente a este avance surgió la necesidad de solventar la falta de población

y de recursos económicos con unas fuerzas de choque que cumplieren la función militar que requerían las nuevas conquistas, pero no supusieran un gasto económico directo que no podrían asumir las arcas reales.

En poco más de ochenta años, el pequeño reino de Ramiro I se había extendido desde los Pirineos hasta los montes de Albarracín. Este rápido avance obligaba a una constante mutación de las fronteras que, naturalmente, quedaban abiertas y poco defendidas, pues un reino pobre y poco poblado como el primitivo Aragón, no podía sostener tropas numerosas para guardar unas fronteras en constante movimiento. Y es ahí donde parece más razonable buscar el origen de los almogávares^[14].

Sin embargo, este sería un planteamiento válido para explicar el origen como ejército, aunque no regular, de los almugávares dentro de la vanguardia del Reino de Aragón en su conquista hacia los territorios del Sur, pero no puede ser la explicación de su origen primero, anterior a su incorporación al ejército del rey aragonés. En este punto hay que tener presente que las compañías de almugávares no son creadas ex profeso para participar en las conquistas cristianas sino que existirían tiempo atrás dedicándose a «labores» diferentes.

Echevarría planteaba cual pudo ser el origen de estos bandidos-soldados, y apuntaba, por las descripciones físicas y por su forma de vida, hacia los habitantes originarios de los Pirineos, posiblemente pastores acostumbrados al mismo tipo de vida que desarrollaron los almugávares, con su misma forma de vestir y de protegerse en el duro escenario en el que se movieron, precisando incluso su localización entre las montañas del antiguo Reino de Aragón:

La hipótesis de que los primitivos grupos de almogávares se fueron formando con montañeses pirenaicos, concuerda con las características de la formación del reino de Aragón. [...] Concuerda también con lo que sabemos de los primitivos almogávares, hombres rudos, sufridos, ágiles y fuertes, que vivían en lugares agrestes y montañosos, es decir, carácter y forma de vida semejantes a la de los montañeses pirenaicos. Y si nos fijamos en el atuendo, la analogía es aún mayor. Sabemos que vestían zamarra de piel (la cambiaron por la gonella o túnica corta cuando tuvieron que actuar en climas cálidos como Valencia y Murcia), calzas de cuero y abarcas. La zamarra de piel la han llevado siempre los montañeses del Pirineo; las calzas de cuero eran la prenda más idónea para resistir el continuo roce de espinos, piedras y matorrales; y en cuanto a las abarcas, ha sido desde tiempo inmemorial el típico calzado pirenaico vasco-navarro. No ha de olvidarse que el rey de Navarra Sancho Abarca (905-925) recibió este sobrenombre porque, hallándose guerreando en los Pirineos, proveyó de abarcas a sus

soldados para que pudiesen trepar mejor por los montes^[15].

Dejando a un lado el recurso legendario en torno a las abarcas, la idea de una evolución desde los pobladores originarios pirenaicos sería factible ya que, como consecuencia del enfrentamiento producido por la invasión árabe, los pastores pirenaicos perdieron la posibilidad de bajar con sus rebaños a los pastos de los valles, acabándose así con la fórmula tradicional de pastoreo. Del mismo modo, los campesinos de estos territorios limítrofes entre árabes y cristianos, se encontraron con la imposibilidad de trabajar las tierras cuando éstas se convirtieron en zona permanente de guerras o de escaramuzas por uno u otro bando. Ambas situaciones llevarían a los habitantes de las montañas, ya de por sí con una economía de subsistencia limitada, a un irremediable empobrecimiento, lo que les forzaría a buscar otras ocupaciones para escapar de la pobreza y la hambruna sobrevenidas por el conflicto. En el siglo XVI Bernardino Gómez Miedes decía que *no eran todos soldados viejos como algunos historiadores creyeron: porque también había bisoños entre ellos: antes eran soldados de a pie robustísimos que los escogían de pueblos montañeses como gente dispuesta, nerviosa y membruda, nacidos y criados en el campo, y hechos al trabajo de él*^[16].

Desde otros ámbitos se ha apuntado la posibilidad de que la procedencia de esta curiosa sociedad surgiese sencillamente como una evolución de los tradicionales pueblos que habitaron durante siglos las zonas montañosas pirenaicas y del resto de sierras aragonesas. Esta teoría, aunque con cierta base razonable como para ser tomada en consideración, mantiene algunos vacíos a la hora de defender su argumentación que no se han podido explicar.

Si bien es cierto que adoptaron la forma de un singular ejército, la motivación que les llevó a dotarse de esa estructura no es fruto de un espíritu de sublevación contra una fuerza ocupante, sino que se movían exclusivamente por un interés económico causado por el instinto de supervivencia, cuestión que los diferenciaría absolutamente de anteriores movimientos de resistencia pirenaica surgidos, éstos sí, como respuesta emancipatoria frente a eventuales invasiones foráneas, como pudo ser el caso de los pueblos vascos contra el Imperio romano o de los focos de resistencia conocidos como «bagaudas». Se pueden definir con claridad varias razones que señalarían en la dirección de no considerarlos como descendientes directos y exclusivos de algún determinado colectivo autóctono de los Pirineos que se hubiese mantenido en el tiempo diferenciado del conjunto de los habitantes que poblaban el territorio.

En primer lugar, la misma naturaleza del colectivo marca una diáfana separación entre ellos y quienes habían peleado en épocas anteriores, e incluso durante el mismo periodo de tiempo en el que se estaban formando como pueblo, y es que una de sus principales características es su nomadismo permanente en busca de nuevos campos donde desarrollar su labor como mercenarios. Evidentemente, este desapego de un espacio físico concreto y ceñido, les aleja totalmente de una concepción como

guerreros en defensa de su lugar de origen y en pos de un ideario de liberación contra el invasor. Otra razón que lleva a pensar que no es probable que tuviesen un origen como pueblo anterior a la invasión musulmana es precisamente su nombre, ya que no se les conoce ningún calificativo diferente al de «almugávares», de tal forma que, siendo con toda seguridad un nombre aplicado por quienes convivieron con ellos, y teniendo en cuenta las teorías que se barajan sobre el origen morfológico del término, para las que son innegables sus bases árabes, hace ilógico pensar que su aparición fuese anterior a la llegada de éstos a la península.

En la dirección contraria encontramos, por ejemplo, la opinión del historiador francés del siglo XIX Ch. Le Beau^[17], quien cree que eran sucesores de antiguos pueblos pirenaicos que siglos atrás ya habían forzado la caída del Imperio romano en Hispania y que posteriormente habrían combatido a los árabes:

[...] la troupe s'étoit grossie de Siciliens, d'Aragonois, et d'Almogavares. Ces derniers descendoient de ceux qui avoient détruit en Espagne l'empire romain, et disputé ce pays aux Sarrasins.

Las fuentes procedentes del otro lado de la cordillera, al norte de los Pirineos, insisten en la idea del origen en estas montañas de los almugávares aragoneses y catalanes. Los habitantes de la región de la Bigorre emplearon otro calificativo para designar a las bandas de bandidos y asaltadores que vivían en aquellas montañas. Allí se conocía, tanto a los aragoneses como a los propios habitantes de Bigorre que habían recurrido a esta forma de vida como bandidos con el nombre de «tescins», el cual se mezclaba con el de «al mugávares», aunque para ellos este último sería considerado como un calificativo más amplio y que abarcaría a todo este grupo de individuos desde la Bigorre hasta las montañas catalanas^[18]. Así pues, «tescins» sería como se conocería también al otro lado de la frontera aragonesa a los almugávares.

Sin embargo, poco más que esto se puede aportar a la idea de que procediesen de una identidad definida anterior, mientras que existen suficientes razones como para pensar que las compañías de bandidos y mercenarios no estaban compuestas por gentes de una misma procedencia étnica ni cultural, y que desde los primeros momentos se trató de la unión de aragoneses, catalanes y navarros principalmente pirenaicos, a los que se unirían posteriormente gentes provenientes de Tarragona, Segorbe, las sierras turolenses, e incluso musulmanes que se alistarán en sus filas especialmente a partir de la campaña levantina.

El resto de las teorías existentes en torno a su origen no han logrado dar el más mínimo tipo de fundamentación probada. Apenas encontramos vagas especulaciones que optan por otras alternativas, pero sin aportar ninguna argumentación y, las más de las veces, guiadas claramente por una motivación de tipo nacional detrás de ellas.

Ante la información que se conoce hasta la fecha, poco más se puede aventurar a afirmar a la hora de definir el origen de estas bandas. En todo caso, únicamente

estaría verificado que las primeras noticias de este colectivo que después alcanzaría fama en la Corona de Aragón y en todo el Mediterráneo, aparecen a principios del siglo X dentro de Zaragoza por parte de los árabes, y a principios del siglo XII a las puertas de la misma ciudad en el bando aragonés, lo que indica que, lógicamente, existirían desde tiempo atrás en las montañas del Norte, al menos desde el siglo XI.

Aun cuando aceptemos, con todas las reservas, alguna de las teorías anteriores a la hora de fijar la aparición de las primeras bandas de almugávares y su localización, hay que profundizar y ampliar esos argumentos para referirse a la procedencia personal de los individuos concretos que componían estos grupos armados.

Después de lo expuesto, parece claro que una parte fundamental de esas bandas la formaban gentes autóctonas de las montañas pirenaicas, pero las propias crónicas de la época y los posteriores estudios muestran como, sin ningún tipo de duda, su composición, tanto en lo referente a su procedencia, como incluso, étnicamente, era muy variada.

Se ha marcado también como una de las vías de aprovisionamiento de elementos que engrosaban sus filas, a la continua y abundante población cristiana desplazada tras la invasión de la Península Ibérica. Como consecuencia de esta invasión se habría producido un fenómeno de desplazamiento de un importante número de los antiguos habitantes del Sur hacia las tierras agrestes y montañosas del Norte huyendo de los ejércitos musulmanes.

Las zonas en las que busca refugio esta población cristiana son principalmente las montañas de la cordillera Cantábrica y de los Pirineos, pero también otras zonas montañosas como las cordilleras centrales o Sierra Morena.

La *Crónica de San Juan de la Peña* en el capítulo IV de su versión aragonesa se refiere a este movimiento migratorio:

E feita la dita perdicion ó conquista, los xpistianos qui de dita batalla ó persecucion podieron escapar, se derramaron et fueron enta las fuerças de las montanyas de Sobrarbe, de Ribagorça de Aragon, de Bieroça, de Arcide, Ordoya, de Biscaya, de Alaba et de Asturias, do fizieron muytos castiellos et muytos otras fuerças, do se pudiessen receptor et defender de los moros.

Estas gentes erráticas, al marchar de sus hogares, apenas sí se llevan una pequeña parte de sus pertenencias, abandonando no solo sus casas, tierras y útiles de trabajo, sino también, en muchos de los casos, su tradicional forma de vida. Sin ninguna capacidad económica para iniciar una nueva vida, en un territorio distinto al que hasta ese momento conocían que se les presenta duro y salvaje, con unas posibilidades de explotación limitadas y ya ocupadas por sus propios habitantes, sumando a ello, la falta de conocimientos y la experiencia necesaria para desarrollar una forma de vida en la montaña, con todo lo que ésta exige para la supervivencia, los nuevos montañeses desplazados, no encuentran posibilidades para su asentamiento natural en

este escenario montañoso ni para el establecimiento de una nueva vida humanamente digna, lo que les forzaría a buscar otras formas menos civilizadas de sustento.

De este modo, los nuevos habitantes pirenaicos, junto a los naturales de esas mismas montañas, se unirían creando bandas, en principio independientes entre sí, que hallarán como única alternativa para sobrevivir la dedicación al pillaje, al secuestro y al saqueo.

Además de gentes del Pirineo oriental o de vascones —hay que recordar que el territorio donde nace el primigenio Aragón es en ese momento habitado mayoritariamente por pueblos vascones— que se unieron a estas huestes por evidente proximidad, tanto física como cultural, es de resaltar el número de ciudadanos de procedencia árabe que, bien por ser anteriormente almugávares moros, o únicamente por el afán de buscar una fórmula de enriquecimiento rápido, entraron a conformar una parte importante de aquellas bandas. El número y la variedad de etnias que caminarán juntas con el paso del tiempo se irá incrementando y enriqueciendo, especialmente cuando llegue el momento de desarrollar la campaña en Grecia:

Et no solum habent multas gentes de terra sua propria (aragoneses y catalanes), sed etiam habent multas gentes de terra Regis Francie de Linguadoch, que confinat cum eis, et de Guasconia et Navarra et Yspania; et non solum habent gentes christianas, verum etiam Saracenicis [...]^[19].

En 1860, Bofarull i Brocá, historiador catalán y director del Archivo de la Corona de Aragón, en una nota al margen de su traducción de la *Crónica de Muntaner*, da su propia descripción que incluye una versión sobre el origen y composición:

Cuando las primeras irrupciones africanas, quedó España despoblada en varios de los territorios que la componían, y sus moradores, se salvaron en las fragosidades de los montes, desde donde, si estaban contiguos a una nación vecina, como en el Pirineo, hacían continuas irrupciones, y si aislados, como en el Muradal (junto a Despeñaperros), bajaban a asaltar por necesidad a amigos y enemigos, de manera que tales puntos vinieron a transformarse en presidios de infamia, en los que se acogían lo mismo cristianos que sarracenos, quienes, organizados en tribus, y dando a sus jefes nombres árabes, hacían correrías por su cuenta, sin prestar servicio conocido a ninguna de las nacionalidades españolas.

Las informaciones que conocemos corregirían las afirmaciones de Bofarull cuando asemeja a los almugávares de la Corona de Aragón con los denominados «golfines», asaltadores que se amparaban entre las montañas del Muradal. El propio Bernat Desclot^[20] en su crónica identifica a ambos grupos de forma diferenciada:

[...] e aqui ell feu venir tots los almugavers els adalits de la frontera de Valencia e de Murcia, e los Golfins que staven als ports de Muradal; e foren be tres milia homens a peu.

En realidad, como las crónicas y diversos autores han recogido, los «golfines» de Despeñaperros eran hidalgos y villanos procedentes del reino de Castilla y de Galicia que, más que desplazados por la invasión, eran simplemente salteadores y bandidos buscados por la ley, que encontraron en las montañas del sur peninsular su refugio. En ningún momento se les conoció con el nombre de almugávares, aunque sí es cierto que participaron junto a éstos en las campañas aragonesas de la conquista del Levante.

No encontramos en la formación de los grupúsculos de almugávares, bases ni planteamientos territoriales, ni políticos, ni religiosos. Su variada composición étnica, así como las diferentes causas que les habrían llevado a unirse en los montes aragoneses, demuestran bien a las claras que el nexo de unión entre todos ellos era únicamente económico, forzados por una situación extraordinaria. La guerra unió, al principio en la necesidad, y después en el camino elegido para superarla, a gentes tan dispares como montañeses y habitantes del llano, a cristianos y a musulmanes, a pastores y a antiguos artesanos de la ciudad.

Comenzarán sus acciones haciendo incursiones esporádicas en territorio musulmán, robando y entrando al pillaje en pequeñas aldeas, aunque las poblaciones limítrofes del lado cristiano también conocerían de sus tropelías. La lucha de guerrillas sería su técnica de lucha, al menos en estos primeros tiempos, y consistía en fugaces penetraciones al otro lado de la frontera en las que golpeaban con rapidez y, tras conseguir el botín deseado, regresaban a través de las montañas a sus campamentos. Esta capacidad para esconderse en la noche, caer sobre las descuidadas víctimas, y desaparecer entre los montes, los convertirían en verdaderos fantasmas para sus enemigos. Así, lo que comienzan siendo pequeños grupos de individuos aislados dedicados al bandidaje, con el tiempo irán aumentando y conformarán reducidos clanes o bandas organizadas que penetraban en los territorios árabes para saquear sus poblaciones e incluso enfrentarse abiertamente con desprotegidas guarniciones.

En su origen, no prestarían servicio a ninguno de los reinos o condados cristianos en los que se hallaban establecidas. Gozaban de absoluta libertad en sus operaciones, guiándose únicamente por su intención de conseguir el mayor botín posible.

Favoreció a este modo de robo de guerrilla la agreste orografía propia de la zona norte de Aragón, pero también fue favorecido por el fenómeno migratorio provocado por la invasión musulmana, lo que hizo aparecer grandes zonas del territorio despobladas, y sin un control claro por parte de ninguno de los bandos enfrentados. Eran tierras de frontera, sin una demarcación estable que variaba dependiendo de los avances y retrocesos en los frentes de batalla, y será aquí, en esta tierra de nadie,

donde encontrarán su hogar y la forma de subsistir por medio del robo, de secuestros y de otras pequeñas escaramuzas.

Los poderes reales o condales, además del control militar de los territorios conquistados, deberán alcanzar también un control social que asegure su gobernabilidad, y para ello no dudarán en otorgar privilegios y fueros. Este nuevo mundo de posibilidades atraería a miles de delincuentes, desheredados, buscadores de fortuna o soldados sin señor que veían la oportunidad de enriquecerse o de librarse del peso de la justicia por delitos cometidos con anterioridad.

La frontera, pese a lo que pudiese parecer en una primera impresión, se convirtió no solo en campo de batalla y escenario de luchas y de destrucción, sino que al mismo tiempo que sucedía todo esto, surgió a su alrededor un espacio único de intercambios culturales, económicos y mercantiles. Los artesanos, mercaderes, gentes de fortuna... recorrían los caminos, mercados y villas fronterizas en busca de florecientes oportunidades:

[...] es zona de actividades económicas contrapuestas: pastores musulmanes y cristianos apacientan en ella sus ganados, en tanto que almogávares encuentran un espacio privilegiado para sus correrías, asaltos, pillajes, robos y capturas^[21].

Las posibilidades que les brindaba una tierra de «muga» en constante movimiento entre dos potencias que hicieron de la guerra cotidiana el eje de la sociedad medieval peninsular, eran inmensas. Se encontraban en un territorio en donde no existía un poder claro que pudiese poner freno a sus correrías y, para favorecer todavía más su situación, disponían de un número de miembros creciente que iba engrosando paulatinamente sus filas.

En las páginas siguientes intentaremos adentrarnos en la realidad de estos hombres y mujeres de frontera, al menos hasta allí donde permiten los conocimientos que de ellos ha llegado a nosotros. En lo referente al papel desempeñado tanto por las mujeres como por el resto de miembros que formaban parte de las compañías de almogávares y que no eran guerreros, apenas aparecerán reseñas en las fuentes históricas, aunque precisamente por los pequeños detalles de esas mismas fuentes, sabemos que fueron también una parte fundamental de esta historia.

Antes de seguir los pasos que les llevaron desde las montañas aragonesas hasta las tierras valencianas y las islas mallorquinas; y desde el sur de Italia hasta el Mediterráneo oriental y Asia Menor, vamos a conocer las descripciones que se han hecho de ellos, de su apariencia y de sus costumbres; del paso de bandidos a soldados de fortuna; de cómo luchaban y de cómo se organizaban. Y después, reviviremos la gran aventura de la Compañía en Grecia, en donde pasaron de héroes salvadores de la mismísima Bizancio frente al peligro turco, a villanos traicionados por quienes les llevaron hasta aquellos lugares; y de desorientados mercenarios en tierra de nadie, a

señores absolutos de la mítica Atenas.

2. Metodología y fuentes

Fuentes medievales aragonesocatalanas

En una primera impresión podría parecer que no existe demasiada literatura al respecto. Solo tras una labor de profundización, podemos llegar a obtener una cierta cantidad de fuentes y recursos que, sino totalmente, sí que son capaces de arrojar algo de luz sobre la historia de los almugávares. La mayor parte de esa información nos ha llegado fundamentalmente a través de las grandes crónicas medievales pertenecientes a la Corona aragonesa, al Imperio bizantino y a los cronistas franceses. En unos casos la información es extraordinariamente rica y abundante, convirtiendo a estos mercenarios en el argumento principal de las mismas, como es el caso de la *Crónica* que escribió el que será su principal informador, Ramón Muntaner. En otros casos, los conocimientos que transmiten son realmente enriquecedores, aunque su aparición sea como actores secundarios del argumento principal que será la narración de la historia de los reyes aragoneses y de sus expediciones bélicas. Entre éstas últimas encontramos la *Crónica* del mencionado anteriormente Bernat Desclot, la *Crónica de Jaime I*, las crónicas de los historiadores griegos, con Jorge Paquimeres como su máximo exponente, o la *Crónica de la Morea* entre otros documentos, como los guardados en el Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona (que por cierto, tiene su sede en la calle Almogávares), o en los archivos del Vaticano, de Venecia o de Palermo, junto a la *Crónica de San Juan de la Peña* o los *Anales* del cronista de Aragón Jerónimo Zurita. Además de estas fuentes cristianas incluiremos en este apartado también la *Crónica del moro Rasis*, que adquiere gran importancia al ser la primera en la que se menciona la existencia de almugávares en Zaragoza.

A través de estas narraciones, unas veces más explícitas y otras menos a la hora de hablar de las compañías de aragoneses y catalanes, nos situamos de una forma más directa en el contexto social y político que rodeaba a estas gentes, aunque se hace necesario mantener en todos los casos una gran cautela al interpretar sus contenidos, ya que, como sucede en cualquier obra de carácter épico de la época, sus autores no buscaban la transcripción objetiva de los hechos sino que estaban dirigidas a la

exaltación de determinados personajes, causas o instituciones (siempre en el caso de los textos medievales, y en menor medida en el caso de Zurita). Quizás se podría hacer una excepción entre los cronistas medievales en el caso del griego Paquimeres quien, sin ser estrictamente objetivo en sus relatos, sí demuestra una clara intención de imparcialidad en muchas ocasiones, teniendo en cuenta, claro, su condición de cronista de la corte bizantina y por tanto, víctima directa de los desmanes de los almugávares y cómplice indirecto de las decisiones de su corte.

Pero además de estas magnas obras, existe un abanico de fuentes tanto medievales como más cercanas en el tiempo que dan la oportunidad de descubrir nuevos aspectos que, o bien eran inéditos hasta la fecha, o bien no se habían estudiado en relación con este tema. En un breve análisis de algunas de ellas, así como de los autores que las escribieron, comprobamos como en algunas ocasiones, fue tan intensa la vida y los condicionantes que se dieron alrededor de ellos como la propia obra que ha llegado hasta nosotros.

Crónica del moro Rasis (887-955)

Ahmad ibn Muhammad Al-Razi, conocido como Al-Tariji (*el Cronista*) para los historiadores árabes, o como el moro Rasis para los cristianos, perteneció a una importante familia de mercaderes persas afincados en Córdoba hacia el año 865. Su obra *Ajbàr mulùk Al-Andalus (Historia de los reyes de Al-Andalus)*, es una historia dividida en tres partes que describe la ocupación árabe de la Península Ibérica.

El arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada en su *De rebus Hispaniae* (1243), al igual que otros cronistas cristianos, utilizará en repetidas ocasiones la obra de Rasis, incluso copiando literalmente fragmentos de sus escritos.

Su valor respecto a este estudio reside en un extracto de su texto, concretamente en el que hace una descripción del valle del Ebro, en donde aparecen por primera vez mencionados este tipo de mercenarios-bandidos en la ciudad de Zaragoza, alrededor del año 900.

Crónica de Jaime I o Libre dels feyts esdevenguts en uida del molt alt senyor Rey En Jacme lo Conqueridor

Esta es la más antigua de las grandes crónicas bajo medievales que se refieren a los hechos pertenecientes a la Corona de Aragón. Aunque no se ha podido establecer una fecha exacta de su composición, se baraja la posibilidad de que fuese escrita entre

1230 y 1273. Se da por cierto que estas fechas pueden ser correctas, al existir una obra escrita en lengua romance, por un fraile dominico llamado Pere Marsili, antes de 1313 donde ya se hace referencia a la crónica del *Conquistador*. Incluso se afirma que el rey Jaime II pidió los servicios de este fraile para resumir y dar nueva forma al documento original dictado por Jaime I.

Como su título indica, esta obra narra los acontecimientos acaecidos durante el reinado del rey Jaime I *el Conquistador* y se compone de cuatro partes diferenciadas. Comienza a partir de la muerte del padre de Jaime I, Pedro II, en la batalla de Muret en 1213, frente a los franceses mientras defendía en el Languedoc la causa de los cátaros, además de sus propios intereses en la zona. Y termina con la muerte de Jaime I en 1276.

Escrita en romance, su lengua natural, según él mismo rey dice —si le aceptamos como su autor—, o en lemosín o en catalán dependiendo de los historiadores.

Sobre el *Llibre del feits* existen diferentes teorías respecto a su autoría. En principio, su autor sería Jaime I, aunque ya en el siglo XIX se planteó el debate y las dudas sobre esto. Las pruebas argumentadas para defender su autoría son variadas. Entre ellas se esgrime que está escrito en primera persona, de manera que, si hubiese sido otro el autor, no habría dejado de mostrar su autoría, o de marcar de algún modo su impronta, cuestión que no se da en la obra.

Por otra parte, solo él mismo o alguien muy cercano pudo conocer los hechos con el lujo de detalles con el que aparecen reflejados. Y por último, además de los acontecimientos como tales, se entremezclan en el texto referencias sobre las sensaciones y los sentimientos del propio monarca. Lo que sí es cierto, es que tuvo algún tipo de colaboración a su lado. Hay fragmentos que denotan un estilo distinto en la redacción, mucho más teológico y adoctrinador, que el que suele emplear el rey. Y, como argumento incontestable, es evidente que no pudo ser él quien escribiese la última parte de la crónica, ya que en ella se da cuenta de su muerte.

Se ha propuesto que Jaime I fue el verdadero autor del libro, a excepción del prefacio y de algunos de los últimos capítulos, escritos, probablemente, por alguien más letrado que él.

Todo apuntaría, al obispo de Huesca, Jaime Sarroca, que solía ir en su compañía.

Según la tradición, parece ser que el manuscrito primitivo fue robado del monasterio de Poblet donde se guardaba por el arzobispo Marca, entre los años 1644 y 1644. Por suerte, se conservó, en el mismo monasterio, una copia acabada antes de 1343 y encargada hacer por el abad del Monasterio de Poblet, Ponç de Copons:

Aquest libre feu escriure lonra en Ponç de Copons per la gracia de Deu abbat del honrat Monestir de sancta Maria de Poblet: en lo qual Monestir jau lo molt alt senyor Rey en Jacme, aqueyl de que aquest libre parla dells feyts que feu ni li endeuengueren en la sua uida. E fo escrit en lo dit Monestir de Poblet de la ma d'en Celesti Destorrens, e fo acabat lo dia de sent Lambert a XVII

dies del mes de setembre, en lany de MCCCXLIII^[22].

Esta copia pasó después al canónigo ilderdense, Joseph Besora, después al convento de los Carmelitas Descalzos de Barcelona, para terminar en la Biblioteca Pública de la misma ciudad, salvándose de esta forma de la quema de conventos durante la Guerra Civil.

Existen otras copias posteriores en las bibliotecas Nacional y del Escorial entre otras.

Crónica de Bernat Desclot o el Libre del rei en Pere d'Aragó e dels seus antecessors passats

Aci comença lo libre qu'En Bernat Desclot dicta e scrivi, de les grans batalles e dels grans fets d'armes e de les grans conquestes que foren sobre Serrayns e sobre altres gents, e de dos nobles reys que hac en Arago qui foren del alt linatge del comte de Barcelona^[23].

Escrita en catalán por Bernat Desclot entre 1283 y 1288, describe los hechos de la corte aragonesa. La figura a ensalzar en este caso es la de Pedro III *el Grande* (Valencia, 1240 - Vilafranca del Penedés, 1285) y la narración termina con su muerte en 1285. Se compone de dos partes, una referida a los antecesores de Pedro III y otra al reinado del monarca.

Respecto al autor conocemos que fue testigo de los hechos que narra, y que vivió en tiempos de Jaime I y de Pedro III, lo que confiere un tono de veracidad a su crónica. Poco más se conocía con certeza de él, sin embargo, los estudios del investigador Coll i Alentor, le han identificado como Bernat Escrivá, individuo, éste sí, documentado como miembro de la corte real y encargado de labores de escribanía, al igual que venían haciendo con anterioridad otros miembros de su familia. El apellido Desclot, podría de este modo, provenir del solar familiar que estaría en una casa llamada Es Clot, en el Roselló. Y sería con este apellido con el que firmaría su obra. El funcionario de la curia real aragonesa, Bernat Escrivá murió en 1289. Con lo que habría llegado a conocer y a servir en la corte de Alfonso III *el Liberal*^[24].

Su estilo no es, como se podría pensar, el de un funcionario que se limitase a cumplir su función de copiar lo dictado, al contrario, consigue transmitir brillo y emoción en muchos de sus fragmentos, acercándose en la forma, a la retórica poética de otros cronistas medievales. Aunque no se deja llevar totalmente por su apasionamiento, y denota su formación y conocimientos históricos y administrativos de la Corona al intercalar en sus descripciones documentación y datos anteriores

pertenecientes a ésta. De hecho, hay quien afirma que es mayor la parte de transcripción de documentación de la corte que la de creación literaria.

Respecto al tema del libro, esta crónica se convierte en fundamental, por una parte, al tratar sobre los almugávares y sus campañas en varios de sus capítulos, y por otro lado, por habernos hecho llegar la que, con toda seguridad, es la descripción más detallada de estas gentes y de su forma de vida que ya vimos traducida al castellano anteriormente:

Aquestes gents qui han nom Almugavers son gents que no viven sino de fet de armes, ne no stan en viles ne en ciutats, sino en muntanyes e en boschs; e guerreien tots jorns ab Serrayns, e entren dins la terra dels Serrayns huna jornada o dues lladrunyant e prenent dels Serrayns molts, e de llur haver; e de aço viven; e sofferen moltes malenances que als altres homens no porien sostenir; que be passaran a vegades dos jorns sens menjar, si mester los es; e menjaran de les herbes dels camps, que sol no s'en prehen res^[25].

Crónica de Ramón Muntaner (Peralada, 1265 - Ibiza, 1336)

No es posible comprender en toda su magnitud esta crónica sin conocer las vicisitudes y la vida de su autor. La razón de esto es sencillamente que no estamos ante una simple enumeración de acontecimientos, narrados con mayor o menor acierto, o de la obra de un cronista al uso. Lo que vamos descubriendo a través de sus páginas es la propia experiencia vital del escritor, y aún más allá, el reflejo encendido de sus creencias y motivaciones más personales.

Por esto, conocer a Muntaner, el autor, es conocer gran parte de la historia de los almugávares.

Ramón Muntaner nació en Peralada, villa catalana del Alt Empordà, en el año 1265.

Según parece, su padre regentaba un importante hostel en el lugar y gracias a este hecho, cuando contaba con nueve años, conoció al rey Jaime I *el Conquistador* y al rey Alfonso X *el Sabio* de Castilla, que se alojaron en el negocio familiar cuando iban juntos de camino hacia Francia para acudir al concilio que se iba a celebrar allí. Como él mismo relata, este acontecimiento marcaría desde su infancia el carácter de Muntaner.

Pero si existió un hecho que cambiaría totalmente el rumbo de la vida del cronista éste fue el de su primera toma de contacto con los almugávares, encuentro de trágicas consecuencias para él y los suyos.

Apenas habría cumplido los once años, en 1276, cuando se vio obligado a

abandonar su hogar a consecuencia de la quema y del saqueo que sufrió Peralada a manos de los almugávares que, para más inri, estaban encargados de su defensa por el rey Pedro III:

Que yo y otros que en aquella hora perdimos gran parte de lo que teníamos, no hemos regresado a habitarlo (Peralada) sino que hemos ido por el mundo buscando fortuna con mucho daño y mucho trabajo y muchos peligros que hemos pasado^[26].

Tras marchar de la destruida Peralada hay unos años en los que no tenemos noticias de él. Pero cuando tenía veinte años lo encontramos al servicio del rey de Aragón en la toma de Menorca en donde, parece ser, se encuentra de nuevo con los almugávares, pero en esta ocasión combatiendo por la misma causa. A partir de ese momento acompañará al rey aragonés en sus campañas en el norte de África y en Sicilia. Es en este tiempo cuando conoce al almirante Roger de Flor, y comienza una larga amistad entre ambos reflejada en la confianza que el almirante depositará en adelante en él. Cuando Roger decide organizar una compañía de almugávares para zarpar rumbo a Constantinopla, Muntaner se encuentra ya como uno de sus hombres de confianza, siendo el responsable de la tesorería y de la administración de la Compañía.

Los años en Grecia le depararán las más duras pruebas. La muerte de Roger, el peso de comandar la Compañía, los enfrentamientos internos, todo ello forjará el espíritu del cronista que, por lo que él mismo relata, saldrá victorioso de todas estas difíciles empresas, ganándose el respeto y la admiración de la tropa, cosa que otros capitanes de ésta no pudieron lograr.

Muntaner es, por todo esto, una fuente de gran valor a la hora de recopilar información sobre los almugávares, especialmente, durante el periodo de la expedición a Grecia y de los años inmediatamente anteriores. R. Tasis, al igual que la mayor parte de historiadores, resalta el carisma y la importancia que alcanzó Muntaner en los diferentes puestos que ocupó:

Ramón Muntaner, hijo de Peralada, se convirtió en el amigo más fiel del aventurero de Brindisi (Roger de Flor) y, al parecer, su administrador honrado y competente. Roger se había convertido en la primera figura de la corte de Palermo y Muntaner se veía asociado a su prosperidad, como su procurador^[27].

Abandonaría Grecia en 1308, después de las disputas internas entre bandos enfrentados dentro de la propia Compañía que acabaron con la muerte de Berenguer de Entença, y con la marcha del infante Ferrán, forzada por el capitán Rocafort.

A su regreso a Cataluña, y tras alguna misión más que le será encomendada, recibirá de la Corona los reconocimientos merecidos por su dedicación. En 1328 será nombrado jurado de la ciudad de Valencia, donde comenzará a escribir el relato de los acontecimientos de los que fue testigo de excepción, el día 15 de mayo de 1325 en la alquería de Xilvella, en las afueras de Valencia, cuando contaba con la edad de sesenta años. Todavía varios años después, en 1331, volverá a servir una vez más junto al rey Fadrique (Federico) de Sicilia. Establecido en 1332 como consejero de Jaime III en Mallorca, morirá cuatro años después, en 1336, en Ibiza. Su cuerpo fue enterrado en la capilla de Sant Macari de la iglesia de Sant Domènec, fundada por él mismo en la ciudad de Valencia.

Su relato épico abarca los acontecimientos sucedidos a partir del nacimiento de Jaime I en 1208, a pesar de que por su edad no pudo ser testigo de los mismos, pero como el propio autor dice, los incluye por su admiración hacia este rey y su gobierno. Y llegará hasta la coronación en Zaragoza de Alfonso IV *el Benigno*, en 1328.

La *Crónica* no pretende ser un libro para guardar en bibliotecas, ni está dirigido a los pocos afortunados que tenían capacidad de leer en la época. Muntaner escribe su obra en un tono popular, incluso en muchos momentos hace gala de una sutil ironía, de tal forma que pudiese ser leído y transmitido de manera oral, incluso por fragmentos. Para dejar más patente esta intencionalidad de hacerlo llegar al pueblo llano y de la forma más coloquial posible, emplea el catalán, su lengua materna y la de una parte importante de los habitantes de los territorios de la Corona de Aragón, incluida la propia corte. No usará un catalán refinado ni escogido, sino un catalán de la calle, con los giros y expresiones que cualquier persona podía entender perfectamente.

Al acercarnos a la obra de Muntaner encontramos una dificultad añadida, y es que no se conserva el manuscrito original, y debemos emplear para su estudio el manuscrito número 1.803 conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, y fechado en 1392, o sea, sesenta y seis años posterior a su primera producción. Otra versión que emplearemos para su estudio será la editada en la imprenta de la viuda de Ioan Mey Flandro en Valencia en 1558, es decir, más de doscientos años después de ser escrita, y reeditada en Barcelona, en Casa de Jaume Cortey en 1562.

Como afirma Lola Badía en su estudio *Veritat i literatura a les cròniques medievals catalanes: Ramón Muntaner* citando al historiador M. Riquer:

Por lo que afecta a la crónica de Muntaner, en cambio, ni siquiera poseemos una buena edición a base de un manuscrito único, como pasaba hasta hace poco con el texto de Jaime I. Todavía continuamos usando el texto «más aconsejable».

Otras ediciones que, no sin dificultad, podemos encontrar son las del historiador

francés Buchon de 1827 que estaba incluida en la *Collection des chroniques nationales françaises*.

Dentro de esta misma colección de Buchon se reúnen otras fuentes que hacen referencia a la Compañía de aragoneses y catalanes, como la *Chronique des guerres des français en Romanie et Morée* o *Crónica de la Morea*, recopilación ordenada por Geoffroy de Ville-Hardoin, uno de los más relevantes señores francos de la Morea pertenecientes a la familia Ville-Hardoin^[28]. En 1842 se realizó una traducción al alemán en Leipzig y otra, editada por el doctor K. Fr. W. Lanz en Stuttgart, en 1844; también en 1842, se editó en Florencia traducida al italiano por Filippo Moise; la primera traducción al castellano fue la de Antonio de Bofarull i Brocá, editada en Barcelona en 1860 en la Imprenta Jepús; ya a principios del siglo xx, se editó una versión, con grafía modernizada, realizada por Josep M^o de Casacuberta; y posteriormente, aparecía la realizada por J. F. Vidal Jové, con introducción de Joan Fuster, editada por Alianza Editorial en 1970. Todas estas traducciones al castellano se han empleado en este libro a la hora de traducir y comparar la versión en catalán medieval del manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid.

En el inicio da las pistas sobre cuales van a ser los derroteros por los que irá su narración. Lo primero que quiere contar son las motivaciones que le llevan a escribir los acontecimientos que vivió en persona. Sus dos razones introducen al lector desde el comienzo en un plano elevado, al surgir éstas directamente de las más altas instancias que, para el cronista, existen tanto en el cielo como en la tierra. La primera razón, será declararse a sí mismo como la mano que escribe por orden de Dios, para gloria suya, y así, en la introducción del libro deja patente este sentir como elegido, y de como se ve a sí mismo cumpliendo los deseos divinos:

[...] se me apareció en una visión un prohombre viejo vestido de blanco, que me dijo: —Muntaner, levántate y piensa en hacer un libro sobre las grandes maravillas que has visto que ha hecho Dios que por ti sean puestas de manifiesto^[29].

Y en segundo lugar, como representación suya en la tierra, incluso por encima del Papa de Roma, realiza su obra para gloria de la Casa de Aragón:

Por lo que señaladamente se hace este libro en honor a Dios y a su bendita Madre y de la Casa de Aragón^[30].

Para algunos autores contemporáneos, bajo estas motivaciones declaradas, se esconde una intención vehemente de exaltar la gloria de la nación catalana, lo que acabará sirviendo como punto de partida de las reinterpretaciones que se han producido con posterioridad.

A partir de aquí, y a lo largo de toda la narración, el fervor religioso de Muntaner se mezcla, encajado muchas veces de forma forzada, con las acciones que los almugávares llevarán a cabo. Uno de los capítulos donde el escritor se deja llevar por esa religiosidad, y por su afán de hacer de su obra una herramienta al servicio de la fe, es el de su sermón:

En nombre del señor Dios, autor de la creación, al modo de Guy Nanteuil, quiero haceros un sermón en honor y alabanza de la casa de Aragón [...]^[31].

En cuanto a las descripciones físicas o de las costumbres de sus compañeros de campaña, Muntaner es escueto, centrándose más en las hazañas y los hechos, siendo lo que cuenta sobre ellos muy similar al reflejo que daba Desclot:

Entre tanto el señor rey mandó dos mil almugávares a Messina, para que entrasen de noche. Estos fueron, cada uno con su zurrón auestas, y no creáis que llevasen sigo ninguna acémila. Pues cada uno llevaba pan en su zurrón, que así están acostumbrados a alimentarse, y cuando hacen sus correrías cada uno lleva un pan para cada día y nada más, y así, con su pan, agua y algunas hierbas aguantan tanto tiempo como sea necesario^[32].

El estilo literario será muy semejante al del resto de crónicas de la época. Muntaner se dejará arrastrar totalmente por su devoción y sus deseos de cantar las proezas de la Casa de Aragón, y convertirá su obra en una sucesión de muestras de esa admiración. La exageración desproporcionada será la herramienta que empleará más frecuentemente. Es por esto, y teniendo en cuenta que estas exageraciones son habituales en este tipo de textos medievales, que debemos tomar con precaución, cuando no con auténtico escepticismo, los datos y las cifras aventurados por él. Hallamos situaciones en las que no solo se pueden poner en duda los números de bajas, tanto enemigas como propias, que da el autor, sino que directamente las consideraremos como absurdas:

Al día siguiente reconocimos nuestra compañía y encontramos que solo habíamos perdido un hombre de a caballo y dos de a pie; y fuimos a levantar el campo y nos encontramos con que habíamos matado a más de seis mil hombres de a caballo y más de veinte mil de a pie^[33].

No obstante, Muntaner no es un falsario y de una manera indirecta avisa, con su declaración de intenciones inicial, que no esperemos de él ningún tipo de objetividad, al contrario, es una obra para vanagloriar aquello en lo que él, fervientemente, creía. Sus recursos literarios y su fondo, simplemente forman parte de un estilo y de una

desmesura épica, cotidiana en la literatura medieval, enfocada a resaltar los hechos y las figuras incluso saliéndose de la realidad. Nuestra cautela tendrá que considerar este factor, y no tomar por cierto cuanto aparece descrito en sus páginas, al menos tal cual está. Ésta es una precaución que algunos no tuvieron en cuenta por el interés que les suponía no desenmascarar las exageraciones, y han provocado que queden como verdad gestas desmesuradas que no existieron de esa forma.

Hasta tal punto llega esa abstracción de la realidad que, ya no solo las cifras fueron hinchadas, sino que incluso algunas de las más grandes batallas narradas por Muntaner no lo fueron tanto, o al menos, no con la relevancia y repercusión con las que las reflejó en su obra.

El caso más controvertido sería el de la batalla de las Puertas de Hierro en el corazón de la península de Anatolia, que desarrollaremos más detenidamente en el capítulo correspondiente.

Por otra parte, hay que reconocer que Muntaner poseía suficiente capacidad como para resaltar por méritos propios del resto de miembros de la Compañía, y convertirse en su indudable líder intelectual. Pese a ello, también aparecerán carencias, especialmente en cuanto a sus conocimientos geográficos de Grecia o de Asia Menor, los cuales eran limitados y en consecuencia, las confusiones a la hora de citar lugares son habituales. Para describir el itinerario que siguieron los almugávares conviene acompañar la lectura de su crónica con un estudio sobre el mapa del entorno en el que se movieron. Como destacan algunos autores, Muntaner confunde en ocasiones la Tracia con Macedonia, y provoca la confusión sobre el lugar en donde sucedió la decisiva batalla contra las tropas del duque franco de Atenas, Gualter de Brienne (¿?, 1287 - Halmyros, 1311), en marzo de 1311 llevando a la duda entre el lugar que marca el cronista, la llanura de Cefiso, o el verdadero escenario en el que acaeció la contienda, Halmyros, como recalcó el historiador Kenneth M. Setton^[34].

Su marcado subjetivismo le llevará, no solo a modificar algunos aspectos, sino a obviar otros muchos, especialmente aquellos en los que los almugávares cometieron, como así parece ser por lo que narran otras crónicas, toda clase de crímenes, violaciones y robos contra los habitantes de las tierras por las que pasaban. A modo de excusa para este «olvido» del cronista, debemos tener en cuenta que los hechos que comienza a escribir en 1326 sucedieron casi veinte años antes, con lo que es comprensible que, tanto el paso del tiempo como su idealización de lo sucedido, influyesen de forma determinante sobre la deriva ideológica de la obra. Quizás también el soldado y cronista, que contaba con sesenta años cuando escribió la *Crónica*, sintiese ya el peso de la añoranza por los pasados años gloriosos en Grecia, donde vivió junto a sus compañeros una de las gestas más gloriosas para su idolatrada Casa de Aragón.

Hace gala de relatar únicamente aquellos hechos de los que fue testigo directo, o bien, estuvo muy cercano a ellos, como fueron los primeros años que aparecen en su libro.

Sin embargo, es su intención no entrar en los que él no estuvo presente. La justificación que da para ello es que no quiere faltar a la verdad. Aunque ya hemos remarcado lo relativo de la «verdad» de Muntaner. De esta forma, concluirá las referencias a los almugávares en el momento en el que abandona la Compañía, y solo esboza algún pasaje de lo que le sucedió a ésta tras su marcha. Así pues, su narración de los hechos sobre los mercenarios termina en el verano de 1307.

Será testigo de excepción, y uniendo esto a su poca disimulada vanidad, se convertirá en uno de los protagonistas principales de su propio relato. Son frecuentes las situaciones en las que se retrata con una condescendencia que podría rayar el hedonismo. Un ejemplo es el elogio de su táctica y valentía tras la defensa que hizo de la ciudad de Galípoli (actual Gelibolu), ayudado casi únicamente por las mujeres que iban en la Compañía:

[...] y yo, me levanté con trece heridas. Pero en cuanto hube montado sobre otro caballo, monté a aquel escudero a la grupa, y me fui al castillo con cinco heridas que tenía, de las que poco me sentí, aparte una de espada que tenía a lo largo del pie^[35].

El autor, a su vez, se muestra como un ferviente patriota, y no sería ninguna exageración considerarlo como uno de los primeros padres del nacionalismo catalán. El texto está repleto de alusiones a Cataluña y a todo lo que la compone. Pero, con toda seguridad, el momento culminante de esta exaltación aparece en el capítulo denominado *Elogio de Cataluña*^[36]. En él, Muntaner, despliega toda su dialéctica para enaltecer los valores y la lengua de su patria:

Nadie se figure que Cataluña es una pequeña provincia, antes quiero que sepa todo el mundo que en Cataluña hay, en general, un pueblo más rico que ningún otro pueblo [...].

Este sentimiento patriótico, evidentemente, le predispondrá a la hora de entrar a valorar los hechos relatados, e inclinará la balanza cuando traslade la importancia y la cantidad en cuanto a la participación del factor catalán en la expedición.

Como afirma Joan Fuster, escritor del prólogo de una de las ediciones de la *Crónica*:

Cuando la mayoría de las naciones de nuestro continente estaban por crecer, Ramón Muntaner ya escribía como un nacionalista perfectamente adulto.

Otra visión en esta misma dirección es la de Luis Nicolau d'Olwer que en su libro *Expansió de Catalunya en la Mediterrània Oriental* considera que la obra:

[...] es un brevario de patriotismo, un reflejo fiel del optimismo catalán en aquella hora que los nuestros estaban establecidos alrededor del Mediterráneo, hasta dar la impresión de ser el pueblo más numeroso de Europa.

Y añade:

[...] es un testimonio inapreciable del sentimiento de unidad catalana.

La lengua catalana se convierte en la muestra más palpable de ese orgullo patrio enarbolado por Muntaner. Varias son las situaciones en las que hace referencia a la grandeza del catalán y de su valor lingüístico:

Qué de ningún lenguaje hay tantas gentes que lo hable como de catalanes, pues si queréis buscar castellanos en Castilla es poca y poco extensa y hay muchas provincias que cada una habla su lenguaje, que son tan diferentes como los catalanes de los aragoneses^[37].

La *Crónica* de Muntaner pasará a convertirse por su valor histórico, pero también por el literario, en *el libro más divertido de la historia de la literatura catalana* según afirmó el escritor catalán Josep Pla^[38].

Crónica de Pedro IV el Ceremonioso o del Punyalet

Pedro IV de Aragón (Balaguer, 1319) - Barcelona, 1387), conocido también como *el Ceremonioso* o *el del Punyalet*, fue hijo de Alfonso IV y de Teresa de Entença, y ha pasado a la Historia como un rey taimado que desarrolló el arte de la diplomacia y de la conspiración política en toda su amplitud. Tachado incluso de despiadado con cualquier cosa que se cruzase entre él y sus objetivos, incluida su propia familia, llevó a la Corona aragonesa a sus mayores cotas de expansión mediterránea, mientras que en la península mantuvo abiertos importantes enfrentamientos tanto a nivel interno de la Corona, con las luchas con la *Unión Aragonesa* y con la nobleza de los otros reinos bajo su poder, como fuera de sus fronteras contra el rey Pedro I de Castilla, dando lugar a la denominada *Guerra de los Pedros*.

Hombre de corte, puso durante su reinado especial énfasis en la organización administrativa del estado, y para ello hizo recoger y dejar escritas las diferentes leyes y ordinales de sus reinos, respetando y mostrando con orgullo la diversidad cultural y lingüística de sus súbditos, de tal forma que sus secretarios debían escribir los textos oficiales en latín, aragonés y catalán, dependiendo de las circunstancias.

Considerada la cuarta de las grandes crónicas medievales de la Corona de Aragón, está escrita por él mismo en lengua lemosín. En lo que a los almugávares se refiere, quizás no sea ésta una de las crónicas en donde hallamos mayor cantidad de información, pero sí es importante su protagonismo en algunos pasajes como por ejemplo la guerra con su hermano el rey de Mallorca Jaime III, con la conquista de Mallorca y del Rosellón como escenarios principales.

Crónica de San Juan de la Peña

Ordenada escribir y componer por un monje del monasterio de San Juan de la Peña llamado Pedro Marsilo^[39] o, según algunos, por Pedro IV *el Ceremonioso*, es la crónica más antigua exclusiva del Reino de Aragón.

La fecha de su elaboración no está clara pero podría datarse entre 1336 y 1370. A su vez, parece ser que Johan Ferrández de Heredia^[40], el que sería gran maestre de los Caballeros Hospitalarios de Rodas, la tradujo al aragonés en 1372, por orden de Pedro IV. En cualquier caso, pertenecería a la época de mayor renombre de las actividades de la Compañía, en pleno dominio de los ducados de Grecia.

Aunque haya sido intencionadamente olvidada por la mayor parte de los investigadores sobre los almugávares, la Crónica de San Juan de la Peña, tanto en su versión en aragonés como en la versión latina, es la fuente donde aparecen las primeras referencias de éstos. Ya solo por este motivo, debería encontrarse en un lugar preferente a la hora de establecer un serio y riguroso estudio sobre el tema. Lamentablemente, se ha encontrado a lo largo de los años con dos obstáculos que convertirán este derecho en una quimera: en primer lugar, se sale totalmente de la línea de las anteriores crónicas de la corte aragonesa escritas dentro de la órbita catalana; y por otra parte, confirma el origen aragonés de las compañías de almugávares.

Apenas encontraremos entre miles de páginas escritas durante años sobre su historia y sus orígenes una sola referencia a esta joya documental que supone la aparición, por vez primera, de éstos durante el sitio de Zaragoza por Alfonso I en 1110-1111:

Muerto el rey Pedro sin hijos, le sucedió Alfonso su hermano en Aragon y Navarra, y fue llamado el Batallador, [...] Pocos días después se apoderó de Tauste, y su iglesia la agregó al monasterio de San Juan. En seguida pobló el Castellar de ciertos hombres que vulgarmente dicen Almugávares; cuyo lugar, había sido ya poblado por su padre. El mismo año puso sitio a Zaragoza con sus aragoneses y navarros, y con Centulo de Bearne y sus gascones que hicieron maravillas, y con el conde de Alperche que había

venido de Francia a su servicio y al de Dios; pues extendida la fama de su nombre por todo el mundo, había atraído junto a sí a los nombrados entre los más valientes guerreros que se conocían^[41].

Crónica de Morea / El Libro de los fechos

Tras la Cuarta Cruzada a Tierra Santa se estableció un dominio por parte de los cruzados franceses (o francos, aunque esta denominación se extendería al resto de cruzados) en tierras griegas ya que, a pesar del fracaso de la cruzada, el potencial militar desplazado a Oriente les permitió quedarse como señores de una gran parte del sur de Grecia, entre cuyos territorios se encontraba la Morea o Principado de Acaia (Peloponeso). La *Crónica de la Morea* (también llamada *Crónica Métrica*) supone el más detallado relato de esta conquista y de los acontecimientos que sucederían en los años posteriores.

Escrita en los siglos XIII y XIV, se conocen ocho manuscritos del texto original escritos en cuatro idiomas diferentes, cinco griegos, uno en francés, otro en italiano y otro en aragonés.

Las cuatro versiones comparten un mismo hilo conductor, y existe una correspondencia entre los acontecimientos descritos, similitud que se refleja también en el terreno lingüístico.

Únicamente rompe esa unidad narrativa la versión aragonesa puesto que, además de la fuente original, enriquece el texto con fuentes y documentaciones propias.

No existe unanimidad a la hora de fijar si la versión original estaba compuesta en griego o en francés al tratarse de un territorio perteneciente a la península helénica pero en ese momento bajo dominio francés. Sea de una u otra forma, lo que parece muy probable es que el escritor realizase su labor por encargo del gobierno del ducado franco del Peloponeso, ya que el texto denota una clara tendencia antibizantina.

El estilo de la obra parece hablarnos de un autor que era miembro de la corte y bien formado en cuestiones administrativas y legales de Morea, aunque muestra un débil conocimiento en cuanto a cuestiones militares y relacionadas con la batalla. En cualquier caso no representa un referente demasiado fiable, ya que aparecen en el texto diversos errores.

La primera, y más estudiada edición moderna de esta crónica, se la debemos a J. A. Buchon, historiador francés que publicó en París, en 1825, el primer manuscrito hallado.

También en París, en 1840, volvería a ser editada junto a las crónicas de Muntaner, Desclot y una anónima siciliana, con el título de *Anonyme grec. Chronique de la Principauté française d'Achaïe*. Veinte años después, en 1845, y dentro del

compendio llamado *Recherches historiques sur la principauté française de Morée et ses hautes baronnies*, aparecería una versión revisada sobre otro manuscrito hallado en Copenhage, y que llamó *Sur le manuscrit du Le Livre de la Conquetê de la Princée de Morée: En esta época acababan de llegar al país de Halmyros los catalanes quienes tomaron el nombre de la Gran Compañía. Allí les había conducido el duque de Atenas, Micer Guy, que convino con ellos atacar Morea*^[42].

La versión griega es una narración anónima de la conquista franca de la Morea (Peloponeso) desde la Primera Cruzada hasta 1292. Escrita en verso entre 1196 y 1292, se conserva en Copenhague, y según los estudios parece ser la más antigua y fiel al texto original.

José M^o Egea en su trabajo sobre esta crónica profundiza en la narración de los acontecimientos recogidos en la obra:

Los catalanes acudieron sumisamente ante el duque y este por arrogancia, como hacen los francos, y por mal Consejo que le dieron lanzóse a la liza y perdió la lid; fue apresado y cortáronle la cabeza, tomaron su país, el Gran Señorío, y los de la Compañía son hoy señores de él^[43].

Esencialmente, y en lo que a la Compañía respecta, abarca el periodo durante el cual los aragoneses y catalanes se ponen al servicio del duque franco de Atenas, Gualter de Brienne (1310), hasta algunos años después de consolidarse su dominio en los ducados^[44].

Por su parte, la crónica francesa es un manuscrito de finales del siglo XIV o principios del XV, aunque fue compuesta originalmente entre 1332 y 1346. Fue publicada también por Buchon en 1825, aunque como ya hemos dicho, fue corregida y publicada de nuevo en 1845.

Su descripción de los hechos de Morea abarca desde 1199 a 1305. A finales del siglo XIX, se encontraba en la Biblioteca Real de Bruselas.

La crónica italiana, fue publicada por Hopf, y su original se conserva en la Biblioteca de San Marcos. En opinión de los investigadores, entre ellos Rubió i Lluch, se trata de la peor de las cuatro versiones por su falta de exactitud y por sus múltiples errores históricos.

Escrita en prosa, la versión aragonesa, que incluye el periodo entre 1197 a 1377, fue ordenada traducir al aragonés por Johan Ferrández de Heredia en 1377, fecha en la que tomó posesión de su cargo como *Gran Maestre de los Caballeros Hospitalarios de Rodas*, y fue terminada el 24 de octubre de 1393: *Libro de los fechos et conquistas del Principado de la Morea. Compilado por comandamiento de Don Fray Johan Ferrandez de Heredia, maestre del Hospital S. Johan de Jerusalem*.

Se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid como el manuscrito 10131 y fue copiada por Bernardo de Jaca:

[...] fue conplido et acabado de escribir digous a. XXIII del mes de octubre en el anyo de nuestro senyor M.CCC.XC.tercio. Bernardos est dictus qui scripsit, sit benedictus. De Iaqua vocatur qui scripsit, sit benedictus. Amen.

Hoy la encontramos incluida en la *Grant Crónica de los Conquiridores*, pero, según parece, esta crónica junto con el resto de documentos que componen la *Grant Crónica*, no fueron creados como un conjunto sino que serían unidos posteriormente en la biblioteca del rey de Aragón, dándole su formato final.

En 1885 fue publicada por Alfredo Morel-Fatio en Ginebra y en Génova por JulesGuillaume Ficky ese mismo año, y en 1968, de nuevo en Osnabrück junto con la versión francesa. Importantes filólogos y lingüistas como John Schmitt, que se encargó de hacer una de las más reconocidas recopilaciones de los manuscritos griegos de Copenhage, el *Parisinus* 2898 y el de Turín, han despreciado tradicionalmente esta versión con la justificación de que no es una mera traducción del original, sino que incluye importantes aportaciones de otras fuentes.

Pero precisamente en esta riqueza documental se encuentra el valor del texto en aragonés.

Esta versión no se limita a reproducir la versión original sino que incluye informaciones y documentos procedentes de los archivos reales aragoneses y de otros orígenes, como los cronistas Villani, Ernoul y Baudoin d'Avesnes. Lo más curioso de esta crónica es que el autor no emplea recursos de la que supuestamente sería la fuente más cercana, tanto geográfica como políticamente, la de Muntaner. Es probable que todavía no hubiese llegado al conocimiento del compilador la existencia de ésta, aunque es una explicación bastante improbable ya que habían pasado más de cincuenta años entre el inicio de ambas obras.

Lo que no se ha determinado con seguridad es si el origen de esta versión fue la griega o la francesa, aunque uno de sus editores, Morel-Fatio, asegura que proviene de ambas.

A principios del siglo xx, el único manuscrito de *El Libro de los fechos* formaba parte de la biblioteca del duque de Osuna, donde fue hallado en 1880 por el conde Riant.

En definitiva, *La Crónica de la Morea*, supone quizás uno de los más valiosos testimonios de los acontecimientos que sucedieron durante años en aquel territorio, adquiriendo para nuestro estudio un valor añadido tanto por su descripción de los hechos como por el tesoro documental y filológico que representa en tantos aspectos el manuscrito en aragonés de Johan Ferrández de Heredia. Todo ello teniendo en cuenta, como afirma la profesora Goyita Núñez Esteban^[45], que *como en cualquier poema épico medieval no podemos aspirar a que en éste los sucesos sean presentados con toda la veracidad y rigor que exigiríamos a una obra histórica.*

Coronica de Aragón (1499), Gualberto Fabricio de Vagad

Fabricio de Vagad nació en Zaragoza a principios del siglo xv, y tras tomar los hábitos de la orden del Císter, se convertiría en el primer cronista del Reino de Aragón. Su *Crónica* (o *Coronica*) de Aragón recorre la historia del reino hasta 1458 coincidiendo con el reinado de Alfonso V. Fue publicada por primera vez en Zaragoza en 1499. El rey Fernando el Católico lo nombró cronista mayor del Reino, y fue escrita a demanda de las cortes aragonesas.

Se preocupará para su confección de investigar en los antiguos archivos documentales de San Juan de la Peña, de San Victorián, de Poblet, de Montearagón, de Barcelona y de algunos otros. Sin embargo, no alcanzará la rigurosidad de su sucesor Zurita y, quizás provocado por su excesivo deseo de ensalzar Aragón al mismo tiempo que la emergente idea de España, le lleva a cometer abundantes errores históricos, al tiempo que deforma la información contenida en los fondos consultados para adaptarla a su ideario.

3. Fuentes medievales griegas y venecianas

Como en cualquier aspecto de la vida, nada es blanco o negro, y todo se puede contemplar desde diferentes puntos de vista, dándonos en ocasiones resultados completamente distintos. Hasta aquí hemos hecho un ligero repaso a las fuentes contemporáneas de los acontecimientos históricos que nos ocupan, pero en todos los casos desde la perspectiva de la Corona aragonesa. Por muy ricas que éstas sean, no podemos pensar que únicamente a través de una de las partes llegaremos a un conocimiento más o menos real y objetivo de lo sucedido durante el siglo XIV en tierras griegas. Se hace pues imprescindible el estudio paralelo de las fuentes que aparecieron en ese mismo tiempo, y que hacen referencia a los mismos hechos, pero, por suerte, desde una visión opuesta a las anteriores.

En los documentos griegos conservados de esa época observamos como sus historiadores, salvo algunas relevantes excepciones, no harán demasiadas diferenciaciones entre catalanes, aragoneses, alanos, turcos o cualquier otro de los pueblos que lucharon a sueldo para el Imperio bizantino. Más bien los considerarán como contingentes armados poco definidos étnicamente desde su punto de vista, y de los cuales destacarán mucho más en sus obras el interés por las acciones y batallas realizadas por éstos, que por profundizaciones sobre su origen o cuestiones propias de estos colectivos.

No debería de extrañar como esta nueva perspectiva de los acontecimientos, muestra una imagen totalmente distinta de los almugávares y de lo que en aquel tiempo aconteció en Grecia. Estamos hablando de los cronistas de la corte de Bizancio, que se convertiría en el objetivo de los abusos cometidos por los aragoneses y catalanes. Así pues, lo que narrarán los griegos no serán las hazañas de los idealizados héroes cristianos de Muntaner, sino los crímenes cometidos por una jauría de salvajes sedientos de sangre. Posiblemente, entre ambas versiones, en principio totalmente opuestas, encontraremos que es lo que en realidad sucedió.

Rubió tiene su propia teoría respecto a porqué los cronistas griegos descargan su desprecio sobre los almugávares:

Es forzoso buscar otras causas a parte del odio que pudiesen inspirar unos abusos más o menos injustos, pero no nuevos en los anales de la guerra, para explicarnos la enemistad de los griegos. Parte, y no menos importantísima, tuvo en que esta enemistad fuese tan profunda y duradera, de un lado, como ya he dicho diversas veces, su espíritu cismático apoyado con verdadero fanatismo por clérigos y emperadores; por otro lado, la humillación que a un pueblo, justamente orgulloso de su ilustre linaje, causaban, al compararlos con sus desastres, los triunfos continuados de huestes poco numerosas, divididas y consideradas bárbaras por su lengua, su raza e incluso por su rudo aspecto^[46].

Como si se tratase de un equilibrio premeditado, del mismo modo que poseemos la joya documental que supone la *Crónica de Muntaner* en la Corona de Aragón, existe también una narración exhaustiva de los acontecimientos, de calidad similar o superior a ésta, recogida por un cronista griego: Jorge Paquimeres^[47].

Jorge Paquimeres (1242-1310)

Como no puede ser de otro modo, fue Rubió i Lluch quien rescató la labor de Paquimeres y quien supo extraer el potencial de conocimientos que se encuentra en su obra. A través de diversos trabajos, Rubió desmenuza tanto los textos como al propio autor bizantino, siendo de destacar sus traducciones o libros como *Pachimeres i Muntaner*, estudio comparativo entre las características de ambos cronistas, publicada en Barcelona en 1927.

Jorge Paquimeres nació en Nicea, en la península de Anatolia, en 1242, y al parecer murió en Constantinopla en 1310. Tras el paso de los cruzados por Asia Menor, la consiguiente conquista franca y la posterior expulsión de los latinos^[48], marchó a Constantinopla en 1261.

Con una gran formación intelectual y académica fomentada por su familia, participó de la corte bizantina en el reinado de Andrónico II, y formó parte durante su larga carrera de los más altos cargos civiles de la capital. Fue sacerdote de la Iglesia bizantina, aunque no llegó a estar distinguido con cargos elevados. Lo que mantuvo siempre fue su férreo posicionamiento en contra de la unión de las iglesias de Oriente y Occidente.

Fue enemigo irreconciliable de la unión de las dos iglesias, planteada en el reinado del basileo Miguel VIII, y por lo tanto también de los latinos u occidentales. Los escritos de polémica a favor o en contra de la unión eran su lectura predilecta. Este doble fanatismo religioso y nacional, de sacerdote y

de griego, interfiere más de una vez en la imparcialidad de juicio, la objetividad histórica que él quería conservar ante todo y que, realmente, en muchas ocasiones perdió^[49].

Fue autor de numerosas obras, muchas de ellas de carácter religioso y doctrinal, así como de aritmética, música, geometría o astronomía, pero al margen de éstas, se le recordará por su historia bizantina, *Georgii Pachymeris De Michaele et Andrónico Palaeologo*, reeditada en Bonn en 1835 y que comenzó a escribir cuando contaba alrededor de sesenta años. Esta crónica, compuesta de trece libros, abarca el reinado de Miguel VIII Paleólogo y parte del de Andrónico II, un periodo de tiempo que va desde 1261 hasta 1307.

En el Libro XI de su crónica, acabado de escribir en el invierno de 1304 a 1305, aparece por vez primera mencionada la Compañía. A partir de ese instante son muchas y muy importantes las informaciones que plasma el cronista, incluso algunas de ellas solo las conocemos por su relato, ya que Muntaner intencionadamente ni siquiera las menciona.

Fundamental es la fecha que marca como la de la llegada de la Compañía a Constantinopla, septiembre de 1303 y que ha sido corroborada por diversos documentos del Archivo de la Corona de Aragón y de Venecia. Su relación de los hechos referentes a los aragoneses y catalanes acaba con la toma del poder de la Compañía por Rocafort en Cassandria en el verano de 1307.

Paquimeres morirá poco después, en 1310.

La llegada de los almugávares sorprende a Paquimeres cuando iba a dar por terminada su obra, por lo que deberá ampliarla sucesivas veces, añadiendo los libros XII y XIII. Vivió de cerca todo lo que narra en ellos, aunque no tan directamente como en el caso de Muntaner, viéndose en la necesidad de escribir los hechos al mismo tiempo que estaban sucediendo.

Esta historia bizantina, de la que no existe ninguna edición en castellano, comienza a referirse a la Compañía de un modo que, al contrario de lo ocurría más adelante, muestra admiración y respeto hacia los recién llegados:

En el mes de Gemelión de la segunda indicción (septiembre de 1303) la ciudad de Constantinopla vio llegar, tanto bueno como no lo había visto nunca, al latino Roger con siete naves propias y una numerosa flota aliada de catalanes y almugávares^[50].

Llama la atención como Paquimeres en esta primera toma de contacto marca una nítida diferencia entre «catalanes» y «almogávares», lo que deja entrever que en ese momento, para los griegos, los soldados que llegaban eran un conjunto formado por catalanes, a los que conocían de sobra por sus relaciones comerciales anteriores, y

unas gentes desconocidas para ellos hasta la fecha, que se llamaban almugávares.

Paquimeres y Muntaner, además de encontrarse en dos bandos en principio unidos y luego enfrentados, pertenecen también a dos realidades muy distintas. Muntaner es el cronista del mundo occidental, de estilo épico y devoto de sus señores e ideales, incluso pasando por encima de la verdad. Paquimeres, aun teniendo estas cualidades, es fiel heredero de la profundidad y la madurez del mundo clásico, aunque si bien es cierto que ya en plena decrepitud. Mientras que el catalán es subjetivo, ameno, irónico e incluso cálido en algunos momentos, el bizantino se esfuerza, a pesar de sus convicciones, por estar a la altura de los acontecimientos y guardar como un preciado tesoro la imparcialidad y la objetividad.

Como ejemplo más diáfano de esta objetividad histórica vemos como Paquimeres, fiel defensor de los valores y de las instituciones de lo que consideraba sagrado Imperio de Bizancio, no duda en criticar y en poner en evidencia la ineptitud y los errores del emperador Andrónico en su política. Esta es una situación que de ninguna manera encontraremos en la tradición de los cronistas occidentales, y mucho menos en Muntaner.

Mi deseo es explicar los hechos, no acusar a las personas. De ahora en adelante me conformaré con la simple relación, y dejaré al lector la libertad de juzgar^[51].

La labor desarrollada por Paquimeres será la referencia a la hora de considerar la visión griega de los hechos, pero junto a ella tenemos la suerte de contar con otras fuentes y otros cronistas de gran importancia en este tema.

Nicéforo Grégoras (1290-95?-1360?)

Nacido en Heraclea en Pontus, fue sacerdote como Paquimeres, y como éste, enemigo de la reconciliación con los latinos y de la unión de las dos iglesias.

Durante el gobierno de Andrónico II fue nombrado «chartophylax», o archivero mayor del Imperio. En 1326 le propuso al emperador una serie de modificaciones en el calendario, pero fueron rechazadas por los disturbios que podrían acarrear. Sin embargo, dos siglos después, Gregorio XIII los llevaría a cabo prácticamente sin cambios.

Cuando Andrónico III llegó al poder, y a pesar de que Grégoras siempre fue fiel a su adversario y tío Andrónico II, volvió a tener un papel relevante en la diplomacia bizantina, especialmente en las negociaciones con la Iglesia romana, aunque sus posicionamientos religiosos le llevarían a caer prisionero y ser encerrado en el monasterio de Chora, en donde escribió su *Historia Romana* gracias a la narración de

los hechos que le hizo su amigo Agathangelos.

Los libros del XVIII al XXVII los tuvo que escribir en apenas cuarenta días debido al riesgo que corría su vida a pesar de estar recluido. Todo fue a causa de su posicionamiento respecto a una corriente religiosa denominada «palamitismo» y que, desde su epicentro en los monasterios del Monte Athos, se extendió por todo el Imperio. Grégoras fue uno de sus mayores detractores y como consecuencia de su oposición radical sufrió prisión y, después de muerto, arrastraron su cadáver por las calles de Constantinopla. Su cuerpo fue abandonado sin enterrar para que sirviese como alimento de las bestias^[52].

Su *Historia Romana* se compone de treinta y siete libros, que abarcan acontecimientos desde 1204 a 1359, y se podría considerar como una continuación de la labor de Paquimeres, aunque, según los especialistas, ésta sería más destacable que la de su predecesor. El periodo entre 1204 y 1320 se condensa en solo siete libros, mientras que a partir de esa fecha las descripciones se vuelven más detalladas, todo ello a causa de que es en ese momento cuando Grégoras comienza a narrar los acontecimientos contemporáneos a él.

Algunos de los autores que han profundizado en su obra destacan su poca fiabilidad e imparcialidad, siendo de resaltar su visceralidad y la dureza de su lenguaje al hablar de la Compañía, aunque es cierto que narra aquellos hechos de los que fue testigo. Como aspectos positivos destacar que procura no reincidir en cuestiones que ya había tratado anteriormente Paquimeres, y profundizar en otros como la batalla de Apros, de la que Paquimeres no cuenta demasiado, o en los sucesos de la Compañía desde que abandonan Galípoli hasta que se apoderan del Ducado de Atenas.

Sobre la expedición aragonesocatalana tratará en el libro VII, capítulos 2, 3, 4, 6, 7, 8, 10 y 13, en el libro XI capítulo 9 y en el libro XIII capítulo 6. Las traducciones de su obra que aparecen en este libro proceden del trabajo de Moschos Morfakidis, *Los catalanes en Grecia, en la obra de Nicéforos Gregorás*, publicada en *Cuadernos de estudios medievales* VI-VII de la Universidad de Granada en 1979. Es de agradecer este recurso ya que, tan extremadamente complejo resulta hallar los textos de Paquimeres, como hacerlo de la obra de Grégoras. Sin duda, cuestiones pendientes que los historiadores interesados en la odisea de los almugávares deberían tener muy en cuenta de cara a futuras investigaciones.

Theódulo Magister o el Retórico (¿-?)

Theódulo, o Tomás, apodado *el Magister* o *el Retórico*, y también en su faceta monacal como Theodulos Monachos, nació en la provincia de Tesalónica y llegó a ser profesor y consejero del emperador Andrónico II Paleólogo. Su obra más

conocida, *Εκλογή Ονομάτων και Ρημάτων Αττικών*, es una compilación de palabras y frases clásicas dirigida hacia la formación y la enseñanza. Escribió también varios tratados de gramática y transcribió algunas obras dramáticas. Pero el legado más importante que dejó en relación con la historia de los almugávares en Grecia son sus cartas personales. Su testimonio suple la carencia de información durante la estancia de más de un año de la Compañía en los valles de Tesalia.

Sus dos discursos o cartas están dirigidas, la primera de ellas al emperador bizantino Andrónico II Paleólogo, y la segunda al filósofo José. La carta primera, llamada genéricamente *Dirigida al Emperador Andrónico Paleólogo*, consiste en una defensa de la trayectoria y del comportamiento en la batalla del militar Jandrinós (Chandrenos), quien se enfrentó en repetidas ocasiones a la Compañía durante su permanencia en la Macedonia y Tesalia logrando, por cierto, importantes victorias sobre ellos que Muntaner no menciona. En la segunda misiva denunciará los abusos cometidos por los aragoneses y catalanes en la Tracia (a los que él llama «italos», «italianos» o «persas» por su llegada desde Sicilia y por su posterior alianza con los turcos). El título de este fragmento es *De las cosas sucedidas a la expedición de italianos y persas*.

En ambos testimonios se ve la impresión que los crímenes dejaron entre los griegos:

[...] y es más, son ellos (los almugávares) así por naturaleza, que se complacen sobre todo de la sangre y de las matanzas, y consideran el summum de la felicidad acabar con los otros y una calamidad no hacerlo, e incluso, consideran la clemencia una afeminación. [...] Ni estas mutilaciones (las que tienen los almugávares fruto de pasados combates) ni la falta de miembros contienen su ímpetu, sino que aunque les corten la mano, luchan con la que les queda; si les cortan las dos, combaten con los pies, y no sienten la falta de miembros [...] Condenamos, y con razón lo hacemos, a los que al aliarse con los persas (los almugávares aliados a los turcos), desde el comienzo enemigos suyos, y aumentando su audacia y su propio valor, a manera de devastador incendio se precipitaron sobre nosotros, y se atrevieron a todo, y lo ambicionaron todo^[53].

Juan VI Cantacuzeno (¿-1391)

De noble familia bizantina, se convertirá en emperador de Bizancio sustituyendo a la Casa de los Paleólogos (1341-1354), al igual que después haría su hijo Mateo. Su descendencia proveerá de príncipes y nobles a Grecia hasta principios del siglo xx. Con su ascensión al trono sucederá a Andrónico III *el Joven* como regente durante la

minoría de edad de Juan V Paleólogo (1341). Su reinado durará de 1347 a 1355, año en el que harto de conflictos y guerras civiles abdica y se retira al monasterio de Mangana, donde moriría en 1391.

Su principal legado sobre los hechos de Grecia serán sus *Memorias o Historias*, crónica que abarca desde 1320 a 1360.

Al recorrer las castizas y elegantes páginas del imperial historiador Cantacuzeno, parece que se explaya y se recrea el ánimo, sorprende a través de la nobleza de sentimientos y de la galante caballerosidad que respiran, elogios en lugar de insultos hacia nuestros paisanos y muestras de temeraria intrepidez en lugar de crueldad sanguinaria^[54].

Al contrario de lo que ocurría con sus antecesores en la labor como cronistas, Cantacuzeno despliega una gran comprensión hacia los miembros de la Compañía, cuestión que no es de extrañar ya que alistó a los almugávares en su ejército durante su reinado. Se encontró con la oposición de los suyos en el momento de firmar una paz con Juan Paleólogo (1355) con el que se encontraba enfrentado por el poder del Imperio. Los almugávares, que permanecían a su lado, fueron los que más trabas pusieron al considerar que no era necesario llegar a ningún pacto ya que podían derrotarlo con las armas:

Los mercenarios catalanes eran los que hacían más ruido que los otros y querían que el rey les enrolase contra los enemigos, ya que consideraban una empresa fácil expulsarlos de la ciudad^[55].

También se diferenció de los otros cronistas por ser partidario de la unión de las iglesias romana y bizantina, y llegó incluso a proponer su sumisión al papa Clemente VI en 1352.

De su testimonio podemos destacar las aportaciones durante el dominio de Atenas en lo referente a los territorios de Tesalia y Morea.

Laónicos Chalcocondylas (χ-?)

Se desconoce la fecha de su nacimiento y de su muerte pero, por sus palabras, sabemos que era ateniense y que escribió durante el siglo xv *Les Deu Demostracions d'Histories*, siendo testigo de algunos de los sucesos que relata. De familia noble, será uno de los grandes literatos griegos que ejercería gran influencia en Italia, y el primer editor de los poemas de Homero.

La *Historia* en diez libros que escribió sitúa al estado y las dinastías otomanas

como protagonistas de los hechos, quedando relegado a un segundo plano el espectro bizantino.

Probablemente escrita en Creta o en Italia, a donde huiría a refugiarse desde Atenas de la invasión turca, se ha dicho de su obra que *describe con imparcialidad rara en una parte del mundo donde los odios raciales son tan feroces*.

Su estilo trasmite frialdad y peca de excesiva pesadez, provocando confusión. Se extiende la narración entre los años 1298 y 1298, tras la caída de Lemnos. Respecto a la Compañía solo enumera algunos sucesos, otorgándoles poca importancia. Aparecen en su texto detalles que denotan falta de rigurosidad, siendo de interés el libro II, en el que hace referencia al condado aragonés de Salona, ya que ésta es la descripción, junto con la de Galaxidi, más amplia que tenemos de él, aunque es poco clara en la exposición de los acontecimientos.

Rubió en la *Revista de Ciencias Históricas de Barcelona*^[56] afirma que coincide en muchos aspectos con la *Crónica de Galaxidi*, excepto detalles como los instantes anteriores a la muerte de la mujer y la hija del déspota aragonés de Salona.

Por otra parte, denomina «heperis», «italianos» y «taracones» a los almugávares, situándolos como procedentes de Italia (lo que en cierta medida y para los griegos, era cierto, ya que venían de combatir en Sicilia). El nombre de «taraconos» sería una corrupción lingüística de «aragoneses».

Ducas (¿-?)

Nacido en Asia Menor y griego de nacionalidad, fue partidario de la unión de las iglesias católica y bizantina, y de hecho sus escritos demuestran una clara simpatía hacia Occidente, pese a que en realidad considera esa unión no como el mejor camino, sino como el único para salvar la doctrina ortodoxa. Su *Historia*, escrita en un tono más popular que el anterior cronista, abarca desde 1341 hasta 1463. Comienza con un prólogo que se retrotrae hasta el mismísimo Adán, iniciándose realmente la narración con la coronación de Juan Cantacuceno, y se torna más detallada con la llegada del sultán Bayaceto en 1389. Acabará con la conquista de la isla de Lesbos por los turcos.

Imparcial y objetivo en su obra, permaneció la mayor parte de su vida en la corte de Lesbos, y desde allí describió con amargura la caída de Constantinopla.

Jorge Phrantzés (1401-1478)

Fue miembro de la familia real de los Paleólogo y testigo de la caída de Constantinopla, ocupando cargos de responsabilidad en la corte y la política

bizantinas.

Hecho prisionero por los turcos tras la caída de la capital, después de ser rescatado se exilio en Mistra y posteriormente en Corfú bajo la protección de los venecianos. Allí escribió su obra en la que muestra su firme adhesión a la ortodoxia y a los Paleólogos, lo que supuso que dejaría pasar los defectos de éstos y cargaría su odio contra el invasor turco.

Como algunos otros historiadores que le precedieron, a lo largo de las páginas de su relato *Historia Bizantina* (1218-1477 en su versión ampliada) se muestra muy parcial en lo referente a las acciones de los almugávares en Grecia, y se recrea en la crueldad de los expedicionarios. En cualquier caso esta falta de objetividad podría haber tenido una explicación de carácter personal, ya que fue capturado por la flota aragonesocatalana cerca de San Mauro, y no fue liberado hasta que pagaron por él 5.000 piezas de oro.

Una vez más destaca una narración de los hechos, que abarca desde el fin del Imperio de Nicea hasta el periodo turco, con errores y muestras de poca información. Las referencias a la Compañía se encuentran en el capítulo VIII del libro I.

La Crónica de Galaxidi

Historia de Galaxidi. Extraída de antiguos manuscritos, pergaminos, actas y crisobulos auténticos encontrados, y que todavía se conservan, en el imperial Monasterio de Cristo Salvador, mandado construir por el entonces dueño y señor Micer Miguel Comneno, de eterna memoria.

Esta es la traducción del profesor de la Universidad de Cádiz, Javier Ortolá Salas^[57] de la introducción de esta crónica, de apenas cuarenta páginas manuscritas, escrita por Eutimio Hieromónachos, monje del Monasterio del Salvador de Galaxidi, población situada en la costa del golfo de Corintio en la Grecia Central, y que fue terminada, según reza el propio texto, el 5 de marzo de 1703. Gracias a la gran labor desarrollada por el historiador griego N. Sathas, cuando todavía era estudiante de la Facultad de Medicina de Atenas, y que fue el primero en publicarla en 1864, conocemos de la existencia de esta obra que apareció entre las ruinas del monasterio en el que fue escrita. Eutimio hace un repaso a los acontecimientos más notables sucedidos desde finales del siglo X hasta 1703, año en que la dio por terminada. Emplea un lenguaje poco cultivado, con abundantes errores y reiteraciones gramaticales, además de ofrecer datos históricamente incompletos o equivocados, lo que ha llevado a los estudiosos a considerarlo como un monje poco formado intelectualmente, pero que, o bien transcribió lo que otro monje con mayor formación le iba dictando, o bien, a causa de estar en un ambiente de recogimiento y rodeado de

fuentes de incalculable valor histórico, se vio impulsado a recoger todo el saber que tenía a su alcance. José Antonio Moreno Jurado afirma que precisamente este lenguaje popular se convierte en uno de sus principales valores:

[...] por ello precisamente, por su lengua directa, sin artilugios retóricos, por lo entrañable de su expresión, constituye una joya de la literatura popular, escrita, por lo demás, en un momento en que la educación de los jóvenes solo podía realizarse a escondidas de los turcos, de noche, y con el máximo sigilo posible, como se canta en las canciones populares^[58].

En concreto, el texto hace una breve referencia al paso por Galaxidi de la Compañía de aragoneses y catalanes, lo que sucedería en torno a 1310:

[...] después de mucho tiempo van a llegar cartas y órdenes del rey, que decía que temibles y numerosos corsarios (la Compañía), a los cuales llamaban taragonatas, con armas y fuerzas escogidas, venían a apoderarse de los países del rey. El rey, deseoso de infundir gran temor a aquellos piratas, envió cartas y órdenes a las comarcas de Rumelia y de Morea, en las que les avisaba de que se armasen todos, viejos y jóvenes, y que viniesen rápidamente contra los corsarios. Además les prometía que el país que obedeciese el mandato real y aportase fuerzas contra los taragonatas, no pagaría ningún tributo y se gobernaría por sí mismo desde ese momento, y sería favorecido con muchas gracias y dones reales. Todos obedecieron las órdenes reales y armaron hasta 3.000 combatientes epactitas, galaxidiotas, lidorikiotes y de otros pueblos y fueron contra los corsarios; sin embargo al reunirse en el campo de Zeitun estallaron las discusiones entre los caudillos. Se injuriaron desvergonzadamente, se dispersaron y faltó poco para que no llegasen a las manos. Los galaxidiotas, a pesar de eso, se pusieron al servicio del rey Kyr Andreas, uno de los primeros generales del rey, el cual libró dos magníficas batallas en las que mató muchos corsarios, y regresó después a Galaxidi con grandes regalos de Kyr Andrónico. Pero después, los corsarios, a causa de la división y de la desunión de los griegos, se apoderaron sin obstáculos de muchas ciudades, y entre ellas, de Salona^[59].

Rubió i Lluch, como otros historiadores, no otorga demasiada fiabilidad a esta crónica, y en un artículo suyo editado en 1881^[60], simplemente se limitó a traducirla sin desarrollar ningún comentario. Pero quizás esta muestra de desinterés de Rubió por el texto se debe también a otras causas. La obra, que recordemos utiliza cartas y documentación original que se hallaba en el siglo XVIII en el monasterio de Galaxidi, introduce dos aspectos de importancia en el estudio de la realidad de la Compañía durante su etapa en la península helénica.

Además de la propia narración de los hechos, el valor de esta corta crónica reside en la aportación de datos sobre dos cuestiones que no suelen aparecer en otras fuentes y que son, por un lado, la referencia al condado de Salona, perteneciente durante la dominación de los ducados a la Casa real aragonesa, y por otra parte, el nombre que Eutimio aplica a los componentes de la Compañía. La traducción literal de esta denominación sería «taragonates», y todo apuntaría a que este nombre fuese la helenización del término «aragoneses». La relevancia de este dato no pasaría de ahí sino fuese porque es una de las pocas ocasiones en las que se conoce a la Compañía por el nombre de «aragoneses» en lugar del habitual de «catalanes».

A pesar de que ésta es la explicación morfológica más sencilla y evidente, los historiadores que tradicionalmente se han inclinado por resaltar el peso de los miembros catalanes de la expedición prefieren modificar el texto griego original para lograr una traducción como «tarragonenses» y fijar el origen del término en la provincia romana de Tarraco.

Marino Sanudo Torsello el Viejo (1206-1338)

El veneciano Marino Sanudo (o Sanuto) es conocido también como *el Viejo* para distinguirlo de su sucesor el historiador veneciano Marino Sanudo *el Joven* (1466-1533). Su obra más difundida es el *Liber secretorum fidelium crucis*, junto a una gran cantidad de cartas y escritos, la mayor parte de ellos dirigidos a promover la guerra contra los turcos y a retomar la idea de una nueva cruzada para conquistar Tierra Santa. Familia de los duques de la isla de Naxos, se dedicó desde 1289 a recorrer la Grecia oriental mientras escribía varios textos y epístolas sobre la zona que serán esenciales para el conocimiento de los acontecimientos históricos acaecidos entre 1326 y 1333 en el principado de Morea, el Ducado de Atenas, la isla de Negroponte y el Ducado de Naxos, recogidos como *Istoria del Regno di Romanía*. Se conocen treinta y cinco cartas, publicadas por J. Bongars, Fr. Kunstmann, Ch. de la Roncière y L. Dorez, entre 1853 y 1895, que se ocupan del periodo comprendido entre los años 1324 a 1337. Pero en lo concerniente a los hechos de la Compañía en Grecia, son especialmente importantes las seis cartas publicadas por A. Cerlini en 1940, las cuales abarcan sucesos de 1305 a 1327, haciendo gran hincapié en el protagonismo de los almugávares durante esos años en aquellos territorios.

Las misivas publicadas por Cerlini están todas dirigidas a nobles napolitanos, mientras que el resto de cartas tenían como destinataria la nobleza veneciana. Tanto en una como en otra nación, fueron tenidas en consideración y debatidas en sus respectivas cortes y senados. Su objetivo era despertar la conciencia de los señores italianos para movilizarlos frente al peligro en el que se encontraban los dominios latinos en Grecia ante el avance de los ejércitos turcos.

De hecho, fue protagonista y narrador de primera línea de los acontecimientos que sucedieron en 1311 tras el triunfo de los aragoneses y catalanes frente al duque de Atenas, y su posterior dominio de los ducados. En aquel preciso instante Marino Sanudo desempeñaba las funciones de capitán de la flota veneciana en Negroponte, colonia que pertenecía al dominio de la República, y se hallaba a las órdenes del «bayle del común» de dicha isla:

Et quando fuit bellum Ducis Athenarum et comitis Brennensis cum compangna predicta ad Almiro, eram ibi capitaneus gentium maris per Venetos et baiulum Nigropontis^[61].

Sanudo resulta de un valor incalculable al convertirse en la única fuente documental que, si no completamente neutral, sí que observó el paso de los almugávares desde una perspectiva alejada tanto de los intereses de éstos como de los de los griegos. Incluso convivió con ellos en más de una ocasión, lo que le acerca más que a cualquier otro cronista a la realidad de esos hombres y mujeres:

Ego iam fui cum probissimus hominibus Cathelanis a quibus de factis suis multa scivi^[62].

Quizás por ello su crónica choca frontalmente con las descripciones de los bizantinos que nos muestran a la Compañía como una jauría de asesinos, para situarse en un plano de proximidad política, y casi de complicidad, rechazando la visión criminal ofrecida por los griegos:

[...] sunt homines magne voluntatis [...] gentes apte in mari et in terra, equites et pedestres, et sunt mercatores et satis discreti homines et legales domino, sue patrie et fideles [...] et sciunt valde bene conservare amicitiam et societatem et maxime cum Saracenis et Turchis et regere se et alios^[63].

Para ser justos, de esta descripción debemos considerar que Sanudo no se está refiriendo exclusivamente a los mercenarios que habían conformado la Compañía, sino que lo que el escritor veneciano conoció por esos años ya, fue a un colectivo en el que se fundían tanto los despiadados almugávares como los abundantes comerciantes catalanes que se habían ido sumando poco a poco a ellos, y que por aquel entonces es muy probable que se hubiesen hecho con el control económico y financiero de los ducados.

Pero a pesar de sus simpatías hacia los aragoneses y catalanes, tampoco puede evitar llamar la atención sobre su insaciable necesidad de mantenerse en guerra y combatiendo, incluso cuando habían logrado grandes victorias que les podían haber

supuesto la posibilidad de una vida cómoda y sin preocupaciones. Eran para el veneciano como las garrapatas, incapaces de deshacerse de ellos ni siquiera estando muertos:

[...] *quantum ipsi facti ut çeccha (¿garrapata, ácaro?), nam ubi se ponunt non possunt extrahi nisi mortui*^[64].

Lo cierto es que, a falta de un estudio profundo sobre las cartas de Marino Sanudo, éste debería de ocupar un lugar preeminente a la hora de profundizar en aspectos tan fundamentales en la expedición de los almugávares como fue la conquista de los ducados griegos. Con toda seguridad, estudiosos como Rubió i Lluch, habrían cambiado algunas de sus teorías de haber conocido con anterioridad las cartas publicadas por Cerlini en 1940.

La vida de Sabas el Joven de Filoteo Kokkino, y La vida del arzobispo Danilo II

La razón de tratar unidas estas dos obras se debe a dos causas fundamentales. En primer lugar, ambas son por derecho propio las principales fuentes documentales sobre la destrucción que los almugávares llevaron a cabo durante casi dos años, desde 1307 a 1309, en los monasterios de la sagrada península del Monte Athos. Y en segundo lugar, porque los fragmentos y la información que emplearemos de ellas en el presente libro será gracias al trabajo que ha realizado recientemente José Simón Palmer, y de su resumen titulado *Las vidas de dos monjes del Atos*, incluido en el libro *Bizancio y la península Ibérica. De la antigüedad tardía a la edad moderna*, publicado en 2004 por el CSIC.

La vida de Sabas el Joven fue escrita por el patriarca de Constantinopla Filoteo Kokkino a mediados del siglo XIV. Narra la historia de Sabas, un muchacho nacido hacia 1283 en Salónica y que con dieciocho años tomó el camino de la vida monacal en Athos. Sin embargo, su encuentro con la Compañía cambiaría radicalmente su destino, convirtiéndose el relato de su vida, de este modo indirecto, en una importante fuente de datos sobre los asaltos y crímenes cometidos por aquellos sobre los monjes y la población civil de Athos.

Por su parte, *La vida del arzobispo Danilo II* se atribuye a un discípulo del propio Danilo, aunque Rubió i Lluch llegó a creer que se trataba de una autobiografía de éste. El discípulo crearía una biografía de este monje del monasterio de Jilandari que posteriormente llegaría a ser arzobispo de la Iglesia serbia, motivo por el cual esta obra ha formado parte desde hace tiempo de una compilación de aquella nación titulada *Vida de reyes y arzobispos serbios*.

Esta crónica es considerada como la más antigua de la historia de Serbia y comprende la vida de los reyes serbios hasta 1735 y la de los arzobispos hasta 1375, donde estaría incluida la parte que narra la vida de Danilo II, muerto en 1338.

Esta biografía describe con gran precisión los ataques y las carnicerías llevadas a cabo por los que denomina «mogovares», mostrando en toda su crudeza el comportamiento sanguinario y cruel de estas huestes en los asaltos a los monasterios del monte Athos.

4. Fuentes modernas

Jerónimo Zurita, Anales de Aragón

Después siglos en los que no tenemos noticias de obras relacionadas con los almogávares, en el siglo XVI, aparecerá un personaje fundamental para la historia de Aragón.

Jerónimo Zurita (1512-1580), cronista oficial del Reino de Aragón desde 1547 en su narración de los hechos de aquellos años muestra abundantes pasajes en los que habla de los almogávares, y hace algunas descripciones de ellos. Algunas de ellas son propias y otras, seguramente, se basaron literalmente en los cronistas anteriores:

Eran, como dicho es, soldados que siempre se ejercitaban en la guerra; y aunque en una Partida^[65] hace mención de almogávares de caballo, está sabido que era gente de pie. Y según Aclot (Bernat Desclot) escribe no vivían sino en hecho de armas, ni moraban en las ciudades y pueblos grandes, sino por las montañas y bosques, haciendo continua guerra a los moros y entrando por sus tierras adentro en ordinarias correrías y robando y cautivando los moros.

Y esto decían «ir en almogavería», y su vida era de aquella ganancia.

Y añade también:

Los almogávares, por sus hazañas, vienen a ser temidos de todas las naciones^[66].

Además de esta descripción encontramos en los *Anales* de Zurita comentarios que dan idea de su naturaleza como gentes de guerra en busca de fortuna sin excesivos prejuicios:

Gente usada a robar y hacer guerra a los moros por los montes y lugares muy fragosos^[67].

Refiere, tomando como base la *Crónica de San Juan de la Peña*, la aparición por primera vez de los almugávares en el sitio de Alfonso I sobre Zaragoza en 1110-1111.

Posteriormente, les menciona en el sitio de Lleida y vuelven a aparecer durante las conquistas aragonesas a lo largo del Levante peninsular, las incursiones en el norte de África, el paso a Sicilia, la guerra en el norte de Cataluña contra los franceses o la conquista de Mallorca, para convertirse en el argumento fundamental en los capítulos referidos a su marcha hacia Oriente.

Zurita en todas estas ocasiones emplea como fuentes principales a los cronistas antiguos Desclot (que él denomina Aclot) y Muntaner (al que llama Montaner), aunque, especialmente de este último, realiza una buena cantidad de correcciones tanto en fechas como en los nombres de los personajes implicados. En principio deberíamos dar una mayor credibilidad al erudito Zurita ya que, a pesar de que los anteriores fueron contemporáneos de los hechos que describen, no poseían, sobre todo Muntaner, la formación y conocimientos históricos de Zurita, el cual además, lleva a cabo una gran labor contrastando diferentes fuentes. La mayor parte de estas rectificaciones se refieren a las cantidades de los números de soldados y de enemigos derrotados (recordemos la tendencia permanente de Muntaner a la exageración), así como a los nombres de los protagonistas de los hechos. Por ejemplo, Corberán de Alet llamado así por Muntaner pasará a ser Corberán de Lehet para Zurita, quien con toda probabilidad poseía más información sobre el noble navarro. No obstante, peca en ocasiones de una excesiva castellanización en cuanto a los nombres se refiere, llegando a provocar algunas confusiones.

Asimismo, profundiza en los avatares ocurridos una vez se ponen al servicio de Andrónico Paleólogo, sin embargo encontramos en su relato detalles que llaman la atención.

Por una parte, existe un evidente anacronismo a la hora de fijar las fechas de los acontecimientos, ya que, mientras en su libro V capítulo LXIV, sitúa la partida desde Sicilia hacia Constantinopla en 1303 (coincidiendo con la fecha marcada por el griego Paquimeres), cuando retoma la narración de estos acontecimientos en su libro VI capítulo I, fecha estos hechos en el año 1300 sin dar ninguna explicación. Pero todavía es más curioso el nombre que aplica al capitán de la Compañía Roger de Flor, que Zurita comienza a partir de este instante a denominar Roger de Brindez, de tal manera que es el único que aplicará este nombre al capitán, haciendo hincapié en el origen de Roger, que no era otro que la ciudad de Brindisi, o Brindez.

Además, llama la atención sobre la clara equivocación del también cronista Lorenzo Vala, en su *Historia del rey Hernando I* en donde definía a los almugávares y adalides como adivinadores de *sucesos prósperos o adversos de la guerra por el vuelo de las aves y por las voces, y también por el encuentro de las fieras*^[68].

Esta confusión podría haber sido provocada por la existencia de individuos entre los ejércitos árabes que también recibían este nombre.

Francisco de Moncada (1586-1635)

De noble familia, estuvo al servicio de los reyes Felipe II y Felipe III, desempeñando diversos cargos como consejero de Estado y Guerra, gobernador y virrey de Flandes, y representante de la Corona española ante la corte de Alemania. De hecho, la presentación que de él se hace en una de las ediciones de su libro, no deja lugar a dudas sobre su origen:

DON FRANCISCO DE MONCADA, tercero Marqués de Aytona, Conde de Osona, Señor de las Baronías de Oz, Aljafarín, Callosa, Tarbena, y otras: segundo Julio César en la valentía de la Espada y rasgo de la pluma; nació en la ciudad de Valencia, siendo su abuelo Don Francisco, primer Marqués de Aytona, Virrey de este Reino; y fue bautizado en la Iglesia Parroquial de San Esteban Protomartyr en la pila de San Vicente Ferrer, Lunes a 29 de Diciembre del año 1586^[69].

La obra de Francisco de Moncada *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, editada en repetidas ocasiones, supone la primera que, trescientos años después de los hechos, recupera a los almugávares y su expedición por Grecia como argumento central del libro. Además, tiene el valor de no utilizar solamente a Muntaner en su recopilación de los hechos sino que recurre también a los griegos Grégoras (a quien no concede demasiado crédito), a Paquimeres, e incluso a Demetrio Calcocondilis (primo de Laónicos Chalcocondylas), cuyas versiones de los hechos contrasta. Asimismo, recoge la *Historia del Cantacuseno*, que fue editada por el sacerdote Giovanni Pontano (1426-1503). También cita a un cierto Nicetas cuando habla de los «vlacos» de Tesalia y, por supuesto, se apoya en Zurita.

Su estilo, a pesar de pertenecer al siglo XVII, mantiene las reminiscencias medievales y el tono épico de las crónicas aragonesocatalanas, pero adaptadas a su intención de enaltecer la idea de una incipiente nación española^[70].

5. Fuentes contemporáneas

A partir del siglo XIX se revive un fuerte interés por la historia de los almugávares, y todo ello centrado en dos focos principales: la Cataluña de la «Renaixença», y Francia, esta última motivada en gran medida por su pasado conquistador en tierras griegas después de la IV Cruzada.

Hay que comenzar este repaso de los autores modernos por el que se convertirá por méritos propios en el mayor experto sobre los almugávares y, especialmente, sobre la expedición que atravesó y dominó Asia Menor y Grecia durante el siglo XIV, así como sobre sus consecuencias y su recuerdo entre los griegos de nuestros días.

Antoni Rubió i Lluch (Valladolid 1856 - Barcelona 1937)

Fue sobre todo A. Rubió i Lluch quien, volcado por completo en una labor ingente de búsqueda en archivos y de investigación rigurosa, convirtió la expedición de los almugávares en un «mito histórico imprescindible» para Cataluña como nación moderna. Todavía hoy sus más de cincuenta libros y artículos publicados son indispensables a la hora de profundizar en el universo almugávar y en los acontecimientos de la Compañía en Grecia. Su labor investigadora no solamente se centró en el estudio de los fondos documentales bajomedievales sino que durante gran parte de su vida mantuvo contacto, bien directo o bien por correo, con algunos de los más destacados historiadores y lingüistas helenos de la época. Además, tras años vinculado y dedicado al estudio de temas relacionados con la cultura de Grecia, a donde viajó en diversas ocasiones creando una importante amistad con destacados literatos e historiadores, llegaría a ser nombrado cónsul de este país en Barcelona.

Su padre, Joaquim Rubió i Lluch, sería uno de los precursores y a su vez, de los exponentes más destacados, de la Renaixença literaria catalana. La herencia cultural dejada por su padre marcaría notablemente la trayectoria académica e ideológica de

Antoni, de hecho, Joaquim Rubió escribiría años antes de que su hijo se volcase en la investigación que ocuparía la mayor parte de su tiempo, un poema épico inspirado en la *Crónica* de Muntaner, titulado *Roudor del Llobregat*.

Según palabras del propio Rubió, su pasión por la historia de los almugávares, o *L'expedició catalana a l'Orient*, como él la designará y así permanecerá en adelante para los historiadores catalanes, surgiría mientras preparaba unas oposiciones en Madrid para la cátedra de Literatura General y Española de la Universidad de Salamanca. En 1879, cuando se encontraba trabajando en su oposición en la biblioteca de Víctor Balaguer, que era en ese momento una de las figuras destacadas del romanticismo liberal y de la Renaixença, encontró por casualidad el libro griego *Los catalanes en Anatolia*, escrito por Epaminondes Stamatiades y publicado en 1869, en donde se narra la travesía de los almugávares por Grecia. A pesar de que la obra en cuestión no resultará de un gran valor informativo, ya que viene a ser un compendio de las crónicas y trabajos de Muntaner, Moncada y del francés Buchon, sí que provocará que, a partir de ese momento, una especie de obsesión se apodere de Rubió i Lluç y, abandonando totalmente sus estudios de literatura española y las oposiciones que estaba preparando para Salamanca, se sumerja por completo en la búsqueda de libros y textos sobre la expedición, centrándose especialmente en las fuentes provenientes de estudiosos y cronistas griegos tanto contemporáneos de los almugávares como modernos.

Como consecuencia de este trabajo desahogado, escribió su primer artículo sobre la Compañía en 1881, y en 1883 fue publicado por la *Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona* el trabajo *La expedición y dominación de los catalanes juzgados por los griegos*.

Antoni Rubió i Lluç se convertirá, desde ese momento y hasta nuestros días, en un referente inexcusable para todo aquél que desee acercarse y profundizar en el conocimiento de los almugávares y de su posterior dominación en Grecia.

Su rigurosidad científica a la hora de estudiar los hechos que envolvieron a la Compañía de aragoneses y catalanes, queda claramente demostrada a través del uso comparativo de las distintas fuentes que existen sobre el tema. Comparó y profundizó en distintos países y desde diferentes visiones de los acontecimientos, desde las fuentes catalanas y aragonesas, hasta la documentación griega, o los trabajos de reputados historiadores franceses, así como en los archivos de la Corona de Aragón, de Venecia, de Palermo o del Vaticano.

Su labor incansable fue la que dio luz a las crónicas y a los historiadores griegos que tanto aportarían al conocimiento de la expedición, enfrentando las diferentes versiones de los acontecimientos, y completando con ellos a los cronistas de la Corona de Aragón. Los relatos por él mostrados sobre las crónicas de la Morea (en su versión griega publicada anteriormente por Buchon) o de Galaxidi, o de los escritos y libros de los historiadores griegos como Paquimeres, Grégoras, Cantacuzeno, Chacocondylas, Phrantzés o Theódulo *el Retórico*, son los elementos que acercan a la

visión más real de lo que sucedió en aquellos emocionantes años.

De otra parte, reconociendo por supuesto, el gran valor de la labor llevada a cabo por Rubió, se debe tener en cuenta al leerlo la marcada subjetividad que marcó su horizonte investigador, siempre guiado desde la perspectiva romántica nacionalista catalana e inmerso de pleno en la corriente de la *Renaixença*. Como muestra de su catalanismo encendido, podemos observar un fragmento de *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs* donde, quizás falto de un poco de respeto hacia los indígenas americanos, compara y coloca muy por encima la gesta de los almugávares de la de los conquistadores españoles en América:

[...] ellos que van a rendir a sus pies, no ya a pueblos salvajes que huían al ver a un europeo porque lo creían un Dios, sino a dos poderosas naciones, una de ellas muy avanzada en el camino de la civilización y considerada su madre por todos los pueblos de la vieja Europa (Grecia), y la otra, aunque áspera e inculta, tan fuerte y audaz que hizo temblar a los monarcas del antiguo continente (los turcos) [...].

Lamentablemente para el conocimiento de la participación aragonesa en estas campañas, Rubió centrará su trabajo casi exclusivamente en el protagonismo de los miembros catalanes de ésta, percibiéndose con el paso de los años una paulatina desaparición del componente aragonés en sus trabajos, buscando resaltar la influencia de connotaciones catalanas. Sin embargo, y seguramente porque se hace imposible ocultar lo evidente, no le cabe sino reconocer y mencionar en algunas contadas ocasiones el papel que desempeñaron en la expedición los almugávares oriundos de Aragón:

Pocos ejércitos habrá habido que, como la Compañía de catalanes y aragoneses, se encuentren en peores condiciones, y con más obstáculos por vencer, y más enemigos por aniquilar, una vez rota la paz con el emperador de Bizancio^[71].

Sin embargo, lejos de anular su validez como «aficionado a los estudios historiográficos» —como él mismo se definía—, Rubio i Lluç se coloca por encima de cualquier tipo de limitación chauvinista, y se recrea precisamente en aquellos aspectos y estudios anteriores que desvelan el lado más oscuro de la aventura de Grecia. Dicho de otro modo, gran parte de sus investigaciones podrían parecer que van en contra de la imagen de la Compañía y, como consecuencia, de uno de los mitos del catalanismo. En la presentación que hizo de *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs* en 1883 avanzaba a quien fuese a leer su libro que es lo que iba a encontrar, y avisaba que se preparasen para escuchar, no loas a Cataluña, sino la

mayor sarta de impropiedades que pudiesen imaginar:

No esperen, señores, en aquel recuerdo vivo que como un testimonio inmortal de la gloria de nuestra raza se ha conservado en el corazón de los griegos, desde la época de la invasión hasta nuestros días, frases semejantes a las que aquellos valientes soldados han consagrado nuestros historiadores y poetas; bien al contrario, prepárense a escuchar unos ultrajes y menosprecios parecidos y a encontrar tanto rencor y animosidad que, en su exageración o en la expresión constante de unos y otros, muestran la flaqueza de ánimo del pueblo que les dicta y la duradera impresión de terror que van a dejar los vencedores. Si no lo creen así, si juzgan que con eso no he de conseguir otra cosa que herir inútilmente nuestro justo amor propio nacional, con gusto daré la mano a la desagradecida y desagradable tarea de recoger en campo extranjero espinas y malezas para tejer una deshonrosa corona de oprobio a nuestra querida patria.

Incidirá en sus obras a la hora de denunciar los excesos y las faltas de rigurosidad de algunos de los escritores griegos, sin embargo, todo ello lo hará desde un gran respeto, e incluso devoción, por el mundo helénico.

Muchos serán los libros, estudios y trabajos que legará, desde los que abordan la perspectiva griega de la expedición hasta los que reflejan la impronta que dejaron los almugávares en la conciencia colectiva de aquellas tierras, lo que se deja ver en los refranes y dichos populares que todavía hoy se continúan usando coloquialmente entre los griegos. Entre estos trabajos destacan: *La expedición y dominación de los catalanes juzgados por los griegos*, *Pachimeres i Muntaner*, *Conquista de Tebas por Juan de Urtubia: (episodio de Historia de los Navarros en Grecia)*, *La expedición catalana a Oriente vista por los griegos*, *Los catalanes en Grecia*, *La població de la Grecia catalana en el XIV segle*, *El record dels catalans en la tradició popular, històrica i literaria de Grecia*, entre otros.

Pero, seguramente, la obra que mayor reconocimiento le dio fue su compendio *Diplomatari de l'orient català 1301-1409*, *Collecció de documents per a la història de l'expedició catalana a Orient i els ducats d'Atenes i Neopatria*, editado por el *Institut de Estudis Catalans* en 1921, y póstumamente en 1947, donde recogía más de un siglo de permanencia aragonesocatalana en Grecia plasmado en más de setecientos documentos que abarcan desde 1301 hasta 1409, y que fueron hallados en el Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona, así como en los archivos de Palermo, Venecia y del Vaticano. Sin embargo, fue el primero de estos archivos la fuente principal de la que surgió el grueso de la obra, si bien no se guarda en él tanta información como cabría esperar de una expedición de semejante calado. La causa podría ser que la flota de Roger de Flor no zarpó desde Cataluña sino desde Sicilia, por lo que la información conservada en el Archivo de la Corona de Aragón pertenece

mayoritariamente a la época en la que la Compañía ya se encontraba establecida en tierras griegas. Son pocos los documentos que se refieren a sus orígenes y a los primeros años en Grecia, y la mayor parte de ellos aluden a asuntos que no atañen directamente a la misma.

Entre tanto, no hay que olvidar cual es su mayor aportación además de su inmensa obra. Y es que fue precisamente gracias a la labor investigadora que desarrolló durante toda su vida, la que descubrió y acercó los trabajos de otros historiadores e investigadores, tanto griegos como del resto del mundo, que habían estado profundizando sobre este mismo tema. No solo estudió a los cronistas griegos antiguos que ya hemos mencionado, sino que utilizó los recursos que proporcionaban toda una corriente de modernos escritores helenistas que intentaban en la época contemporánea de Rubió devolver a Grecia su pasado glorioso. Mantuvo una cercana relación de estudio y personal con algunos de ellos, dando lugar a fructíferos estudios.

Sus discípulos conformarían una generación de historiadores catalanes que serían conocidos como la *Generación del 27*, y entre ellos se encontraban figuras tan destacadas en el terreno del estudio de los almugávares como Lluís Nicolau d'Olwer o Ferrán Soldevila.

Al margen de los citados, otros historiadores europeos, del siglo XIX especialmente, estudiaron de una forma más o menos profunda los acontecimientos que nos ocupan. Pero, serán los autores griegos quienes con mayor frecuencia se aproximen a la historia de la Compañía y, normalmente, y siguiendo los pasos de sus antecesores y compatriotas, muestran una visión poco favorable de los aragoneses y catalanes.

Constantino Paparrigopulo

Autor griego de *Historia del pueblo heleno desde la antigüedad a nuestros días*, y de una obra resumen de esta misma. También escribió *Histoire de la civilisation hellénique*, editada en París en 1878.

Constantino Sathas

El también griego Constantino Sathas, publicaría la *Biblioteca griega medieval*, y gracias a él poseemos la primera edición de la *Crónica de Galaxidi* que, años después, corregiría y ampliaría.

Fundamental fue su descripción de los hechos acontecidos en el condado aragonés de Salona, antigua Anfisa. Sigue los postulados de Grégoras, y por ende,

castiga con sus palabras, quizás también en exceso como Grégoras, a los aragoneses y catalanes.

Siguiendo la tradición de los cronistas que le precedieron, estaba contra la unión de las dos Iglesias y defendía con vehemencia el mantenimiento del cisma con occidente:

Teódulo el Maestro describió con vivos colores las crueldades cometidas por los cristianos españoles, que figurarán en el martiriológico helénico (sic), como más inhumanos que los de los godos y que de los hunos, para perpetua vergüenza del catolicismo, que tantas veces como puso los pies en la clásica tierra de la cismática Grecia cometió iniquidades que harían poner colorado a un vándalo o a un turco^[72].

Epaminondas Stamatiades

Escribió un libro titulado *Los catalanes en Anatolia*, publicado en Atenas en 1869.

Fue contemporáneo de Rubió y quien provocó con sus obras que éste se lanzase a su labor investigadora. Tradujo al griego a Muntaner y a Moncada.

Spirídion P. Lambros (Atenas, 1851-1919)

Profesor de historia bizantina de la universidad de Atenas, e hijo del también historiador y helenista Pablo Lambros, así como primer ministro griego durante alguna legislatura. Escribió la obra dramática *El último conde de Salona*, publicada en Atenas en 1870, y en donde el ducado perteneciente a la Casa real aragonesa, se transforma en un épico escenario. Una vez más, no salen bien parados los aragoneses y catalanes y, según Rubió:

A Lambros se le escapa la mayor injuria que se puede lanzar a la cara de un pueblo civilizado, cuando dice en la obra citada que tan abominables y atroces fueron las venganzas que los catalanes ejercieron en los desgraciados griegos que estas venganzas y el nombre de catalán quedarán siempre en boca del pueblo heleno como expresiones de insulto y de menosprecio.

Es posible que esta sea la obra dramática más reseñable de cuantas se han editado en Grecia y que tienen a los almugávares como protagonistas.

Karl Hopf

Historiador alemán que durante el siglo XIX, reconstruyó por completo la historia antigua de Grecia, convirtiéndose en fuente principal para estudios posteriores. De relevancia para la historia de los almugávares fueron sus investigaciones sobre la época de la permanencia de los navarros dirigidos por Juan de Urtubia en la península helénica.

M. J. Buchon

M. J. Buchon, historiador francés del siglo XIX, autor de *Chroniques Étrangères*, donde recogió las expediciones francesas durante el siglo XIII. Los originales surgieron de un ejemplar que se guardaba en la Biblioteca de París, escrito con caracteres del siglo XIV, y que llegó hasta allí procedente de la antigua Biblioteca de Séguier, donada en 1732 por Enrich del Cambout, duque de Coislin a la abadía de Saint-Germain-des-Prés.

Otros historiadores de reconocido prestigio como el escocés George Finlay (1799-1875), o el inglés Steven Runciman (1903-2000), grandes especialistas en las cruzadas y conocedores del mundo bizantino, también han tratado en ciertas ocasiones a los almugávares y sus tácticas de combate. Éste último consideró que fueron los almugávares los precursores de la tradicional «guerra de guerrillas» peninsular, recordando la campaña de éstos durante la retirada del ejército francés de Cataluña en 1285.

6. Fuentes contemporáneas en Aragón

Por otra parte, en Aragón, apenas sí podemos contar con alguna referencia bibliográfica moderna que trate sobre los almugávares o su expedición. Una excepción sería Jesús Lalinde Abadía que en 1979 editó el libro *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval, 1229-1479*, en el que hace referencia de manera ligera a la Compañía y a sus campañas en Grecia. También el doctor en Historia de la Universidad de Zaragoza, Esteban Sarasa, publicó en 1998 en la revista de cultura militar *Militaría*, un artículo titulado *Aragón y su intervención militar en el Mediterráneo medieval*. En él se ocupa de la Compañía en un capítulo llamado *La expansión almogávar por el Mediterráneo Oriental*^[73] y supone, a pesar de su reducida extensión, una de las escasas incursiones específicas en este campo por parte de los investigadores aragoneses. En cualquier caso y en líneas generales, se tiende a reproducir la imagen creada a partir de los historiadores del siglo XIX.

A parte de estas obras, se publicó en 1989 una novela del escritor Fernando Lalana, enfocada al público juvenil titulada *Almogávar sin querer*, en la que a través de su joven protagonista viajamos junto a la Compañía en su aventura mediterránea.

Podemos encontrar también, con algo de fortuna, un libreto de la obra teatral *Almogávares* de la compañía de los Titiriteros de Binéfar la cual, a pesar de sus pocas páginas, es una referencia muy interesante sobre el tema. Bien resumida y con artículos que alcanzan distintos aspectos relacionados con la historia de los almugávares.

A partir de aquí poco más, tratado muy frugalmente en algún otro trabajo, ni tan siquiera en ediciones de gran trascendencia e importancia por su seriedad como la *Gran Enciclopedia Aragonesa* u otras de similares características, solamente encontramos pequeñas explicaciones sobre el término almogávar, en todo caso, con informaciones brevemente ampliadas en otros términos como el de «Marina aragonesa».

7. Las reinterpretaciones:

Renaixença y nacionalismo español

Almogávares, soldados de fortuna, originarios de Cataluña, que protagonizaron, en la primera mitad del siglo XIV, fantásticas aventuras [...].

Esta era la definición del término almugávar que aparecía en la enciclopedia *Encarta* que era hasta hace unos años, como conocen quienes acostumbran a hacer uso de Internet, una de las enciclopedias digitales más completas y extendidas en la red.

Este puede ser uno de los muchos ejemplos que demuestran hasta que punto se han aceptado como verdad las deformaciones históricas que durante años se han venido vertiendo sobre los almugávares. No sería excesivamente preocupante si el caso antes reseñado fuese una excepción pero, por el contrario y por desgracia, es la idea general que encontramos en la mayor parte de referencias bibliográficas e históricas sobre el tema.

El concepto en sí mismo de lo que representaron los almugávares durante la conquista del Levante y especialmente durante el siglo XIV en Grecia, supone un atractivo con gran poder de seducción para cualquier posicionamiento de tipo nacionalista, seducción a la que, de hecho, no han sido ajenos ni el nacionalismo español, ni muchísimo menos el catalán.

No ha sido así en el caso de Aragón, ya que apenas podríamos encontrar pequeñas muestras de esa utilización desde los ámbitos nacionalistas aragoneses a principios del siglo XX. Entre ellos estaría la asociación nacionalista juvenil denominada *Los almogávares* o Isidro Comas *Almogávar*, nacido en Tamarit de Llitera y afincado en Barcelona que participaría también en diversas iniciativas aragonesistas.

El argumento no puede ser más idóneo. Un ejército invencible, que sin casi medios materiales, y contando únicamente con su fiereza y con su ambición, conquistaron uno de los imperios más increíbles que haya existido en la Historia de la humanidad, Bizancio, aunque éste ya no estuviese en su época de mayor esplendor.

En realidad, se haría difícil hallar apenas algún libro desde mediados del siglo XIX, en el que no se haya intentado plasmar la idea de los almugávares desde una u

otra perspectiva de cariz nacionalista. La misma *Crónica* de Muntaner está escrita como una loa a la campaña de los almugávares y a los reyes de Aragón, pero también, como hemos visto, guarda un carácter de exaltación patriótica de Cataluña.

En el siglo XVII se iniciaría esta tendencia de incluir a los almugávares dentro de una u otra «cruzada nacional», en este caso española.

En la interesante obra *Expedición de aragoneses y catalanes al Oriente* (en su origen llamada *contra turcos y griegos*), Moncada, sin desfigurar los orígenes aragoneses y catalanes de los almugávares, los engloba dentro de una órbita española, como abanderados de una imaginaria nación que estaba lejos de existir como tal en los siglos XIII o XIV:

(Pedro III) fue el primer Rey de España, que puso sus banderas vencedoras en los Reinos de Italia [...] [74].

Quizás se dejó llevar por su concepción de la Europa del siglo XVII, y da por configurados países que, como tales, tardarían un tiempo en aparecer.

Fue Don Fadrique uno de los más señalados Príncipes de aquella edad, por la grandeza de su ánimo, y gloria de sus hechos, cuyo valor deshizo y quebrantó las fuerzas unidas para su ruina de Italia, Francia, y España [...] [75].

Incluso Muntaner adquiere una nueva nacionalidad:

Montaner español, testigo de vista de todos estos sucesos [...] [76].

No hay lugar a duda que para Moncada los almugávares eran heroicos soldados que lucharon para mayor gloria de España. Disintiendo en este aspecto del autor, es factible dudar de que semejante hueste de mercenarios tuviesen lugar en sus pensamientos para tan elevadas consideraciones patrióticas:

No quiero hacer juicio si éste (se refiere, entre otras gestas, a la quema de sus naves por parte de Hernán Cortés), ó el de los Catalanes fue mayor hecho, porque pienso que son entreambos tan grandes, que fuera hacerles notable injuria, si para preferir alguno, buscaremos en el otro alguna parte menos ilustre, por donde le pudiéramos juzgar por inferior. Españoles fueron todos los que lo emprendieron, sea común la gloria [77].

En esa misma línea de identificar a los almugávares con los grandes de la milicia

española estaría *La Campana de Huesca* de Cánovas del Castillo, político conservador del siglo XIX. Ya en el prólogo del libro, Serafín Estébanez, deja entrever su visión de la Compañía:

Hablando en verdad y sin que nos ciegue el amor propio de españoles, pues en ella están de acuerdo todos los hombres entendidos de Europa, los hechos de los almogávares y personajes como el infante don Fernando, Berenguer de Entença, Rocafort, Garcerán y otros ciento, pudieran merecer los mismos honores que los argonautas, los héroes de Troya y los compañeros de Godofredo de Bouillón [...]. Esta laya de hombres, llamada de los almogávares, fue por mucho tiempo en España, y singularmente en Aragón, la parte más terrible de los ejércitos de nuestros reyes contra propios y extraños [...] los almogávares no formaban un cuerpo de nación distinto de los españoles [...] Muntaner cita a cierto propósito veinte almogávares que eran de Segorbe, y otros autores a cien más, todos con nombres españoles ^[78].

La novela se desarrolla paralelamente a los hechos conocidos con el nombre de *La Campana de Huesca*, y coloca como unos de los protagonistas a dos almogávares que bajan a Huesca para asistir a la coronación de Pedro II el Monje.

Oíanse allí palabras y frases de muy distinto origen y sonido. Quiénes hablaban entre sí a solas la extraña y solitaria lengua éuscara que conserva aún en alguna de sus vertientes el Pirineo; quiénes, y no eran los menos, se comunicaban con unos y otros en el latín corrupto de los hispano-romanos; quiénes parecía que pusieran particular cuidado en pronunciar ciertas voces germánicas, como para dar a entender origen godo; quiénes ostentaban su carácter de francos o extranjeros con su frecuente afirmación en oc, o su marcado acento bearnés. A algunos se les escapaba de cuando en cuando tal o cual exclamación en pura lengua árabe; otros se solían lamentar, entre dientes, de los percances ordinarios del bullicio, en el habla misma con que Isaías y Jeremías de mayores desdichas se lamentaron; muchos de la plebe corrían de acá para allá, procurando que todos entendiesen por igual una especie de jerga o jerigonza que algo sonaba ya al moderno romance castellano; no pocos, por último, de los hombres buenos y bien portados, que en sus maneras y trajes claramente parecían aragoneses, con cierta afectación de superioridad y buen gusto deletreaban un dialecto que tenía el propio dejo del lemosín, que todavía usan gentes españolas. [...] Allí el almogávar, que por primera vez bajaba acaso de la montaña, o vascón, o godo, o hispano-romano, que no era fácil, por cierto, averiguar el origen de ninguno de ellos.

El auge en la recuperación de la memoria histórica de los almugávares durante este periodo fue más allá de casos aislados, y podemos encontrar abundantes muestras de ello.

En 1859, el marqués de Cabriñana, I. M. de Argote, ganaba e primer premio de los Juegos Florales de Córdoba con una obra en verso basada en la conquista de aquella ciudad. Los almugávares aparecen en diversas ocasiones durante la narración de la contienda:

Muñoz y Argote con ardor se lanzan, y los Almogavares valerosos á los fieros Muslimes se abalanzan, á vencer ó morir de sangre ansiosos; se embisten furibundos y se alcanzan, se revuelven y lidian animosos, se confunden, deshacen y atropellan, y airados se acuchillan y degüellan^[79].

Este revisionismo desde la óptica exaltada del romanticismo españolista del siglo XIX, aunque sin desaparecer a lo largo del tiempo, parece languidecer brevemente a principios del siglo XX, para volver a mostrarse durante la etapa franquista. Bastantes son los ejemplos de la recuperación nostálgica de un ficticio y resplandeciente pasado medieval español en el Mediterráneo, pero la inmensa mayoría no merecen gran atención.

En todo caso, podemos, por mencionar alguno de ellos, nombrar la obra de L. Manrique, *La Grecia hispánica (Cien años de historia)*, editada en Barcelona en 1942, y donde simplemente observando su título, ya se dibuja la idea de la línea ideológica del autor. Esta obra, en la que no será extraño toparnos con abultados errores en nombres y fechas, hace un recorrido por la expedición de los almugávares siguiendo, con sus aportaciones, los trabajos clásicos y la obra de Moncada.

Ese mismo año, es publicada en Madrid la novela *Desperta ferro*, de Ricardo León, cuyo argumento, sin estar centrado en la expedición de los almugávares específicamente, sí que se apoya en la memoria de éstos para recrear una historia moderna cuyos personajes proceden de los mismos parajes que aquellos almugávares, y con los que el autor les vincula directamente.

El talante fascista de la época quedará plasmado en sus páginas como podemos comprobar, por ejemplo, en la descripción sobre los orígenes «puros» de los personajes de la novela, los cuales reflejarán la perfección y la pureza de sangre. Refiriéndose al protagonista Gildo Mallo y a sus antecesores almugávares, escribe León:

Nació en los montes Pirineos... Sangre limpia y azul de raza regeneradora sin bastardía posterior cartaginesa ni fenicia, sin mezcla de moros ni judíos, ni aun de focenses, godos ni romanos. Sangre pura y azul, como las aguas destiladas por las rocas de los heleros vírgenes y de las nieves eternas.

Sangre, en fin, del dios fecundador, padre del fuego estelar, introducidas en las entrañas de la madre Tierra^[80].

Al parecer León no conocía demasiado bien el origen de los almogávares, ni que miles de ellos eran árabes, ni que, a pesar de que por procedencia territorial fuesen aragoneses y catalanes en su mayoría, la sangre que corría por sus venas era cualquier cosa menos «pura», ya que a sus filas se unieron los desheredados de todos los grupos y etnias posibles.

Saliendo del campo de la literatura, y adentrándonos en el terreno político, encontramos usos más «lúdicos» como *La canción del almogávar*, recogida en un cancionero franquista de 1962 llamado *Cartilla para Campamentos Nacionales para Actividades al Aire Libre*, que aparece como himno militar de los Especialistas de Aire Libre y que estaba relacionado con la OJE (Organización Juvenil Española), asociación juvenil de los años 60, diferenciada pero en la misma línea que las Falanges Juveniles.

La evocadora letra pertenece a Francisco Riego y la música, de la que por «desgracia» no podemos disfrutar aquí, es de Marciano Cuesta Polo:

*¡Desperta España, de tres siglos de muerte!
¡Desperta España, la flor de mí canción!
¡Desperta ferro!, la espada junto al labio.
¡Desperta ferro!, la espada cara al sol.
Soy almogávar, y soy doncel de España,
es mi camino la senda del honor.*

Algunos años antes, en 1953, se creó por orden del entonces ministro del ejército, Agustín Muñoz Grandes, la Primera Bandera Paracaidista, que tomó el nombre de *Roger de Flor*, en memoria del capitán de la Compañía.

Después de pasar varias décadas desde esa oscura etapa política, todavía hoy podemos hallar en las librerías algunos rescoldos de aquellas llamas. Recientemente, han sido editados varios libros que, sin aportar nada nuevo, continúan profundizando en esta misma dirección, intentando encorsetarles dentro del ceñido y fantástico escenario de una España medieval ensoñada por algunos.

Pero si realmente existe un posicionamiento político-ideológico que ha sabido aprovechar y rentabilizar la idea de los almogávares, sin ninguna duda, ese ha sido el nacionalismo catalán.

Será en el siglo XIX, en plena ebullición de la Renaixença cuando se forjará el mito de los «almogàvers» como parte de la historia militar de Cataluña y como una de «sus gestas más heroicas».

Lo que se denominó Renaixença catalana no fue sino el reflejo de la corriente

romántica que atravesaba Europa y que, entre otras características, defendía la exaltación del pasado histórico, de la naturaleza, del folklore popular y, en determinadas zonas, de los hechos diferenciales nacionales. En Cataluña, como también ocurriría en Galicia o el País Vasco, la plasmación de este movimiento tomaría un camino en gran medida literario, pero en general reivindicativo de la recuperación cultural y política de las señas de identidad, es decir, la lengua catalana, la historia pasada, la senyera, etc.

En este afán revisionista, y arrastrados por el incontrolado ímpetu característico del romanticismo, los escritores, los artistas, los políticos y también los historiadores, se lanzan a la búsqueda de mitos que avalen los argumentos romántico-catalanistas. Nada está más lejos de la pretensión de este libro que entrar a defender o criticar a la Renaixença o sus planteamientos, en primer lugar porque no es éste el tema del libro, pero, principalmente, porque se escapa absolutamente de su intención, la cual, en todo caso, sería siempre de respeto.

Sin embargo, centrándonos exclusivamente en la cuestión de los almugávares, sí se puede afirmar que junto al aspecto positivo que supuso como factor de freno al olvido histórico en el que se encontraba esta página de la historia de la Corona de Aragón, también acarreó consecuencias poco deseables. Consecuencias negativas que fueron en ocasiones provocadas a causa del desconocimiento, pero, y esto sería más grave, la gran mayoría de las veces fueron movidas con decidida intencionalidad. Es lamentable comprobar como estudiosos e intelectuales del siglo XIX, y siguiendo su ejemplo otros de siglos posteriores, modificaron, amputaron o directamente se inventaron un pasado glorioso que, si realmente sí existió, no lo hizo tal y como a determinados planteamientos políticos del momento interesaban. Innumerables podrían ser los ejemplos de como la historia de los almugávares fue recuperada pero también reinterpretada durante el siglo XIX y principios del XX, creando la imagen que hoy, ya absolutamente institucionalizada, se difunde desde ámbitos culturales y políticos.

Esta tendencia o inclinación a reinterpretar la Historia desde los ámbitos académicos ha sido advertida en diversos estudios sobre el tema:

Precisamente porque todavía no hemos repensado desde el final del siglo el conjunto de nuestra tradición medieval, debemos tomar precauciones a propósito de la bibliografía sobre las crónicas catalanas producidas en los años veinte y treinta; unos tiempos muy creativos para la literatura catalana, pero también muy marcados por un cierto tipo de enfocamiento ideológico. Las crónicas medievales fueron estudiadas desde el prisma de un nacionalismo fervoroso y excluyente (los «cuatro evangelios de la nación catalana»^[81]), con obvias consecuencias para las valoraciones estrictamente críticas^[82].

También el profesor Agustín Ubieto aportó, con datos y documentación, algo de luz sobre este oscuro aspecto:

Cuando se produjo el movimiento historicista que generó el Romanticismo surgieron ansias de tipo regionalista [...]. En el caso catalán se quisieron quemar etapas y se manipuló y falsificó cuanto hizo falta. Pero son unas manipulaciones y falsificaciones que no afectan generalmente a lo propiamente catalán sino a aquellos temas que tienen relación con los reinos de Aragón y de Valencia^[83].

José Hinojosa^[84], recientemente, ha argumentado con claridad esta forma de reinterpretar el pasado histórico por parte de algunos historiadores. En este caso se referirá a Ferrán Soldevila, autor con grandes aportaciones en muchos otros aspectos, pero que cae también en esta tendencia a «corregir» la documentación conservada. Cuando Soldevila se refiere a la toma del castillo de Cagliari afirma que se colocaron «les senyeres catalanes» mientras que la realidad es que el cronista Muntaner dice:

[...] un gran estandard reial del dit senyor rei [...] E fo una vista la pus bella qui anc fos per aquells qui bé volen a la casa d'Aragon^[85].

Dentro de esta corriente cultural y de pensamiento, y centrándonos en el asunto que nos ocupa, destaca una familia catalana de gran renombre en la época: los Bofarull.

Esta acomodada familia de la burguesía textil catalana, originaria de Reus, es considerada de gran valía para el desarrollo y el estudio de la historia de Cataluña gracias a las labores realizadas por varios de sus miembros en las últimas décadas del siglo XIX, entre los que destacan con luz propia Próspero de Bofarull y Mascaró y su nieto Antonio Bofarull y Brocà.

Se debe aclarar que el hecho de relacionar a ambos ha sido consecuencia directa del trabajo de recopilación de información de este libro, ya que, aunque el estudio sobre Bofarull y Brocà surge por su decisivo peso en lo relacionado con el estudio de los almugávares durante la Renaixença, y sus controvertidas relecturas de los textos clásicos, el interés por Bofarull y Mascaró, aparece tras retomar el estudio de las obras del profesor Agustín Ubieto, referente obligado al tratar de la Historia de Aragón. Es interesante por diversos motivos hacer un breve repaso de esta singular familia.

En el tomo V de su libro *Historia de Aragón, Creación y desarrollo de la Corona de Aragón*, el profesor Ubieto denuncia algunas manipulaciones realizadas por Próspero de Bofarull y Mascaró y, posteriormente, por Antoni de Bofarull i Brocà, durante sus etapas al frente de la dirección y en el consejo de dirección del Archivo

de la Corona de Aragón, cargos que ocuparon desde el año 1814 hasta finales de 1911.

Pròspero de Bofarull y Mascaró (1777-1859), nacido en Reus, fue archivero y director del Archivo de la Corona de Aragón entre 1814 y 1840 y entre 1844 y 1849. Tomó posesión del cargo tras el dominio francés de Barcelona durante los años 1809 a 1814, una vez que fue restituido en el trono Fernando VII. Jurista formado en Cervera y Huesca, durante su gestión, reorganizó y dio un importante impulso al Archivo de la Corona de Aragón que estaba en un momento de franco olvido. Para ello reestructuró la organización y el sistema de archivos, recuperando, restaurando y dándole una utilidad práctica a la gran mayoría de documentos y pergaminos que habían permanecido como un «sepulcro de antiguas escrituras», lo que permitió a los investigadores profundizar en su estudio de una manera más funcional y efectiva.

Publicó diferentes trabajos que sacaron a la luz documentación del archivo que era desconocida hasta entonces como los diecisiete volúmenes de la *Colección de Documentos Inéditos*, y algunos otros exclusivamente dirigidos a recuperar la memoria histórica de Cataluña, como *Los Condes de Barcelona vindicados* en 1836.

Sin embargo, en esta etapa aparecen algunas sombras que cubrieron su gestión. Ubieto aporta informaciones al respecto:

La base del movimiento regeneracionista aparece fundamentada históricamente en la Colección de Documentos Inéditos del Archivo de la Corona de Aragón, que comenzó a publicar en el año 1848 don Próspero de Bofarull y Mascaró, director a la sazón de dicho archivo. Colección que se conoce abreviadamente como Codoin, que se ha considerado modélica. Pero aquí encontramos la primera mixtificación o falsificación, aunque hay más^[86].

Según el profesor, en 1856 Próspero de Bofarull y Mascaró, publicará un libro con el llamado *Libre del Repartiment del regne de Valencia*, donde se recogen los datos sobre la repoblación de este territorio aunque con graves manipulaciones respecto de los originales^[87].

Otra modificación destapada por Ubieto es la referente al documento donde Jaime I hace testamento de su reino, el cual sospechosamente desaparece, dando lugar a una serie de dudas y nuevas conjeturas sobre la descendencia de la Corona aragonesa:

Pero el documento (se refiere al original del testamento del rey Jaime I) conocido a través de Zurita, si se hacía desaparecer, podría permitir hablar de un «rey Pedro de Cataluña» siendo la primera y única vez que aparecería tal denominación en la documentación medieval aragonesa. El documento se extravió. Las fechas (de su desaparición) corresponden a las de la dirección del Archivo de la Corona de Aragón por la familia Bofarull. Cuando

aparezca se verá que (en el testamento) se dividen las rentas, no la «potestas regia», que era indivisible^[88].

Por otro lado, el de Reus posee una gran producción investigadora en su haber, como la publicación en 1836 de obras como la mencionada *Los Condes de Barcelona Vindicados*, u otras como *Cronología y Genealogía de los Reyes de España Considerados Como Soberanos Independientes de Su Marca*. Trabajos que, si por una parte sirvieron de impulso a posteriores investigaciones, según algunos autores, también han provocado graves errores cronológicos en otros aspectos importantes.

Continuando con la saga familiar, encontramos a su hijo Manel de Bofarull i de Satorio (1816-1892), también archivero e historiador, y al historiador Andreu de Bofarull i de Broca (1811-1882), archivero del ayuntamiento de Reus y fundador de varios periódicos locales y relacionados con el teatro. Entre las obras de este último se encuentran *Anales Históricos de Reus* (1845), *Memorias históricas de Salou* (1846), *Poblet, su origen belleza, curiosidades, recuerdos históricos y destrucción* (1848), *Reus en el bolsillo* (1851), *Guía de Reus* (1856), *Don Jaime el Conquistador* (1856) y *Tarragona Monumental*.

Pero quien adquiere mayor importancia en el estudio que nos ocupa es la figura de Antoni de Bofarull i Brocá (1821-1892). Nacido en la ciudad donde residía la familia Bofarull, Reus, inició sus estudios en la misma para trasladarse después a Barcelona. Como ya hiciese su abuelo, dirigiría el Archivo de la Corona de Aragón, en este caso durante dieciséis años.

Comenzó su carrera como editor de un diario (al igual que otros miembros de su familia) de carácter satírico llamado *El Hongo*. Durante su intensa labor como escritor e historiador publicó numerosos libros relacionados con la Historia, la gramática catalana o el teatro. Entre ellos *La mancha del siglo* en 1835, *Fray Estanislao Juncos*, la comedia *Pedro el Católico, rey de Aragón* en 1842, *Urg, el almogávar* en 1844, *Roger de Flor* en 1845, *Medio Rey y medio vasallo*, y su reconocida, *História crítica de Catalunya*. Siendo para el estudio de los almogávares fundamental su traducción al castellano de la *Crónica* de Muntaner en Barcelona de 1860 denominada entonces *Crónica catalana*, sobre todo al convertirse en la primera que se hacía a esta lengua, con lo que ello supuso como influencia para posteriores traducciones.

Bofarull realizó sucesivos estudios sobre la expedición de la Compañía, entre los cuales se encuentra uno dedicado al autor de la *Crónica*, *Ramón Muntaner, guerrero y cronista: biografía*^[89]. Trabajo enfocado a ensalzar los valores catalanes del cronista, elevándolo a la categoría de símbolo para la floreciente corriente catalanista de finales del siglo XIX:

Con la biografía de Ramón Muntaner hemos trazado el cuadro de una de las

mas excelsas glorias que adornan á Cataluña, que gloria es para todo pueblo que se precia de culto y adelantado en nuestros tiempos. [...] Después de tan justificado panegírico, que confirma los asertos del biógrafo, solo le corresponde á éste reforzar todo su aliento para exclamar gozoso:

¡Gloria á Muntaner! ¡Gloria á la Municipalidad Barcelonesa, que tan noblemente se afana para perpetuar los nombres preclaros de los sabios y de los héroes catalanes!^[90]

Una curiosidad sobre las motivaciones y los sentimientos que albergaba para desarrollar su labor investigadora se encuentra al final del prólogo de su traducción de 1850 de la crónica de *D. Pedro IV el Ceremonioso ó del Punyalet*:

Por lo demás, solo diré que mi ambición se cifra aquí, únicamente en propagar con la mejor buena fé y el mas puro entusiasmo las glorias de nuestros mayores, cuyo objeto es el que me guia, con preferencia al merito que pueda contraer para alcanzar un título académico. Hablo en esta ocasion como Aragonés: pienso como Catalán^[91].

Esta podría ser una muestra de su voluntad de unir fraternalmente a las dos naciones que conformaron, junto a otras, la antigua Corona de Aragón.

A pesar de las luces y las sombras, es de justicia reconocer que el subjetivismo catalanista y la falta de respeto hacia la memoria histórica aragonesa que se ha venido ejerciendo en ocasiones, no desmerece la calidad y la aportación investigadora de las obras creadas bajo esta influencia. Es más, se debería considerar positivamente el hecho de poder contar con herencias tan sobresalientes como la cedida por Rubio i Lluch.

El autor catalán entiende el conjunto de sus trabajos sobre la Compañía en Oriente como una forma de exaltación de Cataluña y de su pasado medieval, cuestión poco sorprendente estando en antecedentes de su pensamiento. Para ello, evidentemente, deberá resaltar, incluso llegando a la exageración, los valores y las gestas catalanas y, al mismo tiempo, justificar los desmanes y los crímenes cometidos. Pero su decidida labor de plasmar el espíritu catalanista que le embargaba no habría quedado suficientemente resplandeciente si los expedicionarios catalanes hubiesen tenido que compartir la fama con otros; así pues, Rubió, al igual que otros historiadores de la época, hacen desaparecer o reducen a la mínima expresión del escenario griego casi cualquier referencia a los aragoneses.

Uno de los puntos donde destaca esta obsesión por difuminar las referencias del término Aragón de la documentación medieval es en su estudio sobre la *Crónica de la Morea*.

Como ya hemos dicho con anterioridad, existen cuatro versiones de la crónica

original, con gran similitud en general, pero también con notables diferencias puntuales. Pues bien, el historiador catalán, se apoya únicamente en una de estas cuatro versiones, en la griega conservada en Francia conocida como el *Livre de la Conquête* y, más aún, en momentos muy específicos de ésta. En la dicha versión se muestra claramente, incluso el propio Rubió lo reconoce, las graves inexactitudes que tiene a la hora de denominar a la Compañía y su origen, debido al desconocimiento sobre la realidad de la Corona aragonesa que tenía quien transcribió la obra. Sin embargo, extrae una de sus menciones hacia la Corona de Aragón para fundamentar un mayor relieve de Cataluña y afirma:

Únicamente para demostrar que el nombre de Cataluña era más conocido en aquellos países que el de Aragón, incluso cuando daba su nombre a la gloriosa nacionalidad oriental de la península, advertiré que siempre que se habla en el Libro de la Conquista de los monarcas aragoneses, se les llama reyes de Cataluña, y si alguna vez se nombra el reino de Aragón, es para convertirlo en nombre del monarca de la nación misma, como si les fuese desconocido el de la aragonesa. Cuando habla de un convenio matrimonial entre el emperador de Constantinopla Roberto y el rey Jaime I de Aragón, se le nombra el «Reragun» o el rey «Ragú» (según la edición de 1845) rey de Cataluña, donde se ve que de las dos palabras «rey de Aragón» se ha hecho el falso nombre propio «Reragun» o «Rangon»^[92].

En realidad, el texto emplea «Ragú(n)» como la contracción de «rey de Aragón», y añade a continuación la expresión «rey de Cataluña»^[93]. Este término contraído era más común de lo que en principio pudiese parecer, de hecho, lo encontramos en otros documentos griegos, concretamente en algunos pertenecientes a la correspondencia entre el emperador Andrónico II y Jaime II de Aragón^[94], como se puede comprobar por los documentos publicados por A. de Capmany, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, en 1779, y en los que aparece la palabra «Raguna» para designar al rey de Aragón.

De modo, que esta forma pudo ser empleada corrientemente en la corte de Andrónico, porque quizás sería aventurarse demasiado pensar que el autor tanto de la *Crónica de La Morea* como de las cartas mencionadas, fuesen la misma persona o estuviesen relacionados de algún modo.

En cualquier caso, no deja de sorprender que, después de dejar claro el autor griego su escaso conocimiento sobre Aragón y sobre aspectos generales de la Corona, evidenciados éstos por el propio Rubió, se le otorgue después tan alto grado de validez cuando se trata de las denominaciones que aplica a la nacionalidad de la que habla, después de evidenciar, sin lugar a dudas, la confusión del autor a la hora de hablar de la composición de la Corona aragonesa.

Por otro lado, esta mención de «rey de Cataluña» aparece en casos aislados,

siendo la normal la de «Reragun» o «Ragú», es decir, únicamente rey de Aragón.

[...] era más eficaz esta alianza que la del rey de Aragón^[95].

Aquí aparece en su texto original con la forma contraída («Reragun» o «Ragú»), y únicamente nombrando al rey de Aragón. Lo mismo que en el siguiente párrafo:

[...] que enviaba al rey de Aragón para esposa^[96].

En realidad, la alusión a la que se aferra Rubió de «rey de Cataluña» solo se da en esa versión, y por las razones ya expuestas de falta de conocimientos. Además, cuando se menciona a Cataluña se hace como una parte más de la Corona. De esta forma, en la versión francesa se utilizan ambos términos dentro de su verdadero contexto:

[...] avec le roy d'Aragon de donner lui sa fille a femme et a espense, et ques li empereor mandoit sa fille avec .ij. galies en Cateloigne.

Respecto a la versión en aragonés, que es la que más autoridad tenía en el tema, se utiliza, como es lógico, la forma única de «rey de Aragón».

Esta sería una muestra de como ciertos historiadores catalanes han dirigido la interpretación de estas páginas de la Historia hacia su idea de como deberían de haber sido, y no de como fueron en realidad. Verdaderamente, son constantes este tipo de derivas ideológicas, siendo en algunos casos sutiles y en otros escandalosas.

Uno de estos últimos casos lo encontramos en una anécdota que afecta al terreno lingüístico. El hecho en cuestión es que en uno de los miles de versos de la versión griega de la *Crónica de la Morea*, se emplea el término catalán «tarida», para referirse a un tipo de embarcación de la época. Esta definición se convierte en justificación para demostrar, según Rubió, la «evidente» influencia de la lengua catalana en los cronistas griegos. En principio no habría nada que objetar y se puede incluso considerar como teoría.

Lo chocante es que, mientras, la existencia de otra versión de la misma crónica escrita totalmente en aragonés^[97] parece no provocar ninguna conclusión, es más, apenas existen referencias a este texto, ni respecto al idioma utilizado, ni sobre su contenido.

Al margen de la abundancia de este tipo de situaciones, y después de leer cientos de sus páginas, sí es cierto que podemos encontrar algunas referencias a los aragoneses de la Compañía entre los textos de Rubió:

[...] en poco espacio acabo de presentar delante de vuestra vista a los heroicos expedicionarios catalanes y aragoneses, que tan indelebles señales dejaron de su paso en las apartadas regiones orientales^[98].

Se puede marcar otro curioso matiz en el sentimiento catalanista de Rubió. En alguna de sus reflexiones parece considerarse cómodo dentro de una entidad nacional española, llegando a criticar el alejamiento de Occidente por parte de los griegos y de la Iglesia bizantina, y a la vez, destaca el valor y determinación en la defensa de los valores católicos de España:

[...] precisamente porqué fue cismática (Grecia o Bizancio) se apartó del concierto general de los pueblos europeos en la edad media y echó a perder sus grandes empresas, y fue rémora eterna para todas sus aspiraciones y legítimos ideales, mientras España, que tuvo que luchar con sus únicas fuerzas contra el poder de los árabes, se salvó a si misma y con ella a la civilización, sin mendigar auxilios extranjeros y ofreciendo los suyos cuando llegó su nacionalidad a Oriente, porqué fue católica, romana, con espíritu fervoroso y puro, con un verdadero entusiasmo religioso. Grecia, madre de nuestra civilización, destinada a ser la avanzadilla de Europa en el extremo Oriente, y a ejercer tal vez la misma salvadora misión que España, su centinela occidental, en los apartados confines del nuevo mundo, fue siempre un campeón alado, egoísta y envidioso [...]^[99].

No obstante, no se puede juzgar a Rubió únicamente desde su perspectiva ideológica ya que este encorsetamiento sería realmente injusto, sobre todo, al considerar en toda su magnitud la obra que desarrolló a lo largo de su vida.

Es por ello que hay que defender su labor y explicar que la razón de ser tan recurrentes en el capítulo que nos ocupa con sus «deslices», y de remarcar tan detalladamente aquellos aspectos que no son del todo correctos bajo un prisma objetivo, tiene como motivo, simplemente, el hecho de que sea este autor la máxima autoridad y referencia en el estudio de los almugávares y, en consecuencia, de tanta importancia cualquiera de sus afirmaciones.

En todo caso, ese trato interesado y dirigido en la literatura al respecto, lo encontramos en la casi totalidad de los autores que han tratado el asunto.

Rafael Tasis es otro de los nombres que se han ganado un lugar dentro del estudio de los almugávares, de hecho sus trabajos son fundamentales, especialmente, tras la publicación de su breve pero intenso libro *L'expedició dels almogàvers* en 1960. Todo ello no quita para que, en el momento de aportar sus opiniones personales, vuelque también su ímpetu catalanista:

[...] es justo y exacto dar el nombre de «catalana» a la dominación de la

Corona de Aragón en Grecia^[100].

Lo que ocurre es que llega en alguna ocasión a querer ir tan lejos en su ensalzamiento patriótico que contradice o modifica las palabras del principal referente, Muntaner:

[...] la exacerbada devoción de Muntaner por todos los reyes y príncipes de la Casa de Barcelona [...]^[101].

En realidad, ya vimos que para Muntaner, no es la ya extinta en ese momento Casa de Barcelona, sino la de Aragón, la que era destinataria de sus devociones:

Por esto empezaré por la gracia que Dios otorgó al muy alto señor Don Jaime, rey de Aragón por la gracia de Dios, que fue hijo del muy alto señor el rey Don Pedro de Aragón y de la muy alta señora Doña María de Montpellier [...]^[102].

Para la elaboración de este libro se han usado todas las versiones que existen de la *Crónica* de Muntaner. Una de ellas es la editada en 1970, y traducida al castellano por Vidal Jové. Apenas iniciar la lectura de esta edición, encontramos otro ejemplo de este ensalzamiento catalanista de la Compañía, por Joan Fuster, estudioso y traductor de la *Crónica*. Fuster afirma que éste —refiriéndose a Muntaner— da muestras inequívocas de una gran «madurez nacional», refiriéndose a la inclinación catalanista del cronista:

Es imposible hallar en toda Europa de su época nada que se parezca a la madurez «nacional» de la Crónica. La mayoría de las futuras «naciones» de nuestro continente aún estaban en mantillas —o ni llegaban a feto— cuando Ramón Muntaner ya escribía como un «nacionalista» perfectamente adulto^[103].

Centrándonos en la propia edición, y a pesar de que en general coincide en la traducción con el original editado en Valencia en 1558, es curioso como, de las pocas divergencias que existen entre ambas, la mayor parte de ellas resulten ser cuestiones donde aparece el concepto de Cataluña, y más curioso todavía que en todas esas diferencias resulte Cataluña situada en un plano de mayor rango respecto a Aragón que en el texto original. No son casos que chirríen en su lectura sino, más bien, modificaciones sutiles. Una de las reivindicaciones pretendidas por algunos autores es la equiparación en la denominación como reinos de Aragón y de Cataluña,

cuestión suficientemente tratada y que no permite más conclusión que la aceptación de que Cataluña no ostentó nunca tal forma política sino que sería Barcelona la que tuvo el título de condado, mientras que otros territorios catalanes mantendrían un status diferente del de Barcelona. Pues bien, en su traducción Vidal parece querer hacer sus «aportaciones» sobre la cuestión, y de este modo, y en repetidas ocasiones, suprimirá alguna coma o realizará algunos pequeños cambios. Como ejemplo, al final del capítulo 9 de la *Crónica*, Vidal escribe:

Y cuando todo esto hubo conquistado y ordenado, quiso ir a visitar el reino de Aragón y Cataluña, y el condado de Rosellón [...] [104].

Tras esta lectura, parece que el reino en sí fuese tanto Aragón como Cataluña. Sin embargo, el texto de la edición valenciana de 1558 es diferente:

E com tot aço hach conquest, et ordonat, volch anar vefitar lo regne D arago, e Cathalunya, e lo comptat de Rofello [...] [105].

Se observa, sin ninguna duda, como se diferencian con una coma tanto las ideas de Aragón y Cataluña, como las de los territorios que menciona después, pero en la traducción, la supresión de esa simple coma provoca que dentro del reino queden unidos, aunque sí respeta la separación con los otros territorios. En el caso del manuscrito de 1392 evidentemente al no aparecer ningún tipo de coma, se debe usar la lógica habitual a la hora de traducirlo, es decir, tal y como se hizo en la traducción de Valencia.

Otro caso, y es que este tipo de sutiles detalles se encuentran en repetidas ocasiones, lo hallamos en el capítulo 145, y esta vez afectará al concepto del Reino de Valencia:

Y dejó heredero universal al señor infante Don Alfonso del reino de Aragón y de Valencia y de Cataluña [...] [106].

Mientras que el original dice:

E lexa hereu vniuerfal lo fenyor Infant Nanfos del regne D arago, e de Cathalunya, e del regne de Valencia [...] [107].

Lo que vemos es que desde el original donde marca claramente, teniendo en cuenta su común pertenencia a la Corona, la diferencia entre lo que sería el reino de Aragón, el reino de Valencia, y lo que sería Cataluña como unidad territorial pero sin

aplicarle título alguno, pasa a ser, tras la traducción, un todo donde la confusión, eliminando comas y términos, une en un mismo plano político a los tres países. No obstante, al margen de algunos detalles como los mencionados, el conjunto de la traducción de Vidal es de gran valor.

Como fin de este apartado, tomaremos algunos ejemplos de autores más modernos en los que, de nuevo respetando y teniendo en gran consideración su trabajo en general, se detecta la misma postura ideológica de los anteriores, o bien, la influencia transmitida.

Una prestigiosa revista de investigación histórica catalana con una ya gran experiencia a sus espaldas llamada *L'Avenç*, publicaba, en 1997, un monográfico sobre los almugávares. En este ejemplar aparecían diversos artículos con contenidos muy enriquecedores e interesantes sobre el tema, pero en la gran mayoría de ellos, se seguía el camino «oficial» marcado desde finales del siglo XIX. Escogiendo de entre los muchos casos donde se puede comprobar la anterior afirmación y que aparecen en esta publicación, tomaremos en primer lugar un artículo de María Dourou-Epliopoulou, profesora de la Universidad de Atenas. En él, la autora, sin entenderse con que criterio o intención, no es que iguale en títulos a los territorios de la Corona sino que, directamente, elimina el nombre de Aragón como miembro y reino constitutivo de ella:

Después de la reconquista del siglo XIII, la Corona de Aragón —formada por Cataluña, Valencia, Mallorca y Sicilia, gracias a las «Vísperas» de 1282 [...] [108].

Por otra parte, en el mismo artículo realiza un apunte muy acertado que desmonta la idea del expansionismo del pretendido «imperio Catalán» como una acción premeditada dentro de un planeamiento político anterior, y plantea otra interpretación más creíble:

El imperialismo catalán no se puede explicar como un plan organizado, sino como intentos individuales de hacer fortuna y de obtener beneficios^[109].

Según Dourou, cuando observamos los acontecimientos acaecidos durante la expedición de los almugávares, no estamos frente a una parte de un plan superior cuyo fin fuese la conquista como medio de ampliar las glorias de la Corona o de Cataluña, sino, simplemente, ante la aventura de unas gentes en busca de fortuna, y que quizás de forma inesperada, lograron hazañas que habrían sido impensables en cualquier otro momento.

David Jacoby es otro de los escritores que participan en este trabajo. Profesor en la *Hebrew University* de Jerusalén, este historiador ha escrito varios libros sobre los

hechos de la Compañía en Grecia como *Catalans, Turcs et Vénitiens en Romanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, así como otros sobre la sociedad bizantina como *Les états latins en Romanie: phénomènes sociaux et économiques, 1204-1350 environ*. Por todo esto, está refutado como una de las autoridades en esta materia actualmente.

En su artículo realiza, no obstante, afirmaciones que sorprenden al situar, una vez más, a Cataluña como una entidad política de un rango superior al de la propia Corona:

Cuando en 1305 estalló el conflicto con el Imperio, los comandantes de la Compañía consideraron que ésta quedaba libre de cualquier obligación hacia Andrónico II y Muntaner encargó la confección de tres banderas para llevar en la batalla: una con las armas de Aragón, otra con las de Sicilia y la tercera con una imagen de S. Jorge, el patrón de Cataluña. Las dos primeras banderas, sin embargo, no implicaban la aceptación de la autoridad de los reyes de Aragón o Sicilia^[110].

Jacoby comete varios errores en esta interpretación de Muntaner. En primer lugar, si bien es cierto que a la batalla llevaron estas tres banderas, en realidad Muntaner ordenó confeccionar cuatro. La cuarta fue la de san Pedro de Roma, demostrando así su vasallaje a la Iglesia a pesar de sus enfrentamientos con el papado. En segundo lugar, de las tres banderas mencionadas por el autor del artículo, Muntaner resalta que la de Aragón es la que pertenece al «señor rey de Aragón» destacando así su vasallaje y el de la Compañía a esta Casa. Y en tercer lugar, en ningún momento menciona Muntaner a Cataluña, ni que la bandera de san Jorge sea en nombre de este país. Al contrario, debemos recordar que la fe hacia este santo fue una cuestión común a todos los territorios cristianos (incluso era venerado por los musulmanes), sirviendo como nexo de unión entre los estados y la religión tras las cruzadas y, especialmente, en la Casa de Aragón, como el propio cronista remarcará en capítulos posteriores.

Aunque no se pretenda en este libro entrar a cuestionar el trabajo desarrollado por los citados historiadores, a los que no podemos sino reconocer sus estudios, sus valiosas aportaciones a través de sus investigaciones y el camino que abrieron a estudios posteriores, sí es necesario conocer en que circunstancias se crearon las obras que, inevitablemente, van a aparecer como referencias en nuestra tarea de conocer y comprender la historia de los almugávares; bajo que condicionamientos se establecieron en el siglo XIX afirmaciones que hoy, más de cien años después, continúan considerándose válidas; y como, aún en nuestros días, se sigue profundizando y revisando la cuestión pero partiendo de esos mismos supuestos.

8. Literatura y arte

La plasmación de la historia de los almugávares en el arte ha sido acorde con el limitado eco que la propia historia ha tenido a lo largo de los siglos. Sin embargo, podemos encontrar algunos reflejos de sus hazañas en la pintura, la escultura, el teatro, la literatura e incluso, aunque tímidamente, alguna incursión en el mundo del cine. Básicamente, los ejemplos los encontraremos concentrados en el periodo del Romanticismo, es decir, obras pertenecientes a finales del siglo XIX, que surgirán como consecuencia del interés sociopolítico que vivieron estos personajes en aquel momento.

En cuanto a la pintura serían de reseñar las obras de Mariano Fortuny, J. M. Sert y de Moreno Carbonero.

Mariano Fortuny nació en Reus en 1838, lo que le convertiría, por la época, en contemporáneo de la Renaixença, pero además, el hecho nacer precisamente en Reus, le colocaría al lado de una saga familiar tan influyente en esta cuestión como la de los Bofarull. Sus cuadros más representativos sobre la Compañía son *Escena de los almogávares I y II*, pintadas en 1855. Murió en Roma en 1874.



J. M. Sert (1874-1945) es autor de *Pacto entre el emperador de Bizancio y los Almogávares* y de *Venganza Catalana*, y su obra quedó plasmada para siempre en los murales del *Salón de las Crónicas* del Ayuntamiento de Barcelona (1929), que recibió este nombre porque se inspiró para su realización en las crónicas de Ramón Muntaner y Bernat Desclot, lo que, por otra parte, muestra la gran influencia que éstas tuvieron en la política de la época.

Por su parte, José Moreno Carbonero (Málaga 1858 - Madrid 1942), es el autor de la obra más conocida en torno a los almogávares, *La entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, pintada en 1888, conservada en el *Salón de los Pasos Perdidos* del senado español.



En la Biblioteca Nacional se conserva asimismo un grabado con el nombre

Prisión de Rocafort de Urrabieta.

Han sido escasas las incursiones de la escultura en el mundo almugávar. Podemos detenernos en la obra del escultor andaluz, nacido en 1933, Miguel Ortíz Berrocal. El artista realizó a partir de finales de los setenta una serie de diez esculturas bajo el título de *Desperta Ferro* que, inspiradas en los capitanes de la hueste, se representa a través de torsos de soldados.

Dentro del campo de la literatura, hay quienes incluso han visto en el canto VIII del libro del *Paraíso* de la *Divina Comedia* de Dante, escrita en Verona a partir de 1312 como el autor, se hacía eco sus gestas, cuestión que no es de extrañar dado el papel político que ocupaba Dante en aquel momento, de la característica como resumen histórico que representa su obra y de lo cercano en el tiempo que habían estado los acontecimientos acaecidos tras las *Vísperas Sicilianas*, en los que los ejércitos del rey de Aragón, con los almugávares como principal baluarte fueron actores fundamentales:

[...] si la mala señoría, que siempre aflige a los pueblos sometidos, no hubiese movido a Palermo a gritar ¡Muera, muera! Y si mi hermano esto anteviera de la avara pobreza de Cataluña ya huiría, para que no le ofendiera; pues en verdad hay que proveer por él, o por otro, de modo que su barca cargada, de más carga no se imponga. Su índole, que de generosa a parca descendió, habría menester de tal milicia que no cuidara de llenar arcas.

La expedición de los aragoneses y catalanes a Bizancio dejará también su influencia, en cuanto a la línea argumental se refiere, en una obra posterior de gran importancia para la literatura valenciana y catalana, *Tirant lo Blanc*. Esta obra, escrita después de 1460 y posteriormente publicada en Valencia en 1490, es una novela de caballería épica escrita en catalán por Joanot Martorell, nacido en Valencia entre 1405 y 1410.

E en açò negú no pensa, car los hòmens virtuosos fan cascun dia actes insignes e dignes d'immortal recordació, així com féu aquest magnànim e virtuós Príncep e estrenu cavaller, Tirant lo Blanc, qui per sa grandíssima cavalleria e alt enginy conquistà tants regnes e reduí infinits pobles en la Barbaria e en la Grècia a la santa fe catòlica, e no pogué veure la fi del que tant havia desitjat e treballat^[111].

Rubió i Lluç resaltaba el estrecho paralelismo existente entre las características de las historias ocurridas al protagonista de la novela *Tirant lo Blanc* y el César bizantino, Roger de Flor:

Igual que Roger, es llamado Tirant desde Sicilia por un mensajero de Constantinopla para advertirle del peligro en que los turcos han puesto en aniquilar al Imperio e invocar su poderoso auxilio; así como el héroe catalán, Tirant no da tregua a su valor y, erigido en la alta dignidad de príncipe y César griego, lucha a favor de los bizantinos contra los turcos y, vencedor en todos los encuentros, salva del cautiverio a aquella nación decadente; se casa con la hija de los Césares y, finalmente, encuentra la muerte cuando más brillante era el resplandor de sus gloria^[112].

De este modo comprobamos las muestras inequívocas de paralelismos entre ambos protagonistas. Los dos son llamados a socorrer al Imperio de Bizancio en sus peores momentos y son considerados por los bizantinos como la última esperanza para Constantinopla; Tirant se casará con la princesa bizantina Carmelina, mientras que Roger lo hace con María de Bulgaria, sobrina del emperador; ambos serán reconocidos con el título de César del Imperio; Andrinópolis será la ciudad donde los dos morirán; y el escritor catalán Francesc Puigpelat los relacionará con un último argumento, las tácticas de guerra comunes con las que ganan sus primeras batallas frente a los turcos: el ataque nocturno por sorpresa.

Durante la *Renaixença* y la época inmediatamente posterior, es decir, principios del siglo XX, aparecen la mayor parte de las obras dramáticas basadas en este tema. Muchas fueron las creaciones, entre novelas y obras teatrales, las publicadas durante aquellos años. La primera ocasión que conocemos en la que el tema de los almogávares es abordado directamente como argumento principal de un concurso de creación literaria fue en Barcelona, el 20 de febrero de 1841, convocado por la *Reial Acadèmia de Bones Lletres*. El tema elegido fue la composición de un poema épico sobre la expedición de la Compañía a Oriente, siendo libre la elección de la lengua castellana o catalana para su ejecución. El vencedor de este certamen fue Joaquim Rubió i Ors, padre de Rubió i Lluch, con su obra *Roudor de Llobregat o los Catalanes en Grecia*, que sería publicada en 1842. El segundo premio recayó en el trabajo *Las armas de Aragón en Oriente* de Calixto Fernández de Campo-Redondo, y el tercer galardón fue para *Rugero de Flor* de Tomás Aguiló i Forteza (1812-1884).

Los certámenes literarios conocidos como *Jochs Florals de Barcelona*, celebrados desde mediados del siglo XIX en la ciudad condal, fueron una excelente plataforma para el lanzamiento de numerosos autores que encontraron en la odisea de los almogávares un argumento ideal para plasmar, con un vehemente tono épico, todo el fervor sentimental e ideológico que el romanticismo exigía en aquel momento. En 1859 fue galardonado con el primer premio de dicho concurso Damás Calvet con su poema *¡Són ells...! Desembarch dels almogavers a Orient*^[113]. Ocho años más tarde, en 1867, sería *La mort d'en Roger de Flor*, de Ramon Picó y Campanar, una de las composiciones presentadas a concurso:

Mes Milich, lo general de los grechs lo pus traydor, ne clava á Roger de Flor per l'espalla son punyal^[114].

Jaume Collell, en 1897, sería reconocido con el segundo puesto gracias a su obra *Los almogavars al Parthenon*, cuya temática gira en torno a la época que transcurrió desde la batalla de Halmyros hasta la conquista de Atenas:

Almogávares, terror d'aquexes terres, los de musclám d'acer, cor de lleó, basta ja de carnatge, prou de guerres, plantém aquí les barres d'Aragó. Visca Aragó!, tots enardits responen, visca Aragó!, l'Acrópolis respon; y'ls nacres y clarins alegres sonen y ab teyes s'ilumina'l Parthenon^[115].

Centrado en las discusiones internas que desgarrarían la Compañía, *La fi dels almugàvers*, presentada al certamen en 1909 por Eduard Girbal i Jaume, es otro ejemplo del interés por recuperar la gesta en la Cataluña de finales del XIX y principios del siglo XX.

Pero *La Orientada* de Francisco Pelayo Briz será seguramente la que alcance una mayor calidad literaria, convirtiéndose en uno de los referentes de la Renaixença en este ámbito artístico. A lo largo de sus ocho mil versos, su protagonista, Corbrau, recorrerá Asia y Grecia entre las filas de la Compañía.

Otro de los trabajos publicados en este periodo es la obra teatral *Venganza catalana* de Antonio G. Gutiérrez (1864) donde Roger de Flor aparece como un mártir, su mujer la princesa María se muestra como una desesperada amante, y los propios almugávares dejan de ser los más crueles soldados mercenarios para convertirse en nobles caballeros en busca de justicia. En esta misma línea de idealización de esa etapa del pasado almugávar se publican *Los almogávares* poema de Juan J. Huguet (1867), la obra teatral *Los Pirineus* de Víctor Balaguer (1893) o *El cant dels almugàvers* del mismo autor. Junto a las anteriores se situarían varias obras de Antoni de Bofarull como *Roger de Flor o el manto del templario*, y *Urg, el almogávar* (1844).

Además de los autores catalanes, escritores de otros territorios peninsulares también publicaron obras al respecto como el poema sobre *Roger de Flor* del cántabro Juan Justiniano (1821-1901), o el romance histórico *Roger de Flor*, editado en Zaragoza en 1854:

*Allá va Roger de Flor.
De pronto, revuelve airado
Al centro de su legión:
¡Almogávares! Exclama,
¿olvidáis que es de Aragón*

*La bandera que flotando
Lleváis al viento... y honor
Antes de morir, que arrollada
Verla, por nuestro baldón?
¡Desperta ferro!*

Rubió i Lluch en su libro *L'expedició catalana a l'orient vista pels grecs*, al hablar respecto de las obras literarias y teatrales realizadas por sus contemporáneos griegos, resalta una obra, *El último conde de Salona*:

Es un drama de cinco actos del distinguido literato griego Spirídion P. Lambros, premiado en uno de los frecuentes certámenes poéticos de Grecia, representada por primera vez el 5 de noviembre de 1870 en Atenas [...].

Realmente, no salen bien parados los almugávares en esta obra, y como ejemplo sirven las palabras de la joven que está a punto de ser secuestrada:

¿Quién va? ¿Debe ser un catalán? ¡Dios mío, madre! Prefiero la muerte.

Y no es esta una excepción sino el hilo general de la obra:

Los catalanes son fieras, odiosos ejecutores de hechos abominables, son los tiranos de nuestra patria. Todos lloramos a nuestros parientes muertos, nuestros bienes confiscados, todos vimos nuestra esclavitud, todos detestamos la tiranía y delante de este altar sagrado nos sentimos con valor suficiente para jurar que queremos una vida de griegos libres o por el contrario —y que sea testimonio esta tumba— que se conviertan en cenizas nuestros huesos de esclavos^[116].

Otra obra helena de 1873 es *El señor del Olimpo, Joan el Catalá*, escrita por Marino Koutoubali. En ella, *Joan el Catalá*, será uno de los jefes que se harán con el gobierno de una parte de la Compañía después de la desaparición de Entença y de Rocafort, dominando Tesalia.

A comienzos del siglo xx se revitalizan las obras iniciadas décadas atrás con nombres que marcarán definitivamente el conocimiento sobre la expedición, como Carles Riba con su *En Ramón Muntaner, home d'imperi* en 1925, o el clásico Vicente Blasco Ibáñez que sería el director de la obra *Los almogávares en Bizancio (Crónica medieval)*, y que al mismo tiempo mantendría de una forma habitual el recuerdo de éstos en algunas de sus obras, como por ejemplo *Entre naranjos*, publicada en 1919, y en la que el recuerdo y la impronta dejada por las huestes almugávares en Valencia

regresan a la mente de uno de los protagonistas de la novela, mientras contempla las fértiles vegas valencianas:

Y después sobrevénía la catástrofe. Llegaban como torrente de hierro los hombres duros de las áridas montañas de Aragón, empujados al llano por el hambre; los almogávares, desnudos, horribles y fieros como salvajes; gente inculta, belicosa e implacable, que se diferenciaba del sarraceno no lavándose nunca. Varones cristianos arrastrados a la guerra por sus trampas, los míseros terrenos de su señorío empeñados en manos del israelita, y con ellos un tropel de jinetes con cascos alados y cimeras espantables de dragón; aventureros que hablaban diversas lenguas, soldados errantes en busca de rapiña y el saqueo bajo la cruz; «lo peor de cada casa», que, apoderándose del inmenso jardín, se instalaban en los palacios y se convertían en condes y marqueses, para guardar con sus espadas al rey aragonés aquella tierra privilegiada que los vencidos seguirían fecundando con su sudor^[117].

Será en 1928 cuando Luis C. Bosch-Labrús, tras quedar impresionado por el libro *Expédition des Almugavares ou routiers catalans en Orient de l'an 1302 a l'an 1311* del francés Gustave Schlumberger, publicado en 1902, decide componer una narración en verso sobre la campaña de los almugávares y sobre su capitoste Roger de Flor. La obra, titulada *Los almogávares*, termina con la muerte de Roger a causa, según el propio autor, de la ingente cantidad de viajes, escaramuzas y batallas terrestres y navales que habría tenido que describir.

*¡Bandera santa! ¡Mágico trofeo!
¡Barras de sangre que el de Flor empuña,
guiando desde el pie del Pirineo
a las playas revueltas del Egeo,
las huestes de Aragón y Cataluña!^[118]*

Las obras literarias alrededor de la temática almugávar continuarán hasta nuestros días con aportaciones y trabajos de gran valor y calidad, intercalados con otros de no tan claro valor literario. Entre los primeros destaca, sin lugar a dudas, Ramón J. Sender (1901-1982), aragonés de Alcolea de Cinca, que publicará *Bizanci* o en 1956, libro encuadrado dentro de lo que denominamos novela histórica en el que la acción se desarrolla durante los años de la travesía de los almugávares por Bizancio. Como peculiaridad destacar que el personaje sobre el que recae el protagonismo de la acción no es ninguno de los miembros de la Compañía sino una idealizada princesa María, mujer y finalmente viuda del Roger de Flor.

Ricardo León, del que ya nos hemos ocupado con anterioridad, en 1942, y con su

obra *Desperta Ferro*, recreará una novela contemporánea usando a los almugávares como recurso histórico legendario con el que situar su obra en un imaginario escenario acorde con el ambiente fascista de la época.

Los Almogávares de Manuel Vallvé López, fue editada por primera vez en 1930, y se reeditó de nuevo en 1962 en Barcelona.

Juan Miguel Aguilera escribió en 1998 *La Locura de Dios*, novela histórica de gran calidad literaria, reconocida como tal por gran parte de la crítica, y cuya historia narra la aventura dirigida por el mallorquín Ramón Llull, el cual, acompañado de sus almugávares, pone rumbo hacia los reinos del Oriente mediterráneo, en los confines de Anatolia.

Fernando Lalana, junto a Luis Antonio Puente, publicaron, también en 1998, la obra ya citada, *Almogávar sin querer*. Esta novela, enfocada al público juvenil, es la historia de Garcés, un joven nacido junto al río Gállego, en Santa María de Carcabiello, el cual se alista por amor en la Compañía de Roger de Flor.

En junio de 2004 se editó *Torre vieja y Orihuela: Setecientos años antes*, de Miguel Barcala Candel. Se trata de una novela histórica en la que se entremezcla la aventura de unos jóvenes suizos que se encuentran de vacaciones en Torre vieja (Alicante), y allí se verán involucrados en una apasionante trama en donde se cruzará la mafia rusa, la conquista del levante por los reyes de Aragón y la expedición de los almugávares a Grecia.

Recientemente, en 2005, Francisco Oliver Jarque, desde su Teruel natal, teje una gran novela, *La promesa del almogávar*, en la que se unen con acierto el devenir de Diego de Marcilla, el eterno personaje de la leyenda de los Amantes de Teruel, los cátaros y su resistencia frente al reino de Francia y del papado, y por último, las compañías de almugávares que deambulaban dentro y fuera de Aragón ofreciendo sus servicios y sus armas. El éxito de la novela llevó a que se editase una 2ª edición en 2008:

—*Ni un paso atrás. De lo que ocurra ahora dependerá la suerte de Occitania. ¡Almogávares! De parte del Conde Raimundo, quien le traiga la cabeza de su hermano traidor... Un saco de oro.* —*Se escucharon gritos de júbilo y codicia entre los grupos de mercenarios aragoneses, frente a ellos la caballería francesa iniciaba una carga. Ramón Drut se volvió hacia sus jinetes, e intentó que formaran una línea:*

—*¡Por el Conde Raimundo! ¡Tolosa, Tolosa, Tolosa!*

—*¡Tolosa, Tolosa, Tolosa!* —*Repitieron todos.*

Existen más obras literarias pero las mencionadas son un ejemplo representativo de la producción surgida alrededor del tema.

El periódico *El Almogávar*, editado en Huesca a partir de 1907 aunque se

encuentre fuera de lo que sería el ámbito literario, lo recordaremos aquí al menos por el título de su cabecera. No aportaría mucho periodísticamente hablando. Su contenido no era en absoluto independiente al tratarse de un periódico católico totalmente dictado por la censura eclesiástica, y de marcado carácter tradicionalista.

Se dio también alguna incursión en el terreno de la ópera como la que llegó de la mano del afamado compositor Ruperto Chapí en 1878, y cuyo libreto pertenece a Mariano Capdepón. Como celebración del matrimonio del rey de España Alfonso XII, compusieron una obra inspirada en María, la princesa de Bulgaria y esposa de Roger de Flor. La ópera, estrenada en el teatro Real de Madrid, narra la historia de como María abandona el compromiso matrimonial que tenía desde niña con el búlgaro Voisil, y se une a Roger por los intereses de las cortes búlgara y bizantina.

Es muy interesante la reinterpretación que, ya en nuestros días, y tomando alguno de los pasajes de la campaña en Grecia, hacen Xavier Escura, Francesc Ricard y Oriol Garcia utilizando como medio de expresión el comic. Su trabajo *L'exèrcit errant*, realizado en 1993 y publicado en 2004, es, con seguridad, una de las propuestas más originales que han tratado a la Compañía.

En este mismo ámbito de la novela gráfica, tenemos una reciente publicación titulada *Martín, almogávar*. Con dibujos y guión de Fernando Monzón y Enrique Mendoza, apareció en Zaragoza en 2009.

También la aventura de los almugávares a tenido su reflejo en otros de los más actuales modos de ocio como son los juegos de rol. Son muchos los juegos de este tipo que incluyen entre sus personajes a la figura del almogávar, en unos casos con mayor acierto y en otros con auténtico desconocimiento sobre ellos. Pero por resaltar uno de los más interesantes por su fidelidad a la realidad histórica así como por estar centrado específicamente en ellos, destacaremos el llamado *Dark and light: Guild almogàvers*.

Por último, mencionar alguna de las incursiones en terreno audiovisual que, aunque sin demasiada repercusión, merecen también su pequeño reconocimiento. Tal es el caso de la película *Almogàvers*, dirigida por Xevi Mató y rodada en enero de 2002 en la localidad catalana de Viladesens. La B.S.O. está compuesta por el mismo Xevi Mató y lleva por nombre *El Secret de l'Almogàver*.

Algunos años antes, en 1988, Jordi Amorós, dibujante en *El Papus* y posteriormente en *El Jueves*, dirigió *Desperta ferro (El grito del fuego)*, película de animación que sería estrenada en 1990. Contó con la colaboración en su banda sonora de Lluís Llach, y su argumento gira en torno a la historia de una niña que hace un viaje en el tiempo desde la ciudad de Barcelona hasta el Imperio bizantino, justo en la época en la que los almugávares estaban en aquellas tierras.

Quizás el largometraje de mayor difusión que ha recogido a los almugávares, aunque como actores secundarios, haya sido *Tirante el blanco (Tirant lo Blanc)*, de Vicente Aranda, que llegó a los cines en 2005.

9. La idiosincrasia almugávar.

Del saqueo a la milicia

Aunque en un principio, hicieron de las escaramuzas en las fronteras su forma de vida, actuando con entera libertad y sin ningún tipo de control, llegó un momento en el que se dieron cuenta de que había otra forma más segura de enriquecerse con lo que mejor sabían hacer, y probablemente en ese momento ya, lo único que sabían hacer, la guerra. Esa otra fórmula, distinta al bandidaje, era entrar a servir como mercenarios a cambio de dinero y botín a las órdenes de los monarcas o nobles cristianos.

Probablemente, la transición de saqueadores o bandidos a mercenarios más o menos regulares en los ejércitos cristianos, sería paulatina y esporádica en los comienzos de esta relación militar. Según algunos autores, serían los nuevos señores y reyes cristianos de las tierras de frontera donde habitaban, quienes comenzarían a pagar a éstos por sus servicios, en este caso ya no como bandidos sino como soldados atacando los campamentos y poblaciones cercanas en territorio árabe. Las prosperas campañas militares del Reino y de la Corona de Aragón favorecieron el alistamiento de un gran número de individuos que buscaron en ellas una forma de ganarse la vida y, de este modo, la conquista de nuevos territorios se convirtió en una válvula de escape, gracias a la cual se solventaba en parte el problema de la integración de todas aquellas gentes a las que el sistema económico medieval no había podido proporcionarles su espacio. La guerra se transformó en su puesto en la sociedad.

Se debe señalar una particularidad que permanecería como norma y ley entre ellos, y es que, incluso cuando formaron parte de las fuerzas bajo el mando de los reyes de Aragón, nunca abandonaron sus orígenes como saqueadores, y el derecho a quedarse con el botín que obtenían fue siempre respetado. Como afirma Edward Gibbon, los almugávares eran:

[...] demasiado ociosos para trabajar, demasiado orgullosos para suplicar, los mercenarios estaban acostumbrados a una vida de rapiña: podían robar

con más dignidad y efectividad bajo una bandera y un jefe; y el soberano, para el cual servían era inútil y su presencia inoportuna, aunque intentase por todos los medios descargar semejante avalancha en los países vecinos^[119].

Cuando las fronteras se convirtieron en demasiado extensas como para asegurarlas y fortificarlas en toda su extensión, los reyes aragoneses no solo comenzarían a permitir, sino que alentarían a aquellos habitantes que se instalaban en los nuevos territorios conquistados, a que se transformasen en una parte más de la defensa de sus fronteras. Para ello, el monarca les ofrecía sustanciosas rebajas en cuanto al pago de impuestos, además de otras ventajas y privilegios, en el caso de que conformasen con su propio capital grupos armados que contribuyesen al mantenimiento y ampliación de sus dominios. De este modo, los Fueros de Teruel (1171), Albarracín (1220), o la Carta de Costumbres de Lleida (1228), aseguraban grandes beneficios fiscales y de otros tipos, a quienes aportasen a los planes expansionistas del rey alguna compañía de hombres tanto de a pie como a caballo^[120].

Durante la conquista de Valencia, el rey de Aragón utilizó como una parte más de su ejército a algunas compañías de almugávares, y es precisamente en ese tiempo cuando la *Crónica de Jaime I* ofrece un claro caso del interés puramente económico que movía a los mercenarios:

Y cuando estábamos afuera preparados, vino hacia nos un almugávar, y nos dijo: —Señor, albixera (recompensa).

Y nos le dijimos: —¿De qué?

—¿Ve los moros que aquí vienen? —dijo él.

Y nos le dijimos: —Amigos, ayudadnos a vencer la batalla, y después os daremos la recompensa^[121].

Como soldados a sueldo siguen las mismas normas que otras huestes similares medievales y, además de la paga acordada y entregada directamente por el rey o por el señor a cuyo servicio luchaban, y llamada «quitació»^[122] (salario por tiempo servido), tenían el derecho de quedarse con el botín que obtuviesen de sus enemigos. Esta situación, sin duda, se convirtió en un incentivo para muchos, lo que provocó que las pequeñas bandas se convirtiesen en auténticos ejércitos mercenarios.

[...] debido a su modo de vida en montañas y bosques no intervienen en la repoblación de los espacios ocupados, pero se les permite apoderarse de riquezas pertenecientes a musulmanes, motivo por el cual la compañía almogávar acrecienta el número de sus integrantes^[123].

Existe, no obstante, una característica que hace absolutamente diferentes a los almugávares de lo que podríamos entender como mercenarios al uso o como individuos que, ante una realidad de pobreza extrema sufrida en sus lugares de procedencia, deciden marcharse por un tiempo al frente de guerra para ganar un dinero que les permita regresar a su hogar con una situación económica lo suficientemente desahogada como para comenzar una nueva vida.

A diferencia de éstos, los almugávares, aunque empujados por el mismo ánimo de lucro que los anteriores, no albergaban entre sus planes de futuro el retorno a ningún hogar junto a los suyos ya que carecían de él, y los suyos, sus familias, viajaban y seguían la misma suerte que ellos.

Por regla general, el desarraigo penetraba en los almugávares una vez dentro de las compañías y el propio grupo se convertía en su pueblo, su familia. De hecho, pocos debían ser los casos en los que un almugávar abandonaba el grupo para regresar e instalarse de nuevo en Aragón y Cataluña porque en ninguno de los relatos de las crónicas se habla de nada semejante, lo que no significa, por supuesto, que no se diesen.

Josep Torró, en su trabajo *La formació d'un espai feudal. Alcoi de 1245 a 1305*, contradice una de las opiniones más extendidas sobre la procedencia de los almugávares, y lo hace especialmente a partir del periodo de la conquista de Valencia. Los argumentos tradicionales llevaban a pensar que estas gentes provenían exclusivamente de zonas rurales alejadas, e incluso directamente de las sierras más escarpadas. Esta visión, basada en sus orígenes más remotos, o quizás dibujada desde una posición de clase cortesana, que era de la que disfrutaban los cronistas reales, los muestran como individuos semisalvajes y sin apenas contacto con la vida social de las ciudades y villas. Por el contrario, Torró, basando su argumentación en el estudio de los nombres conocidos de estos mercenarios durante la campaña levantina, defiende que su composición, fundamentalmente tras la conquista de las sierras turolenses y posteriormente de Valencia, pasará a estar formada por ciudadanos de poblaciones importantes, al convertirse este oficio en una manera de ganarse la vida bastante lucrativa para los nuevos colonos.

Fue pues, la Corona de Aragón quien, percatándose del potencial militar que habían adquirido estas bandas, las introdujo por vez primera como parte de sus fuerzas regulares en la lucha que mantenían contra los árabes por el dominio de los territorios peninsulares. En principio, no rinden vasallaje a ningún rey y siempre mantendrán unas cotas de libertad y de movimiento muy amplias. Hasta tal punto mantuvieron su independencia dentro del ejército aragonés que, incluso cuando estos cometían saqueos o crímenes por cuenta propia (y esto ocurría muy a menudo) el rey se encontraba incapacitado para castigar a los autores.

Si hay una situación que demuestra bien a las claras este espíritu de independencia, ésta es la quema y el saqueo de la villa de Peralada, situada en el norte de Cataluña, el año 1285, por parte de los propios almugávares, y ello a pesar de

estar encargados de su defensa por orden del rey de Aragón Pedro II.

Los almugávares [...] pusieron fuego en más de un centenar de puestos distintos de la villa.

[...] Y los almugávares decidieron coger lo que pudiesen con el saqueo [...] Cuando el señor rey de Aragón [...] supieron que así había sido destruida y quemada la villa de Peralada, estuvieron muy disgustados; pero los tiempos eran tales que nada se podían hacer^[124].

Esta es la versión de lo sucedido según el propio Muntaner, testigo directo de los hechos siendo vecino de la localidad. Pero frente a ésta descripción, Zurita, dando mayor credibilidad en este caso a la *Crónica* de Bernat Desclot, afirmará que no fueron los almugávares sino el mismo Dalmau de Rocabertí, señor de la villa, quién ordenó huir y quemarla para que ésta no cayese en manos francesas, e incluso contó posteriormente con la aprobación del rey de Aragón.

E foren se tots guarnits ab llurs cavalls, cells quilts havien, e l'altra gent fon tota aparellada; e obriren les portes, e meseren foch a moltes parts de la vila; e ixqueren tuyt de fora, e pensaren se de anar qui mils. E erals ben mester; que a penes fo lo dia esclarit, quels Francesos foren en gir de Peralada a totes parts; e veren que la vila era deseparada e que cremava. Maravellaren s'en molt e a gran goig, e no sera maravella^[125].

En cualquier caso, a pesar de la fechoría y la desobediencia de éstos, el rey no puede actuar contra ellos forzado por dos motivos principalmente. De una parte, la necesidad que el Reino tenía de mantener a estos eficaces soldados para afrontar la guerra contra los franceses que en ese momento se libraba en los Pirineos catalanes; y por otra parte, el hecho de que no tuviesen ningún vínculo de obligación que les uniese con el ejército real ni de sumisión al rey.

Se trataba, ni más ni menos, que de un intercambio de intereses en un periodo de guerra: ellos ponían sus armas junto al bando aragonés en el campo de batalla y el rey les pagaba sus sueldos y les daba el derecho sobre parte del botín de guerra. Nada más que eso.

Varios siglos después de aquellos hechos, en el siglo XVII, comprobamos como permanecería en el vocabulario militar la memoria de estos soldados de fortuna. En un documento barcelonés de 1640 se hace referencia a un modelo de soldado de infantería muy específico y que recibía el nombre de almugávar:

Seria de gran importancia que en cada plassa de armes hi hagués dos mil infants dits almugàvers armats de una escopeta llarga de sis pams, pedrenyal,

pistola y panart, los quals han de ser governats per un mestre de camp y per deu capitans en cada plassa d'armes^[126].

Casi dos siglos después, en 1808, su recuerdo como guerrilleros irreverentes pero disciplinados a su modo, también perduraba en la memoria de los aragoneses en uno de los momentos más aciagos de su historia, como fueron los Sitios de Zaragoza. El 24 de diciembre de 1808 el General Palafox organizó el cuerpo de *Caballeros de Caballería de los Almogávares* formado por los *Caballeros Infanzones del Reino*^[127]. Este cuerpo de caballeros terminó convirtiéndose en una especie de guardia de honor, reducida a una compañía, y para pertenecer a ella era requisito indispensable ser miembro de la nobleza o de la aristocracia con mayor abolengo de Aragón.

Los diferentes cuerpos militares de los ejércitos españoles han mantenido hasta nuestros días esta tradición de usar el nombre de los almogávares, de este modo, entre otros muchos casos, durante la Guerra Civil existieron destacamentos con esta denominación, y encontramos abundante documentación que hace referencia a ellos, como por ejemplo la que se remonta al 3 de septiembre de 1937 cuando fue fusilado por el ejército republicano Juan Lou Miñana, capellán del *Tercio de Almogávares*, en la villa de Híjar, después de que hubiese sido hecho prisionero el día 6 en Belchite.

10. Un pueblo errante

No está claro, para la mayor parte de los investigadores, si es correcto aplicar el término «pueblo» o «nación» al conjunto de los almugávares y de sus familias, ya que, aunque su forma de vida estaba completamente diferenciada de la del resto de la población, con sus propias leyes y valores (aunque en los últimos años de dominio en Grecia se someterán y regirán mediante los *Fueros de Aragón* y los *Usatges de Barcelona*), en realidad no tenían un origen racial distinto, y entre ellos existía un mestizaje similar al que se daba en la sociedad medieval de la Corona. Pero sí que serían aplicables estas denominaciones atendiendo a su peculiar organización y gobierno, con normas sociales diferenciadas. En todo caso, podemos hablar de una comunidad mestiza, compuesta mayoritariamente por aragoneses y catalanes pero también por navarros, occitanos, castellanos y árabes, al menos durante el tiempo en el que permanecieron como bandas independientes y hasta el final de las campañas de la conquista del Levante peninsular.

En su vida cotidiana no se establecían en una población o aldea de forma fija sino que practicaban un nomadismo permanente. De este modo, se trasladaban con sus familias y pertenencias de un lugar a otro, formando una especie de marea humana que alteraba notablemente el lugar por el que pasaban o se instalaban temporalmente. Según las crónicas, junto a la hueste almugávar viajaban sus mujeres e hijos, pero también personas dedicadas a labores que requerían constantemente los mercenarios por su oficio de la guerra, como podían ser herreros, carpinteros, etc., e incluso un nutrido número de prostitutas:

[...] y la mayor parte se llevaban a sus mujeres o amigas y a sus niños^[128].

Para hacernos una idea de lo que este constante movimiento humano suponía hay que tener en cuenta que algunas de las expediciones en las que participaron estaban formadas por varios miles de almugávares, es decir, si contamos con las mujeres e hijos, además de los artesanos y «amigas» que les acompañaban, el contingente del que estamos hablando podía llegar a decenas de miles de personas, como ocurrió, por

ejemplo, durante la invasión de los franceses a través del Pirineo catalán:

Con todo, un día intentó el paso (el rey de Francia), locura que jamás nadie había intentado, y, de una vez, cayeron sobre ellos más de cincuenta mil almugávares y sirvientes de mesnada^[129].

O también da una idea de ello el movimiento de tropas aragonesas en una de las guerras contra Castilla:

[...] que el señor infante Don Pedro entró con mil hombres a caballo armados, entre catalanes y aragoneses, en Castilla, y con más de cincuenta mil almugávares^[130].

Muntaner pone en boca de uno de los que serían más relevantes capitanes de la Compañía, Rocafort, unas palabras que demuestran como éstos, de un modo u otro, se conformaron en una especie de pueblo diferenciado cuya forma de vida, leyes y costumbres fueron pasando de padres a hijos durante décadas e incluso siglos durante la Edad Media.

Esta escena se desarrolla en uno de los periodos de desconcierto que sufrió la hueste durante su periplo por Grecia, y en un momento en el que se les propone el nombramiento de uno de los herederos del rey de Sicilia como capitán de la hueste. Dice Rocafort:

Y el rey de Sicilia ya sabéis que galardón nos ha dado por el servicio que le prestamos nosotros y nuestros padres, que cuando obtuvo la paz, nos echó de Sicilia con un quintal de pan por hombre [...]^[131].

Estas reflexiones alrededor de la peculiaridad de los almugávares como colectivo humano sirve para referirnos a otra teoría que existe sobre el origen de éstos. Según Francisco de Moncada, autor de *Expedición de catalanes y aragoneses al Oriente*, tras recoger los argumentos de los historiadores griegos Jorge Paquimeres y Nicephoro Grégoras, define a los almugávares como un pueblo diferenciado étnicamente que vendrían a ser descendientes directos de naciones foráneas bien visigodas, o bien germánicas. Este pueblo serían los ávaros que, sin conocerse su origen exacto, parece ser que eran de procedencia mongol y que conquistaron Constantinopla en el año 625, destruida por Carlomagno en el siglo VIII.

La duda que se ofrece solo es del nombre, si fue de nacion, ó de milicia en sus principios. Tengo por cosa cierta que fue de nacion, y para asegurarme mas

en esta opinion, tengo á George Pachimerio autor Griego, cuyos fragmentos dan mucha luz á toda esta historia, que llama á los Almugavares descendientes de los Avaros, compañeros de los Hunos, y Godos, y aunque no se hallará autor que opuestamente lo contradiga, por muchas leyes de las partidas se colige claramente, que el nombre de Almugavar era nombre de milicia, y el ser esto verdad no contradice lo primero, porque entre ambas cosas puede haber sido.

En su principio, como Pachimerio dice, fue de nacion, pero después como no ejercitaban los Almugavares otra arte ni oficio, vinieron ellos á dar nombre á todos los que servian en aquel modo de milicia, así como muchas artes y ciencias tomaron el nombre de sus inventores.

Pero dudo mucho que hubiese quien se agregase á los Almugavares, milicia de tanta fatiga y peligro, sin ser de su nacion, porque la inclinacion natural les hacia seguir la profesion de los padres; ni hay hombre que pudiendo escoger siguiese milicia, que desde la primera edad se ocupase con tanto riesgo de la vida, descomodidad, y continuo trabajo. Nicephoro Grégoras dice, que Almugavar es nombre que dan á toda su infantería los Latinos; así llaman los Griegos á todas las naciones que tienen á su Poniente, pero no hay para que contradecir con razones falsedad tan manifiesta, y más contra un autor tan poco advertido en nuestras cosas como Nicephoro^[132].

Sin embargo, y como afirma Paul N. Morris en su estudio *The Almogavars of James I and Peter III of Catalonia-Aragon*:

No podemos aceptar las anticuadas teorías que asocian estas actividades con una particular raza de hombres, unas veces montañeses visigodos que recogen el vigor de sus antepasados germánicos, y otras veces sin definir.

En el mejor de los casos, la teoría de Moncada no puede ser considerada con demasiada rigurosidad, y solamente se entiende por un exceso de confianza en los cronistas bizantinos que, aunque aportan la riqueza de la perspectiva del relato desde el lado griego, no tienen suficientes conocimientos como para profundizar en su origen, varios siglos anterior a la expedición a Grecia. Por ello, sus conclusiones no pasan de ser meras especulaciones sin ninguna base.

Además, es poca la información que deja Muntaner sobre la procedencia exacta de los miembros de la expedición. Únicamente, en algún pasaje, desvela el lugar de nacimiento de algunos de ellos, como cuando en un punto de su obra, habla de veinte almugávares provenientes de Segorbe:

El caso fue que en una compañía había veinte almogávares, que eran de

Segorbe y se hospedaban en los pórticos de San Nicolás de Portopi^[133].

Alguna referencia más obtenemos de la *Crónica* de Desclot aunque, por desgracia para nuestro interés, no parece que este autor confiriese demasiada importancia a la procedencia:

Els almugavers de terra de Valencia e de Catalunya e de Arago saberen que la guerra era tornada entrel rey de Castella el rey de Granada, vengueren s'en tots en terra de Valencia. E en huna de les galeres havia hun almugaver qui era molt valent hom e era de Taragona^[134].

Por último, en la *Crónica* de Jaime I también aparece algún dato que indica el lugar de nacimiento de uno de ellos:

E nos qui erem en Oriola quey erem romases be per VIII·dies, vna nuyt uengren nos II·almugauers de Lorca, e tocaren a la nostra porta, e podia esser be mija nuyt^[135].

Evidentemente, dentro de su clasificación como catalanes y aragoneses, se enmarcarían todos aquellos mozárabes y mudéjares del Reino que se les unieron, así como navarros y vascos que, por proximidad, también se sumaron a las compañías. Se debe señalar en este punto como por ejemplo, Alfonso I se trajo consigo, según algunas fuentes, más de doce mil mozárabes del sur de la península tras su campaña por aquellas tierras y como, tras su llegada a Aragón, el rey les concedió tierras donde vivir, muchas de ellas en zonas de frontera con los reinos árabes. De esta forma servirían a la empresa aragonesa tanto como repobladores de los nuevos territorios conquistados, como de freno ante las incursiones musulmanas. Esta función defensiva les coloca, en realidad, desempeñando la misma función que los almugávares y, por tanto, perfectamente pudieron formar parte de las huestes que ya existían en esas zonas de frontera.

Quizás por la narración de Muntaner se puede desprender que existiera un antes y un después en cuanto a la composición de las nacionalidades y etnias que conformaban la hueste a partir de las expediciones junto al ejército de la Corona de Aragón en el Mediterráneo, y también en el reclutamiento de la Compañía que llegaría a Bizancio. De hecho, él es quien con mayor claridad puede indicar la procedencia de quienes le acompañaban en las sucesivas campañas, y dice que sus compañeros de hueste son, al menos en el momento en el que la Compañía se organiza como tal, bajo la capitanía de Roger de Flor y se dispone a partir rumbo a Bizancio, exclusivamente catalanes y aragoneses:

[...] eran más de cuatro mil almugávares, [...] Y todos eran catalanes y aragoneses^[136].

Rubio i Lluch, en el capítulo con el que concluye su obra *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, defiende también que tras el asesinato de Roger de Flor, la matanza que llevaron a cabo los bizantinos se desarrolló sobre «catalanes y aragoneses».

11. Almugávares árabes, portugueses y catellanos

En ocasiones se ha unido a los almugávares que lucharon para la Corona de Aragón con algunos destacamentos militares pertenecientes a la Corona de Castilla a quienes se les aplicó la misma denominación.

Por ejemplo, Serafín Estébanez, prologando a Cánovas del Castillo, y dejándose llevar por su deseo de creer en una España medieval unida, defiende la generalidad de la existencia de almugávares por todo el territorio peninsular:

Ni se crea tampoco que las provincias y ciudades del reino de Castilla fuesen ajenas al reclutamiento de esta milicia. En las partes de Asturias, en las montañas de Galicia, se reclutaban compañías de estas gentes, que iban a tener frontera, en los puertos del Muradal, que era como entonces se apellidaba la Sierra Morena. Los llamaban Golfines, y según Desclot eran por la mayor parte hidalgos, que por no tener bastante hacienda para vivir según su estado, o por haberla jugado o gastado, o bien por algún delito que los ausentaba de sus tierras, tomaban las armas, y por no saber otro modo de vivir, allí se iban a tener frontera con los moros de Andalucía^[137].

Se trataría de una interpretación demasiado libre, como haría también Bofarull, al confundir y meter en el mismo saco a los almugávares aragoneses con los castellanos y con los golfines de Sierra Morena. En realidad Desclot, después de hacer su conocida descripción de los almugávares aragoneses y catalanes, marca una recia separación entre éstos y los golfines:

E aquelles altres gents que hom apella Golfins son Castellans e Salagons, e gents de profunda Spanya; e son la major partida de paratge. E per ço com no han rendes, o u han degastat e jugat, o per alguna mala feyta, fugen de llur terra ab llurs armes. E axi com a homens que no saben altre fer, vehent se

en la frontera dels ports del Muradal, qui son grans montanyes e forts, e grans boscatges, e marquen ab la terra dels Serrayns e dels crestians, e quens passa lo camí qui va de Castella a Cordova e a Sivilia, e axi aquelles gents prenen crestians e Serrayns; e estan en aquells boscatges; e aquí viven; e son molt grans gents e bones d'armes, tant quel rey de Castella non pot venir a fi^[138].

En este párrafo el cronista Desclot, contemporáneo de los hechos, diferenciándolos de los almugávares de los que ha hablado con anterioridad, se refiere a los golfines como castellanos, gallegos y gentes de España que, por haber malgastado, perdido o jugado su hacienda, huyen de sus casas para refugiarse en el Muradal y desde allí dedicarse al pillaje.

En todo caso, y como también relata el propio Desclot, sí es cierto que participaron en la conquista de las tierras de Valencia acudiendo, entre otras ocasiones, a la llamada que les hizo el rey de Aragón, Pedro II, para colaborar en la toma de Alcoy alrededor del año 1281:

Los golfines son gallegos y lacayos que andan por la sierra del Muladar^[139].

Además de las afirmaciones de Desclot, son muchas las diferencias que encontramos entre todos estos grupos de soldados o de bandidos. En primer lugar, existe una separación en el tiempo ya que, mientras los almugávares aragoneses aparecerían en el siglo XI, los golfines aparecen mencionados bien entrado el siglo XIII, es decir, casi doscientos años después.

Pero junto a los mercenarios aragoneses y catalanes, existían otros soldados a sueldo que, como los golfines, fueron reclutados en ocasiones por los reyes de Aragón. Los «zenetes»^[140] eran musulmanes mayoritariamente procedentes de Granada y Marruecos, que colaboraron a cambio de pequeñas pagas, pero también por el derecho a quedarse con el fruto de los saqueos cometidos tras las batallas, lo que les compensaba sobradamente la labor realizada. Su protagonismo cobraría especial relieve en campañas como la invasión francesa de Cataluña en 1285, la respuesta de Alfonso III contra los nobles de la Unión Aragonesa en 1287 y contra los castellanos en 1290, o las empresas de Jaime II en 1304 en su propio lugar de origen, Granada.

Al margen de éstos, conocemos de los denominados almogávares castellanos, los cuales están documentados durante la toma de la ciudad de Córdoba en 1236, a través de la crónica del arzobispo Jiménez de Rada *Historia de rebus hispaniae*, escrita entre 1243 y 1247:

Sarraceni quidam, offensi primoribus civitatis, venerunt ad quosdam milites

Cristianos, spondentes se daturos unum ambitum civitatis. Hi autem milites qui Almogavari dicuntur arabice [...] [141].

No solo fue la temporalidad la diferencia fundamental entre almugávares castellanos y aragoneses. Ésta vino definida sobre todo por su propia naturaleza militar. Mientras en Aragón los almugávares guerrearían a cambio del botín de sus saqueos, por la paga como mercenarios, o por ambas cosas, en Castilla no sucederá así ya que constituían una parte más del ejército castellano, plenamente integrada en él.

Fundamental para conocer la diferencia entre ambos tipos de almugávares, es la documentación recogida en las *Partidas* de Alfonso X *el Sabio*, que vienen a conformar la recopilación de leyes de aquel reino. En la *Partida II, título XXII, ley VII*, se detalla cual debe ser la organización, las características y los deberes de este cuerpo del ejército castellano:

Titulo XXII De los adalides, et de los almogavares, et de los almocadenes et de los peones.

[...] Ha menester que sean fechos e acostumbrados al aire ea los trabajos de la tierra. E si tales non fuesen, non podrían luengo tiempo vivir sanos, magüer fuesen ardidés e valientes [...]; e demás que sean ligeros e ardidés, e bien facionados de sus miembros para bien sofrir el afán de la guerra, e que anden siempre guisados de buenas lanzas e buenos dardos e cuchillos e pueñales. E otrosí deben traer consigo omes que sepan tirar ballesta e que trayan los guisamentos que pertenecen a fecho de ballestería; ca estos omes cumplen mucho a fecho de guerra.

Estas compañías castellanas de militares almugávares se transformarán con el tiempo en una especie de guardia real denominada a su vez *Guardia Morisca*, manteniendo básicamente, a pesar del tiempo transcurrido y de su cambio de denominación, la estructuración jerárquica que marcaron anteriormente las *Partidas* de Alfonso X.

Dentro de la extensa producción literaria de Alfonso X encontramos también algunas menciones a almugávares, más concretamente en la cantiga 374 de las dedicadas a Santa María, y llamada *Muita quer Santa María*:

Como us almogavares, que senpre entravan a terra de mouros e eran desbaratados, teveron vigia na capela do alcaçar de Xerez e prometeron-lle a dõa, e entraron en cavalgada e ganaron muy grand'algo [142].

No cabe duda que los almugávares castellanos, no ya solo como soldados

regulares sino también como mercenarios, jugaron un papel importante durante las ofensivas en el sur peninsular. El arzobispo y cronista Jiménez de Rada refleja en las *Actas Capitulares de Morón de la Frontera* la importancia de estas cuadrillas durante aquellas campañas:

Asy las cavalgadas que sacaren los comendadores e alcaydes, como almogávares de cauallo e de pie, asy en guerra commo en pas [...] [143].

Zurita trata también de la existencia de almugávares castellanos a principios del siglo xv. En este caso, habla de su participación junto al ejército del rey de Aragón en el cerco a la ciudad de Balaguer en donde se había hecho fuerte el conde de Urgell, aunque también los encontraremos luchando al lado del rey de Aragón en otras ocasiones, como por ejemplo en la recuperación del castillo de Loarre del que se había apoderado Antonio de Luna:

En este medio ciertos almogávares de Castilla que guardaban la parte del río contra Balaguer hacían entre la vega y la ciudad grandes acometidas y sacaban muy buenas presas de la gente que salía desmandada [144].

En su trabajo *La guardia morisca: un cuerpo desconocido del ejército medieval español*, Ana Echevarría Arsuaga profundiza en estos destacamentos militares castellanos y podemos comprobar la gran distancia que los separa de las huestes aragonesocatalanas.

[...] es verdaderamente interesante constatar que la tendencia generalizada en Europa a mantener guardias personales permanentes aparece también en Castilla [...]. Uno de los factores que habría que poner en relación con esta formación de un ejército personal del rey es el origen geográfico de los caballeros moriscos. En principio, podría asumirse que la guardia morisca es un fenómeno de frontera. En el contexto de las luchas y treguas entre Castilla y el reino de Granada, conocemos abundantes casos de renegados en ambos bandos, que cambian de religión y pasan a ocupar puestos en el ejército del enemigo conforme los castillos y plazas fronterizas cambian de manos. Nos encontraríamos entonces ante casos de conversión utilitaria, por motivos casi políticos.

Según Ana Echevarría estos almogávares castellanos, llamados ya *Guardia Morisca*, aparecen por primera vez mencionados entre 1408 y 1410, y desaparecerían, al menos de la documentación conservada, a partir de 1466. Por lo que parece, en el fondo habría alguna similitud con sus homólogos aragoneses que sería su condición

de soldados de frontera:

Tras la dispersión de la guardia, algunos caballeros acudieron a luchar en la frontera, uno de los terrenos que más dominaban.

Existen paralelamente fuentes portuguesas que hablan de la existencia también en aquel territorio de grupos de individuos conocidos por este mismo nombre. El término «almogavere», según el historiador portugués del siglo XIX Francisco José Freire^[145], tendría en ese país el significado de ladrón o salteador que había sido fugitivo de guerra, y ello lo deduce de la obra *Tomada de Ceuta* de Zurara. También hace mención a la palabra «adail», que equivaldría a la nuestra de «adalid», y que era:

Cabo dos nossos exercitos antigos, que encaminhava a soldadesca por caminhos encobertos e não trilhados. Governava aos almocadens e almogavares, gente destinada para conduzir com segurança o exercito por terras inimigas^[146].

Llegados a este punto, hemos conocido de los almugávares surgidos en el norte peninsular al amparo primero del Reino y después de la Corona de Aragón, y también hemos visto someramente la composición y organización de los almugávares castellanos, de naturaleza esencialmente castrense, o los portugueses de procedencia igualmente militar, posteriormente convertidos en bandidos. Pero al margen de estas variedades de soldados y mercenarios que compartieron una misma denominación, existió una última variante de almugávares, los cuales quizás pudieron tener un origen étnico diferenciado pero indudablemente mantenían un nexo en común con los anteriores: los almugávares árabes.

Las referencias a grupos, más o menos numerosos y estables, de almugávares compuestos exclusivamente por bandidos musulmanes son muy abundantes en las diversas crónicas y actas del sur y del levante ibérico. Su procedencia es básicamente la misma que en el caso de sus colegas aragoneses, es más, a pesar de no conocerse documentación que lo refrende, se puede pensar que su aparición fuese anterior a la de aquellos, y en consecuencia, el propio nombre de almugávares, con todas sus connotaciones árabes, hubiese sido heredado de ellos por los aragoneses.

Además de su aparición en la *Crónica del moro Rasis* en Zaragoza sobre el año 900, que ya conocemos, tenemos abundante información posterior de su existencia. En 1236, y como sucedía en la casi totalidad del territorio del sur de la península dominado por los árabes, en la comarca de la Ajarquía, en los límites del reino de Córdoba, los almugávares musulmanes que habían hecho de las sierras del norte del reino su hogar, se aprovecharon del desgobierno ocasionado por la guerra y, con la complicidad de la población, se hicieron con el control del territorio, logrando

mantenerlo durante varios años frente al hostigamiento tanto cristiano como árabe^[147].

Una vez conquistada Murcia por Jaime II, a principios del siglo XIV, este territorio se convirtió en una zona de frontera, separando los reinos aragoneses, castellanos y granadinos.

De nuevo las tierras limítrofes entre los diferentes estados sirvió como espacio de actuación para los grupos de bandidos almugávares, siendo en este caso los de origen musulmán los que hostigaban a las poblaciones tanto murcianas como del Reino de Valencia que se encontraban cercanas a la frontera.

Los enfrentamientos, incursiones y algaradas de los diferentes bandos que participaban del conflicto cristiano-musulmán fueron cotidianos durante el tiempo que éste duró, y por supuesto, si había choques armados y algo que ganar, allí estaban los almugávares. En la década de 1390 los almugávares granadinos hostigaron continuamente las posesiones aragonesas levantinas y valencianas. Apoyados por el importante poder nazarí y por la misma población mudéjar, y aprovechando los periodos entre guerras de castellanos y aragoneses, atravesaban Murcia para llevar a cabo robos y secuestros en Valencia, provocando la inmediata reacción de los aragoneses. Martín *el Humano* firmará en 1399 un tratado que intentaba acabar con la inestabilidad de su reino a causa de los asaltos cotidianos, pero su efecto durará pocos años. Los secuestros de ciudadanos de las poblaciones limítrofes entre Valencia y Murcia, continuaron y lejos de disminuir, llegaron a convertirse en una causa más del enfrentamiento entre Aragón, Castilla y Granada:

Al año siguiente de esta negativa, por ejemplo, almogávares granadinos capturan a dos oriolanos (Orihuela) y sus convecinos responden raptando a varios moros de Vélez-Rubio, que llevan a territorio valenciano a través del término de Caravaca; como quiera que había tregua entre Castilla y Granada, las autoridades nazaríes acusan a los de Caravaca de complicidad con los aragoneses y secuestran a dos de sus vecinos, respondiendo los otros con la captura de dos cristianos de Orihuela para efectuar un canje con los granadinos. La citada villa alicantina era, pues, blanco de las iras de castellanos y musulmanes, aunque sean estos últimos los adversarios más temidos^[148].

Localidades bajo control aragonés como Elche u Orihuela, unas de las más amenazadas por el reino árabe de Granada, fueron de las más interesadas en demandar la ayuda real para organizar su defensa, y ésta debía cubrir no solo un previsible ataque del ejército musulmán sino también las continuas razias perpetradas por bandas de almugávares árabes, las cuales, lejos de ser espontáneas, respondían a tácticas de acoso contra las poblaciones y los ciudadanos cristianos o bajo el gobierno de la Corona aragonesa perfectamente diseñadas desde Granada.

El 2 de enero de 1384 y según un documento conservado, se inició un intento de coordinación en la defensa por parte de algunas de las poblaciones valencianas y murcianas víctimas de los ataques de los almugávares y del ejército granadinos. Fruto de esta movilización conjunta se celebró una reunión para elaborar un plan común a la que acudieron representantes de Elche, Murcia, Orihuela, Alicante, Elda y Novelda. El 13 de marzo de aquel mismo año, temiendo un inminente ataque granadino, se dispusieron cuadrillas destinadas a perseguir y anular a las bandas de almugávares musulmanes. Los jurados de las villas cristianas ordenaron que cada cuadrilla estuviese acompañada por una acémila cargada con pan, vino, alpargatas y cebada^[149].

A pesar de que durante años fueron los almugávares árabes quienes participaron activamente en las ofensivas militares granadinas en los asaltos a territorios levantinos, sus acciones también tenían respuesta desde el bando cristiano. Los almugávares al servicio del rey de Aragón se desahogaban a sus anchas cometiendo los mismos actos de bandidaje y saqueo contra las villas bajo control musulmán, aunque tampoco desaprovechaban las ocasiones de lograr un buen botín si alguna localidad cristiana se les antojaba como posible objetivo. Esta situación de inestabilidad permanente, lo mismo en el lado cristiano como en el árabe, llevó a que se pactasen acuerdos bilaterales entre poblaciones de ambos reinos para protegerse de los ataques, así como para tratar con la mayor rapidez posible las resoluciones de los abundantes secuestros a cambio de dinero que aquellos llevaban a cabo^[150].

Esta espiral de cabalgadas y secuestros correspondida por las consecuentes represalias se convirtió no solo en un método para conseguir un cómodo botín sin arriesgar demasiado, sino que también los reyes y nobles las emplearían como estrategia política y militar para debilitar al enemigo, o como justificación para romper treguas y pactos. En muchas ocasiones se hará difícil discernir entre la simple escaramuza por parte de una cuadrilla de almugávares árabes o cristianos incontrolados, de los ardides tramados desde las diversas cortes y gobiernos.

Encontramos también compañías de almugávares árabes tomando parte de las luchas entre musulmanes y cristianos en el sur de la península repasando la historia de Granada a través de las obras de M. Lafuente Alcántara o de W. Irving. El alcaide árabe de la ciudad de Loja, Ibrahim Alí Atar, se hizo famoso desde mediados hasta finales del siglo xv por la bravura con la que se empleaba en el combate contra los invasores cristianos por los alrededores de Lucena, Zagra y otras villas de la zona. Hasta tal punto llegó su empeño por defender sus dominios que murió luchando espada en mano cuando contaba ya con más de noventa años.

Alonso de Aguilar le hirió repetidas veces durante su última batalla, pero cuando lo tenía a su merced arrodillado en el suelo, y sintiendo remordimientos por la avanzada edad del alcaide musulmán, le exigió que se rindiera para salvar su vida. Sin embargo, Alí Atar le respondió:

—¡A un perro cristiano, nunca! A lo que el castellano contestó golpeándole con

su espada y partiéndole la cabeza en dos. Pero además de por su ardor en la lucha, el alcaide mantuvo firmes las fronteras de su territorio durante todo su prolongado gobierno gracias al concurso habitual de contingentes de almogávares árabes que reclutaba para luchar a su servicio. Según parece este permanente desgaste económico hizo que Alí Atar se viese obligado a vivir en una situación cercana a la pobreza a pesar de contar con abundantes ingresos provenientes de las rentas de sus ricas tierras.

A lo largo del siglo xv continúan apareciendo documentos de diversos territorios, que tiempo atrás habían sido controlados por la Corona de Aragón, donde se narran situaciones en las que aparecen personajes denominados almogávares, en muchas ocasiones constatando el origen árabe de estos. De esta forma, por ejemplo, hay documentación sobre la existencia de ladrones almogávares musulmanes en el sur del Levante peninsular, y más concretamente en zonas del sur de Valencia y de Murcia como la Sierra de Crevillente o los alrededores de Elche.

La alquería de Blanca, bajo el dominio santiaguista, tuvo un desarrollo floreciente, siendo motivo de múltiples querellas los derechos que el portaquero de La Losilla llevaba a los que transitaban por aquel lugar. Sus almogávares hacían presas en continuas salidas, como la que relata Bellot, quién informa que, en 1403, moros de Blanca y Ulea saltaron a varias personas en la sierra de Crevillente. Perseguidos por los de Orihuela hasta Blanca, no les entregaron los cautivos, es más plantaron cara a los aragoneses^[151].

Se observa en este fragmento como, a principios del siglo xv, a los habitantes cristianos de estos lugares se les considera todavía aragoneses.

Otro caso, en la misma zona, ocurre en el valle de Ricote y Blanca sobre el año 1403:

Y de allí a pocos días moros de Blanca y Ulea saltearon cuatro hombres con sus mujeres e hijos que venían por la sierra de Crevillente a ser vecinos de Orihuela. Los cuales degollaron un muchacho y ataron las mujeres a unos madroños porque no los podían seguir por la sierra y se llevaron los demás [...]. Y aunque el Comendador no hizo el sentimiento que era razón, pero lo hizo el teniente de adelantado Juan Sánchez de Ayala, y escribió a Orihuela que deseaba castigar a los almogávares de Ulea y Blanca que habían hecho el salto en la sierra de Crevillente a vecinos de Orihuela, y que habían enviado a su secretario con Bartolomé Gómez, escribano de Orihuela, a requerir al Comendador entregase los dichos almogávares y pusiese en libertad los cautivos, donde no llevaba orden de pasar al Maestre y al Rey, porque semejantes hombres tienen la tierra inquieta^[152].

En 1405 se firmó una paz entre los reinos de Aragón y de Granada lo que supuso en la práctica el cese de las hostilidades entre ambos ejércitos, y también un descenso notable de las incursiones de los almugávares tanto árabes como aragoneses. Sin embargo esta situación, durante la que se mantendrían algunos enfrentamientos menos frecuentes, se rompería de nuevo en 1409 a causa de un renegado, Nicolás Lorenzo, quien refugiándose en el Reino de Granada y amparándose en el gran conocimiento de la zona que poseía, reanudó las incursiones armadas con su partida de almugávares. Para la defensa de las villas aragonesas frente a estos ataques se recurrió, además de a los ejércitos regulares, a la colaboración de sus ciudadanos, la cual fue en aumento sobre todo a causa de las recompensas económicas, normalmente de un florín, con las que los jurados de las ciudades premiaban a aquellos habitantes que se presentasen ante ellos con la cabeza cortada de algunos de los asaltantes árabes^[153].

Los choques continuos, y muchas de las veces incontrolados, por parte de las diversas partidas de almugávares aragoneses o musulmanes que actuaban en la zona, llevaron a situaciones desafortunadas incluso para los intereses de sus propios señores. Así ocurrió, por ejemplo, en 1331, cuando el caudillo árabe Ridwan penetró en las tierras del rey de Aragón y además de saquear parte de la comarca, se llevó consigo a más de 1.500 habitantes secuestrados.

Ramón Berenguer, señor de Elche, no deseaba en modo alguno la pérdida de población de sus dominios por la riqueza y las rentas que ésta le proporcionaba. De este modo, negoció con el granadino la liberación de veintitrés de los principales mudéjares retenidos, pero con tan mala suerte que tras su puesta en libertad por parte del Ridwan, y cuando regresaban camino de Elche, fueron secuestrados por una partida de almugávares aragoneses y vendidos como esclavos en Mallorca^[154].

El primer monarca castellano en iniciar la dinastía Trastámara en el trono de la Corona de Aragón, Fernando de Antequera, protagonizó en 1407, cuando todavía no era rey aragonés, sino solamente regente de Juan II de Castilla, un enfrentamiento contra destacamentos de almugávares árabes, en esta ocasión en la localidad malagueña de Montecorto:

El Infante partió de Zahara en lunes tres días de octubre, con toda su hueste, e fue a poner su real cerca de vna peña e castillo que dizen Montecorto. E estauan en este castillo moros almogávares que lo guardauan e lo defendían^[155].

Y de nuevo en Ricote pero en el año 1415:

La paciencia de los regidores tuvo su límite ante los excesos y arbitrariedades del comendador de Ricote y su guardia de moros [...] los regidores ordenaron

[...] que salieran al frente de la hueste concejil con jinetes y peones para castigar las tropelías del comendador y sus almogávares moros^[156].

Otra muestra de estos choques permanentes en las fronteras lo hallamos el 10 de diciembre de 1405. Ese día Enrique III de Castilla ordenó desde Madrid que Alfonso, señor de Aguilar, se encargase de instaurar la paz en Quesada, rota a causa del secuestro por parte de una compañía de almugávares aragoneses de dos ciudadanos musulmanes. Los bandidos habían vendido a sus víctimas en Aragón y los árabes del lugar, en venganza, tomaron como rehenes a dos cristianos de Huesa. El rey ordenó que se pagase el rescate de los cristianos secuestrados y que si era necesario el dinero lo pagase el concejo de Baeza.

Podría ser que algunos de los almugávares que participaron en la conquista cristiana al servicio de la Casa de Aragón, una vez acabadas estas campañas, permaneciesen en aquellos territorios dedicándose al robo y al saqueo. Pero, teniendo en cuenta los testimonios de los documentos recogidos, estas bandas de almugávares del Levante en el siglo XV, estaban compuestas mayoritariamente por árabes, lo que llevaría a pensar que eran antiguos habitantes musulmanes de los territorios ahora conquistados por los reinos cristianos y que, como siglos antes pasó con algunos de los cristianos desplazados, buscaron en el bandidaje una nueva y forzada ocupación, o bien simplemente, se trataba de delincuentes árabes que actuaban por cuenta propia o al servicio de los nuevos señores de aquellas tierras. En cualquier caso, no es descabellada la idea de que estos almugávares árabes fuesen continuadores de una forma de subsistencia fronteriza que se remontase a épocas anteriores de la aparición de los almugávares pirenaicos, siendo de este modo el germen primero de tan peculiar colectivo.

12. El nombre: almugávares o almogávares

Del mismo modo que existen dificultades a la hora de establecer con certeza cuales fueron sus orígenes, y solamente nos podemos orientar por los fragmentos de las crónicas, y de las investigaciones y estudios que han profundizado en el asunto, tampoco es labor sencilla aclarar la procedencia del nombre que se les aplicó: «almugávar» o «almogávar».

Antes de entrar a tratar las diferentes teorías que existen en cuanto al origen del término en cuestión, haremos una aclaración al lector. Como ya se habrá advertido, en este libro se emplea el término «almugávar», con «u», en lugar del habitualmente empleado en la mayor parte de los textos modernos de «almogávar», con «o». Son dos las razones para ello.

Por una parte, si bien es cierto que el nombre de «almogávar» aparece en alguna ocasión en las crónicas medievales conocidas, la verdad es que Muntaner emplea habitualmente en el manuscrito de su *Crónica* la forma «almugávar», y del mismo modo, en la *Crónica de Jaime I* se recogen las dos fórmulas, predominando la forma en «u» de manera indiscutible:

[...] vna nuyt uengren nos II·almugauers de Lorca [...] ^[157].

Si existiese alguna duda sobre cual era el término predominante en la época, podemos acudir también a la *Crónica* de Bernat Desclot. En ella encontraremos como la alternativa de «almogávar» apenas aparece en un par de ocasiones en toda la obra, mientras que la denominación «almugávar» será repetida decenas de veces.

El fraile dominico Pere Marsili, autor de una crónica sobre la conquista de Mallorca, también hace referencia en su obra a la participación de los almugávares en ella y, del mismo modo que el resto de los cronistas, emplea el término «almugávar»:

E en P. Massa entrá ab bona compayia de homens á caval e á peu e ab almugávans de la host [...] ^[158].

Para terminar con la argumentación basada en los manuscritos de las crónicas medievales, recordaremos también la del rey de Aragón, Pedro IV, escrita por él mismo, y en la que de nuevo la única forma empleada para aludir a estos mercenarios es la de «almugavers»:

Dimarts apres don Pedro de Exerica tro ab ccc homens de cavall e mil almugavers ana vers perpinya per haver vistes ab En Jaume de mallorques^[159].

En la misma línea están la inmensa mayoría de las alusiones que de la Compañía y de sus miembros aparecen en documentos históricos de alguna de las naciones que tuvieron trato con los aragoneses y catalanes durante su periplo por Grecia, como es el caso del Vaticano o de la República de Venecia, en cuyos archivos se conservan algunos documentos que les afectan, referidos principalmente a cuestiones comerciales, tratados internacionales y otros asuntos:

[...] ut nullo modo ire debeant ad compagnam Almugavarum ad aliquem locum [...] Post autem recessum ipsorum Almugavarorum de ipso loco vel locis [...] existentibus autem ipsis Almugavaris in aliquo loco supradicto [...]
^[160].

Si acudimos a los historiadores contemporáneos podemos comprobar como una parte importante de ellos no albergan ninguna duda a la hora de la nomenclatura a emplear.

Tal es el caso del historiador Gustave Schulumberger (1844-1929), referencia obligada sobre el estudio del mundo bizantino, y que publicó en París en el año 1902 su obra *Expédition des Almugavares ou routiers catalans en Orient de l'an 1302 a l'an 1311*.

Por otro lado, fuentes tan destacadas como el *Libro de los Fechos* de Johan Ferrández de Heredia sí emplean el término «almogauar».

La otra razón que apoyaría la argumentación sobre el nombre «almugávar» viene determinada por la concordancia con las teorías más razonables que existen sobre el origen lingüístico de la palabra.

El punto de partida de las diversas teorías sobre el nombre es, evidentemente, el mismo: su origen árabe. Es probable que los aragoneses tomasen o se les aplicase un nombre que ya había venido siendo usado para definir a los grupúsculos de bandidos árabes que desarrollaban un tipo de vida similar al que habían tomado éstos. No tiene, por otro lado, mucha credibilidad la teoría de que fuesen los mismos almugávares quienes se diesen ese nombre, y ni tan siquiera que se tomasen la molestia de buscar una denominación concreta que les definiese. Pero a partir de aquí los razonamientos

que se han desarrollado entorno a esta cuestión abren diferentes posibilidades.

La explicación más fundada del término es la que ofrece el *Diccionario de arabismos: y voces afines en iberorromance*^[161]. Según refleja éste, las diferentes formas conocidas —«almogáva/er», «almogavre», «almograve», «almugàver», «almogávar», «almugávar» o «almogabar»—, significarían literalmente «algareador mercenario» y provendrían del árabe andalusí «almugáwar» < «mugawir» —«algareador».

Pero, a pesar de que esta sería la teoría más refutada, se han defendido tradicionalmente otros supuestos más o menos rigurosos. Según algunos autores podría derivarse de la definición árabe «al-mo-gauar» o «al-mo-ghâvar» que haría referencia a «quien penetra en territorio enemigo». Explicación que resultaría perfectamente lógica respondiendo a su naturaleza originaria como guerrilleros que perpetraban sus razias mediante rápidas y certeras incursiones, para desaparecer con el botín antes de que reaccionase el adversario.

Otra posibilidad, quizás más alejada del origen de estos bandidos y mercenarios, plantean quienes defienden que esa raíz árabe es «al-muhavir» o «al-mukhavir», que vendría a significar «mensajero» o «quien aporta noticias». Realmente, no es ésta una definición muy cercana a lo que eran en la realidad. Quizás, se podría aplicar a algunas de las partes de estas compañías que estaban especializadas en tareas tan concretas como eran la de quienes ocupaban los cargos de capitanear a la hueste, así como la de aquellos que se encargaban de explorar el territorio por delante de los ejércitos, denominados ambos «adalides». En otro capítulo del libro trataremos sobre ellos y sobre la organización jerárquica de las compañías.

Distinta es la teoría que surge desde el adjetivo «gabar» cuya traducción sería «arrogante» u «orgulloso». Podemos encontrar a lo sumo cierta relación entre esta descripción y el carácter de los propios almugávares, pero sin sentido más allá de este detalle.

El clérigo alcañizano Bernardino Gómez Miedes, escribía en 1584, que el origen del nombre era la traducción de la palabra «polvo» en árabe, y daba su propia interpretación:

[...] era los que en arábigo llamaban almugávares, nombre impuesto por los moros, a los soldados del rey de Aragón, que significa, del polvo, como hombres salidos del polvo de la tierra, o de la labranza, para soldados; o por mejor decir, que como en la guerra fuesen estos los más fuertes y valientes de todos, hollaban a sus enemigos, y como es manera de decir en arábigo, los reducía en polvo^[162].

De otra forma, se vincula también el origen del término con el nombre de «algarada», «algara» o «gara», que hacen referencia a las acciones que llevaban a cabo los almugávares.

Serafín Estébanez hace una reflexión en torno al nombre de los almugávares:

Por lo tocante a la etimología de la palabra almogávar, diremos que no es más que el participio de cierta forma de un verbo árabe, que significa entrar impetuosamente talando y haciendo correrías en país enemigo; y como para hacer frontera, ya defendiendo las propias, ya invadiendo las enemigas, era necesario tener hombres armados que se dedicasen a tal menester, de aquí el que así los aragoneses y castellanos, como los mismos árabes, diesen igual denominación a tales tropas^[163].

Estébanez, une dos de las posibilidades anteriormente citadas, como son, la procedencia desde el significado del que hace «algaradas» y de «el que entra en territorio enemigo». Lo que es cierto, es la afirmación que hace a continuación en la que recuerda el hecho de que en tanto Aragón como en Castilla como en los reinos árabes, se les conocían del mismo modo.

El escritor e historiador francés del siglo XIX, Buchon, creyó que la palabra «almogávar» fue una de las empleadas para denominar a los árabes de Occidente que habían pasado a la Península Ibérica desde el Magreb. Esta teoría apenas encontró apoyo.

Como vemos, diferentes alternativas para explicar el origen etimológico del término.

Pero, por si éstas fuesen pocas, todavía existe otra versión que se ha sugerido y a la que se le puede dar cierta veracidad, eso sí, con todas las cautelas. Como ya se ha comentado ampliamente con anterioridad, uno de los aspectos que delimitan y marcan el carácter del almogávar, así como su naturaleza, es el entorno en el que se mueven y habitan que no es otro que las tierras de frontera. Pues bien, si tenemos en cuenta que la zona peninsular donde aparece esta peculiar forma de subsistencia son las montañas del Pirineo y del Prepirineo aragonés, podemos relacionar claramente el término almogávar con el nombre que en el País Vasco, Navarra y Aragón se le daba, y se le continúa dando a las fronteras, y que es el de «muga».

Es muy significativa la relación entre la «muga», la frontera, y el hecho de que lo que estas gentes tenían como característica diferenciadora del resto de la población era su condición, precisamente, de soldados de frontera. A partir de aquí se abriría una nueva vía que nos llevaría a buscar el origen de la palabra «muga», y que tanto puede proceder del árabe, al igual que las teorías mencionadas anteriormente, como de la mezcla de éste con el primitivo vascuence. No olvidemos que en el momento en el que surgirían los almugávares, es decir, en los siglos X-XI, y en las zonas montañosas a las que estamos haciendo referencia, la lengua utilizada era la de los pueblos vascones.

Es más que probable que la actual tendencia a emplear la definición «almogávar» tuviese su origen en las obras de los cronistas aragoneses Guadalberto Fabricio de

Vagad y Jerónimo Zurita. La posterior importancia de la obra de este último habría provocado la normalización del uso «almogávar». Una de las razones quizá se encuentre en que utilizó como una de sus fuentes el *Libro de los Fechos* de Johan Ferrández de Heredia, quien sí empleó el término «almogauar». Además, como hiciese a lo largo de su obra con otros términos y nombres propios, Zurita tuvo una tendencia manifiesta a castellanizar muchas de las voces que aparecen en sus *Anales de Aragón*. Los nombres propios de buena parte de los protagonistas que van pasando por sus páginas sufren una transformación que busca acercar al castellano la forma y la pronunciación de aquellos cuya procedencia era el idioma aragonés o catalán.

El hecho de que sus *Anales* hayan sido la plataforma de los trabajos posteriores que surgirían especialmente a partir de finales del siglo XIX, es la razón por la que hoy la designación con «o» sea la admitida mayoritariamente.

No obstante, existe una explicación lingüística para el paso del término en «u» a «o».

En realidad se trataría simplemente de una cuestión fonética. La lengua árabe solo emplea tres fonemas vocálicos —a, i, u—. De este modo, el uso de la palabra con «u», responde a su adecuación al termino árabe original, aunque la pronunciación de estas vocales variaba en ocasiones hacia «e» y hacia «o» dependiendo del entorno consonántico, es decir, en este caso «o» es un alófono de «u». Casi todos los arabismos en las lenguas romances han pasado con «o», «almohada», «almohades», «almorabides», etc. De manera que, quien cita con «o», se ciñe más a la pronunciación del arabismo en la lengua romance^[164]. Así pues, las crónicas medievales se habrían ajustado más al origen árabe del vocablo, mientras que, con el transcurrir de los siglos, especialmente llegados a Zurita, éste se terminó romanizando definitivamente.

Se puede resaltar también que la palabra «almugávar», o «almogávar», o «almogàver», ha quedado conformada como apellido de familias, sobre todo catalanas.

13. Indumentaria

Hemos afirmado que la procedencia primera de los almugávares bien pudo haber sido las montañas pirenaicas, ya que, además de las razones citadas, coincidían absolutamente con la vestimenta y la forma de equiparse de los habitantes de esta zona. Tanto la *Crónica* de Muntaner como la de Desclot, especialmente este último, describen detalladamente como iban vestidos y cual era su equipación a la hora de prepararse para la lucha.

Sin embargo, y como apunta Luis Pablo Martínez, en su trabajo *La Historia Militar del Reino medieval de Valencia: Balance y perspectivas*, las escuetas informaciones que poseemos sobre su apariencia externa han llegado a través de la *cosmovisión aristocrática dominante*, es decir, quienes describen a los almugávares —a excepción de Muntaner que en realidad tampoco se detiene a detallar este aspecto de sus compañeros—, son funcionarios reales pertenecientes a un estrato social muy por encima de ellos. Transmitiendo una imagen elaborada desde las capas más elevadas de la sociedad medieval y, consecuentemente, empleando sus roles y su perspectiva, lo que convierte automáticamente al almugávar en un individuo *ubicado fuera de los límites de la sociedad establecida: vive en el bosque, metáfora medieval del peligro y lo desconocido*^[165].

Según narra Desclot, su aspecto maravillaba, aunque mejor sería decir que aterraba, a quien los veía, como es el caso del príncipe de Morea, cuando llevan ante su presencia a un almugávar que había sido apresado por sus hombres:

[...] y lo llevaron delante del príncipe y le dijeron que aquel era el almugávar que habían apresado. El príncipe lo observó y vio que no vestía más que una cota, sin camisa, y delgado y negro del calor del sol, y la barba que tenía estaba muy crecida, y sus cabellos negros y largos, y llevaba en la cabeza un casco de cuero todo rasgado, y en los tobillos unas polainas de cuero, y unas abarcas de cuero en los pies. Y cuando el príncipe lo vio así ataviado, se extrañó mucho y le preguntó que hombre era; y él le dijo que era almugávar de las gentes del rey de Aragón^[166].

Serán las descripciones de Desclot sobre su atuendo, su aspecto y sus costumbres las que ayudarán en mayor medida a una visualización más precisa:

E no aporten mes de huna gonella o huna camisa, sia stiu o ivern; e en les comes porten hunes calses de cuyro, e als peus hunes avarques de cuyro. E porten bon coltell e bona correja, e hun fogur a la cinta. E porta cascu huna llança e dos darts, e hun cerro de cuyro en que aporten llur vianda. E son molt forts e molt laugers per fugir e per encalsar. E son Catalans e Aragonesos e Serrayns^[167].

Podemos imaginar, por ejemplo, el desengaño inicial que se llevarían los bizantinos al ver entrar en Constantinopla a semejante ejército de desarrapados, cuando esperaban recibir a soldados tan fabulosos como la fama que les precedía. Lo mismo les habría sucedido años antes a los habitantes de Sicilia que abrieron sus puertas para que les ayudasen en su guerra contra los franceses, y se imaginaban recibir a compañías de soldados con brillantes armas y corazas.

Con lo que se encontraban, tanto aliados como enemigos, cuando tenían frente a frente a un almugávar era un hombre de piel oscurecida por el sol, de compleción normalmente delgada aunque bien formada y musculosa, y de largo y desaliñado pelo, al igual que sus barbas (aunque los cronistas griegos los describen como afeitados). Sus pies calzaban todavía el tradicional «calzero» pirenaico, abarcas de cuero. Un poco más arriba, protegían sus tobillos y piernas de las hierbas y pinchos de los bosques con una especie de pantalones y unas polainas hechas de pieles de los animales que cazaban, del mismo modo que empleaban esas pieles para fabricarse prendas de abrigo para soportar los fríos invernales. En el torso no llevaban ninguna coraza de metal, y únicamente se vestían con una especie de camisa o ropaje similar. Y en la cabeza, en lugar de casco, portaban una red de gruesos trozos cuero o metal, pero ligera para que no les molestase en sus movimientos en la batalla.

En cualquier caso, no existió ningún tipo de uniformidad entre ellos, y únicamente utilizaban aquellas prendas que, por un lado, les ofrecía el propio entorno en el que se movían, y por otro lado, les permitía mantener la movilidad que necesitaban para sus largas marchas de decenas de kilómetros diarios a través de los montes, y siempre adaptadas a su particular forma de batallar.

Para poder alimentarse en esas largas marchas simplemente cargaban con un pequeño zurrón al estilo de los pastores, donde apenas llevaban un poco de pan. No necesitaban más ya que, según dicen los cronistas, eran capaces de estar varios días alimentándose de hierbas que recogían en el monte, aunque probablemente, no era ese su único medio de sustento, cosa por otra parte difícil de creer dado el gran desgaste físico al que se veían sometidos. Lo lógico es pensar que aunque en su zurrón solo hubiese unos pocos alimentos, su condición de saqueadores les proporcionaba la posibilidad de «abastecerse» en aquellos lugares por los que

pasaban. No en vano, además de su natural costumbre de dedicarse al robo sabemos que tenían otorgado por el propio rey, el derecho a quedarse con el botín y con los bienes que conseguían de sus enemigos, lo que les permitiría darse buenos banquetes tras ocupar casas y pueblos.

Su apariencia no correspondía en absoluto con la de los deslumbrantes ejércitos medievales. Desprovistos de cualquier tipo de arma defensiva como escudos, y por supuesto, armadura, aprovechaban todas las posibilidades de su cuerpo para convertirlo en un arma exclusivamente de ataque.

En lo que sí coincidían era en el tipo de armas que empleaban para enfrentarse a sus enemigos. Al contrario de lo habitual en los soldados y caballeros durante la Edad Media, no usaban grandes lanzas ni tampoco espadas, ya que estas armas les resultaban excesivamente pesadas e incómodas para su forma de pelear. En lugar de ellas, portaban varios dardos o lanzas cortas que denominaban «azconas» y que lo mismo podían utilizar en la lucha cuerpo a cuerpo, o como arma arrojadiza. Junto a la «azcona», el «coltell», que era una especie de cuchillo ancho, largo y bien afilado, hacía las funciones de espada en el combate más directo.

Aunque ya hemos comentado que no aporta demasiado en cuanto a su rigurosidad histórica, sí que recogemos la descripción física que hace Cánovas del Castillo, cuyo valor es más retórico que objetivo:

Allí (en Huesca) el almogávar, que por primera vez bajaba acaso de la montaña, o vascón, o godo, o hispanorromano, que no era fácil, por cierto, averiguar el origen de ninguno de ellos; pero siempre y por igual cubierto con el ancho capuchón de malla que le caía de la cabeza hasta las rodillas, y la piel de toro o de lobo amarrada con una soga a la cintura; desnudo el pecho y los brazos y piernas; armado con su corta y ancha espada, sujeta entre la piel y la soga; provisto, además, de dos dardos, enganchados en esta, de menos que mediana labor, pues consistían en palos de encina o roble sin descortezar, y puntas de hierro de cuatro lados, agudísimas y limpias, como si sus dueños se ejercitasen continuamente en afilarlas contra las piedras. Gente esta última de mal ver y de poco cristiana catadura, que andaba con singular desembarazo, mirando, con más desprecio que asombro, las pintadas telas y el limpio metal que ostentaban otros del concurso^[168].

14. La organización jerárquica

Las bandas de almugávares representaban un caso peculiar entre los ejércitos medievales.

La propia denominación como bandas llevaría, en principio, a considerarlos como grupúsculos desorganizados cuyo único objetivo sería la consecución de botín. Sin embargo, estos grupos armados, se regían por normas y leyes propias que respetaban rigurosamente.

No se puede asegurar cual fue el momento en el que pasaron de ser simplemente grupos de los que participaban, de una forma más o menos continua, determinados individuos que se unían para robar, a grupos medianamente jerarquizados y estables. Lo que sí parece claro es que, cuando estos colectivos alcanzaron un tamaño considerable en cuanto al número de miembros que los componían, se vieron obligados, como una evolución natural, a conformar algún tipo de jerarquía interna de carácter pseudomilitar. Debemos tener en cuenta, que no estamos hablando únicamente de lo que llegó a ser un ejército de varios cientos o miles de soldados, sino que se trataba de todo un pueblo, con mujeres, hijos, artesanos, etc., que debía organizarse, no solo militarmente, sino también socialmente, especialmente si consideramos que a su propio nomadismo intrínseco, se debe sumar la negativa a adaptarse a las normas sociales comunes en las villas o ciudades de la época, ya que su vida diaria se desarrolló lejos de centros urbanos. Estos factores hubieran desencadenado un desgobierno continuo e incontrolados conflictos internos, impidiendo la compenetración necesaria en el momento de conformar una fuerza de choque unida y efectiva.

Como su intención no era buscar la originalidad, tomaron como referencias cargos y denominaciones que, con anterioridad, venían usando los ejércitos de los dominadores árabes y que más tarde usarían también en el reino de Castilla:

[...] el Maestre del Temple ab alguns frares foren catius, los quals per alguns dies aenant con los tinguessen preses en lo castell de Biar sen fugiren ab·I almocaten moro quils guardaua^[169].

Los rangos que existían eran, comenzando por el de menor categoría, el de «almugávar», aunque ésta es la denominación empleada también para designar al grupo en su conjunto. Éste era lo que hoy consideramos como soldado raso, es decir, la base de la pirámide.

Consecuentemente con su posición, la parte que le correspondía de los botines, era a su vez la de menor cuantía.

Después del almugávar se encontraba el «almogaten» o «almocaden» («al-muqadam»), cuya traducción sería simplemente «jefe», que estaba encargado de la coordinación de pequeños grupos para la realización de escaramuzas en territorio enemigo, o para su disposición en el campo de batalla. Al margen de esta función militar, ostentaban una labor de mayor envergadura ya que su cargo los situaba como miembros del Consejo, institución de carácter interno.

Si entre los dos grados anteriores ya había un marcado escalafón en la graduación (si es que podemos hablar de graduación con el sentido de ejército tradicional), todavía se daba con mayor claridad ese salto cualitativo a partir de éstos, y se concretaba en el cargo de «adalid» («al-dalid»), cuya función consistía en ser el guía o quien dirigía las huestes.

Como dirigente superior se situaba el «capitost» (capitán), bajo cuyo mando se encontraba la hueste. En la Compañía que partió a Grecia nos encontramos con varios de estos capitostes, y su nombramiento correspondía normalmente a personajes de la nobleza aragonesa, catalana o siciliana. Algunos de los capitostes de esta expedición serán Berenguer de Entença, Bernad de Rocafort, Ferrán de Ahonés, o el mismo cronista, Ramón Muntaner, entre otros.

Para finalizar, por encima de todos ellos estaba la figura del «senescal de la host» (senescal de la hueste), máximo dirigente del ejército. En la Compañía resalta con luz propia Roger de Flor, personaje singular que, junto a Entença, planeó la campaña griega. Le sustituirá posteriormente el mismo Berenguer de Entença y a éste, tras su encarcelamiento, Rocafort, aunque bien es cierto, que tras la muerte de Roger ya no quedaría tan claro como hasta entonces el reparto de funciones entre los altos mandos.

En el caso concreto de la compañía que viajó a Grecia no será, sin embargo, la suya una jerarquía a la usanza tradicional. Aunque es cierto que se ordenarán en torno a cargos y posiciones de poder que irían desde los niveles más bajos de la milicia hasta los altos puestos de mando, también mantendrán una notable diferencia respecto a la milicia tradicional, y es que en muchas ocasiones los cargos de mayor rango, y en general todos los de la hueste, eran decididos por la mayoría de una forma casi democrática, y en muy raras ocasiones, por no decir ninguna, ostentaban el mando personajes con los que no estuviese de acuerdo la tropa. Por supuesto, la mentalidad de la época influía directamente en esas elecciones y, por lo general, eran elegidos los individuos de procedencia nobiliaria. Aunque hay ejemplos de capitostes o senescales de origen ajeno a la nobleza, como fue el caso del propio Roger de Flor

o de Rocafort. Aunque no sucedía esto cuando se trataba de compañías organizadas directamente por un determinado noble, en cuyo caso los mercenarios simplemente estaban bajo su mando.

Todavía existían más peculiaridades en la fórmula empleada para su organización, y es que los cargos, que eran a la vez militares y políticos, no ostentaban una capacidad de mando absoluta sobre el grueso de la Compañía. En realidad, las decisiones sobre cualquier cuestión que afectase a ésta, bien fuesen de orden militar o de organización social, eran tomadas de forma plenaria por el conjunto de la hueste por medio de multitudinarias asambleas, las cuales sorprendentemente tratándose de «salvajes» guerreros, transcurrían más o menos ordenadamente, y las decisiones que se tomaban eran respetadas y cumplidas sin discusión por todos, incluidos altos mandos.

Como es comprensible, este sistema tenía una válvula de escape que simplificaba y hacía más ágil el normal funcionamiento del colectivo, y ésta era el «Consell» (Consejo), compuesto por los capitanes y en el que se discutía y decidía sobre la voluntad de la asamblea.

Si recomponemos todas las piezas que formaban el entramado del organigrama de la Compañía, vemos que se trataba en realidad de una auténtica república errante.

Además de estas, existían otras instituciones que garantizaban su funcionamiento cotidiano. De una forma más o menos estable, contaban con una especie de «chancillería» encargada de mantener las relaciones de la Compañía tanto con los reyes de Aragón y Sicilia, con los que mantenían una fluctuante relación, como con otros reyes, dogos o emperadores.

La «tesorería» se convirtió en una parte fundamental para el equilibrio de la Compañía. La necesidad de mantener satisfecho a un contingente de miles de mercenarios con sus respectivas familias, cuya única motivación para jugarse la vida a diario era la obtención de riquezas, obligaba a ser especialmente rigurosos con el control y el reparto del dinero. Podemos imaginar el volumen, tanto de dinero como de bienes, joyas, útiles, etc., que manejaban fruto de sus continuos saqueos de pueblos y ciudades. Sin embargo, no hay que creer que la continua consecución de botines, iban haciendo a los miembros de la Compañía cada vez más ricos, al contrario, y según los cronistas, una de las características de éstos era que, con la misma eficacia que vencían a sus enemigos en la batalla, dilapidaban los beneficios que obtenían. El derroche de lo ganado tras la lucha era lo habitual entre ellos. El juego, los festines, el vino y la compañía de las prostitutas, tanto de las que les acompañaban en el camino como de las que encontraban en los lugares donde llegaban, les hacían pasar de una relativa riqueza a la miseria más absoluta en una sola noche. Esta falta de control provocaba también que en ocasiones el despecho por perder tan rápidamente lo ganado con tanto sufrimiento, les llevase a cometer robos, crímenes o secuestros por propia iniciativa, aunque eso sí, dentro de las posibilidades de control que los capitostes tenían sobre la milicia, se intentaban reprimir y castigar

estos desmanes.

Un ejemplo de estos excesos causados por la nula capacidad de control sobre los mercenarios, podemos verlo después de una de estas noches de esparcimiento de la Compañía, en la que un almugávar enfadado tras perder su soldada en el juego decide, en un arranque de furia, salir de la fortificación, llegar hasta los alrededores de Constantinopla y secuestrar a un comerciante genovés por el que pidió y logró un suculento rescate:

Un día ocurrió que un almugávar a caballo, llamado Perich de Naclara, habiendo perdido en el juego, con dos hijos que tenía, cogió las armas y, sin más compañía, se fue a Constantinopla andando, y en un jardín del emperador encontró a dos mercaderes genoveses que estaban cazando codornices, y apresolos y se los llevó a Gallípoli, y obtuvo por rescate tres mil perplas de oro^[170]. [...] Y cabalgadas semejantes se hacían todos los días^[171].

Por último, y para lograr crear los pilares organizativos necesarios para mantener el edificio de la Compañía, se dotaban de una intendencia que se encargaba de cubrir diferentes aspectos. Por un lado, se encargaba de atender el aprovisionamiento de víveres que necesitaba semejante número de personas en constante movimiento pero, por otra parte, debía cubrir también un requisito que fue inexcusable en cuanto a la forma de preparar el combate y el avance de las tropas, especialmente mientras permaneció en el mando Roger de Flor, y era el hecho de mantener en todo momento una vía de escape o de apoyo en la retaguardia del ejército. Todo movimiento de las tropas capitaneadas por Roger, guardaba siempre una opción de retirada detrás de ellos en caso de ser necesario. Dos fueron los capitanes que desempeñaron esta función. Uno de ellos, Muntaner que, además de situarse en muchas ocasiones como garante de esa defensa, era a su vez el encargado tanto del control de los ingresos por soldadas o botines, como de las labores de escribanía de la hueste, lo que lo convirtió, gracias a su eficacia y honestidad, en mano derecha del propio Roger:

Aun siendo una fuerza militar en movimiento continuo, la Compañía tenía su propia cancillería, que se encargaba de los asuntos administrativos y financieros y también de la correspondencia, de la que va a ser responsable Ramón Muntaner hasta el verano de 1307^[172].

El otro capitán que ejerció esta función de mantener libre la retaguardia fue Ferrán de Ahonés, almirante aragonés, que con su flota de navíos, seguía desde la costa el avance de la Compañía en Asia Menor, proveyéndoles en todo momento de la logística necesaria y haciendo el papel de mensajero entre ésta y el emperador de

Constantinopla. Tan importante parece ser esta función de salvaguardar las espaldas de la hueste que, según algunos autores, la razón por la que en el momento de mayor auge de las victorias en el interior del Anatolia, decidieron dar media vuelta y regresar sobre sus pies, fue que, con toda seguridad, prefirieron abandonar una campaña que se intuía favorable y que les abría las puertas de los reinos árabes de Tierra Santa, ante la constatación de que su alejamiento de la costa les hacía perder el apoyo que las naves de Ahonés les proporcionaba.

Los almugávares eran alistados en grupos más o menos grandes a los que se denominaba compañías. Esta fue la razón por la que a la tropa agrupada bajo el mando de Roger de Flor para zarpar hacia Grecia fuese denominada genéricamente la Compañía, ya que, a pesar de haber existido hasta ese momento, y de continuar haciéndolo posteriormente, otras muchas compañías organizadas en torno a diferentes capitostes y en diferentes zonas, ésta será la que perdure por su fama en el tiempo.

Se observa claramente como cuando hablamos de los almugávares de la Corona de Aragón nos estamos refiriendo a algo completamente distinto a lo que representarían aquellos otros colectivos peninsulares a los que también se les conocía por el mismo nombre. No tiene nada que ver con éstos, las leyes no escritas de la Compañía, su organización jerárquica propia, sus instituciones internas y, sobre todo, su independencia absoluta de cualquier poder oficial.

Por el contrario, el cuerpo militar de almogávares castellanos no poseyeron en ningún momento ni las instituciones propias, ni mucho menos, la naturaleza de pueblo errante e independiente que sí tuvieron los aragoneses y catalanes. La graduación castellana, así como las funciones que debían desempeñar, se encuentran recogidas en las Partidas de Alfonso X el Sabio, y más concretamente, en la Partida II, Ley XXII:

Agora queremos decir de los Adalides, e de los Almogavares, e de los peones, que son muchos menester en tiempo de guerra^[173].

También conocemos de la organización de los almogávares castellanos por tratadistas del siglo xv como Alonso de Cartagena. En estas leyes y tratados se define como la graduación que se componía de *peones*, que suponían el escalafón más bajo del ejército. A continuación se encontraban los «almogávares», que de algún modo estaban diferenciados, con alguna categoría superior a los peones. Con la función de mando sobre éstos aparecían los «almocádenes», similares a los actuales sargentos:

Almoçadenes llaman agora a los que antiguamente solían llamar cabdillos de las peonadas. Y estos son muy provechosos en las guerras, ca en logares podrían entrar los peones e cosas acometer que non lo podrían fazer los de cavallo^[174].

Les seguían en la jerarquía militar los «almogávares a caballo» que, lógicamente, componían el cuerpo de caballería. Por encima de todos ellos, el «adalid», encargado del mando de los escalafones anteriores, y que debía haber sido con anterioridad almogávar a caballo.

[...] Cuatro cosas dixerón los antiguos que deven aver los adalides: la primera, sabiduría; la segunda, esfuerço; la tercera, buen seso natural; la cuarta, lealtad. E sabidores deven ser para guiar las huestes e saberlas guardar de los malos pasos e peligros^[175].

Por encima de los adalides aparecerían otros cargos de mando a los que se les da tratamiento en otras leyes de las Partidas. Jhon de Guzmán, escribió un privilegio el 13 de febrero de 1455 en el que hace alusión a los cargos de estos militares castellanos y de las pagas que recibieron con ocasión de la toma de la localidad de Montecorto:

El adalid o capitán de las lanzas tenía 500 maravedís mensuales, los dos almocadenes, o capitanes de la gente de a pie, 300, el jinete cobraba 3 maravedís al día, los 30 ballesteros y 24 lanceros, que formaban la hueste, 1 maravedí^[176].

15. Tácticas de lucha

Del mismo modo que representaron un caso paradigmático dentro de los ejércitos medievales en cuanto a su composición, organización, identidad como colectivo diferenciado, e incluso, en cuanto al modelo de relación que mantenían con los poderes para los que luchaban, también en la forma de entablar el combate causaban asombro y desconcierto entre las filas de sus enemigos. Podemos afirmar que los almugávares aragonesocatalanes en general, y la Compañía que partiría rumbo a Oriente en particular, lograron gran fama a lo largo y ancho del arco mediterráneo, y que ésta llegó a todas las cortes y reinos del mismo.

Las cualidades de estos mercenarios no eran precisamente el cuidado en las formas ni en su aspecto externo. Esta imagen inicial de tropas desordenadas que proyectaban en una primera impresión ante sus contrarios, quizás premeditada, les servía como medio para hacer crecer las expectativas de una fácil victoria en el otro bando, jugando de este modo con una engañosa y excesiva confianza del enemigo.

Aunque esa penosa impresión inicial no solo llamaba la atención de los enemigos.

Cuando acudieron a la demanda de auxilio a lugares como Sicilia o Bizancio, su desastrado aspecto acabó con las esperanzas de aquellos que les esperaban como salvadores. Su apariencia, en nada parecida a la de un ejército triunfante y altivo, deprimió a las gentes de Palermo que esperaban ver entrar en su ciudad a un famoso ejército que les libraría del dominio francés:

[...] e los almugavers tots suats e malvestits e negres, per raho del sol quilts havia tohats, les gents de Palerm menysprearen los; e fo semblant en llur cor que ja per ells no fossen dellivrats de les mans de Carles, qui era ab gran poder per mar e per terra^[177].

Similar fue la impresión que causaron cuando entraron en la ciudad de Messina:

Al día siguiente, al verlos tan mal vestidos, con las antiparas en las piernas, las abarcas en los pies y las redecillas en la cabeza, exclamaron: ¡Ay, Dios!,

¿qué clase de gente es ésta que van desnudos y sin ropas y sin llevar más que unas calzas y no llevan ni siquiera un escudo? Poco podemos confiar si todos los soldados del rey de Aragón son como éstos^[178].

La misma idea de la guerra lleva implícito el carácter innato de barbarie y de crueldad.

Pero, aun teniendo esto en cuenta, es impensable hasta que punto llegaría la saña en el combate de los almugávares para que su fama de crueles y sanguinarios guerreros se propagase desde la Península Ibérica hasta los confines de la Anatolia.

Así, se convirtieron en sinónimo de miedo entre las filas enemigas y su diferente pero rigurosa disciplina militar, representó el terror de sus adversarios. Nicéforo Grégoras muestra la sensación de pánico que se extendió entre los turcos en el momento de la toma de Filadelfia:

Cuando vieron la disciplina militar, el resplandor de sus armas y el ímpetu violentísimo de los latinos, presos del terror huyeron no solo lejos de la ciudad, sino más allá de los antiguos límites del Impero Romano^[179].

Estas características los convirtieron en una herramienta muy útil para los fines de los reyes de la Casa de Aragón, ya que hallaban en ellos a excelentes guardianes de zonas recién conquistadas, a rápidos e invisibles mensajeros, al tiempo que un arma inédita para golpear por sorpresa dentro de territorio enemigo y desaparecer al instante provocando el caos entre las líneas árabes. Pero representaban a su vez un cuerpo tremendamente competente cuando llegaba la hora de entrar en batalla al estilo más tradicional. Únicamente se les planteaba a los reyes que los pusieron a su servicio un problema, su total independencia y su gran capacidad de desobediencia.

En una de estas abundantes situaciones de indisciplina tenemos, por ejemplo, a unos almugávares que hacen de las suyas en las tierras de Valencia ya conquistadas:

Y cuando fuimos a Valencia nos encontramos con grandes lamentos de los sarracenos que se habían rendido a nosotros. Y es que, G. d'Aguiló, y su compañía de almugávares y de peones, había hecho aquel mal y aquellos robos. Y enviamos a por ellos, y no quisieron venir ante nosotros, y huyeron. Y se unieron a una partida del rey de Castilla, y otra partida se quedó en Aragón yendo de acá para allá^[180].

Su táctica era en el fondo extremadamente simple, pero de una eficacia incontestable.

Detrás de su aparentemente desordenada apariencia como ejército escondían una estrategia militar perfectamente ensayada durante décadas en la lucha frente a los

árabes. Su maquinaria, perfectamente engrasada por la rutina del combate continuo, cumplía con todos y cada uno de los pasos que el almugávar debía seguir. Esta coordinación, unida a la compenetración de todo un pueblo que conocía que su función y su única posibilidad de subsistir era la guerra y, por supuesto, el lograr siempre la victoria en ésta, les convirtió en prácticamente invencibles durante siglos. Se podría pensar en este punto que tanto la fama como las victorias que lograron, se deben de relativizar ya que se restringían a batallas encajadas en lo que entendemos como guerra de guerrillas o a enfrentamientos de carácter puntual y de asalto, que, al fin y al cabo, habían sido las labores que habían desarrollado en su participación en las campañas aragonesas durante la conquista peninsular. Pero, poco a poco, vamos encontrando ejemplos de como la táctica y los objetivos en los que participan van aumentando de tamaño. Así, evolucionaron desde los asaltos esporádicos hasta las batallas sicilianas junto al rey de Aragón o la campaña de victorias frente a los turcos en el Asia Menor, para concluir, como ejemplo de perfecta estrategia, en momentos como el de la batalla de Halmyros, en el que un reducido y cansado contingente venció y aplastó en pleno corazón de Grecia a un poderoso y moderno ejército de cruzados compuesto por lo más escogido de entre las filas francesas.

La lucha se convertía en un auténtico ritual. Un ritual mortal que cumplía perfectamente el fin para el que se había dispuesto.

Cuando las tropas de almugávares se situaban frente a los ejércitos enemigos se iniciaba un espectáculo dirigido a causar el terror y el desconcierto entre aquellos. En nuestros días podríamos definir sus tácticas de guerra como una auténtica guerra psicológica, diseñada para influir directamente en el ánimo del enemigo en el momento de comenzar la batalla.

Dispuestos en línea frente al campo de batalla los almugávares levantaban sus armas y, con todo su ánimo, las hacían chocar contra las rocas del suelo provocando que saltasen las chispas en el contacto. La imagen debía ser impresionante. Miles de individuos vestidos con pieles de animales y aspecto salvaje entre el ruido y el destello que sus armas hacían manar de la roca. Por si esto no fuese bastante, acompañaban el rito con gritos desgarradores que parecían querer despertar de su sueño a sus todavía frías armas. «¡Desperta, ferre!» (¡Despierta, hierro!), éste fue su grito iniciático con el que llamaban a sus espadas a la lucha, llamada que parece evocar el recuerdo de tiempos ancestrales.

En este atronador escenario anterior a la lucha utilizaban otros gritos de los que conocemos por la narración in situ de Muntaner, que lo cuenta no con la objetividad del cronista, sino con el ímpetu del soldado. Junto al rugido de «Desperta, ferre!», lanzaban otros como «Via sus!», que vendría a significar «¡A por ellos!», o «Via fora!», que en su lengua significaría «¡Adelante!» o «¡Hacia fuera!». Como nexo de unión entre unos y otros, su incansable «Aur, aur!», mucho más cercano al grito de las bestias salvajes que al de humanos.

Muntaner plasma esta escenificación del terror en la batalla de la llanura de

Gagliano en Sicilia frente a los ejércitos franceses y a unos de sus más elegidos caballeros a los que llamaban *Los caballeros de la muerte*. El conde de Brenda, sintiendo el miedo en su cuerpo, ante el resplandor de las chispas provocadas por los almugávares dijo:

¡Dios mío! ¿Esto qué será? Nos hemos encontrado con los demonios, que quienes despiertan al hierro parece que han de herir en el corazón, y me parece que hemos topado con lo que íbamos buscando^[181].

Pero los gritos de guerra no eran exclusivamente destinados a sus armas. En el momento de entrar en combate proclamaban los gritos de «Aragó! Aragó!» y «Sant Jordi! Sant Jordi!», como Muntaner narra en múltiples ocasiones. Mostraban de esta forma su condición, libremente escogida, de súbditos del rey de Aragón incluso a miles de kilómetros de sus dominios, seguramente como refuerzo más moral que práctico. Una de estas ocasiones se dará tras una de sus más renombradas victorias. La que supuestamente sucedería en las *Puertas de Hierro* (Pilae Ciliciae), en el corazón de Anatolia:

La batalla fue muy dura y cruel, pero al fin todos los francos (almugávares)^[182] *lanzaron un grito y clamaron: ¡Aragón! ¡Aragón!*

E con los catalans e aragonesos veeren que aquells se tenien tan fort, moc-se un crit entre ells, e cridaren: Aragó! Aragó!^[183]

La tropa era, por antonomasia, de a pie. Apenas utilizaban caballería, y en todo caso, eran los capitanes, para desplazarse o para las labores de carga, quienes la usaban.

Cuando llegamos al trance de acometer, gran parte de nuestros almugávares bajaron del caballo, pues se atrevían más a pie que a caballo^[184].

Aunque sí que parece ser que existían, pero en un número poco importante, almugávares a caballo:

Un día ocurrió que un almugávar a caballo, llamado Perich de Naclara [...]^[185].

En todo caso, su ritual de combate distaba mucho del empleado habitualmente por los ejércitos medievales, en los que la caballería se encargaba de iniciar la carga lanzándose sobre las líneas enemigas para que, una vez éstas hubiesen sido abiertas,

la infantería terminase el trabajo con el cuerpo a cuerpo. Los almugávares, al menos por lo que sabemos durante la campaña griega, se jugaban todas sus cartas a una sola baza. Los mercenarios de a pie se lanzaban al ataque al mismo tiempo que su reducida caballería, buscando la sorpresa ante sus adversarios e impidiendo su reacción:

Tal como habíamos hecho en las otras batallas, decidimos atacar todos a la vez, los de a pie y los de a caballo, y plugó a nuestro señor Dios que les venciéramos^[186].

Buscaban la libertad en la lucha, por ello no portaban ni atuendos defensivos ni armas pesadas. Preferían las armas ligeras y cortas, y jamás harían uso de escudos ni de armaduras para su protección, ya que el peso de éstas les dificultaban los movimientos y los escudos les privaban de usar las dos manos para luchar.

Los tipos de armas que empleaban habitualmente les permitían romper con los esquemas de los ejércitos medievales. Siempre buscaban el cuerpo a cuerpo, para ello, al entrar en contacto con la caballería enemiga intentaban en primer lugar hacerles caer de sus caballos.

Ese era el momento de emplear sus lanzas cortas o azconas. Elegían a los soldados de caballería y lanzaban su azcona contra el pecho del caballo, no del jinete ya que, como era costumbre, éste iba cubierto por recias armaduras de hierro muy difíciles de atravesar a distancia. Así, al herir al caballo, el caballero caía a tierra y aquí, sobre todo debido a su imposibilidad para levantarse por la pesada coraza, era descuartizado por el almugávar con su «coltell» en mano.

[...] y los almugávares, que vieron este revoltijo y que los franceses aguantaban de firme, rompieron las lanzas y se metieron entre ellos y empezaron a destripar caballos y a matar caballeros. [...] e l'almugaver, quel veu venir tot abrivat vers ell, lexical se acostar, e trames li la scona als pits del cavall, si que li'n mes be dos palms entre los pits e la espalla; e puix pres hun salt a travers, si quel cavaller lo erra al brocar, que nol poch ferir. El cavall caech en mantinent en terra. E aytantost l'almugaver trach son coltell, e correch sobre el cavaller qui fo caygut en terra ab lo cavall, e vali desllasar son elm e vol lo degollar.

Porque firmando en tierra el cuento de la lanza, y refirmándola con el pie derecho, encaraban la punta a los pechos del caballo, el cual con su ímpetu y arremetida se la metía por los pechos, y se quedaba enastado. Y el peón (almugávar) con la destreza de hurtar el cuerpo se libraba así de la lanza del caballero como del encuentro del caballo. De suerte que su principal ejercicio y destreza en el pelear era mezclarse con la caballería y matar los

caballos para, en cayendo el caballero, hacerse sobre él y degollarle y robarle. Y en el caso de que muerto el caballero quedase el caballo vivo a sus manos, su premio era cogerlo y pasar de soldado de a pie, a hombre de a caballo [...]^[187].

Esta era la forma habitual de enfrentarse a la caballería, y del mismo modo aparece recogido en el *Libro de los Fechos* de Johan Ferrández de Heredia cuando se refiere a una partida de almugávares que se encontraban al servicio de Roger de Lauria en una de sus incursiones por las costas griegas tras la paz firmada entre el rey de Aragón y el rey de Francia:

[...] et aqui lo avrian muerto ho preso sinon fue por el socorso de los almogavares qui mataron el cavallo de micer Iohan de Tornay, et a el avrian muerto los almogavares sino por Roger de Loria qui comando que non lo matasen mas fizolo tomar preso et levar lo a las galeas, et depues micer Roger puyo a cavallo et fue a ferir en los otros et assi los vencieron^[188].

16. Mentalidad y principios

Después de profundizar en los hábitos sociales, en las motivaciones que les empujaban a luchar sin desánimo en países extraños, o en sus tácticas de guerra, no podemos dejar de lado lo que supone uno de los aspectos más interesantes, y en gran medida, causante de su peculiar forma de entender la vida: su mentalidad y valores.

En ellos confluyen, por un lado, el sentimiento de libertad y de independencia de sus antepasados montañeses, los cuales respondían únicamente ante las leyes de una naturaleza con la que se interrelacionaban, y por otra parte, poseían una personalidad propia que se había ido constituyendo a lo largo de generaciones, y que llegó a conformar el peculiar pueblo que eran. Hubiese sido imposible para ellos haber sobrevivido como colectividad diferenciada en un espacio y en una época tan hostil, sino no hubiese existido un vínculo común entre todos ellos que les diese el sentido comunitario necesario para permanecer unidos y afrontar, de este modo, su duro devenir cotidiano. En solitario no habrían tenido razón de ser, ni posibilidad de prosperar. Es precisamente su carácter gregario, fuertemente unido para la consecución de objetivos bien definidos para la comunidad, lo que les dio la capacidad para enfrentarse a los desafíos y atravesar victoriosos las adversidades. Esto era algo que conocían, y por ello se ampararon en normas y leyes no escritas que todos, a pesar de los choques internos, respetaban.

Y fue cuando rompieron esas leyes y esa unidad, cuando sufrieron sus peores momentos.

Como sucedía en la Edad Media europea, su mentalidad estaba influenciada, en mayor o menor medida, por un marcado carácter religioso. Podría resultar sorprendente que unos individuos cuyos valores giraban en torno a la idea de buscar la forma de enriquecerse, sin importar si para ello tenían que robar, secuestrar o matar, mantuviesen un fuerte vínculo con la moral cristiana. Pero así era. Los almugávares, como harían con otros muchos valores éticos, adaptarían a su conveniencia lo que en ese momento establecía la Iglesia de Roma.

Como muestra de este fervor religioso, era obligado antes de entrar en combate el que alguien elegido entonase el «laus» (oración) y a continuación, todos juntos,

cantasen el *Salve Regina*:

Y cuando hubo dicho el laus, en cuanto se levantó la bandera, comenzaron todos a cantar Salve Regina. Hacía un tiempo hermoso y claro y no había en el cielo una sola nube; y en cuanto la bandera se alzó, una nube se puso sobre nosotros y nos cubrió a todos de agua mientras estábamos de rodillas, y duró tanto como duró el canto de la Salve Regina. Cuando esto quedó hecho, el cielo aclaró como antes estaba, y a todos nos dio gran alegría^[189].

Pero si hay un episodio que expone claramente hasta que punto estos «bárbaros», temblaban como niños ante la ira divina, éste es el que se refiere a un almugávar que rompió la regla cristiana de no comer carne la víspera de Navidad. El cronista narra como era esa noche cuando este personaje, por la rabia de haber perdido en el juego, echó un cuarto de cordero al fuego y se lo comió. Al instante de dar bocado, cayó enfermo entre gritos de dolor y duró su enfermedad hasta la Epifanía en la que, gracias a las «salves» cantadas por todos, sanó milagrosamente, también entre gritos de dolor:

Por lo que, cada uno de vosotros que este milagro oiréis, creed que así fue manifiesto y evidente y sacad en vuestro provecho que no se debe dudar del poder de Dios y que se debe bien obrar^[190].

Hay quienes han intentado confundir su particular forma de interpretar la fe, con una irreal religiosidad que los convertía en una especie de cruzados místicos o de caballeros de la fe cristiana en lugar de los mercenarios que, aun con sus creencias religiosas, eran en realidad.

Muntaner, en su idealizado tono habitual, los muestra como fieros soldados pero con un corazón profundamente cristiano. Describe como compartían entre los hambrientos y empobrecidos habitantes de las ciudades bizantinas que liberaban de los turcos, los víveres de los que disponían. Pero ésta no sería sino una visión muy subjetiva en línea con la intencionalidad de Muntaner de enaltecer los hechos ocurridos, ya que en esas mismas situaciones los cronistas griegos hablan de crímenes sin nombre cometidos sobre la población civil.

Para comprender su forma de entender la fe debemos situarnos en el contexto en el que se movían y en el que se veían obligados a sobrevivir. Un mundo que, no solo entre los almugávares sino en general, se hallaba inmerso en un mar de contradicciones teológicas. De hecho, el cristiano rey de Aragón, Pedro III, al que los almugávares tenían especial devoción, estuvo durante años excomulgado por la Iglesia de Roma, es más, la guerra en la que tomó parte la Corona de Aragón en tierras sicilianas, y en la que los mercenarios fueron parte decisiva para la victoria

aragonesa fue, en realidad, una guerra de intereses políticos en la que se enfrentaron a la Iglesia.

Incluso años más tarde, la Compañía al completo será excomulgada por sus victoriosas campañas en Grecia contra el control de los poderes francos en la zona, lo que iba radicalmente en contra de los planes de Roma.

Tampoco ayuda en su calificación como «cristianos» el hecho de entrar al servicio del Imperio de Bizancio, demonio «cismático» de Oriente por excelencia para la Iglesia romana.

Sin hablar ya de los pactos y alianzas con los señores turcos que amenazaban la integridad territorial y teológica de occidente.

Todas aquellas naciones de los búlgaros, esclavones y válacos y las otras regiones orientales, que se llamaban cristianos y querían que los tuviesen por tales, estaban muy pervertidos y contaminados con los errores y corruptelas de los griegos, que eran cismáticos y enemigos de la Iglesia católica^[191].

En el universo moral propio que crearon, colocaron en un lugar preferencial su sentimiento de pertenencia a la Casa de Aragón, y por consecuencia, su reconocimiento como súbditos de los reyes de la Corona.

[...] su profundo afecto a la Casa Real de Aragón. Era un sentimiento primitivo, sencillo y hondo, ajeno a partidismos y rivalidades^[192].

No olvidaremos que las condiciones para este posicionamiento junto a la Corona, en cualquier caso, las ponían ellos. A decir verdad, y aunque no fuesen ejemplo de bondad, la disposición y las intenciones de los reyes, tanto de Aragón como de Sicilia, no fueron merecedoras de la devoción irracional que les procesaron. Al contrario, en todo momento fueron utilizados y manipulados según los intereses del momento por reyes y nobles, y con toda seguridad ellos lo sabían. Pero en una época de dogmas y supersticiones, unos individuos que se jugaban la vida cada día y se movían entre las situaciones más bajas y depravadas a las que puede llegar el ser humano, necesitaban aferrarse a elevados ideales, divinos o humanos, por muy ficticios que éstos fuesen.

Por último, existía otro tipo de valores que mantenía encendida la conciencia del almugávar, eso sí, en esta ocasión de una manera subyacente, y solo perceptible en contadas ocasiones. Otra vez su aspecto y sus actos entrarán en contradicción con su ética interior. Frente a las elevadas leyes morales de caballería, basadas en un nivel de espiritualidad superior, ellos parecían regirse según los instintos más elementales, desdeñando de ese modo los encorsetados roles de la época. Pero, por el contrario, y en los momentos en los que quizás a otros menos les importaría el cuidado de las

formas y del respeto al código del honor, ellos sacaban desde su más hondo convencimiento, la puesta en práctica de los principios caballerescos.

Más de una vez aparecen estos gestos de respeto a los más altos principios del código de honor medieval. Una de estas ocasiones es la que acontece antes de la trascendental batalla de Halmyros. En ese momento, la Compañía se hallaba dividida entre quienes deseaban continuar su camino de forma independiente y quienes se habían alistado al servicio del duque franco de Atenas, Gualter de Brienne. Por una traición del duque, los que permanecieron por libre se disponían a enfrentarse a aquel. Es entonces cuando, en una situación realmente desesperada para la Compañía y ante lo que parecía iba a ser una derrota segura frente a ejércitos pertrechados con lo más selecto de la caballería francesa de la época, los almugávares que permanecían al servicio del duque, abandonaron a éste, y decidieron regresar al lado de sus antiguos compañeros para morir juntos. El sentimiento de camaradería y de comunidad se coloca entonces por encima de los intereses particulares y de la propia integridad personal, y no hay nada, ni siquiera la constatación de que se va a perder la vida, que pueda disipar la comunión como pueblo existente entre ellos.

Otro ejemplo de esta escala de valores, surge cuando Roger de Flor decide negarse a seguir el plan de levantarse contra el Imperio de Bizancio que su capitán, Berenguer de Entença, le hace llegar por orden del rey de Sicilia, Fadrique II. La razón no es otra que, a pesar de sentirse obligado para con el rey, decide firmemente no romper, de ningún modo, la palabra dada a Andrónico II. Lamentablemente, este último no tendrá su honor en tan alta estima y traicionará a Roger pocos años después.

El historiador escocés, especializado en temas bizantinos, George Finlay, al hablar sobre los principios de los almugávares después de la traición griega, y de como mantienen ante todo sus normas de caballería, incluso ante traidores, es claro y conciso:

Estos aventureros despiadados supieron guardar mejor su propio honor que el emperador griego su Imperio^[193].

Todavía hallamos una situación más en la que la Compañía ejemplifica el ideal caballeresco y obliga a sus enemigos a reconocerles como gentes de honor. Ésta es la declaración de guerra al emperador Andrónico II después de su participación, directa o indirecta, en el asesinato de Roger de Flor. Tras ser traicionados por aquellos a los que servían, los bizantinos; de perder a su líder Roger de Flor, que era quien podía conocer y dirigir tanto las mentalidades de su compañía como la de los griegos; viéndose abandonados por la Corona aragonesa; y estando completamente desorientados en un país hostil a miles de kilómetros de sus casas, los mercenarios, en lugar de abandonar y regresar, o de dejarse llevar por sus sentimientos de rabia y furia justificada, se reúnen asambleariamente y con una templanza increíble, deciden

declarar oficialmente la guerra a Bizancio pero, eso sí, cumpliendo a rajatabla cada uno de los pasos y preceptos marcados por los códigos medievales. Así, envían embajadores para notificarle al emperador su decisión de declararle la guerra. A Constantinopla llegaron los mensajeros, que eran el caballero Siscar, el adalid aragonés Pero Lopis, dos almugávares y dos cómitres, y, demandando la fórmula oficial para dejar constancia, que era por «A.B.C.» —una especie de pacto notarial medieval—, ante los representantes de Venecia, Pisa y Génova, se levantaron escrituras públicas del desafío.

Pero no era aquel un lugar donde se tuviesen muchos miramientos ni respeto de los códigos de honor y, al poco de abandonar Constantinopla, los mensajeros catalanes y aragoneses que regresaban de su misión fueron asesinados por orden del emperador:

[...] y cuando estuvieron en la ciudad de Redristó, el portero les mandó detener y, veintisiete personas que eran, entre catalanes y aragoneses, a todos les decuartizó y a cuartos les colgaron en la carnicería^[194].

17. El equilibrio aragonesocatalán dentro de la Compañía

A pesar de que el nombre por el que aparecen en la documentación contemporánea o cercana a la expedición de los almugávares a Grecia, es mayoritariamente el de Compañía sin más, es cierto que, también son muchas las ocasiones, especialmente en los textos griegos, en las que son denominados como «Compañía Catalana» o directamente «catalanes».

Aunque es evidente que la denominación como «catalanes» de aquel grupo de individuos no puede identificarse con su pertenencia exclusiva a una nacionalidad determinada, la constatación de las denominaciones «catalana» o «catalanes» en los documentos y en gran parte de las publicaciones modernas europeas, ha servido como excusa para deformar la realidad sobre la composición de la Compañía por parte de determinados historiadores, cayendo en una explicación simplista. Pero una profundización seria en el tema desmiente este extremo:

[...] fueron conocidos generalmente por los griegos como Katelánoi procedentes de Cataluña, aunque parte llegaban de Aragón, Valencia, Mallorca y del resto de los dominios de la corona aragonesa^[195].

No se puede negar la existencia reiterada del calificativo «catalán» cuando, tanto griegos como aragoneses y catalanes, la emplearon como denominación común. Algunos de los documentos donde aparece esta clasificación como «catalana» de la Compañía son los que se encuentran en los archivos de Venecia o del Vaticano, donde se habla de *ejército de la sociedad de los catalanes (societatis exercitus catalanorum)* o de *sociedad de los catalanes residentes en las partes de Romanía (societatis cathalanorum commorantium in partibus Romanie)*^[196].

Ahora bien, hay en este punto dos cuestiones a esclarecer para no caer en el error. En primer lugar, la denominación mayoritaria, incluso en la *Crónica* de Muntaner es únicamente la de «Compañía», y en ella se plasma inequívocamente la dualidad

aragonesocatalana de la expedición. Es decir, debería servir como argumento fundamental para resolver esta cuestión, la nomenclatura que emplea un encendido catalanista como Muntaner, que no narra lo sucedido porque hubiese tenido noticias de ello, sino porque lo vivió en primera persona.

En segundo lugar, cometen un desafortunado error quienes intentan relacionar la existencia de la terminología «catalana» en esta documentación con una imaginaria prevalencia de lo catalán, o de Cataluña, porque la explicación de ello es muy simple.

La Compañía no era exclusivamente catalana ni estaba en Grecia para mayor gloria de ninguna nación (ni siquiera de la Corona de Aragón de la que se reconocían súbditos). La razón era que aquellas gentes que llegaron a Bizancio eran absolutamente desconocidas para los griegos, y solamente tenían leves informaciones de ellos por las victorias que habían logrado en anteriores guerras en la Península o en Sicilia. Sin embargo, sí que eran sobradamente conocidos en el Mediterráneo oriental los comerciantes procedentes de Cataluña, que desde décadas atrás, habían estado abriéndose un espacio en el próspero y rentable comercio de la zona, dominado por venecianos y genoveses desde el asentamiento de los cruzados francos después de la IV Cruzada.

La colonia catalana de Constantinopla, si no fundada, al menos reorganizada por los esfuerzos de Dalmau Sunyer y reforzada por el privilegio de Andrónico, era ya muy florida y numerosa sobre el año 1293^[197].

Es decir, diez años antes de la llegada de los almugávares a la capital griega. De hecho, el primer tratado firmado por Andrónico II a favor de los comerciantes catalanes data de los primeros años de su gobierno, probablemente de enero de 1296^[198]. Gracias a esta firma, demandada por el cónsul catalán Dalmau Sunyer, los catalanes obtenían del emperador la autorización para navegar por aguas griegas, la seguridad para sus mercancías y lo que era más importante, un descuento del 3% en los impuestos sobre las transacciones realizadas. Las relaciones comerciales entre el Imperio y los mercaderes catalanes sufrirían épocas de altibajos, especialmente durante los años que duró el conflicto entre Bizancio y la Compañía, pero incluso en los peores momentos, los intereses económicos se abrieron paso entre las dificultades políticas y los intercambios comerciales continuaron. La presión ejercida por los genoveses, que veían a los catalanes como rivales directos en el control de la zona, fue un gran obstáculo, mayor incluso que los crímenes contra los griegos protagonizados por los almugávares.

De otra parte, los bizantinos no tenían demasiadas referencias a cerca de gentes procedentes del otro lado del Mediterráneo llamados aragoneses, aunque sí conociesen sobradamente el Reino y los reyes de Aragón con los que varias veces habían llegado a pactos en política internacional, de hecho, los cronistas griegos ni

siquiera saben escribir correctamente el nombre de Aragón cuando se refieren al rey de esta Corona, y lo comprobamos en documentos griegos donde el término Aragón aparece escrito de las más originales formas:

[...] hacer alianza matrimonial y compromiso con el Ragú (rey de Aragón) [199].

Pero hay que saber también que, ni mucho menos, la denominación «catalanes» es la más utilizada como sinónimo de la Compañía en los textos medievales. En la Crónica de Galaxidi hallada en el monasterio del mismo nombre en 1864 y editada por Constantino Sathas, se llama a los almugávares «taragonatas», adaptación a la lengua griega de aragoneses.

Es sorprendente como para Rubió, *taragonatas es el nombre que designa a los catalanes*^[200].

Así pues, los griegos, viendo que estas tropas recién llegadas estaban compuestas por un buen número de catalanes, a quienes sí conocían por sus compatriotas comerciantes y mercaderes, automáticamente aplicaron el adjetivo «catalana» a la compañía que entró en Constantinopla. El historiador Steven Runciman recoge en una de sus obras la importancia que tanto antes de la llegada de la Compañía como tras el paso de ésta, habían tenido los comerciantes catalanes en Constantinopla:

A lo largo del Cuerno de Oro (nombre con el que se conoce al brazo de tierra en el que se encuentra Constantinopla) los pueblos se apiñaban y estaban más poblados, en particular en uno y otro extremo, en Blachernas, cerca de las murallas terrestres, donde el emperador tenía ahora su palacio, hacia el extremo de la ciudad, junto a la colina del arsenal. Los venecianos poseían un barrio próspero cerca del puerto, y las calles asignadas a otros comerciantes occidentales: de Ancona y de Florencia, de Ragusa y de Cataluña, y las de los judíos eran vecinas^[201].

Con el paso de los años, el nombre dado por los griegos pasará a ser utilizado por el resto de las naciones que mantenían intereses y relaciones en la zona, como venecianos, genoveses o franceses, de forma que quedaría reflejado en su propia documentación oficial.

Rubió i Lluç fue el principal impulsor de esta línea de pensamiento que buscó afianzar una historia a cerca de los almugávares en Grecia que tuviese exclusivamente un color catalán. En su artículo *Per què donem el nom de catalana a la dominació de la Corona d'Aragó a Grècia*, publicado el año 1927 en el volumen XII de la colección *Estudis Universitaris Catalans*, despliega toda una serie de argumentaciones basadas en fuentes clásicas y en fuentes modernas elaboradas por

investigadores europeos, buscando esa reafirmación catalanista, de manera que, recurriendo a textos que, si bien existen tal y como él los transcribe, pierden no obstante su verdadero sentido al sacarlos de contexto o, en otras ocasiones, magnificando el valor y la abundancia de determinadas expresiones.

El citado artículo, que se inicia con una reflexión del autor, levanta su tesis diciendo que el hecho de que el verdadero nombre de aquella expedición sea el de «catalana», no se basa en los deseos de los propios estudiosos catalanes, sino en la constatación de una realidad recogida por autores extranjeros:

Y, no obstante, y a pesar de que parezca una paradoja, ningún adjetivo más apropiado que el de català podría encontrar para describir nuestra famosa Orientada y el maravilloso resultado que de ella obtuvimos: nuestra dominación de la Grecia continental. Todo lo demás que quisiésemos tomar prestado sería inexacto, incompleto y anacrónico^[202].

Rubió, al que debemos contextualizar dentro una época en la que este tipo de revisionismo histórico no era nada extraño, suele emplear frases grandilocuentes para apoyar sus teorías pero, y aunque resulte impropio de sus conocimientos y de su vasta formación, la mayor parte de las ocasiones semejantes retóricas carecen de todo fundamento y se caerían frente a las más mínima confrontación científica, cuando no, la más simple de las lecturas:

[...] recordar que con el nombre genérico de Catalanes eran conocidos, en la Edad Media, todos los naturales de los estados que constituían la monarquía federativa de Aragón [...]^[203].

Da un origen catalán a los miembros de la Compañía que no lo eran, especialmente a los que mayor peso tuvieron en ella, como por ejemplo Berenguer de Entença (¿-1307)^[204], cuyo origen aragonés, como veremos posteriormente, queda demostrado por el minucioso trabajo de Zurita. Incide una y otra vez en los casos en los que los griegos aluden a la terminología «catalán» en sus obras —tendencia que se acentúa en los autores modernos, pero que se hace más escasa en tanto nos acercamos a la época en la que sucedieron los hechos—, pero pasa por alto las partes de los textos en los que esos mismos cronistas no solo no dan el nombre de catalanes a los almugávares de la Compañía, sino que hacen una separación meridiana entre lo que entendían como almugávares y lo que entendían como catalanes:

Los almugávares y los catalanes arruinaron todo el país [...]^[205].

Después de comprobar como, ni la lógica ni la constatación de la realidad

contenida en las fuentes, pueden ser argumento para defender otro posicionamiento, se deben desdeñar completamente todas aquellas teorías que etiquetan únicamente como catalana a la expedición de aragoneses y catalanes comandada por Roger de Flor, incluso aclarar que, en los casos en los que se usó esa denominación nunca se hizo en base al reflejo de ninguna realidad nacional concreta, sino como un término acuñado por los griegos por ser el más familiar para ellos.

La mejor argumentación para defender la paridad entre ambas naciones no surgirá de elucubraciones sino de la lectura atenta y rigurosa de las fuentes primeras y de la documentación oficial contenida en el Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona, donde hallaremos testimonios directos y oficiales referidos a aquellos acontecimientos, y que demuestran claramente la dualidad que existió, hasta el fin de la dominación de los ducados griegos, entre aragoneses y catalanes.

Rubió no profundiza en sus estudios en la inmensa cantidad de documentación que él mismo recogió y que igualaba la composición aragonesa y catalana de la expedición. En su obra *Per què donem el nom de catalana a la dominació de la Corona d'Aragó a Grècia*, emplea como argumentación un documento de dicho archivo a través del cual el rey de Aragón, Pedro IV, tras la incorporación de los ducados de Atenas y Neopatria a la Corona, demandaba ayuda desde Barcelona a los jurados de Mallorca y de Valencia, pero no menciona el dirigido a los «merinos de Zaragoza»^[206]. Aunque sí aparecerá este documento en su recopilación del *Diplomatari*. Por suerte, se conservan muchos otros documentos que irían en la línea argumental contraria, o sea, la que reconoce el alto grado de participación de los aragoneses.

El registro 1065, folio 95 v. del Archivo de la Corona de Aragón, recopilado por el propio Rubió i Lluch en el *Diplomatari* como el documento CXCIX, recoge la petición efectuada el 1 de junio de 1351 por el rey de Aragón para que los miembros de la Compañía de las «partes de Romanía» le presten su colaboración en el conflicto que mantiene contra la República de Génova. La referencia del rey que dirige su carta a los aragoneses y catalanes de Grecia, echa por tierra todas las versiones que defienden que con la toma del poder de los ducados la presencia de los aragoneses desapareció de la Compañía. Esta serie de documentos no hacen sino dar un relieve todavía mayor al contingente aragonés puesto que, aunque habían abandonado la expedición un gran número de mercenarios procedentes de Aragón, marchándose junto a sus capitanes también aragoneses tras diversos enfrentamientos internos, como fue el caso de Arenós al poco de su llegada, o el de los almugávares que seguían al asesinado Entença, todavía su relevancia era tal en 1351 que Pedro IV encabeza sus misivas dirigiéndoselas a ellos:

Petrus etc. Nobilibus, dilectis ac fidelibus universis et singulis Aragonensibus et Cathalanis aliisque dovotis nostris, in partibus Romanie et allibi constitutis, salutem et dileccionem^[207].

A pesar de las objeciones planteadas, Rubió acabará reconociendo la auténtica significación de Aragón y del componente aragonés:

Aragón da el nombre oficial, el sello de unidad externa a nuestra democracia monárquica federativa, el primer ejemplo de esta forma política en los anales de la humanidad; y nuestros reyes de descendencia catalana corren apresurados a coronarse en Zaragoza, antes de ceñirse la diadema condal, porque consideraban el título de reyes de Aragón como el mayor valor de su soberanía territorial. El grito de guerra preferido siempre por nuestros almugávares antes de entrar en combate era el de «Aragó! Aragó!»; y nuestro gran cronista Muntaner, de espíritu tan fervorosamente catalán, al comenzar su obra histórica, manifiesta que la escribe «en honor de Dios y de la casa de Aragón»^[208].

Otra de las opiniones que inciden en este mismo sentido de defender la supremacía del espectro catalán sobre el aragonés es la del profesor Jacoby. Éste apoyó su teoría en cuatro aspectos principales que, según él, demostraban dicha superioridad. Jacoby aceptaba que *en el momento de la conquista del Ducado de Atenas, en la primavera de 1311 la composición étnica de la Compañía era heterogénea. Incluía catalanes, aragoneses, navarros y gentes del Rosellón, igual que italianos y hasta griegos*^[209], sin embargo las características que ilustraban la «llamativa mayoría numérica y la importancia del papel que tenían en ella los catalanes» eran que, en primer lugar existe la denominación de «Compañía Catalana» en diversas fuentes históricas; segundo, que en su bandera y en su sello estaba representado san Jorge; tercero, que el catalán fue el idioma utilizado junto con el latín en la cancillería de los ducados; y por último, que dichos ducados se rigieron exclusivamente por los Usatges de Barcelona.

La argumentación en este asunto de Jacoby, tan respetado en el resto de su labor de investigación alrededor de la historia de la Compañía, no resiste una pequeña profundización en las fuentes históricas.

En primer lugar, ya hemos visto como, aunque es verdad que existe la denominación como «Compañía Catalana» en algunos documentos papales o de otras cortes y repúblicas europeas, la realidad es que la forma mayoritaria y, sobre todo, la empleada por los propios almugávares para referirse a ellos mismos en su documentación oficial es la de *universitas exercitus Francorum in Romanie partibus existentis*^[210], es decir, se llamaban a sí mismos «francos», y no «catalanes».

La segunda razón que esgrime Jacoby es la utilización de la figura de san Jorge tanto en sus banderas como en el sello oficial de la Compañía. El profesor identifica únicamente al santo con su faceta como patrón en Cataluña, pero se le olvida mencionar que no solo era en este país en donde se tomó su imagen como símbolo sino que del mismo modo se usó en buena parte de las cortes europeas de la época,

entre las que estaba, por supuesto, también la de reino de Aragón que enarbó a san Jorge como patrón desde la toma de la ciudad de Huesca en 1094. Es decir, doscientos años antes del momento del que estamos tratando. De manera que el santo, en lugar de un símbolo que representaba solo a una parte de la hueste, era en realidad uno de los emblemas bajo los que coincidían tanto aragoneses como catalanes, y de ahí, junto con su fuerte carga ideológica como defensor de la fe cristiana, que fuese elegido para representarles a todos ellos.

Sí tiene razón cuando habla de la utilización del catalán como lengua oficial de la Compañía, al lado del latín. Pero tampoco en este caso podemos ver esta situación como una muestra de la supremacía catalana sobre la aragonesa puesto que el motivo de este uso es perfectamente comprensible. Tanto catalanes como aragoneses poseían su propia lengua, el catalán y el aragonés, reflejada en multitud de textos literarios y diplomáticos. No obstante, la superioridad de la lengua catalana sobre la aragonesa en esa época debido a su expansión naval y mercantil en el Mediterráneo es incontestable, siendo los mercaderes catalanes quienes habían introducido su uso en Oriente desde hacía décadas. A ello se unía un mayor desarrollo del propio idioma, entre otras cosas gracias a las obras de autores como Ramón Lull, lo que le dio un lugar predominante en la corte aragonesa. El aragonés, por el contrario, era un idioma poco conocido y que no tenía ninguna presencia dentro del ámbito político o comercial del Mediterráneo. Por este motivo, las comunicaciones entre la Compañía y el resto de potencias de su entorno se realizarían siempre haciendo uso del latín, o en su defecto el catalán. No obstante, Rubió también recopilaría en el ACA abundantes textos relacionados con la Compañía escritos en lengua aragonesa.

La última prueba de David Jacoby se basa en que la Compañía empleó para regirse en los ducados de Grecia únicamente los Usatges de Barcelona. Nada más lejos de la realidad.

Como demuestra la documentación de la Corona de Aragón conservada, los almugávares desearon que en sus ducados gobernasen las leyes de los reyes aragoneses, y para ello hicieron propios tanto los Fueros de Aragón como los mencionados Usatges. Aunque la situación fuese cambiando con el paso de los años:

[...] predictum exercitum et quemlibet de ipso exertitu seu universitate eandem regere, gubernare, defendere et manutere in juribus eorum pro posse suo, sicut convenienter fieri poterit, secumdum prefatos foros Aragonie vel consuetudines Barchinone in hoc eidem universitati electione servata^[211].

18. El contexto hitórico

Ateniéndonos a la bibliografía producida en los dos últimos siglos podríamos pensar que los almugávares pertenecieron exclusivamente a un periodo de tiempo que iría desde mediados del siglo XIII hasta finales del siglo XIV, sin embargo, como ya hemos visto, su origen se remontaría, al menos, más de dos siglos atrás. De este modo, se convirtieron en espectadores, y a la vez protagonistas, de una de las épocas más intensas de la historia de Aragón y, por consecuencia, del desarrollo de las políticas europeas durante la Alta y Baja Edad Media.

El Aragón de finales del siglo XI y principios del XII había dejado de ser ya el pequeño condado pirenaico, surgido unos dos siglos antes bajo el amparo del rey cristiano de Pamplona, Sancho III el Mayor y de los vecinos del norte de los Pirineos, y se había convertido en una de las grandes potencias cristianas peninsulares que, iniciando su expansión desde los territorios del Norte, se había volcado en la conquista de las tierras del Sur, dominadas desde hacia siglos por diferentes pueblos árabes provenientes del norte de África. El paulatino, pero imparable avance aragonés, fue recorriendo de Norte a Sur las tierras de lo que hoy conocemos como Aragón y así, de los altos valles pirenaicos, el floreciente Reino pasó a dominar las montañas más suaves del Prepirineo, desde la sierra de Leyre hasta los ríos Nogueras. Ramiro I se convirtió en el primer rey de Aragón en 1035 por el legado en el testamento de su padre, mientras que en 1044 añadiría la Ribagorza y Sobrarbe al reino al morir su hermano Gonzalo, según parece en extrañas circunstancias, el cual había reinado también en estos territorios tras el testamento del rey pamplonés. Moriría luchando en Graus en 1064.

El hijo de Ramiro, Sancho Ramírez, dará la forma estable al nuevo reino y relanzará su proyección sobre los reinos y condados de su órbita. Fundará Jaca y dotará a la nueva capital de un fuero propio, tomará Alquezar en 1069, Graus en 1083 y Monzón en 1089. En 1076, al morir sin descendencia Sancho IV de Pamplona, fue coronado también como Sancho Ramírez V de Pamplona, uniendo bajo su gobierno a los dos reinos, Pamplona y Aragón.

Forzado por la necesidad que surgía ante su creciente papel geopolítico, Aragón

solicitó convertirse en vasallo de Roma, para de este modo lograr el respaldo tanto político como militar de la mayor potencia europea en ese momento. Durante el reinado de Pedro I, hijo de Sancho Ramírez, se conquistó Huesca en 1096 tras la famosa batalla de Alcoraz.

Barbastro es tomada de nuevo en 1100.

Alfonso I *el Batallador*, continuó con mayor ímpetu todavía la labor iniciada por sus antecesores, y logró, además de conquistar Ejea y Tauste en 1105, y Tamarit en 1107, cumplir el deseo de aquellos de conquistar la principal ciudad del valle del Ebro, Zaragoza, en 1118.

En 1119 cayeron Tudela, Tarazona y Borja, y continuó hacia los territorios del Jalón y del Jiloca, con Calatayud y Daroca como principales ciudades. Después de la muerte de Alfonso I en 1134 sin dejar descendencia directa, el reino se sumerge en un momento de inestabilidad, ya que rey pretendió dejar el control de éste a las órdenes militares del Temple, el Hospital de San Juan y el Santo Sepulcro de Jerusalén. La oposición de los nobles, tanto aragoneses como navarros haría que la corona del Reino de Aragón pasase al hermano del fallecido rey, Ramiro II, personaje en apariencia fácilmente manejable, conocido como *el Monje*. Por su parte, los navarros se independizaban de la Casa de Aragón definitivamente. Confiados en la debilidad del nuevo rey los nobles terminaron siendo víctimas de sus intrigas y, los más relevantes de entre ellos, fueron ejecutados tras la orden de Ramiro de cortarles las cabezas, hecho éste que se conocería como la leyenda de *La Campana de Huesca*. En 1137 se lleva a cabo la unión de la hija de Ramiro, Petronila y el Conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, con lo que nacería a partir de ese instante la Corona de Aragón. Ramón Berenguer, como señor de la Corona pero nunca como rey de Aragón, ya que la reina era exclusivamente Petronila, prosiguió la conquista de territorios, cerrando las campañas en el valle del Ebro, y conquistando de nuevo Daroca y Monzón en 1142, Tortosa en 1148 y Lleida y Fraga en 1149. Años después acometería las campañas para tomar Alcañiz, Híjar y Albalate del Arzobispo.

El hijo de Petronila y Berenguer, Alfonso II, coronado éste sí como rey de Aragón (1162), tomó las principales plazas del sur de lo que hoy conocemos como Aragón, Teruel y Albarracín en 1170, y afianzó los territorios que permitían la salida al Mediterráneo.

Aragón y los condados al norte de los Pirineos convertidos mayoritariamente al catarismo, habían establecido una serie de relaciones de colaboración como aliados en unos casos, y como vasallos del rey de Aragón en otros. Los occitanos veían en el poderoso reino un apoyo indispensable para el mantenimiento de su independencia ante el peligro que suponían los deseos anexionistas del Reino de Francia, apoyado éste en todo momento por el todopoderoso papado. Este enfrentamiento abierto contra los intereses del Papa traería consecuencias graves, y así en los concilios III y IV de Letrán la Iglesia descargó toda su furia sobre los aragoneses y sobre todos aquellos que amparasen de una u otra forma a los cátaros, aplicándoles las máximas

penas, desde la excomunión hasta declararles la Guerra Santa.

[...] Por esa razón, como quiera que en Gascuña, en Albi y en territorio de Tolosa y en otros lugares, de tal forma ha cundido la maligna perversidad de los herejes que unos llaman cátaros, y otros con otros nombres, pues ya no solo ejercen su maldad ocultamente como otros, sino que manifiestan públicamente su error y atraen a su sentir a los simples y débiles: sobre ellos y sus defensores y los que les acojan, hacemos recaer nuestro anatema: y bajo anatema prohibimos que nadie se atreva a recibirlos en sus casas o en su tierra ni a favorecerlos ni a llevar a cabo con ellos comercio alguno. Pero si cayeron en este pecado, que en modo alguno puedan obtener indulto por medio de ninguno de nuestros privilegios, bajo ningún concepto ni que haya perdón para ellos o que reciban sepultura entre los cristianos. Se trata de Bramantes, Aragoneses, Navarros y Bascoles (Vascones), Coterelos, Triaverdinos, que producen tanto mal entre los cristianos, para que no puedan buscar asilo ni en las Iglesias ni en los monasterios, ni con las viudas ni con los pupilos, ni con los ancianos ni con los niños, sin tener en cuenta ni edad ni sexo, sino que pierdan todo como ocurre con los paganos y así perezcan^[212].

Pedro II definirá las fronteras con Castilla en 1204 y participará en la alianza cristiana para combatir en las Navas de Tolosa (1212). Tras su muerte en 1231, defendiendo a los occitanos y la causa de los cátaros del ataque francés en la ciudad de Muret, Aragón comenzará a perder su influencia política en la zona.

Será con Jaime I *el Conquistador* (1213-1276) con quien la Corona de Aragón se extenderá hacia las tierras del Levante peninsular, además de reconquistar los territorios del sur de Aragón que permanecían bajo control árabe como una parte del Maestrazgo. *El Conquistador* iniciará una larga campaña sobre los reinos musulmanes de Valencia que culminará con la toma de la capital levantina en 1238, y del reino de Mallorca, cuya capital había caído en 1229.

Tras las firmas de los tratados de Almizra en 1244, donde se reconocía el derecho de Castilla a proseguir la conquista hacia Murcia, y del Tratado Corbeil en 1258, por el que Aragón perdería definitivamente el control sobre Carcasona, Toulouse y otros territorios occitanos, al Reino no le quedaba otra alternativa que continuar su expansión hacia el Mediterráneo.

Paralelamente a estos acontecimientos, en el otro extremo del Mediterráneo continuaban las expediciones cristianas para recuperar Tierra Santa, las llamadas cruzadas, cuestión que no afectará directamente a los almugávares al no participar en ninguna de ellas, aunque sí formaron parte de un proyecto de cruzada aragonesa que fracasó desde su inicio.

Sin embargo, sí será de gran importancia el papel protagonista que desempeñará

el Imperio de Bizancio en el Mediterráneo oriental. Los caminos de Bizancio y de los almugávares se cruzarán a inicios del siglo XIV.

Como ocurría desde la I Cruzada a Tierra Santa (1096-1099) convocada por el papa Urbano II en el *Concilio de Clermont* (1095), los reinos cristianos se hallaban inmersos en un espíritu redentor colectivo que pasaba por la recuperación para el cristianismo de la ciudad de Jerusalén y del resto de Tierra Santa. A parte del éxito o no de las expediciones en sí mismas, el mero hecho de organizar o participar en las diferentes cruzadas era un mérito sin paliativos en la Europa medieval. Honores, bulas papales, reconocimiento, fama, salvación... todo se entremezclaba en el éxtasis de la reconquista de la ciudad sagrada, y ningún rey ni noble de la época escapaba a su encanto. Jaime I y la Casa de Aragón, hasta aquel momento, se habían mantenido atentos y solidarios pero distantes con las diferentes cruzadas organizadas, ya que, como la misma Iglesia les reconocía, tanto ellos como el resto de reinos cristianos peninsulares ya estaban manteniendo su propia cruzada particular al llevar siglos luchando contra el «infiel» en sus respectivas fronteras, con la loable finalidad, bajo el prisma de Roma, de expulsar a los musulmanes de la totalidad de la península.

En medio de esta maraña de intereses económicos, durante la Cuarta Cruzada (1202-1204) convocada por el papa Inocencio III en 1199, los cruzados encabezados por Bonifacio de Montferrat, apoyados económica y logísticamente por el dogo de Venecia Enrico Dandolo y aliados con el pretendiente al trono de Bizancio, aunque por breve tiempo, Alejo IV y su anciano padre Isaac, señalaron un nuevo objetivo de la cruzada. Sus ideales de recuperar Tierra Santa para el cristianismo, corrompidos ya por la ambición que despertaba en ellos una nación tan impresionante como la bizantina, con el inmenso valor que poseía como puente entre Europa y Asia, desvió el curso de la cruzada y los soldados francos, respondiendo a sus propios intereses comerciales y económicos, conquistaron Constantinopla en 1204. Los cruzados no tuvieron clemencia a pesar de que se estaban enfrentando no contra «infieles» sino contra cristianos como ellos, derrocando y ejecutando al emperador Alejo III Ángel, perteneciente a la Casa de los Ángeles y provocando una masacre sin paliativos entre la población de la ciudad.

Alejo IV, que sería coronado como emperador por los cruzados el 1 de agosto de 1203 en la iglesia de Santa Sofía, murió, junto a su padre, tras la rebelión popular contra los latinos que terminó con la designación por la muchedumbre del emperador Alejo V Ducas Murzuflo (1204), el cual estaba emparentado con la dinastía de los Ángeles como esposo que era de una hija de Alejo III.

La respuesta franca fue fulminante, los cruzados atacaron Constantinopla tomándola definitivamente el 12 de abril de 1204 y coronando como emperador a Balduino IX, conde de Flandes. Mientras tanto, los derrotados bizantinos instalarían la nueva capitalidad de su imperio en Nicea donde permanecería hasta la recuperación de Constantinopla, aunque al mismo tiempo se fundaron ducados y despotados bajo control de señores bizantinos repartidos por el territorio imperial.

Más de medio siglo duraría el control de los cruzados sobre Constantinopla, hasta que en 1261, los genoveses, eternos rivales de los venecianos, posibilitaron la restitución en el trono bizantino a Miguel VIII Paleólogo (1225-1282).

Miguel VIII, militar de gran reputación por sus victorias para Bizancio, había llegado al poder del Imperio de Nicea después de ser nombrado regente ante la minoría de edad del nuevo emperador Juan Láscaris en 1259. En seguida se puso como objetivo recuperar Constantinopla de manos de los latinos, aunque para ello tuvo que disputar la conquista con otros déspotas.

La toma de la capital no pudo ser más sencilla. El emperador latino Balduino II, regente entonces, había enviado sus tropas junto a las venecianas al frente del mar Negro, situación que Alejo Estrategopolus, general de Miguel VIII, aprovechó para tomar la desprotegida ciudad sin necesidad de lucha. Miguel VIII fue coronado emperador y su hijo Andrónico (Nicea, 1258 - Constantinopla, 1332) «basileus». Para blindar su nuevo estatus como gobernador del Imperio, mandó sacar los ojos y encerrar en un convento al niño Juan Láscaris, legítimo sucesor al trono a quien había jurado lealtad y cumplir con la labor como regente únicamente hasta su coronación. Esta actuación le valdría la excomunión de la Iglesia ortodoxa y la enemistad de parte de la nobleza partidaria de los Láscaris. Tras este golpe de estado por parte del Paleólogo, la estirpe de los Láscaris buscarían asilo en la Corona de Aragón, y sus sucesores se enlazarían matrimonialmente con algunas de las más nobles familias aragonesas y catalanas.

De hecho, las relaciones entre ambas naciones, a pesar de algunos momentos de fricción, mantendrían durante siglos un fuerte vínculo de amistad y colaboración. Como muestra, el 28 de noviembre de 1414 el emperador bizantino Manuel II Paleólogo enviaría una carta al rey Fernando I de Aragón en la que hablaba de esta tradicional simpatía:

[...] significantes vobis qualiter inter nos, predecessores nostros et omnes reges Aragonum maxima viguit dilectio et fervens amor et ferventius quam inter alios principes partium occidentalium^[213].

Pero, además de los problemas internos, el nuevo Imperio tenía en la política exterior un panorama poco favorable. Carlos de Anjou, nuevo señor de Sicilia, reforzado por su ampliado poder, ponía de nuevo a Constantinopla en el punto de mira de sus planes expansionistas, planes originados desde el mismo instante en el que sus compatriotas francos habían sido expulsados de la ciudad por Miguel. Para complicar más todavía la situación del Paleólogo, el papado, firme aliado de Carlos de Anjou, veía bien una nueva cruzada para recuperar Constantinopla de las manos ortodoxas. Miguel VIII, con su consabida astucia, inició un proceso de acercamiento entre las dos iglesias cristianas que culminaría con la petición de que Roma aceptase

en su seno a la cismática Bizancio. Esta maniobra le aseguraría, si no la alianza con Roma, sí el ganar un tiempo precioso y mejorar notablemente su posición ante los reinos cristianos occidentales, aunque a la vez, encendería el clamor popular en su país ante lo que los ciudadanos consideraron una traición al vender la Iglesia ortodoxa a los católicos.

Además, el panorama interno que podía observar el nuevo emperador desde su palacio no era precisamente optimista.

Una enorme cabeza, Constantinopla, se apoyaba sobre un cuerpo debilitado y amenazado por todas partes^[214].

El litoral y las aguas bizantinas se encontraban bajo el control de las repúblicas itálicas; los territorios de Grecia se mantenían como ducados o despotados en manos latinas o de griegos que buscaban la independencia de Constantinopla; Bulgaria y Serbia surgían en el norte de la península balcánica como nuevos estados autónomos; en Occidente, tanto las naciones que habían sido enemigas tradicionales del Imperio como las que se les suponía aliadas, confabulaban contra Bizancio con la intención de tomar de nuevo su capital; y en Oriente, las tribus turcas, que nunca abandonaron el acoso sobre el Imperio, comenzaban a esbozar lo que sería un futuro imperio turco unificado. Así pues, solo la astucia maquiavélica de Miguel VIII, heredera de la más antigua tradición política bizantina, podía mantener la esperanza de recuperar el esplendor del pasado para los griegos.

En 1274, el rey de Aragón recibió una convocatoria del papa Gregorio X para acudir al Concilio de Lyon en donde el emperador bizantino pedía a la Iglesia romana la admisión de los ortodoxos en su seno. De esta forma se firmó la sumisión de la Iglesia ortodoxa a la voluntad de Roma.

Después de unos años convulsos para el emperador, que mantenía un delicado equilibrio entre el descontento de su pueblo y las intrigas constantes de Carlos de Anjou, llegó el enfrentamiento militar con éste, enfrentamiento del que salió victorioso el bizantino en el año 1280. Pese a ello, el de Anjou no se desanimó y continuó con los intentos para apoderarse de Constantinopla. Para acrecentar más todavía sus derechos familiares sobre el Imperio había organizado los matrimonios de sus hijos Felipe de Anjou y Beatriz con sendos herederos de los señores francos de Grecia. Felipe se casaría con Isabel de Villehardouin, heredera del principado de Morea, mientras que Beatriz lo haría con Felipe de Courtenay, quien era sucesor directo al trono latino del Imperio. Contaba además con el apoyo del nuevo papa Martín IV quien se había desentendido del pacto firmado en Lyon. Para contrarrestar estos movimientos, Miguel se hizo con el apoyo de reinos y señores de su entorno y sobre todo con el respaldo, que resultaría fundamental, del rey de Aragón, Pedro III. Fue entonces cuando, ante lo que parecía que iba a ser la ofensiva definitiva de la

alianza entre Carlos y el papado, surgió un acontecimiento en el que muchos han visto la mano oculta de Miguel y que desbarataría totalmente los planes de los latinos: las *Vísperas Sicilianas*. Pocos historiadores albergan dudas de que fue Miguel VIII el verdadero artífice e impulsor en la sombra de la sublevación siciliana contra los franceses, apoyando con los fondos de las arcas bizantinas tanto a los rebeldes como al rey de Aragón para ayudarle a la hora de equipar a su armada. De hecho, en la autobiografía del emperador Miguel, éste dice a posteriori:

Si me atreviera a afirmar que fue Dios quien dispuso su libertad actual (la de los sicilianos) y que esto lo hizo a través de mis manos, diría la verdad^[215].

El cronista italiano Tolomeo de Lucca afirma que él mismo vio el documento firmado por el monarca aragonés y por el emperador griego para realizar un pacto secreto que buscaba destronar a Carlos de Anjou de Sicilia^[216], y Marino Sanudo, según informaciones que le llegaron a través del almirante Roger de Lauria, dice que el emperador Miguel VIII se comprometía a pagar a Pedro III 60.000 perpras anuales a cambio de su colaboración durante el tiempo que durase la guerra contra el francés.

Regresando a la Corona de Aragón unos años atrás, será con el reinado de Jaime I cuando se inicie la expansión hacia el Mediterráneo en una tendencia que se prolongará hasta el reinado de Alfonso *el Magnánimo*. Fue dentro de la aproximación del emperador bizantino Miguel VIII hacia Occidente como en 1269 una delegación tártara, en nombre de su rey el Gran Chaam y del propio emperador, se presentó ante Jaime I para demandar su ayuda en una nueva cruzada a Tierra Santa. El rey consideró, a pesar de la oposición de los infantes aragoneses, que aquella operación podía encajar perfectamente dentro su política de acercamiento al papado y a los reinos cristianos occidentales. De este modo, Jaime I intentó organizar su propia cruzada uniendo sus fuerzas a las de Miguel VIII. Los antecedentes que tenía Aragón, provocaron que no existiese en Europa una opinión de excesiva confianza hacia el rey aragonés ni sobre que éste estuviese decidido verdaderamente a emprender tamaña expedición. Más bien se pensaba que toda aquella representación no era sino un montaje para ganarse el apoyo de Roma. En cualquier caso, el 4 de septiembre de 1269 el rey embarcó en una flota que zarparía desde el puerto de Barcelona, y que se puso bajo el mando del almirante Ramón Marquet.

Sin embargo, las más de treinta embarcaciones y los ochocientos hombres, entre los que se encontraban almugávares, templarios y caballeros hospitalarios, sufrió un terrible temporal, o al menos esa fue la excusa dada por los aragoneses para regresar a Barcelona, dando por terminada su aventura sin llegar siquiera a Montpellier. El rey no volvería ya a intentar retomar el camino de Jerusalén.

Jaime I morirá en Valencia el 27 de julio de 1276 y a consecuencia de su testamento la Corona quedaba dividida. Pedro III *el Grande* (1276-1285) regiría sobre

los reinos de Aragón y de Valencia, así como sobre el condado de Barcelona, mientras que su hermano Jaime obtendría el reino de Mallorca, además del Rosellón, la Cerdaña y los territorios al norte de los Pirineos.

En 1262, a la edad de veintidós años, y cuando todavía no era rey de Aragón, Pedro III se casó en Montpellier con la princesa de Sicilia Constanza Staufen, hija del rey Manfredo y nieta a su vez del emperador de Alemania Federico II. Éste será un hecho fundamental en el desarrollo de la política mediterránea pocos años después ya que, de una manera indirecta, el monarca se convertiría en legítimo aspirante al trono siciliano.

Una vez asentada la conquista de Valencia y Mallorca, el norte de África fue el objetivo. Pedro III *el Grande*, con su armada dirigida por el almirante siciliano Conrado Lanza, realizó incursiones en territorio africano de donde consiguió, además de ingresos provenientes de los botines de guerra, una serie vasallajes por parte de señores árabes que cumplirían con la obligación de pagar tributos a la Corona. Pero además de la obtención de estos ingresos, el rey de Aragón conseguía con estos ataques dos objetivos añadidos. Por un lado, la presión sobre los señores árabes directamente en sus territorios servía como freno a la expansión de éstos hacia la península, y por otra parte, sumaba a sus dominios una zona especialmente estratégica tanto en lo que suponía como ruta comercial hacia Oriente como bastión enfocado hacia Sicilia.

En ese momento el Mediterráneo se encontraba en plena ebullición política. Jaime II de Mallorca, hermano de Pedro, se había acercado al rey francés, enemigo tradicional de los de Aragón, llegando incluso a ofrecerle plazas importantes al norte de los Pirineos, justo al otro lado de la frontera con Cataluña. Además, los aragoneses se encontraron enfrente a un conjunto de potencias comerciales y políticas que mantenían un férreo control sobre los movimientos marítimos, configurándose un escenario de continuo choque bélico. Así pues, la entrada en escena de los aragoneses no hacía sino complicar más aún esta situación.

La expansión de la Corona de Aragón tendría dos estadios diferenciados. En primer lugar los reyes aragoneses buscaron su penetración en el Mediterráneo occidental enfrentándose abiertamente al poder francés, el cual había disfrutado durante décadas del monopolio en cuanto al gobierno político, económico y comercial de la zona, como un paso más en la guerra que desde hacía tiempo mantenían ambas naciones y que, hasta ese momento, se había resuelto en tierra firme.

Posteriormente, en un segundo paso, y tras el triunfo militar y las paces firmadas con los Anjou, la Corona aragonesa, viéndose con todo a su favor para reemplazar a Francia en el control marítimo, dirigió su esfuerzos a neutralizar a Génova como autoridad comercial y política en el Mediterráneo.

Existe, no obstante, un matiz fundamental que marcará este proceso de expansión.

La realidad plurinacional de la Corona quedaba demostrada no ya solo por la

diferenciación en cuanto a las distintas cortes y leyes territoriales, sino también por los intereses que tenían cada uno de esos territorios. Los aragoneses, como habitantes del interior peninsular, y con una economía básicamente campesina, se inclinaban de manera ostensible hacia un enfoque de la conquista dirigida hacia el interior de la península y hacia el otro lado de los Pirineos.

Por su parte, el Condado de Barcelona, con una tradición económica basada en el comercio y con el Mediterráneo como vía principal de su desarrollo, forzaba a la Corona a emprender la aventura marítima. El peso de la nobleza aragonesa pudo hacerse valer en las decisiones tomadas hasta el instante en el que la imposibilidad de llevar las fronteras tanto hacia el Sur, como hacia el Norte, fue manifiesta. Tanto Castilla como Francia impedían los avances. Esa limitación inclinó la balanza hacia los intereses de los poderosos comerciantes catalanes que ofrecieron todo su apoyo al rey para lanzarse a la aventura marítima. En cualquier caso, la Corona de Aragón se planteó el dominio del Mediterráneo considerando su parte más occidental y, salvo en alguna contada ocasión, su ambición respecto a Oriente, se limitó a mantener una serie de pactos y alianzas con los diversos poderes de la zona, desde Bizancio hasta Egipto, que favoreciesen el libre comercio de los mercaderes catalanes, mallorquines y valencianos.

No se puede hablar, por otra parte, de una verdadera política de conquista ultramarina, en todo caso, estaríamos ante la consecuencia de un crecimiento naval fruto de situaciones sobrevenidas y, casi en ninguna ocasión, salvo en el caso siciliano, como parte de un plan estratégico organizado minuciosamente. Sobre todo hay que tener en cuenta un importante obstáculo, además de la oposición de gran parte de los nobles aragoneses, y es que la Corona no contaba con una armada de guerra capaz de luchar contra las flotas francesas o genovesas. Así pues, el primer paso que debía abordar el rey de Aragón era construir naves de guerra suficientes. Una vez más, necesitó del apoyo de los comerciantes catalanes, los cuales se ofrecieron encantados a sufragar los gastos:

Con ese panorama de posibilidades económico-militares de la Corona aragonesa no pareciera posible hablar de imperialismo —económico y político— catalano-aragonés, ya que faltaban las bases esenciales para formular cualquier programa de conquistas de amplio alcance^[217].

Las repúblicas de Génova, Pisa y Venecia eran desde hacía tiempo rivales que peleaban por el control del comercio tanto en todo el Mediterráneo, pero ante ellas se levantaban con todo su poder tanto la Corona francesa, con Carlos de Anjou como principal estandarte, como el omnipresente papado. Ambas potencias, Francia y Roma, permanecerán generalmente unidas por lazos políticos y familiares, así como por sus propios intereses, configurando un poder difícilmente superable. Es posible que esta barrera casi infranqueable que suponían los ejes de poder y comerciales tan

firmemente establecidos en el Mediterráneo, fueran la causa que llevó a los monarcas aragoneses a firmar todo tipo de pactos y tratados con naciones aparentemente enemigas de la cristiandad, desde sultanes árabes hasta la cismática Bizancio.

Este modo de actuar hizo que recayesen sobre Aragón las críticas de los países occidentales e incluso la excomunión de la Iglesia romana, aunque bien es cierto, que más que como castigo por sus pecados, estas represalias tenían en su fondo una justificación exclusivamente política.

Todo este conglomerado de intereses económicos, conflictos bélicos y conspiraciones políticas se reflejó, con más o menos nitidez, en la existencia de dos bandos políticos, los «güelfos» y los «gibelinos». Los primeros, los güelfos, cuyo nombre derivaba de la familia de los duques de Baviera, Welf, en líneas generales, eran partidarios del Papa y de la independencia de las ciudades, a la vez que planteaban una serie de esbozos de libertades comunales. Mientras que los segundos, los gibelinos, cuyo origen era la familia alemana de los Hohenstaufen, se decantaban por el Imperio y por un sistema económico que se aferraba al feudalismo. La Corona de Aragón debido principalmente a dos motivos, que eran sus vínculos familiares con los Hohenstaufen a través de las conexiones sicilianas, y su enfrentamiento permanente con los deseos expansionistas de Francia y especialmente de Carlos de Anjou, se encontró unido al bando de los gibelinos junto a otras ciudades y repúblicas italianas como la de Génova, que desconfiaban del creciente poder de Roma. Lamentablemente para los aragoneses, Carlos, tras las victorias de Benevento (1266) y Tagliacozzo (1268), salió triunfante y con él la causa del papado, por lo que unidos impusieron sus posicionamientos.

El peso siciliano en la corte aragonesa, además de por los vínculos familiares surgidos tras la boda de Pedro III, se había acrecentado enormemente por la dependencia política que la Corona tenía en ese momento de algunos de los sicilianos que llegaron junto con Constanza desde la isla, a causa sobre todo de la pericia y experiencia de éstos en las cuestiones marítimas, tanto comerciales como militares, aspecto que, por las nuevas circunstancias, se había convertido en una necesidad de primer orden para las expectativas aragonesas. Destacaban entre estos caballeros y marinos sicilianos dos de ellos que, por su superioridad frente al enemigo en las batallas navales, fueron merecedores de fama y reconocimiento en la corte. Éstos eran Conrado Lanza y Roger de Lauria (Basilicata, 1250) - Valencia, 1305^[218].

Ambos llegaron junto al séquito de la reina de Aragón y princesa desplazada de Sicilia, y se establecieron en la corte destacando de inmediato al hacer valer sus cualidades como marinos. Conrado Lanza era conde y familiar de Constanza y tenía además una hermana que, una vez en Cataluña, se casaría con Roger de Lauria. Pero poco tiempo después la mujer moriría contrayendo Roger de nuevo matrimonio, en esta ocasión con la hija de Berenguer de Entença, una de las casas principales de Aragón y Cataluña, y uno de cuyos miembros será parte fundante de la posterior expedición de los almugávares a Grecia. Por su parte, Roger provenía de las

proximidades de la región de Calabria donde tenía numerosos castillos a cuya cabeza se encontraba el de Lauria (Loria) que daba nombre su estirpe. Su madre había criado a la reina Constanza y por esta razón había estado desde niño en la corte siciliana. Así pues, ambos llegaron muy jóvenes a Cataluña, y Muntaner dice de ellos que *así cada uno de ellos fue el más perfecto catalán que pueda haber y hablando catalán de la manera más hermosa*^[219].

Conrado Lanza había sido designado por el rey de Aragón como embajador en las tierras del norte de África, lo que en la práctica suponía ser el encargado de exigir el pago de tributos al sultán. Cuando éste se negó a pagar, el almirante, bajo las órdenes de Pedro III, se lanzó a una serie de ataques a las costas bereberés que se saldó con numerosas victorias encadenadas. Fue entonces cuando el rey planeó una cruzada de mayor calado contra Túnez pidiendo a su vez la bula papal para llevarla a cabo. Sin embargo, el papa Martín IV, receloso de los triunfos y del poder que podía alcanzar el aragonés, le negó la ayuda. Pese a todo la expedición partió con el monarca al mando hacia Túnez.

Pedro III ordenó construir «leños» (pequeñas embarcaciones), «taridas» (naves de mayor calado) y «galeras» en todos los puertos importantes de Cataluña y Valencia, y que las ciudades y villas del interior se dedicasen a la fabricación de todo tipo de armamento para la expedición africana. La operación sería dirigida en principio por el hijo del rey, el almirante Jaime Pedro y por el afamado almirante Conrado de Lanza.

En teoría, mientras el rey de Aragón se hallaba inmerso en plena campaña en el norte de África, recibió la solicitud de ayuda por parte de los sicilianos para acabar con los ejércitos franceses que, dirigidos por Carlos de Valois, habían conquistado la isla tras vencer y acabar con la vida del rey Manfredo, hijo del emperador alemán Federico II, el 26 de mayo de 1266 en la batalla de Benevento. Éstos le ofrecían además la corona de la isla como legítimo pretendiente al trono. Este desafío le situaba como enemigo declarado de los franceses, con los que ya se había enfrentado en algunas ocasiones con anterioridad, y del papado, aliado permanente de la causa de Carlos de Anjou. A pesar de todo, decidió aceptar la demanda de los sicilianos por varios motivos. El rey había intentado lograr otra bendición papal para afrontar la conquista de Sicilia, y de nuevo le había sido negada la bula. Aún llegaría a mayores el enfrentamiento entre Roma y el Reino de Aragón. El 9 de noviembre de 1282 el Papa excomulgó a Pedro III, otorgando sus reinos a la Casa de Anjou, aunque evidentemente esto último, solo desde un ámbito teórico. La cruzada para la que Pedro había solicitado ayuda se había transformado en una auténtica cruzada contra Aragón.

Además, Sicilia representaba un bocado demasiado apetecible dentro de los planes mediterráneos del rey aragonés, siendo un enclave geopolítico de primer orden. Por otro lado, Manfredo, el depuesto monarca de Sicilia, era el suegro de Pedro III, por lo que éste poseía derechos de sucesión sobre la isla. Y por último, en la corte y el ejército aragonés abundaban entonces los personajes sicilianos relevantes

que se habían exiliado tras la invasión francesa y que influyeron al monarca en este sentido.

Los franceses, durante la ocupación de Sicilia, no se contentaron con apoderarse de la isla, sino que causaron una serie de masacres indiscriminadas y de abusos sobre la población civil, hechos que incluso llevaron a su aliado el Papa a exigir a Carlos de Anjou que terminase con los excesos cometidos por sus ejércitos. Estos abusos acabaron convirtiéndose en el detonante de una rebelión popular el 30 de marzo de 1282 Lunes de Pascua, conocida como las Vísperas Sicilianas. Éstas fueron sin lugar a dudas fruto del descontento de la población de la isla contra los invasores pero, con ser éste el detonante principal, no es menos cierto que las intrigas políticas de diferente signo que se produjeron en secreto dirigieron interesadamente el conflicto. Bernat Desclot narra una versión de lo sucedido y de cual fue el motivo último del levantamiento siciliano contra Carlos de Anjou:

Sucedió que en la ciudad de Palermo, que es la capital del reino de Sicilia, el tercer día de Pascua, es decir, el martes de la fiesta de Pascua, las gentes de la ciudad se acercaban a una iglesia situada fuera de la ciudad donde se concedía gran perdón. Y entre otra gente, se acercaban un grupo de nobles damas con sus maridos, hermanos y amigos, e iban alegres y cantando.

De repente se encontraron con una compañía de «ribauds» (soldados) franceses que eran de la corte del rey Carlos, que estaban en Palermo por él; y estos malvados ribauds acosaron a las damas y metieron la mano a sus pechos. Y los maridos de las damas y los otros que con ellas estaban les dijeron:

—Buenos señores, continuad vuestro camino. No hagáis villanías a las señoras.

Y ellos respondieron como ribauts. Y levantó uno de ellos la maza que llevaba y le dio un golpe en la espalda a uno de los ciudadanos. Cuando los otros acompañantes vieron que tan gravemente los vilipendiaban, ellos y las mujeres que con ellos estaban, se lanzaron, con los bordones (especie de bastón con punta metálica) que llevaban, sobre los franceses, y gritaron:

—¡A muerte! ¡A muerte con los franceses!

Y de este modo toda la gente de Palermo acabó con todos los franceses que pudieron encontrar en la ciudad, con gran derecho suyo y gran iniquidad de los franceses, que son gente muy cruel y los tenían vilmente sometidos bajo sus pies^[220].

Pedro III envió a Sicilia una flota al mando del almirante Roger de Lauria que zarparía de Port Fangós^[221], el 7 de junio de 1282.

Los franceses fueron vencidos sin demasiadas dificultades, eso sí, esta cómoda

victoria no solo fue lograda gracias a la destreza de los navegantes sicilianoaragoneses, sino, en gran medida, a causa de la peste que se extendió entre las filas francesas y que les obligó a una retirada forzosa. El desembarco de los ejércitos de Aragón en Trapani, con el rey al frente, el 29 de agosto de 1282 iniciaría la toma de la isla, colocándose al frente de esas fuerzas dos mil almugávares que marcarán claramente el curso de la guerra. Carlos *el Cojo*, hijo de Carlos de Anjou, sustituía a su padre en aquel momento al frente del ejército francés y sería quien se viese obligado a dar la orden de retirada.

Ante este grave contratiempo, los franceses, con la ayuda de Jaime II de Mallorca que les ofreció infraestructuras para el ataque, intentaron la ocupación de los territorios de la Corona penetrando a través de los Pirineos catalanes. Era el año 1285 y los aragoneses y catalanes, no sin grandes dificultades, expulsaron a los franceses desde el Coll de Panissars y Figueres, siendo decisiva la actuación del almirante Roger de Lauria quien había regresado desde Sicilia.

Pedro III el Grande morirá en 1285, dejando la Corona de Aragón en una situación favorable dentro del panorama político mediterráneo. Con posesiones importantes en su poder como Baleares, Sicilia, Córcega y Cerdeña; con plazas en el norte de África rindiendo tributos a la Corona; con el nuevo papa Honorio IV perdiendo interés en el conflicto, debido al desgaste que le había supuesto; y con el rey de Francia Felipe IV restando importancia también a las cuestiones de Sicilia, el futuro parecía prometedor para los aragoneses. Sin embargo, Alfonso III el Franco (1285-1291), sucesor del fallecido rey aragonés, se verá obligado a retirar la ayuda a Sicilia, que era regida por su hermano Jaime desde 1286 forzado por las presiones surgidas.

Así, en 1291, Alfonso III decidió abandonar y ceder ante el papado, recuperando a cambio parte de las buenas relaciones entre ambos estados.

Ese mismo año muere Alfonso y le sucede su hermano Jaime II (1291-1327), lo que le llevará a dejar la isla, al menos por el momento, en manos de su hermano Fadrique (Barcelona 1272 - Palermo 1337). Pero la situación política daría todavía varias vueltas de tuerca más y el porvenir de Fadrique y de Sicilia sufriría un giro inesperado. Jaime II se encontraba en una etapa delicada. Por un lado, las relaciones con Castilla, después de algunos intentos de pacto, no se encontraban en un buen momento y los enfrentamientos por cuestiones territoriales derivadas de la conquista se sucedieron durante estos años; por otra parte, el rey de Francia Felipe IV el Hermoso descubrió en el rey aragonés un valioso aliado en su nueva guerra contra Inglaterra, posibilidad esta última, que el papa Bonifacio VII no veía aceptable. Esta serie de movimientos políticos acabarían con la firma del Tratado de Agnani en 1295, por el que Jaime II de Aragón se casaba con la hermana de Felipe de Francia, Blanca de Anjou, y recibía una importante suma económica de manos de Felipe y del propio Papa. Pero la contrapartida no sería pequeña, ya que Aragón cedía a Carlos de Nápoles la isla de Sicilia y el resto de territorios conquistados junto a ésta. Parecía

que Jaime II lograba estabilidad política para la Corona al desaparecer los enfrentamientos con Francia y el papado, pero surgiría otro problema que no lograría solucionar. Fadrique, su hermano y gobernador de Sicilia no estaba dispuesto a abandonarlo todo, y junto a él, el resto de la población siciliana que tampoco iban a dejar su patria en manos de aquellos que pocos años antes habían cometido crímenes tan horribles.

Ante esta perspectiva, Fadrique no tuvo ningún obstáculo en la isla para ser coronado como nuevo rey en 1296, siendo aupado al trono por el parlamento y los ciudadanos que veían en él su única esperanza para evitar que se cumpliese lo firmado en Agnani.

Jaime II, en línea con lo acordado con Roma, exigió a su hermano y a los nobles aragoneses y catalanes que estaban asentados en la isla, que abandonasen ésta, pero la respuesta a su orden fue negativa, lo que llevó al enfrentamiento entre los ejércitos de ambos países, luchando aragoneses y catalanes contra sus propios hermanos, y convirtiendo a Roger de Lauria en verdugo de sus compatriotas.

Sin embargo, en el momento en el que el rey de Aragón podía haber dado el golpe de gracia a su hermano, decidió abandonar la empresa ante el desagrado de los franceses y del papado. La realidad era que, aunque obligado a cumplir lo firmado, Jaime II no deseaba ni luchar contra su hermano ni tampoco que éste desapareciese de la escena mediterránea ya que, al fin y al cabo, la presencia de Fadrique como regente de Sicilia era una garantía para mantener la hegemonía aragonesa en la zona.

El Papa intentaría solucionar el fracaso de sus planes tras el abandono de los aragoneses pero ninguno de sus intentos lograría su objetivo de conquistar la isla. De esta forma, y de la mano de Carlos de Valois, hermano de Felipe IV, conocido también como el «rei del xapeu» por lo ficticio de sus títulos como rey de territorios aragoneses, los franceses no tuvieron otra alternativa que firmar la llamada Paz de Caltabellota, el 19 de agosto de 1302. Por este acuerdo Fadrique II permanecía como soberano de Sicilia y únicamente a su muerte podría pasar la isla a manos francesas, pero ambos bandos sabían que esta era una posibilidad muy lejana.

Ahora sí, después de múltiples avatares, la Corona de Aragón se afianzaba definitivamente en el sur del Mediterráneo.

Mientras todo esto sucedía en el Mediterráneo occidental, en Oriente, y más concretamente en el Imperio de Bizancio, no eran ajenos a estos acontecimientos. Desde que fuese depuesto como emperador de Bizancio, Balduino II había dedicado sus esfuerzos a intentar recuperar el trono, para ello contaba con el apoyo incondicional de Carlos de Valois, el cual nunca olvidaría de entre sus objetivos el de recuperar los territorios griegos perdidos por los cruzados francos a manos de Miguel VIII Paleólogo. Sin embargo éste, como ya vimos, haciendo gala de una gran capacidad diplomática había conseguido acercarse a Occidente, llegando incluso a lograr que en el Concilio de Lyon, celebrado en 1274, se proclamase la unión de las iglesias ortodoxa y católica, además de haber participado en el intento fallido de

cruzada a Tierra Santa en 1269 junto a Jaime I de Aragón. Pero si el Paleólogo tramó una brillante estrategia política, ésta fue su participación desde la sombra en el estallido de las Vísperas Sicilianas, ya que tras ellas su más peligroso enemigo, Carlos de Valois, acabó claramente vencido, al tiempo que sus aliados aragoneses lograban la victoria.

No obstante, Carlos no cesó ni mucho menos en sus aspiraciones sobre Bizancio, y menos todavía después de contraer matrimonio con Caterina de Courtenay, nieta de Balduino II, lo que le convertía en legítimo aspirante al trono de Constantinopla, y así, después de firmar la Paz de Caltabellota, Carlos buscó la alianza tanto con Jaime II de Aragón como con su hermano Fadrique II de Sicilia para acometer juntos el «negoci de Romanía». La respuesta de los monarcas aragoneses, aunque distinta, fue muy similar en cuanto a los resultados en ambos casos. Mientras Jaime I no rechazó la propuesta pero se mantuvo expectante y sin llegar a concretar ninguna actuación con el francés, Fadrique firmó un acuerdo con Carlos de Valois bajo el título de *ad acquisitionem Imperii Constantinopolitani*, pero poco después, merced a la ayuda militar enviada al emperador bizantino Andrónico II, el pacto quedaba sin efecto.

En otro ámbito, la expansión de la Corona hacia el Mediterráneo llevó siempre unidas dos motivaciones que se complementaban: la territorial y la económica. Las campañas para la anexión de nuevos territorios acarrearaban una carga económica que era imposible de asumir para una extensa pero pobre Corona como era la aragonesa, por lo que se hacía indispensable una fuente paralela y continuada de ingresos que las hiciese viable. Del mismo modo, el auge del comercio no podía darse sin nuevos territorios con los que intercambiar productos y establecer nuevas relaciones comerciales. Así, aunque sin ser una potencia comercial del nivel de Génova, Venecia o Pisa, Aragón y Cataluña, con los comerciantes catalanes al frente, buscaron su sitio dentro del panorama comercial y político mediterráneo.

Los establecimientos comerciales de los mercaderes catalanes en el Mediterráneo se agruparon en torno a una institución denominada *Consolat del Mar*. La referencia escrita más antigua que se conoce de uno de ellos es de 1253 en Túnez, y posteriormente en Bugía en 1259. Jaime I reconocería a Barcelona el derecho para nombrar cónsules para estos enclaves comerciales. Es de reseñar como en 1290 (1296 según algunas investigaciones recientes) el emperador Andrónico II, concedió privilegios a los comerciantes provenientes de la Corona de aragonesa a la hora de comerciar con Bizancio.

Para llevar a cabo este desarrollo marítimo comercial era imprescindible una flota con la suficiente envergadura como para realizar las labores mercantiles y, además, asegurar militarmente este tráfico comercial, manteniéndolo a salvo del resto de potencias y de los ataques de piratas y corsarios. La Corona, por cierto, aprendería rápidamente las costumbres del mar puesto que sería acusada en no pocas ocasiones de cometer también actos de piratería, o mejor dicho, de otorgar patentes de corso a sus marinos. La flota aragonesa no podía compararse a la genovesa o la veneciana, ni

tan siquiera a la francesa de la Casa de Anjou, pero paulatinamente iría adquiriendo más y más relevancia, como lo confirmarán las importantes victorias logradas, muchas de ellas gracias a capitanes como Roger de Lauria.

19. Las primeras campañas

Es innegable que las compañías de almugávares jugaron un papel fundamental en los planes de conquista del Reino y de la Corona de Aragón, aunque no siempre fue igual el rol que desempeñaron, de hecho, podemos diferenciar tres épocas distintas en cuanto a su participación en las campañas aragonesas. En primer lugar se encontraría la etapa en que comienza su vinculación a la tropa aragonesa, que abarcará desde un tiempo antes de su aparición frente a Zaragoza en el año 1110-1111 hasta el final de las campañas de Valencia y Murcia. La segunda etapa se iniciará una vez que la Corona de Aragón viese acotadas sus posibilidades de continuar expandiéndose en la península al luchar por dominios musulmanes por los que también pugnaba Castilla. A partir de aquí los almugávares navegarán junto al rey de Aragón dentro de sus planes en el Mediterráneo occidental. El escenario de sus acciones será el norte de África y el sur de la península itálica, siendo el núcleo principal de la trama la isla de Sicilia. Para terminar, la tercera etapa coincidirá con uno de los capítulos más emocionantes de la historia de Aragón, su aventura en tierras griegas.

Su eficacia militar les colocaría en primera línea de batalla desde el momento en el que comenzaron a luchar junto a los ejércitos aragoneses. No obstante, existe un largo periodo de tiempo durante el que no hay noticias suyas que se iniciaría tras aparecer por vez primera alrededor del año 1110, cuando Alfonso I *pobló el Castellar de ciertos hombres que vulgarmente dicen Almugávares*^[222]. Zurita también se refiere a ellos en ese instante:

Y poco después comenzó a poner gente plática en la guerra y muy ejercitada en ella, que llamaban almogávares, en el Castellar para que estuviesen en frontera contra los moros de Zaragoza^[223].

Estos hechos culminarían con la conquista de la ciudad de Zaragoza en 1118 por el rey *Batallador*.

En el relato de esta primera aparición hallamos una curiosidad que tiene que ver,

no tanto con la acción militar en sí, sino con la naturaleza de los almugávares. El escritor de principios del siglo xx, Pablo Claramunt, al que daremos poca relevancia, en su *Compendio de la Historia de Zaragoza*, libro que sería usado en su momento como de texto en las escuelas aragonesas, definía a los almugávares como individuos diferentes de los cristianos:

[...] hasta llegar al Castellar, desde el que los cristianos por un lado y los almogábares por otro, bajaban al llano, invadiendo todas las campiñas y extendiéndose hasta los muros de Zaragoza^[224].

Su siguiente aparición en la documentación histórica la encontramos de nuevo en los *Anales de Aragón* de Zurita, en el año 1149, cuando la unión política entre Aragón y el condado de Barcelona se había llevado a cabo hacía unos once años, y ocurre durante el sitio a la ciudad de Lleida:

Mándó el príncipe de Aragón (se refiere al conde de Barcelona Ramón Berenguer IV ya que éste nunca se tituló rey de Aragón sino príncipe) juntar los ricoshombres de Aragón y Cataluña y la gente de guerra de sueldo los más pláticos y ejercitados en ella que entonces llamaban almogávares [...]^[225].

Llegados a este punto, la mención de los almugávares en las crónicas desaparecerá durante casi un siglo, lo que no significa que no aparezcan ya que los cronistas aludirán a ellos mezclándolos con los «sirvientes de mesnada» o «peones», que era el modo habitual y genérico para referirse a los soldados de rango inferior.

Es durante el reinado de Pedro II (1196-1213), cuando se ocultan de la luz de las crónicas, pero no es en absoluto descabellado afirmar que, si durante los reinados de sus antecesores lo fueron, todavía más claros parecen ser los indicios de que estas huestes de mercenarios colaborasen junto a él en sus campañas, especialmente en la que acabó con su vida en Muret, al sur de Toulouse el 12 de septiembre de 1213 y en la que los aragoneses lucharon apoyando a sus aliados cátaros en su guerra contra Francia.

La conquista de Mallorca, *Medina Mayurqa* para los árabes o *Palma* para los latinos, se convertirá en el escenario sobre el que reaparecen las citas sobre la presencia de almugávares.

Será en la *Crónica de Jaime I*, una vez concluida la conquista de Mallorca, en el año 1229, situándose el acontecimiento narrado alrededor de 1231 año en el que el rey Jaime I tuvo que regresar a pacificar la isla:

E don Pero Maça feu una caualgada ab cauallers, e ab homens de la ost, e ab

almugauers^[226].

Precisamente, fueron éstos, junto a los caballeros templarios, los únicos que, bajo la dirección directa del rey de Aragón, cumplieron con cierta dignidad su papel de soldados.

Buena parte del resto del contingente aragonesocatalán, principalmente los «rics homes» y los caballeros, mostraron en aquella conquista (que tenía la bendición papal como cruzada contra los «infielos») grandes dosis de cobardía, moviéndose exclusivamente por sus intereses económicos y dejando el riesgo de la acción sobre las espaldas de otros.

De Mallorca, y tras los pasos de Jaime I, pasarán a luchar por la conquista del próspero reino musulmán de Valencia (1232-1245). La *Crónica* de Jaime I los sitúa en la ribera del Júcar en 1233, año en el que se conquistará Burriana y Peñíscola:

E esperam aqui don Pero Corneyl de sent Miquel tro a Nadal: acordam nos que faessem vna caualgada en ribera de Xuchar, e poguem esser tro a CXXX cauallers de parage, e dalmugauers tro a CL, e peons tro a DCC, e trasnuytam de Burriana^[227].

No hay que dejar pasar por alto un aspecto fundamental, y es que por primera vez se habla del número de miembros que componían las compañías de almugávares. Por lo descrito, en esta ocasión fueron ciento cincuenta los mercenarios que iban con Pedro Cornel.

Esta será la primera de una serie de citas que demuestran como el número de almugávares que componían las expediciones era muy variable, pero al mismo tiempo confirmarán la teoría según la cual su cantidad iría progresando en una línea claramente ascendente, por lo que parece que la incorporación de nuevos individuos procedentes tanto de los territorios ya pertenecientes a la Corona, como de los recién conquistados dominios árabes, era una realidad constatable.

Siguiendo con la misma crónica, vemos como la presencia de los mercenarios fue habitual durante toda la conquista de Valencia, de manera que protagonizarán continuas escaramuzas en los alrededores de la ciudad antes, durante y tras el sitio que ésta sufrió. Así hicieron, por ejemplo, en las torres de Muncada o de Museros:

E derrocam la torra de Muncada, e puy anam a Museros e assetiam la torre, e nos començam de parar nostre feneuol, e sabem per ueritat e·I-sarrai de la torre, lo qual·I-almogauer hauia pres, que Çahen los hauia manat que no ni romangues mes de·LX·per deffendre la torre [...]^[228].

Cuando el rey determinó sitiar Valencia se estableció sobre el Puig de Santa

María y se rodeó de notables del reino de Aragón como el comendador de Alcañiz, Rodrigo de Lizana, Guillén de Aguilón o Jimén Pérez de Tarazona, junto a ellos, además de los soldados del propio rey, les acompañaban ciento cincuenta almugávares:

E quan saberen los sarrains de Ualencia que nos huiem Paterna, per vna ira e dolor que huiem de primer los dobla, e quant tant nos acostauem a ells. E nos estan al pug de Sancta Maria haguem nostre acort que no esperassem als, mas que anassem a setiar Ualencia. E era ab nos lo mestre del Espital per nom Nuch de Fuylalquer, e I-comenador del Temple, quey hauia tro a ·XX· cauallers, el comanador Dalcaniç, e don Rodrigo Liçana, quey hauia be XXX cauallers, e el comanador de Calatraua, e en G Daguilo qui ni hauia tro a XV, e don Exemen Periç de Taraçona, e nostra maynada qui eren ab nos, e podiem esser tro a CXXX·o CXL·cauallers de linyatge, e hauia hi CL·almogauers, e be tro a M·homens de peu^[229].

Los almugávares compartieron en ocasiones sus acciones con otras compañías pertenecientes a las órdenes militares que como ellos participaban de la ofensiva en Valencia. En el caso de Villena, fue con los frailes-soldados de la orden de Calatrava con quienes colaboraron, pero como muestra la documentación histórica, siempre fueron «carne de cañón», y en ningún caso se cuenta con ellos a la hora del reparto del gobierno de las villas conquistadas. En el caso de Villena, fue el rey quien, ante la rendición de los musulmanes, ordenó que ésta se pusiese en manos de los calatravos:

E puyt lo comanador Dalcaniç ab los frares e ab almogauers faeren vna bastida a Billena: e ells estan aixi, aenant uengren los de Billena, e dixeren nos que si nos los ho manuem que retriem Billena al Comanador. E nos manam los que la rendessen, e renderen la als frares^[230].

Frente a la gran cantidad de victorias logradas por los almugávares, no son pocas tampoco las ocasiones en las que no salen tan bien librados. Éste es el caso de Ruzafa, barrio a poca distancia de la ciudad de Valencia, y a donde se dirigieron los mercenarios, sin permiso de nadie, con la única intención de sorprender a los habitantes árabes de la villa y saquear todo lo posible, como era su costumbre. Sin embargo, en esta ocasión se vieron atrapados por la hueste musulmana que defendía el lugar y, de no ser por la rápida ayuda del ejército aragonés, allí mismo habría perecido toda la compañía de asaltantes, aunque finalmente lograron sus objetivos:

E quan uench altre dia ans dalba menys de sabuda de nos, los almogauers els seruents anaren pendre Ruçafi que es a·II trets de balesta prop la vila de

Ualencia. E nos lauores hauiem mal als uyls, e nols podiem obrir menys daygua calda quels nos lauauen: e dixeren nos que almogauers e homens de peu sen eren anats a pendre posada a Ruçafa que hauien presa^[231].

En este momento es cuando el cronista catalán Bernat Desclot incluye por primera vez a los mercenarios en su relato, justamente en las últimas refriegas antes de la entrada del rey Jaime I en la ciudad de Valencia en la Navidad de 1238:

Quant los paoncells els almugavers saberen quels Serrayns s'en anaven en terra de Murcia e de Granada, passaren en les partides de Alacant e en les partides de Villena, e foren als passos; e aqui cativaren ne molts, en occiren, els tolgueren gran arnes e gran tresor. Lo noble rey En Jaume entra en la ciutat ab totes ses osts; e aço fo a 28 dies de setembre, en lo any de Nostre Seyor 1238^[232].

Una conclusión que se obtiene tras la lectura de las crónicas es que, en buena cantidad de ocasiones, actuaban tanto por iniciativa propia como dirigidos por alguno de los señores aragoneses o catalanes que acompañaban a las huestes del rey pero, en todas las ocasiones, a tenor de lo descrito, incitados por su afán personal de lucro latente en su naturaleza mercenaria. Sin abandonar el servicio a la Casa de Aragón, primaban por encima de ello su espíritu de independencia y su interés personal. Tanto es así que, después de conquistar Valencia, continuaron con sus incursiones habituales contra las poblaciones limítrofes que todavía permanecían en poder de los musulmanes, y no solo contra ellos, sino también contra aquellos que se habían refugiado bajo el amparo del rey de Aragón. Prueba de ello es el pasaje de la *Crónica de Jaime I* en el que se narra como, una vez dominado el reino de Valencia y sometidos sus habitantes árabes, el noble aragonés Guillén de Aguilón y su compañía de almugávares continuaban ejerciendo el bandidaje, a pesar de que el rey había concedido a los musulmanes derechos y permisos para continuar practicando sus labores cotidianas en aquellas tierras.

El monarca tuvo que hacerse respetar y quienes cometieron los robos sobre los árabes escaparon de las tropas aragonesas refugiándose, una parte de ellos en Aragón, y la otra ofreciéndose al servicio del rey de Castilla:

E quan nos fom en Ualencia trobam grans clans dels sarrains ques eren renduts a nos: e en G·Daguilo, e companya d'almugauers, e peons que hauien feyt aquel mal e aquela roberia: e enuiam per ells, e no uolgren uenir a nos, e fugiren: e anaren sen vna partida al Rey de Castella, e altra partida en Arago, e de ça e de la^[233].

Xátiva sería el siguiente objetivo en los planes del monarca aragonés después de haber tomado Valencia. La ciudad caería en 1244, no sin antes llevarse a cabo las correspondientes cabalgadas. En este caso fue Rodrigo de Lizana quien con sus almugávares realizaban incursiones en los alrededores de Xátiva, aunque finalmente fue el rey quien tuvo que ir sobre la ciudad en ayuda de sus gentes:

E quan uench aenant tro a·I any e·III meses, los moros que tenia lalcayt de Xatiua en la senyoria ab los moros que eren de Tous, e de Terrabona, e de Carcell a vna caualgada que faeren companya de don Rodrigo Liçana, e almugauers, e uenien sen ab ela [...] ^[234].

Así, Jaime I estableció el sitio de Xátiva:

E nos uiam per los cauallers del regne de Ualencia, e per los altres homens, e per almugauers, e ab los altres Richs homens, e anam assetiar Xatiu, e posam nos en la orta riba del riu ^[235].

En julio de 1264 hay un ejemplo de hasta que punto la frontera entre los almugávares profesionales y la dedicación al saqueo por parte de la población de los nuevos territorios ocupados, no estaba demasiado delimitada. Esos días, los vecinos de Alcoi, aprovechando (o provocando) la huida de sus convecinos mudéjares de la villa, robaron y se repartieron las posesiones y los bienes que pertenecían a aquellos, usando los mismos modos que empleaban los almugávares ^[236]. Este hecho, en absoluto excepcional en ese tiempo, da idea de como la dedicación al saqueo y a la extorsión era una práctica habitual, no solo entre los mercenarios a sueldo, sino también entre gran parte de la población civil recién asentada en la zona.

Las campañas sobre Valencia continuaban. Una noche de 1265 mientras las tropas aragonesas descansaban en Orihuela, acudieron ante el rey Jaime dos almugávares llegados desde la ciudad de Lorca para alertar al monarca de que, por la zona desde donde venían, se acercaban refuerzos musulmanes que se dirigían hacia Murcia. Según los mercenarios el contingente enemigo era de ochocientos jinetes con dos mil mulas cargadas y dos mil hombres armados. La victoria fue sencilla para el rey y apenas tuvieron que entrar en batalla ya que cuando aparecieron ante el enemigo éste huyó despavorido:

E nos qui erem en Oriola quey erem romases be per VIII dies, vna nuyt uengren nos II almugauers de Lorca, e tocaren a la nostra porta, e podia esser be mija nuyt. E dixeren nos quens fayen saber los de Lorca que DCC jenets ab II milia azembles carregades, e II milia homens darmes que les tocauen metien conduyt en Murcia, e que eren passats al sol post denant

Lorca^[237].

En enero de 1266 Jaime I conquistó la ciudad de Murcia donde también jugaron un papel fundamental, aunque de nuevo mostraron como el afán por hacerse con el mayor botín posible estaba siempre presente. Desclot cuenta como tras la toma de Murcia, Jaime I expulsó a los musulmanes —treinta mil entre hombres, mujeres y niños— fuera de la ciudad camino de Granada, dándoles protección hasta un día de distancia de Murcia. Fue entonces cuando los almugávares se les adelantaron dos días de marcha y se emboscaron esperándolos. Tras comprobar que la guardia del rey se había dado la vuelta, pasaron a cuchillo a la mayoría y les robaron todo lo que portaban, regresando luego con el botín a Valencia:

E eren ben trenta milia, entre homens e fembres e infants. E los almugavers donaren los salt e occiren ne molts, e retengueren los altres en catius^[238].

A pesar de la importancia que tenía en los objetivos de Jaime I la conquista de nuevos territorios en el Sur, sus miras no estaban puestas únicamente aquí. Permanecía muy atento a las políticas y movimientos que en el resto de Europa, y sobre todo en el Mediterráneo, se estaban llevando a cabo. Por todo ello el rey de Aragón, a pesar de mantener su propia cruzada en la península, aceptó la petición de ayuda que le llegó desde Bizancio para organizar una nueva cruzada.

En la armada que partió desde Barcelona el 4 de septiembre de 1269 además de frailessoldados de diferentes órdenes religiosas, zarpó también un importante número de almugávares.

Puede ser que ésta fuese la primera toma de contacto de éstos con una expedición militar marítima, aunque en realidad no pasaría de ser un proyecto ya que la flota aragonesocatalana no llegaría más allá de Montpellier a causa, en teoría, de un inesperado temporal.

Las guerras contra los ejércitos musulmanes supondrán durante este periodo el grueso de las actividades de los almugávares, siendo su ocupación esencial y su principal fuente de ingresos. Sin embargo, el rey los empleará en cualquiera de los frentes bélicos en los que se veía inmerso, de tal forma que en 1275 reunió en Murcia a más de ocho mil almugávares para rechazar a las fuerzas del rey de Castilla Alfonso X (yerno del rey aragonés), siendo fundamentales para el desenlace final de la batalla.

Eran tiempos en los que el oficio de la guerra no se contemplaba como un acontecimiento temporal y dramático sino que, al menos para quienes vivían de ella, representaba un medio permanente de ganarse la vida, un oficio estable como cualquier otro. Esta realidad provocaba que los conflictos no fuesen únicamente por la resolución de enfrentamientos ideológicos o territoriales sino, además de eso, un resultado sanguinario pero buscado y premeditado para lograr la subsistencia

económica. Solo desde este prisma mercantilista se puede comprender como los almugávares, que acababan de luchar contra los ejércitos castellanos, al enterarse solo un año después, en junio de 1276 de que contingentes árabes, vasallos del rey de Granada, se habían levantado contra el rey castellano, se reunieron en gran número y se lanzaron a la defensa de aquel, al mismo tiempo que comenzaron una serie de correrías y de saqueos contra los musulmanes asentados en las tierras conquistadas por el rey de Aragón.

Els almugavers de terra de Valencia e de Catalunya e de Arago saberen que la guerra era tornada entrel rey de Castella el rey de Granada, vengueren s'en tots en terra de Valencia, e aqui ajustaren se tots: que s'en volien anar en la frontera del regne de Murcia e del regne de Granada per fer mal a Serrayns^[239].

Sin ningún tipo de gobierno, los almugávares, desoyendo las órdenes reales o despreciándolas directamente, se lanzaron al robo y al saqueo tanto de musulmanes como de cristianos. Hartos de los mercenarios del rey que actuaban incontrolados por las tierras de Valencia y Murcia, sus habitantes árabes, que se encontraban bajo el vasallaje del monarca aragonés, pagando además sus impuestos a los nuevos gobernantes, demandaron protección frente a estas bandas, a lo que el rey respondió con ira contra los almugávares, prometiendo castigo a los culpables:

E foren be huyt milia homens a peu en la plana de Xixona qui es entre Alacant e Xátiva. Corregueren en la orta de Alacant e del Coder, e prengueren molts dels Serrayns, els veneren; e puix corregueren pel regne de Valencia, lla hon los Serrayns paliers staven; e prengueren ne molts, els veneren. Si quels Serrayns del regne de Valencia s'en vengueren clamar al rey En Jaume de Arago, e digueren li: que no fossen presos ne morts en la sua fiança, quels almugavers los cativaven els occien, e no trobaven quil defenes.

El rey, quant aço hac entes, fonch molt yrat; e viu que no s'en podien a res pendre; e dix als Serrayns de tot lo regne de Valencia que staven als plans e en les valls: que s'en muntassen a star als peus dels murs dels castells quels crestians tenien en lo regne de Valencia, e cells dels castells defensar los hien dels almugavers e de tota altra gent qui mal los volgues far^[240].

Los cronistas árabes también cargan contra los crímenes cometidos por los mercenarios, como en el caso de Ibn Idari, el cual cuenta como tras la ayuda proporcionada por Jaime I a los castellanos para sofocar las revueltas musulmanas en Murcia, éste prometió a los rebeldes abandonar libremente y en paz las tierras que habían ocupado. Pero los almugávares tenían otros planes y, lejos de acatar las

órdenes reales, cayeron sobre los árabes que se retiraban:

[...] los traicionaron a todos en el camino, en el lugar conocido como Walkal (actualmente conocido como Huércal-Overa); robaron los cristianos a las mujeres y a los niños, y mataron a todos los hombres, después de sacarlos sin armas, disponiendo de ellos como quisieron con las espadas y las lanzas^[241].

No debía exagerar en absoluto el cronista árabe porque la versión aragonesa es prácticamente idéntica:

[...] y eran unos XXX mil, entre hombres, mujeres y niños. Y los almugávares los asaltaron y mataron a muchos y cautivaron a los demás y se apoderaron de todo cuanto llevaban. Y después se volvieron a las tierras de Murcia, de Alicante y de Valencia, y vendieron a los sarracenos^[242].

Jaime I había convertido a las compañías mercenarias en el eje principal de sus ejércitos, colocándolas en la vanguardia tanto a la hora de iniciar el combate, como tras las victorias para asegurar los territorios conquistados a los musulmanes, si bien es cierto que no fueron pocas las ocasiones, como hemos comprobado, en las que el rey de Aragón tuvo que emplearse con contundencia frente a éstos, que habían convertido en una peligrosa arma de doble filo.

Pero una época estaba llegando a su fin. Jaime I *el Conquistador*, moriría el 27 de julio de 1276 y con él terminaba también un proyecto expansionista en el Levante que había tocado fondo al encontrarse con los límites de las fronteras castellanas. Su hijo Pedro III, que ya había participado al mando de los ejércitos de su padre en las campañas valencianas y murcianas, sometería definitivamente aquellas tierras sofocando los sucesivos levantamientos y ofensivas árabes. De su mano, se abriría un nuevo periodo: la creación del imperio de la Casa de Aragón en el Mediterráneo. Los almugávares, viendo finiquitadas sus posibilidades de continuar luchando en la península, darán un paso que marcará su futuro de una manera esencial al embarcarse en esta aventura marítima.

El nuevo rey, Pedro III, tendrá que pacificar en primer lugar los territorios conquistados por su padre y por él mismo ya que, a pesar de haber tomado las ciudades principales, todavía quedaban villas en poder de los musulmanes. Además, el poder de los señores árabes en las zonas sin conquistar era muy fuerte todavía, sobre todo teniendo en cuenta la proximidad del Reino de Granada y del norte de África desde donde llegaban refuerzos y ofensivas musulmanas.

En estas últimas campañas levantinas el rey de Aragón siguió haciendo uso de los almugávares del mismo modo que había hecho su padre *el Conquistador*:

Quant lo rey En Pere fon vengut al regne de Valencia, no s'atura gayre ne sajorna son cors molt, ans ana per lo regne de Valencia ab cavallers e ab almugavers, per plans e per muntanyes tot guarnit, que no li exien les armes del dos a ell e a sos cavallers^[243].

La idea generalizada es que los almugávares abandonaron la península para acompañar a los reyes de Aragón en sus campañas ultramarinas. Sin embargo, y aunque es cierto que la mayor parte de ellos lo hicieron, un número importante permanecería en los territorios peninsulares, bien continuando al servicio de la corte aragonesa, o bien dedicados, como en sus orígenes, al bandidaje. Conocemos por registros reales de los siglos XIII y XIV conservados en el Archivo Municipal de Alcoy que, como ejemplo, en 1332 los vecinos de dicha ciudad, acompañados de una buena cantidad de almugávares, tomaron venganza sobre los mudéjares de Polop por el ataque contra Elche cometido por el ejército granadino de Ridwân^[244]. O como, todavía en 1369, un almugávar de Alcoy raptaba a un musulmán de Onil^[245].

Cuando en 1281 el rey de Aragón organizó una flota para combatir en Túnez (Bugía para Muntaner, o Berbería), el número de soldados que se embarcó fue muy importante, aunque varía según los cronistas. Según Desclot, el contingente que reunió el rey de Aragón en el puerto de Tortosa para partir hacia Túnez fue de quince mil efectivos, entre almugávares y adalides, a los que también se sumaron algunos golfines:

Quant lo rey d'Arago hac tramesos sos missatgers ab la resposta a Constantina e hac haguda resposta de Bolboquer, trames missatgers per tota Catalunya e per tot Arago a cavallers triats, bons e provats, e eren entro a huyt cents: que s'aparellassen perseguir lo rey lla hon ell volgues anar. E feu fer tarides e naus e galeres, e molt gran aparellament. Feu manement que tuyt se ajustassen al port de Tortosa; e aqui ell feu venir tots los almugavers els adalits de la frontera de Valencia e de Murcia, e los Golfins que staven als ports de Muradal; e foren be tres milia homens a peu^[246].

Muntaner, como será habitual en él, ofrece una cifra mayor todavía de almugávares, elevando la cifra hasta los veinte mil:

Y así mismo ordenó que hubiese veinte mil almugávares todos de la frontera, y ocho mil ballesteros de Munt; y ordenó que fuesen mil caballeros, todos de honrado linaje con él, y muchos ballesteros de Tortosa, y de Aragón, y de Cataluña, y sirvientes de mesnada^[247].

Una vez hubo llegado la flota aragonesa al puerto de Alcoyll, entrada a Túnez, los

nobles que habían acompañado al rey en la expedición en seguida solicitaron a éste permiso para realizar incursiones en territorio enemigo. Pedro III organizó las cabalgadas contra los musulmanes que se debían de llevar a cabo y dispuso que en cada una de ellas fuesen doce o trece caballeros junto a compañías de tres mil o cuatro mil almugávares.

Los almugávares capitaneados por los barones designados por el rey hacían incursiones diarias dentro de las líneas árabes, matando y haciendo presos a gran cantidad de musulmanes, al tiempo que se apoderaban de todo cuanto encontraban a su paso en villas y aldeas. Los enfrentamientos eran continuos de la misma forma que lo eran las provocaciones de uno a otro bando cuando se encontraban apostados frente a frente en sus respectivos campamentos:

De aquests torneigs e de aquests assaigs feyen cascun jorn los nobles cavallers de la ost. E dels almugavers, exi hu, o dos, o tres, o quatre, fora del vall; e cridaren als Serrayns cavallers: ques venguessen combatre ab ells, hu per altre, o dos per dos, o tres per tres, o quatre per quatre. E en primer los Serrayns a cavall venien ferir en ells; de la altra gent no s'acostaven volenters. Els almugavers no s'acostaven a ells, ans com los veyen exir fora del vall, s'en lunyaven e tornaven atras^[248].

Estando el rey de Aragón con sus ejércitos en tierras de Túnez llegaron hasta él mensajeros venidos de Sicilia, los cuales le solicitaban ayuda para expulsar a las tropas francesas de la isla. El rey, tras valorar la propuesta que se le hacía, y teniendo en cuenta más que el auxilio a los sicilianos los beneficios que la derrota de los ejércitos de Carlos de Anjou y la toma de Sicilia le podían reportar, aceptó el llamamiento de los isleños.

La decisión, que seguramente no hizo sino reforzar unos planes premeditados, fue comunicada a los suyos, y las tropas volvieron a sus embarcaciones poniendo rumbo a Sicilia.

Las primeras compañías de almugávares desembarcaron en Trapani el 30 de agosto de 1282 ante la alegría de sus habitantes que veían en los recién llegados su última esperanza de librarse de los opresores franceses. De hecho, fueron los mismos ciudadanos de Trapani quienes dieron techo y comida a los soldados del rey de Aragón:

E los barons, els cavallers, els almugavers devallaren de les galeres e de les tarides, e feren descaregar llurs cavalls e llurs armes en terra, e meseren ho per ostals^[249].

No permanecieron en el puerto siciliano mucho tiempo y en cuanto llegó el

grueso de las tropas, con el rey a la cabeza, marcharon hacia la ciudad de Palermo. Como ya había sucedido en Trapani, sus gentes al saber de la llegada de los de Aragón salieron a recibirles entre vítores y aplausos. Pero de repente, cuando los de Palermo vieron acercarse a las tropas aragonesas con los almugávares al frente como vanguardia, el mundo se les cayó a los pies viendo su patético aspecto:

E per ço com los cavallers venien ab llurs fessets vestits e suats e negres de guarniment, e ells qui eren ennegrits del sol quilts havien colorats, e llurs vestidures qui eren ronyoses, e los almugavers tots suats e malvestits e negres, per raho del sol quilts havia tochats, les gents de Palerm menysprearen los; e fo semblant en llur cor que ja per ells no fossen dellivrats de les mans de Carles, qui era ab gran poder per mar e per terra^[250].

El rey de Aragón, sabedor de la superioridad militar de los almugávares a pesar de su aspecto exterior, no dejó que el desánimo de los de Palermo cundiese, y de inmediato tomó posesión de la corona de Sicilia que le había sido ofrecida por las cortes de la isla, y al igual que en Trapani, fueron todos alojados en las casas de la ciudad, mientras que el rey tomaba posesión del palacio real.

Al mismo tiempo, Pedro III envió una compañía de dos mil almugávares a la ciudad de Messina, a seis jornadas de Palermo, que se encontraba sitiada por las tropas francesas de Carlos de Anjou, aunque, según cuenta Muntaner, los curtidos mercenarios llegaron en tres días. Éstos entraron en la ciudad de noche con tal sigilo que ni los propios ciudadanos se dieron cuenta de ello, pero en cuanto supieron de la noticia el júbilo llenó de nuevo las calles.

Poco duraría la primera satisfacción aquí también, ya que en el instante en el que se hizo de día y vieron de cerca de sus libertadores, como pasó en Palermo, se desesperaron:

¡Ay, Dios! Nuestro gozo en un pozo. ¿Qué gente es esta que va desnuda y sin ropas, que no visten sino unas bragas y no llevan daga ni escudo? Poco podemos confiar en ellos. Estamos listos si todos los del rey de Aragón son de la misma calaña^[251].

No permitieron que los rumores fuesen a más y en seguida dijeron a los de la ciudad que abriesen las puertas para ir contra los sitiadores. Los del rey de Aragón se lanzaron sobre los franceses y, antes de que éstos pudieran reaccionar, ya habían matado a más de dos mil enemigos, lo que hizo huir a Carlos de Anjou que no se esperaba de modo alguno semejante embestida. Tras esta primera victoria, y habiendo recogido su acostumbrado botín en el campamento francés, regresaron a Messina con las manos llenas y ante el estallido de entusiasmo de sus habitantes.

Los franceses habían recibido su primera lección de los almugávares, a quienes no se habían enfrentado directamente hasta entonces y de los que no conocían sino por lo que se contaba de ellos. El altivo ejército de Carlos los consideraban una simple banda de mercenarios a los que vencerían sin demasiados problemas o, si era necesario, comprarían por unas pocas monedas. Pronto se dieron cuenta de que no podían estar más equivocados. Carlos se retiró a la Catuna (Gatuna para Muntaner) en Calabria, a seis millas al otro lado de la costa siciliana.

Una vez que Messina quedó libre del sitio que sufría y los franceses habían huido al otro lado del estrecho, el rey entró triunfante en la ciudad tomando posesión de ella:

Et encontinent el dito rey Don Pedro cuitadament vino sende á la ciudat de Mecina, do fue recebido con gran goyo et pagament. Mas ys verdat que enantes quell hi fues, fue enuiada á la ciudat de Mecina alguna compañía de almogavares ó siruientes por ayudar et deffender aquella de los combatientes^[252].

La contienda se dirigió entonces al mar y las flotas de Carlos de Anjou y de Pedro III se batieron en varias ocasiones saliendo victoriosa en todas ellas la armada aragonesa, a pesar de ser notablemente inferior en número.

Esta situación de guerra naval, mientras las tropas terrestres permanecían a la espera, provocó que los mercenarios, viendo que las victorias marítimas estaban produciendo buenos beneficios a los marinos que participaban de ellas, exigieron al rey entrar en combate:

Sobre aço los almugavers vengueren al rey e dixeren li: Senyor, pregam vos quens lexets passar en la Calabria tro a mil e dos milia almugavers, e quens façats passar ab galeres; e veurem si hi porem res guanyar sobre los nostres enemichs qui son de lla; que nos no som usats de estar en viles ne en ciutats, que no som çabaters ne texidors, ne homens que sapiam res fer, sino de fet d'armes entre nostres enemichs.

—*Barons, dix lo rey, anats en nom de Deu, e yo fer vos he anar deu galeres qui us hi passaran e estaran alli tant tro siats retornats, per tal com de lla no havets negun retorn.*

—*Senyor, dixeren los almugavers, gran merces*^[253].

La propuesta que llevaron a Pedro III fue que les permitiese pasar a la Catuna donde había quedado al mando de los ejércitos franceses el conde de Aleçon, hijo del rey de Francia y sobrino de Carlos de Anjou. Éste se había refugiado en la cercana ciudad de Reggio. La idea era que, una vez llegados allí, atacarían a los

desprevenidos franceses y matarían al conde, lo que saldaría la venganza por la muerte del rey Manfredo. Como compensación pidieron al rey que no se retuviese para la Corona ninguna de las partes del botín, pudiendo quedarse con su totalidad. El rey les dio su beneplácito y les prestó las naves suficientes para cruzar el estrecho.

Tres viajes tuvieron que hacer para transportar a la enorme cantidad de almugávares y sirvientes de mesnada que deseaban entrar en combate para participar del botín. Esa misma noche desembarcaron en Calabria y parte de los mercenarios fueron directos al palacio donde se encontraba el conde de Aleçon al que localizaron y descuartizaron junto a su guardia:

Armes cavallers francesos! Que les gents del rey d'Arago son ab nos!^[254]

Mientras, el resto se dedicó a tomar la villa, a acabar con todos los soldados francos y a capturar todas las riquezas que encontraron, quemando después las casas y matando a todos los que se cruzaron en su camino:

¿Qué os diré? Que en cuanto fue de día cada uno fue directamente a su objetivo; y sonaron las trompas de los almugávares y de los jefes de los sirvientes de mesnada, y todos atacaron a la vez^[255].

Regresaron a Messina cargados de oro y plata, espadas, trajes, caballos, arneses y tantos tesoros que dice Muntaner que sería difícil de contar.

Cuando Carlos de Anjou tuvo noticias del ataque de los almugávares a la Catuna, partió con su ejército hacia la zona lo más rápido que pudo, pero cuando llegó ya era demasiado tarde, los soldados a sueldo del rey de Aragón habían saqueado la ciudad, asesinado a su sobrino el conde, y la mayoría de los atacantes, con el ansiado botín en su poder, habían embarcado de vuelta a Messina. Solo treinta de aquellos se habían quedado en tierra distraídos en el saqueo de las casas del lugar sin percatarse de la marcha de sus compañeros y de la llegada del francés, teniendo que huir y refugiarse en las montañas:

Quant lo princep qui era en Regols sabe que les gents del rey de Arago havien ferit a la Catuna, correch ab tota sa cavalleria vers aquella part; mas poch hi acaba, que ja era tot perdut. E los almugavars e les gents de les galeres eren ja recollits, sino trenta almugavers que foren sobrats e foren fuyts en les montanyes^[256].

En cuanto el rey de Aragón supo, tras el regreso de la flota de Calabria, que treinta de sus hombres habían quedado atrapados por los franceses en las montañas de Catuna, envió dos naves para rescatarlos, lo que no sabemos si lograrían:

Lo rey feu armar dues galeres que passassen en la Calabria per recollir aquells trenta almugavers^[257].

Otro de los sucesos que describe Desclot es el protagonizado por un almugávar que el cronista dice que era de Tarragona y al que, además, atribuye la posesión de cincuenta soldados de su propiedad, lo que significaría que se trataba en realidad de un señor o noble. Cuando ya estaba embarcado en las naves aragonesas para regresar junto al resto a Messina con todo lo capturado, observó como se había quedado en tierra uno de sus almugávares que estaba siendo atacado por cinco jinetes franceses. El de Tarragona reaccionó rápidamente exigiendo al almirante del barco que le permitiese volver a tierra a por su compañero, pero cuando llegó a la playa éste había muerto ya y los franceses se lanzaron sobre el caballero catalán.

E en huna de les galeres havia hun almugaver qui era molt valent hom e era de Taragona, senyor de cinquanta servents; e veu quel almugaver, qui era seu, era en molt gran cuyta, prega l'almirall quel fes posar en terra a socorrer a son companyo. E aytantost pres sa llança e sos dos darts; e la galera acostas a terra; e ell devalla tot sol. Abans que ell fos en terra del tot, viu que hagueren mort son companyo. E ells quil veren venir, vengueren vers ell ab llurs cavalls^[258].

No está claro si en esta misma batalla o quizás en algún otro enfrentamiento durante el conflicto, fue hecho prisionero otro almugávar por los hombres de Carlos *el Cojo*. El suceso ocurrió cuando en una de sus incursiones en Calabria, una compañía de almugávares se topó con un destacamento del ejército francés y no tuvieron más remedio que huir a las montañas.

Uno de ellos, que no tuvo suficiente suerte, fue detenido por los franceses y llevado ante la presencia de Carlos. El francés observó al aragonés que estaba frente a él y no pudo sino reírse y burlarse irónicamente de su aspecto. Vestía solo con una especie de chaleco de piel radida, unas polainas de cuero, abarcas viejas en los pies y un casco de tiras de cuero. Era delgado y su piel, después de años luchando y viviendo en los montes, había adquirido el mismo color oscuro de las rocas entre las que se movía. Para completar la impactante imagen, sus cabellos y sus barbas eran largas y sucias, como de meses o años sin tener contacto con el agua y el jabón.

El príncipe le preguntó entonces que clase de hombre era, y éste le contestó con rotundidad:

E ell dix que era almugaver de les gents del rey d'Arago^[259].

Poco cambió la opinión de Carlos *el Cojo*, puesto que seguía pareciéndole más un

desarrapado que un soldado, sin lograr vislumbrar donde estaban las razones de la fama que se había extendido sobre aquellos mercenarios. El almugávar, acostumbrado a que se les juzgase primero por su ajado aspecto, no dudó en retar al mejor soldado que tuviese el príncipe bajo su mando, y así de este modo demostrar si su fama y la de sus compañeros era merecida o no.

Los franceses no cabían en gozo al escuchar el desafío ya que esperaban ser espectadores de un torneo que acabaría con los restos de aragonés esparcidos por la arena. Además, el prisionero dio todavía más facilidades al joven caballero que se ofreció a plantarle cara, ya que mientras este último podía pelear con su armadura completa y montado en su caballo, el almugávar simplemente pidió que le dejaran tener en sus manos su lanza y su cuchillo.

Se fueron todos al campo destinado para el torneo y el mercenario se plantó en medio de la arena esperando a que el caballero fuese a por él. El joven arreó a su caballo y se abalanzó sobre el almugávar que permanecía inmóvil con su mirada fija en el atacante. Cuando consideró que el caballero se encontraba lo suficientemente cerca lanzó su azcona contra el pecho del caballo. Éste cayó fulminado y con él el francés que rodó por tierra. Rápidamente agarró al caballero por el cuello y lo habría degollado sin pestañear si no hubiera sido por que Carlos lo detuvo. Al ver el príncipe que lo que se contaba de los mercenarios del rey de Aragón era absolutamente cierto, no dudó en dejarle ir en libertad de regreso a Messina.

Cuando el rey de Aragón supo de lo sucedido ordenó traer a su presencia a dos franceses que tenía como prisioneros y los puso en libertad dándoles un mensaje para los de Anjou: que cada vez que ellos dejaran en libertad a uno de sus almugávares, éste liberaría a dos franceses como demostración de la valía en la que tenía a sus hombres.

A principios de 1283 el rey de Aragón había sido coronado por los sicilianos como su legítimo soberano; la armada aragonesa, con Roger de Lauria y Conrado Lanza como líderes indiscutibles, arrasaban a la imponente marina francesa; además de Sicilia, los aragoneses estaban ocupando ya el sur de la península itálica y dominaban gran parte de Calabria; por si esto fuese poco, los afamados ejércitos francos eran derrotados una y otra vez; todo ello sin contar con la muerte a manos de los almugávares del hijo del rey de Francia, el conde de Aleçon. Con este panorama, Carlos de Anjou se encontraba en uno de sus peores momentos y todos sus planes para dominar el Mediterráneo e incluso conquistar de nuevo el Imperio bizantino se habían venido abajo. Pero el francés no era, ni mucho menos, de los que se dejaban superar por las circunstancias. Después de reflexionar largo y tendido sobre la situación, Carlos confeccionó un plan para acabar con el monarca aragonés de una vez por todas.

Sabiendo de la devoción de Pedro III por el honor y el respeto a las leyes caballerescas, le reto a un duelo de igual a igual para resolver el conflicto entre ambos. El duelo se celebraría en Burdeos, en ese momento terreno neutral al estar en

poder de Inglaterra. El juez del duelo sería el propio rey de Inglaterra, Eduardo I. Además, a los dos protagonistas, Pedro de Aragón y Carlos de Anjou, solo les podrían acompañar al campo elegido para la batalla cien soldados de cada uno de ellos.

Después de que cada uno de los contendientes preparase su propia estrategia para el combate, éste no llegaría a producirse ya que ambos se las ingeniaron para no encontrarse frente a frente, aunque eso sí, los dos acudieron ese día al lugar acordado, y tanto el uno como el otro se consideraron posteriormente vencedores del duelo, alardeando de la astucia con la que habían logrado su victoria sin llegar a entablar lucha alguna.

La guerra seguía su curso y las batallas navales logradas por la armada aragonesa se sucedían una tras otra, siendo parte fundamental de ello la destreza de almirantes como Conrado Lanza, quien ya se había convertido en una leyenda en todo el Mediterráneo.

Muy importante fue también el papel desempeñado por el hijo del rey, el almirante Jaime Pedro. No obstante, el exceso de ambición y de protagonismo de éste provocó su caída.

El rey, aun cuando estimaba el valor y la cualificación de su hijo para el combate naval, prefirió que fuesen otros quienes estuviesen en la vanguardia en el momento de pasar a la conquista de Calabria y que, en su lugar, el muchacho le acompañase al duelo de Burdeos.

El joven almirante no aceptó ese destino lejos del frente de batalla y, según unos autores, por desobedecer las órdenes de su padre y acudir a la conquista de Calabria, y según otros, por renunciar directamente a la vara del almirantazgo, el caso es que perdió su cargo al mando de una parte de la flota aragonesa, abriendo de esa forma el camino al que sería el más brillante almirante de la Corona de Aragón: Roger de Lauria.

Mientras tanto, la guerra en Calabria ya había dado sus frutos y las tropas de Pedro III habían conquistado la ciudad de Reggio, Alana, La Motta y diversos castillos de la zona, avanzando imparables ante los amedrentados soldados de Carlos de Anjou, quien, con la excusa del duelo con Pedro de Aragón, ya había abandonado la zona y regresado a Francia, dejando como gobernador de sus ejércitos a su hijo Carlos el Cojo o de Salerno:

Pero ¿qué voy a contaros? Que si los del señor rey de Aragón eran cien hombres a caballo y quinientos de a pie y se encontraban con quinientos hombres de a caballo y tres o cuatro mil hombres de a pie, a todos los mataban o los hacían prisioneros; que de tal modo los habían puesto en derrota, que en cuanto oían gritar «¡Aragón!» se daban por muertos y declaraban vencidos^[260].

No tendría demasiada fortuna Carlos de Salerno ya que en 1284 conduciría la flota bajo su mando a uno de los peores desastres que haya sufrido nunca la armada francesa.

Roger de Lauria se había hecho dueño con su flota de los mares y costas del sur de la península itálica. Sicilia estaba controlada, mientras que las tierras calabresas recién conquistadas se estaban adaptando a su nueva realidad bajo el control de la Casa de Aragón.

Lauria se mostraba desafiante mostrando su poderío frente al enemigo que se había refugiado en el bastión napolitano, y recorría triunfante las costas de Sicilia, Calabria e incluso de Nápoles. En una de estas exhibiciones militares del almirante se le brindó la oportunidad que andaba buscando.

El 23 de junio de 1283 Lauria se acercó con su armada hasta el puerto de Nápoles donde se concentraba el grueso de la flota francesa al mando de Carlos de Salerno, la intención al parecer era más de desafío que de firme intención de atacar la ciudad, cuestión evidente al tener en cuenta la inferioridad manifiesta del siciliano frente a los de Anjou. Las naves aragonesas se colocaron a la entrada del puerto provocando a los de la ciudad, pero sin pretender aguantar la posición en caso de respuesta desde dentro. De hecho así fue, y un confiado Carlos de Salerno, sabedor de su superioridad naval, no resistió la provocación y lanzó su flota al encuentro de los del rey de Aragón. Lauria, en cuanto vio que los franceses se preparaban para zarpar contra ellos, ordenó girar todo y regresar a alta mar. La armada de Carlos se estaba acercando a la de Roger, cuando de repente éste, en una maniobra que cualquier marino hubiese calificado de temeraria, dio un golpe de timón y colocó a sus naves de frente a los franceses realizando un movimiento envolvente sobre ellos. Los sorprendidos navíos se vieron arrollados por la avalancha aragonesa que no dejó sobreponerse a los capitanes francos. El final fue totalmente inesperado. La destrucción de la flota angevina había sido casi completa y el propio Carlos de Salerno acabó rindiendo su nave y siendo capturado. Nápoles había caído y se incorporaba de este modo a las posesiones del rey de Aragón.

La victoria fue completa ya que, además de infligir a la causa de Carlos de Anjou una de sus más sonoras derrotas, había sido apresado su propio hijo, gobernador de sus ejércitos.

Dejándose llevar por la euforia que produjo la derrota de los francos, los sicilianos en un arrebatado de venganza contra sus antiguos opresores, rompieron las puertas de las mazmorras donde se hallaban encarcelados los prisioneros franceses y acabaron con la vida de la práctica totalidad de ellos, incluso el mismo Carlos de Salerno tuvo que ser llevado a otro castillo de Sicilia más seguro, y posteriormente trasladado a Barcelona, para salvarlo de la ira popular.

Pocos días después, el nuevo monarca ordenó desembarcar en Nápoles como vanguardia a un contingente de dos mil almugávares capitaneados por Mateo Fortuny.

Mientras, la flota aragonesa seguía acosando las posiciones francesas por todo el Mediterráneo, como comprobaron entre otros Guillermo Cornut, almirante marsellés y defensor del castillo de Malta, que fue sitiado y conquistado por la armada de Roger de Lauria:

Cuando los catalanes vieron que aquellos pocos (los que defendían desde sus barcos el castillo de Malta) se defendían tan fuertemente, gritaron a la vez: «¡Aragón! ¡Aragón! ¡Vía sus! ¡Vía sus!» y todos comenzaron a tomar impulso y a subirse a las galeras de los provenzales, y a todos cuantos encontraron en cubierta mataron^[261].

El 8 de junio de 1284 el castillo de Malta se rendía a la armada de Lauria y éste, gracias a sus ambiguas relaciones y alianzas con Sicilia y Nápoles, recibió el título nobiliario de conde de Malta que pasaría a sus sucesores durante generaciones^[262].

Algún tiempo después, la reina Constanza viajaría desde Barcelona de regreso a Sicilia para recuperar la corona que había sido arrebatada por los franceses de las sienes de su familia tras el asesinato de su padre el rey Manfredo. Ella tomaría el gobierno tanto de la isla como de las operaciones militares contra los franceses que se desarrollaron desde allí, como por ejemplo las realizadas para proteger Malta.

E aytantost que les galeres qui eren per la reyna a Malta hagueren hagut lo missatge, levaren se de aqui e entraren s'en en Malta e pensaren de guardar e de guaytar la ciutat. E madona la reyna de Arago feu armar vint galeres de Catalans e de almugavers qui eren romasos a Mecina^[263].

Desclot describe la defensa de la isla, al tiempo que hace una diferenciación entre almugávares y catalanes. Al igual que el catalán, otros cronistas como los griegos Paquimeres o Grégoras diferenciarán entre ambos colectivos. Este último hará una aportación muy significativa en este sentido, ya que asegura que el propio Roger de Flor distinguía entre catalanes y almugávares:

[...] de los cuales a mil les llamaba (Roger de Flor) catalanes, ya que la mayoría de ellos procedían de éstos; y los otros mil, almugávares^[264].

No eran buenos tiempos para saborear las victorias ni para recuperarse de las derrotas.

A principios de 1285 Carlos de Anjou moría en Foggia, probablemente abatido por la sucesión de tantas desgracias encadenadas como fueron la pérdida de sus posesiones, la hecatombe sufrida por su armada y sobre todo, el encarcelamiento en Cataluña de su hijo. Pero aun con Carlos de Anjou fuera del tablero político

mediterráneo, la guerra entre Francia y Aragón continuó su curso. El papa francés Martín IV se veía amenazado por el poder logrado por el rey de Aragón y por el miedo que le provocaba saber que Pedro III continuaba extendiendo sus dominios hacia el Norte. Ello provocó la reacción del pontífice que, manteniendo al rey aragonés excomulgado, accedió a la petición del rey de Francia, Felipe III el Atrevido, para llevar a su presencia a su hijo Carlos de Valois y que lo coronase como nuevo rey de Aragón.

Esta esperpéntica coronación hizo que su propio hermano le aplicase el sobrenombre de «rei del xapeu»^[265] ante semejante farsa.

Martín IV lanzó una cruzada contra el rey de Aragón a la que convocó a todos los reinos cristianos de modo que, incluso quienes no participaban directamente de ella, se posicionaron políticamente del lado de Francia y de Roma con un gesto simbólico que consistía en coger una piedra y tirarla mientras se decía:

Arrojo esta piedra contra Pedro de Aragón, para ganar la indulgencia^[266].

Poco después, el rey de Francia reunía en la frontera con Cataluña un gran ejército de más de ciento cincuenta mil hombres, con la intención de penetrar en las tierras de la Corona de Aragón. Pedro III rápidamente convocó a todos los nobles y caballeros de Aragón, Cataluña y del resto de sus territorios para responder al ataque. Respuesta que no fue secundada por toda la nobleza e incluso alguno de los nobles, como el conde de Ampuries, en un principio, se posicionó del lado francés. Pero, con toda seguridad, la traición que más dolió a Pedro III el Grande sería la de su propio hermano el rey de Mallorca, Jaime II el Justo, al aliarse con Felipe de Francia en la guerra contra su hermano, ofreciéndole al francés todas sus posiciones y castillos del Rosellón, aunque los habitantes del condado se revelaron contra la traición de su señor.

El ejército francés cruzó los Pirineos por el puerto de Panissars y se instaló en Perpinyá.

Desde allí Felipe III intentó pasar a Cataluña pero las tropas de Pedro III encabezadas por los almugávares los rechazaron. Cómodos en aquel escenario de guerra, los mercenarios, que según Muntaner eran cincuenta mil, unidos a los sirvientes de mesnada, cayeron sobre los franceses.

Más de mil caballeros y un sinnúmero de soldados murieron bajo sus cuchillos. El rey de Francia desesperado ante semejante golpe en lo que pensaba que iba a ser un paseo triunfal, estuvo a punto de volverse sobre sus pasos, pero unos monjes del cercano monasterio de la Grassa en Narbona le indicaron otro paso por el que podrían entrar más fácilmente en Cataluña, el puerto de Massana. En cuanto el rey tuvo noticias de la maniobra del ejército francés, envió mil almugávares a Massana. Atacaron por sorpresa como tenían costumbre y, aunque tuvieron finalmente que

escapar ante el potencial francés, cuenta Muntaner que mataron a más de tres mil enemigos, además de llevarse consigo prisioneros que proporcionarían una valiosa información. A pesar de sus esfuerzos, poco pudieron los aragoneses y catalanes frente al avance del ejército invasor y éste llegó a las puertas de Castelló de Ampuries y de Peralada. Aquí fue donde sucedieron los hechos ya comentados que terminarían con la quema de la ciudad.

En realidad, existen diferentes versiones de lo ocurrido. Por una parte, Muntaner, que vivió los hechos en primera persona, ya que era uno de los habitantes de la ciudad en ese momento, afirma que fueron los propios almugávares (unos cinco mil) que estaban encargados de su defensa, quienes, ante las órdenes del rey de Aragón de permanecer dentro de la villa y viendo aquellos que de esa forma perdían la oportunidad de lograr un suculento botín de los franceses, decidieron saquear Peralada y quemar después sus casas:

Cuando el señor rey de Aragón y el señor infante y los caudillos todos supieron que así había sido destruida y quemada la villa de Peralada, estuvieron muy disgustados; pero los tiempos eran tales que nada se podía hacer^[267].

Zurita se decanta por la versión que dice que fue el vizconde de Rocabertí, encargado del gobierno de la villa, quien ordenó quemar la ciudad y salir a sus habitantes para evitar de ese modo que cayese en manos de los franceses que iban a ocuparla de una manera inminente.

La ciudad de Girona fue la elegida para que se fortificase el ejército de Pedro III, desplegando en la zona al grueso de sus hombres:

Cuando el señor rey de Aragón hubo establecido Besalú y los otros lugares que estaban alrededor de Girona y situando la almogavería y los sirvientes de mesnada por aquella frontera, que no os penséis que fuesen pocos, pues habría entre varias partidas más de cincuenta mil almugávares [...]^[268].

Los almugávares, como si la guerra no fuese con ellos, se dedicaron a buscar botín por todas partes, y viendo que el combate no llegaba y que de momento se mantenían alejados de las riquezas que esperaban arrebatarse a los franceses, no dudaron en echar mano de lo que tenían a su alrededor. Así, comenzaron a hacer cabalgadas sobre las poblaciones y aldeas catalanas, robando y saqueando a los súbditos del rey de Aragón. Éste, harto de las tropelías cometidas, mientras estaban en plena faena robando a las gentes de Girona que habían tenido que huir de la ciudad, montó en su caballo y se fue a por los asaltadores, hiriendo con su propia espada a muchos y haciendo colgar a dos o tres de ellos:

E troba encara que los almugavers robaven ja lo call juhich de Girona, e los homens de la vila qui desemparaven ja llurs alberchs e que s'en anaven per pahor dels Francesos. E lo rey, com aço viu, fon molt despagat; e ab huna maça, ell punyi son caval; e cavalcant levas anar als almugavers que barreaven lo call, e nafra ne molts, e feu ne penjar dos o tres; e axi romas aquell fet^[269].

La guerra no estaba tomando buen rumbo para los franceses. A pesar de tener sitiadas las principales villas y ciudades del norte de Cataluña con un ejército impresionante, no lograban doblegar a las defensas allí establecidas por Pedro III. El monarca aragonés, sabiendo bien protegida su plaza fuerte que era Girona, ordenaba a diario hacer incursiones entre las líneas enemigas. De este modo, los almugávares salían continuamente de los castillos donde los habían acampado y caían de repente sobre los franceses, haciendo en éstos un doble daño ya que, además de las bajas que provocaban, el desánimo y la sensación de estar en continuo peligro, sin saber nunca desde donde podían llegar los ataques, se extendió entre la tropa francesa. Por si todo esto fuese poco, un nuevo aliado vino a unirse a Pedro III, y una epidemia se declaró ese verano de 1285 entre los soldados invasores, producida por las conocidas como moscas de San Narciso.

Con la guerra dando un giro tan favorable para los intereses aragoneses, el rey continuó su estrategia llevando ahora la acción principal al mar. Ordenó regresar a Cataluña a dos de sus mejores capitanes, Ramón Marquet y Berenguer Maiol. Este último había llevado en sus naves a la reina Constanza en su viaje a Sicilia. Una vez en Barcelona el rey dispuso la flota para atacar a la armada francesa que se mantenía dispuesta para la invasión en el norte de Cataluña. Allí mismo, junto a Rosas, los navíos aragoneses produjeron de nuevo una vergonzosa derrota a los franceses.

También el almirante Roger de Lauria participó con su flota y con las naves que el rey de Aragón puso bajo su mando en la contienda, logrando grandes victorias que aumentaron su fama en gran medida. Quedaría para la posteridad la contestación que le dio al conde de Foix, embajador del rey de Francia, cuando éste se presentó ante Roger de Lauria para pedir su rendición, intentando convencer al calabrés de la superioridad naval de Francia.

Luria le contestó que no solo pensaba que no debía navegar barco alguno por el mar sin el salvoconducto del rey de Aragón, sino que no creía que ningún pez debiera surcar las aguas sin llevar el escudo de Aragón en la cola:

[...] ne sol nom pens que galera ne altre vexell gos anar sobre mar, menys de guiatge del rey d'Arago; ne encara no solament galera ne leny; mas no creu que negun peix se gos alçar sobre mar, sino porta hun escut o senyal del rey d'Arago en la coha, per mostrar guiatge de aquell noble senyor, lo rey d'Arago e de Cecilia^[270].

La poderosa armada francesa había dejado de ser la flota invencible de antaño y en ese momento, a pesar de que poseía un número mayor de naves y más potentes, la Corona de Aragón le tomaba el relevo como potencia naval en el Mediterráneo, desde Rosas hasta Malta.

El día de la Virgen de Agosto de 1285 se encontraba el rey comprobando la situación del frente de batalla en el camino de Besalú, acompañado por no más de sesenta hombres a caballo y alegrándose de cómo sus gentes, establecidas por él a lo largo de la frontera, estaban contentas por las riquezas que todos poseían después de arrebatárselas a los soldados franceses:

Que sus gentes en cada lugar de la frontera se encontraban ricos y prósperos por las muchas cabalgadas que daban todos los días contra los franceses, y les mataban mucha gente y obtenían grandes ganancias, de modo que todos estaban alegres y satisfechos^[271].

Estaba en éstas el rey cuando cayó en una emboscada ante cuatrocientos caballeros franceses que se hallaban ocultos en la zona. La catástrofe hubiese sido irremediable si no hubiese sido porque la situación era observada desde lo alto de las montañas por una partida de doscientos almugávares que se mantenían acechantes ante posibles ataques de los destacamentos francos. Viendo como su rey era atacado por los de Felipe III, unos cien de los que se encontraban en los riscos bajaron todo lo rápido que pudieron de los montes y, partiendo sus lanzas para usarlas como armas más manejables en la lucha cuerpo a cuerpo, se unieron a Pedro III y se lanzaron entre las filas francesas:

De los almugávares es bueno que os diga que iban entre ellos con las medias lanzas, de modo que no quedaba caballo que no destriparan. Esto lo hicieron cuando hubieron acabado con los dardos, y creed que no hubo ninguno de sus dardos que no matase caballero o caballo; y luego con las medias lanzas hacían maravillas^[272].

Lanzaban gritos de guerra mientras su sangre hervía y sus espadas encontraban los cuerpos de sus enemigos:

Arago! Arago! Via a ells! Traydos! Que Francesos son!^[273]

Tampoco el rey se quedó atrás en la pelea y después de ver como un caballero francés había acabado con la vida de un acompañante suyo al que tenía en gran estima, se abalanzó sobre el francés descuartizándolo:

Y el rey, al volverse, vio que aquel caballero había muerto a Guillém Escrivá, dióle de tal modo con la lanza sobre el capacete de hierro que los sesos se le salieron por las orejas, y cayó muerto en tierra^[274].

Al día siguiente, cuando hubo terminado todo, el rey reconoció el resultado del combate, vio el magnífico resultado logrado, y ordenó presentarse ante él a todos los que le habían ayudado a lograr la victoria. Cuando todos los almugávares que habían bajado de las montañas para defenderle se presentaron, Pedro III les ofreció tantas riquezas que, según Muntaner, tuvieron suficiente para retirarse del oficio de la guerra y no volver a luchar para ganarse la vida nunca más, pero solo lo hizo entre los que le habían ayudado y no permitió que los que habían permanecido refugiados entre los riscos cobrasen un solo florín.

Al día siguiente, una compañía de franceses llegó con su permiso para recuperar los cuerpos sin vida de los caballeros caídos la noche anterior y los restos de la «oriflama»^[275] del rey de Francia que estaba quebrada en el suelo.

Con el destino de la guerra prácticamente decidido por las continuas victorias aragonesas, y aunque los franceses lograron que se les rindiese la ciudad de Girona, su derrota estaba ya asegurada. Felipe III abandonó Girona y dio orden de que se concentrasen sus fuerzas en un llano cerca de Peralada. Una vez allí se sintió muy enfermo a causa de la misma epidemia que había diezmado sus tropas, reunió a sus hijos y murió, según algunos, el día 5 de octubre de 1285 en Perpinyà. Desclot, no obstante, da más fiabilidad a la versión que dice que murió en Castelló d’Ampuries y, para Muntaner, este hecho sucedió en el albergue del Sordo de Vilanova, a media legua de Peralada.

Su hijo y sucesor, Felipe IV el Hermoso, que nunca había sido partidario de esta guerra ordenó inmediatamente la retirada hacia Francia. Envió al mismo tiempo mensajeros al rey de Aragón, que por otra parte era su tío, para comunicarle la muerte de su padre, Felipe III, y pedirle que se les permitiese regresar a Francia sin ser atacados. Pedro solo aseguró a su sobrino que intentaría salvaguardarles a él, a su hermano y a la comitiva personal que les acompañase, pero no así al resto de sus ejércitos ya que sus hombres estaban ansiosos por caer sobre ellos en busca de venganza y por las riquezas que portaban. Él sabía que no iba a poder controlar a las huestes de almugávares, aunque seguramente, de haber podido, tampoco habría hecho nada por detenerlos.

Como había dicho, así sucedió. Mientras sus soldados procuraron la protección del nuevo rey de Francia y los suyos, los almugávares y los soldados de mesnada se lanzaron sobre el restos de las tropas francesas que, huyendo en desbandada, intentaban alcanzar el collado de Panissars para pasar a Francia. Cuando los que se batían en retirada llegaron a Pertús tuvo que ser el propio rey de Aragón quien impidiese el asalto de los aragoneses, y prohibió bajo pena de muerte que nadie atacase hasta que pasase al otro lado la «oriflama» de Francia. Pero en el momento

que ésta y la comitiva real hubo pasado, los almugávares, deslumbrados por las riquezas que portaban las mulas que iban detrás de la expedición, no se contuvieron y se abalanzaron sobre los soldados que las guardaban, matándolos a todos y saqueando todo cuanto pudieron. No quedó un solo francés con vida ni cosa de valor sin robar desde la Jonquera hasta Panissars en un saqueo que duró dos días.

Cuando el rey hubo asegurado la frontera catalana la primera decisión que tomó fue ordenar la conquista del Reino de Mallorca en castigo por la traición de su hermano. De nuevo para esta operación utilizó a sus mejores efectivos: su hijo el infante Alfonso, el almirante Roger de Lauria y las compañías de almugávares, gracias a lo cual la toma de la isla se realizó sin dificultades.

No tuvo tiempo para disfrutar de sus victorias. Pocos días después, el 11 de noviembre de 1285 año moriría en Vilafranca del Penedés, siendo enterrado por voluntad suya en el monasterio de Santes Creus. Por su testamento el infante Alfonso pasaría a ser rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, y conde de Barcelona, mientras que el infante Jaime sería coronado como rey de Sicilia.

Ajenos a los cambios de gobierno en la Corona, desde Sicilia continuaban las incursiones organizadas contra las costas de Calabria o Nápoles. En una de estas ocasiones un capitán llamado Bernad de Sarriá junto a sus marinos y almugávares, después de saquear los alrededores napolitanos, llegó hasta la desembocadura del Tíber cerca de Roma, lo que provocó el terror del propio Papa que exclamó:

¡Ay, Dios! Y esto ¿qué es? ¿Con qué diablos tiene que batallar quien batalla con la Casa de Aragón? Todos los caballeros de Cataluña son diablos encarnados que nada se les puede poner por delante ni por tierra ni por mar^[276].

En otra de estas acciones, siendo ya rey de Sicilia Jaime II, ordenó a Roger de Lauria que armase ochenta naves, y que embarcase en ellas mil caballos armados y treinta mil almugávares, y que con todo ese ejército se dirigiese a tomar posesión de la ciudad de Nápoles, ya que en ese momento el príncipe Carlos continuaba prisionero de los aragoneses en Barcelona. En cualquier caso, sabía que conquistar Nápoles no sería labor sencilla y al mismo tiempo le confió al almirante un segundo plan en caso de fracasar el primero, que consistía en dirigirse con sus jinetes y almugávares a Gaeta. Pero la estrategia del monarca era cambiante, en tanto en cuanto que tan importante como lograr conquistar ciudades era el mantener al enemigo en una situación de alerta y miedo constante sin que supiesen cual iba a ser el objetivo real. Por ello, el rumbo de la flota cambió y se dirigieron hacia Salerno, en donde Roger de Lauria desembarcó a sus almugávares que incendiaron y saquearon toda la comarca.

Fue ésta una época mucho más distendida que la vivida por el rey Pedro III, al menos en lo militar, ya que las intrigas políticas continuaban como antaño. Esa

situación de tranquilidad relativa, que para algunos podía representar un tiempo en que desarrollar actividades económicas o mercantiles en el Mediterráneo, supuso para los almugávares un periodo de incertidumbre durante la cual comenzaron a percatarse de que sus servicios como soldados de fortuna ya no eran tan necesarios como en los tiempos de Pedro III o Jaime I.

Ya no había guerra declaradas contra Francia y sus armas eran empleadas únicamente en las incursiones realizadas por los señores aragoneses, catalanes o sicilianos por las costas calabresas o napolitanas.

La presencia de miles de almugávares sin una ocupación militar estable comenzó a provocar serios problemas de orden, y los conflictos provocados por éstos entre la población civil iba cada día en aumento. A principios de 1286 las villas calabresas de Taranto, Castrovilari y Murano se revelaron contra el rey de Aragón a consecuencia de los continuos excesos y robos que sufrían por parte de partidas incontroladas.

Todavía participarían en alguna de las contiendas peninsulares, como sucedió en las guerras que Alfonso III llevaría a cabo contra Castilla, aunque en realidad no serán sino pequeños enfrentamientos fronterizos que no se alargarían en el tiempo. En 1289, el rey de Aragón penetrará en tierras de su tío el rey Sancho de Castilla en represalia por los pactos que éste había llevado a cabo con los enemigos de Aragón, además de por no cumplir con la palabra dada por el castellano de socorrer a los aragoneses en su guerra contra Francia. Las acciones no pasarían de ser escaramuzas en territorios fronterizos cercanos a las tierras de Almazán y Osma, y para ello Alfonso III situó varios miles de almugávares que camparon a sus anchas durante un breve periodo de tiempo por la zona. El rey de Aragón respondía a los desafíos del rey castellano ordenando que mil caballeros aragoneses y catalanes, y más de cincuenta mil almugávares dirigidos por el infante Pedro, entrasen en Castilla y sitiase la ciudad de León.

Pero no contaba el monarca aragonés con que, estando en el en sitio de la ciudad, muriese el infante Pedro.

El rey tuvo que ocuparse también de recuperar de nuevo el Reino de Murcia en 1300, siendo uno de los que se situaron en la vanguardia del ataque:

El señor rey, que era joven y de buen talante, saltó adelante, y de tal modo le dio en medio de la cabeza con la espada, que el capuchón de malla que llevaba (el alcaide que defendía la ciudad de Murcia) no le valió de nada, pues hasta los dientes le rajó^[277].

La conquista de la isla de Menorca fue uno de los postreros acontecimientos en los que participarían partidas de almugávares bajo el mando de Alfonso III. La conquista de la isla menorquina fue relativamente rápida, aunque no por ello fue sencillo doblegar al almojarife que gobernaba la plaza. Es durante la toma de esta isla cuando se halla documentada la participación del adalid de almugávares proveniente

de Alcoy, Domingo Gómez^[278].

Esta localidad levantina fue el origen de un gran número de almugávares, según recoge la documentación de sus archivos municipales. Sabemos, por ejemplo, que uno de sus vecinos, llamado Folç, estuvo combatiendo con las compañías aragonesas contra los franceses durante la guerra de Sicilia. Todo ello quedó recogido en el testamento de su padre Bartolomeu Serrano, y conservado entre los folios del conocido como *Protocolo de Pere Miró*, guardado en los archivos municipales de Alcoy y que comprende información de la villa entre los años 1296 y 1296. Además de esta fuente alcoina, también tiene gran importancia el llamado *Llibre d'Extravagants* (1263-1264), que se encuentra en el mismo archivo.

Volviendo al adalid Domingo Gómez, éste había luchado en la guerra entre 1266 y 1277, aportando su propia compañía de almugávares a las fuerzas aragonesas. En 1281 fue nombrado Justicia de Alcoy, y en 1287 aparece junto a sus hombres en la toma de Menorca.

En este momento se produce una curiosa situación ya que, durante su estancia en la isla, su sucesor en el cargo como nuevo Justicia de Alcoy vende todos sus bienes en la ciudad. El rey Alfonso III, en cuanto tiene noticias de ello, el 10 de mayo de 1287 obliga a que sean devueltas a Domingo todas las propiedades que se le habían expropiado:

[...] Dominico Gomiç, adelillo nostro existente in servicio nostro apud Minorice [...] Quare vocis dicimis et mandamus quot si est ita vendicionem predictam revocetis seu revocari faciatis et easdem restituatis seu restutui faciatis ei pro precie quo fuerunt vendite^[279].

Alfonso III, no tendría el carácter de su padre y acabará su corto reinado tras firmar en febrero de 1291 un pacto con el papado conocido como *Tratado de Tarascón*, por el que de una manera vergonzosa abandonaba la isla de Sicilia a su suerte, lo que en realidad significaba dejarla en manos de los franceses y del Papa, traicionando de este modo a su madre y a su hermano Jaime, y al mismo tiempo a toda la población siciliana que tanta lealtad había demostrado a la Casa de Aragón. Además, todos los caballeros y hombres de guerra catalanes y aragoneses debían marcharse de inmediato de Sicila, así como de los territorios de Calabria y alrededores en los que continuaban batallando de forma puntual.

Los almugávares, mientras tanto, no se localizaban únicamente en los frentes de guerra que tenía abiertos el rey de Aragón, sino que muchos de ellos se encontraban repartidos en compañías o simples bandas independientes por los territorios de la Corona. En 1291, Jaime II, para ayudar y recompensar a los ciudadanos de la localidad aragonesa de Tornos, ordena la restauración de su deteriorado castillo, así como que todos los concejos y jurados de las villas pertenecientes a la demarcación

de Daroca, requisasen los bienes que se hallaban en poder de una partida de almugávares que vivían en el lugar de Herrera de Ojos Negros, y que anteriormente habían robado a los de Tornos.

Por otra parte, el Tratado de Tarascón no llegó a ser cumplido por Alfonso III al morir éste pocos días después. Como estaba escrito en el testamento de Pedro III, con la ausencia de hijos herederos de Alfonso, la Corona pasaría a manos de su hermano Jaime II. Éste tomó rápidamente posesión de sus reinos y condados, dejando el gobierno de Sicilia a su hermano Fadrique. El rey tuvo siempre presente el pacto firmado por Alfonso con Carlos de Anjou en el que se aceptaba por parte del rey de Aragón la condición de abandonar la isla. Pese a ello, mantuvo la guerra contra Francia durante unos años, aunque terminó firmando un nuevo pacto, como hizo su hermano, por el que cedía de nuevo la isla, el Tratado de Agnani. Jaime II se casaría, según lo firmado, con Blanca, hija de Carlos de Salerno y se le concedía también las islas de Córcega y Cerdeña aunque, y ahí estaba el inconveniente, debía arrebatarlas antes a los bereberes y árabes que las gobernaban. El rey de Aragón obtenía además un periodo de tregua, el levantamiento de la excomunióon que todavía pesaba sobre los monarcas aragoneses, y la retirada del reconocimiento por parte del papado de Carlos de Valois como soberano de Aragón, aunque este reconocimiento nunca pasó de ser un esperpento.

No pudo caer peor la noticia en Sicilia y los ricoshombres de la isla pidieron al nuevo gobernador, Fadrique, que no les desamparase ante los franceses como había hecho el rey aragonés. Fadrique, que veía como con el abandono de la isla perdería sus recién logradas posesiones, no dudó en brindarse como salvador de su pueblo y aceptó, el 5 de junio de 1295 la corona de Sicilia que el parlamento le había ofrecido. No tardó en demostrar a franceses, a Roma y a su propio hermano, que no tenía intención de entregar la isla a Carlos.

Jaime II, forzado por los pactos firmados, tuvo que responder a la exigencia del Papa para que redujese a su hermano en su negativa a abandonar Sicilia, así como para que obligase a salir de allí a todos los caballeros y ricoshombres procedentes de Aragón y Cataluña.

El resultado fue una guerra fratricida. El propio Roger de Lauria, que tanto había luchado por la liberación de su pueblo, se convirtió en el principal verdugo de la rebelión siciliana, cumpliendo con el deber de lealtad que tenía para con la Corona aragonesa. Por desgracia para los sicilianos, del mismo modo que el almirante había logrado victoria tras victoria contra los franceses, no cesó hasta acabar prácticamente con la armada y los ejércitos del rey de Sicilia.

Pero, cuando la situación parecía abocada a su fin con la derrota de Fadrique de Sicilia, Jaime II ordenó la retirada de su flota y de sus hombres del frente, permitiendo a su hermano recuperarse y asentarse de nuevo con firmeza en el trono siciliano. Las razones, a pesar de la sorpresa y el enfado de Carlos de Francia y del papado, eran lógicas. Jaime, al lanzar sus ejércitos contra su propio hermano había

dado por cumplida su parte de los acuerdos firmados haciendo lo posible por que Sicilia fuese abandonada por los aragoneses, sin embargo, una derrota absoluta de Fadrique significaba el refuerzo de los intereses franceses en la zona al pasar a dominar Sicilia y, además, perdía un aliado seguro, su hermano con sus ejércitos sicilianos, que podría serle necesario más adelante. Ante esta perspectiva, el rey de Aragón dio por cumplido el tratado y cesó en su acoso contra Fadrique.

Evidentemente, Jaime II no logró que se hiciese la paz entre su hermano y el rey Carlos de Francia, quien era su suegro tras su boda con Blanca. Los franceses reforzaron sus posiciones en la isla y de ese modo el duque Roberto, hijo mayor del rey Carlos, tomó posesión de algunas ciudades coaligado con señores de la Catania.

El equilibrio de los efectivos militares de tierra no eran mucho más favorables a Fadrique que los marítimos. Mientras el duque Roberto contaba con varios miles de caballeros con los soldados de sus respectivos ejércitos, el rey de Sicilia disponía únicamente de unos mil caballeros entre sicilianos, catalanes y aragoneses, así como la mayor parte de compañías de almugávares que, desoyendo las órdenes del rey de Aragón, permanecieron junto al siciliano.

Los almugávares, acostumbrados a la guerra y sin entender otra forma de vida que no fuese el combate, no vieron con buenos ojos las órdenes reales de abandonar Sicilia y regresar a los territorios peninsulares. Allí las guerras contra árabes, castellanos o franceses, salvo enfrentamientos puntuales, habían perdido la fuerza de antaño y el panorama en la península no era demasiado alentador para miles de mercenarios que se debían ganar el sustento con el filo de sus armas. Por ello, la práctica totalidad de los que se encontraban al servicio de los caballeros catalanes y aragoneses en Sicilia continuaron sirviendo a Fadrique II, y de la misma forma, los señores que les pagaban, aferrándose a las tierras y castillos con los que se habían hecho en la isla, también se quedaron junto al monarca.

Moralmente, ni los almugávares ni los caballeros que permanecieron en Sicilia se consideraron traidores a Aragón a pesar de desobedecer las órdenes, ya que habían dejado de servir a Jaime II pero habían pasado al servicio de Fadrique II de Sicilia, que del mismo modo que el primero pertenecía a la Casa de Aragón, no solo eso, también continuaban la guerra de sus antecesores contra la Casa de Anjou y contra el papado francófilo.

Sucedió en ese tiempo, que tres señores franceses acudieron a la ayuda del duque Roberto que se encontraba fortificado en La Catania, junto a ellos viajaba un pequeño ejército formado por unos trescientos caballeros conocidos como «los caballeros de la muerte», nombre que se habían ganado por sus éxitos en el combate y por su falta de piedad con el enemigo.

Eran lo más escogido de la milicia francesa y desembarcaron en Sicilia con la idea de acabar de un zarpazo con la resistencia aragonesa. Los primeros en enfrentarse a estos soldados de élite fueron el conde Galcerán y Blasco de Alagón que se encontraban en un castillo llamado Gagliano. Sobre la llanura que había a los

pies del castillo se posicionaron los dos ejércitos dispuestos para la lucha. Entonces los almugávares de los nobles sicilianos gritaron: *¡Desperta ferro! ¡Desperta!*, y todos al mismo tiempo golpearon las puntas de hierro de sus armas contra las rocas del suelo, haciendo que miles de chispas saltasen por los aires.

Los caballeros franceses asombrados ante la visión que tenían ante los ojos no entendían nada de aquello, y alguno de sus acompañantes, que ya se habían topado con los mercenarios en choques armados en Calabria, les explicaban que tenían la costumbre de, antes de entrar en batalla, despertar el hierro de sus lanzas y cuchillos:

[...] de manera que dijo el conde de Brenda, que era uno de los condes de Francia:

—¡Dios mío! ¿Esto qué será? Nos hemos encontrado con los demonios, que quienes despiertan al hierro parece que han de herir en el corazón, y me parece que ya hemos topado con lo que íbamos buscando^[280].

Los almugávares se emplearon con fiereza contra los afamados caballeros francos y en la primera embestida perdieron los franceses cien de sus caballeros. Después, partieron por la mitad sus lanzas y metiéndose bajo los caballos enemigos comenzaron a destriparlos.

A pesar de la ventaja que tomaron los almugávares, los del conde de Brenda se mantuvieron firmes y fue en ese preciso momento cuando los catalanes y aragoneses corrieron entre sus filas una consigna que reavivó con más fuerza si cabe su arremetida, el grito colectivo de *¡Aragón! ¡Aragón!* Como un mar de lava cayeron sobre el enemigo y acabaron con aquellos caballeros llamados «de la muerte», por lo que Muntaner dice que a partir de entonces sí que se les podía conocer verdaderamente por ese nombre, puesto que todos murieron.

Aunque el cronista catalán sitúa estos acontecimientos con anterioridad, Zurita, quien sin duda es mucho más fiable que el de Peralada en cuanto a fechas, los data en 1299. Es entonces cuando el rey Carlos de Francia, no pudiendo contener la ira cuando tuvo noticias de la derrota de «los caballeros de la muerte», mandó llamar a su hijo el príncipe de Tarento y armándole con cincuenta galeras y mil doscientos caballeros entre napolitanos, franceses y provenzales, le ordenó ir contra la Catania, pero eso sí, desembarcando y llegando hasta ella a través de los territorios que se encontraban en poder de los partidarios de los franceses. El príncipe, empujado por sus consejeros y por su propia inexperiencia, hizo caso omiso de las indicaciones de su padre y fue directamente a por el castillo de Trapani, en poder del rey de Sicilia. Allí se encontró con que le estaban esperando, al haber sido divisadas con anterioridad sus naves, el conde de Galcerán, Guillermo Ramón de Moncada, Blasco de Alagón y Berenguer de Entença, que habían tomado posiciones por orden de Fadrique II y tenían más de setecientos caballeros y cuatro mil almugávares

preparados para responder al desembarco.

Como hicieran en tantas ocasiones, los mercenarios se dispusieron para la lucha en el campo de La Falconara lanzando su grito de guerra *¡Desperta ferro!*, y se lanzaron contra el enemigo al que literalmente barrieron. Incluso el propio príncipe de Tarento cayó prisionero y, de no ser por la intervención de un caballero aragonés, allí mismo habría muerto degollado por dos almugávares llamados Domingo Gil y Arnal Fuster que ya apretaban con sus «coltells» el cuello del desafortunado príncipe.

Entre los mercenarios hubo también uno llamado Porcell, que después aparecerá en la expedición a Grecia, y que destacó por su bravura en la lucha:

[...] que con un cuchillo dio tal cuchillada a un caballero francés que la canillera y la pierna cortó de golpe, y aún penetró más de medio palmo en la ijada del caballo. De los dardos no hace falta que hable, pues los hubo que atravesaban al caballero que herían por el escudo, pasando a la otra parte después de atravesar escudo y caballero^[281].

En esta batalla, como sucedería habitualmente, la diferenciación entre los almugávares y el resto de las tropas fue clara. Cuando se posicionaron las fuerzas en el campo de batalla, el rey colocó a Blasco de Alagón y a los almugávares a su izquierda, mientras que a la derecha estarían los caballeros y ricoshombres con sus soldados regulares.

La guerra en Sicilia sería el lugar donde se encontrarían por vez primera gran parte de los protagonistas de la posterior expedición a Grecia. De entre todos ellos, habrá dos de especial relevancia en los futuros acontecimientos: Berenguer de Entença y Roger de Flor.

Entença tendrá una increíble notoriedad durante la campaña en Bizancio, siendo uno de los «capitostes» más importantes de la Compañía, convirtiéndose en la mano derecha de Roger de Flor en Grecia, y sucediéndole en el mando. También sería, por el enlace de su hermana, cuñado del almirante Roger de Lauria.

La estirpe de los Entença aparece ligada desde mucho tiempo atrás junto a la Casa de Aragón, acompañando durante siglos a los monarcas aragoneses en sus campañas expansionistas. Jerónimo Zurita recoge en sus *Anales de Aragón* como en el año 1171:

Dio el rey el feudo y honor de Teruel como se usaba entonces a un rico hombre de Aragón llamado don Berenguer de Entença [...] ^[282].

Son muchos los datos que podemos encontrar entre las páginas de Zurita y de otro cronista aragonés, Pedro de Abarca, donde se demuestra la indudable procedencia aragonesa de la familia de Berenguer de Entença, aunque sí es cierto que él sería ya catalán de nacimiento tras emparentar su padre Berenguer con la heredera de la

baronía de Mora, Tibiza y Falset, en el Baix Ebre, y desplazarse a aquella comarca para instalar allí su nueva residencia.

Como muestra de las abundantes referencias históricas sobre la familia Entença podemos ver como Zurita afirma que en las Cortes aragonesas de Monzón de 1236 participaron activamente como representantes de la nobleza aragonesa tanto un tal Berenguer de Entença, que fue el abuelo de nuestro protagonista, como otro miembro de su familia llamado Gombal de Entença^[283], sobrino suyo. Éste último aparecerá en 1301 como capitán de los ejércitos del rey de Aragón en las fronteras con Castilla, siendo uno de los más acaudalados caballeros del reino. De esta saga familiar descenderá posteriormente Teresa de Entença, quien se casaría con el infante Alfonso, el cual se convirtió en rey de Aragón a la muerte de su padre Jaime II, y de cuyo matrimonio nacería el rey Pedro IV de Aragón.

Algunos años después, reaparece el abuelo de Entença, durante la campaña de Valencia, pero durante esta época parece ser que el abuelo de Entença tanto ofrecía sus servicios y los de sus almugávares al rey de Aragón como al rey árabe de Xátiva. Mientras los aragoneses se ocupaban en la conquista de Valencia, Entença se dedicaba a hacer correrías por el sur de Teruel y el norte de Valencia, lo mismo contra los árabes vasallos del rey de Aragón como contra los cristianos turolenses. Sus cabalgadas desde la ciudad de Xátiva en 1241 contra los templarios que luchaban para el rey fueron de graves consecuencias para aquellos, ya que Entença, que se encontraba al servicio del rey árabe de la ciudad, además de derrotarles, hizo prisionero al maestre de la Orden:

[...] Bñ. G. Dentença, e daltres molts a cauall e a peu: el Maestre del Temple ab alguns frares foren catius^[284].

Por el sur de Teruel campó a sus anchas, junto a su partida de almugávares, robando y saqueando todas aquellas villas bajo control aragonés por las que pasaba, sin que ningún caballero se atreviese a detenerlo y haciendo un grave perjuicio en aquellas tierras, teniendo que ir el propio Jaime I a su encuentro para hacerle deponer por la fuerza de sus actos de bandidaje.

Todavía existen más argumentos para defender la procedencia aragonesa de los Entença, y como ese origen aragonés pesaba de manera determinante en su forma de actuar.

Muntaner en la *Crónica*, nos da las claves para considerarlo de este modo. En la época en la que la Compañía de hallaba inmersa en plena «Venganza Catalana» tras la muerte de Roger de Flor, se produce una gran excisión interna entre ellos. Como consecuencia una parte de los almugávares aragoneses deciden seguir los pasos de sus capitanes naturales, que no son otros que Ximénez de Arenós y Berenguer de Entença:

Y siempre don Ferrán Eiximenis d'Arenós estaba con Berenguer de Entença, y con todos cuantos aragoneses había en la hueste [...] [285].

Como final a esta profundización en su origen aragonés reproduciremos la descripción de la saga familiar que hace el cronista de Aragón Pedro Abarca en 1684. Es un texto extenso pero de una claridad meridiana a la hora de despejar cualquier tipo de dudas sobre el origen del capitoste almugávar:

Fue D. Berenguer de Entença, de casa de ricos hombres primarios de Aragón: su linaje y apellido se tomó de la antiquísima Torre de Entença en el Condado de Ribagorça: y no de un rey moro Entença, despojado por el rey Alfonso el Segundo: como observan Zurita, y otros severos escritores, contra las imaginaciones de Pedro Tomich. El apellido mucho antes de aquel reinado se empieza a oír más claro entre los primeros señores, y cabos del ejército en el glorioso cerco de Zaragoza, desde el año de 1114. El abuelo de nuestro Berenguer fue D. Berenguer de Entença, tercero del nombre; que lo tuvo sumo en la conquista y defensa de Valencia; cuyo general fue, y vencedor de la célebre batalla de Chio, en que fue parte y testigo del famoso milagro de los Corporales de Daroca: y dejó a sus descendientes en herencia dos baronías de ricos hombres. La primera en Aragón, que fue la de Alcolea (sobre el río Cinca). La segunda en Cataluña. En la aragonesa fueron sucediendo su hijo mayor D. Guillém; su nieto D. Bernardo Guillém; su bisnieto D. Gombal; y en fin, su rebisnieta Doña Teresa de Entença, Antillon, y Cabrera, condesa de Urgell; mujer del príncipe y después del rey D. Alfonso el Cuarto, y madre del rey D. Pedro el Cuarto [...]. La segunda línea quedó en la baronía de ese nombre, que es catalana, puesta a los dos lados del Ebro, y formada por las tierras de Mora, Tibiza y Falset. En ellas sucedió otro D. Berenguer, hijo segundo del ya nombrado y de Doña Galgor, señora catalana, como parece. La cual baronía o señorío tomó el nombre de Entença por este heredero (que fue el cuarto Berenguer, y catalán por su estado) fueron hijos D. Guillém, y nuestro D. Berenguer, caudillo de la expedición; y Doña Saurina de Entença, mujer del gran almirante Roger de Lauria [286].

Pero si hay un personaje que traspasaría las fronteras que delimitaron los acontecimientos en los que participó y se convirtió en leyenda ese fue Roger de Flor.

Roger de Flor fue un personaje realmente enigmático. Si seguimos los datos facilitados por Muntaner, nació en 1264, ya que el cronista dice que cuando el rey Conradino de Hohenstaufen, llegó a Nápoles en octubre de 1268 el pequeño Roger tenía cuatro años.

Su capacidad casi increíble de lograr victoria tras victoria tanto en el mar como en tierra así como su personalidad, que hacía que todos aquellos que estaban a su lado

quedasen hechizados de su fuerza y de su carácter, siendo lo mismo que éstos sean fieros almugávares o el propio emperador de Constantinopla, le proporcionará un lugar en la historia de Aragón y de Bizancio por méritos propios, pasando de estar en la más absoluta pobreza en su niñez a ser César del mismísimo Imperio bizantino.

Según todas las crónicas, nació en Brindisi, en la región de la Puglia cercana a Calabria y Sicilia, aunque existen noticias sorprendentes como las ofrecidas por el historiador francés del siglo XIX, Ch. Le Beau, quien asegura que nació en Tarragona el 14 de julio de 1262^[287]. Su padre fue un halconero alemán al servicio del emperador Federico, llamado Ricardo de Blum, de donde derivó el posterior apellido de Roger de Flor, ya que «blume» es la traducción de «flor» en alemán (Rotger von Blum). El emperador Federico dio por esposa a Ricardo de Blum a la hija de un noble de Brindisi, logrando de este modo adquirir cierta posición en la ciudad.

Con su esposa tuvo dos hijos, el menor de los cuales sería Roger. Como estimado soldado de la corte, participó junto al hijo del emperador alemán Conradino cuando éste llegó a Sicilia para hacer la guerra contra el rey Carlos, muriendo en combate, cuando el pequeño Roger apenas tenía un año. No terminaron aquí las desgracias de la familia Blum ya que tras la victoria del rey Carlos y de su toma de posesión de Sicilia, éste confiscó todas las propiedades del rey Manfredo, así como las de todos aquellos que habían participado junto a él en la guerra. Solo pudieron conservar la parte que poseían como fruto de la dote de la mujer, arrebatándoles el resto de sus pertenencias.

Por aquellos tiempos, el puerto de Brindisi era refugio obligado para las naves que pertenecían a las órdenes militares del Temple y del Hospital. Allí acudían para pasar el invierno y cargar con vistas a la primavera, toda clase de víveres y mercancías, así como peregrinos, cuyo destino era la ciudad de San Juan de Acre en Tierra Santa.

Cuando Roger tenía alrededor de quince años, llegó al puerto un templario marsellés llamado Vassall que era comandante de uno de los navíos propiedad de la Orden del Temple.

Los templarios se encontraban a medio camino entre frailes y guerreros, y por aquel entonces su finalidad original de crear un ejército para liberar los santos lugares en poder del Islam se había ido desplazando para tomar más relevancia la condición de simples corsarios. La nave de Vassall debía pasar todo el invierno en Brindisi porque necesitaba ser reparada, y cuando se contrató personal para llevar a cabo esas labores, se apuntó rápidamente el joven Roger. El comandante templario comprobó durante aquellos meses fondeados como el muchacho se manejaba a la perfección entre los aparejos del navío, y no se le escapó tampoco su agudeza y habilidad, por lo que solicitó a su madre, que posiblemente regentaba un albergue en las cercanías del puerto, que le permitiese llevárselo, con la promesa de que haría de él un gran templario. La madre, viendo en la propuesta una posibilidad para que su hijo encontrase un medio digno para ganarse la vida y pudiese salir de la pobreza en la

que se encontraba la familia, aceptó gustosa el ofrecimiento del templario.

Pronto destacó como marino y su confirmación llegó cuando apenas había cumplido los veinte años y Vassall le confió el mando de una nave llamada *El Falcón* (*El Halcón*) que acababa de adquirir el Temple en los astilleros genoveses. No defraudó la confianza depositada en él y se convirtió en uno de los más rentables navíos de la Orden. Sus continuos viajes con mercancías y peregrinos a San Juan de Acre proporcionaba grandes ingresos a las arcas del Temple, así como a las de Roger —aunque lo hiciese faltando a su obligación como fraile templario de no enriquecerse personalmente—, sin que le faltase en ningún momento el ánimo tan especial que reflejaba su carácter abierto, repartiendo una buena parte de lo que ganaba entre sus amigos y compañeros.

Los años que estuvo realizando continuas rutas a puertos del Mediterráneo oriental, le supusieron, además de aprender perfectamente la lengua griega, la amistad de la corte de Bizancio, para los que realizaba favores a menudo. Esa estrecha relación con Constantinopla, sería de una importancia notable pocos años después.

Su suerte cambiaría con la caída de la ciudad de Acre, el 18 de mayo de 1291 (donde, según Paquimeres, realizaba diversas funciones como religioso templario), en manos del soldán de Egipto, Melek-Aachraf (o Taseraf). Participó en la defensa y la posterior evacuación de los peregrinos y sus pertenencias de la ciudad, en una derrota cristiana que suponía no solo la pérdida de una plaza fundamental para mantener las esperanzas de lograr el control de Tierra Santa, sino que también terminaba con un modelo de vida que se había perpetuado durante los últimos siglos.

Esta nueva situación llevaba consigo muchos cambios, y entre ellos *el final de la época de frontera*^[288], todo un síntoma para miles de personas que únicamente tenían en el enfrentamiento fronterizo entre cristianos y musulmanes en los territorios orientales su fuente de ingresos.

El 18 de mayo llegó el asalto final por parte de las tropas del soldán egipcio. Guillermo de Beaujeu, «gran maestro» en la provincia, había muerto en los enfrentamientos y Roger tomó el gobierno en esos desesperados momentos. Realizó numerosos viajes, lo que supuso una gran cantidad de dinero, tanto para él como para sus superiores de la Orden. Sin embargo, y al parecer por envidias internas, especialmente fomentadas desde el maestro de Malta^[289], Roger fue acusado de enriquecerse robando las riquezas que habían quedado desprotegidas en Acre tras la retirada de los cruzados, y por ello el maestro ordenó el embargo de sus bienes y su prisión en una cárcel del Temple. Con estas acusaciones a sus espaldas, abandonó *El Halcón* en Marsella y se refugió en Génova donde, gracias a los préstamos de amigos y en especial de un tal Ticino de Oria, compró una nueva nave llamada *L'Olivetta*. Con ella marchó a Catania donde se ofreció al duque francés Roberto de Calabria, hijo de Carlos II de Anjou, para luchar junto a él. Esta decisión del extemplario no resultaba extraña ya que, a pesar de que hubiese podido considerarlo responsable de

la muerte de su padre, su vida había estado desde entonces ligada a la familia de los Anjou. Sin embargo, Roberto rechazó su colaboración sin que se sepa exactamente cuales fueron los motivos de ello. La explicación más lógica sería pensar que el peso político de la Orden del Temple estuviese detrás de esta decisión, marginándolo totalmente de la órbita angevina.

Fue entonces a poner sus servicios a las órdenes del rey Fadrique. El siciliano, que tan necesitado estaba de refuerzos, lo acogió en seguida. No estuvo mucho tiempo en tierra y pronto zarpó hacia los puertos que estaban bajo el control del rey Carlos. Una tras otra fue apresando naves francesas o que llevaban la intención de abastecerlos, y todo lo que retenía lo enviaba con destino a Sicilia, de este modo llenó los vacíos almacenes de la isla, sin olvidar su costumbre de emplear buena parte de las ganancias en pagar rigurosamente a sus soldados.

Tanto llegó a ganar en sus asaltos marítimos que compró cincuenta caballos bien preparados y armó a sus correspondientes caballeros, todos ellos aragoneses y catalanes, engrosando sus filas con soldados y almugávares de aquellas mismas naciones. Llegados a este punto, conviene percatarse de un aspecto importante y que normalmente se ha pasado por alto.

Y es que Roger de Flor no fue un almugávar, ni en sus orígenes, ni posteriormente. En realidad, desde que se enroló de joven en su Brindisi natal, había sido y sería hasta el fin de sus días un capitán de corsarios al servicio primero de los frailes del Temple, después del rey de Sicilia y finalmente del emperador bizantino Andrónico II.

De este modo, y hecho esto, se presentó ante Fadrique y le entregó mil onzas de oro, repartiendo también una parte del botín arrebatado a los franceses a los señores Blasco de Alagón, Guillém de Galcerán y Berenguer de Entença, surgiendo a partir de ese momento una gran amistad entre ellos. El rey le nombró vicealmirante de su flota, además de otorgarle el señorío de algunos castillos como el de Trip, Licata o rentas en Malta.

Puso su ejército de tierra en manos del rey y de algunos caballeros sicilianos, y embarcó con sus naves desde Messina con la intención de ir con su patente de corso contra las costas del principado franco, pero también contra las de Roma, Pisa, Génova, Cataluña, España^[290] y las del norte de África, con la única idea de hacerse con todo el botín que fuese capaz.

Numerosa es la documentación recogida en el Archivo de la Corona de Aragón sobre estos años en los que Roger de Flor se dedicó a la piratería, no sabemos si como pirata o con patente de corso, en aguas catalanas y mallorquinas. El 26 de julio de 1301 y sellada en Mallorca, escribió una carta dirigida a la Corona, en la cual reconocía abiertamente que eran ciertas todas las acusaciones que los comerciantes catalanes habían hecho acusándole de abordar y robar sus naves^[291].

En otra, poco después, el 26 de septiembre de 1301 el rey de Aragón Jaime II, le enviaba desde Zaragoza un mandato para que retornase a sus dueños el producto de

los asaltos realizados en las playas de Barcelona^[292].

Es interesante ver como la lectura de la *Crónica* de Muntaner dibuja un escenario muchas veces idílico que después la documentación oficial, sino contradice, sí que modifica sensiblemente. El ensalzamiento permanente que Muntaner hace desde un principio de su amigo y capitán, tuvo en realidad momentos de desencuentros e incluso de enfrentamientos, al menos antes de la expedición a Grecia. Un documento del Archivo de Mallorca, fechado en esa misma ciudad el 30 de marzo de 1302 se refiere a la concesión de un salvoconducto por parte de Berenguer de Calders para Guillén Miquel, el cual había sido secuestrado por Roger cuando éste se hallaba a bordo de una nave propiedad de Muntaner^[293]. Este asalto contra intereses Muntaner demuestra la existencia de roces habituales incluso entre quienes eran aliados.

Roger de Flor hizo caso omiso a las órdenes enviadas por el rey de Aragón para que cesase en sus ataques contra los intereses de la Corona. En una misiva, fechada en Zaragoza el 7 de mayo de 1302 Jaime II escribe a su hermano Fadrique de Sicilia para que éste indemnice al catalán Berenguer de Muntada, ya que Roger se había apoderado de una nave de su propiedad que había terminado fondeada en Sicilia^[294].

De regreso a Sicilia con las bodegas de sus barcos repletas de riquezas, repartió una parte de ellas entre las gentes que se encontraba, como solía hacer. Cuando llegó a Trapani se enteró que el duque francés estaba sitiando la ciudad de Messina, y sin pensarlo dos veces desembarcó para poner dirección a la ciudad. Por el camino iba ayudando a cuantos huían del sitio, y a los soldados y almugávares que encontraba les pagaba por adelantado la soldada de seis meses para que se alistasen en su ejército.

Muntaner fue testigo del sitio sufrido por Messina ya que se encontraba entre sus muros cuando los ejércitos francos la intentaron tomar. El rey ordenó que Blasco de Alagón y el conde Galcerán fueran a socorrer a los que intentaban resistir. Con ellos iban dos mil almugávares que no pensaban en otra cosa que en el momento de entrar en batalla, pero su desilusión fue tan grande como lo habían sido sus ganas de luchar, ya que en cuanto el duque supo que se acercaban, levantó de inmediato el sitio y se retiró con sus tropas hacia Calabria.

Blasco de Alagón, que tantos éxitos había cosechado para el rey de Sicilia y que siempre se hizo acompañar de huestes de almugávares en sus campañas, moriría en Messina víctima de una enfermedad poco después de haber entrado en la ciudad.

Roger de Flor, a pesar de no entrar en combate, no se mantuvo al margen de la situación y para aliviar la desesperación que empezaba a cundir en Messina, debido a que comenzaban a faltar los víveres, se fue para la ciudad con sus bodegas repletas y allí vendió todo el trigo que llevaba por treinta «tarines»^[295], cuando a él le había costado más de cuarenta, lo que remedió la hambruna de la ciudad.

El Papa y Carlos de Francia respondieron a la vergüenza de la retirada del duque armando una flota con más de cuatro mil caballeros y con ella pusieron rumbo a Térmen, para pasar después a Catania. Tan confiados estaban los franceses de la

victoria que a su llegada hicieron una fiesta que no pudo terminar peor para ellos. El exceso de alcohol y las rencillas entre las diferentes nacionalidades que componían aquel ejército, acabó en una multitudinaria pelea en la que murieron más de tres mil cruzados, provenzales y franceses.

Cuando se repusieron del percance, los francos se dirigieron hacia su primer objetivo, la villa de Chaca. Aun siendo una de las más desprotegidas de Sicilia no pudieron tomarla, y todo ello gracias a un caballero de Peralada que se llamaba Simón de Vallgornera. Éste entró en la ciudad con más de doscientos caballeros aragoneses y catalanes que hicieron imposible su conquista por parte del ejército del rey Carlos. Y no solo eso, sino que ese sitio fue tan largo y duro que de los cuatro mil caballeros franceses que comenzaron la campaña, apenas se salvaron quinientos.

Una guerra tan larga había terminado por agotar a todos los bandos que habían participado de una u otra forma y, ante lo que parecía una eternización del conflicto, el rey de Francia, junto al papado, y el rey Fadrique, acabaron firmando una paz definitiva en el lugar de Caltabellota, nombre con el que se conocería el tratado firmado el 19 de agosto de 1302.

Por esta paz, el rey Fadrique lograba hacerse con el reconocimiento por parte de Roma y de Francia como legítimo rey de Sicilia, además de casarse con la hija del rey Carlos, Leonor, aunque abandonaba sus posesiones en Calabria y Apulia. El tratado incluía la condición de que a la muerte de Fadrique, la corona pasaría a Carlos II de Nápoles, pero ésta era una parte de los acuerdos que ambas partes sabían que seguramente nunca se cumpliría, debido a que era una exigencia a muy largo plazo y, viendo el estado de debilidad en el que quedaba Francia y la Casa de Anjou en el Mediterráneo occidental, difícilmente tendrían ninguna posibilidad de ejercer su derecho a la restitución de la isla frente a una reforzada Corona siciliana, apoyada a pesar de los desencuentros por la Casa de Aragón a la que les unían lazos de sangre.

20. La marcha a Romanía

Por fin parecía haber llegado un tiempo de paz para la Corona de Aragón después de décadas de guerras continuas. El conflicto siciliano se había alargado durante más de veinte años, en el transcurso de los cuales los bandos en liza se habían ido transformando.

Muchos almugávares pelearon durante estos veinte años primero junto a los reyes de Aragón y posteriormente, defendiendo los intereses del rey Fadrique de Sicilia. Pero no solo repercutió la nueva situación en el contingente que suponían los almugávares sino, como el auténtico pueblo nómada que eran, afectó a miles de hombres, mujeres y niños que se trasladaban detrás del eco de la guerra. La repentina paz sobrevenida tanto en Sicilia como en los territorios peninsulares de la Corona, a la vez que llevaron a estos reinos la tranquilidad durante tanto tiempo perdida, provocaron también un desmoronamiento del soporte económico y vital de todos aquellos miles de mercenarios y de sus familias.

Fadrique, por su parte, había alcanzado sus dos objetivos primordiales. El primero ser reconocido por el resto de naciones como legítimo monarca de la isla y el segundo, derrotar, al menos temporalmente, a franceses y papado en el Mediterráneo, con las nuevas oportunidades comerciales que esto suponía para Sicilia. Con esta perspectiva, el siciliano disfrutaría de un periodo de calma exento de guerras y, en consecuencia, la mayor parte de los efectivos militares que había tenido bajo su mando hasta ese momento dejaban de ser necesarios. Además, los años de guerra continuada habían dejado las arcas del gobierno y a todo el país en general en una situación de quiebra económica. Todo esto forzó el destino de gran parte de la milicia regular y de la totalidad de los mercenarios que habían luchado hasta entonces, provocando irremediabilmente la pérdida de sus trabajos.

Pocas eran las alternativas que se les plantearon entonces a los aragoneses y catalanes.

No solo habían dejado de ser necesarios para el rey Fadrique, sino que después de haber desobedecido las órdenes del rey de Aragón tras el Tratado de Agnani, pocas posibilidades tenían de ser bien recibidos si regresaban a casa, sin olvidar que el

monarca aragonés tampoco requería en ese instante de más almogavería que la pequeña parte que había permanecido todo aquel tiempo junto a él. Así las cosas, y sin un futuro demasiado esperanzador para ellos, se dispersaron, una parte por reinos y repúblicas como Florencia o Génova, entre otras, que aceptaron sus servicios, mientras que otros marcharon como parte de las partidas de nobles aragoneses o catalanes que continuaron con sus pequeñas refriegas en tierra o en el mar. También hubo grupos que permanecieron a caballo entre Sicilia y Calabria para seguir haciendo lo que mejor se les daba, robar y saquear, convirtiéndose en un auténtico problema para las autoridades y los gobiernos de la zona. Pero una porción muy importante de todos los que se habían quedado sin ocupación entraron a engrosar las filas de una nueva expedición que marcaría sus destinos y la de aquellos con los que se cruzaron en el camino.

Roger de Flor, el flamante vicealmirante de la armada siciliana, que tantos triunfos había logrado para la causa del rey Fadrique, veía como su gloriosa aureola militar iba apagándose con la firma de la paz entre Sicilia y Francia. Pero no era esa su única preocupación desde el momento de la pacificación. Él seguía siendo un fugitivo de la Orden del Temple, y éstos no eran de los que olvidaban las cuentas pendientes. Los templarios no permitirían en modo alguno que un simple corsario escapase de su justicia como había hecho hasta ese momento. La paz lograda en Caltabellota, entre otras muchas condiciones, hacía desaparecer la excomunión que pesaba sobre Fadrique (ya que la excomunión de los reyes de Aragón había sido revocada por los anteriores tratados).

De esta forma, Sicilia regresaba a la órbita de Roma y, con toda seguridad, desde allí no tardarían en pedir la cabeza de Roger, por mucho que le pesase al monarca siciliano.

[...] los miembros de la Compañía (aunque todavía no se les deba denominar de este modo) habían contribuido a mantener al enérgico Fadrique II (III de Aragón) en el trono de Sicilia para humillación del papa Bonifacio VIII y de los angevinos de Nápoles^[296].

Si una cosa ha estado siempre clara en política, es que lo importante es mantener el poder cueste lo cueste y, si la coyuntura lo requiere, se elimina a quien sea necesario. Roger, que además de extemplario, corsario, saqueador y carismático líder, no era tonto, se percató de su delicada situación y buscó una alternativa que le sacase cuanto antes de aquel embrollo.

Muntaner, en su línea de idealizar a aquellos a los que estima, refleja a un Roger que lejos de mirar solamente por su seguridad y su futuro, planea las nuevas estrategias pensando en lo que será mejor para su señor el rey Fadrique. El cronista pone en la mente del de Brindisi la idea de que debe partir de la isla y llevarse con él a los almugávares, no pensando en él, sino en que su permanencia en Sicilia pondría

al rey en la disyuntiva de entregarle a los templarios, o regresar de nuevo al estado de guerra anterior. De manera que decide marcharse para no colocar en semejante aprieto a su rey:

Lo mismo pensó de sí mismo, que no le convenía quedarse en Sicilia, ya que, puesto que el señor rey había hecho la paz con la Iglesia, con lo mal que le querían el rey Carlos y el duque, querrían entregarlo al Maestre del Temple, y el rey tendría que hacer de dos cosas una: u obedecer al Papa y entregarle, o volver a estar en guerra con la Iglesia, y él no quería que, por su culpa, tuviese el rey que sufrir tan gran afrenta^[297].

Es de suponer, que la realidad distaba bastante de esta noble reflexión. Lo que sucedió fue que Roger, por los motivos que hemos visto antes, convocó a varios de los capitanes que habían luchado junto a él y les expuso su plan. Éste consistía en organizar una compañía con los aragoneses y catalanes desempleados, así como con los que allí se encontraban reunidos, para acudir al auxilio del Imperio de Bizancio, regido en ese momento por Andrónico II Paleólogo, el cual se encontraba en una situación desesperada ante lo que era un avance imparable de los ejércitos turcos a través de Anatolia, en los territorios más orientales del Imperio. De hecho, habían llegado noticias de que Miguel IX, hijo del emperador Andrónico, se había retirado con sus ejércitos de aquella región, perdiendo el control de las provincias bizantinas desde la Frigia hasta el mar de Mármara.

Alrededor del año 1300, la práctica totalidad de Asia Menor se hallaba en manos de los turcos, y únicamente algunas de las grandes ciudades amuralladas permanecían bajo el control de Constantinopla, entre ellas Nicea, Nicomedia, Brusa, Sardes, Filadelfia o Magnesia, todas ellas en el interior, mientras que en la costa solo Heraclea, Focea y Esmirna mantenían enarbolado el estandarte imperial.

Zurita cree que la idea partió del emperador Andrónico, no de Roger, y que fue el primero quien, viendo la situación de desempleo en la que quedaban los aragoneses y catalanes en Sicilia, tomó la iniciativa:

[...] envió sus embajadores a don Berenguer de Entença y a fray Roger de Brindez y ofrecióles que les daría grandes estados en aquel Imperio y les señalaría luego los principales cargos dél, para todo el tiempo que residiesen a su servicio^[298].

Es a partir de aquí cuando el cronista griego Jorge Paquimeres comienza sus referencias a los aragoneses y catalanes y a Roger. Pasados algunos meses de su relato, contradirá a Zurita, asegurando que fue Roger quien se ofreció para servir al emperador:

Él (Roger de Flor) había ofrecido al emperador expulsar de sus tierras a los turcos los cuales le habían causado grandes estragos^[299].

El de Brindisi hizo valer su seductora personalidad incluso entre los bizantinos.

Paquimeres le otorga un brillo propio en medio de la hueste de «bandidos» que comandaba, y cree que, detrás de su ofrecimiento, se encontraba el rey Fadrique que le «invitó» a marchar de Sicilia por la mucha estima que le tenía, siendo consciente el monarca de que no podría salvarle la cabeza ante las exigencias de Roma:

Fadrique se reconcilió con la Iglesia, el Papa le ordenó entregar a Roger. Fadrique no creía que fuese justo ni honesto entregar a un hombre que le había servido, le pidió que se fuese creyendo por una parte hacerle un gran favor, salvándole la vida, y se reservaba por otra parte una excusa frente al Papa haciéndole ver que no protegía a su enemigo. Roger sin saber donde ir, envió ofrecer sus servicios al Emperador. Tenía un ardor increíble y una habilidad maravillosa para gobernar la multitud de ladrones que gobernaba, y por los cuales hizo grandes cosas^[300].

El también cronista griego Nicéforo Grégoras coincide en la opinión de que fue Roger quien se ofreció al emperador:

Le pareció bien pues a su caudillo Rogerio, después de mandar embajadas, aliarse con el rey Andrónico contra los turcos, si éste quisiera^[301].

Uno de los elegidos para dirigir aquella campaña fue Berenguer de Entença, que se había convertido en camarada inseparable de Roger. Además, Entença, del mismo modo que su cuñado Roger de Lauria y el propio Roger de Flor, no solo conocían el extremo más oriental del Mediterráneo sino que habían realizado frecuentes acciones como corsarios en la zona. De hecho, y como demuestra una misiva de protesta enviada al rey de Aragón Jaime II por los ataques contra islas y navíos comerciales, Entença había saqueado la isla de Corfú y el despotado de Arta antes de 1292 mientras que Roger de Lauria hacía lo propio en otras islas griegas y en Morea alrededor del año 1290:

Et en aquel tiempo seyendo paz entre el rey Carles et el Rey de Aragon en Roger de Loria con X galeas et IIII naves vino en las partidas de Romanía et tomo el xiho et tomo Maluasia et gano muchas otras cosas de que gano muyt grant riqueza et tornando en aragon arribo a porto iunco con las galeas por el viento contrario que huvo, et estando alli pusieron escala en terra et devallaron de las galeas por reposar alli. [...] Et en Roger de loria uiendo

aquesto fizo sacar los cauallos de los nauilios et puyo a cauallo con su gent et almogauares que tenia a piet et fuese a combatir con aquella gente^[302].

Junto al anterior, también figuraban como capitanes los nobles aragoneses Ferrán Ximénez de Arenós y Ferrán de Ahones; Bernad de Rocafort; el navarro Corberán de Alet; los hermanos infanzones aragoneses Pedro y Sancho de Orós; García de Bergua, García Palacín, García Pérez de Ayerbe, Guillén de Siscar, Guillén Pérez de Caldés, Ferrán Gómez, Ximén de Álvaro y Martín de Lográn. Y por supuesto, el catalán Ramón Muntaner, fundamental tanto para la administración de la hueste, como para que sus aventuras llegasen hasta nosotros. Todos ellos dieron su apoyo a Roger y le designaron como jefe supremo, «senescal de la host».

Las crónicas anteriores a la de Muntaner, sobre todo los *Anales* de Zurita, dan algunos indicios sobre el origen de algunos de estos capitanes elegidos por Roger de Flor para acompañarle en su aventura bizantina. La práctica totalidad de ellos fueron nobles y ricoshombres de casas aragonesas y catalanas, aunque no en todos los casos fue así.

A diferencia de otros nobles y capitanes, poco sabemos de Rocafort (¿?-Aversa, 1309), catalán natural de Ampuries que, sin pertenecer a la nobleza, se forjó un lugar entre la clase dominante siciliana gracias a sus victorias en la guerra contra el rey Carlos. Será precisamente el hecho de no tener procedencia noble y de que debiese su cargo únicamente a sus méritos militares, la causa de este desconocimiento. En primer lugar, existen dudas razonables en cuanto a su propio nombre ya que, por algún motivo que desconocemos, fue designado por Zurita como «Bernaldo» o «Bernad» de Rocafort, aunque Moncada en el siglo XVII recuperaba el nombre de «Berenguer» que es el que Muntaner le aplica. Poco más se conoce de su pasado, acaso la posible aparición de algún familiar suyo en 1229 durante la conquista de Mallorca:

En este medio comenzaron a desmandarse hasta cinco mil peones, sin aguardar capitán ni quien los acaudillase; y hubo de salir el rey con un solo caballero que se decía Rocafort a detenerlos^[303].

El destino le deparará un papel que posiblemente fuese de los más desagradecidos de cuantos participaron en la expedición de aragoneses y catalanes a Grecia. Sobre él recaería el peso de dirigir durante un tiempo la Compañía, y lo haría como mejor sabía, con los métodos propios del militar que era. No participará de las estrategias y juegos que acostumbraban los nobles a la hora de gobernar, y probablemente fue esto lo que le llevará, después de lograr algunas de las mayores victorias con los almugávares, a caer en desgracia y a quedar ante los ojos de la Historia como un capitán que no supo controlar su avaricia y que acabó siendo víctima de ella. Pero

Rocafort, fue mucho más que eso, y siendo justos con las circunstancias que tuvo que superar y de los medios de los que dispuso para salir de ellas, nos encontramos ante uno de los mejores capitanes que tuvo la Compañía.

Respecto de Ferrán Ximénez de Arenós, se conoce de él que era aragonés, y que un antepasado de su familia, Ximén Pérez de Tarazona, modificó el nombre de su estirpe durante la campaña levantina, en la que participó con gran fama a lado de Jaime I, llegando a ser lugarteniente general del rey en Valencia. Además de esto, Jaime I le otorgó la baronía de Arenós, motivo por el cual el nuevo cargo impuso su nombre sobre el antiguo apellido familiar:

Y don Jimén Pérez de Tarazona que fue después señor de Arenós, suplicó al rey le hiciese merced de le dar licencia que saliese a ellos con un caballero que se decía Miguel Pérez de Isuerre^[304].

Este cambio de apellido se concretará después de la conquista de la ciudad de Valencia y sería con motivo de su transformación en ricohombre por el rey de Aragón en recompensa por los muchos servicios prestados:

Asentadas las cosas de la frontera de los moros, nombró el rey por su lugarteniente general a don Jimén Pérez de Tarazona e hízole rico hombre, como se podía hacer y era costumbre en los tiempos antiguos sublimar en aquel estado a los que eran caballeros que llamaban mesnaderos, que de tal manera eran vasallos y de la casa del rey ellos y sus padres y agüelos naturales de Aragón [...]. Dióle entonces la baronía de Arenós; y de allí adelante él y sus descendientes tomaron el apellido de Arenós^[305].

El 11 de marzo de 1255 como consta en los *Anales* de Francisco Diago^[306], Ximén Pérez de Arenós, como procurador del rey, promulga la *Carta de Pobla* de la localidad levantina de Bocairent. No estuvo exenta de polémica esta decisión de ascender la categoría de la familia antes conocida como de «Tarazona» y después como de «Arenós», ya que los ricoshombres del viejo Reino protestaron porque, según ellos, el rey daba tierras que les pertenecían a individuos sin un pasado noble que les hiciese merecedores de ello.

Arenós, convertido en un gran señor con importantes territorios en Valencia, moriría en 1309 mientras luchaba junto al rey de Aragón contra los ejércitos del rey de Granada durante la conquista de Almería, tras abandonar poco tiempo antes a la Compañía.

Ferrán de Ahonés, o de Aunés, descendía igualmente de una noble familia aragonesa, que sin ser considerados como ricoshombres, sí ejercían un gran peso en la política del reino.

Pedro de Ahonés, antepasado de Ferrán era, en el año 1225, uno de los más notables personajes del Alto Aragón:

Era don Pedro Ahones, sin ser de linaje de ricos hombres, de los más grandes y poderosos del reino; y tenía la villa de Bolea y todo Sobrarbe que el rey don Pedro le había empeñado^[307].

Así pues, con la aprobación por parte de sus camaradas para iniciar la marcha en cuanto fuese posible, Roger se presentó ante Fadrique de Sicilia y le trasladó la propuesta.

Fadrique vio en esta fórmula la solución a sus problemas. Al tiempo que se deshacía de una élite militar formada por los que seguramente en ese momento eran los mejores capitanes del Mediterráneo, pero que ya no le eran necesarios, se olvidaba a la vez a miles de almugávares aragoneses y catalanes con sus miles de acompañantes. De hecho, la estabilidad de Sicilia ya había comenzado a verse amenazada ante la oleada de robos y saqueos que los desocupados mercenarios estaban llevando a cabo entre la población civil.

Rubió i Lluch recoge lo que podría ser el permiso firmado por Fadrique de Sicilia para la creación de la Compañía y la marcha de Roger de Flor fuera de Sicilia, y en donde ya aparece explícitamente la alusión a que su destino fuese Grecia (Romanía):

Quorum maior pars recessit et profecta est cum eodem fratre Rogerio. Recesserunt etiam et profecti sunt cum eodem aliqui milites atque homines probi ad partes suo omine Romanie [...]^[308].

Quizás nunca se llegue a saber si la propuesta de marchar hacia Grecia fue realmente fruto de la planificación de Roger, o si hubo detrás algún tipo de maniobra dirigida desde las cortes siciliana o aragonesa. El motivo para pensar esto último es que Fadrique de Sicilia todavía se encontraba con otro beneficio añadido en la expedición de Roger, y es que, a pesar de haber sido enemigo de Carlos de Francia y del papado al igual que los griegos, y de considerarse, tanto sicilianos como bizantinos, aliados en ese eterno enfrentamiento contra los francos, el siciliano guardaba entre sus ideas la decidida intención de no conformarse con el gobierno de Sicilia, sino extender sus territorios y rutas comerciales hacia Oriente, y el debilitado Imperio de Bizancio estaba en el centro de sus planes expansionistas. Entre medio se quedaban las cláusulas de los tratados firmados pocos años antes entre Fadrique y Carlos de Valois en los que se comprometían a crear un frente común contra los cismáticos bizantinos con el apoyo de Roma, aunque en realidad la cuestión religiosa simplemente era la cortina de humo que escondía las verdaderas razones económicas de toda esta conjura. Aquella expedición podía suponerle a Fadrique, posteriormente,

la mejor baza en sus planes de conquista de «Romanía».

Los almugávares dirigidos por el eficiente Roger se transformarían en el «Caballo de Troya» que le podía llevar hasta el palacio de Blanquerna en Constantinopla.

Por otra parte, su hermano Jaime II, rey de Aragón, con quien mantenía intereses comunes a pesar de los enfrentamientos anteriores, también veía con buenos ojos el hecho de que una compañía con sus mejores soldados y capitanes, se dirigiesen al corazón de Bizancio.

En Tortosa, en el mes de octubre de ese mismo año, [...] Jaime II daba su conformidad al pacto con el emperador de Constantinopla, siempre que eso representase una alianza recíproca, aplicable un día a la conquista de Cerdeña^[309].

Dentro de esta estrategia de los reinos pertenecientes a la casa de Aragón jugará un papel fundamental uno de los hombres de confianza del propio Roger: Berenguer de Entença.

El monarca siciliano dio su permiso para enviar mensajeros a Grecia que ofreciesen los servicios de los mercenarios. No tardaron en salir de Messina dos emisarios de confianza portando la oferta de servicios y las condiciones que Roger de Flor establecía para ello.

Esa misma primavera de 1303 la nave ya estaba en Constantinopla y los mensajeros eran recibidos en audiencia por xor^[310] Andrónico II y por su hijo, que cogobernaba junto a él, xor Miguel. El recibimiento fue cordial, como tradicionalmente habían sido las relaciones entre Bizancio y Aragón, debido a la convergencia tanto de intereses como de enemigos comunes, especialmente Francia y los Anjou, y circunstancialmente la Iglesia de Roma. Existía, más allá de las buenas relaciones diplomáticas, una vinculación familiar, aunque ésta fuese en realidad bastante lejana. El origen de este parentesco fue la esposa del que fuese emperador griego Juan III Dukas Vatatzes (1192-1254, emperador de 1222 a 1254 en Nicea), Constanza Ana de Sicilia, hija ilegítima de Federico II Hohenstaufen, y hermana del derrocado emperador siciliano Manfredo, en cuya rama se unían con la casa de Aragón. Andrónico, en documentos pertenecientes a la correspondencia mantenida con Jaime II a cerca de los tratados comerciales con los catalanes, llama al rey de Aragón (de Raguna) *su tío*^[311], lo que muestra el grado de familiaridad entre ambos monarcas.

Andrónico no dudó en absoluto a la hora de aceptar tanto el ofrecimiento como las condiciones estipuladas por Roger. Y todo ello teniendo en cuenta que las demandas expresadas en el contrato podían parecer a primera vista inaceptables por su magnitud, sobre todo siendo que quien las hacía no era sino un simple fraile-soldado del Temple, y quien debía aceptarlas el emperador de Bizancio.

Las condiciones eran las siguientes: el emperador concedía a Roger en matrimonio a su sobrina la princesa de Bulgaria (de Lantzara para Muntaner o La Zagora para Zurita y la documentación latina), María Asen (o Asán), hija a su vez del zar de Bulgaria Iván Asen III (1259/60-1303), y de Irene Paleólogo, hermana del emperador Andrónico II; asimismo, le era otorgado el título de megaduque del Imperio de Bizancio, lo que significaba en la práctica ser el almirante supremo la armada bizantina, teniendo el control de todos los mares y costas del Imperio. El cargo de megaduque ocupaba el cuarto puesto en la organización jerárquica de la corte bizantina, por detrás únicamente del sebastocrátor, el César y el protovestuario.

Quienes acompañaban a Roger debían recibir *cuatro onzas al mes por caballo armado y dos onzas por caballos alforrado, y una onza por cada hombre de a pie, y cuatro onzas al cómitre, y una onza el piloto, y veinte tarines el balletero, y veinticinco tarines el proel, y que fuesen pagados de cuatro en cuatro meses*^[312].

Estos emolumentos, que eran superiores a lo que venía siendo habitual en la época, deberían mantenerse durante todo el tiempo que permaneciesen al servicio del emperador y, para demostrar el compromiso de éste, se tendría que hacer una primera entrega a su llegada al puerto griego de Malvasía (Monemvasia), situado en el sur de Morea con una fuerte implantación de comerciantes catalanes. Además, cualquiera que quisiese regresar lo podría hacer sin problemas después de cobrar lo que se le debiese más dos meses como despido.

Aun a sabiendas de que lo que pedía podía considerarse excesivo, Roger sabía que sería aceptado por dos motivos. Uno era la desesperada situación en la que se encontraban los bizantinos, sin demasiada capacidad de elección. No en vano, el emperador había visto desde su palacio, como los turcos se posicionaban amenazantes al otro lado del Bósforo. Y la segunda razón que Roger conocía y que le colocaba en una posición de ventaja, era que en la corte griega le conocían desde tiempo atrás durante su época de corsario templario en Oriente, y estaba seguro que la confianza que entonces se había ganado entre ellos le serviría ahora como salvoconducto y garantía de su lealtad. Le ayudó también ante los ojos de Andrónico II el hecho de haber luchado con éxito contra el rey Carlos de Francia quien, al fin y al cabo, era el enemigo más odiado de los bizantinos.

Así pues, la jugada se estaba tejiendo según lo previsto por Roger. Bizancio no era ya ni sombra del gran Imperio de épocas pasadas. Había intentado resurgir tras la reconquista de Constantinopla de manos de los cruzados francos, pero la dinastía de los Paleólogo no culminaría el objetivo. Andrónico II, sucesor de Miguel VIII, veía como sus fronteras en Asia Menor (Anatolia) iban cayendo una tras otra ante el poder turco que, sin haber llegado todavía al momento de su máximo auge, sí que era capaz de dominar en la práctica los territorios más orientales del Imperio, salvándose únicamente las grandes ciudades fortificadas que se convertían de este modo en islas bizantinas en medio de un mar turco.

Los ejércitos comandados desde la capital no pasaban de ser meramente

simbólicos, probablemente, además de por cuestiones económicas, a causa de su débil estructura militar ya que la dinastía paleóloga sabía que no era querida por su propio pueblo, por lo que evitaban mantener una milicia que pudiese volverse contra ellos. En su lugar, se sirvieron durante décadas de soldados mercenarios llegados de otras naciones como alanos y turcoples^[313]. Pero ni con esas ayudas externas conseguían remediar su grave situación. Es más, el refuerzo pactado con los alanos por Andrónico, que algunos autores aseguran fue provocado por la huida forzada de aquellos del ataque de los tártaros^[314], supuso la llegada de diez mil soldados junto a sus mujeres e hijos, pero lo que podía esperarse como un alivio para la desastrosa situación del Imperio, terminó empeorando todavía más la situación ya que los alanos fueron derrotados estrepitosamente por los turcos, y por si eso no fuese suficiente, en su retirada saquearon las tierras de los griegos que no habían sido arrasadas antes por el enemigo.

¶Pese a todo, el emperador no puso ningún inconveniente a las demandas de Roger y ordenó enviar su aceptación en forma de bula dorada junto con la vara del megaduque y el capelo, como parte del protocolo imperial.

Los mensajeros regresaron rápidamente a Sicilia y fueron con las buenas noticias en busca de Roger. Éste, que se imaginaba el desenlace, ya había comenzado a preparar la expedición y, a la vez que marchó hacia Palermo para comunicarle en persona al rey Fadrique el mensaje recibido, se tituló de inmediato con el cargo de megaduque que acababa de recibir.

Extendió por toda la isla el pregón de que todos aquellos aragoneses y catalanes que lo desearan podían embarcarse con él rumbo a Grecia, recibiendo en el momento de alistarse una paga en víveres. Reunió para sufragar la expedición todas las ayudas tanto económicas como en embarcaciones que Fadrique le otorgó. Además, empleó toda su fortuna personal en la empresa, e incluso parece ser que solicitó de los prestamistas genoveses 20.000 ducados que fueron concedidos bajo la garantía del emperador Andrónico.

Mientras que para otros se trataría de turcos que, abandonando su fe musulmana, se habrían bautizado en el cristianismo ortodoxo.

Zurita hace referencia a una carta enviada algún tiempo después por Berenguer de Entença al rey Jaime II, carta que ya a finales del siglo XIX se hallaba en paradero desconocido.

En ella, además de una relación detallada de los acontecimientos que más tarde se sucederían en Grecia, Entença aseguraba que desde ese momento Roger de Flor ya no se llamaría de este modo sino *Miguel Paleólogo Comneno, yerno y megaduque del Imperio de los romeos*^[315].

Como decimos, dicha misiva desapareció, pero a tenor de las crónicas, aunque quizás fuese esa su voluntad, nunca se le llegó a aplicar tal denominación.

La flota con la Compañía partió del puerto de Messina con rumbo a Malvasía en

agosto de 1303. Estaba formada por un total de treinta y seis naves, de las cuales el rey Fadrique había aportado diez galeras y dos leños^[316]. Muntaner cuenta que en total embarcaron mil quinientos hombres a caballo, cuatro mil almugávares y otros mil hombres que eran expertos marinos con una larga tradición de servicio a la Casa de Aragón. El cronista griego Nicéforo Grégoras rebajará esa cantidad a mil catalanes y mil almugávares (vemos de nuevo como los griegos diferenciaban entre catalanes y almugávares), pero en este caso, hay que pensar que el bizantino no poseía la información de primera mano que maneja Muntaner. El catalán expone claramente que todos ellos eran exclusivamente catalanes y aragoneses^[317], y esta selección, que dejaba fuera a gran cantidad de almugávares procedentes de otras naciones, pudo ser debido a dos razones. Bien, porque la totalidad de los caballeros que se unieron a esta expedición eran aragoneses y catalanes y con ellos llevaron solo a sus mercenarios originarios, o bien, porque los bizantinos, perpetuamente enfrentados tanto con los musulmanes como con los reinos cristianos occidentales, únicamente depositarían su confianza en los vasallos de la Corona de Aragón, que era el único estado occidental que siempre había mantenido alianzas con ellos.

De uno u otro modo, la realidad es que los almugávares de origen árabe no viajarían en la expedición.

Las fuerzas, sin embargo, no se encontraban al cien por cien de las expectativas que se habían creado, ya que dos de los principales capitanes que habían dado su apoyo a la expedición, Berenguer de Entença y Rocafort, tardarían algún tiempo en acudir junto a sus compañeros.

Cada uno por su lado, tenían que solucionar antes algunos asuntos pendientes, lo que por el momento reducía sensiblemente el número de efectivos totales con los que contaba Roger.

Berenguer de Entença decidió retrasar su partida por motivos que no se conocen con seguridad, pero que muy probablemente estuviesen relacionados con la misión que más tarde desempeñaría en Grecia, haciendo de embajador, o mejor dicho, de espía, de los reyes de Aragón y de Sicilia.

Rocafort por su parte, tenía razones más materialistas para permanecer en la isla.

Poseía dos castillos en Calabria que, de acuerdo con lo firmado en la Paz de Caltabellota, debían pasar a manos de Roberto de Nápoles. Sin embargo Rocafort no estaba dispuesto a abandonarlos hasta que no se le pagasen 40.000 escudos que reclamaba por sus servicios durante la guerra.

A pesar de la falta de Entença y Rocafort junto con sus compañías de aragoneses y catalanes, el colectivo humano que emprendió la singladura era impresionante, y así, junto a los miles de almugávares de diferentes rangos, marcharon hacia Constantinopla todas sus familias con hijos, mujeres y —como sabemos por boca de Muntaner— prostitutas^[318].

El acompañamiento de meretrices en las compañías militares no era exclusivo de los almugávares, y respecto a esto, Bofarull, argumentó documentación existente en

el Archivo de la Corona de Aragón en la que Juan I concedía a un tal Gilaberto Rovira, nacido en Tortosa, poderes para organizar una guardia de cincuenta soldados con diez prostitutas para su compañía^[319].

Aunque a partir de este momento será la Compañía capitaneada por Roger de Flor la que gozará de la fama que alcanzarán estos mercenarios en la Historia, hay que tener en cuenta que, ni mucho menos, todos los almugávares que en ese tiempo desarrollaban tal oficio en la Corona aragonesa fueron en ese viaje. Existen abundantes referencias a acciones llevadas a cabo por otras partidas en cualquiera de los reinos de la Corona. Algunas de estas menciones están recogidas a lo largo de las páginas de la crónica del rey de Aragón Pedro IV, el Ceremonioso o el del Punyalet. Por ejemplo, durante la guerra que éste mantuvo contra Jaime III, bisnieto del Conquistador, por el gobierno de Mallorca en 1343, y que tuvo como excusa la acusación por parte del rey aragonés al mallorquín de acuñar moneda falsa, vemos como partidas de almugávares son empleadas por Pedro IV como su principal arma de ataque:

E manam recullir en les nostres naus los homens de peu e almugavers nostres a gran instancia e supplicacio dels missatgers de la dita ciutat; car tant era esglayada la gent de aquella, que per manera alguna nos tenien per segurs, que si los almugavers hi entrassen, que no fossen destrohits e robats^[320].

Pocos meses después, durante ese mismo enfrentamiento entre ambos reyes, pero en un escenario diferente, el Pirineo, y más concretamente en la frontera de Cataluña, vuelven a aparecer otras partidas de almugávares:

Eximen Desparça scuder de casa nostra ab alguna companyia de almugavers que tenia, combateren lo castell Rossello, e finalment, ab alguna altre companyia que si mezcla, haclo per força darmes^[321].

En el otro extremo de la península también aparecerán compañías de almugávares aragoneses luchando junto a las tropas castellanas en un asalto a la ciudad de Algeciras, aunque en esta ocasión no lograrían culminar con éxito su ofensiva. En los primeros meses de 1340 Pedro IV enviaría al almirante aragonés Joffré Gilabert de Cruillas para socorrer al castellano Joffré Tenorio, el cual se hallaba pasando grandes apuros en su campaña en las proximidades de Gibraltar. Cuando los almugávares se disponían a iniciar el desembarco de sus naves en las playas gibraltareñas, una flecha lanzada por los árabes mató al almirante Cruillas, lo que provocó que los aragoneses y catalanes, viendo la fortaleza de los defensores, se diesen media vuelta y regresasen rumbo a Cataluña^[322].

En 1322, como recoge el cronista siciliano J. Villani, algunos almugávares

licenciados del servicio, primero de Sicilia y después de los florentinos, se unieron a Deo Tolomei, un exiliado en la ciudad toscana de Siena, con cuya compañía recorrieron toda la comarca sembrando el terror entre sus gentes^[323].

Como última referencia de la existencia de almugávares, ajenos a la Compañía de Grecia, mencionaremos la curiosa excusa que el rey de Castilla, Pedro I, le pone al rey aragonés Pedro IV el 6 de mayo de 1364 para no enfrentarse a él tras el intento de ocupación de la ciudad de Valencia por parte del primero. Pedro IV había acudido al auxilio de Valencia con los suyos ante lo cual los castellanos no dudaron en levantar el incipiente sitio que estaban preparando.

El rey de Aragón retó al castellano, pero éste rehusó el combate por las formas en las que se había presentado el aragonés. Según el monarca de Castilla no se batía con el de Aragón porque su aspecto y sus maneras no eran las de un rey sino las de un almugávar:

[...] quel dit rey de Castella havia dit, que sino que Nos erem venguts axi com almugaver, ell se fora combatut ab Nos^[324].

21. La llegada a Constantinopla

La flota tuvo un singladura sin problemas y gracias al buen estado de la mar pronto llegaron al puerto de Malvasía, al sur de la península de Morea, donde les esperaban con la primera parte del dinero pactado con el emperador Andrónico. De esta forma las expectativas de la Compañía se veían confirmadas en sus mejores augurios, ya que la prometida paga de cuatro meses por adelantado ya se hallaba en su poder. Junto al dinero se encontraron con una orden del emperador que les urgía a acudir al auxilio de Constantinopla.

No eran sin embargo, gentes que se conformasen con una sola parte, ni que se ajustasen demasiado a normas de honor, así, no dejaron escapar la oportunidad de robar y saquear los lugares por los que pasaron de camino a la capital, como hicieron en la isla de Ceos el 18 de agosto de 1303^[325], como dice un documento veneciano del 27 de septiembre de 1319.

El mes de septiembre de ese año la armada entraba en el puerto de Constantinopla, el *Cuerno Dorado*, ante el júbilo y la admiración de los bizantinos.

En el mes de Gemelion, en la segunda indicción (mes de septiembre), Constantinopla vio llegar a Roger con sus navíos, y con una flota aliada, compuesta tanto de catalanes como de almugávares en número de cerca de ocho mil^[326].

Por delante de la gran flota había llegado unos días antes al puerto Ferrán Ximénez d'Arenós. Los griegos lo recibieron de acuerdo al alto grado de su posición nobiliaria, considerándolo como un gran noble cristiano que llegaba al Imperio para poner sus armas al servicio del emperador en su lucha contra los turcos. Aunque no olvidaban que principalmente hacía todo aquello a cambio del dinero que se le había prometido^[327].

Los griegos, depositaban una de sus últimas oportunidades de resistir frente a las agresiones turcas por un lado, y francesas por el otro, en manos de aquellos recién

llegados, de los que apenas conocían nada. Únicamente tenían viejas referencias de su capitán Roger de Flor, por sus pasadas colaboraciones con el Imperio, pero del que también conocerían las posteriores acusaciones de robo y saqueo tras el abandono de San Juan de Acre que se le imputaban desde la Orden del Temple. De la hueste de desarrapados que le acompañaban, solo sabían que habían colaborado activamente en la caída del dominio franco en el Mediterráneo occidental. En cualquier caso, esta era una razón de peso en su favor, ya que el sentimiento antilatio^[328] entre los bizantinos era una de las bases de su orgulloso sentimiento nacional en ese momento, por encima en ocasiones, de la memoria de su glorioso pasado.

Los latinos o francos, se habían convertido, por todos los desmanes cometidos contra la cristiana Bizancio desde su conquista de Constantinopla en 1204, en el centro del odio de los griegos, y el rechazo y el deseo de venganza, tanto hacia los señores francos como hacia Roma, era generalizado en el pueblo, lo que enfrentaba, a su vez, a éste con la dinastía gobernante de los Paleólogos, los cuales habían dado muestras de intentar un acercamiento entre las dos iglesias cristianas desde los tiempos de Miguel VIII. Pero el sentir popular nunca aceptaría lo que consideraban una traición a su Iglesia y a la memoria de su país, y ésta será la causa por la que aquellos mercenarios que entraban en el puerto de Constantinopla, y que tantas derrotas habían provocado a los franceses, eran recibidos como héroes.

Los crímenes de los cruzados francos cometidos entre la población cristiana de Constantinopla permanecían imborrables en la memoria de sus ciudadanos. El propio Papa, aliado perpetuo de los franceses y enemigo acérrimo de la Grecia ortodoxa, reconocía los pecados y las barbaridades cometidas por sus cruzados:

Los defensores de Cristo se han refocilado bañándose en sangre cristiana. No han respetado edad ni sexo. Han cometido adulterio, fornicación e incesto a la luz del día. Ni matronas ni vírgenes consagradas al Señor se han librado de su brutalidad. No solo han robado y despilfarrado los tesoros del Imperio y de los particulares, sino que se han atrevido a poner sus manos sobre los bienes de la Iglesia^[329].

Desde el palacio de Blanquerna, Andrónico II veía como el contingente armado dirigido por el corsario Roger de Flor, entraba en la inexpugnable ciudad y sus huestes de mercenarios paseaban armados delante de sus eufóricos vasallos.

Roger impactaba en quienes le conocían y el mismo Paquimeres no deja pasar la oportunidad de retratarle, aunque brevemente, a su llegada a Constantinopla:

Estaba en la flor de la juventud, con un rostro salvaje y un ardor natural^[330].

Las sensaciones que pasaron por la mente del emperador serían seguramente

contradictorias. Al mismo tiempo que observaba bajo sus ventanas a un ejército que venía de entregar el control del Mediterráneo occidental a la Casa de Aragón, desplazando casi definitivamente a la Casa de Francia y de Anjou, intuiría igualmente, que estaba permitiendo la entrada sin ningún tipo de obstáculos a unas huestes extranjeras sobre las que no poseía en la práctica control alguno, y que, tanto por su fama como por su número, eran una de las mayores de las que hasta ese momento habían contratado los Paleólogos para su defensa. Quizás hubiese sido lógico para un regente cabal considerar demasiado peligrosa esta situación, pero Andrónico, empujado por la necesidad desesperada o por su manifiesta incapacidad para el gobierno de un Imperio como aquel, no vio, o no quiso ver, el peligro que ello suponía y se alegró de que los aragoneses y catalanes campasen a sus anchas por Constantinopla.

Durante los siglos XIII y XIV fue habitual el uso de ejércitos mercenarios por los Paleólogos ya fuese para contener las oleadas turcas que amenazaban sus fronteras, como para enfrentarse a los cruzados y déspotas francos que se mantenían fuertes en los territorios griegos.

Alanos, albaneses, armenios, búlgaros, cretenses, cumanos, ingleses, alemanes, georgianos, húngaros, mongoles, serbios, rusos, escandinavos, turcos, uzbekos, valacos e italianos, además de los almugávares aragoneses y catalanes, fueron algunos de los pueblos que estuvieron al servicio de los bizantinos a cambio de dinero en aquel tiempo, lo que da una idea de la política militar del deteriorado Imperio, y de la debilidad de su ejército propio.

Bizancio se había convertido, movido por la avaricia y la crueldad de los cruzados francos, por las expansionistas huestes turcas, y por la incompetencia de sus gobernantes, en un estado al que poco más que su mítica historia le quedaba en el momento en el que los almugávares llegan a Constantinopla. Refugiados en la capital recién recuperada, los bizantinos observaban como su gran Imperio se había reducido a una pequeña parte de lo que fue siglos antes; como los déspotas francos dominaban en la práctica buena parte de Grecia; y como los turcos selyúcidas dejaban su lugar a grupos turcos independientes que, sin ser todavía la poderosa fuerza unificada que algunos años después, y bajo el gobierno de Osman, fundarían el estado otomano, recorrían a su gusto la península de Anatolia y se asentaban en ella, aunque es cierto que la división en diferentes provincias entre los pueblos turcos, cada una con su propio gobernante enfrentado al resto, favoreció la posterior campaña de los aragoneses y catalanes en Asia Menor.

El rey turco Azzeddin Kai-Kaous, había sido expulsado de sus tierras por el sultán Kilidje-Arsian, señor de los selyúcidas de Iconium, y con sus ejército de doce mil hombres y el permiso del emperador griego, se establecieron en Europa en un lugar conocido como Tartaria Dobroudjè, entre Silistria y las fuentes del Danubio. Su ambición le llevó a rebelarse contra sus anfitriones e iniciar planes para atacar a la mismísima capital del Imperio. Descubiertas sus intenciones por el emperador

Miguel, decidió huir, no sin antes pedir el auxilio del «gengiskhanide» Berké-Khan, y junto con él, condujeron a su pueblo a Crimea, al norte del mar Negro. Sin embargo, no les siguieron los doce mil turcos que iniciaron el viaje. Un millar de ellos permanecieron en Bizancio, recibieron el bautismo cristiano y desde ese momento fueron conocidos como «turcoples». Al margen de éstos, un último y numeroso grupo, decidió continuar con los ataques contra los griegos de manera independiente, logrando importantes victorias y conquistando grandes zonas. Esta presión incesante contra el Imperio sería poco tiempo después una de las principales causas que llevaron a Andrónico II a aceptar el servicio de la hueste de Roger^[331].

La derrota de los ejércitos imperiales en la batalla de Bapheus (1301) ante los turcos había sido el preludio de la catástrofe en Anatolia. En ese escenario de desgobierno, los habitantes griegos de Asia Menor no podían hacer otra cosa que refugiarse entre las murallas de sus ciudades y defenderse, o incluso pagar tributos, para mantener a las tribus turcas alejadas.

Otro de los motivos velados que pudo haber tras la decisión de Andrónico II de aceptar el servicio de la Compañía sería su intención de utilizar a Roger como una protección militar y política, no solo contra las hordas turcas, sino también contra los planes de invasión de Francia y de Carlos de Valois. El emperador habría visto en él a un importante aliado que le podía servir de enlace entre su imperio y los reyes de la Corona aragonesa, especialmente del rey de Sicilia. Conocía que, pese a la teórica antigua amistad entre Bizancio y Aragón, la nueva situación mediterránea provocada tras la Paz de Caltabellota podía desembocar en una múltiple alianza de Francia, el papado y Aragón contra Grecia, sin olvidar la pública obsesión de Fadrique de Sicilia por acceder al trono imperial. De este modo, Roger se convertía al mismo tiempo en un aliado militar, y también en una garantía de que mientras permaneciese bajo su servicio, el rey de Sicilia evitaría atacarle^[332].

Al lado del emperador se encontraba su hijo Miguel, que sería conocido como Miguel IX Paleólogo (¿?, 1277 - Tesalónica, 1320), y que reinaba hombro con hombro junto a su padre.

El tío de Miguel IX, Miguel VIII, había puesto en marcha durante su reinado una fórmula para asegurar la sucesión del poder imperial dentro de la propia dinastía evitando los traspasos de mando traumáticos. Siendo emperador, en el año 1272, nombró a su hijo Andrónico de quince años como su sucesor y, desde ese mismo instante, coemperador junto a él de Bizancio. Con este recurso político conseguía dejar fijada con antelación la propiedad del trono, ahuyentando a los posibles aspirantes tras su muerte. Miguel IX nacería en abril de 1278 y tan solo tres años después sería también reconocido por su tío como coemperador. Esta titularidad no se haría oficial hasta que llegase el gobierno de su padre Andrónico II quien le designaría como tal en 1291. De este modo, el trono bizantino se había convertido en una corte bicéfala que, si bien respetaba el máximo poder del viejo emperador, no causaba pocas divergencias entre ambos dirigentes.

El coemperador o *sebastocrátor kyr* Miguel Paleólogo, al igual que Andrónico II se congratuló en un principio de la llegada de la Compañía, pero posteriormente desempeñaría un papel fundamental en el futuro de ésta al mutarse su alegría inicial en odio y envidia.

Como había sido pactado, Roger de Flor fue recibido en el palacio de Blanquerna como megaduque de Bizancio, obteniendo de ese modo, una dignidad tan elevada dentro del Imperio que muchos de los miembros de la corte que soñaban desde hacia tiempo con ese nombramiento, vieron en él a un usurpador indigno de semejante puesto. No solo eso, sino que los cortesanos y políticos que se encontraban alrededor de Andrónico veían como éste había abierto las puertas de la sagrada capital a unos extranjeros, y como éstos se paseaban por los pasillos imperiales como si fuesen sus legítimos dueños. El emperador no escatimaría en gastos para agrandar a Roger y a los suyos, y para convencerles con dinero y regalos de que aquella podía ser una empresa muy lucrativa para los intereses de ambas partes. Grégoras, en este caso muy crítico con la política de los Paleólogo, se quejaba de lo que consideraba un expolio a las arcas del estado:

Ciertamente, se gastó dinero para las ropas, regalos, fiestas y comidas de ellos, a tal grado de avaricia llegó, que en poco tiempo se vació el tesoro real^[333].

Una de las primeras ceremonias que se celebraron tras la llegada fue el forzado enlace matrimonial pactado con antelación (aunque algunos autores se esfuerzan en mostrar que esta unión como fruto del amor), entre Roger de Flor y la princesa María. Ésta tenía dieciséis años (después veremos algunas dudas sobre este supuesto), era sobrina de Andrónico e hija del zar de Bulgaria, Iván Asen III, el cual murió en esas mismas fechas exiliado en Constantinopla, y de Irene Paleóloga, hermana de Andrónico. Este enlace muestra hasta que punto el emperador se encontraba en un callejón sin salida y obligado a aceptar cualquier condición a cambio de ayuda, ya que estaba dando en matrimonio a su estimada sobrina —estimada más por su valor político que por sus lazos familiares—, princesa de uno de los reinos aliados más influyentes de los que rodeaban a Bizancio, a un mercenario buscado por la justicia del Temple.

María tenía varios hermanos, Miguel (Juan Asen para otros autores), que era el primogénito y legítimo heredero al trono de Bulgaria; Andrónico Asen, cuya hija, Irene Asanina, se casaría con el emperador Juan VI Cantacuzeno; Isaac Asen, Manuel Asen, Constantino Asen, Teodora Asen, que se casaría con el noble aragonés Ferrán Ximenez d'Arenós, y con posterioridad con Manuel Tagaris^[334], y la propia María Asanina, esposa de Roger de Flor. Toda la familia real búlgara vivía en el palacio de Blanquerna.

Esta rama búlgara de los Paleólogos, se había conformado como una especie de lobby dentro de la propia corte bizantina, y como tal jugaban sus bazas en busca del control del Imperio frente al emperador. Pero no solo tenían como rivales políticos al hermano de Irene, Andrónico, también tenían que vérselas con los recelosos cortesanos que, aunque sabían que los Asen eran unos de sus mejores aliados, no deseaban bajo ningún pretexto que surgiesen nuevos pretendientes a la hora de controlar las riendas del Imperio. Por si esto no fuese suficiente, todavía tenían dentro de Constantinopla un enemigo mucho más poderoso: la jerarquía de la Iglesia ortodoxa. Tradicionalmente, a los búlgaros se les había asociado con un movimiento herético denominado «bogomilismo», que surgió en el siglo XI precisamente en Bulgaria y de la mano de un sacerdote de esa nación llamado Bogomilo, quien unió en una sola creencia las diversas ideas religiosas que existían en Tracia. El origen eslavo del nombre no deja duda y provendría de las palabras «bogo», que significa «Dios», y «milo», que significa «amigo».

En todo caso, fue el sacerdote quien cedió el nombre a la corriente religiosa, «amigo de Dios».

Defendían una concepción maniquea del mundo, y fruto de ella creían que Dios había tenido dos hijos, Satán y Miguel, y que todo en la naturaleza reflejaba esta dualidad. Su rechazo a los dogmas y ritos de la Iglesia les colocó enseguida en el punto de mira de ésta, siendo acusados de herejes y considerados como tales, del mismo modo que lo fueron los cátaros con quienes tuvieron muchos puntos en común, tanto religiosos como políticos. Su auge en Bulgaria hizo que la misma corte simpatizara e incluso practicase esta religión, lo que supuso un grave inconveniente en las relaciones búlgarobizantinas debido a la feroz oposición de la Iglesia ortodoxa que veía como la herejía tomaba fuerza a las mismísimas puertas de Constantinopla.

Con todo y con eso, los búlgaros se habían transformado poco tiempo antes en los mejores aliados de los griegos, y ambos ejércitos habían luchado unidos y vencido a los cruzados que dominaban la capital. El zar de Bulgaria que *se extendía en ese tiempo de que se trata por doscientas leguas: y lo principal de la Bulgaria era parte de las provincias de Mysia y Tracia*^[335], se autodenominaba, antes de la alianza con Bizancio, «Romanoitocnos», es decir «asesino de romanos»^[336]. Las relaciones entre el antiguo reino de Bulgaria (uno de los más antiguos de Europa) y el Imperio bizantino no habían sido lo que se dice cordiales a lo largo de los siglos. Los periodos de encuentros y de enfrentamientos se habían alternado, y tanto tuvieron épocas en las que ambas naciones fueron aliadas, como otras en las que fueron enemigas irreconciliables. Ivan Asen II (1218-1241) había sido el último zar con el que Bulgaria disfrutó de una época de unidad y de gloria, pero tras su muerte, la división entre las diversas fuerzas políticas del reino lograron echar por tierra lo construido por aquel, dejando el país a merced de las ambiciones de sus vecinos del Norte y de la propia Bizancio.

En 1279, después de un año en el que ostentó el gobierno de la corona búlgara un

rebelde a la dinastía de los Asen llamado Ivailo, la nobleza búlgara aceptó como sucesor de Asen II a su nieto Ivan Asen III. Éste, coronado como zar, sería el marido de la princesa Irene y por lo tanto suegro de Roger de Flor. Pero las fuertes tensiones por el trono, con el opositor Ivailo como principal obstáculo, provocaron que su mandato durase apenas un año, hasta 1280. Las presiones le obligaron a abandonar el país, dejando vacío el gobierno del reino balcánico, y muriendo finalmente en el exilio.

En esa época, Asen III podría haber ofrecido en matrimonio a su hija María (Marija o Kira Marija) al noble búlgarocumano, George Terter, todo ello con la intención de reforzar su posición en el país e intentar recuperar los territorios que había perdido, aunque su maniobra no dio los frutos que esperaba. Este influyente personaje, George Terter, sería coronado como zar de Bulgaria en 1280, y junto a él gobernaría como coemperador del país su hijo Teodoro Esfentislao (Svetoslav o Venceslas) quien, algunos años después, y como zar, participará en uno de los episodios políticos que afectarían directamente a los almugávares. De haberse seguido la línea de sucesión al trono de los Asen, el heredero habría sido Miguel Asen, hermano María, la mujer de Roger. Pero aprovechándose de la situación en el país, el hijo del fallecido zar George Terter, Teodoro Esfentislao, se hizo con el poder desde 1300 hasta 1321, arrebatándole el gobierno al cuñado del megaduque, y tras lograr el cetro de Bulgaria se lanzaría a la conquista de las ciudades bizantinas de la Tracia.

En cualquier caso, lo que es de gran relevancia para la historia de la Compañía es esa supuesta boda, o al menos oferta de matrimonio, de la hija de Asen III, la princesa María, 23 años antes de su unión con Roger de Flor, lo que llevaría a pensar que, aunque este primer matrimonio de conveniencia se realizase siendo aún una niña, la edad de María en 1303 estaría lejos de la adolescencia que le adjudicaba Muntaner, y sobrepasaría con creces los veinticinco años. Sin tener la certeza sobre uno u otro extremo, nos quedaremos con dos posibilidades: o bien Asen III tuvo alguna otra hija llamada María, quizás fruto de otra mujer anterior a Irene Paleóloga o, de no ser así, María era ya una joven adulta cuando se desposó con Roger de Flor.

Los Asen, una vez fracasados sus intentos de recuperar el trono, se apoderaron de todas las riquezas que les fue posible y huyeron en busca de refugio a Constantinopla. Pero la pública cobardía del depuesto zar por abandonar su reino sin oponer resistencia y por el apoyo militar que recibía desde Bizancio, hizo que el emperador en ese momento, Miguel VIII, estuviese a punto de no concederle el asilo político que demandaban. Finalmente, fueron acogidos en la corte imperial por el matrimonio celebrado entre la hermana del emperador griego, Irene, y Asen III. Ya nunca regresarían al trono búlgaro pero, por el contrario, se convirtieron en el origen de una nueva dinastía con gran influencia en la corte bizantina. Una de sus nietas, Irene Asanina, sería la esposa del emperador Juan VI Cantacuzeno, y la hermana de ésta, Elena, se casaría posteriormente con el también emperador Juan V Paleólogo.

En medio de este escenario de intereses, la madre de María, Irene (viuda ya de su esposo Asen III muerto en 1303, meses antes de la llegada de la Compañía a Constantinopla), conocía perfectamente las intrigas y hasta donde era capaz de llegar la ambición los Paleólogos, manejándose a la perfección entre los pasillos de la corte bizantina. Esa experiencia cortesana será la que le hará ver con buenos ojos el matrimonio de su hija con el de Brindisi, al fin y al cabo, éste representaba en ese instante el verdadero brazo militar del Imperio. Sabía que frente a un débil Andrónico (aunque había heredado gran parte de la maquiavélica mente de su padre), solo un aliado como Roger, con su irrefrenable carácter y su invencible ejército, podía servirle como baza para detener posibles planes de su hermano contra ella o contra los intereses de su difunto marido el kan de Bulgaria.

Sin darse cuenta, Roger había encontrado una gran aliada dentro de la corte, pero al mismo tiempo, esta alianza le posicionaba frente a otros poderes internos del Imperio.

La noticia de la celebración de la boda se había extendido por toda la ciudad, y los habitantes de Constantinopla brindaban y reían junto a los aragoneses y catalanes celebrando lo que para ellos era el principio del fin de sus males, y confiando en que aquellas gentes llegadas desde la Corona de Aragón acabarían con los turcos igual que habían hecho anteriormente con los ejércitos de Carlos de Francia y de Anjou.

Al mismo tiempo, se efectuó su nombramiento oficial ante el pueblo bizantino como megaduque, lo que representaba un cargo similar al de general del Imperio bajo cuyo gobierno se encontraban los almirantes, y todas las islas y costas.

Pero no todo era celebración esa noche en la ciudad. Los genoveses se hallaban establecidos en Constantinopla desde que ayudaron económica y militarmente a Miguel VIII en la reconquista de la capital. A cambio de su colaboración se hicieron con el poder comercial del Imperio y de las principales rutas que desde allí se controlaban, estableciéndose en el barrio de Pera, situado a menos de una legua de distancia del palacio de Blanquerna.

En 1294 se había desatado el conflicto armado por el control del Egeo entre las repúblicas de Venecia y de Génova, y el Imperio bizantino, tremendamente debilitado y a merced de las poderosas naciones comerciales extranjeras, se vio envuelto en mitad del enfrentamiento, decantándose por el bando de los genoveses. Lamentablemente para los griegos, Génova reconoció su derrota en 1299, y Bizancio, derrotado también en 1302, quedó en manos de Venecia y de sus exigencias que supusieron la pérdida del control político y económico de numerosas islas y poblaciones costeras. Pero además, los genoveses que se habían introducido en la corte y en la economía griega parasitando su capacidad de autonomía, tomaron las riendas del gobierno desde su base en Pera. El historiador Ostrogorsky describe la humillante situación en la que quedó Bizancio tras la guerra:

Las dos Repúblicas marítimas salían de la guerra reforzadas; en cuanto al

Imperio bizantino, que se había dejado arrastrar sin consideraciones en esta infeliz lucha, solo obtuvo de ella nuevos perjuicios y humillaciones^[337].

La llegada de los almugávares despertó, desde que tuvieron noticia de ello, el recelo de los genoveses. Esencialmente, porque más que a soldados, éstos veían que quienes entraban en Constantinopla por la puerta grande con el beneplácito del emperador, no eran mercenarios simplemente sino una avanzadilla que traería tras de sí a más comerciantes catalanes, los cuales se habían convertido en pocos años en unos de sus mayores competidores en el comercio marítimo mediterráneo. Todo ello no podía sino conllevar el desplazamiento de los genoveses dentro del poder político y comercial del Imperio, colocando a los catalanes en su lugar.

Rápidamente, los genoveses hicieron correr por la ciudad el rumor (quizás con fundamento) de que los recién llegados no traían intenciones tan honestas como aparentaban, sino que bajo su promesa de ayudar a Bizancio, se escondía una intriga pactada entre el rey Fadrique de Sicilia y Carlos de Valois para conquistar Grecia y derrocar a la dinastía paleóloga.

No andaban equivocados del todo, ya que dentro de las paces y tratados firmados después del final de la guerra entre Sicilia y Francia, se encontraba una condición que era la aceptación por parte de Fadrique de apoyar los planes de Carlos de Anjou para reconquistar Constantinopla.

Con este viciado ambiente entre los muros de la capital, la misma noche de la boda de Roger y María, estalló una cruenta y multitudinaria pelea entre genoveses y almugávares.

Conocemos dos versiones parecidas que explican las causas del enfrentamiento. Una de ellas afirma que un almugávar andaba a solas cerca del barrio de Blanquerna, en los alrededores del palacio real, que era donde habían sido acampados todos los de la Compañía, cuando se le acercaron dos genoveses y comenzaron a insultarle y a meterse con su desaliñado aspecto.

No hizo falta mucho más de unos segundos para que el almugávar desenvainase su cuchillo y dejase las cabezas de los atrevidos genoveses rodando por el suelo empedrado. A partir de ahí se inició la lucha.

Muntaner da otra explicación a lo sucedido. Dice que fue un tal Rosso de Finar, genovés de la peor calaña, quien llevó la bandera de los genoveses frente al palacio de Blanquerna donde se encontraban los almugávares, desafiándoles orgulloso. Poco pudieron hacer los capitanes por detener a una treintena de aragoneses y catalanes que salieron en tromba a por el tal Rosso y a por sus acompañantes, los cuales cuando quisieron darse cuenta de su error, estaban ya descuartizados por las calles. Una vez iniciada la lucha nada pudo parar ya el ímpetu de destrucción de los mercenarios y, tras matar a los provocadores, continuaron con el resto de genoveses que encontraron mientras se dirigían al barrio de Pera.

¿Qué os diré? Qué aquí murió aquel Rosso de Finar y más de tres mil genoveses. Y todo esto lo veía el emperador desde su palacio, y le causaba mucha satisfacción y alegría, tanto, que dijo delante todos:

—Ahora han encontrado los genoveses quien abatiera su orgullo^[338].

Desde la perspectiva griega, existe otra teoría sobre el enfrentamiento entre genoveses y almugávares. Paquimeres afirma que los motivos fueron puramente económicos, y todo habría empezado porque a Roger, una vez en Constantinopla, no le parecieron suficientes los ejércitos que había traído y comenzó a reclutar mercenarios de otras nacionalidades que se encontraban establecidos en los alrededores. Tanto creció el número de nuevos miembros en la Compañía, que los medios marítimos de los que disponía fueron insuficientes para el transporte y mantenimiento de todos, lo que obligó al emperador a pedir a los genoveses un préstamo de veinte mil «ecus» para sufragar los gastos imprevistos. Éstos accedieron pero únicamente aportaron una parte del dinero solicitado en plata, mientras que el resto se complementaba con parte de los materiales y naves que necesitaba la empresa.

La cuestión es que cuando los genoveses vieron que las tropas se disponían a abandonar Constantinopla, exigieron a Roger el pago de lo adeudado, y en este punto saltan algunas dudas. En primer lugar, no parece lógico que los genoveses quisieran cobrar inmediatamente después de hacer el préstamo, a no ser que su intención fuese la de provocar el choque armado.

Por otra parte, puede que en realidad los genoveses no estuviesen reclamando su derecho a cobrar el préstamo recién concedido, sino el antiguo préstamo que habían proporcionado a Roger años antes cuando se encontró arruinado después de que se le acusase desde la Orden del Temple de robar bienes en el abandono de San Juan de Acre. Dinero que empleó en aquel momento para comprar su nave L'Olivetta.

Miguel IX, el hijo de Andrónico, envió a solucionar el conflicto al almirante Étienne Muzalon, que lejos de apaciguar los ánimos, provocó que el problema se encontrase todavía más.

Los almugávares se apoderaron del monasterio de San Cosme y desde allí se hicieron fuertes para resistir a los genoveses.

De una u otra forma, Andrónico II se sentía pletórico viendo como los almugávares degollaban a los arrogantes genoveses con un mínimo esfuerzo y sin mostrar ni una pizca de piedad con ellos. El emperador se había visto atado de pies y manos por los ambiciosos prestamistas y hasta ese momento había sido incapaz de responder a sus presiones ni económica ni militarmente. Por ello, nada le podía hacer más feliz que ver correr presa del terror a aquellos usureros por las calles de la ciudad. Sin olvidar tampoco que aquella primera muestra de furia salvaje confirmaba que no se había equivocado al hacerlos venir para deshacerse del peligro turco, y esto era algo que inmediatamente percibió el pueblo de Constantinopla que tanto

desconfiaba del Paleólogo.

Andrónico se alegra de éstas intrigas genovesas porque demostraban miedo, y todavía se alegró más por el enfrentamiento que estalló entre catalanes y genoveses el día de la boda de Roger con la princesa María. Se alegra porque en un momento ve a los de Génova vencidos^[339].

El emperador tuvo que pedir a Roger que detuviese la jauría humana en la que se habían transformado los almugávares esa noche, ya que no contentos con acabar con la vida de miles de genoveses, estaban a punto de entrar en Pera y saquear todo el barrio, lo que llegó a aterrar por un momento al mismísimo emperador ya que en sus casas se encontraban guardadas todas las riquezas acumuladas por los comerciantes, y hubiese sido una catástrofe para las arcas imperiales que esas fortunas escapasen de sus manos y fuesen a parar a las de los mercenarios, los cuales además, seguramente viéndose ricos de por vida con lo robado, olvidarían el servicio prometido y se dedicarían a gastar el botín.

—Hijo, (le dijo Andrónico a Roger) id al encuentro de esta gente y hacedles volver; que si saquean Pera, el Imperio está agotado, pues los genoveses tienen gran parte de nuestro tesoro, y los de los barones y de muchas otras gentes de nuestro Imperio^[340].

Finalmente, el emperador, para acabar con las luchas en la ciudad y para que cumpliesen con la función para la que habían sido contratados, ordenó a Roger que cruzase de inmediato con sus tropas el estrecho del Bósforo, que separa Constantinopla de la península de Anatolia, y se dirigiesen hacia Cízico. Como se suele decir, fue peor el remedio que la enfermedad, pues dice Paquimeres, que los almugávares desembarcaron en Cízico como si los ciudadanos griegos de esa región hubieran sido sus peores enemigos, sembrando el terror mientras violaban, robaban y asesinaban a la población que no podía entender como aquellos salvajes que habían llegado a Grecia para salvarles de los turcos, se comportaban con muchísima más crueldad que los propios turcos:

El emperador los había echado con mucha pena, los extranjeros (la Compañía) marcharon por mar a Cízico, donde ejercieron toda suerte de violencias contra los del país, robaron la plata, saquearon las aldeas, violaron a las mujeres y trataron a los habitantes como si se hubiese tratado de esclavos^[341].

También el patriarca de Constantinopla, Athanasio I, se lamentaba ante el

emperador de las desgracias que los mercenarios habían causado entre su pueblo, al tiempo que exigía a Andrónico que no diese permiso a Roger de Flor para que cobrase los impuestos imperiales:

[...] la recaudación de impuestos no debe ser realizada oficialmente por alguno de los que no saben lo que es compasión, insolente y sanguinario, lleno de malos designios, como la pasada experiencia a demostrado que son los despreciables Sicilianos (Athanasio denominaba de este modo a los almugávares) manchados de sangre, que poco o nada se diferencian de la “caballeta o del saltamontes” (Joel 1, 4), cuyas acciones, además de nuestros muchos pecados, han acarreado sobre nosotros estas insoportables calamidades^[342].

No eran pues, al menos de momento, precisamente los heroicos soldados que venían a librar a Bizancio del yugo turco, al contrario, lo que habían conseguido era colocar una nueva cuerda alrededor del asfixiado cuello griego. Es cierto que Roger no hizo nada por contener los desmanes de los suyos, e incluso era acusado de condescendiente frente a los crímenes que éstos cometían. Pero pocas cosas sucedían en la Compañía sin el conocimiento o el visto bueno del megaduque. Roger de Flor, que conocía perfectamente a sus hombres y su naturaleza mercenaria, no estaba dispuesto a enfrentarse abiertamente con miles de almugávares ociosos que, al fin y al cabo, no hacían sino comportarse como acostumbraban a hacerlo, conociendo las funestas consecuencias que aquello podía provocar. De hecho, era muy probable que si los aragoneses y catalanes, que únicamente estaban en Grecia por dinero, no obtenían de inmediato lo que habían ido a buscar, no lo pensarían dos veces y desertarían en masa, buscando otro lugar u otro capitán que se lo proporcionase.

Principalmente, fueron éstas las razones por las que, a la espera de iniciar el combate contra los turcos, los capitanes de la Compañía permitieron el pillaje y saqueo contra los griegos.

Todo esto contribuyó a que al otro lado del estrecho la situación se tornase caótica.

Los campos de cultivo de Asia Menor, que eran la despensa del Imperio, se encontraban abandonados o destruidos. Los continuos ataques turcos desde Oriente, y ahora también de los mercenarios desde Occidente, provocaron que las gentes de aquellas tierras, o bien hubiesen muerto a manos de los invasores, o bien huyeran al otro lado del Bósforo para refugiarse en la capital. Por uno u otro motivo, el resultado fue que Constantinopla estaba a punto de sucumbir tanto por el exceso de población que llegaba huyendo, como por la falta de alimentos causada por el abandono de los campos, provocando que el hambre y la escasez se extendiesen rápidamente por la ciudad.

Desde la capital se podía contemplar como al otro lado del Bósforo, en Cízico,

unas veces los turcos y otras los mercenarios aragoneses, asaltaban y asesinaban sin que nadie les pusiese freno. Nicea, como el resto de ciudades y villas de alrededor, fueron literalmente destruidas por los mercenarios *hasta reducirlas a una triste soledad que no se podía observar sin verter las lágrimas*^[343]. La región se había convertido en un gigantesco campamento de soldados extranjeros provenientes de decenas de naciones diferentes que, sin un gobierno común que llevase las riendas de semejante marea de piratas, corsarios y gentes de fortuna, habían transformado un próspero territorio en un desierto de campos yermos, en donde tomaban lo que les apetecía y cuando querían, dándoles igual que se tratase de víveres o de personas.

Paquimeres, del que destacará siempre una actitud de imparcialidad histórica muchísimo mayor que la de Muntaner, es capaz de ir más allá de la crítica simple hacia los criminales, y descarga gran parte de esa culpa sobre los hombros de los bizantinos, especialmente del emperador y su gobierno por haber demostrado con creces su incompetencia para salir de la crisis.

Los extranjeros [...] ejercieron las más horribles de todas las crueldades, con la misma libertad, que si el emperador estuviese sumergido en un profundo sueño, o si estuviese fuera de este mundo^[344].

Es realmente complicado comprender que es lo que sucedió en realidad durante el tiempo en el que la Compañía permaneció en Artaqui (que es como denomina Muntaner a la pequeña península llamada hoy Erked, en la que se encuentra la ciudad de Cízico, que Zurita a su vez denomina cabo de Tarquín, y que Muncada y Echevarría llaman Artacio).

Esta era la narración de Paquimeres, pero la versión del catalán Muntaner parece ser la de otra historia completamente distinta. Muntaner afirma que los almugávares pasaron a Cízico para expulsar a los turcos que habían arrebatado al emperador un territorio de más de treinta jornadas y que estaban cometiendo toda suerte de abusos contra la población:

Siendo además lo más doloroso que si un turco quería por esposa la hija del mejor hombre de aquellas ciudades, villas o castillos que a ellos estaban sujetos, el padre, la madre o los parientes se la tenían que dar por esposa. Y si nacía un hijo, lo hacían turco y le hacían cortar del miembro, de modo que eran sarracenos; y si era hembra, podía tener la ley que quisiera. ¡Ved en qué dolor y sujeción estaban, y qué gran deshonor para toda la cristiandad!^[345]

Los aragoneses y catalanes aparecen según el catalán como los más honestos caballeros de la cristiandad. No solo no menciona ni una sola fechoría cometida por éstos, sino que asegura que precisamente fueron allí para acabar con las huestes

turcas que cometían crímenes con total impunidad y, por supuesto, no encontraremos entre sus textos ni una sola mención de los hechos denunciados por Paquimeres. Ante este abismo entre las dos versiones, quizás lo más sensato sea establecer un punto medio en el cual, y para el desagrado de Muntaner, habría que recoger inexcusablemente la participación de los almugávares en los crímenes sucedidos, en mayor o menor medida.

Si hacemos caso del cronista griego, el cual seguramente está en estas circunstancias más cercano a la realidad que el idealizador Muntaner, no todos los que acompañaron a Roger estuvieron de acuerdo con semejantes brutalidades, ni estaban dispuestos a participar de la barbarie. Este es el caso del capitán aragonés Ferrán Ximénez de Arenós.

Arenós, siempre según la versión de Paquimeres, recriminó a Roger que permitiese aquellos desmanes de su gente, pero su oposición al rumbo que estaban tomando los acontecimientos no debió tener demasiada influencia en el megaduque, lo que le llevó a abandonar la Compañía y marcharse poco tiempo después con sus almugávares en busca de un nuevo señor al que servir.

Este nuevo señor sería Gauthier de Brienne (Guy II de la Roche), duque de Atenas:

Ferrán que no podía sufrir esas violencias sin rechistar, reprochó varias veces a los extranjeros la ingratitud con la que pagaban la bondad de su amo. Pero no pudo hacer nada contra su insolencia y regresó por mar a su país con sus tropas. Su marcha acentuó la violencia de los catalanes, y la opresión a los romanos^[346].

En otro capítulo trataremos en profundidad las causas de la renuncia de Arenós, y los verdaderos motivos que le llevaron a desertar del lado de sus compañeros y acudir a la llamada del duque de Atenas. Pudo haber sido esto por lo que Roger comenzó a reclutar mercenarios de otros países antes de dejar Constantinopla, ya que el número de hombres que se habían marchado con Arenós era muy importante, dejando a la Compañía en una situación delicada.

Andrónico intentó una maniobra más viendo que ni con sus fuerzas ni con las de los alanos, que también estaban a su servicio, podía frenar las incursiones turcas, y quizás empezando a dudar sobre el control que podía llegar a ejercer sobre los recién llegados. Así pues, envió un mensaje al gran kan de los tártaros, Cazane, cuyo pueblo se había convertido al cristianismo hacia ya algún tiempo, para solicitar su ayuda y crear una nueva alianza contra los turcos.

Mientras, Roger, aprovechándose de las circunstancias, forzó al emperador a que otorgase el título de almirante del Imperio a Ferrán de Ahonés, recayendo bajo su control la totalidad de la flota bizantina, así como el gobierno de puertos e islas. De este modo, se aseguraba el poder sobre los ejércitos griegos y al mismo tiempo

bloqueaba toda posibilidad de ofensiva por parte de los afrentados genoveses. Por otro lado, la poderosa armada que dirigirá Ahonés cumplirá las funciones de salvaguardar la retaguardia de la Compañía en el momento en el que se internen en la península de Anatolia, sirviendo como reserva de víveres y avituallamiento, así como medio de transporte y enlace con la capital.

Impuso una condición más el megaduque, y fue que Ahonés se casase con una joven que era familia directa del emperador, lo que convertía a éste no solo en un alto mando militar sino también en parte de la propia dinastía regente. El nuevo almirante imperial entraba a ser en la práctica un Paleólogo más. Paralelamente a este nombramiento, Corberán de Alet obtuvo también el cargo de senescal de la tropa.

Andrónico, tras aceptar las exigencias, ordenó no dilatar ni un instante más la salida de la Compañía hacia Anatolia y dispuso que, junto a las tropas de Roger y bajo las órdenes de éste, marchasen los alanos dirigidos por Gircón y que se encontraban contratados a su servicio, los cuales podían llegar a sumar unos cuatro mil hombres, cantidad muy similar a la de los almugávares.

Los orígenes de los alanos no están totalmente claros y existen dos teorías diferentes.

Una de ellas afirma que en el siglo III a. C. se instalaron al norte de mar Negro desplazando a los escitas que ocupaban la zona. Mientras, otra opinión defiende que surgieron como una excisión de los propios escitas. Tras la llegada de las invasiones bárbaras abandonaron su territorio, creándose dos tribus o pueblos diferenciados. Una de ellas se dirigió, junto a vándalos y suevos, hacia Occidente, llegando a conquistar parte de la Península Ibérica. Es muy probable que, conociendo de esta migración, el cronista griego Paquimeres, confundiese o diese por supuesto que los almugávares que recalaron en Grecia provenían de estas tribus, y más concretamente de los ávaros, y por ello les diese semejante procedencia étnica, tan alejada de la realidad pero que varios siglos después llegaría a confundir a autores como Moncada:

Tanto es así que esos pueblos (refiriéndose a los almugávares), creo yo, que guardan su origen en los ávaros^[347].

Por otra parte, el resto de tribus alanas se refugiaron en los montes del Caúcaso, al norte de la actual República de Georgia, aunque las fronteras de su país se transformarían tras la invasión de los mongoles, reduciéndose a la actual provincia de Osetia. Éstos alanos del Caúcaso serían los que, desde mucho antes del gobierno de Andrónico II, habrían sido utilizados por los emperadores bizantinos como soldados a sueldo en la defensa del Imperio.

Continuando con la composición del ejército que Andrónico había armado para marchar junto a la Compañía de Roger, conocemos que se le unirían también el resto de mercenarios que se encontraban en ese momento en Grecia y que eran

principalmente italianos, cumanos, armenios o tártaros, entre otros, además de un pequeño contingente del propio ejército bizantino capitaneados por Marule (Focas Marules), capitán de reconocido prestigio por su lealtad y por las victorias conseguidas. En total podríamos hablar de un ejército de aproximadamente unos diez mil mercenarios y soldados, teniendo en cuenta que las cifras de los cronistas, especialmente de Muntaner, se deben considerar habitualmente a la baja.

Marule, obedeció las órdenes dadas por su emperador pero no sin un alto grado de resentimiento, al considerar indigno el hecho de tener que ponerse bajo el mando de un extranjero, máxime cuando los soldados griegos eran tratados como débiles y cobardes por parte de los aragoneses y catalanes. El sentido de lealtad y de obediencia de Marule fue la razón por la que acató las órdenes, temiendo el oficial griego que la sublevación contra el emperador pudiese acarrear una guerra civil en el país, lo que habría hundido definitivamente toda esperanza de recuperación. Puede ser que Marule, al igual que Paquimeres, únicamente vieses la humillante subordinación a la que se veían obligados ante los extranjeros, y no considerasen que la intención de Andrónico fuese, más que ayudar a Roger, el mantenerle vigilado y controlado de cerca.

Una vez establecidos en Cízico, además de dedicar el tiempo a cometer el sinnúmero de barbaridades narradas por Paquimeres, y en cuanto Roger supo que los turcos del emir Kharasi se encontraban a apenas dos o tres millas de ellos, ordenó que todos se preparasen para ir a su encuentro a la madrugada siguiente. Tal como había ordenado el megaduque, en cuanto se levantaron las primeras luces del día, iniciaron el camino hacia el encuentro con los turcos.

Roger, junto a la caballería, avanzaba llevando su propia bandera; a su lado, Marule y sus hombres portaban la del emperador; mientras que los almugávares enarbolaban el «senyal» del rey de Aragón; y por detrás, tal y como había sido acordado previamente, cerraba la Compañía la bandera del rey de Sicilia.

Pronto llegaron al lugar donde se encontraban acampados los turcos y, sin mediar demasiadas explicaciones, se lanzaron sobre ellos aprovechando el factor sorpresa. Los desprevenidos turcos no se podían esperar que cayese sobre ellos ningún tipo de acometida desde la anémica Bizancio. Tan repentina fue la orden, que las tropas que les acompañaban de alanos y bizantinos no pudieron prepararse para atacar y quedaron rezagados, lo que seguramente era la intención del megaduque, ya que más que una ayuda les consideraba un estorbo, y lo que era peor, más partes para repartir el botín.

A la sorpresa inicial hay que añadir el hecho de que los turcos, de los que se dice eran muy buenos soldados, no solo debían disponerse a luchar contra los asaltantes sino que se ocupaban en mayor medida de intentar proteger a sus mujeres e hijos que se hallaban junto a ellos, que en responder al ataque. Los almugávares, que deseaban desde hacía días emplear sus armas, no tuvieron ningún tipo de miramientos y mataron a todos los varones mayores de diez años que se encontraron en el poblado,

aunque Muntaner lo calla. Su exageración le lleva a dar una vez más cifras sobre las víctimas poco creíbles. Afirma que mataron más de tres mil hombres a caballo y a más de diez mil de a pie. El cronista Grégoras, declarado por él mismo contrario a los almugávares, reconoce como ante la furia, la disciplina y la fuerza de las armas de éstos, los turcos no solo sufrieron una contundente derrota como hacía mucho tiempo que nadie les había infringido, sino que además huyeron en masa lejos de Constantinopla a esconderse en el corazón del Asia Menor, devolviendo al Imperio unos límites que no conocía desde hacía décadas.

Una vez finalizada la batalla, a la que se unieron ya comenzada los alanos, los hombres de Marule exigieron a Roger su parte del botín. Ante la negativa de éste, tuvo que ser el propio Marule quien evitase que la estratagema usada por los almugávares para quitarse de en medio a los bizantinos terminase en un enfrentamiento entre ambos bandos de aliados:

Viendo entonces la maldad hecha, y la malvada voluntad de los aliados (los almugávares); ya que habían encontrado a los vencidos y no les habían esperado, y si Marule no les hubiese tranquilizado, ellos se hubiesen ido a las manos^[348].

Finalmente, regresaron a Artaqui con el fabuloso botín que habían arrebatado a los turcos en aquella batalla inicial. Desde allí enviaron todo tipo de joyas y riquezas a Constantinopla como muestra del triunfo. El beneficio del combate fue importante puesto que los turcos atesoraban todo lo logrado durante sus continuas algaradas contra las ciudades bizantinas, las cuales además les pagaban tributos desde hacía tiempo.

Los almugávares se encontraban pletóricos y felices al comprobar como las promesas que Roger les había hecho de convertirlos en ricos hombres se empezaban a cumplir. Del mismo modo que éstos, pero por distintas razones, también en la corte y en las calles bizantinas estalló la alegría al ver como, por fin, el Imperio disfrutaba de un pequeño resquicio para la esperanza.

Andrónico respiraba sosegado después de tanto tiempo de contrariedades.

Pero no todos en la capital estaban contentos por las noticias que llegaban desde Cízico. Miguel IX, hijo de Andrónico II, había recibido la incontestable victoria de Roger como un auténtico baño de agua fría. Pocos meses antes, Miguel había armado un ejército de más de doce mil hombres a caballo y cien mil de a pie con los que atravesó el estrecho y se dispuso a atacar a las mismas fuerzas que acababa de vencer Roger. Sin embargo, por su cobardía y falta de arrojo, ni siquiera llegó a dar batalla. Por dos ocasiones hizo tentativa de pelear, pero finalmente regresó avergonzado buscando protección tras las murallas de Constantinopla.

Ahora debería sufrir las burlas por su miedo y permanecer impasible ante los honores que se le brindarían al victorioso megaduque, el cual había triunfado con

apenas mil quinientos hombres a caballo y cuatro de a pie, donde él había fracasado con deshonor. Éste será el momento y el motivo por el que comenzarán las desgracias de Roger de Flor. La envidia que había germinado en las entrañas de Miguel IX alterarán trágicamente para los aragoneses y catalanes el curso de los acontecimientos.

De manera similar a como los cronistas griegos se despachan a gusto con los almugávares, acusándolos de toda clase de maldades, asimismo Muntaner, achaca a la misma naturaleza de éstos las causas de sus males y de la cobardía de Miguel:

Pero sobre los griegos ha mandado Dios tal peste que cualquiera podría confundirles; y esto ocurre por dos pecados señalados que reinan entre ellos, eso es: el uno, que son la gente más orgullosa del mundo, que no hay gente en el mundo a quien ellos aprecien en nada, sino a sí mismos, y no valen nada; por otro lado, que no hay nadie en el mundo que sienta menos caridad hacia su prójimo [...]^[349].

Dentro de esta visión oscura de los griegos e idílica de los almugávares, el cronista afirma que, en las tierras que habían liberado de los turcos, sus habitantes se encontraban en la más penosa de las situaciones, durmiendo en estercoleros y muriéndose de hambre, mientras que las despensas de los griegos todavía se guardaban gran cantidad de alimentos. Según la idealizada narración del catalán, los aragoneses y catalanes, *partiéndoseles el corazón* ante esta inhumanidad, tomaron por la fuerza los almacenes y repartieron los víveres entre la famélica población, lo que provocó que aquella tropa de desheredados siguiese a la Compañía allá donde fuesen.

Lo que sí parece claro es que la decisión de Andrónico de contratar y dar semejantes poderes y cargos a un ejército extranjero no fue la más acertada. Quizás si el emperador hubiese tenido una perspectiva política más amplia, habría optado por mantener un ejército nacional que, con haber sido simplemente del tamaño que el de Roger, es decir, unos cuatro mil hombres, habría sido suficiente para contener a las crecientes pero desordenadas huestes turcas:

Esta victoria demuestra que hubiera bastado, para salvar la situación, con un ejército pequeño pero fuerte. El trágico destino del Imperio Bizantino fue carecer de tal ejército y solo poder obtenerlo mediante el reclutamiento de mercenarios extranjeros. Por otra parte, un ejército extranjero era un arma de dos filos, sobre todo porque constituía un cuerpo autónomo y podía sustraerse en todo momento al control del emperador, que no disponía de ningún medio de imponer su autoridad por la fuerza^[350].

Viendo la facilidad con la que habían logrado su primera victoria frente a los turcos, los capitanes de la Compañía se dispusieron a diseñar desde Cízico las estrategias para continuar los ataques hacia el interior. Pero la campaña tuvo que ser aplazada ya que en esas fechas, principios de noviembre de 1303 llegó el invierno con toda su crudeza, trayendo nieves y fuertes vientos al cabo de Artaki, además de provocar la crecida de los grandes ríos y haciendo imposible la marcha de un ejército en aquellas condiciones. Ante esta situación optaron por establecerse en la zona y aplazar la marcha hasta la primavera.

La princesa María, junto a su madre Irene y el resto de sus hermanos, fueron llamados por Roger para que marchasen a pasar el invierno junto a él a Cízico. Allí acudieron de inmediato satisfechos por los triunfos conseguidos, que representaban, además del beneficio para el Imperio, un posicionamiento más elevado dentro de la corte bizantina para la nueva familia del de Brindisi.

Cízico, y en realidad toda la región de Artaki, era un espacio de tierra no demasiado grande como para dar cobijo al ejército que se disponía a pasar allí todo el invierno. Los alrededor de diez mil hombres con sus familias que componían aquel contingente humano, suponían una carga casi insoportable para la economía y la subsistencia de la zona y de sus ya de por sí debilitados habitantes. Todo ello, sin olvidar los crímenes y desmanes cometidos sistemáticamente por los mercenarios. Así pues, Roger junto al resto del Consejo de la Compañía, establecieron un sistema para ordenar la estancia y el mantenimiento de las tropas y de sus familias, respetando al mismo tiempo el derecho y la dignidad de los habitantes de Cízico. Se eligieron a seis *hombres buenos* de la ciudad, a dos caballeros catalanes, a dos adalides y a dos almugávares para que se encargasen de que cada ricohombre, caballero y almugávar recibiese posada en las casas de los ciudadanos, comprometiéndose éstos a darles cama y comida hasta que llegase la primavera. El Consejo debía también establecer el precio de todos aquellos servicios que los huéspedes consumiesen, y cuando llegase el momento de partir los anfitriones les presentarían un listado con todo aquello que se les adeudaba. El Consejo sería el que pagaría las deudas tomando el dinero de las pagas de los mercenarios.

Es entonces cuando Arenós, indignado con un comportamiento que considera impropio de los soldados del rey de Aragón, al continuar éstos con los robos y violaciones contra los súbditos bizantinos, embarcó con sus hombres con destino al ducado de Atenás, en donde se pondrían al servicio del duque franco que lo gobernaba:

Una gran parte no podían hacer otra cosa en el país que lo que ya habían hecho, dispusieron en sus naves sus equipajes, su trigo y otras provisiones, y fueron los soldados de Ximénez (de Arenós) quienes se marcharon los primeros; sin preocuparse demasiado por el tratado por el cual estaban obligados a servir al Gran Duque (Roger)^[351].

Mientras el grueso de la Compañía esperaba la primavera cómodamente instalado en Cízico, Roger ordenó que el almirante Ahonés preparase su flota y pusiese rumbo a la isla de Xíos (Quíos)^[352], para mantener la vigilancia de las islas griegas y evitar posibles ataques.

Paquimeres afirma que además de esta labor estratégica, la armada dirigida por un almirante al que llama «Amiral», seguramente confundiendo el nombre real con el cargo de almirante que desempeñaba Ahonés, embarcó en sus naves a marinos italianos y a las mujeres de la Compañía. Pero sobre todo, en aquella flota iba también la mayor parte del botín logrado frente a los turcos. La intención que se escondía detrás de la orden de enviar a las mujeres y los tesoros a la isla de Quíos (Paquimeres dice que es Ania el lugar elegido) no se conoce con seguridad, pero muy probablemente el megaduque pretendiese evitar que se produjesen más desertiones entre los suyos, como había ocurrido en el caso de Arenós. Así, teniendo lejos a sus mujeres y las riquezas que les pertenecían, los almugávares se encontraban obligados a permanecer junto a él, disuadiéndolos de la idea de desertar, al menos hasta la primavera que era cuando había prometido que se produciría el reencuentro entre la armada y la tropa que permanecía en tierra.

En el mes de febrero de 1304 Roger, junto a su esposa María y la familia de ésta, partieron desde Cízico con rumbo a Constantinopla a bordo de una pequeña flota compuesta por cuatro naves. Antes de su marcha, ordenó que durante el mes de marzo, en el que él estaría fuera, se preparasen todas las cuentas con los gastos y las deudas que habían generado durante aquellos meses en sus respectivos alojamientos, para que antes de abril se liquidase todo.

Además de acompañar a su mujer de regreso a la corte, iba con la intención de cobrar del emperador las pagas que se adeudaba a la tropa. Dicen las crónicas que el megaduque se excusó ante Andrónico por el poco servicio que habían proporcionado durante los últimos meses al Imperio, aunque este extremo es poco probable que sucediese así exactamente conociendo el orgullo y la arrogancia de Roger. De ser cierto, probablemente Andrónico no le hubiese dado de manera inmediata y sin poner ninguna objeción la totalidad de la paga.

Lo que sí es verdad es que el hijo del emperador, Miguel, no accedió a entrevistarse con él, según los griegos, por los crímenes contra la población civil de Cízico que sus hombres habían llevado a cabo de manera sistemática. Aunque es más verosímil la teoría que cree que la razón principal era, ni más ni menos, la envidia surgida en Miguel IX.

Departió largo y tendido con Andrónico la estrategia a seguir en cuanto llegase la primavera, pero debido al profundo desconocimiento que el emperador tenía sobre la situación real de sus territorios en Asia Menor por culpa de su enclaustramiento entre las murallas de la capital, solamente le demandó que acudiese con sus ejércitos al auxilio de Filadelfia (la actual Alasehir), la cual se encontraba a punto de caer en poder de los turcos. El resto de la campaña y de los objetivos en Anatolia los dejó a la

libre decisión de los capitanes de la Compañía.

De una u otra forma, la soldada, que debió de ser mayor de lo pactado en principio con el emperador, llegó a Cízico para su reparto entre la tropa. Roger estaba de regreso en Artaqui el 15 de marzo y dictaminó que al día siguiente se presentasen todos en la plaza de la ciudad con los albaranes de las cuentas en orden. Cuando el megaduque tuvo ante sí los libros y los albaranes vio que cada hombre había gastado durante el tiempo de paro bastante más de lo que les correspondía como paga. Unos habían gastado el doble de lo que les tocaba cobrar, pero hubo quienes comieron y bebieron tres y hasta cuatro veces el oro que les correspondía.

Entonces tomó una decisión. Comprendiendo que de cobrar a los almugávares lo que realmente adeudaban hubiera sido una catástrofe tanto para sus bolsillos como para el ánimo con el que debían afrontar sus próximas obligaciones en el frente de batalla, rompió y quemó todos los albaranes con las deudas de los aragoneses y catalanes. Y no contento con eso, dio a cada uno de sus hombres la paga en monedas de oro de cuatro meses, lo que les llenó de júbilo mientras lanzaban gritos y alabanzas hacia su capitán.

Y así podéis comprender cuál sería el gozo de la hueste y con que ánimo le sirvieron de ahora en adelante. [...] ¡Y todo el mundo se preparó para mejor guerrear!^[353]

Este gesto de Roger, que aumentó en gran medida el reconocimiento y la lealtad de sus hombres hacia él, no hizo sino ahondar todavía más en la arruinada situación de los ciudadanos de la comarca de Artaqui. Éstos veían como, después de sufrir continuos robos, violaciones y toda clase de humillaciones, ahora perdían también la pequeña esperanza de recuperarse, siquiera en parte, de la ruina en la que la Compañía les había sumido desde su llegada. Algunos autores afirman que Roger no condonó las deudas de los suyos directamente sino que lo que hizo fue abonarlas de su propio bolsillo, pero este hecho no está claro en absoluto ya que lo que el megaduque dijo a su gente fue solamente que:

[...] así que yo creo que si se os cobrase como quiere la corte, que vosotros tendríais que sufrir gran necesidad, por lo que en honor a Dios, y en honor al Imperio, y por el amor que yo os tengo, yo, de gracia especial, os doy todo cuanto habéis gastado este invierno, que no se os sea retenido nada de vuestras pagas^[354].

En ningún momento dice que aquel dinero —que el historiador Echevarría valora en alrededor de cien mil onzas de oro— lo vaya a pagar él, sino que como «gracia especial», y es muy importante la expresión, decide que no se paguen las deudas. Al

fin y al cabo, ostentaba el cargo de megaduque y, por su matrimonio con la princesa María, formaba parte de la corte bizantina, lo que le permitía tomar decisiones de éste tipo que afectaban a las arcas imperiales aunque, seguramente, un gesto como aquel no fuese bien visto desde Constantinopla.

La arrogancia del capitán de los aragoneses y catalanes era incontenible a esas alturas, y no existía nada que osase hacerle sombra en el gobierno, no ya de su hueste sino de todos los ejércitos del Imperio. Solo el enfrentamiento con los alanos, o masagetas, cuyas fuerzas eran similares en número a las suyas, era evidente y se hizo patente un vez más en el momento del reparto de las pagas. Sin mediar razón alguna, mientras dio dos o tres onzas de oro a los hombres de la Compañía, a los alanos únicamente les dio tres ecus —moneda bizantina de escaso valor en comparación con las de oro—, algunos caballos y poco más. La injusticia sufrida hizo que los alanos se alzasen indignados y el clamor se extendiese entre sus filas.

Esta tensa relación con continuos roces entre los almugávares y los alanos provocó durante esos últimos días de inactividad un nuevo conflicto que torcería los planes de Roger.

Un día se encontraban unos alanos esperando en un molino de Cízico a que les moliesen su trigo cuando llegaron por allí dos almugávares. No está claro si fue porque éstos se empezaron a meter con una mujer que también estaba en el molino, o porque quisieron arrebatársela la harina a los alanos, pero la cuestión es que saltó la chispa. Ante la provocación de los almugávares, los alanos contestaron que si tenían oportunidad, harían con Roger lo mismo que habían hecho con el «gran doméstico»^[355] Alejos Raúl, al que los alanos habían matado tiempo atrás. No tuvieron que oír más los almugávares y se lanzaron sobre ellos.

Pronto el tumulto se extendió por la ciudad y la lucha entre uno y otro bando se generalizó durante toda la noche. Al día siguiente, se reanudaron los combates por las calles de Cízico todavía con más ensañamiento si cabe, ya que los alanos se enteraron de que, tras las refriegas de la noche anterior, había sido asesinado con la mayor crueldad posible el hijo de Gircón, su jefe, lo que irritó aún más a éstos. Ayudados por parte de los habitantes de la zona que vieron en ese enfrentamiento la oportunidad para vengarse de los odiados aragoneses y catalanes, atacaron y causaron gran cantidad de bajas entre los de Roger.

El combate recomenzó al día siguiente, el cual los alanos irritados por la muerte del hijo de su comandante, y del orgullo con el que los italianos^[356] les menospreciaban, mataron a casi trescientos^[357].

Moncada cree que el resultado fue el contrario, es decir, que fueron los almugávares quienes acabaron con trescientos alanos, entre ellos el hijo de Gircón. Pero Paquimeres deja claro que en esa ocasión fueron los mercenarios quienes no

salieron bien parados. Todavía encontramos un argumento más en este sentido, y es que Muntaner, seguramente no por olvido, no menciona ni palabra sobre este hecho, al menos en el momento en el que sucede.

El megaduque, con gran dificultad, puso fin a la lucha entre los aliados y trató de apaciguar a Gircón, a la vez que le convencía de que, tanto él como sus hombres, permaneciesen junto a la Compañía, y para ello intentó comprar la calma del despechado padre con oro.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles y la mayoría de los alanos abandonaron Cízico de regreso a Constantinopla. Este desenlace pasaría una pesada factura a Roger algún tiempo después.

En esos pocos meses la Compañía y su capitán, habían logrado alguna victoria importante con la que se habían ganado el favor y el apoyo de una parte de la corte bizantina; pero a su vez, se habían hecho con dos enemigos poderosos: el coemperador Miguel IX y el grueso de las tropas alanas, con Gircón a su cabeza. Miguel observaría de cerca el alejamiento de los alanos de la Compañía, y con la iniquidad que caracterizaba a los Paleólogo, haría todo lo posible para atraerlos hacia él e incorporarlos a sus planes.

Por otro lado, los griegos habían tenido ya muestras más que desagradables de cual era la naturaleza de los almagávares, y comenzaban a presentir lo que la llegada de aquellas gentes podía terminar suponiendo para el Imperio:

[...] habría que hablar sobre todos los males que causaron una vez allí contra los griegos refugiados en los pueblos de la costa de Asia. En efecto, a hombres y mujeres los trataban no mejor que a esclavos. A todos maltrataron desvergonzadamente, y recogieron, como es lógico, muchas maldiciones en el camino lanzadas desde lo más profundo del alma, maldiciones de aquellos desgraciados a quienes ultrajaban y que iban envueltas en las muchas lágrimas que derramaban. Esto es lo que se llevó a cabo durante el primer año^[358].

De momento, los efectivos quedaban seriamente reducidos tras la marcha de casi cinco mil soldados alanos. El mes de mayo de 1304 iniciaron la marcha desde Cízico hacia el interior Anatolia. Seis mil aragoneses y catalanes, mil alanos que habían decidido permanecer en la Compañía abandonando a sus antiguos compañeros, y casi otro millar de soldados bizantinos al mando de Marule, era el total de la hueste que salió de la península. Todos ellos, a pesar de que cada destacamento contaba con su respectivo capitán o comandante, se encontraban bajo el gobierno del megaduque Roger de Flor, quien poseía la autoridad, otorgada por el emperador, para dirigirlos según sus planes.

El variopinto ejército tomó el camino de Filadelfia, en el sureste de la península de Anatolia. Era una ruta de casi cuatrocientos kilómetros de la cual Muntaner ofrece

pocas referencias geográficas. Apenas mencionará el nombre siete u ocho ciudades de la región y algunas de ellas erróneas. Por el contrario, Paquimeres va desgranando en su crónica el nombre de varias decenas de localidades de Asia Menor por las que discurre la expedición, lo que no sorprende ya que el autor había nacido en esta península y la conocía con detalle. En cualquier caso, tampoco coinciden ambos autores en la ruta seguida, al menos en su totalidad.

Muntaner describe la ruta a través de las ciudades de Nif, Magnesia, Tira (actual Akhisar), Éfeso y Ania, llegando incluso hasta las Puertas de Hierro, en pleno corazón del Asia Menor. Para él será más importante la descripción de las referencias cristianas que encuentra a su paso, como fueron las iglesias de San Jorge en Tira, en donde dice que se hallaban los restos del santo que era, como en otros reinos medievales europeos, patrón de la Casa de Aragón:

[...] hasta la iglesia donde reposa el cuerpo de mi señor San Jorge, que es de la iglesias más bonitas que yo he visto, y está situada a unas dos millas de Tira [...]^[359].

Se detiene también en el monumento erigido por san Juan Evangelista en Éfeso, y del cual afirma que cada año, en las vísperas del día de san Esteban y san Juan, surtía una cantidad increíble de un maná que servía como remedio para muchas enfermedades. El escritor Francesc Puigpelat en su libro *La ruta dels almogàvers. Un viatge a Grècia i Turquia*, asegura que la de Muntaner es la última descripción que se conoce de la basílica de San Juan de Éfeso.

Paquimeres, por su parte, no dirá nada acerca de las ciudades de Tira o de Ania, pero en cambio hablará de los ataques a las ciudades de Germé (actual Soma) y Chliara (Khliarà) con anterioridad a la toma de Filadelfia, así como de la liberación de Aulaca, Culla (actual Kula), Furmi (Furnoi) y Pyrgión (actual Birgi), antes de llegar a Éfeso.

Intentando recomponer la ruta real entre las dos descripciones, parece que, tras abandonar Cízico, se dirigieron hacia las ciudades de Prusa y de Piga, en las cuales continuaron cometiendo toda clase de crímenes contra su población y contra el resto de griegos que se encontraban en la zona, quienes habían llegado allí huyendo de los turcos desde las provincias más orientales. De nuevo, y al igual que ya hicieran en Cízico, robaron los víveres, violaron a las mujeres y «corrompieron» a las jóvenes. Se apoderaron de toda la plata que encontraban en las casas, y en aquella en donde no la encontraban, bien porque estuviese escondida o simplemente porque no la hubiese, cogían al propietario y lo mataban, sacándole antes los ojos, al tiempo que le recriminaban irónicamente al pobre hombre que tenía merecido aquel castigo por amar más a su plata que a su vida. Paquimeres dice que prefiere no hablar más de las mutilaciones y de las vejaciones sufridas por su pueblo a manos de aquellos que teóricamente habían llegado para salvarlos, y que la única explicación que podía

hallar para tanta infamia era su grotesco deseo por demostrar lealtad a Roger, así como por su insaciable ansia de enriquecimiento.

El historiador griego George Phrantzés también muestra una visión de ellos muy negativa, convirtiéndolos en auténticas bestias deshumanizadas que extendieron el terror a partir de aquel momento por todo el territorio griego:

No pasó mucho tiempo sin que los catalanes comenzasen su campaña en Asia, si bien, poco piadosos con sus enemigos, vejaron de una forma espantosa a los romanos (griegos). ¿Hay que recordar la calamidades que causaron por donde pasaron, la dureza con la que oprimieron a los cristianos, sin distinción de sexo, tratándolos peor que a los esclavos, sin apiadarse ni siquiera de sus lágrimas? Les causaron males mayores que si hubiesen sido sus enemigos, aquellos hombres impíos y perdidos. No contentos con expoliar a los cristianos, deshonraban a sus hijas vírgenes y a las mujeres, ataban y después apaleaban a los viejos y a los sacerdotes ^[360].

Dejaron atrás la costa y llegaron hasta la ciudad de Germé, la cual tomaron sin ningún esfuerzo ya que los turcos que la ocupaban, apenas supieron que se aproximaban las fuerzas imperiales al mando de Roger, la abandonaron sin oponer resistencia. No obstante, los miembros de la Compañía alardeaban de todos sus logros con una vanidad insultante.

Se apoderaron y se aprovecharon de todo cuando dejaron en su huida los turcos y, con toda seguridad, no tuvieron en cuenta respetar la parte que correspondía al resto de fuerzas de las otras naciones que iban junto a ellos, ni se les pasó por la cabeza intentar restituir con ese botín una parte de los perjuicios que habían sufrido los ciudadanos de aquellos lugares.

Sucedió entonces, que doce de los soldados de la expedición, probablemente búlgaros, fueron condenados a morir en la horca por apoderarse de parte del botín sin esperar al reparto. En ese momento, un comandante búlgaro (gran tzaúsios), llamado Cranislas (Sausi Crisanislao), con un largo historial militar en el ejército bizantino, y que dirigía una parte del contingente griego en la expedición, pudo haber recriminado a Roger su comportamiento. Éste, que se hallaba hipnotizado por el fragor del saqueo, se lanzó enojado contra el insubordinado comandante y le dio un golpe con su espada. No contento con el escarmiento, ordenó su ejecución, torturándolo sin ningún tipo de piedad, y ello a pesar de las demandas de piedad que le hacían los soldados bizantinos para que respetase la vida de quien con tanto honor había luchado durante años por el Imperio. La versión de estos hechos de Moncada difiere en parte. Según él, el comandante búlgaro no iría junto a Roger en la expedición sino que era el capitán encargado de la defensa de la ciudad, y la ira del megaduque habría estado provocada por la rendición sin resistencia que habían hecho frente a los turcos. Además, Moncada cree que, aunque Roger sí ordenó ahorcar a doce de los más altos

mandos de Cranislas, perdonó finalmente la vida del comandante búlgaro. En cualquier caso, el texto de Paquimeres no correspondería con esta interpretación.

Las diferencias en cuanto a las interpretaciones y traducciones de las crónicas griegas en algunos de sus fragmentos de la obra de Muncada se podrían explicar por las razones que el propio autor indica en su obra. Aclara que existen expresiones o frases sobre las que alberga dudas en cuanto a su significado, es más, añade coletillas como *á lo que yo puedo entender*^[361], transmitiendo la idea de que puede ser que su traducción o el sentido de su texto no sea del todo correcto.

La cobardía generalizada entre los ejércitos bizantinos destacados en Anatolia, así como la debilidad en el ánimo de los habitantes de esas zonas, que había provocado que los turcos dominasen sin el menor esfuerzo los territorios orientales de Bizancio, se convirtió en un grave contratiempo para los planes de conquista de Roger. El ejército mixto de almugávares, bizantinos y lo que quedaba de los alanos, no era ni mucho menos suficiente como para ir dejando una parte de él en cada una de las ciudades que tomaban. En realidad, la idea de Roger era que una vez conquistadas de manos de los turcos, fuesen sus propios habitantes, junto con los retenes de soldados imperiales que allí se encontrasen, quienes se hiciesen cargo de su defensa. Pero el megaduque comprobó como iba a ser totalmente imposible usar esta estrategia, ya que, si con anterioridad habían rendido sus casas al enemigo sin plantear ningún tipo de resistencia para sufrir el menor daño posible, en cuanto los mercenarios se alejasen, los bizantinos serían de nuevo presas del pánico y perderían las ciudades en la primera embestida turca. Así pues, no hubo piedad para los traidores y los débiles, y quienes pecaron de cobardía pagaron su vergüenza con las más innombrables torturas. Existe otra razón que explica la crueldad empleada sobre los ciudadanos, y es que las plazas conquistadas que dejaban atrás en su camino debían de servir, en caso de ser necesario, como vía de escape en su retaguardia.

Roger siempre procuraba mantener abierta una ruta destinada a una posible retirada. De hecho, una parte importante de sus ejércitos, la flota dirigida por Ahonés, cumplía esa función de salvaguardar desde la costa las espaldas de la Compañía, y es por esto que procuraron en todo momento no alejarse demasiado de la orilla si no era en territorios que les ofrecían una rápida salida hacia el mar. La fuerte retaguardia marítima era también la garantía del aprovisionamiento del ejército y, al mismo tiempo, la vía de comunicación directa con el emperador en Constantinopla.

El rastro de tierra quemada que dejaban tras de sí estaba llevando a la población griega al borde de la sublevación. Mientras tanto, en la corte de Constantinopla, Andrónico parecía no tener, al menos de momento, ninguna intención de reprimir los excesos de los aragoneses y catalanes. El emperador sabía bien que éstos era su única oportunidad real de recuperar los territorios orientales del Imperio, los cuales se encontraban en una situación que oscilaba entre el control turco, la independencia que algunos déspotas bizantinos habían decretado en sus respectivos señoríos y el desgobierno que se extendía por el resto de la península. El sufrimiento de su pueblo

era considerado por Andrónico II como un pago justificable para lograr la liberación del Imperio. No lo veían del mismo modo sus súbditos ni tampoco muchos de los miembros de la corte, entre ellos el propio Paquimeres que no comprendía como el emperador mantenía su silencio ante semejantes crímenes cometidos sobre la población.

Pasaron de largo por ciudades como Chliara, Nacrasa, Tiatira (Thyateira, actual Ak Hisar) o Hermocapélica. Cruzaron el lago Coloe y siguieron el curso del río Hermes, admirando a su paso las maravillas clásicas de Sardas. Filadelfia era su destino y en principio no tenían intención de demorar por más tiempo la llegada para cumplir con lo pactado con Andrónico, quien tenía un interés especial en recuperar esta importante ciudad de manos de los turcos.

En mitad de la marcha se les acercaron mensajeros llegados desde la ciudad de Trípolis (Derebol), al sur de Filadelfia, solicitando el auxilio urgente de los ejércitos imperiales ya que se encontraban sometidos por una guarnición de turcos carmanes. Pero Roger no podía sufrir más retrasos y continuó su camino, aunque eso sí, prometió a los de Trípolis acudir en su auxilio en cuanto hubiese cumplido con su objetivo. En este caso, faltaría a su palabra y no les socorrería.

Hay autores que piensan que la razón para ello no fue otra que el hecho de que la guarnición turca que amenazaba la plaza era de proporciones bastante más considerables que las de las otras con las que se habían encontrado hasta entonces, y el megaduque no se atrevió a ir contra ellos.

Filadelfia se encontraba tomada por los turcos de Carmaria (Kermian), dirigidos por el emir Ali Shir de Germiyan (Alisuras para Paquimeres y a los que Muntaner define como las tribus de Cesa y Tiu, o Sesa y Tin), uno de los más relevantes señores independientes de los que, ante la pasividad y la impotencia de Constantinopla, se repartían el solar de Asia Menor.

En realidad, no se puede hablar de «ejércitos turcos» como tales, sino más bien de bandas nómadas, más o menos numerosas y poderosas, que recorrían un territorio tan extenso como el de Asia Menor apoderándose de todo cuanto deseaban sin encontrar ninguna fuerza que se les opusiese. Por ello, y pese a las descripciones grandilocuentes de Muntaner, la Compañía no obtendría sus victorias en Anatolia tras épicas batallas sino que, es más probable que tales enfrentamientos no pasasen de ser escaramuzas, de mayor o menor calado, entre un ejército relativamente importante, como era el gobernado por Roger, y bandas de bandidos nómadas dirigidas por pequeños jefes turcos. De hecho, como ya hemos visto y como veremos en adelante, los turcos, en la mayor parte de las ocasiones, no llegarán a plantear batalla y huirán en cuanto sepan de la proximidad de las tropas imperiales.

Llegaron a las proximidades de Filadelfia, a un lugar llamado Aulax o Aulaque.

Situada en el suroeste de Anatolia, era una de las principales ciudades de Asia Menor, cruce de caminos, la ciudad representaba un bastión fundamental en los planes de Andrónico II para recuperar el control de la zona. Muntaner se dejó llevar

ante el encanto que produjo en él la ciudad, y la describe situándola al mismo nivel que Roma o Constantinopla:

[...] es noble ciudad y de las más grandes del mundo, que tiene XVIII millas de perímetro, casi tanto como Roma o Constantinopla^[362].

Enfrente se hallaron con los ejércitos de Ali Shir de Germiyan, que Muntaner afirma que estaban compuestos por más de ocho mil hombres de a caballo y más de doce mil de a pie.

Las dudas sobre lo que sucedió en realidad comienzan al confrontar la versión del catalán con la de Paquimeres. Así, mientras el primero asegura que la batalla duró desde que salió el sol hasta bien entrada la noche, el griego afirma que la victoria de la Compañía fue fruto exclusivamente de la cobardía de los turcos que huyeron de una manera vergonzosa sin poner la más mínima oposición al avance de los Roger:

Pero no sucedió nada que fuese digno, ni en el número de los ejércitos, ni de sus grandes preparativos. Hay que decir, por el contrario, que Ali Shir fue débil y su debilidad le obligó a abandonar la plaza, y los turcos siguieron su ejemplo y se retiraron en desorden^[363].

Fuese de una u otra forma, lo que sí parece cierto es que las tropas imperiales no pudieron terminar del todo el trabajo, y muchos de los turcos lograron huir ante la imposibilidad de perseguirlos con garantías de no caer en alguna emboscada. Esta indecisión, permitió al emir Ali Shir reorganizar sus fuerzas en torno a Amorión (Asar Kalé), aunque tardarían mucho tiempo los turcos hasta que se repusiesen completamente de la derrota.

Tras la lucha, los vencedores reconocieron el campo de batalla y comprobaron la magnitud de la victoria. Dice el cronista catalán que mataron a siete mil turcos de a caballo y a once mil quinientos de a pie. Por el contrario, en el bando de la Compañía solo habían muerto ochenta hombres de a caballo y cien de a pie, datos que, una vez más, es poco probable que se ajustasen a lo que realmente sucedió.

No obstante, aunque la victoria lograda no fuese tan espectacular como la presenta Muntaner, tampoco fue tan simple e intrascendente como la dibuja Paquimeres. Por fortuna, tenemos el testimonio de otros cronistas griegos, que seguramente usaron las fuentes de Paquimeres, pero que también recogieron otras informaciones. Éstos reconocen el acierto militar de Roger y el coraje mostrado por los almugávares. Tal es el caso de Grégoras quien, a pesar de ser enemigo declarado de cuanto tuviese relación con Occidente, de nuevo agradece el comportamiento de los aragoneses y catalanes, e incluso deja entrever un reproche hacia el propio Andrónico II y su corte por no haber prestado mayor apoyo a Roger, el cual, de este

modo, podría haber continuado su expansión hacia el Este:

Tal era aquel ejército, tan instruido en el manejo de las armas y tan poderoso por su multitud que los enemigos quedaron vencidos con su presencia, sin hacer nada. De tal manera que muchos dicen que, si el emperador, temeroso de otros daños, no les hubiese prohibido pasar adelante, en poco tiempo todas las ciudades y provincias romanas, libres y sin enemigos, hubiesen vuelto a sus dominios^[364].

Los habitantes de Filadelfia, después de un largo tiempo bajo el temor de la ocupación turca, se veían de nuevo bajo el amparo del Imperio. Sin embargo, no debían de tenerlas todas consigo ya que las barbaridades cometidas por los almugávares en las villas por las que habían pasado antes de llegar hasta aquí, habían corrido de boca en boca por las calles de la ciudad.

Los vecinos, temerosos de que cayesen sobre ellos los mismos males que sobre sus compatriotas de Germé o de Cízico, mantuvieron una prudencial distancia con la Compañía. Roger y sus hombres lograron grandes ganancias en plata y joyas procedentes de los derrotados turcos, que a su vez habían robado a los bizantinos pero, aunque sí es cierto que se apoderaron de las riquezas abandonadas por aquellos, los cronistas griegos dicen que ni siquiera llegaron a traspasar las murallas de Filadelfia. Éstas permanecieron bien guarnecidas por sus vecinos, quienes alimentaron y acogieron a los aragoneses y catalanes, así como al resto de la milicia, pero manteniéndolos en las afueras de la ciudad.

Por el contrario, para Muntaner los ciudadanos de Filadelfia les recibieron como héroes, al tiempo que abrían su ciudad y sus casas de par en par en agradecimiento a sus salvadores. La comitiva almugávar se habría engalanado con todas las armas, riquezas y telas preciosas arrebatadas a los turcos, y con el mayor lujo con el que se pudieron preparar, entraron en la ciudad ante los aplausos y los vítores de la población. Permanecieron en la villa liberada durante quince días, tras el paso de los cuales levantaron su campamento.

A partir de aquí las dudas y las versiones sobre cual fue la ruta exacta que tomaron se multiplican. Nuestras dos únicas referencias de los acontecimientos, las crónicas de Muntaner y Paquimeres, no ayudan a aclarar el orden que siguieron a la hora de dirigirse a unas u otras ciudades. Los estudios realizados trazan diversas teorías sobre este itinerario basándose al mismo tiempo en las crónicas y en la lógica que podría imponer la orografía de terreno, las rutas tradicionales de la zona y los sucesos que conocemos. En nuestro caso optaremos por tomar en consideración todas las variables anteriores, pero decantándonos en mayor medida por los hechos narrados en las crónicas, por muy limitadas que estas sean, y por las pistas que estas mismas fuentes dan, antes que por aceptar teorías que, no olvidemos, se configuraron más con la intuición que con datos objetivos.

No deja de ser extraña la poca precisión que tanto Muntaner como Paquimeres tienen respecto de esta etapa concreto en Anatolia. Podría considerarse lógico que Muntaner pasase de refilón sobre los abusos y los crímenes cometidos por sus compañeros de expedición, pero no se explica que él, tan dado a la exageración de las gestas que honran los ideales que defiende, no hiciese mayor hincapié en las victorias logradas y en el recorrido por el que se desarrollaron.

A no ser claro, que tales victorias, tan aclamadas tradicionalmente, no fuesen tales, o que la maldad de los actos cometidos por la Compañía fuesen de tal magnitud que incluso él hubiese preferido cubrir con el olvido aquellas campañas en Asia Menor.

Mientras, el griego Paquimeres, tan meticuloso en otros puntos de su narración, pasa por alto los hechos sucedidos en aquellos días aunque tendrán gran importancia para el destino de la expedición. Sí ofrece mayor detalle en cuanto a los nombres de los lugares por los que pasan y en la descripción de parte de lo acontecido. También es verdad que ni siquiera menciona una sola palabra sobre ninguna campaña al este de Filadelfia, creando un sorprendente vacío narrativo que impide la comprensión escalonada de la historia. Es posible que los robos y los asesinatos contra los griegos provocasen que el cronista pusiese el acento en la denuncia de semejantes atrocidades en lugar de considerar los teóricos triunfos logrados.

En definitiva, lo que podemos aventurar no será sino una aproximación a la realidad de lo que tuvo lugar en esos meses del verano y de principios del otoño de 1304 en el sur de Asia Central, intentando unir de la manera más coherente posible los datos, lugares y hechos que se pueden extraer de las crónicas, uniendo a ello las aportaciones realizadas posteriormente por aquellas investigaciones dignas de crédito.

La mayoría de los investigadores modernos, quizás con demasiada confianza en teorías anteriores, aseguran que sería en este momento cuando la Compañía lanzó sus incursiones hacia el norte de Filadelfia, tomando las fortalezas de Culla y Furmi con el propósito de alejar de ellas al resto de las guarniciones de turcos carmanes que todavía señoreaban por la zona. Sin embargo, tomando otra vez el testimonio directo de Paquimeres, y a pesar de la poca exactitud de los datos que ofrece, no se puede asegurar de una manera taxativa que esto fuese así. Es más, su línea argumental indica de una forma bastante clara que tras Filadelfia, las tropas comandadas por Roger de Flor se dirigieron directamente a Magnesia. Los sucesos acaecidos en los castillos de Culla y Furmi los sitúa inmediatamente antes de su segunda entrada en Filadelfia, y de la posterior campaña sobre las islas mediterráneas de Quíos y Lesbos, es decir, en los meses del invierno de 1304-05, dejando atrás por tanto la primavera de 1304 y los acontecimientos que en ella sucedieron. En cualquier caso, y dado que Paquimeres pasa por alto, por descuido o intencionadamente, la campaña que, en teoría, llevó a la Compañía hasta los Montes Tauro y las Puertas de Hierro, al este de la península de Anatolia, seguiremos a partir de aquí el hilo narrativo que han establecido sucesivos investigadores, pero manteniendo siempre una duda más que

razonable sobre su exactitud.

Así pues, en un espacio de tiempo que no podemos establecer, llegaron a los castillos de Culla y Furmi y allí, del mismo modo que hiciesen en el resto de ciudades, no se contentaron con recuperar el control de la villa sino que, una vez asegurada la plaza, castigaron con la mayor crueldad imaginable a los gobernantes que no la habían defendido con la suficiente energía, o simplemente se habían rendido dando muestras de cobardía.

En el castillo de Culla precisamente sucedió uno de los mayores escarmientos que conocemos de los ordenados por Roger para castigar a la guarnición que debía de haber defendido la fortaleza y que, en lugar de eso, la había entregado deshonrosamente a los turcos.

Varios de los soldados de Culla fueron colgados hasta morir en la plaza mayor, salvándose de la pena aquellos que Roger no consideraba responsables directos de la rendición, recayendo ésta en los mandos superiores. De esta manera, le llegó el turno al gobernador, que padeció múltiples torturas, como por ejemplo, abrirle la cabeza, pero sin llegar a matarlo, lo justo para que su dolor llegase hasta el límite que un ser humano puede soportar. Algo similar harían en el fuerte de Furmi.

Era aquella una época en la que las creencias en lo sobrenatural alimentaban de una manera cotidiana la vida de las personas, y la expedición de los almugávares conoció más de una de esas ocasiones en las que, ante la falta de datos para conocer las causas de determinados acontecimientos, la explicación natural pasaba ineludiblemente por lo divino y lo milagroso.

En esta misma fortaleza de Culla, fue condenado a la horca un noble anciano llamado Exarque, acusado de los mismos delitos de traición al Imperio que otros de sus vecinos. Se le colgó por el cuello junto a los soldados, pero después de un largo rato bandeándose ante la mirada del horrorizado público, no terminaba de morir. Entonces se levantó un clamor unánime exclamando que aquello no podía ser sino un milagro del cielo que les decía que estaban cometiendo un injusticia con ese anciano, y tras cortar la cuerda que tenía al cuello, se le perdonó la vida.

Regresaron de nuevo las tropas a Filadelfia, y una vez allí, Roger exigió a su población el pago de elevadas cantidades de dinero por medio de impuestos. Los habitantes de la ciudad, que apenas se habían recuperado de la opresión de los turcos, comenzaban a darse cuenta de que quienes habían llegado para salvarles se estaban transformando en nuevos invasores. De hecho, además de la violencia física empleada por los conquistadores sobre los ciudadanos, la coacción por medio de la obligación de pagar nuevas tasas, dejaba arruinada por completo a la ciudad. El patriarca de Constantinopla, Athanasio I, había denunciado en repetidas ocasiones el abuso intolerable que este cobro suponía para las arcas y también para el orgullo bizantino.

En una carta titulada *Carta al mismo emperador sobre el Siciliano*^[365], para que no imponga obligaciones fiscales por medio de la crueldad y de la brutalidad,

afirma:

[...] del mismo modo que aquel (Moisés) en otros tiempos libró a su pueblo de las diez plagas de Egipto (Exod. 7-11), de igual manera tu divina Majestad libre al pueblo ortodoxo de la horrible tiranía del Siciliano. A nadie se le oculta que su espíritu arrogante y cruel es comparable a las plagas, y no solo a una de las de entonces, sino a todas juntas, sobrepasándolas incluso en maldad e impiedad [...]^[366].

La Compañía tenía ahora ante sí dos posibilidades. Por una parte, tenían una oportunidad como difícilmente se les volvería a presentar de continuar avanzando hacia Oriente, empujando en su marcha a las tribus turcas que, desorientadas por la inesperada aparición de un nuevo ejército que les estaba provocando derrota tras derrota como hacia tiempo que no les sucedía, huían sin orden ni concierto escapando en dirección a las tierras del Este. Como segunda opción, se planteaban detener el avance hacia Oriente y dirigirse rumbo al Sur, hacia la costa del Mediterráneo, recuperando y asegurando para el Imperio ciudades de la zona, tan importantes en aquel momento para el comercio y las comunicaciones. Eligiendo esta última alternativa, Roger mantendría su clásica estrategia de no alejarse en exceso de la flota que, comandada por Ahonés, protegía la retaguardia y les aseguraba el abastecimiento.

Finalmente, se tomó la decisión. Regresarían hacia el Oeste y marcharían sobre la ciudad de Magnesia, pasando antes por Nif^[367].

Dejando definitivamente atrás la desangrada, por unos y por otros, ciudad de Filadelfia, se encaminaron hacia el Suroeste, sin descuidar la comunicación entre ellos y la armada de Ahonés que les protegía vigilante desde las islas cercanas a la costa. Su modo de operar en los pueblos y ciudades por los que pasaron fue una repetición de lo que habían hecho anteriormente. Primero lograban que los turcos huyesen sin ni siquiera plantar batalla, para después entrar en la ciudad recién liberada y cometer sobre su población todo tipo de crímenes y abusos.

No podemos asegurar si el hecho de dejar Filadelfia y dirigirse a Magnesia fue una decisión tomada realmente por Roger y su Consejo, o si bien respondía a una orden directa del emperador, ya que en aquella ciudad, situada a orillas del río Hermos (o Ermes), se había rebelado contra el poder de Andrónico II un griego llamado Attaliote. Este gobernador bizantino había tomado el control de la ciudad con el consentimiento de sus habitantes, negándose a aceptar el mando del gran heteriarca (hetairiarch, etriarca) Nostongos Ducas, nombrado por Andrónico como gobernador de la provincia.

Roger de Flor desplegó toda su habilidad política para solventar esa situación, que se le presentaba tan propicia. En lugar de acudir a reprimir al rebelde Attaliote, el megaduque, empleando sus tácticas y su fuerte personalidad como líder, convenció a

éste a través de mensajeros (ya que no tenemos constancia segura de que Roger y su ejército fuesen en aquel momento a Magnesia) de que la alianza entre ambos era la única salida que le quedaba al rebelde para mantener el control de la provincia, y al mismo tiempo recuperar de nuevo la confianza del Constantinopla. El gran heteriarca Nostongos Ducas, como enviado de Andrónico, no soportaba por más tiempo aquella humillación. No solo tenía que contemplar impotente los crímenes y las atrocidades cometidas por los almugávares sobre sus compatriotas; verse relegado a un segundo plano de poder dentro del su propio ejército y deber obedecer las órdenes de un extranjero; que ahora además, era testigo de como el megaduque ofrecía el apoyo y la colaboración del ejército griego a un traidor al emperador como era Attaliote. Su límite de paciencia se había sobrepasado.

Fue entonces cuando Nostongos buscó la forma de tomar su venganza. Un emisario llamado Cannbure, debía ir a Constantinopla portando un mensaje de Roger en el que pedía a su suegra Irene Asen, que trasladase a su mujer María para que permaneciese junto a él en la costa del sur de Anatolia, cerca de Éfeso durante el invierno que se acercaba. El despedido gobernador pidió que le permitiesen acompañar a la escolta aduciendo que necesitarían una guarnición que les protegiese de los bandidos y de los turcos. Pero el megaduque no cayó en el engaño e, imaginando que las intenciones del griego eran llegar a la capital para lanzar sus acusaciones contra él ante del emperador, se opuso a que saliese de la ciudad. Nostongos sabía que su única alternativa era buscar el amparo de Andrónico, así que en la primera ocasión que tuvo abandonó Magnesia en dirección a Constantinopla.

Al mismo tiempo, inició su camino el cortejo del mensajero de Roger, a poca distancia del huido Nostongos. Tan pronto como llegaron a la corte, tanto unos como otros, buscaron la alianza y el refugio del Patriarca ortodoxo, máximo representante de la Iglesia griega. El gran heteriarca y la Iglesia elaboraron una estrategia para desacreditar a Roger y su Compañía delante del emperador Andrónico II. Su intención no era otra que la de acabar definitivamente con el poder que en poco tiempo había acaparado el siciliano dentro de la corte, y recuperar el control de los ejércitos y de la política bizantina.

Sin embargo, sus planes no salieron como tenían pensado. El domingo 14 de junio de 1304^[368], el emperador recibió en audiencia a Nostongos y al funcionario designado por la Compañía, y les dio la oportunidad de exponer sus inquietudes sobre las acciones de los aragoneses y catalanes. Los griegos desplegaron entonces una serie de críticas y acusaciones en el tono más duro del que fueron capaces, esperando que aquellas noticias sobre los abusos y los crímenes sobre la población civil provocase la ira del emperador y decidiese finalmente expulsarlos de su nación o directamente acabar con todos ellos. Pero la reacción que ocasionaron en Andrónico fue justamente la contraria. El emperador enfurecido por como estaban tratando a quien era el megaduque de su armada y responsable de la liberación de las ciudades de Asia Menor, castigó duramente a los acusadores, teniendo Irene, la suegra de

Roger, gran parte de culpa en la decisión tomada por Andrónico. Ésta desplegó toda su influencia para defender los intereses de su yerno que eran, al mismo tiempo, los suyos propios. Además, Andrónico no estaba dispuesto a permitir insubordinaciones de los miembros de su gobierno, y menos, a dar la impresión de que podía estar perdiendo, de algún modo, poder frente a la cúpula de la Iglesia ortodoxa, así que condenó a Nostongos, que en principio creyó que solo sería reprimido por su comportamiento ya que se encontraba bajo la protección del Patriarca, con la destitución de su rango y con su reclusión en una oscura prisión imperial. Por otra parte, retiró inmediatamente de todos sus cargos de responsabilidad al funcionario, y para que sirviese de ejemplo mandó que le rapasen la cabeza.

Fue fundamental en el giro que tomó la situación la decisiva influencia que tenía el «lobby» búlgaro dentro de la corte de Constantinopla. De este modo, tanto la princesa María, esposa de Roger, como su madre, presionaron con todos los medios a su alcance a Andrónico para inclinar la balanza a favor del megaduque. Aunque, después de todo, lo que queda como conclusión es que el emperador griego no veía demasiado trascendente el sufrimiento de su pueblo a manos de los aragoneses y catalanes, en tanto en cuanto los réditos que le proporcionaban las victorias de éstos sobre los turcos, estaban fortaleciendo enormemente las arcas imperiales.

Mientras tanto, la Compañía no había dejado, ni mucho menos, la situación totalmente asegurada en los alrededores de Filadelfia ya que únicamente habían recuperado la ciudad, pero el resto del territorio continuaba o en poder de los turcos, o sin ningún tipo de control. El emir turco Ali Shir, que había huido con anterioridad, se encontraba bien fortificado tras las murallas de Trípolis, y desde allí se burlaba de las amenazas que le lanzaba Roger, lo que hace pensar que el potencial del megaduque y de su ejército no era tan imponente como pretende hacer ver Muntaner, ya que ni siquiera eran capaces de terminar la misión que habían dejado empezada, y un pequeño contingente turco se resistía sin ningún problema a abandonar por completo aquellos territorios. También da una idea de lo reducido del número de efectivos de las bandas turcas el hecho de que, en casi ningún caso, éstos habían logrado conquistar íntegramente alguna de las amuralladas ciudades bizantinas. En realidad, su dominio sobrevenía del control de los cultivos, las vías de comunicación y, en general, las tierras que rodeaban a las metrópolis. Es decir, no contaban con sofisticados aparatos de guerra que les permitiesen penetrar a través de las murallas y de los sistemas defensivos con los que contaban las capitales griegas en Anatolia, y se limitaban a sitiarlas y a dominar a sus habitantes desde el exterior forzándolos por medio del hambre y las enfermedades producidas por el aislamiento.

En este punto, y aunque las crónicas no lo reflejan, diferentes autores afirman que encontrándose la Compañía en la ciudad de Nif, o bien en la de Magnesia (aunque Muntaner sí menciona a esta última como la ciudad desde la que partieron de nuevo hacia el Sureste^[369]), llegaron hasta ellos dos emisarios procedentes de Tira que habían acudido ante Roger en busca de ayuda para liberar su ciudad de la ofensiva de

los turcos capitaneados, según Echevarría, por el emir Sarukhan. De esta forma, encontramos que la casi totalidad de los historiadores desde Moncada hasta nuestros días están de acuerdo con la versión de aquel sobre la manera en la que la Compañía se dirigió hacia Tira, dando informaciones tan precisas como las millas recorridas y el tiempo empleado para hacerlo, aunque ni Muntaner ni Paquimeres mencionen nada al respecto:

Roger con la mayor presteza y diligencia que pudo tomó la gente más desembarazada y suelta, y fue la vuelta de Tiria para meterse dentro de ella antes del día. Llegó á ser tan buen tiempo, que los Turcos ni le pudieron descubrir, ni sentir, habiendo caminado treinta y seis millas en diez y siete horas^[370].

Lo que sí narra Muntaner, es como un numeroso grupo de los turcos derrotados en Filadelfia, unidos a otros que encontraron en su huida pertenecientes a la tribu que el cronista denomina «Mondexia», escaparon también en dirección al sur de la región de la Frigia en la que se encuentra la ciudad de Tira. En un momento determinado de su deambular por la zona, buscaron el refugio en una iglesia que se encontraba a dos millas de Tira y en la que reposaban los restos de san Jorge.

Por desgracia para los turcos, la Compañía se encontraba precisamente acampada a lo largo de las tierras que iban desde aquel lugar hasta la vecina Tira, y en cuanto Roger de Flor se percató de su presencia ordenó a Corberan de Alet, que era el senescal de la hueste, y por tanto máximo general de sus tropas, que se lanzase sobre ellos. Al grito de *Via fora!*^[371] Corberán de Alet, con doscientos hombres de a caballo y mil de a pie, cayó sobre los turcos matando a setecientos hombres de a caballo y muchísimos más de a pie. Podría haber rematado su labor de no haber sido porque los turcos escaparon en desbandada hacia unas montañas próximas al campo de batalla. Corberán decidió ir tras ellos a pesar de que lo agreste del terreno les daba una clara ventaja a los huidos. Así fue como, en su intento por trepar hasta las posiciones de aquellos, recibió un flechazo que acabó con su vida. Sus restos, junto a los de diez de los hombres que murieron en los enfrentamientos, fueron enterrados en la misma iglesia en la que se encontraban los del patrón san Jorge, y para ello se construyó una tumba cuya elaboración les hizo permanecer en el lugar durante ocho días.

Y así, en la iglesia de San Jorge con gran honor fueron enterrados Corberán de Alet, junto con diez de los otros cristianos que habían muerto con él^[372].

Éste sería un duro contratiempo para Roger al perder a su mano derecha, y al mismo tiempo a un amigo, ya que el megaduque le había dado la mano de una hija suya fruto de una relación con una mujer chipriota que residía en la corte de

Constantinopla —junto a su actual esposa la princesa María—, hasta el día de la boda. Este dato, que Muntaner deja caer ahora como sin importancia, demuestra la poca base que tienen las obras literarias modernas en las que se ha pretendido forjar un amor idílico entre Roger y la princesa María. Nada más lejos de la realidad, puesto que las relaciones extramatrimoniales eran asumidas por ambos, y aquí vemos como la propia princesa tenía entre su servicio personal a una hija ilegítima de Roger, lo que dejaría el matrimonio en un simple pacto de intereses.

Antes de partir de Tira, Roger envió un mensaje con destino, en primer lugar, a Esmirna, y a continuación a la isla de Quíos, con órdenes para el almirante de la flota Ferrán de Ahonés. Mandaba que todas sus naves pusiesen rumbo a la pequeña localidad de Ania, que se encuentra junto a Éfeso, Teóloco (Hagios Theologos) para los griegos, y a la que Muntaner denomina Altolloch, como una corrupción de su forma italiana Alto-luogo. Hoy es la ciudad turca de Ayasoluk. Pero cuando Ahonés se disponía a zarpar obedeciendo las órdenes recibidas recibió la noticia de que Rocafort había llegado a Constantinopla dirigiendo una compañía compuesta por doscientos hombres a caballo y más de mil almugávares.

Rocafort no había partido junto a la expedición flotada por Roger en 1303 ya que antes debía zanjar algunas cuentas pendientes que le quedaban por solucionar en Sicilia, que consistían en la exigencia de los pagos de éste hacia al rey Fadrique por los servicios prestados durante la guerra con Francia. Cuando le fueron pagados los 40.000 escudos adeudados, Rocafort consintió en entregar a Roberto de Nápoles los dos castillos que retenía como fianza y que pertenecían al francés, tal y como había quedado fijado en uno de los puntos firmados con la Paz de Caltabellota. Entonces sí, fletó sus naves y navegó con sus hombres para unirse a la Compañía de Roger de Flor.

En su recibimiento en la capital se les brindaron todos los honores. Pero Rocafort se topó con dos grandes obstáculos para ser considerado como los otros capitanes: no era un noble aragonés ni catalán, y además, la fama labrada por los crímenes de sus compañeros durante los últimos meses, llevó al emperador Andrónico a enviar rápidamente al recién llegado al frente de Anatolia, siendo la isla de Quíos su primer destino, donde se unió a la armada de Ahonés.

Desde allí, se dirigió a la ciudad de Ania, después de ocho días de travesía.

Cuando llegaron a Ania les comunicaron que las tropas de Roger no tardarían en llegar procedentes de Tira, y los dos capitanes, Ahonés y Rocafort, decidieron enviar lo antes posible mensajeros para hacer saber al megaduque que ellos ya se encontraban allí. Roger acogió con alegría la noticia ya que los refuerzos que suponían los almugávares llegados con Rocafort representaban un refresco que se hacía más que necesario en ese momento. Muntaner fue, como él mismo cuenta, el elegido para adelantarse a la Compañía y reunirse con los capitanes en Éfeso. El cronista quedó impresionado al pisar los lugares en los cuales dicen las Sagradas Escrituras que San Juan Evangelista que subió a los cielos:

En dicha ciudad de Éfeso está el monumento en el que se puso monseñor San Juan Evangelista cuando se hubo despedido de su pueblo, y luego vino una nube que parecía de fuego, y es tradición de que en ella subió al cielo en cuerpo y alma^[373].

No se contiene a la hora de dar detalles sobre el monumento al evangelista, ni sobre el supuesto «maná» que cada víspera de San Juan brota de los nueve agujeros que hay en él, ni de las increíbles cualidades curativas que poseía dicho maná.

Muntaner, acompañado por una compañía de almugávares y de veinte caballos para Rocafort, salió con dirección a Ania donde recogería a éste para continuar camino hasta Éfeso.

El escritor aragonés Ramón J. Sender pone en boca de Rocafort una presentación muy explícita de éste a sus camaradas, y que podría haber sido perfectamente real:

Traigo conmigo —dijo— mil doscientos verdaderos hijos de puta^[374].

En su ruta hacia Ania, Muntaner tuvo que repeler el ataque de grupúsculos de turcos que les asaltaron en varias emboscadas, y aunque lograron llegar a su destino, las dificultades sufridas corroboran la idea de que los aragoneses y catalanes no habían llegado a controlar, ni de lejos, los territorios por los que se habían movido. De hecho, el viaje de Ania a Éfeso lo hicieron Muntaner, Rocafort y solo quinientos de los almugávares recién llegados, ya que el resto con Ferrán de Ahonés, permanecieron en Ania para hacer frente a las bandas turcas que campaban por los alrededores.

Después de celebrados los funerales por el senescal de la hueste, Corberán de Alet, y habiendo desmantelado el control turco de Tira, la Compañía se dirigió a Éfeso, dejando como capitán y gobernador de la ciudad a Pedro de Erós (o de Orós para Zurita), y a sus órdenes a treinta hombres de a caballo y a cien de a pie. Muntaner y Rocafort hacía ya cuatro días que esperaban su llegada. En cuanto Roger entró en la ciudad mostró a Rocafort todo su agradecimiento por lo que su presencia allí representaba y le puso al corriente de sus planes inmediatos en Asia Menor. Para dejar claro cual sería el papel a desempeñar en adelante por Rocafort, Roger le regaló cien caballos y la paga de cuatro meses para sus hombres, y a él le nombró senescal de la hueste, cargo que había quedado vacante. Por si todo esto no hubiese sido suficiente, le otorgó la mano de la hija que ya prometió en su momento a Corberán y cuya unión no había podido llegar a celebrarse. La valía del nuevo senescal y la consideración en que le tenía el megaduque, había quedado clara para todos, de tal forma que, de una parte, se disipaba cualquier tipo de duda sobre quien le sucedía en la línea de poder dentro de la Compañía, y por otro lado, se ganaba la fidelidad de un capitán y sus almugávares que si se habían caracterizado por algo en las anteriores

guerras en las que habían participado, era por su fiereza y efectividad en el combate, pero también por su indomable temperamento, lo que les había llevado incluso a desafiar, tras la Paz de Caltabellota, al mismísimo rey de Sicilia y a la cabeza visible del rey de Francia en Italia.

Cuando habían pasado ocho días desde el encuentro entre los capitanes, Roger marchó a Ania. Allí fue recibido con júbilo por el resto de la tropa de Rocafort que había permanecido en la ciudad, y que le ofreció sus armas, lo que le dio mayor confianza sobre su control sobre el conjunto de la tropa. Ante esta muestra de entrega, la mejor forma de mostrar su satisfacción a los aragoneses y catalanes que ahora habían aumentado su número era repartiendo una generosa paga, y eso fue lo que hizo ante la alegría general de sus hombres.

Las bandas de turcos que merodeaban desde Tira hasta Ania no conocían todavía de los refuerzos llegados a la Compañía, y en esa ignorancia intentaron un asalto sobre la ciudad en la que se encontraba el grueso de las gentes de Roger. No hicieron más que ver aparecer a los atacantes, y los almugávares se lanzaron fuera de las murallas de Ania en su persecución.

Narra Muntaner que mataron a más de mil hombres de a caballo y a más de dos mil de a pie, salvándose el resto únicamente por la protección que les brindaron la noche y los bosques de los alrededores. Los mercenarios regresaron a la ciudad plétóricos ya que a la paga recién cobrada, sumaban el importante botín arrebatado ahora.

Pasaron quince días en Ania descansando y decidiendo en reuniones del Consejo sobre cual sería la dirección a tomar. Finalmente, optaron por continuar hacia el Este, internándose en el corazón del Asia Menor. Roger y el resto de miembros del Consejo debieron considerar factible seguir con su campaña persiguiendo a los turcos, a pesar de que esto supusiese alejarse tanto de su armada anclada en el Mediterráneo, como del área de influencia de Bizancio. Sin embargo, la facilidad con la que hasta ese instante habían logrado derrotar una y otra vez a las bandas de turcos que encontraban en el camino, les hizo albergar esperanzas y confiar en que no sería demasiado difícil rematar en su propio terreno, a un enemigo diezmado y desconcertado. De esta forma, la Compañía, que ahora contaba con los refuerzos llegados junto a Rocafort, y el resto de soldados de las otras naciones que habían iniciado con ellos la expedición desde Cízico, levantaron sus banderas rumbo al Este.

Cruzaron sin contratiempos, al menos que conozcamos, las regiones Lydia y Caria, atravesando Lycia, Pisidia y Pamfilia, continuando por las tierras de la Lycaonia. Siguiendo la lógica militar de Roger de mantener protegida la retaguardia de sus tropas a través de la flota del Mediterráneo, no sería aventurado creer que la ruta que siguieron transcurrió en todo momento cercana a la costa. Por el contrario el francés Schlumberger defiende que tomaron la clásica ruta militar bizantina que se internaba varios cientos de kilómetros tierra adentro alejándose del mar. De una u otra manera, y en medio de un inhóspito y hostil territorio, se toparon por fin con la

entrada al estrecho paso montañoso conocido como las Puertas de Cilicia^[375], enclave rocoso que sirvió durante siglos como frontera natural entre Anatolia, Cilicia y el Oriente Medio. Este lugar se encuentra a unos cuarenta kilómetros al norte de la bíblica ciudad de Tarso, en donde según la tradición había nacido el apóstol San Pablo. Fue durante siglos el paso habitual de comerciantes y de ejércitos en el camino entre el Oriente y Occidente.

Las *Pilae Ciliciae* o Puertas de Cilicia abren ante sí la cordillera del Tauro, o montes Taurus, también conocidos como Ala-Dagh o Bulghar-Dagh, y que se extienden desde el sureste de la península de Anatolia hasta el nacimiento del río Éufrates.

Los restos de los ejércitos y de las bandas turcas que habían sido derrotadas en los enfrentamientos anteriores con la hueste de Roger, se reorganizaron en este estratégico lugar desde donde lograban una posición de clara ventaja ante los almugávares, manteniendo sus espaldas bien salvaguardadas por las montañas. El profundo paso entre las montañas del Taurus obligaba a la Compañía a atravesar varios kilómetros en la más absoluta indefensión, expuestos a emboscadas lanzadas desde cualquiera de sus escarpados riscos. El reagrupamiento de los turcos les había permitido conformar un contingente, siempre según las cifras de Muntaner, de diez mil hombres de a caballo y más veinte mil de a pie^[376]. Sin embargo, parece ser que las tropas turcas, quizás excesivamente confiadas en aquel impresionante número de soldados, no esperaron a tener a los del Imperio encerrados a su antojo en el interior del paso y se lanzaron a la batalla a campo abierto en la entrada de las Puertas de Cilicia. Esto sucedió el 15 de agosto de 1304:

Dispuesta la batalla, al nacer el alba del día de mi señora Santa María de Agosto, se lanzaron contra el megaduque^[377].

Los almugávares, viendo que los turcos les plantaban batalla saliendo de las montañas y bajando al llano, se sacaron de encima la lógica angustia que les causaba el tener que introducirse en el corazón de la cordillera a través de aquel peligroso desfiladero. Éste era el único motivo de preocupación, porque la orografía montañosa poco les podía inquietar a quienes habían nacido luchando entre montes. Las armas de los mercenarios chocaron con furia contra las rocas del suelo. Las chispas que saltaban del rabioso golpe brillaban en el amanecer de aquel día, y el eco entre las montañas repitió una y otra vez los gritos lanzados desde el inicio hasta el final de la lucha:

Y los almugávares gritaron: ¡Desperta, ferre! ¡Desperta!^[378]

Los capitanes de la Compañía, que rondaba los diez mil soldados en ese momento

gracias a los más de mil doscientos almugávares que había traído Rocafort, no tardaron en organizar su estrategia. Roger dirigiría la caballería buscando el choque directo con la caballería contraria, mientras que el nuevo senescal de la hueste, Rocafort, haría lo propio con la infantería.

¿Qué os diré? La batalla fue muy dura y cruel, pero al fin todos los francos (los aragoneses y catalanes de la Compañía) lanzaron un grito y clamaron: ¡Aragón! ¡Aragón!^[379]

La narración de Muntaner en este punto es clara y no admite ningún tipo de duda sobre cuales eran los gritos que los almugávares lanzaban para henchirse de valor antes y durante la pelea. Todos se unían bajo la invocación de *¡Aragón! ¡Aragón!* Sin embargo, parece que a algunos historiadores no les encaja esta expresión y optan por hacer desaparecer toda alusión a Aragón:

«Desperta, ferre!» crida el megaduc amb la cavalleria. «Desperta ferre!» bramulen els almogàvers que En Rocafort comanda. «Desperta, ferre!», repeteix mil cops el ressò de les afraus del Taurus. «Desperta ferre!...» Gran combat. Gran victòria. Gran botí^[380].

Los almogávares, bajo las advocaciones de «¡Desperta ferro!» y de «¡Sant Jordi!», se precipitan contra la caballería turca [...]^[381].

La lucha comenzó con las primeras luces del día y era ya de noche cuando finalizó. Acabaron con la vida de más de seis mil turcos de a caballo y más de doce mil de a pie, y solo la llegada de la noche hizo que el resto de sus compatriotas salvaran sus vidas al huir a esconderse a las montañas. Al día siguiente comprobaron la magnitud de la victoria conseguida. Los turcos, además de sus vidas, habían perdido y dejado tras de sí gran parte de las riquezas que habían logrado acumular en los asaltos a las poblaciones bizantinas de Anatolia durante el tiempo que en el que habían dominado aquellas tierras.

Ocho días estuvo la Compañía en el campo de batalla recogiendo el fruto de su victoria, después de los cuales Roger ordenó a todos que se dirigiesen hacia las Puertas de Cilicia, en donde permanecieron a la expectativa durante tres días más.

Según esta visión de los acontecimientos, los almugávares habían desbaratado totalmente el peligro que habían supuesto durante años para el Imperio los turcos que, sin ninguna oposición, habían extendido el caos y la destrucción. Bizancio, que parecía que podía comenzar a recuperarse de ese problema, quedaba al mismo tiempo en evidencia, demostrándose que, si desde Constantinopla hubiesen sido capaces de mantener un ejército propio con el mínimo de confianza y con el valor necesario, habrían logrado las mismas victorias que los aragoneses y catalanes, y sus dominios

de Anatolia no habrían sufrido el desamparo y los crímenes que cayeron sobre ellos, tanto por parte de los turcos como después por los almugávares. Quizás el declive del Imperio era ya imparable en aquel tiempo, y la falta de un emperador digno y fuerte que rigiese el destino de Bizancio fue la verdadera causa de la catástrofe. En la peor de las circunstancias, y aunque hubiesen recurrido como última alternativa a los almugávares para librarles de los turcos, todavía hubiese existido la posibilidad de continuar apoyando a éstos de manera que sus triunfos no fuesen únicamente victorias conseguidas en solitario por la Compañía, sino que el Imperio podría haberlas asumido como propias, estableciendo a través de ellos un control definitivo del territorio. Pero no fue así, y la cobardía, la impotencia o la desconfianza creciente en la corte tras los desmanes cometidos, provocó que éstos no recibiesen el apoyo necesario desde Constantinopla.

Probablemente en ese instante el megaduque y su Consejo viesan ante ellos un gran abanico de posibilidades sobre el futuro de la Compañía. Tenían la ocasión de continuar avanzando hacia el Este, internándose en los reinos árabes que lindaban con las riberas del Tigris y del Éufrates, incluso intentando abrir una vía directa hacia Tierra Santa. Pero Roger que, como era habitual en él, mantenía la cabeza fría en los momentos de euforia, comprendió que las victorias alcanzadas en aquellos días no eran fruto únicamente del arrojo de sus hombres, sino que se debían a una serie de circunstancias muy puntuales entre las que destacaba el hecho de tener la suerte de llegar a Asia Menor cuando el potencial turco no se hallaba en su mejor momento, y en el que la división y hasta el enfrentamiento interno entre los diferentes clanes, había provocado que no fuesen capaces de organizar un frente común ante el cual, con toda seguridad, la fortuna de los aragoneses y catalanes habría sido muy diferente. De haber continuado hacia el Oriente Medio se habrían encontrado no ya con las caóticas bandas de turcos del Oeste sino con los poderosos reinos árabes del Este. Sin olvidar que a partir de aquel punto, y sin el apoyo claro de la corte griega, perderían definitivamente la protección que desde la retaguardia les había proporcionado hasta entonces las fuerzas marítimas capitaneadas por Arenós.

La decisión finalmente fue detener el avance hacia las fronteras del reino de Armenia, y regresar hacia Occidente, a la ciudad de Ania.

Se debe reseñar que aunque por algunos autores pudiese parecer que los almugávares se hallaban en el «fin del mundo conocido», no era así en realidad. En aquellas lejanas tierras y en esos mismos momentos, la actividad comercial de los mercaderes catalanes era habitual desde Armenia hasta la costa mediterránea, e incluso figuras tan relevantes para la literatura y la historia catalanas como Ramón Llull (Mallorca, 1232/35 - Mallorca, 1315/16) protagonizaban pocos meses antes expediciones por Asia Menor^[382].

La constatación del peligro que podría suponer el internarse más hacia Oriente fue comprendido por todos, y estuvieron de acuerdo con la orden de retroceder. En cualquier caso, se retiraron satisfechos. La almogavería, cansada ya después de meses

de lucha continua, creyó que había llegado el momento de disfrutar de los beneficios conseguidos gracias a los botines de guerra arrebatados a los turcos; los capitanes, como resalta Echeverría, consideran que cuatro batallas vencidas y la reconquista de las provincias mediterráneas para el Imperio eran más que suficiente como muestra de su eficacia en el combate; y Roger creía que esa podía ser la ocasión de plantearse, con la tranquilidad que les ofrecía el descanso en Ania, el futuro militar e incluso político de su proyecto personal.

No hay que pasar por alto otro importante factor. Y es que existió en todo momento, desde su llegada a Grecia, en las mentes de Roger y del resto de los almugávares la idea de que podrían llegar a establecer su propio estado independiente en aquellas fértiles tierras. El ansia de enriquecerse de todos los que componían aquella rocambolesca hueste no dejaría pasar de largo la oportunidad de apoderarse indefinidamente de todos los campos y ciudades por los que habían pasado y a los que, sin demasiado esfuerzo, habían liberado del control turco.

Habían comprobado que incluso después de liberarlos, el poder bizantino era incapaz de ejercer un gobierno mínimamente firme, lo que todavía hacía más cercana aquella posibilidad.

Y por si todo esto fuese poco, sabían que, en ese momento, la Compañía de aragoneses y catalanes, con sus defectos y sus limitaciones, era la mayor fuerza militar de toda Asia Menor.

No era pues una utopía el pensar que Roger, con el poder que le confería la invencible máquina de guerra que representaban los almugávares, y aprovechando la situación de caos en la que se encontraba sumida la totalidad de la inmensa península, pudiese un día ser coronado incluso como rey de Anatolia.

No obstante, existe un gran pero a todo esto. La victoria que hemos visto en las Puertas de Hierro, cantada por Muntaner y tan ensalzada por los autores modernos, mantiene también zonas de penumbras a su alrededor, e incluso existe la posibilidad de que nunca existiese tal batalla. Los argumentos para ello poseen una base sólida ya que, curiosamente, solo se encuentran referencias a este colosal enfrentamiento entre los diez mil almugávares y los más de treinta mil turcos en la entrada de las Puertas de Cilicia en la *Crónica* de Muntaner.

Ningún otro cronista de la época hace la más mínima mención de semejante acontecimiento, ni existe ningún testimonio conocido hasta el momento que avale la descripción del catalán.

Parece inconcebible que, a pesar del desprecio que en ese momento habían provocado los desalmados almugávares en el ánimo del cronista Paquimeres, éste, que mantiene la objetividad como núcleo de su trabajo, no mencione nada en absoluto sobre la victoria, la cual habría sido de una repercusión tal que habría librado casi por completo a los griegos de la presión turca.

Pues bien, nada, ni una sola palabra acerca de ninguna batalla en la cordillera de Taurus, ni siquiera sobre campaña alguna de los aragoneses y catalanes más allá de

Filadelfia.

Tampoco aparece ninguna referencia en las principales fuentes documentales del reino de Armenia, las cuales, indudablemente habrían recogido este espectacular choque. El historiador Claude Mutafian, de la Universidad de París, opina que seguramente Muntaner, al no tener ningún conocimiento geográfico de la zona, tomó el nombre del paso de la cordillera más conocido desde la antigüedad, las Puertas de Cilicia, pero en realidad se trataría de otro lugar, situado bastante más al oeste que aquel. En cualquier caso, mantiene las dudas tanto sobre el lugar como sobre la veracidad de dicho suceso^[383].

Apoyaría todavía más a esta argumentación la comprobación de que tampoco encontramos fuente alguna que nos hable, no ya de la batalla, sino de que hubiese existido ningún ejército turco de las proporciones que describe Muntaner. En todo caso, las crónicas y los documentos griegos de la época aluden únicamente a la proliferación de múltiples bandas de bandidos turcos gobernados, de una manera más o menos organizada, por los numerosos reyezuelos y señores que se repartían el desamparado territorio griego.

En definitiva, no sería descabellado pensar que la famosa batalla de las Puertas de Hierro, aunque pudiese haber existido en realidad, no fuese ni mucho menos de la magnitud con la que la presenta Muntaner, y que en realidad los diez mil hombres que se hallaban bajo el mando de Roger de Flor se encontrasen marchando de una forma casi errática por las estribaciones de la cordillera de Taurus, cuando se encontraron con un grupúsculo de turcos que en ningún caso sería tan numeroso como afirma el cronista. El historiador y filólogo griego Moschos Morfakidis, traductor al castellano de la crónica de Nicéforo Grégoras, comparte, como muchos otros autores, las dudas sobre la veracidad de esta parte del relato y *puesto que las fuentes griegas no lo mencionan se ha llegado a pensar que dicha incursión nunca se realizó*^[384]. El origen de lo que ha sido más una exageración convertida en leyenda, que una realidad propiamente dicha, nació a partir de la narración de Muntaner. Pero no serán menos responsables los autores posteriores que con su amplificación, motivada por intereses patrióticos, elevaron todavía más el rango de lo sucedido. Incluso Moncada acusa a Muntaner de no ser lo suficientemente explícito sobre la magnitud de aquella batalla, y decide «enmendar» él mismo la omisión del cronista:

[...] que aquel día se hicieron tantos y tan señalados hechos en armas, que apenas se pudieran ver mayores; y con encarecer esto no refiere (Muntaner) alguno en particular, con grande injuria y agravio de nuestros tiempos, pues tales hazañas merecieran perpetua memoria^[385].

Sin tener seguridad alguna sobre la envergadura de lo que realmente sucedió en las Puertas de Cilicia, lo que sí es cierto es que, de ser cierto, aquel fue el extremo

más oriental hasta el que llegaron. A partir de allí iniciaron el camino de regreso al Oeste poniendo rumbo hacia la ciudad costera de Ania, en donde tenían la intención de pasar el invierno de 1304-1305. De nuevo aparece en el hilo conductor de la historia un punto de desacuerdo entre el relato de Muntaner y el de Paquimeres. El primero asegura que fue durante ese viaje cuando llegaron hasta ellos mensajeros con órdenes directas del emperador dirigidas a Roger, mientras que el griego afirma que esas órdenes las recibiría el megaduque algunos días después cuando se encontraba solucionando un grave contratiempo que sucedería semanas después en la ciudad de Magnesia. Podríamos aventurar que en esta ocasión fuese Muntaner quien se encontrase más cercano a la verdad, ya que fue testigo directo del acontecimiento, mientras que Paquimeres difícilmente podría conocer el día exacto en el que los mensajeros se encontraron con el megaduque. El viaje desde Constantinopla hasta el lugar donde se hallaba la Compañía implicaba varios días, que dependían siempre del clima, de los bandidos o de cualquier otro problema que pudiese aparecer en la ruta.

En todo caso, las órdenes llegadas desde la corte eran tajantes. Roger debía poner fin a todas las operaciones militares que estaba desarrollando en Anatolia, y dirigirse de inmediato hacia la Tracia, al otro lado del estrecho del Bósforo. La razón era que las fuerzas bizantinas necesitaban de su ayuda para solucionar un nuevo conflicto que amenazaba sus intereses. Los enfrentamientos con Bulgaria habían comenzado durante la primavera de ese mismo año, cuando Andrónico II se había visto obligado a frenar el avance de Esfestislao, quien se había apoderado de parte de la costa este de Tracia. Para ello, únicamente contaba con un raquíico ejército capitaneado por su hijo el coemperador Miguel IX, el cual ya había dado pruebas más que evidentes anteriormente de su incapacidad manifiesta a la hora del combate. Los intentos del coemperador por hacer frente a los invasores con sus ejércitos fueron inútiles, y terminaron siendo derrotados en la batalla de Skafida (actual Fakiiska). Miguel se refugió en Andrinópolis y desde allí pidió ayuda a su padre.

Esta fue la causa esgrimida por Constantinopla para hacer regresar lo antes posible al ejército de Roger. Sin embargo, la maquiavélica maquinaria del gobierno bizantino empleó este aparente motivo de seguridad nacional como excusa para desbaratar la triunfal campaña que estaban llevando a cabo los aragoneses y catalanes. En realidad, el conflicto con Bulgaria se encontraba en trámites de solucionarse por la vía diplomática al haberse concertado el matrimonio entre un hijo del usurpador Esfestislao y una de las hijas del legítimo heredero Miguel Asen. Esto vendría a demostrar que las órdenes de retirada de Anatolia enviadas por Andrónico no eran más que una excusa para acabar con la expedición por tierras de Asia Menor, aunque sí es cierto que tiempo después los ejércitos imperiales continuaban en guerra y defendiendo las fronteras con Bulgaria. Hay quienes consideran que en realidad el motivo por el que se solucionó el conflicto fue que las noticias sobre la próxima llegada de las tropas de Roger, fue suficiente para que Esfestislao decidiese retirarse hacia el interior de Bulgaria.

A la postre, este conflicto sirvió al gobierno griego para frenar de forma radical los éxitos de aquellos que luchaban a su servicio. El motivo para este comportamiento fue que las victorias de la Compañía, aunque habían proporcionado claros beneficios en la dramática situación del Imperio, también habían despertado gran cantidad de celos, envidias y odios contra ellos. Los crímenes que los almugávares habían cometido de manera sistemática contra la población civil griega habían puesto en guardia a la corte de Constantinopla, en realidad no porque les importase la situación de sus súbditos, sino por las críticas que cada vez con más fuerza llegaban desde poderosos sectores como la Iglesia o la nobleza, que exigían que Andrónico pusiese fin a sus tropelías. Por otra parte, las victorias logradas contra las bandas turcas, aunque habían llenado de satisfacción al emperador Andrónico II, también habían llenado de envidia los corazones de todos aquellos estamentos y poderes que habían fracasado antes de la llegada de los aragoneses y catalanes. Entre los más feroces enemigos se hallaba el hijo del emperador, Miguel IX, que se daba cuenta de como los éxitos de Roger le desplazaban de su posición como mano derecha de su padre en el trono de Bizancio, y además lo hacían de una manera vergonzosa y humillante. Un papel fundamental en la decisión del emperador fue desempeñado por el «lobby» genovés, que desde la llegada de la Compañía se sentía amenazado en sus intereses tanto comerciales como políticos, de tal forma que durante todos aquellos meses, especialmente desde su derrota en el arrabal de Pera, se dedicaron a presionar y a disponer de la peor forma posible al emperador para con los almugávares y su capitán.

Andrónico comenzó a escuchar a todos los que le rodeaban y decidió frenar el creciente poder de Roger, quizás percibiendo las intenciones de éste de convertirse en señor de las tierras que había liberado. Únicamente la influencia de la que disfrutaba la saga búlgara de la corte, con Irene a la cabeza, ejercía de defensora de los intereses del siciliano, sabedora de que cuanto mayor fuese el poder de su yerno mayor sería también el de su familia.

Así pues, en el sentir de la corte de Constantinopla se fue imponiendo la convicción de que aquel ejército extranjero que había logrado tanto poder había dejado de ser una ayuda gratificante, para convertirse en un peligro que era necesario amputar de inmediato.

Puede que Roger, tan hábil en el terreno político como en el militar, intuyese la verdadera intención de aquellas órdenes recibidas del emperador, o quizás se resistiese a abandonar la campaña cuando se hallaba en una racha de victorias continuadas y que parecía que podía continuar tras el invierno. El hecho es que desoyó, al menos de momento, la misiva de Andrónico y siguió el camino hacia Ania.

En su marcha, y según los testimonios griegos, volvieron a repetirse los robos, violaciones y asesinatos contra los desamparados ciudadanos griegos de las ciudades por las que pasaban:

Había que ver arrebatados por completo no solo los bienes de los sufridos griegos, las hijas y las mujeres deshonradas, los viejos y sacerdotes llevados atados y soportando todos los castigos que la malévolas mano de los latinos inventaba, siempre nuevos, contra los míseros^[386].

Pero no solo las poblaciones en tierra firme sufrieron de su paso, también las islas que se encontraban a pocas millas de la costa vieron como los aragoneses y catalanes, posiblemente en razias fugaces lanzadas durante aquel invierno desde su base en Ania, o quizás perpetradas por aquellos que pertenecían a la flota que mantenía Ahonés por la zona, robaban sus pertenencias, violaban a sus mujeres e hijas y destruían todo lo que hallaban en su camino.

La isla de Quíos, la de Lemnos o la de Lesbos fueron algunas padecieron los asaltos.

Paquimeres, refiriéndose a estos hechos, afirma que cuando los ciudadanos de estos lugares confiaron en los almugávares para salvarse de los turcos *no hicieron sino escapar del humo para arrojarse sobre el fuego*^[387]. Los religiosos, por muy elevado que fuese su cargo, no se libraron tampoco de su furia, y entre otros, Quinçonne, un alto sacerdote bizantino fue torturado casi hasta la muerte. Viendo ésta tan próxima, el clérigo confesó a los extranjeros el lugar bajo tierra donde escondía los tesoros de la iglesia ortodoxa que estaba encargado de vigilar.

Llegaron hasta la ciudad de Mytilene, que se encuentra al sureste de la isla de Lesbos.

Allí residía un noble llamado Macrame (Makhrames), que era el encargado de proteger y administrar los intereses del emperador en la zona, una especie de recaudador de impuestos.

Cuando los turcos desembarcaron en Lesbos y amenazaron con tomar la ciudad de Mytilene, Macrame, en lugar de cumplir con las órdenes de Andrónico de defender hasta la muerte la ciudad, huyó junto a los suyos hacia el castillo de Asi (Asos, actual Behramkale), abandonando la ciudad y a sus habitantes que escaparon como pudieron. Todo ello, a pesar de que los turcos no representaban una amenaza excesivamente poderosa, y de que éstos se limitaron a ocupar los campos y las pequeñas aldeas de los alrededores ante la imposibilidad de atacar directamente las murallas de la ciudad.

Roger, una vez tomaron la ciudad y sus antiguos habitantes hubieron regresado a sus casas, buscó el pretexto para recaudar al instante la mayor cantidad de plata posible. Encarceló a una gran cantidad de ciudadanos, sin ningún criterio en especial, acusándolos de traición al Imperio al rendir la plaza. Aquellos que le daban sus riquezas eran puestos en libertad, y a todo el que sabían que podía tener escondido algo de dinero se le obligaba a entregarlo. El ex gobernador Macrame y otro alto cargo del antiguo gobierno de la ciudad, fueron apresados y condenados a muerte, permitiéndoles salvar la vida si pagaban una fuerte cantidad de dinero como fianza.

Macrame debería conseguir cinco mil ecus bizantinos, pero lamentablemente para él, no disponía de semejante cantidad, aunque entregó todo cuanto poseía. El megaduque viendo que faltaba una parte de lo exigido, ordenó de inmediato que fuese ajusticiado:

Al momento, el verdugo agarró a Macrame, le tiró de los cabellos, lo extendió y le ató sobre un tronco, con tal violencia que le desencajó las vértebras del cuello y, finalmente, le cortó la cabeza^[388].

El otro individuo condenado junto a Macrame, viendo rodar la cabeza de su señor, fue con lágrimas en los ojos a suplicar a los prestamistas genoveses que le facilitasen urgentemente los miles de ecus que necesitaba para no correr la misma suerte, y solo así salvó su vida.

Mientras tanto, en tierra firme, la ciudad de Magnesia se revelaba contra Roger. Éste, después del pacto con el rebelde Attaliote, y pensando que tenía en aquel a un aliado seguro, dado que la fidelidad al megaduque era la última oportunidad del rebelde para mantenerse en gracia con el emperador, había dejado en la ciudad la mayor parte de los tesoros logrados durante las anteriores campañas, así como una gran cantidad de trigo y víveres que tendrían que servir para el mantenimiento del ejército. Para su custodia únicamente había destinado a una pequeña guarnición de almugávares ya que daba por seguro que la colaboración de Attaliote haría el resto. Pero esta vez se equivocó.

La llegada de nuevas tropas griegas de refuerzo a Magnesia, dieron ánimos a sus ciudadanos y éstos hicieron dar palabra y juramento a Attaliote de que se levantaría en armas contra los extranjeros. Las tropas dirigidas por el rebelde cayeron sobre los aragoneses y catalanes, y degollaron a la mayoría, metiendo en prisión al resto. Después se prepararon para la defensa de la ciudad hasta sus últimas consecuencias, cerrando las puertas de las murallas, puesto que sabían perfectamente que si caían en manos del megaduque morirían todos.

Con la mayor rapidez que le fue posible, Roger reagrupó a todas sus fuerzas, aunque para ello tuvo que forzar a los alanos que se negaban a acudir a sitiar la ciudad. Los ataques de la Compañía fueron contundentes, empleando todo tipo de artilugios de guerra para golpear las murallas, pero los sitiados se sabían bien protegidos tras ellas y se burlaban de los sitiadores desde lo alto. Las burlas encendían con más rabia todavía a los almugávares que una y otra vez lanzaban sus furiosas pero inútiles embestidas contra Magnesia. Los de la ciudad, acostumbrados a soportar largos asedios, se habían asegurado de que no les faltase el agua, y para ello protegieron un lugar llamado campo de Macar, de donde surtía una caudalosa fuente, a la vez que se fortificaron para impedir que los sitiadores destruyesen un acueducto que también abastecía a la ciudad. El sitio se planteaba demasiado largo y Roger hizo una oferta a los de dentro. Él levantaría el asedio si ellos le entregaban toda la plata.

Los griegos, orgullosos y tranquilos por la seguridad que les brindaban sus murallas, rechazaron el trato.

Mientras todo esto pasaba en Magnesia, los turcos habían aprovechado el abandono en la defensa del resto del territorio del Imperio y recuperaban poco a poco el espacio cedido anteriormente. Las ciudades «liberadas» volvían a encontrarse con el asedio de las bandas turcas, lo que provocó de nuevo una emigración de sus habitantes hacia la campiña y las islas cercanas a la costa, dejando el control de las villas a los invasores. Pero toda aquella masa de población que huía sin un destino claro tampoco era bien recibida en los lugares a los que llegaban, ya que la situación era de tal desesperación que los ciudadanos de las plazas donde se pretendían refugiar los desplazados no permitían a éstos que se quedasen, considerando que semejantes oleadas de bocas hambrientas terminarían por destruirles a ellos también. Ante este panorama, miles de griegos deambulaban sin rumbo por el suroeste de Anatolia.

Viendo los de Magnesia que, aunque Roger con sus fuerzas no lograba penetrar en la ciudad, el prolongado sitio estaba comenzando a dejarse notar sobre la población, buscaron denodadamente el amparo de Andrónico, ofreciéndole sus armas al coemperador Miguel IX, para unirlos al servicio del Imperio. A consecuencia de este giro en la situación y de que el emperador estaba ya cansado de la obsesión de Roger por Magnesia, lo que había provocado la pérdida de nuevo de otros territorios, envió órdenes urgentes al megaduque para que desistiese definitivamente en su intención de ocupar la ciudad. Sin embargo, éste se resistió a obedecer las órdenes imperiales en tanto en cuanto no le devolviesen la plata que le habían robado.

El potencial de la expedición estuvo durante ese tiempo repartido entre el asedio de Magnesia y las incursiones esporádicas por las villas cercanas y por las islas de Lesbos y Quíos. No obstante, no solo tenían problemas con los turcos, con los amotinados ciudadanos de Magnesia y con el emperador. Dentro de sus filas saltó de nuevo la insubordinación entre los alanos. El malestar que se había mantenido desde los enfrentamientos en Cízico, sumado a la constante oposición de los primeros a someterse al mando de Roger, concluyó con el abandono de los quinientos soldados alanos que quedaban en la Compañía. Éstos regresaron rumbo a su país rompiendo el pacto firmado con Andrónico. El emperador aprovechó que los alanos habían acampado en su camino de vuelta en la península de Galípoli para enviar mensajeros hasta allí y ofrecerles el dinero prometido por sus servicios, al tiempo que intentaba convencerles de que rectificasen su decisión. Los alanos, después de las humillaciones recibidas, no estaban dispuestos a regresar y expresaron al gobierno griego su voluntad de unirse a las tropas del emperador Miguel que en ese tiempo se hallaban en la Tracia intentando contener la ofensiva de los búlgaros. Pero Andrónico tenía muy claras cuales eran sus prioridades. Rechazó la propuesta que le hacían los mercenarios y les ordenó que regresasen a ponerse bajo el mando de Roger. Aunque no tenemos noticias suficientes sobre cual fue la decisión final, todo indica que la mayor parte de ellos permanecieron inamovibles en su idea, y acabarían integrándose

en el ejército de Miguel IX. El resto, unos doscientos hombres, accedieron a la demanda de Andrónico. Pero cuando acababan de iniciar su camino de vuelta a Anatolia, chocaron con novecientos turcos que estaban atacando la zona. Los alanos mataron o hicieron huir a todos, sin tener ellos ninguna baja.

Por ese tiempo, moría Cazane, el gran kan de los tártaros y que, como recordaremos, se encontraba al servicio del emperador, al igual que Roger y la Compañía, y aunque no poseemos demasiada información sobre cuales fueron sus cometidos, parece ser que, comandados por Camane, se encargaron de recuperar territorios de Asia muy próximos a los que se encontraban los aragoneses y catalanes, ya que afirma Paquimeres que quienes más sintieron su pérdida fueron los habitantes de los alrededores de Filadelfia^[389]. Este inesperado acontecimiento decantó la balanza a favor de Roger, ya que el Imperio perdía a uno de sus más firmes apoyos, quedando prácticamente la Compañía como única esperanza para los bizantinos.

La impenetrabilidad de las murallas de la ciudad, unida a la escasez de recursos para éste tipo de asaltos que sufría la Compañía provocó que se vieses obligados a cumplir las órdenes de Andrónico, desmantelando el sitio de Magnesia y acudiendo a Constantinopla.

Roger convocó al Consejo para tomar una decisión consensuada entre todos. El resultado fue que obedecerían al emperador, irían hacia la capital y después a Tracia para participar en la guerra contra el usurpador del trono de Bulgaria colaborando con las tropas de Miguel IX, pero con la condición de que en cuanto pasase el invierno y llegase la primavera, regresarían a Anatolia para continuar con la campaña que ahora abandonaban. Parece que al margen de Roger y sus capitanes, el resto no se imaginaba que las razones de la capital para tales órdenes no eran sino una excusa para alejarlos de Asia Menor. En todo caso, se dirigieron de nuevo hacia el Norte siguiendo la orilla de la costa del mar Egeo. El grueso de las tropas marchaban a pie cerca del mar, mientras la flota comandada por Ahonés les seguía de cerca mar adentro.

De esta forma, concluía definitivamente, aunque los aragoneses y catalanes no lo sabían, la expedición sobre los territorios de la península de Anatolia. Atrás dejaban ciudades y gentes a las que al mismo tiempo que habían liberado de la opresión y del bandidaje de los turcos, les habían hecho conocer crueldades que ni en sus peores pesadillas podían haberse imaginado. Sin saberlo, y seguramente sin llegar a tener nunca conciencia de lo que habían realizado durante los últimos meses, estaban pasando una página que quedaría marcada para siempre como una de las más destacadas de la historia de la Corona de Aragón.

Fueron días de grandes hazañas, a pesar de las exageraciones que se hiciesen posteriormente sobre ellas, pero también fue una época que ha dejado multitud de sombras y de dudas sobre lo que realmente sucedió. Sorprende, por ejemplo, el comprobar como Muntaner en su *Crónica* apenas dedica un corto capítulo para describir toda la serie de acontecimientos acaecidos hasta este punto. No menciona

nada sobre los hechos de Germé; pasa como de puntillas sobre la batalla y los posteriores acontecimientos en Filadelfia; ni siquiera se acuerda de las campañas sobre las islas de Lesbos y Quíos; y lo que no tiene explicación alguna, ni una sola palabra hace referencia a la sublevación y al posterior sitio de Magnesia.

Se podría pensar que esta amnesia se deba a los años transcurridos desde el momento en el que se suceden los hechos hasta que Muntaner se dispone a escribir su obra, pero es difícil creer que no quedase en su memoria ni un solo recuerdo de tan emocionantes y sangrientas semanas, y más factible sea la conclusión de que el autor prefiere esconder una realidad que, lejos de ayudarlo en su cometido de enaltecer la expedición de los almugávares, situase a éstos en un nivel de inhumanidad que prefiriese ocultar.

Se debería valorar aquella campaña con la mayor objetividad posible, huyendo en todo momento tanto de las críticas que no consideran el contexto histórico en el que se produjeron los hechos, como de la excesiva ponderación de las acciones de ese colectivo de mercenarios, ponderación que en tantas ocasiones ha desdibujado la exigua base histórica que ha llegado hasta nosotros para recrear interesados paisajes patrióticos.

El valor de lo conseguido merece por sí solo nuestro reconocimiento, sin tener que llegar a la deformación de los hechos. Liberaron numerosas poblaciones del control de las bandas más o menos numerosas de turcos, pero nunca llegaron a reconquistar ni a liberar la totalidad de Asia Menor, como algunos autores han reivindicado; su potencial militar consistía en la fuerza de sus brazos y en una valentía fuera de toda duda, aunque ésta fuese motivada no por nobles ideales sino por un salvaje ánimo de lucro; no dispusieron en ningún momento de maquinaria de guerra suficiente como para conquistar ciudades importantes que se encontrasen protegidas por murallas, y así comprobamos como fueron incapaces de tomar Magnesia, y ni siquiera intentaron asaltar otras poblaciones de la zona que continuaron durante todo ese tiempo bajo control turco, como fue el caso de Trípolis, desde donde se les demandó ayuda en su momento y Roger desatendió; cuando se habla de la toma de ciudades significa exclusivamente eso, el hecho de expulsar de ellas o de su entorno a los turcos, y de restablecer momentáneamente el poder imperial, ya que no tuvieron en ninguna de esas circunstancias el potencial militar ni humano suficiente para proporcionarles una seguridad estable cuando las dejaban atrás y seguían su camino; los enemigos a los que se enfrentaron difícilmente fueron nunca grandes ejércitos de «infieles», en el mejor de los casos, grupos más o menos numerosos de bandidos o de soldados a las órdenes de alguno de los reyezuelos que campaban por Anatolia, aunque sí es cierto que el historiador Runciman asegura que llegaron a enfrentarse con los ejércitos del mismísimo Osman. Pero, aún en el caso de que se produjese tal enfrentamiento, no estaríamos hablando todavía del gran imperio otomano que llegaría posteriormente, sino de una época en la que aquel estaría todavía en una fase embrionaria:

En 1305 (1304 en realidad) la compañía catalana a la que el emperador Andrónico II había contratado como mercenarios, derrotó a Osman cerca de Leuke^[390].

Y además, ni siquiera lograron el respaldo unánime de la población griega a la que «salvaron» de las hordas invasoras ya que, en la mayor parte de los casos, los griegos procuraron mantener una distancia prudencial con ellos, al precederles su fama como desalmados criminales.

22. El invierno en Galípoli

El abandono del sitio sobre Magnesia había puesto fin a la campaña en Anatolia. En ese momento se iniciaba una nueva aventura que poco tendría que envidiar a la que ahora terminaba. Y como parece que no puede ser de otra manera en el enfrentamiento narrativo que, sin ser consciente de ello, mantienen Muntaner y Paquimeres, las versiones sobre los posteriores sucesos guardan notables diferencias, aunque es posible tejer con ambas crónicas una narración coherente que explica como se sucedieron los hechos.

La primera diferencia entre ambos relatos surge en el momento mismo de la partida desde Lydia. Mientras Muntaner asegura que toda la Compañía partió desde Magnesia, aunque fuese dividida entre tierra y mar, Paquimeres afirma que Roger permaneció en Mytilene, enviando una avanzadilla hacia Galípoli. Posiblemente ésta sea la teoría más creíble ya que Roger, que algo debía saber de las maquinaciones de Andrónico, no abandonaría aquellas tierras sin dejar atados suficientes cabos como para que a su regreso, que esperaba fuese a la primavera siguiente, se encontrasen con las menores dificultades logísticas posibles.

De este modo, dejando atrás Frigia y Lydia, la parte de la Compañía enviada por Roger se aproximaba a la entrada del mar del Mármara por el estrecho que Muntaner denomina Boca de Aver, Bocadaver o Boca de Aner^[391]. Una vez cerca de allí, en la Passaquía, enviaron un leño (pequeña nave) como avanzadilla hasta Constantinopla para preguntar al emperador hacia donde debían dirigirse. Era principios del mes de octubre de 1304. Cuando Andrónico tuvo noticias de que se encontraban tan cerca de la ciudad, organizó una fiesta en la corte, y les emplazó para que pusiesen rumbo al cabo de Galípoli. Esta península es una larga lengua de tierra de pocos kilómetros de anchura que sirve como entrada natural al mar de Mármara, en la costa oeste del estrecho. Conocido como Quersoneso en la antigüedad, era el paso obligado que unía el mar Egeo con el mar de Mármara, siendo al mismo tiempo, un punto estratégico fundamental para controlar el estrecho de los Dardanelos, frontera natural entre Asia y Europa.

Viendo la importancia del enclave, resulta cuando menos chocante que aquel

fuese el lugar elegido por el emperador para hacer acampar a la Compañía, siendo que, como a continuación comprobaremos, las intenciones de éste no eran, ni mucho menos, el reforzarse con aquellos mercenarios sino, bien al contrario, deshacerse de ellos. Galípoli era seguramente uno de los puntos estratégicos más importantes del Imperio al ser la última protección natural entre Constantinopla y el mar abierto, además de ser un territorio en el que se hallaban multitud de castillos y fortalezas. Todo esto hacía que lejos de ser el mejor emplazamiento en donde encerrar a un ejército que se desea neutralizar, se convirtiese en el bastión perfecto para fortificarse los almugávares. Sin duda, ésta fue una muestra más de la incapacidad como estrategia y como político del anciano Andrónico II, y un grave error que le provocaría una dramática situación al Imperio poco tiempo después.

Muntaner dice que fue Roger quien habría dispuesto que las tropas se repartiesen por las diferentes villas de la zona (Hexamilia, Madytos, Galípoli), a la vez que ordenaba a sus habitantes que diesen alojamiento y comida a sus hombres, y que mientras durase su permanencia allí llevasen las cuentas al día sobre lo que gastaban los mercenarios. Por el contrario, Paquimeres cree que fue el emperador el que organizó el alojamiento en las casas de las nativos para evitar males mayores. Los aragoneses y catalanes en lugar de acudir prestos a socorrer al coemperador Miguel como tenían la orden de hacer (aunque en realidad poca falta hacían ya para solucionar el ficticio conflicto búlgaro), dejaron pasar bastantes días exigiendo el pago de lo que según ellos se les adeudaba, tanto por los servicios realizados hasta entonces como por el que habían ido a cumplir a partir de ese momento. El cronista griego se desespera ante lo que considera una desfachatez insultante por parte de los almugávares al exigir semejante pago, ya que según dice, no solo no habían cumplido con lo pactado sino que además habían permanecido ociosos expoliando a la población griega, y cometiendo de nuevo toda clase de violencias contra ellos, así que no se contiene a la hora de describir las barbaridades cometidas en cuanto desembarcaron en Madytos (actual Ecebat):

No hay persona que pueda explicar las violencias y las maldades que ejercieron sobre los paisanos. [...] cuando se reunieron hasta ocho mil (almugávares), se agitaron con mayor furia contra nosotros. No se contentaron con robar el trigo y los otros granos, la plata y los enseres, de llevarse las manadas y de matar a los hombres que se les oponían; sino que robaron las casas, violaron a las mujeres, sin que hubiese otra forma de evitar tan horribles violencias que abandonar su país, y buscar la salvación en la huida^[392].

La razón por la que los aragoneses y catalanes no llegan a unirse a las tropas comandadas por Miguel IX en el frente de Tracia, la encuentra Paquimeres en el hecho de que las noticias sobre los nuevos abusos sobre los griegos de Galípoli

llegaron hasta el campamento del ejército bizantino, y el deseo de venganza por parte de sus soldados creció de tal manera que Miguel se vio obligado a pedir a su padre que no permitiese de ningún modo que los mercenarios de la Compañía se acercasen hasta sus posiciones, para evitar así un baño de sangre seguro entre teóricos aliados. Además, los soldados griegos guardaban desde tiempo atrás un odio latente hacia los hombres de Roger, y la muestra de ello es que en el momento de su alistamiento para esta guerra, habían obligado al emperador a firmarles un pacto sellado con la bula de oro imperial en la que se recogían dos condiciones inexcusables: la primera, no tener obligación de servir en la tropa después de un tiempo determinado, y la segunda, no soportar bajo ningún concepto la presencia junto a ellos de los «italianos».

Tan pronto como Andrónico recibió la misiva de su hijo demandándole justicia ante los crímenes cometidos, envió una carta a Roger, que todavía no se encontraba en Galípoli, la cual le sería entregada por la hermana del emperador. En ella se ordenaba que el megaduque acudiese de inmediato con sus naves a poner freno a sus hombres, cortando de raíz todos los despropósitos e insolencias de la hueste. Andrónico recibió más cartas en las que se le ponía al corriente de como los de la Compañía se habían apoderado del erario público y, no contentos con ello, habían logrado arruinar los campos en un año que se prometía generoso en cuanto a las cosechas, o como habían robado los animales de labor a quienes los poseían. A pesar de todo, el emperador, que se sabía dependiente de las armas de los extranjeros, decidió que se uniesen al ejército de su hijo mil almugávares en lugar de los ocho mil, creyendo atenuar de este modo el enfrentamiento armado entre ellos, o quizás sabiendo que enviaba a esos mil aragoneses y catalanes a un matadero seguro en cuanto cayesen en manos de las tropas, mucho más numerosas, de su hijo Miguel. La razón esgrimida para no recurrir a totalidad de los ocho mil mercenarios era que ni eran necesarios ya, ni el Imperio se podía permitir un gasto de esa magnitud, así que ordenó, con un giro radical respecto a sus anteriores instrucciones, que el resto regresasen a Oriente. Los bizantinos, seguramente sin saber que hacer con el tizón ardiendo en el que se habían convertido los aragoneses y catalanes, decidieron devolverlos a Anatolia, en donde estaban seguros de que seguirán cometiendo crímenes contra los ciudadanos de esas tierras, pero al menos los mantenían alejados de Constantinopla. Pero esta nueva estrategia no saldría como pensaron.

Roger marchó junto a cien de sus caballeros a la capital para entrevistarse con Andrónico en su palacio, por supuesto, para ver a su mujer María y también, y no menos importante, para ponerse al día de los asuntos de la corte a través de su suegra Irene, con la que mantenía muchos intereses en común. El megaduque solicitó entrevistarse con el emperador lo antes posible, ya que a sus sospechas se habían sumado informaciones facilitada por sus aliados cortesanos, y no confiaba en modo alguno de las intenciones imperiales. Una vez en su presencia, y dado que ya se había firmado la paz entre el nuevo zar de Bulgaria y el Imperio, exigió que le fuese pagado a sus hombres todo lo que estaba acordado, tanto por la campaña de Anatolia como

por haber desplazado la Compañía hasta Galípoli para luchar en Tracia, además de por los mil soldados que finalmente fueron reclutados para unirse al contingente de Miguel IX.

23. La llegada de Berenguer de Entença

Antes de continuar con las discusiones que estaban teniendo lugar en el palacio de Blanquerna entre Roger y Andrónico II, a causa del pago de las soldadas adeudadas a los almugávares, tenemos que detenernos en un acontecimiento trascendental.

A finales de octubre de 1304 Berenguer de Entença arribaba con sus naves a Galípoli, más concretamente al puerto de Madytos:

En ese tiempo Berenguer Catalán (el cronista desconoce el apellido de Entença y le aplica el sustantivo más conocido para él) llega al puerto de Madyte con nueve grandes naves, atraído por las magnitud de las recompensas que el megaduque había recibido del emperador, e invitado por las cartas del mismo megaduque^[393].

La fecha sobre la llegada de Entença a Grecia fijada por Paquimeres en los últimos días de octubre de 1304 parece correcta ya que esa fecha concuerda perfectamente con una carta conservada en el Archivo de Estado de la República de Venecia, fechada el 10 de septiembre de ese mismo año en la isla que Berenguer denomina de Cervi, y que Rubió interpreta como Elaphonisi, en la costa de Laconia, al sur de la Morea^[394]. En esta carta, dirigida al dux de Venecia, Entença se disculpa por los actos de piratería cometidos por su flota en el transcurso del viaje desde Sicilia hasta Grecia, contra un barco veneciano que se hallaba anclado en el puerto de Quaglie, y al cual robaron toda su mercancía que consistía en una importante carga de trigo. Dice que necesitaba aquel grano para el mantenimiento de su tripulación y promete una indemnización generosa al dux en cuanto le sea posible.

Entença, que por motivos que no habían quedado del todo claros había retrasado su partida desde Sicilia en el momento en el que puso rumbo a Grecia la flota de Roger de Flor, llegaba ahora por sorpresa a las costas bizantinas. Lo hacía en nueve galeras en las que viajaban quinientos caballeros y más de mil hombres de a pie, probablemente facilitado todo ello por el rey de Sicilia, Fadrique II. En realidad, durante todo aquel tiempo que había permanecido en la isla siciliana se habían estado

fraguando las políticas que dirigirían su viaje. A pesar de que no conocemos las órdenes directas que recibió para no acompañar en su momento a Roger, sí que poseemos la documentación conservada en el Archivo de la Corona de Aragón y en los archivos de Palermo y de Venecia, a través de los cuales se sabe de la importancia de la actividad diplomática y política desarrollada durante esos meses entre los reinos de Sicilia y de Aragón con la mirada puesta en el Imperio de Bizancio. Todo indica que, a pesar de que tradicionalmente la Casa de Aragón y los bizantinos habían sido aliados, forzados en gran medida por la necesidad de reforzar sus intereses comunes frente al expansionismo del Reino de Francia y de la Casa de Anjou, y tras percatarse de la situación de debilidad en la que se encontraban los griegos, comenzaron a tramar una conjura para apoderarse del trono imperial. Al parecer, el más interesado en llevar a cabo tales planes fue el rey Fadrique, probablemente instigado por el propio Entença, aunque también el rey aragonés Jaime II estuvo al tanto de la mayor parte de los movimientos efectuados en ese sentido, e incluso aportó cierta infraestructura y apoyo directo a su hermano el rey siciliano. El peso político que había logrado Entença en esos momentos en el ámbito de las relaciones internacionales de la Corona de Aragón quedaba patente en la confianza depositada en él por ambos reyes. El 30 de marzo de 1303 es decir, casi cinco meses antes de que la armada de Roger de Flor partiese rumbo a Constantinopla, el rey Fadrique escribía a Jaime II a favor de su hombre de confianza: Berenguer de Entença.

[...] cum nobilis Berengarius de Entença miles, consiliarius, familiaris et fidelis noster nobis devote serviverit et servire non desinat, magnificentiam et fraternitatem vestram attente rogamus quatenus nostri contemplatione amoris eundem nobilem et negotia sua ipsarum partium suspicere placeat propensius commendata^[395].

El documento, firmado en Tortosa el 30 de octubre de 1303 contiene los capítulos recibidos y la posterior bendición a éstos otorgada por Jaime II, para que Entença y Roger de Flor llevasen a cabo sus propósitos en Grecia. Sin embargo, el rey pone una serie de condiciones para ello, aspectos en los que, a pesar de su relevancia, las investigaciones modernas no han hecho demasiado hincapié. Éstas consistían en que, a cambio de la ayuda de los marinos y almugávares de la Corona al emperador bizantino, aquel debería de colaborar con el rey de Aragón en la conquista de Cerdeña, tanto con dinero como con naves de guerra^[396].

La correspondencia cruzada durante aquellos meses entre los reyes de Aragón y de Sicilia, e incluso, con el papado de Roma, ayudan a comprender cuales eran las verdaderas intenciones políticas que se ocultaban tras la llegada de Berenguer de Entença a Constantinopla, las cuales se hallaban más cercanas al espionaje y a labores de infiltración que a la ayuda militar a los griegos. El Papa, fue informado por

Fadrique II de su proyecto de conquista, y como muestra del nuevo aire conciliador que existía entre Roma y Sicilia en aquel momento, apoyó la operación, aunque de manera discreta, ya que consideraba que el éxito de los planes del rey siciliano contribuirían definitivamente a terminar con el Imperio, a la vez que redundarían en una consolidación definitiva de Carlos de Valois en su trono. No obstante, el papado se mantuvo en todo momento receloso respecto a las verdaderas intenciones del rey de Aragón.

De hecho, en 1303 se habían restablecido las relaciones entre la Corona y el sultanato de Egipto, que se habían roto en 1293 tras la firma del *Tratado de Agnani*. Aunque Jaime II manejó con discreción las conversaciones con el sultán egipcio Malik al-Nasir, Roma rápidamente se lanzó contra estas incipientes relaciones comerciales, forzando a los aragoneses a detenerlas. Aragón era considerado poco de fiar por el resto de naciones occidentales desde tiempo atrás, entre otras causas, por lo referente a los pactos y tratados firmados con los países árabes. Esta falta de «ética» a la hora de negociar con los enemigos de la fe mantuvo siempre a Aragón en el punto de mira del papado y de sus aliados.

También jugó un papel de primera línea el cuñado de Entença, el almirante Roger de Lauria, el cual, y según apuntan todas las informaciones, se encargó de ser el emisario entre ambos monarcas, llegando a realizar labores casi de espionaje en las costas griegas. En una misiva conservada en el ACA, fechada en la ciudad siciliana de Messina el 20 de junio de 1304 y que fue entregada en mano por Lauria a Jaime II de parte de Entença, aparecen las primeras pruebas que sitúan a Lauria como la mano derecha de Fadrique y como enlace de confianza con Jaime de Aragón^[397].

En otro documento, (en este caso sin fechar, pero por deducciones anterior a julio de 1304, ya que Roger de Lauria llegó al puerto de Valencia procedente de Sicilia el 18 de julio de ese mismo año) entregado por el almirante a Jaime II siguiendo indicaciones del rey Fadrique, se ve como éste muestra abiertamente a su hermano su intención de conquistar la «Romanía», y sus planes eran *ocupar algunas islas bizantinas, crear una cabeza de puente en las costas sirias y atacar el territorio imperial*^[398]. Para ello demanda tanto el consejo como la colaboración de Jaime II:

Item fa saber lo dit senyor rey Frederic al dit senyor rey d'Arago que ell [piensa] sobre lo feyt de Romanía, ço es asaber de conquerirla, e sobre ço n'a trames al senyor papa e enten lo dit Frederic aver sobre d'aquest feyt ajuda e consell del dit senyor rey d'Arago quan menester li sera^[399].

Pero el monarca aragonés no veía factibles los planes de conquista de su hermano y, aunque no se opuso en a ellos, parece que no se decidió a participar activamente en la conjura, como se comprueba por otra misiva^[400] escrita en Tortosa el 22 de septiembre de 1304 en la que el rey de Aragón comunica al siciliano que, aunque le

apoya en las acciones que lleve a cabo, no puede ofrecerle consejo. Lo que en la práctica representó que el aragonés intentó nadar y guardar la ropa, manteniéndose del lado de su hermano, pero sin enfrentarse abiertamente ni con su tradicional aliado bizantino, ni con la Casa de Anjou que reclamaba sus derechos sobre Constantinopla y con quien había firmado la paz. Seguramente, el monarca mantenía sus propios planes paralelos a los de su hermano.

Fadrique no estaba pensando en una pequeña campaña militar, sino que lo que planteaba era el control absoluto del Mediterráneo oriental, y para ello era fundamental la conquista de Bizancio. Teniendo en cuenta además que la debilitada situación del Imperio en ese momento lo convertía a priori en una presa sencilla para una potencia en auge como la Corona de Aragón. Pero para asegurar todavía más la empresa, Fadrique envió a dos frailes para que se presentasen ante el papa Benedicto XI y solicitar su bendición —y el apoyo político y militar— de la Iglesia romana^[401].

Roger de Lauria se convirtió en un protagonista directo de los acontecimientos que sucedieron durante aquellos meses en Grecia, a pesar de que las crónicas no hacen referencia a su participación directa en los hechos. Sin embargo, y aunque no formase parte como integrante de la expedición, su labor incesante atravesando el Mediterráneo de uno a otro extremo sirvió de manera determinante a las estrategias políticas que se urdían alrededor de la Compañía. Es más, en marzo de 1303 es decir, pocos meses antes de la llegada de los almogávares a Constantinopla, Lauria capitaneó un pequeño intento de cruzada casi secreta que terminó fracasando, pero tras ésta, la mayor parte de sus hombres pasarían a engrosar las filas de la Compañía de Roger de Flor. Es importante considerar la gran cantidad de informadores de confianza que Lauria habría colocado, sin llamar la atención, entre los expedicionarios a Grecia. Esta fuente de información directa le proporcionaría al almirante, indudablemente, una posición privilegiada dentro de los planes del rey de Sicilia. Aunque poco tiempo tuvo para continuar participando del complot, puesto que el legendario almirante moriría en Valencia el 17 de enero de 1305.

Por otro lado, la documentación sacada a la luz por Rubió i Lluch desbarató totalmente las afirmaciones tanto de Zurita como de Muntaner a cerca del motivo de la llegada de Entença a Bizancio. El cronista de Aragón, guiado probablemente por la narración del griego Grégoras, dice que fue el emperador Andrónico II quien requirió de los servicios de Entença después de saber de su reputación:

En este medio el emperador Andrónico, que tenía mucha noticia del gran valor de don Berenguer de Entença, con gran instancia envió con sus mensajeros a requerirle que fuese con las compañías que pudiese recoger de caballo y almogávares; y ofrecía que le mandaría proveer de todo lo necesario como se había hecho con el megaduque^[402].

Por su parte, Muntaner defiende que Entença acudió por su propia iniciativa movido exclusivamente por su lealtad hacia Roger de Flor, tal y como éste mismo le dice al emperador en una de las audiencias que ambos mantuvieron esos días en Constantinopla:

Ha venido a serviros por vuestro honor y por afecto hacia mí [...] [403].

Pero la correspondencia mantenida entre los monarcas de la Casa de Aragón demuestra que el motivo principal de su llegada fue, ni más ni menos, cumplir con las órdenes secretas dadas por Fadrique II de Sicilia, y respaldadas de una u otra forma por Jaime II de Aragón, cuya finalidad no era otra que iniciar la conquista del Imperio bizantino apoyándose en los aragoneses y catalanes de la Compañía, pero sin que ni éstos ni su capitán, Roger de Flor, conociesen hasta entonces de aquellos planes, y eso teniendo en cuenta que la baza principal con la que contaban dichos planes, se basaba en aprovechar el descontento reinante entre los mercenarios por su situación y por los desplantes dados por la corte griega. Aunque se podría percibir la impresión de que Entença se había convertido en la mano ejecutora de los planes de Fadrique, quedándose el rey de Aragón por voluntad propia en un segundo plano, el siciliano no olvidaba que Entença era aragonés y fiel sirviente de su rey, como demostraba la antigua dedicación desarrollada por sus antepasados a la casa real. Así pues, a pesar de depositar la parte más importante de su estrategia en él, Fadrique se apresuró a organizar una flota que puso bajo el mando de su hermanastro Sancho para que siguiese sus pasos, le apoyase si fuese necesario y, al mismo tiempo, le vigilase muy estrechamente.

Es posible imaginar que Entença, compañero y amigo de Roger de Flor desde los días de la guerra en Sicilia, le comunicase a éste en el mismo momento de su llegada a Galípoli los planes y las órdenes que portaba de parte del rey. No conocemos con exactitud cual fue la reacción de Roger o la de sus hombres (si es que la tropa fue informada de ello) tras ser puestos al corriente de todo. Pero lo que sí parece cierto es que, tanto la Compañía en general como Roger en particular, no aceptaron las órdenes. Es complicado conocer cuales fueron las verdaderas razones para su negativa, ya que, de haber triunfado la rebelión, cuestión que no hubiese sido difícil viendo la debilidad y la incapacidad para defenderse del Imperio, hubiesen logrado unos increíbles beneficios, e incluso el megaduque hubiese podido soñar con aspirar al trono griego, apoyado por su poder militar, por la confianza de la que disfrutaba en la corte siciliana y por los influyentes apoyos de los grupos de poder bizantinos encabezados por su suegra, la princesa Irene, y el resto de su familia búlgara.

Sin embargo, la respuesta fue negativa y no accedió a participar de la trama que Berenguer le propuso. Algunos autores creen que la decisión se tomó por un casi increíble respeto por el honor y por la palabra dada a Andrónico, lo que, aunque no imposible, no parece lo más lógico al tratarse de uno de los mayores corsarios de la

época en el Mediterráneo, al tiempo que un mercenario que hasta ese instante nunca había empuñado sus armas por otro motivo que no fuese el dinero del mejor postor. Así pues, quizás se podría pensar que se encontrasen otras causas detrás de la decisión tomada por la Compañía y por su capitoste. En primer lugar, habría una desconfianza claramente justificada ante las intenciones de Fadrique.

No en vano ya les había vendido, de un modo u otro, al finalizar la guerra con Francia y, aunque no se pueda considerar como una absoluta traición, sí es verdad que el monarca se desentendió y se deshizo de los almugávares, y del propio Roger, en la primera ocasión que se le planteó, sin recompensarles ni respaldarlos a pesar de que había logrado el trono de la isla gracias a ellos. Al margen de ésta, puede haber otra explicación para lo sucedido, y sería que Roger, embebido por el poder alcanzado en Grecia, confiando en el control que creía tener sobre la corte y las decisiones del emperador, y convencido de sus posibilidades de cara a un futuro cercano, desdeñase la alianza con los intereses de Fadrique y optase por continuar en solitario con su «conquista» del Imperio. En realidad, el victorioso megaduque observaba con cierta ambición, como el trono de Constantinopla se encontraba al alcance de su mano. Una última razón que les pudo mover a rechazar la oferta de Entença pudo ser simplemente que considerasen que su nuevo señor, Andrónico, tenía mucho más que ofrecerles, al encontrarse en una situación desesperada de la que ellos podrían sacar provecho. Por el contrario, los reyes de Aragón y de Sicilia solo los necesitaban como avanzadilla en una empresa demasiado arriesgada y que no estaba demasiado clara en su ejecución, ya que ni siquiera sabían con exactitud para quien iban a luchar, y por lo tanto, quien les debería pagar al final. Ante esta disyuntiva de elegir entre unas soldadas muy rentables y seguras junto a los griegos, o una conspiración muy oscura incluso para ellos, perfectamente pudieron optar por mantenerse del lado de los bizantinos.

Con Berenguer de Entença en escena, continuaron las reuniones y discusiones entre Roger de Flor y el emperador Andrónico II sobre la liquidación de las pagas de los aragoneses y catalanes por las campañas de los meses anteriores. Tan pronto como llegó, Entença, que en un principio permaneció a la espera en Galípoli, se convirtió en protagonista de las negociaciones. Roger presentó las credenciales de su camarada ante Andrónico, alabándolo y presentándolo como uno de los más altos nobles aragoneses, y demandando que como tal debía ser tratado. La primera exigencia que hizo para el recién llegado y para los hombres que le acompañaban fue la suma de trescientos mil ecus. Hasta tal extremo llegó la ponderación que pidió formalmente al emperador que le fuese otorgado a Entença el título de megaduque del Imperio, desprendiéndose él mismo de tal reconocimiento. Todo ello para hacer honor a la nobleza y el rango del nuevo capitán.

Como alto cargo de la corte bizantina, el recién llegado asistiría en directo a muchas de las audiencias imperiales celebradas entre ambos dirigentes. En ellas, el emperador vertió sobre Roger todas las acusaciones de los desmanes que se habían

ido acumulando durante las últimas campañas provocados por la falta de comedimiento y de disciplina de sus tropas.

Andrónico ya no veía en Roger al poderoso y necesario aliado que le haría recuperar el esplendor de su Imperio, y el amor y reconocimiento de su pueblo. Ahora todo era diferente.

El mercenario había dejado de ser esa pieza clave, incluso había pasado a ser molesto para los griegos, y sus peticiones ya no iban a ser admitidas con la facilidad que al principio. En lugar de acceder a las demandas del todavía megaduque, el emperador descargó sobre él todo tipo de reproches, tanto fundados como inventados. Además, pocos días antes había rechazado los servicios de la mayor parte de las tropas de Roger, alegando que ni eran necesarias ni se podía permitir el pago de sus soldadas, por lo que la llegada de Entença con nuevos efectivos no se producía en las mejores circunstancias. Andrónico, enfadado por las fuertes sumas que le pedía el siciliano para pagar a las nuevas tropas, se mostró sorprendido de aquel desembarco, y preguntó por qué habían venido sin su mandato^[404]. La sorpresa con la que se recibió en la corte griega esta remesa de almugávares, demuestra como en ningún caso fueron ellos quienes los solicitaron, como los autores aragoneses y catalanes han venido defendiendo.

No solo los recién llegados y sus demandas, consideradas excesivas, fueron el objeto de la ira del emperador. También las tropas de Roger estaban en el origen de su indignación.

Andrónico, llamó a su presencia al megaduque, a los capitanes, y a los adalides y almugávares que le acompañaban, y delante de ellos y de los nobles bizantinos, desplegó un discurso cargado de acusaciones contra los aragoneses y catalanes, con el que pretendía mostrarse enérgico y poderoso delante de la corte de su nación y transmitir a su pueblo que, por encima de todo lo sucedido, continuaba teniendo el control de su gobierno. Su arenga fue demoledora y, al mismo tiempo, se dibujó a él mismo como ejemplo de virtud y de magnanimidad.

El emperador mostrando un día una cara fuertemente severa al megaduque, y expresando la indignación por la exigencia de sumas de dinero excesivas para pagar a sus tropas, [...] hizo un largo discurso el cual tenía por sentido decir que él nunca había solicitado ayudas tan numerosas^[405].

Afirmó que nunca había pedido unos refuerzos de la envergadura con la que se habían presentado en Constantinopla, sino que lo acordado antes de la partida de la Compañía desde Sicilia fue únicamente que contrataría a mil hombres de a pie y quinientos caballeros.

No obstante, presumió de haber sido más condescendiente de lo que en principio podía haber estado obligado, y que por ello dio albergue a la tropa y sacos llenos de plata para que Roger los repartiese entre los suyos. A partir de aquí, comenzó a dirigir

sus acusaciones directamente hacia el megaduque, algo sorprendente pues poco tiempo antes lo había defendido fervientemente frente a las acusaciones de Nostongos Ducas. Dijo que había depositado toda su confianza en él, oponiéndose a los consejos que le llegaron para que pusiese al frente de las tropas a otro jefe, esperando que supiese mantener su liderazgo, manteniendo el orden y la disciplina. Dijo también que el megaduque había acabado con la reservas imperiales para su beneficio, sin aportar ningún fruto a Bizancio; que el invierno que permanecieron en Cízico habían hecho más mal que bien; que habían cometido los mismos robos y crímenes en el resto de pueblos y ciudades, haciendo levantarse las quejas de su pueblo en un estallido de furia incontrolable; que era imperdonable el que se hubiesen puesto en armas contra los griegos durante el sitio de Magnesia; que a pesar del gran mérito por liberar Filadelfia, y lo justo de su recompensa por ello, perdieron toda dignidad y gloria tras las acciones tan vergonzosas que realizaron después.

En definitiva, se desentendía de la mayor parte de los almugávares, con la excusa de que no necesitaba sus servicios y de que tampoco les podía pagar. Éste era el mensaje que quiso dejar claro a los presentes, para que lo transmitiesen al resto de sus compañeros. Debía de llegar, asimismo, esta decisión imperial a oídos de Entença, al que avisaba de que no iba a cubrir sus demandas económicas y le aconsejaba que no se dejase guiar por falsas expectativas.

Una vez escucharon el discurso del emperador, los almugávares que se encontraban en la sala quedaron mudos, y no fueron capaces de hacer ni un solo reproche, aunque sí descargaron toda su frustración sobre su jefe por haberles llevado hasta aquellas tierras en donde ahora no les iban a pagar lo prometido.

Este revuelvo era seguido con gran atención por los diferentes grupos de poder que se movían a la sombra del emperador, entre ellos genoveses. Los mercaderes de Génova establecidos en Constantinopla, conformaban un bloque homogéneo y poderoso dentro de la capital y de la política de Bizancio. En ningún momento, desde las primeras humillaciones a las que les sometieron los almugávares habían dejado de confabular contra ellos.

Para fomentar todavía más el odio que los mercenarios habían despertado en la corte, los genoveses y el alto clero ortodoxo, siguieron extendiendo rumores que insinuaban que en realidad eran el instrumento del que se estaban sirviendo tanto la Iglesia de Roma como Francia, para imponer las pretensiones de Carlos de Valois sobre el trono griego, máxime después de que le hubiese sido retirado a este último el ficticio nombramiento como rey de Aragón, que le otorgase tiempo atrás el Papa. En realidad, más que simples rumores bien pudo ser que el espionaje genovés, con tan larga tradición en el Mediterráneo, supiese perfectamente de las negociaciones realizadas en ese sentido entre los reyes de Sicilia y Aragón, y el papado.

Ahora, después de esperar el momento durante meses, veían como llegaba la oportunidad para vengarse. Escucharon el discurso con indescriptible satisfacción, y acto seguido, tras valorar los apoyos que podían recibir desde Génova, le ofrecieron

al emperador cincuenta naves y todo lo necesario para equiparlas para la guerra, con la finalidad de liberar al Imperio de la opresión a la que le estaba sometiendo la violencia de la Compañía, al tiempo que se comprometían a ser ellos quienes defendiesen las fronteras de Asia Menor del peligro turco^[406].

Andrónico, permitía a los genoveses mantener un elevado nivel de poder en su corte, cumpliendo con los compromisos asumidos por su antecesor Miguel VIII y sabedor de la necesidad que tenía de ellos y de sus préstamos, pero sin embargo, o precisamente por esta larga convivencia en común, conocía perfectamente su retorcida mentalidad de mercaderes y prestamistas, por lo que, usando de su más refinada diplomacia, rechazó su ayuda mientras les aseguraba que tendría muy presente la oferta en el caso de que la seguridad pública lo requiriese.

Roger, por su parte, percatándose de cual era la actual situación con respecto a su relación con el emperador, decidió cambiar de estrategia. En lugar de seguir encendiendo los ánimos de Andrónico II con sus bravuconerías y su insolencia, se mostró más humilde frente a él. Así que decidió rebajar sensiblemente sus demandas económicas y prometió apaciguar los ánimos de los irritados aragoneses y catalanes. Aseguró que ya estaban de camino para ayudar al coemperador Miguel una pequeña parte de sus hombres. Pero en lo concerniente a Berenguer de Entença, no estaba dispuesto a ordenarle regresar a Sicilia con sus tropas, y solicitó al emperador que le permitiese, al menos, recibirle en audiencia para intentar llegar a un acuerdo favorable para ambas partes. Si Andrónico aceptaba todas aquellas peticiones, la Compañía se comprometía a acudir en bloque allí donde se le ordenase (incluso regresar a Oriente) y a servirle fielmente. El emperador, que dio muestras en todo momento de una gran habilidad política, y de saber tirar y aflojar de la situación como fuese necesario, asumió tal oferta, y extendió una bula de oro como salvoconducto para que Entença llegase hasta la capital, mientras que a Roger le regalaba una gran cantidad de presentes y una parte de los impuestos recaudados a su pueblo.

La comedia desarrollada en la corte y el perfecto resultado que lograron tanto el emperador como Roger, lleva a pensar que todo fue un montaje perfectamente establecido por ambos. Andrónico no podía permitirse dar la imagen de que los extranjeros habían hecho su voluntad en el Imperio pasando por encima de él mismo, mientras que Roger tenía que seguir manteniendo estable la débil relación entre sus tropas y los griegos. En definitiva, escenificarían la ejemplar reprimenda delante de todos para que los bizantinos recuperasen el respeto por sus instituciones, pero en realidad, y a pesar de las apariencias, todo cambiaría para seguir siendo igual.

Sin embargo, esta decisión no gustó en absoluto entre la población griega, y la popularidad del emperador tornó a caer en picado. Los impuestos con los que pretendía pagar lo acordado con la Compañía, quiso recaudarlos a través de un nuevo impuesto al que denominó «sidocrite»^[407].

Durante el año anterior las cosechas en Anatolia habían sido catastróficas, debido

principalmente a las guerras y a los saqueos permanentes tanto por parte de los turcos como de los mercenarios extranjeros. Sin embargo, en el oeste de Grecia las cosas habían sido muy diferentes. En aquel territorio, y especialmente en Macedonia, las cosechas fueron de una abundancia tal que no se conocía nada parecido desde hacía tiempo. Pero, a pesar de los abundantes frutos de Occidente, no se pudo equilibrar la situación, y la escasez se adueñó del Imperio, provocado por el masivo desplazamiento de los ciudadanos de Asia Menor hacia el Oeste, huyendo de la violencia de su región. La base más importante de aquellos nuevos impuestos consistían en que todos los labradores que quisieran transportar sus mercancías para venderlas en los mercados griegos, deberían pagar seis sacos de trigo y cuatro de cebada. Pero no solo eso, sino que deberían de dar la mayor parte de los beneficios obtenidos por la venta de sus cosechas directamente al megaduque Roger de Flor.

Para completar el pago, ya que hasta los impuestos inventados se quedaban cortos para satisfacer la deuda, se planeó una nueva estrategia política, que consistió en pagar a la Compañía con una moneda de nuevo cuño pero absolutamente devaluada. Muntaner simplemente dice que Roger no la aceptó —aunque no fue así—, sin dar mayores explicaciones sobre los hechos, ni de las justificaciones del emperador, ni de la resolución final de este conflicto.

Sin que quede claro si fue porque el Imperio no tenía recursos suficientes para cubrir los acuciantes gastos ocasionados por los múltiples frentes de batalla que debía atender, por el sangrado que le había supuesto contratar gran cantidad de mercenarios extranjeros o, simplemente, porque no tenía la más mínima intención de que los culpables de los crímenes cometidos contra sus ciudadanos fuesen recompensados de forma alguna, el caso es que Andrónico, ante las amenazas del megaduque, volvió a inventarse una de sus maniobras. En lugar de pagarles con moneda de curso legal, mandó acuñar esta moneda sin apenas valor:

[...] mandó batir moneda en forma de ducado veneciano, que vale ocho dineros barceloneses; y él los hizo y les llamó «basileos» y no valían ni tres dineros^[408].

La moneda que se empleó para saldar las deudas era de un valor a todas luces insuficiente. Mientras la moneda bizantina empleada durante el reinado de Juan IV Ducas Láscaris (1250-1305, emperador de 1258 a 1261 en Nicea) estaba compuesta por la mitad de oro puro y la otra mitad de otro metal, aquella que entonces se ponía en funcionamiento no tenía más que nueve partes de oro frente a quince de otros metales. Pero incluso esta medida económica no debió ser suficiente para cubrir las deudas, ya que a ésta se le sumó un nuevo impuesto que repercutiría directamente sobre el salario de los funcionarios, haciendo estremecer los cimientos de la administración bizantina a causa del colérico desacuerdo de los afectados.

Para culminar su estratagema, cuyo fin era desprestigiar a los aragoneses y

catalanes y extender todavía más la rabia contenida de su pueblo hacia ellos, ordenó que todas las deudas que hubiesen contraído los almugávares fuesen pagadas con esta moneda, desde los víveres hasta el alojamiento del que hubiesen disfrutado. Ésta maquinación encendió todavía más los ánimos de la población. Es evidente que la incitación a la sublevación contra los mercenarios era una parte de los planes de Andrónico II, pero lo que probablemente no consideró, o al menos no en toda su magnitud, fueron las nefastas consecuencias que aquella paupérrima divisa iba a provocar en la economía.

(La nueva moneda) arruinó completamente el comercio, de tal suerte que fue imposible acceder a los productos de primera necesidad; los prisioneros (al no poder pagarse sus rescates) languidieron en largos cautiverios; y el hambre desoló las provincias sin que se pudiese detener su avance^[409].

Entença se encontraba todavía en Galípoli, y envió dos mensajeros a Constantinopla para que Roger les diese las indicaciones de lo que deseaba que hiciese con los refuerzos llegados junto a él. Muntaner asegura que fue Roger quien escribió a Entença para que fuese a la capital, mientras que según Paquimeres, fue el emperador quien expidió dos cartas selladas con la bula de oro imperial para que le sirviesen como salvoconducto.

Las razones por las que Andrónico II decidió abrir las puertas de su palacio a Entença con la efusividad con la que lo hizo, después de haber criticado tan duramente ante Roger su llegada, se encuentran seguramente en una nueva artimaña del emperador. Éste se percataría rápidamente del beneficio que podría suponer para sus ejércitos tener al mando a un noble de su dignidad y su fama. Este aspecto hacía del capitán una atrayente aportación, pero no sucedía lo mismo con los más de mil almugávares que le acompañaban, que no harían sino empeorar la situación de violencia incontrolada que venían desarrollando sus camaradas. Así pues, lo único que deseaba aprovechar el emperador era la experiencia de Entença, siendo un problema el conjunto de sus hombres. Evidentemente, Entença nunca abandonaría a los suyos, no ya por una cuestión puramente de honor, sino porque el capitán sabía de sobras que su verdadero valor y su fuerza en aquellas tierras no dependían de otra cosa que de la lealtad de aquellos que estaban a su servicio.

Pero las argucias del emperador iban más allá. Por su mente pasaba otra posibilidad, que consistía en emplear a Entença para enfrentarlo a Roger, y de esta manera deshacerse de él de Brindisi, el cual se había convertido en un estorbo para sus intereses. Pensó que si recibía a su llegada a Entença con los mayores honores, como correspondía a su noble estirpe, Roger se vería desplazado y molesto, y que a su vez Entença, de mayor rango social que aquel, no aceptaría de buen grado entrar al servicio de los griegos situándose por debajo del siciliano en el escalafón de mando.

Otra vez se equivocó el emperador bizantino. Tanto Roger alabó las cualidades de

Entença, cediéndole incluso su título como megaduque, como aquel se mostró receloso desde el primer instante de las intenciones de Andrónico, desconfiando de quien le ofrecía los mayores presentes de su Imperio al tiempo que despreciaba a su amigo y compañero de Brindisi.

Arriesgó mucho el emperador en esta apuesta por Entença, sabiendo que éste era la mano derecha del rey de Sicilia, y que se había convertido también en hombre de confianza del rey de Aragón, lo que lo transformaba, aun sin que hubiese dispuesto de otras informaciones confidenciales, en un elemento más que peligroso para tenerlo infiltrado en su gobierno, sobre todo en aquel momento en el que Fadrique ya no se hallaba enfrentado a los franceses y al papado, y por lo tanto podía unirse a ellos en su contra. De hecho así era. Es de imaginar que en la corte supieran que existían razones más que serias para dudar de las intenciones de Entença, y de hecho, un nuevo argumento se sumaba a esta posibilidad. Otra amenaza surgía desde Occidente. A las costas griegas se acercaba una flota armada organizada desde Sicilia y capitaneada por Sancho de Aragón, hermanastro del rey Fadrique II de Sicilia.

Berenguer de Entença acudió a Constantinopla, pero a pesar del recibimiento dispensado, digno de su rango nobiliario, éste desconfió enormemente de las intenciones de Andrónico. La prueba es que tras arribar con dos naves al puerto del Cuerno de Oro, en lugar de desembarcar de ellas y acudir a palacio, permaneció a bordo y envió avisar de su llegada.

Desde el palacio de Blanquerna salieron dos carrozas para recogerle, pero éste, lejos de acceder a ello, exigió al emperador que antes de abandonar sus naves le enviase como rehén a uno de sus propios hijos, Juan Déspota, primogénito del segundo matrimonio entre Andrónico II e Irene (Violante) de Montferrat^[410], para que permaneciese retenido por sus hombres y asegurar de este modo su integridad una vez se encontrase dentro de los muros de la ciudad. El emperador enfurecido por la arrogancia de Entença dejó pasar varios días sin dar respuesta a la demanda, pero finalmente, cuando ya se acercaba el final del año 1304, envió una nueva misiva al puerto en la que le rogaba que accediese a acudir a su presencia sin el cumplimiento de la entrega del rehén. Entença cedió y se presentó ante él. Su recibimiento fue magnífico, pero después de la audiencia imperial, volvió a retirarse a sus navíos, y así hizo todas las tardes durante una temporada, disfrutando, no obstante, de la hospitalidad que se le brindaba en forma de víveres y otros presentes. De esta forma, fueron pasando los días y parece que el emperador se fue ganando la confianza de Entença, hasta que llegó el día señalado para su investidura como megaduque:

[...] le dio el bastón engalanado de oro y plata, como muestra de la dignidad según la nueva costumbre, subió a las altas sillas, tomó el hábito de fiesta y se lo vistió^[411].

Para que este nombramiento se llevase a efecto, antes debía ceder el cargo el actual megaduque del Imperio, Roger. Éste no dudó ni un instante en renunciar, e incluso, por palabras de Muntaner, fue él mismo quien ofreció su renuncia en favor de Entença. Ahora bien, lo que ya no está tan claro es si lo hizo por puro respeto a su camarada, como afirma el cronista, o porque ya estaba pactado con el emperador su nombramiento con un título todavía de mayor importancia: el de César del Imperio.

Al día siguiente, ante el emperador y la corte en pleno, el megaduque (Roger) se quitó de la cabeza el capelo del megaducado y lo puso en la cabeza de don Berenguer de Entença; y después le dio la vara y el sello y la bandera del megaducado, de lo cual todo el mundo se maravilló^[412].

En realidad, el título de César apenas poseía ya valor dentro de la jerarquía bizantina.

Heredado de la tradición romana, había servido antiguamente para distinguir a quien debería ser el sucesor al trono del Imperio, pero desde el siglo VIII había ido perdiendo su significado para terminar convirtiéndose en un mero título simbólico. Después del paso de la dinastía de los Comneno por el gobierno, y tras la creación de nuevas titulaciones, como la de sebastocrator o la de déspota, únicamente se recurría al nombramiento de César para aplicárselo a los yernos del emperador que en ningún caso tenían opciones de alcanzar el trono. Evidentemente, este pequeño matiz pudo ser desconocido para los aragoneses y catalanes, los cuales se dejaron deslumbrar por el boato de la titulación^[413].

Después de su nombramiento como megaduque, Entença comenzó sus maniobras de acercamiento hacia Andrónico. Posiblemente, ninguno de los dos confiaba en los planes del otro, ya que ambos sabían que la ficticia amistad que intentaban representar ocultaba realmente la intención mutua de servirse del contrario para lograr sus respectivos propósitos.

Las gentes que acompañaban al nuevo megaduque abandonaron sus naves y se instalaron en el monasterio de San Cosme, en donde, algunos de ellos, fueron nombrados caballeros.

Entença, tejiendo cuidadosamente los hilos necesarios para cumplir con las órdenes recibidas desde Sicilia y Aragón, comenzó a introducirse en el círculo personal del emperador.

Se convirtió en un habitual de la corte y pasó a ser el más cercano consejero de Andrónico.

Prometió, según la costumbre bizantina y delante del senado, los votos de lealtad y fidelidad siguiendo el rito tradicional y declarándose *amigo de todos sus amigos, y enemigo de todos sus enemigos*^[414]. Sin embargo, a pesar de la discreción de la que siempre había hecho gala, no estaba dispuesto a ser un traidor ni a faltar a la palabra

dada, así que, tras dar su juramento delante de la corte de Constantinopla, añadió una coletilla que levantó de inmediato las suspicacias y las iras de los miembros del gobierno allí presentes. Aseguró que serviría fielmente a su nuevo señor, pero siempre con una excepción: no oponerse nunca a los designios del rey de Sicilia, y mantener por encima de cualquier otro poder su lealtad inquebrantable al rey Fadrique. Esta insolencia, imponiendo condiciones al mismísimo emperador de Bizancio en su casa, no hizo sino alimentar los rumores que corrían por la capital sobre las intenciones reales del nuevo megaduque. Andrónico intentó poner calma entre los suyos, y les dijo que aquello no era más que una muestra de la integridad de su nuevo súbdito, lo que todavía les debería inspirar mayor confianza hacia él.

Todos estos asuntos de palacio tenían ocupados tanto a Entença como a Roger. Este último que parece pasar a un segundo plano, podría haberse dedicado durante ese tiempo a preparar sus propios proyectos, recopilando información y consejo, especialmente de su suegra Irene, que era la única en quien podía confiar en la corte. Pero mientras todo esto sucedía, los miembros de la Compañía continuaban instalados en la península de Galípoli, y aunque fuesen recibiendo noticias a menudo sobre la situación de las negociaciones que se desarrollaban en la capital, ni debían confiar plenamente en que sus capitanes defendiesen sus intereses como a ellos les hubiese gustado que lo hiciesen, ni se encontraban todo lo a gusto que deseaban. El estrecho brazo de tierra que forma Galípoli no producía suficientes víveres para la manutención del inmenso contingente armado que acaba de acampar en él. Las tierras y las granjas que trabajaban sus habitantes no estaban preparadas para cubrir las nuevas necesidades, y por otro lado, la presión y las violencias cometidas por los almugávares que deambulaban ociosos, no ayudaban en absoluto a remediar el panorama. Poco a poco las huestes de la reforzada Compañía fueron incrementando el nivel de robos y abusos contra la población civil, no solo de Galípoli sino también de las cercanas costas de Tracia y de Asia Menor, llegando a extremos de injustificable crueldad. Según los cronistas griegos, tan escamados ya por los excesos cometidos anteriormente, los crímenes llevados a cabo durante este tiempo fueron incluso más salvajes que los cometidos durante la expedición por Anatolia. Los ciudadanos de las ciudades y campos de Galípoli, no tuvieron opción, ya que se les presentaron de repente y con órdenes del emperador para que los considerasen y acogiesen como amigos y aliados. Pero esos amigos, robaron sus cosechas y sus bienes, violaron a sus mujeres e hijas, y asesinaron a los que intentaron oponer algún tipo de resistencia. Hay quien afirma que en realidad no le quedó otro remedio a Andrónico II que ordenar a sus súbditos que acogiesen a los recién llegados, ya que, lo que en principio había planeado como un acomodo temporal de los mercenarios, acabó convirtiéndose en una auténtica ocupación militar de la zona por parte de éstos.

Frecuentemente veían el hacha desnuda sobre su cuello, como para morir enseguida, si no confesaban los tesoros de dinero. A los que quitaban todo

salían más desnudos que la mano de un muerto; a los que no tenían con que pagar su rescate, les mutilaban las extremidades y los exponían como un espectáculo lamentable en las calles para que buscasen a alguien que les diese una limosna o un trozo de pan, sin ningún otro medio para ganarse la vida que la lengua o la fuente de sus lágrimas^[415].

Los cronistas griegos —ya que Muntaner, que no está claro si se encontraba con Roger en la corte o permanecía en Galípoli, calla durante todo este tiempo tanto los ocultos propósitos de Entença como los crímenes cometidos por sus camaradas— aseguran que solo la presencia en los alrededores de los ejércitos imperiales conducidos por el coemperador Miguel IX, lograron detener en parte a los almugávares, impidiéndoles continuar avanzando hacia el Oeste con su avalancha de destrucción. En realidad, así debió de suceder, ya que los aragoneses y catalanes pusieron freno a su avance y se reunieron en asamblea, como era habitual entre ellos, pero esta vez había una diferencia, y es que, aunque en las asambleas participaban directamente todos los miembros de la hueste, en esta ocasión no se encontraban presentes los principales capitanes, lo que no había sido normal hasta ese momento. La Compañía, que probablemente tuvo que detenerse para decidir lo que se iba a hacer a partir de entonces forzada por la amenaza de las cercanas tropas imperiales, optó por enviar a Constantinopla varios embajadores que defendiesen sus intereses ante Andrónico.

Mucho habían cambiado las cosas desde los tiempos en los que Bizancio se erguía como el poderoso Imperio que fue. Ahora, cuando el siglo XIV acaba de comenzar, las puertas del palacio de Blanquerna se abrían ante la unos individuos vestidos con pieles de animales mal curtidas, y con peores modales que los que habían tenido las bestias con las cubrían sus cuerpos. No solo eso, sino que pretendían ser recibidos por el emperador para imponerle sus demandas. Esta situación, impensable en otra época, era contemplada por los bizantinos con una mezcla de desprecio y de resignación. Desprecio hacia aquellos que cruzaban los pasillos de palacio y que, pese a haber prometido defender sus intereses, les habían humillado como nunca hasta ese momento había osado hacerlo ningún otro pueblo. Pero al mismo tiempo, les invadía la resignación, ya que ni poseían suficientes medios militares como para acabar con la lacra en la que se habían convertido los mercenarios, ni tampoco estaba tan claro que pudiesen prescindir de sus armas para reprimir el avance turco. Así pues, los desastrados almugávares que habían sido elegidos como representantes de la asamblea, se dirigieron con paso firme al encuentro con Andrónico, dispuestos a hacer valer ante él su exigencias.

Una vez en presencia del emperador, los mensajeros asumieron las culpas en nombre de sus compañeros por todos los robos y asesinatos cometidos, pero se excusaron diciendo que todo había sido fruto del abandono en el que se les habían dejado en Galípoli, sin pagarles sus sueldos, y sin apenas víveres ni medios para

subsistir, por lo que se vieron obligados a ejercer aquellas violencias hacia la población civil de la zona. Además, le reprocharon que si les hubiese recibido correctamente a su llegada, nada de aquello habría ocurrido, y la Compañía le habría servido fielmente. Andrónico, en presencia de los altos cargos de la corte bizantina, leyó las cartas y la documentación que disponía en la que estaban contenidos todos los desordenes cometidos por los mercenarios en Galípoli. Por su parte, Berenguer de Entença, que debía estar, además de sorprendido por la repentina llegada de los almugávares sin su conocimiento, irritado por la falta de disciplina y obediencia hacia su persona, fue llamado por el emperador para que ejerciese como juez y testigo de lo que allí acontecía. Se hizo recuento del dinero total que se había entregado para las pagas de los mercenarios, y el resultado fue de más de un millón de ecus en oro. Entença se mostró asombrado por el importante capital que los griegos habían desembolsado pero, quizás para impresionar todavía más al nuevo megaduque y con la pérfida intención de hacer germinar en él la envidia contra Roger, Andrónico prometió a los almugávares que les daría todavía más de lo pactado por sus servicios si accedían a abandonar definitivamente Galípoli y los territorios occidentales de Bizancio, regresando a Asia Menor.

Esta maniobra para alejar lo más posible a aquella plaga de su corte, fue disfrazada como si se tratase de una concesión y una muestra de condescendencia, afirmando que si hacía esta oferta no era por otra razón que no fuese el hecho de respetar la figura de Roger de Flor por su condición como sobrino suyo.

Lo cierto es que partir entonces la actitud de Entença dio un nuevo giro y comenzó a apartarse del emperador. Sus visitas a la corte se fueron haciendo menos frecuentes, hasta que regresó junto con los suyos a sus naves, permaneciendo atracado en los alrededores de Constantinopla.

Podemos encontrar dos explicaciones para este comportamiento. De un lado, puede ser que la lealtad y la amistad entre Roger y el nuevo megaduque, fuese la causa de que los celos albergados por el segundo respecto a Andrónico se reafirmasen o, por el contrario, que surgiese efecto lo planeado por Andrónico y sí que llegase a molestarle la preferencia otorgada al siciliano.

Roger, en medio de las duras negociaciones, y del reciente enfrentamiento entre los dirigentes y la milicia de la Compañía, decidió regresar a Galípoli con la intención de calmar los ánimos y disipar las dudas que habían surgido sobre su lealtad hacia la tropa. Empezó rumbo a la península acompañado por su mujer María, su suegra Irene y el resto de la familia búlgara, entre los que se encontraban los dos hermanos de la princesa, uno de los cuales, aunque sin corona, era el legítimo heredero del trono de Bulgaria. En Constantinopla dejaba a Entença encargado de continuar los tratos con Andrónico.

Muntaner no hace una sola mención sobre estos sucesos aunque, evidentemente, fue testigo de ellos de una u otra forma. Su descripción de los acontecimientos es tan difusa que se hace difícil establecer con su texto una secuencia lógica de lo que

realmente sucedió. Con una indiferencia increíble acompañada de una fuerte dosis de ironía hacia los hechos tan graves que se estaban desarrollando en Constantinopla, el cronista directamente los ignora, dando la sensación de que el ambiente era casi idílico en esos dramáticos momentos:

Con gran satisfacción volviéronse a Galípoli, reuniéndose con la Compañía. [...] Y con gran alegría, invernaron el César con mi señora su esposa y con su suegra y sus cuñados, y el megaduque hizo lo mismo^[416].

La razón principal para el silencio de Muntaner puede ser que, una vez más, además de avergonzado por el comportamiento de sus camaradas, no pudiese permitir que su narración se viese ensombrecida por el proceder salvaje y cruel de los almugávares, los cuales, sin permiso de sus capitanes, e incluso desobedeciendo sus órdenes, reconocían abiertamente haber cometido todos aquellos crímenes de los que se les acusaba, y ofrecían sus servicios y su lealtad al emperador Andrónico II pasando por encima de la autoridad de Roger de Flor y de Entença.

Esto obliga a recomponer los acontecimientos siguiendo exclusivamente la crónica de Paquimeres, lo que, a pesar de ser ésta mucho más extensa y rica en detalles, también tiene el grave inconveniente de ser fruto de una visión tremendamente subjetiva dado el mal estado de las relaciones entre la Compañía y los griegos.

En Galípoli la situación no era ni mucho menos tranquila. Las tierras arrasadas; los campesinos y el resto de ciudadanos sometidos a las más inhumanas vejaciones o simplemente asesinados a manos de los almugávares; éstos, invadidos de cólera por lo que consideraban una falta de la palabra del emperador al no pagarles sus sueldos y una traición por parte de sus dirigentes por no defender los derechos de la Compañía, mientras que ellos disfrutaban de un trato exquisito en Constantinopla; y, sumado a todo ello, la relación entre los dos máximos capitanes, Roger y Entença, que había salido deteriorada tras los acontecimientos sucedidos en la corte.

Es precisamente entonces, cuando reapareció el carácter de líder de Roger. Sin esconderse por lo pactado en Constantinopla, se dirigió a toda la Compañía para asegurarles que solo había buscado el interés común, y expresó todo su desprecio hacia las retorcidas intenciones de Andrónico. La asamblea, recuperando de nuevo el espíritu de unidad de antaño, reafirmó su apoyo incondicional a su capitoste y aceptó asumir la decisión final que adoptase frente al emperador.

Pero, tras las palabras de Roger había también un personaje que, desde la sombra, controlaba gran parte de los sucesos de la corte, su suegra Irene. La participación de ésta fue determinante a la hora de garantizar a los almugávares la confianza necesaria en que desde la corte bizantina se respetaría lo pactado y les serían pagadas sus nóminas, aunque tuviesen que llegar a aceptar la moneda devaluada.

Los problemas y los desencuentros cortesanos se acrecentaron y el nuevo

megaduque, Berenguer de Entença, abandonó la capital dirigiéndose junto a los suyos a Galípoli. El agravio provocado por los indisciplinados mercenarios ante Andrónico; las continuas estratagemas urdidas por el basileo y el resto de su gobierno; y el orgullo del propio Entença que se consideraba —y de hecho lo era— el representante de la Corona de Aragón en Bizancio y que, por lo tanto, no debía recibir órdenes de un gobierno débil como era el griego, habían forzado aquella decisión. El noble aragonés deseaba regresar al lado de la Compañía cuanto antes para deshacer cualquier equívoco surgido respecto a sus intereses y a su lealtad a los suyos. Fue en ese momento cuando se quitó la máscara que había tenido que llevar frente a los griegos para ganarse su favor. Rechazó las sucesivas invitaciones del emperador para acompañarle a la corte durante una de las mayores fiestas del Imperio, la de la Epifanía o Fiesta de las Luces, celebrada el 6 de enero de 1305^[417]. No solo eso, también se burló de dichos ofrecimientos y comunicó oficialmente que había decidido regresar a Sicilia para reunirse con su señor Fadrique. Tres días después le devolvió a Andrónico todo el oro y la plata en forma de vajillas y joyas que éste le había regalado en señal de reconocimiento por los cargos imperiales con los que había sido nombrado. La alta jerarquía del ejército imperial se irritó enormemente con aquellos desprecios de un extranjero contra el Imperio, y demandaron permiso para acabar con el desafío. Pero Andrónico no lo permitió movido por la remota esperanza de que finalmente Entença reconsiderase su posición. No fue así, y el noble aragonés *se marchó de noche con una impetuosidad parecida a la de un toro furioso, y llegó a Galípoli*^[418].

En la corte la preocupación empezaba a crecer. Los turcos, tras la marcha de los almugávares, habían vuelto a ocupar las tierras y ciudades que habían quedado indefensas en manos de los asustados habitantes griegos; la flota aragonesosiciliana dirigida por el hermano de Fadrique de Sicilia, Sancho, había llegado ya a las costas de Morea; y el descontento generalizado entre los súbditos, el clero, la corte y el poder económico ostentado por los genoveses, obligó a Andrónico a dar la razón a quienes le habían advertido contra los aragoneses y catalanes, sobre todo teniendo en cuenta las noticias que llegaban desde Galípoli que hablaban de crímenes cada vez más crueles y cotidianos, y que, por si aquello no fuese suficiente, los capitanes de los mercenarios, que hacía pocos días se sentaban junto a él en el trono de Bizancio, los permitían y alentaban.

Para acallar las críticas de sus opositores, Andrónico II *el Viejo*, decidió enviar un mensajero a Galípoli para que Roger le diese una explicación sobre lo que estaba ocurriendo en la provincia y, sobre todo, de cuales eran sus intenciones de ahora en adelante. Para ello recurrió a un hombre de su plena confianza, Marule, un respetado general del ejército bizantino que ya había marchado durante la campaña en Anatolia junto a los extranjeros. El emperador en su misiva pidió a Roger que, aprovechando la celebración de la Epifanía, regresase a la capital para reanudar las negociaciones y llegar por fin a un acuerdo que fuese favorable a todas las partes.

La contestación fue rotunda. Si el emperador pagaba lo prometido a sus hombres, él se comprometería personalmente a terminar con los delitos. Andrónico hizo un amago de cesión ofreciendo el pago de lo acordado a cambio de que cruzasen de nuevo el estrecho hacia Oriente. Continuó el tenso tira y afloja entre ambos y el de Brindisi rechazó esta última oferta, así como el título como César del Imperio, argumentando que sería una barbaridad marcharse en pleno invierno de Galípoli, en donde abundaban los víveres a pesar del largo saqueo al que habían sometido la zona, para establecerse en las ruinosas tierras del Este.

Pocas bazas le quedaban a la corte griega en aquella arriesgada partida. Sabiéndose atrapado por las deudas, pero también con la necesidad de alejar de inmediato a los indeseables mercenarios de las proximidades de Constantinopla, el emperador hizo una nueva serie de ofrecimientos. En primer lugar, ponía en sus manos el título de César, cargo que hacía más de 400 años que no se utilizaba en la corte bizantina, lo que puede entenderse como una pantomima desesperada, o bien como la muestra de la sumisión absoluta de Bizancio al fraile templario. Como segundo punto, les ofrecía el dominio absoluto de las tierras de Asia Menor, incluidas las islas pertenecientes al Imperio, aunque se excluía el control de las grandes ciudades, es decir, en la práctica lograrían la titularidad de una inmensa península de millones de kilómetros cuadrados entre Europa y Asia. Sin embargo, existía un «inconveniente» a esta cesión, y era que Anatolia estaba cada día más controlada por el poder turco. A pesar de los grandes obstáculos que planteaba esta oferta, lo cierto es que ante los ojos de Roger y del resto de los capitostes y almugávares, se abría una nueva perspectiva que, aunque en alguna ocasión ya habían acariciado, nunca habían tenido tan cerca. Podían dejar de ser mercenarios al servicio de otros para convertirse en príncipes y señores de su propio estado.

Además de todo esto, Andrónico les daría 20.000 ecus de oro y 300.000 sacos de trigo. A cambio, la Compañía debería partir de inmediato, y una vez establecidos al otro lado del Helesponto recibirían lo pactado, eso sí, siempre con la promesa de no volver a desafiar al Imperio.

Los mensajeros iban y venían de uno a otro lado de la costa, portando las comunicaciones entre Roger y Andrónico, mientras Irene, suegra del primero y hermana del segundo observaba de cerca la evolución de los acontecimientos. Evidentemente, sabía que el marido de su hija era quien salía beneficiado de aquella tensión diplomática y, además, conocía a la perfección las limitaciones y las estrategias políticas que se empleaban en la corte de Constantinopla en estos casos.

Las informaciones que llegaban desde Anatolia no hacían sino decantar la balanza hacia el lado de Roger. Los turcos estaban a punto de entrar de nuevo en Filadelfia gracias a un asedio que duraba ya meses y que había provocado que en el interior de las murallas los ciudadanos estuviesen muriendo de hambre o, en el mejor de los casos, alimentándose con los cuerpos de sus vecinos muertos.

Mientras tanto *el megaduque (Roger) no hablaba sino de plata*^[419]. Se empleaba

a fondo a la hora de dilatar aquella desesperada situación para los griegos, sabedor de que el tiempo jugaba a su favor. Se excusaba una y otra vez por no aceptar las ofertas que le llegaban con los mensajeros diciendo que él nada podía hacer frente a los suyos si no se les pagaba antes; que además, los honores y títulos con los que le estaban dignando no hacían sino acrecentar el recelo y las sospechas de los almugávares hacia su persona; y que, en fin, la situación estaba llegando a un extremo en el que dudaba incluso de su propia seguridad y de la de los suyos si aquello se alargaba. Por supuesto, no eran sino afirmaciones sin base real, y únicamente buscaban mantener el pulso que en ese instante se estaba llevando a cabo entre ambos.

El tiempo de las negociaciones estaba llegando a su final, o se alcanzaba un acuerdo o se terminaban las alternativas. Roger decidió emplear para el servicio como mensajero entre la península y la capital a Cannabure, oficial a las órdenes de su mujer. Después de varios viajes de una a otra costa, Cannabure dio al fin al emperador una respuesta afirmativa. Roger exigía el pago del dinero pero aceptaba la oferta imperial.

Justo entonces, llegaron noticias sobre la arribada de la flota de trece naves de guerra capitaneadas por el hermano del rey de Sicilia, provocando el júbilo incontrolado entre los almugávares instalados en Galípoli y, por contra, aumentando el miedo de una más que posible invasión en el ánimo de los bizantinos. Así las cosas, los griegos se sometieron y aceptaron las condiciones de los aragoneses y catalanes.

El oficial Teodoro Cumne fue enviado a Galípoli para presentarse ante Roger y ofrecerle los atributos correspondientes a la dignidad de César del Imperio, los tres sellos lacrados en oro que le conferirían tal título, treinta mil ecus de oro para pagar parte de las soldadas de los mercenarios y el trigo que se había acordado. Si faltase alguna cosa, el emperador le hacía saber que sería satisfecha en el momento en el que pusiesen sus pies en Asia Menor.

Cuando todo parecía acordado, Roger envió una repentina respuesta negativa a Constantinopla. Paquimeres cree que las razones fundamentales para ese comportamiento fueron dos. En primer lugar que Teodoro Cumne, el mensajero llegado de la capital, era uno de los capitanes al servicio de Canicléo, uno de los personajes más influyentes en la corte y el ejército bizantinos y uno de los principales consejeros de Andrónico que habían exigido que no se les pagase ni un ecu a los mercenarios aragoneses y catalanes. Y en segundo lugar, el peligro que suponía la inminente sublevación de los almugávares viendo que no cobrarían la totalidad de lo que se les había prometido. Todo ello se agravaría aún más si comprobaban que Roger recibía los reconocimientos y los títulos.

Bien fuese por el miedo a la sedición de los suyos, que ya estaban comenzando a organizar pequeños tumultos en los campamentos, o bien por simple fidelidad a hacia ellos —como afirma Muntaner—, la cuestión es que Roger rechazó la oferta, no sin

antes enviar a su mensajero Cannabure para poner al corriente de la decisión a su aliada Irene.

El siciliano se encontró en una situación verdaderamente comprometida. El emperador había accedido a sus demandas, pero la sublevación de los mercenarios que veían como los días pasaban sin recibir su dinero mientras sus capitanes disfrutaban de los mayores lujos en la capital bizantina, le obligó a emplear una vez más de sus argucias diplomáticas para contener el más que previsible motín. Convocó de nuevo a una multitudinaria asamblea en Galípoli a todos los almugávares que ostentaban la representación de alguno de los diferentes grupos, a los adalides y a los capitostes de la Compañía, y desde el lugar más alto del castillo les lanzó un largo y encendido discurso. De Flor hizo un repaso de los triunfos y de las victorias logradas hasta aquel momento; se refirió a la liberación de Sicilia y de como después se había preocupado de buscar un futuro para todos los que habían luchado junto a él, e incluso para muchos otros que, una vez firmada la Paz de Caltabellota, se encontraron desempleados; les recordó a todos que les había guiado hasta los confines de los reinos turcos, llenándoles los bolsillos y los estómagos; y expuso con orgullo como la fortuna y la prosperidad habían caminado a su lado durante todas las etapas de su periplo por Asia Menor.

No obstante, para recuperar la confianza de los suyos, no solo recordó los numerosos triunfos y las abundantes riquezas conseguidas, sino que descargó su verborrea sobre el emperador Andrónico como causante de los males que les acuciaban en ese instante. Le acusó de haberles hecho abandonar la brillante campaña de Anatolia, a pesar de las grandes victorias y del esperanzador porvenir que se abría ante ellos, para acudir al socorro de su hijo Miguel, y como, después de mostrar tan alto grado de obediencia, ahora el monarca se negaba a cumplir con lo acordado. A estas alturas de la arenga, todos los allí presentes ya habían olvidado los resquemores hacia su líder. Estaban convencidos de la bondad y lealtad de su caudillo y, por contra, su sangre hervía de odio hacia Andrónico, clamando venganza contra el Paleólogo.

Roger, viendo que su objetivo estaba logrado, todavía fue más allá. Lanzó un alegato en el que mostraba toda su comprensión con los crímenes cometidos por los aragoneses y catalanes, diciéndoles que nada de lo que habían hecho durante los últimos meses en Galípoli podría ser reprochado por justicia alguna, ya que los triunfos y el honor alcanzado gracias a las victorias sobre los turcos, les hacía merecedores de todo cuando desearan tomar de los griegos, fuese por las buenas o por las malas.

Para terminar de disipar las dudas que pudiese haber sobre su actuación frente a la corte griega, excusó el hecho de haberse arrodillado ante el emperador, diciendo que supo de la marcha hacia Galípoli de un ejército dirigido por el coemperador Miguel IX, y que únicamente la fidelidad a la palabra dada le hizo acudir a Constantinopla, pero que en todo momento mantuvo por encima de todo los intereses de la Compañía

y que, en cualquier caso, su posición frente a los griegos fue siempre que los suyos no se rebajarían a las exigencias de la corte y que, si fuese necesario, morirían defendiendo aquello que les pertenecía en derecho.

Había logrado seducir a los almugávares, pero el resto de los presentes en la asamblea, es decir, los miembros de la Compañía de mayor rango, así como el resto de personalidades aragonesas, catalanas o griegas, que poseían informaciones de lo que había sucedido en realidad durante su estancia en Constantinopla, no quedaron convencidos por el verbo encendido del capitoste:

Él lanzó algunos otros discursos llenos de la vanidad propia de un italiano^[420], para excusar a sus soldados de sus desórdenes, y para atribuírselos al emperador bajo vanos pretextos, los cuales no hallaban credibilidad sino era en su espíritu, y en el de sus soldados, pero en absoluto en el resto de los que estaban reunidos en asamblea^[421].

Los ánimos se calmaron, al menos por el momento, pero no podía respirar con tranquilidad. La vehemente proclama ante los suyos apagó un fuego pero automáticamente encendió otro. No tardaron en llegar a los oídos de los bizantinos las acusaciones y los desafíos que había lanzado contra la corte, así que el coemperador Miguel, que esperaba una excusa de este tipo, tomó el camino hacia Galípoli al frente de sus ejércitos para enfrentarse con la Compañía. Roger, en una situación límite, sabía que en ese momento un choque entre los suyos y las tropas de Miguel, aunque saliesen vencedores sus fuerzas, supondría la pérdida de todos los favores imperiales y, lo que seguramente más le descorazonaba en ese instante, el abandonar toda esperanza de verse coronado de manos del emperador como señor de Anatolia.

Ante tan desilusionante perspectiva, apenas diez días después de su discurso de Galípoli, envió en secreto una misiva a Andrónico II en la que se excusaba de todo lo que había dicho aquel día. Le aseguraba que todo lo que dijo fue forzado por la amenaza de un levantamiento contra Constantinopla y, al mismo tiempo, se reafirmaba en la lealtad y la obediencia que había prometido mantener si se cumplía el acuerdo que ambos habían sellado. Por si en la corte mantenían algún tipo de duda, le confiaba que disponía de una fuerza de élite que no dudaría en lanzar contra quienes se rebelasen en su Compañía:

Que él tenía mil hombres de una fidelidad a toda prueba, con los cuales él combatiría a quienes incitasen a la revuelta^[422].

De ser ciertas las palabras de Paquimeres, todas las teorías que hablan del alto grado de dignidad de Roger de Flor y de su inquebrantable conciencia de lealtad

hacia sus hombres, se vendrían abajo. Según esto, estaría dispuesto a traicionar a los almugávares que tan fielmente habían combatido junto a él, movido únicamente por un afán desmesurado de gloria y de riquezas que disfrutaría a la derecha del emperador. El capitán, se movía sobre una delicada cuerda que no dejaba de balancearse. El menor error provocaría el caos y la pérdida de todo lo logrado hasta entonces, desvaneciéndose definitivamente las perspectivas de un futuro de prosperidad. Las bazas con las que podía contar estaban bastante claras. Los almugávares, mercenarios fieles pero que no consentirían a sus dirigentes el más mínimo atisbo de traición, suponían al mismo tiempo la garantía de que Bizancio no osaría eludir las obligaciones pactadas, y representaban también, por su falta de paciencia y su excesiva, aunque justificada, desconfianza, uno de los mayores peligros para que sus planes llegasen a buen término. Con estos argumentos se puede pensar que lo que hizo realmente Roger fue, ni más ni menos, intentar mantener un equilibrio a base de argucias, engaños y tretas para que no se rompiese definitivamente dicha cuerda.

Cuando los ánimos estuvieron algo más calmados, enviaron tres embajadores a parlamentar con Andrónico sobre la posible solución a su actual situación. Éstos serían Rodrigo Pérez de Santa Cruz, Arnaud de Moncortes y Ferrer de Torrellas^[423]. El 9 de marzo^[424], los embajadores presentaron sus respetos al emperador, éste los aceptó, pero rápidamente cargó sobre ellos todas las acusaciones que tantas veces había denunciado. Les acusó de nuevo de tomar por la fuerza a sus ciudadanos muchas cosas que él consentía (lo que deja ver bien a las claras que en realidad tampoco era la integridad de sus súbditos lo que le importaba), pero que también habían tomado muchas otras sin su permiso, lo que le irritaba profundamente.

Como se acostumbraba en la corte, Andrónico se volcó en un discurso lleno de retórica con el cual pretendía tanto hacer una denuncia pública de los delitos cometidos por los aragoneses y catalanes durante aquellos años, como mostrarse todavía poderoso ante su pueblo. En una línea que ya había empleado poco tiempo antes, hizo un exhaustivo repaso a las acusaciones que los griegos mantenían contra los almugávares. Argumentó que el principal problema de la actual desgracia en sus tierras era que Roger no había cumplido con el requerimiento de acudir al auxilio de Miguel con una parte de su ejército, sino que acudieron todos en tropel, y no solo eso, sino que además habían llegado nuevas fuerzas con Entença.

Andrónico proseguía con las acusaciones. Les incriminaba de todos los desmanes cometidos tanto en Cízico como en el resto de las poblaciones, y de como en lugar de cumplir con las órdenes imperiales se habían dedicado a asolar todos aquellos lugares por los que pasaron. No olvidó reprocharles su falta de agradecimiento, ya que cuando el rey Fadrique de Sicilia ya no necesitó de ellos y les abandonó a su suerte, Bizancio les ofreció una posibilidad de oro para rehacer sus fortunas y para labrarse un porvenir, pero que ellos en lugar de acoger tan generosa oferta, se lanzaron a una carrera de destrucción y violencia contra ciudadanos inocentes en una muestra de su

cobardía, mientras se vanagloriaban de ser *los más valientes y los más belicosos de toda la tierra*^[425]. En fin, les acusó de ser reos de las mayores fechorías imaginables, y que solo habían buscado este presente intento de acercamiento cuando habían conocido de la proximidad del poderoso ejército que Miguel IX había logrado alistar para combatirles.

Finalmente, con un tono más conciliador, emplazó a los embajadores a retirarse y deliberar entre ellos sobre cual sería su respuesta, no sin antes recordarles que debían reflexionar sobre el estado en el que llegaron a Grecia y de como, gracias al favor del emperador, habían podido disfrutar de abundantes riquezas y víveres, así como de periodos de relativa paz.

Mientras los embajadores de la Compañía deliberaban y compartían con los suyos todo lo expuesto por el emperador. Éste, en previsión de una contestación negativa, envió órdenes inmediatas para que su hijo Miguel acampase con su ejército cerca de Apros, y que no dudase en lanzar sus armas sobre los «catalanes y los almugávares»^[426] si éstos provocaban el más mínimo conflicto. Pese a lo que se podría imaginar, Andrónico mantuvo e incluso reforzó su amistad con Roger, proclamándole públicamente como César, y separando así sus planes con los almugávares de los que tenía reservados para el marido de su sobrina. No podemos asegurar si tal modo de actuar respondió a su insistencia en la vieja idea de dividir a la Compañía y ponerla en contra de su líder para terminar destruyéndola, o si lo que buscaba era atraer a su lado a un aliado que había demostrado tan alta cualificación a la hora de dirigir a sus hombres hacia la victoria. Precisamente, esto era lo que necesitaba el Imperio en ese momento, un general capaz de devolver la gloria perdida a sus ejércitos.

El día en el que la Iglesia bizantina celebraba la Resurrección de Lázaro del año 1305 (Vigilia del Domingo de Ramos), Roger de Flor recibió en Constantinopla las dignidades imperiales que le convertían en César de Bizancio^[427]. El cargo otorgado hacía, según Muntaner, cuatrocientos años que no era utilizado en el Imperio, y suponía en la práctica el segundo en cuanto a importancia jerárquica:

Que de emperador a César no hay más diferencia sino que la silla es medio palmo más baja que la del emperador, y el emperador lleva el capelo encarnado y todas las ropas encarnadas, y el César lleva el capelo azul y todas sus ropas son azules con un friso estrecho de oro^[428].

De acuerdo con lo pactado con el emperador, a los 42 años se convertía, además de en César, en príncipe de los territorios de Anatolia incluidas las islas orientales del Egeo, lo que se sumaba a su condición de posible sucesor al trono de Bulgaria por su matrimonio con la princesa María. El fraile-corsario-mercenario había llegado a lo más alto de su carrera, y desde su cúspide podía contemplar como bajo su mando

dominaba parte del Mediterráneo oriental y la puerta terrestre de entrada a las principales rutas comerciales entre Europa y Asia. Junto al nuevo título recibió también once mil ecus de oro y cien mil más en trigo.

Lo que ocurre es que, aunque a simple vista pudiese dar la impresión de que el viejo emperador había claudicado definitivamente, la realidad se alejaba bastante de ello. Quizás Roger sintiese la tentación de dar por zanjadas todas sus diferencias y aceptar la atractiva oferta, pero supo percatarse astutamente de lo que se escondía tras la propuesta de Andrónico. En realidad, si el de Brindisi aceptaba, los griegos, y principalmente el emperador, lograban dos de sus principales objetivos: deshacerse del peligro que suponían aquellos miles de mercenarios desocupados a las puertas de una indefensa Constantinopla y, una vez que éstos se hubiesen establecido en sus nuevos dominios en Asia Menor, el avance de los turcos sería frenado y esta vez, probablemente, de manera definitiva. En resumen, con la firma de esta alianza los bizantinos se libraban de sus dos mayores preocupaciones, y todo ello a cambio de nada, ya que los territorios que estaban ofreciendo a Roger ni siquiera les pertenecían ya por aquel entonces al haber perdido todo control sobre ellos y estar en la práctica ocupados por los turcos. Para Roger, todos estos inconvenientes no eran, sin embargo, razones suficientes como para despreciar el pacto, puesto que pensaba que la superioridad que habían demostrado durante la última campaña era prueba más que suficiente para pensar que aquellas hazañas las podrían repetir cuando quisiesen.

Además, todos estos honores llevaban consigo otras graves contraprestaciones. El nuevo César debía quedarse únicamente con tres mil de sus hombres, con los que pasaría a sus territorios en Anatolia, y automáticamente debía licenciar al resto. Esta era una exigencia realmente difícil de cumplir, de hecho la Compañía había aumentado de una forma notable el número de sus efectivos. Teniendo en cuenta las bajas que se pudieron haber producido durante los meses pasados, que evidentemente serían bastantes más de las que confiesa Muntaner en sus estimaciones, pero también considerando que continuamente se incorporaban a sus filas nuevos mercenarios provenientes de cualquier nación que deambulase por la zona, se podría hacer una valoración respecto de la cantidad de soldados que en ese instante permanecían acampados a lo largo de la península de Galípoli, y esta sería la suma de los seis mil almugávares que formaban inicialmente la Compañía, unos mil alanos que permanecían todavía a su lado, los mil doscientos hombres que habían llegado con Rocafort y, por último, los mil trescientos que acompañaban a Entença. Todo esto nos da un total —siempre muy relativo— de aproximadamente nueve mil quinientos efectivos, a los que hay que sumar sus respectivas mujeres, hijos, amigas, artesanos, etc. Es decir, que si Roger cumplía con las condiciones marcadas por Andrónico, debería abandonar a su suerte en medio de un país absolutamente hostil, al menos a seis mil quinientos mercenarios con sus familias, lo que podría suponer a grandes rasgos una población de catorce o quince mil personas. Muntaner no dice nada de estas condiciones que habrían supuesto el desmantelamiento de la Compañía, y por

contra, sí habla de que Roger podría repartir entre sus hombres la propiedad de todas las villas y castillos de Anatolia, además de que les serían entregados caballos armados para todos ellos. El cronista de Peralada asegura que el trato daba por seguro el pago de todo aquello que se reclamaba, es decir, la paga de seis meses. También afirma —Paquimeres calla en esta ocasión— que la paga que reciben es abonada con las modernas devaluadas que Andrónico II había ordenado acuñar poco antes. Esto tendría como consecuencia que, como ya había sucedido otras veces, lo que se produjo fue una nueva oleada de ira contra los aragoneses y catalanes cuando éstos pretendieron abonar parte de los gastos ocasionados con unos dineros que no valían ni la mitad de lo que se pretendía.

Andrónico continuaba alimentando de este modo el odio de su pueblo hacia los extranjeros. Mientras, Roger, que intentaba manejarse lo mejor posible ante los órdagos de su contrincante político, ejerció como estratega y, volviendo a jugársela a Andrónico, en lugar de deshacerse de la mayor parte de los suyos, lo que hizo fue repartir el conjunto de la hueste en tres lugares cercanos a Constantinopla: en la propia Galípoli, en la ciudad de Piga (Biga), al otro lado del estrecho, y en los alrededores de Lopadion (Uluabat), también en Asia, cerca de Cízico. De esta forma, no solo ganaba algo de tiempo, sino que conseguía controlar la ira de los almugávares, que seguro responderían con sus armas ante cualquier intento de quitarles de en medio, y además, consolidaba todavía más el control del estrecho y del mar de Mármara, estableciendo una especie de cerco por el Sur sobre Constantinopla. La excusa, según Paquimeres, o la razón justificada, según Muntaner, era que Bizancio no había terminado de pagar el total de lo adeudado, y mientras esto no se cumpliera Roger se encontraba atado de pies y manos, y debía tomar otras medidas y hacer que los suyos las cumplieran.

Paquimeres, mucho más minucioso en su descripción que Muntaner, dice que, durante todos esos días, el César mantuvo contactos directos tanto con Berenguer de Entença como con el hermano del rey Fadrique, Sancho, el cual estaba atracado en los alrededores de Galípoli con sus fuerzas. Con ambos departió e intercambió sus intenciones y planes a partir de entonces. Dio permiso a Sancho para dirigirse con su flota hacia la isla de Mytilene, que se encontraba en ese momento bajo su control, con la idea de reforzar el gobierno isleño, ya que poco antes los turcos habían ocupado la isla de Quíos. Esta grave pérdida elevó todavía más las críticas de los griegos exigiendo el castigo para quienes eran responsable de su defensa.

Entretanto, y ajeno a las críticas, Roger aprovechará para continuar expoliando las despensas imperiales, y obligó a los oficiales de la corte a suministrarle mayores cantidades de trigo de las que había pactado con el emperador, aduciendo que sus tropas le estaban forzando a hacerlo. El siguiente ardid sería enviar a Constantinopla a su mujer María y a su suegra Irene para que avalasen su versión de los acontecimientos. Así lo hicieron, exponiendo allí que mientras no se cubriesen la totalidad de las demandas económicas de los aragoneses y catalanes aquella situación

de explotación de los recursos griegos continuaría ejerciéndose.

Lejos de Constantinopla, en Andrinópolis (o Adrianópolis, la actual Edirne), el coemperador Miguel IX se consumía esperando el momento de enfrentarse por fin con los mercenarios. Las humillaciones sufridas desde que Roger de Flor desembarcó, provocadas por los continuos e incontestable éxitos que éste había logrado, no habían hecho sino alimentar un odio en él que gestó, junto a los genoveses y al resto de estamentos de la sociedad bizantina que deseaban el fin de los aragoneses y catalanes, toda una serie de intrigas dirigidas a forzar la orden del emperador para acabar con ellos. Las últimas noticias que llegaban desde la capital no hacían sino acrecentar su rabia. La entrega a Roger del título de César del Imperio, junto a la concesión de los territorios de Anatolia y las islas del Egeo, levantaron de inmediato el miedo del coemperador de que el extranjero se asentase definitivamente en su gobierno, para lo cual seguramente contaría con toda la ayuda que necesitase de los reyes de la Corona aragonesa, especialmente de Fadrique de Sicilia, y probablemente también del mismísimo papado, que podría confiar en esa baza para entrar en el corazón de Bizancio. Es más que probable que el irritado Miguel IX no estuviese del todo desencaminado.

24. El asesinato de Roger de Flor

A mediados del mes de marzo de 1305 la primavera estaba despertando en las orillas del Egeo, y con el buen tiempo la maquinaria almugávar se dispuso a ponerse en marcha de nuevo. Roger, tras regresar de Constantinopla con su nuevo nombramiento como César y la concesión de los territorios asiáticos, comenzó de inmediato a repartir las pagas entre los mercenarios. La devaluada moneda que recibieron no era la mejor de las recompensas, pero sin embargo la aceptaron ante la perspectiva de que aquello era lo mejor que podían sacar de las arcas griegas. Muntaner asegura que tan pronto como cobraron lo que les correspondía, se apresuraron en abonar las deudas contraídas con la población de Galípoli que les había acogido. Son justificadas las reservas respecto a que esto fuese realmente como lo cuenta el de Peralada, y de que los mismos que durante los meses transcurridos en la pequeña península habían robado, violado y asesinado a las gentes de esas tierras, ahora accediesen a pagar religiosamente los gastos ocasionados por su estancia y manutención. Sin solventar estas dudas más que razonables, sí parece cierto que una parte de esas deudas, al menos las que se debían a los individuos más relevantes de la comarca, fueron pagadas con la depreciada divisa bizantina, ya que en el instante en el que los griegos comprobaron lo fraudulento del pago con semejante moneda, se levantaron de nuevo coléricos tanto contra la Compañía como contra su propio emperador, el cual sabía que, finalmente, esa chatarra que había acuñado acabaría en las manos de sus súbditos, aunque esa injusticia no le importase demasiado.

La situación había quedado solucionada, aunque todo estuviese sujeto por débiles hilos diplomáticos manejados por el nuevo César, y los almugávares se apresuraron a realizar los preparativos para iniciar su marcha hacia Oriente. La resolución final de Roger de aceptar dirigirse hacia Anatolia, aunque manteniendo a la totalidad de sus fuerzas, era un punto intermedio entre las demandas de Andrónico II y las de los suyos. Tanto uno como los otros pudieron ver en ésta la única alternativa factible, a pesar de que no agradase por completo a ninguno de los bandos.

Pero cuando todo parecía encarrilado en esa dirección, el César tomó una decisión que sorprendió a todos, desde su familia y camaradas, hasta a la misma corte griega.

Una vez dispuesto el viaje de sus hombres hacia Oriente, decidió acudir a Andrinópolis para reunirse con el coemperador Miguel IX y presentarle sus respetos.

Éste es uno de los pocos momentos en los que las narraciones de Muntaner y de Paquimeres coinciden a la hora de explicar lo sucedido, aunque ambos muestran las razones que le llevan a ello desde dos perspectivas diferentes. Mientras el cronista catalán afirma que lo hizo por:

[...] la gran lealtad que había en su corazón y por el fino amor que con recta razón sentía por el emperador y su hijo, y figurábase que, tal como él estaba lleno de lealtad, también debían ser el emperador y sus hijos; y era todo lo contrario, como se fue demostrando^[429].

Es decir, que su decisión únicamente estaba motivada por su confianza en los valores de honor y lealtad que deberían compartir quienes pertenecían a esa alta clase jerárquica a la que él acababa de ascender. Paquimeres, desde una postura evidentemente probizantina, y siendo mucho más pragmático que Muntaner, encuentra una razón más mundana para su temerario comportamiento. Roger habría tenido noticias de que en los alrededores de Apros y de Andrinópolis, se estaba conformando un poderoso ejército, que habría sido desplazado hasta allí desde la frontera búlgara en donde el enfrentamiento entre Bizancio y Bulgaria se había enquistado desde hacía tiempo. Este movimiento de tropas no estaba compuesto únicamente por los contingentes del coemperador. A éstos se les habrían sumado las fuerzas de los alanos capitaneados por el resentido Gircón. Los alanos habían estado aguardando el momento de tomarse venganza por la derrota y los desprecios a los que habían sido sometidos por los almugávares durante la campaña de Asia Menor, pero sobre todo por el asesinato del hijo de Gircón, cometido cruelmente por los aragoneses y catalanes durante los primeros días que permanecieron en Cízico. Junto a los alanos se encontraban también los mercenarios turcoples al mando del búlgaro Boésilas, al que Muntaner identifica como Melic, aunque otros autores afirman que este no es un nombre propio sino el apelativo que recibían sus príncipes o gobernantes, «mélek». Entre ambas fuerzas, alanos y turcoples, sumaban nueve mil mercenarios. El resto de aquel ejército combinado estaba formado por las fuerzas bizantinas que aportaba el chambelán imperial Cassianos, gran primicerio del Imperio, y por los ejércitos del gran heteriarca, Nostongos Ducas. Todos ellos habían dejado atrás Macedonia y se habían congregado ante la llamada de Miguel. Los miles de soldados acampados en Apros estaban esperando una simple señal para caer sobre la Compañía y terminar definitivamente con sus crímenes y desmanes. Roger se habría dado cuenta del grave peligro que corrían al dejar un ejército enemigo de tales proporciones a sus espaldas, máxime teniendo en cuenta que, según lo acordado finalmente, la Compañía iba a ser dividida en Asia Menor al menos en tres bloques diferentes. Aquí podría residir la razón por la cual el César decidió en el último

instante acudir al encuentro de Miguel IX en Andrinópolis buscando una reconciliación in extremis, o al menos, transmitir cierta tranquilidad al coemperador asegurándole que los almugávares iban a abandonar los territorios que ahora ocupaban.

Pero a estas alturas del conflicto, los intereses que se movían en contra de los aragoneses y catalanes, y especialmente del envidiado Roger de Flor, eran ya imparables. Miguel IX, devorado por el odio hacia aquel que le arrebató la gloria en su propio país y le arrojó al más profundo de los pozos con sus humillaciones públicas, había estado tejiendo durante meses una tela de araña alrededor de la Compañía, y cada vez veía más cercano el momento de su venganza. El heredero al trono no podía permitir el ascenso en el gobierno bizantino de los extranjeros. Roger era ya César de Bizancio, cargo que se aproximaba peligrosamente al suyo propio; Berenguer de Entença, a pesar de devolver sus condecoraciones a Andrónico, seguía ostentando el cargo de megaduque; y Ferrán de Ahonés, con el nombramiento como almirante de la armada, controlaba las islas y las costas griegas del Egeo. Todo esto no hizo sino dar argumentos al insidioso Miguel para diseñar la caída de la Compañía.

No obstante, el hijo de Andrónico era solo uno de los frentes que tenían abiertos a causa de los excesos cometidos y de los triunfos conseguidos. Junto a éste se fueron agrupando otros colectivos que deseaban acabar con ellos. En la corte abundaban altas instancias políticas, religiosas y militares que ejercían una gran presión sobre el emperador para que acabase con los mercenarios de una vez por todas. Por si todo esto fuese poco, además de a los alanos, al coemperador y a las altas jerarquías imperiales, se les sumaba el importante apoyo económico y logístico que estaban dispuestos a prestar los genoveses, a los cuales les movía también el deseo de venganza por las derrotas sufridas en Constantinopla, pero sobre todo, el temor, nunca disipado desde la llegada de los almugávares, a que éstos fuesen en realidad una parte de un plan mucho mayor promovido desde Aragón o desde Sicilia, para ocupar la hegemonía comercial que ellos ejercían en el Mediterráneo oriental.

Para todos ellos la solución a sus males pasaba por su aniquilamiento total, y para ello, incluso más efectivo que el choque armado directo, creyeron que sería el deshacerse de su principal líder. De este modo, una vez decapitado el gobierno de los aragoneses y catalanes, éstos serían una presa desorientada y frágil que no tardaría en caer bajo las garras de los ejércitos del Imperio que esperaban en Apros. Pero como ya les sucediera en otras ocasiones, se volvían a equivocarse respecto a la naturaleza de los almugávares.

Irene, la suegra de Roger, puso el grito en el cielo cuando supo de las intenciones de su yerno. Conocía de sobras las tretas y la forma de actuar de los griegos, de hecho ella participaba de esa misma manera de hacer política, aunque sus intereses chocasen abiertamente con los de su hermano. Por ello se puso en seguida manos a la obra para impedir que el César realizase el viaje a Andrinópolis. La experimentada mujer sabía

que caería como un ratón en la trampa en cuanto pusiese un pie en el palacio de Miguel, lo cual tiraba por tierra todos los planes que había estado elaborando durante esos años para arrebatarse el trono a su hermano.

Roger era para ella no solo el marido de su hija sino, por encima de esto, la garantía para cumplir aquello con lo que tanto había soñado para sí y para sus hijos. Intentó convencerle de que era un suicidio adentrarse en el corazón de la bestia sin una cobertura armada suficiente para protegerle, pero éste tenía ya tomada su decisión. Viendo que ni sus palabras, ni las de su hija, causaban el menor efecto en él, decidió forzar a sus capitanes a convocar al Consejo de la hueste, pero tampoco la exigencia unánime de los suyos para que cambiase sus planes hicieron mella en su voluntad de seguir adelante. Es complicado saber porqué un personaje de la capacidad como estratega de Roger, no supo ver lo inútil y a la vez arriesgado de esta alternativa, o tal vez fuese perfectamente consciente de ello, y no obstante optase por continuar adelante al considerar que un posible pacto con Miguel era la única fórmula que permitiría a los suyos salir indemnes de tan delicada situación.

Una posibilidad con la que se ha especulado para desentrañar las razones ocultas, apuntaría hacia la gran ambición de poder que Roger había demostrado tener hasta entonces.

También podía haber intentado con aquel osado encuentro lanzar un desafío, buscando que Miguel se amedrentase ante la altivez y la seguridad del capitoste de los almugávares, que tendría en la invencibilidad de los suyos su mejor baza. Grégoras se decanta por esta opción y cree que fue a Andrinópolis (a la que el cronista denomina Orestías) con la idea de amedrentar al coemperador, *exigiéndole los ingresos anuales que les habían asignado, y para añadir amenazas si era necesario*^[430]. El fondo de esta maniobra no sería otro que la usurpación de su posición, o al menos, si no del título, sí del poder que el hijo del emperador poseía.

Una última posibilidad, no del todo descabellada, sería creer que hubiese buscado con este encuentro suicida ganarse la confianza del coemperador para unir ambos ejércitos y, una vez coaligados, lanzar un ataque fulminante sobre el entonces zar del trono búlgaro, Teodoro Esfentislao. No sabemos si la propuesta de Roger sería del agrado de Miguel IX, y no es difícil creer que el coemperador la considerase favorable a sus intereses ya que, de salir adelante con éxito, habría neutralizado en favor del Imperio a los incontrolados almugávares y, al mismo tiempo, una victoria definitiva sobre los actuales regentes de Bulgaria, restaurando en su corte a la dinastía de los Asen-Paleólogo, acabaría con los rumores y las críticas sobre sus pasados fracasos, y afianzaría el dominio de Bizancio en los Balcanes. En el caso de que los planes fuesen planteados así, el candidato a recuperar la corona búlgara parece ser que no habría sido el zar Asen III sino su hijo Miguel Asen.

Sea como fuere, nada le hizo modificar su decisión.

Antes de partir de Galípoli, ordenó a Ferrán de Ahonés que transportase en sus naves a su esposa María y al resto de la familia imperial, a causa de un motivo de

gran importancia para él: la princesa María se encontraba embarazada de siete meses. Muntaner dice que no fue Roger quien les mandó que regresasen a Constantinopla, sino que fue la propia Irene quien, viendo acercarse el inminente alumbramiento de su hija, exigió que se flotasen cuatro galeras para que su nieto naciese en la capital. Eso sí, quedó acordado que en cuanto María diese a luz, tomarían diez galeras y se reunirían con él allí donde se encontrase.

Cuando todo esto estuvo hecho, Roger de Flor partió hacia Andrinópolis. Era el 23 de marzo de 1305 y se conoce la cifra aproximada de hombres que le acompañaron en ese viaje.

Muntaner dice que fueron trescientos hombres a caballo y mil almugávares de a pie, mientras que Paquimeres reduce la cifra a ciento cincuenta mercenarios escogidos por él mismo, aunque después hablará de seiscientos mercenarios. Por último, Nicéforo Grégoras, asegura que con el César llegaron a Andrinópolis doscientos jinetes^[431]. Dejó al mando de la Compañía a Berenguer de Entença, y Rocafort ejerció como senescal de la hueste.

Cinco días después, el 28 de marzo, festividad ortodoxa de Santo Tomás, hacían su entrada en la ciudad. El recibimiento ofrecido por parte de Miguel IX estuvo a la altura de la condición como César del Imperio del recién llegado, pero tras las fiestas, los banquetes y las palabras bonitas se escondía una tragedia perfectamente tramada.

El cronista catalán afirma que fue el coemperador quien ordenó, en el momento en el que supo que Roger iba a llegar, que los jefes de los alanos y de los turcoples, Gircón y Melic, se dirigiesen a la ciudad con gran parte de sus respectivas fuerzas, lo que hizo que se reuniesen allí más de ocho mil soldados a caballo entre ambos. El momento de la traición se acercaba.

Aparecen aquí, como es habitual durante todo el relato, dos versiones de lo que pasó a partir de ese instante aunque, lamentablemente para Roger y los suyos, coinciden en su final.

La versión de Muntaner dice que, siete días después de su llegada a Andrinópolis, es decir el 4 de abril de 1305 (para las opiniones que siguen otro hilo temporal todo esto sucedió el 30 de abril), Miguel IX organizó un fastuoso banquete al que fue invitado Roger, que se sentó junto al coemperador y a su mujer, y algunos de sus acompañantes. Cuando se encontraban en mitad de la comida irrumpió de repente en el gran salón Gircón junto a varios de sus mercenarios alanos y, sin dar tiempo a reaccionar a los almugávares, les despedazaron allí mismo con sus espadas. Los restos de Roger, junto a los de los hombres que se encontraban con él, quedaron literalmente desparramados por la sala^[432].

Paquimeres cambia la cadena de sucesos, aunque el fondo resulta similar. Según el griego, lo que realmente pasó fue que, sin determinar el día en que sucedieron los hechos exactamente, Roger acudió a las habitaciones de la emperatriz (sin que sepamos tampoco que pensaba hallar en la alcoba de la mujer de Miguel IX). Dejó a su guardia fuera y cuando se encontraba en la puerta, Gircón salió desde un rincón y

le clavó su espada hasta los riñones, como intentando buscar dentro de su cuerpo la sangre de su hijo injustamente asesinado^[433].

Por su parte Grégoras culpa a la soberbia como la causa de su muerte, al haber ido a la residencia de Miguel con el objetivo de forzarle a aceptar sus imposiciones, humillando todavía más el herido orgullo del bizantino. Según su versión de lo sucedido, la ira de Miguel tocó fin y ordenó que sus soldados rodeasen a Roger con sus espadas, para acabar asesinándole en el palacio real, y haciendo lo mismo con todos los que le acompañaban en la comitiva.

De una u otra manera, aquí terminaban los días del más audaz de los capitanes de almugávares. Roger de Flor, con apenas cuarenta y dos años, moría después de haber logrado convertir a unos pocos miles de desheredados en el ejército más temido del Mediterráneo y, gracias a él, la Casa de Aragón extendería sus dominios hasta donde antes solo habían soñado.

Incluso sus adversarios, como el mismo cronista Paquimeres, no tienen más remedio que reconocer las virtudes que acompañaron a sus defectos:

A esa misma hora encontró la muerte este bárbaro injusto e insolente, pero ardiente e intrépido^[434].

Quizás no exista la certeza respecto a quien fue realmente el que dio la orden de asesinarle, si fue Miguel IX o si bien fue el propio Gircón quien actuó por su cuenta sin esperar cual era la decisión del coemperador tras las entrevistas con el César. Cualquiera de las dos hipótesis se podrían considerarlas válidas ya que Miguel tenía motivos más que suficientes para ordenar el crimen, y de hecho todo apunta en esa dirección. Pero por otro lado, bien pudiera ser que Gircón se pusiese nervioso al ver como pasaban los días y Roger y Miguel estuvieran llegando a algún tipo de acuerdo. El jefe de los alanos, ansioso de venganza, no habría consentido en modo alguno que aquellas negociaciones llegasen a buen puerto, y perfectamente podría haber decidido poner fin a las mismas.

Esta sería otra posibilidad, aunque Muntaner no duda en cargar sobre Miguel IX toda responsabilidad sobre el asesinato de su caudillo. El coemperador, por su parte, tras la ejecución de Roger, se mostró absolutamente desorientado y sin saber que hacer en un principio, lo que podría ser una muestra de que el reciente suceso no estaba en sus planes inmediatos o que la magnitud del hecho sobrepasó su capacidad de liderazgo. Siguiendo la versión de Paquimeres, lo primero que hizo Miguel IX tras conocer lo que había ocurrido en los aposentos de la emperatriz, su esposa, llamada también María, fue preocuparse por el estado de salud de ella, y una vez le confirmaron que se encontraba a salvo, su siguiente pensamiento fue para los ciento cincuenta almugávares que todavía permanecían en el exterior del palacio. Según afirma el cronista griego, Miguel se lamentó de la muerte de Roger, punto al que

podemos dar credibilidad o no, ya que el cronista va a intentar exculpar a su soberano de participar en un acto de semejante traición, ya que ello llevaría implícito la bajeza no solo del coemperador sino del Imperio al que representaba. Sus órdenes entonces fueron tajantes, rodear, desarmar y encarcelar a todos los aragoneses y catalanes que habían llegado a la ciudad. Pero antes, los autores del homicidio se habrían excusado ante Miguel diciéndole que lo único que habían pretendido con su actuación era vengar los crímenes que durante meses habían cometido los extranjeros y prevenir la rebelión que éstos estaban fraguando contra los emperadores.

La fiereza de los almugávares defendiéndose no pudo evitar que Teodoro, tío del coemperador, cumpliera con las indicaciones de su sobrino de encarcelarlos. Los alanos, secundados por la población civil de la ciudad, en cuanto vieron la posibilidad de castigarlos por su mano, recorrieron las calles en busca de cualquier aragonés o catalán que encontrasen a su paso. Daba igual si eran miembros del destacamento de Roger o si simplemente se trataba de comerciantes catalanes que llevaban décadas realizando su labor en la región. Casi todos fueron ejecutados sin contemplaciones y la ciudad se convirtió en un enorme charco de sangre en donde yacían sus restos descuartizados.

Las cifras de las bajas aragonesocatalanas durante esa masacre vuelven a ser muy diversas dependiendo de los autores. Nicéforo Grégoras asegura que la mayor parte de los almugávares pudieron escapar de regreso a Galípoli; para Muntaner solo se salvarían tres catalanes; y Paquimeres, aunque en este momento no facilita un número exacto, sí que más adelante de su relato se refiere a un motín en esta misma ciudad protagonizado por seiscientos almugávares que se hallaban presos desde el asesinato de Roger.

Dice Muntaner que únicamente tres de los almugávares de la compañía que llegó a Andrinópolis, lograron salvarse de aquel ataque multitudinario, y lo hicieron encaramándose a lo alto de un campanario. Eran *Ramón Alquer, hijo de Gisberto de Alquer, caballero de Castelló de Ampuries; el otro, hijo de caballero de Cataluña, llamado Ramón de Tous, y el otro, Bernat de Roudor, del Llobregat*^[435]. El cronista cree que Miguel IX les concedió el perdón y les permitió que huyesen gracias a la bravura con la que se defendieron. Sin embargo, y en vista de la retorcida mente del griego, es más lógico pensar que, o bien los tres escaparon viendo lo que se les venía encima y después inventaron esta historia, o bien se les dejó huir para que contasen todo lo que habían visto, esperando que cuando el resto de la Compañía supiese que Roger estaba muerto y que un poderoso ejército iba a caer sobre ellos, el desánimo se extendiese entre ellos y se produjese una deserción masiva. Pero si ésta era la idea oculta de Miguel, una vez más, volvía a equivocarse.

Con la muerte de Roger, el resarcimiento por los crímenes cometidos por la Compañía durante los meses pasados había quedado satisfecho en el bando de los alanos, de los genoveses y de los bizantinos, especialmente por parte del coemperador. Probablemente no se llegará a saber que fue lo que sucedió en realidad

aquella primavera de 1305 en Andrinópolis. Las responsabilidades de las muertes que allí acaecieron se disipan entre las diferentes versiones existentes. Pero lo que sí queda claro es que en ningún caso fue un hecho fortuito, sino que fue la consecuencia de una serie de causas que se fueron acumulando una tras otra, acabando con tan fatídico resultado para Roger y sus acompañantes. En ese momento se sumaron una serie de motivos y de intereses para que todo ello aconteciese tal y como sucedió.

Los crímenes y las atrocidades cometidas por los almugávares fueron, sin lugar a dudas, el detonante principal del odio generalizado. Desde su llegada en 1303, habían ido acumulando enemigos de manera ininterrumpida sin que ello pareciese importarles demasiado.

Puede que aquel comportamiento desafiante fuese provocado por su insultante arrogancia, o quizás por una ingenuidad propia de quienes siempre habían estado sobrados de la suficiente confianza en sus fuerzas como para no temer a nada ni a nadie. Pero en esta ocasión habían llegado demasiado lejos y, sobre todo, ahora se hallaban solos contra miles de soldados y mercenarios de diferentes naciones que no deseaban otra cosa que terminar con aquella chusma orgullosa y jactanciosa. Evidentemente, a esta parte de culpa, se unió la envidia de Miguel IX, para quien las victorias de Roger de Flor representaban el recordatorio constante de su mediocridad.

Así pues, las razones que condujeron a la muerte del César fueron diversas. Éste había demostrado sobradamente hasta que punto su ambición no tenía límites, y Miguel hacía tiempo que se había percatado de ello. Roger había copado un alto puesto en el gobierno bizantino, pero todavía podía aspirar a más. Su matrimonio con la sobrina de Andrónico le convirtió en sucesor (por detrás de los hermanos de María) al trono búlgaro. Un trono que, aunque era poco factible que en ese momento que volviese a manos de los Asen, se mantenía en una inestabilidad que invitaba a no abandonar dicha posibilidad. Ante esta perspectiva, y a pesar de que Roger tenía por delante suya a otros familiares políticos en la carrera hacia el trono, se conjugaban varios condicionantes que le aupaban por delante de ellos. En primer lugar, la debilidad moral y política de los aspirantes legítimos, que nunca dieron muestras de poder llegar a ser candidatos serios a la corona búlgara. En segundo término, todo indica que desde el primer instante la matriarca de la saga, Irene, puso sobre él toda su confianza para alcanzar las máximas cotas de poder tanto en Bizancio como en el resto de territorios en donde tenían algún tipo de aspiración política. Anteponiéndolo incluso a sus propios hijos, a los cuales, seguramente, no veía capaces de defender con la suficiente gallardía los derechos heredados. Y por último, era el único que había demostrado que, en el caso de ocupar el trono de Bulgaria, podría ser capaz de defenderlo. Es decir, Miguel IX pudo llegar a imaginarse a Roger de Flor no solo como alguien que le desplazase de su puesto a la mano derecha del viejo emperador, sino que, una vez conquistada la corona búlgara, incluso podía levantarse sobre el débil Imperio griego. Cualquiera de estas posibilidades tenía que descomponer las entrañas al joven coemperador.

Al hijo de Andrónico le apoyaba un amplio espectro de la política y del clero ortodoxo, recelosos de que el mando y el futuro del Imperio recayese en manos de un ejército extranjero, procedente además del denostado Occidente.

Junto a éstos, los genoveses habían confabulado también por su parte. Sabedores de las intrigas promovidas por los reyes de Sicilia y Aragón, más que más, desde la llegada de Entença a Constantinopla, y ante el temor de que el éxito de esos planes supusiese la implantación definitiva del comercio catalán en el Mediterráneo oriental, junto con el control político de la Corona aragonesa en la zona, no dudaron en emplear en su contra todos los recursos a su alcance.

Por último, y no menos importantes en esta labor, ya que quizás fueron quienes remataron la tragedia, los alanos, con su jefe Gircón, aguardaban el instante de tomar venganza por la muerte del hijo de éste y del resto de los alanos asesinados y despreciados por la Compañía.

Todos estos argumentos apuntarían a motivaciones más o menos puntuales que precipitaron el fatal final de Roger. Sin embargo, el bizantinista Mosjos Morfakidis abrió una nueva vía para explicar lo sucedido^[436]. Según él, a pesar de aceptar que los anteriores argumentos tuvieron una importancia fundamental en el desarrollo de los acontecimientos, encuentra también una causa para este enfrentamiento que trasciende lo inmediato y afecta al terreno ideológico. Existiría entre ambos bandos un abismo en cuanto a sus mentalidades.

Oriente y Occidente como ejemplos de visiones opuestas del mundo. Además de una multitud de diferencias entre el mundo bizantino y el mundo medieval occidental, en este caso jugaría un papel definitivo la forma en la que Roger por un lado, como representante de la mentalidad occidental, y Andrónico, como el correspondiente en lado griego, veían la organización social y política de sus respectivas concepciones de la sociedad medieval. El choque se produciría a la hora de recompensar las victorias y conquistas logradas por la Compañía. El César y los suyos consideraban justo que les fuesen entregados parte de aquellos territorios y castillos conquistados, y ser nombrados señores de ellos, a usanza de lo que estaban acostumbrados que sucediese en las batallas y guerras en las que habían participado, como sucedió en la de Sicilia o en la expansión en el Levante peninsular. Además, la ya conocida ambición del de Brindisi tenía establecidas unas perspectivas de futuro que pasaban por llegar a ser señor de su propio territorio, con toda seguridad en alguna de las zonas recuperadas a los turcos en Asia Menor.

Sin embargo, Andrónico no se planteaba siquiera esta posibilidad. La concepción occidental de numerosos señores con sus condados o feudos independientes que rendían vasallaje al rey, estaba en contra del férreo centralismo bizantino en el que el emperador era el único que en la práctica ostentaba el control sobre todos sus territorios. De hecho, suficientes problemas tenía ya Andrónico con los despotados que, aprovechando la debilidad del gobierno central, se habían separado de su órbita rigiéndose autónomamente, e incluso en ocasiones actuando en contra de los intereses

del Imperio. La feudalización, así como los brotes independentistas, eran radicalmente frenados desde el poder absoluto que representaba el emperador, mientras que los almuğávares no podían ni siquiera entender ese concepto de centralismo.

[...] para ellos, la misión y obligación del soberano consiste en premiar a sus servidores con tierras —feudos— donde el poder real es más teórico que práctico^[437].

Así pues, ese choque entre la Compañía, y especialmente Roger, que pretendían alcanzar el poder a través del dominio de territorios que pertenecían al emperador, y éste, que no estaba dispuesto a ceder ni un ápice en este aspecto, podría haber sido la causa subyacente que provocó que todo desembocase en el final que conocemos.

Fueron variados los motivos y diversos los involucrados en la muerte de Roger, pero en lo que sí coincidían todos era en que la eliminación del capitoste de los almuğávares supondría el desconcierto general de la Compañía, lo que conduciría inevitablemente a su destrucción. Es posible que lo menos importante sea quien dio la orden o quienes la ejecutaron físicamente, ya que en el fondo todos los actores de este drama hubiesen estado de acuerdo en firmar semejante final. Lo que no deja de sorprender es como, a pesar de haber dado muestras de su odio hacia los aragoneses y catalanes, y del deseo de acabar con el arrogante Roger, todos ellos intentaron exculparse o deshacerse de la autoría del crimen.

Miguel, siempre por la narración de Paquimeres, parece sorprendido cuando conoce la noticia del asesinato, e incluso hace un amago de recriminar a los alanos por su sangrienta iniciativa:

Él (Miguel) deploró la mala suerte de Roger^[438].

El propio Paquimeres, *pasa ligeramente sobre este hecho, como sobre brasas, deja toda responsabilidad sobre los alanos, y en el fondo transparenta que quiere justificar el horrible crimen^[439]*. El griego hace un juego de equilibrios, y al mismo tiempo que libera al gobierno de toda responsabilidad (hecho más que dudoso), justifica la muerte del César, no sin antes elogiar su figura y su carácter. Es como si pretendiese dar por necesaria la ejecución de aquel individuo, a pesar de su reconocida valía, en pos del bienestar y de la política del Imperio. Por su parte Nicéforo Grégoras^[440] justifica el asesinato porque los griegos se habían arrepentido de haber acudido a él para su defensa, y ni el hecho de que estuviese casado con una prima hermana suya, impidió a Miguel ser el incitador, o en el menor de los casos, cómplice, del crimen.

G. Caro, en su obra *Zur Chronologie*, cita, sin indicar de donde procede, una

misiva de un tal Miguel López de Mendia, enviada al rey (es de suponer que de Sicilia) desde Perusa (Italia), el 24 de junio de 1305 y en la que alude al asesinato de Roger tras la invitación del que el autor considera nieto del emperador, aunque evidentemente se quisiese referir a su hijo Miguel. También afirma en la carta que el hermanastro del rey de Sicilia, Sancho, ocupó la «isla» de Galípoli. La suma de pequeños errores en el texto dan una ligera idea de como el autor intentó referir aquellos hechos sin poseer demasiados datos fiables al respecto, ya que, además de confundir al nieto con el hijo del emperador, se equivoca al creer que Sancho tomó Galípoli (que por cierto es una península y no una isla), al estar ésta ocupada por la Compañía:

Frater Rogerius fuit invitatus per nepotem imperatoris, et super mensa occidit eum, ut dicitur publice in curia. Sancius frater vester cepit unam insulam noviter que dicitur Galipo^[441].

Resulta también curiosa la teoría del historiador L. N. d'Olwer quien cree que, junto a todos estos factores ya referidos, existió otro estímulo bien distinto. Se inclina a pensar que la presencia de Berenguer de Entença, con todo lo que ésta suponía como embajador de los reyes aragoneses en Bizancio, con sus continuos desafíos y desprecios hacia la corte de Constantinopla, provocó, quizás intencionadamente o quizás de manera fortuita, la precipitación de los acontecimientos hacia su trágico final. Para arropar esta idea, existe todo un conjunto de dudas sobre cuales fueron los motivos por los que, tras la muerte de Roger, Entença cambiaría radicalmente sus planes para la Compañía, y una vez se hizo con el gobierno de ésta, dejaría de seguir las órdenes que había recibido desde Sicilia por el rey Fadrique, iniciando un nuevo camino ajeno a éste, y siempre con él mismo como máximo dirigente de los almugávares. De este modo, bien pudiera haber tenido Entença la tentación de continuar el ascenso iniciado por Roger dentro del Imperio, siguiendo, desde unos meses antes, pero sobre todo a partir de este instante, sus propios planes, en los que a lo mejor el de Flor estaba de más.

El historiador H. Finke, autor del *Acta Aragonensia*, también ve sospechoso este cambio de actitud de Entença:

[...] contra el mandato que le diera el rey y la promesa que éste le hiciera, transgrediendo las órdenes y faltando a lo convenido, ávido de su propio provecho, se adhirió al emperador y se convirtió en su vasallo.

Sorprendentemente pues, tras la muerte de Roger y de tomar el mando de la Compañía, en lugar de cumplir con las órdenes de Fadrique de Sicilia, que con toda seguridad estaban dirigidas a la ocupación de Bizancio usando a los almugávares

como avanzadilla de sus propósitos, y que no habían prosperado a causa de la oposición del difunto, Entença se posicionó del mismo modo que su antecesor en el cargo y negándose a obedecer al rey siciliano.

Pero todo esto sucederá un poco más adelante.

Paquimeres y Muntaner convierten sus respectivas crónicas en dos líneas narrativas que serpentean continuamente, de tal forma que en ocasiones se cruzan y coinciden, mientras que en otras se contraponen abiertamente. El griego cuenta como los almugávares que lograron escapar corrieron a refugiarse en Galípoli, en donde se hicieron fuertes y, apenas llegaron y contaron a sus compañeros lo sucedido en Andrinópolis, éstos se lanzaron a una sanguinaria matanza contra los griegos que convivían con ellos en la ciudad y sus alrededores:

[...] y nada más entrar hicieron pasar a los romanos (griegos) por el filo de su espada, sin perdonar a los niños^[442].

En las gargantas de los mercenarios refugiados no había otra palabra en ese momento que no fuese venganza. Venganza por la muerte de Roger y venganza por la traición de aquellos a los que habían venido a servir y que ahora pretendían destruirlos.

De manera similar a lo ocurrido en Andrinópolis, y como respuesta también a la matanza de Galípoli, en la capital del Imperio los almugávares, los comerciantes catalanes y todo aquel que fue relacionado de un modo u otro con los mercenarios, fueron víctimas del levantamiento popular que exigía la sangre de aquellos que tantos abusos habían cometido.

Poco a poco, la masacre se extendió a toda la ciudad y a sus alrededores.

Una nueva contradicción surge en este momento de la narración. Paquimeres afirma que Miguel IX organizó rápidamente a sus ejércitos después de la muerte de Roger, dirigiéndolos hacia Galípoli, en donde se hallaba el grueso de efectivos de la Compañía, quienes habían logrado reagruparse allí desordenadamente. Por el contrario, Muntaner tiene muy claro que todo respondía a un plan perfectamente trabado por el coemperador de principio a fin, y que ese plan se inició con la muerte del César y acababa con la aniquilación de los supervivientes en Galípoli. De hecho, el cronista catalán asevera con rotundidad que Miguel había ordenado unos días antes a los turcoples y a una partida de alanos que se dirigiesen discretamente hacia Galípoli, y que el mismo día que muriese Roger atacasen sin piedad tanto a la distraída ciudad como a todas las pequeñas villas de sus alrededores en las que se hallaban hospedados los aragoneses y catalanes. Esto demostraría claramente la vinculación directa de Miguel con el asesinato, dejando sin argumentos la versión de Paquimeres, que defiende su inocencia.

De una u otra forma, los soldados bizantinos y sus aliados pensaron entonces que los aturridos almugávares se someterían al Imperio, y que se verían obligados a

elegir entre dos opciones, *servir a los griegos voluntariamente, o volverse involuntariamente por el camino que los había traído*^[443].

Grégoras descarga con la mayor dureza moral, y al mismo tiempo con el más escogido estilo dialéctico bizantino, contra la ingenuidad de aquellos soldados y capitanes que se confiaron con semejantes ideas, permitiendo a los mercenarios escapar y recomponer sus defensas:

Pero albergar tales pensamientos es propio de una mente grosera pegada al suelo, a la cual, las manos de la naturaleza introdujeron en un montón de materia grosera^[444].

Las consecuencias no se harían esperar, y lo que los griegos pensaban que sería la solución al problema se convirtió, *sin embargo, contra toda esperanza, en el comienzo de mayores y mucho peores hechos [...]*^[445]. Lo que se planteaba como un giro favorable de la fortuna para los griegos, se tornó rápidamente en una sucesión de desgracias y problemas que arruinarían su victoria. Para empezar, el alto mando bizantino se encontraba dividido y enfrentado. Algunos de sus generales habían sido acusados de deslealtad y estaban bajo la sospecha de Constantinopla, e incluso algunos de ellos en prisión^[446].

Los primeros días del contragolpe de los aliados de los bizantinos contra los aragoneses y catalanes de Galípoli fueron desastrosos para estos últimos. Sorprendentemente, y pese al delicado viaje que había emprendido Roger, la confianza y el excesivo relax se había extendido por la península, y a causa de ello los griegos acabaron con las vidas de gran parte de los mercenarios que se encontraban dispersos por la zona. Además de apoderarse de la casi totalidad de los caballos que la Compañía tenía pastando fuera de las murallas de la ciudad, mataron a más de mil almugávares en el primer ataque, de modo que, el total de los efectivos refugiados en Galípoli se reducían a unos doscientos caballos y tres mil trescientos siete hombres, incluyendo en esta cantidad tanto a los almugávares como a los soldados a caballo y a los miembros de las tripulaciones de los barcos que seguían a la Compañía^[447]. La crisis a la que se enfrentaban era evidente, recordemos que en los tiempos en los que habían dejado atrás la comarca de Artaki para iniciar su periplo por Asia Menor, habían logrado aunar a un ejército que superaba los diez mil soldados. Teniendo en cuenta los abandonos masivos, sobre todo el de los alanos, pero también las incorporaciones posteriores, vemos como los efectivos de los que disponían había tocado su punto más bajo, casi la mitad, no ya de aquellos diez mil, sino de los seis mil quinientos de su llegada a Constantinopla. Tres mil mercenarios, en medio de la nada, completamente desorientados y sin un líder común que aclarase su futuro.

Antes de su marcha, Roger había dejado al mando a sus dos capitostes de mayor

confianza, a su antiguo camarada, Berenguer de Entença, y a Rocafort, sin duda el más experimentado y capaz de los miembros del Consejo de la hueste.

Sería Entença quien tomaría el poder imponiendo su categoría como noble, quedando Rocafort en un segundo plano. Sin embargo, no era este último de los que se contentaban con recibir órdenes, y mucho menos de alguien que lo único que había demostrado era una gran habilidad política, y que había llegado a la posición en la que se hallaba gracias a la nobleza de su sangre y a ser embajador del rey siciliano. Rocafort había aceptado sin ninguna oposición el liderazgo de Roger, pero ahora todo era diferente. Si había algo que el viejo capitán tenía claro era que no iba a soportar la petulancia y la superioridad que los nobles y los reyes le habían mostrado durante su larga carrera como soldado. Demasiados desplantes y humillaciones como para permitir que uno de ellos le arrebatase la oportunidad que había estado esperando toda su vida: convertirse al fin en el caudillo de un gran ejército.

Pero, por el momento, era Entença quien daba las órdenes en Galípoli, al menos las más urgentes ya que, como era costumbre entre los almugávares, las decisiones finales se tomaban bien de forma asamblearia o bien por medio del Consejo de la hueste. Todo ello, a excepción del tiempo en el que Roger mantuvo las riendas del poder, y aún entonces, elevaba sus disposiciones para la aprobación del Consejo.

Mientras todo esto sucedía, la esposa de Roger, María, había dado a luz al hijo de ambos en Constantinopla. No se puede asegurar con certeza cual fue el futuro que siguieron tanto la mujer como el hijo del de Flor tras su muerte. Algunos autores afirman que toda la familia permaneció en la capital, junto al resto de la dinastía búlgara. Sin embargo, otros consideran que la corte no era ya un lugar seguro para ellos, y de este modo María junto a su hijo zarparían con destino a algún territorio de la Corona de Aragón, en donde podrían disfrutar de seguridad y de cierta estabilidad económica gracias al prestigio y a los bienes que pertenecieron a su esposo. Es factible esta posibilidad ya que el propio Muntaner afirma que en el momento en el que comenzó a escribir su crónica, es decir en 1325, el hijo de Roger vivía y se había convertido en un apuesto mozo de veinte años. Esta suposición ha dado pie a que se desarrollasen teorías que especulan alrededor de la creencia de que hubiesen llegado hasta nuestros días algunas ramas familiares aragonesas, catalanas, valencianas, mallorquinas o sicilianas que pudiesen ser descendientes directos del gran capitosté almugávar, al tiempo que corriese por sus venas la sangre real búlgara.

Diferente fortuna parece ser que corrió la matriarca de la saga heredera de Bulgaria.

Irene habría continuado con sus conspiraciones cortesanas para derrocar a su hermano Andrónico y a sus herederos Paleólogo, pero sus intrigas terminarían por ser denunciadas por quien probablemente menos se podía esperar, el aragonés Ximénez de Arenós, aquel almirante que, después de los excesos cometidos por los almugávares en Cízico al inicio de su campaña, había abandonado la Compañía y el cual, pasados algunos meses, entró de nuevo al servicio del emperador bizantino.

Arenós conocía perfectamente de todas las argucias que había urdido Irene contra el emperador mientras Roger estaba vivo y esa información la sabría emplear para su provecho en la corte. Pero esa es una historia que sucedería posteriormente. Lo que sí podemos reseñar es que, a raíz de lo sucedido y del comportamiento de Irene, se ha sospechado que, además de una gran ambición política, ésta profesaba hacia su yerno Roger, un amor más cercano al de mujer que al de suegra.

El contragolpe de Miguel para rematar a la descabezada Compañía fue fulgurante y su ejército encabezado por el gran primicerio, Cassianos, y según Muntaner, formado por turcoples, alanos y griegos, y en número de diez mil hombres a caballo y más de treinta mil de a pie, cayó sobre Galípoli y sus alrededores sin apenas dar tiempo para organizar la defensa.

Una vez más, las cifras ofrecidas por Muntaner deben ser sensiblemente rebajadas, de hecho, y en contraposición a este imponente despliegue militar, Paquimeres dice que el primicerio se dirigió a sitiar el castillo solamente con *algunas tropas*^[448].

Tras el desconcierto inicial, los sitiados comenzaron a organizar su defensa, lo que provocó que el avance griego fuese detenido en pocos días. Lo que se antojaba a los bizantinos como el golpe de gracia a la Compañía de aragoneses y catalanes, se quedó en algunas pequeñas victorias iniciales que dieron paso a un estancamiento del conflicto, y terminó arruinando los planes del coemperador. Según los propios griegos, esto fue debido tanto a las frecuentes salidas de los almugávares para repeler el ataque como a la negligencia de su ejército.

Entença ordenó construir con la mayor premura un foso alrededor de la fortaleza, incluyendo sus arrabales, para defenderse de los turcoples y de los alanos, pero de poco sirvió esa medida. Durante quince días, los almugávares encajaron, una tras otra, las embestidas bizantinas, y cada una de ellas era más desastrosa para los sitiados que la anterior:

Más de quince días estuvimos así, que teníamos con ellos enfrentamientos dos veces al día; pero cada día era para nosotros un desastre, pues éramos nosotros los que perdíamos^[449].

Sin duda, éste era el peor trance por el que habían pasado desde su arribada a Grecia y, por primera vez en su narración, Muntaner reconoce que sus idealizados compañeros son derrotados y que la moral se encontraba al borde del abismo.

El 10 de mayo de 1305 Berenguer de Entença firmaba una carta^[450] dirigida al dux de Venecia, Petro Gradonigo, en la que, además de excusarse por el retraso en el pago que le adeudaba por el asalto a las naves mercantes que había abordado a su llegada, argumentando en su descargo la situación de acoso que padecían, aprovechaba para comunicarle personalmente las noticias sobre el asesinato de

Roger, al tiempo que solicitaba su ayuda en el conflicto, recurriendo a la defensa de la religión de Roma a la cual ambos debían pleitesía y socorro.

La carta proporciona también un dato muy esclarecedor respecto a la condición de la que disfrutaba Entença en ese tiempo. El capitoste firma la misiva ya como *megaduque por la Gracia de Dios del Imperio de Romanía (Grecia) y de los dominios de Anatolia y de las islas del mismo Imperio*^[451]. Es decir, desde ese mismo instante se autoproclamó señor de los dominios que habrían pertenecido al fallecido Roger de Flor.

Las reuniones del Consejo de la hueste se convocaban casi a diario para estudiar la situación y determinar cuales serían las acciones más apropiadas a tomar a partir de ese instante.

Las opiniones eran encontradas y las discusiones, como era lógico dadas las circunstancias, muy acaloradas e incluso violentas. Sorprendentemente, y contra la opinión de todos los miembros del Consejo y del resto de la Compañía, Entença decidió flotar una pequeña armada y contraatacar a los griegos en el corazón del Imperio, Constantinopla. Según parece, todos rechazaron semejante decisión que dejaría sensiblemente mermada la capacidad de reacción en Galípoli, al tiempo que lanzaba contra un reforzado ejército bizantino gran parte de sus escasos efectivos armados. Quizás desde ese momento surgió el enfrentamiento abierto entre los dos hombres que se disputaban el poder: Entença y Rocafort. El segundo era contrario a un ataque marítimo y, por temor o por preferir mantener agrupadas las defensas del castillo, su intención era también defenderse atacando, pero en lugar de hacerlo en el mar, en donde no eran lo suficientemente diestros, dirigirse con las tropas por tierra firme en busca del choque frontal con los ejércitos bizantinos. Ambas alternativas planteadas respondían, aunque desde posiciones diferentes, al modo de ver la guerra de los mercenarios aragoneses y catalanes, los cuales únicamente podían comprender la lucha como una sucesión de ataques sin tregua, sin ni siquiera plantearse, ni de manera remota la posibilidad de esperar al enemigo para defenderse.

El nuevo capitoste impuso su voluntad al resto del Consejo, ganó este primer pulso a Rocafort y ordenó preparar cinco galeras y dos leños. Sus planes eran aprovechar la debilidad imperial para ejercer la piratería en las costas del mar de Mármara, así como en algunas de las ciudades de su entorno. De este modo conseguiría víveres y dinero con el que regresar a Galípoli, y reforzar la fortaleza para que fuese capaz de resistir los ataques del ejército de Miguel IX. Incluso podría haber rondado por la mente de Entença la posibilidad de atacar Constantinopla.

25. La Venganza Catalana

Aunque no es fácil establecer un punto concreto en el que se pueda determinar cuando se inició lo que se conocería a partir del siglo XIX como la «Venganza Catalana», si tuviésemos que marcar ese momento, lo lógico sería hacerlo a partir de aquí.

Las leyes de la naturaleza dicen que no existe acción sin reacción, y eso fue lo que ocurrió tras la muerte de Roger. Los almugávares, sin un líder claro, desorientados y acorralados, reaccionaron frente a la agresión de la única manera que sabían: atacando. No entraremos en el debate sobre si la venganza que tomaron sobre los griegos estuvo justificada o si fue desproporcionada. Dependiendo del punto de vista de quien opine, la cadena de crímenes, robos y saqueos que cometieron desde ese instante a lo largo y ancho de buena parte de Grecia, será la consecuencia lógica de quienes no hacían sino aplicar un castigo a quienes les habían traicionado, o bien, desde otra visión, la demostración más macabra de hasta que punto puede llegar la vileza y la bestialidad del ser humano contra sus semejantes. No juzgaremos ni justificaremos. Simplemente reflejaremos lo sucedido, contrastando los hechos con la mayor cantidad de información disponible. Evitando colgar etiquetas de héroes o de criminales, teniendo presente que fueron, ni más ni menos, que la consecuencia de un momento y de unas circunstancias determinadas e, irremediabilmente, determinantes para ellos.

No obstante, sí se deben conocer las justificaciones de aquellos crímenes contra la población civil que algunos historiadores han levantado en torno a los acontecimientos que se sucedieron a partir de la muerte de Roger, y que han influido de una manera clara para que una sangrienta, caótica y desesperada campaña armada, haya pasado a ser en el imaginario popular una gesta épica:

Lejos de su país, sin medios para volver, igual que los soldados de Hernán Cortés, quemadas las naves para que no les quedase otra esperanza de salvación que la victoria; abandonados de los reyes de Sicilia y Aragón, que nunca consideraron, como si hicieron genoveses, venecianos o pisanos, las

ventajas que la dominación de Oriente les podría reportar para sus naciones; rodeados de enemigos griegos, alanos, francos e italianos; que los miraban con malos ojos y envidia manifiesta; en peligro constante de verse exterminados por cualquiera de estos pueblos al primer pequeño descuido que tuviesen, [...] los asesinatos de catalanes y aragoneses por los griegos en diferentes partes del Imperio; ¿qué tiene de extraño, entonces, que viendo por todo alrededor peligros, odios y matanzas se excediesen en sus rigores, y en aquella inhóspita tierra no se considerasen seguros sino cuando exterminaban a aquellos de quienes sospechaban? ¿Es mucho que hiciesen todo eso si a este temor se añade la indignación que despertaba en sus corazones, de un lado, una nación cismática y corrupta, y del otro, la ingratitud con que esta nación correspondía a su valioso auxilio y las traiciones con que pagaba su lealtad y sus servicios?

[...] que nuestras huestes tomaron por tan repetidos y horribles atropellos la venganza más sangrante que se haya conocido, y que por autonomasia se denomina catalana; sin embargo si pudiese haber alguna excusa, sería ciertamente hacia los nuestros, sin caudillos e indisciplinados, sumidos en la desesperación y resueltos a morir antes que perdonar unos ultrajes tan vergonzosos. Considerados, pues, con imparcialidad y conocidos los móviles que van a dar lugar a la dicha venganza, a pesar de todo lo que se merece la reprobación legítima de todo corazón cristiano, noble y generoso, no puede menos que reconocerse lo muy injustos que han sido los historiadores bizantinos y los escritores helenos modernos, que han guardado silencio sobre los crímenes cometidos por sus compatriotas y han descargado todo el peso de su indignación sobre la valerosa Compañía catalana^[452].

Respecto de la expresión Venganza Catalana hay que advertir que, aunque se ha asumido como la denominación generalizada, no es, ni mucho menos, un nombre originario de la época en la que sucedieron los hechos, ni siquiera de siglos después. No existe ninguna crónica medieval, ni testimonio alguno de aquel entonces, que llame de este modo al resarcimiento que se tomaron los almugávares por el asesinato de su capitoste, y que se prolongaría durante varios años. Ni los cronistas medievales griegos, ni los de la Corona de Aragón emplearon nunca el adjetivo «catalana» para referirse a esa venganza. Tampoco en la siguiente fuente documental que aparece en el tiempo y que narra lo sucedido, los *Anales de Aragón* de Zurita a mediados del siglo XVI, tiene entre sus cientos de páginas referencia alguna al término Venganza Catalana.

En cuanto a la obra de Moncada, de inicios del siglo XVII, tampoco recoge la expresión tal cual. Aunque sí reproduce un refrán que perduraba en aquel momento todavía vigente en la memoria de los griegos: *Qué la venganza de los Catalanes te*

alcance^[453]. Probablemente, sea éste el origen que daría lugar a que algunos siglos después, a finales del siglo XIX en plena *Renaixença*, se acuñase como denominación original y verídica de la mano de algunos autores, aunque también su creación pudiese ser algo posterior, surgiendo a principios del siglo XX a partir de la obra de Rubió.

En cualquier caso, la aparición del nombre como *Venganza Catalana* no sería casual sino fruto de la utilización de esta realidad histórica desde una perspectiva política que buscaba resaltar el componente catalán, ninguneando al aragonés, y sin considerar otro aspecto a tener en cuenta, y es que, de forma habitual, pero especialmente en aquel momento, los almugávares se habían convertido en un pueblo apátrida sin vinculación política a nación alguna. Abandonados por unos y perseguidos por otros.

Lo que se inició como una lucha desesperada por la supervivencia, alentada por el ánimo de venganza por la muerte de su adalid y por el convencimiento de haber sido traicionados, acabaría siendo una carrera sin rumbo, y mortal para muchos, que arrasaría y conquistaría una parte importante de Grecia, que aunaría las muestras más viles y crueles de lo que puede llegar a hacer el ser humano, junto a dignos ejemplos de lealtad y de arrojo en el combate, dejando durante siglos un recuerdo de terror en la memoria colectiva de los habitantes de Tracia, Macedonia y Tesalia.

Regresando al escenario griego, llama la atención un protagonista de especial relevancia, Sancho de Aragón, pero del que se desconoce la mayor parte de sus actuaciones durante esos días. Permaneció anclado con su flota en las islas cercanas a Galípoli, concretamente en Mytilene, a la espera de cual era desenlace de los acontecimientos. La negativa de Roger a seguir los planes urdidos desde la corte siciliana, apoyados en un principio por Entença, para ocupar militarmente Bizancio, había obligado al infante a mantenerse en un segundo plano, mientras su hermanastro el rey de Sicilia, le daba nuevas instrucciones.

Entença solicitó el auxilio de Sancho de Aragón. Sin existir completa seguridad sobre como ocurrieron los hechos desde ese instante, parece ser que Sancho, accediendo a la petición de ayuda, dirigió su flota desde Mytilene hacia Galípoli. Una vez allí, Entença le suministró todo lo necesario para la manutención y la paga de sus hombres. La llegada del nuevo contingente siciliano fue recibida con alegría, y por un momento olvidaron las oscuras maniobras que se habían intentado tejer desde la corte de Sicilia usándoles como carnaza.

Viendo que la situación requería de mayores refuerzos que los que Sancho les podía aportar, Entença ordenó que fueran enviados tres embajadores a la corte siciliana para pedir la colaboración directa en el conflicto del rey Fadrique. En realidad, lo que pretendía la Compañía era que éste aceptase el juramento de fidelidad que le ofrecían, de tal forma que se convertirían en súbditos del siciliano, obligándole a prestarles su ayuda. Los tres elegidos para dicha misión fueron el aragonés Garci López de Lobera, el cual era el portador oficial de la embajada por pertenecer a la

compañía que había llegado con Entença; Ramón Marquet, hijo del afamado almirante barcelonés Ramón Marquet y Ramón Copons. Sancho de Aragón prometió antes de la marcha de los embajadores y delante del Consejo de la hueste, que permanecería con sus naves defendiendo Galípoli al menos hasta el regreso de éstos, aunque también hay fuentes que afirman que se ofreció para unir sus naves a las que Entença pretendía preparar para ir contra Constantinopla. Lamentablemente para la Compañía, algo ocurrió entre Entença y Sancho que provocó que este último faltase a su palabra, y en contra de lo que había jurado ante todos pocos días antes, levó anclas y partió con su flota de vuelta a Sicilia. Pudiera ser que Sancho hubiese recibido órdenes de su hermano el rey (quizás tras haberse firmado algún tipo de tratado secreto entre Fadrique y Andrónico), o bien que Entença estableciese algunas condiciones inaceptables para el infante. De hecho, la jugada del nuevo capitostote de la hueste era hartamente arriesgada para sus intereses, ya que por un lado se veía forzado a acudir a pedir ayuda a las fuerzas sicilianas, pero por otra parte, esa concesión iba en contra de los nuevos planes que se había forjado para él y para la Compañía. Como sabemos, Entença había transformado totalmente su postura respecto a la política de Fadrique II desde su llegada. Cuando llegó a Grecia lo hizo como el ejecutor de los propósitos del rey siciliano, y solo la oposición de Roger evitó que esas intenciones se cumplieren. Pero ahora, después de toda la serie de hechos que se habían sucedido desde entonces, Entença parecía despreciar las órdenes de Fadrique y, por contra, acariciaba la posibilidad de transfigurarse él mismo en un nuevo Roger y como aquel, convertirse en señor de su propio territorio.

Existiría todavía otra razón para el repentino abandono de Sancho a su palabra. Hay quienes se han aventurado a pensar que entre Entença y Sancho había una rivalidad encubierta.

Y lo cierto es que ambos estaban en Grecia como embajadores directos del rey de Sicilia y del de Aragón, de manera más o menos declarada. Así pues, los dos se disputaban la máxima representatividad de la Casa de Aragón en Oriente, y en ese momento, y con esta disputa por el poder entre ellos, pudiese ser que Sancho viese entonces, cuando más vulnerable se encontraba Entença, la oportunidad propicia para abandonarlo a su suerte. El fracaso de Berenguer podría haber supuesto posteriormente la oportunidad para que Sancho lograra el favor de Fadrique, ya que, por lo que conocemos, sus órdenes para ir abriendo el camino de una futura invasión siciliana de Grecia no habían resultado en absoluto exitosas.

La cuestión es que de un día para otro, los mercenarios perdieron el apoyo de un contingente naval fundamental para ellos, y junto a ello, la baza que suponía el sostén militar y político del reino de Sicilia.

La jugada no era nueva, ni esta sería la última vez que la sufriesen. Diferentes reyes, diferentes momentos, diferentes países, pero en el fondo la misma historia. Manipulados y empleados por reyes y señores para sus fines, hasta el instante en el que dejaban de ser útiles, y entonces, el abandono.

Es ahora cuando Muntaner comienza a narrar parte de su obra en primera persona, dando la impresión de que, tras la pérdida de Roger y la marcha de Entença a su campaña naval por el mar de Mármara, el cronista toma un papel mucho más relevante que hasta entonces en la dirección de la Compañía.

Una vez enrolados todos aquellos que acompañarían a Entença, solo quedaron al mando en Galípoli, Rocafort, como senescal de la hueste, y el propio Muntaner, como capitán de la plaza. Los únicos caballeros en la ciudad fueron los catalanes Guillém de Siscar y Guillém Peris de Caldés; los aragoneses Ferrán Gori y Eiximén de Alberó; y el portugués Juan Peris.

Muntaner dice que eran seis caballeros pero solo proporciona cinco de sus nombres. Cuando las naves ya habían partido, hicieron un recuento de los hombres con los que contaban y comprobaron que apenas eran mil cuatrocientos sesenta y dos, de los cuales eran de a caballo doscientos seis, pero que, después de las primeras ofensivas griegas, ya no poseían caballos.

Los hombres de a pie están compuestos por una compañía de mil doscientos cincuenta y seis soldados. Por contra, y como más adelante se verá más claramente, el número de personas que se hallaban encerradas en Galípoli y que formaban parte también de la Compañía era muy superior. Mujeres, niños, artesanos y prostitutas, que habían caminado durante aquellos años junto a los almugávares, se agolpaban prestos a colaborar dentro de los muros de la ciudad.

Por otra parte, un nuevo y numeroso grupo de catalanes había acudido en masa a buscar protección a la ciudad. Eran comerciantes y mercaderes llegados desde todos los rincones del Imperio que escapaban de la ola de persecuciones contra todo aquel que tuviese algo que ver con los mercenarios, y que se había extendido por las principales ciudades. Los comerciantes, ajenos en su mayor parte a las acciones de los almugávares, se habían convertido en víctimas colaterales del conflicto. El comercio catalán en Oriente se resentía gravemente por las represalias que los griegos estaban comenzando a tomar, y así, el espacio que tan esforzadamente se habían estado forjando durante las últimas décadas frente a tan duros competidores como los venecianos y especialmente los genoveses, estaba a punto de venirse abajo. Muchos de esos comerciantes vieron en la llegada de la Compañía una esperanzadora vía para que su potencial militar sirviese como respaldo a sus transacciones mercantiles, e incluso, de haber triunfado los secretos planes expansionistas del rey de Sicilia, los mercenarios habrían sido el ejército que hubiese acompañado con sus armas el establecimiento definitivo de la hegemonía comercial catalana en el Mediterráneo oriental, sacando a los genoveses de tan deseado tablero de juego. Pero ahora todo cambiaba para peor. Los mercenarios no solo no habían servido a sus intereses sino que estaban arruinando todo aquello que habían conseguido tiempo atrás, y además debían de buscar su protección ante los furiosos bizantinos.

Dejando atrás a sus compañeros asediados en la península de Galípoli, la flota comandada por Entença, que era de cinco galeras y dos leños según Muntaner, de

siete galeras y nueve leños para Paquimeres, de ocho barcos para Grégoras, y exageradamente de veinticinco o treinta galeras para Zurita, se pudo haber dirigido en primer lugar hacia Constantinopla, en donde Paquimeres afirma que el noble aragonés engañó de nuevo a Andrónico prometiéndole poner su flota a su servicio, y logrando de este modo un remesa de armas importante, que enviaría de inmediato para ayudar a sus compañeros asediados. Se hace cuando menos dudosa que esta artimaña tan infantil fuese creída por el emperador, máxime cuando los griegos habían apostado firmemente por acabar con la Compañía y todo parecía indicar que, aun sin demasiada claridad, se hallaban a punto de conseguirlo. Pero, confiando en el cronista griego, posiblemente sí hubo algún tipo de negociación en ese primer momento entre Entença y Andrónico. Fuese o no real esta historia, lo cierto es que el capitán abandonó los alrededores de Constantinopla e inicio un periplo de ataques y saqueos contra las ciudades de las costas del mar de Mármara.

Mientras, los aragoneses y catalanes que permanecían fortificados se sentían traicionados por el emperador y unánimemente exigían venganza contra los bizantinos.

Recluidos en la península de Galípoli comenzaron las asambleas multitudinarias habituales en la Compañía y, paralelamente, las del Consejo de la hueste. El sentir de mayoritario era el de hacer pagar a los griegos por el magnicidio cometido, pero, dando muestra de un respeto curiosamente escrupuloso con las reglas de batalla caballerescas al uso en la época, (curioso ya que hasta ese instante, si de algo habían hecho gala era de un desprecio absoluto por las normas y reglas formales de la guerra), decidieron que antes de entablar una guerra abierta contra el Imperio debían de desafiarlo públicamente, y para ello seguirían con rigurosidad todos y cada uno de los usos establecidos. La declaración formal de guerra debería hacerse efectiva en Constantinopla, ante el emperador y en presencia de los embajadores (comunes y bayles del común) de Venecia, Pisa y Génova como testigos. El proceso que usarían sería el de «A.B.C.» que consistía en dejar constancia del reto por escrito y, una vez formalizado, el documento era partido en trozos, de tal forma que cada uno de ellos dejaba constancia de aquel acto, y unidos componían el original, de manera que no era posible falsificar individualmente ninguna de las partes. Los elegidos para presentarse ante la corte bizantina fueron el caballero catalán Guillém de Siscar y el aragonés Pero Lopis. Junto a ellos marcharían dos almugávares y dos cómitres^[454], y todos acudirían en una nave de «veinte remos».

Una vez reunida la corte griega, con los representantes de Venecia, Pisa y Génova presentes, los embajadores de la Compañía declararon formalmente la guerra al Imperio, acusando directamente al emperador de ser el culpable de la muerte de Roger y del resto de almugávares asesinados en Andrinópolis. Como es lógico, esta declaración de guerra implicaba la ruptura de todo pacto firmado anteriormente entre ambas partes, y terminaba con las obligaciones adquiridas por los almugávares respecto a Bizancio. Todo este trámite tan aparatoso para desafiar al emperador

podría parecer absurdo y falto de sentido. Para algunos esta muestra de caballerosidad no hace sino avalar un supuesto sentimiento de nobleza moral y de profunda disciplina de los miembros de la Compañía, en unos momentos en los que la situación podía invitarles a cualquier cosa menos a la pérdida de tiempo en artificios oficiosos.

Sin embargo, y desechando por poco creíble esta teoría sobre sus altos valores morales, se podría pensar que esta maniobra buscaba sobre todo ganarse como partidarios suyos a las repúblicas de Venecia y de Pisa, ya que la enemistad tradicional de la Corona de Aragón con Génova hacia prácticamente imposible que ésta se decantase por los mercenarios frente al emperador. Entença y el resto de los suyos se sabían una vez más en el centro de un escenario dominado por enemigos, y su única alternativa era lograr hacerse con aliados poderosos que hiciesen pensárselo dos veces a los griegos antes de caer definitivamente sobre ellos.

El emperador respondió diciendo que él no había sido el responsable de la orden del asesinato de Roger, aunque Muntaner carga sobre él no solo esta orden sino también la que inicio ese mismo día una revuelta popular en Constantinopla que acabaría con la vida de una gran cantidad de aragoneses y catalanes que habitaban en la ciudad, tanto soldados como mercaderes, incluyendo entre ellos al propio Ferrán de Ahonés, que había llegado a la capital antes de la muerte de Roger acompañando a la mujer del César, la princesa María, y a su suegra Irene. Pero la historia de Ahonés durante esos días tiene tras de sí muchos más elementos en los que indagaremos después.

Los embajadores de la hueste, una vez finalizada su misión ante la corte, exigieron a Andrónico que les facilitase protección en su camino de regreso hacia Galípoli, tal y como era obligación para con los embajadores según las normas de la época. Pero las intenciones del emperador estaban muy lejos de darles esa protección. Apenas llegó la comitiva^[455], que iba falsamente protegida, a la ciudad de Redistro (Rodostos, Raidestós y actual Tekirdag), en la costa oeste del Mármara, a medio camino entre Constantinopla y Galípoli, sus componentes fueron cogidos en emboscada y asesinados sin piedad. Sus restos fueron descuartizados y colgados en cuartos como ternascos a la vista de todos. Muntaner encuentra aquí la explicación de una leyenda que existe en el golfo donde se haya la ciudad de Redistro, y según la cual existen en la proximidad de sus costas unas manchas de gran tamaño que se asemejan a la sangre. Estas masas de agua enrojecida solo son visibles en aquel golfo. El cronista asegura como verídica la historia que afirma que esa sangre existe y existirá para siempre en recuerdo de la carnicería que los griegos cometieron sobre los aragoneses y catalanes. Historiadores modernos han explicado con razonamientos mucho más lógicos este fenómeno, que en realidad se trataría sencillamente de emanaciones subterráneas que emergen mar a dentro y que, arrastrando materiales de colores rojizos, producen esa similitud con la sangre^[456].

De uno u otro modo, cuando se supo de la nueva traición pertrechada por Andrónico los ánimos ardieron todavía más dentro de Galípoli.

Esta versión de lo sucedido con los embajadores responde exclusivamente al testimonio de Muntaner. Por contra, Paquimeres no menciona ni una sola palabra sobre tales acontecimientos, y ni mucho menos sobre los asesinatos. Sin embargo, sí es posible que se mezcle la narración del catalán con una serie de hechos a los que el cronista griego da una gran importancia y que sucederían paralelamente.

Habría algunos interrogantes a considerar a tenor de las diferentes interpretaciones modernas de los hechos, como variaciones en cuanto al orden de los acontecimientos, o a que Entença partiese con su flota algunos días antes del asesinato de los embajadores en Redistro. En nuestro caso nos basamos en los datos ofrecidos por Muntaner para mantener este orden de los acontecimientos. La principal información en este instante del cronista catalán es la que asegura que, después de la partida de Entença de Galípoli, dos de los caballeros que permanecieron en la península fueron Siscar y Lopis, por lo que, según este hilo argumental, su elección como embajadores y su viaje hacia Constantinopla tuvo que ser posterior a la salida de Entença. En cualquier caso, el punto exacto de esa marcha no alteraría sustancialmente el desenlace de los sucesos, aunque quizás sí que condicionase las posteriores reacciones del nuevo megaduque.

Paralelamente, Entença iniciaba su periplo de saqueo y destrucción. La primera en sufrir sus asaltos fue Cízico, ciudad bien conocida por los almugávares y en donde tan amargo recuerdo habían dejado apenas llegaron a Grecia. Pero en esta ocasión sus habitantes, sabedores de lo que les podía suponer caer de nuevo en manos de aquellos salvajes extranjeros, y seguramente estando preparados para un más que probable ataque, plantaron cara a los invasores y lograron rechazar a las naves de Entença.

Viendo que el intento de tomar Cízico no podía triunfar, viraron el rumbo de la flota y se dirigieron a la ciudad de Heraclea (Perinto, a la que Muntaner denomina Recrea), y que se hallaba en la costa oeste del mar de Mármara, a tan solo veinticinco millas de la capital.

Esta próspera ciudad costera había sido entregada en tiempos de Miguel VIII Paleólogo a los genoveses en pago por su alianza hasta que decidió que éstos la abandonasen para instalarlos definitivamente en Pera (Galata). El 28 de mayo de 1305 los almugávares ocuparon la ciudad y pasaron a cuchillo a todos los que habían cumplido la edad de la pubertad, arrasando todo lo que hallaron a su paso. Los pocos supervivientes corrieron a refugiarse dentro de las murallas de Constantinopla. El escenario en la capital empeoraba por momentos, ya que no solo eran los desplazados desde el Oeste quienes acudían al refugio de sus muros sino que también eran miles los que, llegados desde Asia, esperaban encontrar al amparo de la capital protección ante el avance imparable de los ejércitos turcos, los cuales, aprovechando la debilidad y los problemas de los griegos en Europa, y el abandono de los territorios ocupados por la Compañía, se convertían, ahora sí, de manera permanente, en señores de toda la península de Anatolia. En Constantinopla aquel éxodo volvía a recordar situaciones ya vividas poco tiempo atrás, y que provocarían en la ciudad un grave

peligro de hacinamiento y de desabastecimiento.

Andrónico, en un intento desesperado de frenar el avance incontrolado de los aragoneses y catalanes, habría ordenado a su hijo Calo Juan Déspota que se dirigiese con su infantería y cuatrocientos caballeros a enfrentarse a la flota y a los hombres de Entença, impidiéndole que pudiesen desembarcar de sus naves y saquear las ciudades costeras.

Moncada sitúa en la localidad de Puente Régia, el 31 de mayo de 1305^[457], el choque entre las fuerzas aragonesocatalanas que habían logrado desembarcar tras tener información sobre la proximidad del ejército griego y éstos. A pesar de la superioridad numérica de los bizantinos, los de Entença, sintiéndose capaces de salir victoriosos, se lanzaron al combate y lograron un triunfo más cómodo de lo que se podía suponer en un principio. Gran parte de los griegos murieron en la batalla, e incluso el propio Calo Juan escapó, no sin apuros y con alguna herida, hacia Constantinopla. El emperador, al borde del colapso político, mandó armar al pueblo ante el temor de que el arrollador avance de los mercenarios llegase hasta allí.

Volviendo ahora a los trágicos acontecimientos que sucedieron en la capital los días inmediatamente posteriores a la salida de los embajadores de la Compañía, Muntaner, culpa al emperador de la revuelta popular contra los aragoneses y catalanes que se inició en Constantinopla a finales del mes de mayo de 1305. Pero en realidad todo se habría fraguado pocos días antes, teniendo al almirante Ferrán de Ahonés como principal protagonista.

Ahonés había llegado a la capital a finales de abril llevando en sus naves a la esposa y a la suegra de Roger, tal y como él mismo le había ordenado. Es muy probable que además de la orden de acompañar a la familia real búlgara, también le diese instrucciones para que permaneciese en la ciudad para mantenerle informado de las intrigas del emperador. Desde ese momento no se sabe que fue exactamente lo que Ahonés hizo, pero todos los indicios señalan que, una vez asesinado su capitán en Andrinópolis, se acercó a la órbita de Andrónico ofreciéndole sus servicios. Schlumberger asegura que Ahonés *adjuró de su religión y de las costumbres de sus padres para abrazar la fe bizantina*^[458], y aunque ésta es una afirmación demasiado arriesgada, sí que se puede pensar que, por un breve periodo de tiempo, el almirante aragonés se puso al servicio del emperador. O eso es al menos lo que él quería hacer ver a los griegos. El viejo emperador le recibiría con satisfacción ya que cualquier ayuda era bienvenida en ese instante, así que, a pesar de las reticencias y las críticas de una parte de su corte que no confiaban en absoluto en uno de los principales capitostes de la Compañía, le nombró almirante de la armada imperial y arregló su boda con una joven llamada Teodora, hija de Raúl *el Gordo* (Raül Pakhys), una de las familias más ilustres de Constantinopla.

La versión griega de estos hechos (que el propio Schlumberger considera más como una excusa que como una verdadera razón) es que Ahonés, tras ofrecer sus servicios a los griegos, aseguró que su nave y todos los hombres que en ella había,

colaborarían sin vacilación al lado de los ejércitos imperiales contra cualquier enemigo, y además prometió que podía conseguir un mayor número de efectivos reclutados de entre las filas de los hombres de Roger.

La cuestión es que se hace realmente difícil pensar como el experimentado, aunque desesperado Andrónico, confiase tan abiertamente en la palabra de quien había sido hasta entonces uno de los más fieles miembros de la Compañía. Es más, si estaba en ese instante en la corte, era simplemente como guardián de la esposa y de la familia política de Roger en previsión de algún tipo de ataque contra ellos por parte de los griegos. Sea como fuere, el emperador creyó en él y le abrió las puertas de su palacio.

Pero cuando el almirante aragonés se encontraba anclado en el puerto del Cuerno de Oro, un piloto griego descubrió que en las bodegas del barco se escondían más de cincuenta almugávares armados y dispuestos para el ataque. Rápidamente, el piloto corrió a advertir al emperador de la traición que se estaba fraguando. Las fuerzas imperiales sin perder un segundo se dirigieron hacia el puerto para comprobar si tales acusaciones eran ciertas, y cuando los soldados sorprendieron a los mercenarios ocultos, se inició un duro combate que terminó con la detención de los cabecillas de la conspiración, Ahonés incluido, así como de gran parte de los almugávares, mientras que el resto murieron en el choque.

Las noticias de lo sucedido se extendieron como la pólvora por Constantinopla y los ciudadanos, incitados hábilmente por los resentidos genoveses y por parte de las altas jerarquías de la corte y de la Iglesia griegas, se lanzaron a una revuelta popular que buscaba tanto el castigo para los mercenarios que ultrajaban una y otra vez al Imperio sin que nadie se lo impidiese, como contra el gobierno de Andrónico que no solo no había sido capaz de frenar sus desmanes, sino que daba la impresión de ser engañado por éstos una y otra vez, aceptando sus disculpas y otorgándoles de nuevo su confianza y provisiones de víveres y de armas. Ante la gravedad de los desórdenes, el patriarca de la Iglesia ortodoxa —no se sabe si motu proprio o a instancias del emperador— recorrió las calles y plazas de la capital intentando imponer la calma entre los sublevados. A través de él, el gobierno prometió a su pueblo que pondría de inmediato los medios para acabar definitivamente con los almugávares, preparando una flota de guerra que les daría caza. Los amotinados parecieron quedar convencidos en parte con las promesas que les hacían, y más aún cuando el emperador ofreció una importante cantidad de dinero en plata a los genoveses para que pusiesen su poderío naval al servicio de Bizancio en aquella empresa.

En el palacio imperial de Blanquerna comenzaron a respirar tranquilos. Los griegos persuadidos por las promesas de su emperador, al tiempo que por el cese de las incitaciones a la rebelión que habían surgido de los genoveses, los cuales ahora, tras recibir la suculenta suma de plata, habían apartado del blanco de sus iras a Andrónico, necesitaban, sin embargo, resarcirse de los abusos cometidos por los

mercenarios. Olvidando la responsabilidad de sus gobernantes, el objetivo pasó a ser exclusivamente la población aragonesa y catalana de la ciudad, tanto si estaban vinculados a la Compañía como si se trataba únicamente de comerciantes. Éstos, tras conocer las comprometidas noticias que llegaban desde todos los puntos de la capital, se reunieron y, ayudados por parte de la nobleza y de la jerarquía griega, se refugiaron en las casas y palacios de aquellos, creyendo que los muros de los gobernantes frenarían el impulso de venganza de la ciudadanía. Pero por desgracia para ellos se equivocaron. Los griegos levantaban sus armas y antorchas mientras recorrían la ciudad en busca de aragoneses y catalanes que matar. Ni siquiera la voz del Patriarca reclamando paz y que la multitud regresase a sus casas fue escuchada. Todos sus esfuerzos por salvar la vida de los extranjeros fueron en vano.

Sin entrar en profundidad en las motivaciones que llevaban al Patriarca a intentar salvar la vida de aquellos que durante los últimos años habían asesinado y ultrajado a los miembros de su Iglesia, se podría pensar que, además de por seguir las indicaciones directas del emperador, existían otras razones para esa carrera desahogada por todos los rincones de la ciudad, poniendo en riesgo incluso su vida ante la muchedumbre descontrolada. Esas razones no serían otras que evitar a toda costa que la población de mercaderes catalanes que tan buenos frutos económicos aportaban a las arcas de la corte, y que representaban en la práctica a los verdaderos embajadores de la Corona de Aragón en Bizancio, sufriesen las iras de los encolerizados griegos. Hay que tener en cuenta que, por encima de los problemas ocasionados por la Compañía y del apoyo solapado de los reyes de Aragón y Sicilia a ésta, los intereses en la política exterior de Andrónico II no le permitían perder definitivamente la tradicional amistad grecoaragonesa, incluso a sabiendas de que la Casa de Aragón, y en especial Fadrique de Sicilia, podían estar tramando una campaña contra su Imperio. Ante este panorama, el emperador pudo tener suficientes razones para defender a los comerciantes catalanes de la ira de su pueblo, y todo ello a pesar de que Muntaner lo sitúa a él precisamente como origen de la ola de venganzas.

De una u otra forma, la multitud hizo oídos sordos a las demandas de clemencia para los mercenarios y los comerciantes, y se dirigieron a las casas de los señores griegos en donde se les había dado refugio. El capitán Ahonés, junto con gran parte de su tripulación, había sido escoltado por la propia guardia imperial hasta la residencia de su suegro el noble Raúl *el Gordo*. Pronto se congregó ante las puertas de la fortificada mansión una gran cantidad de gente que exigía la entrega sin condiciones de los extranjeros. La rabia entre ellos iba en aumento, hasta que llegó un instante en el que ni el temor de atacar la propiedad de una de las familias de mayor rango de la corte les detuvo. Los ciudadanos armados se lanzaron contra la vivienda pero al ver que no podían forzarla con facilidad, la prendieron fuego, reduciéndola a cenizas. Los almugávares que se encontraban dentro lucharon hasta el final, pero todos sin excepción, incluido Ahonés, *murieron por el hierro o por el fuego*^[459]. El

mismo desenlace de la casa de Raúl se repitió en el resto de palacios de Constantinopla en donde se había amparado a los mercenarios. Lejos de ser aquella una masacre espontánea, sabemos por los cronistas griegos que hubo en todo momento una mano oculta que dirigía hacia sus objetivos al pueblo amotinado y le incitaba a desatender las palabras del Patriarca y del emperador. De nuevo los comerciantes genoveses estaban detrás de todo lo sucedido, y ahora además veían a su alcance la oportunidad de acabar al mismo tiempo tanto con los mercenarios como con los mercaderes catalanes.

Es demasiado suponer que fue fruto de la casualidad, pero, según la narración de Paquimeres, cuando la crisis se encontraba en su peor momento, en mitad de la noche, llegó al puerto de Constantinopla una flota armada de dieciséis navíos genoveses capitaneada por Eduardo de Oria, que atracó aprovechando la discreción que les brindaba la oscuridad.

Por su parte, la pequeña armada dirigida por Entença, que se había estado dedicando a la piratería y al saqueo de pequeñas poblaciones cercanas, viendo que nadie les podía hacer frente y que incluso la capital se hallaba indefensa y envuelta en una grave revuelta interna, pusieron rumbo hacia ella y se atrevieron a atacar en el mismo corazón del Imperio^[460]. Debido a sus muy limitados medios militares no llegaron a penetrar las inexpugnables murallas de Constantinopla, pero sí que todo parece indicar que habrían logrado entrar en su puerto y saquearlo. Esta situación no ocurría en la ciudad desde 1261 año en el que los griegos recuperaron su control. Es posible imaginar hasta que punto el ejército griego no disponía de la más mínima capacidad de defensa al comprobar como un reducido número de mercenarios sin apenas armamento de asalto, campaban a sus anchas a las puertas de la capital. Y no solo eso, sino que, como describe el propio Paquimeres, *los catalanes y los almugávares* (de nuevo el cronista diferencia entre unos y otros) *habían atacado a nuestros marineros dentro del puerto real, y para crear un mayor terror habían empalado a algunos de sus hijos, habían quemado a algunos de los hombres, y después de servirse de los otros para trasladar las mercancías robadas, los habían masacrado cruelmente*^[461].

El puerto se encontraba en llamas mientras era presa de la codicia de los almugávares que, como era su costumbre, asesinaban, violaban y robaban sin compasión. Fue entonces, cuando se percataron de la llegada de la flota que acababa de arribar. En un principio, y siempre por lo que nos cuenta Paquimeres, ya que Muntaner no menciona una sola palabra sobre todos estos acontecimientos, los de Entença pensaron que se trataba de naves aragonesas o sicilianas, quizás las del infante Sancho, que acudían en su apoyo ante las perspectivas de un opulento saqueo. Semejante idea encendió todavía más el ánimo de los mercenarios que se creían ya señores de Constantinopla. Pero pronto sus ilusiones se fueron a pique. Cuando acudieron a los muelles en los que habían amarrado los navíos recién llegados, comprobaron que no estaban ante aliados sino frente a una poderosa armada

genovesa. Éstos ocuparon rápidamente las posesiones que los almugávares habían tomado anteriormente en el puerto, y sin entrar a combatir esperaron prudentemente los movimientos de sus adversarios.

Cuando Berenguer y los suyos comprobaron la manifiesta inferioridad en la que estaban frente a los genoveses, cambiaron de táctica inmediatamente, y en lugar de plantar batalla, decidieron pasar de las armas a la diplomacia. Entença, envuelto de una cordialidad desconocida hacia los genoveses, se entrevistó con sus comandantes buscando un pacto común de no agresión. Los de Génova no atacarían a la flota de la Compañía y a cambio los almugávares no interferirían en los negocios comerciales de los mercaderes genoveses, renunciando a cualquier acto de piratería contra ellos en aquellas aguas. Para granjearse su confianza, recurrió a tratados firmados entre la República y la Corona de Aragón tras la Paz de Caltabellota, los cuales, siempre en teoría, los situaba en un mismo bando frente a Bizancio.

O al menos eso era lo que pretendía hacer creer a los genoveses. Buscando una alianza con éstos frente a los ejércitos de Andrónico II, el capitoste aragonés, mintió a los comandantes de Génova diciéndoles que, durante las revueltas de los últimos días en Constantinopla, genoveses, aragoneses y catalanes habían estado unidos para defenderse de la ira de los griegos, hecho que evidentemente era falso, es más, en realidad fue justamente al contrario, los mercaderes genoveses que habitaban en la capital fueron los principales cabecillas de la persecución contra ellos. Incluso llegó a asegurarles que la chispa de la rebelión había sido provocada porque entre ambas naciones se habían prestado ayuda en forma de víveres, lo que había encendido el odio de los bizantinos.

Como última argucia para convencerles de la necesidad de un pacto entre ellos, Entença argumentó la supuesta unidad que debían mantener como defensores de la fe de Roma, enfrentada a la herética religión griega. Por suerte para el aragonés, pocos días antes se había producido un serio conflicto en Constantinopla entre ambas confesiones cristianas, resultado del cual una congregación de monjes italianos había sido humillada y obligada a acatar la sumisión al patriarca griego, lo que sirvió perfectamente a los intereses de Entença para enarbolar la bandera de la cristiandad latina como vínculo común con los genoveses frente al adversario bizantino.

Los hechos se habían iniciado con el proyecto de unos monjes italianos de levantar una iglesia de su fe en pleno corazón de la capital. La iniciativa contó con la aprobación del emperador que, movido más por su afán de congratularse con el papado y con sus aliados occidentales que por sus creencias religiosas, hizo oídos sordos a la fuerte oposición que surgió desde la alta jerarquía de la Iglesia griega con el Patriarca a la cabeza. Los italianos, estaban confiados de la incapacidad del emperador por sus compromisos internacionales para frenar sus intenciones de construir una embajada de Roma en el mismo centro del Imperio cismático de Bizancio, lo que al fin al cabo no era sino una provocación y un desafío directo y en su propia casa a los griegos. Compraron uno de los solares más representativos de la

ciudad que se hallaba en la plaza Mayor, y procuraron que el edificio se levantase con la mayor celeridad posible. La irritación dentro de la corte se hizo insostenible para Andrónico y no tuvo más remedio que acabar cediendo a las demandas de la Iglesia griega y detener la instalación de los monjes en su nueva iglesia. También es cierto que los italianos no pusieron nada de su parte a la hora de calmar los ánimos y buscar una solución pactada al enfrentamiento. Por contra no cesaron durante todo el tiempo que duraron las obras de lanzar provocaciones a los griegos.

El exarca^[462] de Constantinopla fue el encargado de hacer cumplir las órdenes imperiales. Y éstas eran trasladar a los sacerdotes griegos de la iglesia de San Pedro hasta la nueva iglesia latina y darles su posesión. Deberían hacer inventario de todos los bienes y joyas que los italianos tenían allí depositadas y llevárselas de nuevo a la iglesia de San Pedro.

Mientras tanto, los monjes de Roma eran obligados a abandonar su iglesia y, como un favor, se les permitía permanecer en los almacenes que ellos mismos habían construido. Los monjes despojados de sus posesiones y avergonzados ante el pueblo, se dirigieron rápidamente a buscar el apoyo de los mercaderes genoveses que habitan en la pedanía de Pera, y les demandaron que vengasen las afrentas cometidas contra la fe católica. El máximo responsable de la milicia de Génova en Pera se comprometió a no dejar sin castigo las acciones de los bizantinos, y al poco ordenó salir a una partida de soldados para que atacasen directamente al exarca como responsable directo de los hechos. Solo la fulminante reacción de sus criados evitó que los genoveses acabasen con su vida, aunque resultó gravemente herido.

La rabia se extendió de nuevo por la ciudad y por la corte, pero los bizantinos, que dependían tanto militar como económicamente del poder de Génova, se vieron impedidos para resarcirse de quienes habían agredido casi mortalmente a uno de sus máximos dirigentes religiosos. La única resolución que fue capaz de tomar el emperador fue prohibir a los genoveses que apareciesen por la corte, y que atravesasen las puertas de la ciudad.

Esta fue la razón que empleó Entença para disponer a los marinos genoveses recién atracados a su favor y en contra de los griegos. Aunque por supuesto, no les mencionó que hacía ya algunos días que aquellos sucesos habían pasado, ni de que griegos y genoveses ya se habían reconciliado, incluso antes de que se iniciase la persecución de aragoneses y catalanes.

Los marinos, adversarios tradicionales de la Corona aragonesa y de quienes eran aliados de ella, no creyeron en ningún momento al intrigante Entença, y esa misma noche, después de la visita del aragonés, recibieron información directa tanto del emperador como de sus compatriotas de Pera sobre lo que realmente había sucedido durante las últimas semanas en la ciudad. Una vez escuchada esta versión de los hechos, descubierta la maquinación de Entença y, sobre todo, repartida la plata que Andrónico había ofrecido a los genoveses por acabar con los almugávares, no dudaron en poner sus armas al servicio de los griegos.

La situación no pintaba bien para los de la Compañía. Los griegos y los genoveses, más unidos que nunca, se apresuraron a organizar una poderosa armada que derrotase de una vez por todas a los mercenarios. Entença optó por retirarse de inmediato de las proximidades de Constantinopla, pero antes de que pudiesen reaccionar, el emperador había dispuesto más de diez mil hombres que, unidos al contingente que llegó como tripulación de las dieciséis naves genovesas al mando de Eduardo de Oria, formaron un ejército que *cubrió el mar desde Constantinopla hasta Regio*^[463].

En este punto se pueden plantear dudas a la hora de creer como cierta la cifra de diez mil soldados reclutados por Andrónico II en tan poco tiempo. Difícilmente hubiese podido el Imperio por sí solo congregarse semejante contingente armado en esos momentos. Además, la mayor dotación militar de Bizancio, mercenarios alanos y turcos incluidos, estaba reagrupada a las órdenes del coemperador Miguel desde hacía meses en Europa lejos de la capital, primero en Andrinópolis y en aquel momento en los alrededores de Galípoli. Así pues, o bien Paquimeres se refiere con estos diez mil hombres a la suma de los genoveses y del limitado contingente que pudiesen aportar los griegos, o quizás en esta ocasión hizo un cálculo demasiado eufórico de sus fuerzas.

Dejando por un instante el desarrollo de los acontecimientos nos detendremos a observar un detalle de gran importancia relacionado con Entença. Con el transcurso de la narración se define, cada vez más claramente, un perfil de Berenguer de Entença más astuto y conspirador. Desde su llegada existía sobre él una sombra de sospecha más que fundada en cuanto a que actuaba, no como refuerzo armado contra los turcos, sino como espía al servicio de los reyes de Aragón y Sicilia. No son de despreciar tampoco las dudas en su contra acusándole de tener ciertas responsabilidades ocultas tanto en los motivos que acabaron con el asesinato de Roger de Flor, como en la marcha repentina del hermanastro del rey Fadrique, Sancho de Aragón. Todo ello pudo ser urdido en pos de sus ambiciosos planes personales. En Galípoli, impuso su voluntad por encima de la de los demás capitostes del Consejo aunque se desconocen cuales fueron los argumentos que empleó para ello. Y ahora, tras el asedio y los incidentes de Constantinopla, aparece como un hábil manipulador que lograría engañar al emperador una vez más, y a punto estuvo de hacer lo propio con los genoveses. Toda una serie de ejemplos que confirman que Entença tenía bien ganada la fama como estratega entre los reyes de la Corona de Aragón, y una ocasión tras otra da muestras de ello, aunque no siempre sus intereses sean fieles ni coincidan con los de aquellos a quienes sirve.

Todavía empleará, por última vez, antes del combate que se acercaba, de su habilidad para mezclar la mentira entre medio de la batalla y de la diplomacia. Sin tiempo para escapar ni capacidad para responder militarmente al ejército grecogenovés, intentaría una treta desesperada. Ocultos en la noche, envió a algunos de sus hombres en secreto para que se entrevistasen con los pilotos de los navíos

genoveses, con el propósito de ofrecerles importantes sumas de dinero a cambio de que desertasen de sus puestos, evitando así que la armada aliada les diese alcance y tuviesen tiempo de huir a Galípoli. A punto estuvo de resultar su plan pero la confesión de alguno de los pilotos (ya que otros habían aceptado el dinero) descubrió el complot, y los almugávares se vieron obligados a entablar combate.

La batalla, que se desarrollaría en los alrededores de Regio^[464], tuvo el final que era de esperar. La flota genovesa, después de los intentos de corrupción de sus pilotos, en previsión de nuevas estratagemas y considerando que con sus medios podían lograr la victoria, no esperaron a que los teóricos diez mil soldados griegos se dispusiesen para combatir, y lanzándose en solitario contra las naves aragonesocatalanas, exterminaron sin contemplaciones a los almugávares. Esta vez fueron ellos los derrotados y la mayor parte acabaron muertos o gravemente heridos. Todas sus naves excepto una fueron apresadas o terminaron en el fondo del mar del Mármara.

Por su parte Entença, viendo que estaba todo perdido se rindió a los genoveses y su capitán Eduardo de Oria, le mantuvo oculto durante el resto de la batalla en el fondo de la bodega del barco, lo que hace que Paquimeres le acuse de cobardía al esconderse mientras sus compañeros perecían sin remedio. Rubió i Lluch^[465] (quizás apoyándose en V. Caro^[466]) cree que Entença subió a la nave genovesa confiando en que no iba a sufrir ningún castigo personal ya que, aunque se estaba produciendo un choque armado entre ambos contingentes, no existía ninguna declaración de guerra entre Aragón y Génova en ese momento, de manera que los genoveses respetarían su título. Además de esto, el propio Oria le habría entregado un salvoconducto que le aseguraría su libertad. Pero evidentemente, o bien no hubo tal salvoconducto, o bien el genovés faltó a su palabra.

Es posible que Oria, no solo decidiese emprender la lucha sin contar con los griegos ante el riesgo de que se repitiesen los sobornos a sus hombres, sino que además considerase mucho más fructífero para sus intereses aventurarse a la batalla y derrotar al reducido contingente de Entença en solitario, por la avidez de hacerse con el abundante botín procedente de las villas que acababa de asaltar y que portaba en sus naves, sin tener que rendir cuentas ni que repartir nada con el emperador.

No tuvo más historia esa batalla. Ese mismo día la flota aliada de griegos y genoveses regresaría triunfante al puerto de Constantinopla. Era el 31 de mayo de 1305.

Los genoveses no solo salían victoriosos de la batalla, con lo que lograban tomar venganza por los agravios anteriores, sino que al mismo tiempo afianzaban su control militar y político en la zona. También habían apresado a un rehén muy valioso tanto en Grecia como en futuras negociaciones en Occidente frente al rey de Aragón, y por si todo eso fuese poco, se quedaban con los abundantes bienes procedentes del saqueo que durante las últimas semanas había llevado a cabo el prisionero por la costa Mármara.

La visión que Muntaner trasmite de todos estos acontecimientos difiere enormemente de la de los cronistas griegos, pero, aunque su relato sea fundamental en gran parte de las ocasiones, en otras, como es este el caso, su palabra queda subordinada a la narración griega por sólidas razones.

En primer lugar, Muntaner, quizás porque se hallaba en Galípoli, lejos de donde sucedían los hechos, no se refiere en ningún momento a los graves incidentes de Constantinopla, salvo para denunciar la muerte del almirante Ahonés y del resto de aragoneses y catalanes, pero sin entrar en mayores explicaciones. Y en segundo término, el comportamiento de Entença, desde su falta de respeto a las decisiones del Consejo de la hueste, hasta su poco heroico acto de rendirse mientras sus almugávares morían en el combate, pasando por el intento de alianza con los genoveses, no es, evidentemente, el que el cronista catalán desea hacer ver en su obra. Ante esto, elabora una adaptación personal de lo sucedido, una versión que algunos historiadores han aceptado tradicionalmente como válida, probablemente, sin tener en cuenta las descripciones griegas.

El de Peralada lo refiere de la siguiente manera. Berenguer de Entença, después de haber saqueado la ciudad de Heraclea, se dirigía de regreso a Galípoli cuando de repente, entre Panido (Panión, actual Barbaros) y el cabo del Gano, se encontró con una flota de dieciocho galeras genovesas. Entença ordenó bajar a tierra rápidamente y colocar sus cinco naves con la popa fuera. Cuando ya se encontraban dispuestos para responder al ataque, desde la nave que dirigía la armada se acercó una barca hasta la orilla en la que estaba Entença. Muy cordialmente, su almirante Eduardo de Oria le saludó y le invitó a acompañarle a su barco para cenar en compañía de sus oficiales. Con una ingenuidad que lo hace totalmente inverosímil, Berenguer aceptó confiado la oferta y subió a bordo de los navíos genoveses, llevando solo una pequeña guardia personal y dejando en tierra al resto. Como es de imaginar, ante tan fácil presa, los genoveses aprovecharon la opípara cena para pillar desprevenidos a los pocos hombres que acompañaban a Entença, desarmarlos y acto seguido tomar a éste como prisionero. Aún intenta el cronista darle un leve toque de valentía a la situación, y en un movimiento literario de difícil entendimiento, los ingenuos huéspedes, entre los que se encontraba Berenguer de Vilamarí^[467], resistiéndose a ser desarmados, lograrían huir. Sin que se sepa cómo, alcanzarían la orilla y subirían de nuevo a uno de sus barcos desde donde se inició el combate. Cuatro de las cinco naves caerían en la batalla (al menos en este punto coincide con Paquimeres que también asegura que se salvó una de las naves aragonesocatalanas). Por supuesto, en la que se habría librado la lucha más encarnizada fue en la de Entença y Vilamarí, y en ella morirían todos a excepción del capitoste, el cual, en cualquier caso, terminó prisionero de los genoveses. El número de víctimas en uno y en otro bando tampoco deja de sorprender, sobre todo teniendo en cuenta que los vencedores fueron los genoveses y los vencidos los almugávares. Murieron, según Muntaner, cuatrocientos de los de Génova únicamente en el combate del barco en el que peleó Entença, sin contar los

caídos en el resto de naves, y doscientos almugávares en el total de la batalla.

Abundan las contradicciones que hacen pensar que Muntaner, intentando disfrazar la derrota y el dudoso comportamiento de Entença, lo que se propone es situar a éste en el mismo plano que al anterior adalid de la Compañía, Roger. Las coincidencias son indudables. Tanto Roger como Entença caen en trampas absurdas y más que previsibles de sus viejos enemigos.

Y para culminar la escena, ambos terminan en manos de sus anfitriones después de la cena, aunque por suerte para Berenguer su final no es tan trágico como el del de Roger. Visto esto, y después de conocer la interpretación de los griegos, es más que lógico creer que el catalán intentó encubrir con un manto de dignidad lo que en realidad había sido un estruendoso golpe al orgullo de sus camaradas.

Los navíos victoriosos de Eduardo de Oria entraron triunfantes en el puerto de Constantinopla. Andrónico II y su corte recibieron con todo el boato del Imperio a los genoveses. Aunque algo dolidos con ellos por la manera de llevar a cabo el ataque, los griegos descansaban tranquilos después de ver como el peligro de una invasión de la ciudad por parte de la jauría de mercenarios de Entença se había disipado. El brillo de las embarcaciones vencedoras contrastaba con la ruina de los barcos aragoneses que pasaban frente a la mirada de los orgullosos bizantinos *desordenados, mal equipados, sin pabellones y sin insignias*^[468].

Los genoveses, que sabían bien del valor de su prisionero, dieron en seguida muestras de que no estaban dispuestos a entregárselo al emperador sin más. En lugar de atracar en la Galata, en la otra orilla frente a Constantinopla, se dirigieron a la zona del estrecho conocida como San Phocas en la zona más al norte del barrio de Pera y controlado totalmente por sus compatriotas, en donde amarraron los buques e hicieron recuento del botín. Al día siguiente se dirigieron a entrevistarse con el emperador. Éste, que ya se había percatado de que no iba a ser sencilla la negociación con Eduardo de Oria para hacerse con la cabeza de Entença, les agasajó con sus mejores galas y presentes. Ordenó regalar lujosas ropas bizantinas a los capitanes y repartir víveres para los soldados. Pero los regalos no impresionaron a los de Génova, acostumbrados a negociar y a sacar el mayor partido posible de sus operaciones mercantiles. El viejo emperador hizo su última oferta y ofreció, según Zurita, *cincuenta mil perpres de oro por él*^[469]. Schulumberger y Moncada rebajan esta cifra a veinticinco mil perpras o besantes de oro.

Los genoveses, a pesar de lo sustancioso del capital ofrecido, rechazaron la propuesta.

Las razones para ello no están claras. Es posible que no fuese suficiente aquella cantidad para cubrir las exigencias de Oria. Pero puede también que sus planes para con Entença fuesen más allá de lograr un simple rescate. La posesión de éste les podía garantizar una posición de ventaja en negociaciones futuras con la Corona aragonesa, o en todo caso, la posibilidad de un rescate mucho mayor, ya que el aragonés era en ese momento, y a pesar de su «desobediencia», la mano derecha del

rey de Aragón en cuanto a su política expansionista en Oriente. También se podría considerar que los genoveses se hubiesen metido sin querer en un callejón sin salida, ya que el actual momento de distensión entre la Casa de Aragón y el papado, podía verse roto por el secuestro de uno de los más afamados almirantes aragoneses. De otro modo, su entrega a Andrónico significaba su condena a muerte inmediata, por lo que el papel de los genoveses como participantes en ese asesinato agravaría aún más la situación y las repercusiones en la política del Mediterráneo occidental. Aun así, era una presa demasiado apetecible como para dejarle marchar sin más, y desde luego, en el caso de que lo pusiesen de nuevo en libertad, los griegos se sentirían traicionados y no se lo perdonarían fácilmente, lo que perjudicaría gravemente los tratados comerciales y la posición de privilegio de la que gozaba Génova en Bizancio. Es decir, quizás Entença se había convertido en una patata caliente para sus raptores, pero en tanto en cuanto se mantuviese esa situación de duda, el capitoste aragonés continuaría manteniendo la cabeza encima de los hombros, realidad ésta que no hubiese sido así de ser entregado a Andrónico. Cuando el emperador se dio cuenta de que los genoveses no estaban dispuestos a aceptar de ningún modo sus ofertas, intentó al menos que permaneciesen a su servicio para participar en la conquista de Galípoli, colaborando con el ejército de su hijo Miguel. Pero una vez más obtuvo un no por respuesta. Oria no era favorable a participar directamente en aquella guerra, bien por las repercusiones que le pudiesen suponer en Occidente, o bien porque no veía clara esta nueva empresa. Una cosa era derrotar a cinco naves mal pertrechadas con una flota tres veces superior y bien equipada, y otra muy distinta intentar el asalto de una ciudad fuertemente fortificada y defendida por quienes durante meses habían sometido a los turcos en Anatolia y a los propios griegos en su casa. Los genoveses pidieron al emperador seis mil ecus a cambio de su ayuda en el combate, pero Andrónico, cuyas arcas estaban demasiado empobrecidas, en lugar de pagarles con moneda de curso legal les ofreció el pago en lingotes de oro. La tasación y recuento debió ser algo costosa por parte de los de Oria porque mientras se encontraban realizando dicha labor, tuvieron tiempo para pensárselo de nuevo y cambiaron de opinión, devolviendo el oro y declinando su oferta. Schulumberger^[470] afina un poco más que el tibio Paquimeres y cree que lo que realmente ocurrió fue que los genoveses no estuvieron de acuerdo en que el valor de los lingotes equivaliese al del dinero pactado. Andrónico II abatido por el fuerte contratiempo, empleó el oro para pagar y equipar a sus tropas con la intención de levantar el ánimo de éstas, y prepararles para la dura guerra que se les planteaba^[471].

El soborno era un método habitual para lograr lo que no se podía conseguir con la diplomacia o con la fuerza, y si antes había sido Entença el que lo intentara, ahora era el mismo Andrónico quien probó suerte con los patronos de la flota de Oria. Hay opiniones divergentes sobre si el objetivo de la corrupción era convencerles de que, desobedeciendo a su almirante, luchasen junto al Imperio, le entregasen a Entença, o bien ambas cosas, pero por desgracia para él, sus planes también fueron descubiertos

por el astuto genovés:

[...] y porque acometiesen este caso había dado a los patrones de las galeras de la señoría diez y seis mil perpres y diez y seis pares de ropas de brocado^[472].

El emperador se desesperó viendo como acto seguido, tras conocer estas retorcidas intenciones, Eduardo de Oria salía con su flota de Constantinopla rumbo a Trebisonda en previsión de un posible asalto por la fuerza de los griegos. En aquella colonia genovesa en la costa del mar Negro se encontrarían a salvo y con la tranquilidad suficiente para planificar sus decisiones futuras. Lo hacía sin acceder a las demandas imperiales para que les ayudasen en tal difíciles momentos para ellos, con las riquezas apresadas en el combate, y sobre todo con Berenguer de Entença como rehén. Dos meses después de haber llegado a Trebisonda Eduardo de Oria levaría anclas y regresaría hacia Génova con la mayor parte de su flota.

Pero el valor del rehén era demasiado importante como para mantenerlo al alcance de los griegos y Oria decidió enviar a su prisionero a Génova inmediatamente, quizás ese mismo día o poco después. Dos de sus barcos fueron armados para realizar la singladura de regreso a su país^[473]. Las naves genovesas pasaron delante de Andrónico, cruzando el estrecho que vigila Constantinopla, sin que éste pudiese hacer el más mínimo ademán de detenerles. Pocas millas más allá llegarían frente a las costas de Galípoli, en donde ya conocían la noticia de la detención de Entença. Muntaner, como lugarteniente al mando de la fortaleza se apresuró a pedir una entrevista con el almirante de las naves genovesas para intentar negociar la liberación de capitoste. Su oferta consistía en diez mil perpras^[474] —*que cada perpra vale diez sueldos barceloneses*^[475]—, a cambio de la libertad del preso, pero, como ya hiciesen con el emperador, la respuesta fue negativa. Solo le permitieron proporcionar a Entença en persona mil perpras de oro para que pudiese emplearlas en aliviar su cautiverio, aunque en ese momento Muntaner le prometió también que haría todo lo que estuviese en su mano para vengar aquella afrenta que los genoveses habían hecho a él y a la Casa de Aragón, enviando embajadores en nombre de la Compañía para pedir la intervención de los reyes de Aragón y de Sicilia. En cualquier caso, Entença terminó por ser llevado a Génova en donde sufrió prisión, al menos durante unos meses, durante los cuales y con posterioridad a éstos, se desarrollaría una importante actividad política y diplomática al respecto de los hechos de «Romanía» entre el papado, las cortes aragonesa, siciliana y francesa, y las repúblicas occidentales. Una vez más, Entença tendrá un relevante papel como protagonista.

26. Huida hacia delante

El desconcierto reinaba en Galípoli. Tras algunas tímidas victorias y la resistencia que habían logrado establecer frente a los griegos después de la muerte de Roger, las últimas noticias no eran en absoluto halagüeñas. La prisión de Berenguer de Entença, la pérdida de sus hombres y de sus naves, además del asesinato de los embajadores, parecían abocar a los almugávares hacia un único camino posible, la rendición.

Los doscientos seis caballeros y los apenas mil doscientos cincuenta y seis almugávares que quedaban en la Compañía, decidieron reunir de nuevo al Consejo para tomar una decisión sobre su oscuro futuro. Las opiniones como era habitual estaban divididas. Después de largos y fuertes debates las posiciones se inclinaron por dos posibilidades. La primera era embarcar a toda la Compañía, incluidos mujeres, hijos y demás acompañantes, en las cuatro galeras y en los más de doce leños que todavía mantenían en su poder para dirigirse hacia Mytilene, en la isla de Lesbos (Meteli para Muntaner), la cual habían mantenido todo aquel tiempo como uno de sus baluartes en el Egeo, posiblemente reservando un pequeño destacamento de aragoneses y catalanes en la isla en previsión de que fuese necesario retirarse a un lugar seguro.

Quienes apostaban por esta idea de acudir a Mytilene creían que desde allí les sería más fácil reorganizarse para atacar de nuevo a los griegos. Sus contrarios consideraban vergonzoso huir de los ejércitos del emperador después de las traiciones de las que se creían víctimas y de los asesinatos y secuestros cometidos por él o por sus aliados. El honor les exigía venganza por todo ello, prefiriendo morir en un desigual y desesperado último ataque, antes que cargar con la vergüenza de una retirada sin haber honrado la memoria de sus compañeros.

¿Qué os diré?, que suele decir Muntaner. Finalmente, la decisión fue tomada.

Lucharían hasta la muerte contra los griegos. No solo eso, sino que aquellos que se negasen serían ajusticiados. La resolución era contundente, pero debieron existir algunas disidencias ya que se dio también la orden de arrancar varias tablas del fondo de los cascos de todas las naves que tenían, para persuadir de ese modo a todo aquel al que se le pasase por la cabeza la idea de hacerse a la mar. Muntaner en persona fue

uno de los encargados de ir a hundir los barcos^[476].

Cuando todas las posibilidades de escapar fueron bloqueadas, de nuevo Muntaner, como gobernador de la plaza, ordenó confeccionar cuatro banderas diferentes para distinguirles en la batalla que se acercaba:

[...] y yo mandé hacer una gran bandera de San Pedro de Roma para que estuviese en la torre maestra, y mandé hacer una bandera real del señor rey de Aragón, y otra del señor rey de Sicilia, y otra de San Jorge, y estas tres las llevaríamos a la batalla, y la de San Pedro que estuviese en la torre maestra. Y así, entre aquel día y el siguiente, quedaron hechas^[477].

La simbología es clara. El estandarte mayor, que se colocaría en la parte más alta del castillo de Galípoli, y por lo tanto sería visible desde la distancia, sería el de la Santa Sede de Roma. Puede parecer contradictorio que un ejército de desheredados mercenarios recurriesen a este símbolo pero en realidad tenía su sentido. De una parte, el desafío era evidente. La bandera del papado ondeaba en el corazón de Bizancio ante los ofendidos ánimos de la Iglesia griega, que una vez más se veía provocada en su propio país. Junto a esto, la espiritualidad religiosa de hombres y mujeres medievales que latía en el corazón de la Compañía se reconfortaba en esos momentos de apuros. Nadie puede decir que sus actos y su vida hubiesen sido nunca ejemplos de vida cristiana, pero cuando la sombra de la muerte se hizo más oscura sobre ellos, la esperanza de luchar, no solo por la venganza, sino también en nombre de una causa superior y sagrada, les llenaba de fuerzas para acudir a la lucha.

Parecido era el sentido de las otras tres banderas que portarían en el combate. El señal cuatribarrado de la Casa de Aragón y el estandarte con el águila negra de Sicilia, heredada de Federico de Hohenstaufen, representaban su vinculación —a pesar de las manipulaciones y las traiciones sufridas— con la Corona aragonesa, lo que, considerando la distancia que les separaba y la falta de apoyos reales de aquellos, se reducía únicamente a un plano simbólico y no a una fuerza práctica. Por último, la enseña de san Jorge, patrón de gran parte de territorios cristianos occidentales y orientales, e incluso musulmanes, y por supuesto de Aragón y de Cataluña, les infundiría el resto de la moral necesaria para enfrentarse al reforzado ejército griego.

La resolución aceptada por todos para convertirse en una auténtica nación independiente en el interior de Bizancio quedó todavía más patente cuando tomaron la decisión de acuñar un sello propio de la Compañía. Un sello que no solo iba a ser un elemento simbólico, sino que suponía en la práctica que definitivamente dejarían de ser un ejército mercenario y errante a las órdenes de otros, para comenzar a ser un incipiente estado —aunque sin fronteras físicas definidas— que regía su futuro siguiendo la voluntad de sus miembros. La marca gubernamental de los almugávares sellaría sus leyes y sus tratados comerciales, comenzando a tener validez oficial, no

solo en su seno interno, sino también frente a otros países. El *segell de la host dels ffranchs quí regne lo Regne de massedonia*^[478], se comenzaría a utilizar, como Muntaner indica, inmediatamente después de la detención de Entença. Sorprende que el título que crearon para este sello aludiese a un supuesto gobierno sobre la Macedonia ya que lo lógico hubiese sido que el territorio sobre el que planteasen sus derechos debería haber sido, en todo caso, el de la Tracia, que era la zona en la que extendían en ese instante su influencia, teniendo presente que nunca se trató de un dominio total del país, sino de un relativo control del campo y de las pequeñas ciudades. David Jacoby^[479] considera que la razón de que el nombre del sello hiciese referencia a Macedonia es que en realidad éste se forjó algún tiempo después, en el verano de 1307 cuando la Compañía abandonó la Tracia y penetró en Macedonia, aunque Muntaner es claro a la hora de situar el establecimiento del nuevo símbolo inmediatamente después de la detención de Entença a finales de mayo de 1305.

Lo que pudo ocurrir en realidad es que el cronista, con unas nociones algo difusas sobre la geografía griega, considerase que todo aquel territorio en el que se habían establecido, y que incluía a Galípoli como su capital, pertenecía a la región de Macedonia, y no a la Tracia^[480].

Confrontando las crónicas de Paquimeres y de Muntaner se observa como ambos coinciden en los acontecimientos que sucedieron a continuación, aunque existen diferencias en cuanto a la fecha exacta en la que cada uno de ellos sitúa la acción. Así, mientras Paquimeres dice que el 1 de junio de 1305 ya se había producido el primer choque importante entre los dos ejércitos tras la detención de Entença, Muntaner retrasa esta batalla hasta al menos una semana más tarde, aunque es cierto que tampoco especifica un día concreto sino que se refiere a que sucedió veintidós días antes de la fiesta de San Pedro en junio. Esto llevaría hasta el día 7 de junio, ya que la festividad de este santo es el 29 de dicho mes. En este caso es posible que Paquimeres no acertase con la fecha que da, ya que el último día de mayo entraban las naves victoriosas de los genoveses en el puerto de Constantinopla tras vencer y apresar a Berenguer, por lo que sería muy difícil que al día siguiente ya se hubiesen producido los nuevos combates, los cuales Muntaner sitúa con posterioridad al paso por delante de Galípoli de las naves que portaban al ilustre preso rumbo a Génova. A todo esto debemos añadir otra advertencia, y es que el propio cronista tiene un claro desliz en este momento al dar el año de 1306 en lugar del de 1305. Es evidente el error ya que tanto la lógica de la secuencia histórica, el resto de informaciones de los cronistas, así como la correspondencia oficial conservada apuntan sin lugar a dudas a 1305 como el año correcto.

En todo caso, manteniendo un margen de error de una semana, del 1 al 7 de junio, para enmarcar los acontecimientos, nos situaremos ahora en las últimas luces del día 6 de junio de 1305. El grueso de los almugávares que permanecían en Galípoli, después de haber sobrevivido a los casi dos largos años de luchas que habían pasado

desde su llegada a Constantinopla, se dispusieron a rezar delante de la puerta del castillo. Muntaner ordenó subir a lo alto de la torre a Bernad de Ventaiola, nacido en «Llobregat», junto a nueve compañeros más, y desde allí entonó el laus de San Pedro de Roma, y *todos le respondieron con lágrimas en los ojos*^[481].

A continuación se izó la bandera de la Santa Sede y todos juntos cantaron el *Salve Regina*. La devoción cristiana del cronista surge una vez más en este momento y afirma que, aunque el día era claro y sin una sola nube, en el mismo instante en el que la bandera de Roma se desplegó al viento y todos los almugávares se arrodillaron para rezar el *Salve Regina*, apareció una solitaria nube en el cielo que se situó sobre ellos y comenzó a descargar con fuerza, deteniéndose y desapareciendo en cuanto terminó el cántico. Por supuesto, el fenómeno fue interpretado como una señal de la bendición celestial. La noche la emplearon para la preparación de la batalla del día siguiente. Todos los que estaban en el interior de las murallas se confesaron esa noche, y ya de madrugada comulgaron, de tal forma que cuando salió el sol del sábado 7 de junio todos estuvieron dispuestos para luchar y morir.

Mientras esto sucedía, el coemperador Miguel había continuado sus preparativos para acabar definitivamente con los aragoneses y catalanes. Lejos de desanimarse por las primeras derrotas frente a aquellos tras la muerte de Roger, no cesó en su empeño de aglutinar un gran ejército que le proporcionase la victoria que tanto anhelaba. Desde su palacio en Andrinópolis dirigió a sus fuerzas curso abajo del río Hebrus. El porvenir de los aragoneses y catalanes estaba ligado por alguna razón extraña al nombre de un río. Sus más remotos orígenes surgieron junto a las aguas de aquel Ebro alimentado por las aguas pirenaicas, y ahora, cuando su final parecía cercano, de nuevo un río llamado Hebrus se convertía en el escenario principal.

Miguel IX estableció su campamento en el campo llamado de Pamphylia^[482], mientras que su ejército permanecía en la ciudad de Branchiale, a poca distancia del castillo de Galípoli.

Al mando de éste se encontraba el gran heteriarca Nostongos Ducas, el mismo que hacía algún tiempo, durante la campaña de la Compañía por Asia Menor, había sido capitán de las fuerzas griegas, y que después se enfrentó con Roger ante el emperador, siendo criticado y desautorizado. Es probable que a partir de aquel suceso Nostongos fuese uno de los altos cargos militares de los que más adelante nos hablará el cronista griego Theódulo, y que se encontraban en abierta oposición a la política de Andrónico, por lo que éste los habría apartado de su órbita más cercana y de la corte bizantina. Esto explicaría que el gran heteriarca hubiese buscado el amparo del coemperador en Andrinópolis, compartiendo además ambos un odio incubado desde hacía tiempo, y por diferentes razones, hacia los mercenarios.

Junto a Nostongos Ducas, capitaneaban a aquel ejército mixto, Humbertopoulos, gran tchaouch (tzaúsios), y el búlgaro Boesilas (Vojsil), al mando de los mercenarios alanos y turcoples.

La mañana del 7 de junio, ambos contingentes estaban listos para la batalla. La

bandera con las cuatro barras rojas del rey de Aragón la portaría Guillém Peris de Caldés, caballero catalán, el señal de Sicilia la llevaría al combate Ferrán Gorin (Gori), mientras que la de san Jorge sería para el aragonés Eiximén de Albero. Todavía habría una bandera más a la que no se había referido con anterioridad Muntaner, que fue la de Rocafort y que sería entregada a un hijo del caballero Guillém de Tous.

La disposición para el ataque no fue la misma dependiendo de la visión de cada uno de los cronistas, aunque en esta ocasión, dada su posición como testigo de excepción, parece más viable creer en la versión del catalán. Según éste, no dispusieron para el ataque ni vanguardia, ni centro, ni retaguardia. Directamente se colocaron los hombres a caballo a la izquierda —entre los que estaba el propio cronista—, disponiéndose los almugávares en el flanco derecho. Los griegos vieron enseguida la disposición de la Compañía al estar situados a menos de dos millas de distancia de ellos, sobre la ladera de una montaña que controlaba toda la llanura. Paquimeres da un posicionamiento distinto de los aragoneses y catalanes.

Dice que se situaron un hombre de a pie a cada lado de cada uno de los jinetes de la hueste, y como era su costumbre, armados con sus características azconas. El ejército griego por su parte, y de nuevo según Muntaner, estaba compuesto por veinte mil hombres a caballo, y aún se permitieron el lujo de dejar acampados a dos mil hombres más de a pie en su retaguardia, porque consideraban que no eran necesarios y que la batalla estaba ganada de antemano.

Mientras, en el castillo nadie se movió hasta que Bernad de Ventaiola terminó el rezo.

En ese momento sonaron las trompas y todos se dispusieron a luchar.

Los almugávares, que además de aguerridos luchadores también habían demostrado ser grandes estrategas, utilizaron antes del combate un ardid para debilitar y desordenar las filas bizantinas. Cuenta Paquimeres^[483] que, temiendo los de Galípoli que los habitantes de la península aprovecharan el desconcierto de la lucha para sublevarse y unirse al ataque griego, les metieron a todos en pequeñas embarcaciones dentro del puerto, manteniéndolos recluidos en todo momento. Después de tomar esta medida de precaución, se ocuparon de dejar sueltos todos los ganados y animales que había en la zona, poniéndolos bien a la vista de los soldados atacantes. La necesidad extrema y el hecho de no haber cobrado sus pagas desde hacía tiempo, provocó que gran parte de los reclutas bizantinos abandonasen sus posiciones y se abalanzasen sobre los rebaños que pastaban libremente por los campos. Aunque Muntaner no menciona nada de esto, ese fue el preciso instante en el que los almugávares, aprovechando el caos reinante entre los griegos, que cayeron inocentemente en la emboscada, se lanzaron sobre ellos en perfecto orden. La embestida fue brutal y en el instante en el que los dos bandos chocaron se produjo tal estruendo *que pareció que el castillo se cayera al suelo*^[484]. La mala disposición de los bizantinos, su excesiva confianza, unido al ímpetu desesperado de los

almugávares hizo que, aunque los asaltantes resistiesen la primera embestida valientemente, pronto tuviesen que replegarse y retroceder. Los aragoneses y catalanes empujaron a la caballería hasta las posiciones desde las que habían salido en la ladera de la montaña, en donde se hallaba el resto de la infantería que habían mantenido acampada.

Y nosotros pensábamos en atacar, que no había nadie que levantase la mano que no hiriese en carne^[485].

Pero no se acobardaron los bizantinos y una vez se reagruparon en la ladera de la montaña, intentaron responder al avance de la Compañía. Fue entonces cuando un grito unánime surgió de las gargantas de los almugávares:

¡Via sus! ¡Via sus! ¡San Jorge! ¡San Jorge!^[486]

Empujados de nuevas fuerzas arremetieron contra los sorprendidos soldados que no tuvieron otra opción que huir a través de las montañas. Los embravecidos mercenarios persiguieron al ejército griego que escapaba en desbandada hasta el lugar conocido como Monokastanon, a veinticuatro millas de Galípoli, en donde dieron por finalizada la persecución al caer la noche sobre ellos.

Al día siguiente, con la claridad de la luz del sol, hicieron recuento de bajas y del botín logrado, y como no, Muntaner desborda por sus páginas la euforia producida por la victoria, olvidando ceñirse a la realidad y dando unas cifras que con toda seguridad solo fueron tan optimistas en su fantasía. Dice el de Peralada que cuando regresaron al campo de batalla se encontraron con que habían matado a más de seis mil hombres de a caballo y más de veinte mil de a pie, mientras que ellos solo tuvieron una baja de entre los caballeros y dos de entre los almugávares de a pie. Esta valoración, además de increíble, no concuerda con sus estimaciones anteriores en las que aseguraba que eran dos mil los hombres de a pie griegos que había en las posiciones de Branchiale. Paquimeres, que en todo momento reconoce la derrota de los suyos y la ordenada y merecida victoria de los almugávares, da una cifra de bajas en su bando mucho más razonable, doscientos hombres muertos y varios altos mandos gravemente heridos. Es cierto también que Muntaner no solo incluye entre los caídos a los soldados, sino que suma un importante número de víctimas que morirían al intentar escapar y hacerse a la mar en las embarcaciones que poco antes habían dañado en el fondo de su casco, de forma que cuando se hallaban a poca distancia mar adentro se hundieron, muriendo ahogados sus tripulantes.

Pero no solo el cronista catalán presenta cifras desorbitadas en relación a las víctimas griegas, también Johan Ferrández de Heredia en su compilación de la Morea asegura que durante el tiempo que pasó desde el asesinato de Roger hasta esta batalla

los almugávares se habían comenzado a tomar venganza acabando con la vida de *mas de XXX mil griegos*^[487], lo que puede respaldar en parte la versión del cronista.

Durante ocho días —siempre según Muntaner— estuvieron los almugávares recogiendo el oro y la plata de entre los muertos *ya que los cinturones de todos los hombres de a caballo, y las espuelas, y las sillas, y los frenos, y todas sus armaduras estaban adornadas con oro, y cada uno llevaba moneda, y lo mismo ocurría con los hombres de a pie*^[488].

Se apoderaron, asimismo, de más de tres mil caballos, lo que hizo que les tocase en el reparto a tres animales por cada uno de ellos. Como siempre, su narración debe ser asimilada y estudiada después de pasarla por un tamiz de lógica y de contrastarla con el resto de testimonios.

Muntaner, en su función como gobernador del castillo, no se detuvo por más tiempo en regocijarse por la victoria lograda, y se apresuró a urdir un plan para conocer en que situación había quedado el ejército enemigo. Ordenó a cuatro griegos que habitaban en la zona —seguramente forzados y amenazados con hacer algún daño a sus familias— que hiciesen las funciones de espía para ellos. Los vistieron con las mejores galas al estilo bizantino y les dieron cuatro elegantes corceles, para que de este modo pasasen desapercibidos en su misión.

Dos de ellos fueron enviados a Andrinópolis para espiar los movimientos de Miguel IX, y los otros dos tuvieron que ir hasta Constantinopla y ver cual era la situación en la corte. Pronto regresaron los dos emisarios secretos de Andrinópolis y las noticias que traían no podían ser peores, el coemperador se dirigía hacia Galípoli con diecisiete mil hombres de a caballo y más de cien mil de a pie.

La propia narración de Muntaner obliga a recordar continuamente su marcada tendencia a la exagerar las cifras, pero en este punto se hace más que evidente lo desmesurado del contingente griego que el cronista asegura que se cernía sobre ellos, puesto que es a todas luces incomprensible que los bizantinos hubiesen podido aglutinar un ejército de semejantes proporciones, pues, de haber podido contar con todos esos miles de soldados, habría carecido de toda lógica que hubiesen tenido que recurrir a los servicios de la Compañía. Una milicia de cien mil soldados era más que suficiente como para salvaguardar por sí misma las fronteras griegas sin necesitar de la intervención de fuerzas extranjeras. En consecuencia, y a pesar de que históricamente ha habido numerosos autores que han aceptado las cifras de Muntaner, la lógica lleva a pensar que en ningún modo pudo ser viable que Andrónico II ni Miguel IX fuesen capaces de reclutar un ejército de más de ciento veinte mil efectivos y, que si hubiesen tenido esta capacidad, los almugávares nunca hubiesen pisado el suelo de Bizancio.

En todo caso, y aunque el ejército que se aproximaba fuese de menor envergadura, la situación de los de Galípoli, una vez más, era muy preocupante. El Consejo se reunió y se oyeron todas las opiniones sobre cual debería ser el siguiente paso. En esta ocasión el parecer fue unánime y confiados en los anteriores éxitos, y

en la protección de los santos, decidieron no esperar atrincherados la llegada de los ejércitos imperiales.

De manera que nosotros al cielo no podíamos subir, ni podíamos meternos en un abismo, ni podíamos irnos por mar, por lo que era evidente que teníamos que pasar por sus manos^[489].

Durante esos días no se sabe con seguridad quien se convirtió en el máximo responsable de la Compañía puesto que Muntaner no dice nada al respecto. En cualquier caso, todo apuntaría a que fue Rocafort quien tomó el relevo de Entença. Su experiencia y la confianza que los hombres tenían en él, le convertían en el principal aspirante al cargo. Pudo incluso haber sido el sustituto de Roger de Flor tras su muerte, pero el linaje de Entença y los apoyos con los que éste contaba desde la Corona de Aragón y Sicilia, le impidieron alcanzar en aquel momento el máximo rango entre los almugávares. Ahora sin embargo, una vez fuera de juego su principal rival, nada hace suponer que no obtuviese el control de toda la hueste.

Como uno de los mayores avales de esta teoría encontramos la palabra de Johan Ferrández de Heredia, quien poseía informaciones en el terreno político-administrativo aragonés de gran credibilidad. Este caso, asegura que Rocafort fue quien tomó la jefatura de la hueste:

En aquel tiempo Rocafort qui era estado capitan de la companya de los aragoneses, catalanes & espanyoles que era estada de fray Roger por la muert de fray Roger el qual el emperador Quirmiquali Paliologo fizo matar [...]^[490].

Puede resultar sorprendente a primera vista que Muntaner no mencione ni una sola palabra sobre el papel de Rocafort entonces, ni que tampoco lo desmienta, lo que lleva a pensar que lo que pudo suceder fue que, efectivamente, Rocafort tomase el mando pero, considerando que el cronista escribiría su obra mucho tiempo después, cuando ya sabía de los acontecimientos que el futuro inmediato les depararía, prefirió ningunear o al menos hacer que pasase lo más desapercibida posible la figura del nuevo capitoste, al menos en cuanto a su posición como líder de la Compañía. Otros de sus triunfos, como los que se lograrían después de la batalla de Apros no eran tan factibles de ser ocultados, así que el de Peralada no tendría más remedio que narrarlos. Aunque muy probablemente a su pesar.

Una fuerza del tamaño de la que se les aproximaba no podía entrar en batalla de manera compacta teniendo en cuenta la estrechez del territorio que daba entrada a la península en la que se hallaban, por lo que no tendrían otra opción que crear una vanguardia de caballería que iniciase el ataque. La táctica del Consejo fue abandonar

la seguridad que les brindaba el castillo y buscar el choque directo contra aquella vanguardia bizantina. Si eran capaces de sorprender a las primeras líneas de su ejército y vencerlas, el resto de la milicia comenzaría a dudar de sus posibilidades, lo que les llevaría a un desconcierto que sabrían aprovechar.

Mientras, en Constantinopla, el emperador Andrónico había recibido las funestas noticias sobre las últimas derrotas de los ejércitos capitaneados por su hijo, los cuales representaban sus últimas esperanzas de deshacerse de los aragoneses y catalanes. Las sucesivas derrotas (exceptuando la victoria lograda por los genoveses frente a Entença, aunque después se volvió en contra del propio emperador), las humillaciones sin castigo cometidas por la Compañía contra la población griega, la crisis económica y monetaria en la que se hallaba sumido el Imperio, así como la incapacidad del emperador para poner freno a todo ello, habían provocado que la ciudadanía se encontrase al borde de la revuelta. El alto mando militar, por su parte, estaba dividido, y aunque una parte se mostraba en abierta oposición a la política de la corte, la mayoría de ellos respaldaban al emperador, o al menos eso parecía. El ánimo de éstos estaba todavía con fuerzas suficientes como para continuar resistiendo las adversidades, pero las tropas, por el contrario, se hallaban al límite de su paciencia. La falta de medios y sobre todo de sus pagas, había hecho que el desánimo se extendiese entre ellos. Como dice Paquimeres:

Las autoridades al mando, que son como el alma, tenían todavía todo su vigor. Pero las tropas que son como los miembros (del cuerpo), se resentían con la debilidad de la infancia, y no podían sino hacer movimientos imperfectos que daban lástima^[491].

El 1 de junio de 1305 el emperador se vio en la necesidad de convocar en asamblea a los principales ciudadanos de Constantinopla para intentar calmar los ánimos. Buscaba justificar su decisión inicial de alistar a los aragoneses y catalanes, y para ello les recordó el momento de extremo riesgo en el que se hallaba Bizancio cuando fue realizado dicho llamamiento; además puso el ejemplo de otros emperadores que le habían precedido en el cargo y que emplearon igualmente fuerzas mercenarias extranjeras para su defensa, como fue el caso de Juan Ducas o de su propio padre que llegó a nombrar megaduque a Ícaro. Como tantas veces se ha repetido en la Historia, el gobernante se eximió de toda responsabilidad por la nefasta política que había llevado a cabo, así como de sus desastrosas consecuencias para el estado, achacando toda la culpa a la voluntad divina. La cólera de Dios era la que había castigado a Bizancio por sus pecados y por la ineptitud de los oficiales que rodeaban al emperador. Continuando con su discurso, exhortó a todos a mantener la calma en aquellos difíciles momentos, y sobre todo a no criticar en modo alguno las decisiones del gobierno.

Reclamó confianza absoluta en su política, lanzando al mismo tiempo duras

advertencias hacia quienes intentasen promover la disensión hacia él o sus consejeros. Y para todo esto no dudó en hacer a todos los que le escuchaban portavoces de su palabra y delatores de todo aquel que pudiese incitar a la revuelta. Para terminar, recordó como la oposición a su persona o a su política no acarrearía sino el enfrentamiento entre la ciudadanía, y como consecuencia una fratricida guerra civil que aniquilaría totalmente a la nación.

Para sellar aquella asamblea y asegurarse la lealtad de los que estaban allí presentes, ordenó que todos sin excepción pasasen a jurar sobre los Santos Evangelios *prometer con juramento ser fieles a los emperadores, no promover ningún tumulto, y ejercer toda fuerza contra aquellos que los promoviesen*^[492]. No solo los que se encontraban en aquella asamblea fueron obligados a jurar lealtad a Andrónico, a continuación los oficiales recorrieron las calles de la capital con las Sagradas Escrituras en la mano para hacer cumplir el mismo ritual a todo aquel que encontraban a su paso.

En el Este los preparativos de la guerra seguían su frenético curso. La inesperada derrota sufrida frente a la Compañía, había encendido todavía más el odio de Miguel IX, quien había prometido no cesar hasta vengar toda la sangre de sus súbditos derramada por los almugávares. Tomando él mismo el mando directo de sus ejércitos salió de Andrinópolis en dirección al castillo de Apros, hacia el Sur, a medio camino de Galípoli. Sería éste el lugar elegido para la batalla, y si le era posible, no dejaría pasar ni un día más de por medio.

A pocas millas de distancia, los de la Compañía habían optado por jugar sus escasas oportunidades a una sola partida. Dejaron nada más que cien hombres y a las mujeres en Galípoli, y el resto iniciaron una marcha de tres días hacia el Norte en busca de los griegos.

La tercera noche acamparon a las faldas de una colina sin saber ni ellos ni los bizantinos, hasta que no vieron las luces de sus respectivos fuegos, que cada uno de los ejércitos estaba acampado a uno de los lados de la montaña. Del mismo modo que harían sus enemigos, los almugávares enviaron como espías a dos griegos que habían hecho prisioneros, y que como ya habrían hecho en otras ocasiones, tendrían amenazados de algún modo para asegurarse su lealtad. A su regreso les confirmaron que al otro lado del monte, en el castillo de Apros, se hallaba el coemperador Miguel junto a seis mil de sus caballeros y una cantidad importante de soldados. El resto de su ejército estaba instalado a tan solo una milla de distancia. Grégoras da una secuencia diferente respecto a quienes fueron los que llegaron primero a la llanura de Apros. Él cree que fueron los almugávares, acompañados por contingentes de turcos que se les habían aliado ya, los que establecieron en primer lugar su campamento en esa llanura, entre las ciudades de Cipselos (Cipsela) y Apros^[493].

No será hasta tiempo después de esta batalla cuando Muntaner reconozca que varias compañías de turcos, sus enemigos hasta hacía muy poco tiempo, se habían aliado con ellos.

Sin embargo, tanto Paquimeres como Grégoras afirman que en este combate de Apros ya había una legión de turcos combatiendo junto a éstos. Grégoras es quien más afina, y así cuenta que fueron los aragoneses y catalanes quienes enviaron por aquellos días mensajeros a los turcos, que se habían apoderado de la costa oeste de Anatolia, para solicitar su ayuda. El griego piensa que en esa ocasión fueron quinientos los turcos que cruzaron el mar para entrar a formar parte de la Compañía. No se conoce hasta que punto estas cifras son ciertas, pero sí es cierto que no se equivocaba demasiado en cuanto al número de los efectivos de los aragoneses y catalanes, que él sitúa en torno a los tres mil hombres. A estos refuerzos se les sumarían también mercenarios procedentes de distintas nacionalidades, incluso griegos, que verían en la Compañía el único método de subsistir en esos instantes de guerra y desolación generalizada en el país^[494]. Según la versión de Paquimeres, los mercenarios de la Corona de Aragón sumaban un total de cuatro legiones frente a las cinco griegas. Existe además otro argumento que estaría en contra del testimonio de Muntaner, el de Johan Ferrández de Heredia, quien también avala la versión de la incorporación de turcos y turcoples antes de Apros. En todo caso, Muntaner no situará la entrada de efectivos turcos o de otras naciones hasta algunos meses después. Será entonces cuando profundizaremos en esta circunstancia tan especial, y sobre todo en las repercusiones que ello tuvo de cara a la posición de la Compañía en el contexto internacional. De hecho, esta alianza les haría pasar de ser cruzados contra los turcos, a ser aliados de éstos contra la cristiana Bizancio.

Los griegos llegaron a un lugar cercano a Apros denominado Imeri (Hemere), donde el coemperador distribuyó a su ejército. El búlgaro Boesilas se situaría en la vanguardia, en el flanco izquierdo, dirigiendo a los alanos o massagetas, y a unos mil turcoples, es decir, a los mercenarios menos apreciados por los griegos, ideales en estos casos para servir como carne de cañón. Justo detrás de ellos, a la derecha del coemperador, estarían los soldados de Tracia y de Macedonia bajo las órdenes del gran primicerio Cassianos, a quien seguirían el resto de tropas comandadas por el tío de Miguel, Teodoro, que habían sido llamadas desde Oriente. En el centro de la retaguardia, dejó a los soldados de élite valacos dirigidos por el gran heteriarca Nostongos Ducas. Para darle mayor solemnidad al combate le acompañaban desde la distancia su hermano Constantino Déspota y su «coper» o consejero de confianza Senncherim *el Ángel*, el cual era el encargado de velar directamente por la seguridad del coemperador. En total cinco legiones dispuestas ordenadamente para aniquilar a lo que quedaba de la Compañía.

Del mismo modo que habían hecho los mercenarios, Miguel IX envió exploradores para que inspeccionasen el terreno. Al poco tiempo regresaron con noticias sobre las fuerzas enemigas que se les aproximaban.

Al despuntar el alba del 1 de julio de 1305^[495], los almugávares se confesaron y comulgaron, prepararon sus armas e iniciaron el ascenso de la colina que separaba a ambos bandos. Desde lo alto vislumbraron el panorama que los griegos habían

preparado. Varios miles de soldados de diversas naciones estaban dispuestos para la lucha. Mientras tanto ellos, por encima de la victoria, lo que buscaban era sangre y venganza. No les hicieron esperar.

Descendieron la montaña entre gritos desgarrados, blandiendo sus «coltells» y azconas contra el cielo. La mayoría abandonaron sus caballos y a pie, libres de sus monturas, que era su forma natural de combatir, se abalanzaron sobre las filas enemigas. El choque entre la vanguardia de los jinetes alanos y turcoples, y los aragoneses y catalanes que bajaron como diablos por la ladera del monte fue terrible. Grégoras cree que se organizaron en una formación de triple fila, con los supuestos turcos a los lados y el grueso de la almogavería en el centro, esperando rodilla en suelo el asalto de la caballería. Siguiendo esa misma disposición de tres líneas de combate, se habría organizado también el ejército imperial. Aunque no se puede asegurar si se agruparon en línea y esperaron, o si directamente se lanzaron contra la caballería aragonesa, lo que sí se puede aventurar es que éstos buscaron la táctica de lucha que solían usar: penetrar entre las líneas de la caballería enemiga y, desde el suelo, rajar con sus anchos cuchillos los estómagos de los animales haciendo caer al suelo a los jinetes para, una vez aturdidos por el golpe, descuartizarlos a ellos también. Por fin tenían a su alcance a los responsables de la muerte de Roger, y esa era una ocasión que no estaban dispuestos a desperdiciar.

En los primeros momentos únicamente se distinguía una masa irreconocible de brazos y miembros hiriendo o heridos, pero tras el ímpetu inicial las dos formaciones comenzaron a mostrar síntomas de flaqueza. Los almugávares veían como estaban inmersos en un mar de enemigos que, aunque sin el arrojo que ellos tenían, les multiplicaban en número. Por su parte, los alanos y los turcoples, conocían de sobras como las gastaban sus adversarios, y de hecho en alguna ocasión lo habían comprobado en persona. Además, en el instante en el que vieron que aquella no iba a ser una victoria tan cómoda como les habían prometido los griegos, comenzaron a pensar que la reducida paga que les ofrecía el coemperador, ni estaba asegurada, ni era lo suficiente como para perder la vida ante aquellas bestias de Occidente. Todo esto produjo un sentimiento de desánimo que se extendió con rapidez entre ellos, de manera que empezaron a producirse las primeras retiradas. Poco a poco, éstas fueron haciéndose más numerosas, hasta que los turcoples, viendo que los alanos estaban rindiendo sus armas, comunicaron oficialmente a Miguel que abandonaban la lucha y su servicio, usando como excusa que no podían perder más hombres en esa batalla ya que su señor Tuctaïs les habían llamado a su país y no podían faltar a su obligación. Los autores griegos llegan incluso a acusar tanto a los alanos como a los turcoples de tener preparada con anterioridad esta estratagema para desentenderse de la batalla. Según esta teoría, los alanos ya tenían decidido de antemano abandonar el servicio a los bizantinos, es más, tras la retirada emprendieron directamente el regreso hacia su patria. También los turcoples podrían haber tramado días antes su propio plan, por el cual parte de ellos regresaría a Oriente mientras que otro grupo entraría a formar

parte de la Compañía. En definitiva, ese abandono evitó el retroceso de los almugávares, y en cuanto observaron como huían sus contrincantes, recuperaron las fuerzas incluso con mayor vigor, y se lanzaron abiertamente contra el resto de las compañías bizantinas.

Desde la retaguardia, Miguel IX se desesperaba viendo como su ejército huía despavorido o deambulaba sin orden por el campo de batalla. Sus ojos se cubrieron de lágrimas de rabia cuando vio como sus soldados y buena parte de sus generales y capitanes huían cobardemente de la lucha. Sabiendo que todo estaba perdido si no reaccionaban con rapidez, ordenó armar su caballo para dirigirse en persona al combate, se volvió a los pocos que permanecían firmes a su lado y les dijo:

Ahora hombres, este es un momento en el que es mejor la muerte que la vida y el vivir es más amargo que el morir^[496].

Acto seguido tomó sus armas y reclamó su montura. El caballo con las insignias imperiales que estaba a punto de ofrecerle su escudero escapó de las manos de aquel, metiéndose entre el fragor de la lucha y provocando momentos de duda entre los dos ejércitos que veían el caballo del coemperador cabalgando sin su jinete. Pero acto seguido, Miguel montó otra cabalgadura y tomando una lanza se lanzó al centro de la batalla. Su primera acción fue atravesar a un almugávar de lado a lado con la lanza y herir a dos más. Rápidamente los de la Compañía se percataron por su armadura de quien se trataba, y corrieron hacia él. Colocándose bajo el caballo de Miguel, un almugávar clavó su coltell al tiempo que destripaba al animal. El desconcertado hijo de Andrónico cayó de bruces al suelo y, afortunadamente para él, su copero personal y otro oficial que le guardaban las espaldas reaccionaron a tiempo y le sacaron de debajo de los cuchillos de sus enemigos, aunque no pudieron evitar que inmediatamente después se encontrara cara a cara con un marino llamado Bernad Ferrer. Éste montaba un llamativo corcel y lucía una reluciente armadura que habían conseguido en la anterior contienda a las puertas de Galípoli. Miguel al verlo pensó que se trataba de algún noble enemigo y fue a por él. Su espada logró alcanzar a Ferrer en la mano, pero el marino, herido y en peligro de muerte, se tiró sobre su adversario y sacando un pequeño cuchillo que llevaba guardado, le propinó más de trece cuchilladas, una de ellas en el rostro. Su guardia personal justo podía hacer lo necesario para salvarse a sí misma, y no fue sino por su destreza en la lucha, por la que en un instante de descuido pudieron llegar hasta su señor y sacarlo a rastras y malherido de entre los mandobles que le llegaban por todos los costados. Casi moribundo, humillado y con la cara marcada para siempre por la cuchillada de Ferrer, solo pudo rendirse y escapar, arrojando sus armas al suelo en señal de derrota. Sus hombres lo condujeron a duras penas hasta la protección del castillo de Didymotición, río arriba, en donde intentarían curar sus graves heridas^[497].

Con la victoria en sus manos, los aragoneses y catalanes continuaron la refriega mientras perseguían a los griegos y a sus aliados que escapaban como podían entre las montañas, o buscando el refugio de las ciudades cercanas. El mismo Paquimeres reconoce que de no haber sido por la intervención divina, por la llegada de la noche, y porque pensaron los mercenarios que de seguir la persecución podrían caer en alguna emboscada, habrían exterminado a la mayor parte de las legiones bizantinas.

Una vez terminada la batalla, la luz de la luna llena sobre los campos de Apros debió provocar una nueva alucinación en la mente de Muntaner y su balance de víctimas volvió a desequilibrarse. Por su recuento murieron diez mil hombres a caballo e innumerables miles de hombres de a pie en el bando griego. Entre sus compañeros, solamente once de a caballo y veintisiete de a pie.

La noche la pasaron en guardia, vigilantes por si los griegos se reagrupaban y les atacaban de nuevo aprovechando la oscuridad. Pero su victoria había sido lo suficientemente contundente como para anular por completo toda capacidad de reacción de sus adversarios.

En cualquier caso, su afán por mantenerse en vela durante toda la noche por miedo a una respuesta por sorpresa, demuestra que los aragoneses y catalanes no llegaban a creerse del todo el triunfo que acababan de lograr, o bien, dudaban de que la retirada de los alanos y de los turcoples fuese cierta y que no se tratase de una estratagema para cogerlos desprevenidos. Al día siguiente levantaron el campamento y recogieron el botín que había quedado abandonado.

Muntaner dice que fueron necesarios diez mil carros^[498] para recoger el total de las riquezas que consiguieron aquel día.

Cuando terminaron de hacer balance y hubieron enviado la caravana con el botín de camino a Galípoli, la mayor parte de la hueste se dirigió a las murallas de Apros, las cuales no está claro si llegaron a conquistarlas entonces ya que Muntaner solo habla de que permanecieron allí durante ocho días, pero no dice en ningún momento que tomasen el castillo. Lo que sí afirma es que aquel fue el principio de su control y devastación de Tracia:

Y de aquella hora en adelante toda la Romanía quedó vencida, y les teníamos metido de tal modo el miedo en el cuerpo que no podíamos gritar: «¡Francos! ¡Francos!», sin que enseguida pensasen en huir^[499].

Pocos días después regresaron todos a Galípoli para disfrutar de las riquezas y de la victoria conseguida.

Desde entonces comenzaron a hacerse frecuentes las incursiones o cabalgadas por Tracia y la costa oeste del Mármara, llegando incluso hasta las puertas de Constantinopla sin que los aterrorizados griegos pudiesen hacer el más mínimo intento de detenerlos. Con su ejército no solo derrotado sino también humillado, y sin

ninguna capacidad de reacción, ni de recurrir ya al servicio de mercenarios extranjeros para ayudarles, los ciudadanos de Constantinopla, junto a los miles de bizantinos que se habían refugiado entre sus inexpugnables murallas, veían impotentes como los aragoneses y catalanes terminaban de expoliar los campos y las pequeñas poblaciones del entorno, dando lo que parecía ser el golpe de gracia definitivo al Imperio.

Hasta tal punto llegó la soberbia de los almugávares y la debilidad de los griegos, que un día un almugávar de los de a caballo (quizás un adalid) llamado Pich dena Clara (Perico de Doña Clara para algunos autores)^[500], después de haber perdido en el juego casi todas sus ganancias de las últimas batallas, tomó sus armas y a sus dos hijos, y sin más compañía, se dirigieron andando hasta Constantinopla. Entraron sigilosamente en los jardines imperiales y secuestraron a dos importantes comerciantes genoveses que se encontraban en aquel momento cazando codornices. Se los llevaron a Galípoli y exigieron por ellos un rescate de tres mil perpras de oro (30.000 sueldos barceloneses). Este hecho no fue circunstancial. Es conocido que, especialmente desde este momento, los secuestros, así como el tráfico de esclavos, comenzó a ser una dedicación habitual entre los almugávares.

27. El tráfico de esclavos en la Compañía

Haciendo un inciso en la narración de los acontecimientos, es obligado tratar una cuestión que afectó directamente a los aragoneses y catalanes de Grecia: el negocio de la compra-venta de seres humanos.

El tráfico de esclavos es un aspecto poco estudiado hasta la fecha en cuanto a su repercusión en la economía interna de la Compañía. Este negocio y su repercusión en el mantenimiento de los almugávares representó siempre una fuente de riqueza y de intercambio, especialmente a partir del momento en el que se rompieron definitivamente las relaciones políticas y militares con el Imperio. Probablemente, sea el trabajo de Daniel Durán i Duelt, de la *Institució Milà i Fontanals* perteneciente al CSIC, el que más en profundidad ha tratado el asunto. Su artículo «La Companyia catalana i el comerç d'esclaus abans de l'assentamentals ducats d'Atenes i Neopàtria», incluido en el libro *De l'esclavitud a la llibetat, esclaus i lliberts a l'Edat Mitjana*, coordinado por M^o Teresa Ferrer i Mallol y Josefina Mutgé i Vives, como recopilación del *Coloquio Internacional* celebrado en Barcelona del 27 al 29 de mayo de 1999, es quizás la revisión más seria realizada sobre este fenómeno comercial. Como ocurría de manera habitual en la época, el botín conseguido tras una victoria suponía no solo un conjunto de enseres y bienes materiales (joyas, armas, dinero, cabalgaduras...), sino también la captura de un número de rehenes que, dependiendo de las circunstancias, podía alcanzar un elevado número de individuos. Es difícil aventurar con seguridad las proporciones que alcanzó esta actividad en la expedición de los aragoneses y catalanes por Asia Menor y Grecia, pero gracias a las referencias apuntadas por Muntaner y los cronistas griegos, así como por fuentes tan importantes como la documentación notarial de Creta, se pueden recrear bastantes de aquellos tratos y negocios basados en la venta y el tráfico de esclavos y de esclavas provenientes de los botines logrados por los almugávares.

Durante la primera etapa en Anatolia sabemos que la detención de hombres, mujeres y niños después de sus victorias fue una práctica habitual. A los pocos meses de su llegada a Bizancio ya mostraron que éste era uno de sus recursos económicos. Después de su primera incursión contra los turcos en los alrededores de la península

de Artaqui, además de vencer y no dejar con vida en la zona a ningún varón mayor de diez años:

[...] volviéronse a Artaqui con gran gozo y gran alegría, y enseguida metieron los esclavos y las esclavas en las galeras, y muy hermosas joyas, mandando el megaduque la mayor parte al emperador, y de las esclavas a la emperatriz y al hijo del emperador^[501].

Este tipo de comportamientos confirma que, si bien la obtención de presos era algo cotidiano para ellos, es posible que mientras estuvieron al servicio de un señor, en este caso Andrónico II, y tuvieron asegurados ingresos suficientes por otras vías, estos esclavos y esclavas fueron destinados como presentes para la corte griega, o sino puestos al servicio interno de la propia Compañía, encargándose tanto de las duras labores diarias que suponía el mantenimiento del un ejército errante y de sus familias, como de satisfacer las necesidades sexuales de los mercenarios. Pero, en principio, nada parece indicar que en estos momentos iniciales en Oriente buscasen mantener una fuente de ingresos añadida a través del comercio de esclavos.

Sí aparecen ocasiones en las que, ante la importancia del rehén, éste pasa a ser directamente víctima de un secuestro a cambio de rescate. Este sería el caso anteriormente señalado de Pich dena Clara, después de la victoria de Apros, o también el del recaudador de impuestos griego retenido en Mytilene poco antes de que Roger abandonase Asia Menor. Este funcionario imperial, Macrame, fue obligado a pagar un sustancioso rescate por salvar su vida.

Lamentablemente para él, no pudo reunir la cantidad que se le exigía y el verdugo separó su cabeza del cuerpo^[502].

Las noticias conocidas sobre transacciones mercantiles con esclavos en las que la Compañía es la fuente suministradora o quien los vende, coinciden con el periodo iniciado en 1306 y que finalizaría en 1309, es decir, desde que se rompiese el servicio remunerado por los griegos y hasta que entraron al servicio de un nuevo señor.

Cuando Constantinopla dejó de ser el motor de su economía mercenaria (a pesar de los continuos problemas para cobrar lo pactado), los almugávares vieron que tenían que empezar a buscar nuevos métodos para suplir esta carencia, ya que lo logrado por medio del saqueo y de los secuestros esporádicos no alcanzaba para equiparar aquellos ingresos. Con el paso de los meses se agravaría su situación. Las tierras de labor y las aldeas griegas de los alrededores de Galípoli y Constantinopla se fueron despoblando al escapar su población hacia zonas más seguras o hacia la propia capital. Como consecuencia de este éxodo rural, los campos sin labrar y los ganados moribundos se convirtieron en el único botín que podían encontrar en sus continuas algaradas, de manera que se convertiría en habitual el que cada vez con mayor frecuencia regresasen a sus campamentos con las manos vacías. Este progresivo

deterioro de las posibilidades de expolio de las zonas que controlaban, provocó que comenzasen a ver el secuestro de personas y su posterior venta en el mercado de esclavos mediterráneo como una más que interesante fórmula para mantener su economía.

Galípoli se convirtió en el gran mercado de la carne que suministraba de jóvenes mujeres y hombres a los harenes de Esmirna o del Cairo, lo que despertó las iras de la Iglesia romana. Aunque no está claro si por codicia o por comerciar con naciones infieles. Lo que sí es seguro es que la cuestión religiosa y moral no era la más determinante en este caso.

Cuando la Compañía abandonó Galípoli, algún tiempo después, para internarse en las regiones europeas de Tracia y Macedonia, el número de sus fuerzas se habrán recuperado, y como muestra de ello, los rehenes que se llevaran en su marcha con la intención de que les sirviesen en sus necesidades cotidianas, o bien para destinarlos a su venta era de *no menos de ocho mil prisioneros*^[503]. Lo que da una idea de las proporciones que este tipo de comercio pudo representar para ellos en ese tiempo.

Se sabe que un momento importante en el apresamiento de cautivos para su posterior venta como esclavos fue durante los ataques a los monasterios de la península de Athos. *La vida del arzobispo Danilo II*, crónica que narra parte de los acontecimientos sucedidos en esa época, es clara a la hora de denunciar esta práctica:

Estos pueblos ateos [...] llegaron al Monte Atos, prendieron fuego a muchos templos sagrados y saquearon todas las riquezas allí guardadas, llevándose a los cautivos como esclavos; y los que quedaban morían cruelmente de hambre^[504].

Las actas notariales de Creta son el cauce por el que se puede penetrar en estas transacciones con mayor minuciosidad, especialmente por los documentos de notarios cretenses como Angelo Cariolo, quien dio fe de cientos de estos acuerdos. Galípoli primero, y algún tiempo después Cassandria, se transformaron en el lugar de la salida rumbo a Creta de una gran cantidad de esclavos, y desde allí suministrarían a ciudades de todo el arco mediterráneo.

Los ejemplos son numerosos. Solamente entre julio de 1308 y el 29 de abril de 1309 existen cuarenta y tres actas de ventas de esclavos en las que el notario Angelo Carolo atestigua que la Compañía, o como él la denomina *exercitu catalano que est apud Thessalonicam*, era de donde se surtía este peculiar mercado humano. El puerto de Candía (Heraklion) en Creta era el origen desde donde se distribuirían los esclavos. Como muestras concretas de los acuerdos allí firmados tenemos, entre muchos otros, el efectuado el 11 de abril de 1306 por el que Benvenuto Griffio, ciudadano de Constantinopla, vende a Benvenuto de Lançaris, veneciano por aquel entonces habitante de Candía, a la esclava griega Keranna, comprada a los aragoneses

y catalanes^[505]. También el 1 de mayo de 1306 existen dos actas de venta de un esclavo de Pandio y de una esclava, una de ellas firmada por Emanuel Venetando y la otra por su padre Sergio, a dos ciudadanos de Candía. Los dos esclavos fueron comprados anteriormente por Emanuel a los almugávares en Galípoli^[506]. El 8 de abril de 1317 Nicolás Torón, catalán (o miembro de la Compañía) vendía un esclavo a un ciudadano cretense:

[...] ego Nicolaus Toron, catellanus habitator Thebarum, [...] vendo, [...] unum meum sclavum nomine Johane [...]^[507].

Éstos son solo algunos de los ejemplos conocidos. La misma rutina iniciada durante su estancia en Galípoli se repetiría durante el tiempo que permaneciesen en Tesalónica o en Cassandria. Los almugávares se encargaban del apresamiento de los futuros esclavos, para después venderlos a terceros que eran quienes se ocuparían de su traslado a Creta o a otros centros de venta para realizar allí la transacción final.

Respecto a la procedencia de los esclavos, es variada. Sabemos de treinta y tres griegos, cuatro búlgaros, cuatro valacos, además de otros muchos de los que no se menciona su procedencia. Se conserva abundante información relacionada con el tráfico de esclavos llegados de «Romanía», de nacionalidad búlgara, pero de algunos años más tarde en el este de Grecia^[508].

Desde inicios del siglo XIII existe documentación que demuestra como en Barcelona, capital económica de la Corona, se llevaron a cabo multitud de ventas de esclavos y esclavas búlgaras. Todas ellas registradas oficialmente por los notarios de la ciudad condal. Aunque es cierto que el periodo en el que se realizaron la mayor cantidad de estas ventas humanas fue a finales del siglo XIII, a causa de la invasión turca de Bulgaria, en una época conocida como «las tres cadenas de esclavos», también es cierto que dicho tráfico se había iniciado décadas antes durante la estancia de la Compañía en Tracia y Macedonia, tiempo durante el cual se enfrentaron a los búlgaros en diversas ocasiones.

Una vez adquiridos en Barcelona, el destino en donde acabarían los esclavos búlgaros (conocidos como «bugros» o «patarines» en los documentos notariales, que era como se denominaba en Occidente a los seguidores de la fe bogomila) serían los mercaderes, artesanos y altos funcionarios de toda Cataluña. Según el historiador V. Nikólov, eran preferidas las esclavas a causa de su docilidad, ya que los esclavos búlgaros no tardaban en aprovechar cualquier ocasión para huir.

Cursa es la primera esclava cuya venta está documentada en Barcelona, y que, con tan solo ocho años, adquirió un armador barcelonés en 1385 por el precio de 27 libras y 10 sueldos.

El primer varón del cual se conserva el acta de su compra fue Dimítar, de veintidós años, que también adquirió un armador en 1388 por cuarenta y cuatro libras.

28. Continúa la devatación de Tracia

Los aragoneses y catalanes seguían comportándose como señores absolutos de las tierras que iban desde las llanuras del río Hebrus hasta Apros, de la península de Galípoli y del rico territorio que se extendía desde ésta hasta la mismísima capital del Imperio, así como de buena parte de las islas del Egeo que daban entrada al mar de Mármara y al mar Negro. Campaban a su antojo saqueando y robando todo aquello que encontraban, regresando después a su fortaleza de Galípoli en donde se habían hecho fuertes.

Pero mientras los almugávares arrasaban el centro del Imperio, un nuevo problema surgió para la corte de Constantinopla en las tierras del Este. Los alanos, que les habían abandonado justo en el peor momento, en mitad de la que debería haber sido la batalla definitiva para los griegos, se dedicaban ahora, una vez liberados de toda vinculación política o militar con ellos, a asolar los territorios más occidentales. Del mismo modo que los ejércitos bizantinos bajo el mando de Andrónico se veían incapaces de frenar a los almugávares, las debilitadas y desmoralizadas fuerzas de Miguel IX tampoco podían ni siquiera plantearse un intento de resistir frente a los alanos. Así pues, éstos dejaron un rastro de destrucción y miseria en el camino de regreso a su patria, más allá de la frontera del Norte.

Andrónico, desbordado por los graves acontecimientos que se sucedían sin darle respiro, no tuvo más remedio que humillarse de nuevo y enviar a uno de sus oficiales a rogar, por un lado a los alanos que reconsiderasen su decisión de marcharse a su país, y por otra parte, a pedir a los turcoples que se tranquilizasen y que siguiesen confiando en la generosidad del Imperio. El elegido para esta misión fue Cutzimpaxis, un oficial alano que había combatido junto a sus compatriotas bajo las órdenes de Nostongos, y que además había sido en alguna ocasión embajador de los griegos ante el jefe de los turcoples, Tuctaïs. Cutzimpaxis poco pudo hacer, ya que tanto alanos como turcoples tenían tomada su decisión, de tal modo que el embajador de Andrónico solamente fue capaz de transmitirle ánimos a Miguel y de dirigir un reducido número de soldados que a duras penas intentaban poner algo de orden en los arruinados campos griegos.

Bizancio era un inmenso cuerpo moribundo y su capital, Constantinopla, el centro sobre el que se agolpaban los ansiosos buitres. Los genoveses, con su alma de mercaderes siempre al acecho, continuaron exprimiendo y aprovechándose del desesperado Andrónico.

Éste les había suplicado de nuevo que pusiesen a su servicio la parte de la flota que todavía mantenían en aguas del mar Negro. De las trece grandes naves de guerra con las que llegaron los genoveses, quedaban en ese momento once de ellas ancladas a puerto, ya que habían enviado dos para escoltar a Entença hasta su prisión en Génova. No sabemos cual fue el precio total que los genoveses demandaron al emperador para prestarle la armada, pero tuvo que ser muy alto ya que a cambio de los seis mil ecus que podía pagarles solo le ofrecieron dos galeras. El resto, cuyo precio no pudo pagar, permanecerían amarradas a puerto sin participar en la guerra, pero a la vista de los mercenarios para infundirles temor.

Sucedió entonces un hecho que acrecentaría la leyenda de los almugávares y de su espíritu irredento. Sorprende que en este caso no es Muntaner quien nos habla de la valentía de sus compañeros sino el griego Paquimeres quien, a pesar del odio que le habían producido éstos en su más profundo fuero interno, se ve obligado a ensalzar el arrojo y el alto grado de honor que los mercenarios conservaron en todo momento, aun encontrándose en situaciones dramáticas.

Al parecer las noticias sobre la derrota del coemperador Miguel en Apros y la brillante victoria de los aragoneses y catalanes se extendieron como la pólvora por todo el país. Pronto debieron llegar a Andrinópolis, en donde probablemente se había refugiado Miguel en su huida. El pánico se apoderó de sus habitantes, a los cuales les habían convencido de que aquella iba a ser la batalla en la que los griegos acabarían de una vez por todas con la Compañía.

Después del asesinato de Roger, asegura Paquimeres que habían quedado prisioneros en Andrinópolis seiscientos almugávares^[509]. Cuando los presos, sin saber de que modo, supieron del triunfo de sus compañeros, recuperaron el ánimo y se levantaron contra sus captores.

Después de atacar por sorpresa a los carceleros, lograron romper sus cadenas y se encaramaron a lo alto de la torre en la que se encontraban encerrados. Rodeados completamente por los guardianes, comenzaron a arrojar desde arriba todo lo que tenían a mano: piedras, maderas, hierros... mientras los griegos, abajo en la puerta, intentaban asaltar la fortaleza, al tiempo que hacían lo que podían por evitar el impacto de los proyectiles arrojados por los amotinados.

Los ciudadanos de Andrinópolis, en cuanto supieron de la rebelión, acudieron en masa para ayudar a sus soldados y reducir a los rebeldes. El odio acumulado hacia los extranjeros durante meses, en especial después de la dolorosa derrota de Apros, explotó y miles de griegos se echaron a las calles reclamando venganza y castigo para los almugávares. Los refuerzos hicieron que se decantase claramente la lucha y la mayor parte de los sublevados se vieron obligados a rendirse. Sin embargo, un

pequeño grupo tomó la determinación de pelear hasta la muerte y de no dejarse caer de nuevo en manos de sus captores. Los bizantinos que se encontraban en la calle decidieron poner fin a aquella resistencia. Amontonaron pilas de madera alrededor de la fortificación y les prendieron fuego. El torreón ardió rápidamente y las llamas se propagaron a través de sus vigas de madera, de manera que en pocos minutos la prisión parecía una gigantesca antorcha. Los almugávares vieron que, ahora sí, su final estaba cercano. Intentaron apagar el fuego con todo lo que tenían a su alrededor, incluso arrojando sus ropas, pero sus esfuerzos eran inútiles. Al fin, agotados, comprendieron que ya nada podían hacer para evitar su muerte, *se abrazaron para darse el último adiós, se santiguaron con la señal de la cruz, y se lanzaron todos desnudos al medio de las llamas. Dos hermanos, que lo eran más de espíritu que de sangre, se abrazaron muy estrechamente, se lanzaron al vacío, y murieron en la caída*^[510].

Antes de este trágico desenlace, los últimos aragoneses y catalanes que estaban a punto de saltar vieron como uno de sus compañeros, de poca edad, dudaba y estaba a punto de rendirse a los griegos por el miedo a la muerte. Con la absoluta convicción de que era lo que debían de hacer, agarraron al muchacho entre varios y lo lanzaron ellos mismos a las llamas.

Acto seguido se arrojaron ellos.

Paquimeres ve en este desesperado gesto la más profunda naturaleza de sus enemigos, la cual es capaz de cometer los más horribles crímenes contra la población inocente, pero que al mismo tiempo poseían unos valores y una ética sobre el honor y la dignidad inquebrantables, ni siquiera ante la evidencia de la muerte.

En otro plano de cosas, la victoria de la Compañía frente a los griegos alteró en parte la política internacional de los países occidentales. Los reyes de la Corona aragonesa seguían con excitación los asuntos de Grecia y preparaban en secreto planes para aprovechar la posición privilegiada que los mercenarios habían logrado en las últimas semanas. Pero no eran los únicos que vieron en este triunfo una posibilidad para defender sus intereses en Oriente. Una parte de la jerarquía de la Iglesia romana que se había mostrado tradicionalmente beligerante con el Imperio bizantino y con la que consideraban «cismática» religión griega, emplearon el auge de los almugávares para levantar de nuevo la bandera de las cruzadas.

El ejemplo de aquellos «cristianos» fieles a Roma que habían derrotado a los «degenerados griegos»^[511], como los denominaban algunos altos clérigos católicos, debía de mover al resto de súbditos del Papa y de la «verdadera fe» a iniciar una cruzada que tendría como objetivo, no la reconquista de Tierra Santa, sino el castigo y la aniquilación de Bizancio. Por fortuna para los griegos, que seguramente no habrían resistido un ataque de estas características, las naciones latinas no llegaron a un acuerdo, y el papado, al comprobar la falta de apoyos, abandonó por el momento la idea.

Parecía que los malos tiempos habían pasado para la Compañía. Ahora se

dedicaban a recorrer las tierras desde Galípoli hasta las puertas de Constantinopla, tomando todo lo que querían. Las ricas huertas griegas les proveían de víveres, las aldeas eran saqueadas y sus ganados robados, y quienes todavía habitaban allí eran usados como esclavos o sirvientes, y sus mujeres destinadas a la satisfacción sexual de los almugávares. No obstante, este control no era ni mucho menos total. Dominaban a placer los campos y las pequeñas poblaciones, pero como siempre les había sucedido, las ciudades importantes, aunque no sin un enorme esfuerzo por parte de sus defensores, se resistían a ser ocupadas. Las fuertes fortificaciones y las murallas de las ciudades bizantinas impedían sistemáticamente que pudiesen conquistarlas, debido a que su principal potencial era la lucha en campo abierto o en emboscadas, pero no estaban preparados para mantener con firmeza el sitio de una plaza que estuviese bien guarnecida y aprovisionada de víveres. No contaban con ingenios de asalto capaces de derribar o de salvar una muralla, ni tampoco tenían la experiencia necesaria a la hora de planificar estos ataques.

De hecho, el lugar que ahora empleaban como base de operaciones, el castillo de Galípoli, no lo conquistaron por la fuerza sino que habría sido el propio emperador quien los había instalado allí y fue posteriormente cuando decidieron apoderarse de él. Por supuesto que estas carencias no les impidieron tomar algunas poblaciones importantes, aunque siempre de manera temporal. Ellos conocían perfectamente sus limitaciones, y sabían que un asedio a una ciudad amurallada era un reto del que quizás no saldrían bien parados, de manera que evitaban ese tipo de asaltos siempre que era posible.

Muntaner se limita durante este periodo a relatar los éxitos de sus compañeros, pero no menciona nada de los logrados por los griegos a pesar de su precario estado militar y político. Afortunadamente, Paquimeres sí lo hace y con bastante detalle. Además el griego dará una visión distinta de los acontecimientos que sucederían a continuación.

El principal escollo con el que se encontraron aquellos días fue el almirante genovés Andrés Murisco^[512]. Militar de fama reconocida y aliado del Imperio, Murisco, o Morisco, se había hecho un lugar de excepción dentro de la armada bizantina, siendo en ese momento uno de los hombres de confianza del emperador^[513]. Al mando de dos naves de guerra que había logrado armar Andrónico, puso rumbo a la isla de Tenedós que se encontraba amenazada por las frecuentes correrías marítimas de la Compañía. No le ocupó mucho tiempo tomar el control de la plaza, a pesar de que hubiese sido un enclave relativamente fácil de defender para sus ocupantes, pero como ya hemos dicho, no estaban preparados para la lucha en las ciudades, y sobre todo el escaso número de hombres que se hallaban dentro del castillo les hacía prácticamente imposible asegurar su defensa.

Antes de que Murisco diese un ultimátum a los del castillo, acudió a entrevistarse con él una representación genovesa, la cual le ofreció su mediación para tomar la ciudad sin derramar sangre. Es muy posible que lo que los mercaderes buscasen fuese

hacerse con una posición de ventaja en Tenedós una vez que esta retornase a manos griegas. La isla era un bastión fundamental a la hora de controlar la entrada al mar de Mármara, además de estar situada en medio de las principales rutas comerciales entre Oriente y Occidente. Pero el capitán conocía perfectamente la forma de actuar de sus compatriotas genoveses, y de lo cara que solía resultar después la ayuda que prestaban. Así que desechó su ofrecimiento y trató directamente con los sitiados. Les prometió que si renunciaban a cualquier intento de presentar batalla les permitiría abandonar la isla sin daño. Los almugávares no dudaron en aceptar el trato y dejaron Tenedós lo más rápido que pudieron.

Esta victoria de los griegos, aun sin ser especialmente relevante en el plano militar, sirvió como revulsivo a la hundida moral bizantina, y la noticia se difundió rápidamente por todos los rincones del Imperio, de tal modo que los comentarios se fueron deformando hasta que finalmente se creyó en las calles de Constantinopla que Murisco, no solo había recuperado Tenedós, sino que también había vencido y expulsado a los almugávares de Galípoli, hecho totalmente falso^[514].

Pero las alegrías duraban poco para los bizantinos y casi al mismo tiempo, el búlgaro Venceslas, antiguo aliado suyo, se alzó en armas contra ellos como respuesta al agravio sufrido cuando la hija de Smitze, uno de los grandes de Bizancio, fue concedida en matrimonio a Eltimir, tío de Venceslas, en lugar de a él. En realidad, su ira no estaba motivada por el simple hecho de la boda, sino porque tras aquel enlace matrimonial el búlgaro veía alejarse toda posibilidad de entrar a formar parte de la corte de Constantinopla. En venganza recorrió con su ejército la Tracia, arrebatándole a su pariente los castillos de Yampole y Larde, lo que no hizo sino empeorar más todavía la penosa situación en la Europa griega. Algún tiempo después, Venceslas se convertirá en un personaje de gran importancia para el futuro de la Compañía.

Durante esas semanas una partida de almugávares atacó a la esposa del coemperador Miguel IX, la cual viajaba protegida por una fuerte escolta por la ruta que lleva de Tesalónica a Constantinopla^[515]. La princesa Rita, que era a su vez hija del rey de Armenia Hethoum II^[516], no debió recibir daño alguno aunque los griegos se desesperaban cada vez más al ver como ni la familia real tenía garantizada la suficiente seguridad como para viajar por su propio Imperio.

Los graves sucesos que estaban sacudiendo a Bizancio no tardaron en tener importantes consecuencias en su capital, y uno de los principales protagonistas de aquel momento sería el Patriarca de la Iglesia ortodoxa, Athanasio I.

29. Athanasio I, Patriarca de Constantinopla

Athanasio I había nacido en Andrinópolis, en Tracia, entre 1230 y 1235.

Siendo aún un niño fue ingresado en un monasterio de Tesalónica, y poco tiempo después entró a formar parte de una comunidad monacal del Monte Athos. En sus años de juventud peregrinó a los lugares santos y dio muestras en todo momento de un gran ascetismo. Su activismo contra el proyecto de unir las iglesias católica y ortodoxa impulsado por el emperador Miguel VIII le supuso pasar prácticamente a la clandestinidad, pero al mismo tiempo surgiría una leyenda a su alrededor que lo erigiría como un ejemplo dentro de la comunidad religiosa. Muerto Miguel VIII, Andrónico, en contra de lo que hiciese su antecesor, lo reconoció con los mayores cargos dentro de la Iglesia griega.

Su gobierno como Patriarca de Constantinopla transcurrió desde 1289 hasta 1293, perdiendo el poder durante un tiempo a causa de las presiones de sus opositores, aunque poco después, en 1303, recuperó su posición a la cabeza de los ortodoxos hasta 1309^[517]. La ironía pondría fin a la historia de Athanasio siglos después de su muerte. Él, que había dedicado su existencia a la defensa de la Iglesia ortodoxa, oponiéndose febrilmente a la unión con la romana, terminaría, a causa de una confusión, representando algo muy distinto^[518].

Tras su muerte, sus restos fueron venerados durante más de un siglo en el monasterio de Xerólofos, hasta que un mercader veneciano, Domenico Zottarello, confundiéndolo con otro Athanasio, el padre de la Iglesia Athanasio de Alejandría, robó la momia y la llevó a Venecia. Las reliquias, fueron consideradas desde entonces, y sin ningún género de duda, como las del Athanasio de los primeros años de la Iglesia, santo y doctor de Roma, símbolo de la autoridad y de la unidad de la Iglesia. De Venecia pasaría, siglos después, por distintos templos, hasta que a principios del siglo XX, sus restos y su figura, o mejor dicho, sus restos unidos a la figura de Athanasio de Alejandría, serían declarados por Roma como símbolo *pro Unione Ecclesiarum*, es decir, la representación de la unión de las iglesias cristianas. Todavía habría una vuelta de tuerca más cuando, años después, el papa Pablo VI, envió sus restos al patriarca ortodoxo de Alejandría, Shenuda III, en muestra de

reconciliación al creer retornar las reliquias a su nación de origen. En definitiva, el destino jugó una esperpéntica jugada a Athanasio I de Constantinopla al convertirlo en símbolo de la grandeza de la Iglesia romana, y posteriormente de la unión de las dos iglesias, todo ello a pesar de haber dedicado su vida precisamente a lo contrario, la defensa de la Iglesia oriental y la lucha contra la unión con Roma.

Athanasio llevó a cabo importantes reformas en el seno de la Iglesia y de la jerarquía ortodoxa con el fin de devolver a ésta a su camino original, lo que quedó reflejado en sus decretos titulados *Acta monasterii xeropotami*. Sin embargo, todos esos cambios no fueron vistos con buenos ojos por una parte de los sacerdotes y monjes ortodoxos. El mismo Paquimeres, que recordemos era un alto cargo eclesiástico, y que hasta ese momento había defendido las decisiones patriarcales, arremete contra las nuevas ordenaciones impulsadas por el Patriarca ya que considera que recortan gravemente los ingresos y los medios de vida de todas las capas eclesiásticas de su Iglesia. Además, entra en el terreno personal cuando afirma que todas esas medidas que supuestamente buscan devolver a los religiosos a un estilo de vida más acorde con el mensaje original, no eran puestas en práctica por el propio Athanasio, el cual continuaba disfrutando de una acomodada posición:

Él (Athanasio I) se había convertido en el dueño de las rentas que suponían las aportaciones de las principales familias, y había reducido los ingresos de los eclesiásticos a una vergonzosa pobreza, bajo el pretexto de asistir a los pobres^[519].

El cronista le acusa de una gran perfidia, lo que hace pensar que verdaderamente la ruptura en el interior de la Iglesia ortodoxa fue traumática, y que se establecieron diferentes bandos totalmente opuestos en su seno. Athanasio habría estado durante años urdiendo sus planes en secreto y minando poco a poco a sus competidores. Para ello no se habría detenido ante nada ni habría renunciado a ningún método. Algunos de sus opositores fueron asesinados, otros alejados de la corte bajo presiones o falsas acusaciones, y el resto decidieron por su propia voluntad abandonar Constantinopla en previsión de peligros contra su vida.

Andrónico, a pesar de estar al corriente de la fuerte oposición que desde diversos ámbitos se levantaba contra el Patriarca, no le retiró en ningún momento su apoyo, aunque intentó que los odios que había fomentado no repercutiesen directamente en el gobierno.

Pero el máximo prelado continuó con sus maniobras políticas. No cesó hasta deshacerse del Patriarca de Alejandría, al que hizo alejarse física y políticamente de la órbita de Bizancio, para apoderarse posteriormente de algunos de los monasterios que le pertenecían, como fue el caso del monasterio de Hodeges.

El clima de crispación aumentaba día a día en el interior de las murallas de la capital. Las malas noticias sobre el estado del Imperio tanto en Oriente como en

Occidente no hicieron más que agravar la situación, lo que provocó el estallido de revueltas entre los ciudadanos bizantinos. Athanasio en sus sermones públicos, situándose por encima de cualquier responsabilidad y eximiendo también de ellas al emperador, culpaba de todas aquellas desgracias al pueblo griego y a sus innumerables pecados, lo que habría provocado, según él, que Dios cargase sus iras contra ellos. Como solución, únicamente proponía aumentar las procesiones de fe para pedir clemencia al cielo.

Sucedió durante una de estas demostraciones religiosas que se declaró un gran incendio. Iniciado en la Puerta de Cynegión, se propagó con rapidez por toda la zona llegando hasta el monasterio del Precursor. Este barrio, en el que abundaban los comercios y las casas de los mercaderes, quedó prácticamente destruido por el fuego. El gentío acusó al Patriarca de ser el responsable de la catástrofe ya que el fuego se pudo originar en la misma procesión a causa de alguna antorcha de las que se portaban. No obstante, Paquimeres, que se muestra como uno de sus principales opositores, aunque no le quita la culpa, sí que asegura que la magnitud del fuego se debió no solo a la procesión sino que, aprovechando la confusión, los ladrones hicieron todo o posible por avivar el incendio y de ese modo tener más tiempo para saquear los negocios de los comerciantes y artesanos. Andrónico tomó cartas en el asunto cargando todo el peso de la justicia sobre los responsables, pero esa respuesta no partió directamente de su iniciativa personal, sino que fue motivada por los cientos de habitantes de Constantinopla que se dirigieron en masa hacia el palacio de Logariaste, en donde residía entonces, para exigirle una respuesta inmediata^[520].

Otra muestra del malestar que se respiraba en la corte es la aparición de panfletos anónimos que criticaban la mala gestión del gobierno. Uno de esos escritos se extendió por toda la ciudad y su autor, en el más absoluto secreto, logró incluso dejar una de las copias sobre el asiento del trono de Andrónico para que éste lo leyese^[521]. Catzice, primer cetonita y uno de los cortesanos de confianza del emperador, encontró el texto y, creyendo que era algún documento que había olvidado Andrónico, se lo entregó en mano. Aunque los panfletos de ese tipo eran habituales en Constantinopla, como en tantas cortes, el emperador no debía llegar a saber de ellos en todas las ocasiones porque los miembros de su gobierno se encargaban de que esas noticias difamatorias no llegasen a sus oídos. Así que esta vez que supo de una de ellas de una forma tan directa, ordenó que se hiciese lo posible por averiguar quien había sido su autor.

Paquimeres dice que nunca se supo, pero también añade que Andrónico tenía muchas dudas sobre cual hubiese sido el desenlace final de haberse conocido su nombre, ya que sabía que solo alguien muy cercano a él pudo entrar sin ser visto hasta la sala del trono, dejar el escrito y volver a salir con total impunidad, lo que le llevaba a pensar que el responsable de aquellas hirientes líneas era uno de sus consejeros más cercanos.

El segundo gobierno de Athanasio I duraría hasta 1309, fecha en la que fue

forzado a dimitir por la presión de sus adversarios, especialmente del partido de los obispos arsenitas.

Fue canonizado después de su muerte, reconociéndose su trabajo en favor de la Iglesia oriental.

Como Paquimeres reconocería más tarde, el verdadero error de Athanasio había sido el creer que Constantinopla era un gigantesco monasterio, y querer someter a sus ciudadanos a las reglas monásticas más extremas^[522].

Pero en cuanto a la historia de los almugávares en Grecia, Athanasio I representa una aportación muy importante gracias no solo a su propia relación con los sucesos de aquel momento, sino sobre todo a la abundante correspondencia que mantuvo con el emperador, a través de la cual surgen importantes y abundantes referencias a ellos y a Roger de Flor.

Esta correspondencia fue publicada por Alice-Mary Maffry Talbot^[523] en 1975. Recientemente, el profesor Juan Nadal Cañellas realizó una nueva traducción de algunas de esas cartas, concretamente de las que se hace especial mención a los hechos protagonizados por la Compañía^[524]. El mismo trabajo aporta algunas fuentes poco, o prácticamente nada, estudiadas hasta la fecha en referencia a este tema, como las que llegan a través de los poetas griegos Manuel Moskopoulos^[525] o Manuel Philes^[526].

El texto de las cartas confirma lo que ya conocemos sobre la figura de Athanasio.

Su desprecio hacia todo lo relacionado con Occidente le llevó a posicionarse desde el primer instante en contra de la decisión de contratar a los almugávares, a los que consideraba como sicilianos (de hecho se refiere a Roger de Flor como *el Siciliano*) y enemigos occidentales.

Los sucesos posteriores no harían sino acentuar esa postura crítica, apelando en repetidas ocasiones ante el emperador para que expulsase a los mercenarios «italianos» del territorio bizantino. Como muestra, este fragmento de una de sus misivas a Andrónico II titulada *Carta al emperador relatando lo sucedido en Anatolia por obra de los sanguinarios almogávares*:

Elevo esta petición para que con la ayuda de Dios se mantenga la ciudad en seguridad, teniendo a los almogávares por enemigos nuestros y para que, con tu autoridad, te cuides de librar de éstos a los cristianos[...]^[527].

30. El fracaso de las negociaciones

El año 1305, que las crónicas marcan como *el veintitrés año del reinado del viejo emperador, y el décimo segundo del reinado del joven*^[528], estaba siendo uno de los peores que recordaban los bizantinos desde la caída de Constantinopla frente a los cruzados. Los turcos recuperaban, ahora sin oposición, uno a uno los territorios de Asia Menor, mientras que en Occidente, las provincias griegas se encontraban en la práctica en manos de los almugávares, los alanos y turcoples que habían abandonado el servicio del emperador y, últimamente, de los búlgaros del resentido Venceslas que ocasionaban no pocos problemas. La ribera del río Maritza (río Hebrus) era el escenario de continuas razias protagonizadas por aquellas bandas de bandidos, transformando un país rico y próspero en un suelo yermo y regado por la sangre.

La gran provincia de Tracia se hallaba a merced de unos y de otros, y los soldados imperiales, desmoralizados y atezados por el miedo, se negaban a salir del interior de las murallas de las ciudades para enfrentarse a sus enemigos, en parte por el pánico a sufrir nuevas derrotas y en parte porque sabían que las arcas del emperador no podían asumir ni siquiera el pago de sus soldadas. Miguel permanecía encerrado en Didymotición curando las heridas que había recibido en la batalla de Apros, y desesperándose al ver como al otro lado de los muros de la ciudad los bandidos saqueaban a su voluntad sus tierras y a sus súbditos.

Llegaron entonces a Constantinopla informadores procedentes de la costa de Anatolia que le comunicaron al emperador que los turcos estaban buscando una alianza con la Compañía, y que con tal fin se estaban preparando para cruzar el estrecho. Rápidamente armó la mayor cantidad de navíos que pudo y los puso al servicio de Andrés Murisco para que les impidiese su paso a Europa. Además, a través de sus espías, supo que las divisiones internas en el seno de la Compañía también iban en aumento y que se había detectado que algunos de ellos estarían dispuestos a cambiar de bando, abandonando a sus compañeros y aceptando entrar al servicio de Bizancio.

Todas estas circunstancias llevaron a Andrónico a buscar en la tradicional diplomacia bizantina la solución al conflicto con los almugávares, haciendo todo lo

posible para acrecentar el desacuerdo entre ellos, pero, al mismo tiempo, sin cesar en la presión militar marítima.

El intento de negociar a través de su hermana Irene había fracasado, y ahora se esforzaba por encontrar otro camino para acercarse y convencer a los aragoneses y catalanes de que depusiesen su actitud hostil contra los griegos. En ese preciso momento, en el otoño de 1305 se le presentó a Andrónico una oportunidad que parecía caída del cielo.

Después de la muerte de Roger, una de las primeras decisiones que había tomado Entença como nuevo líder de la Compañía, había sido enviar embajadores a las cortes de Sicilia y de Aragón solicitando la ayuda de la Corona aragonesa para hacer frente a los difíciles acontecimientos que se presentaban ante ellos, y en definitiva, para que ambos monarcas se vinculasen claramente en el conflicto de Grecia. Los elegidos en aquel momento para la misión fueron los aragoneses Garci López de Lobera, encabezando la embajada, Ramón Copons y junto a ellos, el catalán Ramón Marquet. Durante los meses transcurridos desde su partida no debieron tener noticias de ellos en Galípoli, pero de repente se presentaron ante el emperador Andrónico portando unas cartas enviadas personalmente por Fadrique de Sicilia. No se conoce el contenido de dichas misivas, es más, Muntaner no hace ninguna mención sobre estos embajadores, ni tampoco sobre la documentación que portaban, y lo que parece más extraño, sobre los hechos que relataremos a continuación y de los cuales solo tenemos conocimiento gracias al griego Paquimeres.

La crónica bizantina da el nombre de Jacobo al portavoz de la embajada que fue enviada a Sicilia después de morir Roger, y que ahora de repente se presentaba delante de la corte griega con las cartas del rey siciliano. Todo esto, al parecer, pasando de largo de Galípoli y haciendo caso omiso de sus compañeros.

No se conoce el contenido de la documentación que traían de Sicilia, pero por el resultado de la reunión entre los embajadores y Andrónico, parece ser que Fadrique no quiso participar —al menos abiertamente por el momento— en una guerra contra los bizantinos. El emperador, que sabía que los almugávares se verían seriamente tocados cuando supiesen que los reyes de la Corona de Aragón no les iban a enviar auxilio, realizó una hábil maniobra diplomática y se sirvió de aquellos mismos embajadores para lanzar un ultimátum delante de la Compañía. De algún modo debió de sobornar a los tres adalides de los almugávares que habían viajado a Sicilia en nombre de sus compañeros para que éstos aceptasen presentarse ante la asamblea en Galípoli y defender allí los intereses de Bizancio, aunque también existe la teoría de que no fueron motu proprio, sino que fueron apresados por el aliado de los griegos, Andrés Murisco, antes de llegar a Galípoli^[529]. El tal Jacobo (que sería en realidad Garci López de Lobera), había tenido un papel relevante dentro de la comandancia de la Compañía mientras Roger vivía, siendo uno de sus secretarios de confianza.

Además de esta posición de ventaja, los griegos se percataron de que se trataba de un experimentado negociador que podía serles de gran ayuda. Lo interrogaron a

fondo y cuando estuvieron seguros de que su lealtad estaba asegurada, enviaron a los tres de nuevo con destino a Galípoli llevando las ofertas y las amenazas de Andrónico. Para evitar que pudiesen engañarles, les asignaron varios funcionarios griegos expertos en lengua «romance» (probablemente catalán) que tomarían buena nota de todo lo que se dijese en la reunión entre los embajadores y los almugávares.

Es bastante dudosa la situación en la que se hallaban los tres enviados ya que, aunque se puede pensar que no confiarían en las intenciones del emperador, también debieron considerar que su defensa de los intereses de la corte les podría suponer un peligro evidente en Galípoli.

A pesar de todo, antes de partir de Constantinopla enviaron un mensaje a sus compañeros avisándoles de su próxima llegada, y pidiéndoles que por su seguridad les mandasen cinco caballos y una escolta de almugávares para protegerles. Esto demostraría que los embajadores no tenían la intención de traicionar o de situarse contra sus camaradas, ya que, de haber sido así, lo que se habrían procurado hubiese sido mayor protección de soldados griegos para salir después de Galípoli. Por otro lado, Paquimeres piensa que la Compañía accedió a mandar la escolta no por el cuidado de los tres hombres, sino para que los enviados realizasen una labor de espionaje en la capital y ponerse al día del estado real en el que se hallaban los griegos.

Cuando la comitiva llegó a Galípoli no se les debió de hacer un recibimiento demasiado caluroso, de hecho, Muntaner ni siquiera hace referencia a estos acontecimientos.

Así pues, llegado el momento de hablar delante de la asamblea, los mensajeros lo hicieron con voz firme y de su boca salieron exactamente las palabras dictadas por Andrónico:

El emperador Andrónico, quien os ha hecho venir a sus tierras, nos manda deciros. [...] Pero ahora que hemos venido en calidad de aliados, vosotros habéis actuado como enemigos, ¿cómo podéis evitar el justo reproche por la más negra de todas las perfidias?, ¿cómo os podéis justificar de haberos levantado contra nosotros con las armas que nosotros mismos compramos? [...] ¿Cómo excusaréis las crueldades que habéis ejercido contra cristianos como vosotros, si es que habéis confesado impudicamente que queríais ser crueles? ¿Hay alguna crueldad que no hayáis cometido? ¿No habéis desolado los países por los que habéis pasado? ¿No habéis masacrado a niños y ancianos, y antes de darles el golpe de muerte, no les habéis hecho sentir todos los tormentos que vuestra rabia a podido inventar?^[530]

Así continuaba la larga relación de denuncias expuestas por quienes un día fueron embajadores de la Compañía para pedir apoyos contra el emperador, y ahora lo eran del emperador delante de la Compañía.

Además de criminalizar los actos de los almugávares durante los últimos meses, el mensaje de Andrónico intentaba desvincularse de cualquier responsabilidad en la muerte de Roger, aduciendo que quienes cometieron el asesinato lo hicieron sin el conocimiento, y ni mucho menos el permiso, del gobierno bizantino. El mensaje imperial mostraba al fallecido no como un enemigo sino como uno de sus mejores aliados, por lo que no podían tener razones los griegos para desear su muerte, y siguiendo con esta teoría, descalificaba cualquier derecho de los almugávares para cargar su venganza sobre ellos, ya que se consideraban, o procuraban hacer creer, que eran inocentes de aquella confabulación.

La larga lista de delitos de los que les acusaron terminaba con un llamamiento al cese de su actitud violenta contra el Imperio y someterse a sus órdenes sin derecho a réplica alguna.

Dos eran las alternativas que les ofrecían. O bien regresaban a su patria por su propia voluntad (aunque eso sí, les permitían llevarse consigo todo aquello que habían logrado acumular a base de robos y asesinatos), o bien volvían al estado inicial de servidumbre al emperador renunciando automáticamente a cualquier tipo de demanda por anteriores servicios prestados, servicios que los griegos consideraban poco cumplidos y aun con todo, excesivamente remunerados ya.

La respuesta de la asamblea fue unánime y rotunda. No estaban dispuestos a plantearse la idea de abandonar Bizancio en tanto en cuanto el emperador no les pagase todo lo que les debía. Además, exigían la puesta en libertad de todos los prisioneros aragoneses y catalanes, tanto almugávares como mercaderes, que se encontraban detenidos en Constantinopla. La siguiente condición era la devolución de las naves apresadas por los genoveses amarradas en el puerto del Cuerno de Oro. Y por último, hubo otro punto en su respuesta que muestra como tiempo atrás la Compañía estuvo enviando al emperador de manera habitual parte de lo que obtenían en sus operaciones, y por ello reclamaban que se les abonase lo que se les debía por los caballos y esclavos que habían mandado a Constantinopla. De no ser aceptadas sus peticiones, la guerra continuaría y los campos y las villas seguirían siendo presas de sus ataques:

Si él (Andrónico) no quiere hacer nada de esto, que sepa que no tendremos ninguna pena ni vergüenza en tomar las armas, y que no dudaremos en absoluto entre si preferimos la virtud o la vida^[531].

Con esta respuesta dieron por finalizada la reunión. No se sabe si el mensaje dado por los aragoneses y catalanes al emperador fue trasladado a la capital por los mismos emisarios que lo habían traído, o si únicamente regresaron con él los funcionarios griegos que acompañaron a los embajadores, mientras que éstos permanecían junto a los suyos. Lo que es seguro es que la corte recibió con malestar y preocupación aquellas pésimas noticias para el Imperio.

31. Turcoples, turcos y griegos en la Compañía

La batalla de Apros, de la que salió victoriosa la Compañía en junio-julio de 1305 supuso un importante punto y aparte en la historia de la expedición en Grecia. Habían dado un golpe casi mortal a los ejércitos bizantinos y ello les supuso una gran inyección de moral de la que estaban muy necesitados en ese momento. Pero, además de esto, provocó de manera indirecta una serie de cambios no solo en cuanto al desarrollo del conflicto, sino en lo que correspondía a su propia idiosincrasia.

Son muchas las fuentes que hablan de un trasvase en avalancha de mercenarios de diversas nacionalidades que pasaron desde las derrotadas filas griegas hacia la hueste de aragoneses y catalanes. Los bizantinos engrosaban habitualmente sus ejércitos con diversos contingentes de mercenarios originarios de diferentes países de su entorno. De la misma forma que habían recurrido a los almugávares para hacer frente al peligro turco, habían hecho lo propio con alanos y turcoples. Según Grégoras^[532], los primeros desertaron al inicio de la batalla de Apros bien por miedo a una previsible derrota, o tal vez por no tener asegurado el pago de sus sueldos.

Los turcoples por su parte, a los que se les ha descrito como turcos convertidos al cristianismo, o como procedentes de Asia Menor y fruto del mestizaje entre griegos y turcos, se habían unido poco tiempo atrás a las tropas imperiales siguiendo al sultán Azatin. Por el pacto firmado entre ambos, los turcoples de Azatin recibieron el bautismo en la fe cristiana, y los mil soldados que formaban esa milicia entraron al servicio del emperador. Cuando en el campo de Apros vieron como los alanos se daban media vuelta y dejaban su flanco al descubierto, siguieron el ejemplo de aquellos y abandonaron a los griegos, pudiendo realizarse esta renuncia cuando estaba a punto de dar inicio el combate, o quizás después de los primeros choques.

En realidad, fueron dos los contingentes de mercenarios turcos que entraron en la Compañía. El primero en coaligarse con ellos fue el ejército del turco Calil (Khalil, Chalel, Halil). Según los griegos, fueron los almugávares quienes enviaron embajadores a Asia Menor para proponer un pacto a los turcos al ver que con sus

medios difícilmente podrían vencer a los bizantinos. Por contra, existe también la teoría de que en realidad fue el propio Calil quien se ofreció a los de Galípoli, al percatarse de que ese el momento preciso para lanzar un ataque conjunto que hiriese mortalmente a los griegos. Partiese la iniciativa de uno u otro bando, el hecho es que se podría asegurar que en mayo de 1305 almugávares y turcos firmaron un acuerdo para combatir unidos contra los griegos, lo que avala la teoría de que pocas semanas después se encontraban luchando juntos, codo con codo, en el campo de batalla de Apros.

Grégoras está convencido de que antes de la batalla ya se habían llevado a cabo negociaciones secretas entre ellos, de hecho afirma que participaron juntos en aquel combate:

A la salida del sol, también los enemigos, avanzando, se colocaron enfrente, teniendo a los turcos a cada una de las alas; y en el centro, por su peso, a las falanges de infantería de los catalanes^[533].

Otra fuente documental que apoya esta versión de los acontecimientos, y que por otro lado estaría libre de toda sospecha de estar predispuesta de manera negativa contra los aragoneses y catalanes, es la *Crónica de la Morea* en su versión aragonesa.

[...] despues se acordo con dos turquos de los quales el huno se clama Melich, et el otro, Calil. los quales avian pres de tres mil turcos en lur companya, et el emperador Quirmicali Paliologo qui era en Andronopoli huyendo que los turquos se eran aplegados con los catalanes et huuo miedo que destruuissen todo el Imperio, et apleguo toda quanta gent de armas pudo aver en su Imperio por yr contra ellos, et Rocafort qui era en Galipoli con los Catalanos et con los turcos huyendo quel emperador avia aplegado tanta gent et queria venir sobre ell, huvo su consello con los turquos et consellaron que millor era de sallir a encuentro al emperador, que esperar lo alli en Gallipoli. & fechio aquesti consello caualgaron tanto que trobaron la huest [...] ^[534].

Isaac Melik (Melich, Melic), capitán de los turcoples que hasta ese momento estaban al servicio de Andrónico, reconsideró entonces cual era el bando en el que más le interesaba estar y decidió también irse con sus hombres al lado de la Compañía, aunque es evidente que la decisión se precipitó tras comprobar como sus correligionarios, los turcos recién llegados de Anatolia ya formaban parte de ella. Muntaner, sin embargo, no reconocerá la participación de extranjeros entre sus filas durante la batalla de Apros, y retrasará esta alianza hasta algunos meses después.

En cuanto a la cantidad de mercenarios que aportaron cada uno de los grupos existen grandes variaciones dependiendo de las fuentes. Grégoras cree que el primer

bloque estuvo compuesto por los quinientos turcos que cruzaron el estrecho antes de Apros dirigidos por Calil^[535]. Éstos se sumarían a los aragoneses y catalanes que, según la misma fuente, sumaban en ese momento la cifra de tres mil. Después de ellos, se unirían a la Compañía los turcoples que desertaron en aquella misma batalla y que serían alrededor de mil quinientos hombres.

Esta cifra, la de los turcoples, es la que posiblemente esté más próxima a la realidad, puesto que coinciden tanto Grégoras como Muntaner. El segundo dice fue Xemelic (Melik), el jefe de los turcoples, quien se acercó algún tiempo después de Apros hasta la fortaleza de Galípoli para ofrecer sus armas al servicio de la Compañía. Según esta versión, Melik se presentó delante de los líderes de la hueste que se habían reunido en Galípoli y les prometió su lealtad y la de los suyos, todo a cambio de quedarse con el botín que lograsen en sus operaciones en Tracia, a excepción de una quinta parte del total que entregarían a los aragoneses y catalanes. El Consejo consideró la oferta y la aceptó de buen gusto, recibiendo a los turcoples como hermanos:

Y si jamás hubo gente que fuese obediente a su señor así lo fueron ellos con nosotros, y si antes hubo hombres leales y verdaderos, así lo fueron ellos en toda ocasión. Y fueron muy buenos hombres de armas y en todos sus hechos; y de este modo estuvieron con nosotros como hermanos y en todos los momentos estaban, con su hueste preparada por ellos mismos, junto a nosotros^[536].

Siguiendo esta argumentación, Melik habría aportado en un principio ochocientos hombres a caballo, y a continuación un hermano de éste (de quien desconocemos su nombre, aunque quizás Muntaner estuviese haciendo alusión al término «hermano» más como un vínculo étnico que como auténticos hermanos de sangre), llegó al castillo con cuatrocientos de a caballo y doscientos de a pie. A todos ellos, Muntaner suma otros mil que eran los que todavía permanecían al servicio de los griegos y que también se pasarían a sus filas. En total, entre turcos y turcoples, habría un ejército de dos mil cuatrocientos mercenarios que los reforzaban notablemente. Además, hay que añadir mujeres, hijos y el resto de gentes que acompañaban a los turcos ya que, del mismo modo que solían hacer los almugávares, éstos también eran un pueblo nómada que acarreaban con sus familias y pertenencias allí a donde iban.

Paquimeres hace también su aportación a este baile de cifras y calcula en casi dos mil los turcos que se les unieron. La mayor diferencia en este relato es que el cronista afirma que quien comandaba el contingente llegado desde Anatolia era un tal Atine.

En cualquier caso, es de reseñar como la alianza entre aragoneses y catalanes por un lado, y turcos y turcoples por el otro, se configuró, en contra de lo que se podría pensar, como un conjunto firme y homogéneo, con diferencias, en ocasiones importantes, pero que supieron crear un espacio de colaboración común que saltó por

encima de los obstáculos religiosos y culturales para alcanzar aquellas metas que les eran comunes. Incluso el piadoso Muntaner, que tan presente tiene en todo momento a la Santa Iglesia de Roma y a la «fe verdadera», no tiene el más mínimo problema en aceptar y tratar como hermanos a quienes en teoría eran los más acérrimos enemigos de dicha fe. Las razones para esta unión de conveniencia que se presenta como incomprensible a primera vista, se deben buscar en dos vías distintas. En primer lugar, en la necesidad acuciante de sobrevivir en un medio absolutamente hostil y sin esperanza de recibir ayuda desde otros ámbitos. Y en segundo lugar, este comportamiento a la hora de pactar con naciones que en la mayor parte de Occidente se consideraban infieles, tenía ya una tradición histórica dentro de las políticas mediterráneas de la Corona aragonesa. Los tratados y alianzas de los reyes de Aragón con sultanes y emires musulmanes, a pesar de las críticas de la propia Iglesia y del resto de países cristianos, se habían venido sucediendo desde mucho antes, por lo que los aragoneses y catalanes que ahora se veían en esa disyuntiva en Grecia no tuviesen demasiados reparos en hacerlo, imitando el comportamiento de sus jefes aragoneses.

Sobreponiéndose a las presiones foráneas, la alianza entre turcos y almugávares se consolidaría con una robustez que extrañó a propios y extraños, llegando incluso en algunos momentos concretos a convertirse aquella unión más en una amistad que en lo que debería haber sido un simple negocio militar:

Et in suis factis habent multum de actibus et manerioebus Saracenorum, et sciunt valde bene conservare amicitiam et societatem, et maxime cum Saracenis et Turchis, et regere se et alios^[537].

Pero no solo fueron turcos y turcoples quienes ayudaron a salir de su delicada situación a la Compañía, también se les unieron muchos griegos empobrecidos procedentes de las zonas que habían devastado. Grégoras^[538] es quien mayor hincapié hace a la hora de criticar la traición de sus propios compatriotas quienes, viendo como no recibían socorro desde su gobierno, decidieron unirse a sus agresores para evitar un final peor. Aunque también los hay que a pesar de tener otras alternativas para escapar de la destrucción decidieron alistarse de igual modo entre sus filas con el principal objetivo de enriquecerse y de sacar provecho de la desgracia de su pueblo.

Los aragoneses y catalanes habían logrado con estas uniones resistir los ataques de los griegos en el que posiblemente había sido su peor momento desde que llegaron a Grecia. Dieron un vuelco radical a una situación que se les planteaba dramática y, con la ayuda de turcos y turcoples, pasaron de estar a punto de ser aniquilados por los envalentonados bizantinos a convertirse en dueños de una de las provincias más ricas e importantes del Imperio, la Tracia, que era además su puerta de entrada hacia

Europa. Pero no todo fue positivo en esta estrategia.

Los pactos firmados fueron considerados contranatura por muchos. En primer lugar, por los griegos, cuestión razonable ya que veían como, por un lado, quienes habían acudido a su ayuda ahora se les enfrentaban unidos a sus enemigos turcos, y por otra parte, no solo perdían la aportación de sus armas —con las cuales hacía ya tiempo que no contaban—, sino que se llevaban consigo a otros mercenarios, los turcoples, que, durante los años que permanecieron fieles a su contrato, demostraron una y otra vez su valía y destreza en el combate. Todas estas razones justificaban la rabia de Bizancio por esta alianza.

Pero será al otro lado del Mediterráneo en donde surgirá la oposición y el rechazo con el que quizás no habían contado. El rey de Aragón cargaba tradicionalmente con la acusación por parte del papado y de Francia de mantener relaciones comerciales de forma estable con naciones que eran enemigas de Roma. Los mercaderes de la Corona aragonesa, apoyados por su gobierno, eran habituales en los puertos y mercados de Egipto o de cualquier sultanato musulmán del Mediterráneo. No obstante, también es cierto que, en mayor o menor medida, todos los estados y Repúblicas permitían esas transacciones comerciales, y en cierta forma se toleraban los negocios con naciones que teóricamente estaban enfrentadas a la Iglesia romana y a Occidente. Pero en este caso era distinto. Los aragoneses y catalanes no habían tratado con los turcos sobre asuntos mercantiles sino que habían trabado un acuerdo para organizar un ejército mixto. Cristianos y turcos en un mismo conjunto, y luchando contra otros cristianos. Aunque se tratase de los odiados griegos, hubo muchos que se estremecieron en sus cortes occidentales.

A partir de entonces los almugávares se convirtieron, todavía más, en protagonistas de intrigas diplomáticas en las cortes de Aragón, Francia y Roma, así como en el resto de las repúblicas italianas que mantenían intereses económicos o políticos en el Mediterráneo oriental.

32. Jaque al Imperio

Durante estos primeros meses tras la victoria de Apros (quizás se podría hablar de septiembre u octubre de 1305), el capitán de la armada griega Andrés Murisco, luchando casi en solitario en un país plagado de enemigos en cada uno de sus puntos cardinales, no cesó en su acoso marítimo contra los aragoneses y catalanes, ni contra los turcos que se hallaban en los alrededores del estrecho de Helesponto. Precisamente, un día en que se encontraba con su flota vigilando el estrecho, tuvo noticias de que se había producido un fuerte conflicto entre los almugávares y los turcos. Al parecer el motivo de la discusión fue que los turcos exigían la mitad del botín conseguido en las victorias y pequeñas incursiones armadas que habían protagonizado juntos. Los capitanes de la Compañía no aceptaron repartir las ganancias de este modo tan paritario, sobre todo porque el grueso de las compañías turcas podían llegar a los más de dos mil hombres. Ni tampoco accedieron a que el reparto fuese el mismo para los soldados rasos que para los capitostes y adalides. Todo ello desembocó en la ruptura del pacto que habían firmado, tras lo cual los turcos embarcaron de nuevo en unos navíos catalanes de regreso a Asia Menor. Murisco interceptó a las naves en las que viajaban y abordó a alguna de ellas. Por alguna razón más política que estratégica, permitió escapar a los pilotos catalanes, pero todos los turcos que apresó fueron degollados. El resto de ellos, giraron los barcos en dirección a Galípoli, y una vez allí, y viendo que les era imposible volver por el momento a su país, decidieron regresar al seno de la Compañía. El victorioso almirante griego fue recompensado y recibido con los mayores honores en Constantinopla.

El variopinto ejército de mercenarios parecía haber logrado, ahora sí, cierta solidez.

Los importantes refuerzos que suponían los pródigos turcos les permitían mantener abiertos numerosos frentes por los que extender su rastro de destrucción y saqueo. Los más de dos mil turcos y turcoples, unidos a los más de cinco mil aragoneses y catalanes^[539], suponían una hueste de siete mil mercenarios insaciables que, guiados por capitanes tan ambiciosos y con tan pocos escrúpulos como ellos,

atravesaban las tierras de Tracia asesinando, robando y violando todo cuanto se les antojaba, sin que nadie pudiese ni tan siquiera el plantearse frenar sus correrías. Desde Maronea, en la costa del mar Egeo, hasta Bizia, casi en la costa del mar Negro, se extendía en ese momento su dominio. Las grandes ciudades se llenaron de campesinos que habían huido de sus aldeas y de soldados que aterrados observaban desde el interior de las murallas como los extranjeros asolaban el país; por el contrario, las tierras de labor y las pequeñas poblaciones, incapaces de soportar la presión constante a la que se veían sometidas, se despoblaron casi en su totalidad.

Tracia se convirtió en una tierra de nadie, en donde cualquier hueste de bandidos podía crear su feudo propio. No solo la Compañía se había apoderado de su parte, los turcoples, de manera independiente, también llevaban a cabo asaltos de manera independiente contra los intereses griegos. El búlgaro Venceslas continuaba con su revancha personal contra el gobierno bizantino por el agravio que le supuso el haber quedado fuera de la corte del Imperio, y dominaba a placer grandes zonas en el norte de la región. A todos estos grupos, todavía habría que añadir los alanos. Éstos, después de abandonar a los griegos, se dirigieron hacia la frontera con Bulgaria. Una parte de ellos se unieron a Venceslas, mientras que otros se dedicaron a cometer sus propios ataques contra aldeas griegas.

A pesar de la gravedad de todo ello, Andrónico se sentía apesadumbrado pero no sorprendido. No se le escapaba que todos aquellos pueblos que le habían servido, lo habían hecho únicamente por la compensación económica, como correspondía a su condición de mercenarios. Por eso, ahora que Bizancio tenía sus arcas completamente arruinadas, no veía con extrañeza que se volviesen en su contra y que la peor parte la recibiese su pueblo. Pero lo que sí le cogió desprevenido fueron las noticias sobre la traición del que fuese uno de sus más fieles oficiales, el alano Cutzimpaxis. A pesar de su condición de mercenario extranjero, había demostrado siempre una gran fidelidad hacia el emperador y en correspondencia a esa lealtad había sido reconocido con importantes nombramientos y responsabilidades dentro del ejército bizantino. Había servido al emperador durante años tanto en tareas militares como diplomáticas.

Dirigió escuadrones enteros del ejército bizantino y al mismo tiempo trabajó como embajador siempre que fue requerido para ello. El alano no reconoció en ningún momento que se hubiese levantado en armas contra el Imperio, ni que se estuviese aprovechando de su debilidad para apoderarse de villas y campos, al contrario, cuando fue llamado ante la presencia de Andrónico se defendió hasta el final diciendo que todo lo estaba haciendo por el bien de Bizancio.

Cutzimpaxis se acababa de casar con la hermana de Cursite, uno de los más importantes jefes de los mercenarios alanos, y unidos ocuparon la ciudad de Neade (¿Neadis, Neadós?). Con esta plaza como base de operaciones, golpearon con fuerza los territorios griegos de su entorno, aunque, si bien se apoderaron por la fuerza de todo cuanto pudieron, no llegaron a cometer las crueldades que paralelamente en otras zonas estaban realizando los almugávares, ni a provocar derramamientos de

sangre similares sobre la población civil. Andrónico estaba totalmente atezado por la avalancha de problemas que se le venían encima desde todas sus provincias.

Pero no solo intentaban sacar partido de la paupérrima situación imperial los mercenarios extranjeros y los turcos, también las intrigas internas encontraron el momento propicio para golpear al gobierno central. Attaliote, el noble griego que ya protagonizó una insurrección en la ciudad de Magnesia durante el tiempo en que Roger de Flor dirigía la expedición en el corazón de Anatolia, se rebeló de nuevo apoderándose de algunas plazas en aquel mismo territorio. Sin embargo, en esta ocasión nada pudo hacer el emperador para impedir la traición, e impotente, contemplaba como sus dominios se iban desgajando poco a poco. Ni siquiera pudo responder a la agonizante demanda de ayuda que su hijo Miguel le hacía llegar desde Occidente.

Entonces apareció de nuevo en el panorama griego Ferrán Ximénez de Arenós. El almirante aragonés había abandonado la Compañía por su propia voluntad poco después de su llegada a Grecia. Los graves incidentes que protagonizaron los almugávares contra la población civil fueron el argumento que esgrimió entonces para tomar sus naves y sus hombres, y despedirse del resto de quienes permanecían bajo las órdenes de Roger. Dejando en Cízico a sus compañeros, se dirigió hacia el sur del Egeo para entrar al servicio del duque de Atenas, decisión ésta muy cuestionada, y que llevó a pensar a algunos que sus críticas hacia el comportamiento de los aragoneses y catalanes no fueron más que una excusa para abandonarlos, y aceptar la sustanciosa oferta del duque franco.

Sin embargo, el duque de Atenas, Guy II de la Roche, era un joven débil y enfermo que poco ayudaría a los planes de Arenós, de hecho, moriría poco tiempo después sin dejar descendencia cuando solo contaba con treinta y dos años^[540]. Con él se desvanecían todos los planes del aragonés, así como las expectativas de enriquecerse que se había forjado. Reconsideró su nueva situación y pensó que podría obtener mayores beneficios, y sobre todo menos problemas, si abandonaba el Ducado y regresaba junto a la Compañía, y así lo hizo. Este gesto no dice mucho de su palabra, ya que, si en un determinado momento decidió repudiar a sus compañeros por unos crímenes concretos, y ese fue motivo suficiente para dejarlos, ahora, casi dos años después, aquellos crímenes se habían multiplicado por cien, y todo indicaba que esa era la actitud que iban a continuar teniendo. Pero la idea de verse, por un lado, despojado de la protección del duque, y por otro, de lograr grandes riquezas ahora que el Imperio se hallaba totalmente vencido, se impusieron a cualquier argumento ético en las prioridades del capitán.

En realidad, tampoco conocemos cual fue la situación que vivieron Arenós y los suyos durante aquel tiempo al servicio del duque, o si su salida de Morea fue voluntaria o forzada, ya que tan útil podría haberle sido al duque heredero, Walter de Brienne, como lo fue para Guy II. Pero en principio todo indica que el almirante ya no era tan apreciado en el Ducado, y dado que tenía por costumbre poner rumbo

hacia el lugar en el cual estimaba que podía sacar el mayor provecho con el menor riesgo, regresó junto a sus ex camaradas.

El caso es que cuando Arenós llegó, durante los últimos meses de 1305 la Compañía se hallaba ya dividida entre las fuerzas que permanecían en Galípoli y las que comandaba Rocafort recorriendo de Norte a Sur toda la costa oeste del Mármara. Muntaner asegura que por entonces habían tomado las ciudades de Panido y Redistro, pero según la versión de Paquimeres, estas conquistas fueron muy posteriores al regreso de Arenós. Le acompañaban ochenta hombres que el mismo cronista catalán afirma, eran todos aragoneses y catalanes^[541]. La mayor parte de sus antiguos camaradas los recibieron con los brazos abiertos, pero otra parte de ellos, especialmente la liderada por Rocafort, había alimentado un fuerte rencor hacia los que ahora llegaban. Desde su perspectiva —no exenta de razones— Arenós había abandonado a la hueste cuando iban a iniciar la que sería la más arriesgada de sus operaciones, para acudir a la llamada del duque de Atenas y de su cómodo dinero. Y era ahora, cuando la situación por fin parecía despejarse para ellos, cuando regresaban para disfrutar de los beneficios que se auguraban como si nada hubiese sucedido. No pasarían muchos días antes de que surgiese un nuevo resquemor en la mente de Rocafort. Arenós, como ya le sucedió con el encarcelado Entença, llegaba de repente y tiraba por tierra todas sus aspiraciones de hacerse con el mando de la Compañía. Se iba a repetir la misma historia en la que un recién llegado le arrebatara el poder que él creía que le pertenecía por sus méritos en el combate. El simple hecho de que Arenós poseyese un título como noble estaba a punto de apartarle una vez más de aquello que tanto había deseado.

La oposición de Rocafort tampoco fue suficiente en esta ocasión para imponerse en la decisión final del Consejo, y Arenós se incorporó de pleno derecho a la Compañía. Al poco de su llegada, tomó un día a ciento cincuenta hombres de a caballo y unos trescientos almugávares para realizar una incursión hasta los arrabales de Constantinopla. Allí se apoderó de gran cantidad de caballos y de todo el ganado que pudieron conducir, y con ese botín marcharon de vuelta a Galípoli. Pero cuando ya habían iniciado el camino de regreso, se vieron sorprendidos por el ataque de los que Muntaner afirma eran ochocientos caballeros y más de dos mil soldados de a pie, los cuales habían sido enviados por el emperador para perseguir en su huida a Arenós. Éste, debido a la imposibilidad de escapar con rapidez por el obstáculo que suponía el gran volumen de animales que llevaban consigo, arengó a los mercenarios y les ordenó que se diesen la vuelta en redondo, plantando cara a sus perseguidores. El resultado de la lucha, según el cronista catalán, fue la acostumbrada. Los ciento cincuenta caballeros y los trescientos aragoneses y catalanes, acabaron con la vida de más de seiscientos hombres a caballo y más de mil quinientos peones griegos^[542].

Gracias a la confianza que esta fácil victoria le había infundido, Arenós se marcó un nuevo objetivo. En este caso sería el castillo de Madytos, veinticuatro millas al sur del castillo de Galípoli, en aquella misma península. Pero la historia de Madytos y la

Compañía comienza unos meses antes de la llegada de Arenós.

Los almugávares habían realizado varios intentos de tomar esta fortaleza pero todos ellos se encontraron con la resistencia de sus ocupantes, y los atacantes tuvieron que desistir.

El omnipresente Andrés Murisco, capitaneando dos naves de guerra que Andrónico había logrado armar, estuvo protegiendo y haciendo llegar víveres a los sitiados, de tal manera que, mientras él estuvo en la zona, la toma del castillo desde el mar, o por medio del hambre o de la sed de los de adentro era imposible.

Así pues, cuando el almirante aragonés se planteó la conquista de aquella plaza fundamental para el control del Helesponto, consideró que lo primero que tendría que hacer era anular a Murisco. En la primera ocasión que tuvo, atacó a uno de los barcos del capitán griego que navegaba en solitario por las proximidades de Madytos y que estaba gobernado por un tío de Murisco^[543]. Los almugávares de Arenós abordaron el navío y cortaron con sus espadas el cuello de todos los griegos que pudieron atrapar. Únicamente se salvaron aquellos que prefirieron lanzarse al mar y el tío del Murisco por el rescate que podían sacar de él.

Murisco, que ya había reclamado al emperador más refuerzos para poder llevar a buen término su lucha, comprobaba con desesperanza como la llegada de los hombres de Arenós suponían un importante auxilio para los de Galípoli pero, sobre todo, sus naves les proporcionaban de nuevo la posibilidad de recuperar terreno en el mar, que era el único lugar en el que los griegos habían conseguido cierta ventaja sobre ellos. Desde la isla de Imbros, al sur de Galípoli, en donde se encontraba fondeado, envió mensajeros a Constantinopla para advertir de que, de no ser flotados más barcos de guerra, los recién llegados se apoderarían definitivamente de la entrada al mar de Mármara. Pero las arcas imperiales estaban totalmente agotadas y el emperador no fue capaz de reunir dinero suficiente ni siquiera para armar una sola nave más. Arenós, seguramente gracias a sus espías, supo que Murisco estaba a la espera de recibir refuerzos desde la capital para intentar recuperarse del último golpe recibido, así que, antes de que éste pudiese reaccionar se dirigió con su flota hacia él. La batalla naval tuvo lugar en Alonión y de nuevo los aragoneses y catalanes no cesaron hasta que ni un solo griego quedó sin degollar. Murisco fue perdonado gracias a una anécdota que describe Paquimeres^[544].

Al parecer el capitán griego y Arenós ya se habían encontrado frente a frente en ocasiones anteriores. No dice el griego cuales fueron esas ocasiones pero podemos pensar que se tratase de batallas sucedidas mientras el aragonés se encontraba al servicio del duque de Atenas, en alguno de los cotidianos choques entre francos y griegos en el sur de Grecia. En una de esas contiendas, Arenós fue hecho prisionero por el griego y puesto posteriormente en libertad, es de suponer que después de pagar el correspondiente rescate. De manera que esta vez era Arenós quien debía devolver el favor al bizantino, y así lo hizo. No acabó con su vida y le permitió regresar a Tenedós junto a su tío (que también había sido liberado poco antes) tras haber

desembolsado la cantidad de tres mil ecus de oro^[545].

Entre tanto en Galípoli, Muntaner tenía que esforzarse en defender la plaza de la que había quedado como máximo responsable. Con los pocos efectivos con los que disponía tuvo que responder a un asalto que llegaba de forma inesperada desde el sur. El militar griego Cristobal Jorge o, como lo denomina Schulumberger, Jorge de Cristópolis, se plantó con su compañía ante los arrabales de Galípoli cuando se dirigía de camino desde el reino de Salónica hacia Constantinopla^[546]. El militar bizantino, sabiendo que el castillo se encontraba defendido por un reducido número de almugávares, y que la mayor parte de la Compañía estaba recorriendo las tierras de Tracia lejos de allí, aprovechó la ocasión y se lanzó con sus ochenta caballeros armados contra los carros y los hombres que Muntaner había enviado fuera de las murallas en busca de leña. Cuando los cinco aragoneses y catalanes que estaban realizando esta labor se percataron del ataque corrieron a protegerse en el interior de una torre cercana, mientras que uno de ellos, un escudero llamado Marc, se dirigió rápidamente a Galípoli para dar la voz de alarma. Muntaner dispuso a sus escasos hombres, seis mercenarios de a caballo con ocho caballos armados de refuerzo, ya que el resto había marchado de cabalgada con Rocafort, junto a un reducido número de almugávares de a pie, y, sin ninguna preparación, se lanzaron al combate contra los griegos que rodeaban a sus cuatro compañeros de la torre. Con la «ayuda de Dios», como afirma el cronista, vencieron a los enemigos, de manera que entre los muertos y prisioneros sumaron hasta treinta y siete griegos, mientras que por lo que parece no hubo ninguna baja entre ellos. Cuando regresaron al castillo se repartieron en la plaza mayor las ganancias capturadas. Por cada caballo armado pagaron dieciocho perpras de oro; catorce por los aforrados; y siete por cada uno de los prisioneros. Repartiéndolo todo de tal forma que todos tuvieron su parte en el botín.

Después de la victoria de Arenós ante Murisco, el primero recuperó el proyecto de conquistar el castillo de Madytos. Quizás, como ya hemos comentado, la tradicional incapacidad de los almugávares para culminar con éxito los asedios a las ciudades que disponían de sistemas defensivos amurallados, fue la causa por la que el almirante no logró reclutar para esta nueva operación más que a ochenta caballeros y a doscientos almugávares. Enfrente, resguardados por las altas murallas de la plaza, tenían a más de setecientos griegos bien armados, hecho que no debe extrañar ya que este era uno de los bastiones bizantinos que controlaban la entrada al mar de Mármara. Además de la falta de efectivos humanos, Arenós también andaba realmente falto de suministros y de los víveres necesarios para mantener un sitio a semejante ciudad. El propio Muntaner dice:

[...] en verdad que el ricohombre (Arenós) estaba, en realidad, más sitiado que los de adentro, pues todo el pan que comían se lo mandaba yo desde Galípoli, en barcas [...]^[547].

También asegura que en esa precaria situación se mantuvieron durante ocho largos meses^[548], disparando sus proyectiles contra la inalterable muralla e intentando asaltar sus muros por las noches. Pero una tras otra, fueron fracasando en todas sus intenciones. Todo ello hasta que al final, fuese precisamente el propio Arenós quien, una calurosa tarde del mes de julio de 1306 observó como los vigilantes de las murallas se encontraban o bien distraídos conversando o bien durmiendo la siesta. Con sigilo se aproximó a los muros y, tras comprobar que nadie se percataba de su presencia, hizo un gesto a los suyos para que acudiesen con las escalas. Los almugávares estaban tan sofocados por el calor como el enemigo, y ninguno se percató de su llamada. Tuvo que volver sobre sus pasos para despertarles uno por uno, les ordenó que se armasen sin hacer el menor ruido y escogió a cien de entre los más jóvenes y ágiles para que le acompañasen con las escalas. Apoyaron los «rampagolls» en las paredes y treparon los cinco primeros hasta arriba. Viendo que los de la ciudad seguían totalmente despistados, comenzaron a subir más almugávares. El plan era que cuando estuviesen suficientes hombres en lo alto, llamarían la atención de los guardias para que diesen la alarma. Mientras los defensores acudiesen a atacar a los escaladores, Arenós con el resto de la hueste golpearían con hachas la puerta del castillo hasta hacerla caer. Y así fue. Cuando los griegos se quisieron dar cuenta de su grave error, los aragoneses y catalanes ya habían penetrado en el interior.

Paquimeres da una versión muy distinta sobre cual fue el método para entrar en la fortaleza, aunque el final, lamentablemente para los de dentro, fue el mismo. Para el griego, fue el hambre la que obligó a los sitiados a rendirse. Desde que Murisco había sido derrotado, los suministros habían dejado de llegar a la ciudad, y fue entonces cuando la necesidad y las enfermedades terminaron haciendo su papel. Los que intentaban evitar que Madytos cayese en manos de los almugávares *se encontraron tan presos del hambre, que se dice que fueron obligados a comer cosas que hacen horror*^[549].

Por un método o por otro, lo que vino a continuación fue una masacre que no terminó hasta que no quedó nada en el castillo que matar o que robar. Según las crónicas, Arenós y quienes le acompañaron en aquella conquista lograron tal cantidad de riquezas que desde aquel día fueron ricos y no necesitaron de nada. El castillo de Madytos se convertiría a partir de ese instante en la base de operaciones del aragonés, desde la cual lanzaría continuos ataques sobre toda la Tracia.

Por otra parte, en algún momento entre la batalla de Apros, y antes de la primavera de 1306 Rocafort puso en marcha un envenenado plan para dar un golpe letal al gobierno bizantino. Los aragoneses y catalanes de su partida se encontraban en los alrededores del castillo de Hexamilia, al sur de la península de Galípoli, en donde también se habían fortificado hacía pocos días los turcos que acababan de llegar desde Anatolia. Andrónico reunió las diezmadas fuerzas con las que contaba y las puso bajo las órdenes de Marule, el cual se dirigió hacia aquel lugar con la

intención de expulsar a los turcos. Rocafort envió entonces en secreto mensajeros a la corte de Constantinopla con una carta para el emperador en la que el capitoste catalán se ofrecía a cesar en sus violencias, a regresar al servicio y a la lealtad del Imperio, y a devolver a los turcos a Asia Menor. Todo ello a cambio de cinco mil ecus griegos. Marule, desconfiando por completo de las verdaderas intenciones del almugávar, y como embajador del emperador en la zona, preguntó a Rocafort como pensaba conseguir que los turcos regresasen a su país, a lo que éste respondió que su plan era dividirlos y atacarles por separado. Como prueba de su buena fe y de su palabra, envió a los griegos las cabezas de los que en teoría eran varios jefes turcos que había matado ya. La artimaña hubiese convencido a Andrónico si no llega a ser por una mujer griega que descubrió, entre el montón de cabezas cortadas, la de su marido, un griego asesinado hacía pocos días por los almugávares. De esta manera se dieron cuenta de que aquellos «trofeos» que habían mandado Rocafort no eran las cabezas cortadas de turcos, sino que eran de sus propios compatriotas. Descubierta el engaño, Rocafort volvió a la lucha por los campos de Tracia cabalgando junto a los turcos.

Con el bizantino Murisco fuera de la contienda, los almugávares se encontraron con el camino libre para continuar con su devastación de Tracia. La hueste que dirigía Rocafort, unidos a los turcos y a los turcoples de Calil y Melik (dos mil turcoples solo de este último, según Paquimeres), además de los refuerzos inesperados que suponían los griegos que se pasaban a sus filas, se convirtieron en dueños de todo aquel extenso territorio, desde Maronea, en el Egeo, hasta las puertas de Constantinopla.

En los primeros días de la primavera de 1306 llegaron al puerto de Constantinopla diecinueve grandes naves procedentes de Génova^[550]. Andrónico al verlas llegar se llenó de nuevas esperanzas. Los genoveses al fin respondían afirmativamente a sus desesperadas demandas.

Esta aparición sin embargo no era espontánea. Para que esto sucediese se había pactado anteriormente entre el emperador y Antonio Spínola (el patriarca de una de las más poderosas familias de mercaderes genovesas) un relevante matrimonio de conveniencia. El más joven de los hijos de Andrónico^[551], Demetrio Déspota, debía ser trasladado a Lombardía para convertirse en el nuevo marqués de Monferrat, cuyo marquesado había heredado en virtud del legado de la mujer de Andrónico, Irene de Monferrat. Para acceder al título se debía casar con la hija de Opisín Spínola (Obizzino Spínola de Lucoli), llamada Argentina, tras lo cual los genoveses se comprometían a expulsar a los almugávares de Bizancio. Este acuerdo desató no poca oposición dentro de la corte griega ya que, además de introducir directamente a una importante familia genovesa dentro de la estirpe imperial bizantina, lo que era respondido por gran parte de la nobleza y la Iglesia, contravenía los planes de la emperatriz Irene que prefería a su hijo Teodoro, para ocupar el poder que iba a lograr Demetrio. Por su parte, la nobleza griega tenía en Juan, otro de los hijos de Andrónico, a su principal opción al cargo.

Con lo que no contó el gobierno de Constantinopla fue con la natural tendencia de

los mercaderes a sacar el máximo provecho económico en sus transacciones, y mientras las distintas facciones de poder se enfrentaban en la capital por la elección de Demetrio, de Juan o de Teodoro (sería este último el elegido finalmente), los genoveses se presentaron con sus diecinueve barcos en el Cuerno de Oro. Pero en lugar de hacerlo repletos de soldados y de maquinaria de guerra, lo hicieron con las bodegas llenas de mercancías dispuestas para ser vendidas en Oriente. Todo ello absolutamente inútil para la defensa militar que Andrónico tanto ansiaba. Los genoveses no obstante siguieron las órdenes que habían recibido antes de partir y se pusieron a disposición del emperador. Éste, viendo que la mayor parte de aquella flota mercante le podía servir de poca ayuda, les confesó que prefería intentar buscar un acuerdo de paz con los aragoneses y catalanes antes de volver a enfrentarse por las armas. De este modo, la mayor parte de los barcos abandonaron el puerto de Constantinopla rumbo al Norte, hacia el Pontus Euxinus o Mar Negro, en donde debían desembarcar las abundantes mercaderías que guardaban en sus bodegas. Los genoveses exigieron antes de marchar los trescientos mil ecus que habían acordado que les pagaría el emperador por sus servicios, pero como las condiciones no fueron las que los griegos habían planteado en un principio, la querrela por el pago se alargó más de lo que convenía a los mercaderes por lo que partieron dejando a cuatro de sus diputados en la corte para defender sus derechos. Además, se pactó que cuatro de sus galeras permaneciesen bajo el mando de Andrónico para ayudarle si fuese necesario. El resto de la armada genovesa levó anclas.

Las cuatro naves que permanecieron junto a los bizantinos fueron enviadas al estrecho del Helesponto para vigilar los movimientos de la Compañía, pero con órdenes tajantes de no usar la violencia mientras no se les indicase lo contrario. Andrónico intentó de nuevo abrir la vía diplomática para solucionar el conflicto. Dos embajadores partieron hacia Galípoli para negociar la paz. En principio, los griegos ofrecían cien mil ecus a cambio del cese de las hostilidades, aunque los embajadores tenían permiso de Constantinopla para ofrecer ventajas añadidas si lo consideraban oportuno. Los bizantinos no pudieron conseguir fruto alguno de este viaje porque en Galípoli no estaba más que Muntaner con la reducida guarnición que defendía el castillo, por lo que no pudieron plantear sus ofertas delante del Consejo de la hueste ni de ninguno de los capitanes.

El motivo por el cual los embajadores de Andrónico no habían podido presentar sus propuestas ante el Consejo fue que sus principales capitostes estaban llevando a cabo distintas incursiones de manera independiente por los alrededores de Galípoli. Una de esas acciones armadas que les mantenían ocupados era la que se aprobó por mayoría después de reunir al Consejo y a la asamblea: atacar Redistro. Esta era la ciudad en la que meses atrás fueron traicionados y asesinados, con la ayuda de su población, los embajadores que la Compañía había enviado para declararle la guerra de forma oficial a Andrónico. Todavía estaba fresca en la memoria de sus camaradas esa traición. Aunque la orden había sido dada antes de su salida de Constantinopla

por el emperador, los habitantes de Redistro colaboraron decisivamente en ella, acabando con la vida de los embajadores, así como con la del resto de la comitiva formada por comerciantes y otros catalanes que, para escapar del peligro que corrían si permanecían en la capital, se unieron a éstos en su regreso a Galípoli. Había llegado el momento de hacerles pagar aquellos crímenes y de vengar la memoria de sus compañeros. Por el tono de su relato, da la impresión de que Muntaner no estaba demasiado de acuerdo con esta decisión mayoritaria, aunque la asume y respeta. Se podría pensar que lo que sucedió en realidad fue que Rocafort, después de ver como su nuevo rival político, Arenós, había logrado tomar Madytos y hacerse con el control marítimo de los alrededores, y asumiendo que no podría alcanzar el gobierno de Galípoli, centro neurálgico de la Compañía y que dirigía Muntaner, se decidió por ocupar una plaza que le sirviese como base para organizar a sus propios hombres, y desde donde lanzar ataques contra las tierras y las poblaciones cercanas de Tracia de manera independiente del resto.

De esta forma, la razón principal de la ofensiva contra Redistro, no sería tanto la venganza como la necesidad de Rocafort de establecerse en un castillo controlado exclusivamente por él.

Muntaner dice que la ciudad cayó en su poder poco después de la victoria de Apros y antes del regreso de Arenós, sin embargo Paquimeres modifica sustancialmente lo sucedido y retrasa su ocupación hasta después de la de Madytos.

Como es habitual, las narraciones de ambas crónicas, vuelven a transformarse algo farragosas cuando intentamos establecer un orden temporal de los acontecimientos de aquellos meses. La conquista de Redistro es quizás uno de los hechos que más dudas plantea en cuanto a las fechas en las que ocurrió. Es más, a pesar de que ninguno de los dos narradores lo dice claramente, sus escritos parecen indicar que en realidad la ciudad fue atacada en al menos dos ocasiones diferentes y, sobre todo en lo que respecta al primer ataque, el desacuerdo entre los dos cronistas es total en cuanto a su resultado.

Los aragoneses y catalanes unidos a los turcos y a algunos griegos se apoderaron de un enclave fundamental que dominaba el paso costero hacia Constantinopla, el monte Gano.

Después de asegurar esta posición y sus alrededores, realizaron diversas incursiones hacia el Noreste, llegando hasta Chiorlich. A continuación, intentaron tomar la ciudad de Heraclea^[552], varios kilómetros al norte de la costa, pero sus murallas impidieron a los mercenarios hacerse con ella, por lo que Redistro pasó a ser la segunda opción. Este razonamiento para explicar el asalto a Redistro descartaría la afirmación de Muntaner de que fue un ataque debatido y aprobado por la asamblea para tomar venganza por los sucesos de los embajadores, y pasaría a convertirse en una acción improvisada y carente de cualquier carácter de revancha.

Los almugávares *mataron sin piedad todo lo que encontraron fuera de las murallas, de manera que todo el campo quedó cubierto de cuerpos muertos*^[553], pero

a pesar de lo cruel de su acometida, en esta ocasión no consiguieron penetrar en la ciudad, o al menos esta es la opinión de Paquimeres. Muntaner, por su parte, no alberga duda alguna sobre el éxito que lograron en este combate. Según él, se aproximaron a sus murallas antes del amanecer y, cogiendo por sorpresa a los que estaban dentro, ocuparon la ciudad sin apenas resistencia. No dudaron en hacer con sus habitantes lo mismo que ellos habían hecho con los embajadores algunos meses antes. Hasta tal punto llegaría su sadismo con hombres, mujeres y niños que el propio cronista reconoce que *es cierto que fue una gran crueldad*^[554].

Siguiendo el hilo temporal del griego, cuyo relato fue escrito en un tiempo más cercano al momento en el que sucedieron los hechos narrados, concluiríamos que esta primera ofensiva contra Redistro tuvo lugar en los primeros días de julio de 1306 mientras que la segunda intentona, que acabaría con su conquista, se retrasaría hasta finales de verano o principios de otoño del mismo año.

Después de saquear y destruir Redistro, o cuando menos sus alrededores, marcharon sobre otra pequeña población que estaba a poca distancia de allí, Panido, en donde no encontraron oposición para entrar. La excelente ubicación de ambas ciudades, que estaban a medio camino entre Galípoli y Constantinopla en la costa del Mármara, así como la posibilidad de estar bien abastecidos de trigo y de todo lo que les ofrecían sus puertos pesqueros, hizo que decidiesen instalarse de manera estable en ellas. Los almugávares que capitaneaba Rocafort llevaron allí a sus mujeres y «amigas», dejando únicamente en el castillo de Galípoli a Muntaner junto a algunos marineros, cien almugávares, cincuenta hombres de a caballo y el resto de las mujeres y niños^[555].

Paralelamente a estos hechos y desde unos meses antes, entre finales de 1305 e inicios de 1306 se había marcado ya de forma definitiva la brecha que existía entre los diferentes clanes. Por supuesto, Muntaner se referirá a estos sucesos como si de un despliegue planificado de las tropas se tratase, y ocultará en todo momento las verdaderas razones de la separación traumática que se produjo en el seno de la hueste.

Desde la muerte de Roger la Compañía de aragoneses y catalanes no había vuelto a actuar como un solo ejército. Los intereses de los diferentes capitostes se mostraron más enfrentados que nunca, en especial los de Rocafort, Entença y Arenós. Aunque quizás, a la hora de referirse a los principales bloques de poder dentro de la Compañía se debería profundizar mucho más en la personalidad de Muntaner.

Debido a que su relato ha sido la base del conocimiento sobre aquella aventura, y que el autor en todo momento se ha presentado a sí mismo como un individuo sin ambiciones personales, que regía todos sus comportamientos únicamente en función del servicio hacia sus compañeros y hacia la Casa real aragonesa, se ha dejado pasar por alto que, debajo de todo ello, se pudiesen ocultar una serie de intereses de igual o mayor magnitud que la del resto de capitanes de la hueste. Muntaner se muestra como un ejemplo de servicio y de altruismo, pero curiosamente, desde la muerte del César se colocó en una posición de poder privilegiada, manteniendo bajo su mando la

principal plaza fuerte de los almugávares. No sería descabellado, entonces, levantar una pequeña sombra de duda sobre los verdaderos objetivos del de Peralada, de quien no conocemos sino lo que él mismo cuenta sobre su persona.

La detención de Entença eliminó de la competición al más directo aspirante al gobierno de los almugávares, lo que provocó que el resto se fuese definiendo en grupúsculos separados.

Arenós, a pesar de ser un recién llegado, organizó desde el primer instante su propia compañía y se dedicó a buscar su enriquecimiento particular de manera absolutamente independiente, fijando su cuartel general en el castillo de Madytos. Rocafort, con lo que Muntaner denomina «la otra compañía» —lo que plantea la duda sobre si realmente se habían formado compañías diferentes, o si simplemente se refería a una sección escindida del bloque principal de la hueste—, se estableció en las ciudades costeras de Redistro y Panidos. Finalmente, Muntaner quedó como cabeza del contingente que permanecería en Galípoli, que a su vez era el centro logístico de todos ellos. Allí se realizaban la mayor parte de las transacciones comerciales en las que participaba de algún modo la Compañía o los abundantes comerciantes catalanes que habían acudido a aquella fortaleza para llevar a cabo sus negocios con cierta seguridad. Al mismo tiempo, servía como cuartel general y lugar de aprovisionamiento y reunión para el conjunto de la almogavería.

Al margen de las derrotas puntuales durante esos meses ante los ejércitos del emperador que calla el cronista, en un intento de mitificar hasta lo increíble una campaña que, sin necesidad de tales ocultaciones históricas, ya era de por sí más que brillante, también comenzaron a hacerse visibles las profundas diferencias que habían arraigado en el interior de la expedición. En teoría, los éxitos militares se sucedían en todos los frentes que abrían, o al menos así era según la versión que dejó Muntaner, ya que los cronistas griegos han relatado, además de las victorias de los almugávares, algunas otras batallas en las que no salieron tan bien parados, por lo que este ambiente de relajación y éxitos que pretende recrear no habría sido en realidad tan idílico. No obstante, el cronista describe un paisaje de felicidad y armonía que asegura duraría, nada más y nada menos, que cinco años:

Y todos estaban ricos y sobrados de todo, de manera que ni sembraban ni araban la tierra, ni cavaban la viña ni la podaban; y no obstante, cogían cada año tanto vino como querían, y tanto trigo y avena, de modo que durante cinco años vivimos de lo que por sí daba la tierra^[556].

El tiempo que pasó desde que sucedieron todos estos sucesos hasta que Muntaner escribe su obra hacen que su percepción sobre los años que duró aquella situación se vea deformada. El espacio de tiempo de cinco años que fija para delimitar esa época significaría que si consideramos desde la primavera de 1305 momento en el que comienza la venganza contra los griegos, hasta cinco años después, nos

trasladaríamos hasta 1310. Los datos que poseemos son claros y es imposible que permaneciesen hasta ese año establecidos en los alrededores de la península de Galípoli. El tiempo que transcurriría desde la muerte de Roger hasta que abandonasen aquellos parajes de la costa egea de Tracia fue aproximadamente de dos años, de principios de 1305 hasta junio de 1307 ya que a partir de ese momento partirán rumbo al interior de Macedonia, región situada al suroeste.

Por otra parte, está demostrado que no existió ese maravilloso escenario que describe el cronista. Al contrario, lo que fabricaron fue una tierra destruida por la guerra, en donde la mayor parte de sus habitantes habían huido a refugiarse a Constantinopla o a alguna de las otras grandes ciudades del Imperio, dejando yermos los campos y llevándose consigo los ganados. A partir de aquí, es más verosímil pensar que lo que en realidad hicieron fue sobrevivir saqueando los restos que habían quedado abandonados y, además, atendiendo a la visión que dejaron los cronistas griegos, los aragoneses y catalanes, no solo no nadaron en la abundancia de víveres sino todo lo contrario, llegando incluso a ser presas del hambre y de la falta de recursos, a causa de la destrucción que ellos mismos habían provocado en el país.

Mientras tanto, el gobierno griego seguía envuelto en una imparable caída en la que los estallidos armados saltaban por doquier en todos los rincones del país. Uno de ellos sucedió al otro lado del Helesponto, en Anatolia, en la región de Mysia, siendo un hecho que llama la atención^[557]. En una de las cotidianas operaciones de asalto turcas fue arrasado un castillo llamado Cubuclea (Kouboukleia), a unos kilómetros de la ciudad de Lopadion, la cual se encontraba desde hacía algún tiempo defendida un militar bizantino llamado Macrane^[558].

Como sucedía en el resto de Asia Menor, los turcos habían recuperado el espacio perdido y acosaban a los griegos que solamente se podían sentir seguros detrás de las imponentes murallas de sus ciudades. El caso de Cubuclea y Lopadion no dejaría de ser uno más sino hubiese sido por un detalle. Y es que el bloque principal de soldados del que disponía Macrane para su defensa era un grupo de almugávares que Roger de Flor le había enviado tiempo atrás y que al parecer habían permanecido fieles hasta este momento. Ésta es la única información conocida sobre una decisión de estas características en la que existiesen miembros de la Compañía repartidos por los territorios del Imperio, pero no se puede desestimar la posibilidad de que hubiese destacamentos similares en otros castillos de Anatolia. Quizás este grupo fuese separado del resto durante las negociaciones entre Roger y Andrónico en las que se barajó la posibilidad de segregar a los mercenarios entre Galípoli y Asia Menor. Pero, aunque ésta fue una condición que se discutió entonces, nunca se supo que Roger llegase a acceder a ella. De todos modos, este pequeño colectivo de almugávares vivía a varios cientos de kilómetros de sus compañeros, y a pesar del conflicto armado existente entre aquéllos y los griegos, éstos permanecían al servicio del noble griego a quien los había destinado Roger, ajenos a los enfrentamientos en el Bizancio europeo. Paquimeres llama su atención sobre estos aragoneses y catalanes en el

momento en el que Macrane envía a sesenta de ellos en una misión para atacar a los turcos que habían asaltado Cubuclea y merodeaban por los alrededores del castillo de Lopadion. Los mercenarios, en lugar de lanzarse a la lucha, llegan a un acuerdo con los turcos. Es posible que este cambio de actitud no fuese algo casual, sino que decidiesen que ya había llegado el tiempo de dejar el servicio a los griegos y de unirse de nuevo a sus camaradas. La parte que debían cumplir en ese acuerdo era que regresarían a la fortaleza afirmando que habían peleado y vencido contra los enemigos, y cuando se encontrasen de nuevo en el interior desenfundarían sus armas y masacrarían a la guarnición griega, población civil incluida. Todo fue realizado de este modo, y una vez exterminados sus ocupantes, entregaron las llaves de Cubuclea a los turcos. A cambio, éstos les debían de conducir hasta el puerto de Lampsacos (Passaquia para Muntaner y actual Lâpseki), en la orilla este del Helesponto. Los turcos también cumplieron con su parte del trato y los escoltaron hasta esa ciudad. Lo primero que hicieron en cuanto llegaron a Lampsacos fue matar a todos los griegos que estaban escondidos por la zona, robar sus pertenencias y una vez hecho todo esto, cruzaron el estrecho para reunirse con sus compañeros en Galípoli.

En un nuevo intento de buscar soluciones a los males que asolaban de Este a Oeste el Imperio, Andrónico recurrió a unos aliados tradicionales de Bizancio: los tártaros. Mandaron emisarios al gran «can» de los tártaros, Carbanga, solicitándole que, del mismo modo que su antecesor Cazane había hecho, acudiese con su ejército al auxilio del emperador. Las primeras noticias de esta entrevista que llegaron desde Oriente fueron enormemente esperanzadoras para los griegos. El gran can no solo aceptó la demanda sino que algunos rumores aseguraban que estaba preparando para marchar sobre Asia Menor a un contingente de cuarenta mil soldados, y que su sobrino ya estaba en los alrededores de Cogni con una avanzadilla de veinte mil tártaros. Lamentablemente para Andrónico y sus súbditos aquellos rumores no eran más que eso, rumores. Aunque sí que era cierta la disposición de sus aliados de Oriente a ayudarles, esta colaboración tardaría bastante más tiempo en organizarse y, mientras tanto, los enemigos del Imperio continuarían asolando sus campos y ciudades.

La siguiente capital importante de Anatolia en caer en manos de los turcos sasánidas fue la mítica Éfeso, en la costa suroeste, el 24 de octubre^[559]. El sultán Saïfan, yerno del gran caudillo turco Carmane Mantachie, se había ido alejando de la órbita de su suegro y buscaba hacerse con su propio territorio. Para ello, había sitiado y conquistado el castillo de Tira, y ahora le tocaba el turno a la ciudad de Éfeso, la cual no tardó en abrirle sus puertas ante el miedo de sus ciudadanos a sufrir los rigores de un asedio, sobre todo teniendo muy presentes los que ya habían sufrido meses atrás, y el que acababa de pasar la vecina Tira. Todos los tesoros fueron robados y sus habitantes asesinados o repartidos por las plazas cercanas para evitar cualquier intento de motín en el interior de las murallas.

Mientras, en el Bizancio europeo, los alanos buscaban la alianza con el búlgaro

Venceslas con la idea de alcanzar entre ambos pueblos una hegemonía en los territorios que iban desde el norte del Imperio hasta la frontera de Bulgaria. Pero además de acercarse a los búlgaros, los alanos se declararon en contra de los turcoples, quizás inducidos por la unión que éstos habían llevado a cabo con los aragoneses y catalanes, los cuales a su vez, eran, por todo lo ocurrido durante los últimos años, enemigos acérrimos suyos. Los alanos aprovecharon el factor sorpresa, y cuando todos pensaban que su intención era marchar en dirección al Norte, bien para regresar a su patria o bien para unirse a los búlgaros, giraron de repente hacia el Sur. Por su parte, el grueso de los turcoples que se había aliado a la Compañía estaba de camino hacia Galípoli con la idea de establecer su campamento en algún lugar próximo a la base militar de los almugávares. De repente, los alanos cayeron sobre la gran caravana de turcoples creando el desconcierto y sin dar ocasión a responder al ataque. Acabaron con la vida de muchos de ellos, pero lo que más daño les hizo fue que secuestraron a la mayor parte de sus mujeres e hijos para después enviárselos a Andrónico como muestra de su voluntad de reconciliarse de nuevo con el Imperio.

Tras comprobar que la colaboración de los tártaros se iba a demorar más de lo que hubiese deseado, el emperador volvió a recurrir a los genoveses y les ofreció todo cuanto sus depauperadas arcas le permitían. Pero mientras los genoveses consideraban la nueva oferta, se presentó ante Andrónico una nueva posibilidad de salir adelante en aquel crítico periodo. Isaac Melik, el caudillo de los turcoples, intentó sacar el mayor provecho de esos tiempos de zozobra en los que navegaban los bizantinos. Sin que sus aliados de la Compañía tuviesen noticias de ello, el turcople les ofreció un trato. Como él mismo aseguraba, los suyos serían convencidos fácilmente solo con que les devolviesen a sus mujeres e hijos, que después del secuestro masivo de los alanos, se encontraban en poder del emperador. Por su parte, Melik se comprometía a cambiar de bando a cambio de una serie de contraprestaciones que andaban más en lo político que en lo económico. Una de ellas era que le concediesen la mano de la hija de otro turco llamado también Melik.

La historia de esta muchacha y de su padre se remontaba varios años atrás^[560]. En la década de 1250 cuando todavía el padre de Andrónico II, Miguel VIII, no había alcanzado el trono de Bizancio, el emperador Teodoro Lascaris selló diversas alianzas con el sultán turco Azatin, a quien mencionamos anteriormente. Azatin habría jurado fidelidad al emperador, aportando un ejército de más de mil hombres, los cuales, según cuenta Paquimeres, renegaron de la fe de Mahoma para abrazar el cristianismo. Sin embargo, tras la muerte del padre de Azatin, el sultán Japhatin, surgieron las disputas por el legado de éste con su hermano Rucratin, quien se levantó en armas para hacer valer lo que consideraba su derecho, y para ello se procuró el apoyo incondicional de los tártaros. Azatin, sin fuerzas suficientes para frenar a su hermano y a sus nuevos aliados, corrió a refugiarse bajo el amparo de Teodoro Lascaris pero éste se excusó diciéndole que no podía poner en peligro su Imperio dándole su protección ante la amenaza que suponía el gran ejército tártaro. No obstante, el

emperador no lo abandonó totalmente y, de una forma discreta, le continuó dando su apoyo, de modo que con su ayuda consiguió recuperar parte de los territorios que había ocupado su hermano. Éste no se rindió, ni mucho menos, y durante algunos años siguió combatiendo por la herencia paterna. Azatin tuvo entonces que pedir de nuevo ayuda a los griegos, pero en este caso ya no estaba un Lascaris en el trono sino Miguel VIII Paleólogo, quien se las había apañado para desplazar del gobierno al legítimo heredero de Teodoro. A pesar de que ambos habían firmado más de un acuerdo en el pasado, Miguel, en lugar de darle su ayuda, lo intentó retener con falacias dentro de los muros de Constantinopla, puesto que su verdadera intención era entregarlo a los tártaros, a cuyo jefe, Chalaü, había entregado su hija María en matrimonio. Por fortuna para Azatin, éste descubrió el engaño y escapó camino de Ainos, para finalmente hacer una pirueta política, pactar con los tártaros y acabar refugiado por el rey Constantino de Bulgaria, al norte del Pontus Euxinus.

Azatin moriría en el exilio, pero unos años después su hijo Constantino Melik, tío a su vez de Isaac Melik, y que ya había sido bautizado en la religión griega, cruzó el Mar Negro hasta acampar en Castamone, al norte de Anatolia. Desde allí, y con la alianza de los tártaros, pretendía recuperar los estados que su padre había perdido frente a su hermano, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Se retiró en primer lugar a Heraclea Pontica, y posteriormente a Constantinopla donde esperaba retomar con el nuevo emperador, Andrónico II, la antigua amistad de su padre y Teodoro Lascaris. Pero la situación ya no era la misma y tuvo que marcharse apresuradamente, abandonando a su familia en la capital, para buscar en esta ocasión asilo en la ciudad mediterránea de Endromit. Poco después, envió a buscar a su mujer y a su hija para que, con el consentimiento del emperador, se reuniesen con él. Su mujer fue autorizada a dejar la capital, sin embargo la hija quedó como rehén de los griegos, al igual que lo sería poco después el propio Constantino Melik.

Así fue como Isaac Melik, años después, llegó a poner como una de sus condiciones para someterse al servicio de Andrónico que se le diese aquella mujer, que era también su prima, en matrimonio. Esto tenía una intencionalidad clara, que era recuperar la unión y el poder familiar perdido con Azatin, obsesión que volvería una y otra vez a la mente de Melik.

Después de sopesar brevemente la propuesta del turcople, los griegos se apresuraron a aceptarla, poniendo, sin dudar por un instante, a la mujer a su disposición y añadiendo gran cantidad de regalos como señal de satisfacción por esa unión. Pero todo fue desbaratado cuando Rocafort se enteró por sus espías de los planes de Melik para traicionarle. Los principales jefes de los turcoples fueron conducidos ante el Consejo de la Compañía y allí se les acusó de traición a todos ellos. Aunque la ingenuidad de los almugávares fue astutamente aprovechada por Melik y los suyos que se defendieron diciendo que en modo alguno tenían la intención de traicionar a los aragoneses y catalanes, y que lo que en realidad querían hacer era engañar al emperador para hacerle creer que pasarían a su lado si les

devolvían a sus mujeres e hijos. Esta falsa excusa fue suficiente para ganarse el indulto y, como si nada hubiese sucedido, ambas naciones volvieron a saquear unidas los campos de Tracia.

No solo los enemigos extranjeros acechaban sin piedad a los bizantinos, también las intrigas florecían en el interior de su gobierno, de tal forma que Andrónico difícilmente podía sofocar todas las conspiraciones que desde su círculo más próximo intentaban sacar provecho de los males que afligían al Imperio. Una de estas tramas fue la encabezada por Drimys^[561], aspirante a un alto cargo de la Iglesia griega por su pretendida pertenencia a la familia Lascaris.

Es muy interesante el dato que ofrece Paquimeres en cuanto al eje de esta conspiración ya que, aunque el artífice principal habría sido este tal Drimys, la parte militar de la revuelta la habría dirigido un catalán, de quien desconocemos el nombre, pero que en ese momento desempeñaba el cargo de «domestico» del Imperio^[562]. Finalmente, esta intriga fue descubierta y sus máximos responsables terminaron sus días en prisión, pero lo realmente importante es el descubrimiento de que algunos de los aragoneses o catalanes, probablemente almugávares, habían abandonado a sus compañeros en un momento dado, y ahora se encontraban dirigiendo compañías de las tropas griegas.

Regresando a la Compañía, durante los primeros días del verano de 1306 existían dos posturas diferentes sobre la dirección hacia donde dirigir los ataques. Una buena parte de ellos, especialmente los liderados por Rocafort, optaban por cargar sus ofensivas en la franja de terreno entre Branquial (Brankhialion, junto a Galípoli) y Constantinopla. De hecho, en más de una ocasión se habían presentado desafiantes ante las murallas de la capital, mientras amenazaban a los de dentro con destruirles totalmente si no se les pagaba lo que aún creían que se les adeudaba. En lo que quizás fue una operación conjunta entre las fuerzas de Rocafort y las de Arenós, llegaron a atacar los importantes astilleros de Stenia (Neorion para Laiou o Estenyayre para Muntaner)^[563], en la costa del mar Negro, a pocos kilómetros de Constantinopla.

Éste era el puerto en el que se construían la mayor parte de las naves del Imperio bizantino y su mayor arsenal marítimo, pero tras el paso de Rocafort y sus almugávares, más de ciento cincuenta barcos de todos los tamaños que se encontraban en construcción fueron pasto de las llamas. Además, saquearon las aldeas de los alrededores y secuestraron a todos los ingenieros que trabajaban en los astilleros. Los autores Schulumberger^[564] y Le Beau^[565] creen que solo se salvaron del gigantesco incendio cuatro galeras que eran precisamente las que los griegos habían arrebatado algún tiempo antes al almirante aragonés Ferrán de Ahonés, y que en esas cuatro naves transportaron el botín de regreso a Galípoli, no sin antes pasar desafiantes frente a las puertas de Constantinopla ante la impotencia del emperador. No obstante, esta última escena que describe Schulumberger no aparece reflejada exactamente de ese modo en las crónicas, aunque él asegura que es Muntaner quien la facilita.

Otra operación que se discutió, y que finalmente se aceptó, fue la de tomar el camino del Norte para atacar a los alanos. Hay dos explicaciones para entender porqué se planteó en asamblea y se llevó a cabo sin demasiada oposición esta acción conjunta en la que participaría toda la hueste. Muntaner^[566] afirma que la decisión de dirigirse hacia la frontera de Bulgaria partió de una iniciativa suya y de Arenós, ya que ambos pensaban que todos los triunfos y las riquezas que habían conseguido durante estos meses no servían de nada si no vengaban antes el asesinato de Roger, acabando con las vidas de los autores materiales del crimen, los alanos. La otra versión de los hechos es la que describe Paquimeres^[567] y que sitúa a los turcoples como promotores de la propuesta. Éstos tendrían entre sus prioridades el devolverles a los alanos el golpe que les habían dado cuando se dirigían hacia Galípoli con todas sus familias.

Las mujeres y los niños que los alanos habían secuestrado todavía se hallaban en las cárceles griegas, mientras que el resto de prisioneros capturados permanecían en su poder trabajando como esclavos. Los turcoples fueron de este modo quienes habrían propuesto a la asamblea la campaña con el principal objetivo de rescatar a sus compañeros. Para convencer a los aragoneses y catalanes, sobre todo a los de Rocafort que tantos beneficios estaban logrando en la costa, les hablarían de las inmensas riquezas que los alanos transportaban en su caravana, lo que terminó por seducirles a todos.

La decisión estaba tomada. Los alanos recibirían su castigo. Se ordenó el repliegue de todas las tropas diseminadas por la costa del Mármara; las mujeres, las amigas y los niños que permanecían en Panido y Redistro fueron conducidos al interior de la fortaleza de Galípoli; y las banderas de la Compañía se retiraron de todas aquellas plazas. No hicieron lo mismo con el castillo de Madytos que pertenecía a Arenós. No renunciaron a su dominio y en su interior también dejaron a una reducida guardia para defenderlo. Es de suponer que Rocafort vería en esta nueva campaña una gran oportunidad de hacerse con un importante botín, porque en caso contrario es muy difícil de explicar que accediese a abandonar los castillos que en ese momento tenía bajo su control y que tantos hombres y esfuerzos le había costado conquistar, aunque también es de considerar que se vería desarmado e incapaz de mantener el control de la zona en el caso de que los turcoples, que representaban la mayor parte de la compañía que el dirigía, le dejasen temporalmente para acudir al encuentro de los alanos. Este pudo ser otro motivo de peso por el que aceptase ir en aquel viaje hacia el Norte.

Mientras toda la Compañía iniciaba el camino, Muntaner con un pequeño número de almugávares se quedaría en Galípoli guardando la plaza junto a las mujeres e hijos de los que marchaban, aunque no renunció a las ganancias que las batallas que se presagiaban les podían acarrear, realizándose un reparto en el que ganarían lo mismo quienes permanecían como guarnición tras los muros de la base de operaciones que los que iban a entrar en combate:

Cuando toda la Compañía estuvo en Galípoli, sobre mí recayó la suerte de que me quedara a la guarda de Galípoli, con las mujeres y los niños y todo lo de la Compañía, y me dejaron doscientos hombres de a pie y veinte hombres de a caballo de mi compañía. Y quedó ordenado que me diesen el tercio de la quinta de cuanto ganaran y otro tercio se repartiera entre aquellos que quedaban conmigo, y el otro tercio quedaba para Rocafort^[568].

El mismo Muntaner resuelve las dudas sobre este peculiar reparto en el que llama la atención que ganasen igual quienes iban a arriesgar sus vidas como los que asumían un riesgo mucho menor permaneciendo dentro del castillo. La respuesta a todo esto era que ningún almugávar quería quedarse en la retaguardia mientras sus compañeros se lanzaban a buscar venganza por la muerte de Roger. Ni siquiera logró retener a los doscientos hombres que se había decidido en el Consejo que permanecerían bajo sus órdenes. Cuando llegó la noche en la que el grueso de la hueste inició la marcha, solamente ciento treinta y cuatro aragoneses y catalanes consintieron quedarse en la fortaleza (contando entre ellos a todos los marineros que no eran específicamente almugávares), además de siete caballeros armados que pertenecían a su compañía personal. Junto a los mercenarios, dentro de la ciudad, les acompañaban las más de dos mil mujeres de los que ahora partían^[569].

Los alanos habían buscado la alianza con el búlgaro Venceslas, el cual dominaba en ese momento el noreste europeo de Bizancio hasta la frontera con Bulgaria. Bajo su control se hallaban las ciudades costeras de Anchialus (Ankhialos, actual Pomorie), Mesembria (Mesembreia, actual Nesebar) y sus alrededores, llegando por el sur hasta Agathopolis (la actual Akhtopol búlgara)^[570]. Venceslas envió a mil de sus hombres para apoyar a los alanos en sus irrupciones contra los intereses griegos, al fin y al cabo, todo lo que debilitase a los bizantinos le reforzaba a él.

En un momento determinado los alanos y los búlgaros consideraron que era el momento de replegarse, y volvieron sobre sus pasos con todo su pueblo, además de con los prisioneros turcoples, para protegerse tras la frontera búlgara. Se podría pensar que el motivo de fondo que detuvo el avance de la coalición búlgaroalana hacia el Sur fue la llegada de noticias que les informaban de que la Compañía, con los turcoples a la cabeza, se dirigían hacia ellos con rapidez. Cuando los turcoples supieron que los alanos rehuían el combate y escapaban hacia Bulgaria, se irritaron enormemente, ya que lo que más deseaban era darles alcance para acabar con ellos y rescatar a sus camaradas presos. Apretaron la marcha e hicieron que los almugávares que iban tras ellos avivasen también su paso. Por delante había doce jornadas de camino entre Galípoli y el lugar en el que se encontraba la caravana de los alanos, a las faldas de la cordillera de los montes Haemus, dentro ya del reino de Bulgaria (Lantzara según Muntaner).

La caravana, que estaba compuesta por miles de mercenarios y más de cuatrocientos carros con víveres y armas, atravesó Tracia de Sur a Norte en pleno

verano, durante la época de la cosecha, sin que los amedrentados ejércitos griegos se atreviesen ni siquiera a hacerles frente. Resguardados desde el interior de las murallas de las grandes ciudades, los bizantinos veían desfilar ante ellos a los aragoneses y catalanes precedidos de los turcoples. Tanto el coemperador Miguel desde Andrinópolis como el general Marule eran totalmente incapaces de reorganizar a sus ejércitos y se limitaban a proteger sus vidas dentro de los castillos. Tanto era así, que solo las ciudades de Cristópolis, Tesalónica, Andrinópolis y la propia Constantinopla se mantenían lejos del alcance de sus asaltos. El emperador había ordenado que todo el grano y los animales fuesen llevados a la capital, en donde estarían a salvo, al menos de momento, aunque estas actuaciones no hacían sino aumentar el pánico que se vivía dentro. Las últimas noticias que llegaban desde Tracia hablaban de que los almugávares habían matado cruelmente a más de cinco mil civiles^[571].

Sin tener ningún contratiempo en los doce días que duró la marcha, cruzaron la frontera búlgara por una gran planicie que encontraron entre los altos picos de los montes Haemus, y al poco de entrar en aquel país alcanzaron al ejército alano que estaba acampado con el resto de su pueblo. Allí estaba Gircón, a cuyo hijo habían matado los almugávares en Artaki tres años antes y que a su vez había sido el ejecutor directo del asesinato de Roger de Flor en Andrinópolis. A su mando, según las cifras de Muntaner, más de tres mil hombres de a caballo y más de seis mil de a pie, con sus respectivos miles de mujeres e hijos. El mismo cronista hace una alusión al carácter nómada de los alanos que sorprende ya que los compara con los tártaros por su naturaleza de pueblo errante, como si esta fuese una característica extraña entre los almugávares, los cuales se desplazaban del mismo modo con sus familias y acompañantes allí donde iban:

[...] y estaban todos con sus mujeres y sus chiquillos, pues los alanos hacen lo mismo que los tártaros, que andan siempre con todo lo suyo y jamás paran en ninguna ciudad ni villa ni población^[572].

Los exploradores que iban por delante dieron un detallado informe sobre la disposición del ejército enemigo. Decidieron detenerse cuando estaban a un día de distancia de ellos para preparar sus armas, herrar los caballos y, sobre todo, descansar convenientemente para el duro combate que les esperaba al día siguiente. Al rayar el alba, cuando estuvo todo dispuesto, se acercaron al campamento alano hasta situarse a una legua de ellos. Los alanos, por su parte, también tenían conocimiento de la proximidad de los aragoneses y catalanes, y habían armado a más de mil hombres de su reputada caballería para recibirlos, aunque no se imaginaban que los tuviesen prácticamente encima.

Los almugávares, los turcos y los turcoples se abalanzaron contra la caballería alana^[573].

El choque fue brutal, prolongándose la lucha durante todo el día. Al mediodía, cayó decapitado Gircón, el jefe alano, pero aunque su muerte y la pérdida de sus estandartes produjeron en un primer momento el desconcierto general entre los alanos, pronto se reorganizaron y continuaron peleando con gran valor. Los cronistas coinciden en afirmar que el arrojo que demostraron en la batalla sin rendirse hasta el final, se debía tanto a su gran destreza como soldados, como a que estaban luchando no por dinero sino por defender la vida de sus mujeres e hijos. Cuando cayeron las luces del sol los almugávares y sus aliados habían logrado derrotar a los alanos. De los miles de ellos que se contabilizaban antes del combate, solo trescientos consiguieron escapar con vida. El resto yacían muertos en la llanura.

Muntaner narra un episodio sucedido durante aquella batalla y que muestra el alto grado de arrojo de los mercenarios alanos en la lucha^[574]. Cuando la derrota de los alanos era ya definitiva, uno de ellos montó a su mujer en un caballo y acto seguido hizo lo mismo con otro corcel. Los dos escaparon dejando atrás el campamento. Tres almugávares, llamados Guillém de Bellver, el adalid Arnaldo Miró y Bernad de Ventayolla, vieron como la pareja intentaba huir y salieron tras ellos, iniciándose una persecución monte a través. Al poco, el caballo de la mujer empezó a perder fuerzas. Cada vez se iba quedando más rezagado respecto de la montura de su marido y más cerca del alcance de sus perseguidores. La mujer lanzó un grito desesperado para advertir a su esposo, y éste, al ver que su amada estaba a punto de caer en manos de sus enemigos, se detuvo en seco y volvió sin dudar hacia ella. Llegó a su lado, desmontaron de los caballos y se abrazaron y besaron mientras se despedían. Entonces, justo en el instante en el que los mercenarios llegaban al lugar, el alano desenfundó su espada y, con el mayor dolor de su corazón, cortó la cabeza de su esposa para evitar que cayese en las manos de los crueles almugávares, los cuales con toda seguridad la habrían violado y matado entre torturas. A continuación el alano, con toda la rabia agolpándose en sus venas, se plantó frente a los tres adversarios que se habían apresurado a coger el caballo abandonado de la mujer, y asestó un furioso golpe de espada sobre Guillém de Bellver que le amputó el brazo. Éste dobló sus rodillas y cayó muerto en el suelo. Los otros dos atacantes fueron juntos a por él pero no pudieron hacerle reblar hasta que no lo hirieron mortalmente en repetidas ocasiones, y aunque finalmente acabaron con su vida, les supuso salir heridos de gravedad a los dos.

Tras la batalla, el balance del cronista catalán es de nuevo desmesuradamente favorable a los aragoneses y catalanes. De los tres mil hombres de a caballo y los seis mil de a pie con los que contaban los alanos antes del combate solo sobrevivieron trescientos, es decir, ocho mil setecientos muertos. Por contra, el total de bajas en la Compañía fue de poco más de cuarenta hombres.

Cuando hubieron recogido el gran botín, se prepararon e iniciaron el camino de regreso. Para Muntaner su destino sería directamente Galípoli, mientras que Paquimeres describe un itinerario de vuelta con múltiples paradas y correrías.

Cuenta el griego^[575] que después de atravesar de nuevo la frontera de Bulgaria, la gran caravana, ahora ampliada con el botín capturado, se dirigió hacia el Sur pero antes, y viendo que su poder iba cada vez en aumento y que los griegos estaban cada día más abatidos, intentaron poner sitio a la ciudad de Andrinópolis, en donde se había parapetado durante los meses anteriores el coemperador Miguel IX. Pero en este momento no se encontraba allí sino en la Morea (¿?), adonde habría escapado cuando supo que los almugávares y los turcos se acercaban. Quien dirigía la hueste entonces no era Rocafort sino Arenós, el cual recorría la comitiva de punta a punta arengándoles a luchar con todas sus fuerzas para conquistar tan preciada plaza. Arenós se hacía llamar rey de Sicilia^[576] y tenía su propia bandera. Ocuparon las pequeñas aldeas de los alrededores y quemaron los pocos campos que todavía se mantenían trabajados. Andrinópolis era una plaza fuertemente fortificada y defendida por poderosas murallas, por lo que los del interior estaban convencidos de que, a pesar de su debilidad, lograrían resistir el ataque. Los asaltantes plantearon una serie de propuestas para perdonar las vidas de los griegos cuando entrasen en la ciudad. Exigían que se les entregase el cuerpo Roger de Flor, asesinado en aquel mismo lugar y cuyo cadáver estaría allí enterrado. Además, los bizantinos tenían que liberar a veinte almugávares que permanecían encarcelados en su prisión, y por último, entregar la villa sin oponer resistencia. Evidentemente, los sitiados que conocían las limitaciones de los aragoneses y catalanes para triunfar en los asedios a ciudades bien defendidas, rechazaron el trato y se dispusieron a resistir. Cuando habían pasado ya ocho días desde que comenzara el sitio, durante los cuales no cesaron de lanzar proyectiles contra los muros de la ciudad, Ángel, gran echanson^[577] de Miguel IX, acompañado por otro oficial griego, Choumnos Skouteris, salieron de Andrinópolis en una acción relámpago con ciento cincuenta soldados para golpear por sorpresa a los asediadores. Esta escaramuza le costó a la Compañía perder a varios de sus hombres, lo que hizo que la posterior ofensiva se retomase con mayor fuerza, estando a punto de lograr entrar por una de las puertas de la villa llamada de Bari, después de prenderle fuego. Los griegos, sin embargo, reaccionaron con rapidez, consiguiendo neutralizar este ataque. Entonces los almugávares y sus aliados pusieron en marcha una rudimentaria torre de asalto que habían construido, junto a otras máquinas de guerra, durante esos días a base de escaleras y pieles de bueyes mojadas para evitar que la quemasen los defensores. Pero los experimentados griegos estaban preparados para este tipo de asaltos. Dejaron que se aproximase la torre a sus murallas y, cuando los aragoneses y catalanes estaban a punto de saltar al interior, dejaron caer sobre ella una gigantesca viga de madera que aplastó el artilugio y a todos los que se hallaban en él. Tras comprobar que todos sus esfuerzos eran inútiles frente a la robusta defensa de Andrinópolis, decidieron levantar el sitio y continuar su camino hacia Galípoli, aunque antes intentarían, primero, una acometida contra la ciudad de Pamphylia que también terminaría con un rápido fracaso, y un amago de asalto a Didymotición después.

Durante las semanas que estuvieron en el interior de la Tracia, Galípoli había permanecido protegida por los escasos almugávares que habían dejado bajo los órdenes de Muntaner. A partir de entonces, y por un tiempo, el mismo cronista se convierte a sí mismo en el principal protagonista de los hechos que relata. Asegura que fue a mediados de julio de 1306^[578] cuando las quince naves genovesas que partieron de Constantinopla semanas antes para vender sus mercancías en Trebizonda, regresaron de nuevo al Cuerno de Oro, reuniéndose con las cuatro que habían permanecido al servicio del emperador. Después de haber colocado en el mercado del mar Negro todos los productos con los que había llegado desde Génova, y ya de regreso en la corte, el capitán genovés Antonio Spíndola ofreció todas sus naves para el servicio de Bizancio, en consecuencia con el pacto que habían firmado con Andrónico, por el cual se ajustaba la boda entre los dos jóvenes de ambas familias. El emperador receló en un primer momento de la oferta ya que los genoveses le habían demostrado que no se podía confiar demasiado en su palabra, y que en cualquier momento le abandonarían para ir detrás de cualquier otro beneficio económico o comercial. Así todo, aceptó, y sabiendo que en ese instante el grueso de la Compañía estaba en el norte del Imperio y que en Galípoli solamente quedaba una pequeña guarnición, envió a Spíndola con dos naves para intentar lograr que se rindiesen los del castillo. El genovés se plantó ante la fortaleza y desafió a Muntaner para que se rindiese en nombre de la República de Génova. El mercader les amenazó también diciéndoles que Bizancio y todos sus territorios estaban bajo la protección de los genoveses, además de pertenecerles todos los derechos marítimos y comerciales de la zona. Muntaner le replicó que la Casa de Aragón y el común de Génova eran aliados —cuestión esta muy dudosa—, y que por ello no debía plantearles este ultimátum. La discusión se mantuvo por escrito, respondiéndose ambos hasta en tres ocasiones diferentes, sin que llegasen a ningún acuerdo. En la tercera y última de las contestaciones de Muntaner, éste recurrió al argumento de la fe cristiana de Roma, que ambas naciones tenían en común, frente a la cismática religión bizantina para intentar hacer desistir a los genoveses de su intención. Le dijo que ellos habían llegado a Grecia precisamente para defender *la santa fe católica, para cuya exaltación habíamos venido a Romanía*^[579], exhortándole a que abandonase el ataque a Galípoli en nombre del Santo Padre apostólico, del cual ellos tenían su bandera como estandarte. Finalmente, en nombre del Papa, del rey de Aragón, del rey de Sicilia y del rey de Mallorca, le invitaba a cambiar de bando y a ayudarles en su desquite contra los griegos por los crímenes que consideraba que habían cometido, en especial la muerte de Roger. Además, le aseguró que ningún aragonés ni catalán de los que allí estaban se rendiría antes de dar cumplida venganza.

Spíndola regresó a Constantinopla donde rindió cuentas de todo lo sucedido a Andrónico, asegurándole a continuación que conquistaría el castillo de Galípoli y le entregaría a quienes ahora lo ocupaban. Acto seguido se armó una gran armada con las naves genovesas, dieciocho según Muntaner, comandadas por Spíndola, y las siete

que todavía mantenían los griegos, capitaneadas una vez más por Andrés Murisco. Es posible que Murisco intentase ponerse al frente de sus navíos pero, como cuenta Paquimeres^[580], las graves heridas que todavía sufría desde el último choque con Arenós le impidieron combatir al cien por cien en aquella ocasión.

Era sábado, 16 de julio de 1306 cuando se presentaron frente al puerto de Galípoli las veinticinco galeras de la flota genovesogriega. Allí permanecieron durante todo el día y toda la noche realizando los preparativos necesarios para el asalto a la ciudad. Muntaner, mientras tanto, también se apresuró a disponer la defensa con los reducidos medios con los que contaba. En sus arsenales había armas más que suficientes para responder al ataque, pero ante el reducido número de almugávares que estaban en el castillo, armó a las dos mil mujeres que allí se encontraban, repartiéndolas a lo largo de la muralla, y mandó a un mercader, de los muchos que también se hallaban resguardados junto a ellos, para dirigir a cada uno de los grupos de mujeres. Todas y todos los defensores fueron provistos de corazas para evitar los disparos de la bien pertrechada artillería genovesa que con toda seguridad iba a hacer uso de sus avanzadas maquinarias de guerra, capaces de lanzar diez veces más proyectiles que las que usaban los almugávares. Para que las fuerzas no flaqueasen repartieron cubas de vino y comida suficiente en todos los puestos, manteniendo así el ánimo de las gentes encendido y bien alimentado. En todos los puntos de la muralla se dispusieron médicos que socorriesen al instante a los heridos, y mientras todo esto se ponía en orden, Muntaner iba y venía de un lado al otro del castillo junto a veinte de sus mejores hombres, preocupándose por que todo estuviese en las mejores condiciones posibles para soportar la inminente embestida genovesa.

En cuanto despuntó el alba los atacantes descendieron de las galeras para tomar tierra.

Entonces el cronista con su caballería personal bien acorazada y armada, salió del castillo dirigiéndose de frente hacia los que intentaban desembarcar en la costa. Durante unas horas impidieron que el desembarco se llevase a cabo, atacando con fuerza a todos los soldados que intentaban reorganizarse una vez pisaban el puerto. Pero la superioridad de los que llegaban se terminó imponiendo. En el momento en el que Muntaner y los suyos comenzaban a retirarse, el caballo que cabalgaba éste fue alcanzado, cayó al suelo y el jinete con él. Rápidamente un escudero le proporcionó su propio caballo para salir de aquella encerrona, aunque no pudo evitar ser alcanzado hasta en «trece ocasiones» antes de volver a montar en la cabalgadura.

Agarró al escudero que se había quedado en tierra y lo subió a la grupa del animal, hecho lo cual escaparon a buscar el refugio del castillo. En Galípoli hizo curar sus heridas que en realidad, como el mismo delata, pasaron de las trece que aseguraba haber recibido en la lucha, a cinco cuando llegó a la ciudad, de las cuales solo tuvo que ser atendido por los médicos por una pequeña lesión en el pie causada por un golpe de espada^[581]. La exageración se representa ahora también para engrandecer las gestas que él mismo realiza, aunque su propia narración las

desmiente ingenuamente acto seguido.

Los genoveses cuando vieron que Muntaner había sido derribado pensaron que había muerto, y enseguida se extendió entre ellos el rumor de que los defensores de Galípoli estaban sin capitán que les ordenase, de manera que se apresuraron a ocupar posiciones en tierra.

Lo hicieron con rapidez pero de una forma meticulosamente planificada ya que no bajaron todos los efectivos. Se estructuró una línea de ataque estable que sería reemplazada en cuanto fuese necesario por los refuerzos que permanecían a bordo de las galeras, de manera que si un balletero o un lancero era herido, al instante era sustituido por otro que desembarcaba, y lo mismo cuando les tocaba el turno de comer o de dormir. Éste era el método para que siempre permaneciese la misma formación de combate.

El cielo se cubrió sobre Galípoli por los miles de dardos que lanzaron durante todo el día los genoveses. Caían los proyectiles sin cesar dentro de la plaza, hiriendo a todo el que no se encontrase resguardado detrás de un muro. Hasta la cocina, en donde se trabajaba a destajo preparando cocidos de gallina con los que aliviar a los heridos, entraron las saetas hiriendo de gravedad a uno de los cocineros. Por su parte, las mujeres luchaban sin descanso desde las murallas, lanzando cientos de piedras a los atacantes que intentaban trepar por ellas:

En verdad que hubo mujer que teniendo cinco heridas en la cara todavía se defendía como si no tuviese ningún mal. Y así duró esta batalla hasta la hora de despertarse^[582].

La luz del día siguiente mostró al capitán Antonio Spínola un panorama que no esperaba ver ni en sus peores sueños. Un pequeño número de almugávares y dos mil mujeres habían resistido el ataque de una poderosa y bien armada flota. El genovés no estaba dispuesto a esperar por más tiempo ni a permitir que aquella peculiar tropa de mercenarios y mujeres le dejase en evidencia ante el emperador. Ordenó armarse a más de trescientos caballeros *de las mejores casas de Génova, empuñando cinco banderas*^[583] y una vez dispuestos bajaron de los barcos en dirección al castillo.

Al ver que aquella compañía de genoveses se dirigían a presentar batalla con Spíndola a su cabeza, Muntaner mandó armar su caballo y a otros seis caballeros, junto a cien de los mejores almugávares con los que contaba. En pleno mes de junio el calor se hacía casi insoportable, de manera que ordenó que se quitasen todos las corazas y las protecciones que tanto les sofocaban, para combatir con mayor libertad. Además, había comprobado que los genoveses ya no utilizaban sus máquinas de lanzar dardos que tanto daño habían provocado en los defensores, por lo que pensó que ya se les habrían terminado y que no les serían necesarias las armaduras. Los atacantes avanzaron con gran ímpetu contra Galípoli chocando con todas sus energías

contra la puerta de hierro del castillo. Sus acometidas se prolongaron durante horas, pero la firmeza de la puerta y de las murallas, unido al asfixiante calor del verano que notaban todavía más debajo de las pesadas corazas, comenzaron a debilitar su furia.

Entonces, cuando Muntaner comprobó que éstos comenzaban a dar muestras de flaqueza, ordenó abrir el portón y salió en tromba con sus caballos armados y los cien almugávares. Los mercenarios iban sin escudo ni protección alguna, *en camisa y bragas*; sus dos manos estaban ocupadas por una daga y una lanza, y de la cintura de cada uno colgaba una espada y un puñal. Spíndola y los suyos se sorprendieron de que aquellos locos abriesen las puertas de la fortaleza y se abalanzasen sobre ellos sin dudar. El genovés mandó replegarse a sus hombres y huir en retirada, pero el cansancio de las horas de infructuosa lucha habían dejado huella en ellos y no pudieron ni siquiera reaccionar a tiempo para escapar. Spíndola cayó decapitado en el mismo lugar donde el día de antes desafiaba orgulloso a los de dentro, y la misma suerte corrieron la mayor parte de los caballeros y soldados que le acompañaban. Hasta tal punto llegó el arrojío de los almugávares que persiguieron a los supervivientes hasta las escaleras de las galeras, y solo el agotamiento de los dos días combatiendo impidió que no capturasen cuatro de aquellas naves. Muntaner estaba seguro de que de haber contado con cien hombres más habrían propinado a los de Génova una derrota histórica que no hubiesen olvidado jamás. Las galeras soltaron amarras sin esperar a que los supervivientes subiesen a bordo, de hecho, muchos de los desesperados hombres de Spínola murieron ahogados en el mar cuando intentaban alcanzar sus barcos.

Una vez que las naves habían puesto rumbo a alta mar, los aragoneses y catalanes supieron que cuarenta de los genoveses se habían quedado aislados en el campo de batalla y que allí continuaban defendiéndose. Inmediatamente, giraron sobre sí marchando de nuevo hacia donde seguía la lucha. Los cuarenta procuraban mantener a distancia a los excitados almugávares pero uno a uno iban cayendo muertos. Dirigiendo aquella demolida hueste estaba el genovés Antonio Bocanegra, el cual era tan diestro con la espada que ningún almugávar se atrevía a ponerse directamente a su alcance. Muntaner, en su papel de honorable caballero, le ofreció por varias veces que se rindiese para salvar su vida, pero el italiano estaba dispuesto a morir en aquel lugar y de paso llevarse a quien hiciese falta por delante. El capitoste y cronista ordenó entonces que su escudero se lanzase con el caballo contra este irreducible capitán.

Solo así, con un golpe directo del animal, cayó al suelo aturdido Bocanegra y allí mismo fue descuartizado en más de cien pedazos.

El recuento de víctimas no podía ser más favorable para los defensores. Más de seiscientos genoveses quedaron muertos entre el castillo y el puerto. De esta manera, regresaron cansados y heridos, pero contentos al abrigo de Galípoli. Los derrotados no se lo pensaron en absoluto y, con el hijo del emperador como tripulante para ir en busca de su futura esposa, pusieron rumbo a Génova desentendiéndose por el momento de la Compañía y de Bizancio.

Las naves que pertenecían a Andrónico zarparon hacia el Norte, más abatidas todavía que antes de la batalla y con el almirante Andrés Murisco gravemente herido y casi agonizante.

Al día siguiente, en tierra firme, en el interior de Tracia, los almugávares recibieron las noticias de lo sucedido en su cuartel general, y de como gracias a sus mujeres y a la destreza de Muntaner se había salvado un bastión fundamental para todos. Se encontraban ya de regreso de su campaña en Bulgaria, a tan solo tres jornadas de viaje de Galípoli, pero aceleraron su marcha y un día después ya comenzaban a llegar los primeros almugávares al castillo. El panorama que se encontraron fue sorprendente. Poco más de cien de sus compañeros y dos mil mujeres les recibieron heridos, con las caras tapadas por las vendas pero orgullosos de haber cumplido con semejante valentía su deber como defensores de la ciudad.

Después de esta aventura es cuando el cronista catalán asegura que se acercaron a la Compañía los turcos encabezados por Melik (que en todo caso era el jefe de los turcoples) para ofrecer sus servicios. Ya hablamos anteriormente de esta alianza y del momento en el que se realizó en realidad, según indican las otras crónicas. El hecho de retrasar la entrada de los turcos en su narración simplemente podría depender, bien de otro fallo en la memoria del cronista, o bien de que hubiese pretendido mostrar las anteriores operaciones de sus camaradas como si hubiesen sido iniciativa exclusiva de ellos en respuesta a la muerte de Roger, dando así por cumplida su venganza. No obstante, tanto turcos como turcoples llevaban ya algunos meses luchando junto a los aragoneses y catalanes.

Las alternativas para los griegos se habían terminado, y una y otra vez intentaban utilizar las mismas soluciones que ya les habían fallado con anterioridad. Andrónico envió otra vez embajadores para negociar con la Compañía, y otra vez éstos rechazaron cualquier tipo de acuerdo si no incluía el cumplimiento íntegro de todas las demandas que tantas veces habían expuesto ya, tanto económicas como de libertad para sus presos. El emperador seguía sin poder cumplir con lo referente al dinero, ahora por la ruina real de la economía bizantina.

Y en lo tocante a la liberación de los almugávares encarcelados, ni siquiera se lo planteaba, sabedor de que no supondrían más que nuevos refuerzos para los mercenarios.

En verdad que las desgracias parecían no tener fin para los griegos, y en lugar de vislumbrarse algún tipo de solución, cada vez que llegaban noticias a la corte, éstas traían un nuevo contratiempo para ellos. En esta ocasión la amenaza llegaba de manera inesperada.

Venceslas, quien tanto daño había hecho al Imperio desde su ruptura con éste, había hecho llegar a Rocafort una proposición de alianza que incluía la unión matrimonial del catalán con su hermana, la cual se había quedado viuda del tártaro Tzacas^[584]. Era un pacto que quizás no hubiese extrañado en otro momento, pero sí entonces, cuando no habían pasado más que unas semanas desde que los aragoneses y

catalanes, junto a los turcos y turcoples, habían aniquilado a los alanos, aliados suyos en ese tiempo. Sin embargo ahora, el búlgaro extendía la mano a Rocafort y no solo eso, sino que le convertía en su cuñado. Lo que ocurre es que pese a lo chocante de todo esto, la visión de Venceslas iba mucho más allá. Él sabía que con sus ejércitos podía dominar el norte y el este de Tracia, pero solo con la colaboración de la Compañía podría controlar también el sur y el oeste de la región. Además, esta alianza cortaría diagonalmente los territorios bizantinos en Europa, dejando totalmente aislados a los dos grandes bloques militares que a duras penas mantenía el Imperio: el coemperador Miguel permanecería impotente al oeste del río Maritza, mientras que la capital, sin casi ejército para defenderla, se quedaría como último bastión colgada entre sus enemigos de Tracia y los turcos desde Asia Menor. No obstante, no hay noticias sobre el desenlace de aquel proyecto de alianza búlgaroalmugávar, ya que Muntaner no menciona nada al respecto, y Paquimeres no hablará más sobre el tema. Finalmente, no se llegó a concretar la boda ya que en la primavera de 1307 el búlgaro aceptó las ofertas que le llegaban desde Constantinopla para celebrar su matrimonio con una hija de Miguel IX, Teodora Paleóloga^[585].

Tras regresar de Bulgaria, los mercenarios se volvieron a repartir entre los tres clanes internos que ya se habían delimitado antes de iniciar el viaje. Arenós regresó a su cuartel de Madytos que había permanecido a salvo durante aquellas semanas de los griegos y de los genoveses; Rocafort y su compañía reanudaron las acciones sobre la costa Mármara, buscando recuperar las fortificaciones que controlaban antes de su partida; y por último, Muntaner siguió como senescal de la base de operaciones en Galípoli. La novedad entonces fue, no la división territorial que hicieron entre ellos, sino la alternativa que tomaron los turcos y turcoples.

A finales del verano de 1306 los turcos vieron como los aragoneses y catalanes tenían ya preestablecidos sus respectivos campamentos que empleaba cada grupo como cuartel general.

De este modo, ellos optaron por ocupar también un espacio en la región, y el lugar escogido serían los alrededores del monte Ganos, resultando sorprendente el hecho de que no solo continuasen dedicándose al pillaje, sobre todo en compañía de Rocafort, sino que iniciaron un proceso por el cual daban los primeros pasos para establecerse allí permanentemente. Los turcos que no cabalgaban junto a los almugávares comenzaron a trabajar la tierra y a levantar aldeas estables, como lo refleja un documento fechado en Génova el 19 de octubre de 1306 y en el que Cristiano Spínola pone al corriente a Jaime II del comportamiento de los almugávares para con sus intereses:

Turchi quoque qui cum eis existum positi sunt in plano montanie de Lugan et ibi seminant et laborant, parati succurrere sibi invicem si fuerit opportunum, ita quod imperatori guerram faciunt infinitam^[586].

A pesar de las victorias logradas recientemente, no todo eran buenas noticias para la Compañía. Las relaciones entre los aragoneses y catalanes, y los turcos y turcoples, especialmente con estos últimos, no eran demasiado cordiales. La discriminación en el reparto de los botines no dejó satisfechos a los aliados de los almugávares, y el resentimiento por el agravio comparativo se extendió entre sus filas. A causa de este ambiente de desacuerdo entre ellos, Isaac Melik envió de nuevo en secreto mensajeros a la corte griega para hacer una segunda propuesta de alianza al emperador. Las condiciones eran similares a las que ya le hiciese antes de ser descubierto la vez anterior por Rocafort. El turcople desplegó ante el gobierno griego toda una retahíla de exigencias. En primer lugar, seguía con su pretensión de desposar a su prima, la hija de su tío Melik, al tiempo que éste debería ser nombrado sultán por el emperador, y como condición para atraer hacia sí la confianza de sus hombres, era fundamental la liberación de todas las mujeres y los niños presos en las cárceles bizantinas desde su captura por los alanos. Si se aceptaban sus demandas los turcoples abandonarían las hostilidades y su alianza con la Compañía, cruzando el estrecho para regresar a sus hogares al oeste de Anatolia. Andrónico, más necesitado que nunca de cualquier clase de ayuda, aceptó la mayor parte de las demandas de Melik, aunque no consintió en dar el título de sultán a su tío, ya que dicho nombramiento podría suponer en el futuro la reconstrucción de la vieja saga familiar turcople y de todo su poder, lo que en ese momento era lo que menos le interesaba al Imperio. A cambio, le fue concedido el gobierno de la ciudad de Piga a donde fue enviado junto a su prima y futura esposa. Melik sabía que aquello era lo máximo que iba a conseguir de los griegos, así que firmó el pacto y comenzó a disponer a sus hombres contra los aragoneses y catalanes mientras esperaba el instante de cumplir la palabra que le había dado a Andrónico.

Rocafort, al que de nuevo seguían la mayor parte de los turcos y turcoples, retomó su particular ruta de terror y devastación por el sureste de Tracia. Protagonizaron varias tentativas de ocupar la ciudad de Redistro pero sus habitantes estaban lo suficientemente blindados como para resistir por ahora sus ataques. Tras comprobar que Redistro se les resistía, tomaron otra vez el paso del monte Gano, que comunicaba la península de Galípoli con la costa del Mármara, utilizando el castillo que se hallaba en lo alto de la montaña como punto de partida de las escaramuzas relámpago que realizaban, llegando en alguna de ellas hasta la ciudad de Byzia.

Pocos días después sitiaron el castillo de San Elías, a pocos kilómetros de Gano. Los habitantes de la comarca que se refugiaron en la fortaleza, aguantaron hasta la extenuación el asalto de los mercenarios, padeciendo hambre y sed hasta el extremo, llegando a *chupar las hojas de los árboles y a beber la sangre de las bestias*^[587]. Finalmente, se vieron obligados a capitular.

Sin embargo, pusieron como condición que no entrasen en la ciudad los turcos, sino que lo hiciesen únicamente las tropas de los cristianos que acompañaban a Rocafort, y que para tener seguridad de que esto se cumplía, aquel debía de jurarlo

sobre los Evangelios. El catalán accedió a la demanda, ordenó retirarse a los turcos y turcoples hacia los alrededores de la ciudad, y a continuación tomó posesión del castillo.

La facilidad con la que había caído San Elías les llevó a intentar de nuevo atravesar las murallas de la cercana Redistro. Aunque no fuese una operación especialmente planeada, sí que se convirtió en un empeño personal de la Compañía ya que frente a esta ciudad desarrollaron tácticas de asalto que no habían usado hasta el momento, al menos que haya noticias de ello, lo que puede ser una muestra de cuales fueron los cambios que se habían producido en la hueste durante este tiempo. Esas novedades, fueron la incorporación de los contingentes de turcos, turcoples y, en menor medida, de griegos, y es posible que fuese desde alguno de estos nuevos grupos desde donde surgiese la iniciativa de emplear maquinaria de guerra específica para combatir frente a ciudades amuralladas. Sabemos que entre los griegos trófugas, había no solo soldados y población civil, sino también individuos con alta formación que incluso habían desempeñado cargos de relevancia en la administración griega, por lo que alguno de estos ingenieros bizantinos pudieron ser quienes iniciaron a los almugávares en la fabricación y en el empleo de las grandes armas de asedio, con la ventaja añadida de que los desertores conocían los secretos de los sistemas de defensa bizantinos. Paquimeres muestra francamente su desprecio hacia aquellos de sus compatriotas que se pasaron al bando de la Compañía, cambiando incluso su aspecto para pasar inadvertidos entre los aragoneses y catalanes:

[...] griegos desertores que habían rasurado a sus caballos y su barba, a fin de ser tomados por catalanes^[588].

Lanzaron en primer lugar un ataque convencional sobre la ciudad, pero sus bien guarnecidos muros resistieron sin mayores problemas la embestida. Entonces, Rocafort tomó la decisión de ordenar construir una catapulta con la que arrojaron piedras de más de doscientos kilos de peso, sin embargo, no era mucha la pericia de los asaltantes utilizando estas nuevas herramientas de guerra. Por motivos que desconocemos, lanzaban las piedras durante la noche, lo que unido a que la plaza era una fortificación alargada y estrecha, hizo que la mayor parte de los proyectiles se perdiesen sin alcanzar su objetivo. Durante unos días los del interior de la ciudad recuperaron las esperanzas de poder resistir el asedio después de ver como sus enemigos eran incapaces de derribar los muros. Esto hizo que trescientos soldados de su guarnición protagonizasen varias salidas contra los de fuera y consiguiesen matar a un buen número de atacantes. Pero de nuevo el tiempo corría a favor de los sitiadores, y el hambre y la sed determinó finalmente la rendición de Redistro.

Rocafort no terminó satisfecho por el desenlace de este combate ya que, aunque había logrado conquistar una de las principales ciudades del Imperio, le había supuesto la pérdida de una cantidad importante de sus mejores hombres a causa de las

salidas que habían realizado los soldados griegos. Así que la idea que tenía cuando controló la fortaleza era no conceder ningún tipo de pacto a los del interior, pasarlos a todos por el filo de la espada y después destruir el castillo. Por suerte para los griegos, se hallaba entre ellos el obispo de la provincia de Panido que supo emplear la hábil diplomacia bizantina para disuadir al capitoste catalán de sus intenciones. Le convenció de que si acababa con la vida de todos los habitantes de Redistro, los ciudadanos de las fortificaciones de los alrededores conocerían de inmediato la cruel noticia y se apresurarían a fortificar todavía con mayor intensidad sus respectivas ciudades, lo que dificultaría aún más sus intentos por ocuparlas. Por contra —le propuso el astuto obispo—, si permitía seguir con vida a los prisioneros, los habitantes de las poblaciones cercanas perderían en gran medida el miedo a los aragoneses y catalanes, accediendo con menos reticencias a abrirles las puertas de sus villas. Rocafort lo entendió de este modo y se conformó con quedarse con las pertenencias de los ciudadanos de Redistro, permitiéndoles elegir después entre quedarse y continuar con su vida cotidiana o marcharse a donde les pareciese oportuno. La habilidad del eclesiástico hizo que Rocafort le invitase a entrar a formar parte de su séquito personal en calidad de consejero, y según las crónicas, fue el causante de que, posteriormente, muchas poblaciones se rindiesen sin ofrecer resistencia a los almugávares, ya que él se adelantaba al ejército y convencía a los griegos de que esa era la mejor opción.

Algún tiempo después, el obispo tuvo que comparecer ante el Patriarca de la Iglesia bizantina para rendir cuentas por este comportamiento. Ante las acusaciones de traición y de provocar la pérdida de varias ciudades que se le lanzaron en la corte griega, alegó que lo que hizo fue lo que él pensaba que era mejor para los griegos y para salvar sus vidas, aunque no conocemos cual fue el resultado de aquel juicio.

Probablemente, ya había entrado el otoño de 1306 cuando llegó a Constantinopla un magistrado del senado genovés, que era conocido entre los mercaderes de aquella nación como «abad del pueblo»^[589]. Los mercaderes genoveses que vivían en la capital le expusieron en cuanto se entrevistaron con él todas las quejas que tenían sobre los actos de la Compañía, y de como la falta de control total por parte del gobierno bizantino sobre sus tropelías estaba perjudicando gravemente a sus negocios. El abad se percató enseguida de cual era la situación, y ante la falta de capacidad del emperador para encontrar una solución, decidió dirigirse personalmente a los aragoneses y catalanes para pactar un acuerdo bilateral con ellos. Los griegos se espantaron cuando supieron que los genoveses podían llegar a crear una alianza con quienes eran en ese momento sus más peligrosos enemigos. Sus tradicionales aliados, que al mismo tiempo controlaban en la práctica la economía del Imperio, iban a negociar en Galípoli, y con toda seguridad lo que se pondría encima de la mesa sería la cabeza de Bizancio.

Andrónico se dirigió al senador genovés y le rogó que desistiera de sus intenciones, pero desde su débil situación poca o ninguna influencia podía tener sobre

las decisiones genovesas.

Como el abad se mostraba inflexible en su postura, intentó convencerle de que al menos le asegurase que bajo ningún concepto actuaría o ayudaría a la Compañía en contra de ellos. El genovés se comprometió a no participar en hechos que pudiesen perjudicarles, pero a cambio exigió importantes concesiones que favorecerían todavía más sus operaciones mercantiles en el país. Lo que obtuvo el emperador de él fue una moratoria de unos días, y la premisa de que, antes de poner en marcha ninguna iniciativa, partiese desde la capital una embajada con representantes del gobierno griego y con el propio abad, para intentar buscar por última vez una solución conjunta frente a los de Galípoli. Durante el breve tiempo que duró aquella negociación cesaron en gran medida las hostilidades, lo que fue utilizado por muchos griegos que permanecían acobardados en sus aldeas para huir hacia la capital. En todo caso, no fue una tregua total ya que, aunque Arenós respetó el proceso de diálogo, Rocafort de forma independiente continuó atacando objetivos bizantinos.

Además, el éxodo de miles de personas que en pocos días dejaron pueblos y ciudades aprovechando el amago de paz, y que entraban en Constantinopla con sus animales, causó un auténtico caos en la ciudad, obligando a las autoridades a ordenar el sacrificio de gran número de bestias, ya que llegaron a hacer imposible la habitabilidad en el interior de las murallas.

Las conversaciones empezaron con mal pie y terminaron todavía peor, al menos en lo que al Imperio se refería. Tanto Rocafort como Arenós no cedieron ni un ápice en cuanto a sus reivindicaciones originales, como por ejemplo en lo referente al pago de la totalidad de lo que se les adeudaba. Pero además de estas demandas, largo tiempo planteadas, añadieron la exigencia de que se les entregasen las ciudades y castillos que en ese instante tenían bajo su control, así como que se les reconociese a ambos capitostes, tanto a Rocafort como a Arenós, por parte del gobierno griego como legítimos señores de Redistro y de Madytos. La experiencia diplomática del abad genovés enseguida le sirvió para saber que los almugávares nunca llegarían a un acuerdo con Andrónico y que si quería sacar algún tipo de ventaja para los intereses comerciales de la República debería buscar un pacto a dos bandas, dejando de lado a los griegos. Pero ni sus hábiles maniobras en secreto le sirvieron para conseguir tal alianza.

Los aragoneses y catalanes se sabían dueños de la situación y como tales jugaron sus cartas.

Ni los griegos ni los genoveses tenían nada que ellos no pudiesen tomar por la fuerza y sin contraprestaciones. Sería Rocafort quien rompería definitivamente las conversaciones.

El capitán catalán no esperó por más tiempo a escuchar las palabras de la corte y de Génova, y se puso a cabeza de sus hombres para levantar de nuevo las armas. En esta ocasión, después de comprobar la debilidad imperial, y de como se arrastraron suplicándoles por firmar un armisticio, estimó que había llegado el momento de ir

directamente contra Constantinopla.

Con varios miles de aragoneses, catalanes y turcos marchando al son de las trompas se dirigieron a la capital sembrando el pánico entre la población. Los griegos corrían en tropel a refugiarse detrás de las poderosas murallas del Cuerno de Oro. Incluso los ciudadanos y los mercaderes del contiguo barrio de Pera abandonaron todas las pertenencias que no pudieron llevarse consigo para escapar de los mercenarios:

Era un triste espectáculo ver a los habitantes que se refugiaban desde todas partes con sus pertenencias. [...] Muchos estaban tirados a lo largo de las calles, habiendo renunciado a cualquier esperanza^[590].

Los almugávares no tardaron en presentarse a los pies de las murallas. Por el camino mataron a todos los griegos que, por desgracia para ellos, no habían huido de los campos y aldeas de los alrededores. Sin embargo, y aunque no encontraron ninguna resistencia hasta llegar a aquel lugar, la conquista de la ciudad se planteaba como un objetivo absolutamente fuera de sus posibilidades. El inmenso sistema defensivo, con varias líneas de murallas, había sido durante siglos prácticamente inexpugnable para quienes habían intentado tomarla.

Pero por un momento sus habitantes revivieron en la memoria colectiva la no muy lejana ocasión en que otros salvajes llegados desde Occidente, los cruzados, consiguieron doblegarles y conquistarles, aniquilando a sangre y fuego todo lo que de humano podía haber en su interior. Para su fortuna, los aragoneses y catalanes no eran los cruzados de antaño, y la sola contemplación de aquellos muros les hizo descartar cualquier tentativa de asalto. Se limitaron a sitiar la plaza y desde allí ampliar sus acometidas contra las ciudades del entorno.

La operación que estaban desarrollando a las puertas de la capital obligó a la Compañía a dejar mal protegidos otros castillos de Tracia que se hallaban en su poder. Este desliz no pasó inadvertido para el gran heteriarca Ducas, quien estaba probablemente atrincherado en la ciudad de Chiorlich. Desde allí, y por sorpresa, ya que no se imaginaban que los griegos pudiesen reaccionar de modo alguno, emprendió un ataque contra Redistro, en donde solo unos pocos mercenarios guardaban sus muros. Evidentemente, tampoco la partida de Ducas era muy numerosa, por lo que no lograron conquistar la ciudad, pero sí suficiente como para matar a una parte importante de sus defensores y arrebatárles un considerable botín con el que regresaron a Chiorlich.

En cuanto la hueste que asediaba Constantinopla tuvo noticias del contraataque de Ducas contra Redistro levantaron el sitio y rápidamente regresaron hacia el Sur para proteger sus dominios. Esta repentina victoria, que se sumaba a otras dos que los griegos acababan de lograr frente al avance de los turcos en las ciudades de Hiero y Malea en Asia Menor, devolvieron una tímida luz de esperanza en los corazones de

los bizantinos. Junto a los ilusionantes triunfos militares, Andrónico todavía fue capaz de levantar una nueva argucia política que evitaría muchas desgracias a su país. Consiguió firmar una alianza con quien se había convertido en su peor enemigo en el norte del Imperio, Venceslas. Las condiciones que tuvo que aceptar el emperador fueron en verdad sangrantes para Bizancio. Venceslas obtendría lo que tanto había anhelado desde tiempo atrás, entrar a formar parte de la familia imperial, y lo hacía gracias a su boda con la hija del coemperador Miguel IX. Además, se aseguraba el control de todas las ciudades que había arrebatado a los griegos hasta el momento, incluyendo en esta cláusula el derecho a quedarse con los niños que naciesen en ellas a partir de ese instante. Las condiciones podían parecer inaceptables, pero ante lo abusivo de éstas, Andrónico lograba, en primer lugar, anular el avance de los búlgaros hacia el Sur y también, y quizás más importante todavía, romper el pacto acordado entre Venceslas y Rocafort por el que hubiesen unido sus ejércitos contra el Imperio, en cuyo caso ya sí que nada hubiesen podido hacer para evitar la ruina total de Bizancio. Así pues, aunque las cesiones eran muy notables, las contraprestaciones obtenidas bien merecían la pena.

Mientras Rocafort intentaba restablecer el control sobre Redistro y los alrededores del monte Gano, Ferrán Ximénez de Arenós, con la tranquilidad que le daba el hecho de que su fortaleza de Madytos estuviese a salvo más allá de Galípoli, se enfrascó en nuevas razias en Tracia. Probó suerte con el castillo de Brysis, pero la potente resistencia de sus defensores y las continuas salidas que protagonizaban contra ellos la caballería que albergaba la ciudad, hizo que desechase este objetivo. Acto seguido, se dirigió a la cercana Bizya, importante ciudad situada a pocos kilómetros al noroeste de Chiorlich. Su guarnición estaba comandada por el chiaoux^[59] Humberto. A sus órdenes tenía a más de doscientos hombres de a caballo perfectamente armados, pero que eran a todas luces insuficientes para combatir cuerpo a cuerpo y a cielo abierto con los miles de hombres que dirigía Arenós. Humberto tomó la decisión de protegerse dentro de la ciudad y esperar el ataque, pero los ciudadanos de Byzia no estuvieron de acuerdo con la estrategia del militar. Quizás las últimas victorias conseguidas por sus vecinos de Chiorlich les habían llevado a un estado de ánimo excesivamente optimista.

Por esta causa, la presión de la ciudadanía obligó al chiaoux a cambiar sus planes y a dar batalla a los enemigos. Más de mil hombres de la ciudad se ofrecieron para formar parte de aquel improvisado ejército. Todos fueron situados a la retaguardia de la tropa, mientras que en primera línea fueron dispuestos doscientos soldados a caballo armados con arcos.

El campo de batalla daba la ventaja a los griegos al estar situados en sobre una colina desde donde controlaban todos los movimientos de los atacantes que estaban preparados en el fondo de la vaguada. La excitación provocada por el júbilo colectivo y un exceso de confianza desbordado, para nada justificado, empujó a que las filas de combate ordenadas por Humberto se rompiesen sin control alguno. Los cientos de

civiles griegos se abalanzaron en desorden colina abajo buscando el choque con los aragoneses y catalanes, al mismo tiempo que la caballería que estaba delante de ellos, viendo que iban a ser rebasados por sus propios compatriotas, no esperaron las indicaciones de sus capitanes y se lanzaron también al galope hacia el enemigo.

Los almugávares no hicieron el más mínimo ademán de alterar sus posiciones, esperando la embestida de la caballería griega. De repente, cuando los jinetes que continuaban acercándose al galope, ya habían llegado a la planicie y estaban al mismo nivel que ellos, los turcos, que se hallaban escondidos al pie de la colina, salieron en emboscada justo detrás de los caballos, quedando éstos entre las lanzas de los aragoneses y catalanes por delante, y las de los turcos a su espalda. La mayoría de la caballería griega fue aniquilada en cuestión de minutos, pero no terminó ahí su desgracia. Los caballeros que consiguieron detener a sus cabalgaduras y escapar milagrosamente, emprendieron una carrera desesperada sobre sus pasos sin detenerse en su huida ante los milicianos bizantinos de a pie que acababan de llegar al llano. Sin posibilidad de esquivar a los suyos, pasaron sobre ellos, y los cascos de los caballos aplastaron los cuerpos de cientos de sus propios paisanos que murieron en el acto. Desde las murallas de Byzia veían horrorizados como su vanguardia era masacrada por el enemigo y lo que era peor todavía, sus vecinos morían por la desbandada de los que escapaban^[592].

Sin haberse repuesto de aquel mazazo, los que quedaban en la ciudad reaccionaron con presteza e ingeniaron un hábil engaño para ganar algo de tiempo. Para que los asaltantes no pensasen que habían logrado acabar con todos los hombres que podían defender la fortaleza, vistieron a todas las mujeres con ropas masculinas y las situaron en lo alto de todo el perímetro de las murallas, dando la impresión a los de fuera que todavía quedaban varios miles de hombres que podían contestar a su ataque. Esta estratagema permitió a la ciudad enviar mensajeros a Constantinopla informando de lo sucedido y solicitando refuerzos de inmediato.

Éstos no tardaron en llegar, aliviando la presión que sufrían y haciendo que los almugávares desistiesen de sus ataques.

No todos los turcos y turcoples permanecían luchando junto a alguna de las divisiones de la Compañía. Isaac Melik^[593], alejado ya de su órbita después del pacto con Andrónico, había tomado posesión algunas semanas atrás de su nuevo cargo como gobernador de Piga, ciudad situada en la costa oriental del estrecho de Helesponto. Tal como se había tratado, organizó una partida con algunos de sus mejores hombres y cruzó de nuevo el estrecho hacia la costa europea. Con el más absoluto sigilo, se internó en Tracia para entrevistarse con el grueso de sus compatriotas. En la reunión les expuso los planes que había diseñado conjuntamente con el emperador, explicándoles que si abandonaban el servicio de los almugávares les serían devueltos todos los prisioneros de su nación que los griegos mantenían retenidos, además de las compensaciones económicas que conllevaba el pacto firmado. El cronista Paquimeres narra que todo su pueblo estuvo de acuerdo con él,

desertando en bloque del bando de los aragoneses y catalanes, y entrando a formar parte, como en un principio, de las filas bizantinas. Quizás esta afirmación sea demasiado rotunda y, en realidad, no fuesen todos los turcoples sino una parte considerable los que siguiesen a Melik, sobre todo teniendo en cuenta que éstos no se encontraban en un solo lugar sino repartidos en distintos frentes. Planificaron en secreto y con rapidez la manera de escapar en masa hacia Asia, pero antes decidieron escarmentar a los almugávares por los abusos que habían cometidos sobre ellos durante el tiempo que lucharon juntos. Melik dio la orden y todos los que estaban de su parte se levantaron en armas contra los que habían sido hasta ahora sus aliados, matando a la mayor parte de los que se encontraban en los alrededores de Redistro en donde estaban acampados. Sin mayor dilación, se dirigieron hacia la costa con la intención de embarcar en unas naves que el emperador tenía preparadas para transportarlos a Anatolia. Lamentablemente para los turcoples, no fueron lo bastante ágiles a la hora de subir a bordo de los barcos, dando tiempo a que varias partidas de almugávares que se hallaban en las proximidades tuviesen conocimiento de su rebelión y de la masacre que habían perpetrado contra sus compañeros. Antes de lo que se podían imaginar los que escapaban, el puerto se llenó de mercenarios de la Compañía que sin ninguna piedad se tomaron venganza por sus camaradas. Más de doscientos turcoples quedaron muertos sobre los muelles y sobre las cubiertas de los navíos. Los almugávares trataron a los rebeldes como a esclavos. Éstos, viendo que no tenían más alternativa, prometieron volver a servirles como antes si les devolvían su libertad. A pesar del levantamiento y de las muertes que habían provocado, su colaboración era fundamental para la Compañía, máxime si pretendían tener bajo control un territorio tan extenso como el que ahora poseían en Tracia, así que accedieron a admitirles de nuevo entre sus filas, aunque pusieron como condición que se les entregase a Isaac Melik, a su hermano y a un oficial llamado Tacantziaris, principales promotores de la revuelta y que estaban escondidos entre los turcoples. Se hizo de este modo y los tres jefes fueron entregados para juzgarlos por su traición. El juicio no pudo ser más rápido. Tan pronto como prendieron a Melik y a su hermano los desnudaron delante de todos y les cortaron las cabezas, mientras que Tacantziaris era encarcelado. Bajo el brazo de Melik, entre sus ropas, apareció una carta del emperador Andrónico en la cual *invitaba a los turcos a ponerse de su parte*^[594]. El enfrentamiento entre ambos pueblos, a pesar de su «reconciliación», era más que evidente. Los de la Compañía no confiaban ya en sus aliados y desde ese momento les pusieron encima una rígida vigilancia. Por su parte, los turcos al saber lo necesarios que eran para los planes de aquellos, forzaron la negociación exigiendo la puesta en libertad de su jefe Tacantziaris para volver a luchar unidos. Sin tener otra posibilidad, los almugávares liberaron al capitán turcople.

En camino una vez más, almugávares y turcos retomaron las hostilidades contra los griegos, pero ya nada sería como antes. Chiorlich llevaba siendo desde hacia tiempo uno de los reductos bizantinos desde los que más daño se provocaba a la

Compañía. Las frecuentes salidas de su caballería comandada por el gran heteriarca Ducas estaban dañando seriamente los planes para asentarse con cierta estabilidad en la zona. Tras la asamblea habitual, se decidió atacar la ciudad y neutralizar definitivamente las ofensivas que desde allí partían. Sus asaltos chocaron una y otra vez contra las bien defendidas murallas, en donde los ciudadanos y sus soldados de élite mantuvieron a raya a los sitiadores. Cuando comprobaron que aquel objetivo les superaba, la hueste abandonó sus pretensiones y se dividió en varios grupos. Los aragoneses y catalanes regresaron a sus respectivos campamentos en Redistro o Madytos; una parte de los turcos se instaló en la ciudad de Apros, en donde fueron bien acogidos por su gobernador Tzarape; mientras que el resto de los mercenarios turcos permaneció acampado en los campos de los alrededores de Chiorlich. Algo se debieron sospechar los almugávares cuando este último contingente turco decidió no acompañar a sus compatriotas que se instalaron en Apros y optaron por quedarse rezagados en la zona. Estaban en lo cierto, en cuanto éstos creyeron que los otros grupos se habían alejado lo suficiente levantaron sus tiendas y se dirigieron hacia la costa para intentar escapar de nuevo del servicio de la Compañía. La vigilancia de los espías que, sin que ellos lo supiesen, no dejaron de observarles desde las colinas, fue suficiente para advertir a los almugávares de cuales eran sus verdaderas intenciones. Con la premura que les caracterizaba, dieron la vuelta en redondo y, como ya había sucedido pocos días antes, cayeron sobre los fugitivos cuando éstos estaban a punto de embarcar con rumbo a Asia Menor. Aquella nueva lucha entre los aliados fue uno de los goces de los que los griegos pudieron ser espectadores en esos tiempos; muchos aragoneses y catalanes, y turcoples se mataron mutuamente frente a los ojos de los bizantinos.

La rebelión de los turcos no hizo más que empeorar todavía más la organización interna de la Compañía. Ésta era ahora un gigantesco ejército que campaba con absoluta libertad por los campos de Tracia, pero sin un rumbo determinado ni una cabeza común que los dirigiese. Los turcos y turcoples, que suponían una parte fundamental de su estructura, estaban en su mayor parte luchando en contra de su voluntad, con la inseguridad que esto representaba, ya que en cualquier momento podían abandonarlos o, lo que sería peor, levantarse en armas contra ellos. Los propios aragoneses y catalanes se hallaban divididos en al menos tres bloques diferenciados con tres líderes distintos y, sobre todo, con intereses y objetivos enfrentados.

Muntaner controlaba el cuartel general y la intendencia de la Compañía, lo que, aunque pudiese parecer de menor relevancia al no contar con un número suficiente de almugávares bajo su mando, en realidad no era así ya que, a pesar de no tener un poder militar de peso, sí que controlaba por completo la actividad económica y comercial que en esos momentos se desarrollaba alrededor de Galípoli. Este movimiento mercantil, que nunca había tenido repercusión alguna en la economía tradicional de los almugávares, ahora comenzaba a florecer gracias a varios factores.

Por un lado estaba el cambio sustancial del modelo de vida que habían establecido en Galípoli, el cual pasó de un nomadismo permanente a instalarse de forma estable en un único lugar. Recordemos que la guarnición que gobernaba Muntaner, al contrario de las partidas de Arenós y Rocafort, no continuaron haciendo salidas para realizar ataques y saqueos sino que permanecieron emplazados durante casi dos años en aquella misma fortaleza.

La segunda razón que activaría el comercio dentro del castillo fue su privilegiada situación en pleno estrecho del Helesponto, dando entrada a los mares de Mármara y Negro, y en pleno centro de las rutas marítimas que se dirigían hacia Asia, con los cientos de comerciantes que las transitaban. Por último, la aglomeración de mercaderes catalanes que se produjo en la fortaleza, provocó un giro en cuanto a la actividad de la ciudad. Los mercaderes catalanes que ahora buscaban la protección de las murallas de Galípoli y de las armas de los almugávares, eran los mismos que habían vivido desde tiempo atrás en Bizancio, antes incluso de la llegada de la Compañía a aquellas tierras, pero a causa de la guerra declarada entre sus compatriotas y los griegos no tuvieron más remedio que abandonar los lugares en donde tenían establecidos sus negocios por miedo a las represalias griegas.

Además de este importante control de Muntaner sobre la actividad económica de la Compañía, el catalán mantenía también otra baza fundamental que lo situaba como uno de los dirigentes con mayor influencia. Él era, después del apresamiento de Entença, el principal valedor de la Casa de Aragón en Grecia. Enviaba y recibía desde su despacho la correspondencia que llegaba o que iba hacia las cortes aragonesa y siciliana, convirtiéndose en el hombre de confianza de Jaime II.

Todas estas razones convertían al cronista en una pieza básica para comprender lo que sucedió durante aquellos años.

Rocafort por su parte hacía ya tiempo que tomaba sus propias decisiones sin contar con el resto de la Compañía. No aceptaba de ninguna forma la pretensión de los otros capitostes de imponérsele jerárquicamente solo por unos pretendidos derechos de nobleza. Él, desde su condición de mercenario sin título nobiliario alguno y sin un apellido de abolengo que le respaldase, había conseguido hacerse con el respeto de la mayor parte de los almugávares y con una posición que no iba a dejar perder a manos de nadie. De este modo, organizaba sus operaciones armadas junto a la mayor parte de los turcos y turcoples que seguían con ellos, pero de manera totalmente independiente de lo que en Galípoli o Madytos pudiesen opinar.

Buena prueba de ello, y sobre todo de la gran ambición que le guiaba, está el intento de alianza con Venceslas que le habría colocado sin duda alguna como máximo candidato a transformarse en señor no solo de la Compañía, sino de toda Tracia. La mala suerte, o mejor dicho, la astucia de Andrónico, desbarató sus planes.

Finalmente, estaba Ferrán Ximénez de Arenós. El capitán aragonés había sabido aprovechar el peso del nombre de su familia en la corte aragonesa y su bien ganada fama como militar, para resituarse después de su prolongada y voluntaria ausencia en

el escalafón de mando más alto de la Compañía. Arenós ya se había mostrado en otras ocasiones como un oportunista que no dudaba en abandonar a sus compatriotas para ir detrás de mejores beneficios, y por lo que parece, después de su vuelta continuó haciendo uso de prácticas más que sospechosas. Contando con la lealtad de Muntaner por un lado, y con la enemistad manifiesta de Rocafort por el otro, el noble aragonés había logrado hacerse con importantes bienes desde su llegada, pero viendo las oportunidades que se le abrían a su alrededor, no dudó en aprovechar una que se le antojaba lucrativa: ofrecer de nuevo sus servicios a Andrónico^[595].

Esta posibilidad, que tanto a Muntaner como a Rocafort, como al resto de los almugávares, les hubiese parecido impensable a esas alturas del enfrentamiento, para Arenós era sin embargo una alternativa de la que sacar un buen patrimonio. Ferrán Ximénez se dirigió a Constantinopla y ofreció sus armas y las de su compañía al emperador. Es posible que todo comenzase con la oferta previa de Andrónico, una oferta que le habría hecho llegar a través de mensajeros. El pacto era lo suficientemente importante y había habido tal cantidad de engaños y traiciones hasta ese momento, como para que la negociación sobre la forma de llevarse a cabo fuese tratada con calma y discreción. Ni uno ni otro bando confiaba en el adversario, sobre todo los escarmentados griegos.

Para ganarse la confianza del gobierno griego, Arenós les confesó la confabulación política que estaba tramando desde hacia algún tiempo en secreto la hermana del emperador, Irene Paleóloga. La que fuese suegra de Roger había enviado pocos días antes a su oficial de confianza Cannabure a proponer a Arenós una alianza para derrocar a Andrónico. Arenós, que no sabemos que respuesta había dado a Cannabure, utilizó esta información para intentar convencer a los bizantinos de que en esta ocasión sus intenciones eran honestas y que podían confiar en él, aunque, al menos por ahora, no parece que se concretase ningún acuerdo entre el capitoste y el emperador. Mientras se investigaba en Constantinopla más a fondo la traición desvelada por el aragonés, Irene fue encarcelada en palacio donde terminaría sus días ocupada en buscar nuevos caminos para derrocar a Andrónico y coronar en el trono de Bizancio a alguno de sus hijos. Tras su muerte en 1319, a causa de unas fiebres inflamatorias, su cuerpo sería enterrado en Constantinopla.

33. El retorno de Berenguer de Entença

La documentación conservada en el ACA permite saber que a finales del mes de septiembre de 1306 Berenguer de Entença se encontraba de nuevo junto a la Compañía en Grecia.

Una carta fechada en Barcelona el 25 de septiembre, escrita por Jaime II y dirigida a Bernad de Rocafort y a Berenguer de Entença, los cuales se encontraban en *loco dicto Galipoll in partibus Romanie*^[596], les exhortaba a devolver al legítimo heredero de un tal Berenguer de Casis (probablemente un mercader catalán de los muchos que se habían refugiado en la fortaleza que gobernaba Muntaner) los bienes que se habían confiscado tras la muerte de su padre. El rey ordenaba a Entença y a Rocafort, a los que consideraba máximos dirigentes de la Compañía, que hicieran cumplir su voluntad en Galípoli.

De este modo, sabemos con certeza que a finales de septiembre, Entença ya estaba de vuelta en Grecia, pero las circunstancias por las que pasó desde que fue capturado por los genoveses a las puertas de Constantinopla fueron complejas e intrincadas.

Entença había sido hecho prisionero por el genovés Eduardo de Oria en mayo de 1305. Después de unas tensas discusiones entre éste y el emperador Andrónico, los genoveses optaron por no entregar a su prisionero a los griegos y llevarse a las cárceles de Génova.

A partir de ese momento comenzó una frenética actividad política y diplomática entre las cancillerías de Aragón, Sicilia, la República de Génova, Francia, Roma y la propia Compañía.

Fruto de estas negociaciones, el prisionero sería liberado antes de septiembre de ese mismo año. Resulta paradójico que Muntaner no haga mención en ningún caso a las acciones que se estaban llevando a cabo para la lograr la liberación de su líder, y en las que tanto la Compañía como él mismo tuvieron un papel destacado. Por fortuna, la documentación de la Corona aragonesa y los *Anales* de Zurita sí lo hacen de manera detallada.

Una vez que el capitán hubo sido conducido a Génova, la primera iniciativa de la

Compañía, con Muntaner como su principal impulsor, fue enviar una embajada en nombre de todos ellos^[597] que se entrevistaría con los más altos mandatarios de Occidente. Los elegidos para esta misión fueron los aragoneses García de Bergua, que era uno de los principales del Consejo, y García Pérez de Ayerbe^[598], Arbe para Zurita. El mismo cronista añade a esta lista al caballero Pedro Roldán. El primer destino de la comitiva fue presentarse ante el dux de Génova para exigir la libertad del noble, aduciendo que un agravio de esa magnitud ponía en peligro la amistad entre la República y el rey de Aragón. Después del fracaso inicial de esta primera entrevista, los siguientes objetivos de la embajada serían las cortes de Aragón y de Sicilia para poner al corriente a sus respectivos reyes de la situación por la que pasaba Entença. Demandaron, especialmente al rey Fadrique de Sicilia, como súbditos suyos que eran, que no solo hiciese todo lo posible por lograr la liberación, sino que también tomase las decisiones oportunas con los reinos cristianos para iniciar una cruzada contra los griegos. Hay que tener en cuenta que, aunque la Compañía hubiese funcionado durante los últimos años en Grecia de manera totalmente independiente, sin seguir los designios de Aragón o de Sicilia, de manera general se continuaban considerando súbditos de la Casa de Aragón. Este sentimiento de lealtad aumentaba en las capas superiores de la hueste que habían estado representadas por Arenós, Ahonés, Entença, etc. Mientras que se iba percibiendo de un modo mucho más difuso en tanto en cuanto se descendía a los escalafones inferiores. Los almugávares, con el arrinconado por los nobles Rocafort, habían comprobado en repetidas ocasiones el desdén con el que se les utilizaba y abandonaba por parte de los reyes aragoneses y sicilianos, lo que hizo florecer un fuerte rechazo a cualquier imposición o control que proviniese de ellos.

Los argumentos que los embajadores emplearon ante los distintos monarcas eran que la Compañía estaba en ese momento luchando en solitario por la fe de Roma en el mismísimo corazón de la cismática Bizancio, enarbolando frente a los enemigos de la Iglesia la enseña del Papa. Sabían que la petición en lo concerniente a Entença era difícil de lograr pero que podía estar dentro de lo razonable. Sin embargo, la cuestión de la cruzada contra Andrónico era un asunto mucho más delicado y complejo, aunque los reyes aragoneses no despreciarían la iniciativa.

Es posible que uno de los documentos oficiales más importantes sobre la expedición de los aragoneses y catalanes a Grecia sea un resumen escrito por Entença y dirigido a Jaime II, sobre los hechos sucedidos desde la marcha de la Compañía de Sicilia en 1303 hasta el tiempo de la batalla de Apros. Rubió i Lluch asegura^[599] que el cronista Zurita hacía referencia en sus *Anales de Aragón*, libro VI, capítulos 1, 3, 4 y 6, a una supuesta *Relación que embio al Rey don Jayme el mismo D. Berenguer de Entenza*, en la que se relataban todos estos acontecimientos.

El investigador catalán no pudo hallar en ninguno de los archivos en los que trabajó dicho documento, pero aún hay más, tampoco aparece en ninguna de las ediciones modernas de los *Anales* de Zurita mención alguna a dicha relación. Rubió

empleó en su investigación la edición de los *Anales* publicada por Robles en 1610. Esta edición contenía una serie de títulos al margen que lamentablemente las posteriores impresiones eliminarían, lo que puede hacer pensar que era en ellos donde se hallaba la referencia a la citada relación de Entença, aunque este documento original no ha sido encontrado. Sin embargo, Rubió sí que logró hallar en el ACA otra *Relacion sumaria dels fets de la Companyia catalana a Romania fins la presó d'En Berenguer d'Entença*^[600], la cual ya había sido estudiada por Finke en su *Acta Aragonensia*^[601]. Este documento proviene de la cancillería siciliana, y ello lo prueba el tono en el que se describen los distintos acontecimientos narrados. Se inclina claramente por defender la política impulsada por Fadrique en Grecia, excusando las acciones llevadas a cabo por su hermano Sancho. Mientras que critica la actitud de Jaime II (a quien no llega a mencionar en ningún momento) y sobre todo de Entença.

En el momento en el que el rey de Aragón supo de la prisión de Entença, que en ese momento todavía era uno de sus más estimados consejeros y militares, envió embajadas al dux de Génova para exigir su inmediata puesta en libertad.

Los genoveses sabían que aquel no era el mejor momento para alimentar un enfrentamiento con la Corona de Aragón lo que, con toda seguridad, perjudicaría sus intereses comerciales tanto en el Mediterráneo occidental como en el oriental. De este modo, el común y potestad de la República, Beltramus de Fitienis, en septiembre de 1305 accedió a firmar la liberación del noble preso, y no solo eso, sino que también ordenaba a los ciudadanos y mercaderes genoveses que residían en Grecia que pusiesen en libertad a todos los prisioneros aragoneses y catalanes que en ese instante permanecían en su poder. Como contraprestación pedía al rey Jaime II que ejerciese de toda su autoridad para evitar que sus súbditos de la Compañía continuasen ejerciendo cualquier tipo de violencia contra los mercaderes de su nación o contra sus intereses en Grecia^[602]. El común se excusaba en otra de sus misivas argumentando que la detención se realizó de manera arbitraria y ajena a disposición alguna del parlamento de la República, aunque defendía a sus autores ya que, según él, creyeron que Entença y su compañía estaban amenazando la seguridad de Bizancio y del emperador Andrónico, aliado suyo, y que por ello tomaron aquella desafortunada decisión.

Pocos días antes, el 4 de septiembre, firmaba una carta Christiano de Spínola desde Génova en la que daba a Jaime II su versión sobre la actuación de Entença, quien permanecería todavía algunos días en la República antes de regresar a Barcelona. Éste realizó una serie de demandas tras su liberación para obtener una compensación económica por el daño sufrido^[603] ya que, además de encarcelarlo, la mayor parte de la fortuna de la que disponía en Grecia había sido confiscada en el momento de la detención. Al mes siguiente, el 19 de octubre^[604], el mismo Spínola pedía disculpas por lo sucedido al rey de Aragón, asegurando que iba a poner todo de

su parte para compensar el agravio cometido.

No obstante, la favorable disposición de la República para intentar contentar al rey aragonés en sus exigencias tenía mucho más oculto de lo que se pudiese ver a simple vista.

Génova disfrutaba desde hacia tiempo del control de las rutas y del comercio en Grecia con el beneplácito de la corte de Constantinopla. Los almugávares habían sido desde su llegada un foco de preocupación ya que estos suponían un peligro inminente para mantener su hegemonía en la zona, no ya tanto por su naturaleza militar, que siempre podría ser anulada por la potente armada genovesa, sino porque su avance llevaría consigo la expansión de los mercaderes catalanes, lo que en la práctica se reflejaría con un retroceso de las posiciones genovesas. Hasta entonces, aunque la Compañía había logrado importantes victorias militares, los de Génova habían sabido evitar el paralelo avance comercial catalán. Pero las actuales circunstancias políticas occidentales podían hacer que ese equilibrio se rompiera. En el caso de que el conflicto con Entença desembocase en una declaración de guerra entre la Corona de Aragón y Génova, la situación podría ser empleada por Carlos de Valois, para reavivar sus pretensiones sobre el trono imperial, a lo que no dudarían en sumarse los venecianos con su armada para acabar con el dominio de los genoveses. Una alianza entre aragoneses, sicilianos, venecianos y franceses contra los genoveses y los diezmados griegos, precipitaría un vuelco político y comercial en todo el Mediterráneo. Todo esto hizo que desde la República se hiciese lo posible por evitar el enfrentamiento con Aragón y por solucionar de la manera más rápida posible la cuestión de Entença.

Una vez liberado el preso, comenzó un largo periodo de negociaciones sobre la cantidad y la forma en la que se deberían de restituir los bienes que le habían sido confiscados.

El 20 de noviembre^[605] se enviaba una carta desde Barcelona en la que el rey Jaime II designaba como interlocutores de la Corona para esta negociación en Génova al militar Pere de Ribalta y al experto en leyes Pere Baiuli. El rey de Aragón sabía que tenía una importante ventaja en aquella negociación y no dudo sacar el máximo provecho. Además de la devolución de las riquezas que había perdido Entença, Jaime II, dos días después desde Barcelona^[606], escribía a través de sus embajadores exigiendo que también le fuese devuelto al noble todo el botín del que se apoderaron los griegos después del asesinato de Roger de Flor en Andrinópolis. El rey argumentaba que ambos oficiales eran como hermanos por lo que las propiedades del difunto Roger deberían de haber pasado a manos de Entença tras su muerte, y aunque este motivo no fuese admitido, igualmente Entença era el legítimo heredero de las posesiones de Roger ya que eran bienes logrados en la campaña de la Compañía en Grecia y él fue quien le sucedió en el mando de la hueste.

El común de Génova eligió a una serie de nobles que se encargarían de valorar y decidir sobre la compensación que se debería proporcionar, y enviaron a sus

embajadores a Barcelona para tratar directamente con el rey aragonés:

Y fue luego suelto; y para lo que tocaba a la satisfacción de los daños, se nombraron del Consejo de aquella señoría Señorino Donzello, Meliado Salvagio, Gabriel de Sauro, Rogerio de Savignano, Antonio de Guillelmis, Manuel Cigala, Jacobo Bachomo, Raffo de Oria, Opicino Capsario, Guidero Pignolo y Jorge de Bonifacio; y enviaron sobre ello sus embajadores^[607].

Cuenta Zurita que los embajadores repitieron ante Jaime II las excusas que ya habían empleado anteriormente, haciendo hincapié en que *sucedió por cierta brega que se movió por los galeotes y gente de vil condición*, de modo que se desentendían de toda responsabilidad sobre lo sucedido, culpando directamente a sus propios súbditos de obrar de mala forma sin la aprobación ni conocimiento del parlamento genovés. También volvieron a incidir en el hecho de que los almugávares estaban luchando en alianza con los turcos, cuestión inadmisibles para los reinos cristianos, por lo que demandaron la intervención inmediata del monarca. No se conoce cual fue el resultado final de estas reuniones pero debió de haber algún tipo de acuerdo en un primer momento, ya que se concertó un posterior encuentro en la ciudad de Montpellier en donde se debería sellar lo convenido. La cita entre los embajadores de ambas naciones se realizó, sin embargo los genoveses nunca llegarían a cumplir con lo firmado.

Mientras el rey de Aragón desarrollaba su política particular en las cortes occidentales, los embajadores que la Compañía había enviado tras la detención, Bergua, Ayerbe y Roldán, continuaban por su propio camino con las presiones políticas y diplomáticas para lograr, no solo la liberación y la restitución de los bienes de Entença, sino quizás con mayor ahínco, sobre todo una vez fue excarcelado el preso, para convencer a las naciones occidentales sobre la conveniencia de la cruzada contra los griegos. Los enviados se entrevistaron con el papa Clemente V (que en esa época residía entre Poitiers y Avignon), concedores de que desde que fue nombrado sumo pontífice en la ciudad francesa de Lyon el 14 de noviembre de 1305 maquinaba con la idea de una campaña contra Bizancio, impulsada principalmente por Carlos de Valois. Éste seguía en su empeño de ocupar el trono del Imperio bizantino, y consideró tanto las ofertas para emprender una gran ofensiva conjunta que le hicieron los aragoneses y catalanes de Grecia a través de los embajadores, como desde el propio Entença, quien viajó a entrevistarse incluso con Roberto de Calabria, hijo de Carlos II de Nápoles, quien era, hasta pocos años antes, su enemigo declarado.

Carlos de Valois, junto al rey de Francia, emplearon al papa Clemente V para llevar a cabo sus planes de conquista. El 14 de enero de 1306^[608] consiguieron que firmase un llamamiento a la participación de diferentes naciones occidentales en los preparativos de la cruzada contra Bizancio que estaba organizando el de Valois. En

esta trepidante actividad diplomática jugó un papel fundamental uno de los embajadores de Carlos, Thibaud de Chepoy, quien poco tiempo después se convertiría en uno de los protagonistas de la campaña griega de los almugávares.

Al mismo tiempo, Clemente V excomulgaba públicamente al emperador Andrónico II, lo que allanaba el camino a una futura invasión. Una vez logrado el beneplácito papal, Carlos buscó la alianza de la República de Génova, pieza fundamental para llevar a buen término su cruzada, pero los genoveses tenían demasiados intereses en ese momento en Grecia, y su situación privilegiada junto a Andrónico difícilmente podía ser mejor en el caso de que los cruzados venciesen y hubiese que repartir entre todos el pastel bizantino. De manera que los partidarios de continuar aprovechando la boyante situación en Oriente acabaron imponiéndose a quienes apoyaban la participación de Génova en la cruzada, de tal modo que la República se opuso a los planes de Carlos. Entonces éste no tuvo más remedio que acudir a los venecianos quienes, ahora sí, se mostraron muy favorables a la campaña armada. En el puerto de Brindisi, el mismo en el que naciese Roger de Flor, se organizó una armada de doce grandes galeras perfectamente armadas cuyo destino sería Grecia, y para ir preparando la ofensiva, Carlos de Valois obligó al caballero Alain de Montereau, quien tenía alianzas con algunos de los principales señores griegos de Anatolia, a negociar para que aquellos se uniesen a su causa, lo que no le resultó nada difícil ya que las últimas posesiones griegas en Asia Menor estaban a punto de caer definitivamente en manos turcas, y no tenían ya la más mínima esperanza de recibir ayuda de Constantinopla. Constantín Ducas Limpidaris, que gobernaba en la provincia asiática de Lydia, fue uno de ellos. Para reforzar todavía más sus planes, llegó la oferta de colaboración de Jean Monomaque^[609], gobernador de Tesalónica. Éste dibujó a Carlos un panorama excesivamente optimista al decirle que con su unión, los aragoneses y catalanes se rendirían y le reconocerían como señor sin oposición alguna.

Mientras tanto, los embajadores de la Compañía enviaron desde la comarca italiana de Nepi, el 22 de enero de 1306 una misiva al rey de Aragón en la que le pedían su apoyo en la negociación, y su posterior integración en una posible alianza de Roma, Francia y Aragón frente al emperador Andrónico:

[...] dignemini suspicere comendatum et providere eisdem de auxilio, racia et favore taliter, quod Dei gracia mediante et vestra, ardua facta et honorificencia per eum et dictam comitivam incepta in Imperio supradicto in exaltationem catolice fidey et vestre regie magistratus, ad eternum finem et prosperitatem veniant prosperam et felicem^[610].

No obstante, aunque el objetivo parecía beneficiar a todos los implicados en la posible cruzada, los puntos de desacuerdo, y sobre todo los antiguos recelos e intereses comerciales y políticos opuestos, pesaron más en la decisión final y la

empresa no llegó a sellarse, al menos en ese momento. Lo que sí comenzaría a forjarse desde esos primeros contactos fue una complicidad entre los antiguos enemigos que buscarían más adelante nuevas vías de colaboración.

Aunque nunca lograría cuajar sus ambiciones sobre Grecia, los intentos por parte de Carlos de Valois por ocupar el trono no cesarían, empleando infructuosamente durante años todo su poder y el de su aliado político, el Papa, para derrocar a Andrónico II. En junio de 1307, por ejemplo, el de Valois hizo que Clemente V hiciese oficiales sus títulos honoríficos sobre el Imperio, al tiempo que excomulgaba de nuevo al emperador, lo que en la práctica significaba abrirle todas las puertas a la ocupación^[611].

Los días pasaban y Entença comenzó a darse cuenta de que los genoveses estaban dispuestos a alargar en el tiempo todo lo que fuese necesario para hacer que se olvidase el asunto de la devolución de su patrimonio, a lo que quizás ayudase también el propio rey de Aragón ya que, aunque continuó ejerciendo presión diplomática sobre la República para que cumpliesen con sus obligaciones, ésta fue muy leve, puesto que en realidad estaba más interesado en que se mantuviese aquella baza política que ahora tenía en su mano, antes de que pagasen la deuda y se liberasen del compromiso. Por otra parte, no logró tampoco que el apoyo moral y político expresado por todas las cortes en las que se había entrevistado se plasmase en un apoyo militar tangible con el que poder regresar a Grecia y acabar definitivamente con el Imperio. Pasaría esos meses viajando de un lugar a otro en busca de la ansiada colaboración.

Muntaner cree que la razón por la que ni el Papa ni la Casa de Francia le prestaron su ayuda fue por la vieja enemistad nacida en tiempos del rey Pedro III con la cuestión de Sicilia^[612].

Aunque también hay quien piensa que su obstinación por no dar por perdida ni una sola moneda de lo que él consideraba que se le debía de restituir, tanto de aquello que le arrebataron tras su detención como de la parte que exigía como heredero del patrimonio de Roger de Flor, también pesó a la hora de que las alianzas no terminasen sellándose.

Los meses de abril y mayo de 1306 los pasaría en Valencia, en donde aparece firmando documentación real, hasta que el 5 de junio se encontraba de nuevo en Barcelona^[613]. A estas alturas, ya sabía que sus esfuerzos por lograr apoyos en Occidente iban a resultar inútiles, así que decidió regresar a Grecia junto a la Compañía. Expuso sus razones a Jaime II, le dijo que creía que su honor le exigía volver con sus hombres en esos difíciles momentos, y pidió la aprobación real para dicho viaje. Es de suponer que existieron razones veladas que le movieron a tomar esta determinación; razones que iban más allá de la simple lealtad a los suyos. Estos motivos no se conocen con exactitud pero se podría pensar que quizás siguiese considerando que la campaña griega podía suponerle una importante fuente de beneficios económicos y comerciales, o bien, que el propio rey le diese en secreto

órdenes concretas para regresar a Bizancio y retomar el control de la Compañía, a la espera de futuras estrategias para con el Imperio. En cualquier caso, Jaime II dio su visto bueno a la marcha y ordenó una serie de disposiciones para armar y aprovisionar la nave de Berenguer. Como muestra de la disposición real, Guillem de Cereto, bayle de Tortosa, recibió una notificación fechada en Barcelona el 29 de agosto de 1306^[614], en la que se le ordenaba entregarle doscientos quintales de «bescuit»^[615]. Pero las ayudas de la Corona no fueron suficientes para disponer el viaje en las mejores condiciones.

Por lo que *volvióse a Cataluña y empeñó y vendió gran parte de sus tierras*^[616], con cuyos beneficios fletó finalmente una nave propiedad del barcelonés Pedro Solivera. En ella alistó a más de quinientos hombres entre los que se encontraban una gran mayoría de almugávares y soldados, pero también algunos nobles e infanzones que decidieron seguirle en busca de fortuna. Cuando todo estuvo dispuesto, puso rumbo a Oriente para reencontrarse de nuevo con la Compañía.

34. El reencuentro

Entença estaba plenamente instalado en Galípoli a finales del mes de septiembre de 1306^[617], lo que conduce a pensar que su llegada se produjo a mediados de dicho mes. Pero el recibimiento que recibió a su llegada no fue todo lo caluroso que se podía esperar. Muntaner le rindió honores como máximo comandante de la Compañía y también como amigo, pero sin embargo no todos eran de la misma opinión que aquel respecto al recién llegado, como Rocafort, quien veía amenazada su supremacía en la jerarquía de mando. No le había costado pocos esfuerzos mantener a raya el poder de Arenós, y ahora observaba como Entença estaba otra vez entre ellos, y no solo eso, sino que volvía con pocos efectivos pero con el respaldo político del rey de Aragón. Esta fue la causa por la que el enfrentamiento entre ambos estallaría desde el primer instante de la inesperada llegada.

Mientras Muntaner, Arenós, el resto de los nobles y una parte de los almugávares aragoneses aceptaron gustosos el mando de Entença, ya que consideraban que era el capitán de mayor rango de la Compañía y que además se había convertido, sin duda alguna, en el representante del rey de Aragón en Grecia. Por el contrario, Rocafort, que se había ganado por sus propios méritos como hábil estratega y militar, el respeto y la lealtad del resto de mercenarios, así como de la mayor parte de los nuevos contingentes turcos, turcoples y griegos, exigía que todo siguiese como hasta entonces, y que en el caso de tener que elegir un comandante supremo de la hueste, ese no podía ser otro que él mismo. Las dos posturas se vislumbraban irreconciliables. Ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a renunciar a los que consideraban sus derechos legítimamente adquiridos, así que Muntaner junto al Consejo, intentaron buscar una salida a aquella incómoda situación^[618]. Después de considerar los razonamientos de las dos partes, la decisión fue que se continuaría con la fórmula que ya se había aplicado hasta entonces: cada uno de los capitostes podría realizar cabalgadas por su cuenta, mientras la almogavería podría decidir libremente a que señor deseaban seguir.

Tradicionalmente no se ha considerado un aspecto que no deja de tener su importancia sobre el desarrollo de las decisiones dentro de la Compañía en ese

tiempo. Muntaner se representa en esta escena, como suele hacer cuando se describe a sí mismo, como una persona razonable e imparcial, que no busca otra cosa sino el provecho del conjunto de la hueste. Pero a pesar de sus esfuerzos por hacer pasar por equilibrada y justa aquella reunión del Consejo, lo cierto es que ni él era imparcial en esa discusión, ni el Consejo pudo arbitrar con total independencia. Muntaner muestra en repetidas ocasiones su distanciamiento de Rocafort, al que consideraba un buen soldado pero sin el suficiente rango nobiliario como para dirigir una misión de tan altas expectativas para la Casa de Aragón como la que el cronista consideraba que estaban llevando a cabo. Además, su trato cercano y común con la soldadesca en general, había proporcionado a Rocafort una posición de clara ventaja respecto del resto de capitanes de la Compañía en cuanto a la estima que le procesaban sus hombres. Mientras que Arenós, Muntaner y el resto de nobles, se mantenían a cierta distancia de ellos, marcando los diferentes escalafones sociales dentro de la Compañía, Rocafort, en cambio, se mostraba esquivo con los convencionalismos clasistas y se comportaba como un líder militar que compartía la primera línea del frente y los apuros de los suyos. Ninguno de los nobles podía ver con buenos ojos el poder que había logrado, pero tampoco tenían el suficiente respaldo de los mercenarios como para frenar ese avance. De ese modo, lo que intentaron con la resolución del Consejo fue crear un bloque más o menos homogéneo que, con el respaldo de las coronas de Aragón y Sicilia, se transformase en el máximo representantes del gobierno de la Compañía. En realidad, lo que produjeron fue una dicotomía en el seno de la hueste. Por un lado, los nobles aparecían en el mayor estadio jerárquico, ostentando el poder político pero, paralelamente, el poder militar, que al fin y al cabo era el que definía la naturaleza de la Compañía, se hallaba sin lugar a dudas en manos de Rocafort:

Pero Rocafort, como era muy discreto, supo atraerse a la almogavería, de manera que todos tenían los ojos fijos en él, y al igual los turcos y los turcoples, que habían llegado en un tiempo en el que Rocafort era el superior y el más importante de la hueste, de modo que, desde aquel momento, no reconocían a ningún otro señor que se le opusiese^[619].

En cualquier caso, el Consejo decidió que la mejor solución era que las fuerzas continuasen su camino de manera independiente y que llevasen a cabo incursiones por separado.

Pero existían otras razones de peso que les llevaron a buscar un cambio en las directrices que habían seguido hasta entonces. Las visiones totalmente contrapuestas que habían surgido tiempo atrás en el interior de la Compañía fue el motivo esencial para que se desencadenasen cambios radicales en su estructura, pero junto a éstas, después del verano de 1306, se desarrolló un nuevo problema que forzaría también dichos cambios, y que finalmente terminaría marcando el declive de la dominación de

los almugávares sobre la Tracia oriental.

Durante casi un año y medio habían conseguido controlar la mayor parte de aquel territorio, incluso estando divididos en varias compañías distintas y enfrentadas. Únicamente las ciudades de mayor tamaño y mejor defendidas habían podido escapar de la furia de los aragoneses y catalanes, quienes tenían en los campos y en los espacios abiertos su feudo intocable. Pero su éxito sería su ruina. En los meses anteriores no habían cesado de saquear y arruinar los mismos campos que les deberían haber servido para alimentarse, al tiempo que los asesinatos masivos de civiles, o su destierro forzoso, provocaron una catástrofe económica y alimentaria que sufrirían en primer lugar los sometidos, pero que no tardaría en volverse contra los dominadores. La descripción de Paquimeres sirve para conocer cuales fueron en realidad las trágicas circunstancias por la que pasaron aquellos meses, penurias que oculta de forma intencionada Muntaner, haciendo creer que en ese tiempo disfrutaron de una situación idílica.

El hambre causado por la falta de cualquier tipo de alimento golpeó en primer lugar a la indefensa población que veía como les robaban a golpe de espada tanto el cereal como los ganados. Pero cuando esos recursos se agotaron, el hambre comenzó a hacerse notar cada vez con más fuerza entre las filas de la Compañía, que debía alimentar a varios miles de mercenarios, además de a los miles de mujeres y niños que vivían junto a ellos. Pero no solo la hambruna fue la causante de su debilitamiento moral y corporal. Los lugares en los que llevaban tiempo establecidos se convirtieron en gigantescos cementerios al aire libre, en los que los cuerpos muertos de cientos de griegos se descomponían sin que nadie les diese sepultura, creando un ambiente de putrefacción que rápidamente comenzó a ser el origen de multitud de infecciones y enfermedades:

[...] y estando además extremadamente incomodados por la pestilencia insoportable de una cantidad prodigiosa de cuerpos muertos abandonados sin sepultura, dejaron Redistro, Panies y los alrededores del monte Gano, y volvieron a Galípoli^[620].

La sombra de la muerte que ellos mismos habían provocado caía sobre los almugávares. Lo que no habían conseguido ni griegos ni genoveses, hacerles retroceder, lo estaban consiguiendo el hambre y las enfermedades. Así pues, famélicos y enfermos se vieron en la obligación de abandonar las que poco tiempo antes fueron ricas costas de Tracia, y que ahora no eran sino un descomunal desierto plagado de cadáveres. Rocafort y su compañía buscaron refugio en Galípoli en donde Muntaner mantenía un grado de salubridad y de bienestar aceptable, gracias sin duda a dos herramientas que el cronista había sabido aprovechar.

En primer lugar, una economía en auge fomentada por la instalación de un gran número de comerciantes catalanes, que les permitía estar bien abastecidos de víveres

y mercancías de todo tipo, y en segundo lugar, una ciudad libre de enfermedades y epidemias al no haber sufrido excesivas batallas en su entorno. El problema surgiría cuando el equilibrio alcanzado en la fortaleza se quebró al recibir a los miles de miembros de la partida de Rocafort que acudían en busca de víveres. Lo que hasta ese instante había sido suficiente para el mantenimiento de la población de Galípoli, ahora se mostraba insuficiente para semejante incremento del número de bocas que alimentar. Esto es por lo que el Consejo tuvo que ingeniárselas para dar solución a los dos grandes problemas que estaba provocando la crisis: controlar el enfrentamiento entre los dos grandes bloques y crear una alternativa para el abastecimiento de todos ellos, sin que se pudiese en riesgo la estabilidad del castillo. La determinación tomada fue que se deberían buscar nuevas tierras que explotar, y la zona elegida sería la franja de costa que separaba la península de Galípoli de la desembocadura del río Maritza, el antiguo río Hebrus.

Rocafort, con los turcos, turcoples y una parte de los almugávares, puso rumbo hacia una ciudad que se encontraba a menos de cien kilómetros de Galípoli, siguiendo la costa del Egeo hacia el Sur y que Muntaner denomina Nona^[621]. Tras un breve sitio, Enia caería sin mayores dificultades para los asaltantes. Por su parte, Entença, siempre acompañado de Arenós, *con todos los aragoneses que había en la hueste y una parte de los catalanes de mar*^[622], ocuparía la fortaleza de Megareix (Macri o Megarísion, actual Magaris), a mitad camino entre Enia y Galípoli. Aquellas dos plazas se convertirían en los respectivos cuarteles generales de las dos facciones, mientras que, como se había respetado hasta entonces, Galípoli, gobernada por Muntaner, quedaba como base logística de todos ellos. No obstante, y aunque pudiese parecer por las palabras de Muntaner que aquellas eran simplemente expediciones esporádicas en busca de nuevas fuentes de aprovisionamiento, la realidad fue que se inició en ese instante un éxodo general que tendría como objetivo el vecino reino de Salónica.

Estas son las fortalezas de las que habla el cronista, pero hubo alguna otra ciudad que también conoció el asedio de los almugávares durante esta nueva campaña. El genovés Cristiano Spínola se convierte entonces en el principal informador del rey de Aragón. Embajador y espía, será a través de él como lleguen las noticias al monarca, quien conocerá de primera mano todos los excesos y delitos, incluidos los que iban contra los tratados internacionales que mantenían Génova y la Corona aragonesa, que estaban cometiendo los aragoneses y catalanes contra los intereses de griegos y genoveses. Es de suponer que esa preocupación por denunciar a los almugávares buscaba desengañar a Jaime II sobre la conveniencia de que siguiese dándoles su apoyo, y sobre todo sofocar el conflicto que todavía mantenían genoveses y aragoneses por la devolución del patrimonio expoliado a Entença tras su captura. En junio de 1307 envió una misiva desde Génova en la que ponía al corriente al rey aragonés de las últimas noticias que le habían llegado de sus informadores en Oriente. Entre otras informaciones también fundamentales, Spínola asegura que

habían tomado la ciudad de Asperosa^[623], en donde encontraron abundantes víveres para paliar lo que califica como máxima indigencia, refiriéndose a la penosa situación de hambre y necesidad generalizada a la que había llegado la Compañía:

[...] de Romanía vero dicitur quod ibi sint vitualia valde cara et quod Cathalani Gallipoli existentes et in illis contratis habent vitualium indigenciam valde magnam^[624].

La perspectiva de ocupar nuevas tierras en el Sur que les proporcionasen todo lo necesario para sobrevivir y continuar su periplo errante, daba de nuevo esperanzas a los mercenarios. Por otro lado, Andrónico comenzaba a sentirse más aliviado cada vez que recibía noticias de que los aragoneses y catalanes se estaban dirigiendo hacia territorios más alejados de Constantinopla. Pero mientras los habitantes de Tracia no veían el momento de librarse de aquella tropa del terror, quienes vivían al sur del río Maritza, o en las cercanías de la frontera de la región de Macedonia, empezaban a temblar al comprobar como sus ciudades se iban a convertir en el nuevo centro de sus ataques. Movidos principalmente por la hambruna, intentaron cruzar el cauce del río, pero debido al gran caudal que éste llevaba en su desembocadura, optaron por remontar su cauce hacia el Norte, creando el caos en la comarca y provocando el éxodo inmediato de sus pobladores.

El equilibrio militar de las dos columnas se había logrado mantener a pesar de la división generalizada. Aunque Rocafort contaba con un ejército más numeroso que el de Entença, al poseer mayor número de hombres gracias a la incorporación de los miles de turcos, e incluso de griegos, su compañía carecía de una verdadera conexión entre todos sus miembros. La lealtad de los turcos no estaba ni mucho menos asegurada, de hecho, ya habían protagonizado varios intentos serios de desertión, y solamente la abundancia de botín le permitiría mantenerlos bajo sus órdenes. Por su parte, Entença dirigiría un bloque de menor magnitud que el de su oponente pero disfrutaba de dos importantes ventajas sobre aquel, puesto que, aunque menor en número, permanecían a su lado los almugávares más experimentados y los marinos catalanes, lo que le aseguraba una gran efectividad en tierra y el control del espacio marítimo. Pero sobre todo sabía que estos aragoneses y catalanes eran los más fieles a su persona y a la Casa de Aragón, de manera que logró conformar una compañía reducida pero mucho más homogénea y compacta.

No obstante, poco antes de que se pusiesen en camino hacia el Suroeste sucedieron una serie de acontecimientos de los que una vez más conocemos exclusivamente por la narración de Paquimeres, y que pudieron haber cambiado por completo el desarrollo de la historia.

Algunos días después de la llegada de Entença a Grecia, es decir entre finales de septiembre y principios de octubre de 1306 se produjo un nuevo conflicto entre los

almugávares y Andrónico. En esta ocasión el protagonista sería el almirante Arenós. Éste había permanecido desde algún tiempo antes con sus naves en las proximidades de Constantinopla, en lo que al parecer pudo ser un intento de acercamiento político entre éste y los griegos. En el momento en que Entença tuvo noticias de estos contactos, se entrevistó con Arenós en un esfuerzo desesperado para convencerle de que abandonase sus propósitos de alianza con el emperador, empleando la promesa de una suculenta recompensa que el rey Fadrique le proporcionaría si continuaba al servicio de Sicilia y Aragón, y permanecía fiel a los planes de la Corona que seguramente obraban en poder de Entença. A pesar de todo, las dudas se agolpaban en la mente de Arenós. Su deber como súbdito del rey de Aragón, y en cierto modo del rey siciliano, le empujaba a obedecer a Entença, pero sin embargo las promesas de riquezas y de reconocimiento con los mayores títulos imperiales ofrecidos por Andrónico, le hacían difícil decantarse por una u otra opción. De hecho, esta situación no era novedosa para Arenós, y es conocido hasta que punto la codicia regía en muchas ocasiones las decisiones del noble aragonés. Pero esta vez no tendría tiempo suficiente para reflexionar sobre cual sería su respuesta, ya que en ese preciso instante surgió un serio contratiempo que haría fracasar la negociación.

Andrónico había enviado dos galeras armadas para transportar a Arenós^[625], sin que se conozca con que finalidad. En un momento dado de la travesía, posiblemente en las proximidades de Galípoli, las dos naves griegas con Arenós a bordo se encontraron con un barco aragonés en el que viajaba Entença. Arenós, quien pese a todo seguía perteneciendo a la Compañía y consideraba a Entença como un compañero, actuó rápidamente. Intercedió por él frente a los capitanes griegos, argumentando que no era honorable atacar a aquel navío precisamente entonces que se estaba llevando a cabo un diálogo entre las dos naciones, además les pidió que al menos permitiesen desembarcar a los aragoneses y catalanes que se hallaban a bordo, y que al día siguiente, si habían considerado que así debían hacerlo, podrían abordar la nave sin lucha. Para hacer ver a los bizantinos la sinceridad de su postura, puso en prenda bajo su protección varios cofres en los cuales les aseguró que guardaba la parte más valiosa de sus riquezas. Vistos en esta disyuntiva que les planteaba el noble aragonés, los capitanes se dedicaron a debatir y a consultar cual debía ser su respuesta. Mientras tanto, esa misma noche, Arenós aprovechó para hacer subir a bordo del barco de Entença a una gran cantidad de sus hombres, los cuales quizás se encontrasen o bien a bordo de las naves griegas junto a él, o bien acampados en las proximidades de las costas en las que se hallaban. Al día siguiente, antes de que los griegos se pudiesen dar cuenta, la galera aragonesa capitaneada por Entença y Arenós, estaba ya tan bien armada y defendida que tuvieron que renunciar a atacarla. Retirándose humillados, los capitanes griegos ordenaron abrir los cofres que Arenós les había dejado como fianza, confiados en que al menos iban a sacar una buena cantidad de oro de aquel encuentro.

Pero cual no sería su desilusión cuando comprobaron que en el interior de los

cofres no había más que piedras.

Tras este suceso Paquimeres apunta un dato que no hace sino añadir cierta confusión en el relato. Aludiendo a un tal *Ferrán Entença Catalán*^[626] (mezclando los nombres de «Ferrán» de Arenós y de Berenguer de «Entença»), asegura que éste individuo entró al servicio de Andrónico con cincuenta de sus hombres. Se puede suponer que se quería referir a Arenós, quien sí entraría algún tiempo después a colaborar en las filas del ejército griego. Pero no solo es este dato lo más curioso del texto. También afirma que este individuo (en principio Arenós) era hermano del «domestikos ton scholon» o «doméstico de las scholae»^[627]. De ser esto cierto, se abriría un gran abanico de posibilidades que no son apuntadas en ningún otro punto de las crónicas griegas o aragonesas. Dos podrían ser la soluciones a este acertijo. Una teoría sería que un noble de procedencia aragonesa, hermano de Arenós, podía haber llegado a la cúspide del gobierno griego, todo ello pasando por encima del increíble obstáculo que representaba la guerra abierta entre los griegos y la Compañía. Esta posibilidad, también vendría a redundar en la idea de que no todos los almugávares habían permanecido unidos a la Compañía desde el momento de su llegada a Constantinopla, y que algunos de ellos, como los que habían estado sirviendo a los griegos en el castillo asiático de Cubuclea, participaban desde hacía años del servicio de la corte de Bizancio.

La otra posibilidad es que Paquimeres no quiera decir que el domestico de las scholae fuese hermano carnal de Arenós sino su cuñado, ya que éste se casaría poco tiempo después con una hija del emperador llamada Teodora Asán. En este caso, y creyendo que el domestico fuese alguno de los hermanos de Teodora, el cronista griego estaría hablando de una realidad posterior a los hechos descritos en este instante.

Mientras tanto, los frentes que Andrónico mantenía abiertos, lejos de cerrarse, se multiplicaban por momentos. En la costa suroeste de Anatolia, también surgían malas noticias para el Imperio. Desde las ciudades de Phocea y Endromit, llegaron embajadores suplicando la ayuda del ejército imperial para poder resistir los ataques de los turcos, los cuales no cesaban en sus ataques contra las poblaciones griegas de la zona^[628]. Ese territorio era gobernado por la familia Zaccaria, con Benedetto y Manuele como sus máximos representantes. Esta familia de comerciantes genoveses había logrado hacerse un importante hueco dentro del comercio marítimo con Oriente. Sus negocios y tratos con Bizancio, amparándose siempre en su poder económico y comercial, les había proporcionado la concesión durante diez años del monopolio del comercio en las islas próximas a Phocea (Quíos, Lesbos...), además del gobierno total de aquella ciudad. Los Zaccaria, en realidad, lo que harían sería aprovechar su condición como gobernadores de la flota genovesa enviada a Oriente en 1301 para tomar posesión de aquellas islas, obligando a los griegos a concederles su control y explotación^[629]. Junto a otros mercaderes genoveses, crearon lo que se convertiría en una compañía mercantil que controlaba los negocios comerciales desde

el mar Negro hasta el sur del Mediterráneo. Unos de sus principales socios en esta empresa era la familia Oria, de la cual formaba parte Eduardo de Oria quien protagonizó los hechos que terminaron con la detención de Berenguer de Entença cerca de Constantinopla.

Pero el currículum de los Zaccaria iba mucho más allá del de unos simples comerciantes.

Participaron activamente en la política y las finanzas de las cortes occidentales, y Benedetto Zaccaria acabó casándose con una hija del emperador Andrónico, con lo que entró a formar parte de la gran familia imperial griega.

Sin embargo, el acoso terrestre y marítimo de los almugávares en esa época provocó el colapso de los negocios de los genoveses, e incluso amenazaba con el peligro de ser conquistados por sus armas, de tal modo que se vieron obligados a recurrir a la ayuda de la capital. Sus influencias y el poder que poseían dentro de la corte, hizo que los embajadores regresasen con la aceptación de sus demandas a pesar de las graves dificultades económicas por las que atravesaba el Imperio. En definitiva, las nuevas concesiones suponían para la provincia de Phocea la llegada de nuevas tropas que les protegerían de las incursiones de los turcos, así como de los aragoneses y catalanes, al menos por un tiempo. Finalmente, lo que ocurrió fue que los Zaccaria, viendo que los refuerzos imperiales eran a todas luces insuficientes, terminaron pactando con la Compañía para mantener el control de sus posesiones e incluso para ampliarlas, en contra de los intereses de sus aliados griegos:

El ducado refiere en su «Constantinopoli cristiana» que en 1301 Martino Zaccaria se hizo señor de la isla de Quíos sobre los griegos, y Opizzino Zaccaria de Thasos con la ayuda de los catalanes^[630].

La Compañía participó decisivamente tanto en la defensa de la isla de Quíos como en la ocupación de la isla de Thasos. Ambas operaciones estaban dirigidas a apoyar la supremacía de la familia Zaccaria en el Egeo.

En lo referente a esta alianza, es posible que se pueda apuntar un nuevo dato que hasta el momento ha pasado desapercibido. Y es que el pacto alcanzado entre la Compañía y la familia Zaccaria quizás no fue fruto de una circunstancia puntual y oportunista, sino que en realidad la amistad entre ambas partes podría venir de mucho antes, y tendría a Roger de Flor como su punto de unión. Como narra el italiano Canale en su *Nuova Storia della Repubblica di Genova*, o el propio Muntaner^[631], un tal Opizzino Zaccaria lograría hacerse con el poder de la isla de Thasos ayudado por los aragoneses y catalanes.

Viajando en el tiempo unos años atrás, hasta el momento en el que Roger de Flor, antes de entrar al servicio del rey de Sicilia, intentaba escapar de las garras de la Orden del Temple que le acusaba de robar el tesoro de Palestina, se comprueba como

fue fundamental para dicha huida la colaboración de quien Muntaner describe como un antiguo amigo suyo.

Este amigo no era otro que el también genovés Ticino de Oria. La estrecha relación comercial entre las familias genovesas de los Oria y de los Zaccaria, quienes compartían, además de nacionalidad e intereses mercantiles en el Mediterráneo oriental, ciertos lazos familiares, podría relacionar el favor que Ticino le habría hecho a Roger prestándole una nave en la que escapar del Temple con la que crearía una compañía casi invencible durante la guerra franco-siciliana, con la devolución ahora por parte de los camaradas de Roger de aquella vieja colaboración apoyando la conquista de Thasos.

Muntaner no sitúa la primera entrevista con los Zaccaria en el momento en el que realmente sucedió, sino que dejará pasar un cierto espacio de tiempo en su relato desde el momento en el que se iniciaron los primeros contactos entre Ticino Zaccaria (Tedisio, Tesí) y la Compañía, hasta que haga mención de ellos.

Así pues, corrían aproximadamente los meses de marzo o abril de 1307^[632] cuando llegó a Galípoli un poderoso comerciante genovés llamado Ticino Zaccaria, a quien Muntaner llama Tesí Jaquería, a bordo de una nave de ochenta remos. El noble de Génova expuso detalladamente cual era la causa de su visita y qué demandas traía. El relato de la conversación es uno de los más detallados de cuantos aparecen en la crónica del catalán, incluso escribiéndolo como si el genovés hablase en primera persona, lo que indica que en este caso el grado de veracidad se acerca notablemente a lo que se habló en aquella reunión.

Ticino había gobernado durante cinco años el castillo de Fuyla^[633] en nombre de su tío Bonifacio Zaccaria. Tras la muerte de Bonifacio, el hermano de éste y tío también de Ticino, firmó un acuerdo por el que le permitía continuar como señor de aquel castillo. Sin embargo, poco tiempo después, el nuevo patriarca de la familia Zaccaria cambió de opinión y ordenó a Ticino que abandonase la fortaleza y cediese el cargo a un nuevo capitán enviado desde Génova que se acercaba a Fuyla a bordo de cuatro galeras. No solo eso, el nuevo gobernador traía órdenes directas desde la República para apresarle y llevarle prisionero. En cuanto supo de esta noticia se dirigió al único ejército que se hallaba en la zona y que quizás estuviese dispuesto a colaborar con él. Evidentemente, ni el resto de genoveses establecidos en Grecia, ni el emperador iban a contradecir los deseos de una de las familias más poderosas de Génova, que por otra parte ostentaban el dominio real del país. Además, como ya hemos visto, es más que posible que existiese una vieja relación de intereses entre Ticino y la Compañía.

En estas circunstancias, Ticino no podía hacer otra cosa sino pedir el amparo de los almugávares, y una forma más que convincente era entrar a formar parte directamente de su Compañía. Muntaner, como máximo responsable del cuartel de Galípoli, consideró que el genovés era honrado en sus planteamientos y aceptó que se incorporase a la hueste. Una vez se cumplieron todos los trámites que la rigurosa

administración requería, Ticino pidió que se le prestasen una galera y dos leños bien armados, y afirmó que con esa flota recuperaría el castillo de Fuyla para la Compañía. Muntaner aceptó, y además de las tres naves que le solicitó, preparó otra embarcación más, que sumada al propio leño con el que había arribado Ticino a Galípoli, compuso una pequeña flota de cinco barcos. Embarcaron en los navíos los cincuenta hombres que pertenecían a la compañía del genovés, aunque por los indicios que más adelante ofrece el cronista, también les acompañó un pequeño destacamento de almugávares. Como aportación logística, o más probablemente, para vigilar de cerca sus movimientos, se encargó a un primo hermano de Muntaner, llamado Johan Muntaner, junto a otros cuatro catalanes, que colaborasen en la expedición.

Lendema de la festa de rams^[634], al día siguiente de la fiesta de Ramos de 1307 partía la armada de Galípoli, y a primera hora del día de Pascua ya se encontraban frente a las murallas del castillo de Fuyla. Aprovechando el factor sorpresa, Ticino hizo trepar en silencio hasta lo alto de las murallas a una treintena de sus hombres y de almugávares. Cuando se hizo de día, Ticino con el resto comenzaron a golpear las puertas de la fortaleza hasta que lograron derribarlas, mientras que los que aguardaban ocultos en lo alto de los muros se lanzaban sobre la retaguardia de los defensores que acudían a proteger la entrada principal. Después de la victoria, el balance de Muntaner daba un resultado de más de ciento cincuenta defensores muertos, sin que hable de ninguna baja en su bando. Aquella conquista le proporcionaba a la Compañía, además de un interesante botín, dos aspectos positivos muy a tener en cuenta.

Afianzaban la amistad con uno de los más influyentes comerciantes del Mediterráneo oriental y, al mismo tiempo, se introducían directamente en el mercado de un producto fundamental en la época, el «alumbre». La zona de Fuyla y su entorno era uno de los principales focos de producción de esta sal compuesta de potasio y aluminio, la cual era utilizada desde la antigüedad en diversos campos de la vida cotidiana, desde su uso como medicamento hasta su empleo para curtir pieles o tinter los textiles. Por esta razón, el hecho de que los aragoneses y catalanes controlasen su principal núcleo de extracción, ya que Ticino era ahora una parte más de la Compañía, les situaba en una posición predominante dentro de su comercio en Oriente.

Por contra, se creaban un nuevo y poderoso enemigo: el resto de la familia Zaccaria.

Esta rápida campaña llevó consigo un relevante beneficio moral. Los turcos habían llevado hacía tiempo hasta esa ciudad tres reliquias pertenecientes al monumento de San Juan Evangelista que se hallaban en Éfeso con la intención de cambiarlas por trigo. Los tres objetos, que eran de un valor incalculable para los cristianos de la época, consistían, por una parte, en un pedazo de la «Vera Cruz», la cruz en la que Cristo murió crucificado, aunque por la descripción de dicha reliquia

no se trataba únicamente de un trozo de madera:

[...] San Juan Evangelista sacó con su propia mano de la Vera Cruz, de aquel lugar donde Jesucristo había tenido la cabeza, y aquel trozo estaba muy bien engastado ricamente en oro, con piedras preciosas que valían una infinidad (que mucho os costaría creerlo si os contara lo que alrededor llevaba engarzado), con una cadenita de oro que había y que mi señor San Juan llevaba siempre en el cuello^[635].

La segunda reliquia era una camisa sin costura, confeccionada por la propia Virgen María, y con la que el evangelista oficiaba siempre la Eucaristía. La última de ellas era un libro llamado *El Apocalipsis*, escrito por el mismo San Juan con letras de oro y en cuya cubierta relucían gran cantidad de piedras preciosas. No tuvieron el más mínimo problema para apoderarse de las veneradas joyas puesto que Ticino, como anterior señor de la ciudad, conocía perfectamente el lugar en el que se hallaban guardadas. Fueron trasladadas de inmediato a Galípoli en donde se realizó el reparto del botín. Muntaner se quedó con el fragmento de la Vera Cruz, mientras que el genovés lo hacía con la camisa y con el libro. El resto de los beneficios se repartió, como era costumbre, entre toda la Compañía.

Ticino estaba satisfecho de la victoria y del botín logrado en Fuyla, pero conocía a la perfección la manera en la que su ofendida familia respondía a las agresiones contra sus intereses, aunque éstas llegasen desde uno de sus miembros. Así lo planteó al Consejo, y todos creyeron que lo más conveniente en esos momentos era sacar el máximo provecho del ataque a la fortaleza, y abandonarla antes de que la armada de Génova se plantase ante ellos. Como Ticino, aun sabedor de la deuda que tenía con la Compañía, no tenía ninguna intención de convertirse en un mercenario más, propuso que se le ayudase a armar de nuevo el barco que era de su pertenencia para dirigirse a la cercana isla de Thasos. No parece que hubiese objeción alguna en Galípoli a la nueva expedición del genovés, es más, además de armar y de avituallar el barco, se enrolaron algunos aragoneses y catalanes al lado de los soldados genoveses. El castillo que dominaba la isla estaba en un total abandono, y nadie lo reclamó cuando tomaron posesión de él y lo restauraron posteriormente. A primera vista, hasta aquí llegó esta primera relación entre el mercader y la Compañía, separándose entonces sus destinos. Sin embargo, poco tiempo después tanto Ticino como su fortaleza de Thasos se cruzarían de nuevo en el camino de los almugávares, lo que indica que no se llegarían a romper por completo los lazos que les unían, e incluso, ya que Muntaner no dice lo contrario, podemos creer que la guarnición de aragoneses y catalanes que participó en la toma de Thasos no regresaron a Galípoli, sino que permanecieron en la isla, y que juntos formaban una parte más de la Compañía. Se recuperaba de este modo una vieja costumbre en las estrategias militares del difunto Roger de Flor, como era el hecho de mantener siempre un bastión defensivo marítimo

que les protegiese la retaguardia, que les asegurase el abastecimiento de la tropa, o donde acudir en caso de necesidad. Thasos cumpliría perfectamente este papel llegado el momento.

No tardó en llegar la noticia de la ocupación de la isla de Thasos a Constantinopla.

Andrónico que no se podía permitir perder una isla de tal valor estratégico, envió diez barcos de guerra capitaneados por Marule para recuperarla, y al mismo tiempo, con órdenes para cortar el avance de la Compañía hacia el río Maritza. Tan importante para los griegos como la reconquista de Thasos era la toma de Enia, que había caído en manos del enemigo pocos días antes. Cuando la armada bizantina se encontraba en las proximidades de esta última ciudad, se encontraron con dos de las naves que los almugávares habían enviado como avanzadilla río arriba para conseguir víveres. Las embarcaciones aragonesas no habrían tenido la más mínima posibilidad de salir a salvo de aquella encerrona de no haber sido porque la precipitación y los errores de los griegos les permitieron maniobrar y escapar de su alcance. Únicamente fueron capturadas algunas pequeñas barcas que servían como medio de transporte para acarrear todo lo que habían saqueado por la zona, y fueron los tripulantes de éstas quienes pagaron la rabia de los griegos por haber dejado escapar al grueso de la flota almugávar. Uno tras otro fueron obligados a *pasar por el filo de la espada*^[636].

35. La llegada de Ferrán de Mallorca

La división manifiesta que reinaba en la Compañía a principios de 1307 había provocado multitud de movimientos políticos en Occidente. Una fuerza de aquella magnitud y con las posibilidades que podía ofrecer para los diferentes intereses que en ese momento estaban en juego en el Mediterráneo, no dejaba indiferente a ninguno de los monarcas occidentales, tanto a los que los consideraban como súbditos suyos como a quienes los consideraban un peligro latente. Pero evidentemente, quien más esperanzas tenía puestas sobre ellos era Fadrique de Sicilia. Al fin y al cabo, si los almugávares de Roger de Flor habían llegado a Grecia había sido gracias a él, o mirándolo desde otro punto de vista, por culpa suya. Durante los años que pasaron en las tierras del Imperio de Bizancio, los aragoneses y catalanes no perdieron en ningún momento su naturaleza independiente, pasando por alto los diversos intentos de manipulación que habían sufrido a través de embajadores de los reyes aragoneses como Entença o el infante Sancho. El regreso de Entença tras su excarcelación había decantado el peso político dentro de la Compañía hacia los intereses del rey de Aragón, Jaime II, ya que, aunque a primera vista ambos hermanos compartían a rasgos generales una misma política mediterránea, estaba claro que Entença era ante todo la mano derecha del rey de Aragón en Grecia, quedando Fadrique desplazado. La circunstancia que se daba entorno a la figura del noble aragonés era chocante ya que actuaba como representante de la Corona de Aragón; tenía todo el apoyo del rey de Sicilia, e incluso éste intercedió por él ante Jaime II para que se le ofreciese todo el apoyo necesario en su proyecto contra los griegos; y en todo momento, tanto él como el resto de la Compañía, enarbolaban la enseña siciliana en sus batallas y castillos, reconociéndose, de uno u otro modo, como súbditos de Fadrique. Pero pese a todos estos indicadores, Entença ejercía como la cabeza de Jaime de Aragón en Oriente.

Esta realidad no se le escapaba al rey siciliano y, aunque fomentó el viaje de Entença, al mismo tiempo se puso manos a la obra para no perder su primacía política sobre los aragoneses y catalanes que un día envió a Grecia. Necesitaba colocar un peón en el puesto más alto del escalafón jerárquico de la Compañía, de manera que,

incluso antes de que Entença partiese desde Cataluña para regresar a Galípoli, Fadrique ya había comenzado a preparar su propia estrategia y pronto encontró a su candidato para colocarse al mando del gobierno de los almugávares. El elegido sería el infante Ferrán de Mallorca, hijo de Jaime II de Mallorca y sobrino del monarca de Sicilia.

La propuesta de Fadrique a su sobrino para hacerse cargo de los aragoneses y catalanes de Grecia se comenzó a fraguar a principios de 1306. El 21 de marzo de ese mismo año el infante escribió desde Barcelona a la reina Blanca de Aragón (Blanca de Nápoles) para que intercediese ante su esposo el rey Jaime de Aragón, y que se concretase la ayuda que aquel había prometido para su expedición^[637]. Los preparativos del viaje, así como las conversaciones sobre las condiciones en las que el infante Ferrán tomaría el mando de la Compañía una vez se encontrase en Bizancio se prolongarían durante más de un año. El notario Bernardo de Mileto levantó acta de todos los puntos del tratado el 10 de marzo de 1307 en la ciudad siciliana de Milazzo, próxima a Messina:

Predictus dominus infans Ferandus convenit et promisit solempniter dicto domino nostro regi, se conferre in presenti viagio, quod facit de civitate Messane de presenti mense marcii, cum duabus galeis ipsius domini infantis, recto tramite ad predictas partes Romanie, ad predictam gentem dicti domini nostri regis existentem in partibus ipsi^[638].

Este acta, fue recopilada por Rubió tras hallarla en una de las obras de Buchon^[639], y pertenece a la copia encargada por Roberto, hijo de Carlos II de Nápoles. El original se encuentra en el antiguo *Trésor des Chartes*, colección perteneciente a los archivos de Francia, catalogado con el número 28, de la división G 512.

El infante Ferrán de Mallorca^[640] llegó a Galípoli abordo de cuatro galeras, el 20 de mayo de 1307^[641], tiempo en el que, según confirma Cristiano Spínola en sus cartas, Berenguer de Entença había sido designado por el Consejo como capitán supremo de la Compañía, aunque este nombramiento continuaba siendo más retórico que real, ya que Rocafort no obedecía sus órdenes y controlaba a la mayor parte de los efectivos. Pero su llegada estaba envuelta también de una espesa capa de artimañas y planes ocultos tejidos desde la corte siciliana. La documentación conservada sobre los acuerdos entre el infante y el rey Fadrique previos al viaje, detalla perfectamente cuales eran las condiciones marcadas para que éste se llevase a cabo, sin embargo, no todas esas circunstancias debían ser conocidas por todos en la Compañía. El infante portaba cartas personales e individuales del rey Fadrique dirigidas a Entença, Arenós, Rocafort, Muntaner y al conjunto de la hueste. En ellas el rey siciliano ordenaba que el infante Ferrán de Mallorca fuese recibido como si se

tratase del propio rey, y como a tal se le rindiesen los honores que correspondían. Sin embargo, existieron también dos cartas secretas dirigidas exclusivamente a Muntaner y a Rocafort respectivamente. Estas cartas poseían informaciones que no debían ser reveladas a ningún otro miembro de la Compañía, y cuando Muntaner, que es quien confiesa este hecho, dice «a nadie», incluye tanto a Entença como a Arenós.

Este misterio muestra la desconfianza que Fadrique tenía hacia Entença a causa de su lealtad a su hermano el rey de Aragón. Las misivas secretas comunicaban a Muntaner y a Rocafort que el infante no podía tomar el poder de la Compañía, ni de las posesiones que ésta había conseguido sino no era en nombre del rey Fadrique, nunca en el suyo propio. Tampoco tenía derecho el infante a casarse en Grecia si antes no había dado su consentimiento el rey, lo que evitaría que Ferrán de Mallorca se viese tentado de crear su propio estado a través de la unión con algún miembro de la familia imperial bizantina, de los despotados independientes griegos o de los ducados francos^[642].

Con todas estas advertencias, Muntaner organizó el acto de recibimiento y ordenó a todos los que se hallaban en Galípoli recibir al infante como su señor en nombre del rey Fadrique. Preparó todo lo necesario para que el infante dispusiese de alojamiento y de una comitiva digna de su rango. Después, envió a dos emisarios para que comunicasen la llegada del infante a Entença, a Rocafort y a Arenós, que estaban en Megareix, en Enia y en Madytos respectivamente. Entença y Arenós se apresuraron en abandonar las tareas que estaban realizando para dirigirse con parte de sus hombres a presentar sus respetos al enviado real.

Todos cuantos estaban en Galípoli se felicitaron de que el rey de Sicilia hubiese mandado a su propio sobrino para restablecer el mando dentro de la Compañía. Muntaner, dejándose llevar de su grandilocuencia habitual no escatima elogios hacia el recién llegado:

Y de esto tuvimos todos gran alegría y satisfacción y consideramos nuestro asunto como ganado, puesto que Dios nos había traído a dicho señor infante, que era de la Casa directa de Aragón, puesto que era hijo del señor rey de Mallorca y, por otra parte, era uno de los mejores caballeros del mundo por su persona, y de los más discretos para mantener la verdadera justicia, de modo que, por muchas razones, era el señor que nos venía como a la medida^[643].

Tras este aparente júbilo, no tardaron en aparecer las primeras sombras en torno al infante. Rocafort envió un mensaje excusándose por no poder abandonar el sitio de Enia ante el riesgo de echar por tierra el esfuerzo de los últimos días, y solicitaba al infante que acudiese él hasta aquella ciudad para que toda su compañía tuviese el placer de darle la bienvenida.

Entença y Arenós comenzaron a sospechar de las intenciones de Rocafort, y

optaron por no acompañar al infante en su desplazamiento a Enia, lo que Muntaner justifica argumentando las malas relaciones que existían entre los tres capitostes. No obstante, el infante accedió sin ningún problema a emprender el viaje, en el que le acompañaría Muntaner junto a la mayor parte de la guarnición que estaba en Galípoli. Mientras, Entença y Arenós permanecerían a cargo del castillo. Cuando llegó la caravana a Enia, el recibimiento por parte de los mercenarios, siempre según la versión del cronista, fue de gran gozo y alegría, similar a la que se le había dispensado en Galípoli. Pero la actitud y el sentimiento de Rocafort no era el mismo que el de los otros señores. Éste sabía que su intención de permanecer y consolidarse como líder de la Compañía, iba a ser una lucha continua de la que solo saldría triunfante si mantenía a cualquier otro rival al margen, esencialmente a los que procedían de la nobleza aragonesa, catalana o siciliana. Ya lo había hecho con Entença o con Arenós, pero ahora el esfuerzo que tendría que hacer sería mucho mayor. Ya no se trataba de un noble o de un señor sino que quien llegaba para tomar el mando era un miembro de la familia real y, además, venía como representante del rey de Sicilia. Esto suponía para el ambicioso mercenario que debía actuar de la forma más rápida posible.

Después de haber descansado durante dos días, se celebró una gran fiesta en honor del infante, momento en el que éste aprovechó para entregar a Rocafort la carta secreta que portaba para él de parte del rey Fadrique. Entonces, el capitán lo vio todo más claro de lo que ya lo veía antes de leer aquella misiva, y Muntaner pone en palabras lo que en ese instante pasó por su mente:

Si este señor se queda aquí, como jefe y señor, estás perdido; que aquí están Don Berenguer de Entença y Don Ferrán Eixemenis (Arenós), que le han recibido primero que tú, y cada uno de ellos es noble, y siempre el infante les honrará, tanto en los Consejos como en los hechos, que valen más que tú; y como ellos te odian a muerte procurarán hacerte todo el daño que puedan y te indispondrán con él. Tú eres hoy mayor y señor de esta hueste y dispones de la mayor parte de los francos, a caballo y a pie, que hay en Romanía (Grecia); por otra parte, cuentas con los turcos y los turcoples, que no reconocen a otro señor. Y siendo tú señor, ¿cómo puedes conformarte con no ser nada? Menester es que te des prisa para que este señor no se quedé aquí; pero esto tendrás que hacerlo con gran maestría, puesto que toda la gente ha recibido con gran gozo a este señor y todos lo quieren por jefe y superior. ¿Qué harás entonces? No tienes más que un camino: que aparentando que te parece bien, obres en forma que no se quede^[644].

Los años compartidos al lado de Rocafort permitieron a Muntaner penetrar a la perfección en los rincones más ocultos de su intrincado pensamiento, y los sucesos posteriores le darían definitivamente la razón.

Una vez le entregó el infante la carta personal, le explicó que deseaba convocar la asamblea de su compañía para entregarles también la correspondencia y los saludos que el rey Fadrique les quería hacer llegar a todos ellos. Rocafort aceptó cumplir con este deseo pero entre tanto, esa misma noche aprovechó para reunir a los principales capitostes y adalides en un encuentro secreto, y allí comenzó con su elaborada estrategia.

Habló a los jefes que estaban en la reunión y les dijo que al día siguiente, cuando el infante les entregase las cartas, los saludos y las órdenes del rey Fadrique, ellos deberían contestarle que era una cuestión que requería meditarse y debatirse con calma. No hubo oposición a su propuesta y cuando por la mañana Ferrán cumplió con su misión de repartir la correspondencia real, todos actuaron tal y como les había dicho el capitoste, de manera que el sorprendido infante no tuvo más remedio que regresar a su hospedaje mientras el Consejo permanecía en la plaza dispuesto a tratar aquel asunto.

Como testigo presencial de aquellas conversaciones, Muntaner continúa su relato con una transcripción textual de lo que se habló en ellas, hecho no muy habitual en su crónica, lo que muestra la importancia que tuvieron los sucesos de aquellos días y la huella que éstos dejaron en su memoria.

Para que el plan de Rocafort culminase con éxito y lograrse imponer su criterio sobre la almogavería, debería seguir meticulosamente cada uno de los pasos que había maquinado.

En primer lugar, tenía que conseguir que la multitudinaria asamblea que estaba reunida ante él se redujese a un número de personas más manejable para sus propósitos. Intentar convencer a aquellos miles de aragoneses y catalanes de que negasen la autoridad de quien todavía consideraban su señor, Fadrique de Sicilia, y no aceptasen rendir vasallaje a su representante, era una misión casi imposible. A pesar de la distancia y de los de desprecios sufridos por parte de Fadrique años antes, los almugávares se seguían considerando súbditos de la Corona de Aragón, tanto de la rama siciliana como de la aragonesa. Por otro lado, el hecho de recibir el apoyo directo del rey siciliano a través de un miembro de su familia era toda una inyección de moral en esos momentos tan críticos para ellos, momentos en los que, aunque en teoría controlaban militarmente una parte del Imperio, su situación en la práctica era de penuria y de total desorientación política. En definitiva, la impresión que percibió la hueste en general fue que con el espaldarazo que suponía la llegada de Ferrán de Mallorca comenzaría una nueva época de triunfos, que culminaría con la conquista absoluta de Bizancio con ellos como protagonistas. Todo ello bajo las banderas y la protección del papado, de Aragón y de Sicilia.

Ante semejantes expectativas, Rocafort lo tenía realmente complicado. Pero con el arrojo que le caracterizaba, se dirigió al plenario y, con la mayor convicción posible, dijo que esa era una cuestión que no se podía debatir por tanta gente al mismo tiempo, por lo que era mejor que se eligiesen a cincuenta de entre todos los

allí presentes. Su propuesta pareció lógica y se eligieron a cincuenta representantes de la mayoría. Éstos juraron guardar el máximo secreto sobre lo que hablasen en privado y acto seguido se convocó una segunda reunión con ellos. Rocafort había conseguido su primer objetivo, reducir considerablemente la cantidad de personas a las que convencer, además, es de suponer que haría todo lo posible para que quienes estaban de su parte, entrasen en aquella lista de seleccionados. No podía mostrar abiertamente sus ideas, así que buscó la manera de convencer a todos sin declararse contrario a los designios reales, al tiempo que empleaba la información que solo él y Muntaner conocían gracias a las cartas particulares y secretas que les había entregado el propio Ferrán.

Comenzó su discurso delante de los cincuenta alabando la figura del infante sin ahorrar ningún tipo de elogios:

Barones, gran amor nos ha mostrado Dios al mandarnos a este señor, que no hay otro en el mundo que tanto valiera, que éste procede en línea recta de la Casa de Aragón y es uno de los mejores caballeros del mundo, y de aquellos que más aman la verdad y la justicia^[645].

Por supuesto, este encendido enaltecimiento pronto recibiría su contrapartida.

Después de enumerar las virtudes del recién llegado, se declaró partidario de recibirlo como señor de la Compañía, lo que en principio estaba de acuerdo con las órdenes del rey de Sicilia. Sin embargo, a continuación añadió una condición que sabía perfectamente que el infante no podría cumplir. Propuso a la asamblea que fuese aceptado como capitán supremo pero no como representante de Fadrique de Sicilia, sino por sí mismo como señor natural descendiente de la casa real aragonesa. El audaz capitoste recordó también los agravios que el rey había hecho a los almugávares, así como el abandono que durante años habían sufrido por su parte. El alegato surgió su efecto. El recuerdo del destierro forzado de Sicilia y los tiempos pasados recientemente entre el olvido y la traición, puso a la mayoría de su parte, repudiando la sumisión a aquel rey que les había expulsado un día de Sicilia:

Y el rey de Sicilia ya sabéis que galardón nos ha dado por el servicio que le prestamos nosotros y nuestros padres, que cuando obtuvo la paz, nos echó de Sicilia con un quintal de pan por hombre, y esto es una cosa que todos debemos recordar^[646].

La trampa estaba tendida. El Consejo aprobó uno a uno los planes que hábilmente había premeditado Rocafort, e incluso buscó el modo de no ser él quien expresase la decisión final al infante sino que lo hiciesen otros en representación de la mayoría. La respuesta que se transmitió a Ferrán fue la enarbolada en la reunión: la Compañía le

aceptaba como señor pero solo si lo hacía por sí mismo, nunca en nombre del rey de Sicilia.

Evidentemente, el infante recordaba lo firmado con Fadrique —de la misma manera que Rocafort también lo tenía muy presente—, que le obligaba a no tomar posesión de título ni población alguna si no lo hacía en el nombre del rey, pero ignoraba que alguien entre los aragoneses y catalanes de Grecia conociese de tales cláusulas, ya que no sabía que todo ello estaba explicado detalladamente en las dos cartas que él mismo había entregado a Muntaner y Rocafort. Sin dudar de la honestidad de la propuesta que le ofrecían, ni sospechar de que estuviese la mano oculta del capitán catalán detrás de todo, empezó a considerar la oferta.

Rocafort, para proteger su plan, advirtió al Consejo que quizás el infante se mostrase reticente a aceptar el ofrecimiento, pero que le diesen tiempo para meditar puesto que finalmente accedería. Durante quince días se discutió entre Ferrán y los cincuenta elegidos los pros y los contras, sin que el primero reconociese en ningún momento públicamente la palabra a la que estaba sujeto. Su ambición personal le empujaba a tomar el mando de los aragoneses y catalanes, y lanzarse a la conquista del Imperio en solitario, creyendo que recibiría, sin duda, el apoyo del Papa y de la Casa de Francia y de Valois. Pero por otro lado, el respeto a lo firmado en Sicilia y, sobre todo, el miedo a la reacción de Fadrique, frenaba sus impulsos.

Finalmente, rechazó la oferta y dijo al Consejo que nunca se convertiría en su señor pasando por encima de la autoridad de quien le envió. Asimismo, les comunicó que si aquella era su última palabra, regresaría de inmediato a Occidente para poner al corriente de lo sucedido al rey. Rocafort veía como culminaban con éxito sus propósitos aunque, junto al resto de la hueste, reclamó al infante que permaneciese con ellos hasta que llegasen al reino de Salónica, lo que, evidentemente, no era más que una maniobra de distracción mientras esperaba que todo siguiese el rumbo que él mismo había marcado. También le contaron la discordia que existía entre Rocafort y Entença y Arenós, pidiéndole que hiciese todo lo que estuviese en su mano para poner una solución al conflicto. El infante, defraudado por la forma como se habían venido abajo todas sus ilusiones de convertirse en señor de un nuevo estado en Grecia, solo pudo responder que lo intentaría.

Mientras esto acontecía en la desembocadura del río Maritza, Andrónico II, perfectamente informado por sus espías de todo cuanto sucedía alrededor de la Compañía, seguía día a día el desarrollo de aquel enfrentamiento interno de los aragoneses y catalanes, comprobando con satisfacción que, a la vez que se iban alejando de las proximidades de Constantinopla, su división iba en aumento, lo que no suponían sino buenas noticias para el Imperio que empezaba a ver disiparse su sombra. Pero el emperador no estaba dispuesto a cruzarse de brazos sin tomar ninguna decisión, y puso todos sus esfuerzos y toda su destreza política para hacer que fracasase el proyecto de Fadrique de Sicilia de unificar y consolidar la Compañía, aunque no se conocen en que consistieron esas argucias^[647].

Poco antes, el 16 de agosto de 1306^[648], sucedía otro acontecimiento de especial importancia en el futuro de las aspiraciones sicilianas y aragonesas sobre Bizancio. Constanza Ana de Sicilia, hermana del rey Manfredo de Sicilia, mujer a su vez del emperador Juan Dukas Vatatzes y por lo tanto, tía de Andrónico II, pero sobre todo, y en lo que a la Casa de Aragón afectaba, tía de Constanza, la mujer de Pedro III y reina de Aragón y de Sicilia, legaba a Jaime II sus derechos sucesorios (aunque de forma estrictamente nominal) al trono de Constantinopla.

Esta carambola dinástica, y la animadversión que sentía de manera comprensible hacia los Paleólogo, hizo que Constanza Ana dejase en su testamento como heredero del Imperio bizantino a Jaime II de Aragón, al menos de manera simbólica, ya que solo tenía ciertos derechos sobre el trono por su matrimonio.

Sin embargo, ni los Paleólogo estaban dispuestos a que esa transmisión se llevase a efecto, ni Jaime II consideraría oportuno reclamar su cumplimiento —al menos de momento—, en gran medida por los sucesos que tenían a la Compañía como protagonista entonces en tierras griegas^[649].

36. El éxodo hacia el Sur. La muerte de Entença

La verdad era que habíamos permanecido en el cabo de Galípoli y en sus alrededores siete años desde que el César había muerto [...] ^[650].

La memoria del cronista catalán debió fallar cuando, años después de suceder los hechos de su relato, intentó recordar el correcto orden cronológico en el que sucedieron aquellos. Roger de Flor había sido asesinado a primeros de abril de 1305 (probablemente el día 4) y el momento al que se refiere Muntaner en el párrafo citado, tal y como demuestra la documentación conservada, se situaría en realidad en el verano de 1307. Es decir, poco más de dos años de diferencia. El error es considerable, por lo que, cuando menos, pone en evidencia la fiabilidad del autor en cuanto a fechas y datos concretos se refiere.

La escasez había empujado a los aragoneses y catalanes a buscar nuevas fuentes de suministros siguiendo la costa del Egeo. Los primeros objetivos habían sido las localidades cercanas a la desembocadura del río Maritza. Sin embargo, sus vistas estaban puestas algo más al Sur, en el reino de Salónica (Tesalónica), y más exactamente en la ciudad de Cristópolis (actual Kavala). En esta ocasión la decisión fue unánime, tanto entre las filas de quienes apoyaban a Rocafort, como entre los que estaban del lado de Entença o de Arenós. Muntaner por su parte, al igual que el resto de almugávares, mercaderes y demás personas que residían en Galípoli, también se mostró de acuerdo con abandonar definitivamente aquella provincia en la que ya no quedaba más que muerte y miseria por doquier, y ponerse en camino hacia tierras fértiles que pudiesen abastecer a todos esos miles de individuos que conformaban la Compañía. El infante, con poco entusiasmo después de verse arrinconado por Rocafort, organizó la multitudinaria marcha. Las órdenes que recibió Muntaner fueron que regresase a Galípoli en donde prepararía a todos para el viaje. Las mujeres, los niños, los marineros y la pequeña guardia de almugávares que defendían el castillo, embarcarían en las treinta y seis naves, entre galeras, leños y barcas, que componían su flota. Pero antes de partir, deberían destruir y quemar las fortificaciones de Galípoli y de Madytos. Tal y como se ordenó, no quedó piedra

sobre piedra en esos lugares, y lo mismo sucedió en los castillos de los alrededores. Cuando todo esto estuvo hecho, los barcos con los de Galípoli a bordo zarparon con dirección a Cristópolis. Atrás dejaban, como el propio cronista reconocería más tarde, un territorio que de haber sido fértil y próspero, lo habían convertido en un erial despoblado. A diez días de distancia alrededor de su cuartel general no existía la vida; ni en los campos ni entre las personas. Con este desolador paisaje dejaron a sus espaldas la provincia de Tracia entre junio y julio de 1307.

Su marcha aliviaba momentáneamente a los griegos, pero no sería duradera su alegría ya que un tiempo después de que abandonasen Galípoli los aragoneses y catalanes, cruzaron el estrecho desde Anatolia nuevos contingentes de tropas turcas bajo el mando del sultán Bayaceto que se instalaron en la península:

(El sultán Bayaceto) Cruzó entonces el estrecho y reconstruyó desde los cimientos la fortaleza de Gallípoli, la cual hacía tiempo que había sido destruida completamente por Catalanes y Turcos^[651].

El planteamiento de la expedición era que, en el caso de que Muntaner con la flota llegase antes que las compañías de a pie al punto marcado, deberían esperar la llegada del resto.

Y lo mismo fue ordenado si quien llegaba primero era el grueso de los almugávares por tierra.

En cuanto a las compañías que todavía permanecían en Enia, que componían la práctica totalidad de mercenarios, la disposición de la marcha no fue sencilla. La fractura entre las diferentes facciones era ya irreparable. El enfrentamiento entre Rocafort y Entença y Arenós no hizo sino agudizarse después de la llegada del infante, y ambos bandos temían un ataque a traición por parte del contrario. El enemigo ya no estaba al otro lado del campamento, ahora dormía en la tienda de al lado. No es descabellado pensar que, durante esos días en los que los miles de mercenarios de uno y otro lado permanecieron en la misma ciudad, se produjese más de una pugna entre ellos como reflejo lógico de la crispación que brotaba desde sus respectivos adalides. Para evitar en lo posible los roces de los dos grandes contingentes, el infante decidió que partiese primero Rocafort con su hueste de aragoneses, catalanes, turcos, turcoples y griegos. Un día después lo harían los mercenarios de Entença y Arenós. De este modo se aseguraban de que no hubiese contacto entre las compañías. Todo transcurrió según lo acordado durante las primeras jornadas de viaje. Pero cuando se encontraban a dos días de Cristópolis sucedió lo que todos imaginaban pero solo unos pocos deseaban.

Muntaner, a pesar de sus preferencias por unos miembros de la Compañía y de sus desavenencias con otros, siempre intentó evitar reconocer cualquier gesto de bajeza o de traición por parte de los componentes de la expedición, envolviendo los tristes acontecimientos que sucedieron a continuación con un velo de mala fortuna,

aunque la impresión es que éstos no serían fruto de la casualidad sino el resultado de un plan trazado con premeditación por Rocafort y sus aliados. La planificada ruta de los almugávares según la cual los hombres de Rocafort desmontaban y abandonaban por las mañanas el campamento en el que los de Entença deberían pernoctar a la noche siguiente, se rompió por sorpresa cuando la travesía se acercaba a su final. Ese día los de Rocafort se despertaron demasiado tarde, mientras que las huestes comandadas por Entença madrugaron más de la cuenta. Los primeros habrían llegado a un paraje acogedor cercano a la ciudad de Xanthee, en donde abundaban los víveres y el buen vino que, como era normal, robaron de las casas de la zona. Por la mañana, después de probar durante la noche los placeres que allí encontraron con todo el exceso del que eran capaces, su marcha se les hizo más costosa y la resaca, junto con la falta de prisa por abandonar la zona, provocó que se retrasase en unas horas su partida. El resto de aragoneses y catalanes que viajaban por detrás se vieron en la situación contraria. El lugar en el que se habían detenido el día anterior era inhóspito y poco grato, lo que les hizo levantarse antes de amanecer. Estas dos coincidencias desembocaron en un desenlace fatal.

Las primeras filas de la compañía de Entença alcanzaron la retaguardia de los mercenarios de Rocafort. Éstos, sorprendidos al comprobar como se les acercaban miles de hombres armados por detrás, y temiendo ser atacados por los que hasta hacía poco tiempo habían sido sus camaradas, reaccionaron con nerviosismo y precipitación, dando la voz de alarma y disponiéndose para la lucha:

—¡A las armas; ¡A las armas! Ahí está la compañía de Don Berenguer de Entença y de Don Ferrán de Ximénez que nos vienen a matar^[652].

Los gritos llegaron con rapidez hasta las primeras filas de la hueste de Rocafort e inmediatamente ordenó que todos se armasen para responder al supuesto ataque, incluidos turcos y turcoples. Por detrás, Entença y el propio infante se percataron con terror de la catástrofe que estaba a punto de suceder. Entença mandó que sus tropas se detuviesen y que no continuasen aproximándose a las de Rocafort, al tiempo que montado en su caballo, con la espada al cinto y con una azcona en la mano, pero sin protección alguna, se dirigió a la línea de choque para evitar la carnicería. Ésa fue su perdición. Aunque su voluntad fuese la de interponerse entre los dos bloques armados de hermanos y de compañeros, en el otro bando no se entendió de ese modo su comportamiento, o bien, fue precisamente esa acción la que le puso en bandeja a Rocafort la ocasión de eliminar definitivamente a su más peligroso rival.

Muntaner opta por pensar que fue el desconcierto y el temor lo que hizo que se precipitase el fatal desenlace, aunque todo apunta a que no fue la casualidad sino la premeditación y la alevosía lo que empujó a Nobert (Humberto, Norberto) de Rocafort, hermano del capitán, y a su tío, Dalmau de Sant Martí, a lanzarse armados en sus corceles contra Entença. Éste, cuando vio que los dos jinetes se le echaban

encima con actitud de atacarle, les grito quien era y que lo que estaba haciendo no era incitar a sus almugávares sino frenarlos en su avance. Pero sus esfuerzos no le sirvieron de nada y su cuerpo terminó acribillado en el suelo por las lanzas y las espadas de los dos familiares de Rocafort. Acto seguido, el resto de la compañía se abalanzó sobre los desconcertados mercenarios del asesinado Entença. Sin tiempo para reaccionar, se vieron acorralados por el mayor número de hombres que se les venían encima.

Arenós intentó tomar el mando de la hueste pero le sería imposible ya que los oficiales de Rocafort se dirigieron a por él nada más matar a Entença, lo que le obligó a retroceder para salvar su vida. En todo caso, mostró una vez más que no estaba dispuesto a arriesgarse más de lo estrictamente necesario por defender a los suyos, ni siquiera al propio infante, quien presenciaba aturdido el combate fratricida. Así pues, sin pensárselo demasiado, tomó a treinta de entre sus más fieles y escapó a buscar protección al cercano castillo griego de Xanthee.

Muntaner se limita a decir que los bizantinos le acogieron gustosos entre sus filas^[653], lo que tampoco era de extrañar ya que durante los meses anteriores había mostrado signos más que evidentes de acercamiento a Andrónico, y los últimos hechos no hicieron más que empujarle a dar el paso definitivo. Los cronistas griegos presentan algunos datos añadidos a esta alianza, aunque con algún matiz diferente. Grégoras asegura que tras su huida, buscó el refugio del emperador y que éste lo recibió con los mayores honores, otorgándole el mismo título de megaduque del Imperio que ya disfrutaban Roger de Flor y Berenguer de Entença, y además le unió en matrimonio con una de sus sobrinas, Teodora, hermana de María la viuda de Roger, lo que le hizo entrar a formar parte de la familia imperial^[654]. Lo que ya no conocemos es hasta cuando duró este enlace. Las noticias sobre la boda de Teodora y Arenós se limitan a la breve referencia de Grégoras. De hecho, solo se sabe que, en 1321, Teodora contraería matrimonio con Manuel Tagaris, megas stratopedarchos del Imperio^[655] y gobernador de la provincia de Filadelfia, lo que levanta grandes dudas sobre cual fue el destino del capitostre aragonés, aunque se ha afirmado que murió luchando en Almería en 1309. Por su parte Paquimeres tiene su propia versión de los acontecimientos acaecidos después de la muerte de Entença. Para él, Arenós llegó a ser detenido por la compañía de Rocafort, siendo liberado poco después. Tras permanecer algún tiempo como un «vagabundo» corriendo por las tierras del emperador, pediría finalmente asilo en el castillo de Xanthee^[656].

Tras la retirada de Arenós, Ferrán de Mallorca también fue rodeado y a duras penas logró mantenerse sobre su caballo mientras le apuntaban las lanzas de turcos y turcoples. Rocafort, que probablemente se percató de que el crimen cometido sobre Entença era ya más que suficiente, y de que un atentado contra el representante de la Casa de Aragón supondría un error irreparable, se apresuró a proteger al infante con su guardia personal. Sus órdenes para detener el ataque tuvieron efecto y, poco a

poco, el estruendo de la lucha se fue apagando. Pero la masacre ya había sido consumada. Además del cuerpo sin vida de Berenguer de Entença quedaron en el campo de batalla los cadáveres de más de ciento cincuenta hombres de a caballo y más de seiscientos almugávares, todos pertenecientes en su mayoría a las compañías de Entença y Arenós.

Cuando todo se calmó, el infante se acercó al cuerpo de Entença y abrazándolo le dio *más de diez besos*, y después mostró su pesar a la hueste. Acto seguido, reprendió con dureza delante de todo el mundo tanto al hermano como al tío de Rocafort por haber sido los autores de aquel asesinato. El propio Rocafort lloró y se mostró apesadumbrado por lo sucedido, o al menos eso pretendió hacer ver ante el resto. Permanecieron en aquel lugar durante tres días y en una iglesia cercana llamada de San Nicolás, enterraron el cuerpo de Entença.

A lo largo de estos tres días, Arenós ya se había instalado en el castillo de Xanthee y, además de los treinta almugávares que le acompañaron en un principio, otros setenta más se le habrían ido sumando, de manera que logró agrupar una pequeña guarnición de cien mercenarios, aunque este número podría haber superado el centenar puesto que la *Crónica de la Morea* de Heredia habla de una gran división por nacionalidades dentro de la Compañía.

No obstante, y pese a que en cierto modo pueda tener parte de razón, está demostrado por la documentación de los años posteriores, que no se llegó a producir un desmembramiento de las dimensiones ni de las características de las que se afirman en esta crónica:

[...] et los catalanes et los turquos mataron muchos griegos et fizieron grant preda, et fecho aquesto Rocafort con los catalanes et con los turquos tomo el camino de la Blaquia, & muchos cavalleros aragoneses et espanyoles non queriendo la companya de los turcos acordaronse con el emperador et fueron en Contastinoble et alli fincaron con el emperador [...]^[657].

Ferrán de Mallorca mandó instrucciones a Arenós para que regresase con sus hombres pero éste, que no tenía la menor intención de exponerse a caer en las manos de Rocafort, se excusó diciendo que había hecho un pacto con el emperador y debía acudir a Constantinopla para entrevistarse con él, a lo que el infante, impotente, no pudo sino dar su consentimiento.

37. La separación de la Compañía

Precisamente esos días, llegaron al lugar en que estaban acampados las cuatro naves que pertenecían a Ferrán de Mallorca y que éste había dejado bajo las órdenes de Muntaner tras la marcha de Galípoli. Estas galeras, que estaban comandadas por Dalmau Sena y por el barcelonés Jacme des Palau, se negaron a permanecer con el resto de la flota de Muntaner, según éste, por miedo a los genoveses que les acechaban cerca del estrecho de Helesponto, por lo que decidieron regresar directamente en busca del infante. La llegada de sus naves se produjo en el momento más oportuno para Ferrán ya que, sin ser un prisionero, se hallaba a merced de los planes de Rocafort y sin posibilidad de actuar de una u otra forma. Cuando vio que sus marinos llegaban para protegerle, se dirigió al Consejo y forzó a éste a que tomase una decisión final sobre él. Como ya hiciera la primera vez, les preguntó si estaban dispuestos a tomarlo por señor en nombre del rey de Sicilia, a pesar de que conocía su respuesta de antemano. Como era de prever, Rocafort, que ahora sí, tras la muerte de Entença y la huida de Arenós, se veía como único e incontestable líder de la Compañía, hizo prevalecer su opinión sobre el resto, dándole la misma respuesta: *Que por nada le recibirían de parte del rey de Sicilia, pero sí por sí mismo*^[658]. Frente a la esperada respuesta, y con la seguridad que le brindaban sus barcos en la costa, declaró su intención de abandonarlos y de regresar a Sicilia. No tuvo obstáculo para embarcar, poniendo en seguida rumbo a la cercana isla de Thasos, en donde esperaba encontrarse con el apoyo de la armada de Muntaner, que debería estar a punto de llegar allí, y de su aliado Ticino Zaccaria. Rocafort se deshacía de este modo del último contrincante que podía arrebatarse el mando. Había obligado a Ferrán de Mallorca a regresar a Sicilia vencido políticamente.

Tal y como había pensado, el infante a bordo de sus cuatro galeras llegó a la isla el mismo día que lo hacía Muntaner con el grueso de la armada. Nada más encontrarse ambos, tuvieron una larga charla en la que Ferrán puso al corriente a Muntaner de todo lo sucedido durante los últimos días en la Compañía, especialmente de la muerte de Entença, hecho éste que entristeció profundamente al cronista y almirante ya que lo consideraba como un auténtico hermano. El infante, ante la

adversa situación en la que se hallaban, pidió a Muntaner que no se separase de su lado con la flota y que le acompañase en el camino de retorno a Sicilia, puesto que su misión en esas tierras había fracasado por completo. El catalán, haciendo gala de su lealtad a la familia real por encima de cualquier otra cosa, prometió que cumpliría con la voluntad del infante, pero antes de ello, le pidió permiso para acudir junto a la Compañía para despedirse y, seguramente, con la intención de comprobar por sí mismo las palabras que acababa de escuchar. Mientras tanto, Ferrán y sus naves esperarían en Thasos hasta su regreso.

Muntaner buscaba una explicación a lo sucedido y con ese deseo se plantó con las treinta y seis naves que estaban a su gobierno frente a la costa en la que se encontraba la Compañía, a tan solo un día de camino de Cristópolis. Antes de ponerse cara a cara con Rocafort y el Consejo, que ahora dominaba completamente el capitosté catalán, ordenó que, por precaución, quedasen bien a seguro en los barcos todas las pertenencias de Entença y de Arenós que transportaba, así como las mujeres, niños y los almugávares que viajaban junto a él.

Permitió también que todos aquellos y aquellas que quisiesen acudir a reunirse con Arenós en el castillo de Xanthee pudiesen hacerlo, y para ello les proporcionó una escolta de doscientos cincuenta hombres de a caballo, la mayor parte turcos y turcoples. Esto demuestra que, a pesar de lo sucedido, Muntaner todavía conservaba el respeto y la lealtad de la mayor parte de la hueste. Los que quisieron desembarcar y unirse al grueso de la Compañía también pudieron hacerlo, mientras que quienes no deseaban hacer ni una ni otra cosa recibieron unas barcas en las que marcharon rumbo a la isla de Negroponte.

Dejó pasar dos días que ocupó en conocer de primera mano la mayor cantidad de opiniones de entre aquellos en quien confiaba en la Compañía y, cuando consideró que ya tenía suficiente, convocó al Consejo. Descargó contra ellos todas sus críticas y reproches por ejecutar o por consentir los crímenes que se habían cometido, destacando la deuda que tendrían siempre con el asesinado Entença, e incluso defendió el honor de Arenós. Una vez terminó su discurso, les entregó el sello de la Compañía, así como todos los libros de cuentas y de la cancillería, tras lo cual, se despidió de ellos. Según el mismo relata, el conjunto de los mercenarios le pidió que reflexionase y que no les abandonase, y que quienes con más fuerza se lo demandaron fueron precisamente los turcos y los turcoples, quienes le llamaban en su lengua «cata», que significaba «padre», como muestra del cariño que le profesaban y que, como el mismo reconoce, era correspondido por él ya que había alcanzado con ellos un grado de amistad y confianza superior al que tenía con buena parte de los cristianos de la expedición.

Pero las súplicas no le hicieron cambiar su decisión, puesto que ni deseaba hacerlo ni podía faltar a la palabra que le había dado al infante, de manera que dejó allí la armada y, tomando un leño que le pertenecía y dos pequeñas embarcaciones más, regresó a la isla de Thasos en donde le esperaba ansioso Ferrán.

En este punto, Paquimeres da por finalizado su relato sobre los acontecimientos que rodearon a los aragoneses y catalanes durante su periplo por Grecia. Termina el libro XIII de su obra con un último capítulo lleno de esperanza para el Imperio, lanzando un lamento por las desdichas pasadas y por los terribles tiempos de los que ha sido testigo y que ha tenido que narrar, esperando que el cielo y sus gobernantes les permitiesen disfrutar de un nuevo y próspero futuro. Desde Asia, y como no se conocían desde hacía tiempo, les llegaban buenas noticias acerca del retroceso de los turcos frente al avance de sus aliados tártaros. En el lado europeo las mejores noticias eran precisamente que Rocafort se había hecho con el control de la Compañía y, atravesando el río Maritza hacia el Sur, se alejaban de Tracia y de los dominios de Bizancio. Dice el cronista que detrás de esta marcha hay dos poderosas razones. Para unos, su intención no era otra que la de regresar a su país (Sicilia, Aragón, Cataluña...), mientras que otros creían que su destino estaba mucho más próximo: los ricos monasterios del sagrado Monte Athos, en la península de la Calcídica. Aquí acaba la crónica que en estos *trece libros, comprende lo que pasó durante cuarenta y nueve años, que es la edad que tiene ahora el emperador Andrónico*^[659].

38. La prisión de Ferrán de Mallorca

Abatido por el panorama en el que había dejado a la Compañía, Muntaner llegó de nuevo a la isla de Thasos para reunirse con el infante. Ticino Zaccaria, en calidad de agradecido anfitrión, les ofreció todo tipo de presentes y les dejó abiertas las puertas de su casa para todo lo que desearan. Pero a pesar de las comodidades y de la seguridad que les brindaba el mercader, Ferrán quería regresar lo antes posible a Sicilia para poner al día al rey sobre los acontecimientos y los desplantes de los que había sido víctima por parte del Consejo de la Compañía, y especialmente de Rocafort. Así pues, se despidieron de Ticino y pusieron rumbo hacia el puerto de Halmyros. La flota estaba compuesta por cuatro galeras que pertenecían al infante y dos naves de Muntaner, un leño y una barca armados.

Como muestra del agradecimiento por la lealtad de Muntaner en aquellos difíciles momentos, Ferrán le dio el mando de la segunda galera más importante de la pequeña flota, a la cual tradicionalmente se le ha dado el nombre de «La Española», aunque su nombre real en el manuscrito conservado es la Espayolla^[660]. El motivo de elegir Halmyros como el primer lugar en el que harían escala después de salir de Thasos fue que el infante había dejado allí destacados a su llegada a Grecia a tres representantes suyos, encargándoles de «fer bescuyt»^[661]. La misión encomendada sería preparar víveres en la retaguardia, bien, destinados al propio infante, o bien, con vistas a hacerlos llegar a la Compañía con posterioridad. En cualquier caso, las naves aragonesas atracaron en el puerto sin novedad, pero cuando preguntaron a los habitantes por su delegación nadie les dio noticias sobre ellos ni sobre las provisiones. Dando por supuesto que lo que había ocurrido era que los ciudadanos de la villa habían acabado con la vida de los tres soldados para apoderarse de todo cuanto habían reunido en sus almacenes, el infante en busca de venganza, no dudó un instante e hizo desembarcar a sus soldados que pasaron a cuchillo a toda la ciudad.

La facilidad con la que vencieron en Halmyros y la cuantía del botín logrado, movió a Ferrán a llevar a cabo otro ataque similar, en este caso contra la cercana isla de Scópelos (Escrófol para Muntaner). Tampoco aquí pudieron hacer nada los defensores del castillo y del resto de la isla para evitar ser saqueados y prácticamente

exterminados por la armada aragonesa.

La sorpresa que causó en ellos el verse atacados por quienes en un principio no deberían ser considerados como enemigos, fue la mejor baza que tuvieron los asaltantes y la que hizo que consiguiesen tan fructíferas victorias en tan corto periodo de tiempo. Pero estas ganancias tan sencillas tenían un grave problema que Ferrán no había considerado, o al menos no en su justa medida. Aunque Muntaner incluye ambas plazas en el Ducado de Atenas, Halmyros estaba dentro de las posesiones del despotado griego de Tesalia^[662] y, por lo tanto, su asalto no cambiaba demasiado las relaciones de la Casa de Aragón con respecto de los poderes de la región. Sin embargo, Scópelos pertenecía a la República de Venecia, que dominaba toda la isla de Negroponte así como buena parte de su área de influencia.

Estos ataques en busca de botín por parte de la flota de Ferrán de Mallorca no fueron, ni por asomo, un caso aislado de piratería —con o sin patente de corso— en aquellas aguas. Durante siglos, las costas y las islas griegas fueron el escenario de multitud de asaltos de este tipo realizados con el beneplácito de cualquiera de las naciones que actuaban en la zona.

[...] allí acudían españoles, catalanes, provenzales y de las costas de Génova y Pisa y del reino de Sicilia y de Vineggia de Sclavonia y de todas las partes del mundo a su patria para hacer de corsarios. Pero la mayor parte de los capitanes y jefes eran genoveses y la mayor parte de los de Zurme y marineros eran venecianos^[663].

La inmensa cantidad de riquezas y de mercancías que circulaban por los alrededores del Egeo y del Mediterráneo oriental se convertían en el objetivo tanto de corsarios profesionales que hacían de esta actividad su modo de vida, como de expediciones puntuales que no dejaban de aprovecharse si se les planteaba la ocasión, como en este caso. El permanente enfrentamiento entre griegos, genoveses, venecianos, franceses, etc., no hacía sino crear un clima de inestabilidad que fomentaba la piratería y las patentes de corso, a las que no eran ajenos incluso órdenes religioso-militares como la de los Hospitalarios, los cuales pasaron de ser guardianes de los intereses de los comerciantes y navegantes cristianos a convertirse en unos de los corsarios más temidos por aquellos.

La Corona de Aragón también participó muy activamente de esta lucrativa actividad, como había hecho, por ejemplo, Roger de Lauria. Pero no solo el reconocido almirante ejerció de corsario. Los reyes de Aragón consintieron y se aprovecharon de las acciones bajo patente de corso que sus súbditos realizaban en «Romanía». Por ejemplo, en 1297, Jaime II dio a Berenguer de Conchis, su embajador en la corte de Constantinopla, autorización para abordar los barcos perteneciente a reinos con los que no mantuviesen algún tipo de tratado de paz o comercial, cuyos beneficios deberían ser entregados en una tercera parte al rey de

Aragón.

Con las bodegas llenas y el cerebro vacío, el infante no pensó otra cosa que ir directamente hacia la ciudad de Negroponte. Muntaner y el resto de los consejeros que le acompañaban intentaron por todos los medios hacerle desistir de sus intenciones, pero nada pudieron hacer las voces que desaconsejaban acercarse a aquella fortaleza y pusieron rumbo hacia allí. La razón que empujaba al noble a actuar de esa forma era que cuando llegó a esas aguas se detuvo en la ciudad y fue acogido con la mayor cortesía. Por ello pensaba que ahora todo sería igual. Pero para su desgracia y la de quienes le seguían, muchas cosas habían cambiado. Especialmente, que acababan de saquear una isla perteneciente a quienes esperaba que fuesen sus gentiles anfitriones. El mismo cronista se lamenta de la hora en la que iniciaron aquella ruta:

En mala hora seguimos aquel camino y nos pusimos la cuerda al cuello a ojos vista, porque, como se ve, es un gran peligro viajar con un joven hijo de rey, pues son tan altos en ánimo y estirpe que no se imaginan que nada puede alcanzarles en su daño. [...] y así fue como nosotros tuvimos que asentir a nuestra propia destrucción^[664].

Negroponte era la capital de la isla de Eubea y uno de los principales centros del poder de los venecianos en el Mediterráneo oriental. La ingenuidad de Ferrán de Mallorca, creyendo que su dignidad como embajador y miembro de la familia real aragonesa le serviría como salvaguarda después de haber saqueado propiedades de Venecia, era del todo increíble.

No obstante, y aunque el simple hecho de acabar de robar a quienes en teoría les tenían que recibir ahora en su casa ya debería ser un motivo de peso como para despertar suficientes recelos, existían varios factores que habían cambiado la situación política de la zona desde la anterior estancia del infante en Negroponte. Una de estas circunstancias era la visión que la República veneciana tenía ahora de la Compañía de almugávares, a quienes, de uno u otro modo, consideraban súbditos de la Corona de Aragón.

Durante los años que los aragoneses y catalanes habían estado recorriendo y devastando Grecia, los venecianos habían observado el desarrollo de las hostilidades con cierta complacencia. La amistad tradicional que existía entre ambos estados se sumaba a lo positivo que resultaba para los intereses de Venecia el conflicto que se había desatado entre los mercenarios y los griegos. Tanto las victorias militares como el efecto de destrucción que habían llevado a cabo habían ido siempre a favor de los venecianos. El primer freno al avance turco alivió a los bizantinos, pero al mismo tiempo despejó las vías comerciales que los venecianos solían emplear habitualmente; las escaramuzas contra los mercaderes genoveses, principales competidores suyos en Grecia, habían debilitado en parte a aquellos y además los

relegaron durante algún tiempo en cuanto a las preferencias del emperador, lo que resultaba muy beneficioso para sus negocios; y el fuerte desgaste que supuso para el Imperio los años de enfrentamientos continuos con los aragoneses, catalanes y turcos contribuyó paralelamente al fortalecimiento de las posesiones de Venecia. En resumen, la unión de todos estos factores creó un clima en el que las transacciones comerciales venecianas aumentaban en la misma medida que disminuían las genovesas. Así pues, hasta entonces las acciones de la Compañía habían sido vistas con aprobación desde la República. Pero de unos meses a esta parte las cosas habían cambiado. Tras la toma de poder de Rocafort, los mercenarios habían abandonado Tracia y las proximidades de Constantinopla para dirigirse hacia el Sur, en donde los venecianos tenían sus dominios, y de hecho ya habían comenzado a atacar poblaciones de la Calcídica cercanas a castillos que les pertenecían. Es decir, aquellos súbditos rebeldes de los reyes de Aragón y de Sicilia había pasado de ser observados con cierta simpatía, e incluso con agrado, a convertirse en un peligro inminente para sus intereses. La diplomacia veneciana en Grecia no había perdido ni un detalle de la situación que estaba a punto de envolverles y rápidamente comenzaron a reclamar de la República respuestas efectivas. Desde la metrópoli reaccionaron de inmediato y se puso en marcha un elaborado plan que, por supuesto, no surgió espontáneamente sino que había sido cocinado a fuego lento desde tiempo atrás en previsión de que llegase este momento. La correspondencia diplomática y los documentos fechados entre el 23 de septiembre de 1308 y el 29 de noviembre de 1309^[665], intercambiados entre la capital veneciana y el resto de sus posesiones en Oriente, desde Negroponte hasta Creta, así lo atestiguarían.

Este inesperado escenario hacía que, aunque Ferrán de Mallorca no se percatase del giro que estaban tomando los acontecimientos, aquel no fuese el mejor momento para entrar en Negroponte. Además, por si todo esto no fuese suficiente, acababa de aparecer en escena un nuevo personaje que decantaría definitivamente la balanza en contra del destino del infante, Thibaut de Chepoy.

La Casa de Francia, y a su lado la de Anjou, habían mejorado en ese tiempo sus relaciones con la Casa de Aragón. Carlos de Anjou, mientras tanto, seguía inmerso en una desesperada carrera por derrotar militarmente a los griegos y recuperar el trono de Constantinopla. Para ello no había cesado de recabar apoyos en Occidente y fruto de ello, algo más de un año antes, en enero de 1306 había logrado que el papa Clemente V lanzase un nuevo intento de cruzada contra los griegos, al tiempo que excomulgaba al emperador. A lo largo de los últimos meses había ido preparando una armada que desembarcase en Grecia, aunque no le resultó demasiado sencillo ya que los teóricos apoyos de las distintas potencias occidentales no terminaban de plasmarse en una colaboración armada real. Después de la renuncia de los genoveses a participar activamente en la cruzada, buscó la colaboración de Venecia. Las negociaciones oficiales entre Carlos y los venecianos dieron comienzo el 28 de enero de 1306^[666]. Éstos aceptarían la oferta para conformar una alianza contra los

griegos, si bien lo hacían más con la intención de desbancar a sus competidores comerciales genoveses que realmente por lograr una victoria de la fe romana sobre la ortodoxa.

Finalmente, partiría desde el puerto de Brindisi la flota capitaneada por Thibaut de Chepoy, experimentado militar y hombre de confianza de Carlos de Valois, rumbo a Grecia.

La fecha de la partida no está clara. El historiador francés Du Cange, guiado por las antiguas crónicas francesas, la sitúa el viernes 9 de septiembre de 1307^[667], pero a renglón seguido reconoce que por diversos motivos no puede dar toda la fiabilidad a este dato. En realidad, la salida tuvo que realizarse al menos unas semanas antes de julio de 1307 ya que, cuando Ferrán de Mallorca y Muntaner llegan a Negroponte, Thibaut ya se encuentra allí. Además, la documentación que hace referencia a tratados en los que el francés fue protagonista pertenece a agosto de ese mismo año.

Carlos de Valois hacía ya tiempo que había puesto sus ojos en la Compañía de aragoneses y catalanes como medio para asentar su dominio militar en el interior de Bizancio.

Pero sus intentos de acercarse a ellos no había tenido ningún fruto hasta la fecha. A ello había contribuido tiempo atrás la negativa, primero de Roger de Flor y después de Berenguer de Entença, a participar en una sublevación contra el emperador. No lo admitieron a petición de los reyes de la Corona de Aragón, de manera que más improbable habría sido hacerlo a iniciativa de Francia, aunque poco después el conflicto se encendería sin necesidad de elementos ajenos. Por otro lado, tampoco entonces, cuando las relaciones entre las coronas aragonesa y francesa se habían suavizado, tuvo más cerca el de Valois la posibilidad de llegar a algún tipo de entendimiento con los almugávares para aliarse contra los griegos. No era poco importante tampoco el hecho de que Jaime de Aragón, aunque el rey de Francia ya no fuese ahora su enemigo declarado, no estaba interesado en que el segundo aumentase peligrosamente su poder en Oriente.

Pero, además de los de Grecia, otros intereses, lejos de allí, también estaban en juego.

Así, sabemos por ejemplo que, ya entrado el año de 1308 Carlos de Valois, conociendo los recelos que todavía mantenía el rey de Aragón a interceder por él ante la Compañía, escribía a la esposa de éste, la reina de Aragón, para que intercediese por él ante Jaime II, y le convenciese para favorecer la alianza entre los almugávares y el francés. A cambio de esta intermediación el rey aragonés obtendría nada más y nada menos que la cesión por parte del rey de Francia de la deseada Val de Arán.

Tres chiere dame et suer, et comme nous vous escriissons ouan pieça que se nostre dit cousin en voyoit a monser le roy de Françe de sa gent pour li requerre le Vayl d Aran, nous avions certaine espenrança qu il le la rendrayt^[668].

Desde la isla, Fadrique de Sicilia se oponía a cualquier colaboración con los intereses francos en Grecia ya que él mismo estaba considerando sus propios planes para hacerse con el control del Imperio. El caso es que Carlos de Valois en previsión de que, al menos por el momento, los señores naturales de la Compañía no le iban a prestar ayuda, consideró que la única alternativa era emplear de su experimentada astucia política para ganarse el apoyo de los deseados mercenarios. Para realizar esta complicada misión de acercamiento eligió a Thibaut de Chepoy, uno de sus hombres de confianza y que más satisfacciones le había dado en el terreno diplomático. Su habilidad política le había granjeado importantes beneficios en las negociaciones que culminaron en Caltabellota, y más recientemente había logrado la alianza de Venecia en esta nueva cruzada contra los griegos.

El caso es que cuando la flota aragonesa arribó a la ciudad, Chepoy les esperaba allí, y ya había comenzado a desplegar, junto al gobierno veneciano de Negroponte, los planes que se habían trazado desde Occidente. Como máximo responsable de la alianza francoveneciana en Grecia, comprobó con satisfacción como las naves del infante entraban en el puerto en el momento más apropiado para ayudarle en su proyecto.

La primera imagen que Ferrán de Mallorca tuvo al entrar en el puerto de Negroponte en julio de 1307 no le dejaría demasiado tranquilo. Diez poderosas galeras venecianas y un leño armado dominaban la entrada a la ciudad. A su mando se encontraban los venecianos Johan Torrín y Marco Minyot^[669], y como capitán de todos ellos Thibaut de Chepoy en nombre de Carlos de Valois.

El infante orgulloso, o más probablemente, ingenuo, demandó salvoconductos para él y sus acompañantes a lo que las autoridades de la ciudad le respondieron afirmativamente.

Ferrán, seguido muy de cerca por Muntaner, quien no confiaba en absoluto en las intenciones de sus anfitriones, descendieron de sus naves y se dirigieron al encuentro del gobernador. Pero en cuanto pusieron sus pies en tierra las galeras venecianas abordaron a las sicilianoaragonesas, siendo la primera en caer la de Muntaner, ya que como él mismo cuenta, *corría la voz de que yo traía de Romanía todos los tesoros del mundo*^[670]. Posteriormente, el cronista, en una demanda fechada el 5 de agosto de 1308 ante el dux de Venecia, reclamará por este robo la devolución de veinticinco mil «unces» de oro, en concepto de indemnización^[671]. A continuación, fue saqueada el resto de la flota y asesinados cuarenta de sus marinos.

No tuvo tiempo de reaccionar el pequeño grupo que había bajado al puerto. Los soldados venecianos detuvieron a Ferrán junto a diez de sus oficiales, entre los que se encontraba Muntaner. Chepoy entregó al ilustre prisionero, a ocho de sus caballeros y a cuatro escuderos que le acompañaban al gobernador de Negroponte, Johan Mesi, con instrucciones para que los trasladasen a Tebas, en donde serían puestos a disposición del duque de Atenas, Guy II de la Roche, quien los encerraría en el castillo de Saint Omer.

Ferrán de Mallorca pasaba a ser prisionero de los franceses. Su soberbia o su inocencia, unidas a la antigua rivalidad con el rey de Francia le habían pasado factura, y con él había arrastrado a Muntaner, a Palacín y a otros. De nada le había servido ser *hijo del rey de Mallorca, primo hermano de los reyes de Aragón y de Sicilia, y sobre todo, cuñado del duque Roberto de Calabria*^[672].

Por su parte, los dirigentes de Negroponte creyeron, y así se lo hicieron saber a Chepoy, que si él entregaba a la Compañía a Muntaner y al aragonés García Gómez Palacín, podría obtener fácilmente la cofianza del Consejo ya que éstos pensaban que Muntaner había huido con gran parte de las riquezas de la hueste, mientras que Palacín era la cabeza que Rocafort más deseaba tener cortada ante sí. El embajador francés supo que, después del duro contratiempo para sus planes de acercamiento a la Compañía que habían supuesto los ataques en la Calcídica de los aragoneses y catalanes, ésta podía ser su oportunidad de propiciar un primer pacto con ellos. Pero sus consejeros de Negroponte acertarían solo a medias en sus deducciones sobre la reacción de los mercenarios respecto a los dos prisioneros.

Chepoy confió en sus asesores venecianos y se dispuso a zarpar al encuentro de la Compañía con los dos prisioneros en sus bodegas.

39. La destrucción de los monasterios del Monte Athos.

El sitio de Tesalónica Mientras todo esto sucedía en la isla de Negroponte, la Compañía, refundida bajo el control de Rocafort tras la traumática división y sin apenas tiempo para recuperarse, había reanudado la marcha hacia el Sur. Reagrupados bajo el mando único de un nuevo líder buscaron un territorio donde establecerse, pero durante los últimos años habían sufrido demasiados golpes, y lo que era aún peor, la unidad de los primeros tiempos, aquella que les había dado la invencibilidad frente a sus enemigos, estaba ahora herida de muerte. La ruta elegida fue la que conducía a la península de la Calcídica y del reino de Tesalónica.

Esta peculiar región de la costa oeste del Egeo está definida por tres largos brazos de tierra que a modo de tridente penetran en el mar. En el estrecho situado más al Norte se halla el mítico Monte Athos, con sus monasterios enclavados en lo alto de cimas de montañas casi inexpugnables. En esa época, era el depósito de fantásticos tesoros, así como el centro espiritual del cristianismo ortodoxo. En el centro de la provincia estaba la península de Sithonia. Y finalmente, al Sur, la de Cassandria. Esta última sería el lugar en el que la Compañía fijaría su nuevo centro de operaciones. La riqueza de la zona, y sobre todo su increíble valor estratégico, tanto comercial como militar, la convertían en una de las zonas más deseadas del Mediterráneo oriental. A todo esto se unía la gran facilidad para su defensa que ofrecía el terreno, puesto que únicamente era posible ocuparla por tierra pasando antes por una pequeña franja de pocos kilómetros de anchura. Los atractivos que ofrecía la península eran más que evidentes, pero además, existieron otras razones que llevarían a los mercenarios hasta allí.

A estas alturas, Rocafort se había convertido en el único e indiscutible líder de los mercenarios, pero también sería reconocido como el verdugo de Entença y el responsable de la expulsión del embajador de los reyes de Mallorca y de Aragón, Ferrán de Mallorca. Por otra parte, el delgado hilo que tiempo atrás les podía mantener vinculados con los poderes de Roma como defensores de la fe en Oriente, estaba ahora definitivamente roto al haber conformado una alianza con los turcos que

desde Occidente era considerada contra natura. Y desde luego, después de todo lo sucedido, ni se planteaba la posibilidad de regresar al amparo de Andrónico, como si pudo hacer Arenós después del asesinato de Entença. En consecuencia, Rocafort sabía que lo único que le quedaba era buscar la salida de aquella maraña por sus propios medios, contando exclusivamente con un ejército que, condicionado por no tener tampoco ninguna otra alternativa, le seguiría a cualquier parte. Así las cosas, su ambición le llevó a plantearse una complicada maniobra: conquistar y dominar el reino de Tesalónica.

Desde la corte, el emperador comprobaba con satisfacción como después de la sangría interna que se había producido entre los aragoneses y catalanes, ahora continuaban su camino rumbo al Sur, alejándose con ellos el peligro. Su preocupación pasaron a ser entonces territorios de Macedonia que pertenecían de manera directa o indirecta al Imperio, como eran la región de Cristópolis, la propia ciudad de Tesalónica, o incluso un tesoro todavía mayor para ellos, el sagrado Monte Athos. La urgencia más inmediata era la defensa de Cristópolis, ya que la Compañía estaba acampada a pocos kilómetros de sus límites. Andrónico sabía por experiencias recientes que lo último que debía intentar era provocar un nuevo choque armado, por lo que lo más inteligente era organizar una defensa en plaza lo suficientemente consistente como para que los desorganizados asaltantes abandonasen su intención de mantener un asedio prolongado. Ordenó reforzar la muralla que rodeaba la ciudad, y a continuación, una vez que los aragoneses, catalanes y turcos hubiesen pasado de largo, seguir esa misma línea defensiva hasta la orilla del mar, de tal modo que cerrase cualquier posible paso entre la costa y los montes de los alrededores^[673]. Cuando Rocafort se plantó delante de la ciudad y comprobó desde lo alto de los montes la magnitud de sus murallas, se dio cuenta de que cualquier esfuerzo iba a ser inútil, así que decidió rodearla y continuar el camino hacia el Sur.

Dejaron a sus espaldas los campos de Cristópolis sin saber que la obra diseñada por Andrónico continuaba su proceso, y que cuando estuviese terminada les cerraría definitivamente cualquier intento de regresar hacia atrás:

Y cuando llegaron a Cristópolis, se levantaron muchos estados del Imperio [...] griego, e hicieron con una muralla una gran barrera de monte a monte para que no pudieran regresar. Y se llamó a este lugar Cavala^[674].

Errante y hambrienta, la Compañía entraba en la Calcídica, la península que albergaba el reino de Tesalónica. Apenas penetraron en aquellos territorios, aparecieron ante sus ojos los míticos monasterios cristianos del Monte Athos.

La península de Athos, coronada por el monte de 2.033 metros de altura que lleva el mismo nombre, es el más septentrional de los tres brazos de tierra que caracterizan a la península de Calcídica. Anastasio fundó allí el año 963 la primera comunidad

cristiana que tomaría el nombre de Laura para cambiarlo después por el de su fundador. Con el paso de los siglos fue aumentando el número de monasterios y de monjes que se establecieron a lo largo de la península, hasta configurarse como una auténtica república religiosa o un estado monástico independiente. Bajo la protección de los emperadores de Bizancio y de los reyes serbios y búlgaros se transformaría en un gran núcleo sagrado, desde el cual emanaba la fe cristiana hacia todos los rincones del Imperio. Entre los muros de sus monasterios se protegían fabulosos tesoros que habían aportado tanto los diferentes emperadores griegos, como los reyes y señores cristianos de los Balcanes. Según algunas fuentes, pudo llegar a haber trescientos monasterios, en algunos de los cuales habitaban hasta mil monjes. Sin embargo, Rubió i Lluch, a principios del siglo xx, afirma que solo quedaban treinta de ellos. En la actualidad, apenas veinte permanecen en pie aunque, eso sí, manteniendo gran parte del esplendor y de los tesoros en joyas, pinturas y documentos bibliográficos que tuvieron durante siglos.

Para los aragoneses y catalanes se trataba de una oportunidad que no podían dejar pasar. Riquezas indescriptibles estaban al alcance de su mano guardadas únicamente por los débiles brazos de un puñado de monjes. O al menos eso fue lo que pensaron. No obstante, no se les escapaba que atacar a aquellas comunidades religiosas, a pesar de la división entre las iglesias ortodoxa y romana, suponía atacar directamente a uno de los principales centros de la fe cristiana y esto les podía acarrear serias represalias desde Occidente. Pero la frustración por las expectativas no cumplidas, los tristes acontecimientos recién vividos y el oscuro futuro que se abría frente a ellos si no ponían remedio a su situación de extrema necesidad, hizo que el Consejo encabezado por Rocafort aprobase el asalto a Athos.

Es probable incluso que el inicio de la ofensiva contra los monasterios no fuese una operación casual e imprevista sino que, como apuntaba Paquimeres^[675], desde el mismo momento en el que dejaron la Tracia ya se hubiesen planteado esta alternativa, de hecho la fama sobre los tesoros que se guardaban en aquellos monasterios era conocida en toda la cristiandad.

Rubió i Lluch^[676] y recientemente, el profesor José Simón Palmer^[677], han profundizado en el conocimiento sobre este periodo de la expedición de la Compañía en Grecia. Lluch basó principalmente sus estudios en una crónica llamada *La vida del arzobispo Danilo II*, documento escrito, quizás, por un discípulo del propio arzobispo y que coincide en el tiempo con las incursiones de los almugávares. Danilo era durante los ataques a Athos uno de los monjes del monasterio de Khilandar, el primero que sufriría el asedio de los mercenarios, y con el paso del tiempo acabaría convirtiéndose en arzobispo de la Iglesia serbia. Siglos después de ser escrita pasaría a formar parte de un compendio sobre los reyes serbios, a través del cual llegaría a manos del investigador. La segunda fuente, estudiada en este caso por Palmer, y que refleja también parte de lo sucedido durante ese tiempo en Athos es *La vida de Sabas el Joven*, escrita en el siglo xiv por el Patriarca de Constantinopla Filoteu Kókkinos.

Por último, Rubió hace mención de una pequeña crónica hallada en el monasterio griego de Galaxidi y en la que aparecen algunas referencias, aunque no demasiado amplias, de estos hechos.

De este modo, la Compañía se dirigió confiadamente hacia el interior de la península de Athos. Todos esperaban recuperarse de los malos momentos que habían pasado gracias al suculento botín que les esperaba tras los muros de los monasterios ortodoxos. Pensaban que no les costaría el más mínimo esfuerzo apoderarse de las inmensas riquezas que unos pocos monjes indefensos guardaban con más fe que armas. Pero de nuevo, los almugávares se equivocaban y en cuanto entraron en aquel territorio comenzaron a percatarse de su error. La península no era un espacio llano y accesible sino que estaba dominada por altas montañas e impenetrables congostos. Quizás se pueda pensar que su experiencia acumulada siglos atrás, cuando luchaban en terrenos similares en las montañas pirenaicas o en las sierras turolenses, les situaba en una posición de ventaja respecto a los asustados monjes, pero el escenario era muy distinto. No se iban a enfrentar a ellos en ataques por sorpresa ni a cielo descubierto. La lucha se llevaría cabo en lo alto de las montañas en donde se hallaban enclavados los amurallados monasterios, lo que complicaba enormemente la situación. En aquellos montes se unían varias circunstancias nada favorables para los atacantes. A la dificultad de realizar un asalto desde el fondo de los barrancos contra una plaza bien protegida en lo alto, había que añadir su habitual incapacidad para concluir con éxito los asedios contra objetivos amurallados importantes.

Así que, al ver ante ellos el primer objetivo de su campaña en Athos comenzó a enfriarse su desatado ímpetu.

El monasterio de Khilandar (o Khiliandari), enclavado en un pequeño valle entre espesos bosques y altas montañas, había sido fundado por Hilandario Ratskos, hijo del primer rey independiente de Serbia, Stefan Nemanja^[678], en el siglo XII. En ese tiempo se encontraba bajo la protección del monarca serbio Stefan Uros II Milutin y en su interior habitaban unos ciento setenta monjes que dedicaban su vida contemplativa a la Virgen. De esta forma, según las citadas fuentes y los estudios posteriores basados en ellas, en julio de 1307 los monjes del monasterio de Khilandar veían horrorizados como a los pies de sus murallas se disponían en posición de ataque varios miles de mercenarios. A pesar del lógico temor, los religiosos mantenían la confianza en la resistencia de sus defensas ya que contaban, además de con la ventaja de su privilegiada situación en lo alto de las abruptas montañas, con la previsión de Andrónico II, quien les había avisado con anterioridad de la más que posible llegada de los almugávares, lo que les había permitido reforzar aún más sus posiciones. Según *La vida de Sabas el Joven*^[679], para el emperador griego no existía mayor preocupación que mantener a salvo a las comunidades del corazón espiritual del Imperio, de manera que, siéndole imposible por el momento enviarles un ejército que les defendiese, se apresuró a enviar una carta firmada por él mismo en la que alertaba a los monjes que se dispusiesen para resistir del mejor modo posible el

ataque que se les avecinaba, al tiempo que ordenaba que se permitiese a los habitantes de las aldeas cercanas que buscasen refugio en el interior de los monasterios. Esta resolución muestra la gravedad de las circunstancias que presentían que iban a sufrir en Athos ya que, hasta ese instante, nunca se había permitido a los laicos habitar entre los muros de aquellas comunidades.

La mayor parte de quienes vivían en los alrededores de los grandes monasterios obedecieron las indicaciones imperiales, buscando la protección de las plazas fortificadas de Athos, de las islas cercanas o, en otros casos, como en el del padre espiritual de Sabas *el Joven*, en la ciudad de Tesalónica, aunque esta última posibilidad era más complicada que la de permanecer en la península al estar cortado por los almuǵávares el paso entre Athos y el interior de Macedonia. Sabas por su parte, decidió refugiarse en el monasterio de Vatopedi, donde conocería de las trágicas noticias que llegaban desde el resto de la provincia. Sin embargo, no todos hicieron caso de las advertencias del emperador y algunos decidieron permanecer en sus casas confiando en la divina providencia. Quienes tomaron esta opción no tardarían en arrepentirse de ello.

Para el autor de la *La vida del arzobispo Danilo II* la compañía de mercenarios que llegaba desde Tracia estaba formada por *francos, turcos, alanos, tártaros, mogovares (almuǵávares) y catalanes*^[680]. Es evidente que el cronista, aunque posee informaciones sobre el enemigo que se acerca, no conoce realmente cual es su naturaleza o, tal vez, pretende dar más relevancia al peligro aumentando las nacionalidades de aquellos. La denominación como francos, *mogovares* y catalanes viene a ser una redundancia al referirse a un mismo pueblo, ya que los miembros de la Compañía eran conocidos en Grecia por cualquiera de estos tres nombres. Por otro lado, la afirmación de que los alanos y los tártaros les acompañaban carece de sentido ya que los primeros se habían convertido, por razones ya vistas, en unos de los principales enemigos de los almuǵávares, por lo que no es probable que formasen parte de su ejército. Aunque sí sería posible que ciertos individuos en un número mínimo con respecto a la totalidad hubiese permanecido entre ellos. En lo que atañe a los tártaros, no existe ninguna noticia de que formasen parte, en menor o mayor medida, de la hueste y, en todo caso, se les ha considerado habitualmente como aliados de los griegos.

Antes de llegar hasta los pies de las murallas de Khilandar habían quemado y saqueado todas los pequeños templos y aldeas que habían encontrado a su paso. Los habitantes que habían permanecido allí fueron apresados para ser empleados o vendidos como esclavos, y los que no eran útiles para este fin eran asesinados u obligados a morir de hambre.

Poco después, los mercenarios iniciaban el asedio^[681]. Ante la imposibilidad de construir ni de utilizar maquinaria de asalto a causa de lo escarpado del terreno, los asaltantes centraron su ofensiva en intentar abrir pequeñas vías de entrada a través de las defensas. Una parte de ellos se empeñó en destruir la puerta principal de la

fortaleza, mientras que otro destacamento golpeaba con fuerza la parte trasera de la muralla, intentando echarla abajo. Para terminar de abatir a los monjes que corrían desesperados de uno a otro lado del monasterio para colaborar en el punto que más peligro sufría en cada momento, una lluvia de flechas caía sin cesar dentro de la villa, y junto a todo esto, un eco siniestro producido por las trompas y por los gritos de guerra de los almugávares retumbaba entre las montañas, y *era terrible ver su formación de ataque*^[682]. Los monjes estaban empezando a perder las fuerzas y la esperanza.

El asalto fue impresionante, pero los muros del enriscado monasterio resistieron los embates. Al poco tiempo, la rabia de los mercenarios comenzó a disminuir, hasta que no tardaron en cesar en su empeño. Finalmente, y como ya les hubiese ocurrido en otras ocasiones, sus esfuerzos por conquistar el objetivo fracasó, no quedándoles más remedio que abandonar la lucha y levantar un campamento en los alrededores para iniciar un asedio prolongado.

El sitio de Khilandar sería largo y duro, tanto para los de dentro como para los de fuera. Los días fueron pasando y los monjes pronto empezaron a sufrir los rigores del hambre. Llegó un momento en el que solo comían las cáscaras de las lentejas. Muchos de ellos no soportaron las penalidades y decidieron salir del monasterio e intentar huir. Pero la debilidad y su falta de experiencia en el combate les hizo caer directamente en las manos de los almugávares, quienes no dudaron capturar a los más fuertes para venderlos como esclavos y degollar al resto.

Esta situación de extrema necesidad no hizo, sin embargo, que se rindiesen los que quedaban en el interior, y por contra, el paso de los días hizo una profunda mella en el campamento de la Compañía, en donde miles de personas estaban sintiendo ya los efectos del hambre. El Consejo de la hueste, después de reconocer que aquel asedio estaba causando más daño que beneficio, decidió levantar el campamento y proseguir su camino hacia el Sur.

Aunque no sin antes, advertir a los monjes que regresarían y destruirían el monasterio por completo.

Con esta nueva derrota a sus espaldas, pusieron dirección hacia la ciudad de Tesalónica. Solo un rico botín, como el que guardaba la capital del reino, podía a estas alturas levantar su ánimo y el de sus camaradas turcos. Además, la hambruna empezaba hacer de nuevo aparición entre sus familias, de manera que la necesidad de abastecer sus escasas reservas de alimentos era ya acuciante. Con la rabia por la humillación infligida por un puñado de monjes y con la desesperación por luchar por la supervivencia de su pueblo, los aragoneses y catalanes acamparon a finales de julio a poca distancia de Tesalónica, en el estrecho que daba entrada al cabo de Cassandria.

El Reino de Tesalónica había sido fundado como tal por los conquistadores cruzados tras la Cuarta Cruzada y la posterior caída de Constantinopla, creándose al mismo tiempo el Principado de Acaia o el Ducado de Atenas. Estas posesiones aseguraban el control franco de buena parte de Grecia, incluso después de que los

bizantinos recuperasen con posterioridad la capital. En ese momento, el Reino de Tesalónica formaba parte de nuevo de las posesiones del Imperio pero solo de manera teórica. Andrónico se había convertido en su señor gracias al matrimonio con su segunda esposa Irene de Montferrat, legítima heredera franca. Aunque en la práctica seguía estando bajo el poder de los Montferrat, quienes no cedieron un ápice de su control, al tiempo que no renunciarían a sus aspiraciones en la corte griega. Para complicar todavía más la maraña de intereses que se movían alrededor del reino, otra Irene, hija ilegítima de Andrónico, se casaría en 1305 con Juan Dukas Ángel, heredero griego al trono^[683]. De hecho, el cronista Grégoras asegura que una de las razones por las que Rocafort optó por el asalto de Tesalónica fue porque supo que en su palacio se encontraban Irene y María^[684].

En este punto se ha mantenido cierta confusión al identificar a las Irene y María a las que se refiere el cronista. Algunos han visto en ellas a la suegra y a la viuda de Roger de Flor, de las que no existen casi noticias desde el momento en el que éste es asesinado. Pero en realidad se trataría de Irene de Montferrat, segunda mujer de Andrónico y heredera de Tesalónica, y de María de Armenia, casada con el coemperador Miguel IX. La captura de ambas, así como la toma de la ciudad serían piezas clave para la conquista del resto de Macedonia. Por todo ello, Tesalónica era en ese momento un apetecible objetivo que lograba resistir exclusivamente gracias al débil apoyo que recibía desde el Imperio, ya que no les llegaría ninguna otra ayuda de Francia o de los Anjou, aunque éstos no renunciaban a aferrarse a la opción de los señores francos de Montferrat como una de sus principales bazas para luchar por el trono del reino.

Cuando los aragoneses y catalanes atravesaron sus fronteras, Tesalónica era la segunda ciudad más importante del Imperio. Sus potentes defensas habían aguantado durante décadas cientos de asedios, la mayor parte de ellos mucho más temibles que el que los almugávares podían presentar ahora, de modo que poco pudieron hacer los atacantes para culminar con éxito la campaña sobre la ciudad. De hecho, superado el asunto de Cristópolis, el emperador había diseñado entonces la estrategia para auxiliar a Tesalónica. No tenía porque preocuparse por las fortificaciones físicas como en el caso de Cristópolis, ya que sus muros permitían tener más que confianza en su solidez. El problema en esta ocasión era que la Compañía se asentaría en un territorio de gran riqueza y valor militar. Sus ricas vegas y la posibilidad de desarrollar con facilidad intercambios comerciales desde sus concurridas costas, les haría recuperar con rapidez las fuerzas perdidas después de los últimos percances. Así pues, tenía que actuar con rapidez. Reagrupó a la totalidad de las fuerzas con las que contaba en la zona en torno a las principales ciudades; aprovisionó a éstas con todo lo que había en los campos y aldeas, tanto de cereales como de animales, asegurando, por una parte, el abastecimiento de los habitantes en caso de tener que soportar un prolongado asedio y, por otro lado, evitando que nada de aquello pudiese llegar a manos de los mercenarios. De este modo, todo cuanto no pudo ser recogido dentro de

las ciudades fue destruido y quemado. Esto complicaba enormemente los planes de Rocafort ya que su principal preocupación como líder de la hueste era asegurar el alimento de los miles de personas que le seguían. El problema que se les planteó cuando comprobaron la falta de víveres en la zona fue tremendo. Como muestra de la magnitud de la catástrofe existe el testimonio de Grégoras quien asegura que era incalculable el número de personas y de caballos que se movían junto a la Compañía, dice el cronista que únicamente como prisioneros, había más de ocho mil individuos^[685]. Esto sirve como indicador de la complejidad que supondría el abastecimiento de un ejército nómada que entre prisioneros, turcos, aragoneses y catalanes, mercaderes desplazados, mujeres y niños, bien pudiesen llegar a las veinte mil bocas que alimentar.

Desde allí, y antes de iniciar el asedio de Tesalónica, se dedicaron a saquear el interior de la región, incluidos los arrabales de la capital. La táctica era más que conocida para ellos, así como para los turcos, repitiendo lo que ya hiciesen en los alrededores de Galípoli, Constantinopla o Andrinópolis. Corrieron todo el país apoderándose de lo poco que en él había quedado de valor. Víveres, animales, herramientas, joyas... Todo servía para la manutención de la inmensa hueste que no encontró apenas oposición en los campos y pequeñas aldeas que arrasó sin piedad. Pero no solo se dedicaban al pillaje por medio de las armas. También usaban de cierta habilidad para someter a los habitantes por medio de deshonestas transacciones comerciales.

El Patriarca de la Iglesia Ortodoxa, Athanasio, escribió en sus cartas que los almugávares *sacan beneficios vendiendo víveres en el mercado negro y a cambio reciben precioso oro e incluso mujeres griegas*^[686].

Frente a las ciudades, como había sucedido con anterioridad, el resultado no fue tan positivo. La guarnición de Tesalónica, al igual que las del resto de ciudades relevantes de la península de Cassandria, bien protegidas detrás de las murallas, resistieron sin la menor dificultad los tímidos ataques, lo que concluiría una vez más con un escenario en el que los mercenarios mantenían un dominio total en campos y en pueblos carentes de defensas, mientras que las grandes plazas aguantaban como islas en medio del caos que se extendía a su alrededor.

Los aragoneses y catalanes no iban a abandonar por el momento las penurias alimenticias que amenazaban seriamente la subsistencia del grupo, y se tendrían que conformar con las migajas que los griegos habían dejado fuera de las murallas. Probablemente, empezarían a reproducirse en esos momentos las situaciones de tensión y enfrentamiento interno que caracterizaban a la Compañía cuando las cosas no funcionaban medianamente bien. Rocafort sabía que como máximo capitán era responsable del mantenimiento de todos los que le seguían, por lo que el fracaso de las ilusiones que se habían marcado a su llegada a la Calcídica comenzaba a poner en duda su capacidad como líder delante de sus hombres. Por eso, las novedades que estaban a punto de llegar desde el mar serían una alternativa que el capitoste no

dejaría escapar.

40. Al servicio de la Casa de Francia

En la Calcídica, las naves venecianas al mando de Thibaut de Chepoy navegaban ya por las cercanías de las costas de Cassandria. El valido de Carlos ansiaba el momento de estar frente a frente con Rocafort para ofrecerle las cabezas de Muntaner y de Palacín, y gracias a ellas iniciar una amistad con los almugávares que culminase en una alianza militar. No es probable que aquel encuentro fuese por sorpresa, y lo más lógico es pensar que durante los últimos días ya se hubiesen realizado contactos previos por medio del intercambio de cartas tratando el asunto.

A principios del mes de agosto de 1307 Chepoy estaba en el campamento general de la Compañía en algún lugar de la costa de Cassandria entrevistándose con Rocafort y con el Consejo, que éste controlaba por completo. Pero no todo saldría como el francés tenía previsto.

La primera parte del plan se desarrolló tal y como había pensado. García Gómez Palacín se había convertido en uno de los capitanes de los almugávares más odiado por Rocafort, lo que se debía seguramente a que el caballero aragonés habría permanecido fiel a Entença y a Arenós, oponiéndose al golpe de poder que había dado Rocafort. Ese duro enfrentamiento entre ambos fue lo que hizo que en cuanto Chepoy puso al prisionero en manos del nuevo capitoste, éste hizo que le cortasen la cabeza delante de todos. Sin embargo, la jugada de Muntaner no acabó del mismo modo.

Mientras que con Palacín no parece ser que hubiese voces en contra de su ejecución, con el cronista y capitán todo fue diferente. Al fin y al cabo, el caballero decapitado no había sido sino un señor más. Quizás fiel y honrado, pero solo un caballero al que los almugávares de menor rango que estaban a su servicio podían tener cierto respeto, pero nada más. Todo lo contrario de lo que ocurría con Muntaner, eso sí, si creyendo en las condescendientes palabras que él mismo se dedica.

Muntaner, tras observar desde la nave en la que le habían transportado hasta allí como era decapitado Palacín, fue obligado por Chepoy a descender a tierra con la idea de que corriese la misma suerte. Pero la manera en la que fue recibido el cronista fue muy distinta a la de su predecesor. Apenas puso pie en tierra, *Rocafort y todos los*

demás me besaron y abrazaron y empezaron a llorar por cuanto había perdido. Los turcos y turcoples bajaron todos y querían besarme la mano y empezaron a llorar de alegría, pensando que yo iba a quedarme^[687].

Desde luego, es difícil creer que la reacción de aquellos rudos mercenarios fuese tan sentimental como pretende mostrar Muntaner y, empleando de su retórica habitual, cae en un narcisismo poco verosímil. No obstante, dejando a un lado la exageración del autor, sí que podemos creer que los mercenarios le acogiesen a su regreso con satisfacción y camaradería. Esta reacción era debida a que durante los años que habían convivido juntos, el cronista y capitán había cumplido con honestidad las funciones de intendencia de toda la Compañía. Gracias a su labor, siempre se mantuvo un nexo común entre las distintas facciones, a sabiendas de que la verdadera fuerza del colectivo no eran sus brazos o sus armas sino su unión. La razón por la que había actuado de este modo fue siempre la creencia de que estaba participando en una misión de vital importancia para la gloria de la Casa de Aragón, y que por ello debía poner todo su empeño para hacer que aquel potencial militar fuese un bloque inquebrantable en todo momento. Esta función como mediador entre caballeros que se habían transformado en adversarios, como fue el caso de Rocafort, Entença y Arenós, así como de juez ecuánime a la hora de organizar los repartos de los botines capturados, buscando que tanto los nobles como los almugávares más humildes recibiesen lo que les correspondía, habían ayudado a levantar una imagen de dirigente respetado por todos. Por otro lado, desde el primer momento vemos como la relación entre Muntaner y los contingentes de turcos y turcoples va más allá de una fría alianza entre guerreros. El trato que el cronista dispensa hacia ellos difiere mucho del que se podría esperar tratándose de aliados «infieles», con los que únicamente tuviesen una relación armada. Su papel como defensor de los derechos de éstos dentro de la hueste, correspondido por la gran ayuda que habían prestado los turcos y turcoples cuando los aragoneses y catalanes pasaban por sus peores momentos, hizo que se estableciese entre ellos una relación que, más allá de la simple alianza por interés, llegó al terreno de la amistad. Como muestra del aprecio que le tenían los turcos, cuando se hubo instalado en el campamento, le regalaron para intentar compensar las pérdidas sufridas por el apresamiento de Negroponte veinte caballos y mil perpras de oro, y la misma cantidad le ofrecieron los turcoples. Tampoco Rocafort y el resto de almogátenes y adalides se quedaron atrás en sus regalos, dándole caballos, alimentos y dinero.

De tal modo que en su estimación, lo que le ofrecieron alcanzaba la suma de cuatro mil perpras de oro.

Chepoy y sus aliados venecianos se mostraron muy contrariados por la reacción inesperada que toda la hueste había tenido para con Muntaner, pero superado el contratiempo, y viendo que, en cualquier caso, incluso esta nueva situación podía favorecer sus intenciones de pactar con los mercenarios, se dispusieron a dar comienzo a las negociaciones. En primer lugar, el Consejo exigió que, para empezar a

hablar, tanto franceses como venecianos se comprometiesen a restituir todos los bienes que le habían arrebatado a Muntaner. Éstos aceptaron esta condición inicial aunque más adelante se vería que no tenían ninguna intención de cumplirla. Las discusiones fueron largas y complejas. Chepoy necesitaba que el Consejo aceptase el vasallaje a Carlos de Valois, reconociéndole a él mismo como supremo gobernador.

A cambio, tendrían la protección y la cobertura militar y política de Francia y Venecia para llevar a cabo sus campañas, lo que suponía en la práctica dejar de ser un grupo de bandidos amenazados por todos los flancos, para pasar a ser un ejército respaldado por los señores francos de Grecia y, sobre todo, confalonieros de Roma frente a los cismáticos ortodoxos. En este punto, existían graves obstáculos como el hecho de la existencia de un elevado número de turcos entre sus filas, pero este aspecto, que a priori no podía ser consentido en modo alguno por las naciones cristianas occidentales, podría llegar a ser «olvidado» por Carlos de Valois en pos de lograr un acuerdo.

La inmensa mayoría de aragoneses y catalanes no estaban dispuestos a rendir pleitesía a un delegado de la Casa de Valois. Los almugávares, al servicio de Aragón o de Sicilia, habían luchado durante décadas contra ellos y no iban a convertirse de la noche a la mañana en sus vasallos. Además, todo esto resultaba inaceptable tanto desde el punto de vista de sus principios de independencia, como desde la coherencia de sus actuaciones más recientes. Hacía pocas semanas que habían rechazado el liderazgo del representante del rey de Sicilia, Ferrán de Mallorca, con quien, en cierto modo, podían haber tenido alguna obligación como súbditos de la Corona, y sin embargo, empujados por Rocafort, no le aceptaron como señor y le forzaron a marchar. Por ello, si no habían consentido someterse ante un miembro de la familia real aragonesa para mantenerse independientes de ese tipo de control, ahora, en esa misma lógica, aún deberían rechazar con mayor razón la oferta de los franceses. Pero el poder de Rocafort sobre el conjunto de la hueste era absoluto e impuso su voluntad sobre la mayoría que disentía de aquella alianza. Sabía que después de todo lo que había hecho, había perdido cualquier oportunidad de reconciliarse con los reyes de Aragón, de Sicilia, de Mallorca e incluso, como dice Muntaner, con lo que podrían ser los poderes de la nobleza y del comercio catalán en Grecia. Así pues, una unión con Carlos de Valois era lo único que le quedaba para hacerse con algún apoyo externo.

A pesar de las críticas, se impuso a todos y obligó a que la Compañía rindiese vasallaje al de Valois y que reconociese a Thibaut de Chepoy como máximo capitán de la hueste. Era el 31 de agosto de 1307 cuando se firmó en el cabo de Cassandria una carta escrita por el Consejo a Ramón Muntaner en la que le rendían cuentas del acuerdo tomado y en la que le comunicaban que su nuevo señor y aliado, Carlos de Valois, cumpliría con su palabra de restituir por completo los bienes robados que la propia Compañía no había podido reponerle.

Este documento, guardado en la Biblioteca Universitaria de Catania^[688], es de

gran valor ya que se trata del único que se conserva de la cancillería de la Compañía desde su llegada a Grecia hasta ese momento. Lamentablemente, la carta, publicada una vez más por Rubió i Lluch, no se encuentra íntegra y solo se conserva un fragmento de ella, faltando el folio inicial. Fue descubierta entre unos legajos que contenían una parte de la crónica de Muntaner:

[...] en aquesta present letra de conciencia nostra e de tota la companya atorgam com en som tenguts, el nostre senyor emperador micer I Xarles (Carlos de Valois) [...]^[689].

La Compañía junto a los venecianos y al de Valois, se asociarían durante algunos años, colaborando en los ataques en Macedonia pero, más allá de los combates en el centro de Grecia, sus expectativas estaban puestas en la futura conquista de Constantinopla y en la derrota total del Imperio bizantino^[690].

La mente de Rocafort era compleja y retorcida. Después de haberse hecho con el control total de los brazos y de la mente de los mercenarios, ahora parecía que ponía todo ello en bandeja en las manos del francés. Sin embargo, sus planes, una vez más, iban más allá de lo que aparentaba. Chepoy se mostraba satisfecho por todo lo que acababa de conseguir para los intereses de Carlos. En teoría, se había hecho con el mando de uno de los ejércitos más poderosos en ese instante en Grecia, que había demostrado que podía controlar a placer buena parte de Tracia y que ahora estaba haciendo lo propio en Macedonia. Sus nuevos soldados tenían rodeada Tesalónica y hasta hacía poco tiempo se habían paseado desafiantes bajo los muros de la mismísima Constantinopla, la joya que más ansiaba su señor Carlos. Todo apuntaba a un éxito sin precedentes para Chepoy y para los planes de los franceses, pero no contó con un pequeño detalle, la ambición sin límites de Rocafort.

Desde el momento en el que el acuerdo estuvo firmado y Rocafort se convirtió en protegido de Francia, éste apartó por completo a Chepoy de cualquier tipo de decisión que afectase a la Compañía, y nunca cedió ni por un momento el poder absoluto que poseía sobre ella. A continuación, ordenó fundir un nuevo sello oficial que sustituiría al que empleaban hasta entonces. El que representaría a los aragoneses y catalanes a partir de ese instante llevaría grabada la figura de un caballero con una corona de oro^[691]. Ese caballero no era otro que el propio Rocafort y la corona simbolizaría su deseo de convertirse en rey de Tesalónica. De esta manera, Chepoy constató como su nuevo socio no tenía la más mínima intención de someterse a sus órdenes. Sorprendentemente, aunque no se cumplieron por parte del líder catalán los acuerdos que habían firmado, la alianza no fue rota por el embajador franco, conformándose con mantener un gobierno ficticio sobre la Compañía. Esta situación fue percibida por todos desde el primer instante, lo que conocemos porque Muntaner, que solo permanecería en el campamento unos pocos días más, ya reflejó esta

situación en su narración. Comparaba la posición en la que había quedado Chepoy con la que tuvo su señor cuando fue coronado como rey de Aragón en una ceremonia esperpéntica celebrada años antes. En aquella ocasión, para significar lo ridículo del nombramiento de Carlos como monarca de los territorios aragoneses se le puso el apodo de «rey del sombrero y del viento». Ahora Thibaut de Chepoy se convertía en el capitán del viento. Es decir, de nada.

Los venecianos que acompañaban a Chepoy convencieron a éste de que era mejor por el momento dejar el asunto como estaba. Aunque las cosas no habían terminado exactamente como lo habían planificado, al menos, tenían un pacto firmado con la Compañía por el que se aseguraban su colaboración en acciones futuras, y mantenían también el gobierno, aunque solo fuese a título nominal, de aquellos mercenarios. Prepararon las naves para regresar a Negroponte y, junto a ellos, Muntaner decidió que también abandonaría a los almugávares y a los turcos para acudir al lado del infante encarcelado. El rumbo que había tomado la Compañía hacía imposible para el cronista permanecer con ellos. Eran demasiados despropósitos contra los intereses de la Casa de Aragón los que habían cometido o tolerado como para que sus principios y su devoción hacia sus señores naturales le permitiesen aceptar esa situación, de modo que prefirió marcharse definitivamente, y ello a pesar de las reiteradas peticiones de los mercenarios, e incluso del mismo Chepoy, le hicieron para que se quedase. No cambió su postura y, viendo que su decisión era firme, el francés le firmó una carta a modo de salvoconducto que le aseguraba protección una vez estuviese en la isla, bajo graves penas para quien no lo cumpliese, pero no solo eso, también obligaba a que se le devolviesen todos los bienes robados. Poco después, Muntaner se despedía de sus antiguos compañeros. Regaló todos los animales y carros que habían formado parte de su compañía personal durante los últimos años y, a continuación, embarcó en la nave del veneciano Johan Torrín donde disfrutó de todas las comodidades en calidad de huésped, todo lo contrario de lo que había sucedido a la ida, en la que había viajado como prisionero.

Cuando llegaron a Negroponte los capitanes de las naves, junto con Johan Mesi y Bonifacio de Verona, comunicaron al gobernador las órdenes de Chepoy respecto a la restitución de todo cuanto se le había quitado al catalán tras su detención por parte de los ciudadanos de la ciudad. En principio, no hubo ninguna oposición para cumplir con lo que mandaba la carta. Se pregonó ordenando la obligación de todos los ciudadanos que tuviesen parte de esas pertenencias de devolverlas a su antiguo propietario, pero por desgracia para el cronista nadie de la isla le devolvió nada. Con la desazón de no poder recuperar su fortuna, solicitó a Torrín que se sirviese de acompañarle hasta Tebas para visitar al infante que se hallaba allí prisionero.

El veneciano accedió y le dio cuatro días para realizar la visita. Acto seguido, partieron hacia Tebas, que está a tan solo veinticuatro millas de Negroponte, y allí se entrevistó con un enfermo duque de Atenas, bajo cuya custodia se encontraba Ferrán de Mallorca. Le pidió permiso para visitar al infante a lo que el duque accedió sin

problemas, al tiempo que le dio todo tipo de facilidades y consentimientos. Hay que considerar que en realidad no estamos hablando de un encarcelamiento, sino de una retención. Ferrán no era un prisionero, era un noble rehén que tenía permiso, por ejemplo, para pasear a caballo por los alrededores de la ciudad, o que disponía de su propio cocinero personal. El caso es que Muntaner entró en el castillo de Saint Omer donde se encontró con el encarcelado.

Durante los dos días en los que permaneció a su lado, le ofreció quedarse con él pero el infante le dijo que prefería que llevase una carta personal suya al rey de Sicilia, y que ese sería el mejor servicio que le podría hacer. Aceptó estas indicaciones y antes de marchar se encargó de que nada le faltase a su señor. Pagó al cocinero —tras hacerle jurar sobre las Sagradas Escrituras— con algo de dinero que llevaba y con sus propias vestiduras para que nada le faltase al infante durante el tiempo que durase el cautiverio, y cuando creyó que todo estaba arreglado, regresó a Negroponte. Allí tenía ya dispuestas cuatro galeras que le acompañarían en su viaje de retorno a Sicilia. Partieron rápidamente, atravesando algunas de las principales plazas venecianas en la zona: Hidra, Monemvasia, Maleas y Sant Angel, Porto Kagio y Coroni, hasta llegar a la isla de Sapienza. Aquí atracaron y pasaron la noche para descansar. Al amanecer, observaron como en el horizonte se divisaban las velas de cuatro galeras y de un leño. Las dos flotas comenzaron a armarse en previsión de un probable abordaje por parte del otro bando, pero Muntaner enseguida se percató de que en aquellas naves relucían las protecciones y las azconas monteras que empleaban los almugávares, por lo que supuso que se trataba de los barcos de alguna expedición del rey de Aragón, y en efecto así era. Al mando de las naves llegadas a Sapienza se encontraba el capitán catalán Rienbaud des Far acompañado de Pere de Ribalta, a quien Muntaner ya conocía de ocasiones anteriores. Los venecianos, preparados ya para el combate, preguntaron si aquellos marinos eran amigos o enemigos, a lo que el cronista les respondió que podían estar tranquilos puesto que eran súbditos del rey aragonés, y de hecho, en cuanto los capitanes catalanes le reconocieron sobre la cubierta del barco ordenaron a sus hombres que se desarmasen. Después de saludarse efusivamente, todas las naves regresaron a puerto en donde cenaron juntos e intercambiaron, hasta bien entrada la madrugada, todo tipo de informaciones sobre los últimos acontecimientos sucedidos en la Corona y en Oriente.

Al día siguiente, decidieron proseguir el viaje hacia Occidente unidos en una sola flota.

En su camino hicieron paradas para abastecerse de agua y víveres en Methoni y Matagrifó, y poco después en Clarenza (Killini) en donde los venecianos tenían que detenerse para atender unos asuntos. Fue aquí donde Muntaner decidió dejar la compañía de Johan Torrín para que éste cumpliera sin prisas con sus deberes, y embarcar en las naves catalanas de Rienbaud para proseguir el viaje. El veneciano le regaló en aquella amistosa despedida dos cubas de vino y abundantes alimentos para

que pudiese llegar bien provisto hasta su destino. Por su parte, Muntaner mandó comprar todo lo que fuese necesario en Clarenza, tras lo cual se reanudó la travesía.

La siguiente escala sería la isla de Corfú, de allí arribaron a Calabria y, finalmente, llegarían sin ningún contratiempo a la ciudad siciliana de Messina a finales de 1307. Nada más desembarcar, Muntaner y Rienbaud des Far se presentaron delante del rey Fadrique, que estaba en ese momento en Castronou, para rendirle explicaciones de cuanto había sucedido en Grecia. Cuando el rey supo de la detención de Ferrán de Mallorca se enojó enormemente y envió mensajes urgentes tanto al rey de Aragón como al de Mallorca para ponerles al corriente del agravio sufrido y, al mismo tiempo, mandó también una exigencia al duque de Atenas para que pusiese en libertad al infante de inmediato. La respuesta a las protestas sicilianas, así como al resto de los contactos diplomáticos que se llevaron a cabo en torno a esta cuestión por parte de varios reinos occidentales, fue el traslado de Ferrán desde el castillo griego de Saint Omer, primero a Brindisi, y desde allí al palacio de Nápoles, en donde permanecería en condición de prisionero cortesano durante algunos meses hasta que, en julio de 1308 sería puesto en libertad definitivamente y entregado a sus familiares en el puerto de Colliure, a pocos kilómetros de Perpinyà. El día 2 de ese mismo mes, el rey de Mallorca envió una carta fechada en esta villa en la que comunicaba al rey de Aragón Jaime II que su hijo, Ferrán de Mallorca, se encontraba ya junto a ellos en palacio^[692].

Muntaner quedaba definitivamente separado de la Compañía de aragoneses y catalanes con la que había compartido durante casi cinco años luchas y sufrimientos en Grecia y Asia Menor, pero con la que también había disfrutado de la amistad y de la camaradería de unos hombres y mujeres que habían demostrado ser capaces tanto de mostrar lo más oscuro y cruel del ser humano, como de darlo todo, incluida su propia vida, por la lealtad a sus compañeros.

Tanto lo bueno como lo malo de estas gentes, marcarían de por vida al cronista-soldado, una vida que desde su infancia, cuando los almugávares saquearon e incendiaron su ciudad natal de Peralada, había estado ligada a ellos. Su narración, después de la llegada a Sicilia, continuará relatando algunos de los sucesos posteriores a su marcha que acontecieron a la Compañía, pero poco después cortará este relato y lo continuará con otras noticias de la Corona aragonesa ajenas a los almugávares de Grecia.

41. La destrucción continúa en Athos y en el reto de Macedonia

Pasados algunos meses en Cassandria, los aragoneses, catalanes y turcos ya sabían que su estancia en la región no iba a proporcionarles los beneficios que imaginaron en un principio. Una vez comprobaron que no tenían ninguna posibilidad de conquistar las ciudades, se organizaron del mismo modo que hicieron en el Norte. Se dividieron en distintos grupos y cada uno de ellos se dedicó a saquear y recorrer distintas zonas de la península. Una parte importante se asentó en los arrabales de Tesalónica, aunque nada parece indicar que durante ese tiempo intentasen mantener un sitio estable sobre la ciudad. Se limitarían a aprovecharse de las infraestructuras abandonadas y de las facilidades que les ofrecía la zona de influencia de aquella importante capital. Mientras, el resto de bandas buscaban desesperadamente por campos y aldeas los restos que los griegos pudiesen haber dejado tras su huida, pero la destrucción ordenada por Andrónico se había realizado a conciencia, y poco o nada quedaba para el provecho de almugávares y turcos.

La estrategia del emperador había dado resultado y había conseguido mantener a raya a los invasores. Pero detrás de las órdenes de Constantinopla hubo un personaje que resultó fundamental para que el plan funcionase con éxito. El emperador puso al mando de todas sus tropas en Calcídica a uno de sus más experimentados militares, el general Khandrenós (Chandrenos, Jandrinos).

La mayor parte de las noticias que existen sobre la figura de Khandrenós y de su participación directa en la defensa de los bizantinos frente a los ataques de la Compañía, provienen del intelectual griego Teódulo (Thoedulo, Tomás) Magister, apodado también como el Retórico, apelativo este que refleja perfectamente su estilo literario, como podemos comprobar cuando describe las atrocidades cometidas por los almugávares. Al menos hasta finales del siglo XIX, se conservaban en la Biblioteca Nacional de España dos manuscritos de Teódulo Magister archivados con los números 231 y 2629^[693], gracias a los cuales conocemos con detalle algunos de los acontecimientos sucedidos durante aquellos meses en Cassandria. El primero de estos

manuscritos es una carta enviada por Teódulo al emperador Andrónico en la cual hace una defensa a ultranza del honor mancillado del general Khandrenós, mientras que la segunda misiva está dirigida a un amigo suyo conocido como el filósofo José, y en ella narra con todo lujo de detalles, sin ahorrar en descalificaciones hacia los aragoneses y catalanes, la serie de crímenes que se vivieron en aquellos días.

Khandrenós provenía de una influyente familia de Anatolia en donde comenzó su reconocida carrera militar logrando importantes victorias para Bizancio frente a los turcos. Su fama le llevaría durante años a dirigir con éxito los ejércitos del Imperio en una época en la que no abundaban los triunfos de los griegos en el campo de batalla. Ya se había enfrentado con anterioridad a los almugávares, de hecho, fueron las tropas a su mando las únicas que lograron mantener al menos la dignidad en la célebre batalla de Apros, en la que los aragoneses y catalanes, unidos a turcos y turcoples, derrotaron y humillaron a los soldados bizantinos.

Este currículum como militar eficiente y honrado hizo que Andrónico pensase en él para dirigir a sus ejércitos en la campaña frente de Macedonia. Aunque también parece ser que esa misma fama le provocaría gran cantidad de envidias entre la nobleza y la corte griega, lo que le acabaría poniendo en contra del emperador y a punto estaría de terminar con su brillante carrera, razón por la cual Teódulo escribiría la carta en su defensa.

A finales de 1307 o principios de 1308 la «megala allagia» (especie de región militar bizantina) que comandaba Khandrenós en Macedonia se convertiría en una auténtica ratonera para los almugávares. La eficacia defensiva de las poblaciones de la Calcídica, especialmente la de Tesalónica, dirigida con destreza por el general griego, se uniría a una decidida apuesta de éste por el acoso y el ataque directo contra los invasores fuera de las murallas de las ciudades. Ambos factores combinados, terminarían por bloquear la capacidad de asalto de los mercenarios, los cuales veían como, a sus fracasos a la hora de conquistar las ciudades, se estaban uniendo una serie de derrotas, pequeñas pero continuadas, en campo abierto ante las tropas de Khandrenós:

Mas cuando éste (Khandrenós) entró en el mando de aquellos, transformó toda aquella turba; inspiró miedo a los soberbios y orgullosos (almugávares y turcos), y los encerró otra vez en Palene (península de Cassandria); y ya no les era posible ir a todas partes destruyendo lo que encontraban, sino que conocieron que eran demasiado débiles para poder arrastrar a los griegos^[694].

Los primeros meses de 1308 pasaron sin ninguna mejoría en la situación de los aragoneses y catalanes. Incapaces de obtener beneficios claros en su rapiña de las zonas rurales, continuaron con su empeño de ocupar la capital, Tesalónica. Rocafort, obsesionado cada día más por la idea de convertirse en rey de este territorio, dedicó

gran parte de las fuerzas de la Compañía a mantener el asedio a la ciudad y a lugares cercanos, como el monasterio de Chortaites. Los del interior, no obstante, se defendieron con valor y con gran astucia, aprovechándose de los pocos aspectos en los que tenían ventaja y, sobre todo, buscando los numerosos puntos débiles de los sitiadores. Los tesalónicos fletaron una pequeña armada de cinco naves que sería más que suficiente para cortar la principal vía de suministros de los atacantes con Tesalia, de donde les llegaban los víveres procedentes de sus aliados y que Chepoy se había encargado de comprar para ellos, aunque lo más sorprendente de todo fuese que los suministradores fuesen precisamente los genoveses, enemigos tradicionales de los almugávares y, en teoría, aliados de los griegos que se encontraban sitiados en Tesalónica. Como prueba de estas negociaciones tenemos los justificantes ante la corte de París de los gastos realizadas por Chepoy durante su estancia en Grecia.

Quant il nous vint 11.400 florins pour les galies l'an 1308, messire de Chepoi n'en vaut nus prendre, ains les offri à Roquefort et à la compaignie, et il varent que les galies qui n'avoient à servir que vingt-six jours compté leur ralées, en fussent payées de deux mois, et ainsi fu fait^[695].

En estos albaranes encontramos partidas destinadas directamente al pago y mantenimiento tanto de la Compañía en general como de Rocafort en particular. Sorprenden, además, ciertos pagos realizados para el traslado de contingentes turcos y turcoples hasta la proximidades de Tesalónica, ya que éstos tienen como destino a ciudadanos genoveses, cuya nación, aunque aliada circunstancial del rey de Francia y de Carlos de Valois en otros escenarios, representaba el principal enemigo de Venecia en Grecia. Es decir, Chepoy estaba pagando a Génova, adversaria de sus aliados venecianos, para preparar el ataque contra los griegos y, en consecuencia, contra los aliados de éstos, los propios genoveses. Toda una madeja de intereses cruzados que el embajador francés terminaría pagando:

Donné et payé à messire Oviti patron d'une nave de Génes pour porter le pain des Turcs et des Turcoples de la Blaquie, jusques à Ruraine ou royaume de Salonique^[696].

La toma de la ciudad se alejaba cada día que pasaba y Chepoy se veía en la necesidad de enviar más y más ayuda a la hueste de Rocafort. El representante de Carlos de Valois obligó a los venecianos a permanecer en la lucha con dos galeras armadas y otra pequeña nave, a pesar de que aquellos ya habían comenzado a retirar sus fuerzas de la zona en vista del inminente fracaso de la operación.

Para complicar aún más su panorama, en el verano de 1308 el tzar serbio Stefan Uros II Milutin, decidió tomar partido en el conflicto en contra de los invasores^[697].

Las razones para este giro en el posicionamiento de los serbios en la zona pudo estar motivado por varias razones. Pocos días antes, el 27 de marzo de 1308 Stefan, que se había casado con Simonis, hija de Andrónico e Irene de Montferrat (quien se encontraba en ese momento en el interior de Tesalónica participando en la defensa de la ciudad), había firmado una alianza con Carlos de Valois y con el papa Clemente conocida como el Tratado de Lys por haber sido firmado en esta abadía francesa, y sería ratificado en julio en la ciudad macedonia de Golak-Ghilan por el propio tzar Stefan^[698]. Éste quedaba en un peligroso equilibrio entre los angevinos^[699] y su suegro. El tzar se comprometía a enviar soldados para luchar en ayuda de Carlos de Valois y a no ofrecer a ningún apoyo a sus enemigos, mientras que los franceses le ofrecerían en el futuro su colaboración a la hora de defender su territorio de sus vecinos y rivales. Los acuerdos iban más allá de la simple colaboración armada. El tzar se comprometía ante el papa Clemente V a regresar a la Iglesia católica, al tiempo que se acordaba el matrimonio entre su hija ilegítima, Zorica y Carlos, hijo de Carlos de Valois. Sin embargo, poco tiempo después de la firma del pacto, el serbio decidió enviar tropas para participar en la defensa de Tesalónica sitiada por la Compañía, en ese momento súbditos del de Valois. Uno de sus motivos era el peligro evidente que suponía para los intereses de Serbia el hecho de que Rocafort ocupase finalmente la ciudad y se coronase como rey y señor del Reino de Tesalónica, con lo que se complicarían las posibilidades de los serbios de optar a su antigua idea de lograr una salida al mar Egeo a través de la región, e incluso podía convertirse, en un futuro próximo, en un peligro real para las fronteras serbias.

La otra razón, además de su pertenencia a la familia imperial bizantina, con lo que esto suponía en cuanto al deber y conveniencia a la hora de velar por los intereses de su familia política, serían los intolerables ataques bajo la perspectiva religiosa de los almugávares contra los monasterios de Athos, sobre algunos de los cuales el monarca serbio ostentaba su autoridad.

Además, el historiador Laiou recoge el testimonio de un escritor anónimo franco del siglo XIV, testigo temporal de estos sucesos, que asegura que el tzar serbio *persigue y odia tremendamente a los católicos, pero por miedo al señor Carlos se ha esforzado por mostrar alguna señal de devoción hacia la Iglesia católica, de manera que la Iglesia romana prohibiera al señor Carlos atacarle, y por esta razón busca la amistad de Carlos*^[700]. Lo que empujaría a creer que Stefan Uros nunca deseó abandonar su vieja relación de amistad-enemistad con la corte bizantina, pero la situación en Macedonia le había obligado a firmar el acuerdo en contra de su voluntad.

Al final, todos estos condicionantes precipitaron la entrada del ejército serbio en la lucha para apoyar a los griegos.

Junto al falso colaboracionismo serbio, Carlos de Valois disfrutó también del apoyo de ciertos sectores de la nobleza y de la alta jerarquía militar griega. Gracias a

dos cartas publicadas en 1657 por Du Cange^[701], se sabe que estos influyentes personajes, ante la desastrosa situación en la que se encontraba el Imperio, y creyendo que solo con la fuerza del poder militar de Francia y sus aliados se podría poner freno al avance imparable de los turcos, lo que pronosticaba una futura catástrofe total para los griegos, optaron por entrar a formar parte de la coalición contra Andrónico II que se estaba formando en Macedonia. Evidentemente, las ambiciones personales de cada uno de los trófugas griegos que buscaban hacerse con su propio espacio político dentro del nuevo escenario que se podía perfilar tras la victoria de Carlos y de su entrada en Constantinopla, pesaban tanto como su supuesta pretensión de salvar al Imperio. Se conocen los nombres de cuatro de los cinco principales hostigadores de esta trama. Eran Juan Monomachos, su hermano Constantino Limpidaris y el monje Sophonias^[702].

Yendo todavía más lejos, se ha insinuado que la propia princesa Irene de Montferrat participó de la conspiración, aunque, considerando el papel protagonista que adquirió precisamente en la defensa de la ciudad se podría dudar de este punto.

En la primera de las cartas publicadas por Du Cange, Monomachos se dirige a Carlos de Valois y le ofrece todo su apoyo y el de los soldados que el dirige para culminar con éxito su campaña, aceptándolo incluso como su «señor natural» en reconocimiento a los derechos sucesorios de Carlos por su matrimonio con Caterina de Courtenay.

Monomachos era un general del ejército griego procedente de Asia Menor de gran fama dentro de la corte bizantina, de hecho, el contingente que pone en manos de Carlos eran las fuerzas que Andrónico había puesto bajo su mando para luchar en Tesalónica. Hay autores que incluso creen que el emperador le llegó a nombrar gobernador de la ciudad en aquellos momentos de crisis, pero A. Laiou^[703] no es de esta opinión al considerar poco probable que el emperador nombrase en momentos tan difíciles a otro gobernador entre los mandatos de Theodoro Metochites (1304-1306) y el de Nicephoro Choumnos (1309), ya que, además de hallarse en la ciudad su esposa Irene, la cual al parecer tomó el mando durante la crisis, Monomachos podía tener cierta reputación como militar pero ni mucho menos era un hombre de tanta confianza para la corte como para nombrarle gobernador del lugar más conflictivo de todo Bizancio en ese instante. Es posible también, que Monomachos no estuviese ya al mando del ejército griego cuando llegó la Compañía a la Calcídica puesto que es conocido que en aquel tiempo fue Khandrenós el designado para ese puesto y que tomó el relevo de otro general, Angelus Paleólogo. Todo lo cual indica que en 1307 Monomachos ya había sido depuesto en el mando militar de la zona, posiblemente porque se descubriesen sus intrigas contra la corte; y por último, el aislamiento total que existía entre Tesalónica y Constantinopla a causa de la guerra hacían imposible el envío con seguridad de un nuevo embajador.

La segunda carta la envía Limpidaris a Caterina de Courtenay, y en ella le comunica su total involucración en la causa y le solicita que, con la mayor premura,

ponga todos los medios que tenga a su alcance para evitar que el Imperio caiga en manos de los «bárbaros».

Junto a estas dos cartas, existe otra serie de correspondencias en las que los protagonistas son destacados miembros de la Iglesia ortodoxa, como los monjes Sphonias y Manuel Holobolus, o Theoktistos, arzobispo de Andrinópolis. Estos religiosos participaban activamente de una corriente que había crecido notablemente en los últimos años y que deseaba el fin de los Paleólogos y el restablecimiento de los Lascaris en el trono de Constantinopla. La Iglesia de Roma vio en estos disidentes una oportunidad única para crear una fuerza que socavase los cimientos de la Iglesia ortodoxa desde su interior, controlando a través de los aliados de Carlos de Valois el sentimiento contra los Paleólogos, y para ello puso esta misión en manos de algunos negociadores como el dominico Simon Constantinopolitanus.

Mientras, los teóricos nuevos señores de los almugávares, Carlos de Valois, y en su nombre, Chepoy, comenzaban a darse cuenta de que sus planteamientos para hacerse con el control político de la Compañía y llevar a cabo una campaña militar contra Constantinopla, quizás no había sido una buena idea. Aunque veían con buenos ojos el asedio de Tesalónica por la importancia estratégica que esta plaza podía ofrecerles en sus planes en Grecia, también se percataban de que la ambición de Rocafort no iba a permitir que, en el caso de conquistarla, ésta fuese entregada a manos de los franceses. Hasta tal punto llegó la insumisión de los mercenarios hacia los franceses que, seguramente en respuesta a una petición directa de Carlos de Valois, el rey de Aragón Jaime II se vio en la obligación de enviar una nueva misiva a Rocafort, fechada en Valencia a 10 de mayo de 1308^[704], recordándole la lealtad que debía a sus nuevos señores. Aunque de nada serviría este llamamiento.

Por otro lado, las ofensivas desesperadas que realizaban los mercenarios contra poblaciones de los alrededores no distinguían entre posesiones griegas o francas, lo que hacía que en más de una ocasión saqueasen plazas que pertenecían o estaban bajo la protección del propio Carlos. Estas incursiones relámpago, y al mismo tiempo rabiosas, contra cualquier pequeña aldea de la zona dejó un reguero de muerte y desolación similar a los que ya causasen en Asia Menor o en la Tracia. El cronista Teódulo Magister, en su carta a su amigo el filósofo José, hace la que seguramente es la descripción más descarnada y dramática de los crímenes cometidos por los almugávares durante su estancia en Oriente. Por supuesto, el tono excesivo del griego no responde únicamente a la realidad, sino que es causado también por el tremendo odio que la ocupación a sangre y fuego de los invasores despertó en él y en sus compatriotas.

Condenamos, y con razón lo hacemos, a los que al aliarse con los persas (los aragoneses y catalanes), desde el principio sus enemigos, y aumentando su audacia con su propio valor, como un devastador incendio se precipitaron sobre nosotros, y se atrevieron a todo, y lo desearon todo. Nada quedó libre

de su invasión, recorriendo de un extremo a otro la comarca, ya fuese montaña o llano, abismo o precipicio, rocas escarpadas, caminos, cimas de las montañas, valles, collados, torrentes, cuevas, prados, campos y bosques. Todo desapareció, todo fue devastado, todo quedó lleno de cadáveres, víctimas de la más espantosa y horrible carnicería. Los ríos de sangre que por todos los alrededores reemplazaron a las corrientes de los ríos, se estancaron en los valles, e incluso se unieron a ellos, llenando completamente su lecho y desembocando, ¡ay!, en el mar, arrastrando cuerpos humanos para alimentar a los peces, unos medio vivos, heridos de muerte los otros, insensibles al sufrimiento muchos, espectáculo triste e ingrato de contemplar [...]. A éste le faltan las entrañas, a aquel la cabeza, a aquel otro los pies, y todavía hay a quien le falta todo. Como si su jefe hubiese prometido una gran recompensa, y aún diría, como si unos y otros hubiesen jurado no perdonar nada, van a comprobar quien hará más muertos o quien ensangrentará más la espada, y todos considerasen vergonzoso dejar estas gentes al vecino [...]. Y lo que es más, son ellos (los almugávares) así por naturaleza, que se complacen sobre todo en la sangre y la matanza, y consideran el súmmum de la felicidad acabar con los otros y una calamidad no hacerlo, e incluso consideran la clemencia como una afeminación^[705].

Los resultados militares no eran favorables para los mercenarios que dirigía Rocafort con mano de hierro, no obstante, no estaban, ni mucho menos, derrotados. Ante el fracaso del sitio sobre Tesalónica y de lo insuficiente del botín que estaban obteniendo de sus saqueos en las aldeas y campos del entorno, la única alternativa posible si deseaban permanecer en la Calcídica era retomar de nuevo los ataques sobre los ricos monasterios ortodoxos de la península de Athos, en donde, sin duda, se almacenaban inmensas riquezas y cantidades increíbles de víveres.

Desde el primer asedio fallido contra el monasterio de Khilandar habían pasado ya varios meses, y ahora una parte considerable de la Compañía regresaba hacia la península más septentrional de la Calcídica para cumplir con la promesa de volver que habían hecho cuando abandonaron el sitio. En ese tiempo, los monasterios habían reforzado sus defensas en previsión de próximas embestidas. Pero los medios con los que contaban los monjes, a pesar de su ventajosa posición en lo altos de las escarpadas cumbres, no eran suficientes como para frenar indefinidamente a miles de mercenarios experimentados en la lucha entre montañas. Tampoco los efectivos aportados desde el Imperio eran capaces de solventar esta escasez de soldados, ya que las tropas dirigidas por Khandrenós tenían que repartirse entre toda la provincia y sobre todo en la defensa de Tesalónica. Entonces fue cuando el joven monje Danilo, que se convertiría años después en arzobispo, y de quien se escribiría la historia que hoy sirve como fuente para conocer los actos de los almugávares en Athos, decidió, después de haber sido protagonista del primer ataque contra el monasterio, acudir en

secreto a pedir ayuda al tzar serbio Stefan. El viaje fue muy peligroso para el monje, el cual llegó incluso a caer prisionero de una partida de bandidos, aunque logró escapar. Pero todas estas penalidades tuvieron su recompensa. Cuando se presentó en Skopje ante el tzar serbio, éste ya había tomado la determinación de colaborar con Andrónico en la expulsión de los invasores, y por ello, y porque el asalto de los mercenarios suponía un ataque directo contra sus intereses, concedió a Danilo dinero y medios para organizar la resistencia de los sagrados monasterios. Inmediatamente, regresó a Khilandar para comunicar la buena nueva a sus hermanos ortodoxos. Cuando por fin llegó, se encontró con un panorama desolador. Los aragoneses, catalanes y turcos habían vuelto al monasterio y ahora lo atacaban incluso con más fuerza y rabia que en la primera ocasión. Los aterrorizados monjes estaban a punto de ceder al asalto cuando el joven Danilo entró en Khilandar con los refuerzos que había logrado contratar con el dinero del tzar de Serbia. La repentina ayuda llegada desde el exterior causó un giro radical en la situación. La gran cantidad de soldados bien armados que se reunieron para defender el lugar confirió fuerzas renovadas a los monjes, quienes siguiendo las órdenes de Danilo reorganizaron su estrategia. Tras reforzar sus murallas con las nuevas tropas, diseñaron un plan para tomar por sorpresa a los invasores fuera de los muros del monasterio. Un pequeño número de monjes y de soldados se escondieron entre los riscos, esperando el paso de los almugávares y de los turcos para caer en emboscada sobre ellos. Los atacantes, que no esperaban ni por asomo que un puñado de monjes se atreviesen a salir a campo abierto para enfrentarse con ellos, se acercaron confiados al lugar en el que se había establecido la celada. Antes de que pudiesen reaccionar, miles de flechas y proyectiles cayeron sobre ellos, produciéndoles una desastrosa y fugaz derrota. Muchos de ellos murieron, mientras que el resto escapaba dejando atrás una parte importante del botín que habían conseguido en los lugares por los que habían pasado hasta llegar allí. Los monjes llenos de felicidad al ver como habían sido capaces de ahuyentar de sus tierras aquel terrible peligro, enviaron las riquezas obtenidas al tzar Stefan en agradecimiento por la ayuda prestada.

La obra serbia, traducida al catalán por Rubió i Lluch, dice que entre el botín abandonado por los mercenarios tras su huida se hallaban las armas, la armadura con «piezas de oro» y el escudo del capitoste de aquella hueste (aunque no sabemos con seguridad si se trataría de Rocafort o si quizás era otro el dirigente de la Compañía que se encargaba de comandar esta operación puntual en Athos), y que todo ello fue entregado también al tzar.

Después de la humillante derrota, los aragoneses, catalanes y turcos se vieron obligados por segunda vez a abandonar el sitio sobre el monasterio de Khilandar, pero no desistieron en su empeño de apoderarse de las riquezas que escondían las decenas de monasterios de aquella península religiosa. Simplemente buscaron otros objetivos más accesibles que les produjesen menores problemas y mayores beneficios. Casi un año, desde el verano de 1308 hasta la primavera de 1309 durarían los ataques de los

almugávares contra los diferentes monasterios de Athos, y por las noticias que tenemos sobre este tiempo sabemos que, tras estos primeros fracasos, se iniciaría un periodo continuado en el que la Compañía sumó una serie de victorias en la zona que le supondría un incremento importante en cuanto a los bienes incautados.

Pero estos nuevos ingresos les llegaron también a través de los beneficios que obtuvieron de una actividad que retomaron con fuerza durante su estancia en la Calcídica: el comercio de esclavos.

Renunciando definitivamente a cualquier intento de volver sobre el sitio de Khilindar, los mercenarios continuaron su camino de pillaje hacia el extremo más oriental de la península de Athos. En contra de lo que pudiese parecer, no actuaban de una manera inconsciente o arbitraria sino que todos sus movimientos, por muy irracionales y salvajes que fuesen, respondían a estrategias previamente diseñadas. Además, se dieron cuenta de que el principal causante de sus fracasos en aquella ofensiva había sido el humilde monje al que llamaban Danilo, el cual había sido capaz de articular una eficaz defensa contando únicamente con algunos cientos de monjes y unos pocos soldados. Así pues, antes de lanzarse contra el resto de monasterios de los alrededores, debían neutralizar a ese incómodo monje.

Danilo, tras la victoria de Khilindar, se dirigió junto con una pequeña guardia al vecino monasterio de Sant Panteleimon, un convento perteneciente a los ortodoxos rusos, conocido también como Rossikow. A pesar del aviso que les portaba, los monjes rusos no pudieron impedir que los aragoneses, catalanes y turcos entrasen por la fuerza en la cartuja y, *rompiendo las murallas de la ciudad, se abalanzaron al interior como si tuvieran alas, como alimañas y saquearon todo*^[706]. Acto seguido, se dirigieron hacia la torre en la que se había parapetado Danilo con sus hombres, incendiándola por completo, pero los religiosos, sin amedrentarse por la desesperada situación, resistieron la agresión hasta que, de repente, y según cuenta la crónica, sin ningún motivo aparente, los asaltantes cesaron en su ofensiva y, dando media vuelta, abandonaron el monasterio dejando con vida a los sitiados. La falta de una línea temporal clara durante los sucesos que describe la obra serbia impide situar con exactitud cada una de la batallas narradas, esto es por lo que los autores modernos, coincidiendo con las razones dadas por la propia obra, han visto en esta sorprendente retirada el reflejo del abandono total de la Calcídica por la Compañía, la cual se produciría en la primavera de 1309. Así, en este instante, los atacantes de Athos respondían de manera fulminante a las órdenes de retirada llegadas desde su campamento general en las proximidades de Cassandria.

Los aterrados monjes pudieron notar como de pronto se levantó un gran revuelo entre los almugávares y los turcos, quienes, cesando en su lucha, montaron en los caballos y se alejaron entre los montes en dirección hacia el continente.

El intrépido Danilo, salvado de la muerte por lo que considerarían como un milagro, se retiró con su compañía formada por *los hijos que Dios le había dado* al monasterio de Ksiropotami, en donde escribiría sus memorias.

Hasta este día en el que los religiosos de Athos pudieron respirar por fin a salvo, habían pasado alrededor de dos años de continuos ataques en los que fueron robados infinidad de tesoros, joyas y otros bienes de los monasterios, al tiempo que fueron destruidas sin ningún tipo de consideración cientos de obras de arte, murales, iglesias, etc., todo ello de incalculable valor y que desaparecerían para siempre. Por supuesto, se debe añadir el gran número de víctimas civiles asesinadas o capturadas para ser vendidas como esclavos. Las noticias más abundantes sobre los ataques son las que hacen referencia a los monasterios de Khilandar y de Sant Panteleimon, pero la lista de los que también fueron objetivo de los asaltos es mucho mayor. Los de Castamonitú, Cutlumusiu, Caryés o Cokhiliara conocieron también de la barbarie de los almugávares. A ellos habría que sumar un número incalculable de pequeñas aldeas y poblaciones no religiosas de la región que fueron arrasadas del mismo modo.

Una muestra de la dimensión que alcanzó en todos los aspectos de la vida cotidiana la larga expedición de los aragoneses y catalanes en Grecia aparece después de los sangrientos acontecimientos sucedidos en los monasterios del monte Athos. Sobre todo se pone en evidencia la limitada información que poseemos sobre ellos y de como, en todo caso, ésta se restringe al capítulo guerrero y político, quedando al margen multitud de pequeñas historias de las que nunca tendremos noticias. Según R. M. Dawkins en su trabajo *The Catalan Company in the Traditions of Mount-Athos*^[707], el carácter tan variado de los miembros que componían aquella hueste de aragoneses y catalanes provocaría que, después de someter al fuego y al filo de sus espadas a los religiosos que habitaban en la península, algunos de los componentes de la Compañía decidiesen convertirse a la fe ortodoxa y quedarse como monjes en los monasterios.

Tal es el caso de uno de ellos que tomaría el escabroso nombre de San Bárbaros.

El ataque contra los monasterios profundizó aún más el conflicto que la Compañía estaba librando contra prácticamente todos los poderes de la región, pero el asalto a un monasterio en concreto marcaría la posición de los mercenarios ante los ojos de Occidente.

La ofensiva contra Athos no solo había soliviantado a los países directamente involucrados en la lucha como eran Bizancio, Serbia, Bulgaria, Rusia, así como el resto de los que estaban dentro de la órbita ortodoxa, sino que desde la Iglesia católica también consideraban intolerable que se profanasen de esa forma los intereses de Dios. Al fin y al cabo, a pesar del cisma con los ortodoxos, lo que estaban robando y destruyendo eran posesiones a las que el papado y sus aliados no habían renunciado a recuperar algún día. De este modo, la campaña de Athos chocó desde el primer instante con la oposición de Roma, aunque su reacción se mantuvo en un tenso equilibrio ya que, en ese momento, quien ostentaba el control teórico de los mercenarios era la propia Iglesia a través de sus eternos aliados de la casa de Fancia y de Anjou, y aun considerando los graves hechos que estaban protagonizando, los almugávares continuaban siendo una opción más que atractiva dentro de los planes de

Occidente para recuperar Constantinopla, razones por las cuales no se llegó a tomar ninguna medida al respecto desde Roma. Pero el asedio del monasterio de la Gran Lavra, o de San Atanasio, el más antiguo de los fundados en la península y situado a los pies del Monte Athos, en el extremo más oriental, produjo un suceso que les obligaría a tomar partido en el conflicto.

Ante la gravedad de las circunstancias y viendo que los almugávares amenazaban seriamente el monasterio, la comunidad de la Gran Lavra decidió enviar, a principios de 1308 a dos de sus monjes en un navío con mensajes solicitando la ayuda urgente del rey de Aragón, Jaime II y del papa Clemente V, quien en ese momento estaba iniciando el traslado de la sede apostólica desde Roma a la ciudad francesa (en ese tiempo, napolitana) de Avignon.

Los dos monjes recién llegados de Athos encontrarían en el médico e intelectual valenciano Arnau de Villanova a su mayor aliado. Este personaje, hombre de grandes inquietudes teológicas, así como conocedor y traductor de tratados griegos, emplearía su favorable posición como amigo y consejero tanto de Clemente V como del rey aragonés, para que éstos prestasen la atención que reclamaba un asunto tan grave. Al menos de Jaime II, conseguiría que éste enviase órdenes concretas a Rocafort y al resto de la Compañía para que cesasen de inmediato en sus ataques contra los monasterios de Athos, como así lo confirma la carta que el rey escribió a Villanova el 1 de julio de 1308 desde Valencia, y en la que le confirmaba que la Compañía ya había sido advertida sobre los ataques que estaban llevando a cabo contra los monasterios, así como del respaldo que la Corona aragonesa había ofrecido a los monjes^[708].

Finalmente, el Papa no se atrevería a inmiscuirse en un asunto que afectaba directamente a los intereses de sus aliados francos en Grecia representados por Chepoy.

Tampoco la reclamación de Jaime II tendría influencia alguna sobre la decisión de Rocafort y los suyos, ya que desde la traumática ruptura de la Compañía, con la desaparición de los capitanes que mantenían el vínculo entre la hueste y la Corona, y con expulsión de Ferrán de Mallorca incluida, el rey de Aragón había perdido la poca capacidad de controlar los designios de los mercenarios que pudo tener en un principio, y ahora únicamente era Rocafort, ni siquiera el aislado Chepoy, quien tomaba las decisiones.

42. El fin de Rocafort

El fracaso generalizado de la campaña en la Calcídica, a duras penas minimizado por los beneficios obtenidos en el expolio de los monasterios de Athos, no fue obstáculo para que Rocafort fortaleciese su poder como líder de la Compañía y, al cabo de pocos meses, se convirtiese en un auténtico tirano con sus propios hombres. Su ambición rompió con las leyes no escritas que dirigían tradicionalmente a los almugávares. Controló con mano de hierro el Consejo y transformó el gobierno asambleario de la hueste en una dictadura militar en la que él era el único que dictaba las órdenes. El malestar crecía día a día entre los mercenarios, sobre todo cuando veían como el capitoste se apoderaba de sus riquezas, confiscando para sí todos los bienes de los aragoneses y catalanes que morían. Pero no solo eso, sino que también tomaba por la fuerza a las hijas y a las compañeras de los almugávares que deseaba^[709], lo que terminó de indignar a sus hombres.

El ambiente dentro de la Compañía estaba al borde del abismo. A la escasez de alimentos, a las derrotas frente a los griegos y a la ausencia de ingresos en sus arcas, debían sufrir ahora el despótico abuso de su capitán que les robaba y yacía con sus hijas y esposas.

Pero además, Rocafort logró también que sus aliados fuera de la Compañía se volviesen en su contra. Los venecianos y franceses que hacía poco tiempo habían buscado su alianza, ahora daban un giro en su posicionamiento respecto a los mercenarios, y en especial a la figura de su líder. Varios fueron los motivos que en unos meses hicieron que los aliados se transformasen en adversarios. La codicia de Rocafort sería la causante de este nuevo conflicto que se iniciaría con los planes del catalán para convertirse en rey de Tesalónica. Esta idea le enfrentaba abiertamente con los intereses de sus aliados francos ya que, aunque éstos le habían apoyado en sus ataques contra la capital, lo habían hecho pensando en debilitar la supremacía griega en la zona, pero nunca en que el poder de la misma pasase a manos del incontrolable Rocafort. De hecho, Carlos de Valois aspiraba al título de Tesalónica en función del matrimonio de su hija Caterina con el hijo del duque de Borgoña, rey en el exilio del ansiado reino^[710]. Así pues, Rocafort pretendía apoderarse de un título que,

teóricamente, le correspondía a su poderoso aliado. A este importante choque entre ambos intereses se sumarían dos razones más que acabarían por romper definitivamente cualquier tipo de entendimiento entre ellos.

En primer lugar, el capitán creyó que su privilegiada posición al mando del contingente armado más potente del momento en Grecia le daba el poder suficiente como para ir todavía más allá a la hora de pensar en su brillante futuro. Cuando se percató de que la conquista de Tesalónica iba a ser más compleja de lo que imaginaba, tanto por la resistencia interna de los griegos como por el problema sucesorio con Carlos de Valois, decidió avanzar en otra línea de actuación. Sin abandonar los planes en Tesalónica, comenzó a llevar a cabo contactos con el moribundo duque de Atenas, Guy II de la Roche, para tratar sobre la sucesión del ducado.

Guy II había heredado el ducado en 1290 de su padre, Guillermo quien a su vez había sido designado por Calos de Valois para regentar las posesiones de la Morea durante la minoría de edad de su legítima heredera, Isabel de Villehardoin. En 1304 se había casado con Mathilde de Hainault, hija de Isabel, con lo que legitimó su posición al mando de los ducados. Pero poco después, a mediados de 1308 y a pesar de su juventud, se encontró gravemente enfermo, al tiempo que desolado por no tener un heredero al que ceder sus posesiones. Aquí fue donde el sagaz Rocafort vio la oportunidad de conseguir un título y un territorio que le consolidase, con derechos dinásticos incluidos, como uno de los mayores señores de Grecia. La posibilidad de convertirse en el nuevo duque llegó a través de un posible matrimonio con Jeannette de Brienne, hermanastra de Guy II. El enfermo duque consideró favorablemente esta unión que, a falta de otra solución más idónea para sus intereses dinásticos, aseguraba la continuidad en el gobierno del Ducado, al tiempo que, gracias a las fuerzas armadas aportadas por Rocafort, le confería un importante desahogo frente a sus enemigos más cercanos.

[...] et Rocafort con los catalanes et con los turquos entrado en la Blaquia començaron a fazer grant guerra, et micer Gui de la Rocia, qui era duch de Athenas huyendo que los catalanes et los turquos eran entrados en la Blaquia dubdando que quisiessen venir en su tierra del ducame envio enbaxadores a ellos que si lo querian servir ell les daria buen sueldo he queria conquistar la Blaquia et los catalanes et los turcos se acordaron con el duch de Athenas por ciertos pactos et despues començaron a guerrear et a tomar castiellos de la Blaquia [...]^[711].

Pero los planes de Rocafort y de Guy II ibán más allá de la mera colaboración para defenderse de sus enemigos comunes. Guy II deseaba emplear la fuerza militar que suponían los aragoneses, catalanes y turcos para lanzar una ofensiva contra la Morea, territorio que reclamaba como suyo por su matrimonio con Mathilde^[712].

El duque de Atenas enviaría a finales de 1308 a dos embajadores a Cassandria para tratar todos los detalles que rodearían el enlace^[713]. Pero el capitoste catalán encontraría un duro rival en su lucha por hacerse con el poder del Ducado de Atenas, el hijo de Isabel de la Roche y primo de Guy y de Jeannette, Gualter de Brienne. El enfrentamiento entre ambos se hizo inminente cuando Guy II murió, pocos días después, el 5 de octubre de 1308.

El proyecto de matrimonio entre el catalán y la heredera franca fue una de las poderosas razones que terminarían por enfrentar abiertamente a Rocafort con sus aliados franceses y venecianos. Sin embargo, la gota que colmó el vaso de la paciencia de éstos fue el descubrimiento de que el dirigente almugávar estaba preparando un sorprendente golpe de efecto, la conquista de la isla de Negroponte, centro neurálgico de las operaciones comerciales y cuartel general de la República de Venecia en el Egeo.

Rocafort había desvelado sus planes, y éstos no se limitaban a hacerse con un espacio propio en Grecia, como tuvo en su momento Roger de Flor, sino que estaba decidido a convertirse en el mayor señor de todo el Mediterráneo oriental. Los pilares de su estrategia serían, en primer lugar, el matrimonio con Jeannette, gracias al cual pasaría a ser duque de Atenas; una vez logrado esto, y con un reforzado ejército, emprendería una ofensiva militar en Macedonia que terminaría con la conquista de Tesalónica; y a continuación, tenía la intención de aprovechar esa misma fuerza armada para quitar de en medio a los venecianos a través de la invasión de la isla de Negroponte, anulando así a una de las principales potencias marítimas y políticas del Mediterráneo. Una vez logrados estos tres objetivos, prácticamente nada le impediría volcarse por completo en la conquista de Constantinopla, para lo que contaría con toda seguridad con sus camaradas turcos, así como con el variable tzar serbio y con la importante disidencia griega contraria a los Paleólogos.

La maniobra era digna de un gran estratega como Rocafort pero, en un escenario tan complejo como el del Grecia, para que todo funcionase según lo planeado no solo era necesaria una gran capacidad militar sino que tan importante como este factor era la experiencia política, y el catalán, aunque había dado muestras más que sobradas de poseer lo primero, carecía casi por completo de la astucia diplomática y política que requería una perspectiva tan ambiciosa.

Los venecianos, que poseían sobradamente la experiencia que le faltaba a Rocafort, conocieron por medio de sus numerosos espías la intención de éste de conquistar Negroponte.

Inmediatamente, toda su maquinaria política y militar, que siempre había estado alerta, se puso en marcha para acabar sin miramientos con el ambicioso capitoste. El que fuese bayle veneciano de Negroponte de 1306 a 1308, Pietro Quirino Pizzagallo, puso en conocimiento de la República las intenciones de Rocafort, a la vez que alertaba también al resto de plazas cercanas dominadas por Venecia y les hacía un llamamiento a unirse para defender sus intereses comunes frente a la Compañía. El

duque de Creta, Guido dal Canal, los castellanos de Modon y Coron, los capitanes de galeras de Chipre y Armenia, así como el almirante encargado de la protección de las plazas venecianas en Romanía, Marco Morosini, recibieron órdenes directas de la República para que coordinasen un frente común ante la más que posible ofensiva de Rocafort contra Negroponte. El bayle había reclamado la rápida intervención armada de la metrópoli para asegurar la defensa de la isla, y pocos días después, el 23 de septiembre de 1308 el dux de Venecia respondía a sus demandas:

[...] inter cetera continentes matrimonium esse conventum inter sororem ducis Athenarum et Bernardum dictum Rocchaforte, magnum marescalcum totius societatis exercitus Catalanorum existencium in partibus Romanie, [...] et de intencione ipsorum et specialiter de veniendo ad accipiendam insulam Nigropontis [...]^[714].

Mientras todo esto sucedía, Chepoy, supuesto comandante supremo de la Compañía, continuaba resistiéndose a romper el pacto firmado con Rocafort ya que, aunque débil y remota, los mercenarios aragoneses, catalanes y turcos eran la única posibilidad con la que podía contar para culminar con éxito las órdenes que había recibido de Carlos de Valois para conquistar Bizancio. Durante algunos días más, el embajador francés intentó mantener la triple alianza entre venecianos, francos y almugávares, pero sus intentos estaban condenados al fracaso. Incluso las negociaciones para cerrar la boda de Rocafort con la heredera del Ducado de Atenas fueron aprobadas, cuando no impulsadas en cierta medida por el francés pese a la oposición de Venecia. De hecho, entre los libros de cuentas de los fondos pagados por Carlos de Valois aparece una partida destinada a cubrir los gastos ocasionados por dos enviados del duque de Atenas que habían acudido para tratar sobre dicho matrimonio^[715].

Muy a su pesar, Chepoy acabaría cediendo a la presión de los venecianos para eliminar a Rocafort. La peligrosa ambición de éste pudo más que el deseo de Chepoy de satisfacer a su señor y decidió poner fin a la carrera del catalán. La operación no era, ni mucho menos, sencilla, ya que Rocafort estaba al mando del ejército más potente del momento en Grecia y, por otra parte, contaba con el apoyo del todavía duque de Atenas, Guy II. Así pues, había que buscar la manera de llevar a cabo la «eliminación» por medio de métodos alejados del enfrentamiento armado directo con los mercenarios, para lo que no quedaba otra posibilidad que recurrir a artimañas mucho más elaboradas, terreno en el cual Chepoy se movía con gran habilidad.

Las noticias sobre los abusos continuados que Rocafort venía ejerciendo sobre sus propios hombres apoderándose de sus posesiones e incluso forzando a sus mujeres e hijas, había saltado las fronteras de los campamentos de la Compañía. El malestar inicial entre los almugávares fue transformándose en un fuerte odio hacia la élite

dirigente que, con Rocafort a la cabeza, pasó a ser un pequeño grupo aislado del resto que ejercían el poder de manera despótica e indigna. Esta grave desunión entre los mercenarios y sus líderes militares sería el «Caballo de Troya» del que Chepoy se aprovecharía para hacer prosperar sus planes.

Fue precisamente en el instante, cuando los francos y los venecianos elaboraban los últimos detalles de su plan para derrocar a Rocafort, cuando una delegación compuesta por todos los jefes de cada una de las compañías de almugávares se dirigió a entrevistarse en secreto con Chepoy. El gran capitoste no sabía nada de aquella conspiración en su contra acordada por unanimidad entre todos los miembros de la hueste que no pertenecían al círculo de elegidos más cercano a él, al menos así lo narra Muntaner —quien en este momento ya habla de la Compañía por las noticias que le pudieron llegar posteriormente y no como testigo directo de los hechos al encontrarse en Occidente—, aunque se hace extraño que pudiesen llegar a celebrarse reuniones de este calado sin que llegase a sus oídos a través de los múltiples espías al servicio de Rocafort que, con toda seguridad, se hallaban infiltrados entre los mercenarios.

En cualquier caso, los portavoces de los conjurados se presentaron ante el francés, a quien reconocieron como su legítimo señor en ese instante, y le expusieron la insoportable situación a la que Rocafort había llevado a la Compañía, demandándole que les ofreciese alguna salida al conflicto. Chepoy desconfió de aquella embajada temiendo que su verdadera intención fuese traicionarle siguiendo precisamente las indicaciones del capitán catalán, de tal modo que optó por no arriesgarse, al menos hasta no estar seguro de la honestidad de los que se habían presentado ante él. Su respuesta fue que intentasen ellos buscar una solución por su cuenta mientras que él lo haría por la suya.

En realidad, además de no confiar totalmente en la delegación de almugávares, el francés buscaba ganar algo más de tiempo. Pocos días antes, había enviado a su hijo a Venecia con instrucciones para que volviese de allí con las fuerzas necesarias para mantener el control en la zona y responder con las armas en el caso de que finalmente Rocafort se decidiese a lanzar una ofensiva contra Negroponte. Mientras recibía la respuesta de la República, decidió realizar un movimiento por su parte, quizás para aparentar que tomaba cartas en el asunto de cara a los almugávares, o quizás simplemente como un pequeño tanteo para comprobar cual era la situación real en el campamento general de la Compañía. Sin que casi nadie lo supiese, se dirigió a encontrarse con Rocafort al que reprendió por su actitud y le exigió que corrigiese su comportamiento de inmediato, manteniendo el máximo respeto para con sus hombres. El capitoste, en la misma línea que había empleado con sus subordinados, despreció al francés y no hizo la menor intención de considerar sus demandas. Chepoy volvió a Negroponte convencido, ahora sí por completo, de que debía frenar el orgullo de aquel individuo sin perder ni un segundo.

No tardó en regresar su hijo de Venecia con seis galeras bien armadas. Con las

espaldas bien protegidas por los nuevos refuerzos, Chepoy reunió la seguridad suficiente como para actuar de manera contundente. Siempre en secreto, volvió a reunir a los jefes de las compañías para saber cual había sido la decisión que ellos habían encontrado. Los dirigentes le comunicaron que bajo su punto de vista la mejor solución sería detener a Rocafort y a sus acólitos y que fuesen puestos a disposición del propio Chepoy como máximo responsable de la hueste. Así se dispuso para el día siguiente. Se convocó la reunión del Consejo, en el que se hallaba presente el francés, y allí se lanzaron todas las críticas y acusaciones contra los tiranos que, hasta ese momento, nadie se había atrevido a exponer tan abiertamente. Rocafort, sin sospechar nada y confiado en el respaldo y en el miedo que le tenía la mayor parte de la hueste, se lanzó lleno de rabia contra los capitanes rebeldes ordenando a los almugávares que los detuviesen. Sin embargo, en lugar de ser obedecidas, sus órdenes no fueron cumplidas por ninguno de los allí presentes, y en vez de apresar a los sublevados fue él mismo y sus más cercanos colaboradores los que terminaron encadenados. Como se había planeado, tanto Rocafort como su hermano Humberto fueron entregados a los soldados de Chepoy. Su tío Dalmau de Sant Martí, quien había participado tiempo atrás en el asesinato de Entença y que era uno de los fieles del tiránico capitán, no corrió la misma suerte porque había fallecido poco tiempo antes a causa de una enfermedad. Una vez detenidos los dirigentes, los mercenarios jubilosos se lanzaron a saquear las posesiones que tenían guardadas en sus tiendas, y fue tal la cantidad de perpras de oro que allí había que se pudieron repartir hasta trece monedas entre cada uno de los miembros de la Compañía. Habían terminado con el gobierno de un desmedido capitán almugávar, un final que todos deseaban, pero, sin embargo, no parece que lo que buscasen fuese acabar con su vida, de hecho, al día siguiente, cuando despertaron y descubrieron que Chepoy había zarpado en sus naves con los dos prisioneros en sus bodegas, un clamor de rabia se levantó en la hueste por haber permitido que un extranjero se llevase presos a dos de los suyos. Aquellos dos reos habían robado y matado a sus compañeros, y violado a sus mujeres, pero a pesar de todo, continuaban siendo almugávares y nadie, salvo los mismos almugávares podían ejercer justicia contra ellos. La pertenencia a un grupo homogéneo e inseparable volvía a hacerse patente entre los aragoneses y catalanes, y esa regla sagrada había sido transgredida. Al permitir que un extraño castigase a un almugávar no solo estaban consintiendo que manejasen el rumbo del colectivo desde fuera, sino que se abría la puerta a futuras actuaciones en ese mismo sentido en las que se pudiesen aliar intereses foráneos con una parte de la Compañía para atacar a otra parte de la misma, con lo que se rompería definitivamente el vínculo de unidad interna que, al fin y al cabo, era la principal arma de la hueste. Incluso Muntaner que desde el principio de su crónica había encontrado en Rocafort a un incierto compañero cuando no a un rival indeseable, admite que aquella forma de actuar fue *el mayor error que jamás nadie cometiera al entregarlo a alguien, pues mejor era que ellos por sí mismos tomasen venganza, si tal era su deseo*^[716].

Los aragoneses y catalanes, con el arrepentimiento por haber permitido aquella detención, descargaron todo su odio sobre los catorce jefes de las compañías que más habían destacado en la elaboración del plan, y sus cuerpos fueron acribillados por las lanzas. Chepoy no solo se había llevado prisioneros a dos almugávares; aquella huida en medio de la noche, suponía también el abandono en la práctica de sus responsabilidades directas como máximo mandatario de la Compañía. Por ello, acto seguido, guiados por un innato instinto de supervivencia, eligieron a quienes deberían de sustituir a los derrocados capitanes. De entre todos ellos se designaron a dos almugávares de a caballo (es decir, con cierto rango en la hueste), a un adalid y a un almogaten. Estos cuatro, junto con los doce del Consejo, serían los encargados de sacar adelante a la Compañía en ese delicado momento.

Rocafort y su hermano, fuera ya del alcance de los almugávares, fueron conducidos a algún lugar no demasiado alejado de donde fueron capturados, posiblemente a Negroponte, o incluso, a alguna fortificación en poder de los franceses o venecianos en la misma península de Cassandria^[717]. Allí permanecerían durante casi un año hasta que en el otoño de 1309 serían trasladados a Italia y puestos en manos de Roberto de Calabria (entonces ya de Nápoles), quien aguardaba el momento de vengarse de las humillaciones por las que le hizo pasar Rocafort después de la Paz de Caltabellota, al verse obligado a compensarle económicamente por los castillos que supuestamente eran posesión del catalán y que Roberto reclamaba. Aquella afrenta no había sido olvidada por el monarca francés y ahora había llegado el momento del resarcimiento. El rey Roberto hizo encerrar a los dos hermanos en una oscura mazmorra del castillo de Aversa, al norte de Nápoles, sin darles desde ese momento ninguna clase de comida ni de bebida. Pocos días después, ambos morirían por inanición.

De este modo terminó la historia de uno de los líderes de los almugávares más ambicioso al tiempo que competente de cuantos rigieron a la Compañía en Grecia. Nacido en el fondo más humilde del saco social, intentó situarse al nivel de los ricos hombres y de los nobles pero eso, a pesar de que cualidades no le faltaron, no era admisible en una época de tan marcadas diferencias sociales. Al final, de nada le sirvió su innegable capacidad militar ni la férrea lealtad que logró ganarse de sus hombres, y los poderosos, a los que tanto odiaba, terminaron por enviarle para siempre a la más profunda de las cárceles. Bernad de Rocafort no dudó nunca en utilizar de los métodos más ruines para lograr sus objetivos, aunque para ello tuviese que traicionar a sus propios camaradas, pero también es cierto que, gracias a su efectividad militar, fue capaz de mantener unida y respetada la Compañía durante algunos de los años más comprometidos para ella.

43. Calil y Melik, con sus turcos y turcoples abandonan la Compañía

Los turcos y turcoples habían permanecido durante estos últimos años fieles al gobierno de la Compañía. A pesar de haber sido una parte independiente de aquella, habían acatado sin disidencias (al margen de los primeros intentos de desertar) las órdenes y las estrategias que partían desde el Consejo, y especialmente desde Rocafort, a quien reconocieron en todo momento como caudillo y líder. Por lo que sucedió tras la detención del infante Ferrán y de Muntaner podemos deducir que, a excepción de este último, ningún otro capitoste de la Compañía llegó nunca a ganarse el respeto y la obediencia del contingente turco, y que si se mantuvo esa unión militar entre los almugávares y ellos fue únicamente gracias a la capacidad de Rocafort de aunar los intereses de todos en un proyecto común.

Ahora, sin embargo, la situación había dado un nuevo giro en el gobierno de la Compañía. Rocafort y sus agregados habían sido eliminados de manera radical del mando de la hueste, y los turcos y turcoples, con sus jefes Calil y Melik^[718] al frente, quedaban en una posición algo delicada en aquel ejército, puesto que habían sido uno de los principales apoyos con los que había contado el duro capitán catalán para imponerse al resto de los mercenarios. Así pues, no demasiado bien vistos por gran parte de los aragoneses y catalanes por ese apoyo; con el estigma nunca perdonado por ser un colectivo de infieles luchando entre poderes cristianos; y con su máximo valedor, Rocafort, fuera de juego, decidieron que había llegado el momento de abandonar la Compañía y tomar su propio camino.

Calil y Melik se reunieron con el Consejo y con el resto de dirigentes de la hueste, y les expusieron su firme decisión de poner punto y final de forma amistosa a aquella alianza. La propuesta fue bien vista por todos puesto que, aunque les hacía perder una parte considerable de sus efectivos, también les liberaba de una negativa carga política frente al resto de poderes occidentales y de la que, seguramente, iba a ser una fuente de conflictos internos en un futuro cercano. Estando de acuerdo todas las partes, se consumó la segregación y las tropas turcas y turcoples se despidieron de los

que hasta ese instante habían sido sus camaradas de batallas.

No obstante, no todos siguieron a los que partían. En contra de lo que aseguran algunos autores, especialmente el griego Grégoras, no todos los turcos abandonaron la Compañía.

Como veremos más adelante, en 1311, en la decisiva batalla de Halmyros, seguirían luchando junto a los almugávares un importante número de mercenarios turcos, por lo que se deduce que no todos decidieron seguir a sus jefes y algunos optaron por continuar en Cassandria. En esta opinión coincidirán tanto Muntaner como Sanudo:

[...] verumtamen, quando Cathelani interfecerum Comitem et eius exercitum debellarunt, et postea quando intraverunt in ducatum, ipsi dimiserunt illam gentem in Blachia, et inde postmodum recesserunt, et finaliter eorum magna pars fuit destructa quia se ab invicem dividerunt; sed postmodum de illis Turchis inveni, qui multum cum compagna Cathelanorum predicta affectabant reverti^[719].

Los turcos y turcoples, cuando vieron que la cosa iba de veras, decidieron atacarles a ellos, y la batalla fue muy fuerte^[720].

El número de los que permanecieron es incierto, pero una descripción de Sanudo lo elevaría hasta los mil ochocientos (¿?) hombres:

[...] et vidi quod cum Cathelanis erant ben circa M.VIII.C. homines ad equum inter Turchos, tuchopolos et mortatos (arqueros procedentes de Creta), quod quilibet generatio morabatur per se et per se rectorem habebat^[721].

Las dudas sobre el número de turcos y turcoples, y de cómo éstos se repartieron después de la separación no solo afecta a los que se quedaron sino también a los que partieron.

Las fuentes hablan de unos tres mil mercenarios de esta nación en total^[722], pero estos datos deben tomarse con la mayor de las precauciones ya que al contrastar las distintas cifras aparecen incoherencias importantes. Si consideramos el número de mil ochocientos hombres aportado por Sanudo como el de los que se quedaron en Cassandria, y lo restamos a los tres mil del total manejado por Grégoras, quedarían únicamente mil doscientos efectivos para repartir entre los que siguieron a Melik y a Calil, cifra a todas luces insuficiente ya que, según Laiou^[723], a Calil le acompañarían mil trescientos turcos a caballo y ochocientos de a pie. Por su parte, Melik había llegado a la Compañía con al menos mil quinientos turcoples, por lo que la cantidad de mercenarios que gobernaba en este momento también debería de ser considerable, aunque una parte decidiese no acompañarle hacia el Norte. Teniendo en

cuenta todas las dudas sobre el número exacto de efectivos de los que estamos hablando, podemos pensar la división resultó ser bastante similar entre las tres partes creadas, siendo en todo caso mayor la que logró concentrar Calil.

Los dos grandes grupos que marcharon, el de Calil con sus turcos por un lado, y el de Melik con los turcoples por otro, no siguieron un mismo camino, y cada uno optó por alternativas diferentes.

Melik, con mil quinientos hombres^[724], llegaría a un acuerdo con el monarca serbio Stefan Uros II para luchar a su servicio a principios de 1309:

[...] y aquí el buen Dios los dividió para su perdición, para que terminasen su impía actividad. Una parte de ellos los fruzi (francos) y los romanos, llamados catalanes y «mogovares», se fueron por mar a su tierra (aquí el cronista se equivoca creyendo que la Compañía regresa a Occidente, quizás confundiendo con el traslado de Rocafort a Italia), y Melecil (Melik) con su ejército hacia el purísimo rey Uros^[725].

El pacto firmado entre Melik y el rey Uros II consistía en que el rey serbio permitiría vivir en su territorio al ejército turcople a cambio de que éstos colaborasen con él en el momento en el que decidiese atacar Constantinopla. El serbio apoyado por los turcoples, y prosiguiendo con su variable política frente a los griegos, lanzó varios ataques que terminarían en un rotundo fracaso, a causa de la eficiente estrategia militar del comandante griego Khandrenós, que una vez más, salvaría al Imperio de la ruina. Este resultado tan negativo para los planes serbios haría que al año siguiente, en 1310, Stefan diese una nueva vuelta de tuerca a sus relaciones con los Paleólogo y decidiese aliarse con ellos en contra de los turcos. Melik, que a pesar de las derrotas frente a Khandrenós había continuado con sus ataques esporádicos contra los griegos, veía como su aliado se convertía en adversario, quedando él y los suyos atrapados entre dos fuegos enemigos, el de los griegos y el de los serbios. El resultado fue la práctica aniquilación de los turcoples, y los pocos que pudieron huir seguramente acudieron a buscar el refugio entre las filas del otro líder turco, Calil. Algunos autores piensan que el cambio de actitud de Stefan ante Melik fue debida a la rebelión de éste contra los propios serbios, pero todo parece indicar que el debilitado Melik no estaba en posición de atacar a su nuevo aliado, mientras que la trayectoria del serbio concuerda perfectamente con este cambio brusco en sus relaciones con los turcoples.

Además de la inquebrantable defensa de Khandrenós ante el avance serbio que hizo totalmente inútiles cualquier intento de éstos por derrotar a los griegos y de que el enfrentamiento estaba en un punto muerto, la causa que empujaría definitivamente a crear una alianza entre Andrónico y Stefan fue el peligro en el que se había convertido el otro bloque de turcos que, liderado por Calil, habían optado por tomar un camino diferente al de Melik.

La crónica de *La vida del* arzobispo Danilo II no aclara lo que sucedió en realidad cuando asegura que las huestes de Calil *con sus muchos soldados se extendieron por el país de los valacos y por la Livadia y por el resto de tierras que conquistaron. Y los fruzi (los francos que gobernaban los ducados del sur de Grecia) lucharon con ellos pero no pudieron vencerlos*^[726]. En realidad, tras abandonar la Compañía y despedirse también de sus camaradas turcoples, los turcos comandados por Calil se dirigieron de regreso hacia el Norte, a Galípoli.

Su intención inicial, o al menos la que comunicaron al emperador Andrónico, era volver a Galípoli para desde allí embarcar rumbo a su patria en Asia Menor. Los griegos, que deseaban que desapareciesen aquellas huestes sanguinarias de su país, accedieron a permitirles el paso hasta la península, eso sí, manteniendo una férrea vigilancia sobre todos sus movimientos.

El ejército que seguía a Calil no representaba en ese momento un peligro de la envergadura que había supuesto cuando se hallaban integrados en la Compañía puesto que su número era notablemente menor, sin embargo, las trágicas experiencias del pasado hacían que desde Constantinopla se tomasen todas las precauciones posibles para que los turcos no se levantasen de nuevo en armas contra ellos. Así, el emperador, para asegurarse de que los turcos embarcaban y se alejaban de Europa, mandó escoltarlos hasta la costa por tres mil soldados de a caballo^[727].

Como estaba previsto, las tropas de Calil llegaron a Galípoli en donde acamparon a la espera de la llegada de las naves que deberían conducirles de regreso a Oriente, pero cuando comprobaron que el lugar en el que se hallaban estaba completamente desprotegido y que allí había grandes posibilidades para subsistir de una manera cómoda, decidieron cambiar sus planes y, sorprendiendo a la guarnición griega, se hicieron fuertes en el interior de la fortaleza para establecerse allí de forma permanente. Cuando Andrónico conoció la noticia todos los fantasmas del pasado reciente volvieron a su mente. La historia sucedida con los almugávares parecía repetirse protagonizada ahora por los turcos.

De este modo, Calil y los suyos se asentaron en el verano de 1309 en Galípoli y durante dos años harían de aquel castillo su hogar. Es cierto que, a pesar de los miedos de los griegos, los desastres que causaron en ese tiempo los nuevos ocupantes no fueron, ni de lejos, de las proporciones de los que tuvieron que sufrir bajo el azote de los aragoneses y catalanes, aunque en ningún instante dejaron de temer que se pudiesen repetir las antiguas penalidades.

En 1311, la situación daría un giro radical. Melik, con lo que quedaba de sus tropas después de los enfrentamientos con el tzar serbio Stefan y con los ejércitos imperiales de Khandrenós, corrió a Galípoli a buscar el auxilio de su viejo camarada Calil, lo que se convertiría en un suceso desastroso para los turcos que habían logrado hacerse con una vida relativamente acomodada en la península. Ese mismo año, se llevó a cabo la primera tentativa griega, encabezada por el coemperador Miguel IX, para acabar con los de Galípoli.

Por desgracia para los bizantinos, y como fue habitual a lo largo de su trayectoria militar, Miguel fue derrotado, lo que fortaleció aún más el dominio de los turcos. Andrónico, sin embargo, no estaba dispuesto a que los extranjeros se hiciesen tan poderosos como lo habían sido años antes y que se adueñasen de nuevo de Tracia. Su primera decisión tras el fracaso de su hijo fue destituirle del mando del ejército y poner en su lugar al protostrator^[728] Philes Paleólogo. Éste huyó de la arrogancia de su antecesor y buscó una alianza lo suficientemente fuerte como para acabar de una vez por todas con los turcos. A las fuerzas griegas se unirían dos mil nobles a caballo con sus hombres, tropas reales y aliados del tzar Stefan, a lo que se sumaría un importante contingente militar aportado por los genoveses con ocho grandes buques armados y abundante maquinaria de guerra. La impresionante alianza arrasaría a los turcos, la mayoría de los cuales, viendo el gran ejército que había rodeado Galípoli, no llegaría a plantar batalla. La mayor parte de ellos fueron aniquilados en el mar a bordo de las naves en las que intentaron escapar cruzando el estrecho, y prácticamente ninguno alcanzó la orilla de Asia Menor.

Así terminó la historia de los dos contingentes de aliados turcos y turcoples que durante años compartieron el camino de la Compañía por tierras griegas.

44. Los últimos días de Chepoy en Grecia

Durante los años anteriores, a partir de 1306 Carlos de Valois había logrado tejer una potente alianza que reunía a sus propias fuerzas y a las del rey de Francia junto a las de Venecia, Serbia, Armenia y a los propios almugávares de Grecia, con un único fin, atacar al Imperio bizantino y coronarse él mismo como emperador de Constantinopla. Pero sus brillantes perspectivas de conquista habían sufrido en estos tres años duros reveses que acabarían por despedazarlas. Su esposa, Caterina de Courtenay, heredera franca al trono de Constantinopla y su principal argumento para defender sus aspiraciones de llegar a ser el emperador de Bizancio, moriría en octubre de 1308 y con ella desaparecían la mayor parte de sus posibilidades para hacerse con el ansiado título. Éste pasaría en todo caso a su descendencia, es decir, a su hija Caterina de Valois, y no a él directamente. Este contratiempo se vería agravado cuando el rey de Francia, Felipe IV, decidió presentar a Carlos como su candidato al trono del Sacro Imperio Romano, aunque también esta posibilidad se desvanecería posteriormente debido a la oposición de los príncipes alemanes.

Las dudas y los problemas rondaban desde hacía algún tiempo por la mente de Carlos de Valois respecto al éxito de su campaña, y de esto se percataron sus aliados venecianos que comenzaron a impacientarse al ver que los meses pasaban y no había ningún resultado positivo pese a sus costosas aportaciones militares. No había la más mínima señal de la prometida invasión. En febrero de 1308 Venecia envió un ultimátum a Carlos para que diese inicio a la ofensiva, y a continuación hizo lo mismo en otra carta dirigida al rey de Francia^[729]. Más de un año después, el 10 de septiembre de 1309 los venecianos, en este caso contando con el apoyo del Papa, volvieron a exigir a los francos que actuaran de inmediato contra los griegos, pero Carlos, incapaz de poner en marcha la ofensiva con las mínimas probabilidades de éxito, hizo caso omiso de las advertencias de sus aliados y comenzó a plantearse que había llegado el momento de abandonar sus planes. A partir de entonces, los venecianos, siempre velando por sus propios intereses comerciales, decidieron cambiar sus líneas de actuación en lo tocante a la política en el Mediterráneo oriental, iniciando un paulatino acercamiento a la corte griega. En mayo de 1309 la República

de Venecia enviaría embajadores a Constantinopla para abrir un nuevo periodo de negociaciones y de entendimiento amistoso entre ambas naciones. La favorable acogida de Andrónico al ofrecimiento comenzaría a dar sus frutos cuando, en septiembre de ese mismo año, Venecia dictó órdenes a sus súbditos para que no fuesen atacados los intereses de los bizantinos y se respetasen sus posesiones e intereses. Este proceso de colaboración culminaría el 11 de noviembre de 1310 con la firma, en el palacio de Blanquerna, de una tregua de doce años entre Venecia y Bizancio, al tiempo que se convertían en aliados, y se comprometían a respetarse y a compensarse mutuamente por los perjuicios causados durante su época de enfrentamientos.

Pero uno de los puntos más interesantes en lo que concernía a la Compañía, era el acuerdo mutuo de considerar a los aragoneses y catalanes como enemigos comunes, de modo que, aunque esto no era un hecho nuevo desde hacía tiempo en lo que tocaba a los griegos, sí lo era respecto de Venecia. Se acababa de abrir así un nuevo frente para ellos, y desde ese instante los venecianos pasaban a ser sus adversarios declarados. Andrónico logró de sus nuevos aliados el compromiso de no comerciar ni tener tratos de ningún tipo con la Compañía en tanto en cuanto ésta permaneciese en territorios que pertenecían a la jurisdicción griega.

[...] item quod idem illustris dux et commune Veneciarum facere debeant fieri mandatum suis rectoribus et officialibus et omnibus Venetis et fidelibus suis et habitatoribus Veneciarum, ut nullo modo ire debeant ad compagnam Almugavarorum ad aliquem locum, ubi ipsi invenirentur, qui sit de districtu et subiectioe et vassalagio imperii nostri et qui tenentur hodie pro Imperio nostro sub pena omnium bonorum suorum et quod carcerentur^[730].

En todo caso, incluso meses antes de la firma de esta alianza grecoveneciana contra la Compañía y de la detención de Rocafort, el vínculo que unía a ésta con su teórico líder, Thibaud de Chepoy, había estallado. Sabemos que, en contra de lo que afirma Muntaner, en la primavera de 1309 Chepoy no viajó a Nápoles acompañando a sus prisioneros, los hermanos Rocafort. El francés, que retuvo dos galeras y un leño mientras que el resto de la flota de sus aliados venecianos volvía a la República^[731], permanecería en Grecia, posiblemente en Negroponte o en el Ducado de Atenas, durante casi un año, hasta que desengañado por el fracaso de su misión, y quizás llamado a su presencia por Carlos de Valois, regresaría a Francia, en donde ya estaba el 29 de abril de 1310. Algunos autores, inspirados en Rubió i Lluch, piensan que desde el momento en el que Chepoy salió del campamento de los almugávares con los Rocafort en las bodegas de sus barcos hasta que regresó a Francia un año después, se mantuvo, en cierto modo, la alianza entre éste y la Compañía, e incluso que continuó ejerciendo como comandante de la hueste. Sin embargo, esta teoría no tiene

ningún apoyo documental que acredite que dicha relación siguió vigente. Por el contrario, y aunque sí es cierto que el francés permaneció en Grecia, todo indica que a partir de ese instante la Compañía tomó el control de su propio gobierno a través del Consejo y de los cuatro almugávares elegidos, siendo exclusivamente ellos quienes tomarían las decisiones desde entonces.

El periodo en el que Chepoy, como cabeza visible de Carlos de Valois en Grecia, ostentó el cargo de capitán de la Compañía no fue sino una serie inacabable de esfuerzos de éste por intentar controlar de algún modo a los independientes almugávares, sin que nunca llegase a conseguirlo. De hecho, es muy reveladora la observación de Rubió i Lluch^[732] sobre como esta falta de capacidad para imponerse sobre sus teóricos súbditos era conocida no solo en el fuero interno de la hueste y de los francos, sino por el resto de potencias en litigio. Así, cuando los aragoneses, catalanes y turcos estaban asolando los monasterios de la península de Athos, los monjes que partieron desde allí hacía Occidente para pedir auxilio, no acudieron a buscar el amparo de Carlos de Valois, quien en teoría era en ese instante su señor, sino que recurrieron directamente al rey de Aragón, lo que muestra claramente que todos sabían que los almugávares no obedecerían en modo alguno al francés y que, quizás, si existía alguien o algo que influyese sobre ellos, esa era la Corona aragonesa. Aunque, como ya vimos, ni siquiera ésta tenía ninguna potestad sobre los mercenarios.

45. Rumbo a Tesalia

Como ya había sucedido en tantas ocasiones, había llegado el momento de que la Compañía tomase una decisión sobre su futuro, y ésta debía pasar ineludiblemente por levantar sus campamentos y buscar un nuevo destino hacia el que dirigirse.

Las últimas circunstancias les habían vuelto a obligar a dar un brusco cambio en su gobierno.

Habían perdido, o mejor dicho, se habían deshecho, directa o indirectamente, de la mayor parte de sus capitanes más destacables, a lo que habría que añadir la huida precipitada de Chepoy.

Ahora más que nunca, se encontraban solos, sin poder contar con ningún tipo de ayuda por parte de otras naciones y, por el contrario, se habían creado nuevos y poderosos enemigos. De esta manera, se vieron forzados a transformarse en una auténtica república errante, sin un líder que sobresaliese sobre el resto y regidos, de forma más clara que nunca, por un sistema asambleario.

Dejando a un lado los problemas organizativos internos, lo que se había hecho evidente para toda la hueste era que el tiempo de permanecer en Cassandria estaba llegando a su fin. Después de casi tres años en los alrededores de aquella península, su situación no había mejorado en absoluto. No solo no se había logrado conquistar ni una sola de las ciudades importantes de la región, sino que los griegos, dirigidos hábilmente por Khandrenós, y estimulados por la debilidad mostrada por los almugávares en los últimos meses, estaban recuperando la confianza y, al mismo tiempo, buena parte de los territorios que antes controlaban los aragoneses y catalanes. Además, la marcha de la mayor parte del contingente de turcos y turcoples, había liberado a la Compañía de una carga importante en cuanto al sustento y al mantenimiento general, pero con ellos también había desaparecido una parte fundamental de su fortaleza militar.

Incapaces de mantener por más tiempo la presión a la que se estaban viendo sometidos por los griegos, debatieron en asamblea sobre cual sería el mejor camino a seguir.

Las alternativas no eran muchas. Regresar hacia el Norte era prácticamente

imposible puesto que el ejército griego se había reforzado entorno a Cristópolis, y la gran muralla construida entre esta ciudad y el mar hacía que intentar cruzarla se convirtiese en un suicidio; la vía marítima estaba descartada ya que la flota con la que tradicionalmente habían contado para sus traslados y mantenimiento de la retaguardia, había desaparecido desde su llegada a Cassandria, posiblemente desde la marcha de Ferrán de Mallorca y de Muntaner, quienes se llevaron algunas de las naves, pero quizás, aunque no tenemos información exacta, también hubiese una parte que les abandonasen para volver a desempeñar labores comerciales, o que, simplemente, sus almirantes, que en muchos de los casos no eran miembros de la Compañía sino que se habían contratado sus servicios, regresasen a Sicilia al ver que las perspectivas de futuro no eran nada halagüeñas; finalmente, en el oeste de Macedonia se hallaban los poderosos reinos serbios y balcánicos, con quienes era mejor no trabar nuevos conflictos.

Con todas estas premisas, la alternativa más viable era dirigirse hacia el Sur, entrando en el Reino de Tesalia. Las intenciones reales de la Compañía cuando, en la primavera de 1309 abandonaron Cassandria para internarse en Tesalia, no están del todo claras. En principio, la opción más viable es la que cree que, como ya hiciesen en otras ocasiones, simplemente buscaban un nuevo territorio en donde establecerse que fuese capaz de aprovisionarles, a través del robo y del saqueo. No obstante, existen algunos indicios que pueden llevar a pensar que en realidad lo que pretendían no era tanto encontrar un espacio en el que establecerse, sino que lo que estaban haciendo era buscar una vía de escape hacia el Sur para intentar regresar a Sicilia.

Esta idea ya había sido adelantada por Paquimeres en el último capítulo de su crónica en el que hace mención de los aragoneses y catalanes, pero ahora, también es Muntaner quien deja caer que el destino no era la Tesalia ni el Ducado de Atenas, sino que habría sido llegar hasta Morea, puente directo hacia Occidente^[733]. En cualquier caso, este es un extremo sin confirmar.

La hueste con cerca de ocho mil mercenarios, entre hombres de a caballo y almugávares de a pie, junto con sus miles de mujeres e hijos, levantaron sus campamentos e iniciaron el exilio.

Pero antes de abandonar Macedonia, sufrieron dos importantes derrotas a manos de los griegos.

Khandrenós no estaba dispuesto a dejarles escapar ahora que los extranjeros se hallaban en uno de sus peores momentos, y con destreza se dispuso para aprovechar tan ventajosa situación e intentar darles el golpe de gracia. Al pasar por las cercanías de las ciudades de Tesalónica y de Berrhoea (Berría)^[734], fueron sorprendidos por escuadrones de soldados griegos que cayeron sobre ellos produciéndoles numerosas bajas y, aunque el general bizantino no logró por completo sus planes, sí que dejó gravemente tocada a la Compañía, obligándola a forzar su huida hacia Tesalia.

Con Khandrenós siguiéndoles los pasos, los mercenarios dejaron atrás Macedonia y se encontraron frente al mítico Monte Olimpo. El paso de aquellas montañas no les

resultó fácil:

[...] no sin pasar muchos apuros al cruzar la Blaquia, que es la tierra más fragosa del mundo^[735].

Los montañeses que vivían en la cordillera no eran los indefensos habitantes de la Tracia a quienes habían dominado sin problemas, y el trayecto desde la Blaquia hasta el otro lado del Monte Olimpo se convirtió en una peligrosa travesía en donde los ataques de sus habitantes, tan acostumbrados como los almugávares a luchar entre los riscos, hicieron que la Compañía sufriese más de lo esperado. Finalmente, lograron atravesar la cordillera y, una vez al otro lado, se descubrieron ante ellos las fértiles llanuras de Tesalia.

Aquel nuevo reino ponía en sus manos un inmenso almacén de víveres y recursos con los que sobrevivir. Como describe Grégoras, los aragoneses y catalanes se precipitaron sobre las llanuras desde lo alto de las montañas, y *pasaron todo el año devastando la región y destruyendo cuantas cosas no estaban dentro de las murallas sin que nadie se les opusiera*^[736]. Según el griego Teódulo Magister^[737], el sistema que emplearon durante esos meses para repartirse las ganancias que producía la nueva tierra fue muy curioso. Los que *habían llegado de Sicilia*, ocupaban pequeñas poblaciones y se quedaban en ellas como señores, al tiempo que reemplazaban en sus propios hogares a los tesalos que habían matado, quedándose con sus mujeres e hijos. Por su parte, los «persas» (el resto de turcos y turcoples que todavía permanecían junto a la Compañía) se quedaban con la mayor parte de los caballos y de las armas confiscadas.

El despotado de Tesalia había surgido como estado independiente del de Épiro en 1271, tras la muerte de Miguel II Ángel. En 1303, a la muerte de su padre, Juan II Ángel (1303-1318), es nombrado nuevo déspota, o sebastocrátor de Tesalia, aunque a causa de su minoría de edad ejercería con su tutor el duque de Atenas Guy II de la Roche, hasta que éste murió en octubre de 1308. El joven déspota, ahora ya sin la tutela del fallecido duque, carecía todavía de experiencia, encontrándose de repente con un rico territorio deseado por la mayor parte de los poderes que le rodeaban y, además, sin un ejército suficientemente fuerte como para hacer frente a sus rivales. Como reconocen los propios cronistas griegos:

[...] por entonces los asuntos de Tesalia iban mal porque el que detentaba el poder (Juan II) era joven e inexperto en la administración de los asuntos importantes y, por otra parte, estaba consumido por una larga enfermedad y estaba a punto de morir [...]^[738].

El más peligroso de todos los señores que acechaban alrededor del trono tesalo

era Gualter de Brienne, nuevo duque de Atenas, quien finalmente se había hecho con el Ducado después de la muerte de Guy II de la Roche, el frustrado aliado de Rocafort. Gualter, junto a sus aliados francos, lanzaron una potente ofensiva contra la frontera sur de Tesalia, llegando a ocupar importantes plazas y sin que el ejército de Juan II pareciese capaz de frenar su avance.

Es precisamente en este momento cuando los almugávares penetraron en el país, devastando los campos y aldeas del Norte, y transformándose en una nueva amenaza para su gobierno. Con los francos atacando por el Sur y los almugávares asolando las fértiles llanuras de la costa este, el terror y el descontento se apoderó de la población tesala, de manera que, poco a poco, las sombras de una guerra civil comenzaron a aparecer en el horizonte. Juan II oyó entonces el consejo de los poderosos terratenientes dueños de los extensos latifundios del país y optó por sacar provecho de lo que en principio era un grave problema. Concedores de la fama que precedía a la Compañía, decidieron presentar ante el Consejo de la hueste una interesante propuesta para ambos bandos. El gobierno de Tesalia puso encima de la mesa la «invitación» a que los mercenarios abandonasen sus tierras, y a cambio les ofrecían una importante suma económica, además de regalos y presentes para los principales capitanes de los almugávares. Pero no solo esto, también les aseguraban el guiarles y darles protección en el camino que les conduciría hacia el Sur, hacia los territorios de Beotia (Ducado de Atenas) o de Acaia (la Morea), en donde encontrarían tierras ricas y fértiles en donde podrían asentarse sin ningún problema. Para mostrarles la honestidad de su propuesta, los tesalos les ofrecían también la firma de un pacto permanente de amistad y no agresión^[739].

Esta alianza enfrentaba directamente a los tesalos con sus compatriotas griegos bizantinos, quienes no les perdonarían —aunque algún cronista los comprenda— el hecho de que para salvar sus vidas se uniesen a quienes durante años habían asolado el Imperio y asesinado a tantos de los suyos.

La hueste consideró positivamente todo lo que se les brindaba, sobre todo teniendo en cuenta que, pese a que el año pasado en Tesalia había servido para recuperar en parte sus fuerzas perdidas, no habían logrado alcanzar el potencial de antaño, por lo que no les interesaba seguir con una guerra abierta contra sus forzados anfitriones. Tampoco tenían la intención de permanecer por mucho tiempo en aquella zona, ya que, como solía suceder, al cabo de unos meses de saqueo y devastación, los campos comenzaban a dar muestras de agotamiento y la población indígena o bien había muerto bajo sus espadas o, en el mejor de los casos había escapado, lo que provocaba un abandono absoluto de cultivos y ganados.

La situación les obligaba y la oferta era lo bastante atractiva como para no dejarla pasar, de manera que su respuesta a los tesalos fue afirmativa. Saldrían del país.

Esta es una de las teorías que explican el porqué de la partida de la Compañía de Tesalia, pero también existe otra teoría que no da tanta importancia a la oferta de Juan II como a la decisiva presión militar ejercida por Khandrenós en nombre del

emperador Andrónico, ya que el ejército griego había reunido refuerzos llegados desde otras regiones del Imperio y se disponía a ir contra ellos de inmediato.

De suerte que Jandrinos era en efecto el autor de la victoria y la causa que la originó^[740].

Según esta versión, los tesalios agradecidos celebraron las victorias conseguidas en su país por los ejércitos de Constantinopla cantando por las calles canciones en honor de Khandrenós, y todo esto, a pesar de que las tropas habían penetrado en el despotado por la fuerza y sin el beneplácito de Juan II, quien habría optado por la salida negociada del conflicto.

Andrónico no se habría contentado con ver salir a los almugávares de sus dominios y en previsión de futuros ataques, o simplemente como venganza por todo el daño provocado, ordenó a Khandrenós perseguir y dar caza a la Compañía hasta destruirla por completo, incluso penetrando más allá de las fronteras griegas de Tesalia^[741]. Entre finales de 1309 y principios de 1310 el emperador realizó un llamamiento a los habitantes de la Morea y del suroeste de Grecia para que se uniesen a sus fuerzas contra el peligro que suponían para todos ellos los almugávares^[742], llamamiento que, en cualquier caso, debería haber realizado Juan II como soberano de aquel país y no Andrónico, pero la inexperiencia y la falta de autoridad del primero sería aprovechada por el emperador para ejercer como si Tesalia estuviese entre sus posesiones. Todos servían para hacer frente a la invasión de los «taragonatas»^[743], viejos y jóvenes, todos sin excepción eran reclamados por Andrónico para tomar las armas. Como compensación por la ayuda que iban a prestar, el emperador les ofreció regalos y dinero, pero sobre todo los liberaba de pagar cualquier tipo de impuesto al Imperio y les permitía desde ese instante gobernarse de manera independiente.

La respuesta fue masiva y al ejército griego de Khandrenós se sumaron hasta tres mil hombres procedentes de las regiones y ciudades de los alrededores de Galaxidi, Lidoriki (Lidorikion) y Lepanto (Nàupactos)^[744]. La alianza griega logró algunas pequeñas victorias, pero finalmente quedaría desintegrada por una serie de desacuerdos internos sobre quien debía de tener el mando del ejército. Hasta tal extremo llegaron las diferencias entre los aliados que estando en el campo de batalla, cerca de Lamia (Zeitouni), se enzarzaron entre ellos mismos en una lucha que terminaría con el abandono de los enrolados desde Lidoriki y Lepanto, permaneciendo únicamente los ciudadanos de Galaxidi. Los galaxiotas junto a los griegos derrotarían en dos ocasiones a la Compañía pero poco después, y por razones que se desconocen, se desvincularon también de Khandrenós y regresaron con los presentes ofrecidos por Andrónico a sus hogares^[745]. El caso es que, bien por un exceso de confianza por los triunfos recién logrados sobre los aragoneses y catalanes,

o bien por alguna diferencia con sus compatriotas del Norte, su retirada del frente de Tesalia supondría poco tiempo después la ocasión de la Compañía para ocupar las tierras del sur de Grecia.

Andrónico se equivocó de nuevo al pensar que los almugávares estaban prácticamente derrotados y que ya no suponían ningún peligro para la estabilidad del Imperio. La realidad se mostraría muy distinta. La Compañía habría de socavar, todavía más, los cimientos de la política bizantina, y lo haría por dos vías, una conscientemente y otra de manera indirecta e inesperada. La primera era evidente. Los mercenarios continuaban representando un poder que, con sus periodos de auge o de debilidad, continuaba manteniéndose activo y deteriorando la economía y la propia supervivencia de los territorios por los que pasaba. Pero, por otro lado, la reacción de Andrónico para frenarlos se volvería contra él, aunque a primera vista pudiera parecer que su alianza había conseguido un rotundo éxito para Bizancio. El precio que se había comprometido a pagar a cambio de las relativas victorias que la alianza había cosechado iba a ser más caro de lo que pensó en un primer momento. Los habitantes de las regiones del sur de Grecia que participaron de la coalición helena contra los extranjeros se llevaron de aquel pacto un importante refuerzo económico pero, sobre todo, sacaron de la corte la exención de tributos y el derecho a lo que en la práctica, era su total independencia de Constantinopla. El perjuicio que supondría en un futuro inmediato para Bizancio este desmembramiento económico de territorios tan importantes no tardaría en reflejarse en un declive de la influencia imperial sobre ellos, perdiendo casi definitivamente cualquier opción de recuperar el poder en la zona, lo que profundizaría más aún la crisis general del resto del Imperio^[746].

Movidos por la presión de Khandrenós o por el acuerdo con el déspota de Tesalia, la Compañía dejaría ese territorio en la primavera de 1310 buscando su nuevo destino en el sur de Grecia:

[...] no pocas veces lo pasaron mal; privados, creo, de todo, sin nada de que echar mano, faltos de todo lo necesario, en esta situación crítica resolvieron salir inmediatamente de Tesalia y correr a donde tuvieran abundancia de víveres, y también me parece, donde estuvieran lejos de las manos de Jandrinós (Khandrenós), y como no podían ya sacar nada más del país extranjero, hacían bien en marcharse, y los Tesalos no podían impedirselo y oponerse a tamaña multitud^[747].

Cuando la amenaza que suponía la Compañía ya se había alejado de Tesalia, Khandrenós regresó hacia Constantinopla, esperando ser recibido con los mayores honores por sus brillantes victorias militares, pero por la carta de Magister se sabe que sus días de gloria se esfumaron rápidamente. Las intrigas de la corte griega promovidas por los enemigos del general levantaron toda una serie de críticas y de

acusaciones de traición contra él, a causa de las cuales lograron hacer olvidar el reconocimiento del emperador por la gran labor prestada al Imperio, y lo transformaron ante sus ojos en un conspirador responsable de falsas intrigas contra su gobierno. Andrónico, creyendo a los envidiosos calumniadores, decidió declararlo enemigo de Bizancio en lugar de convertirlo en un héroe.

46. Al servicio de los francos

En los meses de abril o mayo de 1310 la Compañía aceptó la oferta económica que le había hecho Juan II de Tesalia y, siguiendo a los guías que éste les había proporcionado^[748], atravesaron el legendario paso de las Termópilas, para terminar estableciéndose en la región de Beotia, a orillas del río Cefiso, un punto estratégico en la frontera del Ducado de Atenas, a poca distancia de la isla de Negroponte y en medio de la vía de comunicación del norte griego con Morea.

Todos estos movimientos habían sido seguidos muy de cerca por el nuevo duque de Atenas, Gualter de Brienne. El duque conocía bien a los almugávares y su merecida fama como feroces y efectivos mercenarios, de hecho, siendo joven había permanecido prisionero como rehén en el castillo siciliano de Agosta a cambio de la libertad de su padre. Allí tuvo la ocasión de aprender las costumbres y los modos de los almugávares, al tiempo que aprendía a hablar catalán, lo cual en este momento le sería de gran ayuda para fraguar una inteligente estrategia.

Con la más poderosa hueste de Grecia acampada a las puertas de sus dominios, Gualter optó por aprovecharse de lo que en principio parecía un grave problema. Después de comprobar como el déspota de Tesalia no había podido hacerles frente militarmente, viéndose obligado a negociar económicamente su salida, y como ni siquiera las fuerzas conjuntas del victorioso general Khandrenós y de varias de las ciudades más importantes del sur de Grecia habían logrado derrotarles por completo, el duque decidió buscar la amistad y la alianza con ellos. Así fue como, por segunda vez en cuestión de poco tiempo, los almugávares entraban directamente en los planes estratégicos de los señores francos, puesto que el antecesor de Gualter de Brienne, Guy II de la Roche, también había intentado hacerse con sus servicios a través del pacto con el fallecido Rocafort para lanzarse a la conquista de Morea. En aquella ocasión el proyecto no llegó ni siquiera a despegar como consecuencia de la oposición y de las maniobras de los venecianos y del propio Chepoy, sin embargo ahora, la perspectiva era distinta y la colaboración con los ducados francos lograría salvar todas las resistencias. De este modo, el duque lograba dos objetivos fundamentales. De una parte, disipaba el riesgo que los aragoneses y catalanes

representaban en ese instante para la integridad del Ducado; y por otra, se hacía con el servicio de quienes acababan de demostrar ser capaces de ocupar por la fuerza la Tesalia, lo que suponía en ese preciso momento una de las prioridades en sus perspectivas expansionistas.

Con los almugávares a sus órdenes no tenía ninguna duda de que podría arrebatar el trono del despotado al joven Juan II, convirtiéndose así en el señor de media Grecia.

Gualter de Brienne envió mensajeros a la Compañía y les ofreció pagarles a cambio de sus servicios el sueldo de seis meses, que además sería mantenido mientras durase el contrato entre ambos. El sueldo de un mes era el equivalente a cuatro onzas por cada caballo armado, dos por cada caballo «aforrado» o de carga y una onza por cada hombre de a pie^[749]. Los almugávares vieron en aquella oferta la posibilidad de encontrar por fin un nuevo y poderoso señor al que servir —lo que suponía su esencial forma de vida—, al tiempo que un lugar donde poder establecerse con cierta comodidad y con medios suficientes para abastecerse. La respuesta del Consejo y de los líderes elegidos fue unánime, aceptando al duque franco como nuevo jefe. Por lo que parece, a falta de testimonios que afirmen lo contrario, no surgió ningún inconveniente ético entre los mercenarios por faltar a su palabra con el déspota Juan II, y aceptar el dinero del duque de Atenas para atacar al primero pocos días después de haber tomado su dinero con la condición de abandonar y respetar Tesalia. Sin embargo, desde el primer instante de esta relación armada, ya aparecieron indicios de las deshonestas intenciones que también guardaba el duque. A pesar de que la oferta que transmitió a Compañía era mucho más elevada, únicamente les pagó lo correspondiente a dos meses de soldada, muy lejos de los seis prometidos para comenzar el trabajo. Los necesitados mercenarios se vieron obligados a confiar en que cuando apareciesen los primeros resultados favorables les sería entregado el resto de lo acordado, pero, como ya les pasase con el emperador Andrónico, no ocurriría de ese modo.

Seis meses duraron las incursiones y los ataques contra algunas de las principales ciudades del sur de Tesalia por parte de los aragoneses y catalanes, a quienes todavía seguían un importante número de turcos y turcoples, más de mil según algunos autores^[750]. Durante ese breve periodo de tiempo disfrutaron de cuanto unos mercenarios como ellos podían desear.

Bajo la protección del duque de Atenas, tenían asegurado un soporte económico —aunque no llegasen a cobrarlo en su totalidad—, contaban con un lugar en el que fijar su residencia y la de sus familias, y sobre todo, tenían delante de ellos un inmenso y fértil país al que saquear y expoliar sin límite alguno. Su efectividad recuperó los éxitos de antaño y en esos solo seis meses conquistaron para Gualter hasta treinta castillos que pertenecían al déspota Juan II.

El inicio de esta campaña de la coalición francoalmugávar daría comienzo el 6 de junio de 1310. Ese día Gualter acampó sus ejércitos y la Compañía cerca de

Lamia^[751]. Esta fue la primera plaza arrebatada al déspota de Tesalia, pero tras ella irían cayendo de manera imparable toda una serie de ciudades. Después de Lamia, ocuparían Halmyros y Demetrias en la costa del golfo de Volo, o los castillos de Farsala o Domokos. Así hasta completar una treintena de estratégicas poblaciones. El resultado de la alianza no podía haber sido más fructífero para los intereses del duque, puesto que en unos meses había conquistado y asentado bajo su mando una franja de terreno realmente importante. Pero alrededor de octubre de ese mismo año, y una vez ocupada la ciudad de Domokos, saltaron las diferencias entre los dos contingentes. La Compañía consideraba que había cumplido sobradamente con su parte del trato, por lo que no existía motivo alguno para que no le fuese pagado el resto del dinero prometido. Pero la respuesta del duque no fue la que deseaban, resistiéndose a pagar la deuda que había contraído con ellos. Probablemente, esto encendería los ánimos de los escarmentados almugávares que se negaron a seguir combatiendo, al tiempo que creció entre la hueste el malestar contra los francos, y la sensación de que se iba a repetir de nuevo la historia de verse obligados a volverse en armas contra aquel que les había contratado si querían recibir lo que les correspondía.

Gualter de Brienne no era de las personas que dejasen detalles de esta magnitud al azar, por lo que se puede sospechar que desde el principio ya tenía planeado faltar a su palabra y no pagar lo acordado. Aunque conocía perfectamente cual había sido el fatal resultado en el que habían terminado comportamientos como el suyo sucedidos con anterioridad, se arriesgó a poner en su contra a quienes tan bien le habían servido hasta entonces, pensando que, aunque acababan de demostrar que todavía eran una poderosa fuerza militar, no se atreverían a enfrentarse a todo el potencial con el que los francos contaban en ese tiempo en el Mediterráneo oriental. Con la misma facilidad que otros grandes señores mostraron antes que él, el duque de Atenas se equivocó con ellos. Al ver como los aragoneses y catalanes empezaban a ser un problema difícil de controlar, y una vez alcanzados buena parte de sus planes de conquista, decidió prescindir de su servicio.

Con la astucia de la que siempre hizo gala, el duque buscó la fórmula para que la Compañía perdiese cualquier posibilidad de organizarse contra él. Cuando estuvo seguro que los últimos acuerdos con las potencias que se hallaban en su entorno le aseguraban la estabilidad necesaria para mantener las plazas ocupadas, mandó mensajeros a entrevistarse con el Consejo de la hueste que informaron de que desde ese momento quedaba roto el pacto firmado entre ambos, y que debían salir de las fronteras de sus dominios con la mayor premura. Para evitar la reacción de los mercenarios recurrió al clásico «divide y vencerás», y de este modo permitió que se quedasen junto a sus ejércitos a doscientos hombres de a caballo y a trescientos de los más destacados almugávares de la Compañía. No se conoce cual fue la reacción del conjunto, ni las discusiones internas que se produjeron entre compañeros tan unidos, pero las duras perspectivas en caso de negarse y la falta de un proyecto común mínimamente optimista, desembocaron en otra traumática división. Los más de

quinientos almugávares que permanecieron en el ducado fueron alojados cómodamente junto a sus familias, al tiempo que se les pagaba la totalidad de los servicios que habían prestado y se les concedían algunas propiedades. Por el contrario, el resto de la hueste fue forzada a salir del Ducado, y cuando exigieron que al menos les pagasen también lo que les debían, Gualter les contestó que *iba a pagarles con la horca*^[752].

La historia se repetía como un calco, solo había que cambiar al duque de Atenas por el emperador Andrónico, pero el resultado era el mismo que ya habían sufrido en Bizancio.

Divididos, descabezados en la parte más alta de su jerarquía y engañados por su antiguo señor, los almugávares que seguían en la Compañía optaron por tomar de nuevo la misma solución que tantas veces les había sacado de situación tan difíciles como éstas, reagruparse, reforzar su cohesión interna y disponerse a luchar hasta la muerte para defender lo suyo y a los suyos.

47. Gloria o muerte:

La batalla de Halmyros

La Compañía se reagrupó y se preparó durante el invierno de 1310 y los primeros meses de 1311. En ese tiempo no dejaban de llegar mensajes de Gualter de Brienne ordenándoles que abandonaran sus tierras y que devolviesen las plazas que habían ocupado. Los mercenarios respondían de una manera curiosa, ya que, en lugar de mostrar su arrogancia habitual, daba la impresión de que algo estaba empezando a cambiar en su fuero interno, viéndose las primeras señales de un proceso de abandono del nomadismo que siempre les caracterizó, por el deseo de hacerse con un lugar en el que establecerse de manera permanente. La *Crónica de la Morea* dice que la respuesta que daban al duque ante sus reclamaciones era simplemente que les dejase en paz y que les permitiese asentarse en los castillos que habían conquistado:

[...] et reçebida la senyoria del ducame vidiendo que los catalanes et los turquos eran encara en la Blaquia non queriendo tener los pactos que su cosino hermano micer Gui de la Rocia duch de Athenas avia fecho con ellos, envio les a dezir que ell queria que le rendiessen los castiellos que avian tomados et todas las predas que avian guanado, et en caso que ellos non lo quisiessen fer que ell queria combatir se con ellos et fer los morir todos, et los cathalanes et turquos huyendo aquesto respondieron que non querian render los castiellos & las predas que avian ganado por que non sabian do yr, mas ellos lo pregavan que ell los dexase estar en paz, et que ellos le querian fer homage de aquellos castiellos que avian ganado, et iurar le de nunca fer danyo en aquella terra, ne en ninguna suya [...]^[753].

Los dos bandos se mantuvieron firmes en sus posiciones, lo que conducía a un choque armado inminente. Los aragoneses y catalanes sumaban según Grégoras^[754], tres mil quinientos jinetes y cuatro mil almugávares de a pie, a los que se sumaría el millar de turcos y turcoples (o mil ochocientos, según Sanudo)^[755] que permanecían

junto a ellos, y un número indeterminado de individuos de otras procedencias, incluidos algunos prisioneros que lucharon a su favor, quizás en previsión de una atractiva recompensa tras la victoria. Todas estas cifras darían un total de cerca de nueve mil hombres dispuestos a frenar al duque de Atenas.

Gualter por su parte, y como ya hiciese Andrónico pocos meses antes, buscó crear un gran frente común para derrotar a la Compañía. Lanzó un llamamiento para que acudiesen en su ayuda todos los señores latinos de la región, y no tardó en verse cabalgar por el Ducado de Atenas a los ejércitos más escogidos del Mediterráneo oriental. Allí acudieron para luchar junto al duque, ahora reconocido más que nunca como *mega kirios* o *megaskyr*^[756], la mayor parte de los súbditos del rey Roberto de Nápoles. Estaban Giorgio Ghisi, señor de algunas de las islas más importantes del Egeo y terciario de Negroponte; Bonifacio de Verona, quien, aunque se le ha catalogado únicamente como «terciario» de la misma isla, era mucho más que eso gracias a sus posesiones, que lo convertirían, en 1313, en el hombre más poderoso de Negroponte; Albert de Pallavicini, marqués de Bodonitza y sextario de Negroponte; Albert de Bodonitza; Thomás III de Stromoncourt, conde de Salona; Antoine el Flamenco, señor de Karditza; Rainald de la Roche, señor de Damala; y Niccolo Sanudo, entre otros. En definitiva, la vanguardia franca de la época. Un total de setecientos nobles y caballeros franceses^[757] que habían aportado sus respectivos ejércitos a la coalición ateniense, de tal modo que, en total, Gualter de Brienne habría logrado unir un ejército de treinta mil soldados. Aunque la *Crónica de la Morea* reduce esta cantidad de manera notable:

[...] et el comte de Brena duch de Athenas viendo que non querian render los castiellos ordeno de aplegar gentes darmas por conbater se con ellos, et envio a la Morea por ayuda, et al senyor de Negrepont, et al duch del Archipelago, et al marques de la Bondeniça et apleguo mucha gent mas de dos mil hombres de cavallo, & de quatro mil hombres a piet [...]^[758].

No obstante, esta batalla es una de las más controvertidas de cuantas participaron los aragoneses y catalanes en Grecia. Los datos y las fuentes, dependiendo de los autores, son totalmente contradictorias en cuanto a la localización de la batalla y a la forma en la que se desarrolló el combate, si bien es cierto, que el resultado final coincide en todas ellas.

Hasta principios de los años setenta del siglo xx los historiadores, incluido Rubió i Lluch, habían aceptado como correcta la situación aportada tanto por Muntaner como por el griego Grégoras. Éstos coincidían en que la batalla entre la Compañía y los ejércitos francos del duque de Atenas se desarrolló en una planicie de Beocia, dentro de los límites del Ducado de Atenas, en un lugar próximo al cauce del río Cefiso y del lago llamado Copais, a poca distancia de la ciudad de Tebas, Estives para

Muntaner.

Así pues, al comienzo de la primavera, los catalanes pasaron a Cefiso y acamparon en Beocia, no lejos del río donde esperaron para sostener el combate^[759].

Tradicionalmente se aceptó ese lugar puesto que no se consideraron otros datos que indicaban hacia otra localización, aunque perfectamente se podían haber abierto ciertas dudas basándose en el testimonio que aportaba la *Crónica de la Morea*, en donde ya se apuntaba hacia otro lugar como escenario de la batalla. Pero a pesar de ello, el hecho de que ambos autores, tan separados tanto física como ideológicamente, compartiesen en la esencia su descripción no hacía sino apoyar esta creencia.

No sería hasta 1974 cuando David Jacoby^[760] publicaría unas reveladoras noticias sobre este punto que modificaría la versión aceptada hasta entonces. Jacoby recogió el legado que Marino Sanudo había dejado en forma de crónica y de cartas personales para establecer un nuevo espacio donde se habría desarrollado la contienda. De este modo, el campo de batalla pasaba, de estar en los alrededores del lago Copais, a situarlo algo más al Norte, concretamente en Halmyros, en el sur de Tesalia.

No obstante, se debe señalar que, mucho antes de David Jacoby, también hubo autores que habían defendido la localización de Halmyros como la correcta. El historiador francés Buchon, en el siglo XIX, ya se había posicionado a favor de este lugar, en concordancia con las fuentes francesas y en contra de la teoría mayoritaria que seguía a Muntaner y Grégoras:

En esta época acababan de llegar al país de Halmyros los catalanes quienes tomaron el nombre de la Gran Compañía^[761].

Tras el trabajo de Jacoby, ya no era solamente la opinión de los historiadores franceses del XIX y la de la *Crónica de la Morea*, que decía que *et apleguada aquesta gent cavalguo et fu a un luguar que se clama el Armiro do estavan los catalanes et de los turquos*^[762], ahora se aportaba como definitiva la narración de Sanudo quien, tanto en su *Istoria del Regno di Romanía*, escrita en torno a 1326, como en una de las cartas que envió en febrero o marzo de 1327 a unos religiosos del reino de Nápoles, no dejaba opción a la duda, Halmyros había sido el lugar exacto del enfrentamiento:

Et quando fuit bellum Ducis Athenarum et comitis Brennensis cum compangna predicta ad Almiro [...]^[763].

Sanudo, a diferencia de Muntaner o de Grégoras, había sido testigo directo de los acontecimientos a los que hacía referencia e incluso estaba directamente vinculado al conflicto, ya que en 1311 era capitán de la flota de Negroponte, por lo que estaba encargado precisamente del control marítimo de la zona en la que se produciría el combate. Pero además de esto, su primo, Níccolo Sanudo, estaba casado con Jeannette de Brienne, hermanastra de Gualter^[764], de manera que su implicación y conocimiento de los hechos adquiere total fiabilidad.

Para reforzar todavía más su teoría, el profesor Jacoby recordaba que el día 10 de marzo de 1311 el duque de Atenas se encontraba en Lamia^[765] bastante más al norte del lago Copais, prácticamente en la frontera de su ducado con el sur de la Tesalia y de algunos de los castillos conquistados recientemente por los almugávares, por lo que no tendría sentido que la Compañía estuviese acampada a sus espaldas. De haber sido de este modo, la reacción lógica del duque y de sus ejércitos habría sido acudir de inmediato al lago para impedir que sus adversarios tuviesen el camino libre hasta Tebas o incluso hasta la misma Atenas, sin olvidar que las fuerzas francas se habrían posicionado ingenuamente entre dos fuegos enemigos, los aragoneses y catalanes al Sur, y la vanguardia del déspota de Tesalia al Norte. Habría otra razón por la que se impone la opción de Halmyros, y es que tras su expulsión por parte del duque, lo normal habría sido que la Compañía, si deseaba permanecer en la región y hacer frente a Gualter, hubiesen buscado parapetarse en un castillo de los que habían tomado recientemente, los cuales no contarían, por lo precipitado de los acontecimientos, con una nueva guarnición ateniense lo suficientemente asentada. Por contra, regresar hacia el Sur hubiese supuesto entrar en el corazón del Ducado de Atenas, enfrentarse al grueso de los ejércitos francos y obligarse a asediar ciudades perfectamente amuralladas y protegidas por los franceses. De manera que lo lógico, también en este caso, es pensar que lo que hicieron fue alejarse del centro de mayor influencia y poder del duque, para hacerse fuertes en una ciudad mucho más accesible para ellos.

Así pues, parece evidente que el lugar en el que se debe situar la acción no es el río Cefiso en su confluencia con el lago Copais, sino en los alrededores de la ciudad de Halmyros.

Los equívocos de Muntaner y Grégoras provocados por su confianza en la versión difundida por algunas fuentes próximas a Francia no solo afectaron a la situación del lugar exacto de la lucha. Su descripción de la estrategia empleada por los almugávares para derrotar a los franceses también caería en graves desviaciones de la realidad. Sobre todo la descripción de la batalla del cronista catalán, con una Compañía increíblemente épica y audaz frente al ejército más poderoso en ese momento del Mediterráneo oriental, ha elevado durante décadas a los aragoneses y catalanes que se enfrentaron al duque de Atenas a una categoría como estrategias que, sin desmerecer en absoluto el valor del combate, no hace justicia a lo que sucedió aquel día.

Según la versión de Muntaner, los resplandecientes ejércitos francos de Gualter de Brienne y los aragoneses y catalanes se encontraron frente a frente en una gran planicie junto al lago Copais. Manteniéndose cada uno de los bandos en los extremos de la fértil llanura, solo les separaba una gran extensión plana y totalmente cubierta de vegetación. El duque, confiado viendo a su poderosa armada tras de sí, no albergaba ninguna duda sobre el desenlace final de esa jornada. Sus pensamientos no estaban ya en la inminente lucha, que daba por superada sin mayores problemas, él soñaba en ese momento con someter a todas las poblaciones y territorios desde Morea hasta la mismísima Constantinopla^[766]. Mientras, en la otra punta del llano, los almugávares —junto a sus mujeres e hijos—^[767], lanzaban al viento sus desafiantes gritos de guerra —*¡Desperta ferro! ¡Aragón, Aragón!*—, al tiempo que chocaban el filo de sus armas contra las rocas haciendo saltar multitud de chispas.

Cuando el choque estaba a punto de iniciarse, sucedió algo sorprendente, un gesto que elevaba el espíritu de los mercenarios a un nivel de nobleza y lealtad difícilmente superable.

Los doscientos hombres de a caballo y los trescientos almugávares de a pie que anteriormente habían aceptado la invitación de Gualter para abandonar a la Compañía y unirse a sus ejércitos, al ver como sus camaradas estaban a punto de ser aniquilados por la maquinaria de guerra más imponente que jamás habían visto, se dirigieron al duque y le comunicaron que desde ese instante dejaban de servirle y que regresaban junto a sus antiguos compañeros para morir junto a ellos:

—Señor, nuestros hermanos están ahí, junto a nosotros, y vemos que os proponéis destruirlos, cosa que constituye un gran entuerto y grave pecado; nosotros os decimos que queremos ir a morir con ellos; de modo que os retamos y nos despedimos de vos^[768].

Gualter, como es lógico, los despidió contrariado y les dijo que podían ir a morir con el resto de mercenarios. Con la seguridad de que se dirigían a una muerte segura, los pródigos almugávares se mezclaron de nuevo entre las filas de la Compañía y, entre abrazos con sus camaradas, se dispusieron a luchar unidos hasta el fin.

La *Crónica de la Morea* en su versión aragonesa añade un significativo matiz a esta declaración de guerra. Los aragoneses y catalanes podrían haber llegado a un punto de agotamiento tanto físico como anímico, lo que sumado a la contemplación del impresionante ejército francés que se desplegaba frente a ellos, les provocó momentos de dudas y de intentar buscar una salida distinta a la lucha de aquel desencuentro con el duque. Incluso, si hacemos caso de las palabras de esta crónica, habrían estado dispuestos a devolverle los castillos y a retirarse de sus territorios recién conquistados sin la menor resistencia. Sin embargo, Gualter, que se sentía invencible en ese instante, se mostraría implacable y solo accedería a dejar por

zanjado el asunto con la muerte de los almugávares o con su humillación por rendición.

La soberbia del franco habría sido suficiente como para que los orgullosos mercenarios se dispusiesen a solucionarlo todo en el campo de batalla:

[...] viendo la grant multitut de gent que eran apleguada con el duch de Athenas huvieron tomar, et enviaron a dezir al duch de Athenas si queria aver paz con ellos que ellos li rendrian los castiellos et sen yrian, et el duch viendo que ellos avian miedo respondio que non queria, sinon reçebir los a merçet, et ellos viendo que non los queria reçebir sinon a merçet, dixieron que mas querian morir en batalla que venir en su merçet, et ordenaron su gent et vinieron a la batalla, [...]^[769].

En el mismo lado que los almugávares, pero claramente distanciados de ellos estaban los turcos y turcoples. Los turcos contemplaban al fabuloso ejército que estaba formado en frente el cual daba la impresión de ser invencible, mientras que, por el contrario, la harapienta hueste que estaba junto a ellos tenía todo el aspecto de estar a punto de verse llamando a las puertas del infierno. Con esta perspectiva, optaron por mantenerse discretamente alejados del campo de batalla, sin retirarse, pero esperando ver cual era el desenlace de los acontecimientos para tomar una u otra decisión.

Algunas fuentes, entre las que se encuentra Muntaner o la *Crónica de la Morea*, afirman que todavía en este momento permanecían junto a la Compañía la totalidad de los contingentes turcos y turcoples, con sus líderes Calil y Melik incluidos:

[...] cavalguo et fu a un lugar que se clama el Armiro do estaban los catalanes et de los turquos con Melich et con Calil [...]^[770].

Pero, como otras informaciones indican, y el profesor Jacoby argumentó, lo cierto es que la mayor parte de éstos hacía ya tiempo que tenían sus propios objetivos y llevaban caminos muy distintos al de los aragoneses y catalanes.

Los almugávares se encontraban por primera vez desde hacía mucho tiempo solos, sin turcos junto a ellos, pero tremendamente reforzados por la confianza de, ahora sí, estar realmente unidos y formar un único cuerpo.

Entonces, entró en juego el que sin duda sería el protagonista principal de esa lucha: el propio campo de batalla. De nuevo Muntaner y Grégoras coinciden en la táctica de combate usada por la Compañía. La versión más extendida asegura que los almugávares se percataron de las posibilidades que esa planicie podía ofrecerles para lograr la victoria. Algunos autores han defendido que fueron los propios mercenarios quienes, durante los meses de invierno previos a la batalla y ayudados por sus

mujeres e hijos, desviaron el curso de las cercanas corrientes de agua para empantanar la llanura, y una vez hecho esto, la cultivaron y cubrieron con gran cantidad de plantas de tal manera que no se viese el suelo.

Para otros, la zona era ya pantanosa, estaba cubierta por las aguas, y sobre éstas existía una densa vegetación que impedía vislumbrar lo que había bajo ella. En cualquier caso, y lejos de poder demostrar ninguna de las dos teorías, encontramos que Muntaner simplemente dice que *aquella hermosa llanura próxima a Estives (Tebas) , donde había un pantano, cuyo pantano convirtieron en su escudo*^[771], mientras que Grégoras, por su parte, tampoco dice que fuesen los aragoneses y catalanes quienes interviniesen directamente sobre el terreno.

De cualquier modo, el lunes 15 de marzo de 1311^[772] amanecería sobre una gran llanura pantanosa en la que, expectantes, los dos ejércitos esperaban el instante de lanzarse al ataque.

Sería el conñado Gualter de Brienne quien daría la orden de atacar. La imponente caballería franca, que prácticamente no había conocido la derrota desde hacía décadas, avanzó al galope contra la formación almugávar. Sus caballos, blindados de acero por completo, eran el terror de cualquier infantería medieval, y sus jinetes, acorazados y armados con las más precisas armas de la época, representaban una muerte segura para todo aquel que se pusiese delante de sus lanzas. Los mercenarios no se inmutaron ante la carga de la caballería franca que se acercaba fugaz hacia el centro del llano. Ellos se mantenían firmes en sus posiciones. Inalterables. De repente, al llegar al centro del campo, los más adelantados de los pesados caballos francos notaron como el suelo se hundía bajo sus cascos. La inercia del galope y el excesivo peso de sus protecciones impidieron reaccionar a tiempo a sus jinetes que veían como su avance quedaba frenado en seco y sus monturas, y ellos con ellas, se hundían en el lodazal. Las siguientes filas de la caballería tampoco tuvieron tiempo como para comprender que era lo que estaba sucediéndoles a sus compañeros, y cayeron del mismo modo en la trampa de lodo que se ocultaba bajo la maleza:

[...] encadenados los caballos como a una sólida cadena, la de la tierra humedecida que cedía fácilmente al paso ágil de sus pies, unos jinetes rodaron por el barro junto con sus caballos; otros, desembarazados de los jinetes, corrían desordenadamente por la llanura; y otros, hundiéndose las patas, se quedaban en el sitio como estatuas, soportando a los jinetes^[773].

La narración de Muntaner difiere en parte de la versión anterior. Para él, ambas huestes se lanzaron al unísono una contra la otra, y fueron los desgarrados gritos de los almugávares los que lograron espantar a los caballos, haciéndoles que girasen y se dirigiesen hacia el pantano, en donde caerían sin remisión el duque y los principales caballeros que iban en la vanguardia francesa^[774].

En ese instante, surgió con más fuerza que nunca el espíritu sanguinario y letal de los almugávares. Cayeron sobre los aturridos caballeros franceses con sus coltells y azconas sin dar ningún tipo de tregua. Ni siquiera la multitudinaria infantería franca que acudió al auxilio de su caballería pudo hacer nada por evitar la masacre. Para terminar de acabar con cualquier esperanza a los de Gualter, los turcos y turcoples que hasta ese instante habían permanecido sin actuar, se convencieron de que la victoria era posible y se unieron también a los mercenarios en su sangrienta misión.

La victoria de la Compañía, cansada y pasando por uno de sus más bajos momentos, frente a la coalición francesa que había conseguido unir en un mismo lugar a uno de los ejércitos más poderosos de Europa, fue incontestable y de tal repercusión, que ese día cambiaría no solo el futuro de los almugávares de Grecia, sino también de la política y de la historia del Mediterráneo oriental.

Los muertos eran incalculables y entre ellos estaban buena parte de los señores de los territorios y ducados de la Grecia meridional, entre ellos el propio Gualter de Brienne, duque de Atenas, que cayó al frente de los suyos:

[...] et a la fin vençieron la batalla et el duch de Athenas fue muerto et huno de los senyores de Negrepont fue muerto, et el marques de la Bondeniça fue muerto he muchos otros cavalleros et senyores fueron presos et muertos [...] [775].

Los catalanes acudieron sumisamente ante el duque y este por arrogancia, como hacen los francos, y por mal consejo que le dieron lanzóse a la liza y perdió la lid; fue apresado y cortáronle la cabeza [...] [776].

Es posible que Muntaner exagerase también en esta ocasión al hacer su recuento personal de víctimas, pero sí es cierto —y así lo aseguran el resto de fuentes— que la catástrofe fue absoluta para los franceses. De los setecientos grandes señores y caballeros francos que lucharon en aquella batalla, solamente habrían logrado salir con vida dos de ellos. Uno fue Bonifacio de Verona, señor de Negroponte, quien había estado muy próximo a los sucesos de la Compañía durante el gobierno de Rocafort y Chepoy, y que al parecer habría salvado la vida por el respeto que merecía ante los aragoneses y catalanes, aunque esta cuestión sería más que dudosa y lo que se ocultaría detrás sería algún tipo de rescate o pacto. El otro caballero que se salvaría de la carnicería fue Roger Deslaur (Rogerium de Lauro). Este personaje era conocido por los almugávares ya que había hecho de mensajero entre el duque y ellos en varias ocasiones, y además se había creado cierta amistad entre ellos debido a que procedía del Rosellón.

Después de intentar aclarar los extremos de esta batalla que tantas dudas presenta en todos sus extremos, todavía quedaría una cuestión por resolver, y es el porqué Muntaner y Grégoras, sin haber tenido ningún tipo de contacto entre ellos, ni haber

bebido tampoco de fuentes documentales comunes, coinciden en un mismo lugar, que ya hemos visto que no es el correcto, y en una descripción muy similar del desarrollo del combate. La respuesta de Jacoby es que los dos cronistas escribieron sobre esta historia basándose en informaciones que llegaron hasta ellos de manera indirecta. Ninguno de los dos vivió de cerca la batalla, tuvieron que recurrir a terceras fuentes y el origen de éstas, que ambos tomaron por ciertas, fue el mismo. Los supervivientes de la catástrofe franca debían ocultar, o al menos maquillar, la magnitud de su derrota, pero sobre todo tenían que justificarla de algún modo. Era evidente que la victoria de los aragoneses y catalanes tuvo tal repercusión, y acarreó un vuelco de tal magnitud en la nueva distribución de poderes en el Mediterráneo oriental que no podían esconderla, aunque ese hubiese sido su deseo. La única solución que encontraron en aquel instante los cronistas y la política franca fue justificar su derrota con el estado del campo de batalla, recurriendo a excusas que hacían referencia a la gran destreza de sus adversarios. La recreación, en fin, a la que recurrieron, que recorrería probablemente todo el Mediterráneo y que sería la que llegó a oídos tanto de Muntaner como de Grégoras, era una adaptación de una batalla acaecida pocos años antes, el 11 de julio de 1302. En esta otra batalla, conocida como de Courtrai, se enfrentaron los ejércitos de la caballería francesa y la infantería flamenca, y en ella se utilizaron exactamente las estrategias descritas para esta ocasión, aprovecharse de una gran zona pantanosa para derrotar a la caballería. Incluso en la narración de ambas contiendas aparece mencionada una compañía francesa compuesta por setecientos caballeros *con espuelas de oro*^[777], lo que hace más evidente el plagio de la segunda versión. En definitiva, Jacoby, al igual que otro reconocido historiador, Setton, demostraron al sacar a la luz las semejanzas entre ambos combates, que la descripción de la batalla conocida hasta entonces como de Cefiso o del lago Copais no era más que una manipulación interesada por parte de los cronistas franceses de lo que realmente sucedió el 15 de marzo de 1311 en las proximidades de Halmyros.

Nicéforo Grégoras, como ya hiciese antes Paquimeres, dará aquí por terminado su relato sobre los almugávares, reconociendo la supremacía que éstos habían logrado sobre los territorios del sur de Grecia. Con el fin de su testimonio, se pierde definitivamente la voz de los cronistas griegos en la narración de esta historia. A partir de ahora el camino que seguirá la Compañía les alejará de Bizancio para entrar en la órbita franca:

Así pues, cambiando el poder repentinamente como en el juego de los dados, los catalanes se hicieron dueños de éste y se libraron de su largo peregrinaje y hasta hoy, no han dejado de extender los límites de su territorio. Así sucedieron los hechos que se refieren a los catalanes^[778].

48. Señores del Ducado de Atenas

Al caer la noche sobre el campo de batalla de Almyros, el lunes 15 de marzo de 1311 el último día de la grandeza borgoñona en Grecia estaba tocando a su oscuro y trágico fin^[779].

La batalla de Halmyros no fue una de las más planificadas, ni tampoco deseadas, por los aragoneses y catalanes de la Compañía, pese a lo cual, sí fue la más importante de cuantas participaron por la repercusión que llegaría tras ella. Sin haberlo planteado de antemano, acababan de derrotar por completo el poder que los francos habían levantado y mantenido en Grecia desde la Cuarta Cruzada, resquebrajando su hegemonía en el Mediterráneo oriental, y obligando a las naciones europeas a replantearse sus políticas en la región. Unos pocos miles de desorientados guerreros tenían vía libre para ocupar el Ducado de Atenas, en donde sus antiguos dueños únicamente podían intentar esconderse detrás de los muros de las ciudades, pero sin ninguna posibilidad de oponerse militarmente al avance de los vencedores. El ejército francés había sido diezmado en Halmyros y, lo que era aún más grave para su recuperación, sus principales líderes habían perdido la cabeza aquel día.

Los francos que tuvieron la fortuna de escapar, montaron en las cabalgaduras que corrían descontroladas por el campo de batalla e intentaron ponerse a salvo dirigiéndose hacia el Sur.

Cuando llegaron con la noticia a las ciudades del Ducado el terror se apoderó de sus habitantes, los cuales eran, casi en su totalidad, mujeres, niños y ancianos. Una parte de ellos cogió cuantas posesiones de valor pudieron acarrear y buscaron asilo en la vecina isla de Negroponte, mientras que el resto permaneció en sus hogares esperando asustados la llegada de los nuevos señores.

La lucha había sido dura para los almugávares, pero ahora tenían por delante una misión mucho más difícil y a la que no estaban acostumbrados. Tenían que ponerse de nuevo en marcha, pero no como habían hecho hasta ese día, sin un rumbo fijo y de manera errante.

Ahora su destino no sería prepararse para un nuevo combate sino disponerse para expandir su dominio por el vasto y rico territorio que había pasado a sus manos.

Los mercenarios habían demostrado en incontables ocasiones que para ellos no

era ningún problema organizarse para el combate, ni lanzarse al saqueo y a la destrucción de tierras que después gobernarían otros. El Consejo y los cuatro elegidos, tenían autoridad y la suficiente experiencia como para controlar y dirigir militarmente a toda la hueste, y de hecho cumplieron a la perfección con todas aquellas funciones para las que habían sido designados, pero el reto que ahora tenían delante sobrepasaba con creces sus posibilidades de gobierno.

Necesitaban un líder que no solo entendiese de armas, sino que también se supiese manejar en la complicada política mediterránea, y que, además, conociese la peculiar idiosincrasia del país en el que se encontraban. No era tarea sencilla encontrar al candidato idóneo para semejante responsabilidad. Después de haber ido descabezando uno a uno a los principales nobles que habían caminado junto a ellos, quedaba claro que tendrían que redirigir la búsqueda más allá de sus filas.

La aplastante victoria ante el duque de Atenas, Gualter de Brienne, había supuesto un resarcimiento por el injusto trato que habían sufrido por parte del duque franco, dando por zanjado, al mismo tiempo, el enfrentamiento con las potencias de su entorno —incluso con aquellos poderes que habían participado en su contra en la batalla de Halmyros—, abriendo la posibilidad de un nuevo periodo en sus relaciones. De esta forma, y aprovechando este efímero paréntesis bélico, se decantaron por intentar afianzar su recién estrenado dominio poniendo el control de sus armas en manos de alguno de los señores francos supervivientes de la lucha. La primera opción fue entregar el mando de la Compañía a Bonifacio de Verona.

Este relevante veneciano había estado vinculado con la Compañía desde que Chepoy tomó el mando de ésta, aunque su relación paso de la amistad y alianza, a la enemistad y al enfrentamiento armado. No obstante, es probable que existiese alguna clase de contacto que se desconoce entre él y los mercenarios, los cuales, no solo le perdonaron la vida en Halmyros, sino que a continuación le ofrecieron el mando de la hueste. Bonifacio habría estado a punto de aceptar la oferta, lo que le habría abierto de par en par las puertas para gobernar en la práctica sobre la mayor parte del sur de Grecia, elevándose a la categoría de señor de Atenas y Negroponte. Pero finalmente les dio una respuesta negativa forzado por las presiones del resto de príncipes y señores francos de la zona, y sobre todo de Constantinopla y de la República de Venecia que le recordaron el acuerdo que ambas naciones habían firmado recientemente, por el cual se comprometían a prestarse ayuda mutua, para lo que los venecianos accedían a no tener ningún tipo de colaboración con la Compañía de aragoneses y catalanes, en tanto en cuanto, éstos permaneciesen ocupando territorios que estuviesen reclamados por los griegos. Así, quedaba imposibilitada la alternativa del veronés para ocupar la jefatura de los mercenarios.

La segunda opción fue acudir a Roger Deslaur, otro superviviente de Halmyros, que había estado al servicio del difunto duque de Atenas. De hecho, fue a través de su mediación como entraron por primera vez al servicio de Gualter. Los aragoneses y catalanes veían con buenos ojos su incorporación como posible capitán debido a su

procedencia del Rosellón, y al conocimiento que éste tenía tanto de sus costumbres de origen como de la lengua catalana.

Deslaur sí que aceptó el cargo y bajo sus órdenes comenzó la expansión almugávar por el Ducado de Atenas.

Una de las primeras plazas en caer en sus manos fue la ciudad de Tebas, en ese tiempo capital administrativa del Ducado y como tal, de mayor importancia que la propia Atenas.

Gran parte de sus habitantes abandonaron la ciudad sin oponer resistencia para escapar hacia la cercana isla de Negroponte. Este fue el caso, por ejemplo, de Dominico Tibertino, quien perdió el privilegio como ciudadano veneciano precisamente por escapar de Tebas en 1311.

Años después, el 27 de junio de 1340 el senado veneciano devolvería estos derechos a su hijo Nicolaus^[780].

Cerca de Tebas, el castillo de Saint Omer, famoso por la riqueza de sus frescos y de sus tesoros artísticos, y en donde había sido encarcelado poco tiempo antes el infante Ferrán de Mallorca, también fue ocupado y el recuerdo que dejaron los mercenarios tras su paso por él sería infame:

Por la mucha riqueza del señorío que tenía (Nicolás de Saint Omer el Viejo), el castillo de Sant Omer de Tebas hizo construir, castillo muy poderoso: de aposentos disponía como para un emperador. Lo hizo construir y decorar con pinturas que narraban como los francos conquistaron Siria; Más tarde lo destruyeron los catalanes Por miedo que tenían del Gran Señor, El duque de Atenas, de nombre Gualterio, Porque no lo tomara, entrara en él Y con eso ganase el Gran Señorío. ¡Qué iniquidad que hicieron los desleales catalanes, que destruyeron tal castillo y fortaleza tal!^[781].

A éstas les seguirían otras localidades de la Beocia, pero no todas tendrían que ser tomadas por la fuerza. Ese fue el caso del castillo y tierras de Livadia (Levadia), habitadas principalmente por ciudadanos de origen griego que veían en los nuevos señores la oportunidad de deshacerse del largo vasallaje al poder franco. Buena parte de los griegos de Livadia acogieron con alegría la llegada de los aragoneses y catalanes ya que, sin considerar los graves daños que durante los últimos años éstos habían ocasionado a sus compatriotas, representaban para ellos una especie de liberación del yugo de los francos, siendo recompensada su fidelidad con una serie de concesiones y derechos que los equiparaban a sus antiguos dominadores. Conocemos, por ejemplo, de un ciudadano griego de Livadia llamado Nicolás de Mauro Nicolao, que obtuvo por su adhesión a la Compañía el derecho para él y para sus descendientes a casarse con mujeres francas, así como a mantener su religión griega, aunque este punto chocase con las propias disposiciones que más adelante se establecerían para el

gobierno de los ducados^[782].

La fortaleza de Salona (La Sola o Amfissa), que ocuparían a continuación, fue el tributo que los almugávares ofrecieron a Roger Deslaur para que éste aceptase su propuesta.

Junto a los derechos para convertirse en gobernador del castillo y de sus alrededores, Deslaur se hacía también con la posesión de la viuda del anterior señor de Salona, Tomás III de Autremencourt, muerto en Halmyros, con la que se casaría poco después.

Esta costumbre de apoderarse de las mujeres de los nobles a los que habían asesinado y arrebatado sus dominios para convertirlas en sus esposas, se convertiría en una práctica habitual entre los miembros de la Compañía en todos los emplazamientos de los que tomaban posesión. El propio Muntaner nos relata como, además del gobierno de ciudades, castillos y tierras, los mercenarios se repartieron a las mujeres que capturaban, especialmente a las de mayor nivel social, de manera que al enlazarse matrimonialmente con aquellas nobles señoras esperaban tomar también para ellos el rango que habían disfrutado sus respectivos maridos.

[...] y dieron las mujeres como esposas a los de la Compañía, y a cada uno según lo que valía, y hombre hubo a quien le dieron mujer tan distinguida que no le doliera servirle el agua a manos^[783].

Los almugávares, apátridas y desheredados, que hasta ese momento habían sido siempre considerados como parte de los últimos escalafones de la sociedad de la época, pasaban a poseer títulos nobiliarios de mayor o menor grado gracias a aquellos matrimonios forzados, lo que se convertiría poco después en el inicio de una transformación sociológica progresiva.

No solo cambiaba la consideración social que tendrían ante los ojos de otros, sino que también lograban con los nuevos títulos una profunda y radical evolución de su propia naturaleza como mercenarios. Los «elementos sociales marginales»^[784] que hasta entonces habían surtido principalmente a la Compañía, ascendían de rango social de esta forma totalmente inesperada.

Atenas, tomada ese mismo año, sería, a efectos propagandísticos, una de sus más renombradas conquistas. Incluso en nuestros días, la escasa fama de sus éxitos viene determinada por el hecho de haber llegado a establecerse como señores de la mítica ciudad y de su ducado.

Sin embargo, el halo de gloria que esta victoria pudiese tener debe ser revisado críticamente.

Es verdad que esta fue la plaza en la que los almugávares encontraron mayor resistencia a la hora de ocuparla pero, en cualquier caso, no llegó a suponerles un desgaste excesivo ya que únicamente defendían sus murallas un reducido número de

soldados supervivientes de la catástrofe de Halmyros, que además, estaban desconcertados y faltos de toda esperanza de poder triunfar sobre quienes habían derrotado al grueso de sus ejércitos. La viuda de Gualter de Brienne, la duquesa Juana de Châtillon, *hija del condestable de Francia y bisnieta de Godofredo de Villehardouin, historiador de la IV Cruzada con la que se había iniciado la historia latina de Atenas*^[785], era la cabeza visible de aquellos sitiados. Ante la evidencia de una derrota segura, optó por huir de la ciudad. Los defensores capitularían pocos días después abriendo las puertas de Atenas a los aragoneses y catalanes:

[...] et tomaron la çiuadat et toda la terra del ducame sino Cetinas que es muy fuert et alli era la muller del dicho duch qui era muerto con un su fiio et alli se defendio por un tiempo, et depues viendo que non podia aver ayuda por recobrar el ducame se partio con su fiio et sen fue al realme de França en su condado de Brena, et a su padre micer Johan de Castellan qui era conestable de França Et los Catalanes que avian huvido toda la terra dieron argent a los turquos & enviaron los a lur terra et retuvieron la terra del ducame por lur et depues assitiaron a Çetinas, et los de Çetinas non pudiendo aver sucurso se rendieron a los catalanes [...]^[786].

Cuando se presentaron triunfantes a los pies de la Acrópolis, el Ducado franco de Atenas no era sino el recuerdo de la gloriosa sociedad que en otro tiempo había marcado y definido el futuro de Occidente. Juana de Châtillon entregaba a los mercenarios el gobierno de la plaza, aunque nunca renunciaría a ella, manteniendo la esperanza de recuperarla por medio de la figura de su hijo y heredero del fallecido duque, Gualter VI. La familia ducal debería de exiliarse a Negroponte donde, durante años, continuarían haciendo todo lo posible para regresar como señores de Atenas.

Los aragoneses y catalanes marcaron rápidamente su particular huella en la ciudad.

Uno de los detalles más llamativos es el cambio en la denominación de Atenas. Desde entonces, y aunque el título de Atenas sería conservado para el Ducado, la ciudad pasaría a llamarse Cetines, y uno de sus más conocidos símbolos, el Partenón, siglos antes dedicado a la memoria de la diosa Atenea se transformaría en la catedral de Santa María de Cetines:

[...] habitatorem civitatis de Cetines [...]^[787].

Tiempo atrás, después de la IV Cruzada y el posterior dominio franco del Ducado, se había iniciado un periodo de crisis y decadencia imparable de Atenas. Sus gobernantes, herederos de la casa francesa de La Roche, habían logrado ser considerados como duques en lugar de simples señores, pero su incapacidad para

desarrollar una economía tanto agrícola como comercial adaptada a su entorno que fuese capaz de competir con el resto de principados y ducados de su alrededor, había provocado que Atenas perdiese en la práctica el poder y la riqueza de antaño. A consecuencia de esta profunda crisis económica, el Ducado había perdido también la mayor parte de su población, la cual había marchado a otros territorios cercanos en donde existían mayores posibilidades de desarrollo. Tanto los duques como el resto de pequeños señores de la zona habían acabado atrapados en una escuálida economía autárquica que a duras penas era capaz de solventar la escasez y las hambrunas del pueblo. Este nefasto gobierno había alterado más aún los ánimos de la población nativa griega, que sufrían con mayor dureza que nadie los errores de sus dominadores francos.

La capital, Atenas, era el fiel reflejo de la decadencia del resto del Ducado. Con apenas diez mil habitantes, la mayor parte de ellos griegos, había perdido casi por completo la majestuosidad de sus momentos de gloria.

Mira la más famosa de las ciudades, convertida en un pueblo pequeño y deshabitado, conocido solo de nombre por sus venerables ruinas [...]. La que venció por tierra y por mar a los persas, mírala ahora combatida por pequeñas embarcaciones de piratas^[788].

Los imponentes edificios que los antiguos griegos construyesen para admiración de la humanidad habían caído en un abandono absoluto, y las ruinas y la maleza reinaban entre los muros de lo que siglos atrás habían sido suntuosos palacios. Sus calles, por las que antes discurría la bulliciosa vida comercial y cultural del centro del Mediterráneo, eran ahora desvencijados pasos entre pobres casas que difícilmente dejaban adivinar, detrás de la suciedad y los estragos del tiempo, los nobles materiales con los que fueron construidas. Sobre la ciudad se erguía todavía altiva la legendaria Acrópolis ateniense, pero detrás de su imponente silueta solamente quedaba un edificio semiderruido que, en alguna de sus partes, era utilizado por los pastores para guardar rebaños de ovejas.

Nicolás de Martoni a finales del siglo XIV visitó y describió el lamentable estado en el que encontraba la ciudad, como también haría posteriormente Ciriaco de Ancona:

La Cetines catalana era una pequeña ciudad cobijada alrededor de la Acrópolis, de calles estrechas y casas pobres, aunque no de madera como en nuestra Saguno, con restos de monumentos gloriosos. Tan pobre era, cuando estuvo en ella Nicolás de Martoni, que por no tener hospedería pública, tuvo que alojarse en el palacio arzobispal. A la manera de Roma y de otras famosas y antiguas ciudades, estaba llena de reliquias de los tiempos de su grandeza, esparcidas acá y allá, despedazadas unas, otras ocultas por el

polvo o por los hierbajos, y no pocas destinadas a los usos más comunes de la vida. Magníficos jarrones o sepulcros servían como fuentes o bañeras; lápidas de marmol de teatros y odeones, de mesas de trabajo de los artesanos. [...] Grandes montones de tierra y de inculca vegetación ocultaban el Ágora, el Kerameich y la falda sur de la Acrópolis. Los admirables monumentos sepulcrales delante del Dipylon, la más grande y más importante de las antiguas puertas de Atenas, y a ambos lados de la calle de la Academia, que en parte han sido descubiertos casi en nuestros días, yacían también bajo tierra.

La ciudad que ocuparon en aquel momento los aragoneses y catalanes no era, ni mucho menos, la extraordinaria capital que se podría imaginar cuando se piensa en ella. La toma de Atenas, que no era ni siquiera la capital del Ducado, ya que esa titularidad la poseía Tebas, se transformó de este modo en un acontecimiento cuyo principal valor residiría en el prestigio simbólico, y no tanto en una verdadera valía estratégica o económica.

En unos pocos meses, desde marzo de 1311 hasta finales de ese mismo año, los mercenarios habían ocupado la mayor parte de las regiones griegas de Atenas, de Ática y de Beocia, incluidas sus principales ciudades como Tebas, Salona o la misma Atenas. Para ello no tuvieron que emplearse a fondo ni tan siquiera hacer empleo de sus armas. El ejército franco, tras la derrota de Halmyros, había perecido, o en el mejor de los casos huido desordenadamente hacia otros territorios, y la población de la zona que había permanecido en sus hogares, compuesta fundamentalmente por griegos originarios del país, lejos de intentar rechazar a los invasores, les recibieron como libertadores. Ninguna crónica habla de luchas ni de enfrentamientos durante aquella ocupación, de tal modo que todo indica que se trató más de un paseo triunfal que de una conquista armada.

49. El gobierno de los ducados

A partir de finales de 1311 se produjo en el seno de la Compañía la mayor transformación en su forma de ser que hubiesen experimentado hasta entonces. Los mercenarios aragoneses y catalanes que se habían caracterizado por un modo de vida errante y nómada, siempre con sus familias de un sitio a otro en busca de fortuna, se convirtieron de repente en señores de vastos territorios de los que podían disponer a su antojo. Ya no iban a necesitar acudir a reyes o emperadores para obtener trabajo como soldados de fortuna porque se acababan de transformar ellos mismos en señores de su propio destino. Esta transición de mercenarios a señores no supuso ningún efecto traumático ni de disidencia dentro de la Compañía, o al menos no se conocen noticias de que hubiese individuos que rechazasen el cambio. Únicamente, los turcos y turcoples que permanecían junto a ellos decidieron abandonarles definitivamente para buscar otro destino, o al menos esa es la opinión de Muntaner^[789], aunque, como ya vimos, la separación masiva se habría producido algún tiempo antes.

Los almugávares tomaron posesión con premura de los nuevos dominios. Todos tuvieron su parte en el gran reparto de bienes y tierras, que dependieron, eso sí, de su rango dentro de la hueste. Los de mayor posición obtuvieron el gobierno de las principales ciudades y castillos, como fue el caso de Roger Deslaur que obtuvo Salona, y acompañando a las posesiones materiales, se hacían también con los derechos sobre las mujeres de los nobles destronados.

Una vez hecho el reparto y asentados en sus nuevos señoríos comenzaron a instaurar una serie de leyes y normas dirigidas a su consolidación como estado, pero también a suplir la desventaja que suponía su minoría numérica frente a la población griega. Estas leyes se adaptaban a las necesidades que estaban comenzando a aparecer en este nuevo escenario y tendrían características diferentes a las que hasta ese instante habían servido para regirles.

Sin embargo, todas formarían una unidad coherente entre ellas y las normas primigenias de los almugávares, respetando, por encima de la separación entre los pequeños señoríos recién creados, la unidad de la hueste como colectivo común.

De la misma forma, estas leyes se aplicarían en consonancia con el rol y categoría que cada uno de ellos había desempeñado durante su vida como mercenario. Las primeras normativas, de carácter genérico para todos los territorios de la Compañía, iban a echar por tierra las expectativas que los griegos de aquellas regiones se habían hecho de cara a un mejor futuro para sus intereses. Si la llegada de los nuevos ocupantes había supuesto la aparición de una leve esperanza de acabar con el odiado vasallaje a los franceses, las leyes que ahora se imponían demostraban que su situación no iba a mejorar demasiado. Los griegos, salvo aquellos que se posicionaron en un primer momento a favor de los nuevos señores en Tebas, o de algunas otras contadas excepciones, volvían a ser los ciudadanos de segunda que habían sido bajo la dominación franca y, en algunos aspectos, su situación podía compararse a la de los esclavos.

Los griegos verían como se recortaban de nuevo sus libertades y derechos. Se les negaba la posibilidad de casarse con mujeres de origen franco, aragonesas o catalanas, al tiempo que los mercenarios obligaron a que se les considerase a ellos mismos con francos. Sin embargo, la situación opuesta, es decir, el matrimonio de mercenarios con mujeres griegas, no solo no estaba prohibido sino que fue una práctica habitual. En la confirmación por Pedro IV de los *Capítulos*^[790] para la ciudad de Atenas, sellada el 1 de septiembre de 1380 en Lleida, se hace mención expresa al matrimonio de Romeu de Bellarbre con la griega Zoy de Magara, y como, gracias al beneplácito real, ésta adquiere desde ese instante diversos derechos y privilegios:

[...] a vendre, donar, alienar, empenyar, comprar, fer matrimoni et matrimonis e gualdir totes franqueses et libertats com franca, libera e quitia persona, no obstant nenguns ordonaments ni capitols dela companya contre la dita franquitat vinents per nengun modo ne raó^[791].

Esta normativa tendría ciertas excepciones, pero por lo general se aplicaría con la mayor rigurosidad, llegando a afectar incluso a los griegos que aceptaban renegar de su fe para convertirse a la fe romana. No parece que fuese destacable el número de ciudadanos griegos que abandonasen su religión ortodoxa por la romana puesto que tal declaración tampoco les suponía ningún beneficio automático. Los casos más conocidos son los de griegas que, después de casarse con miembros de la Compañía, deciden dar este paso, seguramente para evitar discriminaciones o acusaciones. Es curioso el caso de una mujer llamada Anna que fuera esposa del almugávar Peri Stagnoli y que, tras la muerte de éste, le son arrebatados todos los bienes de su marido para otorgárselos a Bernardi de Balestari porque ella había regresado a su religión griega^[792].

Tampoco les estaba permitido ser dueños de las tierras, ni de los escasos y

rudimentarios medios de producción existentes, de tal modo que se les impedía cualquier fórmula de enriquecimiento ni de mejora en su nivel de vida.

De nuevo, se conoce de la generalidad de las leyes por el reconocimiento expreso realizado en situaciones excepcionales. Esta vez el testimonio de Fadrique de Sicilia concediendo, el 8 de junio de 1367 al griego de Tebas Francisco de Cremona^[793], todos los bienes y propiedades que habían pertenecido a un tal Felipe de Lacauza, en agradecimiento por los servicios prestados a la Corona, muestra lo extraordinario de estas concesiones a los griegos. Todavía resulta más llamativa esta orden ya que el beneficiario es un miembro de la Iglesia y, según las ordenaciones de la Compañía que más adelante veremos, además de a los griegos, se prohibía expresamente que los clérigos de cualquier escalafón jerárquico poseyesen bienes en los ducados.

En cualquier caso, la explicación más extendida para estas concesiones a griegos vendría dada no por unas muestras de generosidad por parte de los aragoneses y catalanes, o de los reyes de Aragón y Sicilia, sino que en realidad estarían forzadas por la incapacidad de éstos para dirigir de manera autónoma el gobierno de los ducados, buscando, por medio de estas ofertas aperturistas hacia los griegos de más reputada valía introducirlos en la maquinaria interna de la administración y aprovechar de ese modo su experiencia y conocimientos, tanto políticos como mercantiles.

Otro de los cambios introducidos entonces en la Compañía sería su propia denominación. Si tras el asesinato de Roger de Flor los almugávares se habían agrupado en torno al nombre de *la host dels ffranchs quí regne lo Regne de massedonia*^[794], ahora, en consonancia con su nuevo rol como señores de parte de los ducados francos de Grecia, se llamarían a sí mismos *Felix Francorum exercitus in Romanie partibus comorans*^[795]. Hacían así oficial su deseo de ser considerados no como mercenarios apátridas sino como sucesores legítimos de la dominación europea sobre Grecia nacida tras la IV Cruzada. Las reiteraciones en este sentido son incesantes y están sobradamente documentadas:

[...] *universitas exercitus Francorum in Romanie partibus existentis* [...]^[796].

Esta puntualización viene al caso para contestar la gran cantidad de ocasiones en las que, por parte de escritores contemporáneos, se ha intentado modificar esta denominación por la de «Compañía catalana» o similares, aprovechando el momento de la conversión de mercenarios errantes en estado estable. Si bien es cierto que es usado en alguna ocasión tal nombre en documentos históricos pertenecientes a diferentes cancillerías mediterráneas^[797] —aunque no en todas ellas, ni en todas las ocasiones, puesto que, por ejemplo, también aparecen multitud de veces como *compagnia dei Franchii in Romanía* en documentos venecianos—, no es por ello razón suficiente como para sustituir y borrar de un plumazo la verdadera

denominación que los almugávares se dieron a sí mismos de manera oficial y, consecuentemente, la única que emplearon en toda su documentación y correspondencia, tanto interna como internacional.

A pesar de las escisiones que habían sufrido hasta entonces, su composición continuaba siendo paritaria entre aragoneses y catalanes, o al menos, no hay ningún testimonio histórico conocido que afirme otra cosa, más bien al contrario, como este de noviembre de 1311:

[...] per vostres gens Cathalans et Aragoneses qui son ja en Romanía qui han subjugades moltes terres [...]^[798].

El ejemplo citado, que hace referencia a una comparecencia realizada por embajadores de Jaime II en el Concilio de Viena, resulta especialmente clarificador sobre el hecho al que hacíamos referencia, ya que, a pesar de la evidencia documental que supone la mención de forma igualitaria de catalanes y aragoneses en el texto, su recopilador, el, por otra parte siempre admirado Rubió, insiste una vez más en hacer desaparecer la figura de los aragoneses del contexto, de manera que su traducción explicativa del documento queda de este modo:

[...] li comuniquen l'opinió [...] de què els catalans de Romanía podrien emplearse en la creuada de Terra Santa^[799].

«Errores» de este tipo, repetidos constantemente, han dado lugar a la falsa creencia de cuestiones tales como que los almugávares se hubiesen podido llegar a denominar a sí mismos, en algún momento, como *societati Cathalanorum*^[800], aseveraciones alejadas por completo de la realidad, puesto que este tipo de nombre, en las ocasiones en las que fue empleado —ni mucho menos, lo fue en todas ellas—, era utilizado por potencias extranjeras ajenas a la Compañía o a la Corona de Aragón.

La Compañía intentó suplir su falta de experiencia a la hora de conformar un gobierno consolidado y estable recurriendo a los únicos recursos de los que pudieron disponer en ese momento, que eran simplemente reproducir los esquemas que los francos ya habían empleado en aquel mismo lugar, y así los conquistadores impusieron en los ducados una segregación social similar a la de Venecia en Creta^[801]. Es decir, desde un primer momento, no intentaron instaurar un sistema original basado en sus leyes internas tradicionales, sino que reprodujeron miméticamente lo que sus vecinos venecianos estaban imponiendo en sus colonias. No obstante, esta sería una tendencia que no duraría demasiado. Después de estos meses iniciales de gobierno, se producirían cambios importantes en cuanto a la legislación de la que se proveyeron y, aunque nunca derogarían las leyes segregacionistas ya creadas, sí que, poco tiempo después, modificarían la base

fundamental de sus constituciones legales.

50. La Iglesia romana y las intrigas internacionales

La Iglesia de Roma fue una de las «víctimas» de la ocupación del Ducado de Atenas por los aragoneses y catalanes. Durante el periodo de dominación franca, la Iglesia había disfrutado de un lugar predominante dentro del gobierno de los ducados y señoríos francos de la zona. La eterna alianza con la Corona francesa le aseguraba el mantenimiento de importantes bastiones geopolíticos en el Mediterráneo oriental. Pero la llegada del nuevo orden impuesto por los almugávares descompuso por completo esta hegemonía en el sur de Grecia.

Roma, que nunca había admitido a la Compañía como una posible parte de su proyecto de expansión hacia Oriente, rechazó desde el primer momento la ocupación de los territorios que hasta entonces pertenecían a la francesa Casa de Brienne, y de hecho, tras la muerte del duque se apresuraron a apoyar a su heredero, Gualter VI, como legítimo señor de Atenas.

Cuando los aragoneses y catalanes llegaron al arzobispado de Atenas éste estaba compuesto por once sufraganeas, según dice Inocencio III en una carta fechada en febrero de 1209^[802]. Sobre esta circunscripción, así como en el resto de territorios de la Grecia franca, ejercía su poder el Patriarca latino de Constantinopla, que a su vez, debía obediencia a Roma, aunque en ocasiones las pugnas entre ambas jerarcas era palpable. No fueron extrañas las situaciones en las que las decisiones de uno y otro chocaban abiertamente, como por ejemplo a la hora de designar nuevos cargos para algunas diócesis o parroquias. En algunas de ellas se daba la circunstancia de que existían dos responsables para un mismo puesto, como sucedió en sedes episcopales como las de Lamia (Zeitouni), Termópilas, Salónica o Megara.

El cambio de dueños en los territorios que ocupaban la mayor parte de estas prefecturas eclesiásticas, supuso un fuerte revés tanto para los planes de la Iglesia como para la vida de los cientos de clérigos que desarrollaban su labor en ellas. Pero, a pesar del antiguo enfrentamiento entre la Compañía y la Iglesia (debido a la larga lista de desencuentros y desplantes que los mercenarios había hecho durante años a

Roma, y también porque, hasta cierto punto, seguían siendo vasallos del rey de Aragón, aunque las relaciones entre la Corona y Roma habían mejorado notablemente desde que partieron de Sicilia), ésta continuó manteniendo cierto control sobre la política de los ducados e intentó aprovecharse de los intentos del rey de Aragón por buscar un acercamiento hacia el papado. Clemente V buscaría normalizar la situación en su arzobispado tras la derrota franca de Halmyros. El 13 de agosto de 1311 escribió una carta desde el Priorato de Grausello, en la que comunicaba formalmente el nombramiento de un nuevo obispo para la ciudad de Tebas, llamado Estéfano^[803].

No obstante, los aragoneses y catalanes se esforzarían por mantener controlada a la Iglesia. No hubo un choque directo con la institución, pero sí que elaboraron los mecanismos necesarios para bloquear su influencia dentro de los ducados. Del mismo modo que hicieran para evitar que la población griega pudiese ganar poder en sus dominios, también aprobaron leyes concretas que prohibían que la Iglesia o los clérigos en particular pudiesen poseer en propiedad cualquier tipo de bienes, imposibilitando de esta manera que su poder político o económico hiciese sombra al del propio gobierno de los ducados. También se prohibía que nadie regalase o vendiese propiedades ni otros bienes a la Iglesia bajo pena de un año de prisión y de una multa de trescientas perpras^[804]. Así, Fadrique III, el 8 de junio de 1367 desde la ciudad siciliana de Messina, escribiría una orden real para permitir que el religioso Francisco de Cremona, titular de la iglesia de Santa María de Tebas, pudiese disponer de ciertos bienes, en contra lo que marcaban las leyes del Ducado. Por suerte, en esa misma misiva aparece también el *Capítulo* de la constitución de la Compañía en el que se hace mención expresa de dicha prohibición:

Item que negun clergue ni villans lurs, ne deia ni pusca comprar, per si ni per atri, ni per sens ni per donació ni per lexa ni per titol alcun de adquisició, per negun engiyn altra villan ni villans ni bens scients si patis de cases no erent a tera per son estar a sensats, sots pena de perdren la possessió et la cosa enaxí acquistada, pagadora e avedora per ters a la cort, a la ciutat e al acusador^[805].

Estas restricciones hacia la Iglesia se mantendrían hasta el final de la dominación aragonesa en los ducados, aunque en alguna ocasión se intentó que fuesen abolidos.

Curiosamente, será el gobierno de los ducados quien demandaría al rey Pedro IV, por medio de los nuevos capítulos, dictados el 20 de mayo de 1380 y presentados ante el soberano el 1 de septiembre de ese mismo año, que dejase de tener vigencia toda aquella ley que restringiese el acceso del estamento eclesial a la propiedad:

Item placia ala dita reyal majestad que per la dita reyal majestad sia anullat

e cassat aquell capitol o capitols fets per temps passat en los dits ducats d Athenes, lo qual capitol appar esser en compte (sic) dret e raó demanat e usat, e entant e emperçó que es contra vera consciencia de la anima e contra la sglesia de la fe catolica, lo qual capitol diu: «item que nenguna persona qualsque qual sia no puga lexar per sa anima ni per nengun enginy ne manera nenguns bens a la sglesia tant de viles, terres, vinyes com altres coses etc. encara que no puguessen lexar los lurs vilans franchs per la anima lur etc»^[806].

Pocos días después, el 6 de octubre desde Lleida, el rey de Aragón, que había dado su aprobación a la mayor parte de las peticiones que se le habían exigido para ser aceptado como señor de los ducados, se negaría en rotundo a que los mencionados artículos fuesen suprimidos y forzaba a sus súbditos de Grecia a que continuasen con el bloqueo a los intereses de Roma:

[...] subditis nostris in ducatus Athenarum et Neopatrie [...] sic providendum ducimus ordinandum quod nullus ex vobis bona sedencia, ut puta campos, vineas, domos et alias possessiones nec non redditus ac census in clericos sanctos religiosas et accessiasticas personas audeat transferre, vendere, dimittere aut legare [...]^[807].

Los años siguientes a la ocupación de los ducados continuarían siendo de grandes penurias para el poder de la Iglesia en el sur de Grecia, y la Compañía se esforzaría, empleando la violencia en algunos casos, por causar las mayores pérdidas a las arcas papales. Será incesante el trabajo de Clemente V para subsanar la crisis provocada por los aragoneses y catalanes, al tiempo que se verá obligado a tomar medidas extremas que ayudasen a la subsistencia económica de sus debilitadas diócesis en Atenas:

[...] aquella gente que había ido a las partes de Grecia en favor de los fieles, de quien se esperaba que habían de defender la tierra —no empleando sus fuerzas contra los enemigos— las habían convertido contra las iglesias y contra las personas eclesiásticas, y ejecutaban grandes crueldades y robos y muertes contra los fieles de aquellas partes, muy más cruelmente que lo pudieran hacer los enemigos de la fe por pérfidos y bárbaros que fuesen^[808].

El Papa se dirigiría en persona en más de una ocasión directamente a ellos para lanzarles advertencias o para mediar en favor de sus aliados, como fue el caso de la carta de 2 de mayo de 1312 en la que les ordenaba que cesasen de inmediato con los pactos y alianzas que estaban llevando a cabo con los «enemigos de la fe católica»

(refiriéndose probablemente a los acuerdos a los que habían llegado con algunos relevantes ciudadanos griegos). El arma que el papado esgrimirá contra ellos será, una vez más, la excomunión.

La causa de estas quejas estaría en la defensa de los intereses de Felipe de Tarento, hijo de Carlos II de Nápoles, que había heredado el principado de Acaia o de la Morea, en 1306, sucediendo a su anterior gobernante Felipe I de Saboya. El peligro que suponía un ejército tan poderoso, en comparación con los escasos efectivos con los que el debilitado poderío franco contaba tras la derrota de Halmyros en la región, movió a Felipe de Tarento a buscar la ayuda del papado intentando, en vano, impulsar una cruzada contra los griegos.

Un papel muy importante en este conflicto jugaría también la Orden del Hospital de San Juan^[809]. Su cometido como garante de la fe y de los intereses romanos en Oriente, colocó a los hospitalarios como la fuerza de choque que debería frenar la arrogancia de los almugávares.

En 1309 los hospitalarios se habían asentado en la isla de Rodas, a la que habían convertido en su principal base de operaciones en el Mediterráneo. Al margen de esta isla, poseían también algunas pequeñas posesiones en Grecia. El 2 de mayo de 1312 Clemente V ordenaba al maestre de la orden, Fulconi de Villaret, que colaborase con Felipe de Tarento en la defensa de sus intereses^[810]. Sin embargo, los hospitalarios, que estaban dispuestos a defender los mandatos de Roma pero sin poner en peligro sus posesiones, dilataron cuanto pudieron esta situación, evitando todo en lo posible entrar en un conflicto armado directo con los almugávares.

Frente a esta situación, Clemente V no tendrá más remedio que contemplar el declive de su arzobispado, al tiempo que otorgaba bulas por las que los responsables de sus diócesis podían evitar hacer frente a sus obligaciones económicas con Roma o, directamente, permitía a algunos obispos ausentarse de las sedes más conflictivas durante años. El 23 de junio de 1312

Bartholomeo, arzobispo de Corinto, es autorizado a no pagar durante tres años sus deudas con la Iglesia a causa del lamentable estado en el que se encuentra su jurisdicción por culpa del acoso de la Compañía^[811]. Desde el Priorato de Grausello, el 13 de julio del mismo año, el Papa firmaba una resolución por la que se permitía que Esteban, arzobispo de Tebas, no rindiese cuentas de los escasos beneficios que producía su iglesia y los utilizase para su supervivencia, haciendo frente a las penalidades que le están produciendo los *Cathalanos et Aragoneses*^[812]. Algo similar ocurrirá con Gualter, obispo de Negroponte, y pariente del fallecido Gualter V de Brienne, a quien se le concedió permiso para permanecer en Avignon y no regresar en tres años a su diócesis debido al peligro que encerraba tanto el viaje como la inestabilidad política de la región^[813].

Pese a todo, mientras en Atenas se marcaban límites al poder de Roma, desde el papado consideraban todas las posibilidades que el nuevo panorama del Mediterráneo

oriental podía ofrecer para sus planes en la zona. Adaptándose de forma camaleónica a las circunstancias que se habían presentado, e intentando no darle mayor relevancia a la legislación casi anticlerical de la que se estaba dotando la Compañía, Clemente V hizo saber al rey de Aragón, por medio de los embajadores del monarca P. de Queralt, P. Boyl y G. Olomar, que en el Concilio de Viena se había considerado oportuno emplear a los efectivos de la Compañía de aragoneses y catalanes de Grecia, para que sirvieran como fuerza de vanguardia de una futura cruzada a Tierra Santa.

Según la misma versión, la Santa Sede reconocía que los almugávares se habían ganado el respeto y temor de sus enemigos, y que no temían ni a franceses ni a otras naciones. Por eso, solicitaban a Jaime II que reflexionase a cerca de la posibilidad de hacer de intermediario y convencer a los mercenarios para que participasen en esta aventura^[814].

La cruzada, impulsada fervientemente por el cardenal Eusebio, tomaría un nuevo impulso en 1313 cuando *el rey de Francia y Luis rey de Navarra y Filipo y Carlos sus hijos y Eduardo rey de Inglaterra y dos hermanos del rey de Francia, que eran el conde de Valois y Luis conde de Evreus*^[815], recibieron de sus manos la cruz que los designaba como abanderados de la «Guerra Santa» para recuperar el Ducado de Atenas y derrocar al emperador de Constantinopla.

Pero dentro de esta trama internacional para organizar la nueva expedición cruzada existía otro frente muy cercano en el que los almugávares estaban siendo, también sin saberlo, protagonistas de excepción, el reino cristiano de Armenia.

Este reino de confesión cristiana situado en los confines de Anatolia, había mantenido desde casi un siglo antes excelentes relaciones con la Corona de Aragón. Jaime I (1213-1276) ya había puesto sus miras en aquel país a la hora de enfocar su política expansionista en Oriente, iniciando el establecimiento de una larga amistad con el rey de Armenia, León II (1270-1289). Los años posteriores al reinado de Jaime I estas relaciones pasarían por un periodo de enfriamiento, provocado por el distanciamiento que los reyes aragoneses Pedro III (1276-1285) y Alfonso III (1285-1291) forzarían a causa de los problemas que mantenían en Occidente con el papado y con la Casa de Anjou. No obstante, desde aquellas primeras negociaciones entre Jaime I y León II, las transacciones comerciales impulsadas básicamente por los mercaderes catalanes, o por figuras de la religión y de las letras tan reseñables como Ramón Llull, no cesaron de acrecentar el número de intercambios y de negocios entre ambas potencias.

Como consecuencia de esta afinidad, a finales de 1311 la Compañía entraría a jugar un importante papel en las conversaciones que tenían como meta impulsar una cruzada que partiese desde Armenia. No obstante, y aunque la expedición sería compartida con Francia y con el papado, los embajadores del rey de Aragón y del Reino de Armenia, buscaban utilizar tanto a la cruzada como a la Compañía en provecho de sus propios intereses particulares^[816].

De uno u otro modo, ninguno de los poderes que confabulaban para sacar su propio beneficio de la «santa» contienda, pudo alcanzar sus objetivos puesto que la muerte de Clemente V y del rey de Francia darían al traste con los acuerdos alcanzados.

Aunque en Atenas no tuviesen noticias de ello, gracias a las muertes de los dos dirigentes habían evitado verse forzados a regresar a su vieja condición como guerreros a sueldo.

No solo en esta ocasión estuvieron los almugávares sin saberlo en medio de los enfrentamientos entre las cortes europeas. El 31 de marzo de 1312 los embajadores de Jaime II escribían a éste para contarle como el rey Fadrique de Sicilia estaba preparando treinta galeras y ya había enviado cuatro a Grecia para reclutar a la Compañía y llevarla de regreso a Sicilia para que participasen en la inminente guerra que se estaba preparando contra el rey Roberto de Calabria^[817]. Este plan no saldría adelante, pero deja constancia de la importancia que la hueste tenía dentro de la política mediterránea a principios del siglo XIV.

51. Primer traspaso de poder en el gobierno de los ducados: de Roger Deslaur a Manredo de Sicilia y Berenguer Estanyol

Transcurridos los primeros meses después de la victoria de Halmyros, y después de haber tomado posesión, de manera más o menos estable, de una parte importante de las antiguas posesiones del duque de Atenas, la Compañía se percató de que, aunque la conquista de la región había sido relativamente cómoda, se les planteaba ahora un reto mucho más complejo, su mantenimiento y consolidación. Roger Deslaur había aceptado dirigir la hueste en este nuevo periodo de sedentarismo, intentando transformar a aquel ejército de bandidos y mercenarios en el esqueleto político de lo que pretendían que fuese un estado aragonesocatalán. No obstante, a la incapacidad evidente para cumplir con las funciones como gobernantes o administradores de quienes durante toda su vida, y en algunos casos, durante generaciones, no habían conocido otro método de ganarse el pan que no fuese la guerra, tenían que sumar una considerable cantidad de obstáculos externos que amenazaban seriamente su permanencia como entidad política. La familia de Gualter V, con su viuda Juana de Châtillon, y su hijo y heredero Gualter VI, encabezaban una intriga para acabar con ellos, de la que también participaba el Papa, la Corona francesa, la Casa angevina o la República de Venecia, que temía por su dominio de la isla de Negroponte^[818].

Ante tan poco halagüeño escenario, se inició un periodo de discusiones internas entre el Consejo, los nuevos gobernantes almagávares surgidos tras el reparto de territorios en el Ducado de Atenas y el resto de la Compañía, para intentar salir de aquella delicada situación del mejor modo. El recurso a las armas para defender sus recién adquiridos derechos y propiedades, pudo haber sido una de las soluciones planteadas por parte de los antiguos mercenarios que sentían nostalgia de otro tiempo no muy lejano pero, quizás por ser demasiado serio el potencial militar del conjunto de los enemigos que tenían enfrente, o quizás por la perspectiva de perder la oportunidad de disfrutar de una vida acomodada como la que ahora estaban comenzando a conocer, la cuestión es que la decisión que finalmente tomaron no fue

la de recurrir a la fuerza, como habrían hecho hasta entonces, sino la de buscar otra alternativa a través de la diplomacia. En este punto, es posible que fuese el propio Roger Deslaur quien, viendo como las circunstancias adversas superaban sus posibilidades como líder, optase por dar un paso atrás y abandonar el poder en beneficio de otra persona con mayores capacidades para afrontar el desafío; o bien, fue la Compañía la que forzó su renuncia al haber encontrado un sustituto mucho más idóneo para el cargo, el rey Fadrique de Sicilia.

El monarca siciliano recibió el ofrecimiento con sorpresa, pero sobre todo con una inmensa satisfacción. Su situación política estaba por aquel entonces en uno de sus peores momentos desde que se despidiese de los aragoneses y catalanes en 1303 en el puerto de Messina.

Las expectativas de poder mantener el control de Sicilia disminuían a medida que avanzaban las fuerzas de su cuñado, Roberto I de Nápoles, de manera que no vio otra posibilidad que considerar seriamente el llegar a un acuerdo con éste mediante el cual Fadrique cedería el trono de Sicilia a Roberto, y a cambio obtendría el reino de Albania y el principado de Morea (Acaia). Este propósito sería desbaratado por la negativa del príncipe Felipe de Tarento, titular en ese momento del trono de Morea, a ceder su gobierno en beneficio del siciliano, posición que se reforzaría con su intención de casarse con Catherina de Valois, emperatriz franca de Constantinopla^[819]. Todo ello hacía retornar al monarca siciliano al punto de partida, pero con un número de alternativas considerablemente menor.

Así pues, la llegada de las noticias desde el Ducado de Atenas que le comunicaban el deseo de sus actuales señores de cederle su gobierno no pudo haber caído en mejor momento.

La decisión de Fadrique no se hizo esperar, y rápidamente buscó un candidato para que ocupase dicho puesto en su nombre. El elegido fue su segundo hijo, Manfredo quien, con la edad de tan solo cinco años, se convertiría en el primer duque de Atenas de la Corona de Aragón.

Roger Deslaur, como comandante todavía en funciones de la Compañía, fue su representante en las negociaciones que culminaron con este acuerdo:

[...] universitas exercitus Francorum in Romanie partibus existentis per nobilem Rogerium de Lauro militem, marescalcum et rectorem universitatis [...] ordinatum, elegit, approbavit et peciit seu postulavit in eorum verum legitimun et naturalem dominum inclitum infantem Manfridum filium serenissimi principis domini Friderici illustris regis Trinacrie (Sicilia), ac nomine ipsius infantis eundem dominum regem in eiusdem universitatis rectorem et defensorem^[820].

De este modo, en una fecha sin confirmar, pero que se puede situar entre finales

de 1311 e inicios de 1312 se confirmaba el cese de Deslaur, que dejaría su cargo pocos meses después de haber asumido el mando de la hueste, y se retiraría a sus dominios de Salona, desapareciendo definitivamente de la vida política de la Compañía.

Los almugávares habían perdido voluntariamente una parte considerable de su independencia a cambio de la protección y la seguridad que podía proporcionarles su antiguo señor, el rey de Sicilia. Algo importante había cambiado en lo más profundo del espíritu de quienes hasta entonces habían sido el terror de los campos de batalla de todo el Mediterráneo, para que accediesen a pedir ayuda a aquel que en otro tiempo les utilizó sin ningún pudor, con la sola esperanza de conservar ahora, sin luchar, el placentero estilo de vida que la conquista del Ducado de Atenas les había supuesto. Los sanguinarios mercenarios, quizás, habían comenzado a no serlo tanto.

El documento original por el cual la Compañía cedía la soberanía del Ducado a Fadrique de Sicilia, lamentablemente, no se ha conservado. Pero por suerte, conocemos una parte importante de aquella «constitución», o al menos de algunos de sus artículos o «capítulos», gracias a los extractos que aparecen en muchos de los documentos conservados en el ACA y especialmente a una pequeña parte que se refieren específicamente a ellos. El más destacado es la copia que Rubió i Lluch descubrió y recogió en su *Diplomatari* con el número LIII. El texto fue hallado entre una serie de legajos pertenecientes, seguramente, a la cancillería siciliana, ya que junto a él se hallaban copias relativas al emperador Enrique, al rey Fadrique y al rey Roberto, bajo el título de *Inter imperatorem et regem Fredericum ad regem Robertum*.

Si bien el documento en cuestión que nos ocupa no está fechado, sí lo están el resto que le acompañaban, perteneciendo al periodo comprendido entre marzo de 1311 y julio de 1312 de manera que, situándolo en el contexto de los acontecimientos que tuvieron lugar esos meses en Grecia, se puede decir que la fecha en la que fue firmado estaría entre finales de 1311 o principios de 1312.

En este documento, la Compañía reconoce como su señor a Fadrique de Sicilia, y en su nombre a su hijo Manfredo. Por su parte, la Casa siciliana promete gobernar y defender los intereses de sus nuevos vasallos de Atenas.

El marco constitucional bajo el que ambas partes se comprometen a regirse y a gobernarse son los *foros Aragonie vel consuetudines Barchinonie*^[821], es decir, los *Fueros de Aragón* y las constituciones o *Usatges* de Barcelona, conjuntamente. No solamente se obligaba al rey a acatar y respetar dichos fueros y usatges en su regencia civil, sino que las mismas leyes deberían servir en todo momento para gobernar al ejército del Ducado, el cual además, pasaba a estar bajo las órdenes del rey pero con la condición de que éste sirviese en todo momento a la defensa del propio Ducado y de sus intereses. En definitiva, la entrega de la soberanía no iba a ser, ni mucho menos gratuita. El monarca recibía un balón de oxígeno que le servía para recuperar su espacio dentro del contexto político mediterráneo, pero a cambio prometía a sus vasallos en Grecia que respetaría por encima de todo sus deseos y las leyes que ellos

mismos habían elegido para gobernarse. Todos los miembros de la Compañía tendrían asegurado por aquella firma que se respetaría en todo momento los bienes y las posiciones sociales adquiridas hasta entonces, así como los derechos que ellos mismos se hubiesen concedido durante la formación del nuevo estado. También se sellaba la permanencia del modo de gobierno y de las instituciones, tanto municipales como ducales, que la Compañía había establecido en Atenas.

De este modo, los almugávares se sometían en teoría a un nuevo señor, pero en la práctica continuaban ejerciendo como un estado independiente de la Corona, manteniendo una autonomía casi similar a la que gozaban antes de la firma del acuerdo. Este equilibrio de poder entre la Casa siciliana y el gobierno almugávar de Grecia cambiaría con el paso de los años y, poco a poco, el peso de la nobleza siciliana y aragonesa decantaría la balanza a favor de la Corona.

Como la minoría de edad del infante Manfredo hacía imposible que se hiciese cargo del gobierno del Ducado, Fadrique tomó la decisión de que en su lugar tomase el mando como vicario general el catalán, nacido en el Ampurdán, Bernard Estanyol. No se conoce el motivo por el que numerosos autores, comenzando por Rubió, han cambiado el nombre de este personaje por el de «Berenguer» Estanyol. Las referencias que existen de él a través de Muntaner lo identifican como «Bernard» y no como «Berenguer»: «Brnar Estayoll»^[822].

De hecho, únicamente contamos con la referencia de Muntaner para conocer de este individuo. En ningún documento conocido aparece su nombre, lo que no deja de levantar muchas dudas dada la notable relevancia del cargo que ocuparía. Por ello, existen discrepancias que en muchas ocasiones se han dejado pasar inadvertidas. El historiador Loenertz^[823], dudó de la existencia de Bernard Estanyol, al menos con ese nombre, de hecho, aunque se han buscado noticias sobre él, nada se sabe de su persona ni sobre el lugar en el que se encontraría su castillo en Grecia. L. Manrique^[824], historiador no demasiado considerado perteneciente a la etapa franquista, veía más que razonables las dudas sobre este personaje. La teoría de Manrique era que el tal Bernard Estanyol fue en realidad Odón (Oto) de Novelles^[825], perteneciente a una poderosa familia dentro de la floreciente estructura política de la Compañía, y que aparece mencionado en diversas ocasiones en la documentación conservada. El testimonio más concluyente para apoyar esta opinión es un documento aparecido en el Archivo de la Corona de Aragón, fechado en mayo de 1381 del que no se sabe el lugar en el que fue escrito, y en el que aparece una relación de los principales señores de los ducados de Atenas y Neopatria en esa época. En él se menciona a *Misili de Novelles senyor del castell den Estanyol*^[826], lo que indicaría que se habría confundido el nombre de la familia por el de el castillo sobre el que gobernaban. Por el contrario, ningún Bernard, ni Berenguer Estanyol, es mencionado en la correspondencia conocida que se generó durante el periodo de tiempo en el que se supone que estuvo al frente del gobierno ateniense. Además, el

hecho de que la única referencia a este misterioso individuo sea la mención que hace de él Muntaner, no aporta excesiva credibilidad, puesto que a estas alturas del relato del cronista, éste habla ya sobre los hechos de Grecia desde la distancia y únicamente por referencias que recibiría tiempo después.

Acudiendo una vez más al *Diplomatari* de Rubió, corroboramos como las únicas menciones que éste hace de Estanyol son en dos notas a pie de página y siempre confiando en la palabra de Muntaner, no en su presencia en la documentación del ACA.

En definitiva, es significativo que en toda la correspondencia conservada de esos años, cuando se hace referencia a la Compañía, no haya nadie que se dirija a Estanyol, ni tan siquiera, las cartas emitidas desde el gobierno del Ducado le nombran, ni mucho menos, son firmadas por él. El papa Clemente V se dirige a la *Dilectis filiis societati Cathalanorum commorantium in partibus Romanie*^[827]. El rey Jaime II de Aragón tampoco utiliza como representante de la Compañía a Estanyol y en todo momento escribe sus misivas al conjunto de la hueste^[828]. Tampoco la propia Compañía firma con el nombre de su supuesto mariscal o vicario general, sino que lo hacen como *universitas foelicis Francorum exercitus existentis in partibus imperii Romaníae*^[829].

Tras estos argumentos, se debe, al menos, dejar abierta una puerta a la duda. En cualquier caso, y ante la falta de mayor seguridad, se ha aceptado la sucesión de Bernard Estanyol como vicario general del Ducado de Atenas en el lugar de Manfredo de Sicilia.

Con Estanyol, que ejercería su gobierno durante cinco años (1312-1316), comenzaba oficialmente el reinado de los reyes de la Corona de Aragón sobre los ducados de Grecia. En ese tiempo su esfuerzos estarían destinados a fortalecer y ampliar los dominios de Atenas aunque, de forma velada, buscaría también ganar terreno político en favor de su señor, el rey Fadrique, lo que iba en detrimento directo de la independencia y del poder de la Compañía. Así, el brazo siciliano iría dando pequeños pasos para su penetración en la maquinaria administrativa del Ducado con acciones que pudieron pasar inadvertidas para los aragoneses y catalanes, como los nombramientos de funcionarios o de gobernadores provenientes de Sicilia, como fue el caso del notario Pietro d'Ardoyno, natural de Messina, que el 9 de octubre de 1316 se convirtió en canciller de la Compañía^[830].

Como vicario general de un poderoso, pero amenazado ducado, Estanyol trabó una inteligente política de guerras y paces con sus inciertos vecinos. Paralelamente, la República de Venecia desde Negroponte, los griegos de la Tesalia y del Epiro, junto con los aliados francos de la Casa de Brienne en Morea, no pensaban sino en la posibilidad de terminar con aquellos orgullosos almugávares que los habían derrotado y humillado. Sin embargo, por suerte para la Compañía, las rencillas y los choques de intereses entre ellos impidieron que fuesen capaces de aunar sus esfuerzos en un

frente común, lo que habría aniquilado con toda seguridad a los mercenarios. Estanyol demostró en esos años que Fadrique sabía lo que se hacía cuando lo eligió para el cargo, desplegando una gran destreza como estratega. Sus combates para llevar más allá las fronteras del Ducado de Atenas fueron continuos, manteniendo en todo momento una directriz precisa que era no entrar en lucha con más de un enemigo a la vez. A pesar de que se enfrentó con prácticamente todos los territorios limítrofes, buscó siempre hacerlo de uno en uno, y nunca con dos poderes simultáneamente. Cuando lanzaba una ofensiva contra uno de sus enemigos, se aseguraba antes de haber firmado un acuerdo de paz con los otros; y cuando giraba su objetivo bélico hacia uno de éstos con los que poco antes había llegado a una tregua, se apresuraba a pactar con el que acababa de atacar. De este modo, logró ampliar sus territorios de una forma paulatina pero imparable:

Y En Bernard Estanyol ordenoles de manera que, cuando estaban en guerra con uno de ellos, hacían treguas con los otros, y una vez habían devastado su país con la guerra, hacían treguas con él y empezaban la guerra con uno de los otros. Y esta es la vida que siguen llevando, pues ellos, sin guerra, no podrían vivir^[831].

En 1312 atacaban Corinto y sus alrededores, pisando incluso el suelo de la Morea, aunque la enconada defensa de los de la ciudad impidió que llegasen a ocuparla. Ello no evitó, sin embargo, que produjesen una terrible devastación en la zona, lo que hizo lamentarse al propio papa Clemente V, como se sabe por la carta que éste envió al arzobispo de Corinto el 23 de junio de ese mismo año^[832]. A continuación, serían las regiones del Epiro y de Tesalia las que recibirían la desagradable visita de los almugávares.

Dos años después, en 1314, Estanyol intentaría alcanzar un acuerdo con el barón de Montauban, Guy de la Tour, tercer hijo del delfín Umberto I de Viennois^[833], para lanzar un ataque conjunto contra el Reino de Salónica. Ésta era una vieja astilla que la Compañía había llevado clavada desde que fueron rechazados, una vez tras otra, sus ataques contra la fortaleza durante la época que pasaron en aquel reino. El acuerdo fue pactado a dos bandas, entre Guy de la Tour y la Compañía, dejando al margen a los monarcas Fadrique de Sicilia, por parte de los aragoneses y catalanes, y a Roberto de Nápoles, por el lado del francés, lo que acabó provocando fuertes tensiones en Occidente que hicieron que la campaña no se llevase a cabo finalmente. El pacto agradaba tremendamente a los mercenarios puesto que les devolvía la oportunidad de conquistar el codiciado Reino de Salónica. A diferencia de lo que venía siendo su modo habitual de actuar, no se limitaron en esta ocasión a entablar combate sin dar mayores explicaciones, sino que entraron en el juego diplomático al que se veían arrastrados por su nueva posición en la región, intentando legitimar sus

acciones ante los ojos del resto de potencias. Justificaban su alianza contra Salónica por los supuestos derechos que habrían adquirido a través del antiguo anhelo de Rocafort de hacerse con el Reino. Por otra parte, Guy resultaba aún más beneficiado por esta alianza ya que, una vez ocupada Salónica, él sería quien tendría plenos poderes para gobernar de manera completamente independiente^[834], pero no solo eso. El 26 de marzo de 1314 la Compañía le concedía también la posesión del castillo de Saint Omer (Sanctus Adamanus), a pocos kilómetros de Tebas, que además se encargarían de custodiar hasta que el barón tomase posesión de él^[835].

La Compañía estamparía el sello de San Jorge para firmar el acuerdo. Este gesto corrobora la idea de que éste fue un contrato entre ellos y Guy de la Tour sin que mediase por medio la figura del rey de Sicilia, lo que da muestras de la autonomía política de la que continuaban gozando incluso después de haber aceptado el vasallaje a Fadrique:

Et ut major fides praedictis valeat adhiberi, praesens publicum instrumentum jussimus sigillari, bullis nostris pendentibus assuetis, beati Georgii et regali^[836].

La ambiciosa ofensiva, finalmente, quedó desbaratada por las órdenes directas que recibió Guy de la Tour de su señor el rey Roberto de Nápoles para que rompiera de inmediato cualquier tipo de pacto con los almugávares. La lealtad que debía Guy al rey Roberto, sobre todo porque un mes antes, el 22 de febrero, le había nombrado capitán general de la región de Lombardía, hizo que el barón olvidase momentáneamente sus aspiraciones en Grecia. De hecho, nunca iría a la península helénica y moriría en 1317^[837].

52. La conquista siciliana de Morea

Paralelamente a estos acontecimientos, se abría otro trascendental frente político para la Compañía a muy poca distancia de sus dominios. El infante Ferrán de Mallorca — hijo de Jaime II de Mallorca (aunque en ese tiempo el rey de Mallorca era ya su hermano Sancho), primo de Jaime II de Aragón y sobrino de Fadrique II— después de ser obligado por Rocafort a abandonar la Compañía y regresar a Sicilia en 1307, había sido hecho prisionero por los venecianos para posteriormente recobrar su libertad en 1308, y ahora se cruzaba de nuevo en el camino de los aragoneses y catalanes.

Después de ser liberado, pasaría algún tiempo en Perpinyà y Barcelona, y a continuación acudiría otra vez a Sicilia al lado de su tío Fadrique en busca de nuevas oportunidades que mejorasen su incierto futuro. La campaña lanzada por su cuñado, Roberto de Nápoles, contra El castillo permanecería bajo el mando de Guy hasta 1317. Años después, en 1327, pasaría a manos de Giorgio Ghisi. En 1331 sería demolido.

Sicilia fue la ocasión perfecta para que Ferrán, junto a otros señores que hasta ese momento habían prestado sus servicios al rey de Aragón, pusiesen todos sus efectivos personales bajo las órdenes de Fadrique de Sicilia:

El rey Roberto le puso sitio; pero el señor rey de Sicilia mandó al Monte San Julian [...] al señor infante Don Ferrán, con mucha caballería y almogavería [...] ^[838].

La guerra entre Fadrique y Roberto terminaría en una tregua que no fue bien acogida por Ferrán ni por la mayor parte de los caballeros aragoneses y catalanes que habían dejado sus dominios apostando por los beneficios que pensaban obtener con la derrota militar del rey Roberto de Nápoles. La voluntad de Fadrique se impuso y el enfrentamiento cesó con la firma del armisticio.

Ferrán veía como se volatilizaba otra oportunidad para conseguir hacerse con un espacio político y físico propio. Pero, con la mediación interesada de su tío Fadrique, encontraría la oportunidad deseada mediante el matrimonio con Isabel de Sabrán, hija

de Guillermo II de Villehardouin, señor de Morea.

[...] et seyendo en Napol secretament se concordo con la reyna Sanxa que era muller del rey Rubert de casar su fiia con don Ferrando fiio del rey de malorcha et ermano de la dicha reyna, et diole en casamiento el derecho que avia en la eradat del prinçipado de la Morea [...]^[839].

La boda situaba a Ferrán como príncipe de Acaia, al tiempo que transformaba el principado en un importante bastión para las pretensiones de Fadrique sobre Grecia.

Evidentemente, entre otros, eran los almugávares quienes salían perjudicados ante esta nueva reordenación del control de la región. La autonomía que habían conseguido mantener respecto al rey de Sicilia estaba apoyada en dos aspectos. Por un lado, el peso militar predominante de la Compañía sobre sus vecinos. Y por otra parte, en la lejanía del rey siciliano y en su falta de influencia directa en Grecia. El inesperado giro suponía que ambas condiciones quedaban alteradas y, tanto ellos perdían poder frente a la unión de Fadrique y de los francos de Morea, como también desaparecía la defensa que suponía para ellos la distancia de los dominios del siciliano. Así, todo esto representaba una reestructuración política que perjudicaba su independencia, pero en ningún caso un peligro real para su supervivencia como ducado, puesto que era de prever que Fadrique intentaría unir los dos territorios bajo su control.

Mientras esto sucedía en la Morea, Jaime II de Aragón, se tenía que esforzar, o al menos aparentar que lo hacía, en hacer ver a sus recientes y vacilantes aliados de Navarra, Francia y del papado, que ponía todo lo que podía de su parte para que los aragoneses y catalanes abandonasen los territorios ocupados en Atenas y los restableciesen a sus anteriores señores francos. La documentación conservada^[840] relativa a la correspondencia entre el monarca aragonés y estas potencias occidentales evidencia que sus movimientos representaban más una forma de dilatar la situación en el tiempo a la espera de nuevos escenarios sociopolíticos en Grecia, antes que una voluntad firme de obligar a los almugávares a desprenderse de todo cuanto habían logrado. En realidad, ni el rey de Aragón tenía en ese momento influencia alguna sobre las decisiones de la Compañía, ni tenía intención de actuar en contra de los intereses de su hermano Fadrique, que indirectamente eran también los suyos como parte de la Corona.

Ferrán de Mallorca recibió desde Valencia, el 12 de mayo de 1314 las felicitaciones de su tío Jaime II de Aragón, por su matrimonio con Isabel de Sabrán. El monarca aragonés veía tan provechoso aquel enlace que se apresuró a mediar entre su primo y las naciones que podían sentirse amenazadas por la nueva alianza. El 28 de abril de 1315 los embajadores de Fadrique comunicaban en persona a Joanni Superentio, dux de Venecia, el interés de su rey por que los venecianos participasen

activamente en la empresa de Grecia, al tiempo que le expresaban la firme voluntad de Ferrán de Mallorca de gobernar en Morea sin procurar daño alguno contra los asuntos y bienes de la República, e incluso, de que entre ambas naciones se pudiese llegar a una colaboración conjunta en la región^[841]. En esas mismas fechas, fruto del matrimonio, nacía Jaime III, futuro rey de Mallorca, conocido como *el Temerario*.

Pero una nueva vuelta de tuerca tuvo lugar poco después. El 7 de mayo de 1315 treinta y dos días después del nacimiento de su hijo Jaime^[842], moría Isabel de Sabrán, lo que convertía a Ferrán en sucesor directo de Morea.

La llegada de Ferrán a la Morea se organizó en Sicilia, desde donde se estaban llevando a cabo los preparativos para su toma de poder. Pero los planes se precipitaron ya que Margarita, madre de su esposa Isabel, había sido apresada en la fortaleza de Clarenza por los partidarios en el Principado de la Casa de Borgoña, rivales franceses de la familia política de Ferrán de Mallorca por el trono de Acaia. Sin esperar nada más, Fadrique dispuso su flota para que el de Mallorca pusiese rumbo a Grecia y recobrase el control de los territorios que le correspondían por su matrimonio:

[...] et don ferrando qui era ydo en malorqua con su muller ordeno con el rey de malorqua su ermano et con el rey de aragon su cosino de auer galeas & gentes de armas pora uenir en la morea et a recobrar la heredit de su muller^[843].

La vida de Muntaner se cruzó de nuevo en esta historia. Como él mismo narra, después de abandonar los privilegios y obligaciones que le habían sido concedidos, se puso otra vez al servicio de Ferrán de Mallorca. Sin embargo, aunque se ofreció para regresar a Grecia junto con el infante, esta vez acabaría permaneciendo en Occidente, y la misión que le fue asignada sería, nada más y nada menos, que hacerse cargo del hijo de Ferrán y de la difunta Isabel, de tan solo cuarenta y dos días, para darle protección hasta el Reino de Mallorca donde lo entregaría a la reina madre^[844].

Con los derechos sucesorios en su mano para regir el Principado de Acaia o de Morea, así como la favorable perspectiva que le había supuesto su enlace matrimonial y la posterior defunción de su esposa, Ferrán, en nombre del rey de Sicilia, se dispuso a ocupar su puesto.

Pero desde luego no lo iba a tener fácil.

Sus planes comenzaban a tener problemas dentro del propio Principado. Una parte de los nobles que anteriormente le habían rendido pleitesía por lealtad a la princesa Isabel, ahora rechazaban servirle a él como señor. Los francos no estaban dispuestos a ceder también las preciadas posesiones de Morea a los intereses de la Corona de Aragón, de tal modo que los borgoñeses se hicieron fuertes en el castillo de Clarenza, hacia donde se dirigió Ferrán con sus naves de guerra. La intención del

de Mallorca era atacar la ciudad desde el mar y una vez debilitada su defensa, desembarcar sus tropas y ocupar la región. Pero la defensa de los francos fue enorme, y los primeros asaltos terminaron rechazando a la flota siciliana, lo que les obligó a retroceder mar adentro. Solo cuando entraron en acción sus almugávares y ballesteros, que se lanzaron al ataque tirándose al mar con sus caballos para llegar hasta la playa, lograron hacer retroceder a los defensores y ceder el espacio de terreno suficiente en tierra firme como para permitir el desembarco del grueso de los atacantes. El infante hizo armar a su caballo, *feu desplegar la senyera*^[845], y con cincuenta caballeros y con los almugávares se precipitó contra los defensores. Los capitanes borgoñeses que defendían Clarenza, cuando vieron que los almugávares habían tomado posiciones en tierra, abandonaron la plaza para escapar hacia Claramont. A los habitantes de la ciudad nos les quedó otra salida que rendirla a los ocupantes entre gritos:

Seigneur, pardonnez, seigneur, pardonnez^[846].

Desde la recién conquistada ciudad, Ferrán escribía, el 17 de agosto de 1315 al rey de Aragón para comunicarle la buena nueva:

[...] et inmediate cepimus villam Clarencie et per spatium temporis subiugamus domino nostro barones, milites et prelatos dicti principatus Achaye qui adversus nos erant [...]^[847].

Después de tomar Clarenza la hueste de Ferrán se dirigió hacia el castillo de Beauvoir o Belveder, en la costa oeste, y una vez ocupado, marchó hacia el sur de Morea, a la fortaleza de Calamata. Entonces se acercaron hasta él algunos de los señores del Principado, entre los que estaban el conde Nicola de Cephalonia (Chifollonia), sobrino de su esposa Isabel, el señor de Calandrica (Chalandritsa), el señor Nicola de Tremolay o el señor de Niveleto. Junto a ellos, ocupó el castillo de Claramont, en donde se hallaba su suegra, Margarita, encarcelada. Aunque cuando llegaron, ésta ya estaba muerta. Finalmente, su expansión hacia el Sur fue frenada tras la batalla de sus ejércitos con los del bayle de Calamata. Sin haber un vencedor claro del combate, ambos optaron por retirarse. El bayle franco regresó a Calamata, mientras que Ferrán lo hacía a Clarenza. Sería en ese tiempo cuando formalizó su nuevo matrimonio con Isabel de Ibelin, hija del senescal de Chipre, que a su vez era primo hermano del rey de la isla, lo que se le antojaba como una de las vías para ampliar su influencia en el Mediterráneo oriental^[848].

Luis de Borgoña, ante la necesidad de librar al principado del peligro siciliano, arribó a la Morea con una armada flotada desde Francia que a su llegada a Calamata fue recibida con vítores por la población. Su primera disposición fue escribir cartas a

los diferentes señores francos que habían jurado lealtad a Ferrán de Mallorca para comunicarles que tenían su perdón si volvían al amparo del rey de Francia. La mayor parte de ellos decidieron regresar a su espacio natural que era entre los francos, y solo alguno de ellos optó por continuar al lado de los sicilianos.

Ferrán, cuando supo que Luis de Borgoña estaba en Calamata, marchó hacia la ciudad con sus fuerzas. La captura del borgoñés le habría supuesto la eliminación de su principal rival por el principado, no obstante, la ciudad estaba lo suficientemente guarnecida como para no caer con facilidad ante el asalto de los almugávares que comandaba el infante, de manera que tuvieron que desistir de sus planes y replegarse de nuevo.

Una vez fracasado el ataque contra Calamata, volcaron todas sus energías en intentar hacer capitular al resto de las plazas más importantes de Acaia. En esta ocasión la elegida sería Patras, al norte de la península. A pesar de sus esfuerzos y de las amenazas que lanzaron sobre su gobernador, el arzobispo de Patras, tampoco esta ciudad cayó en su poder, y únicamente pudieron controlar los territorios que le rodeaban y pequeñas ciudades cercanas como Andrevilla (Andravida) o Estemire. En torno a esta última, en las proximidades de Picotin, se llevó a cabo una dura batalla entre las fuerzas borgoñesas y las sicilianas de la que salieron vencedoras estas últimas gracias, como era habitual, a la fiereza en el combate de las compañías compuestas por quinientos almugávares de a pie y otros quinientos de a caballo^[849].

Los almugávares destriparon sin miramientos a la mayor parte de los caballos francos que cayeron sobre ellos en el ataque, persiguieron a los supervivientes por la llanura en la que se realizó la batalla, y solo se salvaron aquellos soldados francos que pudieron llegar a refugiarse entre la espesura de los bosques cercanos. Calandrica, el castillo de Oriol y la mayor parte de Morea ya estaban bajo su control, aunque los francos todavía resistían en plazas fuertes del Sur como Calamata o del Norte como Patras.

Las últimas victorias no terminaban de despejarle el camino hacia el trono de Morea.

Sin apenas tiempo para saborear sus triunfos, tuvo la confirmación de que Luis de Borgoña estaba a punto de recibir una importante auxilio militar llegado desde Occidente. En cuanto estuvo dispuesta, partió una galera de Clarenza para dirigirse al rey de Mallorca solicitándole ayuda ante aquellas graves circunstancias. Sancho, rey de Mallorca, le contestó rápidamente diciendo que no tuviese temor y que, lo antes posible, enviaría en su socorro diez galeras bien armadas pero que, sobre todo, no se enfrentase a sus poderosos enemigos hasta recibir los refuerzos. Las noticias de su hermano aliviaron en parte la desesperación del infante, pero la situación no daba lugar a esperas y si él no atacaba, lo harían sus adversarios.

Con los escasos efectivos propios con los que disponía, su única alternativa pasaba por solicitar a los aragoneses y catalanes de Atenas que se pusiesen a su servicio. La Compañía se vio obligada a cumplir la demanda del mallorquín a causa

principalmente de su reciente vasallaje al rey de Sicilia, aunque también es cierto que su pasividad hasta ese instante había sido provocada, esperando el momento adecuado para entrar en acción, y éste parecía serlo.

Si hasta ahora el infante había sido capaz de controlar la situación con sus propias fuerzas, en este momento la colaboración de los del Ducado se había vuelto imprescindible, y esa era la condición para que los mercenarios pudieran sacar un mayor provecho de su ayuda.

La Compañía envió mil cuatrocientos hombres entre almugávares de a pie y de a caballo para ponerse bajo las órdenes de Ferrán.

El príncipe borgoñés lanzó una nueva ofensiva para recuperar Calandrica, pero el ejército de Ferrán, aun sin tener todavía refuerzo alguno, rechazó sin problemas la embestida, e incluso estuvo a punto de capturar a Luis de Borgoña, quien tuvo que buscar refugio, primero en las montañas y después dentro de las murallas de Patras. El arzobispo de la ciudad le acogió como su legítimo señor, y entre ambos y el resto de nobles francos que defendían la fortaleza decidieron recurrir a los griegos del Épiro y de Tesalia para salir de aquella adversidad. Los griegos aceptaron la oferta y enviaron a la zona a dos mil soldados para luchar junto a los francos. Los consejos de los dos ejércitos mantuvieron serias reuniones sobre cuales eran las mejores alternativas que se les planteaban. El consejo franco reunido en Patras pensó que lo mejor era atacar a las tropas de Ferrán antes de que recibiese los apoyos que esperaban desde Atenas y desde Mallorca. Por su parte, el consejo del infante sugirió a éste que se retirase de Calandrica hacia el castillo de Clarenza, para esperar allí a la flota prometida por Sancho de Mallorca.

Los dos líderes hicieron caso de las recomendaciones surgidas en sus respectivos consejos. Ferrán levantó su campamento para regresar a Clarenza, pero los francos, que supieron de la intención de aquel, mandaron como avanzadilla a los dos mil griegos para que frenasen la retirada del infante. Tras descansar por la noche en el castillo de Oriol, las tropas sicilianas continuaron su ruta hacia el Norte, pero al llegar al lugar que las crónicas denominan Mandola^[850], la vanguardia griega les dio alcance. El dilema que surgió entonces entre los sicilianos fue si acelerar el paso para llegar a Clarenza, como proponía la mayor parte de los nobles que se encontraban junto a Ferrán, o si por el contrario detenían su marcha y organizaban sus filas para plantar batalla a la coalición grecofranca. El infante, partidario de no rehuir el combate a sus enemigos como hijo de rey que era, *et que non plaziessse a dios quel fuyes del campo por batalla*^[851], hizo prevalecer en esta ocasión su voluntad y ambos contingentes se dispusieron para la lucha el lunes 5 de julio de 1316.

Ferrán quedó espantado al ver el gran número de hombres que componían las filas de su adversario, y exclamó: *¡Qué! ¡Son tantos!*^[852], lo que le forzó a buscar la protección de un bosque que existía en aquel llano para parapetarse y recibir de frente el envite enemigo.

El borgoñés adivinó su intención y antes de lanzar a sus tropas al ataque, envió a

uno de sus flancos para que rodease el bosque y acometer a los sicilianos por detrás. Para ello, prendieron fuego a los árboles, lo que obligó a salir a campo abierto a los que se protegían dentro.

Sin la defensa natural que suponía el bosque, la inferioridad numérica de los de Ferrán quedó patente de inmediato. La primera carga que recibieron fue la del conde Nichola de Cephalonia, que en otro tiempo había sido su aliado. Ferrán con el ánimo encendido al ver al tráfuga frente a él, no dudó en buscar el choque con los hombres del conde.

Esa primera embestida resultó favorable al siciliano que rompió las líneas francas, abriendo una nueva dimensión en la batalla. Poco le duraría la esperanza. Luis de Borgoña no estaba dispuesto a dejar pasar la que seguramente sería su última oportunidad de acabar con la amenaza que se cernía sobre sus dominios. Reagrupó sus fuerzas y, de manera conjunta, cayeron sobre los sicilianos que fueron incapaces de defenderse. El príncipe borgoñés se esforzaba desesperadamente por evitar que Ferrán fuese asesinado, y gritaba sin cesar entre el fragor del combate para que sus hombres no acabasen con su vida y se limitasen a hacerlo prisionero. La lucha encarnizada no dio opción a que los soldados francos reconociesen al infante.

Cuando todo terminó, miles de cuerpos cubrían el campo de Mandola, principalmente almugávares y soldados sicilianos. Al fin, entre los cadáveres, un soldado franco reconoció la cabeza del infante. Luis de Borgoña lamentó aquel sangriento resultado y mandó juntar la cabeza con su cuerpo en una caja de madera, para ser enviada de regreso a Perpinyà, donde recibiría sepultura.

Como suele suceder en estos casos, tenemos varias versiones, esta es la de la *Crónica de la Morea* en su versión aragonesa, por contra, las fuentes francesas dan una visión muy distinta sobre cual fue el fin de sus restos. Las fuentes francas aseguran que en absoluto se respetó el cadáver del infante, y que además no murió en combate sino cuando intentaba retirarse hacia Claramont. De esta forma, su cuerpo, desnudo y descabezado, habría sido expuesto ante el resto de sus capitanes supervivientes después de ser hechos prisioneros^[853].

Los supervivientes de la catástrofe huyeron a Clarenza, a donde fueron perseguidos por las tropas de los de Borgoña que se dispusieron a preparar el asedio. Para intentar socavar la moral de los sitiados, los francos colocaron en un lugar bien visible la cabeza del infante.

Ante la situación de crisis de gobierno que se planteaba en la hueste, se erigió como capitán de los que se habían guarecido en el castillo a André Guittier^[854]. Este noble se impuso a las voces críticas que no le aceptaban como relevo en el mando gracias al pago de dinero a los almugávares. En un intento desesperado por salvar la situación, se llevó a cabo una conferencia entre representantes de las fuerzas francas y embajadores de las plazas de Clarenza y de Estemire, en las que resistían los sicilianos. Las conversaciones duraron alrededor de quince días, tiempo en el que las tensiones comenzaron a aparecer entre las filas sicilianas. Mientras los nobles,

incluido André Guittier, no veían otra salida que no fuese la rendición, el grueso de los almugávares no estaban dispuestos a dejar a los francos el control de las ciudades que habían conquistado con Ferrán, así que se dispusieron a dar batalla en contra de las órdenes que les llegaban desde la comandancia. La chispa saltaría cuando los mercenarios supieron que Guittier no iba a poder hacer frente a las promesas económicas que había hecho porque sus arcas se encontraban vacías por completo.

Al día siguiente, las diez naves armadas llegadas desde Mallorca arribaban a Clarenza y conocían de la fatal noticia de la muerte del infante Ferrán. Los almugávares de la ciudad tomaron nuevas esperanzas al ver llegar los refuerzos y rápidamente los forzaron a descender de los barcos para unirse a ellos en la defensa. Sin embargo, las fuerzas que desembarcaban no eran suficientes tampoco para hacer frente al ejército francogriego que se había apoderado ya de la mayor parte de los territorios de Morea que habían perdido los meses anteriores. El panorama para los que intentaban mantenerse firmes desde las plazas sicilianas se complicaba por momentos, todavía más, tras los acuerdos que se estaban tomando en las cortes de Occidente y que hacían desvanecerse las pretensiones de Fadrique sobre la Morea. Viendo que las circunstancias no les daban otra opción, embarcaron en las galeras los bienes que pertenecieron a Ferrán y, cuando todos los almugávares y demás soldados que estaban al servicio de los sicilianos hubieron subido a bordo, entregaron la ciudad de Clarenza a Luis de Borgoña, y lo mismo harían con Claramont, Estimere y el resto de castillos.

Mientras, por el este de la península, se aproximaban los cientos de almugávares que llegados desde Atenas, acudían al auxilio del mallorquín. Al saber de lo sucedido en Mandola, y viendo que ya era demasiado tarde, decidieron que nada podían hacer y regresaron al Ducado.

Desde Perpinyà, el rey Sancho de Mallorca escribía, el 19 de octubre de 1316 a su primo el rey de Aragón Jaime II para comunicarle la trágica noticia:

Non absque dolore cordis sed tristitia magna refferimus, quod habuimus rumores certos inclitum infantem Ferrandum germanum nostrum carissimum diem clausisse extremum, cuius corpus portari debet in bervi ad terram nostram et tradi ecclesiastice sepulture^[855].

De este modo, terminó la aventura y la vida de Ferrán de Mallorca, infante de la Corona de Aragón, cuya vida se cruzaría en varias ocasiones con la de la expedición de los aragoneses y catalanes en Grecia, y que acabaría sus días en el campo de batalla rodeado de los cuerpos de cientos de almugávares.

53. La organización del estado aragonesocatalán de Atenas

Incluso antes de que la titularidad de los dominios de la Compañía pasase a manos del rey de Sicilia, se había iniciado ya un complejo proceso de organización administrativa y política que regularía en adelante la vida de los ducados.

La capitalidad recaería, como ya lo fuese con los francos, en la ciudad de Tebas, aunque Atenas —o Cetines, como pasaría a denominarse— mantendría un importante status como sede de algunas instituciones de la Compañía.

El reparto de propiedades y castillos entre los mercenarios y nobles más relevantes produjo una rápida multiplicación de nuevos poderes locales dentro del incipiente estado. El poder, concentrado hasta ese instante en el Consejo y en la asamblea de la hueste, comenzaba a debilitarse en favor de una descentralización de las atribuciones políticas, que pasaban a manos de los nuevos señores, los cuales podían regirse con total independencia del resto. A estos dominios, creados en torno a las principales poblaciones del Ducado de Atenas, se les dio entidad administrativa propia y tomaron el nombre de universidades (*universitas*), a imagen de las que existían desde antiguo en la Corona y en el Reino de Aragón donde, a diferencia de otros territorios, las ciudades con rango de universidades tenían representación diferenciada dentro de las Cortes. Para el desarrollo de estos gobiernos municipales se crearon nuevas instituciones políticas, militares, judiciales y administrativas que reforzarían su control^[856]. La población autóctona, formada por griegos esencialmente, tendrían vetado por ley el acceso a estos puestos de la administración, no obstante, además de casos puntuales en los que se les concedería mediante decretos reales permiso para evitar estas normativas, sí se haría uso de griegos en ciertos cargos funcionariales y logísticos. Era evidente que los inexpertos almugávares, carentes en su mayor parte de la más mínima formación intelectual, difícilmente podían desarrollar labores notariales o administrativas, por lo que no tuvieron otra salida que emplear a funcionarios griegos que ya habían realizado esas funciones durante la dominación francesa.

Las universidades se rodearon de notarios, escribanos, jueces y alguaciles^[857] para llevar a cabo las funciones propias de la administración pública. Sobre ellos, y dirigiendo la política de la ciudad estaban los «síndicos», concejales elegidos entre los personajes más relevantes de la urbe, que a su vez formaban la corporación municipal o Consejo de la ciudad, que presidía el capitán:

[...] *presidentem, consiliarios, syndicosque Compagne* [...] ^[858].

De la justicia se encargaría el *veguer*, a semejanza de lo que ocurría en Aragón, Cataluña o Mallorca, encargado de los pleitos que afectaban exclusivamente al ámbito municipal. Y, por último, para asegurar su defensa se dotaron de *castellans* que eran los responsables del aparato militar de la ciudad:

[...] *castellanus et vicarius Athenarum* ^[859].

Aunque pudiese dar la impresión de que esta completa armadura administrativa de la que se dotaron las ciudades, habría terminado por socavar la estabilidad y la unidad del conjunto de la Compañía a nivel del Ducado, los hechos demuestran que no fue así y que, por contra, la estructura general del estado salió reforzada. Paralelamente a las instituciones municipales, continuó ostentando el gobierno del Ducado el Consejo de la Compañía, aunque ahora éste estaría compuesto, además de por los tradicionales doce consejeros, también por síndicos en representación de las diferentes universidades configuradas. Este avance participativo aproximaba el gobierno a lo que en los territorios occidentales hubieran sido unas cortes auténticas.

Finalmente, haciéndose cargo del mando general del Ducado, se hallaba el duque de Atenas, como lo era en este instante Fadrique de Sicilia, aunque en la práctica este sería más un título que un cargo real, siendo los verdaderos responsables del gobierno de los territorios de Grecia los capitanes (*capitaneo felicis Francorum exercitus* ^[860]), como Bernard Estanyol, presidentes o vicarios generales, o también, como sería reconocido Roger Deslaur, *marescalcum et rectorem universitatis* ^[861]. En el plano militar el mando recaería sobre el mariscal de los ducados (*marescalcus exercitus ducatus*).

Este sería el organigrama general de la administración almugávar en Grecia, pero en muchas ocasiones las funciones de los diferentes cargos se solaparían o varias de ellas estarían desempeñadas por una misma persona, como sucedería con los puestos de vicario general y capitán.

54. De Estanyol al infante Alfonso Fadrique de Aragón

En 1316, después de una larga enfermedad, moriría Bernard Estanyol, obligando a Fadrique de Sicilia a enviar un nuevo vicario para el Ducado de Atenas, en tanto en cuanto el legítimo gobernador, el infante Manfredo, continuase siendo menor de edad. Esta misión recaería sobre su hijo bastardo, Alfonso Fadrique de Aragón. Pero mientras llegaba, la Compañía buscó a un miembro de entre ellos que ocupase temporalmente el cargo de capitán.

El elegido fue Guillermo Tomás, que ya aparecería en ese puesto el 9 de octubre de 1316^[862].

Tomás solo ostentaría el mando absoluto de la Compañía durante unos meses, aunque tras la llegada de Alfonso Fadrique continuaría desempeñando funciones como capitán.

Alfonso Fadrique llegó al Ducado de Atenas a finales de 1316 o principios de 1317^[863] con diez galeras en calidad de vicario general del infante Manfredo, cargo que ostentaría hasta el fin de su largo mandato, aunque en ningún momento alcanzaría el título de duque, ya que éste perteneció al joven Manfredo en un primer momento y, posteriormente, a su hermano Guillermo. En realidad, Manfredo solo fue duque de Atenas durante unos pocos meses más, porque el 9 de noviembre de 1318 moriría en la ciudad siciliana de Trapani a causa de un accidente mientras montaba a caballo.

Así pues, sería su hermano Guillermo quien se convertiría en duque de Atenas hasta su muerte el 22 de agosto de 1338 y, automáticamente, Alfonso Fadrique pasaba a ser vicario de este nuevo duque, aunque Muntaner asegura que, tras la muerte de Manfredo, el rey Fadrique de Sicilia *mandó decir que [...] de ahora en adelante tuviesen al señor infante Don Alfonso Fadrique por jefe y por señor*^[864].

Educado en Barcelona, en la corte del rey de Aragón, Alfonso Fadrique se hizo acompañar en su viaje a Grecia de un buen número de nobles y caballeros aragoneses y catalanes.

Este gran cortejo no era un simple alarde de lujo o de ostentación, sino que en realidad formaba parte de la estrategia diseñada por el rey siciliano para desestabilizar el equilibrio de poder en el gobierno del Ducado. Los nobles aragoneses y catalanes no llegaban para ponerse bajo la jurisdicción de la Compañía sino que tenían la intención de llevarse a Atenas todos los derechos acordes con su nivel social, así como las leyes de las cortes aragonesas y catalanas.

Esto daría lugar a un choque de intereses entre los recién llegados, que pretendían hacer valer su posición y el apoyo del monarca, frente al gobierno instaurado por los almugávares, que defenderían su independencia política plasmada a través de su propio ordenamiento legal. La pugna por hacerse con el poder político y administrativo entre la nobleza de Occidente y las instituciones controladas por la Compañía, se mantendría durante años en los ducados sin que existiese un bando que dominase con claridad, aunque, de manera progresiva, sería la Corona y sus nobles quienes terminarían haciéndose con las esferas superiores del gobierno.

Con Alfonso Fadrique llegaría el periodo de mayor auge y expansión del poder aragonesocatalán en Grecia. Es probable que su primera residencia la estableciese en Atenas, a pesar de que la capitalidad continuase recayendo en Tebas. Desde allí iniciaría una serie de contactos con los señores francos de la región con los que todavía mantenían relaciones de cierta cordialidad. Uno de estos nobles, Bonifacio de Verona, era quien más proximidad había mantenido con los intereses de la Compañía, de hecho, tras la victoria de Halmyros, fue la primera opción que barajaron los mercenarios a la hora de entregar el mando de la hueste, a pesar de que había luchado junto a Gualter de Brienne. El de Verona era dueño en ese momento de una tercera parte de la isla de Negroponte, además de posesiones en otros territorios, entre los que se encontraban trece castillos en el Ducado de Atenas^[865] o las islas de Egina y Salamine, lo que lo convertía en una de las principales autoridades político-mercantiles de la zona, a la vez que lo emparentaba con dinastías herederas de Morea o de Lombardía en Italia. Era por ello, que la extraña amistad entre Bonifacio y los almugávares hizo saltar la voz de alarma entre el resto de señores venecianos que vieron en esta alianza un grave peligro para sus intereses, por lo que decidieron acudir en busca de ayuda a la metrópoli.

No era la primera vez que se producía un acercamiento de Bonifacio de Verona hacia intereses rivales de la República de Venecia, de hecho, sus compatriotas ya le habían declarado la guerra en una ocasión por haberse aliado con los Paleólogos, enemigos tradicionales de los venecianos, lo que le supuso la pérdida de sus posesiones en Negroponte.

Un matrimonio que le uniese a tan destacada familia, era la puerta que Alfonso Fadrique necesitaba para asentarse en la regencia de Atenas, adquiriendo un rango similar al de los gobernantes de su entorno. No tardaron en llegar a un acuerdo y poco después el infante siciliano, se casaba con Marulla (María) hija de Bonifacio, que entonces contaba la edad de dieciocho años^[866]. Sin apenas tiempo para organizar su

nueva situación, a finales del otoño de 1317 moría su suegro, lo que le convertía en heredero de los dominios del fallecido ya que éstos derechos habían pasado a Marulla, puesto que el hermano varón de ésta, Tomás de Verona, había sido desheredado por su padre antes de morir. Tomás no aceptó el testamento y luchó por recuperar las posesiones de su padre. Los principales castillos en litigio eran los de Karystos y Larmena, en la isla de Negroponte.

Alfonso Fadrique no estaba dispuesto a ceder ni una sola de las plazas que pensaba que le pertenecían, organizó de nuevo a los almugávares y desembarcó con ellos en Negroponte.

Además de los efectivos que habían pertenecido a su suegro, contó con la colaboración de otros destacados venecianos de la isla como Andrés Cournair, que se apresuraron a ponerse a favor del infante. La totalidad de los hombres de a caballo y más de dos mil almugávares de a pie pusieron cerco a la ciudad de Negroponte, con la idea de conquistarla como paso previo al dominio de toda la isla^[867]. El siciliano ocuparía solo una parte de Negroponte, aunque durante años acosó los intereses venecianos en toda la región. La correspondencia enviada por los príncipes y señores francos al dux de Venecia, Johanni Superancio (Soranzo), fueron continuas durante esos días. En todas ellas le informaban sobre las actividades bélicas y de piratería que las fuerzas de Alfonso estaban desarrollando a lo largo y ancho de la isla^[868], si bien es cierto, que algunos señores griegos, francos y venecianos se habían unido al siciliano en contra de sus propios compatriotas^[869]. En marzo de 1317 más de dos mil almugávares de a pie y a caballo ocupaban la capital de Negroponte^[870].

La situación se agravó más todavía para los venecianos cuando el infante siciliano recurrió a unos antiguos camaradas de la Compañía, los turcos. Aunque no se conocen datos exactos sobre cómo y cuándo se llevaron a cabo los contactos con los turcos para que regresasen a Atenas, y participasen de manera conjunta con la Compañía en el asalto a las plazas venecianas de Negroponte, la realidad es que esos pactos se llevaron a cabo, y los venecianos sabían de esas conversaciones^[871]. Los turcos, que no habían cesado en ningún momento de realizar actos de piratería contra los navíos mercantes de las potencias occidentales, formaron de nuevo una armada combinada al lado de los aragoneses y catalanes:

[...] dicti Turchi ire intendunt ad insulam Nigropontis ad dampnificandum, et iam dicitur quod dominus Alphonsus, frater regis Frederici, misit ad dictos Turcos duas galeras armatas pro assecurando eos quod vadant ad dictas partes insule Nigropontis [...]^[872].

Pronto llegó la noticia a las cortes francesa y veneciana, principales perjudicadas por los ataques. El 21 de junio de 1318 Nicolás Zane, duque de Creta, escribía desde Candía al dux de Venecia para ponerle al día de los asaltos que turcos y almugávares

habían perpetrado contra algunas islas bajo dominio veneciano^[873]. Dos mil soldados turcos, a bordo de dieciséis naves catalanas, atacaban la región de Sitia, en la parte oriental de Creta^[874]. Del mismo modo, poco después, el 26 de junio Francisco Dandolo, bayle de Negroponte, notificaba en esta ocasión al dux como Alfonso Fadrique había atacado otros dominios venecianos. Desde Anatolia hasta la Morea, la flota pirata de turcos y almugávares comandada por Alfonso Fadrique golpeaba sin cesar los puertos y los navíos de Venecia y de Francia, haciendo incluso tambalearse a sus poderosas economías mercantes.

Sus pactos con los piratas turcos, a pesar de los esfuerzos de Alfonso por disimular tan incómodas amistades, le valieron la condena tanto de sus enemigos como de sus aliados occidentales, y la verdad es que gracias a la feroz ofensiva en la región de los piratas turcos unidos a los almugávares, la economía mercantil veneciana sufrió un golpe notable.

[...] ostendentes quod predicti Cathelani el Turchi non sint unum: sed ego credo quod unum sint [...]^[875].

Lejos de apaciguarse, la situación se encendía por momentos a causa de las estrategias empleadas por el vicario general que no dudaba a la hora de buscar aliados en cualquier parte.

De nuevo el 26 de junio de 1318 Francesco Dandolo enviaba al dux de Venecia otra carta en la que le ponía al corriente de los últimos movimientos realizados por el siciliano. Éste estaba dando claras muestras de que buscaba llegar a acuerdos tanto con los turcos, con quienes ya estaba compartiendo las ofensivas, como con los propios griegos. A pesar de la barbaridad que podría parecer el hecho de recurrir a la colaboración del antiguo enemigo de la Compañía, el emperador bizantino Andrónico II, para crear un frente común ante los venecianos, Alfonso Fadrique no se detuvo en miramientos y esos meses envió embajadores, tanto a turcos como a griegos para sellar una alianza:

El 21 de junio, hacia la hora de vísperas, por fuente fidedigna que en Atenas se había armado una nave de cuarenta y ocho remos. Es para conducir a dos embajadores de don Alfonso, escogidos entre sus mejores hombres, a la presencia del emperador (Andrónico II), y ha de abandonar Atenas esta noche. También nos hemos enterado por el mismo informante digno de crédito de que otra nave se está armando en Atenas, la cual va a llevar a dos embajadores de don Alfonso a entrevistarse con dos embajadores turcos en Turquía, y se están alistando una gran cantidad de turcos, entre mil y mil quinientos, sin que conozcamos su destino^[876].

La catástrofe que esta firma habría supuesto para los intereses de Venecia en el Mediterráneo oriental, aceleró la política diplomática veneciana para frenar el proyecto lo antes posible.

Finalmente, la presión ejercida desde el papado, la Corona francesa y la República de Venecia sobre el rey Fadrique de Sicilia para que ordenase la retirada de su hijo de Negroponte, surgió efecto y las tropas de Alfonso iniciaron una retirada paulatina de la isla, no sin antes forzar algunas pequeñas batallas y, en todo caso, manteniendo los castillos de Karystos y Larmena, además de las islas de Egina y Salamine bajo su mando^[877].

Aunque desde el 6 de diciembre de 1317 ya había comenzado dicha retirada, es a finales de 1318 quizás ya en diciembre^[878], cuando el dux de Venecia comunica a los embajadores de Fadrique de Sicilia cuales deberían ser las condiciones que él considera legítimas para llevar a cabo el cese de las hostilidades^[879], y el 9 de junio de 1319 cuando se firmó en Negroponte un armisticio temporal entre el bayle de la isla y Alfonso Fadrique. Mediante este acuerdo, las tropas aragonesocatalanas debían abandonar totalmente sus posiciones^[880], pese a que conservarían los enclaves antes mencionados, lo que legitimaba los derechos de Alfonso Fadrique sobre ellos.

Dos años después, el 11 de mayo de 1321 se firmaría una nueva tregua que renovaba los antiguos acuerdos, aunque en esta ocasión los aragoneses perderían parte de los privilegios firmados en la primera. Conservarían el castillo de Karistos, pero no ocurriría lo mismo con el de Larmena que perderían antes de junio de ese mismo año^[881]. Además, se comprometían a derribar las murallas de otra fortaleza costera que mantenían en su poder llamada Filagra, pocos kilómetros al norte de Karistos^[882].

Estos tratados entre la Compañía y los venecianos suponían la obligación de los primeros de romper cualquier tipo de pacto con los turcos, aunque éstos, aunque obligados a abandonar la órbita y el espacio aragonesocatalán, continuaron ejerciendo actos de piratería contra los intereses venecianos. Alfonso Fadrique no solo aceptaba renunciar a la colaboración de los turcos, sino que también debería socorrer a los venecianos en caso de que aquellos atacasen los intereses de la República, o incluso poner en conocimiento de las autoridades de Negroponte cualquier noticia que tuviese de la preparación de futuros ataques contra la isla o contra cualquiera de los señoríos vinculados a Venecia. En definitiva, la situación daba un giro considerable respecto a la tregua de 1319 en perjuicio de los intereses de Alfonso Fadrique.

Pero la República de Venecia también adquiría importantes compromisos y, del mismo modo que la Compañía debía renunciar a toda alianza que pudiese suponer una amenaza para la República, Venecia se veía obligada a no acudir a las llamadas que desde el papado y desde Francia se le hiciesen para unirse y, entre todos ellos, forzar a los almugávares a abandonar los territorios arrebatados a los francos. Quedaba patente la importancia de los acuerdos tomados, puesto que sus

consecuencias sobrepasaban los límites del Mediterráneo oriental y afectaban al conjunto de las políticas occidentales.

El nuevo Papa, Juan XXII, no estaba dispuesto a consentir que unos mercenarios incontrolados campasen a sus anchas por Grecia, arrebatando posesiones tanto a sus aliados como a la propia Iglesia y marcando el rumbo de la política Mediterránea. Los almugávares estaban rompiendo la unidad de las naciones occidentales de cara a una futura cruzada contra bizantinos o turcos, y provocando la pérdida de influencia de los intereses papales y franceses en la zona. El Papa tomaría cartas en el conflicto demandando la participación activa de las potencias occidentales de su órbita política.

Poco tiempo antes, el 8 de mayo de 1318 escribía desde su sede episcopal de Avignon al dux de Venecia para que hiciese todo cuanto estuviese en su mano para expulsar a los aragoneses y catalanes de los castillos que habían ocupado en Negroponte, e incluso del Ducado de Atenas^[883]. Ahora, tras la firma de la alianza entre la Compañía y Venecia, veía como esta ayuda se evaporaba. Recurrió también a Jaime II para que participase como intermediario con los que se suponía eran, aunque de manera lejana, sus súbditos, pero estaba claro que poco podía hacer el monarca aragonés en ese momento para influir en las decisiones del gobierno ateniense. Algunas fuentes aseguran que fue entonces cuando el Papa tomó la decisión de excomulgar a la Compañía, aunque en realidad no se conoce documento oficial alguno en el que se haga referencia a dicha excomunión. La documentación estudiada hasta la fecha habla de la fuerte presión ejercida por el papado y de los llamamientos a terminar con el dominio aragonesocatalán en Grecia, pero hasta unos años después no se verá reflejada en los documentos la decisión de excomulgar a los mercenarios.

Gualter II de Brienne, hijo del duque derrotado en Halmyros, era la alternativa de Juan XXII para recuperar el poder en Grecia, y desde entonces, se dedicaría a preparar desde Occidente una campaña militar que le devolviese las posesiones perdidas por su padre.

En cualquier caso, en la decisión de Fadrique de firmar el acuerdo con Venecia no pesaría exclusivamente la presión de las naciones de la órbita francesa. Su hermano Jaime II también se pondría en esa ocasión en el bando de los angevinos, empujando al rey siciliano a tomar medidas contra la incursión de Alfonso en Negroponte. Jaime de Aragón buscaba de este modo afianzar sus recientes alianzas con la Casa de Francia y sus adeptos, pero todo ello con la idea de que los francos le apoyasen después en el plan que él mismo había diseñado para con el Imperio bizantino. Las aspiraciones de Francia, y especialmente de la Casa de Anjou, para hacerse con el trono de Constantinopla continuaban encendidas, aunque en ese momento se hallaban en un periodo de espera mientras se terminaban de fijar algunos aspectos de la futura cruzada contra los «cismáticos» griegos.

Es entonces cuando Jaime II intentaría relanzar una vieja idea estancada desde años atrás, quizás motivado por los intereses de los comerciantes catalanes en Oriente.

En 1307 había optado por no reclamar los derechos al Imperio griego que había heredado por la abdicación en su favor de Constanza Ana de Sicilia, quien había sido tía de la reina Constanza de Aragón y de Andrónico II. Ahora, diez años después, y tras la muerte de la viuda de Juan Dukas Vatatzes en 1313 en Valencia, reconsideraba su postura y, el 4 de julio de 1316, desde la villa de Montblanch, ordenaba recopilar toda la documentación que acreditaba sus derechos al Imperio como sucesor de la dinastía de Constanza Ana^[884]. Por supuesto, sus reclamaciones en este sentido dirigidas al emperador Andrónico no fueron tenidas en cuenta^[885], pero sí que le introducía como una nueva fuerza política dentro de las aspiraciones globales de la alianza occidental para la conquista de Bizancio.

Después del impacto moral que suponía para el afán de Alfonso la recriminación de su propio padre, el rey Fadrique, para que abandonase la campaña de Negroponte, su orgullo quedaba en cierto modo herido, pero lejos de cesar en sus ansias expansionistas, lo que hizo fue dirigir su objetivo hacia otros territorios.

Precisamente en 1318 moría Juan Dukas Ángel, el joven y enfermizo sebastocrator de la Tesalia, que sufrió tiempo atrás el azote de los aragoneses y catalanes en su nación, y que logró in extremis salvar su reino sacándolos de sus fronteras a base de falsas expectativas. Justo después de la victoria de los almugávares en Halmyros, y tras la muerte de Gualter de Brienne, se tituló a sí mismo como *señor de las Tierras de Atenas y Neopatras*, aunque nunca llegó a gobernar en el Ducado de Atenas. Sin dejar un descendiente directo que ocupase su puesto, su codiciado reino pronto cayó presa de las potencias que le rodeaban. Alfonso Fadrique también aprovechó el desgobierno que se extendía por la Tesalia para redirigir a sus tropas de Negroponte hacia el Norte.

Sin apenas resistencia, se abrieron camino hasta la ciudad de Neopatras (Neopatria, La Patra, Lapater), llamada así para diferenciarla de la de Patras de Morea. La campaña se inició entre 1318 y 1319, y se prolongaría durante varios años. Además de Neopatras, en Tesalia y Livadia conquistaron los castillos de Loidoriki (Lodorichi), Domokos (Donchie), Zeitouni (Gitonis, Citó) y Farsala (Farselles), que se sumaban a Salona, la cual estaba en su poder desde hacía algún tiempo. Por fortuna para los tesalos, la campaña del infante contaba con el problema de que no podía dedicar la totalidad de sus fuerzas a ella, puesto que aún mantenía un número considerable de almugávares en los frentes de Negroponte, lo que evitó el éxito total de la conquista. Mientras, en la Morea dominarían las fortalezas de Gardiki (Gardichie) y Castri (Kastoria)^[886].

Junto a los anteriores, se apoderaron también de la fortaleza de Siderocastron, cuya situación exacta no ha sido aclarada. Para Setton, se trataría de un castillo cercano a la ciudad de Heraclea, aunque no concreta a cual de las diferentes ciudades con ese nombre se refiere.

Probablemente, hablaría de la Heraclea Trachinia, cercana a las Termópilas. Sin

embargo, no está localizado ningún castillo con ese nombre en la zona. Por contra, sí existe una localidad que todavía hoy conserva ese nombre, Sidirokastro o Siderokastron, y que también está cercana a otra Heraclea, Heraclea Síntica. Podríamos creer, en vista de los indicios que se trataría de esta última, a no ser, porque Sidirokastro se encuentra localizado sobre la península Calcídica, casi en los límites con la Tracia. De ser esto cierto, supondría que Alfonso Fadrique fue capaz de atravesar todo el reino de la Tesalia, regresando sobre los mismos pasos que años antes habían hecho los almugávares, para lograr conquistar un importante castillo a las mismas puertas del Imperio bizantino. La tercera opción, con muchas posibilidades de ser la correcta, es una fortaleza situada a pocas millas al sureste de Atenas.

A los éstos, habría que añadir los castillos y territorios que el infante había logrado retener tras la muerte de su suegro, es decir, Karystos y Larmena en Negroponte, y las islas de Egina y Salamina, y por supuesto, la práctica totalidad del Ducado de Atenas, con Tebas y la misma Atenas como capitales.

Los dominios anexionados pasaban a ser patrimonio del rey de Sicilia, como sucedió con Neopatras y el resto de castillos conquistados en 1319. El rey Fadrique, en reconocimiento por el rentable servicio que Alfonso Fadrique le estaba haciendo, le infeudó varios de esos señoríos, como Loidoriki o Zeitouni, aunque no accedió a hacer lo mismo con Neopatras, que permanecería bajo el control ducal, o sea, de Sicilia, convirtiéndose en un segundo ducado independiente del de Atenas, el Ducado de Neopatria. Tiempo después, durante el reinado de Alfonso IV de Aragón, Alfonso Fadrique seguiría demandando a la Corona que se le infeudase el castillo de Neopatria, *qui es cap del pahis e es cap del Ducam de la Blaquia*^[887]. Esta carta, que es la única conservada emitida desde la ciudad de Tebas, y fechada un 15 de abril entre los años 1328 y 1328, no era la primera que Alfonso Fadrique mandaba a las cortes aragonesas y sicilianas en demanda de que le fuese cedida la posesión de Neopatria, pero, al igual que en anteriores ocasiones, no le sería concedido este favor.

Lo que sí consiguió el infante, sin que conozcamos la manera en que sucedió, fue hacerse con el Ducado de Salona, que hasta entonces había pertenecido a Roger Deslaur, quien se retiró allí hasta que, probablemente, murió sin dejar descendencia. Este hecho, que sucedería a finales de 1318 o principios de 1319 habría sido aprovechado por Alfonso para incluir la ciudad entre sus posesiones.

Pero no todas las conquistas fueron realizadas por medio de la fuerza. También se dio el caso de gobernadores griegos que se sometieron de manera voluntaria al poder de la Compañía.

Éstos, de forma similar a como ya habían hecho algún tiempo antes los habitantes de la Livadia, abrieron sus ciudades a los nuevos señores en un afán de conservar sus dignidades como hasta entonces. A esta parte de señores o «archontes» griegos no les supuso mayor problema moral el hecho de aceptar el vasallaje a los aragoneses y catalanes, aunque hubiesen prometido lealtad al emperador Andrónico II con

anterioridad. Los archontes habían regido en sus dominios con absoluta independencia, sin que el poder de Constantinopla pudiese llegar a tener sobre ellos ningún tipo de control real, limitándose su relación a una vinculación más sentimental que efectiva, y este era el sistema que pretendían mantener con el gobierno de Alfonso Fadrique.

Quizás el acuerdo más llamativo fue el que se selló con el archonte Missilino^[888], gobernador de Delfos, Liconia (Latríchala), Castri (Kastoria) y de diversos territorios en el golfo de Volo.

Además de poner sus posesiones en manos de Alfonso Fadrique fue concertada la boda de su hija con uno de los nobles más poderosos dentro de la Compañía, Odón de Novelles^[889], de cuya unión nacería Missili de Novelles. De este modo, se entroncaban dos líneas familiares, una griega y otra aragonesocatalana, dando lugar a una de las dinastías que más relevancia tendrían en el futuro de los ducados.

También es cierto que no todas las plazas importantes de la Tesalia cayeron en poder de Alfonso Fadrique. Los venecianos se hicieron con parte de los restos del reino de Juan II, como por ejemplo la ciudad de Ptelion, en donde sus ciudadanos ofrecieron lealtad a la República de Venecia^[890].

Los bizantinos se preocuparon principalmente por asegurar el norte de Tesalia, al tiempo que intentaban detener un nuevo frente que se abría por el Oeste, Albania. Los albaneses quisieron aprovecharse, como estaban haciendo el resto de naciones de la región, y se internaron también en la Tesalia. Tras tomar el control de algunas poblaciones, se vieron frenados en su avance por griegos y almugávares, aunque Marino Sanudo lo ve desde otra perspectiva y afirma que, en realidad, los albaneses serían muy útiles para los planes de la Compañía:

[...] istam invasionem Albanensium utilem fore reputo illis qui confines sunt Catellanis praedictis^[891].

En un documento de 1381 aparecerá un tal conde Demitre (de Mitre) como uno de los principales nobles de los ducados, que *porta la bandera de la vostra reyal majestat porque es natural vasall^[892]*. Pues bien, este vasallo del rey de Aragón, es en realidad uno de los albaneses que entrarían a formar parte de la nobleza de los ducados como un súbdito más de la Corona aragonesa, y que aportaba la respetable cifra de mil quinientos soldados albaneses de a caballo.

El 31 de abril de ese mismo año el rey Pedro IV escribiría desde Zaragoza agradeciendo al conde Demitre y a sus albaneses la defensa de los ducados que estaban llevando a cabo^[893].

Esto da idea de hasta que punto, tanto griegos como albaneses, participaron activamente en la conquista y consolidación del poder aragonés en los ducados de Atenas y Neopatria.

También es verdad que, años después, serían los propios albaneses quienes arrebatarían a los aragoneses y catalanes buena parte de los territorios conquistados por Alfonso Fadrique.

Existe a partir de este instante un cambio considerable respecto a la información conservada. Muntaner, nuestro principal guía junto con Paquimeres hasta este momento, abandona el relato de los acontecimientos que conciernen a la Compañía de Grecia. Ahora su narración se centrará en los hechos de los que él continuará siendo protagonista, lo que le llevará lejos del espectro de los aragoneses y catalanes de los ducados de Atenas y Neopatria.

Según el mismo, la falta de fiabilidad de las informaciones sobre lo que sucedería a partir de entonces, le obliga a dejar de hablar sobre ellos, aunque todavía dedicará algunos capítulos más a hablar sobre Bonifacio de Verona o sobre la breve campaña de Ferrán de Mallorca en la península de Morea.

Ahora, de aquí en adelante, dejaré de hablaros de don Alfonso Fadrique y de la Compañía, que de aquí en adelante no me atrevería a hablar de ellos, ya que, desde que he venido a Cataluña, ellos están tan lejos, que tendría que hablar a ciegas de sus acciones, y yo no quiero poner en este libro más que lo que es verdaderamente cierto. Y así Dios les permita hacer, y decir, que en sus hechos, de ahora en adelante, no me he de entrometer^[894].

Por todo ello, si hasta este momento las fuentes principales habían sido las diferentes crónicas y narraciones, más o menos cercanas a los hechos, después de la ocupación de los ducados, la documentación que guiará a través de aquellos años será casi exclusivamente la conservada por medio de cartas, edictos reales y legajos conservados en diversos archivos de las coronas mediterráneas. Esto acarrea una nueva forma de acercarse a los acontecimientos relacionados con la Compañía de aragoneses y catalanes, y es que de ahora en adelante lo que se conoce ya no es una narración directa de los sucesos sino una serie de referencias puntuales sobre diferentes temas que afectarían a la política y la administración de los ducados.

El hilo narrativo de la historia dejará así de tener la continuidad en su secuencia de acontecimientos que proporcionaban los cronistas, para convertirse en un intento de recreación de dicha secuencia histórica basada en los documentos conservados, fundamentalmente los recopilados por Rubió i Lluch en el *Diplomatari de l'Orient Català*.

Evidentemente, el relato pierde de este modo la frescura y la parte de subjetividad emocional que los autores clásicos transmitían pero, al mismo tiempo, la reconstrucción pormenorizada de los hechos ganará en exactitud.

55. La consolidación del gobierno de Alfonso Fadrique

Los años que siguieron a la conquista del Ducado Neopatria fueron los que marcaron la época de mayor bonanza en la dominación de la Compañía. No obstante, el creciente poder de Alfonso Fadrique iba a suponer un retroceso directamente proporcional para el poder del gobierno almugávar. El infante asumiría la dirección de los nuevos castillos ocupados, unos como feudos en propiedad y otros en nombre del rey de Sicilia como su vicario general. Esto significaba que la Compañía, en el mejor de los casos, debería compartir el gobierno con Alfonso Fadrique, aunque continuaría manteniendo el control de un buen número de castillos y villas en las áreas rurales, así como la totalidad de las instituciones y cargos públicos de los que se habían dotado antes de la llegada de aquel. Frente a las posesiones que quedaron bajo el mando de Alfonso Fadrique como Gardiki, Castri, Loidoriki, Domokos, Zeitouni, Vitriniza, Karystos, Farsala o Egina, o las que se mantenían dentro del patrimonio ducal o real, como Siderocastro, Salona, o Neopatria, coexistían otros señoríos y castillos gobernados de manera independiente por miembros de la Compañía o por algunos de los nobles que habían llegado a Grecia junto al infante. Entre éstos se encontraba, sobre todo, el Ducado de Atenas con la propia ciudad de Atenas y la capital, Tebas, que permanecieron bajo jurisdicción de la Compañía, pero también algunos otros lugares como Livadostro, Bodonitza, Atlanti, Carditza, Sycaminos, Larmena, Filagra, el condado del búlgaro Demitre, las plazas que gobernaban las familias de los Novelles, como el castillo de Metochi, las tierras de los Puigpardinas o las de Ballester, o el castillo de Neochorión en Tebas.

La diferencia entre los dos ducados que conformaban los dominios de los aragoneses y catalanes estaba clara. Mientras el de Neopatria se convertía en feudo del rey Fadrique, y algunos de sus castillos de su hijo Alfonso Fadrique; el de Atenas seguiría siendo propiedad de la Compañía, rigiéndose a través de sus síndicos e instituciones municipales y generales.

Sin embargo, esta regla no se puede aplicar a la totalidad de aquellos territorios, puesto que de igual modo que Alfonso Fadrique poseyó castillos fuera del Ducado de

Neopatria y dentro del de Atenas, también en el primero se dieron casos de ciudades y castillos que se gobernaban de manera independiente al poder ducal.

Al margen de esto, quedaba patente que a pesar de que no eran pocos los castillos que quedaban fuera del control directo del infante o del rey de Sicilia, la importancia de los que sí lo estaban era incuestionable, de manera que el peso específico de la nobleza siciliana sobre la política de los ducados acabaría siendo determinante. Fadrique ya había dado muestras de sus intenciones en 1316, cuando nombró al notario siciliano Pietro d'Ardoyno como canciller de los ducados, reemplazando en el puesto a otro canciller que había sido elegido directamente por la Compañía^[895]. Desde entonces, todo siguió una lenta pero continua sucesión de decisiones que colocaban al infante por encima del resto de poderes en liza, hasta el punto de que poco tiempo después ya no sería la Compañía quien elegiría a sus representantes en las ciudades, sino que sería directamente el duque quien nombraría a castellanos, veguers o capitanes^[896].

El establecimiento de esta nueva división de poder dentro del floreciente estado aragonesocatalán en Grecia terminaría creando una dualidad muy marcada en su gobierno. Los dos grandes bloques quedarían conformados por Alfonso Fadrique y los nobles llegados junto a él desde Aragón y Cataluña por un lado y, por otra parte, los dirigentes y antiguos almugávares relevantes de la Compañía que luchaban por mantener sus instituciones y privilegios anteriores a la llegada del vicario general. En realidad, esta dualidad representaba la lucha entre dos concepciones enfrentadas del poder. El modelo feudalista occidental que traía consigo Alfonso Fadrique contra — se podría decir— la república militar de los almugávares. Este conflicto interno no evitaría que el nuevo estado se desarrollase y creciese durante décadas, aunque siempre se mantendría encendido hasta que, finalmente, a mediados del siglo, terminaría siendo uno de los detonantes del inicio del declive de los ducados aragoneses en Grecia.

La Compañía intentó conservar el peso político de sus instituciones propias, desde los síndicos nombrados por ellos hasta el mismo Consejo de la hueste, ahora transformado en Consejo de los Ducados. Los síndicos asumirían el poder político en las ciudades y su peso en el gobierno quedó plasmado en la documentación conservada. Los síndicos de la Compañía aparecen junto al gobernador ducal en la firma de los acuerdos realizados con Venecia en 1319, 1321 y 1331^[897].

Para dotar a éstos de herramientas legales que amparasen su labor, se elaboraron leyes e incluso se acuñó un nuevo sello oficial de la Compañía. El sello representaba la imagen de san Jorge, patrón de buena parte de los territorios de la Corona de Aragón, matando al dragón, acompañado de la leyenda: *Felix Francorum exercitus in Romanie partibus comorans*.

Afortunadamente, se conserva una copia de este sello que fue localizada en 1925 por Pierre de Viry entre su colección privada^[898].

El reparto del poder no era similar en todos los ducados. Mientras la Compañía retuvo importantes cotas en el Ducado de Atenas, cuya capital continuaría siendo Tebas, el vicario del rey de Sicilia aventajaba a aquellos en el Ducado de Neopatria, debido en gran medida a la distancia que separaba la ciudad de Neopatras de la capital tebana.

Mención a parte merece el Ducado de Salona, cuyo poder pertenecía en su totalidad a la familia real aragonesa. En cualquier caso, poco a poco, las principales ciudades como Neopatras, Atenas, Tebas, Zeitouni, Levadia o Siderocastro, caerían finalmente bajo control ducal, a pesar de los importantes espacios de poder conservados por la Compañía. Además, no todas se regirían por las mismas leyes — heredadas de los *Fueros* aragoneses y de los *Usatges* de Barcelona—. Cada una de ellas se organizarían como universidades independientes (*universitates*), aunque vinculadas a un mismo gobierno ducal.

Los periodos de encuentros y desencuentros se sucederían durante décadas entre ambos poderes, el ducal y el de la Compañía, y sus respectivos máximos dirigentes, el vicario general y el mariscal del ejército, sostendrían una lucha paralela por el control del gobierno.

Lo cierto fue que, desde su llegada a Grecia, el representante del rey de Sicilia impuso su voluntad en la mayor parte de las ocasiones, pese a que el gobierno de los mercenarios supo conservar gran parte de sus privilegios y derechos. Uno de los aspectos más interesantes en torno al reparto de poder es como la Compañía logró mantenerse como propietaria de la práctica totalidad de las tierras que había conquistado, de tal modo que la entrega del gobierno al vicario general era más una cuestión de protocolo que un sometimiento real a su persona y al rey que representaba. De hecho, la entrega que hicieron los almugávares de sus posesiones al embajador real, para que posteriormente éste las volviese a repartir entre los aragoneses y catalanes, fue únicamente la escenificación protocolaria de la alianza entre ambos. Alfonso Fadrique no concedió en la práctica el derecho de posesión de títulos y tierras entre sus nuevos súbditos porque nunca le pertenecieron. Las *capitula et conventiones*^[899] firmadas entre ambos en 1312 fueron en definitiva las reglas del juego que la Compañía impuso para aceptar el amparo del rey siciliano.

Del mismo modo que Alfonso Fadrique ejercía como vicario general de los ducados en lugar del elegido para gobernar por el rey de Sicilia, el infante Guillermo II, la Compañía tenía en la figura del mariscal del ejército (*marescalcus ducatus* primero, y después *marescalcus exercitus ducatum*) a su mayor dirigente. Alfonso Fadrique se percató rápidamente de la importancia que el cargo de mariscal representaba para los almugávares, y de como ese poder podía hacerle sombra a la hora de hacerse con el control efectivo de los ducados. Así pues, una de las primeras decisiones que adoptó fue hacerse con la autoridad para elegir personalmente a la persona que habría de ostentar dicho cargo. No hay pruebas, aunque es de suponer, la envergadura de la resistencia de los aragoneses y catalanes de Grecia a la hora de

aceptar tal resolución, pero finalmente el vicario logró sus propósitos y sería él quien designaría a los sucesivos mariscales del ejército. La elección recaería una vez tras otra en miembros de la poderosa familia de los Novelles, quienes poseían un vasto territorio al norte de Atenas, desde Delfos hasta el golfo de Volo.

56. Algunos aspectos paralelos a la Compañía

Los años en los que los mercenarios aragoneses y catalanes desarrollaron su campaña en Grecia, la actividad comercial de los mercaderes catalanes en el Mediterráneo oriental cayó de manera drástica. Los importantes avances en el terreno del comercio y las concesiones obtenidas del emperador griego que, no sin esfuerzo, habían logrado los catalanes durante el periodo anterior a la llegada de los almugávares, se vieron arruinados por el grave enfrentamiento en el que había terminado el contrato entre ambas partes. Los privilegios que Andrónico II había concedido en 1290 (o 1296) a los catalanes para que pudiesen entrar en el mercado bizantino, se había anulado tras el paso de los almugávares por el país.

Obligados en su mayor parte a abandonar Bizancio por temor a las represalias, los comerciantes tuvieron que buscar nuevos espacios en los que llevar a cabo sus transacciones.

La situación se volvía tan compleja para ellos que de repente habían pasado de ser socios mercantiles del Imperio a verse forzados a emplear sus efectivos navales en la lucha contra él.

Por sorprendente que pueda parecer, el asentamiento de la Compañía en los ducados tampoco les benefició de forma perceptible. Los mercenarios, más preocupados por mantener sus dominios por las armas que por establecer rutas comerciales estables en ellos, no emplearon sus energías en favorecer la labor de sus compatriotas mercaderes. A lo sumo, sus negocios de intercambio comercial se basaban casi exclusivamente en el tráfico de esclavos.

Por fortuna para las arcas de los comerciantes catalanes, el instinto para el negocio de los bizantinos era más poderoso que su capacidad para odiar, y la esperanza de sacar importantes ganancias con la llegada de los catalanes a sus rutas se impuso en la nueva política de Constantinopla. Después de casi diez años desde que los mercenarios abandonasen sus fronteras y, sobre todo, ante la comprobación de la situación de estabilidad que éstos habían impuesto en el sur de Grecia, además

de haber expulsado de allí a sus mayores rivales, los francos, Andrónico II decidió en 1315 firmar un nuevo privilegio por el cual los comerciantes provenientes de la Corona de Aragón, es decir, los catalanes, obtendrían una reducción del 2% en las tasas (*kommerkium*) que estaban obligados a pagar por trabajar dentro de los límites imperiales. Este impuesto se aplicaría tanto a las mercancías que entraban en el Imperio a bordo de las naves catalanas como a las mercancías que posteriormente llevarían de regreso hacia Cataluña. Aunque pudiese parecer que el porcentaje no era demasiado elevado, ese 2% representaba un incremento más que notable en los beneficios de los mercaderes y, además, suponía la apertura de las rutas orientales que desde hacía diez años habían estado cerradas para ellos. El 27 de mayo de 1320 los consejeros y prohombres de Barcelona escribieron al monarca aragonés demandándole que ratificase el decreto expedido por Andrónico, garantizase la seguridad de los navíos comerciales ante los ataques bajo patente de corso y piraterías que pudiesen cometer castellanos, venecianos, genoveses o pisanos, y que se aprovecharan dichos viajes para que los mercaderes sirviesen como embajadores del rey ante el emperador griego^[900].

Pese a todos los indicadores positivos, la situación de bonanza económica no se reflejaría en ese momento ya que, entre otras causas, la tregua que sellarán cuatro años después la Compañía y los venecianos, volvería a perjudicar al potencial comercial de los catalanes al verse reducido el número de naves de la Corona aragonesa que podían navegar en aquellas aguas. Así pues, la presencia de la Compañía en el Mediterráneo oriental sería un obstáculo en todo momento para el desarrollo de negocios comerciales estables por parte de los marinos catalanes.

Paralelamente a estos hechos, la política de Bizancio seguiría pasando por momentos difíciles a pesar de que los almugávares habían dejado de hostigar su territorio y a sus ciudadanos hacía tiempo.

Las potencias occidentales no habían logrado cumplir con su objetivo de conquistar de nuevo el Imperio. Ninguno de sus adversarios había sido capaz de implementar un plan lo suficientemente efectivo como para derrotar a los griegos. Los aragonesocatalanes de la Compañía habían puesto al emperador y los suyos contra las cuerdas, pero los conflictos internos o acaso la incapacidad de los mercenarios para hacerse con el poder de una nación mítica como la bizantina, habían salvado a Constantinopla de la catástrofe. Y tampoco los turcos acababan de conformarse como una fuerza definitiva que fuese capaz de dar el golpe de gracia a los griegos. La conjunción de éstas y otras debilidades de sus adversarios habían hecho que el emperador se mantuviese todavía en el trono de Blanquerna.

Pero el destino del Imperio estaba marcado desde hacía tiempo. El nuevo golpe no llegaría desde el exterior sino que se fraguaría dentro de la propia familia imperial. Contra lo hubiese sido lógico, Miguel IX hijo de Andrónico II y coemperador junto a éste, moría antes que su padre en Tesalónica el 12 de octubre de 1320 a los cuarenta y dos años de edad. Miguel había instalado su corte en aquella provincia y allí había

recibido la noticia de la muerte violenta de su hijo Manuel, hecho que, según el cronista Grégoras, le afectó de manera determinante, aunque lo que culminó el trágico destino de Miguel fue descubrir que el responsable de su asesinato había sido su otro hijo, el primogénito Andrónico.

El ambicioso joven Andrónico, con su padre y hermanos muertos, se levantaría en armas contra su abuelo Andrónico II para hacerse con el poder del Imperio. El joven, rebautizado como Andrónico III, se apoderó de las provincias de Tracia y Macedonia, mientras que Andrónico II mantenía el resto de los territorios de Bizancio y, sobre todo, Constantinopla, bajo su control. El 2 de febrero de 1325 después de lograr importantes victorias frente a su abuelo, Andrónico III consiguió ser coronado coemperador al lado de Andrónico el Viejo, del mismo modo que lo había sido tiempo atrás su padre. El joven emperador no cesó en sus aspiraciones y, en la primavera de 1327 el estallido de una nueva guerra entre serbios y búlgaros obligó a los dos emperadores griegos a tomar partido por uno u otro bando. Andrónico II estaba comprometido con los serbios por antiguas alianzas aún vigentes, por lo que apoyó a éstos en la contienda. Andrónico III, por su parte, vio en esta ocasión la oportunidad de derrotar por completo al viejo emperador y se aliaría con los búlgaros. Su arriesgada apuesta le saldría bien. El 24 de mayo de 1328 después de vencer en el campo de batalla, Andrónico III entraba triunfante en Constantinopla, forzando a Andrónico *el Viejo* a abdicar en su favor y a retirarse como monje a un convento de la capital. Allí moriría en febrero de 1332 a los setenta y dos años.

Andrónico III gobernaría desde entonces el convulsionado Imperio teniendo a su lado a un consejero que alcanzaría un lugar predominante algunos años después, Juan Cantacuceno.

Mientras, en Anatolia los turcos seguían hostigando los dominios griegos. El 2 de marzo de 1331 Orjan con sus turcos osmanlíes, ocupaba la antigua capital del Imperio, Nicea.

Lo desesperado de la situación forzó al emperador a firmar por vez primera un pacto con los turcos osmanlíes en 1333 por el cual reconocía los derechos adquiridos por aquellos, al tiempo que aceptaba pagarles tributos.

57. Negreponte y Venecia.

Auge y fin del mandato de Alfonso Fadrique

El 11 de mayo de 1321 se firmaba la segunda tregua entre la Compañía dirigida por Alfonso Fadrique y la República de Venecia con el fin de salvaguardar los intereses de esta última en Negroponte^[901]. En cualquier caso, las alianzas que el vicario había concertado con los turcos no le habían favorecido a la hora de asentar su gobierno en Atenas, tampoco habían resultado útiles para extender sus posesiones en el Egeo y, por si esto no fuese suficiente, la penosa imagen de los almugávares ante los ojos de las potencias occidentales había salido todavía más perjudicada. Habían arriesgado mucho al pactar con los mayores enemigos de la «verdadera fe» y ahora acarrearían con las consecuencias.

Por un breve periodo de tiempo, dejarían de hostigar los emplazamientos venecianos, lo que no supondría un cese de las hostilidades armadas. La ambición del vicario, unida al espíritu bélico de los almugávares, no admitían la idea de permanecer inactivos ni de conformarse con los territorios conquistados hasta la fecha. Si el pacto alcanzado les impedía expansionarse hacia el Este, buscarían nuevos objetivos hacia el Oeste, y la Morea pasaría a ser de nuevo su objetivo. Pero no solo los mercenarios habían puesto sus ojos en la península, también los griegos capitaneados por Andrónico III, nieto del emperador, habían dado razones para pensar que preparaban un ataque sobre ella. El débil principado franco se encontraba en uno de sus momentos más bajos ya que Roberto de Nápoles, que ostentaba el título de príncipe de Acaya (Morea), no estaba en disposición de defender sus dominios. Alfonso Fadrique procuró que los ataques no llegasen directamente de ellos sino que, para evitar la oposición de las naciones occidentales, realizaba ofensivas de forma indirecta delegando el combate en sus aliados turcos. Ante esta situación, los habitantes de Morea optaron por ponerse bajo el amparo de quienes podían proteger sus intereses y su país de los asaltos extranjeros. El mejor candidato para ocupar este puesto era la República de Venecia. En el caso de que los venecianos accediesen a tomar la Morea como parte de su protectorado, sus habitantes lograrían

defensa frente a los griegos gracias al poderío militar de la República, y al mismo tiempo, espantarían el peligro que suponía la Compañía, ya que ésta debería respetar la alianza sellada con Venecia y no podrían atacar al Principado al pasar a formar parte de sus posesiones.

El 11 de junio de 1321 el fraile de la Orden de los Frailes Menores de Romanía, Pedro Gradonico, escribía al dux de Venecia desde Clarenza ofreciéndole el gobierno de Morea a cambio de protección frente a los griegos y a los mercenarios. Tras la solicitud se escondía una amenaza velada ya que, en el caso de que Venecia rechazase la oferta, podrían considerar la posibilidad de hacer este mismo ofrecimiento a la Compañía, con el consecuente riesgo que podría suponer para la estabilidad de la zona que ese poder pasase a manos de Alfonso Fadrique^[902].

Roberto de Nápoles, como señor titular del Principado, puso en marcha una campaña para reunir apoyos en la defensa de sus intereses. Desde la ciudad francesa de Avignon, Roberto lanzó un llamamiento a la unidad de todos sus aliados y feudatarios para formar un frente común que resistiese a los invasores del Principado. Sin olvidar el peligro que representaban los griegos, Roberto hizo especial hincapié en la amenaza de Alfonso Fadrique y los almugávares, a quienes era especialmente importante neutralizar:

[...] principales enim adversarii sanctematrix ecclesie nostrique scismatici exercitum numerosum preparant cum certo stolio gualearum ad dictum principatum cum suis sibi incolis subiugandum, et natus Frederici de Aragonia hostis nostri cum societate funesta, ipsius principatus partes occupare nititur iuxta posse^[903].

Entre los meses de septiembre y octubre de 1324 se mantiene una agitada correspondencia entre Roberto de Nápoles y el dux de Venecia. El primero alentaba la esperanza de que los venecianos se uniesen a su proyecto de lanzar un ataque conjunto de las naciones occidentales contra la Compañía, pero el dux rechazó la propuesta basándose en el pacto que tenían firmado con Alfonso Fadrique. En cualquier caso, no se debe desdeñar la idea de que Venecia emplease esta alianza sellada en Grecia, más como la excusa ideal para no participar de la campaña, antes que como un verdadero obstáculo. Los venecianos vislumbraban tras la firma con los mercenarios posibilidades para reponerse de las pérdidas sufridas, además de recuperar el espacio marítimo y comercial deteriorado por la aparición de la Compañía y de sus aliados turcos en el sur de Grecia. Pero sobre todo, la República tenía un enorme recelo sobre cual sería el panorama del Mediterráneo oriental después de una hipotética derrota de los aragoneses y catalanes. Era evidente, que éstos habían sido unos vecinos incómodos y peligrosos, pero el poder que podría alcanzar la Casa de Francia tras una victoria total en la región, supondría un golpe

muchísimo peor para los intereses venecianos. Así pues, el dux no tardó en dar una contestación negativa a Roberto de Nápoles^[904].

No solo desde fuera, sino también dentro del seno interno de la Iglesia, se mantenía una lucha oculta que ni la Casa de Francia y de Anjou, ni el propio Juan XXII, fueron capaces de sofocar. Su control sobre los ámbitos eclesiales no era, ni mucho menos, absoluto. Las facciones contrarias hacían valer también su poder. Probablemente, fue así como el 27 de junio de 1323 fue nombrado en Avignon el fraile dominico aragonés Ferrer de Abella como arzobispo de Neopatria. Sorprende la decisión papal puesto que este fraile era uno de los principales confidentes del rey de Aragón, Jaime II, en la sede apostólica. El elegido permanecería en este cargo hasta 1330 y durante su mandato protagonizó graves enfrentamientos con el Papa. Su designación no le alejaría de Avignon, puesto que se sabe que hasta 1328 permaneció en la sede apostólica. Después de 1330 sería destinado a otros obispados, hasta que en 1334 fue elegido como obispo de Barcelona, donde moriría en 1343^[905].

Por la documentación conservada sobre la alianza con Venecia, se conocen los nombres de algunos de los personajes que ostentaron los principales cargos de los ducados durante estos primeros años del gobierno de Alfonso Fadrique, si bien es cierto, que dicho documento es una copia veneciana del siglo XVII en la que se latinizaron los nombres y apellidos, siendo complicado, en algunos casos, descifrar el nombre original. Así pues, Alvenus Dies era el «mayordomo» del vicario general; Guillermo de San Esteban el procurador general; el vicario o veguer de Tebas era Berenguer de Teradis; Guillermo de Planas era el castellano y el veguer de Atenas; y el noble Odón de Novelles, era mariscal del ejército de Atenas^[906].

Muchos de estos cargos se convertirían en hereditarios, y las familias que portaban dichos apellidos conservarían el control de los más altos puestos del gobierno durante décadas, convirtiendo sus respectivos señoríos en auténticos bastiones casi independientes del poder central. Una de las familias que destacaría sobre el resto sería la Novelles que hicieron del Ducado de Neopatria su feudo, del mismo modo que los descendientes del mítico marino Roger de Lauria harían poco después en Tebas.

Desde 1321 a 1326 no existen demasiadas noticias sobre el devenir de Alfonso Fadrique y la Compañía. Continuaron las pequeñas escaramuzas en Morea o en el norte del Ducado de Neopatria, pero desaparecerían casi por completo los enfrentamientos en Negroponte, en consecuencia con el armisticio firmado. La relación militar con los turcos había pasado a un nivel muy discreto, sin que nunca se llegasen a romper totalmente los contactos. De hecho, aunque la alianza con Venecia prohibía expresamente cualquier tipo de pacto con ellos, el vicario general continuó valiéndose de sus servicios, como hizo en los ataques a Morea o a otras islas del Egeo. Como prueba del mantenimiento de estos lazos de colaboración oculta —pero evidente para todos— se sabe que el papa Juan XXII acusó a los almugávares de

traficar y vender a los turcos como esclavos a cristianos franceses que habían capturado en sus incursiones en Morea^[907]. No es de extrañar pues, que las únicas tierras de toda la isla de Negroponte que no fuesen atacadas por los turcos fuesen las que todavía pertenecían a Alfonso Fadrique.

Los turcos no iban a perder la ocasión de sacar provecho de la situación de debilidad en la que se hallaban los territorios de la República, así que durante esos años se dedicaron a atacar una tras otra las islas venecianas que, desamparadas de cualquier ejército que les pudiese proteger, optaron en muchas ocasiones por llegar a acuerdos con los asaltantes para no perecer por completo. Comenzó de este modo una carrera entre los señores del Egeo por pactar con los turcos de manera independiente, traicionando los intereses de la República de Venecia y poniendo en serio riesgo su futuro en el Mediterráneo oriental. En octubre de 1324 Venecia advertía a las autoridades de Creta sobre cual sería su respuesta en caso de que se aliasen con sus enemigos. Pero el creciente poder turco por un lado, y la debilidad veneciana por otro, condujeron a que la República se viese forzada poco después a firmar ella misma un pacto de similares características, resolución desesperada que no evitaría que a finales de 1332 la mayoría de los señores de Negroponte y del Egeo fuesen ya tributarios de los turcos.

La creencia de que existía en ese instante una aparente calma entre la Compañía y los venecianos desde la firma de su última alianza en 1321, se basaría en la falta de noticias relevantes que indicasen lo contrario. No obstante, a partir de 1325 comienzan a aparecer narraciones de algunos enfrentamientos esporádicos.

El fraile y obispo de Caffa (la antigua Theodosia, en la península de Crimea al norte del Mar Muerto), Jerónimo de Cataluña^[908], escribía dos misivas en agosto de 1325 desde Pera, principal base logística de los comerciantes extranjeros en Constantinopla. En las cartas, dirigidas respectivamente, el día 2 al rey Jaime II de Aragón, y el día 3 al dux de Venecia Johanni Superancio, les relata los acontecimientos sucedidos en esa ciudad entre comerciantes catalanes y venecianos. Dando cuenta del enfrentamiento que estalló entre ambos grupos por razones mercantiles^[909].

Al margen de la importancia del choque como tal, el conflicto desvela la existencia de graves diferencias de intereses, incluso durante el periodo de tregua. Pero la chispa determinante para la vuelta a las hostilidades entre la Compañía y Venecia saltará a partir de febrero de 1326 con la repentina muerte de Tomás de Verona, hermano de Marulla la esposa de Alfonso Fadrique. Marulla reclamó entonces las posesiones que pertenecían a su hermano, con quien había llegado a ciertos acuerdos años antes de su muerte, todo ello, con el soporte del poder militar de su marido Alfonso Fadrique. Desde el gobierno de la República se rechazó abiertamente semejante reconocimiento, dejando en manos de los señores terciarios, gobernadores de Negroponte, la decisión final, siempre y cuando ésta recayese sobre

cualquier otro de los aspirantes a dicha herencia.

Además de Marulla, eran varios los señores que reclamaron los dominios que habían quedado sin dueño. Su hija Agnese, el marqués de Bodonitsa o Nicolás Sanudo, duque de Naxos, levantaron sus voces ante los terciarios de la isla.

Intentando tomar la iniciativa en la resolución del testamento de su hermano, Marulla se presentó junto a Alfonso Fadrique en la capital de la isla para tomar posesión ante los terciarios de los bienes y feudos que reclamaba. Pietro della Carceri, uno de esos terciarios, escribiría el 3 de marzo, contándole al dux de Venecia como había impedido la entrada de la comitiva a la ciudad, alegando que todavía no había una decisión tomada al respecto, y que esperaban órdenes desde la metrópoli. Es reseñable que este mismo gobernador, que en esta ocasión alardeaba frente al dux de haber servido diligentemente a sus intereses, un año después, se pasará al bando de Alfonso Fadrique, e incluso le rendirá homenaje regalándole uno de sus castillos.

Al igual que él, actuarían otros de los señores de la isla como Beatriz de Noyer de Maysi o Bartolommeo II Ghisi, quienes también se unirán a Alfonso Fadrique posteriormente.

Ahora, sin embargo, todos rechazaban el control siciliano sobre la herencia y así lo hicieron saber a su gobierno en Venecia^[910].

Marulla y su esposo no tenían buenas expectativas ante el desenlace de la situación.

Pero de repente, sucedió algo que inclinaría la balanza a su favor. Jean de Gravina, príncipe de la Morea, apareció en escena reclamando también los territorios de Negroponte y, en contra de lo que se podía presagiar, en lugar de reclamar la herencia para sí, se posicionó en el litigio a favor de los derechos de Alfonso Fadrique. Así lo comunicó por escrito a los señores terciarios y al resto de feudatarios de la isla en diferentes cartas datadas entre la primavera de 1326 y abril de 1327^[911]. Ciertamente, el príncipe de Morea no tomaba esta decisión por la simpatía que, como él mismo decía, había despertado en él el siciliano. Jean de Gravina estaba dando su apoyo al único aliado con el que podría llegar a contar —no sin salvar antes más de un obstáculo— frente a la hegemonía veneciana en la región.

A finales de febrero de 1327 se daba por concluido el proceso para determinar el destino de los bienes de Tomás de Verona. El terciario Pietro della Carceri concedió a Bartolomeo Zaccaria, marqués de Bodonitsa, una parte de la herencia, mientras que el resto iría a parar a las manos de la hija de Tomás, Agnese. La solución tomada por el gobierno veneciano en Negroponte sorprendió incluso a los mismos venecianos y al resto de quienes tenían intereses comerciales en la zona. Marino Sanudo, como uno de los perjudicados por la resolución, expresó su malestar, especialmente por la parte concedida al marqués de Bodonitsa. Las razones eran que la mayor parte de las posesiones de dicho marqués se encontraban rodeadas de territorios en poder de Alfonso Fadrique, y que esta posición de peligro evidente pondría en riesgo no solo sus antiguas fronteras sino también las que recibía ahora. La posición de debilidad en

la que estaba el de Bodonitsa le convertía en una presa fácil para los aragoneses y catalanes, y a su vez, la pérdida de tan preciados dominios situaría a Venecia en una situación realmente preocupante.

No estaba en absoluto equivocado Sanudo. La coalición veneciana se resquebrajaba por momentos frente a la amenaza que suponía la Compañía, y ni siquiera la alianza firmada era considerada como una salvaguarda en ese instante.

El siguiente síntoma de la desmembración de la unidad entre los señores venecianos fue la boda celebrada entre Giorgio, hijo de Bartolomeo II Ghisi y Simona, hija mayor de Alfonso Fadrique, en mayo de ese mismo año. La fuerte oposición ejercida desde Venecia a esta unión no pudo evitar que se llevase a cabo, lo que desencadenó una especie de «salvese quien pueda» entre los señores terciarios de Negroponte. Éstos buscarían, cada uno por su cuenta, poner a salvo sus propias posesiones sin preocuparse por defender los intereses comunes de la República. El triunfo del siciliano parecía hacerse indiscutible cuando pocos meses después, tanto el terciario Pietro della Carceri como Bartolomeo II Ghisi, dispusieron sus territorios como feudatarios de Alfonso.

Tres fueron los motivos principales que terminaron con la lealtad de los señores terciarios de Negroponte hacia Venecia. En primer lugar, las continuas incursiones y ataques que los turcos venían ejerciendo sobre sus intereses en el Egeo.

Después de marzo de 1326 los turcos habían atacado la práctica totalidad de territorios de Negroponte a excepción de aquellos que pertenecían a Alfonso Fadrique. Parece claro que estos asaltos no fueron aleatorios y, por supuesto, el hecho de que los objetivos elegidos fuesen siempre venecianos y en ninguna ocasión aragoneses, respondía a una estrategia de hostigamiento diseñada por el vicario sobre sus adversarios. Aunque de momento debía permanecer en secreto cualquier relación entre él y los turcos, puesto que estaba comprometido con la alianza firmada con los venecianos^[912].

La segunda causa que llevó a los terciarios de la isla a romper su unidad sería la hábil política de pactos y matrimonios llevada a cabo por Alfonso Fadrique, quien sin necesidad de emplear a sus ejércitos se apoderó a principios de 1327 de importantes territorios insulares.

Por último, la crisis económica que toda esta inestabilidad había provocado en las arcas de los venecianos empujaría a los señores a intentar poner a resguardo la mayor parte de sus bienes individuales.

La República de Venecia había intentado a finales de 1326 tomar el control de la situación en el Egeo por medio del envío de una flota armada que diese cobertura a sus compatriotas, expulsando a los turcos de los alrededores de Negroponte. La poderosa flota veneciana sorprendió a los turcos que se vieron forzados a huir refugiándose en las costas próximas al castillo de Karistos, cuyas tierras pertenecían a Alfonso Fadrique. Este sería el desencadenante que situaría al siciliano ante la evidencia de su complicidad —secreta pero por todos conocida— con los turcos. El

bayle Marco Minotto exigió a Alfonso Fadrique que no diese amparo a los piratas y que se los entregase como prisioneros, a lo que éste se negó, mostrando de este modo a los ojos de todo el mundo la connivencia entre ambas partes y, lo que era más grave, rompiendo unilateralmente una de las principales cláusulas de la alianza que él mismo había firmado con Venecia, por la cual se comprometía a no colaborar ni dar amparo en modo alguno a los turcos. Tras la constatación de cuales eran las intenciones del vicario general de la Compañía, los venecianos optaron por retirarse^[913]. Los turcos fueron trasladados escoltados al Ducado de Atenas, desde donde regresarían a salvo a sus territorios en Anatolia.

Esta agresión a los acuerdos sellados, hicieron que Venecia anulase todos los derechos a los que Marulla, mujer de Alfonso Fadrique, podía aspirar hasta entonces como heredera de los bienes de su difunto hermano Tomás. No obstante, a estas alturas poco podía influir ya sobre el destino de la isla lo que se dispusiese desde Venecia.

En 1327 Alfonso Fadrique, con la colaboración directa de *los turcos de Atenas*, como les llama Sanudo^[914], se había convertido en la práctica en el dueño de la mayor parte de Negroponte. Una vez más, Sanudo denunció ante la República el peligro fatal que supondría para sus intereses la previsible victoria del siciliano, puesto que, como el comerciante y diplomático imaginaba, el control de los aragoneses y catalanes unidos a los turcos haría que se repitiese en el sur de Grecia la historia vivida tiempo atrás en Galípoli y Tracia, con las funestas consecuencias para el comercio y la población en general que aquella invasión había supuesto.

Sanudo pronosticaba un futuro muy oscuro para Venecia, Nápoles e incluso Bizancio, en el caso de que la alianza turcosiciliana lograra sus objetivos.

En una carta fechada en 1326 Sanudo advertía a la metrópoli veneciana del grave daño que los ataques turcos estaban provocando en el Egeo, y sobre todo del peligro que corría la propia capital de Negroponte de caer en manos de los aragoneses y catalanes.

[...] qui si veneriont ad civitatem Nigropontis, et sint unum cum illis de compagna Catellanorum qui tenent ducatum Athenarum^[915].

También a partir de mediados de 1327 se inicia un periodo durante el cual será Alfonso Fadrique quien controle tanto los ducados de Grecia como Negroponte, aunque no llegará a conquistar la isla por completo por medio de las armas. Su control se hará efectivo gracias a la presión ejercida sobre los intereses venecianos por sus aliados turcos, y por los pactos políticos y matrimoniales que con habilidad había sellado. También es cierto que el poder militar del vicario general se veía reforzado después de que el frente que tenía abierto en el norte de los ducados con griegos y albaneses quedase estabilizado. De este modo, podía destinar la mayor

parte de los efectivos que hasta entonces se encontraban en el norte de sus dominios a controlar y hostigar las costas de Negroponte, aumentando el miedo a una invasión militar entre los señores terciarios de la isla. Todos estos factores unidos, allanaron el camino de Alfonso Fadrique hacia el dominio de la región.

La exitosa campaña de 1327 supondría el momento de mayor auge de la dominación aragonesocatalana en Grecia. Con las fronteras del Norte pacificadas, sin que ninguna amenaza externa pusiese en peligro el gobierno de los propios ducados y con la isla de Negroponte bajo su control tanto militar como político, el vicario general de la Compañía disfrutó de un breve periodo de tranquilidad.

En ese tiempo se sucedieron los asaltos y los actos de piratería en la zona, cometidos tanto por los turcos como por naves de Alfonso Fadrique. Una situación llamativa fue la que se conoce por una denuncia conservada en el sentido contrario. El 27 de enero de 1329 se enviaba desde Mallorca una demanda a Venecia por el asalto sufrido por una nave comercial mallorquina en los alrededores de Cerigo, en el extremo más meridional de Morea. Los mercaderes mallorquines denunciaban que una nave de su propiedad, en la que transportaban ropas, seda y esclavos, había sido abordada y saqueada por los habitantes de aquella ciudad bajo gobierno veneciano^[916].

La respuesta dada por la otra parte afectada poco después, el 13 de julio, desde la ciudad de Candía en Creta, aclaraba este sorprendente ataque. En realidad, no habían sido los ciudadanos de Cerigo los que habían atacado a los mallorquines, sino que lo que pasó fue que, hartos de los abusos, robos y secuestros que venían sufriendo, se sublevaron contra aquella nave que lejos de ser un simple navío comercial, se dedicaba a la captura de jóvenes para venderlos como esclavos y al robo de las poblaciones de la costa. Como se decía entre los escarmentados habitantes de Cerigo, debían de cuidarse de la mala gente que eran los aragoneses y catalanes, quienes se dedicaban al secuestro de personas para dedicarlas al tráfico de esclavos:

Custodias te ab istis Catellanis, quia ipsi sunt mali homines, quia habent eius lignum caricatum de sclavis eundo furando per insulas^[917].

Por las noticias que conocemos a través de Sanudo, desde 1327 hasta finales de 1329 los turcos continuaron con sus ataques contra los puertos y las naves occidentales en el Egeo.

Además, en esos meses, se iría enfriando la relación entre ellos y la Compañía, hasta que en algún momento, probablemente a mediados de 1329 se rompería definitivamente la alianza entre ambos. Tanto es así, que el 28 de octubre de 1329 los turcos atacaban el Ducado de Atenas, tomando como prisioneros a muchos jóvenes de la región^[918].

La ruptura entre la Compañía y los turcos parecía ahora definitiva. En diciembre

de 1330 los almugávares iniciaban las negociaciones con Venecia para llegar a un nuevo acuerdo de paz. Entre otras, una de las principales condiciones que recogería dicho acuerdo sería retomar la cláusula por la cual los aragoneses y catalanes se comprometían a no prestar ningún tipo de auxilio a los turcos, así como a colaborar con la República en caso de conflicto entre ellos. En julio de 1331 era ratificada esta nueva alianza por el senado veneciano.

Otro de los puntos en litigio, el dominio del castillo de Karystos, entrada natural hacia el Egeo, quedaba también determinada, quedando reconocida la legalidad de Alfonso Fadrique para hacerse con su gobierno. La tregua con la Compañía permitiría a Venecia dedicarse con mayor capacidad a la organización de una cruzada occidental común contra los turcos.

Las intenciones de iniciar una nueva contienda en Oriente por parte de la Iglesia romana contaban en ese momento con un factor muy importante en su favor, y era el acercamiento entre la Iglesia católica y la Iglesia bizantina, el cual se había comenzado a producir algunos años antes.

Andrónico II entabló, a partir de 1324 una serie de conversaciones con el papa Juan XXII con el fin de buscar fórmulas que provocasen la unión de ambas Iglesias. De hecho, en 1325 Venecia se esforzó por crear una liga común contra los turcos, y en ella participaría activamente Bizancio^[919]. No obstante, los primeros planes del papado y de los angevinos pasaban porque la cruzada estuviese dirigida tanto contra los turcos como contra la Compañía, pero su planteamiento se vería alterado por la repentina ruptura entre almugávares y turcos en 1329, de manera que la nueva situación les obligó a aceptar las presiones venecianas para considerar a la Compañía como un aliado en lugar de como un objetivo militar. Este giro produjo una fuerte disyuntiva en el seno de la tradicional unión del papado y de la Casa de Francia. De hecho, una de las razones más contundentes que habían esgrimido para organizar esta cruzada era, además de derrotar a los turcos, expulsar a los aragoneses y catalanes, *cismáticos, hijos de perdición y discípulos de iniquidad, faltos de toda razón y detestables*^[920], de los territorios que, según ellos, habían arrebatado ilegítimamente a los Brienne, y que ahora debían ser restituidos a su heredero, el joven Gualter II de Brienne, como así quedó plasmado en la bula papal sellada el 14 de junio de 1330 en Avignon. Esta bula representaba la confirmación de la excomunión definitiva de los almugávares que ocupaban el Ducado de Atenas, además de convertirse en un medio para ganar la salvación para todo aquel que colaborase a luchar contra los «*cismáticos*» mercenarios, ganando automáticamente las indulgencias papales.

Con el respaldo que suponía la declaración formal de guerra del Papa contra la Compañía, Roberto de Anjou, que ostentaba los títulos teóricos como rey de Jerusalén y de Sicilia, proclamó a sus feudatarios que debían colaborar con todos los medios a su alcance con el heredero Gualter II para que éste lograra expulsar a los aragoneses y catalanes de los dominios de su padre. Lamentablemente para ellos, los señores francos de Grecia no se encontraban en posición de enfrentarse a los

almugávares, y a ello se unió la ruptura de estos con los turcos, lo que modificaba sustancialmente el panorama de la zona.

Por si todo esto fuera poco, otro suceso transcendental sacudiría los planes angevinos.

Durante el año 1330 sería relevado en su cargo de vicario general de la Compañía Alfonso Fadrique. No se conocen las razones de esta repentina decisión pero todo apuntaría a que el hasta entonces vicario general se había convertido en un obstáculo insalvable para lograr un entendimiento duradero entre los gobiernos aragonés y veneciano. Su ambición política y militar había producido los mayores éxitos de la Compañía en Grecia, pero en ese instante los reinos de Aragón y de Sicilia deseaban una estabilidad en la región, así como su aceptación dentro de la coalición occidental. Alfonso Fadrique era parte del pasado. Su labor en Grecia fue recompensada en noviembre de 1330 con la concesión de los títulos de conde de Malta y de Gozzo, que se añadirían a las posesiones que ya se encontraban en su poder.

Moriría a causa de una grave enfermedad en 1338, y tanto su cese al mando de la Compañía como su posterior muerte supondrían una mejora notable en las relaciones de los ducados con Venecia.

Aunque no se conserva la documentación directa que certificaba cuales fueron los motivos reales del cese de Alfonso Fadrique, ni tampoco sobre quien ocupó el cargo de vicario general de la Compañía tras él, al menos con total seguridad, se ha aceptado como la versión más acertada la que asegura que el sucesor elegido fue Nicolau Lancia (Nicolaum Lanceam).

Rubió i Lluç publicó una carta fechada en Tebas, el 5 de abril de 1331 en la que se designaba a éste como máximo representante del rey Fadrique de Sicilia en los ducados, apareciendo ya Alfonso Fadrique únicamente como conde de Malta y de Gozzo, mientras que como mariscal supremo de los ejércitos de la Compañía era nombrado Odón de Novelles^[921].

No obstante, ante la falta de más noticias que confirmen este extremo se deben guardar ciertas reservas. Además, existe una carta escrita desde Cataluña, en Montblanch, el 5 de agosto de 1331 en la que el rey de Aragón, Alfonso IV, se refiere a Odón de Novelles como su vicario *in partibus Romanie*^[922]. Curiosamente, esta carta está dirigida por el monarca al propio Alfonso Fadrique con motivo de una reclamación sobre los bienes de un difunto miembro de la Compañía.

Se suma a lo anterior el hecho de que la pérdida de la documentación conservada en el Archivo de Palermo, perteneciente a los años 1335 a 1354, dificulta notablemente el conocimiento sobre quienes fueron los gobernadores de la Compañía durante ese tiempo.

En cualquier caso seguiremos la versión aceptada tradicionalmente, por la cual la sucesión en el mando de la Compañía quedaría dividida entre los dos nobles. De esa forma, el poder político y militar que hasta entonces había estado concentrado en la figura de Alfonso Fadrique, pasaba a tener dos cabezas distintas: Nicolau Lancia

como vicario general, es decir, gobernador político de los ducados; y Odón de Novelles como mariscal general de las tropas.

58. La cruzada angevina y el gobierno de Nicolau Lancia

La tregua entre la Compañía y los venecianos no calmaría en modo alguno las aspiraciones angevinas de recuperar los ducados de Grecia. Las bulas papales excomulgando a los almugávares y animando a los obispos de Otrento, Corinto y Patras a predicar la cruzada contra ellos, así como los edictos del rey Roberto de Nápoles de 1330 fueron la señal para que el heredero del derrotado duque de Atenas, su hijo Gualter II de Brienne, convocase un poderoso ejército en la ciudad italiana de Brindisi dispuesto para lanzarse a la conquista de Atenas. El desproporcionado contingente, muy por encima de las posibilidades económicas del joven pretendiente, dejaría completamente arruinadas tanto sus arcas como las de su esposa, la heredera de Tarento.

A finales de agosto de 1331 zarpaban del puerto italiano y a los pocos días llegaban a las costas griegas, en donde ocuparon sin mayores problemas la isla de Santa Maura (Leucadia) y las plazas de Artá y Vonitza en el despotado de Epiro. El inicio de la campaña era esperanzador para Gualter. Había desembarcado en Grecia y después de ocupar varias posiciones importantes, y de forzar a algunos señores de la región a aceptar la soberanía del rey Roberto, se movía con sus ejércitos con relativa comodidad en dirección a los ducados aragoneses. Su intención era buscar el choque con los almugávares en el campo de batalla. Sin embargo, el vicario general Nicolau Lancia, dando muestras de una gran pericia estratégica, rehusó el enfrentamiento.

Pasaban los meses y la paciencia de Gualter estaba empezando a terminarse. Pero no solo su paciencia sufría el desgaste. Sus efectivos y sus recursos para mantener a las tropas también empezaban a dar señales de agotamiento, y los venecianos, que acababan de firmar una tregua con la Compañía, no estaban por la labor de romper el pacto y colaborar con el joven francés. De este modo, el ejército franco deambulaba por las proximidades de las fronteras de los ducados sin lograr ningún tipo de avance sustancial. Ni las nuevas proclamas declarando la excomunión de los aragoneses y catalanes promulgadas por el arzobispo de Patras, Guglielmo Frangipani, el 28 de

febrero de 1332 en la iglesia de San Nicolás de los Frailes Menores de aquella ciudad, logró incitar al resto de señores de la región a un levantamiento general contra la Compañía^[923]. Ante el fracaso evidente de su expedición, Gualter II, regresó a Brindisi a finales del verano de 1332 habiendo conseguido únicamente recuperar algunas fortificaciones en el Epiro y fortalecer las que tenía en Morea, especialmente Patras. Por si todo esto no fuese suficiente fracaso, algunas fuentes creen que incluso su propio hijo murió durante esa campaña^[924].

Los años que sucederán a la retirada del joven heredero franco seguirían trayendo bulas papales, como la promulgada por Juan XXII excomulgando de nuevo a los mercenarios el 12 de agosto de 1334^[925]. Aunque en ellas se reiteraba la excomunión de los almugávares y de sus principales líderes, en ningún momento estos alegatos tendrían consecuencias que alterasen de manera significativa el futuro de los ducados de Grecia.

Un año después, el 29 de diciembre de 1335 de nuevo el arzobispo Guglielmo Frangipani, renovó su edicto de excomunión desde Patras, entonces bajo control franco. La excomunión, además de extenderse a la generalidad de la Compañía, hacía hincapié en sus máximos gobernantes:

[...] declarando excomulgados a Guillermo, hijo de Fadrique, rey de Trinacria (Sicilia), Alfonso, hijo del mismo Fadrique, Nicolau Lancia, Odón de Novelles, Estanyol, Guillermo Espús de San Étienne, Infester, Arnald Zabache, Guillermo Lefort, Bernard Ventelion, Bernard Usier, Joan, hijo del mismo Fadrique, Pascual Adelin, Pietro Adelin, Joan Delcorti, Joan Minoy, En Poul, Joan Brun, Bufal, Roger Trainé, Joan Espín, Bernad Thomás, Pietro de Sola, Domingo Sadan, Nicolau Cavalier, Villafranca, Ramón de Thos y Roger le Lièvre^[926].

Esta relación tiene un valor extraordinario en tanto en cuanto permite conocer los nombres de quienes eran la élite gobernante de la Compañía y de los ducados en aquel momento.

Por desgracia, no se sabe cual es el lugar donde se encuentra el documento original del que proviene el listado, y solo se cuenta con la descripción que hizo el historiador Du Cange, el cual adaptó al francés la mayor parte de los nombres de los excomulgados, dificultando la identificación de parte de ellos. Rubió i Lluch intentó reconocer a estos individuos entre la documentación que se hallaba en sus manos, aunque no lograría resultados ni mucho menos definitivos^[927].

Gualter II de Brienne pasaría el resto de su vida reclamando sus derechos sobre los ducados e intentando que sus aliados se involucrasen militarmente en nuevas campañas, pero nunca regresaría a Grecia. El papel desempeñado por la Iglesia durante ese tiempo dando apoyo en todo momento a los intereses francos será

fundamental, aunque no lograsen nunca conformar una alianza global contra los ducados. No obstante, los intereses internos de la propia Iglesia eran diversos y no todos defendían los derechos franceses. Existieron constantemente facciones eclesiales que no solo no se decantaron por la expulsión de la Compañía de Grecia, sino que se posicionaron abiertamente en su favor. Jerónimo Zurita recoge el testimonio de un religioso de la orden de Santo Domingo que escribió un discurso en 1332 dirigido a Felipe de Valois, rey de Francia, en el que le invitaba a retomar la idea de la cruzada contra el emperador bizantino y la Iglesia ortodoxa. Para ello, resaltaba la importancia de contar con la alianza de los aragoneses y catalanes de la Compañía, como un elemento fundamental para el éxito de la guerra:

[...] conviene ante todas cosas que entre ellos se procure una perpetua concordia, confederando las partes por medio de los reyes de Aragón y Sicilia. También es muy notorio que los catalanes, que ahora se llaman la compañía y residen en el ducado y señorío de Atenas, que no tenían dos mil y quinientos de caballo ni había entre ellos docientos que fuesen caballeros, acometieron al mismo Miguel Paleólogo, que tenía catorce mil de caballo y una gran multitud de gente de pie; y le dieron la batalla con una increíble desesperación y rompieron y desbarataron sus haces y los vencieron, y hicieron una gran matanza en aquel ejército [...]. Tras esto destruyeron toda aquella comarca de Andrinópolis y su provincia hasta que llegaron a Atenas, a donde pararon sin hallar enemigo que les osase dar batalla; y de allí los catalanes de aquella compañía fueron tan poderosos y prevalecieron tanto contra los griegos, que el emperador Miguel Paleólogo en cada un año les daba cierto tributo como a los turcos y tártaros^[928].

Otro ejemplo de disidencia proaragonesa fue la del arzobispo de Tebas, el dominico Isnard Tacconi, quien, una vez tras otra, desoyó sistemáticamente las órdenes llegadas desde Avignon para que cesase de inmediato con su apoyo a la Compañía. El dominico predicaba en los ducados que los edictos papales de excomunión habían dejado de tener efecto, lo que evidentemente era falso. Además, mostrándose en abierta rebeldía frente al papado, reconocía de manera pública el gobierno de los aragoneses y catalanes, al tiempo que les proporcionaba todo tipo de servicios religiosos como la celebración de la misa. El 15 de marzo de 1338 el papa Benedicto XII le hizo llamar a la corte de Avignon para responder ante la curia de la Iglesia por sus desacatos^[929].

Después de 1332 la Compañía gozó de un nuevo periodo de relativa calma. Sin la presión angevina, con la escasa influencia del Papa sobre sus propios arzobispos en los ducados y con una tregua vigente con Venecia, los aragoneses y catalanes se dedicaron al gobierno de sus posesiones. Solo la amenaza turca ensombreció aquellos años. Los turcos, ahora transformados en enemigos, seguían lanzando sus ataques

esporádicos contra las poblaciones costeras de Negroponte y de Atenas, lo que hizo que la alianza con los venecianos tomase mayor estabilidad en busca de una defensa común contra los agresores. Hasta tal punto llegó a cobrar relevancia la expansión turca que el mismo Benedicto XII, que durante todo su mandato al frente de la Iglesia había buscado la derrota de los almugávares, casi en su lecho de muerte, el 10 de febrero de 1341 escribió desde Avignon a Enrique de Asti, patriarca latino y obispo de Negroponte, comunicándole que los embajadores de la Compañía serían recibidos en la curia para tratar de su regreso *al seno de la Madre Iglesia*^[930], tal y como los propios aragoneses y catalanes parece ser que habían expresado que deseaban hacer en reiteradas ocasiones.

La historia de las excomuniones y de los regresos a la Iglesia de la Compañía fue agitada durante varias décadas. Los esfuerzos de Benedicto XII por unir a los cristianos en una cruzada contra los turcos fueron continuados por su sucesor Clemente VI quien, el 21 de octubre de 1343 escribió a su legado en la cruzada, Ramón Saquet (Enrique de Asti para Setton), para que se dedicase con todas sus fuerzas a trabajar por la reconciliación entre Gualter II y la Compañía y, de ese modo, crear un frente común que derrotase a los turcos^[931]. El 15 de junio de 1346 el Papa les levantó temporalmente la excomunión durante tres años a cambio de que colaborasen con hombres y provisiones en la cruzada^[932].

A pesar del interés que teóricamente parecían tener los almugávares por lograr la reconciliación con la Iglesia y regresar a su seno, no cumplieron con las condiciones establecidas y durante los tres años de plazo no ayudaron en modo alguno en los planes papales, por lo que de manera fulminante, pasado ese tiempo, volvieron a ser excomulgados. El rey de Aragón Pedro IV se involucró en el asunto y usó de su influencia para que la excomunión fuese de nuevo revocada. Así, el 3 de diciembre de 1358 el papa Inocencio VI les acogió una vez más dentro de la Iglesia, pero como ya sucediese poco antes, el 25 de diciembre de 1363 Urbano V los excomulgaría otra vez^[933].

Al margen de la Iglesia, el reparto de poder en los ducados tras la muerte de Alfonso Fadrique había beneficiado a su hijo Pedro, quien en 1338 heredó Salona, Loidoriki, Vitritiza, Egina y Zeitouni, aunque, entre 1350 y 1355, y por razones que se desconocen, le fueron confiscados por el rey de Sicilia. Su hermano, Jaime de Aragón, recuperó tras la muerte de Pedro parte de esos territorios, y otro hijo de Alfonso Fadrique, Joan de Aragón, fue el señor de Egina y de Salamina. Un cuarto hermano, Bonifacio, dominaría el legado de su madre Marulla, es decir, el castillo de Karystos y algunas plazas de Ática^[934].

La muerte de Alfonso Fadrique supuso el final del periodo de mayor apogeo de la dominación aragonesocatalana en Grecia. A partir de entonces, el gobierno de los ducados y de sus diferentes territorios perdió la unidad que mantuvo bajo su mandato.

59. El emperador Juan Cantacuzeno y la Compañía.

La cabeza de san Jorge

Más allá de los límites de los ducados de Atenas y Neopatria la política internacional seguía su curso. Aunque pudiese parecer que el papel de los aragoneses y catalanes de Grecia en aquel entramado hubiese pasado a un segundo plano, pronto se vio que continuaban estando en primera línea de los planes de la Corona de Aragón.

El rey de Aragón Pedro IV había reunificado bajo su mando, el 29 de marzo de 1344 los reinos de Aragón y Mallorca, proceso que continuaría después con Sicilia, en virtud a los derechos conseguidos tras su enlace con Eleonor de Sicilia en 1349. Su principal adversario en ese tiempo sería la República de Génova y para neutralizar su potencial firmaría una tregua con Venecia en Perpinyà el 16 de enero de 1351.

Por su parte, el Imperio bizantino sufría de nuevo una crisis política que no hacía sino agravar todavía más su situación terminal como estado. En 1341 había muerto el emperador Andrónico III Paleólogo y su muerte supondría el estallido de una nueva guerra civil en el país. Juan VI Cantacuzeno, que había sido hasta entonces gran doméstico del Imperio, y el principal asesor y ministro del fallecido emperador, ocupó por la fuerza el trono de Constantinopla el 21 de mayo de 1346 en detrimento del legítimo heredero, el hijo de Andrónico III, Juan V Paleólogo, quien era todavía un niño. Durante cinco años se vivió en Bizancio una contienda civil entre ambas facciones, hasta que, en 1347, Cantacuzeno logró conquistar Constantinopla y hacerse con el poder, mientras que Juan V Paleólogo quedó como un emperador en la sombra.

Entonces Cantacuzeno, considerando la rebelión de la emperatriz y del Senado y que éstos se lanzaban contra él por envidia, sin ningún motivo razonable ni mediar conspiración alguna, cedió ante los Romanos y se calzó las sandalias de seda escarlata y fue proclamado emperador por el ejército^[935].

Fuera de la corte imperial los bandos también se habían definido. Los genoveses permanecían junto al derrocado Paleólogo, llegando incluso a atacar con sus navíos los alrededores de la capital o la isla veneciana de Negroponte. Cantacuzeno, en vista del peligro que supondría para su gobierno una alianza entre Génova y el Paleólogo, se vio obligado a firmar la alianza que le ofreció Venecia para crear un frente común^[936].

De forma sorprendente y rompiendo con una tendencia que había durado varias décadas, el rey de Aragón Pedro IV envió desde Barcelona, el primero de junio de 1351 una misiva en la que conminaba a los almugávares aragoneses y catalanes que dominaban los ducados de Atenas y Neopatria a participar activamente en favor de Venecia en la guerra que había estallado entre éstos y Génova. La justificación esgrimida por el monarca fue la insurrección alentada por los genoveses en sus dominios de Cerdeña:

[...] dilectis ac fidelibus universis et singulis Aragonensibus et Cathalanis aliisque devotis nostris, in partibus Romanie et alibi constitutis, salutem et dileccionem^[937].

Los genoveses, en previsión de que Venecia y la Compañía se pusiesen de acuerdo para atacar sus intereses en el Egeo, tomaron la iniciativa y el 15 de agosto de 1351 sesenta y dos naves de guerra genovesas ponían sitio a la ciudad de Oreos, en Negroponte. Paganino Doria (de Oria) era el almirante al mando de aquella flota. Que se sepa, los almugávares solo participaron en la contienda en ese primer momento, pero su actuación sería relevante.

El asedio al que las naves de Génova estaban sometiendo a la fortaleza veneciana habría triunfado de no ser por un contingente de trescientos hombres de a caballo y un gran número de almugávares de a pie que llegaron para ayudar a los defensores. Este refuerzo proporcionó el tiempo suficiente para que en septiembre llegase a la zona una flota aragonesoveneciana que hizo retirarse a los genoveses sin lograr su objetivo. Dirigiendo las veinticinco naves aragoneses se hallaba Ponç de Santa Pau, mientras que Niccolo Pisani era el almirante de los venecianos.

Quizás demasiado eufóricos por aquella primera victoria, los aragoneses, venecianos y los ejércitos de Juan VI Cantacuzeno, se apresuraron a organizar la ofensiva contra los genoveses. La batalla final se decidió en las proximidades de Constantinopla el 13 de febrero de 1352. Las sesenta y seis naves genovesas se dispusieron en condiciones óptimas para el ataque. Con sus espaldas protegidas y bien abastecidas desde el puerto, esperaron el asalto.

Sin embargo, la armada aliada, compuesta por los veinticinco barcos aragoneses, cuarenta venecianos y diez griegos, acababan de sufrir graves daños a causa de las fuertes tormentas que habían encontrado durante la travesía. El viento de proa, los

daños sufridos y la desorganización entre los altos mandos de las fuerzas aliadas acabó con una contundente victoria por parte de los genoveses^[938].

La derrota de los aliados cambió por completo el panorama político bizantino.

Cantacuzeno no dudó en buscar un acuerdo que fuese lo menos perjudicial para sus intereses y, el 6 de mayo de ese mismo año, aceptaba los términos del pacto presentado por el almirante genovés Paganino Doria. El rey de Aragón escribió indignado al emperador, desde Huesca el 2 de agosto, recriminándole lo que consideraba una traición a la alianza firmada entre ellos^[939].

Incluso, cuando todas las partes ya habían aceptado el resultado de la guerra, Pedro IV todavía seguía sin aceptarlo, y así, el 18 de mayo, todavía envió inútiles instrucciones para proseguir la contienda. Pero el monarca aragonés en el fondo sabía que estaba todo perdido y cuales eran los hilos de la política internacional. El proyecto aragonesoveneciano de eliminar a Génova del escenario comercial mediterráneo había fracasado definitivamente.

El propio almirante Santa Pau escribió reconociendo que en la batalla habían perdido doce galeras^[940]. Rubió i Lluch recoge en los capítulos CCVII, CCVIII y CCIX del *Diplomatari* la documentación donde se detallan todos los datos derivados de la derrota: nombre y número de galeras, los daños sufridos, prisioneros, etc.

Incluso Venecia terminó sellando una tregua con Génova el 1 de junio de 1355 aunque los enfrentamientos esporádicos entre ambas repúblicas continuarían sucediéndose^[941].

Pero quién contemplaba con mayor desolación el resultado de toda aquella campaña naval era el pontífice Clemente VI. Las principales potencias navales cristianas habían acabado prácticamente destruidas, lo que dejaba abiertas todas las puertas para una futura ofensiva turca, que ahora, sin armadas que se enfrentasen a ella, sería casi imposible detener.

Por su parte, la flota aragonesa de Santa Pau que había quedado derrotada, lejos de su patria y sin apenas medios para regresar, buscaron un medio para sacar algún provecho de aquel viaje. En un primer instante fueron los venecianos de Negroponte quienes intentaron conseguir fondos económicos de Venecia para pagar a los aragoneses y lograr que permaneciesen como protección suya en la región. Pero el dinero no llegó y la armada de Santa Pau, o lo que quedaba de ella, se aventuró en acciones de piratería, probablemente bajo patente de corso, en el Bósforo y en las cercanías de Constantinopla, al otro lado del estrecho, en la costa del Mar Negro. La aventura no duraría mucho para el almirante Santa Pau que moriría, antes del 18 de mayo, víctima de las heridas que había recibido en el combate con los genoveses.

Es de reseñar como trescientos aragoneses y catalanes supervivientes de la batalla de Constantinopla permanecieron como miembros de la guardia personal del emperador Cantacuzeno. A finales de 1354 su número había descendido a no más de un centenar, pero eran empleados por el emperador como su más eficaz fuerza de

élite. De hecho, el mismo cronista Grégoras hace referencia a ellos destacando su valor y su destreza en la lucha^[942].

Cantacuzeno fue forzado a abdicar en noviembre de 1354 y a retirarse a un monasterio.

En otro orden de cosas, los intereses políticos, territoriales y militares no eran los únicos que se entrelazaban con el devenir de los acontecimientos de Grecia. Durante estos años se libró en un segundo plano otra pequeña pero no poco importante batalla.

Pedro IV, rey de Aragón, se esforzó durante varias décadas en lograr hacerse con un preciado tesoro que curiosamente había acabado en poder de los almugávares: la reliquia de la cabeza de san Jorge. Algún tiempo antes ya había habido algún encuentro de la Compañía con los restos del santo, hecho comprensible dada la veneración que desde hacía siglos y en diferentes religiones se había extendido por el Mediterráneo oriental. Muntaner había mostrado su emoción al pasar por la ciudad de Tira, en Asia Menor, y detenerse ante la tumba del santo:

[...] hasta la iglesia donde reposa el cuerpo de mi señor San Jorge, que es una de las iglesias más bonitas que yo he visto, y está situada a unas dos millas de la de Tira^[943].

Ahora era otra reliquia, su cabeza, la que se cruzaba en el camino de los aragoneses y catalanes. Conservada en la iglesia de San Miguel en la ciudad de Livadia cuando los mercenarios llegaron al sur de Grecia, fue reclamada con insistencia por el rey aragonés pero, con toda seguridad, conociendo el inmenso valor ideológico de aquel objeto, la Compañía no permitió que saliese de sus dominios con destino a Aragón.

El 5 de diciembre de 1354 Pedro IV escribía desde Alghero, a Orlando de Aragón, hijo bastardo de Fadrique III de Sicilia, para que emplease su influencia sobre el que sería entonces duque de Atenas, Fadrique I de Atenas (o de Aragón Randazzo), para que le permitiese hacerse con la codiciada cabeza. Para ello enviaría como comisionado a Francisco Colomer, hombre de confianza del rey, aunque no lograría su objetivo^[944]. La correspondencia cruzada entre el rey de Aragón, su embajador en esta cuestión Francisco Colomer y las autoridades de los ducados, serán abundantes durante los meses siguientes, aunque el resultado acabó siendo negativo para las intenciones del monarca aragonés. Francisco Colomer llegó a entregar a Blasco de Alagón, Justicia Mayor de Sicilia, una carta del rey de Aragón en la que le prometía lograr que el papado y Venecia cesasen en su enfrentamiento contra los aragoneses y catalanes de los ducados si el rey siciliano accedía a dejar salir la cabeza del santo en dirección a Aragón:

Item que l dit senyor rey los promet que si ells ço fan, el tractara e fara per tot

son poder ab lo pare sant que el absolvra aquells del entredit [...]. Item lis promet encara que si ells abans cumplen perfectament la cosa, que el pregara los Venetians [...] que sian tractats axí com Aragonesos e Cathalans naturals sotmeses seus [...]^[945].

Fadrique de Sicilia no dio su consentimiento tampoco a este traslado y para asegurarse su control envió, el 23 de diciembre de 1355 a un fraile de su confianza, Petri Scofet, para que se hiciese cargo del gobierno de aquella iglesia^[946].

Durante décadas no se sabe nada más sobre la reliquia, por lo que se supone que permaneció en Livadia, hasta el 13 de abril de 1393 fecha en la que se data una carta escrita en Valencia por el entonces rey de Aragón Juan I. En ella hacía saber al gobernador de Cerdeña que un capitán vizcaíno, perteneciente a otra compañía de mercenarios navarros (que más tarde se convertirán en protagonistas de la historia de los almugávares), comandada por Bertranet de Salahia (o de Mota), se había apoderado de la cabeza de san Jorge después de ocupar el castillo de Livadia. Juan I puso en marcha, una vez más, toda su maquinaria diplomática para evitar que dicho capitán vendiese la reliquia al rey de Inglaterra, como era su intención^[947]. Pero tampoco este monarca lograría que la cabeza del patrón de Aragón y Cataluña reposase en sus dominios.

La historia continuaría en 1399 tras la pérdida de Livadia por parte de la Compañía.

Será entonces cuando otro rey aragonés, Martín I, supo que la santa cabeza se encontraba en ese momento en la isla de Egina, en poder de un gran aliado de las casas de Sicilia y Aragón, el gobernador Aliot de Caupena^[948]. Este señor de Egina habría emparentado en esa época con el linaje aragonés por medio de su boda con una hija de Joan Fadrique (más adelante conoceremos sobre este heredero de los ducados). El 21 de diciembre de ese año, Martín I escribía desde Zaragoza felicitando a Aliot por su enlace matrimonial al tiempo que le rogaba le permitiese poseer la ansiada reliquia:

[...] axí matex havem sabut com vos tenits aquí en vostre poder lo cap del monssenyer sent Jordi e altres diverses reliquies. e com vos sabets lo renom de nostra casa hi ha singular devoció, per ço us pregam tan affectuosament com podem que per honor nostra vos vullats donar manera que nos puxam haver lo cap del dit mossenyer sant Jordi [...]^[949].

Aliot de Capeuna agasajaría con multitud de presentes al rey aragonés, surgiendo entre ambos una estrecha relación política, pero ni de este modo la cabeza de san Jorge llegaría a tierras aragonesas. Años más tarde, el 27 de febrero de 1402 Martín I volvería a reclamar a Aliot, desde el castillo de Burriana, que le enviase la alhaja, con

el mismo resultado^[950]. Y lo mismo ocurriría en 1409^[951]. Finalmente, en 1462, tras apoderarse los venecianos de la isla de Egina, la reliquia fue trasladada a Venecia para pasar a ser venerada en la iglesia de San Jorge el Mayor.

6o. El testamento de Fadrique II de Sicilia

Crisis de gobierno en los ducados

El título de duque de Atenas había estado en posesión de Guillermo II de Sicilia desde la muerte de su hermano Manfredo en 1317, a pesar de que nunca llegó a pisar suelo griego.

Pero el futuro de los ducados, así como el del reino siciliano, conocerían una traumática transformación el 25 de junio de 1337. Esa noche moría el rey Fadrique de Sicilia.

En su testamento, que había sido firmado en Catania el 29 de marzo de 1334 se confirmaba como heredero titular de los ducados a su hijo Guillermo II:

Item instituimus heredem nostrum inclitum infantem Guillelmum ducem Athenarum et Neopatrie^[952].

En las últimas voluntades del monarca se establecía que en el caso de que Guillermo deseara acudir a Grecia, su hermano, Pedro II, futuro rey de Sicilia, debía de proporcionarle veinte galeras armadas y doscientos caballeros para asegurar su viaje y la toma de poder. El duque no pudo realizar dicho viaje a causa de una grave enfermedad que acabaría con su vida el 22 de agosto de 1338. Ese mismo año, el 11 de mayo, había confeccionado su testamento.

Fue entonces cuando otro hijo de Fadrique heredó el título de duque de Atenas, el marqués de Randazzo, Juan II.

Como muestran las crónicas, Juan II era probablemente el hijo más parecido en cuanto a su carácter al difunto Fadrique de Sicilia. En 1344 intentaría organizar desde Aragón un ejército de seiscientos caballeros y más de cuatro mil almugávares, y para ello recibió de la corte siciliana 17.000 onzas de oro. Por desgracia para él, ese dinero tuvo que ser devuelto al gobierno siciliano, puesto que, antes de poder comenzar la campaña, moría víctima de la peste negra el 3 de abril de 1348. Su testamento,

fechado el 9 de enero de aquel año, ya mencionaba el hecho de que las onzas recibidas debían regresar a las arcas reales^[953].

Le sucedió como duque su hijo, Fadrique I de Atenas, quien fue instigado por el conde Blasco de Aragón para que retomase la idea de la expedición para ir a Grecia de su padre. De nuevo la mala fortuna caía sobre la familia real y Fadrique I fallecía el 11 de julio de 1355 sin concluir sus proyectos en los ducados. Finalmente, el título de duque de Atenas y Neopatria acabaría en posesión de Fadrique II de Atenas, quien poco después se convertiría en el rey Fadrique III de Sicilia, unificando bajo su gobierno el reino siciliano y los ducados de Grecia durante veintidós años (1355-1377)^[954].

No obstante, por encima de la titularidad política, la Compañía y los ducados continuarían manteniendo en gran medida su autonomía y su capacidad de decisión. Tanto es así que, uno de los personajes que más influencia tuvo durante esa época en los ducados, fue Roger de Lauria, hijo del gran almirante siciliano. Éste desempeñaría el cargo de mariscal del ejército y fue, como comprobamos por los textos conservados, el ciudadano más respetado y con mayor poder dentro de la Compañía, por encima incluso de los propios duques.

La primera decisión que tuvo que tomar Fadrique III en referencia a los ducados griegos fue la resolución del conflicto planteado por Jaime Fadrique de Aragón, hijo del fallecido vicario general Alfonso Fadrique, por la devolución de las posesiones que habían pertenecido a su familia. El monarca recurrió a la ayuda del juez de Sicilia, Artal de Alagón, para fallar sobre el caso, accediendo finalmente a las pretensiones de Jaime Fadrique^[955].

Al nuevo rey de Sicilia no se le escapaba la forma en la que él mismo había logrado llegar a disfrutar del trono de la isla. La concatenación de una larga serie de desgraciados acontecimientos familiares era el único motivo por el que él se encontraba en ese cargo. El valor de la corona y al mismo tiempo, la manifiesta fragilidad de su salud, llevó a Fadrique a ofrecer el reino siciliano junto con todos los territorios que le pertenecían, incluidos los ducados de Atenas y Neopatria, a su hermana Leonor, reina de Aragón y esposa de Pedro IV, en el caso de que él falleciese sin descendencia. De este modo, el 15 de julio de 1357 se aseguraba el futuro del reino ante cualquier problema sucesorio, ganando la protección del rey de Aragón, quien, al llegar la dote a través de su esposa, se veía forzado a hacerse cargo del gobierno de la isla.

Estuvo entonces aquel reino en tanto peligro, siendo la isla tan guereada no solo por los enemigos pero por los naturales della que se habían rebelado; y parecía estar tan destituida de remedio que para más obligar al rey de Aragón a que saliese a la defensa como en cosa propia, el rey don Fadrique hizo donación a la reina doña Leonor, su hermana, reina de Aragón, de aquel

reino y de los ducados de Atenas y Neopatria^[956].

Otras versiones sitúan a la reina como impulsora de esta decisión, siendo ella quien habría propuesto a su hermano Fadrique la cesión de los derechos sobre los ducados a cambio de que se le condonase una deuda de cien mil florines que éste aún mantenía por la dote de Blanca de Sicilia.

Ramón Bernat de Sarbou^[957] era el vigente vicario general de Atenas y Neopatria en aquel tiempo, pero su gestión en el cargo debió de ser tan nefasta que los ducados enviaron embajadores a Fadrique de Sicilia para pedirle que fuese destituido de su puesto. En su lugar proponían que se designase a Jaime Fadrique. El rey, desde Messina, el 27 de enero de 1356 después de consultar de nuevo con Artal de Alagón, no aceptó esta propuesta. Pese a la negativa real, la intención de los representantes de la Compañía demuestra el favor con el que Jaime contaba entre los aragoneses y catalanes de Grecia. Él mismo planteó a Artal la posibilidad de considerar a tres posibles aspirantes al puesto: el propio Jaime Fadrique, Juan de Aragón y Orlando de Aragón^[958].

La petición elevada desde los ducados dejaba entrever también la situación de inestabilidad que se vivía desde algunos años antes. La nobleza establecida en Atenas y Neopatria daba muestras evidentes de enfrentamientos internos y pugnas entre ellos por hacerse con el control del poder^[959]. Las familias Novelles, Lauria, Pou, Peralta, etc., mantenían un duro pulso político.

Después de 1355 existe un lamentable vacío documental sobre los hechos sucedidos en los ducados y sobre la sucesión en los cargos de vicario general y mariscal. Incendios, malas gestiones y otra serie de infortunios, provocaron que el Archivo de Palermo perdiese una información preciosa referente a esa etapa. Con la limitada documentación al respecto que se ha logrado localizar en otros archivos mediterráneos se sabe que, tras los vicarios Nicolau Lancia y Odón de Novelles (1331-1354), ocupó el cargo Ramón Bernat de Sarbou (1355-1356). Hay opiniones que piensan que antes de Sarbou figuró como vicario general Pedro Fadrique, hijo de Alfonso Fadrique, aunque en todo caso, habría sido un corto mandato puesto que falleció en 1355. También existen teorías que aseguran que Jaime Fadrique sí llegó a desempeñar labores como vicario durante tres años, de 1356 a 1359, pero no existe documentación contrastada que apoye estas afirmaciones^[960].

Por otra parte, el título de duque de Atenas también seguía vigente en Francia. El eterno aspirante a dicho nombramiento, Gualter II de Brienne, moría en 1356 y María de Enghien, su viuda, se hacía con los títulos del Ducado de Atenas, Argos y Nauplia, aunque el de Atenas expiraría tras la muerte del hijo de ambos, Gualter, en 1381. Los derechos de la familia Enghien sobre el resto de antiguos territorios del señor de Brienne acabarían en 1388 cuando fueron cedidos a Venecia a cambio de pactos matrimoniales.

El 30 de octubre de 1359 era vicario general de los ducados Gonzalvo Ximénez d'Arenós, familiar, quizás hijo, del que fuese almirante de la Compañía en tiempos de Roger de Flor^[961]. Su mandato sería corto, al menos esta primera vez, puesto que poco después recuperaría el cargo.

Su sucesor fue Matheu de Moncada, gran senescal del reino de Sicilia y conde de Aderno y Agosta, también en Sicilia, que estaba ya en Tebas el 1 de enero de 1360^[962].

El principal conflicto con el que este nuevo vicario se encontraría a su llegada era el que mantenían por una parte Bonifacio Fadrique, hijo de Alfonso Fadrique, y por otra la República de Venecia. Todo se había iniciado tras la promesa de Bonifacio de vender el castillo de Karystos, que éste habría heredado de su madre, hija a su vez de Bonifacio de Verona, a los venecianos a cambio de 6.000 ducados de oro. El trato había sido firmado en contrato por ambas partes, siendo el bayle de Negroponte Pietro Morosini y Nicolau Ciurano, consejero de la isla, en representación de la República. El primer contrato fue firmado en Negroponte el 16 de octubre de 1359 y ratificado posteriormente el 17 de octubre del mismo año^[963]. No se conocen las razones por las que Bonifacio rechazó cumplir con lo acordado pero, ante la imposibilidad que tenían los venecianos de recurrir a las armas para hacer cumplir el contrato, desistieron en sus demandas y Bonifacio conservó el castillo^[964]. A consecuencia de este suceso y de otros similares, los choques puntuales y los asaltos a embarcaciones entre súbditos del rey aragonés y de la República veneciana serían constantes durante esos años.

No todo serían obstáculos durante ese tiempo puesto que la distensión en las relaciones de la Corona de Aragón con el papado terminó con una suspensión temporal de la excomunión que pesaba sobre la Compañía. El papa Urbano V concedió un perdón por tres años a los almugávares, aunque este mandato no era gratuito^[965]. La Compañía debía cortar definitivamente con las relaciones que todavía continuaba manteniendo con los turcos.

Además, Urbano exigía en 1364 que los hermanos Roger y Joan de Lauria, expulsaran de sus dominios a los turcos a los que habían permitido regresar y establecerse permanentemente en territorios que habían pertenecido a la iglesia de Tebas^[966]. Al parecer los turcos, con el visto bueno de la Compañía, se habían hecho fuertes en el interior de los ducados e incluso habían hostigado al arzobispo de Patras hasta hacerle huir.

Por otra parte, en Mallorca se conservan al menos tres registros notariales^[967], fechados en esta ciudad el 13 de abril de 1361 con cartas escritas por Matheu de Moncada y dirigidas al gobernador aragonés de la isla, Bernard de Tous. Las tres revelan sucesos muy interesantes que permiten dibujar en parte la situación que se vivía en los ducados durante aquel mandato.

En la primera misiva, que data del 28 de diciembre de 1360 Matheu de Moncada

pedía al gobernador mallorquín que forzase a unos mercaderes, también mallorquines, a que pagasen por varios esclavos que se habían llevado de territorios pertenecientes a los ducados.

Moncada no llegó a tener el control sobre los movimientos comerciales que se realizaban en sus dominios ya que, junto a lo que se percibe por la primera misiva, en la segunda, del 12 de febrero de 1361 se revela la falta de sumisión por parte de sus súbditos de forma más evidente todavía. El vicario reclamaba a Bernard de Tous que ejerciese su poder contra un marino mallorquín llamado Antoni Jordi. Matheu había contratado con el marino mallorquín un viaje en un barco de su propiedad para transportar dinero y otras pertenencias desde los ducados hacia Sicilia, sin embargo, después de tener firmado el acuerdo y de haber embarcado la valiosa carga a bordo en el puerto de Livadostro, Antoni Jordi había zarpado en secreto, tomando un rumbo diferente al acordado, lo que hizo que Moncada se alertase de inmediato ante lo que parecía un claro robo de sus bienes.

La tercera carta se refiere a la indulgencia que el nuevo vicario pide para los patrones de las naves protagonistas del primer escrito a los que los venecianos les acusaban de haber descargado un cargamento de cereales. En teoría, el permiso que tenían era para efectuar la descarga en dominios del rey de Aragón, pero los mercaderes lo hicieron en el puerto de Livadostro, perteneciente al rey de Sicilia. La reclamación interpuesta por Venecia ante esta falta es respondida por Moncada con la argumentación de que los reyes de Aragón y de Sicilia eran una misma cosa, y por lo tanto los derechos de uno lo eran también del otro. Esta afirmación manifiesta la influencia que el rey aragonés tenía sobre los ducados, aunque fuese a través de la figura de Fadrique de Sicilia:

[...] e com entre les jurisdiccions del dit renyor rey Daragon e del molt alt princep e senyor nostre don Frederich per la gracia de Deu rey de Cicilia e duch dels dits ducats, no s dega fer nenguna diferencia, com lo dit senyor nostre sia al dit senyor rey Daragon cosi e frare e fill e gendre [...].

Lo que sí parece evidente es que Moncada, debido a la inestabilidad en el gobierno de los ducados, a su falta de capacidad para liderar los acontecimientos de Grecia, o bien, porque debía cuidar de sus intereses en Sicilia, decidió regresar a la isla. El conflictivo suceso con Antoni Jordi muestra como a principios de 1361 el vicario ya había comenzado a recoger sus pertenencias organizando la marcha de los ducados. Es probable que pidiese al rey Fadrique que le llamase a su presencia para justificar su abandono ante la Compañía.

Teóricamente, el 24 de febrero de 1365^[968] Matheu de Moncada todavía era el vicario general de los ducados, como se conoce por la orden enviada por el rey Fadrique a Jaime Fadrique, en ese momento vicevicario general, en la que le obligaba a reconocer a aquél como su gobernador para Grecia. Pero los sucesos de los años

anteriores indican otra realidad.

Moncada dejó como su sustituto en el cargo de vicario general tras su partida a un individuo del que no existe información anterior llamado Pere de Pou (Petrus de Putheo).

El gobierno de este personaje fue sin duda uno de los más cortos y controvertidos de cuantos conocieron los ducados. Los pocos datos que se conservan de él son que era hermano de otro reseñable noble llamado Tomás de Pou y que se casó con la hermana del entonces mariscal de los ejércitos, Roger de Lauria.

Pere de Pou accedió al poder en una fecha desconocida al no conservarse el documento por el que se le hacía entrega del cargo. No obstante, tuvo que ser después de la marcha de Moncada, es decir, a principios de 1361. Pou habría sido uno de los hombres de confianza de Moncada, y solo su estrecha relación puede explicar que el vicario saliente otorgase el gobierno de los ducados a alguien que se había destacado precisamente por sus enfrentamientos con otras poderosas familias aragonesas y catalanas de Grecia. Su despótico mandato tenía como fin llegar a controlar por completo los ducados, extinguiendo el poder del resto de señores y nobles que dominaban la región. A pesar de ser cuñado de Roger de Lauria, los choques con la familia de su esposa fueron continuos desde el primer instante, como también lo fueron con la que posiblemente era la más poderosa saga familiar, los Aragón. Estos dos omnipresentes clanes, los Lauria y los Aragón, se convertirán en sus principales adversarios políticos.

La acción más atrevida de Pou fue ocupar los castillos de La Salona, Loidoriki y Vitrintza, expulsando al mismísimo Jaime Fadrique de Aragón, su legítimo dueño, de ellos. La importancia de estos territorios residía no solo en su control sino también en que el Ducado de La Salona representaba un auténtico estado independiente de los otros ducados dependientes a su vez exclusivamente del poder de la familia Aragón. Su conquista suponía para Pou la posesión de importantes castillos pero, tan importante como esto, era su pérdida por parte de sus principales adversarios políticos. Ni siquiera las advertencias reales hicieron ceder a Pou en su empeño y solo lograron que devolviese estas fortalezas a los Aragón a cambio de un cuantioso rescate de 5.000 hyperperis, lo que arruinaba por completo sus arcas y su capacidad de responder militarmente al vicario^[969].

Pero sus abusos tendrían respuesta de manera inmediata. Roger de Lauria, su cuñado y mariscal general de la Compañía, fue el cabecilla de la insurrección contra él. El levantamiento se inició en la ciudad de Tebas, capital de los ducados. Roger, apoyado por una parte considerable de los nobles, y es posible que por la mayoría de la Compañía, dio un golpe de estado en la ciudad entre abril y mayo de 1362. La resistencia inicial de las fuerzas y simpatizantes de Pere de Pou fue aniquilada de forma inmediata, y el mismo Pou moriría bajo las armas de los rebeldes.

La represión llevada a cabo por parte de los sublevados tras su victoria recordó por su crueldad a los antiguos tiempos de las campañas de los almugávares. Los

partidarios del gobierno de Pou fueron pasados a cuchillo, siendo especialmente sanguinaria la revancha contra los personajes más relevantes, como por ejemplo el deán de Tebas, Miguel Oller, o la propia mujer de Pou, Angelina. La información más detallada que se guarda sobre estos dramáticos sucesos se encuentra en un privilegio fechado cinco años después en Messina, el 18 de mayo de 1367. En él, el rey Fadrique indultaba a todos los participantes en el motín^[970]. En realidad, el perdón real llegaría mucho antes puesto que después del alzamiento el elegido para cumplir con el cargo de vicario general en sustitución de Moncada sería el propio Roger de Lauria, aunque eso sí, de manera oficiosa puesto que no llegaría el nombramiento de manera oficial hasta agosto de 1366. De hecho, antes incluso del levantamiento de Tebas, el rey de Sicilia ya había tenido noticias sobre los abusos de Pere de Pou y había designado un nuevo vicario, Gonzalvo Ximénez d'Arenós, quien ya lo había sido en 1359. En cualquier caso, sería Roger quien ejercería el cargo y quien contaría, indiscutiblemente, con el apoyo de los nobles y de los almugávares de los ducados.

Roger de Lauria pasaría de mariscal a vicario de los ducados, ocupando el puesto hasta su muerte en 1369 ó 1370.

61. El vicariato de Roger de Lauria.

El gobierno de Matheo de Peralta.

El poder de Luis Fadrique Aragón

Roger de Lauria se había hecho con el poder de los ducados en respuesta al gobierno despótico de Pere de Pou y de sus intolerables abusos, pero el designado por el rey de Sicilia para el puesto seguía siendo Matheu de Moncada, a pesar de que éste se hallaba en Sicilia desde hacía tiempo. Ante el desconcierto y la falta de gobierno que se produjo en aquel instante, Roger no dudó en organizar su propio gobierno y asumir el mando de las diferentes instancias de la administración ducal. Todo ello imponiéndose a la autoridad de Fadrique III.

La revuelta de Tebas dejó al descubierto muchos de los oscuros negocios que habían florecido bajo el amparo del corrupto Pere de Pou. Uno de los más significativos sería el que afectaba a altos cargos de la Iglesia católica de aquel obispado. Miguel Oller, el deán de la capital asesinado por los partidarios de Roger, se evidenció como uno de los grandes beneficiados del anterior gobierno. Tras su muerte, el papa Urbano V, desde Avignon, supo que Oller se había apoderado fraudulentamente de cuantiosos bienes y propiedades que habían pertenecido a un tal Sirellus Petri, y que en derecho deberían haber pasado no a las arcas del deán sino directamente a las de la Iglesia de Roma^[971]. La fortuna estuvo en disputa puesto que también la reclamaba para sí el arzobispo de Creta, Pierre de Thomás, e incluso el mismo rey de Aragón Pedro IV, quien exigía desde Barcelona, el 16 de agosto de 1362 que la herencia fuese a parar al consejero de su curia, Geraldus de Palaciolo, como pariente más cercano del fallecido Oller^[972].

De Lauria se había formado toda su vida como soldado y como tal abordó el gobierno. Sus planteamientos para reforzar la hegemonía de los ducados en la zona fueron exclusivamente militares, de tal forma que la política y la diplomacia quedaron anuladas por completo. Roger retomó el espíritu de la antigua Compañía y se valió de las armas y de la piratería para reflotar la economía de sus dominios, así

como para establecer sus futuros objetivos. Los ataques contra los intereses venecianos de su entorno se recrudecieron, hasta que uno de ellos hizo saltar la chispa de la guerra con Venecia. En 1362 atacaron las propiedades del veneciano Nicoletto Basadona, lo que provocó la respuesta inmediata del gobernador de Negroponte, Pietro Granedigo, que contó con el apoyo de la República^[973]. No habían sopesado bien sus fuerzas ni las de sus adversarios, y de repente la Compañía se vio seriamente amenazada por el poderío militar de Venecia. La única solución que le quedó a Roger en ese complicado momento fue recurrir de nuevo a la alianza con los turcos.

La decisión de unirse a los «infiel» no pudo llegar en peor momento. Los turcos habían ocupado parte de Tracia, incluida la capital Andrinópolis, entre 1361 y 1362, de manera que su dominio se extendía ya por tierras europeas. Además de hostigar al resto de las fronteras helenas, se hicieron fuertes en el Egeo, golpeando con dureza las economías mercantiles occidentales por medio de continuos asaltos de piratería. Precisamente, la organización de una nueva cruzada contra los turcos se había convertido en una de las prioridades del papa Urbano V. Es entonces, cuando Roger, sin considerar las futuras repercusiones internacionales, abre de par en par las puertas de Tebas a los turcos y los convierte en sus aliados.

Urbano V, incapaz de responder por la fuerza contra el «herético» comportamiento de los aragoneses y catalanes de Grecia, intentó hacer recapacitar a Roger sobre lo equivocado de su decisión. Como ya vimos, el 25 de diciembre de 1363 firmaba en Avignon, un interdicto por el que suspendía la excomunión que todavía existía sobre la Compañía, aunque solo tenía una duración de tres años, revisables dependiendo de la actuación de los mercenarios^[974]. Unos meses después, el 24 de junio del año siguiente, escribía directamente a los hermanos Roger y Joan de Lauria rogándoles que reconsiderasen su postura, expulsasen a los turcos de los ducados y devolviesen a la Iglesia tebana todos los bienes que le habían sido arrebatados en los últimos tiempos.

La presión para que rompiesen los acuerdos con los turcos llegaría también desde Sicilia. Paulus, arzobispo de Tebas, que había sido despojado de sus posesiones y obligado a exiliarse de la ciudad por el nuevo gobierno, se presentó en Sicilia ante el rey Fadrique III, a finales de julio o principios de agosto de 1363 acompañado de otros tres nobles que habían corrido su misma suerte^[975]. En presencia del monarca demandaron que, en nombre de algunos municipios de los ducados, se enviase de manera urgente las fuerzas necesarias para derrotar a Roger de Lauria y terminar con la convivencia con los turcos que se habían visto forzados a soportar sus ciudadanos. Por supuesto, esta era la visión de los opositores al poder surgido de la insurrección de Tebas, por lo que hay que pensar que no representaban en modo alguno a la mayoría de los habitantes de los ducados.

La respuesta de Fadrique fue contundente y el 16 de agosto firmaba en Siracusa, un nuevo nombramiento en favor de Matheu de Moncada reafirmandolo como el

legítimo vicario general de Atenas y Neopatria. Por la misma resolución, ordenaba que Moncada acudiese con un importante ejército a los ducados y recuperase el gobierno, eligiendo posteriormente nuevos vegueros, castellanos y capitanes de la Compañía y de las universidades, devolviese las posesiones perdidas a los contrarios a Roger y, evidentemente, expulsase a los turcos de sus dominios. La satisfacción de los embajadores que se presentaron en la corte siciliana fue grande, pero incluso el propio Moncada debió de comprender desde el primer instante la dificultad que entrañaba el mandato real, puesto que, a pesar de organizar la campaña, él permaneció en Sicilia y no pisó los ducados. El resultado de la operación no pudo ser más desastroso para las fuerzas sicilianas.

La Compañía, probablemente unida al contingente turco, derrotó por completo a las fuerzas enviadas desde Sicilia.

Durante meses los turcos asolaron castillos y territorios que no pertenecían directamente a la Compañía, es decir, las propiedades y dominios de la Iglesia y de ciudadanos venecianos. Finalmente Roger, a pesar de su hipotético control de la región, se percató de que los movimientos de Roma y de los angevinos, apoyados quizás incluso por Fadrique III y Pedro IV, que se esforzaban en lanzar una cruzada contra los turcos, le acabarían destruyendo.

Así pues, comenzó a considerar la forma de deshacerse de sus incómodos aliados y recobrar la paz con Venecia. La ocasión le llegaría en el verano de 1364^[976], cuando la flota turca fue derrotada en los alrededores de la fortaleza de Megara. Allí, un combinado de fuerzas compuesto por el papado, los venecianos, soldados y mercenarios de la Orden del Hospital, el déspota Manuel Cantacuzeno y el gobernador franco Gautier de Lor, hundieron treinta y cinco naves turcas, aniquilando prácticamente su poderío naval, mientras que los supervivientes corrieron a buscar la protección de las murallas de Tebas. Roger les dio protección en un primer momento, pero a continuación aprovechó la situación de debilidad de sus aliados para romper la alianza, expulsarlos de la capital y comenzar a entablar negociaciones con los venecianos para restablecer la paz con ellos, evitando que la Compañía «armugavarorum» —que era como se les denominaba desde Roma— se convirtiese en el blanco de una más que previsible cruzada occidental. El 25 de julio de 1365 el senado de la República de Venecia aceptaba el fin de la guerra contra los aragoneses y catalanes de los ducados^[977], para lo que Roger tuvo que ceder importantes plazas como el castillo de Karystos.

Pero la firma del armisticio no supuso el final de la presión veneciana. Éstos, sin buscar ya el choque armado directo, continuaron ejerciendo todo tipo de maniobras puntuales políticas, económicas y, en algún caso, violentas, para acosar al gobierno de Tebas. El rey Fadrique mantenía todavía la idea de que los ducados de Atenas y Neopatria formaban parte, aunque de un modo más imaginario que práctico, de sus dominios y ello a pesar del evidente distanciamiento que los acontecimientos acaecidos desde la rebelión de Tebas habían producido entre el monarca y sus

súbditos de Grecia. Por si esto no fuese suficiente, los únicos ejércitos que éste había enviado a la zona, habían sido los que llegaron con la intención de atacar al gobierno de Roger. De manera que la ayuda o colaboración que el rey aportaba al mantenimiento de los que creía sus territorios era nula, o en todo caso, contraproducente.

De esta forma, el gobierno ducal, sin apoyos de ningún tipo, y con la amenaza de caer frente al potencial veneciano, envió entonces una carta a Fadrique III informándole de que, de no recibir de inmediato fuerzas armadas que reforzasen su posición, serían incapaces de resistir por más tiempo y se verían obligados a ofrecer el poder de los ducados a los venecianos o a los genoveses. El monarca siciliano, horrorizado ante la expectativa de perder unos baluartes tan importantes para las rutas comerciales mediterráneas como eran Atenas y Neopatria, cediéndolos además a sus mayores adversarios políticos y militares, tomó al instante una resolución que evitase tal catástrofe. El 9 de agosto de 1365 escribía desde Messina a Matheu de Moncada comunicándole que, de no acudir en el plazo de tres meses a Atenas con hombres suficientes como para asegurar la posesión de los ducados, se vería obligado a nombrar otro vicario general que restableciese la normalidad^[978]. Moncada, que sabía perfectamente la dificultad que entrañaba ocupar el poder y expulsar a los hombres de Roger del mismo, dejó pasar la advertencia real dando por perdido su título como vicario. No hay documentación sobre los pasos que tomó Fadrique, pero ante la evidencia de la negativa de Moncada a asumir su responsabilidad y cumplir con lo ordenado, se deduce que Roger de Lauria fue nombrado vicario general de los ducados de manera formal. De hecho, el 3 de agosto de 1366 en una misiva escrita en Messina, Fadrique ya se dirige a Roger como *nobili Rogerio de Lauria, ducatum Athenarum el Neopatrie vicario generali*^[979], aunque el documento que reconoce este nombramiento será del 14 de mayo de 1367^[980]. Pocos días después, el 18 de mayo, el rey otorgaba un privilegio por el cual absolvía a Roger y a todos sus partidarios de los crímenes y robos que hubiesen podido cometer hasta entonces, así como del ataque contra el poder real que representaba Moncada^[981].

En esta misma fecha son contestadas por el rey de Sicilia las peticiones y los capítulos —que Rubió denominará *Capítulos de Tebas*— que le habían enviado desde los ducados para su aprobación por medio de su representante Francisco de Cremona. Éstos comprendían una serie de demandas, leyes y normas de gobierno, así como peticiones para la concesión de títulos y propiedades que los ciudadanos libres de los territorios griegos habían recogido en una asamblea celebrada en Tebas el 2 de enero de 1367. El rey siciliano accedió a parte de ellas pero se reservaba el control sobre algunos de los castillos más importantes como los de Levadia, Neopatria y Siderocastro. Este último se mantenía en poder de Luis Fadrique, heredero menor de edad de la saga de los Fadrique Aragón tras la muerte de Jaime Fadrique, los cuales eran a su vez los mayores adversarios de Roger, aunque también otras poderosas

familias aragonesas, como los Novellas, tenían intereses por los que podían unir sus esfuerzos a los Fadrique para derrocar al nuevo vicario. No obstante, elpreciado fuerte de Siderocastro motivó posteriores reclamaciones por parte de Roger de Lauria, hasta que finalmente logró que fuese otorgado por el rey a Nicolau de Sosa, de manera que, aunque no conseguía hacerse con él, al menos se lo arrebatava a su contrincante político Luis Fadrique^[982].

Confirmado en el cargo, el nuevo vicario viviría durante su gobierno una constante lucha entre las diversas facciones de nobles que se disputaban el control de los castillos y tierras de Grecia. La documentación conservada muestra el desgobierno y la falta de autoridad que reinaba en la zona. Fortalezas que son concedidas a señores y que pocos meses después son traspasadas a otros, o gobernadores que son sustituidos de su puesto pero que se hacen fuertes tras los muros de sus castillos y expulsarlos se convierte en tarea imposible durante años. Roger de Lauria, lejos de actuar como gobernador de todos ellos y de intentar buscar la estabilidad política en los territorios bajo su control, se dedicó a comportarse como el resto de señores, aprovechándose de su posición para engañar, manipular y enriquecerse personalmente. Como ejemplo de esto, se sabe que ocupó de manera ilegítima el castillo de Estir, la antigua Stiris, después de asesinar en Tebas a su dueño, Bernard de Villar, y de negarse a devolvérsela a sus herederos. También en este tiempo, de relativa tranquilidad bélica, es ocupado por numerosos litigios sobre títulos y posesiones, pero además existen documentos que se refieren a aspectos de otra índole, como los relativos a las concesiones y privilegios que son confirmados a ciudadanos de renombre que no eran aragoneses ni catalanes, sino que habrían adquirido posteriormente la ciudadanía franca. Tal es el caso de Nicolau de Mauro Nicola o de Dimitri Rendi, que ya jugaron un papel fundamental durante la ocupación de los ducados en favor de los almugávares, y ahora recogían sus respectivas recompensas^[983].

A finales de 1369 o principios de 1370 moría Roger de Lauria de muerte natural.

Fadrique III se encontró de nuevo con el problema de la sucesión de los ducados y en esta ocasión la responsabilidad recaería sobre Matheo de Peralta, miembro de la importante familia siciliana de los Caltabellotta^[984]. Es de reseñar que, en la correspondencia que el rey de Sicilia envía a los ducados para comunicarles su decisión sobre el nombramiento del nuevo vicario general, afirma que Peralta ocupará dicho puesto en sustitución de Moncada, ignorando al fallecido Roger. Lo que demuestra que el mandato de éste no fue del agrado del monarca y tras su muerte ni siquiera le dio el reconocimiento como vicario.

Matheo de Peralta supuso una deriva hacia los sectores más prosicilianos de los ducados, en detrimento de los partidarios del difunto Roger de Lauria y de quienes aspiraban a mayores cotas de soberanía. Las fricciones surgidas con la llegada del nuevo vicario provocaron que el rey intentase calmar los ánimos con concesiones a la otra parte. Entre éstas medidas estaba la promesa a perpetuidad, firmada el 28 de

octubre de 1370 de los cargos de capitán y castellano de Livadia para Guillermo de Almenara, uno de los grandes aliados de Roger^[985].

Esta decisión contravenía abiertamente una de las leyes o capítulos que los propios aragoneses y catalanes se habían autoimpuesto, y que el rey había jurado, la cual obligaba a que dichos cargos en ningún caso fuesen superiores a los tres años. A cambio, Almenara se comprometía a terminar con los conflictos que amenazaban la estabilidad en Grecia. Pero de poco sirvió todo puesto que tres años después, el 4 de octubre de 1373 el rey volvió a destituirle de sus cargos, anulando su anterior mandato^[986]. Hay dos posibles causas que explicarían estos sucesos. O bien Almenara no pudo cumplir con su palabra de normalizar la vida política de los ducados, o quizás la presión de los grupos prosicilianos forzaron a Fadrique III a desdecirse argumentando que habían pasado los tres años que marcaban los *Capítulos de Tebas* y debía de darse por terminado aquel gobierno.

El equilibrio político era cada vez más complejo y las nuevas órdenes que afectaban a Almenara se volvieron contra quienes las habían instigado. El 24 de enero de 1371 había sido nombrado, también a perpetuidad, para el puesto de castellano de Atenas Galcerán de Peralta, con toda seguridad, familiar cercano del vicario Matheo^[987]. Atenas aparece así de nuevo en la correspondencia aragonesa ya que desde hacía décadas no se tenían noticias sobre la ciudad.

Es posible que perdiese todo su peso político en favor de la capital, Tebas o, lo que sería más extraño, que hubiese habido un periodo tan largo de estabilidad en la administración de la ciudad. Por supuesto, en cuanto Almenara fue destituido por haber pasado los tres años que decía la ley, sus aliados exigieron que se aplicase el mismo tratamiento a Galcerán y se revocase su nombramiento a perpetuidad. El rey, desesperado por el desgobierno reinante en los ducados, ordenó, el mismo día que a Almenara, que Galcerán de Peralta renunciase a sus cargos en Atenas^[988]. A sí mismo, mandó que fuesen la universidades de los respectivos ducados las que determinasen quienes serían sus sucesores. No se sabe si realmente fueron las universidades o el propio rey quienes eligieron los nombres de los que ocuparían los cargos, pero la realidad es que, aunque éstos sí existieron, no llegaron a tomar posesión en la práctica de ellos. El control de los ducados había escapado por completo de la influencia de Sicilia y los señores que por medio de las armas tenían el poder en Grecia no estaban dispuestos a abandonarlo por las decisiones que llegaban desde miles de kilómetros. Tanto Almenara en Tebas y Livadia, como Galcerán de Peralta en Atenas, se hicieron fuertes en sus castillos reteniéndolos bajo su control. Tampoco se sabe si los ciudadanos libres de estos castillos accedieron voluntariamente a permanecer gobernados por los castellanos y veguers ahora en rebeldía, o si lo hicieron forzados por su poder militar.

Al margen de los enfrentamientos internos entre los distintos bloques dentro de los ducados, se abrió otro frente, en este caso internacional, que les afectaba

directamente. En 1358 Roberto II de Nápoles, en teoría el emperador de los dominios latinos en Grecia, había cedido a la poderosa familia florentina de los Acciaiuoli la castellanía de Corinto. Nicolò Acciaiuoli, gran senescal de Nápoles, fue quien recibió los títulos de los feudos que comprendían dichos territorios^[989]. En 1365 le sucedió su hijo Angelo, quien a su vez y por deudas de otros asuntos, hizo vicario de sus tierras a su primo Nerio, que había sido tratado como hijo adoptivo del senescal Nicolò. Nerio Acciaiuoli se convertirá poco después en el enemigo más dañino con el que se enfrentarán los almugávares y sus sucesores en Grecia.

Además, los francos angevinos tenían más pretendientes al gobierno de los ducados.

Los sobrinos de Gualter II de Brienne, hijos de su hermana Isabel, el conde Juan de Enghien de Lecce, el conde Luis de Conversano y Guy, señor de Argos y Nauplia^[990], continuaban defendiendo en las cortes occidentales sus derechos sucesorios. Sus esfuerzos no sirvieron de mucho puesto que no llegaron a conseguir el determinante apoyo de los venecianos. De este modo, entre agosto y septiembre de 1371 se vieron forzados a aceptar una tregua con los aragoneses y catalanes. En este armisticio se firmaba también el matrimonio de Joan de Lauria, hijo de Roger de Lauria, con María, hija de Guy de Enghien, aunque nunca se llegaría a celebrar la unión^[991].

Éstos eran los intereses francos en la pugna por los ducados aunque no eran los únicos.

Es probable que no fuese un sentir mayoritario, pero surgió una corriente muy influyente dentro de los ducados que, en vistas del peligro que corría su soberanía y de la incapacidad de Fadrique de Sicilia para restablecer el orden político y protegerles del resto de potencias europeas, lanzaron un llamamiento a Leonor de Aragón, mujer de Pedro IV y hermana de Fadrique, para que se hiciese con el gobierno de los territorios de Grecia. El 5 de junio de 1370

Leonor aceptaba gustosa desde Barcelona la oferta, llegando incluso a nombrar a dos de sus hombres de estado, Bernat Cunill y Bernat del Rey, para tomar posesión de los ducados, todo ello con el beneplácito inicial de su hermano el rey de Sicilia^[992]. Sin embargo, el rey cambiaría de opinión retirando su consentimiento —parece ser que por cuestiones económicas—, lo que provocaría que tampoco este proceso culminase con éxito y los ducados siguiesen siendo independientes, aunque vinculados a la Corona de Aragón, durante algunos años más^[993].

Por suerte para los aragoneses y catalanes de Grecia, después de estos sucesos la situación política entre las naciones del Mediterráneo occidental inició un periodo de distensión, entre otras causas, motivado por el llamamiento a una cruzada común contra los turcos lanzada por Gregorio XI. Esta tregua produjo un acercamiento entre la Corona de Aragón y los francos y el papado, llegando a ser olvidadas las aspiraciones angevinas sobre el trono de Sicilia y a que Fadrique III, junto a los

suyos, fuesen admitidos de nuevo en el seno de la Iglesia de Roma^[994].

El punto culminante de este acercamiento diplomático fue la propuesta papal que recibieron, el 13 de noviembre de 1372 la mayor parte de los reyes y príncipes cristianos de Oriente y Occidente para que acudiesen a un gran cónclave el 1 de octubre de 1373 y que éste se celebrase precisamente en Tebas^[995]. No tuvieron demasiada suerte con los planes internacionales los sucesores de la Compañía ya que nunca llegó a celebrarse dicho congreso. No obstante, la sola convocatoria representó una inflexión importante dentro de las relaciones de los ducados con el resto de potencias europeas.

Continuaron existiendo, pese a todo, conflictos armados en los ducados. Luis Fadrique, heredero de los Fadrique Aragón, se mostró entonces como un señor ambicioso que no se conformaba con mantener una posición de segundo plano dentro de la política griega.

Su primer enfrentamiento serio comenzó en el verano de 1374 con su tío Bonifacio y con su primo Pedro Fadrique. Éstos mantenían el poder de la isla de Egina gracias a la donación que les había hecho tiempo atrás Jaime Fadrique, el padre de Luis Fadrique. Pero el joven heredero no estaba dispuesto a permitir que otros disfrutasen de unas posesiones que pensaba que le pertenecían. Luis se impuso a los señores Egina y anexionó la isla y su castillo a sus dominios, hecho que sería confirmado posteriormente por el propio rey de Sicilia.

En este tiempo sucedió la muerte del vicario Matheo de Peralta, quien había perdido por completo el control de su gobierno. Entonces Luis Fadrique vio la oportunidad de refrendar su poder y, con el consentimiento de las universidades —a excepción de Atenas—, obligó a Fadrique III a firmar su nombramiento como vicario general de los ducados^[996] en Catania el 9 de abril de 1375.

El poder político y militar del nuevo vicario general le sirvió para ganarse el apoyo de los ciudadanos de Tebas, controlada todavía por el rebelde Galcerán de Peralta que había desobedecido las indicaciones sicilianas para que entregase el castillo. Galcerán, que se mantenía fortificado en Atenas, resistió cuanto pudo los ataques de Luis Fadrique, pero al final tuvo que aceptar la capitulación. Sin embargo, la victoria de Fadrique no fue completa puesto que, aunque logró hacerse con la capital Tebas y con Levadia, no consiguió expulsar a Galcerán de Atenas, en cuya Acrópolis permaneció como señor con el apoyo de los aragoneses y catalanes de la ciudad.

En consecuencia con una política con vistas internacionales, se unió en matrimonio en 1368 con Elena Cantacuzeno, hija de Mateo Cantacuzeno, quien a su vez era coemperador e hijo primogénito del emperador bizantino Juan IV Cantacuzeno.

No obstante, el poder de Luis Fadrique no era, ni mucho menos, absoluto. Se pudo imponer al resto de señores aragonesocatalanes, pero no fue capaz de impedir

que un nuevo y grave frente se abriese en los ducados. A finales de 1374 el florentino Nerio Acciaiuoli iniciaba una campaña bélica que terminaría con la ocupación del castillo de Megara, plaza fundamental en la ruta hacia Atenas, situado a poca distancia de Atenas y de Tebas^[997]. La importancia que esta pérdida supuso para los ducados no solo se hallaba en su valor estratégico y militar —que era mucho—, sino que esta acción suponía el principio del declive del dominio aragonés en Grecia. Nunca se recuperaría la plaza, Nerio se convertirá en la mayor amenaza para los aragoneses y catalanes y, años después, en su verdugo.

Luis Fadrique, además de ser el señor político de los ducados como vicario general, se convirtió en el dueño casi absoluto de los territorios que los componían. No solo poseyó los señoríos heredados de su padre, sino que logró arrebatarse la mayor parte de los dominios que pertenecían a sus familiares. El que se autodenominó Conde de Salona, controló el destino de los ducados y de las cinco universidades que lo componían, que eran en ese momento Tebas, como capital, Atenas, Levadia, Siderocastro y Neopatria. Sus dominios no dejarían de incrementarse en los años sucesivos, y así por ejemplo, el 31 de enero de 1376 Fadrique III le nombrará capitán de la isla de Malta^[998].

En 1377 ocurrió un acontecimiento que de nuevo sacudió el futuro de los ducados.

El 27 de julio moría en Messina Fadrique III de Sicilia. Al no tener hijos varones que heredasen su reino, la sucesión recayó en su hija María, pero existía un grave inconveniente. Fadrique II, cuarenta años antes, el 29 de marzo de 1334 había dejado estipulado en su testamento que ni los territorios de Sicilia ni los de Atenas y Neopatria podían pasar a ser gobernados por las mujeres de la familia, únicamente por los herederos varones^[999]. Esta fue la razón que Pedro IV, rey de Aragón, utilizó para reclamar su derecho al trono de Sicilia y a los ducados griegos.

Durante 1376 y 1377 María gobernó los ducados aunque finalmente se llegó a un acuerdo familiar y los títulos pasaron a engrosar la lista de títulos del rey de Aragón. Los quince años que tenía María le impidieron hacerse cargo directamente de las decisiones que se tomaban en sus dominios. En su lugar, fue el noble siciliano de orígenes aragoneses Artal de Alagón, quien llevaría el mando tanto de los asuntos de Sicilia como de los de Grecia. Todo ello hasta que en 1379 Pedro IV, con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos y nobles aragoneses y catalanes de Grecia, incluidos el vicario general Luis Fadrique y su opositor Galcerán de Peralta, asumió el gobierno absoluto de los ducados. El 13 de septiembre de ese año comunicó a los señores que ostentaban el control de Atenas y Neopatria —incluido Galcerán de Peralta quien había apoyado al monarca— que debían entregar de inmediato el mando de los castillos de ambas ciudades al nuevo vicario Dalmau de Rocabertí^[1000].

Así fue como el vizconde Dalmau de Rocabertí se convirtió en el siguiente vicario general, ampliándose el rango de sus títulos puesto que se convertía en realidad en virrey de Grecia^[1001].

Es de reseñar también que es en este momento cuando aparece por vez primera la denominación de Cetines para referirse al castillo y a la ciudad de Atenas:

[...] al amat nostre En Romeu de Bellarbre, castellá e capitá del castell e ciutat de Cetines^[1002].

No se conoce el origen ni la causa por la que se dio este nombre a Atenas, aunque sí es verdad que existe documentos en los que también se le llama Cetina, como el municipio zaragozano a orillas del río Jalón:

[...] les universitats d Estives (Tebas) e de Cetina (Atenas) [...]^[1003].

62. Ferrández de Heredia y la Compañía Navarra

Johan Ferrández de Heredia fue uno de los personajes más influyentes de la política y la religión mediterránea del siglo XIV. Nacido en Munébrega (Zaragoza) entre 1310 y 1315, ingresó muy joven en las filas de la Orden del Hospital y en 1328 fue nombrado caballero de la orden. Sería comendador de Alfambra, Villel, Aliaga y Zaragoza, y en 1338 ya era consejero del rey Pedro IV. Castellán de Amposta desde 1346 a 1377, tendría una vertiginosa carrera diplomática dentro de la curia pontificia, llegando a ser consejero personal de distintos papas.

Por otro lado, Felipe de Anjou moría en 1373, como le sucedería poco después a su hermano Roberto, de tal modo que su sobrino Jaime de Baux, hijo de la hermana de ambos, sería quien heredase el título nominal de emperador de Constantinopla y señor de Morea. Los nobles de esta isla, en desacuerdo con el desenlace del testamento de los Anjou, optaron por ofrecer el gobierno de Morea a Juana de Nápoles, la cual aceptaría pero sin el menor interés por el título. Como consecuencia, Juana por medio de su esposo Othon de Brunswick, en 1377, cedería todos los derechos de la isla a la Orden del Hospital por un periodo de cinco años y a un precio de 4.000 ducados anuales^[1004]. La intención de la Orden era contrarrestar el avance del poder turco en la región, de manera que Johan Ferrández de Heredia fue el encargado de dirigir las operaciones con base en la península griega.

Después de algunos combates victoriosos frente a los turcos, los hospitalarios fracasarían estrepitosamente en el verano de 1378 ante el príncipe albanés Ghin Boua Spata, quien era aliado de los turcos y se hallaba fortificado en Arta. No solo quedaría destruida la armada del Hospital sino que el mismo Heredia sería hecho prisionero. Durante diez meses estuvo preso a la espera de que se pagase un cuantioso rescate por él. No sabemos si la cantidad exigida fue desembolsada, pero sí es cierto que en mayo de 1379 el Gran Maestre regresaba a Rodas, base de la Orden en el Mediterráneo oriental. Su cautiverio coincidió con el cisma que dividió a la Iglesia católica entre las sedes de Roma y Avignon, de manera que cuando recuperó la

libertad, los planes para atacar a los turcos se habían desvanecido, y se dedicó a reorganizar y reforzar los intereses de la Orden en la zona. Antes de su detención, Johan Ferrández de Heredia ya había demostrado que se reconocía antes Gran Maestre del Hospital que aragonés, de hecho, las fricciones a causa de los intereses enfrentados de la Orden y los del rey de Aragón, habían saltado entre ambos poderes, y ni siquiera la tradicional amistad y complicidad entre ambos mandatarios había sido capaz de frenar el choque. La fuente del conflicto fue la aparición en el escenario griego de un elemento desestabilizador y amenazador para los ducados aragoneses: La Compañía navarra.

La historia de la conocida como Compañía navarra había comenzado en 1366 cuando Luis de Evreux, conde Beaumont-le-Roger y hermano del rey de Navarra Carlos *el Malo*, contrajo matrimonio con Juana de Sicilia, hija de Carlos de Anjou-Tarento, duque de Albania.

La boda no fue un buen punto de partida para la pareja puesto que en 1368 los albaneses Carlos Topia y Jorge Balsic ocuparon la capital del país, Durazzo. Luis de Evreux no podía permitir perder tan rápidamente sus nuevos territorios, máxime contando con el apoyo militar de su hermano el rey de Navarra y del rey de Francia, de hecho, antes de la boda el rey francés le había donado 50.000 ducados para luchar contra los albaneses rebeldes. La respuesta se puso en marcha de inmediato pero la organización de un ejército lo suficientemente poderoso como para expulsar a los sublevados de su propia capital requería tiempo y mucho dinero.

Luis de Navarra reclutó en primer lugar, en 1372, los servicios y los hombres de un capitán de mercenarios llamado Ingeram de Coincy, quien aportaría desde Gascuña quinientas lanzas y quinientos arqueros a caballo^[1005].

Durante los siguientes años se reclutarían hombres y se recaudaría dinero en todos los valles navarros para costear la expedición. El rey de Navarra colaboró con cien hombres de armas, hasta que, entre febrero de 1375 y junio de 1376 los navarros y gascones alistados para la misión partían rumbo a Albania desde el puerto de Tortosa. No hay noticias exactas sobre la llegada y los combates entre navarros y albaneses, pero éstos finalizaron con el resultado de la toma de Durazzo por parte de los mercenarios navarros, aunque su líder, Luis de Evreux, moriría en el asedio.

El dominio de la Compañía navarra en la capital albanesa duró tres años. Al poco tiempo de la ocupación, la viuda del infante Luis se casó de nuevo con Roberto, duque de Artois, y ésta, pendiente de sus nuevas posesiones occidentales, dejó de tener interés por los territorios albaneses. Los mercenarios que poco tenían ya que ganar en una ciudad en ruinas, empobrecida y sin un objetivo realmente claro sobre cual era su papel, optaron por abandonar la plaza. No obstante, a pesar de su marcha Durazzo no fue perdida por Roberto de Artois puesto que un tiempo después, en 1379, todavía se mantenía como señor de la ciudad.

Así pues, los mercenarios navarros y gascones se encontraron en una situación similar a la que tantas veces habían sufrido en su periplo por Bizancio los

almugávares de la Compañía.

Su primera opción para obtener los recursos necesarios para regresar a sus casas fue ofrecer sus servicios al rey de Aragón Pedro IV para reforzar sus efectivos en los ducados. La respuesta del monarca aragonés fue positiva en un primer momento, aunque les comunicó, a través del embajador de los navarros Martín de Xalets, conde de Ampurias y primo del rey aragonés, que antes debía pedir permiso a su soberano legítimo, el rey de Navarra, quien también era primo suyo, para realizar ese pacto. Además, los mercenarios debían ir acompañados de sus caballos y de los buques de guerra de que dispusiesen. En ese momento quienes aparecen como destinatarios en la misiva del rey de Aragón —lo que hace pensar que se trataba de los dirigentes de la compañía— eran Pedro de la Saga y Mahiot de Coquerel como camarlangos del rey de Navarra, y Juan de Urtubia y un tal Garro como escuderos:

[...] havem acordat que sabut de vosaltres pus plenerament vostre voler e obligació de servir nos en nostras guerras ho en alcuna d aquelles que a nos mes plaurá [...]^[1006].

Dos días después, el 23 de junio de 1377 Pedro IV solicitaba desde Barcelona licencia a su primo el rey de Navarra para tomar a su servicio a los miembros de la Compañía navarra, aunque el monarca navarro debería aportar algunas naves de guerra desde Durazzo para llevar a cabo el transporte de la milicia^[1007].

Sin que se conozcan noticias sobre cual fue el motivo, la realidad es que las negociaciones entre el rey de Aragón y los navarros no tuvieron éxito. Así que, como era de prever, puesto que el potencial armado que suponía la Compañía de navarros y gascones en Oriente era un atractivo muy apreciado por los diferentes poderes de la zona, poco después de la ruptura con el aragonés aparecieron otros señores dispuestos a contraatacarlos. Lo curioso es que pasaron de ser posibles aliados de los intereses de los aragoneses y catalanes en Grecia a ser sus enemigos.

Las ofertas que convencieron a los navarros llegaron desde el mismo lugar pero de fuentes distintas. Tres serían los nobles y capitanes que requerirán sus servicios, pero los tres se hallaban en el mismo territorio, la Morea. Éstos eran: Nerio Acciaiuoli, en ese momento señor de Corinto; Johan Ferrández de Heredia, gran maestre de la Orden del Hospital; y Jaime de Baux, príncipe de Acaia.

En abril de 1378 Juan de Urtubia, que se convertiría en uno de los capitanes de la Compañía navarra, ya estaba en Morea con sus mercenarios al servicio de Nerio Acciaiuoli^[1008].

Esta primera avanzadilla navarra estaba compuesta por cien ballesteros y cien «brigants»^[1009]. A continuación se incorporaría otro capitán que también aparecía en la correspondencia citada, Mahiot de Coquerel, con cincuenta hombres de armas.

Como vimos, Nerio había ocupado el castillo de Megara, en poder hasta entonces

de los aragoneses y catalanes, y desde ese momento los enfrentamientos entre ambos bandos no habían cesado. Quizás la contratación de los navarros no fuese sino parte de un plan con mayores perspectivas diseñado por el florentino. De hecho, los dos capitanes navarros permanecieron poco tiempo al servicio de Nerio. Al poco de su llegada, fueron contratados por Ferrández de Heredia, quien en ese instante ya gobernaba la isla de Morea en representación de los hospitalarios. No se sabe si el paso de un señor a otro fue una cuestión económica o si hubo algún tipo de problema entre los navarros y Nerio, pero lo cierto es que, bajo su mando o no, el florentino seguía sacando buenos réditos de la presencia de aquellos en Morea puesto que su objetivo primordial era utilizarlos para acosar y atacar a los aragoneses y catalanes de los ducados, y esa función la podían hacer tanto en su nombre como en el de los hospitalarios.

Durante los primeros meses en Morea, todavía al servicio de Nerio, lanzaron una serie de ataques esporádicos pero continuados sobre las vecinas poblaciones del otro lado de la costa en poder de los aragoneses y catalanes. Un año después, cuando pasaron a estar bajo las órdenes del Hospital, la Compañía navarra no modificó sus objetivos y siguieron con sus incursiones contra los intereses de Pedro IV.

El rey de Aragón, cuando fracasó su pacto, ya se había negado a que los navarros pasasen a Morea, sobre todo teniendo en cuenta que lo hacían para servir a su principal adversario en la región. El 10 de mayo de 1378 escribía desde Barcelona a los principales miembros de la Orden del Hospital advirtiéndoles de que, si participaban o apoyaban el desembarco de las fuerzas de Urtubia en la península, actuaría de inmediato requisando las propiedades de la Orden en Cataluña^[1010]. La situación de Ferrández de Heredia era muy delicada por la complejidad de los intereses que se jugaban en Grecia, pero esto no era algo extraño en la vida del maestre, acostumbrado a manejarse al más alto nivel diplomático en las cortes europeas. Tras su liberación había permanecido en Rodas —de donde no saldría hasta su regreso a Avignon en 1382—, lo que no le impidió en absoluto dirigir el gobierno de Morea.

Sin embargo, quien se encargaba directamente de hacer cumplir los designios del maestre era el prior de Tolosa, Gauchier de la Bastide, su mano derecha. Es posible que Heredia tuviese algún tipo de conflicto interno a la hora de tomar decisiones que afectaban en primera persona a su amigo el rey de Aragón. Para la Orden del Hospital, a la que debía obediencia por encima de todo, los aragoneses y catalanes de los ducados suponían un obstáculo que debía desaparecer para extender su hegemonía en el Mediterráneo oriental pero, por otro lado, el gran maestre mantenía desde siempre una estrecha relación de amistad y colaboración con el que era su rey, Pedro IV. Tal era dicha relación que, a pesar de los derroteros que estaban tomando los acontecimientos en Grecia, y de la posición en contra de la Corona aragonesa que comenzaban a tomar los hospitalarios, el 2 de agosto de 1379 el rey aragonés felicitaba calurosamente a Heredia tras su puesta en libertad, e incluso le invitaba a

regresar lo antes posible a Aragón para retomar la actividad dentro de su corte^[1011]. En este plano lo que cabría pensar es que, aunque el gran maestro se viese forzado por su responsabilidad en la Orden, el principal impulsor de la campaña de los navarros contra los ducados fuese su representante en la isla, Gauchier de la Bastide. Él sería quien habría organizado el asalto a la capital de los ducados, Tebas.

La capital de los ducados era el centro de la actividad política de los aragoneses y catalanes, pero a pesar de ello, no era una plaza suficientemente fortificada como para organizar una defensa eficaz. Tras su entrada en la ciudad, los almugávares habían destruido el castillo de Sant Omer y la mayor parte de edificaciones defensivas con las que contaba, todo ello pensando que en el caso de que perdiesen de nuevo Tebas a manos de sus enemigos francos, éstos no tuviesen forma alguna de mantenerla. La realidad es que nada de ello sucedió y aquel castillo en ruinas pasaría a ser la capital política y administrativa de los ducados.

La Compañía navarra o «Compañía blanca», como también se le denominó, partió de Morea rumbo a Tebas en la primavera de 1379. Entre sus filas ya no solo había navarros y gascones sino que, como ocurría en todas las compañías de mercenarios, se les habían unido individuos de otras nacionalidades, especialmente italianos. Quizás partiesen desde el cuartel general de los hospitalarios en la isla, Navarino o Calamata. Atravesaron los dominios de su aliado Nerio Acciaiuoli en Corinto para dirigirse directamente hacia Tebas. Es difícil saber a ciencia cierta si Nerio actuó como organizador de la campaña o simplemente como aliado, pero lo que es innegable es que jugó un papel fundamental en ella, puesto que fue el encargado de poner en contacto a los asaltantes con algunos de los traidores que habitaban en la capital y que colaboraron en su caída. Pero sobre todo, la prueba que demuestra que era suya la mano que manejaba a los navarros es que tras la victoria de éstos, el control de la ciudad pasó inmediatamente a los florentinos. Uno de los que participaron más activamente de la traición desde el interior de Tebas fue Jayme Conomines a quien el propio rey de Aragón señalaría como enemigo de la Corona y ordenaría embargar todos sus bienes para ser entregados a otros súbditos fieles a su causa^[1012]. Aunque también colaborarían otros como Bernardo Forner y Francisco de Lenda, o incluso el propio arzobispo de la ciudad, Simón Atumano^[1013].

La capital cayó entre mayo y junio de ese año, y en septiembre ya conocían la mala noticia en la corte aragonesa^[1014]. También Atenas sufrió una intentona de golpe de estado cuando algunos ciudadanos, viendo el triunfo de los francos en Tebas, quisieron imitarlos. En esta ocasión los traidores, encabezados por un tal Oliverio Domingo, no lograron su objetivo y la Acrópolis continuó en poder de los aragoneses y catalanes durante años. Junto a Conomines y Domingo, hubo otro poderoso señor que conspiró para provocar la caída de Tebas y de Atenas, y que aparece mencionado con el nombre de Micer Arner.

A partir de ahí, comenzó a fraguarse una coalición entre los señores de Morea, los navarros y otros señores francos de Negroponte y de despotados cercanos, que vieron

una clara oportunidad para hacer frente a la hegemonía aragonesa en Grecia. Por fortuna para los mercenarios, las guerras entre genoveses y venecianos frenarían los pactos.

La situación de los ducados era cada día más comprometida. A la pérdida de su capital y al avance imparable de la Compañía navarra y de Nerio Acciaiuoli, había que añadir que uno de los líderes más destacados, Galcerán de Peralta, hasta ese instante señor en la práctica de Atenas, había sido capturado durante los combates en Tebas, bien en su defensa o bien en algún intento por recuperarla. La misma suerte corrieron otros importantes personajes como los notarios y soldados Pedro Balter y Dimitri Rendi. Parece curioso que el vicario general en funciones, Luis Fadrique, no participase también de estas campañas militares pero lo más probable es que estuviese ocupado en la defensa del resto de los ducados, también amenazados por los invasores. Sí participó en acciones posteriores para intentar reconquistar Tebas, tanto es así que algunos de sus hombres consiguieron salvar plazas importantes ante los ataques navarros^[1015].

El rey de Aragón escribía el 30 de septiembre desde Barcelona a Galcerán comunicándole que conocía lo sucedido en los ducados gracias a dos de sus súbditos, Bernat Ballester y Francesch Ferrer^[1016]. En la carta le mostraba su desagrado por la prisión que sufría *com de vertader e natural vassall nostre*, pero acto seguido le exigía que depositase el gobierno de Atenas en manos de Luis Fadrique hasta el momento en que su nuevo elegido, Rocabertí, ocupase el gobierno de los ducados.

En septiembre de 1380 Pedro IV comunicaba oficialmente a Ferrández de Heredia que los ducados formaban parte de los territorios que pertenecían a su Corona. Esta misiva era en realidad una reclamación por el apoyo que los navarros y florentinos estaban teniendo de la Orden del Hospital. Demandaba al maestre que no participase de las acciones que estaban dañando sus intereses y las de sus súbditos, al tiempo que le lanzaba una sutil amenaza advirtiéndole de que, de lo contrario, no toleraría ningún tipo de agresión:

[...] de quibus alii subditi nostri regni Aragonum et principatus Catalonie nobis tenentur et sunt adstricti ac etiam obligati^[1017].

Ferrández de Heredia se vio forzado a comportarse como hombre de estado antes que como aragonés y amigo del monarca. Diplomáticamente, se mantuvo a cierta distancia en su sede de Rodas —aunque al fin y al cabo no dejaba de ser el gran maestre de la Orden del Hospital—, y delegó de nuevo los conflictivos asuntos de los ducados a su segundo Gauchier de la Bastide. Éste, mucho más firme contra los aragoneses y catalanes de Grecia, llegó incluso a amenazar a Luis Fadrique (en ese momento válido del rey de Aragón hasta la llegada de Rocabertí) en caso de que no aceptase firmar una tregua con el navarro Juan de Urtubia. Por supuesto, esta tregua

suponía la aceptación de la legitimidad de los navarros como dueños de Tebas y del resto de territorios anexionados. Luis Fadrique puso en conocimiento de Pedro IV el ultimátum del hospitalario y el monarca no tardó en dirigirse a aquel con la mayor dureza.

Desde Lleida, el 23 de septiembre de 1380 el rey aragonés advertía a los priores de Tolosa y de Francia de la Orden del Hospital que no iba a tolerar en modo alguno agresiones contra sus dominios en Grecia, y que si la Orden impulsaba o apoyaba a quienes agrediesen a sus súbditos de los ducados deberían acarrear con las graves consecuencias militares y económicas que ello les supondría, empezando por la confiscación de todos los bienes de la Orden que se hallasen en los territorios de la Corona:

[...] cum cominacione quod nisi hoc faceret, vos procederetis ad faciendum guerram contra ipsum, gentes et terras suas, de quibus non modicum admiramur. [...] alioquin habeatis pro firmo quod si secus egeritis, nullatenus opinamur contra vos et gentes vestras cum armis [...]^[1018].

Poco efecto tuvieron las advertencias aragonesas porque, pocas semanas después, la Compañía navarra asaltaba y ocupaba también el castillo de Levadia, asesinando a su castellán y veguer Guillermo de Almenara. También en esta ocasión fueron traidores desde el interior del castillo quienes facilitaron la entrada de los navarros:

[...] qui proditorie fuit in nostro servicio intus dictum castrum per inimicos nostros interfectus [...]^[1019].

Las invasiones provocaron que un número importante de ciudadanos de estas ciudades huyesen a refugiarse a la isla de Negroponte bajo la protección veneciana. Los desplazados no solo eran aragoneses y catalanes, sino que la mayor parte de ellos eran griegos e incluso francos que temían represiones por haber convivido y colaborado con el anterior gobierno.

Junto a las traumáticas transformaciones que estaban sufriendo los ducados, también es de reseñar la evolución que se produce en el plano administrativo y político. Los Fueros de Aragón desaparecen de los textos oficiales dejando el lugar a las constituciones catalanas y barcelonesas. Así, en septiembre de 1380 en los famosos *Capítulos de Atenas* se afirma que a partir de ese momento los vasallos en Grecia del rey de Aragón se regirán por los *Usaticos Barchinone et Constituciones Cathalonie*^[1020]. Otro hecho importante en este sentido es el dictamen del rey de Aragón, firmado en Zaragoza el 8 de mayo de 1381 y dirigido a los habitantes de Livadia que habían sido despojados de sus pertenencias por los navarros, por el que reconocía todos sus derechos sobre aquellas y la protección que les correspondía bajo

los usos y costumbres de Barcelona, los Usatges de Barcelona^[1021].

No es posible saber si realmente los Usatges se impusieron por completo en esta época como norma constitucional de los ducados, desplazando a los Fueros de Aragón, pero así parece por la documentación conservada. Quizás la razón fuese que los Fueros, leyes creadas para regir un país interior y con poca actividad comercial, como era el caso de Aragón, no eran tan útiles en aquellas tierras, cruce de las principales rutas comerciales del Mediterráneo, como los Usatges de Barcelona, constituciones desarrolladas en un territorio mediterráneo y volcado por completo en la actividad mercantil y marítima. Además, las leyes catalanas no eran desconocidas en la zona puesto que llevaban décadas usándose en buena parte de las numerosas delegaciones del Consolat del Mar^[1022] que los comerciantes catalanes tenían repartidas por todo el Mediterráneo.

La Compañía de navarros de Juan de Urtubia desaparecería durante unos años del escenario griego, y los castillos que habían arrebatado a los aragoneses y catalanes pronto pasaron a manos de los griegos o directamente del florentino Nerio Acciaiuoli.

63. Los Capítulos de Atenas y Salona

En vista de la penosa situación en la que se encontraba el gobierno de los ducados, el 20 de mayo de 1380 los cargos administrativos, políticos y militares de Atenas, *sindichs prohomens e consell dela dita universitat*, se reunieron en asamblea vinculante en la Acrópolis para decidir cual sería su futuro. Romeu de Bellarbre se había convertido en el hombre fuerte de Atenas, como castellano de Cetines en perjuicio de Galcerán de Peralta quien, además de permanecer todavía prisionero de los navarros, había perdido su posición en el gobierno ducal. Con tal poder, Bellarbre dirigió la elaboración de los estatutos o constituciones que Rubió i Lluç bautizaría con el nombre de *Capítulos de Atenas*. Éstos serían presentados ante el rey de Aragón por el ciudadano de Atenas Guerau (¿Galcerán?) Rododella y por Joan Boyl, obispo de Megara. Los Capítulos fueron el medio por el cual los aragoneses y catalanes de Grecia ofrecieron oficialmente su vasallaje al rey aragonés, poniendo bajo su mando la jurisdicción de los dominios que todavía controlaban. Sin embargo, fueron a su vez un pliego de condiciones que el monarca debía aceptar para recibir tan importante legado.

El 1 de septiembre de 1380 el rey Pedro IV, *Dei gratia rex Aragonum, Valencie, Maioricarum, Sardinie et Corsice, comesque Barchinone, dux Athenarum et Neopatrie, comes etiam Rossilionis et Ceritanie*, confirmaba las constituciones que se le habían presentado haciendo algunas modificaciones, pero dando su aprobación en su conjunto^[1023].

Los Capítulos atenienses estaban compuestos por algo más de una docena de artículos o peticiones, de los cuales apenas cuatro o cinco afectaban a la gobernabilidad pública de los ducados. El resto eran condiciones sobre asuntos particulares que los redactores del texto introdujeron en su propio beneficio individual.

El primer capítulo recogía la solicitud de los atenienses para que el rey les enviase cuanto antes a la persona elegida para regir el gobierno de los ducados, es decir, el duque de Rocabertí, así como los efectivos militares necesarios para que éste pudiese llevar a cabo su labor de restaurar el orden político y emprender las acciones

necesarias para recuperar los territorios perdidos. No obstante, también indicaban que, en caso de que la llegada del nuevo vicario general se fuese a retrasar, permitiese el monarca que ejerciese en su lugar Romeu de Bellarbre quien *coneix los affers encantats dela dita universitat e pobretat e afany del poble d aquella*. Pedro IV no aceptó este último punto ya que precisamente había sido la concentración de poder en manos de unos pocos señores lo que había llevado a la desunión y a la derrota frente a los enemigos. Así pues, concedió a Bellarbre la capitania de Cetines a perpetuidad, pero no le dio el nombramiento como vicario general.

En el segundo punto, las universidades griegas pedían que el nuevo vicario general respetase la jurisdicción y las leyes individuales que hasta ese momento se venían guardando en los distintos ducados y por los diferentes señores. Desde la corte tampoco se aceptó esta condición, contestando que Rocabertí gobernaría sobre todos ellos y con las mismas leyes, ya que *les universitats d Estives e de Cetina e don Lois d Aragó e tots los altres barons, cavallers e totes universitats e qualsevol persones dels dits ducats sien tots una cosa e sien regides et gobernades per lo dit vescomte vicari seu general [...]*^[1024].

Sí concedía el rey en el tercer artículo que al no poseer Bellarbre grandes posesiones en Atenas, se le otorgasen a él y a su familia los bienes que pertenecieron a los traidores Jayme Conomines y Albert de Mantua. Del mismo modo, salía muy bien parado en el cuarto capítulo el notario griego Dimitri Rendi. Tanto éste como toda su familia y descendencia eran recompensados por su lealtad hacia la Corona aragonesa en su defensa de Megara con grandes patrimonios, títulos y la ciudadanía franca, convirtiéndose en uno de los personajes con mayor peso político de los ducados.

El notario aparecerá de nuevo como protagonista en el capítulo doce, en el cual la corte ateniense solicitaba para él el cargo de conseller de dicha ciudad. El rey lo confirmó en el puesto, siempre y cuando esto fuese aceptado por los ciudadanos.

Otro que también recibió importantes contraprestaciones por sus servicios fue Guerau Rodonella, quien también obtuvo, en el quinto estatuto, parte del patrimonio de Conomines. Y el mismo caso fue el de Francesch Ponç quien, según lo dictaminado en el sexto punto, se hacía con las propiedades y títulos de otro colaborador con los navarros en la pérdida de Tebas, Petro Colomer.

El séptimo era la concesión a la turca Zoy de Megara, mujer de Romeu de Bellarbre, y a sus hijos de la ciudadanía franca, con todos los derechos que ello suponía.

Petro Balter demandaba en el octavo que le fuesen concedidas, en compensación por su defensa del país y por su prisión por los navarros en el mismo combate en el que fue detenido Galcerán de Peralta, todas las escribanías de los ducados. El monarca respondió que esto no podía ser así ya que dichos cargos recaerían en su vicario general, pero sí le prometió la donación de alguna de ellas.

El noveno capítulo era uno de los más controvertidos. En él, los ciudadanos de

Atenas solicitaban que fuese revocada la antigua norma por la cual estaba prohibido ofrecer o regalar bienes o propiedades a la Iglesia católica. La razón de esta curiosa petición pudo responder a dos causas. O bien los aragoneses y catalanes de Grecia buscaban con esta anulación un acercamiento a la Iglesia, acabando definitivamente con el tradicional enfrentamiento con el papado. O quizás éste fuese redactado por la jerarquía eclesiástica ducal que intentaba de este modo recuperar parte del poder perdido. De cualquier manera, el rey no aceptaría la petición argumentando que los súbditos de la Corona en Grecia eran pocos —*per ço com hi ha poca gent nostrada*—, y la cesión de territorios a los eclesiásticos debilitaría aún más su defensa, puesto que éstos no eran hombres de armas y por lo tanto no podrían hacer frente al ataque de los enemigos. Además, les decía que los ducados no eran una excepción ya que los mismos Usatges estaban vigentes en ese tiempo también en Valencia y en Mallorca.

Berenguer Orniola es quien salía beneficiado en el décimo apartado recibiendo los bienes y posesiones de un tal Arguni, que hasta entonces estaban bajo la custodia de la corte de Cetines.

En el número once, reclamaban que el monarca aragonés interfiriese activamente en la liberación de Galcerán de Peralta quien se encontraba todavía en las cárceles de los navarros.

Los demandantes ponían de manifiesto el valor y la lealtad hacia la Corona demostradas por Galcerán, y por ello merecía el máximo reconocimiento real. Pedro IV actuó en consecuencia, asegurando que pondría toda su influencia en el asunto para que el prisionero fuese liberado.

El apoyo real en la reconquista de Tebas, así como la reposición de los bienes arrebatados por la Compañía navarra a sus ciudadanos era la base del capítulo trece.

En la décimo cuarta posición aparecía un capítulo que, aunque expresado en apenas tres líneas, plasmaba un aspecto de importancia vital para entender lo que sería la futura constitución de la que querían dotarse los aragoneses y catalanes de Grecia, o al menos los que pertenecían a la órbita de Atenas. En él mostraban su deseo de regirse bajo *los estatus, constitucions e Usatges e Costumes de Barchinona*, lo que agradó al monarca aragonés.

La promesa del rey de Aragón de no abandonar sus obligaciones para con los ducados, ni el consentir que éstos fuesen heredados, otorgados o intercambiados a ninguna otra señoría que no fuese de las pertenecientes a la Corona de Aragón, era el capítulo quince y último.

Estos eran los Capítulos de Atenas y de ellos, al menos de los que contenían las cuestiones más generales de ámbito gubernativo, surgiría la legislación por la que se gobernaron los aragoneses y catalanes del Ducado de Atenas hasta su final.

Pero esta legislación ateniense no fue la única aprobada en los ducados. Anteriormente habían surgido otros capítulos propios de la ciudad de Tebas, pero además, al mismo tiempo que los de Cetines, se aprobaron los capítulos de Salona.

Mientras que Atenas era gobernada por un grupo de prohombres encabezados por

Romeu de Bellarbre y las decisiones comunes eran adoptadas mediante asambleas, en Salona (o La Sola) gobernaba con total independencia Luis Fadrique de Aragón. Junto a este castillo ostentaba también los títulos como señor de Livadia y Tebas aunque, evidentemente, en estos casos lo era de manera teórica, puesto que se hallaban en poder de los navarros y florentinos.

En esta ocasión fue Bernat Ballester quien presentó las demandas de Luis Fadrique ante el rey el 1 de junio del mismo año. El primero de sus artículos afectaba a la titularidad del condado de Malta, y pedía que continuase estando bajo el amparo de la Corona aragonesa, por medio del mismo Luis Fadrique.

La posesión a perpetuidad del castillo de Siderocastro, conquistado por el padre de Luis Fadrique al rebelde Ermengau de Novelles, era el argumento del segundo punto, también aceptado por el monarca.

En el tercero, aparecía otra demanda territorial de Luis Fadrique. En este caso, reclamaba el señorío de la isla de Egina por herencia paterna.

Y en el cuarto y último capítulo, Luis Fadrique exigía que todas las conquistas de plazas ocupadas por los enemigos y llevadas a cabo a partir de entonces dentro de los ducados, le fuesen concedidas en propiedad, sin que nadie, ni siquiera el vicario general pudiese reclamárselas.

Pedro IV aprobaría todas las demandas de su familiar, y le confirmaría como señor de Salona, Tebas y Livadia ante su vicario general, el vizconde de Rocabertí, a quien ordenó considerar a Luis Fadrique como su representante en aquellos territorios. En esta ocasión era el propio rey de Aragón quien imponía como condición el que Salona fuese regida también con los *Usaticos Barchinone et Constituciones Cathalonie*^[1025].

Una de las grandes diferencias entre los capítulos de Atenas y éstos de Salona reside en que, a pesar de que en los primeros también existe un claro personalismo en varios de sus puntos, en estas últimas constituciones es Luis Fadrique el único que aparece como redactor y destinatario de ellas.

Durante todo el mes de septiembre de 1380 continuó produciéndose una abundante correspondencia entre la corte aragonesa y los ducados, y gran parte de esas misivas se referían a asuntos tocantes a la cúpula eclesiástica de Grecia. Pedro IV marcó los límites de los nuevos cargos de la Iglesia, designando para los puestos más representativos a hombres de su confianza, como el obispo Joan Boyl que, además de la diócesis de Megara, obtendría el arzobispado de Tebas, todo ello en recompensa por los servicios prestados a la Corona. Hasta tal punto llegó el interés por el obispo que el 11 de septiembre el monarca envió una carta al papa Urbano VI en la que le pedía que, en consideración por la lealtad y los servicios prestados a la Iglesia, Joan Boyl fuese designado legado papal en los ducados y en el resto de *eparchies de Romanía* es decir, en todo el Imperio bizantino y en la península helénica^[1026]. También ordenó que los miembros de la Iglesia de procedencia griega o franca disfrutasen de los mismos derechos que los originarios de Aragón o de

Cataluña^[1027].

Desde Lleida partió también, el 10 de septiembre, una carta que tenía como destinatario a Johan Ferrández de Heredia. En ella, el rey le comunicaba que los ducados pertenecían oficialmente a la Corona, y por ello le advertía que cualquier agresión contra ellos supondría un ataque directo a su persona^[1028]. La advertencia daba por supuesto que la Orden del Hospital todavía mantenía el control sobre los actos de la Compañía navarra, aunque no es posible confirmar si éstos aún obedecían a los hospitalarios, si habían pasado a servir a Nerio Acciaiuoli o si bien, durante esos meses se mantuvieron inactivos encerrados en los castillos que habían ocupado tiempo atrás.

Pocos días después, el 23 de septiembre, Pedro IV se vio obligado a enviar de nuevo otro ultimátum a los priores de la Orden de Hospital en Tolosa y Francia puesto que supo, por medio de Luis Fadrique de Aragón, que no solo habían hecho caso omiso de los anteriores avisos de no colaborar con los enemigos de Aragón, sino que se han permitido la osadía de amenazar a Luis Fadrique a través de Gauchier de la Bastide, con la advertencia de hacerle la guerra si no aceptaba firmar una tregua con Juan de Urtubia y su Compañía navarra por la cual aceptaba los derechos de éstos sobre Tebas y el resto de plazas ocupadas. El rey de Aragón les aseguró que, de no cesar en los agravios, procedería contra ellos y sus bienes^[1029]. Estas advertencias no cambiaron demasiado las actuaciones de la Orden y meses después el monarca seguía repitiéndolas sin ningún resultado^[1030].

Un documento muy valorado por los helenistas dada su importancia en el estudio de la Grecia Clásica y su evolución posterior surge en este instante. El 11 de septiembre de este año, y también sellada en Lleida, se escribió una carta del rey de Aragón dirigida a su tesorero en la que aprobaba que Joan Boyl, obispo de Megara en el exilio, se armase con una docena de hombres con el fin de proteger la Acrópolis de Atenas. El valor de la misiva reside en que es la primera descripción en mil años de la Acrópolis («castell de Cetines» para los aragoneses y catalanes) como la joya arquitectónica, histórica y cultural que, a pesar de su lamentable estado, continuaba siendo.

Los europeos habían olvidado por completo *el concepto de lo que significaba el Partenón y todo lo que albergaba el castell de Cetines*^[1031]. Desde hacía siglos, los simbólicos edificios de Atenas no eran para quienes los habían ocupado sucesivamente y los contemplaban sino meras fortificaciones defensivas cada vez más ruinosas, o al menos no se conocen documentos que hagan pensar lo contrario. Pedro IV, monarca instruido, observa la Acrópolis en la distancia con los ojos puestos en su pasado glorioso, resaltando la importancia que los acontecimientos que desde allí surgieron tendrían para el mundo:

Lo rey.

[...] majorment con lo dit castell sia la pus richa joya qui al mont sia, e tal que entre tots los reys de cristians envides lo porien fer semblant [...]
[1032].

64. El vizconde Rocabertí en Atenas

El 22 de diciembre de 1380 Pedro IV escribía desde Zaragoza a su tesorero informándole de que había ordenado arrendar durante un año el obispado de Lleida para cubrir los gastos ocasionados por el viaje de Felipe Dalmau, vizconde de Rocabertí, para que éste fuese a los ducados a ocupar su cargo como vicario general^[1033]. Durante casi todo el año de 1381 tanto el monarca como el propio Rocabertí, se dedicaron a organizar el viaje y a armar las naves. Para ello recurrieron a los nobles y jurados catalanes y mallorquines, a quienes les vendieron los beneficios que podrían obtener si colaboraban con hombres y naves en la expedición. Además se ofrecía el indulto de sus delitos para los que se enrolasen en la travesía, a excepción de *bares, traydors, trencadors de homenatges, heretges, ladres manifest, falsiadors de moneda, trencadors de camins, cambiadors abatuts e aquells qui han comés crim de lesa maiestat*^[1034].

Antes de la partida, el 28 de abril y también desde Zaragoza, el rey hacía oficial el nombramiento de Rocabertí como vicario de los ducados y su lugarteniente en Grecia^[1035].

Este nombramiento se daba a conocer además de manera oficial a todos los que estaban relacionados con los acontecimientos, desde sus súbditos en los diferentes ducados y señoríos, pasando por los refugiados que habían sido expulsados de Tebas y Livadia, e incluso a el mismo Nerio Acciaiuoli, a quien refiere su designación con la mayor diplomacia, hasta el punto que podría parecer por sus palabras que el florentino no hubiese ocupado Tebas.

Entre la abundante correspondencia de estos meses aparece una misiva en la que el rey de Aragón comunicaba a Luis Fadrique de Aragón la inminente llegada de Rocabertí, al tiempo que le ordenaba que le traspasase los poderes del Ducado y castillo de Neopatria^[1036].

Junto a las comunicaciones reales también aparecen las primeras resoluciones llegadas desde Aragón. Entre ellas hay un indulto general, del 31 de abril, con una amnistía desde el momento en el que jurase su cargo el vizconde Rocabertí.

[...] *tots crims excesses quantsevol sien greus per vosaltres e alguns de vosaltres comeses*^[1037].

Este indulto dejaba en la calle a cientos de delincuentes pero no está claro si alcanzó también a los presos de carácter político o disidente, los cuales suponían un elevado número y su liberación, un peligro evidente para la estabilidad del nuevo gobierno.

Esa primavera de 1381 son aprobados por el rey de Aragón los capítulos y privilegios a los habitantes de Livadia, aunque se vieses obligados a disfrutar de ellos en el exilio^[1038].

Pero sin duda, uno de los documentos más interesantes es el listado con los nombres de los preladados y señores que gobernaban los ducados en este tiempo. Gracias a él se conoce la descripción detallada del reparto del territorio y del estatus que ocupaba cada uno de los nobles dentro de la jerarquía ducal^[1039].

Pedro IV, además de un regente culto y preocupado por las ciencias y las letras, era un apasionado de la astronomía y de las ciencias sobrenaturales. Tal vez por esto, aunque seguro movido por el valor ideológico que supondría para la Corona, confió a Rocabertí la misión de conseguir y enviar a Aragón la cabeza de san Jorge, la cual, según las noticias existentes, se conservaba en la región de Livadia. El hecho de que este territorio se hallase bajo control de navarros y florentinos impidió que el vicario cumpliera con el mandato real, de manera que la santa testa nunca tocaría suelo aragonés:

Lo rey Vescomte. nos havem singular devoció a moss. sent Jordi e per consequent havem gran affecció que haguessem en nostre poder algunes de les sues reliquies. e com hajam entés que l cap del seu cors es en la Lavadia, volem e us pregam e manam que ab aquelles millors maneres que puscats, endreçets e façats en tot cas que l hajats e l nos portets reverentement quant Deu volent vindrets del viatge que devets fer per nostre servey^[1040].

En agosto, el rey comienza a impacientarse por la tardanza de Rocabertí en organizar el viaje y partir a Grecia, y así se lo hace saber por escrito. Ese verano, el vicario general ya se había trasladado desde Zaragoza a Cataluña, en donde agilizaba lo más posible las gestiones necesarias. De este modo, antes del 13 de agosto inició la singladura en busca de su cargo. Lo hizo con dos galeras, una de ellas obtenida de los jurados de Mallorca y la otra de Cataluña, junto a cien ballesteros y cien escuderos. Asimismo, se le concedieron 6.000 florines de Aragón, *sex mille florinos auri de Aragone*, para cubrir los gastos del viaje y su toma de posesión^[1041]. Los preparativos del viaje tomaron carácter de estado para la corte, tanto es así que se conservan hasta treinta documentos sobre los preparativos en el Archivo de la Corona de Aragón.

La flota de Rocabertí realizó la singladura sin contratiempos, arribando a Grecia a través del Golfo de Corinto y, probablemente, atracando en el puerto de Livadostro, uno de los enclaves fuertes de los aragoneses y catalanes. Pero antes de entrar en el golfo, las naves del vizconde asaltaron a un barco mercante florentino en el puerto de Cefalonia propiedad de un tal Leo de Massio y procedente de Ancona. El vicario general obligó a los mercaderes a entregarle un rescate de mil ducados de oro a cambio de su libertad y de sus mercancías.

Después les firmó y selló un escrito en el cual prometía restituirles el dinero cuando los florentinos se convirtiesen en amigos y aliados de la Casa de Aragón. Cuando el asalto llegó a oídos del rey aragonés, que entonces se hallaba en Valencia, envió una carta a Rocabertí, el 12 de mayo de 1382 en la que le ordenaba restituir el daño provocado a los florentinos, todo ello en pos de una deseable tregua entre ambas naciones. La alianza con Florencia era necesaria para los planes mediterráneos del monarca, y además podría ser el camino para que el Consejo florentino reprobese las actuaciones en Grecia de su súbdito Nerio Acciaiuoli, aunque todos sabían que era muy difícil que esto llegase a producirse^[1042].

La estancia de Felipe Dalmau de Rocabertí en los ducados fue realmente corta. Apenas unos meses después, en la primavera de 1382 regresó a Cataluña y de ello hay constancia porque el 15 de julio se dejaba por escrito el listado con la tripulación que había llegado en sus embarcaciones a la playa de Barcelona. Se sabe también que en el viaje de vuelta perdió una de sus naves a causa del mal tiempo en la isla de Naxos, la galera Sant Ambrós. Para reponer la pérdida, el veneciano Nicolò II dalle Carceri le proporcionó otra llamada Sant Antoni en la que continuó la travesía. Asimismo, quedaron reflejados los nombres y el números de tripulantes que llegaron a bordo de la otra embarcación del vizconde, la Santa Coloma.

En la primera de ellas, arribaron ciento trece marineros y pasajeros, mientras que en la Santa Coloma lo hicieron ciento cuarenta y tres. La mayor parte de las tripulaciones estaban compuestas por mallorquines, seguidos de catalanes y valencianos, aunque también aparece la presencia de algunos remeros procedentes de Daroca, Calatayud o Zaragoza^[1043]. La paga entregada por el rey de Aragón, que el vizconde repartiría entre la tripulación, ascendió a 4.000 florines de oro de Aragón, mientras que la recompensa obtenida por el vicario sería de 6.000 florines^[1044]. Aunque eso sí, su labor en los ducados no se daba, ni mucho menos, por finalizada. Para la primavera del año siguiente estaba obligado a regresar por mandato real, y el actual permiso le era concedido porque se tenía que ocupar de asuntos importantes para él y para la Corona en Sicilia.

Sin embargo, Rocabertí nunca regresaría a Grecia. Mientras tanto, quedaba a cargo de sus funciones en los ducados Ramón de Vilanova. Pedro IV confirmó el nombramiento del sustituto después de conocer, por medio de Antoni Çaragoça, mensajero de los aragoneses y catalanes de Atenas, que éste era de su agrado^[1045].

Fueron pocos los meses que el vizconde pasó en los ducados pero ello no fue obstáculo para que demostrase sus habilidades como diplomático y hombre de estado. Logró una tregua con Nerio Acciaiuoli la cual, aunque no devolvía Tebas al ámbito aragonés —de hecho, fue en ese periodo cuando Tebas pasó definitivamente de manos de los navarros a las del florentino—, al menos salvaguardaba por el momento el resto de plazas de sus ataques^[1046].

Además de ésta, también selló otra alianza con los capitanes de la Compañía navarra^[1047].

Los navarros, por su parte, habían sufrido algunos cambios dentro de su jerarquía y organización durante los últimos tiempos. Su principal líder, Juan de Urtubia, posiblemente hubiese fallecido o desaparecido de Grecia. En su lugar, dos de sus capitanes ocuparían el mando de la compañía: Bort de Sen Subra (¿Pere de San Superano?) y Barar Veruaça. Éstos serían quienes venderían Tebas a Nerio para posteriormente regresar a Morea y unirse a la otra compañía navarra capitaneada por Mahiot de Coquerel. La nueva compañía reagrupada pasaría a formar parte, a fines de 1381 de los ejércitos de Jacques des Baux, ayudándole en sus aspiraciones a ser reconocido como señor de Acaia y emperador latino de Constantinopla^[1048].

Otro de los movimientos políticos que llevó a cabo Rocabertí para lograr la estabilidad de los ducados fue un acercamiento a Luis Fadrique de Aragón quien, aunque había demandado la llegada de un nuevo vicario nombrado por Pedro IV, podía ver ahora amenazados sus intereses y su supremacía política dentro del gobierno ducal. Para neutralizar este temor, el vizconde trató durante su estancia con Luis Fadrique acerca de una posible unión matrimonial entre su hija María y Bernaduch, hijo del vicario general. El pacto marital no llegó a fraguar puesto que poco después del regreso de Rocabertí a Barcelona, moría Luis Fadrique.

Juan, el primogénito del rey de Aragón, envió sus condolencias a la viuda, Elena Cantacuzeno, el 23 de octubre de 1382^[1049]. Lo mismo haría unos días después el monarca aragonés, el cual, en la misma misiva, le comunicaba su decisión de conceder a María el gobierno del castillo de Siderocastro, que había pertenecido a su padre. Eso sí, a condición de que se consumase el matrimonio con Bernaduch. Como la unión no llegó a producirse, la heredera del duque de Salona no logró nunca hacerse con el poder de la fortaleza^[1050].

65. La caída de Atenas

Los pactos políticos consumados por Rocabertí dejaron paso a un corto periodo durante el cual los señores de los ducados volvieron a intentar recuperar el poder que habían cedido por la anexión de la Corona. El notario griego Demetri Rendi seguiría acrecentando su patrimonio con propiedades y familias enteras de esclavos que pasaron a su poder con el beneplácito real. Otros, como el castellán de Atenas, Romeu Bellarbre, fueron obligados a devolver bienes que pertenecían a Galcerán de Peralta quien, una vez liberado y de regreso en Cetines, exigió ante la corte aragonesa que le fuesen repuestas sus posesiones. El rey ordenó al castellán, el 26 de abril de 1383 que cumpliera con el mandato bajo pena de incurrir en un delito contra su persona^[1051]. Bellarbre accedería a la presión de la Corona pero, quizás cansado de la agobiante situación en los ducados o porque considerase que iba a tener un futuro más prometedor en Occidente, el hecho es que solicitó su cese voluntario como castellán de Atenas y su regreso a Cataluña junto a su familia. El rey se lo concedió y además le otorgó una compensación por los servicios prestados de 20.000 sueldos barceloneses, de los cuales le adelantaron 3.000^[1052].

El mes de junio fue empleado por el rey de Aragón para enviar desde Monzón distintas cartas a los poderes ducales de Grecia excusándose de nuevo por no haber enviado al vicario general Rocabertí, tal y como les había prometido^[1053]. El vizconde no parecía interesado en absoluto en volver a los ducados, donde la situación empeoraba día a día. Las reclamaciones del monarca para que acatase sus órdenes fueron elevando el tono, pero solo recibió excusas sobre su estado de salud o similares por parte del vicario:

[...] volem e us menam espressament que com los ducams estien en gran perill e per consiguient hi vullam provehir prestament axí com es necessari [...] ^[1054].

Además el enfrentamiento entre Pedro IV y su hijo Juan estaba empezando a

tomar cuerpo, y Rocabertí tomó posición al lado del infante. No obstante, el 20 de abril de 1384 el rey todavía confiaba en que se realizase el viaje. Para ello solicitó a su hijo Juan permiso para dejar como fianza el lugar de Montesquiú, ya que el vizconde estaba dispuesto a adelantar los 25.000 florines necesarios con esa condición^[1055]. Mientras se mantenía a la espera, el gobierno ducal continuaba descabezado y el sustituto temporal del vicario, Ramón de Vilanova, se hallaba desbordado por la dificultad del cargo. Y no solo era ese el único problema existente con relación Vilanova. El hijo de éste, Albert, estaba dispuesto a partir hacia Grecia con la intención de ocupar el puesto de su padre. Es de suponer que con el agrado de aquél. Pero el rey no era de la misma opinión. Albert de Vilanova no debía de reunir las cualidades requeridas para desempeñar tan costosa labor, o simplemente no era voluntad real que así fuese. De manera que el monarca ordenó a Ramón de Vilanova que en modo alguno permitiese que su hijo tomase el mando que él tenía en Grecia, y que en el caso de que considerase que quería abandonar el cargo, lo comunicase con el tiempo necesario para que las cortes eligiesen a su sustituto^[1056]. También advirtió a Albert de que no intentase partir sin haber *ab vos parlat*. En realidad, aunque Albert no era el elegido para regir el gobierno de Atenas, su viaje no iba a ser desaprovechado puesto que en ese instante toda la ayuda que se recibiese en los ducados sería bien recibida.

En cierto modo, desconcierta la carta enviada por Pedro IV desde Fraga, el 30 de mayo de 1384 a Nerio Acciaiuoli en la que se congratula de la paz que mantienen y le agradece su colaboración en la defensa de Atenas:

Lo rey d Aragó e duch dels ducams de Athenes e de la Patria.

Mossen Rayner: entés havem que vos havets servada be e segons que s pertany la pau fermada entre lo vescompte de Rocabertí nostre vicari general en los dits ducams d una part e vos d altra, e que ultra aço e per reverencia nostra havets defensada e defensats e en altre manera havets recomanada favorablement la nostra ciutat de Çatines, de que havem gran plaer e us ho regram molt [...]^[1057].

Parece improbable que el rey de Aragón no supiese de los movimientos que el florentino estaba llevando a cabo a pesar de la tregua firmada, o quizás la misiva tuviese la finalidad de desanimarle en caso de que tuviese la intención de atacar Atenas. Si fuese así, se entendería que el monarca hiciese tanto hincapié en hacer saber a Nerio que la llegada de Rocabertí con grandes fuerzas armadas a los ducados era inminente, de hecho, y aunque nunca se produjo tal desembarco, las Cortes de Monzón habían aprobado ya un dictamen en este sentido.

Acciaiuoli había enviado, el 15 de noviembre de 1384 a Jaime, obispo de Argos, a un viaje a Venecia que tenía como destinatarios los hermanos de Nerio, los cardenales

Angelo y Donato. El fondo de la misión consistía en que, en vista de los recientes conflictos sucedidos en Nápoles y del enfrentamiento entre el papado y Carlos III de Durazzo, Nerio Acciaiuoli pretendía convencer a sus hermanos para que empleasen su influencia ante el Papa para que éste le apoyase en sus campañas militares. Nerio se encontraba en un momento complejo.

Sin renunciar absolutamente a nada en cuanto a sus aspiraciones en Grecia, debía solventar una crisis que se había producido con los navarros en Morea. Los pactos y la amistad de años anteriores habían dado paso a una situación extremadamente tensa entre la Compañía navarra y el florentino. Sin querer ser ninguno de los dos bandos el primero en romper la tregua, los dos buscaban de manera soterrada golpear al contrario. La forma elegida por los navarros fue no atacar directamente los intereses florentinos sino hacerlo contra los dominios de Teodoro I Paleólogo, que era yerno de Nerio tras su matrimonio con Bartolommea, la hija de éste.

Los señores griegos de la región apoyaron a la Compañía a la hora de combatir a Teodoro, buscando acabar con la supremacía florentina. Ante la gravedad del conflicto, Nerio supo sacar cierto provecho táctico argumentando que entraba en esa guerra no para atacar a los navarros sino a los griegos que se habían sublevado contra su yerno. Antes de marzo de 1385 las fuerzas se estaban equilibrando ya que a los 1.100 hombres a caballo que podían sumar entre Teodoro, su hermano Manuel desde Tesalónica y el propio Nerio, se hallaban los 1.300 con los que contaban los navarros en ese momento^[1058].

El florentino empleaba el peligro que suponían los navarros en la gobernabilidad de la región para llamar la atención tanto del papado como de Venecia, y conseguir que se involucrasen en la guerra. Tanto fue así, que unos meses después el senado veneciano, intentando proteger sus intereses en Negroponte, aprobaría una petición de Nerio en la que solicitaba que le fuese arrendada la mejor nave de guerra de que dispusiese la República en Negroponte^[1059]. Sus planes estaban saliendo a la perfección y el 7 de julio de 1385 el senado de Venecia ya se refiere a él como *dominus Raynerius de Azaiolis, dominator Choranti et ducaminis*^[1060]. Es decir, probablemente ya, habría entrado por tierra y mar en el Ducado de Atenas, apoderándose de Corinto y de las poblaciones costeras. Los invasores se hallaban a las puertas de la Acrópolis.

A la corte aragonesa fueron llegando estas oscuras noticias, y los movimientos políticos y diplomáticos se aceleraron ante el temor de la posible caída de Atenas. En septiembre de 1384 el rey de Aragón enviaba a su delegado, Bernat Ballester, para tratar los asuntos de los ducados con el maestro de Rodas, Johan Ferrández de Heredia^[1061]. Otro giro curioso en el panorama griego fue la nueva amistad surgida entre los navarros y la Corona aragonesa. El 17 de julio de 1385 el rey agradecía a los navarros, a través de sus capitanes Mahiot de Coquerel y Pere de San Superano, su colaboración a la hora de luchar contra los griegos y contra los turcos.

Cuando se refiere a los griegos, evidentemente, incluía en ese bando a Nerio, que se encontraba participando de la contienda al lado de Teodoro I^[1062].

Entre septiembre de 1385 y junio de 1386 se establece una abundante correspondencia entre Pedro IV y el vizconde Rocabertí. En estas cartas el monarca ordenaba de forma reiterada que, en vista de que Rocabertí no deseaba para sí el cargo de vicario, debía desvincular inmediatamente a Ramón de Vilanova de sus obligaciones en Grecia. Después de cierta tensión entre ambos, y de recriminar el vizconde a la corte que todavía se le adeudaban 5.000 florines del total prometido, se produjo la dimisión de manera oficial y el rey acabó nombrando vicario general a Bernat de Cornellá, *removiendo del cargo al vizconde por el odio que el rey le tenía*^[1063]. Vilanova, que deseaba más que nadie abandonar su pesado cargo, no esperó a la notificación oficial, y el 26 de junio de 1386 ya había dejado atrás las costas griegas para regresar a Cataluña. En su puesto y de forma temporal dejó a Pere de Pau^[1064], aunque Zurita dice que también se fue *dejando encomendado lo de la guerra a Roger de Lauria y a Antón de Lauria su hermano, que eran dos caballeros muy principales y de gran valor y de quien Ramón de Vilanova hacía mayor confianza; y eran nietos del almirante Roger de Lauria*^[1065]. Por otra parte, el castellán de Atenas siguió siendo Romeu Bellarbre, el de Neopatria el capitán Andreu Ça-Vall, y La Salona pasó a manos de los herederos de Luis Fadrique. El nombramiento oficial de Bernat de Cornellá como vicario general de los ducados fue publicado el 18 de agosto^[1066].

El 17 de agosto salían de la corte aragonesa diferentes cartas dirigidas a los señores de Argos y de Lepanto, al arzobispo de Patras, a los prohombres y a la universidad de Atenas, a la Compañía navarra y al vicario interino Pere de Pau comunicándoles que el vicario general Bernat de Cornellá llegaría pronto a los ducados con suficientes fuerzas como para defender los castillos que obraban en su poder, e incluso recuperar las plazas perdidas. Lo que no quedaba tan claro era cuando sería exactamente esa llegada, ya que en unas ocasiones les decía que en unos pocos días y otras que para la primavera siguiente^[1067].

También llegó la comunicación real a Elena Cantacuzeno, viuda de Luis Fadrique de Aragón y condesa de Salona, pero en esta carta el rey le expresaba, además, su malestar por la decisión que había tomado sobre el futuro de su hija María. Como sabemos, el matrimonio con Bernaduch, hijo de Rocabertí no llegó a producirse, lo que seguramente agradecía ahora el monarca, sin embargo, el nuevo pretendiente sería todavía peor para los intereses de la Corona.

Nerio Acciaiuoli se había percatado de inmediato que el condado de La Salona había quedado desamparado tras la muerte de Luis Fadrique. Éste había gobernado el condado con mano firme, salvaguardado por un poderoso contingente militar y, sobre todo, por la protección que le daba el hecho de ser familia directa del rey de Aragón. Sin embargo, una vez desaparecido, el condado quedó en manos de su esposa, la cual,

a pesar de formar parte de la familia imperial bizantina, no tenía el poder necesario en la región como para defenderse por sí misma. De ese modo, después de las recientes conquistas de Nerio en Corinto y sus alrededores, el condado quedó casi como una isla aragonesa en mitad de un cúmulo de señoríos y condados hostiles griegos y francos. Fue entonces cuando Nerio se presentó ante Elena y le propuso un matrimonio entre María y su cuñado Pere Sarracino de Negroponte^[1068].

La Cantacuzeno rechazó indignada la oferta puesto que suponía rebajarse a unir a su hija, de la más alta cuna de Bizancio, con el cuñado de un mercader florentino. La respuesta no sorprendería en exceso a Nerio, e incluso es posible pensar que fuese la excusa que necesitaba para atacar el condado. Por su parte, Elena comprendió la gravedad de su situación y el peligro que corrían sus dominios frente a la ambición florentina, de tal modo que, tan pronto como dio su negativa a Sarracino, se dirigió a Estebe Dukas Chlapanos^[1069], príncipe serbio de Tessalia que en esa época dominaba los castillos de Farsala y Domokos, fortalezas que tiempo atrás habían gobernado los almugávares, para ofrecerle la mano de su hija. Pero la unión con el serbio tampoco se llegaría a producir por motivos políticos y bélicos. Esta sería la constante en la vida de Elena y su hija María puesto que tiempo después se repetirían intentonas similares de boda que no se podrían consumir.

Elena Cantacuzeno se encontraba como señora de unos de los condados principales de Grecia, aunque para ello debía enfrentarse al resto de déspotas griegos, al peligro turco que acechaba la región, a la ambición de Nerio Acciaiuoli y, ahora también, al recelo del mismo Pedro IV al que había enojado con su intento de enlace con un príncipe serbio, en lugar de haberlo hecho con *alguien de nuestra sangre*, lo que habría sacado al condado de la órbita aragonesa para entrar en la griega. Pese a todo, la condesa de Salona resistiría los ataques durante años manteniendo a salvo sus fronteras.

El nuevo vicario, Bernat de Cornellá, no llegaría nunca a pisar los ducados, y eso a pesar de que se iniciaron los preparativos para su viaje. El gobierno de Grecia no era ya atractivo para los nobles de Aragón y Cataluña, al contrario, suponía un peligro evidente y una empresa de la que solo se podían obtener pérdidas y riesgos. En cualquier caso, el nombramiento estuvo vigente durante un año, tiempo en el cual fue Pere de Pau quien ejercía el poder ducal. El 4 de noviembre de 1386 el vicario provisional y el notario Nicolau Macri, firmaban una misiva destinada al rey de Aragón en la que le pedían que confirmase los capítulos y leyes de Atenas.

Guerau Rodonella fue de nuevo el emisario de los aragoneses y catalanes que llevó la solicitud a Cataluña. Pero durante el tiempo que duró su viaje —que era de unos tres meses— sucedieron otros acontecimientos vitales para el devenir de los ducados.

El 5 de enero de 1387 moría en Barcelona Pedro IV, lo que trastocaba por completo las políticas mediterráneas de la Corona y, por supuesto, las referentes a Grecia. Su heredero, Juan I, con quien había estado enfrentado durante los últimos

años de su vida, tomaría sus propias decisiones y designaría a sus afectos para los cargos de mayor responsabilidad. Así sucedió con el de vicario general de los ducados. Una de las primeras decisiones como rey de Juan I fue nombrar de nuevo vicario al vizconde de Rocabertí, a quien había destituido poco antes, aunque tampoco en esta nueva época viajaría a Grecia.

Cuando Guerau Rodonella llegó a Barcelona y se presentó ante el nuevo monarca el 18 de marzo, se halló en una situación comprometida puesto que su misión era pedir al rey, en nombre de la universidad de Atenas, la renovación de los capítulos atenienses y presentar el juramento de lealtad al vicario Bernat de Cornellá. El panorama había cambiado y lo que se encontró el mensajero fue que el nuevo rey no iba a prometer, al menos de momento, los capítulos y, además, le obligó a prestar juramento a Rocabertí como nuevo vicario^[1070].

No solo la muerte del rey cogió a Rodonella en pleno viaje. Otra noticia aún peor sucedía en esos meses. El mensajero portaba también la demanda urgente de Pere de Pau para que desde la Corona se enviasen los refuerzos necesarios para proteger Atenas de las incursiones de Nerio Acciaiuoli. El florentino había estado realizando ataques esporádicos contra aldeas y castillos en los alrededores de Cetines y a mediados de enero de 1387 había levantado ya un sitio a la ciudad, llegando a conquistar su parte baja. Ahora sí, estaban directamente amenazados y los últimos sucesores de los almugávares deberían prepararse para la batalla final. Con pocos medios y rodeados por todas partes, los aragoneses y catalanes de Atenas preparaban su desesperada defensa desde lo alto de la montaña de la Acrópolis.

Como si este asedio no existiese, o quizás porque no habían llegado la últimas noticias a la corte, Juan I escribía a Nerio el 17 de abril diciéndole que deseaba mantener vigente la tregua firmada durante el reinado de su padre^[1071]. Probablemente, el florentino sonreiría cuando recibiese la carta.

Al mismo tiempo, y como ya hiciesen sus antecesores cada vez que había un nuevo nombramiento para ocupar el gobierno ducal, el monarca envió misivas a los diferentes poderes y señores vinculados a la Corona aragonesa en Grecia para comunicarles el regreso de Rocabertí a la jefatura de los ducados. De nuevo fue la condesa de Salona la que recibió otras noticias añadidas en su carta. El rey le indicaba que ante la imposibilidad de que el propio vizconde fuese a Grecia, lo haría en su lugar su hijo Bernaduch de Rocabertí, quien, además de sustituir como lugarteniente a Pere de Pau, retomaría la iniciativa de formalizar el matrimonio con María, *e lo contrari nos desplauria fort*^[1072]. Como ya era habitual, ni Rocabertí padre ni su hijo viajarían nunca a Atenas. Elena Cantacuzeno no hizo demasiado caso de las advertencias reales puesto que sabía que la influencia que a estas alturas — cuando Nerio campaba a sus anchas por la práctica totalidad de Grecia—, podía tener Juan I sobre los ducados era prácticamente nula.

Así, movió sus propias fichas y empezó a tejer un posible matrimonio de su hija con Matheu de Muntcada, hijo del noble siciliano Guillém Ramón de Muntcada,

conde de Agosta. Éste era uno de los principales adversarios políticos de la Casa de Aragón por lo que el futuro enlace contrarió muchísimo al monarca.

El desconcierto comenzó a apoderarse de los ducados. Las contradictorias noticias que llegaban a la corte aragonesa hicieron que las dudas se extendiesen rápidamente. El 7 de noviembre el rey informaba a los síndicos y prohombres de Atenas que había enviado hacia allí a Asberti de Vilanova y a Pere de Vilalba como mensajeros suyos a los que debían recibir y obedecer, ya que portaban indicaciones reales referentes al gobierno ducal^[1073]. En realidad, Pere de Vilalba era el elegido para reemplazar a Pere de Pau en el poder ateniense. A oídos del monarca habían llegado rumores de que Pere de Pau había fallecido así que, antes de que se le escapase el control de la situación, decidió enviar a un sustituto. Pero las informaciones que le habían llegado no eran en absoluto ciertas, y diez días después debía escribir desde Vilafranca del Penedés retractándose de sus indicaciones anteriores y confirmando a de Pau en su cargo^[1074].

Pere de Pau y los aragoneses y catalanes que permanecían fortificados en la Acrópolis sabían que si no recibían ayuda no podrían resistir por mucho tiempo. Así se lo hizo saber la asamblea de Cetines a Juan I a finales de enero de 1388. Pero el rey no podía asumir el elevado coste que suponía el envío de una armada para socorrer a los ducados y el 22 de abril respondía a la desesperada petición sin dar ninguna solución realmente efectiva:

Mossen Pere: vistes vostres letres en les quals nos fets a saber que mossen Reyner florentí, te asatgat lo castell nostre de Setines fortment e destreta, al qual segons afirmats, bonament no podets resistir [...]^[1075].

La única solución que daba el monarca era pedir a la condesa de Salona que acudiese en su ayuda y, en caso de que ésta no pudiese o no quisiese hacerlo, que ellos mismos buscasen a quien mejor creyesen que pudiese auxiliarles en esos momentos. No importaba si era afecto a o no a la Casa de Aragón, el rey aceptaría su elección fuese cual fuese. En el caso de que Elena de Salona hubiese liberado Atenas del asedio de Nerio habría obtenido la titularidad de la ciudad y de todo el Ducado, convirtiéndose en señora absoluta de los territorios griegos sometidos a la Corona^[1076], pero no fue así. El abandono al cual se enfrentaba lo que quedaba del antiguo poder de los aragoneses y catalanes en Grecia había quedado sellado. Ni ellos por sí mismos podrían salir de aquel atolladero, ni tampoco podían esperar que les llegase ayuda del exterior. Los reyes de la Corona de Aragón, una vez más, les dejaban a su suerte.

Por desgracia para los de Atenas, ni siquiera hubo tiempo de que las cartas llegasen a Grecia. Una carta conservada en Florencia escrita por un tal Jachopo da Prato desde la ciudad de Patras, en Morea, el 9 de mayo de 1388 y dirigida a Donato

Acciaiuoli de Florencia, confirma que el 2 de mayo las fuerzas de Nerio Acciaiuoli habían entrado ya en la Acrópolis ateniense.

La ciudad estaba en ruinas, asolada por la peste y por el hambre, lo que había acabado con buena parte de su población. En tales condiciones se encontraba la mítica ciudad que Nerio y su familia, en lugar de permanecer allí, regresaron a Tebas tras asegurar el castillo^[1077].

66. El fin de la dominación

Después de la caída de Atenas, solo quedaban el Ducado de Neopatria y el Condado de Salona, además de algunos pequeños castillos y la isla de Egina, como reductos de lo que había sido la hegemonía aragonesocatalana en Grecia.

Nerio era ahora el actor principal en el escenario heleno. Una vez ocupada la Acrópolis y descabezado el poder aragonés, su objetivo se fijó en controlar el resto de la península. Los turcos habían hecho su aparición tiempo atrás en la región y, sin lanzarse a una conquista generalizada, sí que estaban logrando importantes victorias. Ocuparon Tesalónica y amenazaban seriamente la colonia veneciana de Negroponte. Sus acciones no eran fortuitas. Existió un pacto entre ellos y Teodoro I para ocupar las posesiones de los señores griegos de la región, y por supuesto, detrás de Teodoro estaba su suegro Nerio Acciaiuoli dirigiendo las operaciones.

Nerio iba acrecentando de esta forma su poder, aunque para ello tuviese que enfrentarse a sus aliados venecianos por los asaltos a Negroponte y a la Iglesia católica por su alianza con los turcos. Arriesgó, y la jugada le dio resultado, al menos durante unos meses.

Hasta que apareció de nuevo la Compañía navarra y su capitán Pere de San Superano. Éste, que en la práctica dominaba Morea, invitó a Nerio a acudir a una reunión en la fortaleza bajo control navarro de Vostitza. Allí discutirían durante tres días sobre la situación política en la que se encontraban, intentando buscar soluciones al enfrentamiento entre *siervos de la Iglesia* que se había producido por los ataques del florentino. Al menos esa era la razón expuesta por el navarro para convocar, eso sí, con todas las garantías en cuanto a su persona, a Nerio. El de Florencia aceptó la invitación en previsión de que un pacto con la Compañía navarra sería muy propicio para fortalecer su poder militar en el sur de Grecia, y además, quizás pudiese sacar de aquella reunión un tratado de amistad que le reconciliase con la Iglesia y con Venecia.

Por estas razones, llegó a Vostitza el 7 de septiembre de 1389.

Pasados los tres días de conversaciones, el 10 del mismo mes, de repente, Pere de San Superano le comunicaba a Nerio que desde ese instante se considerase prisionero suyo.

Las conspiraciones e intrigas del florentino se habían vuelto en su contra, y en esta ocasión el capitán de la Compañía navarra, por propia iniciativa o a instancias del Papa o de Venecia, había sido más hábil que él^[1078]. Solo cinco días después, la mujer de Nerio, Agnes, transmitía la noticia a la familia Acciaiuoli en Florencia, sin que fuese capaz de saber cual había sido la causa real de la detención^[1079].

En el Norte, Andreu Ça-Vall, capitán y castellán de Neopatria, conseguía mantener la defensa del castillo, pero a finales de 1389 su situación era también agónica. Micer Arner, uno de los traidores que participaron en la conspiración para la caída de Tebas a manos de los navarros, asediaba ahora la fortaleza de Neopatria, ante lo cual Ça-vall requirió ayuda urgente al rey aragonés. La respuesta, fechada en Barcelona a 3 de enero de 1390 fue la misma que había dado a los de Atenas. Él no era capaz de hacer nada por socorrerles y únicamente iba a intentar que la condesa de Salona acudiese en su auxilio. El resto de sus noticias llegarían de mano de un mensajero real llamado P. Bertrán^[1080]. Cuatro días después, el rey enviaba otra carta a la condesa en la que, retractándose de lo que había sido la voluntad de la Corona hasta entonces, bendecía el matrimonio de su hija María con el hijo de Guillém de Montcada, a lo que se vio obligado el monarca por su falta de poder en la zona y a la desesperación que le sacudía ante la perspectiva de que la Casa de Aragón desapareciese definitivamente de Grecia^[1081]. Neopatria no podría aguantar el asedio y caería en manos Nerio Acciaiuoli poco después, sin que se conozca la fecha exacta.

En marzo entraba en la escena griega un nuevo personaje, Amadeo de Saboya, príncipe de Pinerolo. Éste tenía importantes intereses en el norte de Italia y vio en Grecia una posibilidad de acrecentar su reputación si lograba ser nombrado como príncipe de Acaia (Morea). Para ello, escribió a Donato Acciaiuoli, hermano de Nerio, lamentándose de la prisión que sufría éste y ofreciéndose a liberarlo y a someter Acaia^[1082]. Los movimientos diplomáticos en torno al prisionero se incrementaron puesto que ni siquiera Venecia, que había estado detrás de la detención practicada por los navarros, seguía interesada en que este encarcelamiento durase por más tiempo. El 22 de mayo se reunieron representantes de todas las partes implicadas en las proximidades de Vostitza, encuentro que concluiría con la liberación del reo a finales de 1390^[1083].

El precio que pagó a cambio el florentino fue muy alto. Su hija Francesca permanecería como rehén de los venecianos en Negroponte y, aunque mantenía Atenas y Tebas, perdía Megara y Corinto, al menos hasta que lograrse que su yerno Teodoro I devolviese Argos a Venecia, lo que no lograría hasta junio de 1394.

Amadeo de Saboya, por su parte, mantenía conversaciones con todo aquel que pudiese ayudarle a convertirse en señor de Morea. El 29 de diciembre de 1391 se entrevistaba con Nerio en la Acrópolis y gracias a esta reunión se sabe que en ese tiempo el florentino ya se titulaba como señor de Corinto, del Ducado de Atenas y Neopatria. De allí salió el juramento de Nerio reconociendo a Amadeo como su señor

y príncipe de Acaia^[1084]. El documento fue sellado por los notarios griegos Demetri Rendi y Nicolau Macri, por lo que es patente que éstos supieron sobreponerse al cambio de régimen y continuar en los más altos escalafones de la política ateniense tras la entrada de los florentinos en el poder.

Los acuerdos alcanzados entre los dos señores, lamentablemente para ellos, no afectaban a un elemento que llegaría con fuerza poco después desde Oriente: los ejércitos del sultán turco Bayaceto I.

Mientras tanto, la política mediterránea occidental volvía a afectar a los ducados, aunque en este momento ya poco se podía hacer por remediar el lamentable estado al que habían llegado. En febrero de 1392 era coronado como rey de Sicilia Martín I, y en su condición de heredero de los títulos de sus antecesores, reclamó el derecho a ser reconocido como legítimo señor de los ducados de Atenas y Neopatria. El primero de septiembre de ese año, escribía desde Catania un documento por el cual confirmaba su deseo de obtener dichos títulos y su voluntad de tomar las decisiones que fuesen necesarias para recuperar los dominios perdidos frente a florentinos y turcos. Para encargarse de esta misión designaba a Pere de Fornollet como vicario general de los ducados.

Por su parte, el rey de Aragón Juan I parecía haber perdido ya toda ambición sobre Grecia y apenas recobró el interés cuando, en abril de 1393 es informado de que Bertranet de Salahia, un gascón perteneciente a la Compañía navarra, había capturado una ciudad en la cual se hallaba la cabeza de san Jorge. El rey se movilizará más en ese instante por hacerse con la venerada reliquia que anteriormente por salvar a sus súbditos y defender los castillos griegos:

Lo rey d Aragó Mossén G. Ramon: per una letra del governador de Serdenya havem entés que Bertranet, un dels maiors capitans del ducat d Athenes en un loch que ha pres, ha trobat lo cap de sent Jordi. [...] pregam vos que façats e tngats totes aquelles bones maneres que porets mejiançant nostre car frare lo duch al qual ne scrivim, que lo dit cap de sent Jordi en totes maneres haiam^[1085].

A finales de 1393 y principios de 1394 el sultán Bayaceto I ocupaba gran parte de la Grecia central, incluidos los ducados y señoríos que todavía permanecían en manos aragonesas.

Tomó Neopatria y Livadia, que estaban gobernadas por Nerio, y también el ducado aragonés de Salona con los castillos de Zeitouni (Lamia), Loidoriki, Galaxidi y Vitrinitza.

De esta forma, después de haber resistido durante años las múltiples amenazas que sobre ella y su condado cayeron, Elena Cantacuzeno, mujer de Luis Fadrique de Aragón y condesa de Salona, perdía su castillo y todos los territorios que comprendía.

Algunas fuentes afirman que la condesa mantenía una unión sentimental con un sacerdote griego llamado Strates^[1086], mientras que en la *Crónica de Galaxidi* se denomina a este individuo como «conde Kondos». Pese a ser el amado de la condesa, su crueldad y avaricia le habría llevado a desear las riquezas y a la sobrina de un sacerdote llamado Serafín, lo que habría conllevado la ira de éste y su colaboración con los turcos para expulsar a los aragoneses de Salona:

Tras pasar cierto tiempo, llegaron los turcos y tomaron por la espada, bajo su mando, toda la Rúmeli, una parte con guerras y otras sin presentar batalla. Entonces, pues, tomaron Zituni.

En Sálonas, había un príncipe franco, de sobrenombre Kondos, verdaderamente perverso, ladrón, raptor, de malos modales, que desnudaba, azotaba y atormentaba con trabajos y tormentos a los salonitas. Finalmente, al saber que el señor de Sálonas, Serafín, tenía abundantes riquezas y una sobrina bellísima, tomó la determinación de llevársela a su palacio para coger más tarde las riquezas del señor Serafín. Y el señor, al conocer el rapto de su sobrina, levantó con palabras a los salonitas contra el tirano. Y escribió a los turcos para que viniesen para ponerles en sus manos la ciudad de Sálonas afirmando que «mejor seríamos esclavos de los turcos que de los francos». Y Kondos, al saber que el ejército de los turcos venía contra él, se encerró en la fortaleza con los suyos para resistir el combate. Y aquel hombre tan infiel, por terquedad, asesinó a la sobrina del señor, temiendo que, si se escapaba, se vengaría ejemplarmente. Y al llegar los turcos tomaron Sálonas. Y un salonita, que estaba en la fortaleza, mató a Kondos y, cogiendo su cabeza, se la presentó al señor de los turcos y aquel señor, cogiéndola, le concedió muchos beneficios y, después, la tiró con desprecio y la pisoteó. Así pues, los turcos cogieron a todos los francos como esclavos. Y el señor entregó al ejército la mujer de Kondos para que la avergonzaran. Y a su hija, que era una muchacha muy hermosa, se la guardó para él^[1087].

Es decir, según esta crónica, la condesa de Salona, habría depositado el gobierno en su pareja, el conde Kondos. Éste, en una muestra evidente de falta de habilidad política, habría soliviantado al poder religioso representado por el sacerdote griego Serafín, y producido una rebelión interna que desembocaría en la pérdida del condado. La viuda de Luis Fadrique, uno de los últimos baluartes del poderío aragonés en los ducados, y que hasta pocos meses antes había representado el único enclave soberano del dominio de los almugávares y sus sucesores, acabaría sus días violada y asesinada por los turcos de Bayaceto I, y su hija María, antaño una joya deseada por los más poderosos señores, encerrada en un harén cumpliendo los deseos del sultán.

Rubió i Lluch creyó que, tanto Elena como su hija, fueron trasladadas a Andrinópolis, donde fueron recluidas en el harén del sultán hasta el fin de sus días^[1088] que, en el caso de María, acaeció apenas un año después^[1089].

Con la muerte de la heredera María Fadrique Cantacuzeno acababa la última línea dinástica aragonesa en Grecia. Esto ponía fin a la historia de la dominación aragonesocatalana en el norte de la península helénica, pero en el Sur, en el Ducado de Atenas también se estaba cerrando el final de una época.

Nerio Acciaiuoli había logrado el poder militar de Atenas pero eso no le bastaba.

Necesitaba el reconocimiento nobiliario como legítimo señor del ducado. Para ello recurrió a Ladislao I, rey de Nápoles, quien, el 11 de enero de 1394 y en recompensa por haber expulsado a quienes eran también sus enemigos de Grecia, lo investió formalmente como duque de Atenas^[1090]. Sin embargo, los problemas no acababan ahí para Nerio. La sucesión del Ducado corría el peligro de caer en manos griegas cuando él muriese ya que sus hijos e hijas estaban emparentadas con griegos como los Rendi o Teodoro I. De manera que Ladislao promulgó un edicto por el cual el título ducal no pasaría por línea paterna de padre a hijos, sino que lo haría por línea familiar a los hermanos del florentino, en este caso a Donato Acciaiuoli, lo que garantizaría la permanencia de Atenas en manos francas.

Todas las precauciones tomadas por Nerio y por Ladislao I no fueron suficientes, y cuando Nerio Acciaiuoli murió, el 25 de septiembre de 1394 su yerno Teodoro I, junto a su hijo Antonio y el navarro gascón Bertranet, ocuparon todas las posesiones que habían pertenecido al florentino, desde Corinto y Tebas hasta la misma Atenas^[1091].

El testamento de Nerio, del 17 de septiembre, dejaba establecidas cuales eran sus últimas voluntades:

Quiero que mi cuerpo sea sepultado en la iglesia de Santa María de Atenas. Asimismo, dejo a la iglesia de Santa María de Atenas la ciudad de Atenas con todas sus pertenencias y efectos^[1092].

Un caso totalmente diferenciado del resto de sucesos que acaecieron a los ducados aragonesocatalanes de Grecia es el del señorío de la isla de Egina.

Mientras Tebas, Atenas y después Neopatria, iban cayendo en poder de los navarros, de Nerio o de los turcos, la isla de Egina se mantuvo como un territorio totalmente ajeno al resto. El responsable fue su señor titular, el catalán Aliot de Caupena. Éste pudo haber llegado a hacerse con el señorío tras su boda con una nieta de Bonifacio de Aragón, la cual habría heredado el título de señora de Egina que habría pasado a Aliot, aunque este es un punto que no se ha podido confirmar^[1093]. Llegó incluso a hacerse con la posesión del deseado cráneo de San Jorge que habría comprado al gascón Bertranet, quien a su vez, lo había arrebatado de la iglesia donde

descansaba en Livadia.

El 21 de diciembre de 1399 el rey de Aragón Martín I, escribía desde Zaragoza a su primogénito Martín I de Sicilia para que hiciese lo posible por traer a sus dominios la cabeza:

Lo rey d Aragó. rey molt car primogenit; entés havem certament que lo cap del benaventurat martir e cavaller de Jesu Crist mossen sant Jordi es en poder del noble e amat coper nostre Aliot de Caupena [...] per ço com es cap, patró e intercessor de la dita nostra casa [...] Johan Poyllo qui es en gran amistat ab ell [...] vaja prestament al dit Aliot per haver d ell lo dit cap e altres reliquies, car gran plaer nos en farets^[1094].

La cabeza nunca llegaría a estar en manos de un rey aragonés y poco después de intentar comprársela a Aliot, el 28 de julio de 1400 Martín I supo que unos religiosos habían ofrecido la misma, u otra supuesta reliquia, al emperador de Constantinopla^[1095]. Sin embargo, en 1402, y posteriormente en 1409, Aliot de Caupena seguía manteniendo que era el poseedor de la testa, y el rey Matín I continuaba reclamándosela:

Lo rey d Aragó

[...] e haurem singular plaer que ns aportets lo cap de mossen Sant Jordi e les altres reliquies, les quals havets, segons nos ha dit lo dit Arnau^[1096].

Veinte años después los Caupena seguían manteniendo la independencia de la isla a pesar del avance imparable de las huestes turcas en el Mediterráneo oriental. Colaboraron activamente con los ejércitos francos, en especial con los venecianos, en la defensa de importantes castillos como los de Argos y Nauplia. En 1425 Aliot II solicitará la ayuda de Venecia para hacer frente a los turcos y a cambio accedía a que, en caso de que llegase el momento en el que no quedase descendencia de su familia, las posesiones de Egina, Piada y las demás que mantenían en su poder, pasasen a pertenecer a la República veneciana.

El último heredero catalán de Egina fue Antonello Caupena quien, después de múltiples conflictos familiares, se hizo con el gobierno insular. Pero en 1451 moriría sin dejar descendencia por lo que, tal y como se había acordado años antes, y como él mismo dejaba establecido en su testamento, la última posesión en Grecia vinculada a la conquista de los almugávares pasaba a manos de Venecia^[1097].

No sabemos que fue de todos aquellos aragoneses y catalanes que vivieron como protagonistas los últimos años de la dominación de los ducados. Su tiempo había acabado y ya no les correspondía espacio en las crónicas. La invasión turca, que terminaría conquistando la mayor parte de Grecia, iba a sacudir todo el Mediterráneo

oriental, cerrando una época y abriendo otra, tan emocionante, cruel y sanguinaria como la que ahora terminaba. Es probable que la mayor parte de esos herederos de los almugávares que casi un siglo antes habían arribado al Cuerno de Oro regresasen a los territorios de la Corona de Aragón, pero una parte de ellos permaneció en los ducados sirviendo a nuevos señores. Sabemos que algunos volvieron a ejercer la antigua profesión de sus padres y abuelos como mercenarios, que en 1449 una compañía formaba parte de las fuerzas que participaron de la guerra que el emperador Constantino XI llevó a cabo para recuperar los antiguos territorios bizantinos de manos de los turcos, e incluso que en enero de 1453 había almugávares luchando cuando finalmente cayó Constantinopla.

Al contrario de lo que ocurrió con sus antecesores en la labor como cronistas, años después, el emperador y cronista griego Juan VI Cantacuzeno desplegó una gran comprensión hacia los mercenarios que quedaban de lo que una vez fue la Compañía, cuestión ésta que no extraña ya que alistó almugávares en el ejército bizantino durante su reinado. Se encontró con la oposición de los suyos en el momento de firmar una paz con Juan Paleólogo con el que se encontraba enfrentado por el poder del Imperio. Los almugávares que permanecían a su lado fueron los que más trabas pusieron al considerar que no era necesario llegar a ningún pacto ya que podían derrotarlo con las armas. Cantacuzeno lo narra así:

Los mercenarios catalanes eran los que hacían más ruido que los otros y querían que el rey les enrolase contra los enemigos, ya que consideraban una empresa fácil expulsarlos de la ciudad^[1098].

Conclusión Surgidos de entre las «boiras» de las altas cumbres, los almugávares lograron sobreponerse a la necesidad más extrema en medio de un mundo oscuro que solo les ofrecía dos caminos: sobrevivir o desaparecer. Sobrevivieron. Y lo hicieron convirtiendo las puntas de sus lanzas y espadas en una prolongación de sus brazos.

Comprendieron como nadie que el destino no les había dado la oportunidad de desarrollar otra habilidad para subsistir que no fuese matar. De la unión de bandas de desheredados aparecieron compañías organizadas de mercenarios sin otra virtud ni otro fin que lograr, por medio de la sangre, el sustento para ellos y para los suyos.

Es cierta su falta absoluta de humanidad y de respeto hacia la vida de sus congéneres, pero no lo es menos que el mundo en el que vivieron estaba a su mismo nivel. Mataron, robaron, secuestraron y violaron. Actos que por sí solos, hoy en día, les sacarían de la clasificación como seres humanos. Pero ocho siglos atrás, siendo los más excluidos entre los excluidos, y manejados por reyes, emperadores y papas que usaban de esos mismos crímenes para ejercer el poder, quizás la perspectiva cambie, al menos en parte.

En la historia de los almugávares y de sus compañías se distinguen claramente distintas épocas. Una primera etapa iría desde su aparición como bandidos en las

montañas aragonesas hasta su transformación en grupos de mercenarios organizados. La segunda correspondería a la introducción en los ejércitos de los reyes de Aragón, no como soldados regulares sino manteniendo siempre su idiosincrasia como mercenarios a sueldo. En este periodo podríamos incluir las campañas de la conquista de Aragón, de Cataluña, de Valencia y de Murcia. En tercer lugar, deberíamos considerar su salto de la Península Ibérica al Mediterráneo, en el que pasaron desde Mallorca hasta el norte de África, o desde Sicilia hasta Nápoles. En este momento aparecería, no solo un cambio en cuanto al lugar en el que desarrollaron sus acciones sino también una diferenciación significativa en lo referente al escenario de sus combates. Aquellos guerreros que nacieron y lucharon en montes y sierras, tuvieron que aprender entonces a combatir desde el mar, o en medio de sus aguas. Con la marcha hacia Bizancio se abría una nueva época para ellos. Además de combatir en el otro extremo del mar, por primera vez entraban al servicio de un señor que no pertenecía a la Corona de Aragón. En este tiempo conocerían la gloria pero también los momentos trágicos. Posiblemente, fueron en estos escasos ocho años, cuando más experiencias de todo tipo vivieron los aragoneses y catalanes. Y por último, la sexta etapa sería la referida a su permanencia y dominación de los ducados griegos.

Allí pasaron de ser simples mercenarios a señores de sus propios dominios.

Generación tras generación, combatieron desde las montañas pirenaicas hasta las costas griegas. Un pueblo en movimiento que no pudo confiar nunca en ninguno de los señores a los que sirvió, ya que siempre serían utilizados y, al final, abandonados a su suerte.

Los harapientos y salvajes que causaban risa entre quienes todavía no les habían visto levantar sus armas, ocuparon un lugar predominante en la historia de la Baja Edad Media, de hecho, y a pesar de su insignificante rango, ocupan más páginas en las crónicas medievales que algunos de los reyes y señores de la época. Desde lo más profundo de la escala social, fueron capaces de marcar su destino, manteniendo su independencia por encima de cualquier imposición, aunque éstas llegasen de reyes o emperadores. A pesar de que los rumbos que tomaron muchas veces les llevaron a la catástrofe y al caos, después de esas terribles caídas, fueron capaces de levantarse una y otra vez para comenzar de nuevo a caminar.

Constantino Kavafis^[1099], poeta neohelénico, describía en uno de sus poemas lo que significaron los almugávares para las gentes que los contrataron y que también los sufrieron.

Rubió i Luch recuperó el poema ambientado en los últimos tiempos de Roma, aunque en realidad se refiere a su patria, Grecia. Dice que los romanos esperaban un atardecer la llegada de las huestes bárbaras que iban a ayudarles a defender el Imperio. Los preparativos del recibimiento fueron multitudinarios para celebrar su entrada en la ciudad eterna, aunque en el fondo los romanos —igual que los bizantinos con los aragoneses y catalanes— despreciaban a los bárbaros y los consideraban indignos de pisar su patria. No obstante, allí estaban todos. El

emperador, los cónsules, el senado, el ejército y los ciudadanos. Sin embargo, los bárbaros no llegaron. Cayó la noche y el emperador desconsolado regresó a palacio, y tras él, el resto de la población volvió a sus casas. En el camino al hogar un anciano miró a su compañero y le dijo:

Y qué va a ser de nosotros ahora, sin bárbaros. Esta gente, al fin y al cabo, eran la solución.

Despreciados por todos —sicilianos, bizantinos, francos—, fueron, sin embargo, el último recurso al que acudieron. Sólo ellos les proporcionaron victorias donde sus brillantes ejércitos habían fracasado. Pero el final se repitió una y otra vez. Primero el desprecio, luego el júbilo con los triunfos que lograban ante sus enemigos, y por último, cuando ya no servían a sus propósitos, el abandono y la traición. Uno tras otro, distintos señores pero la misma historia.

Durante los más de ochenta años que permanecieron como dueños del sur de Grecia, se transformaron en el poder dominante de la región, por encima de otras naciones tan influyentes y con tanto poder en el Mediterráneo como fueron los francos, angevinos, venecianos, genoveses, florentinos, bizantinos o turcos. Todos sin excepción, tuvieron, en un momento u otro, que doblegarse ante los aragoneses y catalanes.

En audaz valor, en severa disciplina y en pericia militar no les superó ningún ejército griego o romano. Sus actos de guerra les dan títulos para colocarlos en el rango de una hueste de héroes; sus actos individuales les convirtieron en una legión de demonios. Habían llegado a ser invencibles en todos los campos de batalla. Habían hecho temblar las lanzas de la caballería francesa en muchas acciones reñidas, y estaban convencidos de que no había tropas en el mundo capaces de resistir su choque. Guiados por un soberano como León II o Basilio II, podían haber conquistado a los turcos de Seldjukidas, axfisiado el poder otomano en su terreno y conducir a el águila bicéfala de Bizancio victoriosa hasta los pies del monte Tauro, e incluso hasta la ribera del Danubio^[1100].

No recibieron, en el tiempo que estuvieron en Grecia, prácticamente colaboración ni apoyo de los reyes de Aragón o de Sicilia, sin embargo éstos ostentaron los títulos como duques de Atenas y Neopatria durante más de cien años, considerándolos, aún mucho tiempo después de haberlos perdido, como unas de las joyas de la Corona.

Los siglos han borrado gran parte del recuerdo y las marcas que aquellos mercenarios despiadados dejaron en Grecia. Sus vestigios arqueológicos apenas existen puesto que durante casi un siglo se dedicaron a destruir y dominar por las armas, y en ningún caso a levantar monumentos ni obras que hablasen de ellos. El

único recuerdo que ha perdurado hasta nuestros días de la Compañía de aragoneses y catalanes es el poso de odio que sus crímenes dejaron impreso a fuego y sangre en la memoria colectiva helena.

Son muchas las expresiones e insultos que aún en nuestros días se pueden escuchar en algunas provincias griegas o búlgaras que tienen el rencor hacia los almugávares como protagonista. La mayor parte de ellos fueron recogidos por Rubió y en su mayoría se refieren a los mercenarios con el nombre común de «catalanes». Así en Bulgaria podíamos oír a las viejas desearle lo peor a alguien gritándole: *¡Ojalá te alcance un catalán!* En zonas de Albania la expresión *Katallán-i* es sinónimo de vampiro o de monstruo. También se usaba como maldición en la Tracia la frase: *¡Qué te alcance la venganza de los catalanes!* El historiador Epaminondes Stamatiadis recogió en la isla de Eubea (Negroponte) el siguiente dicho popular: *Eso ni un catalán lo haría*. Podríamos seguir con muchos otros ejemplos que muestran cual es el recuerdo que, siete siglos después, todavía pervive en la memoria de los habitantes de los lugares por los que pasaron, pero para terminar el recorrido por tan curiosas lindezas lo haremos con la forma en la que en regiones de Messenia, Laconia o del Peloponeso califican a una mujer machuda, áspera, irascible o grosera: *¡Parece una catalana!*

Todos estos calificativos no son más que los restos de la aversión que nuestros antepasados sembraron a su paso. Desde luego, hoy en día no son sino frases hechas que la memoria colectiva ha interiorizado y que no conservan ningún tipo de sentimiento real. Sin embargo, no cabe duda que sí que lo tuvieron, y muy profundo, cuando se forjaron.

La expedición de la Compañía a Grecia es, sin lugar a dudas, la más espectacular de las historias protagonizadas por los almugávares, aunque ni mucho menos, la única. Mientras los que partieron de Sicilia con Roger de Flor llevaban a cabo su campaña bizantina, otros miles se hallaban repartidos por la Península Ibérica y el Mediterráneo. Incluso un siglo después, todavía había almugávares luchando en frentes de batalla muy diferentes de los griegos:

Y combatióse una torre que estaba fuera del muro que los moros tenían como guarida de las correrías ordinarias de nuestros almogávares y derribóseles; [...] Esto fue estando el rey en estos reinos en el año de 1480^[1101].

Su tiempo, sin embargo, terminaría. Con el fin de las guerras peninsulares y el cambio del panorama político mediterráneo, el mundo que conocieron bajaba el telón. Una nueva forma de entender las fronteras, e incluso la guerra, había llegado y ellos, que se mantenían como un vestigio humano de al menos 500 años atrás, perdieron definitivamente su espacio.

Poco a poco, el paso del tiempo fue borrando su memoria. Después, solo algunos recordarían a aquellos salvajes guerreros de antaño, y apenas algún historiador

pertinaz intentaría transmitir sus hechos a las generaciones venideras. Otros ganarían en las páginas de la Historia los méritos y los honores, dejándoles a ellos únicamente el olvido.

Hoy, más de mil años después de su aparición entre las montañas aragonesas, quizás pueda parecer que no tienen demasiado que aportar en nuestras vidas. Ni sus principios, ni sus ideales, ni la forma de ver el mundo que les rodeaba, pueden tener reflejo para nosotros. No obstante, esto no es del todo cierto. Sus acciones, con sus crímenes y con sus glorias, forman parte de nuestra propia Historia. Lo que somos y donde somos está levantado sobre pilares cabales pero también sobre pilares de ignominia. Sobre gestos heroicos y nobles, pero también sobre otros muchos vergonzosos y ruines. Los almugávares, aunque haya a quien le pese, fueron uno de esos pilares. Habría que ver si pertenecieron a los honorables o a los infames.

Quizás esto no sea algo tan sencillo de dilucidar.

Cronología

900 (+-)

Almugávares árabes en Zaragoza.

1110-1118

Primeros almugávares aragoneses documentados en Zaragoza junto al rey de Aragón Alfonso I el Batallador.

1149

Sitio de Lleida.

1229

Toma de Mallorca bajo las órdenes del noble aragonés Pedro de Maça.

1232-1269

Campaña de Valencia.

1264

Nace en Brindisi Roger de Flor.

1266

Conquista de Murcia.

1269

Cruzada fallida de Jaime I.

1275-1276

Guerra con Castilla.

1281

Campaña sobre Túnez.

1282

Entran en Palermo junto a Pedro III.

1282-1291

Guerra contra Francia y el papado.

1285

Invasión francesa por el Pirineo.

1289

Guerra con Castilla.

1291

Tratado de Tarascón.

Almugávares en Herrera de Ojos Negros (Teruel).

1295

Tratado de Agnani.

1291-1302

Continúa la guerra con Francia.

1302

Paz de Caltabellota.

1303

Marcha desde Sicilia hacia Bizancio.

Llegada a Constantinopla.

Artaki y victorias sobre los turcos.

1304

Campaña sobre Asia Menor.
Llegada de Rocafort.
¿Batalla de las Puertas de Cilicia? Regreso a Galípoli.
Llegada de Berenguer de Entença.

1305

Conflicto con los bizantinos.
Ataques en Tracia.
Asesinato de Roger de Flor.
Se inicia la Venganza Catalana.
Detención de Entença.
Batalla de Apros.

1306

Derrota de los alanos.
Saqueo de Tracia.
Regreso de Entença.

1307

División en la Compañía.
Llegada de Ferrán de Mallorca.
Salida de Galípoli y Tracia.
Muerte de Entença.
Marcha de Muntaner.
Prisión de Ferrán de Mallorca.
Rocafort al mando de la Compañía.
Atacan monasterios del Monte Athos.
Sitio a Tesalónica.
Al servicio de la Casa de Francia.

1308

Khandrenós derrota a la Compañía.
Continúan los combates en Athos.
Prisión y muerte de Rocafort.

1309

Turcos y turcoples les abandonan.
Rumbo a Tesalia.

1310

Salida de Tesalia.
Al servicio del duque de Atenas.

1311

Victoria en Halmyros.
Señores del Ducado de Atenas.

1312

Fadrique II de Sicilia, duque de Atenas.
Los ducados bajo los Fueros de Aragón y los Usatges de Barcelona.

1317

Gobierno de Alfonso Fadrique.
Expansión de los dominios.

1319

Toma del Ducado de Neopatria.

1321

Tregua con Venecia.

1327

Alfonso Fadrique domina Negroponte.

1337

Muere Fadrique II de Sicilia.

1338

Muere Alfonso Fadrique.

1355

Fadrique III de Sicilia, duque de Atenas y Neopatria.

1362

Golpe de estado de Roger de Lauria en Tebas.

1374

Nerio Acciaiuoli conquista Megara a los aragoneses y catalanes.

1376

La Compañía navarra llega a Albania.

1377

Muere Fadrique III de Sicilia.

Johan Ferrández de Heredia, gran maestro de la Orden del Hospital.

1378

Navarros, hospitalarios y florentinos atacan los ducados.

1379

Pedro IV, rey de Aragón, asume el gobierno de los ducados.

Tebas cae en poder de los navarros.

1380

Enfrentamiento entre el rey de Aragón y la Orden del Hospital.

Capítulos de Atenas, Tebas y Salona.

Elogio de la Acrópolis de Pedro IV.

1387

Muere Pedro IV.

1388

Nerio Acciaiuoli ocupa Atenas.

1390

El Ducado de Neopatria es ocupado.

1391

Nerio Acciaiuoli, señor de Corinto, del Ducado de Atenas y de Neopatria.

1394

El sultán Bayaceto ocupa Grecia.

Cae Salona, el último reducto en poder de la Casa de Aragón.

1449

Almugávares luchando junto al

emperador bizantino Constantino XI.

1451

La isla de Egina pasa de los Caupena a la República de Venecia.

1453

Almugávares defendiendo

Constantinopla de los turcos.

Líneas dinásticas

Condado de Aragón

Aureolo (Oriol), carolingio (800-809)

Aznar Galíndez I, carolingio (809-820)

Galindo Aznárez I, hijo de Aznar Galíndez I (820-864)

Aznar Galíndez II, hijo de Galindo Aznárez I (864-893)

Galindo Aznárez II, hijo de Aznar Galíndez II (893-907)

Sancho Garcés I (905-925)

Sancho Garcés II Abarca, hijo de García Sánchez I (970-994)

García Sánchez II, hijo de Sancho Garcés II (994-1004)

Sancho Garcés III el Mayor, rey de Pamplona (1004-1035) y conde de Aragón (1004-1035), de Sobrarbe y Ribagorza (1017-1035) y de Castilla (1029-1035) (1004-1035)

Andregoto, hija de Galindo Aznárez II junto a su esposo y primo García Sánchez I, hijo de Sancho Garcés I (925-970)

Reino del Sobrarbe (Reyes legendarios)

García Jiménez (724-758)

García Íñiguez I, hijo de García Jiménez (758-802)

Fortún I Garcés, hijo de García Íñiguez (¿-815)

Sancho Garcés, hijo de Fortún I Garcés (815-832)

Interregno (832-867)

Íñigo Jiménez Arista, Casa de Pamplona (867-870)

García Íñiguez II, hijo de Íñigo Arista (870-885)

Fortún Garcés, hijo de García I Íñiguez (885-901)

Reino del Sobrarbe

Sancho Garcés III el Mayor, rey de Pamplona (1017-1035)

Gonzalo, hijo de Sancho III, rey de Sobrarbe y Ribagorza (1035-1045)

Condado de la Ribagorza

Ramón I (872-929)

Bernardo Unifredo, hijo de Ramón I, gobernó con su hermano Miró (930-947)

Ramón II, hijo de Bernardo Unifredo, gobernó con Miró y su hijo Guillermo (950-960)

Guillermo, hijo de Miró, junto a su esposa Garsenda (960-975)

Unifredo, Arnau e Isarn, hijos de Ramón II (964-1003)

Toda, esposa de Isarn (1003-1010)

Guillermo Isárnez, hijo de Isarn, gobernó junto a su prima Mayor (1010-1017)

Sancho III Garcés, rey de Pamplona (1017-1035)

Gonzalo, hijo de Sancho III, rey de Sobrarbe y Ribagorza (1034-1045)

Reino de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza

Sancho Ramírez IV, hijo de Ramiro I. Desde 1076 fue rey de Pamplona (1063-1094)

Pedro I, hijo de Sancho Ramírez IV (1094-1104)

Alfonso I el Batallador, hijo de Sancho Ramírez IV (1104-1134)

Ramiro II el Monje, hijo de Sancho Ramírez IV (1134-1137)

Ramiro I, hijo de Sancho III. A partir de 1044 será rey de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza (1035-1063)

Petronila, hija de Ramiro II. En 1137 se acuerda su unión matrimonial con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona (1137-1164)

Condado de Barcelona

Borell II (947-992)

Miró (947-966)

Ramón Borell (992-1018)

Berenguer Ramón I el Curvo (1018-1035)

Ramón Berenguer I el Viejo (1035-1076)
Ramón Berenguer II el Cap d'Estopes (1076-1082)
Berenguer Ramón II el Fraticida (1082-1097)
Ramón Berenguer III el Grande (1097-1131)
Ramón Berenguer IV el Santo (1131-1162)

Corona de Aragón

Reino de Aragón

Alfonso II el Casto, hijo de Petronila y Berenguer IV (1162-1196)
Pedro II el Católico, hijo de Alfonso II (1196-1213)
Jaime I el Conquistador, hijo de Pedro II (1213-1276)
Pedro III el Grande, hijo de Jaime I (1276-1285)
Alfonso III el Liberal, hijo de Pedro III (1285-1291)
Jaime II el Justo, hijo de Pedro III (1291-1327)
Alfonso IV el Benigno, hijo de Jaime II (1327-1336)
Pedro IV el Ceremonioso, hijo de Alfonso IV (1336-1387)
Juan I el Cazador, hijo de Pedro IV (1387-1396)
Martín I el Humano, hijo de Pedro IV (1396-1410)
Interregno (Compromiso de Caspe) (1410-1412)
Fernando I el Honesto, hijo de Juan de Castilla (1412-1416)
Alfonso V el Magnánimo, hijo de Fernando I (1416-1458)
Juan II el Grande, hijo de Fernando I (1458-1479)
Fernando II el Católico, hijo de Juan II (1479-1516)

Reino de Mallorca

Jaime I el Conquistador, rey de Aragón (1231/1262-1276)
Jaime II de Mallorca, hijo de Jaime I (1276-1311)
Alfonso III el Liberal, rey de Aragón (1285-1291)
Jaime II el Justo, rey de Aragón (1276-1285/1298-1311)
Sancho I el Pacífico, hijo de Jaime II (1311-1324)
Jaime III el Temerario, hijo de Ferrán de Mallorca (1324-1349)
Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragón (1347-1387)

Reino de Sicilia

Manfredo Hohenstaufen (1258-1266)
Carlos I de Anjou (1266-1282)
Pedro III el Grande, rey de Aragón (1282-1285)
Jaime II el Justo, rey de Aragón (1285-1296)
Fadrique II de Sicilia, hijo de Pedro III (1296-1337)
Pedro II, hijo de Fadrique II (1337-1342)
Luis, hijo de Pedro II (1342-1355)
Fadrique III de Sicilia, hijo de Pedro II (1355-1377)
María, hija de Fadrique III (1377-1402)
Martín el Joven, esposo de María (1402-1409)
Martín I, rey de Aragón (corey hasta 1401) (1409-1410)
Fernando I el Honesto, rey de Aragón (1410-1416)

Emperadores de Bizancio (de 1258 a la caída de Constantinopla)

Juan IV Ducas Lascaris (1258-1261 en Nicea)
Miguel VIII Paleólogo (1259-1282 en Nicea y desde 1261 en Constantinopla)
Andrónico II Paleólogo (1282-1328; coemperador: Miguel (IX) Paleólogo 1294-1320)
Andrónico III Paleólogo (1328-1341)
Juan V Paleólogo (1341-1347)
Juan VI Cantacuzeno (coemperador desde 1341, emperador 1347-1354)
Juan V Paleólogo (1354-1376)
Andrónico IV Paleólogo (1376-1379)
Juan V Paleólogo (1379-1391)
Juan VII Paleólogo (1390)
Manuel II Paleólogo (1391-1425)
Juan VIII Paleólogo (1425-1448)
Constantino XI. Ultimo emperador bizantino. (1448-1453)

Duques de Atenas y Neopatria

Manfredo, hijo de Fadrique II de Sicilia (1312-1318)
Guillermo, hijo de Fadrique II de Sicilia (1318-1338)

Juan, hijo de Fadrique II de Sicilia (1338-1348)
Fadrique, hijo de Juan (1348-1355)
Fadrique III de Sicilia, hijo de Pedro IV (1355-1377)
María, hija de Fadrique III (1377-1379)
Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragón (1379-1387)
Juan I el Cazador, hijo de Pedro IV (1387-1388)
Nerio Acciaiuoli (1388-1394)

Vicarios Generales de los Ducados

Roger Deslaur (1311-1312)
Bernad Estanyol (1312-1316)
Guillermo Tomás (1316)
Alfonso Fadrique de Aragón (1316-1330)
Nicolau Lancia (1330-1354)
Odón de Novelles (1330-1354)
Pedro Fadrique, hijo de Alfonso Fadrique (¿?)
Ramón Berner de Sarbou (1354-1359)
Jaime Fadrique, vicevicario (1356-1359)
Gonzalvo Ximénez d'Arenós (1359-1360)
Matheu de Moneada, titular (1360-1365)
Pere de Pou (Petrus de Putheo) (1361-1362)
Gonzalvo Ximénez d'Arenós, titular (1362-1366)
Roger de Lauria (1366-1369/70)
Matheo de Peralta (1370-1375)
Luis Fadrique de Aragón (1375-1380)
Felipe Dalmau, vizconde de Rocabertí (1380-1386)
Ramón de Vilanova (1382-1386)
Bernat de Cornelia (1386)
Pere de Pau (1386-1388)
Pere de Villalba (-)
Pere de Fornollet (1392)

Bibliografía

La bibliografía, así como el resto de listados de fuentes escritas o audiovisuales contenidas en este apartado, ha sido elaborada procurando ceñirse a aquellas obras que más directamente tratasen la historia de los almugávares. Evidentemente, su amplitud habría sido muchísimo mayor si hubiésemos hecho referencia también a aquellas que están relacionadas con la cuestión de una forma menos explícita, como las referidas a los reinos mediterráneos durante la Baja Edad Media ya que, sin duda, éstas guardan un gran valor a la hora de profundizar en el estudio. Se debe advertir además de dos cuestiones importantes antes de continuar. La primera de ellas es que la gran mayoría de los trabajos mencionados son obras de autores catalanes, o bien, publicados por editoriales catalanas, lo que sin duda dice mucho a favor del interés y la extensión con la que se ha tratado este tema en Cataluña. La segunda advertencia sobre esta memoria es referente al contenido y la intencionalidad escondida tras algunas de las obras que se enumeran. Por supuesto, cualquier lector que se sumerja en este espacio, puede estar o no de acuerdo con las aseveraciones que se recogen en los libros citados a continuación, cuando además, evidentemente, la discrepancia es una circunstancia que enriquece el debate y el estudio riguroso. Sin embargo, el autor debe confesar que le ha costado mucho esfuerzo añadir algunos títulos que aquí aparecen, a causa esencialmente de su falta de rigor, de la manipulación escandalosa y de su desprecio absoluto hacia los valores de libertad y de igualdad en los que cree. A pesar de ello, estos escasos títulos se encuentran incluidos entre la gran mayoría de dignísimas obras, y quedará a la valoración del lector el tenerlas en cuenta o simplemente relegarlas al lugar que les corresponden.

Fuentes Edad Media y Edad Moderna

ABARCA, P., *Anales Históricos de los Reyes de Aragón*, Imp. Univ. Lucas Pérez, Salamanca, 1684.

ALFONSO X, el Sabio,

— *Las Siete Partidas del Rey Don Alfonso El Sabio*, Partida II, Título XXII.

— *Cantigas de Santa María*.

ANÓNIMO, *Crónica de San Juan de la Peña*, versión en aragonés, Ed. Tomás Ximénez de Embún, Diputación Provincial de Zaragoza, 1875.

ANÓNIMO, *Gesta Comitum Barchinonensium*, Monasteri de Ripoll (¿1162 a 1184?). Manus. Bibl. Nat. de Paris lat. 5132, ed. L. Barrad Dihigo y J. M. Masso i Torrents, Barcelona, 1925.

ANÓNIMO, *Actes des notaires génois de Pera et de Caffa*, Bratianu, Bucarest, 1927.

ANÓNIMO, *Chronicon*, in R. Gregorio, *Bibliotheca scriptorum qui res in Sicilia gestas sub Aragonum Imperio retulere*, Palermo, 1791.

ANÓNIMO, *Directorium ad faciendum passagium transmarinum*, Arzobispado Dominicó, C. R. Beazley, *American Historical Review*, XIII, 1907.

ANÓNIMO (Discípulo de Danilo), *Vida del arzobispo Danilo II de Sérbia*, ed. D. Danicic, *Zivot kraljeva i arhiepiskopa Srpskich, napisao Danilo i Drugi*, Zagreb, 1866, reed. Londres, 1972.

ANÓNIMO, *Anonymi Descriptio Europae Orientalis*, publicado por Olgierd Górka, Krakau, 1916.

ATHANASIOS I, «Acta monasterii xeropotami», *Decretio synodalis ab Athanasio I patriarcha* (a. 1289-1293), Eccl., Legal. Vernacular, Diplomatic edition, J. Bompaire, *Actes de Xéropotamou*, Archives de l'Athos III, Paris, P. Lethielleux, 1964. En Archivo Vaticano: Cartas, Códices Vat. Gr. 2219, fols. 1-274; Códices par. Gr. 137, fols. 16-111; Códices Par. S. Gr. 516; Cód. Par. 1351 A.

CANTACUZENOS, J.,

— *Historiarum libri IV*, ex interpretatione Jacobi Pontani, cum not. Jacobi Gretseri, París, 1645. - Reed. L. Schopen, Bonn, 1828-1832.

CHALCOCONDYLAS, L.,

— *Historiarum Demonstrationes*, E. Darkó, Budapest, 1922-23.

— *Les deu demostracions d'históires* (1297-1463).

DANILO i DRUGI, arhiepiskop, *Zivoti kraljeva i arhiepiskopa srpskih*, ed. DJ. Danicic, I, *Variorum Reprints*, Londres, 1972, (Reed. de Zagreb 1866).

DANTE, A., *Divina Comedia*, Verona, 1312.

DESCLOT, B., *Crónica del Rey en Pere e dels seus antecessors passats*, Edición digital Biblioteca Virtual Joan Lluís Vives, 2005. Edición digital basada en la edición de Barcelona, Imp. La Renaixensa, 1885. BNE, Sala de Consulta: Salón General, sig. 9/185487; Manuscrito Ms. 5939, BNE, 1701-1732. Edición digital Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006; *Crónica*, Edicions 62, 1982.

DUCAS, *Historia Byzantina (1341-1463)*, Imp. Bekker, Bonn, 1834.

FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *Libro de los fechos et conquistas del Principado de la Morea*, Ed. Alfred Morel-Faltio, Ginebra, 1885.

FILOTEU CÓKKINOS, C, *La vida de Savas el Joven*, s. XIV.

GARCÍA de SANTA MARÍA, A., *Crónica de Juan II de Castilla*, 1380-1460.

GÓMEZ MIEDES, B., *La historia del muy alto e invencible rey don Jaime de Aragón, primero de este nombre llamado el Conquistador*, Valencia, 1584.

GRÉGORAS, N.,

— *Historia bizantina*, Basilea, 1562.

— *Historia Romana* (texto griego y traducción latina), 37 libros, 1204-1359, MIGNE, Patrologia Graeca, vol. 148-149, París, 1885.

— Schopen, L. *Nicephori Gregorae Historiae Byzantinae*, Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae, vol. 2, Bonn, Weber, 1830.

GREGORIO, R., *Bibliotheca scriptorum qui res in Sicilia gestas sub Aragonum Imperio retulere*, Palermo, 1791.

HIEROMÓNACHOS E., *Crónica de Galaxidi*, Pról. y trad. Moreno Jurado, J. A., Padilla Lib., Sevilla, 1998.

JAIME I, *Chronica o comentaris del gloriossim e invictissim Rey en Jacme primer, Rey Darago, de Mallorques e de Valencia, Compte de Barcelona e de Montpesler: dictada per aquell en sa llengua natural*. Aguiló y Fuster, M., Edición digital Biblioteca Virtual Joan Lluís Vives, 2003. Basada en la edición de Barcelona, Llibrería d'Àlvar Verdaguer, 1873; John Forster, Parentheses publications, Catalan Series, Cambridge, Ontario, 2000; Cortadellas, Anna, versión resumida, Ed. Teide, 1995; *Libro de los hechos*, Ed. Gredos, Madrid, 2003.

JIMÉNEZ de RADA, *Historia de rebus hispaniae, Crónica de la conquista de Córdoba*, 1236, Ed. *De rebus Hispaniae*, Textos Medievales 22, Valencia, 1968.

KHORÉNE, M. de, *Histoire de Arménie*, Librairie Chez Mame. V. Dondey-Dupré, París, 1842.

KÓKKINOS, F., *La vida de Sabas el Joven*, ed. A. Papadopoulos-Kerameus, San Petersburgo, 1898.

MÁGISTRO, T.,

— *Discursos*, J. Fr. Boissonade, *Anecdota Graeca*, II, Hildesheim, 1962.

— *Carta al rey Andrónico el Paleólogo*, trad. G. Sentiñón, Rev. Ciencias Históricas, I, Barcelona, 1880.

MARSILI, P., *Historia de la conquista de Mallorca*, Edición digital Biblioteca Virtual Joan Lluís Vives, 2005, basada en la edición de Palma, Imprenta y librería de D. Estevan Trias, 1850.

MARTORELL, J., *Tirant lo Blanc*, Valencia, 1490.

MONCADA, F., *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*. Tesoro de historiadores españoles, recopilación, Librería Europea, París, 1840; Edición digital The Project Gutenberg EBook; Ed. Aguilar, 1963; *Els almogàvers*, Biblioteca Clásica Catalana, Barcelona, 1906.

MUNTANER, R., *Crónica*, Edición digital Biblioteca Virtual Joan Lluís Vives, 2006. Reproducción digital del manuscrito 1803 de BNE; Edición digital Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002, basada en edición de Valencia, en casa de la viuda

de Joan Mey Flandro, 1558; Edición Impr. Casa de Jaume Cortey, Barcelona, 1562; Edición F. Moisé, *Chronache catalane del seculo XIII e XIV. Una di Raimondo Muntaner l'altra di Bernardo D'Esclot*, Imp. della Galileana, Firenze, 1844; Edición K. Lanz, *Chronik des edlen En Ramon Muntaner*, Literarischen Vereins, Stuttgart, 1844; Edición A. Bofarull, *Crónica catalana*, Imprenta Jaime Jepús, Barcelona, 1860; Edición J. F. Vidal Jové, introd. Joan Fuster, Alianza Editorial, Madrid, 1970; Edit. Selecta, Barcelona, 1973; Edit. Selecta, Barcelona, 1977; Edición V. Escrivà, Ed. Bromera, Alzira (Valencia), 1986, 1991; *Els almogàvers*, Abadía de Montserrat, Barcelona, 1985; Edición J. Coroleu, *Arxiu historich*, Ed. La Renaixensa, Barcelona, 1886; Edición C. Cabré, versión resumida, Ed. Teide, 1996; Edición J. M. Gironés, *Fundació Jaume II el Just*, Valencia, 2005; *Los almogávares en Bizancio: crónica medieval*, Ed. Prometeo, Valencia; *The Catalan expedition to the East: from the «Chronicle» of Ramon Muntaner*, por Robert D. Hughes, Ed. Tamesis, Woodbridge, 2006; CABRÉ, C., *Crònica de Ramón Muntaner*, versió a cura, Ed. Teide, Barcelona, 1992.

NEOCASTRO, B. de, *Historia Sicula*, in Lodovico Antonius Muratorius, *Rerum Italicum Scriptores*, Milán, 1728. Reed. RR. II. SS., XIII, n. e. de Paladini, 1921.

PAQUIMERES, G., *Georgii Pachymeris, De Michaele et Andrónico Palaeologo*, libros XI, XII y XIII, Ed. I. Bekker, 2 vols., Bonn, 1835; Ed. A. Failler, *Relations historiques*, 2 vols., París, 1984-1999.

PEDRO IV, Rey de Aragón, *Crónica del Rey d'Arago En Pere IV lo Ceremoniós, ó del Punyalet*, Ed. Coroleu, J., Imp. La renaixença, Xuclá, 1885, ed. facsímil Librerías París-Valencia, Valencia, 2005; Bofarull, A., *Imprenta de Alberto Frexas*, Barcelona, 1850.

PHRANTZÉS, J., *Historia bizantina*, 1413-1477.

SANUDO TORSSELLO, M.,

— *Istoria del Regno di Romania*, 1326-1333.

— *Liber Secretorum (Secreia Fidelium Crucis)*. - *Cartas*, publicadas por Aldo Cerlini, *Nuove lettere di Marino Sanudo il vecchio*, La Bibliofilia, Rivista di storia del libro e delle arti grafiche di bibliografia ed erudizione, XLII, pp. 348-359, 1940.

SPECIALE, N., *Historia Sicula, Chronicon*, in R. Gregorio, *Bibliotheca scriptorum qui res in Sicilia gestas sub Aragonum Imperio retulere*, Palermo, 1791.

TAUTU, A. L. *Acta Ioannis XXII*, 1317-1334.

TOMIC, P., *Històries e conquestes dels reys de Aragó e comtes de Barcelona, Histories e conquistas de Cathalunya*, Im. Johan Rosembach, 1495. Edición digital Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007.

VAGAD, G. F. de, *Coronica de Aragón*, 1499, Biblioteca Virtual de Derecho Aragonés.

VARIOS, *Croniques de totes les nacions quis poblaren en Espanya*, manuscrito s. XIV. Edición digital Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007.

VILLANI, M., *Crónica de Florencia (Nuova crónica)*, 12 v., 1363. Continuación del trabajo iniciado por su hermano Giovanni Villani.

ZURITA, J., *Anales de Aragón*, Ed. Ángel Canellas López, Institución Fernando el Católico, Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 1998; Edición digital José Javier Iso (coord.), María Isabel Yagüe y Pilar Rivero, Institución Fernando el Católico, Diputación de Zaragoza.

Fuentes Contemporáneas

AGUSTÍ, D., *Los almogávares. La expansión mediterránea de la Corona de Aragón*, Sílex Ediciones, Madrid, 2004.

AIRALDI, BAUTIER y otros, *El mundo del Mediterráneo en la Edad Media*, Ed. Argot, 1987.

ALARCÓN, M. y GARCÍA de LINARES, R., *Los documentos árabes diplomáticos del Archivo de la Corona de Aragón*, Madrid, 1940.

ÁLVAREZ, A., *Juan Hernández de Heredia y las traducciones del griego medieval al aragonés*, Erytheia, Revista de estudios bizantinos y neogriegos, 6.1, pp. 25-41, mayo, 1985.

ÁLVAREZ de TOLEDO, L. I., duquesa de Medina Sidonia, *Entre el Corán y el Evangelio*.

AMARI, M., *La guerra Vespro siciliana*, Milán, 1886. Reed. Giunta, Palermo, 1969.

AMORÓS, C., *Cròniques de Espanya*, Barcelona, 1546.

ANGELIKI, L., *Constantinople and the latin: foreing policy of Andronicus II; 1282-1328*, Harvard University Press, Cambridge, 1972.

ANGELOV, D., *Imperial Ideology and Political Thought in Byzantium, 1204–1330*, Cambridge Univ., 2007.

ANÓNIMO, *Breve reseña de la Historia de Mallorca tomada de los escritos de D. Juan Dameto, D. Vicente Mut, D. Jeronimo Alemany, P. Juan Binimelis, etc.*, «Un Almogávar», Imp. José Tous, Palma, 1929.

ANÓNIMO, *Els almogàvers*, Ed. Ajax, Barcelona, 1958.

ANÓNIMO, *The Catalan Roger de Flor*, The Cornhill magazine, vol. XX, Londres, 1869.

ARBEL, B., HAMILTON, B. y JACOBY, D., *Latins and Greeks in the Eastern Mediterranean After 1204*, ed. Frank Cass.

ARBOIS DE JUBAINVILLE, H. de, *Voyage paléographique dans le département de l'Aube*, París, 1855.

ARNAL I VERDEROL, A., *L'expedició dels catalans a l'imperi d'Orient*, Arola

Editors, Tarragona, 2003.

ARRIBAS PALAU, M., *Fernando I de Antequera ante una disputa entre Orihuela, Molina de Segura y Caravaca*, Ed. Murgetana XXI, Murcia, 1963.

ATRIAN Y SALAS, M., *Juicio crítico del libro de Moncada «Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos»*, Imp. de la Casa Provincial, Teruel, 1885.

AURA PASCUAL, J. J., *Los almogávares, desde sus orígenes hasta su disgregación*, Fila Almogavares, Alcoy, 2008.

AYENSA, E.,

— *El record dels catalans en el folcklore grec*, Revista L'Avenç, núm. 213, pp. 56-59, 1997.

— *El recuerdo de los catalanes en la tradición folklórica de Grecia, en sus baladas griegas*. Estudio formal, temático y comparativo, CSIC, Nueva Roma, 10, pp. 307-354, Madrid, 2000.

— *Els catalans a grècia en la literatura grega i catalana del segle XIX: el llarg camí vers la creació d'una èpica nacional*, Ressonances èpiques en les literatures i el folcklore hispànic, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 130-141, Barcelona, 2003.

— *El nou consolat català a Grècia*, Chor monserratí, Abadia de Montserrat, 1955, n^o 556, pp. 9-14, Barcelona, 2006.

BADENAS, P., *El elogio de Pedro IV el Ceremonioso a la Acrópolis de Atenas, Erytheia*, Revista de estudios bizantinos y neogriegos, n^o 0, 1982.

BADENAS, P. y PÉREZ MARTÍN, I., *Bizancio y la Península Ibérica. De la antigüedad tardía a la edad moderna*, CSIC, 2004.

BADIA, L., *Veritat i literatura a les cròniques medievals catalanes: Ramon Muntaner*, Biblioteca Virtual Joan Lluís Vives.

BALCELLS, A., *Antoni Rubió i Lluch, historiador i primer president de l'Institut d'Estudis Catalans*, Institut d'Estudis Catalans, Secció Històrico-arqueològica, Barcelona, 2001.

BANKS, PH., *Greeks in Early Medieval Barcelona*, Faventia, pp. 73-89, 1980.

BANÚS Y COMAS, *Expedición de catalanes y aragoneses a oriente a principios del siglo XIV*, Madrid, 1929.

BAÑÓ, R., *Registros Reales de los siglos XIII-XIV en el Archivo Municipal de Alcoy*, Anales de la Universidad de Alicante, Historia Medieval, 6, doc. 4, 1987.

BARÓ I QUERALT, X., *La historiografía catalana en el segle del barroc (1585-1709)*, tesis doctoral, Departament d'història moderna de la universitat de Barcelona, Barcelona, diciembre, 2005.

BARRERAS, D., *La cruzada albigense y el Imperio aragonés*, Ed. Nowtilus, Madrid, 2007.

BARTUSIS, M. C., *The Late Byzantine Army: Arms and Society, 1204-1453*, Univ.

Pennsylvania Press, 1997.

BASMADIJAN, K. J., *Jacques II, roi d'Aragon, et Oschin, roi de la Petite Arménie (1319-1320)*, Revue de l'Orient latin, XI, 1905-1908.

BATLLE, C., *L'expansió baixmedieval. Segles XIII-XV*, Edicions 62, Barcelona, 1988.

BAUTIER, R. H., *Les grands problèmes politiques et économiques de la Méditerranée médiévale*, Revue Historique, CCXXXIV, París, 1965.

BENSCH, S. P., *El comerç català a la Romania en el segle XIV*, Revista L'Avenç, núm. 213, pp. 26-29, 1997.

BERNAL, J. M., *Els catalans a Orient: la configuració d'un mite nacional*, Revista L'Avenç, núm. 221, pp. 9-10, 1998.

BISSON, T. N., *Història de la Corona d'Aragó a l'edat mitjana*, Crítica, Barcelona, 1986.

BLANCO FOMBONA, R., *Ensayos históricos. La epopeya bizantina de los almogávares*, Biblioteca Ayacucho, Caracas (Venezuela), 1981.

BLASCO IBÁÑEZ, V., *Los almogávares en Bizancio (Crónica medieval)*, Ed. Prometeo, Valencia, 1920.

BLEIBERG, G., *Diccionario de la Historia de España. Tomo I*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.

BOFARULL, A.,

— *Hazañas y recuerdos de los catalanes, ó colección de leyendas*, Im. Juan Oliveres, Barcelona, 1846.

— *Crónica catalana*, Imprenta Jaime Jepús, Barcelona, 1860.

— *La confederación catalano-aragonesa*, Ed. Luis Tasso, Barcelona, 1872.

— *Pasaje a Romanía o expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, Historia Crítica (civil y eclesiástica) de Catalunya, vol. IV, apéndice, pag. 121, Barcelona, 1876.

— *Ramón Muntaner, guerrero y cronista*, Imp. Sucesores de Ramírez, 1883.

— *Crónica del Rey de Aragón d. Pedro IV, el Ceremonioso, ó, del Punyalet*, Im. Alberto Frexay, Barcelona, 1850.

— *Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón*, vv. tt., Barcelona, 1840-49.

— *Los Condes de Barcelona vindicados*, Imp. Oliveres y Monmany, Barcelona, 1836.

— *Procesos de las antiguas cortes y parlamentos de Cataluña, Aragón y Valencia custodiados en el Archivo General de la Corona de Aragón*, Imp. Monfort, Barcelona, 1849.

BOISSONADE, J. Fr., *Anecdota graeca e coddicibus regiis*, II, París, 1830.

BON, A., *La Morée franque. Recherches historiques, topographiques et archéologiques sur la principauté d'Achaïe (1205-1430)*, Bibliothèques des Écoles

françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 213, n^o 3, París, 1969.

BONGARS, J., *Gesta Dei per Francos, sive Orientalium expeditionum historia, 1095-1420*, II, Hanoviae, 1611.

BOSCOLO, A.,

— *Catalani nel Mediterraneo*, Bologna, 1986.

— *Geronimo Zurita e i problemi mediterranei della Corona d'Aragona*, VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Barcelona, 1962.

BOYA BALET, Á, *La compañía de almogávares*, Ed. Cultural y Solidaridad, 2009.

BRÉHIER, L., *Vie et mort de Byzance*, ed. Albin Michel, París, 1992.

BUCHON, J. A.,

— *Anonyme grec. Chronique de la Principauté française d'Achaïe*, Crónica de la Morea, Chroniques étrangères relatives aux expéditions françaises pendant le XIII^e siècle, Ed. Auguste Desrez, París, 1840.

— *Ramon Muntaner. Chronique d'Aragon, de Sicilie et de Grèce*, Chroniques étrangères relatives aux expéditions françaises pendant le XIII^e siècle, Ed. Auguste Desrez, París, 1840.

— *Bernat D'Esclot. Chronique de Pierre III et expédition française de 1285*, Chroniques étrangères relatives aux expéditions françaises pendant le XIII^e siècle, Ed. Auguste Desrez, París, 1840.

— *Anonyme sicilien. Chronique de la conspiration de J. Prochyta*, Chroniques étrangères relatives aux expéditions françaises pendant le XIII^e siècle, Ed. Auguste Desrez, París, 1840.

— *Recherches historiques sur la principauté française de Morée et ses hautes baronnies. Sur le manuscrit du Le Livre de la Conquetê de la Princée de Morée*, vol. I y II, Imp. Comptoir, Paris, 1843.

— *Chronique de la Conquête de Constantinople et de l'établissement des français en Morée*, Collection des Chroniques nationales françaises, du treizième au seizième siècle, Libraire Verdière, París, 1825.

— *Histoire de l'empire de Constantinople sous les empereurs français jusqu'à la conquête des turs*, Charles du Cange, Collection des Chroniques nationales françaises, du treizième au seizième siècle, tomo II, Libraire Verdière, París, 1826.

— *Nouvelle Recherches Historiques*, Florencia, 1845.

BURNS, R. I.,

— *The Catalan Company and the European Powers 1305-1311*, Speculum, XXIX, 1964.

— *Journey from Islam: Incipient Cultural Transition in the Conquered Kingdom of Valencia (1240-1280)*, Speculum, 1960.

— *The Spiritual Life of James the Conqueror: King of Arago-Catalonia, 1208-1276: Portrait and Self-Portrait*, The Catholic Historical Review, 62, enero, 1976.

— *Moors and crusaders in Mediterranean Spain*, Variorum Reprints, London, 1978.

BURNS, R. I. and CHEVEDDEN, P. E., *The Finest Castle in the World*, History Today, 49, noviembre, 1999.

BURY, J.B., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Fred de Fau and Co., New York, 1906.

BURUNAT, I., *Les grans croades medievals*, Claret, Barcelona, 1992.

CABA, C., *Roger de Flor (Adalid de almogávares)*, Ed. Morata, Madrid, 1946.

CABESTANY, J., *Expansió catalana per la Mediterrània*, Barcelona, 1967.

CABEZUELO PLIEGO, J. V., «El negocio del rapto en la frontera de Orihuela a principios del siglo XIV», *Miscelánea Medieval Murciana*, vol. XXI-XXII, 1997-1998, pp. 43-58.

CABRERA MUÑOZ, E., *El condado de Belalcázar (1444-1516). Aportación al estudio del régimen señorial en la baja Edad Media*, Córdoba, 1977.

CAMBRA, F. P. de, *Roger de Flor y sus Almogavares*, Gráficas Uguina, Madrid, 1950.

CANALE, M. G.,

— *Storia Politica, commerciale e Letteraria della Repubblica di Genova*, vol. IV, Tipografia Elvetica, Capolago, 1851.

— *Nuova Storia della Repubblica di Genova, del suo Commercio e della sua Letteratura*, vol. II, Imp. Felice Le Monnier, Florencia, 1860.

CANGE, Ch. du,

— *Histoire de Constantinople, Chartes*, 1657.

— *Histoire de l'empire de Constantinople sous les empereurs français jusqu'a la conquête des turs*, dentro de *Collection des Chroniques nationales françaises, du treizième au seizième siècle* de J. A. Buchon, tomo II, Libraire Verdière, París, 1826.

CANTU, C., *Histoire Universelle*, vol. XII, Imp. Institut de France, París, 1847.

CAPPELLI, G. M., *Por el alma y por el bolsillo. Literatura de viajes y viajes en la literatura en la Edad Media catalana*, Instituto Lucio Anneo Séneca, 2005.

CAPMANY, A. de, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, 1779-1792.

CARRÈRE, C., *Aux origines des grandes compagnies. La Compagnie Catalane de 1302*, Centre d'histoire militaire et d'études de defense nationale, Montpellier, 1974.

CARRIAZO, J. de M., *Colección Diplomática de Quesada*, doc. 39.

CARTAGENA, A. de, *Doctrinal de los caballeros*, Ed. José María Viqa Liste, Santiago, 1995.

CARUSO, G. B., *Biblioteca historica Regni Siciliae*, Panormi, 1723.

CASANOVA, E., *Almogàvers, monjos i pirates. Viatge a l'Orient català*, Proa, Barcelona, 2001.

CASTEDO, L., *Aportaciones al estudio de la gesta de los almogávares en Grecia*, Anales de la Universidad de Madrid, pp. 103-124, 1935.

CASTILLO GENZOR, A.: «Aragón en la defensa de Constantinopla», *Zaragoza*, VII, pp. 99-121, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1958.

CATALÀ I ROCA, P., *Llegendes cavalleresques de Catalunya*, Col·lecció Nissaga núm.5 Editor Rafael Dalmau, Barcelona, 1997.

CHAPMAN, Michel *Paléologue: Restaurateur de l'Empire Byzantin (1261-1282)*, Eugene Figiere, París, 1926.

CHARANIS, B., *Piracy in the Aegean during the reign of Michael VIII Palaeologus*, Mélanges H. Grégoire, Bruselas, 1950.

CHAYTOR, H.J., *A History of Aragon and Catalonia*, The Library of Iberian resources online, de Methuen & Co. Ltd., Londres, 1933.

CÉNAC MONCAUT, M., *Histoire des Pyrénées et des rapports internationaux de la France avec l'Espagne*, tomo III, Imp. Amyot, París, 1854.

CERLINI, A., *Nuove lettere di Marino Sanudo il vecchio*, La Bibliofilia, Rivista di storia del libro e delle arti grafiche di bibliografia ed erudizine, XLII, pp. 348-359, 1940.

CERVERA, R., *Relacion historica de la famosa invasion del exercito y armada de Francia en Cataluña en 1285 y de la valerosa resistencia que los catalanes, aragoneses y valencianos, con su Rey Don Pedro, hicieron á los enemigos en el Rosellón y el Ampurdán por tierra y por mar / trasladada literalmente de la Historia... que escribió Bernardo Desclot*, Imp. de Sancha, Madrid, 1793.

CÈS, F., *Roger de Flor, condottiere des mers*, Age D'Homme, Lausanne, 1993.

CINGOLANI, S. M., *La memòria dels reis: les quatre grans cròniques i la historiografia catalana, des del segle X fins al XIV*, Ed. Base, Barcelona, 2006.

CLARAMUNT, P., *Compendio de la Historia de Zaragoza*, Ed. M. Sevilla, Zaragoza, 1904.

CLOSA, F., *Catalanisme i renovació a la premsa carlina a Lleida: ideologia i poder a El Almogávar leridano, El Loredan i l'Almogáver (1890-1910)*, Ed. Pagès, Lleida, 2002.

COLON, G., *Llibre del Consolat de Mar*, Fundació Salvador Vives Casajuana, Barcelona, 1981.

COLL i ALENTORN, M., *Crònica de Bernat Desclot*, versió a cura, Edicions 62, Barcelona, 1999.

CONCHEFF, B. J.,

— *The Hypothetical epic-narrative sources for the catalan Chronicles of Jaume I, Desclot and Muntaner*, Michigan, 1976.

— *Bibliography of Old Catalans Texts*, Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison, 1985.

— *Crusaders, condottieri and cannon: medieval warfare in societies around the Mediterranean*, Brill, 2002.

CONDE, J. A., *Historia de la dominación de los árabes en España*, Imp. Española,

Barcelona, 1844.

CORRIENTE, F., *Diccionario de arabismos: y voces afines en iberorromance*, Ed. Gredos, Madrid, 2003.

COUREAS, N., *Aragón, Reino y Corona. Capítulo XII, La influencia de la Corona de Aragón en el Oriente mediterráneo a fines de la Edad Media (1276-1479)*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2000.

COUSIN, M., *Histoire de Constantinople*, París, 1685.

CSIC (Centro Superior de Investigaciones Científicas), *Grecia y la Corona de Aragón*, Inst. de Filología, www.filol.csic.es/bizantinos/estudios-bizantinos.html.

CUVILLIER, J. P., *Barcelonne, Gênes et le commerce du blé de Sicilie vers le milieu du XIII siècle*, Atti I Congr. Liguria-Catalogna, Génova, 1974.

D'ABADAL, R., *Pere el Cerimoniós i els inicis de la decadència política de Catalunya*, Ed. 62, Barcelona, 1972.

DADE, E., *Versuche zur Wiedererrichtung der lateinischen Herrschaft in Konstantinopel im Rahmen der abendländischen Politik, 1261 bis etwa 1310*, Jena, 1938.

DANICIC, D., *Zivot kraljeva i archiepiskopa Srpskich, napisao Danilo i Drugi*, Zagreb, 1866, reed., Londres, 1972.

DAWKINS, R. M., *The Catalan Company in the Traditions of Mount-Athos*, Homenaje a Antonio Rubió i Lluch, vol. I, Barcelona, pp. 267-70, 1936.

DELAVILLE-LEROULX, *Les Hospitaliers à Rhodes jusqu'à la fin de Philibert de Naillac*, París, 1913

DHONT, J., *La alta edad media, Siglo XXI*, Madrid, 1971.

DIDOT FRÈRES, F., *Nouvelle biographie générale depuis les temps les plus reculés jusqu'à nos jours, Alfieri-Aragona*, tomo II, Imp. L'Institut de France, París, 1859.

DÖLGER, F.,

— *Els documents de l'emperador bizanti Andrònic II per a Catalunya-Aragó en el regnat de Jaime II*, Estudis Universitaris Catalans, XVIII, 1933.

— *Regesten der Kaiserurkunden des oströmischen Reiches*, 4, Teil, Munich-Berlin, 1960.

DOMINGO Y GINÉS, C., *Estudio Crítico sobre la Conquista de Zaragoza por Alfonso I*, Of. Salas, Zaragoza, 1888.

DOUROU-ELIOPOULOU, M.,

— *The Catalan duchy of Athens and the other Latin powers in Greece especially the principality of Achaia (1311-1388)*, Heoa kai Hesperia 4, pp. 87-93, 1999/2000.

— *El ducat d'Atenes i el principat d'Acaia (1311-1388)*, Revista L'Avenç, núm. 213, pp. 52-55, 1997.

DUFURCQ, Ch. E.,

— *L'Espagne catalane et le Maghrib aux XIIIe et XIVe siècles*, París, 1966.

— *L'expansió catalana a la Mediterrània occidental, segles XIII i XIV*,

Barcelona, 1969.

DUJGEV, I.,

— *La spedizione catalana in Oriente all'inizio del secolo XIV ed i Bulgari*, Anuario de Estudios Medievales, IX, Barcelona, 1974-75.

— *La conquête turque et la prise de Constantinople dans la littérature slave contemporaine*, Byzantinoslavica, XVI, 1955.

DURÁN i DUELT, D.,

— *La Companyia Catalana i el comerç d'esclaus abans de l'assentament als ducats d'Atenes i Neopàtria, De l'esclavitud a la llibertat. Esclaus i lliberts a l'Edat Mitjana*, Actes del Col.loqui Internacional, 27-29 maig 1999, pp. 557-571, CSIC, Barcelona, 2000.

— *Monarquía, consellers i mercaders en el Consolat català de Constantinoble a la primera meitat del segle XV*, Colecc. Anejos del Anuario de Estudios medievales, nº 36, pp. 27-51, Barcelona, 1999.

— *El comercio entre España y Bizancio en los siglos XIII al XV*, en Bizancio y la Península Ibérica. De la antigüedad tardía a la edad moderna, pp. 323-347, CSIC, 2004.

ECHIVARRÍA ARSUAGA, A., *La guardia morisca: un cuerpo desconocido del ejército medieval español*, Comunidad de Madrid.

EDWARDS, J., *Christian Córdoba: The city and its region in the late Middle Ages*, The Library of Iberian Resources Online.

EGEA, J. M., *La Crónica de Morea. Estudio preliminar, texto y traducción de...*, CSIC, Madrid, 1996.

EMERSON TENNENT, J., *The History of the Modern Greece, from its conquest by the romans b.c. 146, to the present time*, vol. I, Londres, Imp. H. Colburn, 1845.

ENGELMANN, W. H., *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'Arabe*, Imp. Brill, Leyde, 1861.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, S., *De los soldados almogávares: origen suyo, de su traza en persona y armas, manera de combatir, su ordenanza y demás hechos tocantes a esta milicia*, Revista Militar 7 y 8, tomo IV, Madrid, abril, 1849.

FANTONI y BENEDÍ, R., *El escuadrón de caballería de «Almogávares». Cuerpo de caballeros nobles. Zaragoza, 1808*, Emblemata, Revista aragonesa de emblemática, pp. 367-369, vol. V, Zaragoza, 1999.

FASOLI, G.,

— *Cronache medievali di Sicilia*, Catania, 1950.

— *L'unione della Sicilia all'Aragona*, Riv. Stor. Ital., LXV, 1953.

FERNÁNDEZ DURO, C., *Recuerdo del gran almirante Roger de Lauria*, Boletín de la Real Academia de la Historia, pp. 14-20, Barcelona, 1804.

FERRANDO, A. y ESCARTÍ, V. J., *Llibre dels fets. Jaume I*, MDS Books/Mediasat, Madrid, 2004.

FERRERES, E., *Mar enllà. L'expansió mediterrània (segles XII-XV)*, Barcanova, Barcelona, 1993.

FERRER i MALLOL, M^a T.,

— *Els Almogàvers, form organització i defensa d'un territori fronterer: La governació d'Oriola en el segle XIV*, Barcelona, CSIC, 1990.

— *Els almogàvers a la frontera amb els sarraïns al segle XIV*, Revista L'Avenç, n^a 209, pp. 14-18, diciembre, 1996.

— *L'expansió catalana en a Mediterrània a la Baixa Edat Mitjana*, editora junto a Damien Coulon, Colecc. Anejos del Anuario de Estudios medievales, n^a 36, Barcelona, 1999.

— *La frontera amb l'Islam al segle XIV. Cristians i Sarraïns al País Valencià*, Barcelona, 1988.

— *Organització i defensa d'un territori fronterer. La governació d'Oriola en el segle XIV*, Barcelona, 1990.

— *La frontera meridional valenciana durante la guerra amb Castella, Pere el Cerimoniós i la seva època*, Barcelona, 1989.

— *La Tinença a Costum d'Espanya en els castells de la frontera meridional valenciana (segle XIV)*, Miscel·lània de textos medievals, n^a 4. *La frontera terrestre i marítima amb l'Islam*, Barcelona, 1988.

— *L'état catalan en Grèce: société et institutions politiques, Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana*, Jornadas Científiques de l'Institut d'Estudis Catalans, Secció Històrico-arqueològica, Barcelona, 2000. Ed. Sèrie jornadas científiques 11, pp. 79-101, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2003.

— *Mercenaris catalans a Ferrara (1307-1317)*, Anuario de Estudios Medievales 2, pp. 155-227, 1965.

— *De l'esclavitud a la llibertat. Esclaus i lliberts a l'Edat Mitjana*, Actes del Col·loqui Internacional, 27-29 maig 1999, CSIC, Barcelona, 2000.

FEURÉGE, L., *Étude sur la vie et les ouvrages de Du Cange*, Imp. Paul Dupont, París, 1852.

FINKE, H., *Acta Aragonensia, Quellen zur deutschen, italienschen, franzosischen, spanischen, zur Kirchen und Kulturgeschichte. aus der dipiomattsctien Korrespondenz Jaymes II*, Berlín y Leipzig, 1908-1922.

FINLAY, A.

— *History of Greece and the Empire of Trebizond (1204-1461)*, Imp, W. Balckwood, Edimburgo y Londres, 1851.

— *History of Greece under Othoman and Venetian domination*, W. Balckwood, Edimburgo-Londres, 1856.

— *A history of Greece from its conquest by the Romans to the present time*, Oxford, 1877.

FREIRE, F. J., *Reflexões sobre a lingua potugueza*, parte 3^o, Lisboa, 1842.

- FUETER, E., *Geschichte der neueren Historiographie*, Munich-Berlín, 1911.
- GARCÍA CEBOLLERO, R., *Almogávares I: señores de Cornago, Galípoli*, Delsan Libros, Zaragoza, 2009.
- GARCÍA SANZ, A., *Historia de la marina catalana*, Aedos, Barcelona, 1977.
- GAYANGOS, P. de, *Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del moro Rasis*, apéndice I, pág. 45, *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo VIII, Madrid, 1842.
- GAY, J., *Almogávares del Ampurdán*, Casa de Misericordia, Gerona, 1928.
- GAZANYOLA, J. de., *Histoire du Roussillon*, Imp. J.-B. Alzine, Perpignan, 1837.
- GENÍS MAS, D., *La invasió francesa de l'Empordà el 1285. La Relación histórica de Rafael Cervera: una traducció castellana de la Crònica de Bernat Desclot*, Ajuntament de Castelló d'Empúries, Castelló d'Empúries, 2006.
- GEORG MAIER, F., *Bizancio*, *Historia Universal Siglo XXI*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1982.
- GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 11, 1776, Ed. Turner, The Online Library of Liberty, 1984.
- GIMÉNEZ SOLER, A., *La Edad Media en la Corona de Aragón*, Ed.Labor, Barcelona, 1930.
- GIUNTA, F.,
 — *La Sicilia aragonesa*, Palermo, 1980.
 — *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, Ed. Ariel, Barcelona, 1989.
 — *Geronimo Zurita e i problemi mediterranei della Corona d'Aragona*, VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Barcelona, 1962.
 — *La presenza catalana nel Levante dalle origini a Giacomo II*, Palermo, 1959.
- GIUNTA, F. y GIUFFRIDA, A., *Acta siculo-aragonensia: Corrispondenza tra Federico III di Sicilia e Giacomo II d'Aragona*, Palermo, 1972.
- GIUNTA, F. y GIORDANO, N., *Acta siculo-aragonensia: Documenti sulla luogotenenza di Federico d'Aragona*, Palermo, 1972.
- GÓMEZ de ARTECHE, J., *Los navarros en Grecia y el Ducado catalán de Atenas en la época de su invasión*, por D. Antonio Rubió i Lluch, *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras*, IV, Barcelona, 1866.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Bon cop de falç: mitos e imaginarios bélicos en la cultura del catalanismo*, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 14, pp. 119-164, 2005.
- GONZÁLEZ, M., *Actas Capitulares de Morón de la Frontera (1402-1426)*, Diputación de Sevilla, 1992.
- GRAMUNT, J., *La conquesta de Sicilia pel conte-rei Pere el Gran segons la Divina Comedia i les croniques catalanes*, Barcelona, 1934.
- GRECU, V., *Das Geburtsjahr des byzantinischen Geschichtsschreibers Nikephoros Grégoras*, *Bull. de la Section historique, Académie roumaine*, XXVII, 1946.

GREGOROVIVS

— *Geschichte der Stadt im Mittelalter*, Stuttgart, 1889.

— *Corrispondenza Acciajoli*, II, Munich, 1890.

GRILLI, G., *La Crònica de Ramon Muntaner en la historiografia italiana*, L'Espill 25, pp. 27-34, Valencia, 1990.

GROUSSET, R., *L'empire du Levant: histoire de la question d'Orient*, ed. Payot, 1949.

GUBERN, R., *Epistolari de Pere III (IV)*, Ed. Barcino, varios vol., Barcelona, 1955.

GUILLAND, R. *Essai sur Nicéphore Grégoras. L'homme et son oeuvre*, París, 1926.

HAZARD, H. W., *The fourteenth and fifteenth centuries (A History of the Crusades, volume III)*, University of Wisconsin Press, Madison, Wisconsin 1975.

HERNÁNDEZ, F. X., *Història militar de Catalunya*, 3 tomos, Rafael Dalmau Ed., Barcelona, 2002-03.

HILLGARTH, J. N.,

— *El problema del Imperio catalano-aragonés (1229-1327)*, Anuario de Estudios Medievales, X, Barcelona, 1980. Trd. catalana, *El problema d'un imperi mediterrani català (1229-1327)*, Ed. Moll, Palma de Mallorca, 1984.

— *Los reinos hispánicos. Un equilibrio precario. 1250-1516*, Grijalbo, Barcelona, 1979.

HINOJOSA MONTALVO, J.,

— *Pedro III el Grande (1240-1285)*, Universidad de Alicante.

— *Las relaciones entre Elche y Granada (ss. XIV-XV). De Ridwan a la guerra de Granada*, Sharq al-Andalus, 13, pág. 47-61, 1996.

— «Cristianos, mudéjares y granadinos en la gobernación de Orihuela», *Las relaciones exteriores del reino de Granada*, IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza, Almería, 1988.

— *Jaime II y el esplendor de la Corona de Aragón*, Nerea, Donostia, 2006.

HOPF, K.,

— *De historiae ducatus Atheniensis fontibus*, Bonn, 1852.

— *Geschichte Griechenlands*, t. I.

— *Chroniques greco-romanes inédites ou per connues publiées avec notes et tables généalogiques*, Weidmann, Berlín, 1873.

— *Das Austreten der navarrischen Compagnie in Morea ist bisher in tiefste Dünkel gehüllt gewesen*, Griechelnd im Mittelalter, VII.

IORGA, N.,

— *Contribucions catalanes á l'histoire byzantine*, París, 1927.

— *Ramon Muntaner i l'imperi bizantí*, Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 1961.

IOSIF SÎRBU, C., *La Fâlcare, un modèle d'organisation communautaire dans les balkans et sa dynamique*, N.E.C. Yearbook, 2003-2004.

IRVING, W., *Crónica de la conquista de Granada*, Impr. de I. Sancha, Madrid, 1831.

ISABEL MARTÍNEZ, R., de, *Almogávares*, Ed. Falcata Ibérica, Madrid, 2000.

IGUAL, A., *Vida de Roger de Flor*, Ed. Seix y Barral Hnos., Barcelona, 1952.

JACOBY, D.,

— *Quelques considérations sur les verions de la «Chronique de Morèe»*, Journal des Savants, p. 170, 1968.

— *La Compagnie catalane et l'état catalan de Grèce. Quelques aspects de leur histoire*, Journal des Savants, pp. 78-103, 1966. Reimpr. Variorum Reprints, Londres, 1975.

— *Catalans, Turcs et Vénétiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, Studi Medievali, 3^o serie, 15, pp. 217-261, Spoleto, 1974.

— *Recherches sur la Méditerranée orientale du XIIe au XVe siècle: peuples, sociétés, économies*, Variorum Reprints, Londres, 1979.

— *L'état catalan en Grèce: société et institutions politiques*, Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana, Institut d'Estudis Catalans, pp. 79-101, Barcelona, 2003.

JIRECEK, K. J., *Istorija no bulgarite. Popravki i dobavki ot samija avtor*, Sofia, 1939.

JOVE Y HÉVIA, P. de, *Indagaciones acerca de los ducados de Atenas y Neopatria en las coronas de Aragon y Sicilia*, RE, XII, Madrid, 1869.

KARLIN-HAYTER, P., *Les Catalans et les villages de la Chalcidique*, Byzantion 52, 1982, pp. 244-263.

KIESEWETTER ANDREAS, *La ristampa del di Antoni Rubió i Lluch: Alcune osservazioni*, Arxiu de textos catalans antics 22, 2003, pp. 553-560.

KISÉLKOV, V., *Historia de Bulgaria*

KITZOWO, B. de, *Itinéraires russes en Orient*, Société de l'Orient.Latin, Génova, 1889.

KLAUER, A., *La expansión mediterránea de la corona de Aragón: Sicilia y Grecia (1282-1388)*, Nueva Historia.com, Perú.

KOEPPEN, A. L., *The world in the Middle Ages: An historiacal geographie*, New York y Londres, 1854.

KUNSTMANN, F., *Studien über Marino Sanudo den älteren, mit einem Anhang seiner ungedruckten Briefe*, Abhandlungen der historischen Classe der königlichen hayerischen Akademie der Wissenschaften, VII, 1853.

LAFUENTE ALCÁNTARA, M., *Historia de Granada*, Granada, 1845.

LACARRA, J. M^o., *La Corona de Aragón. 1213-1336*, Historia de España, tomo XIII, II, Madrid, 1990.

LAIYOU, A.,

- *Constantinople and the latins: The foreign policy of Andronicus II, 1282-1328*, Cambridge, Harvard University Press, Massachusetts, 1972.
- *Marino Sanudo Torsello, Byzantium and the Turks: The Background to the Anti-Turkish League of 1332-1334*, *Speculum*, vol. 45, n^a 3, pp. 374-392, Julio, 1970.
- *The provisioning of Constantinople during the winter of 1306-1307*, *Byzantion*, XXXVII, pp. 98-99, 1967.
- *Peasant Society in the Late Byzantine Empire*, Princeton University Press, Princeton, 1977.
- LALINDE ABADÍA, J., *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval (1229-1479)*, Zaragoza, 1979.
- LALUMIA, I., *Storie Siciliane*, F. Giunta, Palermo, 1969.
- LAMPROS, Sp.,
- *El Monte Sagrado y los catalanes*, *Neos Hellenomnemon*, 6, 1909, pp. 320-321.
- *Historia de la ciudad de Atenas (en griego)*, II, Atenas, 1904.
- LAMANTIA, G.,
- *Codice diplomatico dei re Aragonesi di Sicilia*, Palermo, 1917.
- *Il testamento de Federico II aragonesi, Re di Sicilia*, *Archivio Istorico per la Sicilia*, II-III, pp. 13-50, 1936-1937.
- LÁSCARIS COMMENO, C.: «España y la Caída de Constantinopla», *Oriente*, t. V, 2, Madrid, 1955.
- LATASSA, F., *Bibliotheca antiqua de los escritores aragoneses*, Zaragoza, 1796.
- LATORRE BRTO, E.,
- *Imágenes de Bizancio en las literaturas hispánicas*, Instituto Cervantes, Atenas, 2009.
- *Andrónica, de Ángel Guimerá: una tragedia antibizantina*, *Erytheia*, n. 31, 2010, pp. 209-252.
- LAURENT, V., *Échos d'Orient*, XXXVIII, 1939.
- LISÓN TOLOSANA, C., *Antropología de la Frontera*, *Revista de Antropología Social*, vol. 3, Univ. Complutense de Madrid, 1994.
- LE BEAU, Ch.,
- *Histoire de Bas-Empire*, tomo XI, Imp. D. Le Jeune, París, 1820.
- *Histoire de Bas-Empire en commençant à Constantin-le-Grand*, *Le Journal des Sçavans*, París, enero, 1787
- LE GOFF, J., *La Baja Edad Media*, Siglo XXI, Madrid, 1971.
- LEMERLE, P., *L'Emirat d'Aydin, Byzance et l'Occident: Recherches sur La Geste d'Umur Pacha*, París, 1957.
- LERS y RAMONA, M., *Historia de la lengua y de la literatura catalana, desde su origen hasta nuestros días*, Imp. J. Tauló, Barcelona, 1857.
- LEVI, L., *Cinque lettere inedite di Manuel Moscopulo*, *Studi italiani di filologia*

classica 10, pp. 55-72, 1902.

LEVI D'ANCONA, E., *Motivos Hispanicos: La epopeya almogávar en Italia*, Sansoni (Florencia), 1933.

LOENERTZ, R.J.,

— *Athènes et Néopatria. Regestes et notices pour servir à l'histoire des duchés catalans (1311-1394)*, Byzantina et Franco-Graeca, vol. II, Roma, 1978. Archivum Fratrum Praedicatorum, XXV, 1955 y XXVIII, 1958.

— *Hospitaliers et Navarrais en Grèce (1376—1383)*, Regestes et documents, Orientalia Christiana periodica, XXII, pp. 319-360, 1956.

— *Pour l'histoire du Péloponèse au XIV^e siècle (1382—1404)*, Etudes byzantines, I, pp. 152-196, 1943.

— *Una page de Jérôme Zurita relative aux Duchés Catalans de Grèce (1386)*, REB, 14, 1956.

— *Archivum Fratrum Praedicatorum, Byzantina et Franco-Graeca*, Ed. Peter Schreiner, Roma, 1970.

LONGNON, J., *Livre de la conquête de la princée de l'Amorée, Chronique de Morée (1204-1305)*, París, 1911.

LÓPEZ de COCA CASTAÑER, J. E., *Los mudéjares valencianos y el reino nazarí de Granada. Propuestas para una investigación*, Univ. de Málaga.

LÓPEZ, R.S. y RAYMOND, I.W., *Medieval Trade in the Mediterranean World. Illustrative Documents Translated with Introduction and Notes*, Nueva York, 1955.

LOWE, A., *The Catalan Vengeance*, Londres-Boston, 1972; trad. castellana, *La venganza catalana*, Ed. José Batlló, Barcelona, 1974.

LUTTRELL, A.,

— *John Cantacuzenus and the Catalans at Constantinople: 1352-1354*, Martínez Ferrando Archivero: Miscelánea de estudios dedicados a su memoria, Barcelona, 1968, pp. 265-277 (reimpr. en *Latin Greece, the Hospitallers and the Crusades 1291-1440*, Londres, Variorum, 1982, IX).

— *La Corona de Aragón y la Grecia Catalana, 1379-1394*, Inst. Hist. Medieval España, Anuario de Estudios Medievales 6, Barcelona, 1969.

— *El final de la dominació catalana d'Atenes: la companyia navarresa i els Hospitalers*, L'Avenç, núm. 213, pp. 18-21, 1997.

— *Las órdenes militares en la sociedad hispánica. Los hospitalarios aragoneses: 1340-1360*, Anuario de Estudios Medievales, XI, Barcelona, 1981.

— *The Aragonese Crown and the Knights Hospitallers of Rhodes: 1291-1350*, English Historical Review, 1961.

— *Aragoneses y catalanes en Rodas: 1350-1430*, Separata del VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Barcelona, 1962.

— *The Principality of Achaëa in 1377*, Byzantinische Zeitschrift, LVII, 1964.

— *The Latins of Argos and Nauplia, 1311—1394*, Papers of the British School at

Rome, XXXIV, new series, vol. XXI, 1966.

— *Malta and the Aragonese Crown (1282—1530)*, Journal of the Faculty of Arts, Malta, III-1, 1965.

— *The House of Aragon and Malta: 1282—1412*, Journal of the Faculty of Arts, Malta, IV-2, 1970.

MAFFRY TALBOT, A. M., *The Correspondence of Athanasius I, Patriarch of Constantinople. Letters to the Emperor Andronicus II, members of the Imperial Family and Officials*, Dumbarton Oaks (Corpus Fontium Historiae Byzantinae), Washintong, 1975.

MAGNO, S., *Nicoluas iste aveva tratado cum una compagna de Navarresi... per signorizar la citade de Negroponte*, Estrati degli annali veneti di Stefano Magno, Vid. Horr. Chroniques greco-romanes, Berlín, 1873.

MAGNOCAVALLO, A., *Marin Sanudo il Vecchio e il suo progetto di Crociata*, Bergamo, 1901.

MAIER, F. G., *Bizancio. Historia Universal, Siglo XXI*, Madrid, 1982.

MAÍLLO SALGADO, F., *Acerca de la naturaleza de los almogávares*, Cahiers de linguistique hispanique médiévale, Séminaire d'études médiévales hispaniques, Univ. de Paris-XIII, n^o 9, pp. 163-175, 1984, París.

MALTEZOU, Ch. y SCHREINER, P., *Ricerche costituzionali e documenti per la signoria ed il ducato di Atene sotto i de la Roche e Gualteri V di Brienne (1204-1311)*, Atti del colloquio internazionale organizzato nel centenario della nascita di Raymond-Joseph Loenertz O.P., pp. 289-347, Venecia, dicembre, 2000.

MANRIQUE, L., *La Grecia hispánica (Cien años de historia)*, Ed. Juventud, Barcelona, 1942.

MARCOS HIERRO, E.,

— *La Primera Croada a l'alexuada d'Anna Comnena*, L'Avenç, n. 208, p. 56-60, nov. 1996.

— *Els catalans i l'Imperi bizantí*, Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana, Institut d'Estudis Catalans, pp. 23-78, Barcelona, 2003.

— *La companyia catalana i Bizanci*, L'Avenç, núm. 213, pp. 12-17, 1997.

— *Almogavèrs: la historia*, ED. L'esfera dels llibres, 2005.

— *Die byzantinisch-katalanischen Beziehungen im 12 und 13 Jahrhundert unter besonderer Berücksichtigung der Chronik Jakobs I. von Katalonien-Aragon*, Miscellanea Byzantina Monacensia 37, Munich, 1996.

— *Bizancio en el imaginario político de la Corona de Aragón*, en *Bizancio y la Península Ibérica. De la antigüedad tardía a la edad moderna*, pp. 303-321, CSIC, 2004.

— *Miguel VIII Paleólogo y Jaime I el Conquistador*, Estudios neogriegos en España e Iberoamérica: II, Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos, Granada, 1998.

- *Almogávares, 700 años de «la venganza catalana»*, Clío: Revista de historia, nº 45, 2005.
- MARINESCU, C.,
- *La Catalogne et l'Arménie au temps de Jacques II (1291-1327)*, Mélanges de l'École roumaine, II, 1923.
- *Notes sur les Catalans dans l'empire byzantin pendant le règne de Jacques II: 1291-1327*, Mélanges d'histoire du moyen âge offerts à M. Ferdinand Lot, París, 1925.
- *Manuel II Paléologue et les rois d'Aragon. Commentaire sur quatre lettres inédites, expédiées par la chancellerie byzantine*, Bulletin Section historique de l'Académie Roumaine, 11, pp. 193-206, esp. 200, 1924.
- MARTÍ, R., *Els almogàvers no van caure d'una figuera*, L'Avenç, núm. 150, pp. 22-25.
- MARTIN-CHABOT, E., *Un Document relatif à l'expédition de la Compagnie catalane en Orient (1304)*, Moyen Age, XXIII, 1910.
- MARTÍN ROGERO, N., *El Viaje Histórico Medieval En La Narrativa Juvenil Española Contemporánea*, tesis doctoral, Fac. Filología, Univ. Complutense de Madrid, 2003.
- MARTINI, A., *Manuelis Philae carmina inedita*, poema 44, líneas 7 y 80, Nápoles, 1900.
- MARTÍNEZ, L. P., *La Historia Militar del Reino medieval de Valencia: Balance y perspectivas*, Militaria, Revista de Cultura Militar, nº 11, UCM, Madrid, 1998.
- MARTÍNEZ FERRANDO, E.,
- *Jaime II de Aragón, su vida familiar*, Barcelona, 1948.
- *L'infant Ferran de Mallorca*, Barcelona, 1962.
- MARTÍNEZ FERRANDO, E., BAGUE, E. y SOBREQÜÉS, S., *Els documents de Pere el Gran*, Barcelona, 1954.
- MARTÍNEZ FERRANDO, E. y UDINA MARTORELL, F., *Índice cronológico de la colección de documentos inéditos del ACA*, 2 vol., Barcelona, 1958.
- MATÓ, X., *La Gran Companyia Catalana: Els Almogàvers*, ed. digital, Girona, 2002.
- MAURIAC, F., *Ocho vidas de conquista*, Ed. Castilla, Madrid, 1952.
- MELONI, G., *La conquista della Sardegna nelle cronache catalane. Ramón Muntaner, Pietro IV d'Aragona*, Ed. Ilisso, Nuoro, 1999.
- MENÉNDEZ PIDAL, R., *Historia de España*, vol. XIII, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.
- MERRIMAN, R. B., *The rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*, III vol., New York, 1918-25.
- MILLÁN, C., *Los almogávares o Los funerales de un héroe*, Administración, Barcelona, 1930.
- MILLER, W.,

- *The Catalans at Athenas*, Roma, 1907.
- *Essays on the Latín Orient*, Cambridge, 1921.
- *The historians Doukas and Phrantzes*, *Journal of Hellenic Studies*, tomo XLVI, 1926.
- *The Latins in the Levant. A history of Frankish Greece (1204-1566)*, pp. 1305-1311, Atenas, 1960.
- MONTANELLI, I., *Historia de la Edad Media*, Plaza y Janes, Barcelona, 1966.
- MORENO, J. A., *Crónica de Galaxidi*, Prólogo, padilla Libros Editores & Libreros, Sevilla, 1998.
- MIRKHOVIC, L., *Zivoti kraljeva i archiepiskopa Srpskich*, Belgrado, 1935.
- MORALES ROCA, F.J., *Noticias históricas sobre la antigua casa de Lluria en el Reino de Sicilia, Ducados de Atenas y Neopatria, Reino de Valencia y Principado de Cataluña*, Col-legi de Notaris de Barcelona, 1999.
- MORANVILLÉ, H., *Projects*.
- MOREL-FATIO, A., *Libro de los fechos et conquistas del principado de la Morea*, Génova, 1885.
- MORENO ECHEVARRÍA, J. M.,
- *Los almogávares*, Plaza & Janes, Barcelona, 1972.
- *Los almogávares*, *Historia y Vida*, núm. 167, pp. 6-22, 1982.
- MORFAKIDIS, M.,
- *Los catalanes en Grecia, en la obra de Nicéforos Gregorás*, Cuadernos de estudios medievales VI-VII, Univ. Granada, 1978-1979.
- *Andrónico II y Roger de Flor: causas de su enfrentamiento*, *Erytheia*, *Revista de estudios bizantinos y neogriegos*, 8.1, 1987.
- *La presencia catalana en Grecia: relaciones entre griegos y catalanes según las fuentes*, *Erytheia*, *Revista de estudios bizantinos y neogriegos*, 8.2, 1987.
- MORGAN, R. W., *The Fortunes of Roger De Flor or the Almugavars*, R. Bentley, Londres, 1845.
- MORRIS, P. N., *The Almogavars of James I and Peter III of Catalonia-Aragon*, ed. digital, <http://www.anistor.co.hol.gr/english/enback/v004.htm>.
- MUTAFIAN, C., *La Catalogne et le royaume arménien de Cilicie (XIII-XIV siècles)*, Colecc. *Anejos del Anuario de Estudios medievales*, n^a 36, pp. 105-119, Barcelona, 1999.
- NADAL CAÑELLAS, J., *El patriarca Atanasio I de Constantinopla y Roger de Flor*, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia* 23/24, pp. 293-329, Universitat de Barcelona, 2002-2003.
- NICOL, D. M., *The Last Centuries of Byzantium, 1261–1453*, University of London, Londres, 1993.
- NIETO, A., *Hermandad entre las aljamas de moros y las villas de la gobernación de Orihuela en el siglo xv*, Primer Congreso de Historia del País Valenciano,

Valencia, 1971.

NIKÓLOV, V., *Búlgaros y españoles*, Fundación Tangra-TanNakRa.

NÚÑEZ, G., *La Crónica de Morea*, Erytheia, Revista de estudios bizantinos y neogriegos, 4, 1984.

OLIVER y ESTELLER, B., *La nación y la realeza en los estados de la corona de Aragón*, Im. M. Ginesta, Madrid, 1881.

OLWER, L. N. d', - *La Companya Catalana sobre el comandament de Theobald de Cepoy*, Miscellanea prat de la Riba, I, 1923; o Revista de Catalunya, año VI, núm. 54, marzo-abril, 1929.

— *L'expansió de Catalunya en la Mediterrània Oriental*, Proa, Barcelona, 1974.

— *Note sur le commerce catalan à Constantinople*, Byzantion, 4, 1927-28.

— *L'expedició dels catalans a Orient*, Barcelona, 1927.

— *Les seigneurs catalans d'Egyne*, Melanges Spiridion Lambros, Atenas, 1930.

— *La Duquesa d'Atenes y els «documents misteriosos»*, Barcelona, 1958.

— *Tirant Lo Blanc: examen de algunas cuestiones*, México, 1961.

— *Les seigneurs Catalans d'Egine*, Atenas, 1935.

ORTOLÁ, J., *La Crónica de Galaxidi de Eutimio El Monje*, separata, Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán, Alcañiz-Madrid, 2002.

OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, Akal Universitaria, Madrid, 1984.

PAGÉS, A., *Chronique catalane de Pierre IV de Aragon, III de Catalogne*, Toulouse-París, 1942.

PALMER, J. S.,

— *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos de Francisco de Moncada*, Erytheia, Revista de estudios bizantinos y neogriegos, 15, 1994.

— *Religión y política en la Crónica de Ramón Muntaner*, Erytheia, Revista de estudios bizantinos y neogriegos, 21, 2000.

— *The Life of St. Sabas the Younger as a Source for the History of the Catalan Grand Company*, Scripta Mediterranea, 18, pp. 35-39, 1997.

— *Las vidas de dos monjes del Atos como fuentes sobre las compañías catalanas en el Monte Santo (1307-1309)*, Bizancio y la Península Ibérica. De la antigüedad tardía a la edad moderna, pp. 349-361, CSIC, 2004.

PALMERI, N., *Somma della Istoria di Sicilia*, Imp. G. Meli, Palermo, 1850.

PAPADOPULOS, TH., *Versucheiner Genealogie der Palaiologen (1259-1453)*, Dissertation, München, 1938.

PAPARRIGÓPULO, C., *Historia del pueblo heleno desde la antigüedad a nuestros días*, Atenas, 1932.

PASCOT, J.,

- *Les almugavars, meceners catalans du Moyen Âge (1302-1388)*, Bruxelles, 1971.
- *Els almogàvers: l'epopeia medieval dels Catalans: 1302-1388*, Proa, Barcelona, 1997.
- PETIT, J., *Un Capitaine du règne de Philippe le Bel, Thibaul de Chepoy*, Moyen Âge, X, 1897.
- PLA, J., *El meu país*, Obra Completa de Josep Pla, vol. I, ed. Destino, 1968.
- PTOLOMEUS de LUCCA, *Historia ecclesiastica*, col. 1186-1187, L. A. Muratori, RIS II, 1727.
- POWERS, J., *A Society Organized for War: The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284*, University of California, 1999.
- PREDELLI, R., *I Libri commemoriali della Republica di Venezia*, Venecia, 1878.
- PUIGPELAT, F., *La ruta dels almogàvers. Un viatge a Grècia i Turquia*, ed. Proa Alí Bei, 2001.
- QUINTANA, M., J., *Roger de Lauria*, Barcelona, 1943.
- RAHOLA, C., *L'Empordà a la «Crònica» d'En Muntaner*, Imp. Joaquin Horta, Barcelona, 1925.
- RAMBAUD, A. y LAVISSE, E., *Histoire générale du IV e siècle à nos jours*, vol. III, París, 1922.
- RAMIS, J., *Alonsiada ó Conquista de Menorca por el ReyDon Alonso III de Aragón en 1287*, Im. Pedro A. Serra, Mahón, 1818.
- RENDÍ, D., *Byzantion*, t. II, 1925.
- RICOTTI, E., *Storia delle compagnie di ventura in Italia*, Atenas, 1929.
- RICCOTIUS, H., *Liber Jurium reipublicae Genuensis*, II, Turín, 1857.
- RIQUER, M., *Historia de la Literatura Catalana*, vol. I, Barcelona, 1966.
- RIVERA i TARRAGÓ, J., *Orígenes del Justicia Mayor de Aragón*, Colec. De Estudios Árabes, II, Zaragoza, 1897.
- RIVERA LLOPIS, J. M.,
- *Presencia de los Balcanes en la Cultura Catalana*, Rev. Filología Románica, 16, pp. 85-93, 1999.
- *Hacia una escritura del «viaje»: en torno a documentos catalanes de los siglos XIII-XV*, Filología Románica, anejo 1, Ud. Universidad Complutense, Madrid, 1991.
- RIVERO, I.,
- *Catalanes en Grecia, en Aragón, en el Mediterráneo*, Cuadernos de Historia 16, n^a 46, Madrid, 1965.
- *Los almogávares, azote del Mediterráneo*, Cuadernos Historia 16, n^a 49, 1980.
- RODRÍGUEZ MOLINA, J., *Relaciones pacíficas en la frontera con el reino de Granada*, Univ. Granada.
- ROJAS GABRIEL, M. y PÉREZ CASTAÑERA, M. D.,

— *Aproximación a almogávares y almogavarías en la frontera con Granada*, La Sociedad de Frontera: Alcalá la Real y el Arcipreste de Hita, Univ. Extremadura, Comunicación oral, Jaén, 1997.

— *La frontera entre los Reinos de Sevilla y Granada en el Siglo xv (1390-1481)*.

ROLDE, *Almogávares*, separata revista Rolde, nº 71-72, enero-junio, 1995.

ROMEY, Ch., *Histoire de Espagne*, tomo VIII, Imp. Furne, París, 1848.

RONCIÈRE, CH. de la, y DOREZ, L., *Lettres inédites et mémoires de Marino Sanudo l'Ancien (1334-1337)*, Bibliothèque de l'École des Chartes, LVI, pp. 34-36, 38-39, 43-44, 1895.

RUBIO CALATAYUD, A., *Pedro III, el Grande. Aragón en el Mediterráneo*, Ed. Delsan, Cuarte de Huerva (Zaragoza), 2004.

RUBIÓ I LLUCH, A.,

— *La gestació i el contingut de la història d'Atenes, de Gregorovius*, Revista de Catalunya, any III, nº 29.

— *Estudios sobre los historiadores griegos acerca de las expediciones catalanes á Oriente: Laónico o Nicolás Chalcocondylas*, Revista de Ciencias Históricas, 3, 1881.

— *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente*, Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1883.

— *Nicéforo Gregorás y la expedición de los catalanes a Oriente*, Museo Balear, 1885.

— *D. Guillermo Ramón de Moncada, Gran Senescal de Cataluña: Bosquejo histórico*, Galería de Catalanes Ilustres del Salón de Ciento de Barcelona, 1886.

— *Los navarros y el ducado catalan de Atenas en la época de su invasión*, Im. Jaime Jepús, Barcelona, 1886.

— *La expedición y dominación de los catalanes en oriente juzgadas por los griegos*, Mem. Acad. B. L., IV, Barcelona, 1887.

— *Consideracions sobre en Muntaner com a historiador i com a viatger o excursionista*, La Veu de Catalunya, 1891.

— *Noticia geográfica de l'Orient, segons en Muntaner*, Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya, vol. 1, núm. 2, 3 i 4, 1891.

— *De la epoca en que'ls catalans perderen Athenes*, Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya, vol. 2, núm. 5 i 6, 1892.

— *El ducat català d'Atenes en el regnat de Joan I*, Revista de Catalunya, vol. 1, núm. 2, 1896.

— *La lengua y la cultura catalanas en Grecia en el siglo xiv*, Homenaje a Menéndez Pelayo, vol. II, Madrid, 1899.

— *La llengua catalana a Grècia*, I Congrés Internacional de la Llengua Catalana, Barcelona, 1906.

— *Catalunya a Grècia: Estudis històrics i literaris*, L'Avenç, Biblioteca Popular,

49, Barcelona, 1906.

— *Documents relatius a la història medieval d'Atenes*, Dentro de la traducció griega de *Geschichte der Stadt Athen im Mittelalter*, vol. 3, de F. GREGOROVIVUS, publicado por Sp. P. Lambros, Atenas, 1906.

— *Comentaris a la Crònica del Rey Jaume*, Empori, Barcelona, 1907.

— *La Crònica del rey en Jaume en el XIVè segle*, *Estudis Universitaris Catalans*, 1, Barcelona, 1907.

— *Atenes en temps dels catalans*, Anuari, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1907.

— *La població dels ducats catalans de Grecia*. Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1908.

— *La llengua catalana a Grècia*, Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana, Barcelona, 1908.

— *La Acrópolis de Atenas en la época catalana*, Imprenta Barcelonesa, Barcelona, 1908.

— *Els castells catalans de la Grecia continental*, Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1908.

— *Documents per l'història de la cultura catalana mig-eval*, 2 vols., Barcelona, 1908-21.

— *Tradicions sobre la caiguda del comtat català de Salona*, Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya, vol. 20, 1910.

— *Estudi sobre la elaboració de la Crònica de Pere I el Cerimoniós*, Anuari 1909-1910, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1911.

— *Collection de documents relatifs à l'histoire de la ville d'Athènes pendant la domination catalane*, Byzantís, Atenas, vol. 2, 1912.

— *Esperit nacional de les Cròniques Catalanes*, Revista anyal del Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria, Barcelona, 1912.

— *Els governs de Matheu de Montcada y Roger de Llúria en la Grecia catalana: 1359-1370*, Anuari 1911-1912, Any IV, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1913.

— *Contribució a la biografia de l'infant Ferran de Mallorca*, *Estudis Universitaris Catalans*, VII, 1913.

— *La Grecia Catalana de la mort de Roger de Llúria fins a la de Frederic III de Sicília (1370-1377)*, Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, Anuari 1913-1914, Any V, Barcelona, 1913-1914.

— *La llengua catalana a Grècia*, *Lectura Popular*, vol. 16, núm. 262, Barcelona, 1918.

— *Joan I humanista i el primer període de l'humanisme català*, Barcelona 1919.

— *La Grecia Catalana des de la mort de Frederic III fins a invasió-navarresa (1377-1179)*, Anuari de 1915-1920, de l'Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1923.

— *Spirídon P. Lambros*, Anuari 1915-1920, VI, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1923.

— *La Companyia Catalana sota el comandament de Teobald de Cepoy (Campanyes de Macedonia y Tessalia) 1307-1310*, Institut d'Estudis Catalans, Miscel·lània Prat de la Riba, I, Barcelona, 1923.

— *Conquista de Tebas en 1379 por Juan de Urtubia: episodio de Historia de los Navarros en Grecia*, Bulletin Section Historique de l'Académie, Bucarest, vol. 11, 1924. Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián, 1923.

— *Significació de l'elogi de l'Acròpolis d'Atenes*, Homenaje a Menéndez Pidal, vol. 3, Madrid, 1925.

— *Els darrers prohoms d'Atenes de l'època catalana (1382-1388)*, Eine Festgabe zum siebzigsten Geburtstag Prof. Dr. Heinrich Finke gewidmet, Münster, Aschendorff, 1925.

— *Une figure Athénienne de l'époque de la domination catalane: Dimitri Rendi*, Bizantion, Revue International des Études Byzantines, vol. 2, París-Lieja, 1925.

— *Un personatge atenès de la època catalana: Dimitrio Rendi*, Estudios eruditos en homenaje a D. Adolfo Bonilla San Martín. Vol. 1, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, Madrid, 1926.

— *La gestació i el contingut de la Història d'Atenes de Gregorovius en el seu aspecte català*, Revista de Catalunya, vol. 5, 1926.

— *Los catalanes en Grecia: Últimos años de su dominación*, Cuadros históricos, Ed. Voluntad, Manuales Hispania, sèrie F; 1, Madrid, 1927.

— *Paquimeres i Muntaner*, Institut d'Estudis Catalans, Memòries Sec. Hist.-Arq., 1/2, Barcelona, 1927.

— *Per què donem el nom de catalana a la dominació de la Corona d'Aragó a Grècia*, Estudis Universitaris Catalans, 12, Barcelona, 1927.

— *Documents de l'Archivio di Stato in Venezia*, Neos Hellinonómion, vol. 21, Atenas, 1927.

— *De la situació dels grecs durant la dominació catalana i de la figura de Dimitri Rendi*, DIEEE, Butlletí de la Societat Històrica i Etnològica de Grècia, vol. 1, en griego, Atenas, 1928.

— *Setge i conquesta de l'Acròpolis d'Atenes per Rainier Acciajuoli (1387-1388)*, Miscel·lània Crexells, vol. 1, Publicacions de la Fundació Bernat Metge, Barcelona, 1929.

— *Nuevos aspectos de Roger de Flor en la Historia de Paquimeres*, Escritos académicos publicados con motivo del segundo centenario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, vol. 14 (1929-1930), 1929.

— *Mitteilungen zur Geschichte der griechischen Sklaven in Katalonien im XIV. Jahrhundert*, Byzantinische Zeitschrift, vol. 30, 1929-1930.

— *La Població de la Grècia catalana en el XIVè segle*, Institut d'Estudis Catalans, Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica, 4, Barcelona, 1933.

— *Chanceliers et notaires dans la Grèce catalane*, Miscel·lània Spirídon P.

Lambros, Atenas, 1935.

— *Muntaner excursionista*, leída en Associació Catalanista d'Excursions Científiques el 18 de novembre de 1890, Centre Excursionista de Catalunya al seu primer president, Antoni Rubió i Lluch, Barcelona, 1937.

— *Els catalans a Grècia*. Edició a cura de Martí de Riquer, Rosa dels Vents, Contiene dos artículos publicados en 1927: *Per què donem el nom de catalana a la dominació de la Corona d'Aragó a Grècia* i *Paquimeres i Muntaner*, Barcelona, 1937.

— *Diplomatari de l'orient català 1301-1409. Col·lecció de documents per a la història de l'expedició catalana a Orient i els ducats d'Atenes i Neopatria*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1947, reed. 2001.

— *El record dels catalans en la tradició popular, històrica i literària de Grècia*, Curial/ Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2001.

— *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, Llibres de l'Índex, Barcelona, 2004.

— *Tradicions sobre la caiguda del comtat català de Salona*, Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya, n. 183, pp. 117-120, Barcelona, 1910.

RUIPÉREZ, M., *Historia de Grecia*, Montaner i Simón, Barcelona, 1978.

RUNCÍMAN, S.,

— *La civilización bizantina*, Ediciones Pegaso, Madrid, 1942.

— *La caída de Constantinopla*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1973.

— *Vísperas sicilianas*, Ed. Alianza, 1979.

SABLONIER, R., *Krieg und Kriegertum in der Crónica des Ramon Muntaner. Eine Studie zum spätmittelalterlichen Kriegswesen aufgrund katalanischer, Quellen*, Bern-Frankfurt, 1971.

SAÉZ ABAD, R., *Los Almogavares y la Amenaza Turca 1303-1312*, Guerreros y Batallas, Ed. Almena, 2008.

SÁIZ SERRANO, J., *Guerra y nobleza en la corona de Aragón. La caballería en los ejércitos del Rey (Siglos XIV-XV)*, tesis doctoral, Universidad de Valencia, 2003.

SALAPARUTA, *Crónicas sicilianas de los ss. XIII-XV*, 1865.

SALAVERT Y ROCA, V.,

— *Cerdeña y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón*, Madrid, 1956.

— *La expansión catalano-aragonesa por el Mediterráneo en el s. xv*, Anuario de Estudios Medievales 7, Inst. Historia Medieval de España, separata, Barcelona, 1970-71.

— *La Corona de Aragón en el mundo mediterráneo del siglo xiv*, Valencia, 1967, ed. Sampere, Revista de Ciencias Históricas, Barcelona, nº 1, abril 1880 y abril/mayo, 1881.

SALICRÚ i LLUCH, R.: «Els "Fets de Villena"». Alguns episodis fronterers del regnat de Ferran d' Antequera», *Relaciones de la corona de Aragón con los estados*

cristianos peninsulares (siglos XIII-XV), Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1996.

SALVADOR, T., *Las Compañías blancas: los malandrines*, Esplugues de Llobregat, Barcelona, 1984.

SAMSON-FRÉD. SCHOELL, M., *Cours d'histoire des états européens*, vol. XII, París-Berlín, 1831.

SÁNCHEZ RUANO, F., *La venganza almogávar en el Monte Athos*, Historia y vida.

SANS y de BARUTELL, J.,

— *Memoria sobre el incierto origen de las barras de Aragón, antiguo blasón del Condado de Barcelona*, Memorias de la Real Academia de la Historia, Tomo VII, separata, Imp. de I. Sancha, Madrid, 1822.

— *Documentos concernientes a la armada que en 1351 mandó aprestar el rey don Pedro IV de Aragón en contra de los genoveses*, Memorial Histórico Español, II, Madrid, 1851.

SAPORI, A., *La mercatura medievale*, cap. 13, 1972-2006.

SATHAS, C. N., *Crónica de Galaxidi*.

SARASA, E., *Aragón y su intervención militar en el Mediterráneo medieval*, *Militaría*, Revista de cultura Militar, nº 12, UCM., pp. 31-48, Madrid, 1998.

SAVJ-LOPEZ, P., *La lettera epica di Rambaut de Vaqueiras (Festgabe für Adolfo Mussafia)*, Halle, 1905.

SCHNEIDMAN, J. L., *L'imperi catalano-aragonés, 1200-1350*, Edicions 62, Barcelona, 1965.

SCHLUMBERGER, G.,

— *Expédition des Almugavares ou routiers catalans en Orient de l'an 1302 a l'an 1311*, Éditions du la Librairie Plon, París, 1902.

— *Le sceau de la compagnie des routiers catalans à Galipoli à 1305*, Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres, pp. 131-137, París, 1925.

— *Sigillographie de l'Orient latin*, junto a F. Chalandon y A. Blanchet, París, 1943.

SCHMITT, J., *The Chronicle of Morea*, London, 1904.

SCHNEIDMAN, J. L.,

— *L'imperi catalano-aragonés (1200-1314)*, Barcelona, 1975.

— *The rise of the Aragonese-Catalan Empire (1280-1350)*, Univ. Londres, 1970.

SENTIÑÓN, G., *Carta al rey Andrónico el Paleólogo. Apología de Jandrinos por Theodulo (Thomás Magister)*, traducción en *Revista de Ciencias Históricas*, tomo I, pp. 61-71, 1880.

SETTON, K. M.,

— *Los catalanes en Grecia*, Orbis, Barcelona, 1985.

— *Catalan Domination of Athens: 1311-1388*, The Mediaeval Academy of America, Cambridge, 1948.

— *The Papacy and the Levant (1204-1571)*, vol. I, Imp. The American

Philosophical Society, Philadelphia, 1976.

— *Archbishop Pierre d'Ameil in Naples and the Affair of Aimon III of Geneva (1363-1364)*, *Speculum*, XXVIII, 1953.

— *Catalan Society in Greece in the Fourteenth Century*, *Essays in Memory of Basil Laourdas*, pp. 242-278, 283-284, *Tesalónica*, 1975.

— *The Archbishop Simon Atumano and the Fall of Thebes to the Navarrese in 1379*, *Byzantinisch-Neugriechische Jahrbucher*, XVIII, 1945—1949, 1960.

— *Saint George's Head*, *Speculum* 48, pp. 1-12, 1973.

SERRALLONGA, L. y CASACUBERTA, J. M., *Índex dels noms propis de la Crònica d'En Ramon Muntaner*, *Est. Univ. Catalans*, VIII, Barcelona, 1914.

SEVCENKO, I., *The Imprisonment of Manuel Moschopoulos in the Year 1305 or 1306*, *Speculum* 27, pp. 133-157, 1952.

SHNEIDMAN, J. L., *The Rise of the Aragonese-Catalan Empire 1200-1350*, vol. I, *New York University Press*, New York, 1970.

SIMONDE de SISMONDI, J. C. L., *Histoire des Républiques Italiennes du Moyen Age*, *Imp. Fuene*, París, 1840.

SOBREQUÉS i CALLICÓ, J., *Els reis catalans enterrats a Poblet*, *Publ. Abadía de Poblet*, Tarragona, abril, 1993.

SOLÀ i FARRÉS, E., *Antoni Rubió i Lluch, bizantinista i grecista*, Barcelona, 1988.

SOLDEVILA, F.,

— *Els almogàvers*, *Barcino*, Barcelona, 1952.

— *Gli almogàrari*, *Nuova Rivista Storica*, LI, 1967.

— *Les quatre grans cròniques*, *Selecta*, Barcelona, 1983.

— *Història de Catalunya*, *Alpha*, Barcelona, 1962.

— *Historia de España*, *Ariel*, Barcelona, 1952.

SORANDO, L., *Compañía de almogávares o nobles infanzones de Aragón: Regimientos y uniformes de los Sitios de Zaragoza*, (en proceso de publicación).

SORRIBAS, S., *Els almogàvers*, *Barcanova*, Barcelona, 1989.

SPIRIDONAKIS, B. G., *Grecs, Occidentaux et Turcs de 1054 a 1453: Quatre siecles d'Histoire de Relations Internationales*, *Institute for Balkan Studies*, 1990.

SPEHLING, R., *El nacimiento de Jaime I*, *Ed. Sperling-López*, D.L., Barcelona, 1982.

STAMATIADIS, E., *Los catalanes en Anatolia*, 1869.

STARRABA, R., *Giovanni d'Aragona, duca di Atene e Neopatria*, *extr. Rivista Sicilia*, I, 1869.

SUMOY, R., *La croada de França contra els catalans*, *Antología Catalana*, v. 17, *Edicions 62*, Barcelona, 1966.

SWIFT, F. D., *The Life and Times of James the First, the Conqueror, King of Aragon, Valencia, and Majorca, Count of Barcelona and Urgel, Lord of Montpellier*, *Clarendon Press*, Oxford, 1894.

- TAFRALI, O., *Tessalonique au XIV Siècle*, Geuthener, París, 1913.
- TANGIR, D. E., *Piratas, corsarios y filibusteros*, Círculo Latino, 2004.
- TASIS, R.,
 — *L'expedició dels almogàvers*, Rafael Dalmau Ed., Barcelona, 1990.
 — *La vida d'en Ramón Muntaner*, Rafael Dalmau Ed., Barcelona, 1964.
 — *Pere el Cerimoniós i els seus fills*, Vicens-Vives, Barcelona, 1987.
- TAUTU, A. L., *Acta Ioannis XXII (1317-1334)*, CICO, vol. VII, II, n^a 120, 1952.
- THOMÁS, G., *Diplomatarium Veneto-Levantinum*, II, Venecia, 1899.
- TORRENT ORRI, R.: *Genealogía y gestas de los condes de Crexell*, Peralada, 1953.
- TORRES FONTES, J.,
 — *Repartimiento de Lorca*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1994.
 — *La hermandad de moros y cristianos para el rescate de cautivos*, Actas del Simposio Internacional de Mudejarismo, Madrid-Teruel, 1981.
- TORRÓ, J.,
 — *La formació d'un espai feudal. Alcoi de 1245 a 1305*, DPV, Valencia, 1992.
 — *Víure del botí: la frontera medieval com a parany historiogràfic*, Recerques; 43, pp. 5-32.
- TRAMONTANA, S., *Per la storia della Compagnia Catalana in Oriente*, Nuova Rivista Storica, 46, pp. 58-95, 1962.
- TREPPPO, M. del,
 — *I mercanti catalani e l'espansione della Corona d'Aragona nel secolo xv*, Nápoles, 1972.
 — *L'espansione catalano-aragonesa nel Mediterraneo*, Nuove Questioni si Storia Medioevale, Milán, 1964.
- TSIRPANLIS, C. N., *The involmente of Michael VIII Palaeologus in the Sicilian Vespers (1272-1282)*, Byzantina, núm. 4, pp. 132-172, 1972.
- UBIETO ARTETA, A.,
 — *Historia de Aragón, Creación y desarrollo de la Corona de Aragón, tomo V*, Anubar Ediciones, Zaragoza, 1987.
 — *La creación de la corona de Aragón*, Colección Alcorces, temas aragoneses 2, Zaragoza, 1977.
 — *Un dato para la cronología de la crónica de Desclot*, separata del Homenaje al Profesor Carriazo, Sevilla, 1973.
 — *Bernat Desclot: Un historiador valenciano recuperado*, Temas Valencianos, n^a 18, Ed. Anubar, Valencia, 1984.
- UNALI, A., *Marinai, pirati e corsari catalani nel Basso Medioevo*, Bolonia, 1983.
- USPENSKI, *El Oriente cristiano*, El Athos, San Petersburgo, 1892.
- VALLS i TAVERNER, F.,
 — *Consolat de mar*, Barcino, Barcelona, 1930.
 — *Códices manuscritos de Ripoll. El inventario de 1823 de Próspero de Bofarull*,

Herederos de Ferran Valls i Taberner, Barcelona, 1991.

VAN ANTWERP FINE, J., *The Late Medieval Balkans: A Critical Survey from the Late Twelfth Century to the Ottoman Conquest*, University of Michigan, 1987.

VARIOS AUTORES, *Atles d'Història de Catalunya*, edicions 62, Barcelona, 1995.

VARIOS AUTORES, *Historia de las Cuatro Marinas Españolas*, Ed. Silex, Madrid, 2001.

VASILIEV, A., *Historia del Imperio Bizantino*, Ed. Iberia, Barcelona, 1945.

VERGÉS, O., *Desperta ferro!... Els almogàvers*, Ed. Abadía Montserrat, 1985.

VILAR, P., *El declive catalán de la Baja Edad Media*, Crecimiento y Desarrollo, Ariel, Barcelona, 1964.

VILLEHARDOUIN, G. De, (1160-d. C.1213), *Memoirs or Chronicle of The Fourth Crusade and The Conquest of Constantinople*, trans. Frank T. Marzials, J.M. Dent, Londres, 1908.

WALKER, M., *El misterio de los templarios*, Edicomunicación S.A., 1993.

WESTON, S., *Remains of Arabic in the Spanish and Portuguese languages*, Spa Fields, 1810.

XIRAU, A., *Almogávares*, M. Didier, París, 1954.

ZIMMERMANN, M., *Orient et Occident dans la chronique de ramon Muntaner*,. À propos de l'expédition de Roumanie, Le Moyen Âge, XCIV, pp. 203-235, 1988.

ZIVOJINOVIC, M., *Zitije arhiepiskopa Danila II kao izvor za ratovanja Katalanske kompanije*, *La vida del arzobispo Danilo II como fuente para las campañas de la Compañía Catalana*, ZRVI, 19, pp. 251-273, 1980.

ZACHARIADOU, E. A.,

— *Romania and the Turks (c.1300-1500)*, Variorum, Londres, 1985.

— *Catalans, turcs i venecians*, Revista L'Avenç, núm. 213: pp. 22-25, 1997.

— *The Catalans of Athens and the beginning of the Turkish expansion in the Aegean area*, Studi medievali 3rd series 21, pp. 821-838, 1980.

ZURARA, *Tomada de Ceuta*, cap. 15.

Sobre Ramón Muntaner

ALMARCHE y VÁZQUEZ, F., *Ramón Muntaner, cronista dels Reis d'Aragó, ciutada de València*, Congrès d'història de la Corona d'Aragó, I, Barcelona, 1909.

AGUILÓ, E.,

— *Alguna noticia més cobre En Ramón Muntaner i sa família*, Revista de biografia catalana, III, 1903.

— *Documentos relativos al cronista Ramón Muntaner (1308-1356)*, Butlletí de la Societat arqueològica Lulliana, XVIII, 1920-21.

- ARTASU, G., *Viatgers, pelegrins i aventurers*, Ed. La Magrana, Barcelona, 2000.
- CARDONA, E., *Dell'antica litteratura catalana. Seguiti dal testo e dalla traduzione della vita di Giacomo I tolta dalla Cromaca Catalana di Ramon Muntaner*, Tip. di Luigi Gargiulo, Nápoles, 1878.
- COLL i ALENTOR, M., *Muntaner*, Nou Arte Thor, Barcelona, 1987.
- IORGA, N., *Ramón Muntaner et l'Empire byzantin*, Revue Hist. du Sud-est européen, IV, 1927. Ed. català, *Ramon Muntaner i l'Imperi bizantí*, Episodis Història, Dalmau, Barcelona, 1961.
- JIMENEZ FAYOS, J.M., *Ramón Muntaner y su crónica*, Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història n. 2, pp. 37-45, Valencia, 1944.
- KEIGHTLEY, R. G., *Mntaner and the Catalan Grand Company*, Revista Canadiense de Estudios Hispánicos 4, pp. 37-58, 1979.
- MACABICH, I., *Cartas de Jaime III al cronista Ramón Muntaner su lugarteniente en Ibiza (1332-1335)*, Butlletí de la Societat arqueològica Lulliana, XVII, 1918-19.
- MARTÍ de BARCELONA, P.,
 — *Regesta de documentes relatius al gran cronista Ramon Muntaner*, Estudis Franciscans, XLVIII, 1936.
 — *Nous documents per a la biografia de Ramon Muntaner*, Spanische Forschungen, VI, 1937.
- MILÁ i FONTANALS, M., *Lo sermó d'en Muntaner*, Ed. Estampa Central del Mitjdia, Montpellier, 1880.
- PERUGI, M., *Il «sermo» di Ramon Muntaner: la versificazione romanza dalle origini*, Imp. Leo S. Olschki, Florencia, 1975.
- RAHOLA, C., *En Ramon Muntaner. L'home. La Crònica*. Pròleg d'En Ll. Nicolau d'Olwer, Publicacions Empordà, Barcelona, 1922.
- RIBA, C., *En Ramon Muntaner, home d'imperi*, Ed. 62, p. 321, Barcelona, 1985.
- RUBIÓ i LLUCH, A., *Muntaner excursionista*, Associació Catalanista d'Excursions Científiques, 16, Barcelona, 1891.
- SANMARTÍ, J. M., *Ramón Muntaner: expedicions i conquestes pel Mediterrani*, Ed. Blume, Barcelona, 1980.
- SOBRÉ, J. M., *L'èpica de la realitat. L'escriptura de Ramon Muntaner i Bernat Desclot*, Departament de Filologia Catalana de la Universitat de Barcelona-Curial, Biblioteca Torres Amat, 5, Barcelona, 1996.
- SOLDEVILA, F.,
 — *Ramon Muntaner i els clergues*, Revista de Catalunya, 17, 1938.
 — *Cronistes, joglars i poetes*, Abadía de Montserrat, Barcelona, 1996.
- TASIS, R., *La vida d'en Ramon Muntaner*, Episodis de la Història, Barcelona, 1964.
- TUR, F., *Cartes a Ramon Muntaner, 1332-1335*, transcripció, Arxiu Històric, Ibiza, 1992.

VERGÉS, O., *Ramon Muntaner: l'aventura medieval per la Mediterrània*, Ed. Graó, Barcelona, 1986.

ZAKYTHINOS, *Crise monétaire et crise économique à Byzance du XIII e au XVe siècle*, Athènes: L'Hellenisme contemporain, Atenas, 1948.

Obras Literarias y Teatrales

AGUILERA, J. M., *La Locura De Dios*, Suma de Letras, Madrid, 2003.

AGUILÓ i FORTEZA, T., *Rugero de Flor*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 1841.

ANÓNIMO, *The Fortunes of Roger de Flor or the Almugavars*, J.B. Nichols and Sons, 3 vols., Ed. Richard Bentley, Londres, 1845.

AMELLER, N., *El monge gris o Catalanes y aragoneses en Oriente*, Imp. Francisco Abienzo, IV vols., Madrid, 1862-1864.

ARGOTE, I. M., *Conquista de Córdoba por el Rey San Fernando: rasgo épico*, Córdoba, 1859.

ARNAL, A., *Anábasi*, Ed. Arola, Tarragona, 2003.

ARTAL, G., *El adalid almogávar: novela histórica*, Imp. Juan Moyano, Sevilla, 1856.

BALAGUER, V.,

— *El cant del almogavar*, Amor a la patria, 1858.

— *Los Pirineus*, Barcelona, 1890.

— *Novelas, Los Almogávares En Oriente*, 1891.

— *Lo Trovador de Montserrat*, Lib. Manero, Barcelona, 1864.

BARCALA CANDEL, M., *Torre Vieja y Orihuela: Setecientos años antes*, A.G. Luis Pérez S.A., junio, 2004.

BARRERAS, A., *El espadachín: narración histórica del motín de Madrid en 1766*, www.worldbookfair.com.

BAYARRI, J. M., *Roger de Flor*, Consell Valencià de Publicacions, Valencia, 1929.

BLASCO IBÁÑEZ, V., *Entre naranjos*, Plaza & Janés, 1988.

BOFARULL, A.,

— *Roger de Flor o el manto del templario*.

— *Urg el almogávar*, 1844.

BOHIGAS, J., *Roger de Flor: narraciones escritas para los niños*, Ed. Antonio J. Bastinos, Barcelona, 1893.

BOSCH-LABRÚS, L. C., *Los Almogávares*, Editorial Ibérica, P. Pugés, Barcelona, 1928.

CALVET de BUDALLÉS, D., *¡Són ells...! Desembarch dels almogavers en Orient*,

- Jochs Florals de Barcelona, Llibreria d'A. Verdaguer, pp. 97-100, Barcelona, 1859.
Reed. Librería Matute, Madrid, 1859.
- CÁNOVAS del CASTILLO, A., *La Campana de Huesca: Crónica del Siglo XII*, Real Casa, Madrid, 1886.
- CAPDEPÓN, M., *Roger de Flor, drama lírico tres actos*, música Ruperto Chapi, Madrid, 1878.
- CARRILLO TORAL, J. G., *Orgullo de sangre*, México, 2009.
- CASTILLO, R. del,
— *Roger de Flor o venganza de catalanes*, Imprenta Luis Tasso, Barcelona, 1864.
— *Reina y esposa, o Aragoneses y Catalanes en Oriente*, Ed. Maucci, Barcelona, 1898.
- CLAVÉ, *Los nets dels almugàvers*, Jochs Florals de Barcelona, 1867.
- CLOSA, D., *El secret de l'almogàver*, Edicions La Campana, 2000.
- COLLELL, J., *Los almogavars al Parthenon*, Jochs Florals de Barcelona, Estampa La Renaixensa, pp. 89-91, Barcelona, 1897.
- CORRAL, J.L., *El invierno de la Corona. Pedro el Ceremonioso*, Edhasa, Barcelona, 2004.
- DIEGO, E. de, *La Lanza Templaria*, Ediciones Martínez Roca, Planeta, 2006.
- DUMAS, A., «Le Spéronare», *Impresiones de Viage*, Tip. Mellado, Madrid, 1857.
- ESCAÑO VIDERIQUE, A., *Roger de Flor. Romance histórico*, Imprenta V. de Gil de Montes, Málaga, 1874.
- ESCOSURA, P. de la, *El Conde de Candespina*, 2 vol., Imp. Calle del Amor de Dios, Madrid, 1832.
- FALCONES, I., *La catedral del mar*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 2006.
- FERNÁNDEZ CAMPO-REDONDO, C., *Las armas de Aragón en Oriente*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 1841.
- FUENTE, C. de la, *Los almogávares*, Ed. Doncel, 1972.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A., *Venganza Catalana*, Ediciones de La Lectura, Madrid, 1925.
- GARCÍA-LOMAS, M. D., *Roger de Flor*, Imp. Mateu, Barcelona, 1960.
- GARCÍA VARELA, G., Biblioteca Española, tomo V, Martín ed., *El almogávar*, Madrid, 1850.
- GIRBAL i JAUME, E., *La fi dels almugàvers*, Jochs Florals de Barcelona, Estampa La Renaixensa, pp. 61-63, Barcelona, 1909.
- GOLS I SOLER, J., *Els almogàvers*, Proa, Badalona, 1929.
- GUICHOT Y PARODY, J., *El Adalid almogávar: novela histórica original: basada sobre la expedición de los soldados catalanes y aragoneses a Oriente en 1303*, Sociedad Editorial La Maravilla, Imp. Luis Tasso, Barcelona. Librería Española,

Madrid, 1864.

GUIMERÀ, À.,

— *El camí del sol*, obra teatral, Jochs Florals de Barcelona, 1904.

— *Andrónica*, Barcelona, 1910.

HUGUET, J. J., *Los almogávares*, 1867.

IRANZO, G., *La venganza catalana y el tanto por ciento: Opusculo de actualidad*, Impr. de la Actividad, Madrid, 1864.

JUSTINIANO y ARRIBAS, J., *Roger de Flor, poema heróico*, Impr. y Depósito de Libros de Anto. Gallifa, Zaragoza, 1854. Reimp. Imp. de Joaquin Muñoz, Madrid, 1865.

KYRIAZIS, K., *Roger de Flor. Los almogávares dueños del Mediterráneo*, Plataforma Editorial, Barcelona, 2009.

KOUTOUBALI, M., *Joan el catalá, senyor de l'Olimp*, (original griego), 1873.

LALANA, F. y PUENTE, L., *Almogávar sin querer*, Ed. Casals, Barcelona, 1998.

LAMBROS, S. P., *El último conde de Salona*, Atenas, 1870.

LEÓN, R., *Desperta Ferro*, Librería General de Suárez, V., Madrid, 1942.

LUSARRETA, P., *La gesta de Roger de Flor*, Publ. de Estudios Hispánicos, Buenos Aires, 1945.

LLORET i GRAU, T., *Història d'un almogàver*, Edicions del Bullent, Picanya, 2001.

MARTÍNEZ, M. y PABLOS, M. D. de, *Roger de Flor (Los Almogávares): Sinopsis argumental para una película de largo metraje*, imp. Copias Pineda, Madrid, 1962.

MORA, V., *La Dama de la gábia de ferro*, Barcelona, Empuries, 1997.

NOGUER, Ll., *Almogàvers a la força*, Solsona Comunicacions, Solsona, 2002.

NOVELL, M., *Les Presoneres De Tabriz*, La Galera Editorial, Barcelona, 1983.

OLIVER JARQUE, F., *La promesa del almogávar*, Teruel, 2005.

PELAYO BRIZ, F., *La Orientada*, Impr. Joan Roca i Bros, Barcelona, 1865.

PICÓ y CAMPANAR, R., *La mort d'en Roger de Flor*, Jochs Florals de Barcelona, Llibreria d'A. Verdaguer, pp. 167-181, Barcelona, 1867.

PUIG, J. J., *El almogávar*, ATE, Barcelona, 1983. Reeditado como: TISSANI, R., *Sangre sobre Bizancio (El Almogávar)*, Toison Ediciones, Barcelona, 2007.

PUIGPELAT, F., *Roger de Flor, el lleó de Constantinoble*, Ed. Proa Barcelona, 2004.

QUIROGA, H., *La Pincesa Bizantina*, Editorial Aguaulce, Uruguay, 1942.

RABAT J.H., *Les Almogavares*, Imprimerie de L'Indépendant, Perpignan, 1927.

RENDÓN ORTIZ, G., *El almogávar*, Ed. SM/SEP, col. Libros del Rincón, México, 2001.

ROCAFORT, G.

— *Yo, Berenguer de Rocafort, caudillo almogávar*, Ed. Áurea, 2005.

— *Los almogavares y la orden del temple*, Editorial Fajardo el Bravo, 2008.

— *La mision secreta: la saga de Roger de Flor junto a los almogávares y los misterios templarios*, Ed. Esquilo, Lisboa, 2009.

RUBIÓ i ORS, J., *Roudor de Llobregat o los Catalanes en Grecia*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 1841.

SENDER, R. J., *Bizancio*, Ed. Montesinos, Barcelona, 2000.

SERRA, J. M., *L'Almogàver: (vida i miracles de Grau de Besalú, de la Gran Companyia catalana a l'Orient)*, Ed. El Llamp, Barcelona, 1987.

SOLER, F.: *La banda de Bastardía*, Librería Eudalt Puig, Barcelona, 1882.

SOLER Y ARQUÉS, C., «Historia del primer almogábar», *De Madrid a Panticosa*, cap. XIX, Minuesa de los Ríos, Madrid, 1878.

TISSANI, R., *Sangre Sobre Bizancio, (el Almogávar)*, Toison Edit, 2007.

UGUET, J. J., *Los Almogávares: Poema*, Barcelona, 1867.

VALLVÉ, M., *Los almogávares. La famosa expedición a Oriente de catalanes y aragoneses*, Ed. Araluce, Barcelona, 1951.

VERGÉS, O., *Desperta, ferro! els almogàvers*, Abadia de Montserrat, Montserrat, 1985.

WATSON, W., *Bertran un templario en el exilio*, Edhasa.

ZUMEL, E., *La hija del almogávar*, Madrid, 1865.

Revistas Especializadas

— *Revista d'Història L'Avenç*, núm. 213 y 221, Barcelona.

— *Revista Presencia*, número 1647.

— *Revista de Ciencias Históricas de Barcelona*, abril-mayo, 1881.

— *Erytheia, Revista de estudios bizantinos y neogriegos*, 1982-2006.

— *Historia y Vida, Los Almogávares*, nº 167, V.V.A.A., 1968.

— *Historia 16, Los almogávares, azote del Mediterráneo*, Isabel Rivero González, nº 49, 1980.

Cine

CASES, C., *Despertaferro, el grito del fuego*, Audiovisuales de Sarrià, 1990.

MATÓ, X., *Almogàvers*, Almogàvers Productions, 2001-2002.

Música

ALBASANZ, M., *Venganza catalana: álbum de seis bailes de salón de ejecución fácil bailes para piano*, Casimiro Martín, Madrid, 1864.

CAPDEPÓN, M., *Roger de Flor*, ópera, música R. Chapí, Impr. de D. Timoteo Arnaiz, Burgos, 1876-1877. Reimpresión en R. Eginio, Madrid, 1904.

CHAPÍ, R., *Roger de Flor*, ópera, letra M. Capdepón, Teatro Real de Madrid, 1878.

CLAVÉ, A., *Les nets dels almogàvers: rigodón bélico*, imp. Juan Budó, Barcelona, 1889.

Cómic BOU, Q., *Els almogàvers i la batalla de cefís*, Ed. ERC, 2009.

ESCURA, X., RIART, F. y GARCÍA, O., *L'exèrcit errant*, Signament edicions, Barcelona, 1993.

LÓPEZ A. y QUIMIUS, *Gesamina y los almogávares*, varios números, Guai!, 1987.

MONZÓN, F. y MENDOZA, E., *Martín, almogávar*, 1001 Ediciones, Zaragoza, 2009.

VIÑUALES, D. y POLITE C.,

— *Artal d'Escuer*, col. Salbachinas, Rolde, Zaragoza, 1996.

— *Artal d'Escuer: El tesoro de Aquitania*, col. Salbachinas, Rolde, Zaragoza, 2009.

FUENTE, J. L. de la, *Héctor (Adalid de almogávares)*, Ed. Teca, Madrid, 1971.

Pintura Y Grabados

CARBONERO, J. M., *La entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, Salón de los Pasos Perdidos del senado español, 1888.

FORTUNY, M., *Escena de los almogávares I y II*, 1855.

ROCA SALLENT, A.,

— *Los almogávares*, plancha grabado, Imp. de El Porvenir, Barcelona, 1860.

— *Los almogávares incendiando las naves de Cárlos de Anjou*, de Fortuny, plancha grabado, Imp. de El Porvenir, Barcelona, 1861.

SERT, J. M.,

— *Pacto entre el emperador de Bizancio y los Almogávares*, Salón de las Crónicas del Ayuntamiento de Barcelona, 1929.

— *Venganza Catalana*, Salón de las Crónicas del Ayuntamiento de Barcelona, 1929.

URRABIETA, *Prisión de Rocafort*, Biblioteca Nacional. Juegos GRAU, E., *Almogàvers*, juego de rol, Joc Internacional, Barcelona, 1995.

Agradecimientos

A **Eva Latorre Broto** por su apoyo y por sus inmensos conocimientos bizantinos.

A **Francisco Javier Ortolá Salas**, por su colaboración con *La Crónica de Galaxidi* de Eutimio *El Monje*.

A **Alessandro Olschki**, editor de *La Bibliofilia*, desde Florencia (Italia), por su documentación sobre las *Cartas de Marino Sanudo*. Al **Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo de Zaragoza** por sus datos sobre la lengua árabe.

A **Christopher Long** por sus informaciones sobre la historia de la isla de Chíos.

A **Ixera**, los últimos de un viejo clan.

A **Francisco**, a **Juan Pablo** y al resto de la Compañía, por almugávares, turolenses y amigos.

Este libro stió rematato en Zaragoza en febrero de 2010.



CHUSÉ BOLEA ROBRES. Zaragoza, 1970. Hijo de hijaranos, es técnico en impresión digital y diseñador gráfico, y, al margen de su faceta profesional, se declara irreductiblemente aragonés.

«Almugávares, vía sus!», es su primera incursión como escritor e investigador, y el resultado de más de siete años de trabajo profundizando en fuentes y documentación histórica aragonesa, catalana, francesa, italiana y griega vinculada a la historia de los almugávares.

Notas

[1] ZURITA, J., *Anales de Aragón*, Libro VI, cap. I.



[2] DESCLOT, B., *Crónica del Rey en Pere e dels seus antecessors passats*, cap. LXXIX.

<<

[3] Al-Râzî.



[4] GAYANGOS, P. de, *Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del moro Rasis*, apéndice I, pág. 45, Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo VIII, Madrid, 1842.

<<

[5] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, apèndix 1.

<<

[6] VAGAD, G. F. de, *Coronica de Aragón*, cap. XLI.



[7] *Crónica de San Juan de la Peña*, versión aragonesa, cap. XIX.



[8] *Crónica de San Juan de la Peña*, versión latina, cap. XIX.



[9] SOLDEVILA, F., *Els almogàvers*, p. 16.



[10] Ídem.



[11] MARCOS, E., *Almogàvers. La historia*, pág. 28.



[12] *Deus lo vol —Dios lo quiere—.*

<<

[13] ZURITA, J., *op. cit*, Libro II, cap. IX.



[14] MORENO ECHEVARRÍA, J. M., *Los almogávares*.



[15] Ídem.



[16] GÓMEZ MIEDES, B., *La historia del muy alto e invencible rey don Jaime de Aragón, primero de este nombre llamado el Consquistador*, libro XI, cap. VII.

<<

[17] LE BEAU, Ch., *Histoire de Bas-Empire en commençant à Conftantin-le-Grand*, tomo XI, pág. 36.

<<

[18] CÉNAC MONCAUT, M., *Histoire des Pyrénées et des rapports internationaux de la France avec l'Espagne*, tomo III, pág. 20.

<<

[19] CERLINI, A., *Nuove lettere di Marino Sanudo il vecchio*, p. 352-353.



[20] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXXIX.

<<

[21] RODRÍGUEZ MOLINA, J., *Relaciones pacíficas en la frontera con el reino de Granada*.

<<

[22] *Libre dels feyts esdevençuts en uida del molt alt senyor Rey En Jacme lo Conqueridor*. Copia manuscrita ordenada por el abat del Monasterio de Poblet, Ponç de Copons, final.

<<

[23] DESCLOT, B., *op. cit.*, prólogo.

<<

[24] El profesor Antonio Ubieto era de la opinión de que en realidad la crónica fue escrita en el siglo XIV, y además la identidad de su autor correspondería a un Desclot de origen valenciano. UBIETO ARTETA, A., *Bernat Desclot: Un historiador valenciano recuperado*.

<<

[25] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXXIX.

<<

[26] MUNTANER, R., *Crónica*, cap. 125.



[27] TÀSIS, R., *L'expedició dels almogàvers*, Rafael Dalmau Ed., Barcelona, 1990.

<<

[28] BUCHON, J. A., *Chronique de la Conquête de Constantinople et de l'établissement des français en Morée.*

<<

[29] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 1.



[3º] Ídem.



[31] *Ibíd.*, cap. 272.



[32] *Ibíd.*, cap. 62.



[33] *Ibíd.*, cap. 220.



[34] SETTON, K. M., *Los catalanes en Grecia*.



[35] MUNTANER, R., *op.cit.*, cap. 227.

<<

[36] *Ibíd.*, cap. 29.



[37] *Ibíd.*, cap. 29.



[38] PLA, J., *El meu país*, volumen VII, pàgs.106-113.

<<

[39] LATASSA, F., *Bibliotheca antiqua de los escritores aragoneses*, Zaragoza, 1796, pp. 313-322.

<<

[4º] En castellano Juan Fernández de Heredia.



[41] *Crónica de San Juan de la Peña*, cap. XIX.



[42] BUCHON, J. A., *Chroniques étrangères relatives aux expéditions françaises pendant le XIII^e siècle*, libro II, pág. 352-354.

<<

[43] EGEA, J. M., *La Crónica de Morea. Estudio preliminar*, verso 7300.

<<

[44] *Ibíd.*, versos 7290 y siguientes.



[45] NÚÑEZ, G., *La Crónica de Morea*, Erytheia, Revista de estudios bizantinos y neogriegos, 4, 1984.

<<

[46] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*,
Conclusión.

<<

[47] Georgius Pachymeres.



[48] Con el nombre de latinos se designaban a todos aquellos que estaban vinculados, por su origen o religión, con los reinos europeos occidentales o con la Iglesia de Roma, y que habían formado parte de las cruzadas y de sus posteriores conquistas, sucesos éstos, que provocaron graves consecuencias en el Imperio de Bizancio, como la pérdida de territorios o los crímenes llevados a cabo por los cruzados.

<<

[49] RUBIO i LLUCH, A., *Paquimeres i Muntaner*, pág. 5.

<<

[50] PAQUIMERES, G., *Georgii Pachymeris De Michaele et Andronico Palaeologo*, libro XI, v.12.

<<

[51] Ibídem, libro XII.



[52] MORFAKIDIS, M., *Los catalanes en Grecia, en la obra de Nicéforos Gregorás*, Cuadernos de estudios medievales VI-VII.

<<

[53] TEÓDULO *el Retórico, De las cosas sucedidas a la expedición de italianos y persas.*

<<

[54] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, cap. IV.

<<

[55] CANTACUZENO, J., *Memorias o Historias*, libro IV, cap. 39.



[56] RUBIÓ I LLUCH, A., *Revista de Ciencias Históricas de Barcelona*, abril-mayo, 1881.

<<

[57] ORTOLÁ, J., *La Crónica de Galaxidi de Eutimio El Monje*, separata, Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán, Alcañiz-Madrid, 2002.

<<

[58] MORENO, J. A., *Crónica de Galaxidi*, Prólogo, padilla Libros Editores & Libreros, Sevilla, 1998.

<<

[59] SATHAS, C. N., *Crónica de Galaxi*, 1865, traducción de Rubió i Lluch.

<<

[60] RUBIÓ I LLUCH, A., *Revista de Ciencias Históricas de Barcelona*, abril-mayo, 1881.

<<

[61] CERLINI, A., *Nuove lettere di Marino Sanudo il vecchio*, p. 352, 11.10-12.

<<

[62] *Ibíd.*, p. 352, 1.25.

<<

[63] *Ibíd.*, p. 352, 1.26 - p. 353, 1.4.

<<

[64] *Ibíd.*, p. 351, 1.22 - p. 352, 1.8.

<<

[65] Se refiere a las *Partidas de Alfonso X el Sabio*, recopilación de leyes de Castilla, donde se habla de otro tipo de almugávares, posteriores a los aragoneses en el tiempo, y pertenecientes a aquel reino. Más adelante trataremos de estas Partidas castellanas.



[66] ZURITA, J., *Anales de Aragón*, libro IV, cap. XXIV.

<<

[67] *Ibídem*, cap. XXII.

<<

[68] *Ibídem*, cap. XXIV.

<<

[69] MONCADA, F., *Expedicion de Catalanes y Aragoneses, contra Turcos y Griegos*, Biblioteca Militar Económica, Madrid, 1882.

<<

[70] Para profundizar en la vida y obra de Moncada: BARÓ I QUERALT, X., *La historiografia catalana en el segle del barroc (1585-1709)*, tesis doctoral, Departament d'Història Moderna de la Universitat de Barcelona, Barcelona, diciembre, 2005.

<<

[71] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*,
Conclusión.

<<

[72] Reflexión de Sathas en torno a la *Carta de Teódulo el Retórico*.



[73] SARASA, E., *Aragón y su intervención militar en el Mediterráneo medieval*, *Militaría*, Revista de cultura Militar, nº 12, UCM., pp. 31-48, Madrid, 1998.

<<

[74] MONCADA, F., *Expedición de aragoneses y catalanes al Oriente*, cap. I.



[75] *Ibíd.*, cap. IV.



[76] *Ibíd.*, cap. XXII.

<<

[77] *Ibíd.*, cap. XXXIV.

<<

[78] CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., *La Campana de Huesca*, cap. II.



[79] ARGOTE, I. M., *Conquista de Córdoba por el Rey San Fernando: rasgo épico*, dedicado á S.A.R. el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias, Córdoba, 1859.

<<

[80] LEÓN, R., *Desperta Ferro*, pág. 17-18.



[81] Se refiere Badía a las crónicas medievales de Jaime I, Bernat Desclot, Muntaner y Pedro IV *el Ceremonioso*.

<<

[82] BADÍA, L., *Veritat i literatura a les cròniques medievals catalanes: Ramon Muntaner*.

<<

[83] UBIETO ARTETA, A., *Historia de Aragón, creación y desarrollo de la Corona de Aragón*, tomo V, pag. 7-21.

<<

[84] HINOJOSA MONTALVO, J., *Jaime II y el esplendor de la Corona de Aragón*, pág. 67.

<<

[85] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 290



[86] UBIETO ARTETA, A., *op. cit.*, tomo V

<<

[87] Ídem.



[88] Ídem.



[89] BOFARULL I BROCÁ, A., *Ramon Muntaner, guerrero y cronista: biografía*, Sucesores de Ramírez, Barcelona, 1883.

<<

[90] Ídem.

<<

[91] BOFARULL I BROCÁ, A., *Crónica del Rey de Aragón d. Pedro IV, el Ceremonioso, ó, del Punyalet*, prólogo, Barcelona, 1850.

<<

[92] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, cap. III.

<<

[93] BUCHON, *Recherches historiques sur la principauté française de Moré et ses hautes baronnies. Sur le manuscrit du Le Livre de la Conquetê de la Princée de Morée*, versos 1162.

<<

[94] DÖLGER, F., *Els documents de l'emperador bizantí Andrònic II per a Catalunya-Aragó en el regnat de Jaime II*, artículo.

<<

[95] BUCHON, *op. cit.*, versos 2585.

<<

[96] *Ibíd.*, versos 6319.



[97] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *Libro de los fechos et conquistas del Principado de la Morea*.

<<

[98] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*,
Conclusió.

<<

[99] *Ibíd.*, cap. V.



[100] TÀSIS, R., *L'expedició dels almogàvers*, cap. 1.



[101] *Ibíd.*, cap. 2.



[102] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 2.

<<

[103] MUNTANER, R., *op. cit.*, introducción de Joan Fuster, Madrid, 1970.

<<

[104] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 9, traducción de Vidal Jové, 1970.

<<

[105] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 9, edición de Valencia, 1558.

<<

[106] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 145, traducción de Vidal Jové, 1970.

<<

[107] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 145, edición de Valencia, 1558.



[108] DOUROU-EPLIOPOULOU, María, *El Ducat d'Atenes i el Principat d'Acaia (1311-1388)*, Revista d'Història L'Avenç, núm. 213, Barcelona, abril, 1997

<<

[109] Ídem.



[110] JACOBY, D., *L'estat catalá a Grecia: evolució interna*, L'Avenç, núm. 213



[111] MARTORELL, J., *Tirant lo Blanc*.



[112] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, introducció.

<<

[113] AYENSA, E., *Els catalans a grècia en la literatura grega i catalana del segle XIX: el llarg camí vers la creació d'una èpica nacional*, Ressonances èpiques en les literatures i el folklore hispànic, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 130-141, Barcelona, 2003.

<<

[114] PICÓ y CAMPANAR, R., *La mort d'en Roger de Flor*, p. 178.

<<

[115] COLLELL, J., *Los almogavars al Parthenon*, p. 91.



[116] LAMBROS, S. P., *El último conde de Salona*, acto III, escena 4, p. 111.
Traducción E. AYENSA, *op. cit.*

<<

[117] BLASCO IBÁÑEZ, V., *Entre naranjos*, pág. 49



[118] BOSCH-LABRÚS, L. C., *Los Almogávares*, canto I.



[119] GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 11, cap. LXII, 1776.

<<

[120] MARTÍNEZ, L. P., *La Historia Militar del Reino medieval de Valencia*, pág. 8.



[121] *Chronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 426.



[122] SÁIZ SERRANO, J., *Guerra y nobleza en la corona de Aragón. La caballería en los ejércitos del Rey (Siglos XIV-XV)*, pág. 69.

<<

[123] RIVERO, I., *Los almogávares, azote del Mediterráneo*, Cuadernos de Historia 16, núm. 49, 1980.

<<

[124] R. MUNTANER, *op.cit.*, cap. 125



[125] DESCLOT, B., *op.cit.*, cap. CL

<<

[126] PARETS, M., *Aguiló Diccionario*, 195, ap., doc. Barcelona, 1640.



[127] SORANDO, L., *Compañía de almogávares o nobles infanzones de Aragón: Regimientos y uniformes de los Sitios de Zaragoza*. FANTONI y BENEDÍ, R., *El escuadrón de caballería de “Almogávares”. Cuerpo de caballeros nobles*. Zaragoza, 1808, Emblemata, Revista aragonesa de emblemática.

<<

[128] R. MUNTANER, *op. cit.*, cap. 201.



[129] R. MUNTANER, *op. cit.*, cap. 121.



[130] R. MUNTANER, *op. cit.*, cap. 187.

<<

[131] R. MUNTANER, *op. cit.*, cap. 230.

<<

[132] F. MONCADA, *op. cit.*, cap. VII.



[133] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 171.



[134] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXVII y CII.

<<

[135] *C hronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 423.

<<

[136] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 201.



[137] CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., *La Campana de Huesca*, prólogo de SERAFÍN ESTÉBANEZ.

<<

[138] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXXIX.

<<

[139] VAGAD, G. F. de, *Coronica de Aragón*, cap. XCII.



[140] HILLGARTH, J. N., *El problema del Imperio catalano-aragonés (1229-1327)*, cap. III, 4.

<<

[141] JIMÉNEZ de RADA, *Historia de rebus hispaniae*, libro IX, cap. XVI.



[142] ALFONSO X el Sabio, *Cántigas de Santa María*, cántiga 374.



[143] GONZÁLEZ, M., *Actas Capitulares de Morón de la Frontera (1402-1426)*, pág. 130.

<<

[144] ZURITA, J., *op. cit*, Libro XII, cap. XXVII.

<<

[145] FREIRE, F. J., *Reflexões sobre a lingua potugueza*, pág. 13.



[146] *Ibíd.*, pág. 9.



[147] EDWARDS, J., *Christian Córdoba: The city and its region in the late Middle Ages*.

<<

[148] LÓPEZ de COCA CASTAÑER, J. E., *Los mudéjares valencianos y el reino nazarí de Granada. Propuestas para una investigación.*

<<

[149] HINOJOSA MONTALVO, J., *Las relaciones entre Elche y Granada (ss. XIV-XV). De Ridwan a la guerra de Granada*, Sharq al-Andalus, 13.

<<

[150] TORRES FONTES, J., *La hermandad de moros y cristianos para el rescate de cautivos*, Actas del Simposio Internacional de Mudejarismo.

<<

[151] VV.AA. – *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia*, Murcia, 1995, Tomo 2, p. 190.

<<

[152] BELLOT, P., *Anales de Orihuela*, Ed. Crítica y Notas, Juan Torres Fontes, 1956, tomo 3:192-193.

<<

[153] HINOJOSA MONTALVO, J., *op. cit.*



[154] FERRER i MALLOL, M^a T., *La frontera amb l'islam en el segle XIV*.



[155] GARCÍA de SANTA MARÍA, A., *Crónica de Juan II de Castilla*, cap. 61, 1380-1460.

<<

[156] TORRES FONTES, J., *Puerto de la losilla, Portazgo, torre y arancel*, Miscelánea Medieval Murciana, Dpto. de Historial Medieval, Universidad de Murcia, Murcia, 1982, pp. 68-69.

<<

[157] *Chronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 423.



[158] MARSILI, P., *Historia de la conquista de Mallorca*, cap. XXXVIII.

<<

[159] PEDRO IV, *Crónica del Rey d'Arago En Pere IV lo Ceremoniós, ó del Punyalet*, libre terç, cap. 27.

<<

[160] RUBIÓ i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XLVI, Arch. di Stato Venezia, Libri Pactorum Venet, r. III, f. 75.

<<

[161] CORRIENTE, F., *Diccionario de arabismos: y voces afines en iberorromance*, pp. 198-199.

<<

[162] GÓMEZ MIEDES, B., *La historia del muy alto e invencible rey don Jaime de Aragón, primero de este nombre llamado el Consquistador*, libro XI, cap. VII.

<<

[163] CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., *op. cit.*, prólogo de SERAFÍN ESTÉBANEZ.

<<

[164] Fuente lingüística: *Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo*, Zaragoza.

<<

[165] MARTÍNEZ, L. P., *La Historia Militar del Reino medieval de Valencia*, pág. 10.



[166] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CIII.

<<

[167] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXXIX.



[168] CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., *op. cit.*, cap. II.



[169] *Chronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 559.



[170] Una *perpla* equivalía a diez *sueldos barceloneses*.



[171] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 221.



[172] JACOBY, D., *L'estat catalá a Grecia: evolució interna*, L'Avenç, núm. 213.

<<

[173] ALFONSO X *el Sabio*, *Partidas*, Partida II, Ley XXII.



[174] Ídem.



[175] CARTAGENA, A. de, *Doctrinal de los caballeros*, p. 51.



[176] ÁLVAREZ de TOLEDO, L. I., *Entre el Corán y el Evangelio*, III, cap. 9.



[177] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. XCI.

<<

[178] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 64



[179] GRÉGORAS, N., *Historia Romana*, libro VII, cap 3, III.



[180] *Chronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 306.



[181] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 191

<<

[182] Muntaner utiliza en ocasiones para designarlos la denominación de francos, que ellos mismos se dieron durante los años en Asia y Grecia.

<<

[183] Ibídem, cap. 207 y 191.

<<

[184] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 221

<<

[185] *Ibíd.*, cap. 221



[186] *Ibídem*, cap. 224



[187] *Ibídem*, cap. 159; DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CIII; GÓMEZ MIEDES, B., *La historia del muy alto e invencible rey don Jaime de Aragón, primero de este nombre llamado el Consquistador*, libro XI, cap. VII.

<<

[188] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *Libro de los fechos et conquistas del Principado de la Morea*, fol. 242 r.

<<

[189] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 220.

<<

[190] *Ibíd.*, cap. 171.



[191] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. I.



[192] MORENO ECHEVARRÍA, J. M., *op. cit*, pág. 26.

<<

[193] FINLAY, G., *The History of the Byzantine and Greek Empires*.

<<

[194] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 217.



[195] LUTTRELL, A., *John Cantacuzenus and the Catalans at Constantinople: 1352-1354*, art. p. 265.

<<

[196] Archivo Vaticano, carta de Clemente V, 2 de mayo de 1312. *Romanía* es la denominación que se empleaba en Occidente para referirse a los territorios de la península helénica y alrededores.

<<

[197] D'OLWER, L.N., *L'expansió de Catalunya en la Mediterrània Oriental*, pág. 47.

<<

[198] DÖLGER, F., E *ls documents de l'emperador bizant'i Andrónic II per a Catalunya-Aragó en el regnat de Jaime II*, artículo.

<<

[199] EGEA, J. M., *La Crónica de Morea. Estudio preliminar, texto y traducción*, verso 2538, Madrid, 1996.

<<

[200] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, cap. III.

<<

[201] RUNCIMAN, S., *La caída de Constantinopla*, cap. 1.



[202] RUBIÓ i LLUCH, A., *Per què donem el nom de catalana a la dominació de la Corona d'Aragó a Grècia*, Estudis Universitaris Catalans, vol. XII, 1927.

<<

[203] Ídem.



[204] Ídem.



[205] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XIII.



[206] RUBIÓ i LLUCH, A., *Per què donem el nom de catalana a la dominació de la Corona d'Aragó a Grècia*, Estudis Universitaris Catalans, vol. XII, 1927.

<<

[207] PEDRO IV, Archivo de la Corona de Aragón, reg. 1065, f. 95 v.



[208] RUBIÓ i LLUCH, A., *Per què donem el nom de catalana a la dominació de la Corona d'Aragó a Grècia*, Estudis Universitaris Catalans, vol. XII, 1927.

<<

[209] JACOBY, D., *L'estat català a Grecia: evolució interna*, L'Avenç, nº 213.

<<

[210] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. LIII, 1312. ACA, CRD Jaume II, 4.387.

<<

[211] *Ibídem*, doc. LIII, 1312. ACA, CRD Jaume II, 4.387.

<<

[212] Concilio de Letrán III. XXVII, *De haeretecis. Sobre los herejes*, 1179.



[213] MARINESCO, C., *Manuel II Paléologue et les rois d'Aragon. Commentaire sur quatre lettres inédites, expédiées par la chancellerie byzantine*, núm. II; MARCOS, E., *Bizancio en el imaginario político de la Corona de Aragón*, Bizancio y la Península Ibérica. De la antigüedad tardía a la edad moderna, p. 307.



[214] OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, cap. VII, 4.

<<

[215] Ídem.



[216] PTOLOMEUS de LUCCA, *Historia ecclesiastica*, cap. IV, col. 1186-1187, L. A. Muratori, RIS II, 1727. MARCOS, E., «Els catalans i l'Imperi bizantí», *Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana*, p. 47.

<<

[217] GIUNTA, F., *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, cap. I, 1.



[218] Su apellido es nombrado como *Lluria*, *Luria* o *Lauria*, dependiendo de los autores. En este libro se usará el término de *Lauria*, que es el utilizado por Zurita, aunque todo parece indicar que realmente debería ser *Loria*, como la ciudad donde se encontraba el castillo familiar. FERNÁNDEZ DURO, C., *Recuerdo del gran almirante Roger de Lauria*, pp. 14-20.

<<

[219] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 18.

<<

[220] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXXXI.



[221] Existen al menos dos puertos con este nombre, uno en Mallorca y otro en la desembocadura del Ebro, aunque al que se refiere Muntaner podría ser este último, localizado en Cataluña.

<<

[222] *Crónica de San Juan de la Peña*, cap. XIX.



[223] J. ZURITA, *Anales de Aragón*, libro I, cap. XLI.



[224] CLARAMUNT, P., *Compendio de la Historia de Zaragoza*.



[225] J. ZURITA, *op. cit.*, libro II, cap. IX.

<<

[226] *Chronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 103.



[227] Ídem, cap. 187.



[228] Ídem, cap. 203.

<<

[229] Ídem, cap. 255.



[230] Ídem, cap. 315.



[231] Ídem, cap. 257.



[232] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. XLIX.



[233] Ídem, cap. 306.



[234] Ídem, cap. 333.



[235] Ídem, cap. 339.



[236] J. TORRÓ, *La formació d'un espai feudal*, pág. 130.



[237] *Chronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 423.



[238] DESCLOT, B., *op. cit*, cap. LXV.

<<

[239] *Ibídem*, cap. LXVII.



[240] Ídem.



[241] TORRES FONTES, J., *Repartimiento de Lorca*, p. LXX.

<<

[242] Ídem.



[243] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXXIV.



[244] J. TORRÓ, *op. cit.*, pág. 132.

<<

[245] FERRER i MALLOL, M^a T., *La frontera amb l'islam en el segle XIV*, pág. 188.



[246] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. LXXIX.



[247] MUNTANER, R., *Op. cit.*, cap. 46.

<<

[248] DESCLOT, B., *Op. cit.*, cap. LXXXIX.

<<

[249] *Ibíd.*, cap. XC.

<<

[250] *Ibíd.*, cap. XCI.

<<

[251] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 64.

<<

[252] *Crónica de San Juan de la Peña*, cap. XXXVI.

<<

[253] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CII.

<<

[254] Ídem.



[255] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 70.

<<

[256] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CII.

<<

[257] Ídem.



[258] Ídem.



[259] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CIII.

<<

[260] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 75.



[261] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 83.

<<

[262] BUCHON, J. A., *op. cit.*, vol. I, pág. 378.

<<

[263] DESCLOT, B., *op. cit*, cap. CX.

<<

[264] GRÉGORAS, N., *Historia Romana*, libro VII, cap 3, I.



[265] Felipe, hermano de Carlos de Valois, aludía con este apodo al término «capelo» refiriéndose al capelo cardenalicio, que es el sombrero con el que se instituye a éstos, y su intención no era otra que humillar a su hermano por aceptar el nombramiento como rey de Aragón sin tener ningún derecho ni posibilidad de llegar a serlo en la realidad.

<<

[266] ECHEVARRÍA, J. M., *Los almogávares*, pág. 33.



[267] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 125.



[268] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 128.



[269] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CLII.

<<

[270] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CLXVII.

<<

[271] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 134.



[272] Ídem.



[273] DESCLOT, B., *op. cit.*, cap. CLIX.

<<

[274] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 134.



[275] *Oriflama* era el nombre que recibía el estandarte de los reyes de Francia.



[276] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 149.



[277] *Ibíd.*, cap. 188.



[278] J. TORRÓ, *La formació d'un espai feudal*, pág. 136.



[279] Ídem. Archivo de la Corona de Aragón, reg. 70, fol. 112r.



[280] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 191.



[281] *Ibíd.*, cap. 193.

<<

[282] ZURITA, J., *op. cit.*, libro II, cap. XXXI.

<<

[283] *Ibíd.*, libro III, cap. XXVI.



[284] *Chronica o comentaris del gloriosissim e invictissim Rey en Jacme Primer Rey d'Aragó, de Mallorques e de Valencia compte de Barcelona e de Montpesler*, cap. 559.



[285] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 229.



[286] ABARCA, P., *Anales Históricos de los Reyes de Aragón*, tomo II, pág. 58 i.

<<

[287] Hay que reseñar que ésta es la única teoría que le concede nacionalidad catalana a Roger de Flor; LE BEAU, Ch., *Histoire de Bas-Empire en commençant à Constantin-le-Grand*, tomo XI, pág. 33.

<<

[288] HINOJOSA MONTALVO, J., *Jaime II y el esplendor de la Corona de Aragón*, pág. 40.



[289] LE BEAU, Ch., *op. cit.*, tomo XI, pág. 34.

<<

[290] Los cronistas se refieren a España como los territorios peninsulares en poder de los reyes árabes.

<<

[291] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. II, Archivo de la Corona de Aragón, CRD Jaime II, 4154.

<<

[292] *Ibídem*, doc. III, Archivo de la Corona de Aragón, r.119, f. 18.



[293] *Ibídem*, doc. IV, Arx. Hist. de Mallorca, r. De lletres reials de 1301 a 1309, f. 7.



[294] *Ibíd.*, doc. VI, Archivo de la Corona de Aragón, r.124, f. I34.



[295] Moneda siciliana de plata.



[296] SETTON, K. M., *Los catalanes en Grecia*, cap. 1.



[297] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 199.



[298] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. I.



[299] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XVII.



[300] *Ibíd.*, libro XI, cap. XII.



[301] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 3, I.



[302] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 241v.



[303] J. ZURITA, *op. cit.*, libro III, cap. IV.



[304] *Ibíd.*, libro III, cap. XXXIII.

<<

[305] *Ibíd.*, libro III, cap. XXXIX.

<<

[306] J. TORRÓ, *op. cit.*, pág. 64.

<<

[307] J. ZURITA, *op. cit.*, libro II, cap. LXXXI.

<<

[308] RUBIÓ i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XV, ACA, CRD Jaime II, I, 563.

<<

[309] TESIS, R., *op. cit.*, cap.2.

<<

[310] El término «xor» era el utilizado en Bizancio con el sentido de «don» o «señor», del mismo modo que en la corte aragonesa se utilizaba la palabra catalana «en».

<<

[311] DÖLGER, F., *Els documents de l'emperador bizantí Andrònic II per a Catalunya-Aragó en el regnat de Jaime II*, artículo.

<<

[312] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 199

<<

[313] Los turcoples son definidos de diferentes formas dependiendo de los autores. Para algunos, son mercenarios turcos que, sin abdicar de su fe musulmana, servían a los ejércitos bizantinos. Hay quien los define como los nacidos de padre turco y madre griega, y que no alcanzaban el mismo reconocimiento que los griegos.

<<

[314] GEORG MAIER, F., *Bizancio*, pág. 340.



[315] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. I

<<

[316] Los leños eran embarcaciones de menor tamaño que las galeras.



[317] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 201

<<

[318] Ídem.

<<

[319] ACA, Reg. 1895, fol. 29.



[320] PEDRO IV, *op. cit.*, libre terç, cap. 13.



[321] PEDRO IV, *op. cit.*, libre terç, cap. 21.

<<

[322] ROMEY, Ch., *Histoire de Espagne*, tomo VIII, pág. 134.



[323] CANTU, C., *Histoire Universelle*, vol. XII, cap. XVII, pág. 421.

<<

[324] PEDRO IV, *op. cit.*, libre sisen, cap. 7.



[325] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1. - RUBIÓ i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. IX. - PREDELLI: Comun. II, 59 v., *Libri commemoriali della republica di Venezia*, Venezia, 1876-1914.

<<

[326] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XII.

<<

[327] Ídem.



[328] Por *latinos* conocían a los cristianos occidentales que se encontraban bajo la órbita de Roma y del papado.

<<

[329] MANRIQUE, L., *La Grecia hispánica (Cien años de historia)*.



[330] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XII.



[331] CANTU, C., *op.. cit.*, vol. XII, pág. 54.

<<

[332] LE BEAU, Ch., *op. cit*, tomo XI, pág. 38.



[333] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 3, II.

<<

[334] J. M. Palmer en su trabajo *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos de Francisco de Moncada*, publicado en la Revista de estudios bizantinos y neogriegos *Erytheia* (n^a 15, 1994), afirma que Arenós no llegó a casarse con Teodora sino que con quien lo hizo fue con María, viuda de Roger de Flor.

<<

[335] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. I.



[336] La denominación como «romanos» no se aplica a los vinculados con Roma sino a los griegos.

<<

[337] OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, cap. VIII-1.

<<

[338] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 202.

<<

[339] D'OLWER, L. N., *op. cit.*, cap. 2.

<<

[340] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 202.



[341] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XIV.

<<

[342] NADAL CAÑELLAS, J., *El patriarca Atanasio I de Constantinopla y Roger de Flor*, p. 313.

<<

[343] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XXI.



[344] Ídem.



[345] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 202.



[346] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XIV.



[347] *Ibíd.*, libro XI, cap. XXI.

<<

[348] Ídem.



[349] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 203.



[350] OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, cap. VIII, I.

<<

[351] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XXI.

<<

[352] Algunas fuentes de la isla de Quíos sitúan esta invasión de su país a finales de 1303.

<<

[353] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 204.

<<

[354] Ídem.



[355] El cargo de «gran doméstico», o «megas domestikos», representaba el de comandante en jefe del ejército.

<<

[356] Paquimeres, al igual que otros cronistas griegos, llamarán a los almugávares, entre otros nombres, con el de italianos, debido a que llegaron a Bizancio provenientes de Sicilia.

<<

[357] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XXI.

<<

[358] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 3, II.

<<

[359] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 206.



[360] PHRANTZÉS, G., *Historia bizantina*, libro I, capítulo VIII.

<<

[361] MONCADA, F., *op. cit.*, cap. XIV.

<<

[362] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 205.



[363] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XXIII.



[364] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 3, III.

<<

[365] Aunque llegado desde Sicilia, Roger de Flor había nacido en realidad en Brindisi, en la Apulia, no obstante se le conocerá también como el *Siciliano*.

<<

[366] NADAL CAÑELLAS, J., *El patriarca Atanasio I de Constantinopla y Roger de Flor*, p. 315.

<<

[367] Zurita vinculará esta ciudad a la de Nysa que se encontraba cercana a Magnesia. El historiador L. Nicolau D'Olwer por su parte, afirma que se trata de la ciudad de Nimfi o Nimfeión, para a continuación cambiar su teoría y defender que se trataría de la ciudad de Ninfea, famosa por la alianza firmada en ella entre Miguel VIII Paleólogo y la República de Génova en 1261. Pero este punto sería totalmente ilógico al estar situada esta última a orillas del Mar Negro, es decir, miles de kilómetros fuera del espacio en el que se estaban moviendo. Moncada cree que lo más probable es que Muntaner se refiriese a la ciudad de Niza, en la región de la Lycia, siendo también difícil esta posibilidad ya que esta región estaría en dirección contraria al destino de la Compañía que era Magnesia. La posibilidad más coherente sea que estaríamos hablando de la romana Nymphaeum, al sur de Magnesia.

<<

[368] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 147.

<<

[369] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 205.

<<

[370] MONCADA, F., *op. cit.*, cap. XIV.

<<

[371] La traducción de la expresión «Via fora!» es «¡Afuera!» o «¡Adelante!», del mismo modo que «Via sus!», que también emplearán los almugávares para lanzarse al combate, se podría traducir como «¡A por ellos!».

<<

[372] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 206.



[373] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 206.



[374] SENDER, J., *Bizancio*, cap. VII.



[375] Muntaner les da el nombre de *Puertas de Hierro* aunque su verdadero nombre es el de *Puertas de Cilicia*, las *Pilae Ciliciae* de los romanos.



[376] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 207.



[377] Ídem.



[378] Ídem.



[379] Ídem.

<<

[380] D'OLWER, L. N., *op. cit.*, cap. II.

<<

[381] AGUSTÍ, D. *Los almogávares. La expansión mediterránea de la Corona de Aragón*, pág. 64.

<<

[382] D'OLWER, L.N., *op. cit.*, pág. 65.

<<

[383] MUTAFIAN, C., *La Catalogne et le royaume arménien de Cilicie (XIII-XIV siècles)*, p. 111.

<<

[384] MORFAKIDIS, M., *Los catalanes en Grecia, en la obra de Nicéforos Gregorás*, Cuadernos de estudios medievales VI-VII, pág. 166.

<<

[385] MONCADA, F., *op. cit.*, cap. XVII.

<<

[386] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 3, IV.

<<

[387] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XXVI.



[388] Ídem.



[389] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. I.



[390] RUNCIMAN, S., *La caída de Constantinopla*, cap. 1.



[391] Se trata evidentemente del estrecho de Dardanelos y el nombre que le aplica Muntaner está influido por la cartografía italiana, la cual lo acostumbraba a llamar Bucca Avidi.

<<

[392] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. III.



[393] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. IV.

<<

[394] RUBIÓ i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XII / Libri commemoriali della republica di Venezia, r. I, f. 8r, Venezia, 1876-1914.

<<

[395] *Ibíd.*, doc. IX, nota al pie. ACA, CRD Jaime II, 9757.

<<

[396] *Ibidem*, doc. IX. ACA, r. 335, f. 307.

<<

[397] *Ibídem*, doc. X, ACA, CDR Jaime II, 2111.

<<

[398] GIUNTA, F., *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, cap. V, 3.

<<

[399] RUBIÓ i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XI, ACA, CDR Jaime II, 612.

<<

[4^{oo}] *Ibídem*, doc. XIII, ACA, r. 335, f. 312.



[401] *Ibíd.*, doc. XV, ACA, CDR Jaime II, 1.563.



[402] ZURITA, J., *op. cit.*, libro VI, cap. III.

<<

[403] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 211.



[404] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. IV

<<

[405] *Ibíd.*, libro XII, cap. V



[406] *Ibíd.*, libro XII, cap. VI.



[407] *Ibíd.*, libro XII, cap. VIII.

<<

[408] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 210.



[409] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. VIII.

<<

[410] La italiana Violante de Montferrat, quien cambiaría su nombre por el de Irene tras su boda con el emperador en 1288, era nieta de Alfonso X de Castilla y biznieta de Jaime I de Aragón, y en ningún momento renunciaría a su derecho al reino cruzado de Tesalónica como heredera de la familia Montferrat. MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 121.

<<

[411] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XI.



[412] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 211.



[413] MORFAKIDIS, M., *Andrónico II y Roger de Flor: causas de su enfrentamiento*, Revista Erytheia, 8.1, pág. 28, mayo 1997.

<<

[414] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XI.

<<

[415] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 3, IV.



[416] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 213.



[417] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 188.

<<

[418] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XV.

<<

[419] *Ibídem*, libro XII, cap. XI.

<<

[420] De nuevo alude a él refiriéndose a su procedencia siciliana.

<<

[421] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XVIII.

<<

[422] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XVIII.

<<

[423] SCHULUMBERGER, G., *Expédition des Almugavares ou routiers catalans en Orient*, cap. III.

<<

[424] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 195.

<<

[425] PAQUIMERES, J., *op. cit*, libro XII, cap. XIX.



[426] Una vez más Paquimeres marca una diferencia entre catalanes y almugávares.
PAQUIMERES, J., *op. cit*, libro XII, cap. XX.

<<

[427] Esta fecha es realmente importante ya que influirá posteriormente en la datación de la muerte de Roger de Flor. La opción defendida por Ernest Marcos es la del día 10 de abril. Sin embargo, mantenemos todas las dudas ya que esta posibilidad chocaría por completo con la teoría más contrastada que sitúa el día del asesinato en el 4 de abril. MARCOS, E., *op. cit*, pág. 197.

<<

[428] MUNTANER, R., *op. cit*, cap. 212.

<<

[429] MUNTANER, R., *op. cit*, cap. 215.

<<

[430] GRÉGORAS, N., *op. cit*, libro VII, cap 3, V.

<<

[431] *Ibíd.*, libro VII, cap 3, V.

<<

[432] MUNTANER, R., *op. cit*, cap. 215.



[433] PAQUIMERES, J., *op. cit*, libro XII, cap. XXIV.



[434] PAQUIMERES, J., *op. cit*, libro XII, cap. XXIV.



[435] MUNTANER, R., *op. cit*, cap. 215.

<<

[436] MORFAKIDIS, M., *Andrónico II y Roger de Flor: causas de su enfrentamiento*, pág. 20.

<<

[437] Ídem.



[438] PAQUIMERES, J., *op. cit*, libro XII, cap. XXIV.



[439] RUBIO I LLUCH, A., *Pachimeres i Muntaner*.

<<

[44^o] ZURITA, J., *op. cit*, Libro VI, cap. III.



[441] RUBIÓ i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XIV.



[442] PAQUIMERES, J., *op. cit*, libro XII, cap. XXIV.



[443] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 4, I.



[444] *Ibíd.*, libro VII, cap 4, II.



[445] *Ibíd.*, libro VII, cap 4, III.



[446] *Ibíd.*, libro VII, cap 4, III.



[447] Muntaner emplea una exactitud que no es habitual en él, lo que puede llevar a pensar que en esta ocasión sí sean ciertas las cifras que apunta. Quizás sea debido a que fue el responsable de la intendencia durante la estancia en aquella península.

<<

[448] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXV.



[449] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 215.



[450] RUBIÓ i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XIV. Venecia: Archivio di Stato: Commemoriali, r. I, 8 I. Predelli: Comm., I, 240.

<<

[451] RUBIÓ i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XIV. Venecia: Archivio di Stato: Commemoriali, r. I, 8 I. Predelli: Comm., I, 240.

<<

[452] RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, conclusió.

<<

[453] MONCADA, F., *op. cit.*, cap. XXXVIII.

<<

[454] El «cómitre» era un cargo naval por debajo del almirante en el escalafón de mando de un navío.

<<

[455] Según Echevarría estaba formada por los tres embajadores junto a otros aragoneses y catalanes que se les unieron para escapar de la capital, haciendo un número de veintisiete personas.

<<

[456] SCHLUMBERGER, G., *op. cit.*, cap. IV.



[457] Lo que evidencia que Moncada confunde este choque armado con la posterior batalla que se llevaría a cabo en ese mismo lugar.

<<

[458] SCHLUMBERGER, G., *op. cit.*, cap. IV.

<<

[459] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXVI.



[460] Como ya hemos visto, había habido una batalla poco antes entre la flota de Entença y el ejército griego comandado por el hijo de Andrónico II, Calo Juan. Las dudas sobre dicho enfrentamiento llevan a pensar que es ahora cuando las naves de la Compañía llegan al puerto de Constantinopla. Si fuese cierta la versión de Moncada, no llegarían entonces sino que habrían estado durante días en el interior del puerto ante la impotencia de los bizantinos.

<<

[461] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXVII.

<<

[462] El «exarca» era el segundo rango dentro de la jerarquía de la religión griega, por detrás únicamente del Patriarca, aunque también se denominaban así a los gobernadores de las regiones más alejadas del Imperio.

<<

[463] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXIX.

<<

[464] Actual Büyükçekmece a pocos kilómetros de Estambul. Hay que percatarse de la similitud entre los nombres de Regio, Rhegion y Puerta o Puerto Regio, que emplean los diferentes autores, lo que indica que se trata del mismo lugar.

<<

[465] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XVIII, nota 2.

<<

[466] CARO, V., *Genua*, cap. II, pág. 308.



[467] La familia Vilamarí era ya por aquel entonces una de las de mayor renombre en Cataluña. Dos familiares suyos fueron en esta misma época obispos de Girona, Bernat de Vilamarí (1292-1312) y Guillem de Vilamarí (1312-1318). Sus sucesores alcanzarían gran fama también por sus triunfos navales. Bernat I (?-1463), sería almirante de la marina aragonesocatalana durante el reinado de Alfonso *el Magnánimo*. Estableció una embajada de la Corona de Aragón en Castellorizzo en 1450, y luchó contra los turcos (1450) y genoveses (1454-1459). Su hijo, Bernat II (?-1512), continuó la lucha contra los turcos y egipcios y fue nombrado almirante de Nápoles en 1502 por Fernando de Nápoles.

<<

[468] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXIX.



[469] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. IV.

<<

[47^o] SCHULUMBERGER, G., *op. cit.*, cap. IV.



[471] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXX.

<<

[472] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. IV.



[473] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXXII.

<<

[474] BUCHON, J. A., *op. cit.*, libro II, pág. 235. La «perpra» era una moneda de oro bizantina también conocida como «hyperperum», «hypperus», «perpera», «perperum» o «perparus». Es muy interesante el estudio que A. Laiou en *Constantinople and the latins: The foreign policy of Andronicus II, 1282-1328*, cap. IV, p. 186, hace sobre cual pudo ser el pago real que Andrónico hizo a los mercenarios, y cual era su equivalencia con otras monedas de la época. Entre 1303 y mediados de 1304 habrían recibido, según Muntaner, 50.000 onzas de oro la caballería y 60.000 los almugávares. Lo que haría un total de 110.000 onzas de oro. Mientras que según Paquimeres, habría recibido la caballería 36.000 onzas y 80.000 la infantería. Es decir, 116.000. Como vemos cifras bastante similares. En 1274 una onza de oro napolitana equivalía a 63,96 francos de oro de antes de 1914. Por su parte, 1 «hyperpyron» oscilaba entre los 7,44 y los 8,59 francos de oro. Finalmente, tras estas comparaciones comprobamos que, tanto con lo dicho por Muntaner como por Paquimeres, la cifra total que desembolsó el Imperio durante el año y medio que pasó desde 1303 hasta mediados de 1304 se aproximaría al millón de «hyperpyrones». Cantidad desorbitada que explica la grave crisis económica en la que cayeron los griegos.

<<

[475] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 218.



[476] Vidal Jové, en su traducción de la *Crónica* de Muntaner, recuerda como este comportamiento tenía precedentes históricos como el de Agatocles, rey de Siracusa, que en el siglo IV a. C. hizo algo similar en su guerra contra los cartagineses. Varios siglos después Hernán Cortés repetiría el gesto en Veracruz.

<<

[477] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 219.



[478] *Ibíd.*, cap. 225.

<<

[479] JACOBY, D., *L'estat català a Grecia: evolució interna*, art., L'Avenç, núm. 213.

<<

[480] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 214.



[481] *Ibíd.*, cap. 220.

<<

[482] Ernest Marcos, recoge la información aportada por Albert Failler, editor de las *Relacions històriques* de Paquimeres, por la cual la ciudad de Pamphylia, o Pamfylon, correspondería con una población hoy desaparecida situada en las cercanías de la actual Uzunköprü.

<<

[483] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXX.



[484] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 220.



[485] Ídem.



[486] Ídem.



[487] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *Libro de los fechos et conquistas del Principado de la Morea*, fol. 246 v.

<<

[488] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 220.

<<

[489] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 221.

<<

[49^o] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 246 v.

<<

[491] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXX.



[492] *Ibíd.*, libro XII, cap. XXXI.



[493] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 4, VI.

<<

[494] *Ibíd.*, libro VII, cap 4, V.



[495] El historiador Kenneth Setton, basándose en *Regesten der Kaiserurkunden des oströmischen Reiches*, de Franz Dölger, cree que se puede dar esta fecha del primero de julio como la de la batalla de Apros. Por su parte, Ernest Marcos se inclina por fijar el 20 de junio como el día correcto. SETTON, K. M., *Los catalanes en Grecia*, nota 4 al cap. 1. MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 223.

<<

[496] GRÉGORAS, N., *op. cit.a*, libro VII, cap 4, VIII.

<<

[497] Grégoras dice que fue esta ciudad de Didymotición, a orillas del río Hebrus, a donde huyó a refugiarse Miguel IX tras la derrota, e incluso hace pensar a Schulumberger que en aquella ciudad se reunieron los dos Paleólogo tras la derrota. Mientras Paquimeres cree que fue a la cercana ciudad de Pamphylia. Por su parte Johan Ferrández de Heredia dice que regresó derrotado a Andrinópolis. Lo que sí se sabe es que pocos meses después estaba en Didymotición ya que Paquimeres dice que permaneció allí en contra de su voluntad, pero que no pudo hacer otra cosa debido a la gravedad de sus heridas y a la negativa de sus hombres de salir de nuevo a enfrentarse a los aragoneses y catalanes.

<<

[498] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 221.



[499] A partir de esta batalla Muntaner y toda la Compañía comienzan a utilizar el nombre de «*francos*», que era la forma en la que se denominaba en Oriente a los vinculados con los reinos occidentales. Esto puede significar que esta batalla marcó un antes y un después en cuanto a su posicionamiento político, y que se autocalificarían con este término (que tan pésimo significado tenía para los griegos) para mostrar claramente que dejaban de considerarse como mercenarios al servicio de Bizancio para pasar a ser sus adversarios. *Ibídem*, cap. 221.

<<

[500] *Ibíd.*, cap. 221; Manuscrito de la Biblioteca Nacional, pág. 241.

<<

[501] *Ibíd.*, cap. 203.

<<

[502] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XI, cap. XXVI.

<<

[503] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VI, cap 6, IV.



[504] DANICIC, D., *Zivot kraljeva i archiepiskopa Srpskich, napisao Danilo i Drugi*, pp. 341-342.

<<

[505] DURÁN i DUELT, D., *La Companyia Catalana i el comerç d'esclaus abans de l'assentament als ducats d'Atenes i Neopàtria*, Notai di Candía, busta 186, Not. Angelo da Cartoria, f. 38 v.

<<

[506] *Ibídem*, Notai di Candía, busta 186, Not. Angelo da Cartoria, f. 41 r.

<<

[507] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. LXXXVII, Venecia, Arch. di Stato, notarile, notari di Candía, notario Leonardo Quirini (1316-1321), Busta, 233.

<<

[508] Las informaciones sobre este tráfico de esclavos búlgaros en la Corona de Aragón proceden en su totalidad de V. NIKÓLOV, y de su obra *Búlgaros y españoles*, cap. IV.

<<

[509] Recordemos que Muntaner había afirmado que todos los acompañantes de Roger de Flor en su viaje a esta ciudad, excepto tres de ellos, murieron junto a él en la emboscada.

<<

[510] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXXIII.

<<

[511] BURNS, R. I., *Moors and crusaders in Mediterranean Spain*, cap. XVI, II.

<<

[512] Andriol Morisc para Muntaner. MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 227.

<<

[513] Para Schulumberger, Murisco era el vestiario de Andrónico, cargo bizantino que antiguamente denominaba al encargado del vestuario de la familia imperial y que en este momento equivalía a ser consejero del emperador. - SCHULUMBERGER, G., *op. cit.*, cap. V.

<<

[514] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXXIV.

<<

[515] SCHULUMBERGER, G., *op. cit.*, cap. V.

<<

[516] Hay quien cree que en realidad su padre fue el abuelo de Hethoum, León III, y Ernest Marcos dice que Rita, o Rita-María, era hermana de Hethoum II. - MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 155.

<<

[517] El Patriarca de Constantinopla es el homólogo ortodoxo del Papa en la religión católica, aunque sus funciones no son tan amplias con las de éste, ya que el resto de patriarcas ortodoxos son autónomos en las decisiones de sus respectivos patriarcados. De la misma manera que el Papa de Roma es considerado el sucesor del apóstol Pedro, el patriarca de Constantinopla lo es de su hermano Andrés.

<<

[518] NADAL CAÑELLAS, J., *El patriarca Atanasio I de Constantinopla y Roger de Flor*, p. 303.

<<

[519] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXXV.



[520] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. X.

<<

[521] *Ibíd.*, libro XIII, cap. V.



[522] NADAL CAÑELLAS, J., *op. cit.*, p. 305.

<<

[523] MAFFRY TALBOT, A. M., *The Correspondence of Athanasius I, Patriarch of Constantinople. Letters to the Emperor Andronicus II, members of the Imperial Family and Officials*, Dumbarton Oaks (Corpus Fontium Historiae Byzantinae), Washintong, 1975.

<<

[524] NADAL CAÑELLAS, J., *op. cit.*, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia* 23/24, pp. 293-329, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2002-2003.

<<

[525] SEVCENKO, I., *The Imprisonment of Manuel Moschopoulos in the Year 1305 or 1306*, *Speculum* 27, 1952, pp. 133-157. - LEVI, L., *Cinque lettere inedite di Manuel Moscopulo*, *Studi italiani di filologia classica* 10, 1902, pp. 55-72.

<<

[526] MARTINI, A., *Manuelis Philae carmina inedita*, poema 44, líneas 7 y 80, Nápoles, 1900.

<<

[527] NADAL CAÑELLAS, J., *op. cit.*, p. 311, carta segunda.

<<

[528] El viejo emperador es Andrónico II, mientras que el joven es su hijo Miguel IX, los cuales gobernaban juntos el Imperio. PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. I.



[529] LE BEAU, Ch., *op. cit.*, tomo XI, pág. 102.

<<

[530] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. II.



[531] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. II.

<<

[532] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 4, VI.

<<

[533] *Ibíd.*, VII.



[534] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 246 v.



[535] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 5, V.

<<

[536] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 228.



[537] CERLINI, A., *Nuove lettere di Marino Sanudo il vecchio*, p. 352-353.



[538] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 4, V.

<<

[539] Después de los primeros momentos de desconcierto en Galípoli, los almugávares debieron reagruparse hasta recuperar el número de efectivos con el que contaban en este instante.

<<

[54^o] FINLAY, A., *History of Greece and the Empire of Trebizond (1204-1461)*, cap. VII, pág. 166.

<<

[541] El hecho de que los almugávares que pertenecían a la hueste de Arenós fuesen tanto aragoneses como catalanes echa por tierra algunas teorías que defienden que quienes seguían a Arenós eran exclusivamente aragoneses, mientras que los mercenarios que dirigía Rocafort eran catalanes. Ciertamente, ambas nacionalidades se confundían entre las distintas partidas que conformaban la gran Compañía.

<<

[542] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 223.

<<

[543] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XI.



[544] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XI.

<<

[545] *Ibíd.*, libro XIII, cap. XI.

<<

[546] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 225.



[547] *Ibíd.*, cap. 223.



[548] De ser correcta esta estimación de tiempo, supondría que el asedio se inicio en diciembre de 1305 y se mantuvo hasta principios de julio de 1306, aunque no podemos saber si Muntaner está en lo cierto o si se equivoca. De ser verdad, haría pensar que Arenós no permaneció todos esos meses junto a sus hombres frente a Madytos, ya que se le suponen otras acciones en escenarios distintos en Tracia durante ese tiempo. Por su parte, el autor Albert Failler se decanta por establecer la toma de la fortaleza en julio de 1305, fecha, a todas luces, demasiado temprana.

<<

[549] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. VI.

<<

[550] 19 según Paquimeres (*op. cit.*, libro XVIII, cap. XVIII), o 18 según Muntaner (*op. cit.*, cap. 227).

<<

[551] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XVIII.



[552] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XI.



[553] *Ibíd.*, libro XIII, cap. XI.



[554] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 222.

<<

[555] Ídem.



[556] *Ibíd.*, cap. 223.

<<

[557] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. IX.

<<

[558] Es de suponer que se trata de un personaje distinto a aquel Macrame a quien Roger de Flor ordenó cortar la cabeza en Mytilene al no poder pagar el rescate que se le exigía.

<<

[559] NADAL CAÑELLAS, J., *op. cit.*, p. 316.

<<

[560] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXII.



[561] *Ibíd.*, libro XIII, cap. XV.

<<

[562] Alto mando militar encargado de comandar la guardia imperial, y que en algunos casos podía llegar a ejercer como general del ejército bizantino.

<<

[563] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 225.

<<

[564] SCHULUMBERGER, G., *op. cit.*, cap. V.

<<

[565] LE BEAU, Ch., *op. cit.*, tomo XI, pág. 110.

<<

[566] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 225.



[567] PAQUIMERES, J., *op. cit.o*, libro XVIII.

<<

[568] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 225.



[569] *Ibidem*, cap. 226.



[570] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XVIII.



[571] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XIX.



[572] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 226.

<<

[573] **Idem.**



[574] Idem.



[575] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XIX.

<<

[576] Ídem.

<<

[577] Por «echanson» se conocía tradicionalmente al encargado de servir de beber a reyes, dioses y señores, aunque en este caso su evolución terminaría convirtiéndolo en un oficial personal de los jerarcas bizantinos.



[578] Realmente es demasiado justo el tiempo para encajar todos los acontecimientos, desde la toma de Madytos hasta este instante. En solo quince días habría tenido lugar, además de la ocupación de Madytos, el ataque a la campiña de Redistro y Constantinopla, y la organización y la partida de la Compañía hacia Bulgaria. De manera que no sería extraño que no hubiesen sucedido los hechos en julio, como los sitúa Muntaner, sino bastante más entrado el verano.

<<

[579] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 227.



[580] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XX.



[581] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 227.

<<

[582] Ídem.



[583] Ídem.



[584] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXI.

<<

[585] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 248.

<<

[586] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XXXI, ACA, CDR Jaime II, 12.897.

<<

[587] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXVI.

<<

[588] *Ibíd.*, cap. XXVII.



[589] «Abbate del popolo». Este es el nombre que dice Paquimeres que le era aplicado al alto cargo del senado de Génova que se presentó en la capital. El cronista lo equipara con el rango que en la antigüedad desempeñaba el «pretor» entre los griegos.

<<

[590] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXVII.



[591] Oficial de alta graduación en los ejércitos bizantinos y turcos.



[592] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXVIII.



[593] *Ibíd.*, cap. XXIX.

<<

[594] Ídem.

<<

[595] *Ibíd.*, cap. XXX.

<<

[596] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXX, ACA, r. 139, f. 42.

<<

[597] Es curioso que Zurita asegura que incluso Rocafort, que tenía en Entença a su principal rival en el liderazgo de la hueste, apoyó la resolución del resto por la que se intentaba forzar la liberación a través de embajadores. ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. VI.

<<

[598] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXX, ACA, CRD Jaime II, 9888.

<<

[599] *Ibíd.*, doc. XV, nota 2.



[600] *Ibíd.*, ACA, CDR Jaime II, 1.563, sin fecha.



[601] FINKE, H., *Acta Aragonensia*, II, p. 680.



[602] A partir de aquí es abundante la documentación conservada sobre la correspondencia realizada en esos días. RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XVII, ACA, CDR Jaime II, 2.402. *Ibíd.*, doc. XIX, ACA, r. 334, f. 126-127.

<<

[603] *Ibíd.*, doc. XXX, ACA, CRD Jaime II, 12.490.

<<

[604] *Ibíd.*, doc. XVIII, ACA, CDR Jaime II, 12.824.

<<

[605] *Ibíd.*, doc. XX, ACA, r. 236, f. 73 v.



[606] *Ibidem*, doc. XXI, ACA, CDR Jaime II, 9.889.

<<

[607] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. VI.



[608] CANGE, Ch. du, *Histoire de l'empire de Constantinople sous les empereurs français jusqu'a la conquête des turcs*, tomo II, pág. 101.

<<

[609] *Ibíd.*, tomo II, pág. 103.



[610] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXI, ACA, CDR Jaime II, 9.888.

<<

[611] BURNS, R. I., *Moors and crusaders in Mediterranean Spain*, cap. XVI, II. *Excommunicatio Andronici Graecorum Imperatoris, ejusque complicum, et adhaerentium, Bullarum privilegiorum ac diplomatum Romanorum Pontificum amplissima collectio*, ed. Chas. Cocquelines, 14 vols. in 29 (Roma: J. Mainard, 1739-1754), III, 2, doc. IV, pág. 113.

<<

[612] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 229.



[613] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXI, ACA, CDR Jaime II, 9.869.

<<

[614] *Ibíd.*, doc. XXIX, r. 270, f. 177.



[615] Especie de pan cocido por segunda vez para que tomase consistencia y aumentase su durabilidad.

<<

[616] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 229.



[617] Rubió i Lluch situa la llegada de Entença entre el 29 de agosto y el 25 de septiembre.

<<

[618] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 229.



[619] Ídem.



[620] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXXII.



[621] Se trataría de la ciudad de la costa egea conocida como Enia, Ainos, Aenos o Eneo, y que estaba situada a pocos kilómetros de la desembocadura del río Maritza. Actualmente es conocida como Enez.



[622] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 229.



[623] También llamada Asprosa, y que Kretschemer identifica con Porto Lagos o Palaio Kastro, era una ciudad costera a pocos kilómetros al sur de Megareix.

<<

[624] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXIII, ACA, CRD Jaime II, 11683.

<<

[625] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXX.

<<

[626] Ídem.



[627] El general de las «scholae» tenía bajo su mando a una división del ejército bizantino y era un nombramiento que en ese momento se distinguía como uno de los más relevantes de la jerarquía militar griega.



[628] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XII, cap. XXXIV.



[629] CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, pág. 59.

<<

[630] CANALE, M. G., *Nuova Storia della Repubblica di Genova, del suo Commercio e della sua Letteratura*, vol. II, pág. 683.

<<

[631] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 234.

<<

[632] Podemos fijar estos meses gracias a la localización en el tiempo que hace Muntaner de estos acontecimientos, ya que marca «el día siguiente del domingo de Ramos» como el momento en el que partiría una flota conjunta de Galípoli. Además, al suceder justamente antes de la llegada de otro importante personaje a mediados de 1307, sabemos que tuvo lugar en ese mismo año.

<<

[633] Muntaner se refiere o bien a la famosa ciudad de Phocea, o a los cercanos castillos de Foia Vechia o de Foia Nova, en la costa suroeste de Anatolia, todos ellos muy próximos a la isla de Quíos, la cual pertenecía también a la familia Zaccaria.

<<

[634] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 234.



[635] Ídem.

<<

[636] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXXIII.

<<

[637] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXV, Archivo de la Corona de Aragón, CRD Jaime II, 11280.

<<

[638] *Ibidem*, doc. XXXII, Nápoles, Arxiu del Regne; J, 512; núm. 2.

<<

[639] BUCHON, J. A., *op. cit.*, vol. II, pág. 385.

<<

[64^o] Paquimeres no tiene claro en un principio si quien llegó en nombre del rey de Sicilia fue el infante Ferrán o si por el contrario fue un tal Gui, que el cronista griego define como sobrino de Fadrique. En todo caso, parece que a medida que avanza su relato se va convenciendo de que realmente se trata de Ferrán de Mallorca. Aunque lo que sí conoce perfectamente es de la discordia interna que en esos momentos reinaba en la Compañía. PAQUIMERES, J., *op. cit.o*, libro XIII, cap. XXXIV.

<<

[641] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXIII, ACA, CRD Jaime II, 11683.

<<

[642] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 230.

<<

[643] Ídem.

<<

[644] Ídem.



[645] Ídem.



[646] Ídem.



[647] PAQUIMERES, J., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXXIV.

<<

[648] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXXI, ACA, r. 243, f. 123 v.

<<

[649] DÖLGER, F., *op. cit.*, artículo.

<<

[650] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 231.



[651] DUCAS, *Crónica*, IV-3.

<<

[652] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 232.



[653] Ídem.

<<

[654] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 3, X; TAUTU, A. L., *Acta Ioannis XXII (1317-1334)*, CICO, vol. VII, II, 1952, nº 120, pp. 226-227.

<<

[655] Rango militar estrategia de alto rango en el frente de batalla.



[656] Fortaleza de Tracia; PAQUIMERES, G., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXXVI.

<<

[657] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 247 r.

<<

[658] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 233.



[659] PAQUIMERES, G., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXXVI.

<<

[660] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 235.

<<

[661] Ídem.



[662] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 288.

<<

[663] CHARANIS, B., *Piracy in the Aegean during the reign of Michael VIII Palaeologus*, Mélanges H. Grégoire, Bruselas, 1950.

<<

[664] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 235.



[665] CHARANIS, B., *op. cit.*, Mélanges H. Grégoire, Bruselas, 1950.

<<

[666] LAIOU, A., *Constantinople and the latins: The foreign policy of Andronicus II, 1282-1328*, cap. VII, p. 206.

<<

[667] CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, pág. 105.

<<

[668] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXXVIII.

<<

[669] Johannes Corinus y Marcus Nigrotus. - RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XLII, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. I, 128 v., 374

<<

[67º] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 236



[671] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XLII, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. I, 128 v., 374

<<

[672] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 290



[673] GRÉGORAS, N., LAIOU, libro VII, cap 6, III.



[674] DANICIC, D., *Zivot kraljeva i archiepiskopa Srpskich, napisao Danilo i Drugi*, pp. 354.

<<

[675] PAQUIMERES, G., *op. cit.*, libro XIII, cap. XXXVI.



[676] RUBIÓ i LLUCH, A., *La Companyia Catalana sota el comandament de Teobald de Chepoy*.

<<

[677] PALMER, J. S., *Las vidas de dos monjes del Atos como fuentes sobre las compañías catalanas en el Monte Santo (1307-1309)*.

<<

[678] SÁNCHEZ RUANO, F., *La venganza almogávar en el Monte Athos*, pág. 121.



[679] PAPADOPULOS, TH., *Versucheiner Genealogie der Palaiologen (1259-1453)*, p. 210.

<<

[680] DANICIC, D., *op. cit.*, pp. 341.



[681] *Ibidem*, pp. 341-342.

<<

[682] *Ibíd.*, p. 343.



[683] FINLAY, A., *History of Greece and the Empire of Trebizond (1204-1461)*, cap. VI, pág. 150.

<<

[684] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 6, II.



[685] *Ibíd.*, libro VII, cap 6, IV.



[686] ATHANASIOS, Cód. Vat. Gr. 2219, fol. 75 vo: Appendix I, carta 9 y siguientes.
LAIYOU, A., *Constantinople and the latins: The foreign policy of Andronicus II, 1282-1328*, cap. IV, p. 184.

<<

[687] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 236.



[688] Biblioteca Universitaria de Catania, ms. Ventimigl. 92, f. 200.



[689] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. XXXIV, Bibl. Universitaria de Catania, ms. Ventimigl. 92, f. 200.

<<

[690] MARINO SANUDO II *EL VIEJO*, en HOPF, K., *Chroniques greco-romanes inédites ou per connues publiées avec notes et tables généalogiques*, pp. 171-174.

<<

[691] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 236.



[692] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XLI, ACA, CDR Jaime II, caja 94, nº LXXX.

<<

[693] TEÓDULO MAGISTER, *Carta al rey Andrónico el Paleólogo. Apología de Jandrios por Theodulo (Thomás Magister)*, traducción de SENTIÑÓN, G. en *Revista de Ciencias Históricas*, tomo I, pp. 61-71, 1880.

<<

[694] *Ibíd.*, pág. 65.



[695] CANGE, Ch. Du, *op. cit.*, dentro de Collection des Chroniques nationales françaises, Charte XXX.

<<

[696] Ídem.



[697] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 301.

<<

[698] BURNS, R. I., *Moors and crusaders in Mediterranean Spain*, cap. XVI, II, p. 757.

<<

[699] Aliados o miembros de la Casa de Anjou.



[7^{oo}] LAIOU, A., *op. cit.*, cap. VII, p. 211, de Anonymi Descriptio Europae Orientalis.

<<

[7^o1] CANGE, Ch. Du, *Histoire de Constantinople*, Chartes, 1657, pp. 50-53.

<<

[702] LAIOU, A., *op. cit.*, cap. VII, p. 213



[703] *Ibíd.*, cap. VII, p. 213-214.

<<

[704] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XXXIX.

<<

[705] TEÓDULO MAGISTER, *De las cosas sucedidas a la expedición de italianos y persas*, en RUBIO i LLUCH, A., *L'expedició catalana a l'Orient vista pels grecs*, cap. IV.

<<

[706] DANICIC, D., *op. cit.*, pp. 351-352.

<<

[707] DAWKINS, R. M., *The Catalan Company in the Traditions of Mount-Athos*, Homenage a Antonio Rubió i Lluch, vol. I, Barcelona, 1936, pp. 267-70.

<<

[708] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XL.

<<

[709] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.



[710] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 308.

<<

[711] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 247 r.



[712] BUCHON, J. A., *Chronique de la Conquête de Constantinople et de l'établissement des français en Morée*, libro II, pág. 353.

<<

[713] CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, pág. 335.

<<

[714] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XLIII.

<<

[715] CANGE, Ch. Du, *op. cit.*, en Collection des Chroniques nationales françaises, Charte XXX.

<<

[716] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[717] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 311.

<<

[718] Evidentemente, existe aquí una duda importante en cuanto al nombre del jefe de los turcoples. Como vimos, un Melik había sido ejecutado un tiempo antes por los almugávares en castigo por su intento de traición, de manera que, o bien se trata de un sucesor de su misma saga familiar, o quizás, finalmente no fue decapitado en aquella ocasión.

<<

[719] CERLINI, A., *Nuove lettere di Marino Sanudo il vecchio*, II, p. 352.



[720] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 242.



[721] CERLINI, A., *op. cit.*, II, p. 352.

<<

[722] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 6, VI.

<<

[723] LAIOU, A., *op. cit.*, cap. VII, p. 232.

<<

[724] Ídem.



[725] DANICIC, D., *op. cit.i*, p. 354.

<<

[726] DANICIC, D., *op. cit.*, p. 354.

<<

[727] LAIOU, A., *op. cit.*, cap. VII, p. 232.

<<

[728] Cargo que podía abarcar desde jefe de los ejércitos hasta una especie de primer ministro.

<<

[729] LAIOU, A., *op. cit.*, cap. VII, p. 234.

<<

[730] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XLVI.

<<

[731] CANGE, Ch. Du, *op. cit.*, en Collection des Chroniques nationales françaises, Charte XXX.

<<

[732] RUBIÓ i LLUCH, A., *La Companyia Catalana sota el comandament de Teobald de Chepoy*, cap. V.

<<

[733] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[734] RUBIÓ i LLUCH, A., *op. cit.*, cap. V.

<<

[735] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[736] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, I.



[737] TEÓDULO MAGISTER, *op. cit.*, pág. 66.

<<

[738] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, I.

<<

[739] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, I.

<<

[74^o] TEÓDULO MAGISTER, *op. cit.*, pág. 66.

<<

[741] Hay que recordar que Juan II se había casado con Irene, hija ilegítima de Andrónico, por lo que éste reforzaba su poder sobre el despotado.

<<

[742] LAIOU, A., *op. cit.*, cap. VII, pp. 227-228.

<<

[743] MORENO, J. A., *Crónica de Galaxidi*, pág. 47.

<<

[744] Ídem.



[745] *Ibíd.*, pág. 48.

<<

[746] LAIOU, A., *op. cit.*, cap. VII, pp. 228-229.

<<

[747] TEÓDULO MAGISTER, *op. cit.*, pág. 65-66.

<<

[748] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, III.



[749] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.



[750] BUCHON, J. A., *op. cit.*, libro II, pág. 353.



[751] JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénitiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, p. 227.

<<

[752] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[753] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 248r.

<<

[754] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, V.

<<

[755] CERLINI, A., *op. cit.*, p. 352, II.

<<

[756] Gran señor.

<<

[757] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[758] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 248r-248v.

<<

[759] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, V.

<<

[760] David Jacoby, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, ha sido el autor de algunos de los trabajos más interesantes publicados en las últimas décadas sobre la expedición de los almugávares a Grecia.



[761] BUCHON, J. A., *op. cit.*, libro II, pág. 352-353.

<<

[762] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 248v.



[763] CERLINI, A., *op. cit.*, p. 352, II.

<<

[764] MARCOS, E., *op. cit.*, 330.

<<

[765] JACOBY, D., *op. cit.*, p. 228; ARBOIS DE JUBAINVILLE, H. de, *Voyage paléographique dans le département de l'Aube*, pp. 332-340.

<<

[766] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, VI.

<<

[767] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.



[768] Ídem.

<<

[769] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 248v.

<<

[77º] Ídem.



[771] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[772] BUCHON, J. A., *op. cit.*, libro II, pág. 354.

<<

[773] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, VI.

<<

[774] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[775] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 248v.

<<

[776] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *Crónica de la Morea*, cap. 7272 a 7300, trad. versión griega de EGEA, J. Mº.

<<

[777] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.



[778] GRÉGORAS, N., *op. cit.*, libro VII, cap 7, VI.

<<

[779] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1.

<<

[780] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CLXXVI. Venecia: Arch. di Stato: Misti, XIX, f. 22.

<<

[781] Es extraño como se refiere al duque de Atenas como si siguiese con vida, a pesar de que poco antes narraba su muerte. FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *Crónica de la Morea*, cap. 8080-8092, trad. versión griega de EGEA, J. M^o.

<<

[782] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCLXVIII. Palermo: Ach. di Stato: Reg. Canc., VIII, f. 27 v. El profesor Setton, a propósito de esta carta que hace referencia a los sucesos de Levadia de 1311, aclara que la fecha del 29 de julio de 1362 en la que, tanto Rubió como otros autores, creen que fue escrita por Fadrique III de Sicilia en la ciudad de Messina es errónea, ya que entre noviembre de 1356 y mayo de 1364, la ciudad permaneció ocupada por Nápoles y en ningún momento durante esos años entró Fadrique en ella, por lo que sería imposible que la hubiese escrito allí y en ese tiempo SETTON, K. M., *op. cit.*, nota 3 al cap. 1.

<<

[783] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 240.

<<

[784] JACOBY, D., «L'état catalan en Grèce: société et institutions politiques», en *Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana*, p. 83.

<<

[785] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1.

<<

[786] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 249 r.



[787] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCCXCI, ACA, reg. 1366, f. 49 v.

<<

[788] ACOMINATAS, M., 1183.

<<

[789] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 241.



[79º] Leyes o constituciones.



[791] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCCXCI, ACA, reg. 1366, f. 49 v.

<<

[792] *Ibidem*, doc. CCXCII, Palermo: Arch. di Stato: Reg. Canc., IV, f. 140 v.

<<

[793] *Ibidem*, doc. CCXCIV, Palermo: Arch. di Stato: Reg. Canc., XII, f. 306 v.

<<

[794] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 225.



[795] JACOBY, D., La Comapgnie Catalane, Journal des Savants, 1966, pp. 80-87, 93 ss.

<<

[796] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LIII, 1312. ACA, CRD Jaume II, 4.387.

<<

[797] «[...] societatis cathalanorum commorantium in partibus Romanie», Archivo Vaticano, carta de Clemente V, 2 de mayo de 1312.

<<

[798] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LII, ACA, CRD Jaume II, 13.155.

<<

[799] *Ibíd.*, doc. LII, ACA, CRD Jaume II, 13.155.



[800] *Ibidem*, doc. LVI, Archivo Vaticano, Reg. Vat. 59, f. 53 v.



[801] JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénitiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, Studi Medievali, p. 33.

<<

[802] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XLVIII, Arch. Vaticano, Reg. Vat., 58, f. 121. Regestum Clementis Papae V, n. 6.888.

<<

[803] Ibídem, doc. L, Arch. Vaticano, Reg. Vat., 59, f. 121 v. Regestum Clementis Papae V, n. 8.255.

<<

[804] *Ibidem*, doc. CCXCIV, Palermo: Arch. di Stato: Reg. Canc., XII, f. 306 v.

<<

[805] *Ibidem*, doc. CCXCIV, Palermo: Arch. di Stato: Reg. Canc., XII, f. 306 v.

<<

[806] *Ibíd.*, doc. CCCXCI, ACA: reg. 1366, f. 49 v.

<<

[807] *Ibíd.*, doc. CDXXXIII, ACA: reg. 1268, f. 148.

<<

[808] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. XII.

<<

[809] LUTTRELL, A., *El final de la dominació catalana d'Atenes: la Companyia Navarresa i els hospitalers*, revista L'Avenç, núm. 213, Barcelona, abril, 1997.

<<

[810] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LVI, Arch. Vaticano, Reg. Vat. 59, f. 53 v.

<<

[811] *Ibíd.*, doc. LVIII, Arch. Vaticano, Regestum Clementis Papae V, n. 8.597.

<<

[812] *Ibídem*, doc. LIX, Arch. Vaticano, Reg. Vat. 59, f. 53 v.



[813] *Ibíd.*, doc. LXII, Arch. Vaticano, Reg. Vat. 60, f. 77 v.

<<

[814] Ibídem, doc. LII, ACA, CRD Jaume II, 13.155.



[815] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. XII.

<<

[816] MUTAFIAN, C., *La Catalogne et le royaume arménien de Cilicie (XIII-XIV siècles)*, Colecc. Anejos del Anuario de Estudios medievales, nº 36, Barcelona, 1999, pp. 105-119.

<<

[817] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LV, ACA, CRD Jaume II, ap. 24. - FINKE, H., *Acta Aragonensia*, 286.

<<

[818] MARCOS, E., *op. cit.*, pág. 336.



[819] *Ibíd.*, pág. 337.

<<

[820] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LIII, ACA, CRD Jaume II, 4.387.

<<

[821] Ibídem, doc. LIII, ACA, CRD Jaume II, 4.387.



[822] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 242.



[823] LOENERTZ, *Archivum Fratrum Praedicatorum*, XXV, pp. 186-187.

<<

[824] MANRIQUE, L., *La Grecia hispánica (Cien años de historia)*, cap. XIII.

<<

[825] Mantendremos la denominación catalana empleada por Rubió para traducir el nombre latino de «Novellis».

<<

[826] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXVII, ACA, reg. 1559, f. preliminar.

<<

[827] *Ibíd.*, doc. LVI, Arch. Vaticano, Reg. Vat. 59, f. 53 v.

<<

[828] *Ibídem*, doc. LXVII, ACA, r. 241, f. 126 v.

<<

[829] *Ibidem*, doc. LXX, mss. Bibl. Nac. París, Actes et titres anciens, p. 5.456.

<<

[830] JACOBY, D., *La Compagnie catalane et l'état catalan de Grèce. Quelques aspects de leur histoire*, pp. 97-98. - RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXXIII, Palermo, Biblioteca Comunale, Q. q. G. 2, f. 21. - *Ibídem*, doc. LXXXIV, Palermo, Biblioteca Comunale, Q. q. G. 2, f. 20.

<<

[831] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 242.

<<

[832] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LVIII, Arch. Vaticano, Regestum Clementis Papae V, n. 8.597.

<<

[833] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1.

<<

[834] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXX, París, Bibl. Nac., mass., Actes et titres anciens, p. 5456.

<<

[835] *Ibidem*, doc. LXXI, Histoire du Dauphiné, II, 151.



[836] *Ibidem*, doc. LXX, París, Bibl. Nac., mass., Actes et titres anciens, p. 5456.

<<

[837] LAMPROS, SP., *Historia de la ciudad de Atenas*, pp. 95-97.



[838] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 258.



[839] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 249 r.

<<

[840] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXI, ACA, r. 241, f. 126 y doc. LXXIII, ACA, r. 241, f. 148 v.

<<

[841] *Ibíd.*, doc. LXXV, Venecia, Bibl. Marciana, cod. lat. classe XIV, n. 40, doc. 14.

<<

[842] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 265. - CANTACUZENUS, IV, 33-41. - GRÉGORAS, N., *Historia Romana*, libro XXVIII, cap 2, III.

<<

[843] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 249 v.

<<

[844] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 266.



[845] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 267.



[846] CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, pág. 178.

<<

[847] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXVII, ACA, CRD Jaume II, n. 13.591.

<<

[848] CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, pág. 180.

<<

[849] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 254 r.

<<

[850] Las fuentes francesas, por su parte, afirman que el lugar en el que sucedió la batalla fue el campo de Espero, en las proximidades de Clarenza. - CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, carta LVI, pág. 385.

<<

[851] FERRÁNDEZ de HEREDIA, J., *op. cit.*, fol. 256 r.

<<

[852] CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, pág. 182.

<<

[853] *Ibídem*, tomo II, pág. 184.

<<

[854] *Ibíd.*, tomo II, pág. 185.



[855] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXXV, ACA, CRD Jaume II, n. 5.527.

<<

[856] JACOBY, D., «L'état catalan en Grèce: société et institutions politiques», *Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana*, p. 90.

<<

[857] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1.

<<

[858] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXVI, Venecia, Bibl. de San Marcos, mss.
Class. XIV, Cod. LXXI, f. 333.

<<

[859] *Ibíd.*, doc. CXVI, Venecia, Bibl. de San Marcos, mss. Class. XIV, Cod. LXXI, f. 333.

<<

[860] *Ibidem*, doc. LXXXIV, Palermo, Biblioteca Comunale, Q. q. G. 2, f. 20.

<<

[861] *Ibídem*, doc. LIII, ACA, CRD Jaume II, 4.387.

<<

[862] *Ibidem*, doc. LXXXIV, Palermo, Biblioteca Comunale, Q. q. G. 2, f. 20.

<<

[863] El 28 de marzo de 1317 ya conocemos de una carta enviada desde la ciudad de Andravida, en la que Matilde de Hainaut, princesa de Acaia, pide ayuda a la República de Venecia por las hostilidades ejercidas por Alfonso Fadrique contra los intereses francovenecianos. *Ibíd.*, doc. LXXXVI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, 10.

<<

[864] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 243.



[865] CANGE, Ch. du, *op. cit.*, tomo II, pág. 199.



[866] Muntaner dice que había conocido a Marulla cuando él y el infante Ferrán estuvieron en el castillo de Saint Omer en 1307, y que en esa época la niña tenía ocho años. Como los acontecimientos presentes se desarrollan en 1317, la edad de la hija de Bonifacio de Verona entonces era de dieciocho años.

<<

[867] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXXVI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, 10.

<<

[868] *Ibídem*, doc. LXXXIX, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, 25. - *Ibídem*, doc. XC, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, 24 v. - *Ibídem*, doc. XCI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, 24 v. y siguientes.

<<

[869] *Ibidem*, doc. XCIII, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, 25 v.

<<

[870] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1.

<<

[871] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. XCVIII, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, c. 31 y 32.

<<

[872] *Ibidem*, doc. CI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, f. 32.

<<

[873] *Ibíd.*, doc. XCVI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, 33.

<<

[874] JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénétiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, p. 237.

<<

[875] CERLINI, A., *op. cit.*, p. 350.

<<

[876] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXVI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., c. 31-32.

<<

[877] HOPF, K, *Griechenland*, I, 413.



[878] *Ibíd.*, VI, 415.

<<

[879] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CVI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, f. 39 v.

<<

[880] *Ibidem*, doc. CIX, Venecia, Bibl. de San Marcos, Ms. Class. XIV, cod. LXXI, f. 333

<<

[881] JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénitiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, p. 243.

<<

[882] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXVI, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, f. 55 v.

<<

[883] *Ibíd.*, doc. XCIV, Venecia, Arch. di Stato, Commem., r. II, f. 31.

<<

[884] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXXI, ACA, r. 243, f. 123 v.

<<

[885] DÖLGER, F., *Els documents de l'emperador bizantí Andrònic II per a Catalunya-Aragó en el regnat de Jaime II*, artículo.

<<

[886] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXXIX, Venecia, Liber secr. fid. crucis, ep. III, p. 293.

<<

[887] *Ibíd.*, doc. CXLI, ACA, CRD Amfos IV, 3280.

<<

[888] También conocido como Gabriel Melissenos para Hopf o Étienne Gabriélopoulos para David Jacoby. - HOPF, K, *op. cit.*, VI, 315. - JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénetsiens en Romanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, p. 236. - RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXXIX, Venecia, Liber secr. fid. crucis, ep. III, p. 293.

<<

[889] Incluso existe la idea de que el que fue mariscal de la Compañía, Bernard Estanyol, en realidad perteneciese a la familia de los Novelles.

<<

[890] *Ibidem*, doc. CXXIX, Venecia, Liber secr. fid. crucis, ep. III, p. 293.

<<

[891] Ídem.



[892] *Ibídem*, doc. CDLXXXIX, ACA, reg. 1559, f. preliminar.

<<

[893] *Ibíd.*, doc. CDLXI, ACA, reg. 987, f. 177.

<<

[894] MUNTANER, R., *op. cit.*, cap. 243.



[895] JACOBY, D., *La Compagnie catalane et l'état catalan de Grèce. Quelques aspects de leur histoire*, pp. 97-98. - RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LXXXIII, Palermo, Biblioteca Comunale, Q. q. G. 2, f. 21. - *Ibídem*, doc. LXXXIV, Palermo, Biblioteca Comunale, Q. q. G. 2, f. 20.

<<

[896] *Ibidem*, doc. CCLXXIII, Palermo, Arch. di Stato, Reg. Canc, IX, f. 65.

<<

[897] JACOBY, D., «L'état catalan en Grèce: société et institutions politiques», *Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana*, p. 92 - RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCCLI.

<<

[898] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1. Este hallazgo fue publicado por G. Schlumberger en París en 1925 en *Le Sceau de la Compagnie des routiers catalans à Gallipoli*, en 1305, pp. 131-137. Existe un sello de la Compañía estampado en Tebas en abril de 1314 cuya leyenda es: «Nos universitas fidelis Francorum exercitus in partibus Romaníae existentis»; CANGE, Ch. du, *Histoire de l'empire de Constantinople sous les empereurs français jusqu'a la conquête des turc*, tomo II, libro VII, pág. 197.

<<

[899] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. LIII, 1312. ACA, CRD Jaume II, 4.387.

<<

[900] Ibídem, doc. CXIV, Arxiu Municipal, Llibre del Consell, Barcelona, 1319-20, f. 39.

<<

[901] *Ibíd.*, doc. CXVI, Venecia, Bibl. de San Marcos, ms. class. XIV, cod. LXXI, f. 333.

<<

[902] *Ibídem*, doc. CXVII, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. II, f. 104 v. y doc. CXVIII, Venecia, Archivo di Stato, comm., f. 104 v.

<<

[903] *Ibíd.*, doc. CXXI, Archivo de la Corona de Aragón, CDR Jaime II, 9868.

<<

[904] *Ibidem*, doc. CXXII, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. II, f. 151 y doc. CXXIII, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. II, f. 151 v.

<<

[905] *Ibídem*, doc. CXXI, Archivo Vaticano, Johann XXII, reg. 87, f. 143. FINKE, H., *Acta Aragonensia*, CLXXII-CLXXV.

<<

[906] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXVI, Venecia, Bibl. de San Marcos, ms. class. XIV, cod. LXXI, f. 333.

<<

[907] JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénitiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, p. 247.

<<

[908] Este obispo, de atribuido origen catalán, vivió en el Principado de Achaia desde 1305 hasta 1310, fecha en la que partió hacia Avignon, de manera que conoció de cerca el periplo de la Compañía por tierras bizantinas, aunque ya no estaba allí de manera permanente cuando los almugávares ocuparon los ducados. Sin embargo, sí que debía de realizar viajes esporádicos a Oriente puesto que en 1325 se encontraba de nuevo en Constantinopla.

<<

[909] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXXVI, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. II, f. 175 y doc. CXXVII, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. II, f. 175.

<<

[910] *Ibídem*, doc. CXXVI, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. III, f. 5.



[911] CERLINI, A., *op. cit.*, p. 356.

<<

[912] JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénétiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, p. 251.

<<

[913] CERLINI, A., *op. cit.*, p. 350.

<<

[914] CERLINI, A., *op. cit.*, p. 350.

<<

[915] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXXXVI, Venecia, Liber secr. fid. crucis, ep. V, p. 297.

<<

[916] *Ibidem*, doc. CXLIII, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. III, f. 49.

<<

[917] *Ibidem*, doc. CXLIII, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. III, f. 53 v.

<<

[918] BONGARS, J., *Gesta Dei per Francos, sive Orientalium expeditionum historia*, 1095-1420, II, p. 315.

<<

[919] JACOBY, D., *Catalans, Turcs et Vénétiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello*, p. 258.

<<

[920] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXLIII, Arch. Vat., Johan XXII, reg. vat. 95, (Com. an. 14), p. III, n° 721. - FINLAY, A., *History of Greece and the Empire of Trebizond (1204-1461)*, cap. VII, pág. 178.

<<

[921] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXLIII, Venecia, Archivo di Stato, comm., r. III, f. 84 v.

<<

[922] *Ibíd.*, doc. CLIV, 1312. ACA, reg. 533, f. 123 v.



[923] CANGE, Ch. du, *Histoire de l'empire de Constantinople sous les empereurs français jusqu'a la conquête des turcs*, tomo II, pág. 203.

<<

[924] *Ibíd.*, tomo II, pág. 204.

<<

[925] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXLIII, Arch. Vaticano, Johan XXII, an. XVIII, vol. 106, epis. 1020.

<<

[926] *Ibíd.*, doc. CXLIII, nota al pie, p. 208.

<<

[927] RUBIO i LLUCH, A., *La població de la Grecia catalana en el XIVen segle*, p. 9.

<<

[928] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. XI.

<<

[929] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CLXVIII, Arch. Vaticano, Reg. Vat. Ben. XII, a. v., vol. 127, fol. 122, epis. 163.

<<

[930] *Ibídem*, doc. CLXXVII, Arch. Vaticano, Litterae clausae, r. 136, f. 9. SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1, p. 28.

<<

[931] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CLXXXIII, Arch. Vaticano, Reg. Vat. vol. 62, f. 69 v. - SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1, p. 29.

<<

[932] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CLXXXVIII, Arch. Vaticano, Reg. Vat. vol. 62, f. 80 v. - *Ibídem*, doc. CLXXXIII, Arch. Vaticano, Reg. Vat. vol. 62, f. 84.

<<

[933] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1, p. 29.

<<

[934] *Ibíd.*, cap. 1, p. 30.

<<

[935] DUCAS, V, 4.



[936] MARCOS, E., «Els catalans i l'Imperi bizantí», *Els Catalans a la Mediterrània oriental a l'edat mitjana*, p. 63.

<<

[937] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CXCIX, ACA, reg. 1065, f. 95 v.

<<

[938] LUTTRELL, A., *John Cantacuzenus and the Catalans at Constantinople: 1352-1354*, art. p. 268.

<<

[939] RUBIO i LLUCH, A., *op.cit.*, doc. CXCIX, ACA, reg. 1066, f. 74.

<<

[94^o] *Ibídem*, doc. CCII, ACA, reg. 1397, f. 63 v.



[941] El rey Pedro IV hace un relato interesante de esta batalla en el capítulo primero del libro V de su crónica.

<<

[942] LUTTRELL, A., *op.cit.*, art. p. 273-274.

<<

[943] MUNTANER, R., *op.cit.*, cap. 206.



[944] RUBIO i LLUCH, A., *op.cit.*, doc. CCXVI, ACA, reg. 1465, f. 175.

<<

[945] *Ibíd.*, doc. CCXVI, ACA, reg. 980, f. 22 v. y 23.



[946] *Ibidem*, doc. CCXXIV, Arch. di Stato, Palermo, Protonotaro, reg. 2, f. 206 v.

<<

[947] *Ibídem*, doc. CCXVI, ACA, reg. 1964, f. 72. - *Ibídem*, doc. CCXVI, ACA, reg. 1964, f. 72 v.

<<

[948] *Ibidem*, doc. CCXVI, ACA, reg. 2298, f. 122.

<<

[949] Ídem.



[950] *Ibidem*, doc. CCXVI, ACA, reg. 2244, f. 135.

<<

[951] *Ibíd.*, doc. CCXVI, ACA, reg. 2236, f. 138 v.

<<

[952] *Ibíd.*, doc. CCII, ACA, perg. 794 de Alfonso IV.



[953] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1, p. 31.

<<

[954] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro VI, cap. XII.

<<

[955] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCXXV, Arch. di Stato, Palermo, Protonotaro, reg. 2, f. 193.

<<

[956] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro IX, cap. XV. - RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCXXXIV, Arch. di Stato, Palermo, Protonotaro, reg. 2, f. 411. - *Ibídem*, doc. CCXVI, ACA, Testamentos reales, 22.

<<

[957] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 1, p. 32.

<<

[958] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCXXV, Arch. di Stato, Palermo, Protonotaro, reg. 2, f. 136 v.

<<

[959] JACOBY, D., *L'estat catalá a Grecia: evoluci3 interna*, art., L'Avenç, núm. 213.

<<

[960] SCHLUMBERGER, G., *op. cit.*, cap. VII, p. 301.

<<

[961] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCXXIV, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., VII, f. 200. - Por esta carta posterior conocemos el dato del gobierno de Arenós, aunque Setton modifica la fecha de este documento respecto de la que le dio Rubió. Su datación correcta sería el 30 de mayo de 1378 ó 79, no de 1368.

<<

[962] *Ibidem.*, doc. CCXXXIX, Venecia, Arch. di Stato: Comm., VI, f. 104-105 v.

<<

[963] *Ibidem*, f. 103,104 y 104 v.

<<

[964] *Ibíd.*, f. 104-105 v.



[965] *Ibidem*, doc. CCLV, Arch. Vat., Reg. Vat., Urbani V, Indultorum, ann. II, vol. 253, f. 48 v.

<<

[966] *Ibidem*, doc. CCLV, Arch. Vat., reg. 246, f. 240.

<<

[967] Ibídem, doc. CCXLV, Mallorca, Arx. Hist. del Regne de Mallorca, Lib. lit. reg. 1359 al1362, f. 402 y ss.

<<

[968] *Ibidem*, doc. CCLVII, Venecia, Arch. di Stato: Protonotaro Reg. 1, f. 309 v.

<<

[969] *Ibidem*, doc. CCLXXII, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., IV, f. 127.

<<

[97^o] *Ibidem*, doc. CCLXXII, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., XIII, f. 123.

<<

[971] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 2, pág. 55.

<<

[972] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCLII, ACA, reg. 1180, f. 87.

<<

[973] *Ibidem*, doc. CCLX, Venecia, Arch. di Stato, Misti, reg. 31, f. 110.

<<

[974] *Ibidem*, doc. CCLV, Arch. Vat., reg. 246, f. 240.

<<

[975] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 2, pág. 56.

<<

[976] Algunas crónicas fechan este suceso cuatro años antes, en 1360, aunque es difícil confirmar este punto. - SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 2, pág. 94, nota 13.

<<

[977] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCLX, Venecia, Arch. di Stato, Misti, reg. 31, f. 108 v.

<<

[978] LOENERTZ, *Arch. FF. Praed.*, XXV, pp. 428-429.

<<

[979] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCLXXI, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., IV, f. 127 v.

<<

[980] *Ibidem*, doc. CCLXXXVI, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., IV, f. 104. -
Ibidem, doc. CCLXXXVII, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., IX, f. 105.

<<

[981] *Ibidem*, doc. CCXC, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., XIII, f. 123.

<<

[982] *Ibidem*, doc. CCXCV, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., IX, f. 110 v., y IV, f. 136.

<<

[983] *Ibídem*, doc. CCLXXI, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., VIII, f. 27 v. -
Ibídem, doc. CCLXXI, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., VIII, f. 29.

<<

[984] *Ibidem*, doc. CCCXXI, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., VI, f. 150. *Ibidem*, doc. CCCXXII, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., VI, f. 151 v.

<<

[985] *Ibidem*, doc. CCCXXV, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., IV, f. 207.

<<

[986] *Ibidem*, doc. CCCXXXIX, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., XII, f. 111.

<<

[987] *Ibidem*, doc. CCCXXIX, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Comm., VI, f. 32.

<<

[988] *Ibidem*, doc. CCCXLI, Arch. di Stato, Palermo, Reg. Canc., XII, f. 111.

<<

[989] SETTON, K. M., *Los catalanes en Grecia*, cap. 2, pág. 64.

<<

[990] Ídem.



[991] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CCCXXXI, Arch. di Stato, Palermo, Comm., VII, f. 149 v. y doc. - CCCXXXII, Arch. di Stato, Palermo, Misti, reg. 33, f. 133.

<<

[992] *Ibíd.*, doc. CCCXXIII, ACA, reg. 1579, f. 33 v. y 34 v.

<<

[993] MARTÍNEZ FERRANDO, E. y UDINA MARTORELL, F., *Índice cronológico de la colección de documentos inéditos del ACA*, anotación 1579.

<<

[994] SETTON, K. M., *Los catalanes en Grecia*, cap. 2, pág. 67.

<<

[995] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CCCXXXI, Roma, Archivo Vaticano, Gregorio XI, Secret. an. 2^a, t. 268, f. 88 v. y doc. CCCXXXII, Roma, Archivo Vaticano, Gregorio XI, Secret. an. 2^a, t. 268, f. 87.

<<

[996] *Ibídem*, doc. CCCXXXII, Arch. di Stato, Palermo, CCCLIII, Reg. Canc., VIII, f. 129.

<<

[997] *Ibídem*, doc. CCCLIV, Reg. Protonotaro, 1, fol. 133.



[998] *Ibidem*, doc. CCCLVIII, Arch. di Stato, Palermo, CCCLIII, Reg. Canc., reg 13, f. 147.

<<

[999] LA MANTIA, G., *Il testamento de Federico II aragonese, Re di Sicilia*, *Archivio Istorico per la Sicilia*, II-III, 1936-1937, pp- 13-50; ZURITA, J., *Anales de Aragón*, Libro VI, cap. XII.

<<

[1000] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CCCLXXII, ACA, reg. 1265, f. 29 y doc. CCCLXXIII, ACA, reg. 1265, f. 29.

<<

[1001] *Ibídem*, doc. CCCLXXIV, ACA, reg. 975, f. 65.



[1002] *Ibíd.*, doc. CCCLXXII, ACA, reg. 1265, f. 29.

<<

[1003] *Ibíd.*, doc. CCCXCI, ACA, reg. 1366, f. 49 v.



[1004] RUBIÓ I LLUCH, A., *Conquista de Tebas por Juan de Urtubia (Episodio de la Historia de los Navarros en Grecia)*, cap. II.

<<

[1005] *Ibíd.*, cap. I.



[1006] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CCCLXV, ACA, reg. 1260, f. 104.

<<

[1007] *Ibíd.*, doc. CCCLXV, ACA, reg. 1260, f. 109.



[1008] DELAVILLE-LE ROULX, *Les Hospitaliers à Rhodes jusqu'à la fin de Philibert de Naillac*, pp. 210

<<

[1009] Soldados o mercenarios que portaban una armadura ligera conocida como «brigantina».

<<

[1010] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CCCLXVII, ACA, reg. 1261, f. 92 v.

<<

[1011] *Ibíd.*, doc. CCCLXXI, ACA, reg. 1263, f. 191 v.



[1012] *Ibidem*, doc. CCCXCI, ACA, reg. 1366, f. 49 v.



[1013] RUBIÓ I LLUCH, A., *Conquista de Tebas por Juan de Urtubia (Episodio de la Historia de los Navarros en Grecia)*, cap. VI.

<<

[1014] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CCCLXXX, ACA, reg. 1265, f. 29 v.

<<

[1015] RUBIÓ I LLUCH, A., *Conquista de Tebas por Juan de Urtubia (Episodio de la Historia de los Navarros en Grecia)*, cap. V.

<<

[1016] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. CCCLXXXIII, ACA, reg. 1265, f. 48.

<<

[1017] *Ibíd.*, doc. CCCLXXXIII, ACA, reg. 1366, f. 55 v.

<<

[1018] *Ibidem*, doc. CDXXV, ACA, reg. 1268, f. 135 v.

<<

[1019] *Ibíd.*, doc. CDLXXVII, ACA, reg. 987, f. 180 v.

<<

[1020] *Ibíd.*, doc. CCCXCI, ACA, reg. 1366, f. 49 v.



[1021] *Ibíd.*, doc. CDLXXVII, ACA, reg. 987, f. 180 v.



[1022] El Consolat del Mar fue un organismo de la Corona de Aragón, creado en Barcelona en el siglo XIII, encargado de administrar las cuestiones jurídicas y comerciales relacionadas con el comercio marítimo en el Mediterráneo. Para ello, contaba con diferentes embajadas instaladas tanto en los territorios costeros de la Corona como por el resto de países del arco mediterráneo.



[1023] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CCCXCI, ACA, reg. 1366, f. 49 v.

<<

[1024] *Ibíd.*, doc. CCCXCI, ACA, reg. 1366, f. 49 v.

<<

[1025] *Ibíd.*, doc. CCCXCII, ACA, reg. 1366, f. 79 v.



[1026] *Ibídem*, doc. CDVII, ACA, reg. 1266, f. 50.

<<

[1027] *Ibídem*, doc. CCCXCV, ACA, reg. 1366, f. 55.

<<

[1028] *Ibíd.*, doc. CCCXCVIII, ACA, reg. 1366, f. 55 v.



[1029] *Ibíd.*, doc. CDXXV, ACA, reg. 1268, f. 135 v.



[1030] *Ibíd.*, doc. CDLXXXVII, ACA, reg. 1559, f. 7 v.



[1031] BÁDENAS PEÑA, P., *El elogio de Pedro IV el Ceremonioso a la Acrópolis de Atenas*, Erytheia n^a 0, pp. 22-26.

<<

[1032] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. CDIV, ACA, reg. 1268, f. 126.

<<

[1033] *Ibíd.*, doc. CDXXXVII, ACA, reg. 1270, f. 28.



[1034] *Ibíd.*, doc. CDXLVI, ACA, reg. 1405, f. 40.

<<

[1035] *Ibíd.*, doc. CDXLVII, ACA, reg. 1101, f. 46.

<<

[1036] *Ibíd.*, doc. CDLV, ACA, reg. 976, f. 48.

<<

[1037] *Ibíd.*, doc. CDLXIX, ACA, reg. 1559, f. 2 v.

<<

[1038] *Ibíd.*, doc. CDLXXVIII, ACA, reg. 1559, f. 3.

<<

[1039] *Ibíd.*, doc. CDLXXXIX, ACA, reg. 1559, f. preliminar; ZURITA, J., *Anales de Aragón*, Libro X, cap. XXX.

<<

[1040] *Ibíd.*, doc. DIII, ACA, reg. 1276, f. 9 v.



[1041] *Ibíd.*, doc. CDLXII, ACA, reg. 987, f. 178 v.



[1042] Ibídem, doc. DXIII, ACA, reg. 825, f. 164.

<<

[1043] Ibídem, doc. DXVI, Arxiu del Mestre Racional, quadern solt, Cf. doc. CDLXXV.

<<

[1044] *Ibídem*, doc. DXXIX, ACA, reg. 1280, f. 10.

<<

[1045] *Ibídem*, doc. DXXXIII, ACA, reg. 1281, f. 28.

<<

[1046] *Ibíd.*, doc. DXX, ACA, reg. 1274, f. 167.

<<

[1047] *Ibídem*, doc. DXXI, ACA, reg. 1274, f. 167 v.

<<

[1048] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 3; LOENERTZ, R.J., *Hospitaliers et Navarrais en Grèce (1376-1383)*.

<<

[1049] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. DXXV, ACA, reg. 1666, f. 103 v.

<<

[1050] *Ibídem*, doc. DXXVI, ACA, reg. 1278, f. 13.



[1051] *Ibidem*, doc. DXLIV, ACA, reg. 833, f. 103 v.

<<

[1052] Ibídem, doc. DXLVII, ACA, reg. 1282, f. 89 v.



[1053] *Ibídem*, doc. DXLVIII-DXLIX-DL, ACA, reg. 1282, f. 88-89.

<<

[1054] *Ibíd.*, doc. DLII, ACA, reg. 1282, f. 139.



[1055] *Ibíd.*, doc. DLIX, ACA, reg. 1287, f. 43 v.



[1056] *Ibíd.*, doc. DLXVI, ACA, reg. 1287, f. 87 v.



[1057] *Ibíd.*, doc. DLXI, ACA, reg. 1287, f. 87.

<<

[1058] SETTON, K. M., *Los catalanes en Grecia*, cap. 3; RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. DLXXIV.

<<

[1059] *Ibídem*, Archivio di Stato di Venezia, Misti, reg. 38, fol. 10 r.



[1060] *Ibídem*, Archivio di Stato di Venezia, Misti, reg. 39, fol. 110 v.



[1061] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. DLXX, ACA, reg. 1289, f. 10 v.

<<

[1062] *Ibídem*, doc. DLXXV, ACA, reg. 1372, f. 52.

<<

[1063] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro X, cap. XXXVIII.

<<

[1064] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. DXC, ACA, reg. 1292, f. 5, 2º numeración.

<<

[1065] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro X, cap. XXXVIII.

<<

[1066] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. DXCVI, ACA, reg. 1559, f. 11 v.

<<

[1067] *Ibídem*, docs. DXCII-DXCIII-DXCIV-DXCV, ACA, reg. 1372, f. 163-164.

<<

[1068] RUBIO i LLUCH, A., *Tradicions sobre la caiguda del comtat catalá de Salona*, pp. 119.

<<

[1069] Para Zurita este príncipe era Xur Simeón emperador de Valaquia; ZURITA, J., *op. cit.*, Libro X, cap XXXVIII.

<<

[1070] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. DCII, ACA, reg. 1923, f. 79 v.

<<

[1071] *Ibíd.*, doc. DCIII, ACA, reg. 1675, f. 123 v.



[1072] *Ibíd.*, doc. DCV, ACA, reg. 1675, f. 124.

<<

[1073] *Ibíd.*, doc. DCXVI, ACA, reg. 1867, f. 78 v.

<<

[1074] *Ibíd.*, doc. DCXVIII, ACA, reg. 1954, f. 28.

<<

[1075] *Ibídem*, doc. DCXX, ACA, reg. 1953, f. 159 v.

<<

[1076] *Ibíd.*, doc. DCXXI, ACA, reg. 1953, f. 29.

<<

[1077] Ibídem, doc. DCXXII, Biblioteca Laurentiana, Florencia.



[1078] BUCHON, J. A., *Nouvelle Recherches Historiques II*, doc. XLVI, pp. 241-242.

<<

[1079] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. DCXXV, Lambros, *Historia*, II, pp. 649.

<<

[1080] *Ibídem*, doc. DCXXVI-DCXXVII, ACA, reg. 1957, f. 83 v.-83.

<<

[1081] *Ibíd.*, doc. DCXXVIII, ACA, reg. 1874, f. 93.



[1082] Ibídem, doc. DCXXIX, Lambros, *Istoria*, II, pp. 651.

<<

[1083] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 3.

<<

[1084] Ídem; LAMPROS, Eggrapha, pt. VI, doc. I, pp. 405-407.

<<

[1085] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. DCXXXIX, ACA, reg. 1964, f. 72 v.

<<

[1086] Ibídem, doc. DCXLIV, Lambros, *Historia*, II, pp. 652.

<<

[1087] MORENO, J. A., *Crónica de Galaxidi*, cap. 5, pp. 51-53.

<<

[1088] RUBIO i LLUCH, A., *De l'epoca en que els catalans perderen Atenes*, pp. 65.

<<

[1089] RUBIO i LLUCH, A., *Diplomatari*, doc. DCXXVIII, nota al pie.

<<

[1090] *Ibidem*, doc. DCXLIII, Florencia, Archivo de la Baronesa Ricasoli, n^a 567.



[1091] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 3; GREGORIVUS, *Corrispondenza Acciajoli*, II, pp. 308-309.

<<

[1092] BUCHON, J. A., *Nouvelle Recherches Historiques II*, doc. XLVIII, pp. 245-261.

<<

[1093] RUBIO i LLUCH, A., *op. cit.*, doc. DCLIII, nota al pie.

<<

[1094] *Ibíd.*, doc. DCLIII, ACA, reg. 2298, f. 122.



[1095] *Ibíd.*, doc. DCLVI, ACA, reg. 2243, f. 123.

<<

[1096] *Ibíd.*, doc. DCXCVIII, ACA, reg. 2236, f. 138 v.

<<

[1097] SETTON, K. M., *op. cit.*, cap. 3, Archivio di Stato di Venezia, Mar, reg. 1-2-3-4.

<<

[1098] CANTACUZENO, J., *Memorias o Historias*, libro IV, cap. 39.



[1099] ΚΑΒΑΦΗ, Κ. Μ., *Esperando a los bárbaros*, ed. G.P. Savvidis, Atenas, 1980, p. 108.

<<

[1100] FINLAY, G., *A history of Greece from its conquest by the Romans to the present time*, Oxford, 1877, tomo III, pág. 388.

<<

[1101] ZURITA, J., *op. cit.*, Libro XX, cap. XLII.

<<